

SUZANNE COLLINS



TRILOGÍA
LOS JUEGOS
DEL HAMBRE

Lectulandia

La trilogía *Los juegos del hambre*, se lleva a cabo en un período de tiempo futuro no identificado después de la destrucción de los países actuales de América del Norte, en un país conocido como "Panem". Panem esta formado por un rico Capitolio, ubicado en lo que solía ser de las rocosas de América del Norte, y doce (antes trece) distritos que lo rodean, los distritos más pobres, que atienden a las necesidades del Capitolio. Como castigo por una rebelión en contra de este último, en el que Capitolio derroto a los doce primeros distritos y destruyó al decimotercero, cada año, un chico y una chica de cada uno de los doce distritos restantes, entre doce y dieciocho años, son seleccionados por sorteo y obligados a participar en los "Juegos del Hambre". Los juegos son un evento televisado donde los participantes, llamados "tributos", deben luchar hasta la muerte en un estadio al aire libre hasta que sólo queda uno. El tributo ganador y su distrito correspondiente, reciben alimentos.

La trilogía se compone de *Los juegos del hambre*, *En llamas* y *Sinsajo*. Los dos primeros libros fueron cada uno best-sellers de The New York Times, y el tercer libro, *Sinsajo*, encabezó todas las listas de libros más vendidos de Estados Unidos en su lanzamiento

Lectulandia

Suzanne Collins

TRILOGÍA

ePUB v1.0

Horus01, ikero & Mística 29.08.12

más libros en lectulandia.com

LOS JUEGOS DEL HAMBRE

Título original: *The hunger games*

Suzanne Collins, 2008.

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor original: iker0 (v1.0 a v3.3)

Segundo editor: Mística (v3.4)

Tercer editor: Horus01 (v3.5)

Corrección de erratas: siwan, conde1988, josebailo, un tipo, hermanosr, monicanaranjo, riuryK, asolbap, GusiX, Mística

EN LLAMAS

Título original: *Catching Fire*

Suzanne Collins, 2009.

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor original: iker0 (v1.0 a v4.0)

Segundo editor: Mística (v4.1)

Tercer editor: Horus01 (v4.2)

Corrección de erratas: siwan, josebailo, sprockboy, Xavicarb, HermanosR, riuryK, santoposmoderno, carter, betatron, Mística, Postnuke, JLGG, gurney

SINSAJO

Título original: *Mockingjay*

Suzanne Collins, 2010

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor original: Demes (v1.0)

Segundo editor: Mística (v1.1 a v1.5)

Tercer editores: iker0 & Horus01 (v1.6)

Corrección de erratas: Hermanosr, fulano, noonesun, GusiX, Mística, Postnuke, JLGG

ePub base v2.0

SUZANNE COLLINS



LOS JUEGOS
DEL HAMBRE



LOS JUEGOS DEL HAMBRE

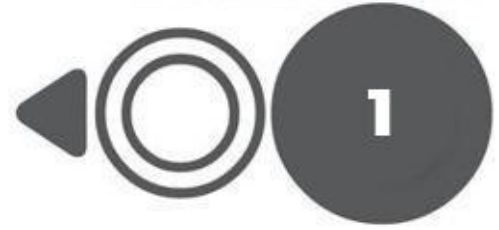
GANAR SIGNIFICA FAMA Y RIQUEZA. PERDER SIGNIFICA UNA MUERTE SEGURA. En una oscura versión del futuro próximo, doce chicos y doce chicas se ven obligados a participar en un *reality show* llamado Los juegos del hambre. Solo hay una regla: matar o morir. Cuando Katniss Everdeen, una joven de dieciséis años se presenta voluntaria para ocupar el lugar de su hermana en los juegos, lo entiende como una condena a muerte. Sin embargo Katniss ya ha visto la muerte de cerca y la supervivencia forma parte de su naturaleza. ¡Que empiecen los septuagésimo cuartos juegos del hambre!

Para James Proimos



PARTE I
"LOS TRIBUTOS"

**LOS JUEGOS
DEL HAMBRE**



Cuando me despierto, el otro lado de la cama está frío. Estiro los dedos buscando el calor de Prim, pero no encuentro más que la basta funda de lona del colchón. Seguro que ha tenido pesadillas y se ha metido en la cama de nuestra madre; claro que sí, porque es el día de la cosecha.

Me apoyo en un codo y me levanto un poco; en el dormitorio entra algo de luz, así que puedo verlas. Mi hermana pequeña, Prim, acurrucada a su lado, protegida por el cuerpo de mi madre, las dos con las mejillas pegadas. Mi madre parece más joven cuando duerme; agotada, aunque no tan machacada. La cara de Prim es tan fresca como una gota de agua, tan encantadora como la prímula que le da nombre. Mi madre también fue muy guapa hace tiempo, o eso me han dicho.

Sentado sobre las rodillas de Prim, para protegerla, está el gato más feo del mundo: hocico aplastado, media oreja arrancada y ojos del color de un calabacín podrido. Prim le puso *Buttercup* porque, según ella, su pelaje amarillo embarrado tenía el mismo tono de aquella flor, el ranúnculo. El gato me odia o, al menos, no confía en mí. Aunque han pasado ya algunos años, creo que todavía recuerda que intenté ahogarlo en un cubo cuando Prim lo trajo a casa; era un gatito escuálido, con la tripa hinchada por las lombrices y lleno de pulgas. Lo último que yo necesitaba era otra boca que alimentar, pero mi hermana me suplicó mucho, e incluso lloró para que le dejase quedárselo. Al final la cosa salió bien: mi madre le libró de los parásitos, y ahora es un cazador de ratones nato; a veces, hasta caza alguna rata. Como de vez en cuando le echo las entrañas de las presas, ha dejado de bufarme.

Entrañas y nada de bufidos: no habrá más cariño que ése entre nosotros.

Me bajo de la cama y me pongo las botas de cazar; la piel fina y suave se ha adaptado a mis pies. Me pongo también los pantalones y una camisa, meto mi larga trenza oscura en una gorra y tomo la bolsa que utilizo para guardar todo lo que recojo. En la mesa, bajo un cuenco de madera que sirve para protegerlo de ratas y gatos hambrientos, encuentro un perfecto quesito de cabra envuelto en hojas de albahaca. Es un regalo de Prim para el día de la cosecha; cuando salgo me lo meto con cuidado en el bolsillo.

Nuestra parte del Distrito 12, a la que solemos llamar la Veta, está siempre llena a estas horas de mineros del carbón que se dirigen al turno de mañana. Hombres y mujeres de hombros caídos y nudillos hinchados, muchos de los cuales ya ni siquiera

intentan limpiarse el polvo de carbón de las uñas rotas y las arrugas de sus rostros hundidos. Sin embargo, hoy las calles manchadas de carboncillo están vacías y las contraventanas de las achaparradas casas grises permanecen cerradas. La cosecha no empieza hasta las dos, así que todos prefieren dormir hasta entonces... si pueden.

Nuestra casa está casi al final de la Veta, sólo tengo que dejar atrás unas cuantas puertas para llegar al campo desastrado al que llaman la Pradera. Lo que separa la Pradera de los bosques y, de hecho, lo que rodea todo el Distrito 12, es una alta alambrada metálica rematada con bucles de alambre de espino. En teoría, se supone que está electrificada las veinticuatro horas para disuadir a los depredadores que viven en los bosques y antes recorrían nuestras calles (jaurías de perros salvajes, pumas solitarios y osos). En realidad, como, con suerte, sólo tenemos dos o tres horas de electricidad por la noche, no suele ser peligroso tocarla. Aun así, siempre me tomo un instante para escuchar con atención, por si oigo el zumbido que indica que la valla está cargada. En este momento está tan silenciosa como una piedra. Me escondo detrás de un grupo de arbustos, me tumbo boca abajo y me arrastro por debajo de la tira de sesenta centímetros que lleva suelta varios años. La alambrada tiene otros puntos débiles, pero éste está tan cerca de casa que casi siempre entro en el bosque por aquí.

En cuanto estoy entre los árboles, recupero un arco y un carcaj de flechas que tenía escondidos en un tronco hueco. Esté o no electrificada, la alambrada ha conseguido mantener a los devoradores de hombres fuera del Distrito 12. Dentro de los bosques, los animales deambulan a sus anchas y existen otros peligros, como las serpientes venenosas, los animales rabiosos y la falta de senderos que seguir. Pero también hay comida, si sabes cómo encontrarla. Mi padre lo sabía y me había enseñado unas cuantas cosas antes de volar en pedazos en la explosión de una mina. No quedó nada de él que pudiéramos enterrar. Yo tenía once años; cinco años después, muchas noches me sigo despertando gritándole que corra.

Aunque entrar en los bosques es ilegal y la caza furtiva tiene el peor de los castigos, habría más gente que se arriesgaría si tuviera armas. El problema es que hay pocos lo bastante valientes para aventurarse armados con un cuchillo. Mi arco es una rareza que fabricó mi padre, junto con otros similares que guardo bien escondidos en el bosque, envueltos con cuidado en fundas impermeables. Mi padre podría haber ganado bastante dinero vendiéndolos, pero, de haberlo descubierto los funcionarios del Gobierno, lo habrían ejecutado en público por incitar a la rebelión. Casi todos los agentes de la paz hacen la vista gorda con los pocos que cazamos, ya que están tan necesitados de carne fresca como los demás. De hecho, están entre nuestros mejores clientes. Sin embargo, nunca permitirían que alguien armase a la Veta.

En otoño, unas cuantas almas valientes se internan en los bosques para recoger manzanas, aunque sin perder de vista la Pradera, siempre lo bastante cerca para

volver corriendo a la seguridad del Distrito 12 si surgen problemas.

—El Distrito 12, donde puedes morirte de hambre sin poner en peligro tu seguridad —murmuro; después miro a mi alrededor rápidamente porque, incluso aquí, en medio de ninguna parte, me preocupa que alguien me escuche.

Cuando era más joven, mataba a mi madre del susto con las cosas que decía sobre el Distrito 12 y la gente que gobierna nuestro país, Panem, desde esa lejana ciudad llamada el Capitolio. Al final comprendí que aquello sólo podía causarnos más problemas, así que aprendí a morderme la lengua y ponerme una máscara de indiferencia para que nadie pudiese averiguar lo que estaba pensando. Trabajo en silencio en clase; hago comentarios educados y superficiales en el mercado público; y me limito a las conversaciones comerciales en el Quemador, que es el mercado negro donde gano casi todo mi dinero. Incluso en casa, donde soy menos simpática, evito entrar en temas espinosos, como la cosecha, los racionamientos de comida o los Juegos del Hambre. Quizás a Prim se le ocurriera repetir mis palabras y ¿qué sería de nosotras entonces?

En los bosques me espera la única persona con la que puedo ser yo misma: Gale. Noto que se me relajan los músculos de la cara, que se me acelera el paso mientras subo por las colinas hasta nuestro lugar de encuentro, un saliente rocoso con vistas al valle. Un matorral de arbustos de bayas lo protege de ojos curiosos. Verlo allí, esperándome, me hace sonreír; nunca sonrío, salvo en los bosques.

—Hola, Catnip —me saluda Gale.

En realidad me llamo Katniss, como la flor acuática a la que llaman saeta, pero, cuando se lo dije por primera vez, mi voz no era más que un susurro, así que creyó que le decía Catnip, la menta de gato. Después, cuando un lince loco empezó a seguirme por los bosques en busca de sobras, se convirtió en mi nombre oficial. Al final tuve que matar al lince porque asustaba a las presas, aunque era tan buena compañía que casi me dio pena. Por otro lado, me pagaron bien por su piel.

—Mira lo que he cazado.

Gale sostiene en alto una hogaza de pan con una flecha clavada en el centro, y yo me río. Es pan de verdad, de panadería, y no las barras planas y densas que hacemos con nuestras raciones de cereales. Lo cojo, saco la flecha y me llevo el agujero de la corteza a la nariz para aspirar una fragancia que me hace la boca agua. El pan bueno como éste es para ocasiones especiales.

—Ummm, todavía está caliente —digo. Debe de haber ido a la panadería al despuntar el alba para cambiarlo por otra cosa—. ¿Qué te ha costado?

—Sólo una ardilla. Creo que el anciano estaba un poco sentimental esta mañana. Hasta me deseó buena suerte.

—Bueno, todos nos sentimos un poco más unidos hoy, ¿no? —comento, sin molestarme en poner los ojos en blanco—. Prim nos ha dejado un queso —digo,

sacándolo.

—Gracias, Prim —exclama Gale, alegrándose con el regalo—. Nos daremos un verdadero festín. —De repente, se pone a imitar el acento del Capitolio y los ademanes de Effie Trinket, la mujer optimista hasta la demencia que viene una vez al año para leer los nombres de la cosecha—. ¡Casi se me olvida! ¡Felices Juegos del Hambre! —Recoge unas cuantas moras de los arbustos que nos rodean—. Y que la suerte... —empieza, lanzándome una mora. La cojo con la boca y rompo la delicada piel con los dientes; la dulce acidez del fruto me estalla en la lengua.

—¡... esté siempre, siempre de vuestra parte! —concluyo, con el mismo brío.

Tenemos que bromear sobre el tema, porque la alternativa es morir de miedo. Además, el acento del Capitolio es tan afectado que casi todo suena gracioso con él.

Observo a Gale sacar el cuchillo y cortar el pan; podría ser mi hermano: pelo negro liso, piel aceitunada, incluso tenemos los mismos ojos grises. Pero no somos familia, al menos, no cercana. Casi todos los que trabajan en las minas tienen un aspecto similar, como nosotros.

Por eso mi madre y Prim, con su cabello rubio y sus ojos azules, siempre parecen fuera de lugar; porque lo están. Mis abuelos maternos formaban parte de la pequeña clase de comerciantes que sirve a los funcionarios, los agentes de la paz y algún que otro cliente de la Veta. Tenían una botica en la parte más elegante del Distrito 12; como casi nadie puede permitirse pagar un médico, los boticarios son nuestros sanadores. Mi padre conoció a mi madre gracias a que, cuando iba de caza, a veces recogía hierbas medicinales y se las vendía a la botica para que fabricaran sus remedios. Mi madre tuvo que enamorarse de verdad para abandonar su hogar y meterse en la Veta. Es lo que intento recordar cuando sólo veo en ella a una mujer que se quedó sentada, vacía e inaccesible mientras sus hijas se convertían en piel y huesos. Intento perdonarla por mi padre, pero, para ser sincera, no soy de las que perdonan.

Gale unta el suave queso de cabra en las rebanadas de pan y coloca con cuidado una hoja de albahaca en cada una, mientras yo recojo bayas de los arbustos. Nos acomodamos en un rincón de las rocas en el que nadie puede vernos, aunque tenemos una vista muy clara del valle, que está rebosante de vida estival: verduras por recoger, raíces por escarbar y peces irisados a la luz del sol. El día tiene un aspecto glorioso, de cielo azul y brisa fresca; la comida es estupenda, el pan caliente absorbe el queso y las bayas nos estallan en la boca. Todo sería perfecto si realmente fuese un día de fiesta, si este día libre consistiese en vagar por las montañas con Gale para cazar la cena de esta noche. Sin embargo, tendremos que estar en la plaza a las dos en punto para el sorteo de los nombres.

—¿Sabes qué? Podríamos hacerlo —dijo Gale en voz baja.

—¿El qué?

—Dejar el distrito, huir y vivir en el bosque. Tú y yo podríamos hacerlo. —No sé cómo responder, la idea es demasiado absurda—. Si no tuviésemos tantos niños —añadió él rápidamente.

No son nuestros niños, claro, pero para el caso es lo mismo. Los dos hermanos pequeños de Gale y su hermana, y Prim. Nuestras madres también podrían entrar en el lote, porque ¿cómo iban a sobrevivir sin nosotros? ¿Quién alimentaría esas bocas que siempre piden más? Aunque los dos cazamos todos los días, alguna vez tenemos que cambiar las presas por manteca de cerdo, cordones de zapatos o lana, así que hay noches en las que nos vamos a la cama con los estómagos vacíos.

—No quiero tener hijos —digo.

—Puede que yo sí, si no viviese aquí.

—Pero vives aquí —le recuerdo, irritada.

—Olvídalo.

La conversación no va bien. ¿Irnos? ¿Cómo iba a dejar a Prim, que es la única persona en el mundo a la que estoy segura de querer? Y Gale está completamente dedicado a su familia. Si no podemos irnos, ¿por qué molestarnos en hablar de eso? Y, aunque lo hiciéramos..., aunque lo hiciéramos..., ¿de dónde ha salido lo de tener hijos? Entre Gale y yo nunca ha habido nada romántico. Cuando nos conocimos, yo era una niña flacucha de doce años y, aunque él sólo era dos años mayor, ya parecía un hombre. Nos llevó mucho tiempo hacernos amigos, dejar de regatear en cada intercambio y empezar a ayudarnos mutuamente.

Además, si quiere hijos, Gale no tendrá problemas para encontrar esposa: es guapo, lo bastante fuerte como para trabajar en las minas y capaz de cazar. Por la forma en que las chicas susurran cuando pasa a su lado en el colegio, está claro que lo desean. Me pongo celosa, pero no por lo que la gente pensaría, sino porque no es fácil encontrar buenos compañeros de caza.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto, ya que podemos cazar, pescar o recolectar.

—Vamos a pescar en el lago. Así dejamos las cañas puestas mientras recolectamos en el bosque. Cogemos algo bueno para la cena.

La cena. Después de la cosecha, se supone que todos tienen que celebrarlo, y mucha gente lo hace, aliviada al saber que sus hijos se han salvado un año más. Sin embargo, al menos dos familias cerrarán las contraventanas y las puertas, e intentarán averiguar cómo sobrevivir a las dolorosas semanas que se avecinan.

Nos va bien; los depredadores no nos hacen caso, porque hoy hay presas más fáciles y sabrosas. A última hora de la mañana tenemos una docena de peces, una bolsa de verduras y, lo mejor de todo, un buen montón de fresas. Descubrí el fresal hace unos años y a Gale se le ocurrió la idea de rodearlo de redes para evitar que se acercasen los animales.

De camino a casa pasamos por el Quemador, el mercado negro que funciona en

un almacén abandonado en el que antes se guardaba carbón. Cuando descubrieron un sistema más eficaz que transportaba el carbón directamente de las minas a los trenes, el Quemador fue quedándose con el espacio. Casi todos los negocios están cerrados a estas horas en un día de cosecha, aunque el mercado negro sigue bastante concurrido. Cambiamos fácilmente seis de los peces por pan bueno y los otros dos por sal. Sae la Grasienda, la anciana huesuda que vende cuencos de sopa caliente preparada en un enorme hervidor, nos compra la mitad de las verduras a cambio de un par de trozos de parafina. Puede que nos hubiese ido mejor en otro sitio, pero nos esforzamos por mantener una buena relación con Sae, ya que es la única que siempre está dispuesta a comprar carne de perro salvaje. A pesar de que no los cazamos a propósito, si nos atacan y matamos un par, bueno, la carne es la carne. «Una vez dentro de la sopa, puedo decir que es ternera», dice Sae la Grasienda, guiñando un ojo. En la Veta, nadie le haría ascos a una buena pata de perro salvaje, pero los agentes de la paz que van al Quemador pueden permitirse ser un poquito más exigentes.

Una vez terminados nuestros negocios en el mercado, vamos a la puerta de atrás de la casa del alcalde para vender la mitad de las fresas, porque sabemos que le gustan especialmente y puede permitirse el precio. La hija del alcalde, Madge, nos abre la puerta; está en mi clase del colegio. Podría pensarse que, por ser la hija del alcalde, es una esnob, pero no, sólo es reservada, igual que yo. Como ninguna de las dos tiene un grupo de amigos, parece que casi siempre acabamos juntas en clase. Durante la comida, en las reuniones, cuando se hacen grupos para las actividades deportivas... Apenas hablamos, lo que nos va bien a las dos.

Hoy ha cambiado su solito uniforme del colegio por un caro vestido blanco, y lleva el pelo rubio recogido con un lazo rosa; la ropa de la cosecha.

—Bonito vestido —dice Gale.

Madge lo mira fijamente, mientras intenta averiguar si se trata de un cumplido de verdad o de una ironía. En realidad, el vestido es bonito, aunque nunca lo habría llevado un día normal. Aprieta los labios y sonrío.

—Bueno, tengo que estar guapa por si acabo en el Capitolio, ¿no?

Ahora es Gale el que está desconcertado: ¿lo dice en serio o está tomándole el pelo? Yo creo que es lo segundo.

—Tú no irás al Capitolio —responde Gale con frialdad. Sus ojos se posan en el pequeño adorno circular que lleva en el vestido; es de oro puro, de bella factura; serviría para dar de comer a una familia entera durante varios meses—. ¿Cuántas inscripciones puedes tener? ¿Cinco? Yo ya tenía seis con sólo doce años.

—No es culpa suya —intervengo.

—No, no es culpa de nadie. Las cosas son como son —apostilla Gale.

—Buena suerte, Katniss —dice Madge, con rostro inexpresivo, poniéndome el dinero de las fresas en la mano.

—Lo mismo digo —respondo, y se cierra la puerta.

Caminamos en silencio hacia la Veta. No me gusta que Gale la haya tomado con Madge, pero tiene razón, por supuesto: el sistema de la cosecha es injusto y los pobres se llevan la peor parte. Te conviertes en elegible para la cosecha cuando cumples los doce años; ese año, tu nombre entra una vez en el sorteo. A los trece, dos veces; y así hasta que llegas a los dieciocho, el último año de elegibilidad, y tu nombre entra en la urna siete veces. El sistema incluye a todos los ciudadanos de los doce distritos de Panem.

Sin embargo, hay gato encerrado. Digamos que eres pobre y te estás muriendo de hambre, como nos pasaba a nosotras. Tienes la posibilidad de añadir tu nombre más veces a cambio de teselas; cada tesela vale por un exiguo suministro anual de cereales y aceite para una persona. También puedes hacer ese intercambio por cada miembro de tu familia, motivo por el que, cuando yo tenía doce años, mi nombre entró cuatro veces en el sorteo. Una porque era lo mínimo, y tres veces más por las teselas para conseguir cereales y aceite para Prim, mi madre y yo. De hecho, he tenido que hacer lo mismo todos los años, y las inscripciones en el sorteo son acumulativas. Por eso, ahora, a los dieciséis años, mi nombre entrará veinte veces en el sorteo de la cosecha. Gale, que tiene dieciocho y lleva siete años ayudando o alimentando él solo a una familia de cinco, tendrá cuarenta y dos papeletas.

No cuesta entender por qué se enciende con Madge, que nunca ha corrido el peligro de necesitar una tesela. Las probabilidades de que el nombre de la chica salga elegido son muy reducidas si se comparan con las de los que vivimos en la Veta. No es imposible, pero sí poco probable y, aunque las reglas las estableció el Capitolio y no los distritos ni, sin duda, la familia de Madge, es difícil no sentir resentimiento hacia los que no tienen que pedir teselas.

Gale es consciente de que su rabia no debería ir contra Madge. Algunas veces, cuando estamos en lo más profundo del bosque, lo he oído despotricar contra las teselas, diciendo que no son más que otro instrumento para fomentar la miseria en nuestro distrito, una forma de sembrar el odio entre los trabajadores hambrientos de la Veta y los que no suelen tener problemas de comida, y, así, asegurarse de que nunca confiemos los unos en los otros. «Al Capitolio le viene bien que estemos divididos», me diría, si no hubiese nadie más que yo escuchándolo, si no fuese día de cosecha, si una chica con un alfiler de oro y sin teselas no hubiese hecho lo que seguramente ella consideraba un comentario inofensivo.

Mientras caminamos, lo miro a la cara, todavía ardiendo debajo de su expresión glacial; su ira me parece inútil, aunque no se lo digo. No es que no esté de acuerdo con él, porque lo estoy, pero ¿de qué sirve despotricar contra el Capitolio en medio del bosque? No cambia nada, no hace que la situación sea más justa y no nos llena el estómago. De hecho, asusta a las posibles presas. Sin embargo, lo dejo gritar; mejor

hacerlo en el bosque que en el distrito.

Gale y yo nos dividimos el botín, lo que nos deja con dos peces, un par de hogazas de buen pan, verduras, un puñado de fresas, sal, parafina y algo de dinero para cada uno.

—Nos vemos en la plaza —le digo.

—Ponte algo bonito —me responde, sin humor.

En casa, encuentro a mi madre y a mi hermana preparadas para salir. Mi madre lleva un vestido elegante de sus días de boticaria y Prim viste mi primer traje de cosecha: una falda y una blusa con volantes. A ella le queda un poco grande, pero mi madre se lo ha sujetado con alfileres; aun así, la blusa se le sale de la falda por la parte de atrás.

Me espera una bañera llena de agua caliente. Me restriego para quitarme la tierra y el sudor de los bosques, e incluso me lavo el pelo. Veo, sorprendida, que mi madre me ha sacado uno de sus encantadores vestidos, una suave cosita azul con zapatos a juego.

—¿Estás segura? —le pregunto, porque intento evitar seguir rechazando su ayuda.

Antes estaba tan enfadada con ella que no le dejaba hacer nada por mí. Sin embargo, se trata de algo especial, porque le da mucho valor a la ropa de su pasado.

—Claro que sí, y también me gustaría recogerte el pelo —me responde. Le dejo secármelo, trenzarlo y colocármelo sobre la cabeza. Apenas me reconozco en el espejo agrietado que tenemos apoyado en la pared.

—Estás muy guapa —dice Prim, en un susurro.

—Y no me parezco en nada a mí —respondo.

La abrazo, porque sé que las horas que nos esperan serán terribles para ella. Es su primera cosecha, aunque está lo más segura posible, ya que su nombre sólo ha entrado una vez en la urna; no le he dejado pedir ninguna tesela. Sin embargo, está preocupada por mí, le preocupa que ocurra lo inimaginable.

Protejo a Prim de todas las formas que me es posible, pero nada puedo hacer contra la cosecha. La angustia que noto en el pecho siempre que mi hermana sufre amenaza con asomar a la superficie. Me doy cuenta de que se le ha salido de nuevo la blusa por detrás y me obligo a mantener la calma.

—Arréglate la cola, patito —le digo, poniéndole de nuevo la blusa en su sitio.

—Cuac —responde Prim, soltando una risita.

—Eso lo serás tú —añado, riéndome también; ella es la única que puede hacerme reír así—. Vamos, a comer —digo, dándole un besito rápido en la cabeza.

Decidimos dejar para la cena el pescado y las verduras, que ya se están cocinando en un estofado, y guardamos las fresas y el pan para la noche, diciéndonos que así será algo especial; de modo que bebemos la leche de la cabra de Prim, *Lady*, y nos

comemos el pan basto que hacemos con el cereal de la tesela, aunque, de todos modos, nadie tiene mucho apetito.

A la una en punto nos dirigimos a la plaza. La asistencia es obligatoria, a no ser que estés a las puertas de la muerte. Esta noche los funcionarios recorrerán las casas para comprobarlo. Si alguien ha mentido, lo meterán en la cárcel.

Es una verdadera pena que la ceremonia de la cosecha se celebre en la plaza, uno de los pocos lugares agradables del Distrito 12. La plaza está rodeada de tiendas y, en los días de mercado, sobre todo si hace buen tiempo, parece que es fiesta. Sin embargo, hoy, a pesar de los banderines de colores que cuelgan de los edificios, se respira un ambiente de tristeza. Las cámaras de televisión, encaramadas como águilas ratoneras en los tejados, sólo sirven para acentuar la sensación.

La gente entra en silencio y ficha; la cosecha también es la oportunidad perfecta para que el Capitolio lleve la cuenta de la población. Conducen a los chicos de entre doce y dieciocho años a las áreas delimitadas con cuerdas y divididas por edades, con los mayores delante y los jóvenes, como Prim, detrás. Los familiares se ponen en fila alrededor del perímetro, todos cogidos con fuerza de la mano. También hay otros, los que no tienen a nadie que perder o ya no les importa, que se cuelan entre la multitud para apostar por quiénes serán los dos chicos elegidos. Se apuesta por la edad que tendrán, por si serán de la Veta o comerciantes, o por si se derrumbarán y se echarán a llorar. La mayoría se niega a hacer tratos con los mañosos, salvo con mucha precaución; esas mismas personas suelen ser informadores, y ¿quién no ha infringido la ley alguna vez? Podrían pegarme un tiro todos los días por dedicarme a la caza furtiva, pero los apetitos de los que están al mando me protegen; no todos pueden decir lo mismo.

En cualquier caso, Gale y yo estamos de acuerdo en que, si pudiéramos escoger entre morir de hambre y morir de un tiro en la cabeza, la bala sería mucho más rápida.

La plaza se va llenando, y se vuelve más claustrofóbica conforme llega la gente. A pesar de su tamaño, no es lo bastante grande para dar cabida a toda la población del Distrito 12, que es de unos ocho mil habitantes. Los que llegan los últimos tienen que quedarse en las calles adyacentes, desde donde podrán ver el acontecimiento en las pantallas, ya que el Estado lo televisa en directo.

Me encuentro de pie, en un grupo de chicos de dieciséis años de la Veta. Intercambiamos tensos saludos con la cabeza y centramos nuestra atención en el escenario provisional que han construido delante del Edificio de Justicia. Allí hay tres sillas, un podio y dos grandes urnas redondas de cristal, una para los chicos y otra para las chicas. Me quedo mirando los trozos de papel de la bola de las chicas: veinte de ellos tienen escrito con sumo cuidado el nombre de Katniss Everdeen.

Dos de las tres sillas están ocupadas por el alcalde Undersee (el padre de Madge,

un hombre alto de calva incipiente) y Effie Trinket, la acompañante del Distrito 12, recién llegada del Capitolio, con su aterradora sonrisa blanca, el pelo rosáceo y un traje verde primavera. Los dos murmuran entre sí y miran con preocupación el asiento vacío.

Justo cuando el reloj da las dos, el alcalde sube al podio y empieza a leer. Es la misma historia de todos los años, en la que habla de la creación de Panem, el país que se levantó de las cenizas de un lugar antes llamado Norteamérica. Enumera la lista de desastres, las sequías, las tormentas, los incendios, los mares que subieron y se tragaron gran parte de la tierra, y la brutal guerra por hacerse con los pocos recursos que quedaron. El resultado fue Panem, un reluciente Capitolio rodeado por trece distritos, que llevó la paz y la prosperidad a sus ciudadanos. Entonces llegaron los Días Oscuros, la rebelión de los distritos contra el Capitolio. Derrotaron a doce de ellos y aniquilaron al decimotercero. El Tratado de la Traición nos dio unas nuevas leyes para garantizar la paz y, como recordatorio anual de que los Días Oscuros no deben volver a repetirse, nos dio también los Juegos del Hambre.

Las reglas de los Juegos del Hambre son sencillas: en castigo por la rebelión, cada uno de los doce distritos debe entregar a un chico y una chica, llamados tributos, para que participen. Los veinticuatro tributos se encierran en un enorme estadio al aire libre en el que puede haber cualquier cosa, desde un desierto abrasador hasta un páramo helado. Una vez dentro, los competidores tienen que luchar a muerte durante un periodo de varias semanas; el que quede vivo, gana.

Coger a los chicos de nuestros distritos y obligarlos a matarse entre ellos mientras los demás observamos; así nos recuerda el Capitolio que estamos completamente a su merced, y que tendríamos muy pocas posibilidades de sobrevivir a otra rebelión. Da igual las palabras que utilicen, porque el verdadero mensaje queda claro: «Mirad cómo nos llevamos a vuestros hijos y los sacrificamos sin que podáis hacer nada al respecto. Si levantáis un solo dedo, os destrozaremos a todos, igual que hicimos con el Distrito 13».

Para que resulte humillante además de una tortura, el Capitolio exige que tratemos los Juegos del Hambre como una festividad, un acontecimiento deportivo en el que los distritos compiten entre sí. Al último tributo vivo se le recompensa con una vida fácil, y su distrito recibe premios, sobre todo comida. El Capitolio regala cereales y aceite al distrito ganador durante todo el año, e incluso algunos manjares como azúcar, mientras el resto de nosotros luchamos por no morir de hambre.

—Es el momento de arrepentirse, y también de dar gracias —recita el alcalde.

Después lee la lista de los habitantes del Distrito 12 que han ganado en anteriores ediciones. En setenta y cuatro años hemos tenido exactamente dos, y sólo uno sigue vivo: Haymitch Abernathy, un barrigón de mediana edad que, en estos momentos, aparece berreando algo ininteligible, se tambalea en el escenario y se deja caer sobre

la tercera silla. Está borracho, y mucho. La multitud responde con su aplauso protocolario, pero el hombre está aturdido e intenta darle un gran abrazo a Effie Trinket, que apenas consigue zafarse.

El alcalde parece angustiado. Como todo se televisa en directo, ahora mismo el Distrito 12 es el hazmerreír de Panem, y él lo sabe. Intenta devolver rápidamente la atención a la cosecha presentando a Effie Trinket.

La mujer, tan alegre y vivaracha como siempre, sube a trote ligero al podio y saluda con su habitual:

—¡Felices Juegos del Hambre! ¡Y que la suerte esté siempre, siempre de vuestra parte!

Seguro que su pelo rosa es una peluca, porque tiene los rizos algo torcidos después de su encuentro con Haymitch. Empieza a hablar sobre el honor que supone estar allí, aunque todos saben lo mucho que desea una promoción a un distrito mejor, con ganadores de verdad, en vez de borrachos que te acosan delante de todo el país.

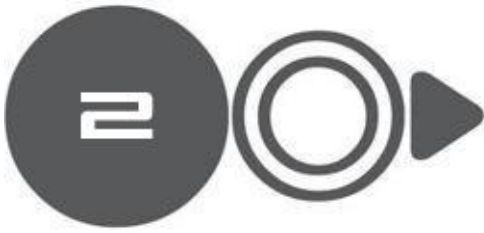
Localizo a Gale entre la multitud, y él me devuelve la mirada con la sombra de una sonrisa en los labios. Para ser una cosecha, al menos estaba resultando un poquito divertida. Pero, de repente, empiezo a pensar en Gale y en las cuarenta y dos veces que aparece su nombre en esa gran bola de cristal, y en cómo la suerte no está siempre de su parte, sobre todo comparado con muchos de los chicos. Y quizá él esté pensando lo mismo sobre mí, porque se pone serio y aparta la vista.

«No te preocupes, hay mil papeletas», desearía poder decirle.

Ha llegado el momento del sorteo. Effie Trinket dice lo de siempre, «¡las damas primero!», y se acerca a la urna de cristal con los nombres de las chicas. Mete la mano hasta el fondo y saca un trozo de papel. La multitud contiene el aliento, se podría oír un alfiler caer, y yo empiezo a sentir náuseas y a desear desesperadamente que no sea yo, que no sea yo, que no sea yo.

Effie Trinket vuelve al podio, alisa el trozo de papel y lee el nombre con voz clara; y no soy yo.

Es Primrose Everdeen.



Una vez estaba escondida en la rama de un árbol, esperando inmóvil a que apareciese una presa, cuando me quedé dormida y caí al suelo de espaldas desde una altura de tres metros. Fue como si el impacto me dejase sin una chispa de aire en los pulmones, y allí me quedé, luchando por inspirar, por espirar, por lo que fuera.

Así me siento ahora. Intento recordar cómo respirar, no puedo hablar y estoy completamente aturdida, mientras el nombre me rebota en las paredes del cráneo. Alguien me coge del brazo, un chico de la Veta, y creo que quizá haya empezado a caerme y él me haya sujetado.

Tiene que haber un error, esto no puede estar pasando. ¡Prim sólo tenía un boleto entre miles! Sus posibilidades de salir elegida eran tan remotas que ni siquiera me había molestado en preocuparme por ella. ¿Acaso no había hecho todo lo posible? ¿No había cogido yo las telas y le había impedido hacer lo mismo? Una sola papeleta, una entre miles. La suerte estaba de su parte, del todo, pero no había servido de nada.

En algún punto lejano, oigo a la multitud murmurar con tristeza, como hace siempre que sale elegido un chico de doce años; a nadie le parece justo. Entonces la veo, con la cara pálida, dando pasitos hacia el escenario, pasando a mi lado, y veo que la blusa se le ha vuelto a salir de la falda por detrás. Es ese detalle, la blusa que forma una colita de pato, lo que me hace volver a la realidad.

—¡Prim! —El grito estrangulado me sale de la garganta y los músculos vuelven a reaccionar—. ¡Prim!

No me hace falta apartar a la gente, porque los otros chicos me abren paso de inmediato y crean un pasillo directo al escenario. Llego a ella justo cuando está a punto de subir los escalones y la empujo detrás de mí.

—¡Me presento voluntaria! —grito, con voz ahogada—. ¡Me presento voluntaria como tributo!

En el escenario se produce una pequeña conmoción. El Distrito 12 no envía voluntarios desde hace décadas, y el protocolo está un poco oxidado. La regla es que, cuando se saca el nombre de un tributo de la bola, otro chico en edad elegible, si se trata de un chico, u otra chica, si se trata de una chica, puede ofrecerse a ocupar su lugar. En algunos distritos en los que ganar la cosecha se considera un gran honor y la gente está deseando arriesgar la vida, presentarse voluntario es complicado. Sin

embargo, en el Distrito 12, donde la palabra *tributo* y la palabra *cadáver* son prácticamente sinónimas, los voluntarios han desaparecido casi por completo.

—¡Espléndido! —exclama Effie Trinket—. Pero creo que queda el pequeño detalle de presentar a la ganadora de la cosecha y después pedir voluntarios, y, si aparece uno, entonces... —deja la frase en el aire, insegura.

—¿Qué más da? —interviene el alcalde. Está mirándome con expresión de dolor. Aunque, en realidad, no me conoce, hay un pequeño punto de contacto: soy la chica que le lleva las fresas; la chica con la que puede que su hija haya hablado alguna que otra vez; la chica que, hace cinco años, abrazada a su madre y a su hermana pequeña, recibió de sus manos la medalla al valor. Una medalla por su padre, vaporizado en las minas. ¿Se acordará?—. ¿Qué más da? —repite, en tono brusco—. Deja que suba.

Prim está gritando como una histérica detrás de mí, me rodea con sus delgados bracitos como si fuese un tornó.

—¡No, Katniss! ¡No! ¡No puedes ir!

—Prim, suéltame —digo con dureza, porque la situación me altera y no quiero llorar. Cuando emitan la repetición de la cosecha esta noche, todos tomarán nota de mis lágrimas y me marcarán como un objetivo fácil. Una enclenque. No les daré esa satisfacción—. ¡Suéltame!

Noto que alguien tira de ella por detrás, así que me vuelvo y veo a Gale, que levanta a Prim del suelo, mientras ella forcejea en el aire.

—Arriba, Catnip —me dice, intentando que no le falle la voz; después se lleva a Prim con mi madre. Yo me armo de valor y subo los escalones.

—¡Bueno, *bravo*! —exclama Effie Trinket, llena de entusiasmo—. ¡Éste es el espíritu de los Juegos! —Está encantada de ver por fin un poco de acción en su distrito—. ¿Cómo te llamas?

—Katniss Everdeen —respondo, después de tragar saliva.

—Me apuesto los calcetines a que era tu hermana. No querías que te robase la gloria, ¿verdad? ¡Vamos a darle un gran aplauso a nuestro último tributo! —canturrea Effie Trinket.

La gente del Distrito 12 siempre podrá sentirse orgullosa de su reacción: nadie aplaude, ni siquiera los que llevan las papeletas de las apuestas, a los que ya no les importa nada. Seguramente es porque me conocen del Quemador o porque conocían a mi padre, o porque han hablado con Prim y a ella es inevitable quererla. Así que, en vez de un aplauso de reconocimiento, me quedo donde estoy, sin moverme, mientras ellos expresan su desacuerdo de la forma más valiente que saben: el silencio. Un silencio que significa que no estamos de acuerdo, que no lo aprobamos, que todo esto está mal.

Entonces pasa algo inesperado; al menos, yo no lo espero, porque no creo que el Distrito 12 sea un lugar que se preocupe por mí. Sin embargo, algo ha cambiado

desde que subí al escenario para ocupar el lugar de Prim, y ahora parece que me he convertido en alguien amado. Primero una persona, después otra y, al final, casi todos los que se encuentran en la multitud se llevan los tres dedos centrales de la mano izquierda a los labios y después me señalan con ellos. Es un gesto antiguo (y rara vez usado) de nuestro distrito que a veces se ve en los funerales; es un gesto de dar gracias, de admiración, de despedida a un ser querido.

Ahora sí corro el peligro de llorar, pero, por suerte, Haymitch escoge este preciso momento para acercarse dando traspiés por el escenario y felicitar-me.

—¡Miradla, miradla bien! —brama, pasándome un brazo sobre los hombros. Tiene una fuerza sorprendente para estar tan hecho pedazos—. ¡Me gusta! —El aliento le huele a licor y hace bastante tiempo que no se baña—. Mucho... —No le sale la palabra durante un rato—. ¡Coraje! —exclama, triunfal—. ¡Más que vosotros! —Me suelta y se dirige a la parte delantera del escenario—. ¡Más que vosotros! —grita, señalando directamente a la cámara.

¿Se refiere a la audiencia o está tan borracho que es capaz de meterse con el Capitolio? Nunca lo sabré, porque, justo cuando abre la boca para seguir, Haymitch se cae del escenario y pierde la conciencia.

Es un asco de hombre, pero me siento agradecida porque, con todas las cámaras fijadas en él, tengo el tiempo suficiente para dejar escapar el ruidito ahogado que me bloquea la garganta y recuperarme. Pongo las manos detrás de la espalda y miro hacia adelante. Veo las colinas que escalé esta mañana con Gale y, por un momento, añoro algo..., la idea de irnos del distrito..., de vivir en los bosques. Sin embargo sé que hice lo correcto al no huir, porque ¿quién si no se habría presentado voluntario en lugar de Prim?

A Haymitch se lo llevan en una camilla y Effie Trinket intenta volver a poner el espectáculo en marcha.

—¡Qué día tan emocionante! —exclama, mientras manosea su peluca para ponerla en su sitio, ya que se ha torcido notablemente hacia la derecha—. ¡Pero todavía queda más emoción! ¡Ha llegado el momento de elegir a nuestro tributo masculino! —Con la clara intención de contener la precaria situación de su pelo, avanza hacia la bola de los chicos con una mano en la cabeza; después coge la primera papeleta que se encuentra, vuelve rápidamente al podio y yo ni siquiera tengo tiempo para desear que no lea el nombre de Gale—. Peeta Mellark.

¡Peeta Mellark!

«Oh, no —pienso—. Él no».

Porque reconozco su nombre, aunque nunca he hablado directamente con él. Peeta Mellark.

No, sin duda hoy la suerte no está de mi parte.

Lo observo avanzar hacia el escenario; altura media, bajo y fornido, cabello rubio

ceniza que le cae en ondas sobre la frente. En la cara se le nota la conmoción del momento, se ve que lucha por guardarse sus emociones, pero en sus ojos azules constato la alarma que tan a menudo encuentro en mis presas. De todos modos, sube con paso firme al escenario y ocupa su lugar.

Effie Trinket pide voluntarios; nadie da un paso adelante. Sé que tiene dos hermanos mayores, los he visto en la panadería, aunque seguramente a uno se le haya pasado la edad para ofrecerse voluntario, y el otro no lo hará. Es lo normal. El amor fraternal tiene sus límites para casi todo el mundo en el día de la cosecha. Lo que he hecho yo es algo radical.

El alcalde empieza a leer el largo y aburrido Tratado de la Traición, como hace todos los años en este momento (es obligatorio), pero no escucho ni una palabra.

«¿Por qué él?», pienso. Después intento convencerme de que no importa, de que Peeta Mellark y yo no somos amigos, ni siquiera somos vecinos y nunca hablamos. Nuestra única interacción real sucedió hace muchos años, y seguro que él ya la ha olvidado; sin embargo, yo no, y sé que nunca lo haré.

Fue durante la peor época posible. Mi padre había muerto en un accidente minero hacía tres meses, en el enero más frío que se recordaba. Ya había pasado el entumecimiento causado por la pérdida, y el dolor me atacaba de repente, hacía que me doblase y que los sollozos me estremeciesen. «¿Dónde estás? —gritaba una voz en mi interior—. ¿Adónde has ido?». Por supuesto, nunca recibí respuesta.

El distrito nos había concedido una pequeña suma de dinero como compensación por su muerte, lo bastante para un mes de luto, después del cual mi madre habría tenido que conseguir un trabajo. El problema fue que no lo hizo. Se limitaba a quedarse sentada en una silla o, lo más habitual, acurrucada debajo de las mantas de la cama, con la mirada perdida. De vez en cuando se movía, se levantaba como si la empujase alguna urgencia, para después quedarse de nuevo inmóvil. No le afectaban las súplicas constantes de Prim.

Yo estaba aterrada. Aunque ahora supongo que mi madre se había encerrado en una especie de oscuro mundo de tristeza, en aquel momento sólo sabía que había perdido a un padre y a una madre. A los once años, con una hermana de siete, me convertí en la cabeza de familia; no había alternativa. Compraba comida en el mercado, la cocinaba como podía, e intentaba que Prim y yo estuviésemos presentables porque, si se hacía público que mi madre ya no podía cuidarnos, nos habrían enviado al orfanato de la comunidad. Había crecido viendo a aquellos chicos en el colegio: la tristeza, las marcas de bofetadas en la cara, la desesperación que les hundía los hombros. No podía dejar que le pasara a Prim, a la dulce y diminuta Prim, que lloraba cuando yo lloraba sin tan siquiera saber la razón, que cepillaba y trenzaba el cabello de mi madre antes de irnos al colegio, que seguía limpiando el espejo de afeitarse de mi padre todas las noches porque odiaba la capa de polvo de carbón que

siempre cubría la Veta. El orfanato la habría aplastado como a un gusano, así que mantuve en secreto nuestras dificultades.

Al final, el dinero voló y empezamos a morirnos de hambre poco a poco. No hay otra forma de describirlo. No dejaba de decirme que todo iría bien si podía aguantar hasta mayo, sólo hasta el ocho de mayo, porque entonces cumpliría doce años, y podría pedir las teselas y conseguir aquella valiosa cantidad de cereales y aceite que serviría para alimentarnos. El problema era que quedaban varias semanas y cabía la posibilidad de que no llegáramos vivos.

Morirse de hambre no era algo infrecuente en el Distrito 12. ¿Quién no ha visto a las víctimas? Ancianos que no pueden trabajar; niños de una familia con demasiadas bocas que alimentar; los heridos en las minas. Todos se arrastran por las calles y, un día, te encuentras con uno de ellos sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared o tirado en la Pradera, u oyes gemidos en una casa y los agentes de la paz acuden a llevarse el cadáver. El hambre nunca es la causa oficial de la muerte: siempre se trata de pulmonía, congelación o neumonía, pero eso no engaña a nadie.

La tarde de mi encuentro con Peeta Mellark, la lluvia caía en implacables mantas de agua helada. Había estado en la ciudad intentando cambiar algunas ropas viejas de bebé de Prim en el mercado público, sin mucho éxito. Aunque había ido varias veces al Quemador con mi padre, me asustaba demasiado aventurarme sola en aquel lugar duro y mugriento. La lluvia había empapado la chaqueta de cazador de mi padre que llevaba puesta, y yo estaba muerta de frío. Llevábamos tres días comiendo agua hervida con algunas hojas de menta seca que había encontrado en el fondo de un armario; cuando cerró el mercado, temblaba tanto que se me cayó la ropa de bebé en un charco lleno de barro, pero no la recogí porque temía que, si me agachaba, no podría volver a levantarme. Además, nadie quería la ropa.

No podía volver a casa; allí estaban mi madre, con sus ojos sin vida, y mi hermana pequeña, con sus mejillas huecas y sus labios cuarteados. No podía entrar sin esperanza alguna en aquella habitación llena de humo por culpa de las ramas húmedas que había cogido al borde del bosque cuando se nos acabó el carbón para la chimenea.

Me encontré dando tumbos por una calle embarrada, detrás de las tiendas que servían a la gente más acomodada de la ciudad. Los comerciantes vivían sobre sus negocios, así que, básicamente, estaba en sus patios. Recuerdo las siluetas de los arriates sin plantar que esperaban al verano, de las cabras en un establo, de un perro empapado atado a un poste, hundido y derrotado en el lodo.

En el Distrito 12 están prohibidos todos los tipos de robo, que se castigan con la muerte. A pesar de eso, se me pasó por la cabeza que quizás encontrara algo en los cubos de basura, ya que para esos había vía libre. Puede que un hueso en la carnicería o verduras podridas en la verdulería, algo que nadie salvo mi desesperada familia

estuviese dispuesto a comer. Por desgracia, acababan de vaciar los cubos.

Cuando pasé junto a la panadería, el olor a pan recién hecho era tan intenso que me mareé. Los hornos estaban en la parte de atrás y de la puerta abierta de la cocina surgía un resplandor dorado. Me quedé allí, hipnotizada por el calor y el exquisito olor, hasta que la lluvia interfirió y me metió sus dedos helados por la espalda, obligándome a volver a la realidad. Levanté la tapa del cubo de basura de la panadería, y lo encontré completa e inhumanamente vacío.

De repente, alguien empezó a gritarme y, al levantar la cabeza, vi a la mujer del panadero diciéndome que me largara, que si quería que llamase a los agentes de la paz y que estaba harta de que los mocosos de la Veta escarbaran en su basura. Las palabras eran feas y yo no tenía defensa. Mientras ponía con cuidado la tapa en su sitio y retrocedía, lo vi: un chico de pelo rubio asomándose por detrás de su madre. Lo había visto en el colegio, estaba en mi curso, aunque no sabía su nombre. Se juntaba con los chicos de la ciudad, así que ¿cómo iba a saberlo? Su madre entró en la panadería, gruñendo, pero él tuvo que haber estado observando cómo me alejaba por detrás de la pocilga en la que tenían su cerdo y cómo me apoyaba en el otro lado de un viejo manzano. Por fin me daba cuenta de que no tenía nada que llevar a casa. Me cedieron las rodillas y me dejé caer por el tronco del árbol hasta dar con las raíces. Era demasiado, estaba demasiado enferma, débil y cansada, muy cansada.

«Que llamen a los agentes de la paz y nos lleven al orfanato —pensé—. O, mejor todavía, que me muera aquí mismo, bajo la lluvia».

Oí un estrépito en la panadería, los gritos de la mujer de nuevo y el sonido de un golpe, y me pregunté vagamente qué estaría pasando. Unos pies se arrastraban por el lodo hacia mí y pensé: «Es ella, ha venido a echarme con un palo».

Pero no era ella, era el chico, y en los brazos llevaba dos enormes panes que debían de haberse caído al fuego, porque la corteza estaba ennegrecida.

Su madre le chillaba: «¡Dáselo al cerdo, crío estúpido! ¿Por qué no? ¡Ninguna persona decente va a comprarme el pan quemado!».

El chico empezó a arrancar las partes quemadas y a tirarlas al comedero; entonces sonó la campanilla de la puerta de la tienda y su madre desapareció en el interior, para atender al cliente.

El chico ni siquiera me miró, aunque yo sí lo miraba a él, por el pan y por el verdugón rojo que le habían dejado en la mejilla. ¿Con qué lo habría golpeado su madre? Mis padres nunca nos pegaban, ni siquiera podía imaginármelo. El chico le echó un vistazo a la panadería, como para comprobar si había moros en la costa, y después, de nuevo atento al cerdo, tiró uno de los panes en mi dirección. El segundo lo siguió poco después y, acto seguido, el muchacho volvió a la panadería arrastrando los pies y cerró la puerta con fuerza.

Me quedé mirando el pan sin poder creérmelo. Eran panes buenos, perfectos en

realidad, salvo por las zonas quemadas. ¿Quería que me los llevase yo? Seguro, porque los tenía a mis pies. Antes de que nadie pudiese ver lo que había pasado, me metí los panes debajo de la camisa, me tapé bien con la chaqueta de cazador y me alejé corriendo. Aunque el calor del pan me quemaba la piel, los agarré con más fuerza, aferrándome a la vida.

Cuando llegué a casa, las hogazas se habían enfriado un poco, pero por dentro seguían calentitas. Las solté en la mesa y las manos de Prim se apresuraron a coger un trozo; sin embargo, la hice sentarse, obligué a mi madre a unirse a nosotras en la mesa y serví unas tazas de té caliente. Raspé la parte quemada del pan y lo corté en rebanadas. Nos comimos uno entero, rebanada a rebanada; era un pan bueno y sustancioso, con pasas y nueces.

Puse mi ropa a secar junto a la chimenea, me metí en la cama y disfruté de una noche sin sueños. Hasta el día siguiente no se me ocurrió la posibilidad de que el chico quemara el pan a propósito. Quizá hubiera soltado las hogazas en las llamas, sabiendo que lo castigarían, para poder dárme las. Sin embargo, lo descarté, seguro que se trataba de un accidente. ¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera me conocía. En cualquier caso, el simple gesto de tirarme el pan fue un acto de enorme amabilidad con el que se habría ganado una paliza de haber sido descubierto. No podía explicarme sus motivos.

Comimos pan para desayunar y fuimos al colegio. Fue como si la primavera hubiese llegado de la noche a la mañana: el aire era dulce y cálido, y había nubes esponjosas. En clase, pasé junto al chico por el pasillo, y vi que se le había hinchado la mejilla y tenía el ojo morado. Estaba con sus amigos y no me hizo caso, pero cuando recogí a Prim para volver a casa por la tarde, lo descubrí mirándome desde el otro lado del patio. Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo; después, él volvió la cabeza. Yo bajé la vista, avergonzada, y entonces lo vi: el primer diente de león del año. Se me encendió una bombilla en la cabeza, pensé en las horas pasadas en los bosques con mi padre y supe cómo íbamos a sobrevivir.

Hasta el día de hoy, no he sido capaz de romper la conexión entre este chico, Peeta Mellark, el pan que me dio esperanza y el diente de león que me recordó que no estaba condenada. Más de una vez me he vuelto en el pasillo del colegio y me he encontrado con sus ojos clavados en mí, aunque él siempre aparta la vista rápidamente. Siento como si le debiese algo, y odio deberle cosas a la gente. Quizá debería haberle dado las gracias en algún momento, porque así me sentiría menos confusa. Lo pensé un par de veces, pero nunca parecía ser el momento oportuno, y ya nunca lo será, porque nos van a lanzar a un campo de batalla en el que tendremos que luchar a muerte. ¿Cómo voy a darle las gracias allí? La verdad es que no sonaría sincero, teniendo en cuenta que estaré intentando cortarle el cuello.

El alcalde termina de leer el lúgubre Tratado de la Traición, y nos indica a Peeta y

a mí que nos demos la mano. La suya es consistente y cálida, igual que aquellas hogazas de pan. Me mira a los ojos y me aprieta la mano, como para darme ánimos, aunque quizá no sea más que un espasmo nervioso.

Nos volvemos para mirar a la multitud, mientras suena el himno de Panem.

«En fin —pienso—. Hay veinticuatro chicos, sería mala suerte que tuviese que matarlo yo».

Aunque, últimamente, no hay quien se fíe de la suerte.



En cuanto acaba el himno, nos ponen bajo custodia. No quiero decir que nos esposen ni nada de eso, pero un grupo de agentes de la paz nos acompaña hasta la puerta principal del Edificio de Justicia. Quizás algún tributo intentase escapar en el pasado, aunque yo nunca lo he visto.

Una vez dentro, me conducen a una sala y me dejan sola. Es el sitio más lujoso en el que he estado, tiene gruesas alfombras de pelo, y sofá y sillones de terciopelo. Sé que es terciopelo porque mi madre tiene un vestido con un cuello de esa cosa. Cuando me siento en el sofá, no puedo evitar acariciar la tela una y otra vez; me ayuda a calmarme mientras intento prepararme para la hora que me espera. Ése es el tiempo que se les concede a los tributos para despedirse de sus seres queridos. No puedo dejarme llevar y salir de esta habitación con los ojos hinchados y la nariz roja; no me puedo permitir llorar, porque habrá más cámaras en la estación de tren.

Mi hermana y mi madre entran primero. Extiendo los brazos hacia Prim, y ella se sube a mi regazo y me rodea el cuello con los suyos, apoyando la cabeza en mi hombro, como hacía cuando era un bebé. Mi madre se sienta a mi lado y nos abraza a las dos. No hablamos durante unos minutos, pero después empiezo a decirles las cosas que tienen que recordar hacer, ya que yo no estaré para ayudarlas.

Prim no debe coger ninguna tesela. Pueden salir adelante, si tienen cuidado, vendiendo la leche y el queso de la cabra, y siguiendo con la pequeña botica que lleva mi madre para la gente de la Veta. Gale le conseguirá las hierbas que ella no pueda cultivar, aunque tiene que describírselas con precisión, porque él no las conoce como yo. También les llevará carne de caza (él y yo habíamos hecho un pacto al respecto hace cosa de un año) y seguramente no les pedirá nada a cambio. Sin embargo, deben agradecerse con algún tipo de canje, como leche o medicinas.

No me molesto en sugerirle a Prim que aprenda a cazar; intenté enseñarla un par de veces y fue un desastre. El bosque la aterra y, siempre que yo le daba a una presa, ella se ponía llorosa y decía que podíamos curarla si llegábamos a tiempo a casa. Por otro lado, le va bien con la cabra, así que me concentro en eso.

Cuando termino con las instrucciones sobre el combustible, el comercio y terminar el colegio, me vuelvo hacia mi madre y la cojo con fuerza de la mano.

—Escúchame, ¿me estás escuchando? —Ella asiente, asustada por mi intensidad. Tiene que saber lo que le espera—. No puedes volver a irte.

—Lo sé —me responde ella, clavando los ojos en el suelo—. Lo sé, no lo haré. No pude evitar lo que...

—Bueno, pues esta vez tendrás que evitarlo. No puedes desconectarte y dejar sola a Prim, porque yo no estaré para manteneros con vida. Da igual lo que pase, da igual lo que veas en pantalla. ¡Tienes que prometerme que seguirás luchando!

He levantado tanto la voz que estoy gritando; estoy soltando toda la rabia y el miedo que sentí cuando ella me abandonó.

—Estaba enferma —dice mi madre, soltándose; también se ha enfadado—. Podría haberme curado yo misma de haber tenido las medicinas que tengo ahora.

La parte de haber estado enferma es cierta; después he visto cómo despertaba a personas que sufrían aquella tristeza paralizante. Quizá sea una enfermedad, pero no nos la podemos permitir.

—Pues tómalas... ¡y cuida de ella! —le ordeno.

—Todo saldrá bien, Katniss —dice Prim, cogiéndome la cara—. Pero tú también tienes que cuidarte; eres rápida y valiente, quizá puedas ganar.

No puedo ganar; en el fondo, Prim debe de saberlo. La competición está mucho más allá de mis habilidades. Hay chicos de distritos más ricos, donde ganar es un gran honor, que llevan entrenándose toda la vida para esto. Chicos que son dos o tres veces más grandes que yo; chicas que conocen veinte formas diferentes de matarte con un cuchillo. Sí, también habrá gente como yo, chavales a los que quitarse de en medio antes de que empiece la diversión de verdad.

—Quizá —respondo, porque no puedo decirle a mi madre que luche si yo ya me he rendido. Además, no es propio de mí entregarme sin presentar batalla, aunque los obstáculos parezcan insuperables—. Y seremos tan ricas como Haymitch.

—Me da igual que seamos ricas. Sólo quiero que vuelvas a casa. Lo intentarás, ¿verdad? ¿Lo intentarás de verdad de la buena? —me pregunta Prim.

—De verdad de la buena, te lo juro —le digo, y sé que tendré que hacerlo, por ella.

Después aparece el agente de la paz para decirnos que se ha acabado el tiempo, nos abrazamos tan fuerte que duele y lo único que se me ocurre es:

—Os quiero, os quiero a las dos.

Ellas me dicen lo mismo, el agente les ordena que se marchen y cierra la puerta. Escondo la cabeza en uno de los cojines de terciopelo, como si eso pudiese protegerme de todo lo que está pasando.

Alguien más entra en la habitación y, cuando miro, me sorprende ver al panadero, el padre de Peeta Mellark. No puedo creerme que haya venido a visitarme; al fin y al cabo, pronto estaré intentando matar a su hijo. Pero nos conocemos un poco, y él conoce incluso mejor a Prim, porque, cuando mi hermana vende sus quesos en el Quemador, siempre le guarda dos al panadero y él le da una generosa cantidad de pan

a cambio. Es mucho más amable que la bruja de su mujer, así que esperamos a que ella no esté. Seguro que él nunca le habría pegado a su hijo por el pan quemado como lo hizo ella. En cualquier caso, ¿por qué ha venido a verme?

El panadero se sienta, incómodo, en el borde de una de las lujosas sillas. Es un hombre grande, ancho de hombros, con cicatrices de las quemaduras sufridas en el horno a lo largo de los años. Es probable que acabe de despedirse de su hijo.

Saca un paquete envuelto en papel blanco del bolsillo de la chaqueta y me lo ofrece. Lo abro y encuentro galletas, un lujo que nosotras nunca podemos permitirnos.

—Gracias —respondo. El panadero no es un hombre muy hablador, en el mejor de los casos, y hoy no tiene absolutamente nada que decirme—. He comido un poco de su pan esta mañana. Mi amigo Gale le dio una ardilla a cambio. —Él asiente, como si recordarse la ardilla—. No ha hecho usted un buen trato.

Se encoge de hombros, como si no le importase nada.

No se me ocurre qué más decir, así que guardamos silencio hasta que lo llama un agente de la paz. Él se levanta y tose para aclararse la garganta.

—No perderé de vista a la pequeña. Me aseguraré de que coma.

Siento que al oírlo desaparece parte de la presión que me oprime el pecho. La gente trata conmigo, pero a ella le tienen verdadero cariño. Quizás haya cariño suficiente para mantenerla con vida.

Mi siguiente visita también resulta inesperada: Madge viene directa hacia mí. No está llorosa, ni evita hablar del tema, sino que me sorprende con el tono urgente de su voz.

—Te dejan llevar una cosa de tu distrito en el estadio, algo que te recuerde a casa. ¿Querrías llevar esto?

Me ofrece la insignia circular de oro que antes le adornaba el vestido. Aunque no le había prestado mucha atención hasta el momento, veo que es un pajarito en pleno vuelo.

—¿Tu insignia? —le pregunto.

Llevar un símbolo de mi distrito es lo que menos me preocupa en estos momentos.

—Toma, te lo pondré en el vestido, ¿vale? —No espera a mi respuesta, se inclina y me lo pone—. Katniss, prométeme que lo llevarás en el estadio, ¿vale?

—Sí.

Galletas, una insignia... Hoy me están dando todo tipo de regalos. Madge me da otro más: un beso en la mejilla. Después se va y me quedo pensando que quizá, al fin y al cabo, sí fuera mi amiga.

En último lugar aparece Gale y, aunque puede que no haya nada romántico entre nosotros, cuando abre los brazos no dudo en lanzarme a ellos. Su cuerpo me resulta

familiar: la forma en que se mueve, el olor a humo del bosque, incluso los latidos de su corazón, que ya había escuchado en los momentos de silencio de la caza. Sin embargo, es la primera vez que de verdad lo siento, delgado y musculoso, junto a mí.

—Escucha —me dice—, no te resultará difícil conseguir un cuchillo, pero tienes que hacerte con un arco. Es tu mejor opción.

—No siempre los tienen —respondo, pensando en el año en que sólo había unas horribles mazas con pinchos con las que los tributos tenían que matarse a golpes.

—Pues fabrica uno. Hasta un arco endeble es mejor que no tener arco.

He intentado copiar los arcos de mi padre con malos resultados, porque no es tan fácil. Incluso él tenía que desechar su trabajo algunas veces.

—Ni siquiera sé si habrá madera —digo.

Otro año los soltaron en un paraje en el que sólo había cantos rodados, arena y arbustos esqueléticos; para mí fueron unos de los peores juegos. Muchos competidores sufrieron mordeduras de serpientes venenosas o se volvieron locos de sed.

—Casi siempre hay madera desde aquel año en que la mitad murió de frío —me responde Gale—. No resultaba muy entretenido.

Es cierto, nos pasamos unos juegos enteros viendo cómo los jugadores morían congelados por la noche. Apenas aparecían, porque se limitaban a hacerse un ovillo y no tenían madera para hogueras, ni antorchas, ni nada. El Capitolio consideró muy decepcionante observar todas aquellas muertes silenciosas y sin sangre, así que, desde entonces, suele haber madera para hacer fuego.

—Sí, es verdad.

—Katniss, es como cazar, y eres la mejor cazadora que conozco.

—No es como cazar, Gale, están armados. Y piensan.

—Igual que tú, y tú tienes más práctica, práctica de verdad. Sabes cómo matar.

—Pero no personas.

—¿De verdad hay tanta diferencia? —pregunta Gale, en tono triste.

Lo más horrible es que, si consigo olvidar que son personas, será exactamente igual.

Los agentes de la paz vuelven demasiado pronto y Gale les pide más tiempo, pero se lo llevan y empiezo a asustarme.

—¡No dejes que mueran de hambre! —grito, aferrándome a su mano.

—¡No lo permitiré! ¡Sabes que no lo permitiré! Katniss, recuerda que te... —dice, y nos separan y cierran la puerta, y nunca sabré qué es lo que quiere que recuerde.

La estación de tren está cerca del Edificio de Justicia, aunque nunca antes había viajado en coche y casi nunca en carro. En la Veta nos desplazamos a pie.

He hecho bien en no llorar, porque la estación está a rebosar de periodistas con cámaras apuntándome a la cara, como insectos. Pero tengo mucha experiencia en no demostrar mis sentimientos, y eso es lo que hago. Me veo de reojo en la pantalla de televisión de la pared, en la que están retransmitiendo mi llegada en directo, y me alegra comprobar que parezco casi aburrida.

Por otro lado, no cabe duda de que Peeta Mellark ha estado llorando y, curiosamente, no intenta esconderlo. Me pregunto al instante si será su estrategia en los juegos: parecer débil y asustado para que los demás crean que no es competencia y después dar la sorpresa luchando. A una chica del Distrito 7, Johanna Mason, le funcionó muy bien hace unos años. Parecía una idiota llorica y cobarde por la que nadie se preocupó hasta que sólo quedaba un puñado de concursantes. Al final resultó ser una asesina despiadada; una estrategia muy inteligente, pero extraña para Peeta Mellark, porque es el hijo de un panadero. Siempre ha tenido comida de sobra y bandejas de pan que mover de un lado a otro, por lo que es ancho de espaldas y fuerte. Harían falta muchos lloriqueos para convencer a alguien de que lo pasase por alto.

Tenemos que quedarnos unos minutos en la puerta del tren, mientras las cámaras engullen nuestras imágenes; después nos dejan entrar al vagón y las puertas se cierran piadosamente detrás de nosotros. El tren empieza a moverse de inmediato.

Al principio, la velocidad me deja sin aliento. Obviamente, nunca había estado en un tren, ya que está prohibido viajar de un distrito a otro, salvo que se trate de tareas aprobadas por el Estado. En nuestro caso se limita básicamente al transporte de carbón, aunque no estamos en un tren de mercancías normal, sino en uno de los modelos de alta velocidad del Capitolio, que alcanza una media de cuatrocientos kilómetros por hora. Nuestro viaje nos llevará menos de un día.

En el colegio nos dicen que el Capitolio se construyó en un lugar que antes se llamaba las Rocosas. El Distrito 12 estaba en una región conocida como los Apalaches; incluso entonces, hace cientos de años, ya extraían carbón de la zona. Por eso nuestros mineros tienen que trabajar a tanta profundidad.

Por algún motivo, en el colegio todo acaba reduciéndose al carbón. Además de comprensión lectora y matemáticas básicas, casi toda la formación tiene que ver con eso, salvo por la clase semanal de historia de Panem. Se trata principalmente de tonterías sobre lo que le debemos al Capitolio, aunque sé que tiene que haber mucho más de lo que nos cuentan, una explicación real de lo que pasó durante la rebelión. Sin embargo, no pienso mucho en ello; sea cual sea la verdad, no veo cómo me va a ayudar a poner comida en la mesa.

El tren de los tributos es aún más elegante que la habitación del Edificio de Justicia. Cada uno tenemos nuestro propio alojamiento, compuesto por un dormitorio, un vestidor y un baño privado con agua corriente caliente y fría. En casa no tenemos

agua caliente, a no ser que la hirvamos.

Hay cajones llenos de ropa bonita, y Effie Trinket me dice que haga lo que quiera, que me ponga lo que quiera, que todo está a mi disposición. Mi única obligación es estar lista para la cena en una hora. Me quito el vestido azul de mi madre y me doy una ducha caliente, cosa que nunca había hecho antes. Es como estar bajo una lluvia de verano, sólo que menos fría. Me pongo una camisa y unos pantalones de color verde oscuro.

En el último segundo me acuerdo de la pequeña insignia de oro de Madge y le echo un buen vistazo por primera vez: es como si alguien hubiese creado un pajarito dorado y después lo hubiese rodeado con un anillo. El pájaro sólo está unido al anillo por la punta de las alas. De repente, lo reconozco: es un sinsajo.

Son unos pájaros curiosos, además de una especie de bofetón en la cara para el Capitolio. Durante la rebelión, el Capitolio creó una serie de animales modificados genéticamente y los utilizó como armas; el término común para denominarlos era mutaciones, o mutos, para abreviar. Uno de ellos era un pájaro especial llamado charlajo que tenía la habilidad de memorizar y repetir conversaciones humanas completas. Eran unas aves mensajeras, todas ellas machos, que se soltaron en las regiones en las que se escondían los enemigos del Capitolio. Los pájaros recogían las palabras y volvían a sus bases para que las grabaran. Los distritos tardaron un tiempo en darse cuenta de lo que pasaba, de cómo estaban transmitiendo sus conversaciones privadas, pero, cuando lo hicieron, como es natural, los rebeldes lo utilizaron para contarle al Capitolio miles de mentiras, así que el truco se volvió en su contra. Por esa razón cerraron las bases y abandonaron los pájaros para que muriesen en los bosques.

Sin embargo, no murieron, sino que se aparearon con los sinsontes hembra y crearon una nueva especie que podía replicar tanto los silbidos de los pájaros como las melodías humanas. A pesar de perder la capacidad de articular palabras, podían seguir imitando una amplia gama de sonidos vocales humanos, desde el agudo gorjeo de un niño a los tonos graves de un hombre. Además, podían recrear canciones; no sólo unas notas, sino canciones enteras de múltiples versos, siempre que tuvieras la paciencia necesaria para cantárselas y siempre que a ellos les gustase tu voz.

Mi padre sentía un cariño especial por los sinsajos. Cuando íbamos de caza, silbaba o cantaba canciones complicadas y, después de una educada pausa, ellos siempre las repetían. No trataban con el mismo respeto a todo el mundo, pero siempre que mi padre cantaba, todos los pájaros de la zona callaban y escuchaban. Lo hacían porque su voz era muy bonita, alta, clara y tan llena de vida que te daban ganas de reír y llorar a la vez. No fui capaz de seguir con la costumbre después de su muerte. En cualquier caso, este pajarito tiene algo que me consuela; es como llevar una parte de mi padre conmigo, protegiéndome. Me lo prendo a la camisa y, con la tela verde

oscuro de fondo, casi puedo imaginarme al sinsajo volando entre los árboles.

Effie Trinket viene a recogerme para la cena, y la sigo por un estrecho y agitado pasillo hasta llegar a un comedor con paredes de madera pulida. Hay una mesa en la que todos los platos son muy frágiles, y Peeta Mellark está sentado esperándonos, con una silla vacía a su lado.

—¿Dónde está Haymitch? —pregunta Effie, en tono alegre.

—La última vez que lo vi me dijo que iba a echarse una siesta —responde Peeta.

—Bueno, ha sido un día agotador —comenta ella, y creo que se siente aliviada por la ausencia de Haymitch. ¿Quién puede culparla?

La cena sigue su curso: una espesa sopa de zanahorias, ensalada verde, chuletas de cordero y puré de patatas, queso y fruta, y una tarta de chocolate. Effie Trinket se pasa toda la comida recordándonos que tenemos que dejar espacio, porque quedan más cosas, pero yo me atiborro, porque nunca había visto una comida así, tan buena y abundante, y porque probablemente lo mejor que puedo hacer hasta que empiecen los juegos es ganar unos cuantos kilos.

—Por lo menos tenéis buenos modales —dice Effie, mientras terminamos el segundo plato—. La pareja del año pasado se lo comía todo con las manos, como un par de salvajes. Consiguieron revolverme las tripas.

La pareja del año pasado eran dos chicos de la Veta que nunca en su vida habían tenido suficiente para comer. Seguro que, cuando tuvieron toda aquella comida delante, los buenos modales en la mesa fueron la menor de sus preocupaciones. Peeta es hijo de panadero; mi madre nos enseñó a Prim y a mí a comer con educación, así que, sí, sé manejar el cuchillo y el tenedor, pero me asquea tanto el comentario que me esfuerzo por comerme el resto de la comida con los dedos. Después me limpio las manos en el mantel, lo que hace que Effie apriete los labios con fuerza.

Una vez terminada la comida, tengo que esforzarme por no vomitarla y veo que Peeta también está un poco verde. Nuestros estómagos no están acostumbrados a unos alimentos tan lujosos. Sin embargo, si soy capaz de aguantar el mejunje de carne de ratón, entrañas de cerdo y corteza de árbol de Sae la Grasieta (su especialidad de invierno), estoy dispuesta a aguantar esto.

Vamos a otro compartimento para ver el resumen de las cosechas de todo Panem. Intentan ir celebrándolas a lo largo del día, de modo que alguien pueda verlas todas en directo, aunque sólo la gente del Capitolio podría hacerlo, ya que ellos son los únicos que no tienen que ir a las cosechas.

Vemos las demás ceremonias una a una, los nombres, los que se ofrecen voluntarios y los que no, que abundan más. Examinamos las caras de los chicos contra los que competiremos y me quedo con algunas: un chico monstruoso que se apresura a presentarse voluntario en el Distrito 2; una chica de brillante cabello rojo y cara astuta en el Distrito 5; un chico cojo en el Distrito 10; y, lo más inquietante, una

chica de doce años en el Distrito 11. Tiene piel y ojos oscuros, pero, aparte de eso, me recuerda a Prim tanto en tamaño como en comportamiento. Sin embargo, cuando sube al escenario y piden voluntarios, sólo se oye el viento que silba entre los decrepitos edificios que la rodean; nadie está dispuesto a ocupar su lugar.

Por último, aparece el Distrito 12: el momento de la elección de Prim y yo corriendo a presentarme voluntaria. Se nota perfectamente la desesperación en mi voz cuando pongo a Prim detrás de mí, como si temiera que no me oyesen y se la llevaran. Sin embargo, está claro que me oyen. Veo a Gale quitándomela de encima y a mí misma subiendo al escenario. Los comentaristas no saben bien qué decir sobre la actitud del público, su negativa a aplaudir y el saludo silencioso. Uno dice que el Distrito 12 siempre ha estado un poco subdesarrollado, pero que las costumbres locales pueden resultar encantadoras. Como si estuviese ensayado, Haymitch se cae y todos dejan escapar un gruñido cómico. Después sacan el nombre de Peeta y él ocupa su lugar en silencio, nos damos la mano, ponen otra vez el himno y termina el programa.

Effie Trinket está disgustada por el estado de su peluca.

—Vuestro mentor tiene mucho que aprender sobre la presentación y el comportamiento en la televisión.

—Estaba borracho —responde Peeta, riéndose de forma inesperada—. Se emborracha todos los años.

—Todos los días —añado, sin poder reprimir una sonrisita.

Effie hace que parezca como si Haymitch tuviese malos modales que pudieran corregirse con unos cuantos consejos suyos.

—Sí, qué raro que os parezca tan divertido a los dos. Ya sabéis que vuestro mentor es el contacto con el mundo exterior en estos juegos, el que os aconsejará, os conseguirá patrocinadores y organizará la entrega de cualquier regalo. ¡Haymitch puede suponeros la diferencia entre la vida y la muerte!

En ese preciso momento, Haymitch entra tambaleándose en el compartimento.

—¿Me he perdido la cena? —pregunta, arrastrando las palabras. Después vomita en la cara alfombra y se cae encima de la porquería.

—¡Seguid riéndoos! —exclama Effie Trinket; acto seguido se levanta de un salto, rodea el charco de vómito subida a sus zapatos puntiagudos y sale de la habitación.



Durante unos instantes, Peeta y yo asimilamos la escena de nuestro mentor intentando levantarse del charco de porquería resbaladiza que ha soltado su estómago. El hedor a vómito y alcohol puro hace que se me revuelvan las tripas. Nos miramos; está claro que Haymitch no es gran cosa, pero Effie Trinket tiene razón en algo: una vez en el estadio, sólo lo tendremos a él. Como si llegáramos a algún tipo de acuerdo silencioso, Peeta y yo lo cogemos por los brazos y lo ayudamos a levantarse.

—¿He tropezado? —pregunta Haymitch—. Huele mal.

Se limpia la nariz con la mano y se mancha la cara de vómito.

—Vamos a llevarte a tu cuarto para limpiarte un poco —dice Peeta.

Lo llevamos de vuelta a su compartimento medio a empujones, medio a rastras. Como no podemos dejarlo sobre la colcha bordada, lo metemos en la bañera y encendemos la ducha; él apenas se entera.

—No pasa nada —me dice Peeta—. Ya me encargo yo.

No puedo evitar sentirme un poco agradecida, ya que lo que menos me apetece en el mundo es desnudar a Haymitch, limpiarle la porquería del pelo del pecho y meterlo en la cama. Seguramente, mi compañero intenta causarle buena impresión, ser su favorito cuando empiecen los juegos. Sin embargo, a juzgar por el estado en el que está, Haymitch no se acordará de nada mañana.

—Vale, puedo enviar a una de las personas del Capitolio a ayudarte —le digo, porque hay varias en el tren. Cocinan para nosotros, nos sirven y nos vigilan; cuidarnos es su trabajo.

—No, no las quiero.

Asiento y vuelvo a mi cuarto. Entiendo cómo se siente Peeta, yo tampoco puedo soportar a la gente del Capitolio, pero hacer que se encarguen de Haymitch podría ser una pequeña venganza, así que medito sobre la razón que lo lleva a insistir en ocuparse de él, así, de repente. «Es porque está siendo amable. Igual que cuando me regaló el pan», pienso.

La idea hace que me pare en seco: un Peeta Mellark amable es mucho más peligroso que uno desagradable. La gente amable consigue abrirse paso hasta mí y quedármeme dentro, y no puedo dejar que Peeta lo haga, no en el sitio al que vamos. Decido que, desde este momento, debo tener el menor contacto posible con el hijo del panadero.

Cuando llego a mi habitación, el tren se detiene en un andén para repostar. Abro rápidamente la ventana, tiro las galletas que me regaló el padre de Peeta y cierro el cristal de golpe. Se acabó, no quiero nada más de ninguno de los dos.

Por desgracia, el paquete de galletas cae al suelo y se abre sobre un grupo de dientes de león que hay junto a las vías. Sólo lo veo un instante, porque el tren sale de nuevo, pero me basta con eso; es suficiente para recordarme aquel otro diente de león que vi en el patio del colegio hace algunos años...

Justo cuando aparté la mirada del rostro amoratado de Peeta Mellark me encontré con el diente de león y supe que no todo estaba perdido. Lo arranqué con cuidado y me apresuré a volver a casa, cogí un cubo y a mi hermana de la mano, y me dirigí a la Pradera; y sí, estaba llena de aquellas semillas de cabeza dorada. Después de recogerlas, rebuscamos por el borde interior de la valla a lo largo de un kilómetro y medio, más o menos, hasta que llenamos el cubo de hojas, tallos y flores de diente de león. Aquella noche nos atiborramos de ensalada y el resto del pan de la panadería.

—¿Qué más? —me preguntó Prim—. ¿Qué más comida podemos encontrar?

—De todo tipo —le prometí—. Sólo tengo que acordarme.

Mi madre tenía un libro que se había llevado de la botica de sus padres; las hojas estaban hechas de pergamino viejo y tenían dibujos a tinta de plantas, junto a los cuales habían escrito en pulcras letras mayúsculas sus nombres, dónde recogerlas, cuándo florecían y sus usos médicos. Sin embargo, mi padre añadió otras entradas al libro, plantas comestibles, no curativas: dientes de león, ombús, cebollas silvestres y pinos. Prim y yo nos pasamos el resto de la noche estudiando detenidamente aquellas páginas.

Al día siguiente no teníamos clases. Durante un rato me quedé en el borde de la Pradera, pero, finalmente, conseguí reunir el valor necesario para meterme por debajo de la alambrada. Era la primera vez que estaba allí sola, sin las armas de mi padre para protegerme, aunque recuperé el pequeño arco y las flechas que había escondido en un árbol hueco. No me adentré ni veinte metros en los bosques y la mayor parte del tiempo la pasé subida a las ramas de un viejo roble, con la esperanza de que se acercara una presa. Después de varias horas, tuve la buena suerte de matar un conejo. Lo había hecho antes, con la ayuda de mi padre; pero era la primera vez que lo hacía sola.

Llevábamos varios meses sin comer carne, así que la imagen del conejo pareció despertar algo dentro de mi madre. Se levantó, despellejó el animal, e hizo un estofado con la carne y parte de las verduras que Prim había recogido. Después se quedó como desconcertada y regresó a la cama, pero, una vez listo el estofado, la obligamos a comerse un cuenco.

Los bosques se convirtieron en nuestra salvación, y cada día me adentraba más en sus brazos. A pesar de que al principio fue algo lento, estaba decidida a alimentarnos;

robaba huevos de los nidos, pescaba peces con una red, a veces lograba disparar a una ardilla o un conejo para el estofado y recogía las distintas plantas que surgían bajo mis pies. Las plantas son peligrosas; aunque hay muchas comestibles, si das un paso en falso estás muerta. Las comparaba varias veces con los dibujos de mi padre antes de comerlas, y eso nos mantuvo vivas.

Ante cualquier indicio de peligro, ya fuese un aullido lejano o una rama rota de forma inexplicable, salía corriendo hacia la alambrada. Después empecé a arriesgarme a subir a los árboles para escapar de los perros salvajes, que no tardaban en aburrirse y seguían su camino. Los osos y los gatos vivían más adentro; quizá no les gustaban la peste y el hollín de nuestro distrito.

El 18 de mayo fui al Edificio de Justicia, firmé para pedir mi tesela y me llevé a casa el primer lote de cereales y aceite en el carro de juguete de Prim. Los días 8 de cada mes tenía derecho a hacer lo mismo, pero, claro, no podía dejar de cazar y recolectar. El cereal no bastaba para vivir y había otras cosas que comprar: jabón, leche e hilo. Lo que no fuese absolutamente necesario consumir, lo llevaba al Quemador. Me daba miedo entrar allí sin mi padre al lado; sin embargo, la gente lo respetaba y me aceptaba por él. Al fin y al cabo, una presa era una presa, la derribase quien la derribase. También vendía en las puertas de atrás de los clientes más ricos de la ciudad, intentando recordar lo que mi padre me había dicho y aprendiendo unos cuantos trucos nuevos. La carnicera me compraba los conejos, pero no las ardillas; al panadero le gustaban las ardillas, pero sólo las aceptaba si no estaba por allí su mujer; al jefe de los agentes de la paz le encantaba el pavo silvestre y el alcalde sentía pasión por las fresas.

A finales del verano, estaba lavándome en un estanque cuando me fijé en las plantas que me rodeaban: altas con hojas como flechas, y flores con tres pétalos blancos. Me arrodillé en el agua, metí los dedos en el suave lodo y saqué un puñado de raíces. Eran tubérculos pequeños y azulados que no parecían gran cosa, pero que, al hervirlos o asarlos, resultaban tan buenos como las patatas.

—Katniss, la saeta de agua —dije en voz alta.

Era la planta por la que me pusieron ese nombre; recordé a mi padre decir, en broma: «Mientras puedas encontrarte, no te morirás de hambre».

Me pasé varias horas agitando el lecho del estanque con los dedos de los pies y un palo, recogiendo los tubérculos que flotaban hasta la superficie. Aquella noche nos dimos un banquete de pescado y raíces de saeta hasta que, por primera vez en meses, las tres nos llenamos.

Poco a poco, mi madre volvió con nosotras. Empezó a limpiar, cocinar y poner en conserva para el invierno algunos de los alimentos que yo llevaba. La gente pagaba en especie o con dinero por sus remedios medicinales y, un día, la oí cantar.

Prim estaba encantada de tenerla de vuelta, mientras que yo seguía observándola,

esperando que desapareciese otra vez; no confiaba en ella. Además, un lugar pequeño y retorcido de mi interior la odiaba por su debilidad, por su negligencia, por los meses que nos había hecho pasar. Mi hermana la perdonó y yo me alejé de ella, había levantado un muro para protegerme de necesitarla y nada volvería a ser lo mismo entre nosotras.

Y ahora voy a morir sin haberlo arreglado. Pienso en cómo le he gritado hoy en el Edificio de Justicia, aunque también le dije que la quería. A lo mejor ambas cosas se compensan.

Me quedo mirando por la ventana del tren un rato, deseando poder abrirla de nuevo, pero sin saber qué pasaría si lo hiciera a tanta velocidad. A lo lejos veo las luces de otro distrito. ¿El 7? ¿El 10? No lo sé. Pienso en los habitantes dentro de sus casas, preparándose para acostarse. Me imagino mi casa, con las persianas bien cerradas. ¿Qué estarán haciendo mi madre y Prim? ¿Habrán sido capaces de cenar el guiso de pescado y las fresas? ¿O estará todo intacto en los platos? ¿Habrán visto el resumen de los acontecimientos del día en el viejo televisor que tenemos en la mesa pegada a la pared? Seguro que han llorado más. ¿Estará resistiendo mi madre, estará siendo fuerte por Prim? ¿O habrá empezado a marcharse, a descargar el peso del mundo sobre los frágiles hombros de mi hermana?

Sin duda, esta noche dormirán juntas. Me consuela que el viejo zarrapastroso de *Buttercup* se haya colocado en la cama para proteger a Prim. Si llora, él se abrirá paso hasta sus brazos y se acurrucará allí hasta que se calme y se quede dormida. Cómo me alegro de no haberlo ahogado.

Pensar en mi casa me mata de soledad. Ha sido un día interminable. ¿Cómo es posible que Gale y yo estuviéramos recogiendo moras esta misma mañana? Es como si hubiese pasado en otra vida, como un largo sueño que se va deteriorando hasta convertirse en pesadilla. Si consigo dormirme, quizá me despierte en el Distrito 12, el lugar al que pertenezco.

Seguro que hay muchos camiones en la cómoda, pero me quito la camisa y los pantalones, y me acuesto en ropa interior. Las sábanas son de una tela suave y sedosa, con un edredón grueso y esponjoso que me calienta de inmediato.

Si voy a llorar, será mejor que lo haga ahora; por la mañana podré arreglar el estropicio que me hagan las lágrimas en la cara. Sin embargo, no lo consigo, estoy demasiado cansada o entumecida para llorar, sólo quiero estar en otra parte; así que dejo que el tren me meza hasta sumergirme en el olvido.

Está entrando luz gris a través de las cortinas cuando me despiertan unos golpecitos. Oigo la voz de Effie Trinket llamándome para que me levante.

—¡Arriba, arriba, arriba! ¡Va a ser un día muy, muy, muy importante!

Durante un instante intento imaginarme cómo será el interior de la cabeza de esta mujer. ¿Qué pensamientos llenan las horas en que está despierta? ¿Qué sueños tiene

por las noches? No tengo ni idea.

Me vuelvo a poner el traje verde porque no está muy sucio, sólo algo arrugado por haberse pasado la noche en el suelo. Recorro con los dedos el círculo que rodea al pequeño sinsajo de oro y pienso en los bosques, en mi padre, y en mi madre y Prim levantándose, teniendo que enfrentarse al día. He dormido sin deshacer las intrincadas trenzas con las que me peinó mi madre para la cosecha; como todavía tienen buen aspecto, me dejo el pelo como está. Da igual: no podemos estar lejos del Capitolio y, cuando llegemos a la ciudad, mi estilista decidirá el aspecto que voy a tener en las ceremonias de inauguración de esta noche. Sólo espero que no crea que la desnudez es el último grito en moda.

Cuando entro en el vagón comedor, Effie Trinket se acerca a mí con una taza de café solo; está murmurando obscenidades entre dientes. Haymitch se está riendo disimuladamente, con la cara hinchada y roja de los abusos del día anterior. Peeta tiene un panecillo en la mano y parece algo avergonzado.

—¡Siéntate! ¡Siéntate! —exclama Haymitch, haciendo señas con la mano.

En cuanto lo hago, me sirven una enorme bandeja de comida: huevos, jamón y montañas de patatas fritas. Hay un frutero metido en hielo, para que la fruta se mantenga fresca, y tengo delante una cesta de panecillos que habrían servido para alimentar a toda mi familia durante una semana. También hay un elegante vaso con zumo de naranja; bueno, creo que es zumo de naranja. Sólo he probado las naranjas una vez, en Año Nuevo, porque mi padre compró una como regalo especial. Una taza de café; mi madre adora el café, aunque casi nunca podemos permitirnoslo, pero a mí me parece aguado y amargo. Al lado hay una taza con algo de color marrón intenso que nunca había visto antes.

—Lo llaman chocolate caliente —me dice Peeta—. Está bueno.

Pruebo un trago del líquido caliente, dulce y cremoso, y me recorre un escalofrío. Aunque el resto de la comida me llama, no le hago caso hasta que termino la taza. Después me atiborro de todo lo que puedo, procurando no pasarme con los alimentos más grasos. Mi madre me dijo una vez que siempre comía como si no fuera a volver a ver la comida, y yo le respondí: «No la volveré a ver si no la traigo yo». Eso le cerró la boca.

Cuando siento que el estómago me va a estallar, me echo hacia atrás y observo a mis compañeros de desayuno. Peeta sigue comiendo, troceando los panecillos para mojarlos en el chocolate caliente. Haymitch no le ha prestado mucha atención a su bandeja, pero está tragándose un vaso de zumo rojo que no deja de mezclar con un líquido transparente que saca de una botella. A juzgar por el olor, es algún tipo de alcohol. No conozco a Haymitch, aunque lo he visto a menudo en el Quemador, tirando puñados de dinero sobre el mostrador de la mujer que vende licor blanco. Estará diciendo incoherencias cuando llegemos al Capitolio.

Me doy cuenta de que detesto a este hombre; no es de extrañar que los tributos del Distrito 12 no tengan ni una oportunidad. No es sólo que estemos mal alimentados y nos falte entrenamiento, porque algunos de nuestros participantes eran lo bastante fuertes como para intentarlo, pero rara vez conseguimos patrocinadores, y él tiene gran parte de la culpa. La gente rica que apoya a los tributos (ya sea porque apuesten por ellos o simplemente por tener derecho a presumir de haber escogido al ganador) espera tratar con alguien más elegante que Haymitch.

—Entonces, ¿se supone que nos vas a aconsejar? —le pregunto.

—¿Quieres un consejo? Sigue viva —responde Haymitch, y se echa a reír.

Miro a Peeta antes de recordar que no quiero tener nada que ver con él, y me sorprende encontrarme con una expresión muy dura, cuando normalmente parece tan afable.

—Muy gracioso —dice. De repente, le pega un bofetón al vaso que Haymitch tiene en la mano, y el cristal se hace añicos en el suelo y desparrama el líquido rojo sangre hacia el fondo del vagón—. Pero no para nosotros.

Haymitch lo piensa un momento y le da un puñetazo a Peeta en la mandíbula, tirándolo de la silla. Cuando se vuelve para coger el alcohol, clavo mi cuchillo en la mesa, entre su mano y la botella; casi le corto los dedos. Me preparo para rechazar un golpe que no llega; el hombre se echa hacia atrás y nos mira de reojo.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? ¿De verdad me han tocado un par de luchadores este año?

Peeta se levanta del suelo y coge un puñado de hielo de debajo del frutero. Empieza a llevárselo a la marca roja de la mandíbula.

—No —lo detiene Haymitch—. Deja que salga el moratón. La audiencia pensará que te has peleado con otro tributo antes incluso de llegar al estadio.

—Va contra las reglas.

—Sólo si te pillan. Ese moratón dirá que has luchado y no te han cogido; mucho mejor. —Después se vuelve hacia mí—. ¿Puedes hacer algo con ese cuchillo, aparte de clavarlo en la mesa?

Mis armas son el arco y la flecha, aunque también he pasado bastante tiempo lanzando cuchillos. A veces, si hiero a un animal con el arco, es mejor clavarle también un cuchillo antes de acercarse. Me doy cuenta de que, si quiero ganarme la atención de Haymitch, éste es el momento adecuado para impresionarlo. Arranco el cuchillo de la mesa, lo cojo por la hoja y lo lanzo a la pared de enfrente; la verdad es que esperaba clavarlo con fuerza, pero se queda metido en el hueco entre dos paneles de madera, lo que me hace parecer mucho mejor de lo que soy.

—Venid aquí los dos —nos pide Haymitch, señalando con la cabeza al centro de la habitación. Obedecemos, y él da vueltas a nuestro alrededor, tocándonos como si fuésemos animales, comprobando nuestros músculos y examinándonos las caras—.

Bueno, no está todo perdido. Parecéis en forma y, cuando os cojan los estilistas, seréis bastante atractivos. —Peeta y yo no lo ponemos en duda, porque, aunque los Juegos del Hambre no son un concurso de belleza, los tributos con mejor aspecto siempre parecen conseguir más patrocinadores—. Vale, haré un trato con vosotros: si no interferís con mi bebida, prometo estar lo suficientemente sobrio para ayudaros, siempre que hagáis todo lo que os diga.

No es un gran trato, pero sí un paso gigantesco con respecto a lo ocurrido hace diez minutos, cuando no teníamos guía alguna.

—Vale —responde Peeta.

—Pues ayúdanos. Cuando lleguemos al estadio, ¿cuál es la mejor estrategia en la Cornucopia para alguien...?

—Cada cosa a su tiempo. Dentro de unos minutos llegaremos a la estación y estaréis en manos de los estilistas. No os va a gustar lo que os hagan, pero, sea lo que sea, no os resistáis.

—Pero... —empiezo a protestar.

—No hay peros que valgan, no os resistáis —dice Haymitch.

Después coge la botella de la mesa y sale del vagón. Cuando se cierra la puerta, el vagón se queda a oscuras; aunque todavía hay algunas luces dentro, es como si se hiciese de noche en el exterior. Me doy cuenta de que debemos de estar en el túnel que atraviesa las montañas y lleva hasta el Capitolio. Las montañas forman una barrera natural entre la ciudad y los distritos orientales. Es casi imposible entrar por aquí, salvo a través de los túneles. Esta ventaja geográfica fue un factor decisivo para la derrota de los distritos en la guerra que me ha convertido en tributo. Como los rebeldes tenían que escalar las montañas, eran blancos fáciles para las fuerzas aéreas del Capitolio.

Peeta Mellark y yo guardamos silencio mientras el tren sigue su camino. El túnel dura y dura, nos separa del cielo, y se me encoge el corazón. Odio estar encerrada en piedra, me recuerda a las minas y a mi padre, atrapado, incapaz de llegar hasta la luz del sol, enterrado para siempre en la oscuridad.

El tren por fin empieza a frenar y una luz brillante inunda el compartimento. No podemos evitarlo, los dos salimos corriendo hacia la ventanilla para ver algo que sólo hemos visto en televisión: el Capitolio, la ciudad que dirige Panem. Las cámaras no mienten sobre su grandeza; si acaso, no logran capturar el esplendor de los edificios relucientes que proyectan un arco iris de colores en el aire, de los brillantes coches que corren por las amplias calles pavimentadas, de la gente vestida y peinada de forma extraña, con la cara pintada y aspecto de no haberse perdido nunca una comida. Todos los colores parecen artificiales: los rosas son demasiado intensos; los verdes, demasiado brillantes, y los amarillos dañan los ojos, como los caramelos con forma de discos planos que nunca podemos permitirnos en la tienda de dulces del

Distrito 12.

La gente empieza a señalarnos con entusiasmo al reconocer el tren de tributos que entra en la ciudad. Me aparto de la ventanilla, asqueada por su emoción, sabiendo que están deseando vernos morir. Sin embargo, Peeta se mantiene en su sitio, e incluso empieza a saludar y sonreír a la multitud, que lo mira con la boca abierta. Sólo deja de hacerlo cuando el tren se mete en la estación y nos tapa la vista.

Se da cuenta de que lo miro y se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Puede que uno de ellos sea rico.

Lo había juzgado mal. Empiezo a pensar en sus acciones desde que comenzó la cosecha: el amistoso apretón de manos, su padre regalándome galletas y prometiendo cuidar de Prim... ¿Sería idea de Peeta? Sus lágrimas en la estación, presentarse voluntario para lavar a Haymitch y después retarlo esta mañana al descubrir que, por lo visto, hacerse el bueno no servía de nada. Y aquí está ahora, saludando por la ventanilla, intentando ganarse al público.

Las piezas todavía no han encajado del todo, pero siento que se forma un plan, que no ha aceptado su muerte. Ya está luchando por seguir vivo, lo que significa, además, que el bueno de Peeta Mellark, el chico que me dio el pan, está luchando por matarme.



¡Ras! Aprieto los dientes mientras Venia, una mujer de pelo color turquesa y tatuajes dorados sobre las cejas, me arranca una tira de tela de la pierna, llevándose con ella el pelo que había debajo.

—¡Lo siento! —canturrea con su estúpido acento del Capitolio—. ¡Es que tienes mucho pelo!

¿Por qué habla esta gente con un tono tan agudo? ¿Por qué apenas abren la boca para hablar? ¿Por qué acaban todas las frases con la misma entonación que se usa para preguntar? Vocales extrañas, palabras recortadas y un siseo cada vez que pronuncian la letra ese... Por eso a todo el mundo se le pega su acento, claro.

Venia intenta demostrar su comprensión.

—Pero tengo buenas noticias: éste es el último. ¿Lista?

Me agarro a los bordes de la mesa en la que estoy sentada y asiento con la cabeza. Ella arranca de un doloroso tirón la última zona de pelo de mi pierna izquierda.

Llevo más de tres horas en el Centro de Renovación y todavía no conozco a mi estilista. Al parecer, no está interesado en verme hasta que Venia y los demás miembros de mi equipo de preparación no se hayan ocupado de algunos problemas obvios, lo que incluye restregarme el cuerpo con una espuma arenosa que no sólo me ha quitado la suciedad, sino también unas tres capas de piel, darle uniformidad a mis uñas y, sobre todo, librarse de mi vello corporal. Piernas, brazos, torso, axilas y parte de mis cejas se han quedado sin un solo pelo, así que parezco un pájaro desplumado, listo para asar. No me gusta, tengo la piel irritada, me pica y la siento muy vulnerable. Sin embargo, he cumplido mi parte del trato que hicimos con Haymitch y no he puesto ni una objeción.

—Lo estás haciendo muy bien —dice un tipo que se llama Flavius. Agita sus tirabuzones naranjas y me aplica una capa de pintalabios morado—. Si hay algo que no aguantamos es a los lloricas. ¡Embadurnadla!

Venia y Octavia, una mujer regordeta con todo el cuerpo teñido de verde guisante claro, me dan un masaje con una loción que primero pica y después me calma la piel. Acto seguido me levantan de la mesa y me quitan la fina bata que me han permitido vestir de vez en cuando. Me quedo aquí, completamente desnuda, mientras los tres me rodean y utilizan las pinzas para eliminar hasta el último rastro de pelo. Sé que debería sentir vergüenza, pero me parecen tan poco humanos que es como si tuviese a

un trío de extraños pájaros de colores picoteando el suelo alrededor de mis pies.

Los tres dan un paso atrás y admiran su trabajo.

—¡Excelente! ¡Ya casi pareces un ser humano! —exclama Flavius, y todos se ríen.

—Gracias —respondo con dulzura, obligándome a sonreír para demostrarles lo agradecida que estoy—. En el Distrito 12 no tenemos muchas razones para arreglarnos.

—Claro que no, ¡pobre criatura! —dice Octavia, juntando las manos, consternada. Creo que me los he ganado con mi respuesta.

—Pero no te preocupes —añade Venia—. Cuando Cinna acabe contigo, ¡vas a estar absolutamente divina!

—¡Te lo prometemos! ¿Sabes? Ahora que nos hemos librado de tanto pelo y porquería, ¡no estás tan horrible, ni mucho menos! —afirma Flavius, para animarme—. ¡Vamos a llamar a Cinna!

Salen disparados del cuarto. Los miembros del equipo de preparación son tan bobos que me resulta difícil odiarlos. Sin embargo, curiosamente, sé que son sinceros en su intento por ayudarme.

Miro las paredes y el suelo, todo tan frío y blanco, y resisto el impulso de recuperar la bata. Sé que este Cinna, mi estilista, hará que me la quite en cuanto llegue, así que me llevo las manos al cabello, la única zona que mi equipo tenía órdenes de respetar. Me acaricio las trenzas de seda que mi madre ha colocado tan bien. Mi madre; me he dejado su vestido azul y sus zapatos en el suelo del vagón, no se me ocurrió recogerlos ni intentar aferrarme a algo suyo, de casa. Ahora me arrepiento.

La puerta se abre y entra un joven que debe de ser Cinna. Me sorprende lo normal que parece; casi todos los estilistas a los que entrevistan en la tele están tan teñidos, pintados y alterados quirúrgicamente que resultan grotescos, pero Cinna lleva el pelo corto y, en apariencia, de su color castaño natural. Viste camisa y pantalones negros sencillos, y la única concesión a las modificaciones de aspecto parece ser un delineador de ojos dorado aplicado con generosidad. Resalta las motas doradas de sus ojos verdes y, a pesar del asco que me producen el Capitolio y sus horrendas modas, no puedo evitar pensar que lo hace muy atractivo.

—Hola, Katniss. Soy Cinna, tu estilista —dice en voz baja, aunque casi sin la afectación típica del Capitolio.

—Hola —respondo, con precaución.

—Dame un momento, ¿vale? —me pide. Camina a mi alrededor y observa mi cuerpo desnudo, sin tocarme, pero tomando nota de cada centímetro. Resisto el impulso de cruzar los brazos sobre el pecho—. ¿Quién te ha peinado?

—Mi madre.

—Es precioso. Mucha clase, la verdad, en un equilibrio casi perfecto con tu perfil. Tiene dedos hábiles.

Esperaba a alguien extravagante, alguien mayor que intentara desesperadamente parecer joven, alguien que me viera como un trozo de carne que había que preparar para una bandeja. Cinna no es nada de eso.

—Eres nuevo, ¿verdad? No creo haberte visto antes —le digo.

La mayoría de los estilistas me resultan familiares, son constantes en el siempre cambiante grupo de los tributos. Algunos llevan en esto toda mi vida.

—Sí, es mi primer año en los juegos.

—Así que te han dado el Distrito 12 —comento, porque los recién llegados suelen quedarse con nosotros, el distrito menos deseable.

—Lo pedí expresamente —responde, sin dar más explicaciones—. ¿Por qué no te pones la bata y charlamos un rato?

Me pongo la bata y lo sigo hasta un salón en el que hay dos sofás rojos con una mesita baja en medio. Tres paredes están vacías y la cuarta es entera de cristal, de modo que puede verse la ciudad. Por la luz, debe de ser mediodía, aunque el cielo soleado se ha cubierto de nubes. Cinna me invita a sentarme en uno de los sofás y se sienta en frente de mí; después pulsa un botón que hay en el lateral de la mesa y la parte de arriba se abre para dejar salir un segundo tablero con nuestra comida: pollo y gajos de naranja cocinados en una salsa de nata sobre un lecho de granos blancos perlados, guisantes y cebollas diminutos, y panecillos en forma de flor; de postre hay un pudín de color miel.

Intento imaginarme preparando esta misma comida en casa. Los pollos son demasiado caros, pero podría apañarme con un pavo silvestre. Necesitaría matar un segundo pavo para cambiarlo por naranjas. La leche de cabra tendría que servir de sustituta de la nata. Podemos cultivar guisantes en el huerto y tendría que conseguir cebollas silvestres en el bosque. No reconozco el cereal, porque nuestras raciones de las teselas se convierten en una fea papilla marrón cuando las cocinas. Para conseguir los panecillos lujosos tendría que hacer otro trueque con el panadero, quizás a cambio de dos o tres ardillas. En cuanto al pudín, ni siquiera se me ocurre qué llevará dentro. Harían falta varios días de caza y recolección para hacer esta comida y, aun así, no llegaría a la altura de la versión del Capitolio.

Me pregunto cómo será vivir en un mundo en el que la comida aparece con sólo presionar un botón. ¿A qué dedicaría las horas que paso recorriendo los bosques en busca de sustento si fuese tan fácil conseguirlo? ¿Qué hacen todo el día estos habitantes del Capitolio, además de decorarse el cuerpo y esperar al siguiente cargamento de tributos para divertirse viéndolos morir?

Levanto la mirada y veo los ojos de Cinna clavados en los míos.

—Esto debe de parecerle despreciable. —¿Me lo ha visto en la cara o, de algún

modo, me ha leído el pensamiento? Sin embargo, tiene razón: toda esta gente asquerosa me resulta despreciable—. Da igual —dice Cinna—. Bueno, Katniss, hablemos de tu traje para la ceremonia de inauguración. Mi compañera, Portia, es la estilista del otro tributo de tu distrito, Peeta, y estamos pensando en vestiros a juego. Como sabes, es costumbre que los trajes reflejen el espíritu de cada distrito.

Se supone que en la ceremonia inaugural tienes que llevar algo referente a la principal industria de tu distrito. Distrito 11, agricultura; Distrito 4, pesca; Distrito 3, fábricas. Eso significa que, al venir del Distrito 12, Peeta y yo llevaremos algún tipo de atuendo minero. Como el ancho mono de los mineros no resulta especialmente atractivo, nuestros tributos suelen acabar con trajes con poca tela y cascos con focos. Un año los sacaron completamente desnudos y cubiertos de polvo negro, como si fuese polvo de carbón. Los trajes siempre son horribles y no ayudan a ganarse el favor del público, así que me preparo para lo peor.

—Entonces, ¿será un disfraz de minero? —pregunto, esperando que no sea indecente.

—No del todo. Verás, Portia y yo creemos que el tema del minero está muy trillado. Nadie se acordará de vosotros si lleváis eso, y los dos pensamos que nuestro trabajo consiste en hacer que los tributos del Distrito 12 sean inolvidables.

«Está claro que me toca ir desnuda», pienso.

—Así que, en vez de centrarnos en la minería en sí, vamos a centrarnos en el carbón.

«Desnuda y cubierta de polvo negro», pienso otra vez.

—Y ¿qué se hace con el carbón? Se quema —dice Cinna—. No te da miedo el fuego, ¿verdad, Katniss? —Ve mi expresión y sonrío.

Unas cuantas horas después, estoy vestida con lo que puede ser el vestido más sensacional o el más mortífero de la ceremonia de inauguración. Llevo una sencilla malla negra de cuerpo entero que me cubre del cuello a los tobillos, con unas botas de cuero brillante y cordones que me llegan hasta las rodillas. Sin embargo, lo que define el traje es la capa que ondea al viento, con franjas naranjas, amarillas y rojas, y el tocado a juego. Cinna pretende prenderles fuego justo antes de que nuestro carro recorra las calles.

—No es fuego de verdad, por supuesto, sólo un fuego sintético que Portia y yo hemos inventado. Estarás completamente a salvo —me asegura, pero no me acaba de convencer; es posible que acabe convertida en barbacoa humana cuando lleguemos al centro de la ciudad.

Apenas llevo maquillaje, sólo unos toquecitos de iluminador. Me han cepillado el pelo y me lo han recogido en una sola trenza, que es como suelo llevarlo.

—Quiero que el público te reconozca cuando estés en el estadio —dice Cinna en tono soñador—: Katniss, la chica en llamas.

Se me pasa por la cabeza que la conducta tranquila y normal de Cinna puede estar ocultando a un loco de remate.

A pesar de la revelación de esta mañana sobre el carácter de Peeta, me alivia verlo aparecer vestido con un traje idéntico. Como es hijo de panadero y tal, debe de estar acostumbrado al fuego. Su estilista, Portia, y el resto de su equipo lo acompañan, y todos están de los nervios por la sensación que vamos a causar. Todos salvo Cinna, que acepta las felicitaciones como si estuviera algo cansado.

Nos llevan al nivel inferior del Centro de Renovación, que es, básicamente, un establo gigantesco. La ceremonia inaugural va a empezar y están subiendo a las parejas de tributos en unos carros tirados por grupos de cuatro caballos. Los nuestros son negro carbón, unos animales tan bien entrenados que ni siquiera necesitan un jinete que los guíe. Cinna y Portia nos conducen a nuestro carro y nos arreglan con cuidado la postura del cuerpo y la caída de las capas antes de apartarse para comentar algo entre ellos.

—¿Qué piensas? —le susurro a Peeta—. Del fuego, quiero decir.

—Te arrancaré la capa si tú me arrancas la mía —me responde, entre dientes.

—Trato hecho. —Quizá si logramos quitárnoslas lo bastante deprisa evitemos las peores quemaduras. Lo malo es que nos soltarán en el campo de batalla estemos como estemos—. Sé que le prometí a Haymitch que haría todo lo que nos dijeran, pero creo que no tuvo en cuenta este detalle.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿No se supone que tiene que protegernos de este tipo de cosas?

—Con todo ese alcohol dentro, no creo que sea buena idea tenerlo cerca cuando ardamos.

De repente, los dos nos echamos a reír. Supongo que estamos tan nerviosos por los juegos y, más aún, tan aterrados por la posibilidad de acabar convertidos en antorchas humanas, que no actuamos de forma racional.

Empieza la música de apertura. No cuesta oírla, la ponen a todo volumen por las avenidas del Capitolio. Unas puertas correderas enormes se abren a las calles llenas de gente. El desfile dura unos veinte minutos y termina en el Círculo de la Ciudad, donde nos recibirán, tocarán el himno y nos escoltarán hasta el Centro de Entrenamiento, que será nuestro hogar/prisión hasta que empiecen los juegos.

Los tributos del Distrito 1 van en un carro tirado por caballos blancos como la nieve. Están muy guapos, rociados de pintura plateada y vestidos con elegantes túnicas cubiertas de piedras preciosas; el Distrito 1 fabrica artículos de lujo para el Capitolio. Oímos el rugido del público; siempre son los favoritos.

El Distrito 2 se coloca detrás de ellos. En pocos minutos nos encontramos acercándonos a la puerta y veo que, entre el cielo nublado y que empieza a anochecer, la luz se ha vuelto gris. Los tributos del Distrito 11 acaban de salir cuando Cinna

aparece con una antorcha encendida.

—Allá vamos —dice, y, antes de poder reaccionar, prende fuego a nuestras capas. Ahogo un grito, esperando que llegue el calor, pero sólo noto un cosquilleo. Cinna se coloca delante de nosotros, prende fuego a los tocados y deja escapar un suspiro de alivio—. Funciona. —Después me levanta la barbilla con cariño—. Recuerda, la cabeza alta. Sonríe. ¡Te van a adorar!

Cinna se baja del carro de un salto y tiene una última idea. Nos grita algo que no oigo por culpa de la música, así que vuelve a gritar y gesticula.

—¿Qué dice? —le pregunto a Peeta. Por primera vez, lo miro y me doy cuenta de que, iluminado por las llamas falsas, está resplandeciente, y que yo también debo de estarlo.

—Creo que ha dicho que nos cojamos de la mano —responde.

Me coge la mano derecha con su izquierda, y los dos miramos a Cinna para confirmarlo. Él asiente y da su aprobación levantando el pulgar; es lo último que veo antes de entrar en la ciudad.

La alarma inicial de la muchedumbre al vernos aparecer se transforma rápidamente en vítores y gritos de «¡Distrito 12!». Todos se vuelven para mirarnos, apartando su atención de los otros tres carros que tenemos delante. Al principio me quedo helada, pero después nos veo en una enorme pantalla de televisión y nuestro aspecto me deja sin aliento. Con la escasa luz del crepúsculo, el fuego nos ilumina las caras, es como si nuestras capas dejaran un rastro de llamas detrás. Cinna hizo bien al reducir el maquillaje al mínimo: los dos estamos más atractivos y, además, se nos reconoce perfectamente.

«Recuerda, la cabeza alta. Sonríe. ¡Te van a adorar!».

Oigo las palabras del estilista en mi cabeza, así que levanto más la barbilla, esbozo mi mejor sonrisa y saludo con la mano que tengo libre. Me alegra estar agarrada a Peeta para guardar el equilibrio, porque él es fuerte, sólido como una roca. Conforme gano confianza, llego a lanzar algún que otro beso a los espectadores; la gente del Capitolio se ha vuelto loca, nos baña en flores, grita nuestros nombres, nuestros nombres propios, ya que se han molestado en buscarlos en el programa.

La música alta, los vítores y la admiración me corren por las venas, y no puedo evitar emocionarme. Cinna me ha dado una gran ventaja, nadie me olvidará. Ni mi aspecto, ni mi nombre: Katniss, la chica en llamas.

Por primera vez siento una chispa de esperanza. ¡Tiene que haber algún patrocinador dispuesto a escogerme! Y con un poco de ayuda extra, alguna comida, el arma adecuada... ¿Por qué voy a dar los juegos por perdidos?

Alguien me tira una rosa roja y yo la cojo, la huelo con delicadeza y lanzo un beso en dirección a quien me la haya tirado. Cientos de manos intentan capturar mi beso, como si fuese algo real y tangible.

—¡Katniss! ¡Katniss! —Los oigo gritar mi nombre por todas partes. Todos quieren mis besos.

Hasta que entramos en el Círculo de la Ciudad no me doy cuenta de que debo de haber estado cortándole la circulación de la mano a Peeta, tan fuerte se la tenía cogida. Miro nuestros dedos entrelazados y aflojo un poco, pero él me vuelve a coger con fuerza.

—No, no me sueltes —dice, y la luz del fuego se refleja en sus ojos azules—. Por favor, puede que me caiga de esta cosa.

—Vale.

Así que seguimos cogidos, aunque no puedo evitar sentirme extraña por la forma en que Cinna nos ha unido. La verdad es que no es justo presentarnos como un equipo y después tirarnos en la arena para que nos matemos el uno al otro.

Los doce carros llenan el circuito del Círculo de la Ciudad. Todas las ventanas de los edificios que rodean el círculo están abarrotadas de los ciudadanos más prestigiosos del Capitolio. Nuestros caballos nos llevan justo hasta la mansión del presidente Snow, y allí nos paramos. La música termina con unas notas dramáticas.

El presidente, un hombre bajo y delgado con el cabello blanco como el papel, nos da la bienvenida oficial desde el balcón que tenemos encima. Lo tradicional es enfocar las caras de todos los tributos durante el discurso, pero en la pantalla veo que Peeta y yo salimos más de lo que nos corresponde. Conforme oscurece, más difícil es apartar los ojos de nuestro centelleante atuendo. Aunque cuando suena el himno nacional hacen un esfuerzo por enfocar a cada pareja de tributos, la cámara se mantiene fija en el carro del Distrito 12, que recorre el círculo una última vez antes de desaparecer en el Centro de Entrenamiento.

En cuanto se cierran las puertas, nos rodean los equipos de preparación, que farfullan piropos apenas inteligibles. Miro a mi alrededor y veo que muchos de los otros tributos nos miran con odio, lo que confirma mis sospechas de que los hemos eclipsado a todos, literalmente. Después aparecen Cinna y Portia, que nos ayudan a bajar del carro, y nos quitan con cuidado las capas y los tocados en llamas. Portia los apaga con una especie de bote con atomizador.

De repente me doy cuenta de que sigo pegada a Peeta y me obligo a abrir los dedos, agarrotados. Los dos nos masajeamos las manos.

—Gracias por sostenerme. No me sentía muy bien ahí arriba —dice Peeta.

—No lo parecía. Te juro que ni me he dado cuenta.

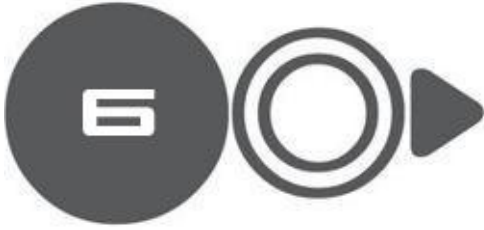
—Seguro que no le han prestado atención a nadie más que a ti. Deberías llevar llamas más a menudo, te sientan bien.

Después me ofrece una sonrisa de una dulzura tan genuina, con el toque justo de timidez, que hace que me sienta muy cerca de él.

Sin embargo, una alarma se me enciende en la cabeza: «No seas tan estúpida:

Peeta planea matarte —me recuerdo—. Quiere que te confíes para convertirte en una presa fácil. Cuanto más te guste, más mortífero será».

Pero, como yo también sé jugar, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla, justo en el moratón.



El Centro de Entrenamiento tiene una torre diseñada exclusivamente para los tributos y sus equipos. Éste será nuestro hogar hasta que empiecen los juegos. Cada distrito tiene una planta entera, sólo hay que subir a un ascensor y pulsar el botón correspondiente al número del tuyo. Fácil de recordar.

He subido un par de veces en el ascensor del Edificio de Justicia del Distrito 12, una para recibir la medalla por la muerte de mi padre, y ayer, para despedirme por última vez de mi familia y amigos. Sin embargo, aquél era una cosa oscura y ruidosa que se movía como un caracol y olía a leche agria. Las paredes de este ascensor están hechas de cristal, así que puedes ver a la gente de la planta de abajo convertirse en hormigas conforme sales disparada hacia arriba. Es emocionante y me siento tentada de preguntarle a Effie Trinket si podemos volver a subir, pero, por algún motivo, creo que sonaría infantil.

Al parecer, las tareas de Effie no concluyen en la estación, sino que Haymitch y ella nos supervisarán hasta que lleguemos al mismísimo campo de batalla. En cierto modo, es una ventaja, porque, al menos, se puede contar con ella para que nos lleve de un lado a otro a tiempo, mientras que no hemos visto a Haymitch desde que cerramos nuestro trato en el tren. Seguro que está inconsciente en alguna parte. Por otro lado, es como si Effie estuviese en una nube; es la primera vez que el equipo al que acompaña causa sensación en la ceremonia inaugural. Alaba no sólo nuestros trajes, sino también nuestra conducta y, según lo cuenta, ella conoce a todas las personas importantes del Capitolio y ha estado hablando bien de nosotros todo el día, intentando conseguir patrocinadores.

—Pero he sido muy misteriosa —dice, con los ojos entrecerrados—, porque, claro, Haymitch no se ha molestado en contarme su estrategia. Sin embargo, he hecho todo lo posible con lo que tenía: que Katniss se había sacrificado por su hermana y que los dos habéis luchado con éxito por superar la barbarie de vuestro distrito. —¿Barbarie? Es irónico que lo diga una mujer que ayuda a prepararnos para una matanza. ¿Y en qué basa nuestro éxito? ¿En que sabemos comportarnos en la mesa?—. Por supuesto, todos tienen sus reservas, porque sois del distrito minero. Así que les he dicho, y ha sido muy astuto por mi parte: «Bueno, si se ejerce la suficiente presión sobre el carbón, ¡se convierte en una perla!».

Effie esboza una sonrisa tan resplandeciente que no tengo más remedio que alabar

con entusiasmo su astucia, aunque se equivoque.

El carbón no se convierte en perla, pues las perlas crecen en el interior de los moluscos. Seguramente quería decir que el carbón se convierte en diamante, aunque tampoco es cierto. He oído que en el Distrito 1 hay una máquina que puede convertir en diamante el grafito, pero nosotros no extraemos grafito, eso era parte del trabajo del Distrito 13, hasta que lo destruyeron.

Me pregunto si lo sabrán las personas con las que nos ha estado promocionando; a lo mejor tampoco les importa.

—Por desgracia, no puedo cerrar tratos con los patrocinadores. Sólo lo puede hacer Haymitch —sigue diciendo ella, en tono lúgubre—. Pero no os preocupéis, lo llevaré a las negociaciones a punta de pistola, si es necesario.

Aunque tenga muchos defectos, hay que admirar la determinación de esta mujer.

Mi alojamiento es más grande que nuestra casa en la Veta; es lujoso, como el vagón del tren, y tiene tantos artilugios automáticos que seguro que no me da tiempo a pulsar todos los botones. Sólo en la ducha hay un cuadro con más de cien opciones para controlar la temperatura del agua, la presión, los jabones, los champús, los aceites y las esponjas de masaje. Cuando sales, pisas una alfombrilla que se activa para secarte el cuerpo con aire. En vez de luchar con los enredos del pelo húmedo, coloco la mano en una caja que envía una corriente eléctrica a mi cuero cabelludo, de modo que tengo el cabello desenredado, peinado y seco casi al instante. Me cae por la espalda como una cortina lustrosa.

Programo el armario para que elija un traje a mi gusto. Las ventanas amplían y reducen partes de la ciudad, siguiendo mis órdenes. Si susurras el tipo de comida que quieres de un menú gigantesco en una especie de micrófono, la comida aparece calentita en menos de un minuto. Recorro la habitación comiendo hígado de oca y pan esponjoso hasta que llaman a la puerta. Es Effie, para decirme que es la hora de cenar.

Bien, estoy muerta de hambre.

Cuando entramos en el comedor, Peeta, Cinna y Portia están de pie al lado de un balcón desde el que se ve el Capitolio. Me alegra ver a los estilistas, sobre todo después de oír que Haymitch se unirá a nosotros. Una comida presidida por Effie y Haymitch está abocada al desastre. Además, en realidad el objetivo de la cena no es comer, sino planear nuestras estrategias, y Cinna y Portia ya han demostrado lo valiosos que son.

Un hombre silencioso vestido con una túnica blanca nos ofrece unas copas de vino. Se me ocurre rechazarlo, pero nunca lo he probado, salvo el fluido casero que utiliza mi madre para la tos, y ¿cuándo podré volver a probarlo? Le doy un trago al líquido ácido y seco, y pienso para mis adentros que podría mejorarse con unas cucharaditas de miel.

Haymitch aparece justo cuando están sirviendo la cena. Parece que él también ha pasado por un estilista, porque está limpio, arreglado y más sobrio que nunca, al menos desde que lo conozco. No rechaza el vino, pero, cuando empieza la sopa, me doy cuenta de que es la primera vez que lo veo comer. Quizá sea de verdad capaz de controlarse lo bastante para ayudarnos.

Cinna y Portia parecen ejercer un efecto civilizador sobre Haymitch y Effie. Al menos, se dirigen el uno al otro con educación, y los dos elogian sin parar el acto de inauguración de nuestros estilistas. Mientras parlotean, me concentro en la comida: sopa de champiñones, verduras amargas con tomates del tamaño de guisantes, ternera asada cortada en rodajas tan finas como papel, fideos en salsa verde y queso que se derrite en la lengua con uvas negras dulces. Los sirvientes, chicos jóvenes vestidos con túnicas blancas como el que nos trajo el vino, se mueven sin decir nada de un lado a otro, procurando que los platos y copas estén siempre llenos.

Cuando llevo la mitad del vaso de vino, la cabeza me empieza a dar vueltas, así que me paso al agua. No me gusta esta sensación y espero que pase pronto; es un misterio cómo Haymitch puede estar así todo el rato.

Intento concentrarme en la conversación, que trata sobre los trajes para las entrevistas, cuando una chica coloca una tarta de aspecto increíble sobre la mesa y la enciende con habilidad. La tarta se ilumina y las llamas parpadean en los bordes durante un rato hasta que por fin se apaga. Tengo un momento de duda.

—¿Qué la hace arder? ¿Es alcohol? —pregunto, mirando a la chica—. Es lo último que... ¡Oh! ¡Yo te conozco!

No era capaz de ponerle nombre ni de ubicar el rostro de la chica, pero estoy segura: pelo rojo oscuro, rasgos llamativos, piel de porcelana blanca. Sin embargo, mientras lo digo, noto que las entrañas se me encogen de ansiedad y culpa al verla, y, aunque no puedo acordarme, sé que existe un mal recuerdo asociado con ella. La expresión de terror que le pasa por la cara sólo sirve para confundirme e incomodarme más. Sacude la cabeza para negarlo rápidamente y se aleja a toda prisa de la mesa.

Cuando miro a mis acompañantes, los cuatro adultos me observan como halcones.

—No seas ridícula, Katniss. ¿Cómo vas a conocer a un avox? —me suelta Effie—. Es absurdo.

—¿Qué es un avox? —pregunto, como si fuera estúpida.

—Alguien que ha cometido un delito; les cortan la lengua para que no puedan hablar —contesta Haymitch—. Seguramente será una traidora. No es probable que la conozcas.

—Y, aunque la conocieras, se supone que no hay que hablar con ellos a no ser que desees darles una orden —dice Effie—. Por supuesto que no la conoces.

Sin embargo, la conozco y, cuando Haymitch pronuncia la palabra *traidora*,

recuerdo de qué, aunque no puedo admitirlo, porque todos se me echarían encima.

—No, supongo que no, es que... —balbuceo, y el vino no me ayuda.

—Delly Cartwright —salta Peeta, chasqueando los dedos—. Eso es, a mí también me resultaba familiar y no sabía por qué. Entonces me he dado cuenta de que es clavada a Delly.

Delly Cartwright es una chica regordeta de cara mustia y pelo amarillento que se parece a nuestra sirvienta tanto como un escarabajo a una mariposa. También es probable que sea la persona más simpática del planeta: sonrío sin parar a todo el mundo en el colegio, incluso a mí. Nunca he visto sonreír a la chica del pelo rojo, pero recojo con gratitud la sugerencia de Peeta.

—Claro, eso era. Debe de ser por el pelo —digo.

—Y también algo en los ojos —añade Peeta.

—Oh, bueno, si es sólo eso —dice Cinna, y la mesa vuelve a relajarse—. Y sí, la tarta tiene alcohol, aunque ya se ha quemado todo. La pedí especialmente en honor de vuestro fogoso debut.

Nos comemos la tarta y pasamos a un salón para ver la repetición de la ceremonia inaugural que están echando por la tele. Hay otras parejas que causan buena impresión, pero ninguna está a nuestra altura. Hasta nuestro equipo deja escapar una exclamación cuando nos ve salir del Centro de Renovación.

—¿De quién fue la idea de cogeros de la mano? —pregunta Haymitch.

—De Cinna —responde Portia.

—El toque justo de rebeldía. Muy bonito.

¿Rebeldía? Me paro a pensarlo un momento y lo entiendo cuando me acuerdo de las otras parejas, distantes y tensas, sin tocarse ni prestarse atención, como si su compañero no existiese, como si los juegos ya hubiesen empezado. Al presentarnos no como adversarios, sino como amigos, hemos destacado tanto como nuestros trajes en llamas.

—Mañana por la mañana es la primera sesión de entrenamiento. Reuníos conmigo para el desayuno y os contaré cómo quiero que os comportéis —nos dice Haymitch a Peeta y a mí—. Ahora id a dormir un poco mientras los mayores hablamos.

Peeta y yo recorremos juntos el pasillo hasta nuestras habitaciones. Cuando llegamos a mi puerta, se apoya en el marco, no para impedir que entre, sino para captar mi atención.

—Conque Delly Cartwright. Qué casualidad encontrarnos aquí con su gemela.

Me está pidiendo una explicación y siento la tentación de dársela. Los dos sabemos que me ha encubierto, así que vuelvo a estar en deuda con él. Si le cuento la verdad sobre la chica, quizá estemos en paz. ¿Qué daño puede hacerme? Aunque repita por ahí la historia, no podría hacerme mucho daño, porque sólo era algo que vi

hace tiempo. Además, él había mentido tanto como yo al decir lo de Delly Cartwright.

Me doy cuenta de que quiero hablar con alguien sobre la muchacha, con alguien que pueda ayudarme a averiguar su historia. Gale habría sido mi primera elección, pero no es probable que vuelva a verlo. Intento decidir si contárselo a Peeta le daría alguna ventaja sobre mí, aunque no veo cómo. Quizá compartir una confidencia lo haga creer que lo considero un amigo.

Además, la idea de la chica con la lengua cortada me asusta, me ha recordado por qué estoy aquí. No es para lucir modelitos sorprendentes y comer manjares, sino para morir de forma sangrienta mientras la audiencia anima al asesino.

¿Se lo cuento o no se lo cuento? Todavía tengo el cerebro embotado por culpa del vino, así que miro al pasillo vacío, como si la decisión estuviese allí mismo.

Peeta nota mi vacilación.

—¿Has estado ya en el tejado? —Niego con la cabeza—. Cinna me lo enseñó. Desde allí se ve casi toda la ciudad, aunque el viento hace bastante ruido.

Traduzco su comentario como: «Allí nadie nos oirá hablar». La verdad es que yo también tengo la sensación de estar bajo vigilancia.

—¿Podemos subir sin más?

—Claro, vamos —responde Peeta.

Lo sigo escaleras arriba hasta el tejado. Hay una salita con techo abovedado con una puerta que da al exterior. Cuando salimos al frío aire nocturno, la vista me quita el aliento: el Capitolio brilla como un enorme campo lleno de luciérnagas. La electricidad del Distrito 12 viene y va; lo habitual es que sólo tengamos unas cuantas horas al día. Es normal que por las noches nos iluminemos con velas, y sólo puedes contar con ella cuando televisan los juegos o algún mensaje importante del Gobierno, que hemos de ver por obligación. Sin embargo, aquí no tienen escasez nunca.

Peeta y yo caminamos hasta el borde del tejado, y yo inclino la cabeza para observar la calle, que está llena de gente. Se oyen los coches, algún grito de vez en cuando y un extraño tintineo metálico. En el Distrito 12 estaríamos ya todos pensando en acostarnos.

—Le pregunté a Cinna por qué nos dejaban subir, si no les preocupaba que algunos tributos decidieran saltar por el borde —me dice Peeta.

—¿Y qué te respondió?

—Que no se puede. —Alarga la mano hacia el borde, que parece vacío; se oye un chasquido y la aparta muy deprisa—. Es algún tipo de campo eléctrico que te empuja hacia el tejado.

—Siempre preocupados por nuestra seguridad —digo. Aunque Cinna le haya enseñado a Peeta el tejado, me pregunto si podemos estar aquí a estas horas, solos. Nunca he visto a los tributos en el tejado del Centro de Entrenamiento, pero eso no

quiere decir que no nos estén grabando—. ¿Crees que nos observan?

—Quizá. Ven a ver el jardín.

Al otro lado de la cúpula han construido un jardín con lechos de flores y macetas con árboles. De las ramas cuelgan cientos de carillones, que son los culpables del tintineo. Aquí, en el jardín, en esta noche de viento, bastan para ahogar la conversación de dos personas que no quieren ser oídas. Peeta me mira con expectación y yo finjo que examino una flor.

—Un día estábamos cazando en el bosque, escondidos, esperando que apareciese una presa —susurro.

—¿Tu padre y tú?

—No, con mi amigo Gale. De repente, todos los pájaros dejaron de cantar a la vez, todos salvo uno, que parecía estar cantando una advertencia. Entonces la vimos. Estoy segura de que era la misma chica. Un chico iba con ella, y los dos llevaban la ropa hecha jirones. Tenían ojeras por la falta de sueño y corrían como si sus vidas dependieran de ello.

Durante un instante guardo silencio, mientras recuerdo cómo nos paralizó la imagen de aquella extraña pareja, obviamente de fuera del Distrito 12, huyendo a través del bosque. Más tarde nos preguntamos si los podríamos haber ayudado a escapar, y quizá sí, quizá hubiésemos podido esconderlos de habernos dado prisa. Nos pillaron por sorpresa, sí, pero éramos cazadores, sabíamos cómo se comportan los animales en peligro; supimos que la pareja tenía problemas en cuanto la vimos, y nos limitamos a mirar.

—El aerodeslizador surgió de la nada —sigo contándole a Peeta—. Es decir, el cielo estaba vacío y, un instante después, ya no lo estaba. No hacía ningún ruido, pero ellos lo vieron. Soltaron una red sobre la chica y la subieron a toda prisa, tan deprisa como el ascensor. Al chico lo atravesaron con una especie de lanza atada a un cable y lo subieron también. Estoy segura de que estaba muerto. Oímos a la chica gritar una vez, creo que el nombre del chico. Después desapareció el aerodeslizador, se esfumó en el aire, y los pájaros volvieron a cantar, como si no hubiese pasado nada.

—¿Te vieron?

—No lo sé, estábamos bajo un saliente rocoso —respondo, aunque sí lo sé: hubo un momento, después de la advertencia del pájaro pero antes de que llegase el aerodeslizador, en que la chica nos vio. Me miró a los ojos y me pidió ayuda, y Gale y yo no respondimos.

—Estás temblando —dice Peeta.

El viento y la historia me han robado el calor del cuerpo. El grito de la chica..., ¿habría sido el último?

Peeta se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros. Empiezo a retroceder, pero al final lo dejo, decidiendo por un segundo aceptar tanto su chaqueta como su

amabilidad. Una amiga haría eso, ¿verdad?

—¿Eran de aquí? —pregunta, mientras me abrocha un botón del cuello. Asiento. Los dos tenían el aire del Capitolio, tanto el chico como la chica—. ¿Adónde crees que iban?

—Eso no lo sé —respondo. El Distrito 12 es el final de la línea, más allá sólo hay territorio salvaje. Sin contar las ruinas del Distrito 13, que todavía arden por culpa de las bombas tóxicas. De vez en cuando las sacan por televisión para que no olvidemos—. Ni tampoco por qué se irían de aquí.

Haymitch ha dicho que los avox son traidores, pero ¿traidores a qué? Sólo pueden ser traidores al Capitolio, pero aquí tenían de todo. No había razón para rebelarse.

—Yo me iría —suelta Peeta. Después mira a su alrededor, nervioso, porque lo había dicho lo bastante alto para que lo oyeran, a pesar de los carillones—. Me iría a casa ahora mismo, si me dejaran, aunque hay que reconocer que la comida es estupenda.

Me ha vuelto a encubrir: si alguien lo escuchase, no serían más que las palabras de un tributo asustado, no de alguien dándole vueltas a la incuestionable bondad del Capitolio.

—Hace frío, será mejor que nos vayamos —dice. Dentro de la cúpula se está calentito y hay luz. Sigue hablando en tono casual—. Tu amigo, Gale, ¿es el que se llevó a tu hermana en la cosecha?

—Sí. ¿Lo conoces?

—La verdad es que no, aunque oigo mucho a las chicas hablar de él. Creía que era tu primo o algo así, porque os parecís.

—No, no somos parientes.

—¿Fue a decirte adiós? —me pregunta, después de asentir con la cabeza, hermético.

—Sí —respondo, observándolo con atención—, y también tu padre. Me llevó galletas.

Peeta levanta las cejas, como si no lo supiese, pero, después de verlo mentir con tanta facilidad, no le doy mucha importancia.

—¿En serio? Bueno, tu hermana y tú le caéis bien. Creo que le habría gustado tener una hija, en vez de una casa llena de chicos. —La idea de que hayan hablado de mí durante la comida, junto al fuego de la panadería o de pasada en la casa de Peeta hace que me sobresalte. Seguramente sería cuando su madre no estaba en el cuarto—. Conocía a tu madre cuando eran pequeños.

Otra sorpresa, aunque probablemente cierta.

—Ah, sí, ella creció en la ciudad —respondo, porque no me parece educado decir que nunca ha mencionado al panadero, salvo para elogiar su pan. Hemos llegado a mi puerta, así que le devuelvo la chaqueta—. Nos vemos por la mañana.

—Hasta mañana —responde, y se aleja por el pasillo.

Cuando abro la puerta, la chica del pelo rojo está recogiendo mi malla de cuerpo entero y las botas del suelo, donde yo las había dejado antes de la ducha. Quiero disculparme por si la había metido en líos antes, hasta que recuerdo que no debo hablar con ella, a no ser que tenga que darle una orden.

—Oh, lo siento —digo—. Se suponía que tenía que devolvérselo a Cinna. Lo siento. ¿Se lo puedes llevar?

Ella evita mirarme a los ojos, asiente brevemente y se va.

Estoy a punto de decirle que siento mucho lo de la cena, pero sé que mis disculpas son más profundas, que estoy avergonzada por no haber intentado ayudarla en el bosque, por dejar que el Capitolio matase al chico y la mutilase a ella sin mover ni un dedo para evitarlo.

Como si hubiese estado viendo los juegos por la tele.

Me quito los zapatos y me meto bajo las sábanas sin quitarme la ropa. No he dejado de temblar. Quizá la chica no se acuerde de mí, aunque sé que me engaño: no se te olvida la cara de la persona que era tu última esperanza. Me tapo la cabeza, como si eso me protegiese de la muchacha pelirroja que no puede hablar. Sin embargo, puedo sentir sus ojos clavados en mí, atravesando muros, puertas y ropa de cama.

Me pregunto si disfrutará viéndome morir.



Mi noche se llena de sueños inquietantes. La cara de la chica pelirroja se entremezcla con imágenes sangrientas de los anteriores Juegos del Hambre, con mi madre retraída e inalcanzable, y con Prim escuálida y aterrorizada. Me despierto gritándole a mi padre que corra, justo antes de que la mina estalle en un millón de mortíferas chispas de luz.

El alba empieza a entrar por las ventanas, y el Capitolio tiene un aire brumoso y encantado. Me duele la cabeza y me parece que me he mordido el interior de la mejilla por la noche; lo compruebo con la lengua y noto el sabor a sangre.

Salgo de la cama poco a poco y me meto en la ducha, donde pulso botones al azar en el panel de control y termino dando saltitos para soportar los chorros alternos de agua helada y agua abrasadora que me atacan. Después me cae una avalancha de espuma con olor a limón que al final tengo que rasparme del cuerpo con un cepillo de cerdas duras. En fin, al menos me ha puesto la circulación en marcha.

Después de secarme e hidratarme con crema, encuentro un traje que me han dejado delante del armario: pantalones negros ajustados, una túnica de manga larga color burdeos y zapatos de cuero. Me recojo el pelo en una trenza. Es la primera vez, desde la mañana de la cosecha, que me parezco a mí misma: nada de peinados y ropa elegantes, nada de capas en llamas, sólo yo, con el aspecto que tendría si fuera al bosque. Eso me calma.

Haymitch no nos había dado una hora exacta para desayunar y nadie me había llamado, pero tengo tanta hambre que me dirijo al comedor esperando encontrar comida. Lo que encuentro no me decepciona: aunque la mesa principal está vacía, en una larga mesa de un lateral hay al menos veinte platos. Un joven, un avox, espera instrucciones junto al banquete. Cuando le pregunto si puedo servirme yo misma, asiente. Me preparo un plato con huevos, salchichas, pasteles cubiertos de confitura de naranja y rodajas de melón morado claro. Mientras me atiborro, observo la salida del sol sobre el Capitolio. Me sirvo un segundo plato de cereales calientes cubiertos de estofado de ternera. Finalmente, lleno uno de los platos con panecillos y me siento en la mesa, donde me dedico a cortarlos en trocitos y mojarlos en el chocolate caliente, como había hecho Peeta en el tren.

Empiezo a pensar en mi madre y Prim; ya estarán levantadas. Mi madre preparará el desayuno de gachas y Prim ordeñará su cabra antes de irse al colegio. Hace tan

sólo dos mañanas, yo estaba en casa. ¿Dos? Sí, sólo dos. Ahora la casa me parece vacía, incluso desde tan lejos. ¿Qué dijeron anoche sobre mi fogoso debut en los juegos? ¿Les dio esperanzas o se asustaron más al ver la realidad de aquellos veinticuatro tributos juntos, sabiendo que sólo uno podría sobrevivir?

Haymitch y Peeta entran en el comedor y me dan los buenos días, para después pasar a llenarse los platos. Me irrita que Peeta lleve exactamente la misma ropa que yo; tengo que comentarle algo a Cinna, porque este juego de los gemelos nos va a estallar en la cara cuando empiece la competición; seguro que lo saben. Entonces recuerdo que Haymitch me dijo que hiciera todo lo que me ordenasen los estilistas. De haber sido otra persona y no Cinna, habría sentido la tentación de no hacerle caso, pero después del triunfo de anoche no tengo mucho que criticar.

El entrenamiento me pone nerviosa. Hay tres días para que todos los tributos practiquen juntos. La última tarde tendremos la oportunidad de actuar en privado delante de los Vigilantes de los juegos. La idea de encontrarme cara a cara con los demás tributos me revuelve las tripas; empiezo a darle vueltas al panecillo que acabo de coger de la cesta, pero se me ha quitado el apetito.

Después de comerse varios platos de estofado, Haymitch suspira, satisfecho, saca una petaca del bolsillo, le da un buen trago y apoya los codos en la mesa.

—Bueno, vayamos al asunto: el entrenamiento. En primer lugar, si queréis, podéis entrenaros por separado. Decididlo ahora.

—¿Por qué íbamos a querer hacerlo por separado? —pregunto.

—Supón que tienes una habilidad secreta que no quieres que conozcan los demás.

—No tengo ninguna —dice Peeta, en respuesta a mi mirada—. Y ya sé cuál es la tuya, ¿no? Me he comido más de una de tus ardillas.

No se me había ocurrido que Peeta probase las ardillas que yo cazaba; siempre me había imaginado que el panadero las freía en secreto para comérselas él. No por glotonería, sino porque las familias de la ciudad suelen comer la carne de la carnicera, que es más cara: ternera, pollo y caballo.

—Puedes entrenarnos juntos —le digo a Haymitch. Peeta asiente.

—De acuerdo, pues dadme alguna idea de lo que sabéis hacer.

—Yo no sé hacer nada —responde Peeta—, a no ser que cuente el saber hacer pan.

—Lo siento, pero no cuenta. Katniss, ya sé que eres buena con el cuchillo.

—La verdad es que no, pero sé cazar. Con arco y flechas.

—¿Y se te da bien? —pregunta Haymitch. Tengo que pensármelo. Llevo cuatro años encargándome de poner comida en la mesa, lo que no es moco de pavo. No soy tan buena como mi padre, pero él tenía más práctica. Apunto mejor que Gale, pero yo tengo más práctica; él es un genio de las trampas.

—No se me da mal —respondo.

—Es excelente —dice Peeta—. Mi padre le compra las ardillas y siempre comenta que la flecha nunca agujerea el cuerpo, siempre le da en un ojo. Igual con los conejos que le vende a la carnicera, y hasta es capaz de cazar ciervos.

Esta evaluación de mis habilidades me pilla completamente desprevenida. En primer lugar, el hecho de que se haya dado cuenta, y, en segundo, que me esté halagando así.

—¿Qué haces? —le pregunto, suspicaz.

—¿Y qué haces tú? Si quieres que Haymitch te ayude, tiene que saber de lo que eres capaz. No te subestimes.

—¿Y tú qué? —pregunto, a la defensiva; por algún motivo, su comentario me sienta mal—. Te he visto en el mercado, puedes levantar sacos de harina de cuarenta y cinco kilos. Díselo. Sí que sabes hacer algo.

—Sí, y seguro que el estadio estará lleno de sacos de harina para que se los lance a la gente. No es como a uno se le dé bien manejar armas, ya lo sabes.

—Se le da bien la lucha libre —le digo a Haymitch—. Quedó el segundo en la competición del colegio del año pasado, por detrás de su hermano.

—¿Y de qué sirve eso? ¿Cuántas veces has visto matar a alguien así? —pregunta Peeta, disgustado.

—Siempre está el combate cuerpo a cuerpo. Sólo necesitas hacerte con un cuchillo y, al menos, tendrás una oportunidad. Si me atrapan, ¡estoy muerta!

Noto que empiezo a subir el tono.

—¡Pero no lo harán! Estarás viviendo en lo alto de un árbol, alimentándote de ardillas crudas y disparando flechas a la gente. ¿Sabes qué me dijo mi madre cuando vino a despedirse, como si quisiera darme ánimos? Me dijo que quizá el Distrito 12 tuviese por fin un ganador este año. Entonces me di cuenta de que no se refería a mí. ¡Se refería a ti! —estalla Peeta.

—Vamos, se refería a ti —digo, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Dijo: «Esa chica sí que es una superviviente». Esa chica.

Eso me detiene en seco. ¿De verdad le dijo su madre eso sobre mí? ¿Me valoraba más que a su hijo? Veo el dolor en los ojos de Peeta y sé que no me miente.

De repente, me encuentro detrás de la panadería, y siento la tripa vacía y el frío de la lluvia bajándome por la espalda; cuando vuelvo a hablar, parece que tengo once años:

—Pero sólo porque alguien me ayudó.

Los ojos de Peeta se clavan en el panecillo que tengo en la mano, y yo sé que también recuerda aquel día. Sin embargo, se encoge de hombros.

—La gente te ayudará en el estadio. Estarán deseando patrocinarte.

—Igual que a ti.

—No lo entiende —dice Peeta, dirigiéndose a Haymitch y poniendo los ojos en

blanco—. No entiende el efecto que ejerce en los demás.

Acaricia los nudos de la madera de la mesa y se niega a mirarme.

¿Qué narices quiere decir? ¿Que la gente me ayuda? ¡Cuando me moría de hambre no me ayudó nadie! Nadie salvo él. Las cosas cambiaron una vez tuve algo con lo que comerciar; soy buena negociando..., ¿o no? ¿Qué efecto ejerzo en la gente? ¿Creen que soy débil y necesitada? ¿Está insinuando que consigo buenos tratos porque le doy pena a la gente? Intento analizar si es cierto. Quizás algunos de los comerciantes fuesen algo generosos en los trueques, pero siempre lo había atribuido a su larga relación con mi padre. Además, mis presas son de primera calidad. ¡No le doy pena a nadie!

Miro con rabia el panecillo, segura de que lo ha dicho para insultarme.

Al cabo de un minuto, Haymitch interviene.

—Bueno, de acuerdo. Bien, bien, bien. Katniss, no podemos garantizar que encuentres arcos y flechas en el estadio, pero, durante tu sesión privada con los Vigilantes, enséñales lo que sabes hacer. Hasta entonces, mantente lejos de los arcos. ¿Se te dan bien las trampas?

—Sé unas cuantas básicas —mascullo.

—Eso puede ser importante para la comida —dice Haymitch—. Y, Peeta, ella tiene razón: no subestimes el valor de la fuerza en el campo de batalla. A menudo la fuerza física le da la ventaja definitiva a un jugador. En el Centro de Entrenamiento tendrán pesas, pero no les muestres a los demás tributos lo que eres capaz de levantar. El plan será igual para los dos: id a los entrenamientos en grupo; pasad algún tiempo aprendiendo algo que no sepáis; tirad lanzas, utilizad mazas o aprended a hacer buenos nudos. Sin embargo, guardaos lo que mejor se os dé para las sesiones privadas. ¿Está claro? —Peeta y yo asentimos—. Una última cosa. En público, quiero que estéis juntos en todo momento. —Los dos empezamos a protestar, y Haymitch golpea la mesa con la palma de la mano—. ¡En todo momento! ¡Fin de la discusión! ¡Acordasteis hacer lo que yo dijera! Estaréis juntos y seréis amables el uno con el otro. Ahora, salid de aquí. Reuníos con Effie en el ascensor a las diez para el entrenamiento.

Me muerdo el labio y vuelvo de mal humor a mi habitación, asegurándome de que Peeta pueda oír que cierro de un portazo. Me siento en la cama, odiando a Haymitch, odiando a Peeta, odiándome a mí misma por mencionar aquel día lejano bajo la lluvia.

¡Menuda broma! ¡Peeta y yo fingiendo ser amigos! Ensalzamos las habilidades del otro, insistimos en que no se subestime... Debe de ser una broma, porque en algún momento tendremos que abandonar la farsa y aceptar que somos adversarios a muerte. Estaría dispuesta a hacerlo ahora mismo, si no fuese por la estúpida orden de Haymitch, que nos obliga a permanecer juntos durante el entrenamiento. Supongo

que es culpa mía por decirle que no tenía por qué entrenarnos por separado. Sin embargo, eso no quiere decir que quiera hacerlo todo con Peeta, quien, por cierto, está claro que tampoco quiere tenerme de compañera.

Oigo en mi cabeza la voz de Peeta: «No entiende el efecto que ejerce en los demás». Lo decía para menospreciarme, ¿no? Aunque una diminuta parte de mí se pregunta si no sería un piropo, si no querría decir que tengo algún tipo de atractivo. Es raro que me haya prestado tanta atención, como, por ejemplo, con lo de la caza. Y, al parecer, yo tampoco era tan ajena a él como creía: la harina, la lucha libre... Le he seguido la pista al chico del pan.

Son casi las diez. Me cepillo los dientes y me peino de nuevo. Los nervios por encontrarme con los demás tributos bloquean temporalmente el enfado, aunque ahora noto que aumenta mi ansiedad. Cuando me reúno con Effie y Peeta en el ascensor, noto que me estoy mordiendo las uñas y paro de inmediato.

Las salas de entrenamiento están bajo el nivel del suelo de nuestro edificio. El trayecto en ascensor es de menos de un minuto, y después las puertas se abren para dejarnos ver un gimnasio lleno de armas y pistas de obstáculos. Todavía no son las diez, pero somos los últimos en llegar. Los otros tributos están reunidos en un círculo muy tenso, con un trozo de tela prendido a la camisa en el que se puede leer el número de su distrito. Mientras alguien me pone el número doce en la espalda, hago una evaluación rápida: Peeta y yo somos la única pareja que va vestida de la misma forma.

En cuanto nos unimos al círculo, la entrenadora jefe, una mujer alta y atlética llamada Atala, da un paso adelante y nos empieza a explicar el horario de entrenamiento. En cada puesto habrá un experto en la habilidad en cuestión, y nosotros podremos ir de una zona a otra como queramos, según las instrucciones de nuestros mentores. Algunos puestos enseñan tácticas de supervivencia y otros técnicas de lucha. Está prohibido realizar ejercicios de combate con otro tributo. Tenemos ayudantes a mano si queremos practicar con un compañero.

Cuando Atala empieza a leer la lista de habilidades, no puedo evitar fijarme en los demás chicos. Es la primera vez que estamos reunidos en tierra firme y con ropa normal. Se me cae el alma a los pies: casi todos los chicos, y al menos la mitad de las chicas, son más grandes que yo, aunque muchos han pasado hambre. Se les nota en los huesos, en la piel, en la mirada vacía. Puede que yo sea más bajita de nacimiento, pero, en general, el ingenio de mi familia me da una ventaja en el estadio. Me pongo derecha y sé que, aunque esté delgada, soy fuerte; la carne y las plantas del bosque, junto con el ejercicio necesario para conseguirlas, me han proporcionado un cuerpo más sano que los que veo a mi alrededor.

Las excepciones son los chicos de los distritos más ricos, los voluntarios, a los que alimentan y entrenan toda la vida para este momento. Los tributos del 1, 2 y 4

suelen tener ese aspecto. En teoría, va contra las reglas entrenar a los tributos antes de llegar al Capitolio, cosa que sucede todos los años. En el Distrito 12 los llamamos tributos profesionales o sólo profesionales, y casi siempre son los que ganan.

La ligera ventaja que tenía al entrar en el Centro de Entrenamiento, mi fogoso debut de anoche, parece desvanecerse ante mis competidores. Los otros tributos nos tenían celos, pero no porque fuésemos asombrosos, sino porque lo eran nuestros estilistas. Ahora no veo nada más que desprecio en las caras de los tributos profesionales. Cualquiera de ellos pesa de veinte a cuarenta kilos más que yo, y proyectan arrogancia y brutalidad. Cuando Atala nos deja marchar, van directos a las armas de aspecto más mortífero del gimnasio y las manejan con soltura.

Estoy pensando que es una suerte que se me dé bien correr, cuando Peeta me da un codazo y yo pego un bote. Sigue a mi lado, como nos ha dicho Haymitch.

—¿Por dónde te gustaría empezar? —me pregunta, serio.

Echo un vistazo a los tributos profesionales, que presumen de su habilidad en un claro intento de intimidar a los demás. Después a los otros, los desnutridos y los incompetentes, que reciben sus primeras clases de cuchillo o hacha sin dejar de temblar.

—¿Y si atamos unos cuantos nudos?

—Buena idea —contesta Peeta.

Nos acercamos a un puesto vacío. El entrenador parece encantado de tener alumnos; da la impresión de que la clase de hacer nudos no está teniendo mucho éxito. Cuando ve que sé algo sobre trampas, nos enseña una sencilla y magnífica que dejaría a un competidor humano colgado de un árbol por la pierna. Nos concentramos en ella durante una hora hasta que los dos dominamos la técnica y pasamos al puesto de camuflaje. Peeta parece disfrutar de verdad con él y se dedica a mezclar lodo, arcilla y jugos de bayas sobre su pálida piel, y a trenzar disfraces con vides y hojas. El entrenador que dirige el puesto está entusiasmado con su trabajo.

—Yo hago los pasteles —me confiesa Peeta.

—¿Los pasteles? —pregunto, porque estaba ocupada observando al chico del Distrito 2, que acababa de atravesar el corazón de un muñeco con una lanza a trece metros de distancia—. ¿Qué pasteles?

—En casa. Los glaseados, para la panadería.

Se refiere a los que tienen en exposición en los escaparates de la tienda: pasteles elegantes con flores y cosas bonitas pintadas en el glaseado. Son para cumpleaños y Año Nuevo. Cuando estamos en la plaza, Prim siempre me arrastra hasta allí para admirarlos, aunque nunca hemos podido permitirnos uno. Sin embargo, en el Distrito 12 hay poca belleza, así que no puedo negarle ese gusto.

Empiezo a mirar con un ojo más crítico el diseño del brazo de Peeta: el dibujo, que alterna luz y sombras, recuerda a la luz del sol atravesando las hojas de los

bosques. Me pregunto cómo lo sabe, porque dudo que haya cruzado alguna vez la alambrada. ¿Lo habrá sacado con tan sólo mirar el viejo y esquelético manzano que tiene en su patio? No sé por qué, pero todo esto (su habilidad, los pasteles inaccesibles, las alabanzas del experto en camuflaje) me molesta.

—Es encantador, aunque no sé si podrás glasear a alguien hasta la muerte.

—No te lo creas tanto. Nunca se sabe qué te puedes encontrar en el campo de batalla. ¿Y si es una tarta gigante...? —empieza a decir Peeta.

—¿Y si seguimos? —lo interrumpo.

Los tres días siguientes nos dedicamos a visitar con mucha tranquilidad los puestos. Aprendemos algunas cosas útiles, desde hacer fuego hasta tirar cuchillos, pasando por fabricar refugios. A pesar de la orden de Haymitch de parecer mediocres, Peeta sobresale en el combate cuerpo a cuerpo y yo arraso sin despeinarme en la prueba de plantas comestibles. Eso sí, nos mantenemos bien lejos de los arcos y las pesas, porque queremos reservarlo para las sesiones privadas.

Los Vigilantes aparecen nada más comenzar el primer día. Son unos veinte hombres y mujeres vestidos con túnicas de color morado intenso. Se sientan en las gradas que rodean el gimnasio, a veces dan vueltas para observarnos y tomar notas, y otras veces comen del interminable banquete que han preparado para ellos, sin hacernos caso. Sin embargo, parecen no quitarnos los ojos de encima a los tributos del Distrito 12. A veces levanto la cabeza y veo a uno de ellos mirándome. También hablan con los entrenadores durante nuestras comidas y los vemos a todos reunidos cuando volvemos.

Tomamos el desayuno y la cena en nuestra planta, pero a mediodía comemos los veinticuatro en el comedor del gimnasio. Colocan la comida en carros alrededor de la sala y cada uno se sirve lo que quiere. Los tributos profesionales tienden a reunirse en torno a una mesa, haciendo mucho ruido, como si desearan demostrar su superioridad, que no tienen miedo de nadie y que a los demás nos consideran insignificantes. Casi todos los demás tributos se sientan solos, como ovejas perdidas. Nadie nos dice nada; Peeta y yo comemos juntos, y, como Haymitch no deja de insistir en ello, intentamos mantener una conversación amistosa durante las comidas.

No es fácil encontrar un tema: hablar de casa resulta doloroso; hablar del presente es insoportable. Un día Peeta vacía nuestra cesta del pan y comenta que han procurado incluir panes de todos los distritos, además del refinado pan del Capitolio. La barra con forma de pez y teñida de verde con algas es del Distrito 4; el rollo con forma de media luna y semillas, del Distrito 11. Por algún motivo, aunque estén hechos de lo mismo, me parecen mucho más apetitosos que las feas galletas fritas que solemos tomar en casa.

—Y eso es todo —dice Peeta, volviendo a meter el pan en la cesta.

—Tú sí que sabes.

—Sólo de pan. Vale, ríete como si hubiese dicho algo gracioso. —Los dos dejamos escapar una carcajada más o menos convincente y no hacemos caso de las miradas que nos dirigen los demás—. De acuerdo, seguiré sonriendo amablemente mientras hablas tú —dice Peeta.

La orden de Haymitch de que parezcamos amigos nos está desgastando a los dos, porque, desde que di el portazo, se ha levantado una barrera entre nosotros. En fin, tenemos que obedecer.

—¿Te he contado ya que una vez me persiguió un oso?

—No, pero suena fascinante.

Intento poner cara de interés mientras recuerdo el suceso, una historia real, en la que reté como una idiota a un oso negro por el derecho a quedarme con una colmena. Peeta se ríe y me hace preguntas en el momento preciso; esto se le da mucho mejor que a mí.

El segundo día, mientras estamos intentando el tiro de lanza, me susurra:

—Creo que tenemos una sombra.

Lanzo y veo que no se me da demasiado mal, siempre que no esté muy lejos; entonces localizo a la niña del Distrito 11 detrás de nosotros, observándonos. Es la de doce años, la que me recordaba tanto a Prim por su estatura. De cerca aparenta sólo diez; sus ojos son oscuros y brillantes, su piel es de un marrón sedoso y está ligeramente de puntillas, con los brazos extendidos junto a los costados, como si estuviese lista para salir volando ante cualquier sonido. Es imposible mirarla y no pensar en un pájaro.

Cojo otra lanza mientras Peeta tira.

—Creo que se llama Rue —me dice en voz baja.

Me muerdo el labio. Rue, la armaga, una pequeña flor amarilla que crece en la Pradera. Rue..., Prim... Ninguna pasa de los treinta kilos, ni empapadas de agua.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunto, en un tono más duro de lo que pretendo.

—Nada, sólo hablar.

Ahora que sé que está aquí, me resulta difícil no hacer caso de la niña. Se acerca con sigilo y se une a nosotros en distintos puestos; como a mí, se le dan bien las plantas, trepa con habilidad y tiene buena puntería. Acierta siempre con la honda, aunque ¿de qué sirve una honda contra un chico de cien kilos con una espada?

De vuelta en la planta del Distrito 12, Haymitch y Effie nos acribillan a preguntas durante el desayuno y la cena sobre todo lo ocurrido a lo largo del día: qué hemos hecho, quién nos ha observado, cómo son los demás tributos. Cinna y Portia no están por aquí, así que no hay nadie que aporte algo de cordura a las comidas; tampoco es que Haymitch y Effie sigan peleándose, sino todo lo contrario: parecen haber hecho piña y estar decididos a prepararnos como sea. Están llenos de interminables instrucciones sobre qué deberíamos hacer y qué no durante los entrenamientos. Peeta

tiene más paciencia; yo estoy harta y me vuelvo maleducada.

Cuando por fin escapo a la cama la segunda noche, Peeta masculla:

—Alguien debería darle una copa a Haymitch.

Dejo escapar un ruido que está a medio camino entre un bufido y una carcajada, pero después me contengo. Intentar saber cuándo somos supuestamente amigos y cuándo no me está volviendo loca. Al menos en el estadio estará claro lo que hay.

—No, no finjamos si no hay nadie delante.

—Vale, Katniss —responde él, con cansancio.

Después de eso sólo hablamos delante de los demás.

El tercer día de entrenamiento empiezan a llamarnos a la hora de la comida para nuestras sesiones privadas con los Vigilantes. Distrito a distrito, primero el chico y luego la chica. Como siempre, el Distrito 12 se queda para el final, así que esperamos en el comedor, sin saber bien qué hacer. Nadie regresa después de la sesión. Conforme se vacía la sala, la presión por parecer amigos se aligera y, cuando por fin llaman a Rue, nos quedamos solos. Permanecemos sentados, en silencio, hasta que llaman a Peeta y él se levanta.

—Recuerda lo que dijo Haymitch sobre tirar las pesas —dice mi boca sin pedirme permiso.

—Gracias, lo haré. Y tú... dispara bien.

Asiento con la cabeza; no sé por qué he dicho nada, aunque, si pierdo, me gustaría que Peeta ganase. Sería mejor para nuestro distrito, mejor para Prim y mi madre.

Después de quince minutos, me llaman. Me aliso el pelo, enderezo los hombros y entro en el gimnasio. Al instante, sé que tengo problemas, porque los Vigilantes llevan demasiado tiempo aquí dentro y ya han visto otras veintitrés demostraciones. Además, casi todos han bebido demasiado vino y quieren irse a casa de una vez.

No puedo hacer más que seguir con el plan: me dirijo al puesto de tiro con arco. ¡Ah, las armas! ¡Llevo días deseando ponerles las manos encima! Arcos hechos de madera, plástico, metal y materiales que ni siquiera sé nombrar. Flechas con plumas cortadas en líneas perfectamente uniformes. Escojo un arco, lo tenso y me echo al hombro el carcaj de flechas a juego. Hay un campo de tiro que me parece demasiado limitado, dianas estándar y siluetas humanas. Me dirijo al centro del gimnasio y escojo el primer objetivo: el muñeco de las prácticas de cuchillo. Sin embargo, cuando empiezo a tirar de la flecha, sé que algo va mal: la cuerda está más tensa que la de los arcos de casa y la flecha es más rígida. Me quedo a cinco centímetros de darle al muñeco y pierdo la poca atención que me había ganado. Durante un instante me siento humillada, pero después vuelvo a la diana, y disparo una y otra vez hasta que me acostumbro a las armas nuevas.

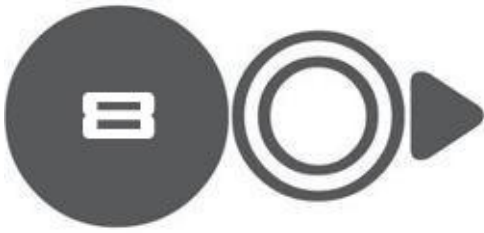
De vuelta al centro del gimnasio, me pongo en la posición inicial y le doy al

muñeco justo en el corazón. Después corto la cuerda que sostiene el saco de arena para boxear. Sin detenerme, ruedo por el suelo, me levanto apoyada en una rodilla y disparo una flecha a una de las luces colgantes del alto techo del gimnasio, provocando una lluvia de chispas.

Ha sido una exhibición excelente. Me vuelvo hacia los Vigilantes y veo que algunos me dan su aprobación, pero que la mayoría sigue concentrada en un cerdo asado que acaba de llegar a la mesa.

De repente, me pongo furiosa, me quema la sangre el que, con mi vida en juego, ni siquiera tengan la decencia de prestarme atención, que me eclipse un cerdo muerto. Empieza a latirme el corazón muy deprisa, me arde la cara y, sin pensar, saco una flecha del carcaj y la envié directamente a la mesa de los Vigilantes. Oigo gritos de alarma y veo que la gente retrocede, pasmada; la flecha da en la manzana que tiene el cerdo en la boca y la clava en la pared que hay detrás. Todos me miran, incrédulos.

—Gracias por su tiempo —digo; después hago una breve reverencia y me dirijo a la salida sin esperar a que me den permiso.



De camino al ascensor, me coloco el arco en un hombro y el carcaj en el otro. Después aparto a los avox boquiabiertos que protegen los ascensores y le doy al botón número doce con el puño. Las puertas se cierran y salgo disparada hacia arriba. Consigo llegar a mi planta antes de que las lágrimas empiecen a bajarme por las mejillas. Oigo que los demás me llaman desde el salón, pero salgo corriendo por el vestíbulo hasta llegar a mi cuarto, cierro con pestillo y me tiro en la cama. Ahí es cuando empiezo a llorar de verdad.

¡Lo he hecho! ¡Lo he echado todo a perder! Cualquier rastro de oportunidad que tuviera se desvaneció al disparar esa flecha a los Vigilantes. ¿Qué me harán ahora? ¿Detenerme? ¿Ejecutarme? ¿Cortarme la lengua y convertirme en un avox para que pueda servir a los futuros tributos de Panem? ¿En qué estaba pensando? Por supuesto, no estaba pensando, disparé a la manzana por la rabia que me daba que no me hiciesen caso. No intentaba matarlos. ¡De haberlo intentado, ya estarían muertos!

Bueno, ¿qué más da? De todos modos, no iba a ganar los juegos, así que ¿qué importa lo que me hagan? Lo que de verdad me asusta es lo que puedan hacerles a mi madre y a Prim, lo que pueda sufrir mi familia por culpa de mi imprudencia. ¿Les quitarán lo poco que tienen o enviarán a mi madre a la cárcel y a Prim al orfanato? ¿Las matarán? No las matarán, ¿verdad? ¿Por qué no? ¿Qué más les da a ellos?

Tendría que haberme quedado para disculparme, o para reírme, como si hubiese sido una broma, quizás eso los habría vuelto más indulgentes. Sin embargo, en vez de eso, voy y salgo de allí corriendo de la forma más irrespetuosa posible.

Haymitch y Effie están llamando a la puerta; les grito que se vayan y, al cabo de un rato, lo hacen. Tardo al menos una hora en llorar todo lo que puedo; después me quedo hecha un ovillo en la cama, acariciando las sábanas de seda, viendo cómo se pone el sol sobre la artificial silueta de caramelo del Capitolio.

Al principio creo que vendrán a detenerme de un momento a otro, pero, conforme pasa el tiempo y la cosa parece menos probable, me calmo. Siguen necesitando a los dos tributos del Distrito 12, ¿no? Si los Vigilantes quieren castigarme, pueden hacerlo en público, esperar a que esté en el estadio y así lanzarme animales salvajes hambrientos. Se asegurarán de que no tenga arco y flechas para defenderme.

Sin embargo, antes me darán una puntuación tan baja que nadie en su sano juicio querrá patrocinarme. Eso es lo que pasará esta noche. Como los telespectadores no

pueden ver el entrenamiento, los Vigilantes anuncian la clasificación de cada jugador, lo que le da a la audiencia un punto de partida para las apuestas que continuarán durante todos los juegos. El número, una cifra entre uno y doce, donde el uno es rematadamente malo y el doce inalcanzablemente bueno, representa lo prometedor que es el tributo. La nota no garantiza quién ganará, no es más que una indicación del potencial que ha demostrado el tributo en el entrenamiento. Debido a las variables del campo de batalla real, los tributos con puntuación más alta suelen caer casi de inmediato y, hace unos años, el chico que ganó los juegos sólo recibió un tres. En cualquier caso, la clasificación puede ayudar o perjudicar a un tributo en la búsqueda de patrocinadores. Yo esperaba que mis habilidades con el arco me dieran un seis o un siete, aunque no tenga mucha fuerza física, pero ahora estoy segura de que tendré la nota más baja de los veinticuatro. Si nadie me patrocina, mis posibilidades de seguir viva se reducirán casi a cero.

Cuando Effie llama a la puerta para la cena, decido que será mejor ir. Esta noche televisarán el resultado de las puntuaciones y no puedo esconderme para siempre. Voy al servicio y me lavo la cara, aunque sigue roja y moteada.

Todos me esperan a la mesa, incluso Cinna y Portia; ojalá no hubiesen aparecido los estilistas porque, por algún motivo, no me gusta la idea de decepcionarlos. Es como si hubiese tirado a la basura sin pensarlo el gran trabajo que hicieron en la ceremonia inaugural. Evito mirar a los demás a los ojos mientras me tomo a cucharaditas la sopa de pescado; está salada, como mis lágrimas.

Los adultos empiezan a chismorrear sobre el tiempo y yo dejo que Peeta me mire a los ojos. Él arquea las cejas, como si preguntara: «¿Qué ha pasado?». Me limito a sacudir la cabeza rápidamente. Después, cuando llega el segundo plato, oigo decir a Haymitch:

—Vale, basta de cháchara. ¿Lo habéis hecho muy mal hoy?

—Creo que da igual —responde Peeta—. Cuando aparecí, nadie se molestó en mirarme; estaban cantando una canción de borrachos, creo. Así que me dediqué a lanzar algunos objetos pesados hasta que me dijeron que podía irme.

Eso me hace sentir mejor; Peeta no ha atacado a los Vigilantes, pero al menos a él también lo provocaron.

—¿Y tú, preciosa? —me pregunta Haymitch.

Por algún motivo, oír que me llama preciosa me molesta lo suficiente para ser capaz de hablar.

—Les lancé una flecha.

—¿Que qué? —exclama Effie, y el horror que se refleja en su voz confirma mis peores temores. Todos dejan de comer.

—Les lancé una flecha. Bueno, no a ellos, en realidad, sino hacia ellos. Fue como dice Peeta: no me hacían caso mientras disparaba y... perdí la cabeza, ¡así que apunté

a la manzana que tenía en la boca su estúpido cerdo asado! —exclamo, desafiante.

—¿Y qué dijeron? —pregunta Cinna, con cautela.

—Nada. Bueno, no lo sé, me fui después de eso.

—¿Sin que te diesen permiso? —pregunta Effie, pasmada.

—Me lo di yo misma —respondo.

Recuerdo que le prometí a Prim hacer todo lo posible por ganar, y me siento como si me hubiesen tirado encima una tonelada de carbón.

—En fin, ya está hecho —concluye Haymitch, untándose con mantequilla un panecillo.

—¿Crees que me detendrán? —pregunto.

—Lo dudo. A estas alturas sería un problema sustituirte.

—¿Y mi familia? ¿Los castigarán?

—No creo. No tendría mucho sentido. Tendrían que desvelar lo sucedido en el Centro de Entrenamiento para que tuviese algún efecto en la población, la gente tendría que saber lo que hiciste; pero no pueden, porque es secreto, así que sería un esfuerzo inútil. Lo más probable es que te hagan la vida imposible en el estadio.

—Bueno, eso ya nos lo han prometido de todos modos —dice Peeta.

—Cierto —corroborra Haymitch, y me doy cuenta de que ha pasado lo imposible: están intentando animarme. Haymitch coge una chuleta de cerdo con los dedos, lo que hace que Effie frunza el ceño, y la moja en el vino. Después arranca un trozo de carne y empieza a reírse—. ¿Qué cara pusieron?

—De pasmados —respondo, empezando a sonreír—. Aterrados. Eeeh..., ridículos, al menos algunos. —Una imagen me viene a la cabeza—. Un hombre tropezó al retroceder de espaldas y se cayó en una ponchera.

Haymitch se ríe a carcajadas y todos lo imitamos, excepto Effie, aunque está reprimiendo una sonrisa.

—Bueno, les está bien empleado. Su trabajo es prestaros atención, y que seas del Distrito 12 no es excusa para no hacerte caso —afirma. Después mira a su alrededor, como si hubiese dicho algo escandaloso—. Lo siento, pero es lo que pienso —repite, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Me darán una mala puntuación —comento.

—La puntuación sólo importa si es muy buena. Nadie presta mucha atención a las malas o mediocres. Por lo que ellos saben, podrías estar escondiendo tus habilidades para tener mala nota adrede. Hay quien usa esa estrategia —explica Portia.

—Espero que interpreten así el cuatro que me van a dar —dice Peeta—. Como mucho. De verdad, ¿hay algo menos impresionante que ver cómo alguien levanta una bola pesada y la lanza a doscientos metros? Estuve a punto de dejarme caer una en el pie.

Sonrío y me doy cuenta del hambre que tengo. Corto un trozo de cerdo, lo mojo

en el puré de patatas y empiezo a comer. No pasa nada, mi familia está a salvo y, si están a salvo, no hay ningún problema.

Después de cenar nos sentamos en el salón para ver cómo anuncian las puntuaciones en televisión. Primero enseñan una foto del tributo, y a continuación ponen su nota debajo. Los tributos profesionales, como es natural, entran en el rango de ocho a diez. La mayor parte de los demás jugadores se gana un cinco. Me sorprende ver que Rue consigue un siete; no sé qué les enseñaría a los jueces, pero es tan diminuta que ha tenido que ser algo impresionante.

El Distrito 12 sale el último, como siempre. Peeta saca un ocho, así que, al menos, un par de Vigilantes lo estaban mirando. Me clavo las uñas en las palmas de las manos cuando aparece mi cara, esperando lo peor. Entonces sale el número once en la pantalla.

¡Once!

Effie Trinket deja escapar un chillido, y todos me dan palmadas en la espalda, gritan y me felicitan, aunque a mí no me parece real.

—Tiene que haber un error. ¿Cómo..., cómo ha podido pasar? —le pregunto a Haymitch.

—Supongo que les gustó tu genio. Tienen que montar un espectáculo, y necesitan algunos jugadores con carácter.

—Katniss, la chica en llamas —dice Cinna, y me abraza—. Oh, ya verás el vestido para tu entrevista.

—¿Más llamas?

—Más o menos —responde, travieso.

Peeta y yo nos felicitamos. Otro momento incómodo. Los dos lo hemos hecho bien, pero ¿qué significa eso para el otro? Escapo a mi cuarto lo antes posible y me entierro debajo de las mantas. La tensión del día, sobre todo el llanto, me ha hecho polvo. Me quedo dormida, como si me hubiesen indultado, aliviada y con el número once todavía grabado en la cabeza.

Al amanecer me quedo un rato tumbada en la cama observando cómo sale el sol; hace un día precioso. Es domingo, día de descanso en casa. Me pregunto si Gale estará ya en el bosque. Normalmente dedicamos todo el domingo a proveernos de existencias para la semana: nos levantamos temprano, cazamos y recolectamos, y después hacemos trueques en el Quemador. Pienso en Gale sin mí. Los dos cazamos bien, pero somos mejores en pareja, sobre todo si intentamos cazar presas grandes. Sin embargo, también nos da una ventaja con las cosas más pequeñas, porque está bien tener un compañero para compartir la carga, para hacer que incluso la ardua tarea de llenar la despensa de mi familia resultase divertido.

Llevaba seis meses peleando sola cuando me encontré por primera vez con Gale en el bosque. Fue un domingo de octubre, y el aire frío olía a cosas moribundas. Me

había pasado la mañana compitiendo con las ardillas por las nueces, y la tarde, un poco más cálida, chapoteando por los estanques poco profundos para recoger saetas. La única carne que había cazado era una ardilla que prácticamente se había tropezado conmigo en su búsqueda de bellotas, pero los animales seguirían por allí cuando la nieve enterrase mis otras fuentes de alimentación. Como me había adentrado en el bosque más de lo normal, corría de vuelta a casa arrastrando mis sacos de arpillera cuando me encontré con un conejo muerto; estaba colgado por el cuello de un cable fino, treinta centímetros por encima de mi cabeza. Había otro unos trece metros más allá. Reconocí las trampas de lazo, porque mi padre las usaba: la presa cae en ellas y sale disparada por el aire, lo que la pone fuera del alcance de otros animales hambrientos. Yo llevaba todo el verano intentando usar trampas, aunque sin éxito, así que no pude evitar soltar mis sacos para examinarla. Acababa de tocar el cable del que colgaba uno de los conejos cuando oí una voz.

—Eso es peligroso.

Retrocedí de un salto y apareció Gale; había estado escondido detrás de un árbol, y seguramente me llevaba observando desde el principio. Sólo tenía catorce años, pero ya rozaba el metro ochenta y para mí era todo un adulto. Lo había visto por la Veta y en el colegio, y en otra ocasión más, ya que él había perdido a su padre en la misma explosión que había matado al mío. En enero, yo estaba junto a él cuando le dieron la medalla al valor en el Edificio de Justicia, otro hermano mayor sin padre. Recordaba a sus dos hermanos pequeños, agarrados a su madre, una mujer cuya barriga hinchada dejaba claro que le faltaban pocos días para dar a luz.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, acercándose para sacar el conejo de la trampa. Tenía otros tres colgados del cinturón.

—Katniss —respondí, con una voz apenas audible.

—Bueno, Catnip, robar está castigado con la muerte, ¿no lo habías oído?

—Katniss —repetí, en voz más alta—. Y no estaba robando, sólo quería echarle un vistazo a tu trampa. Las mías nunca cogen nada.

—Entonces, ¿de dónde has sacado la ardilla? —me preguntó, frunciendo el ceño, poco convencido.

—La maté con el arco —respondí, descolgándomelo del hombro.

Seguía usando la versión pequeña que me había hecho mi padre, aunque practicaba con el grande siempre que podía. Esperaba poder abatir presas más grandes cuando llegara la primavera.

—¿Puedo verlo? —preguntó Gale, con la mirada fija en el arco.

—Sí, pero recuerda que robar está castigado con la muerte —le dije, pasándoselo.

Fue la primera vez que lo vi sonreír; la sonrisa convertía al chico amenazador en alguien a quien te gustaría conocer, aunque tuvieron que pasar varios meses para que volviese a sonreír de nuevo.

Entonces hablamos sobre la caza, le dije que podía conseguirle un arco si me daba algo a cambio; no comida, sino conocimientos. Quería poner mis propias trampas y atrapar a varios conejos gordos en un solo día, y él contestó que podíamos arreglarlo. Con el paso de las estaciones empezamos a compartir a regañadientes lo que sabíamos: nuestras armas, los lugares secretos que estaban llenos de ciruelas o pavos silvestres. Él me enseñó a poner trampas y a pescar; yo le enseñé qué plantas se podían comer y, al final, le di uno de mis preciados arcos. Hasta que un día, sin que ninguno de los dos dijera nada, nos convertimos en un equipo: nos repartíamos el trabajo y el botín, y nos asegurábamos de que ambas familias tuviesen comida.

Gale me dio la seguridad que me faltaba desde la muerte de mi padre. Su compañía sustituyó a las largas horas solitarias en el bosque. Mejoré mucho como cazadora, porque ya no tenía que estar siempre mirando atrás; él me guardaba las espaldas. Sin embargo, se convirtió en mucho más que un compañero de caza, se convirtió en mi confidente, en alguien con quien compartir pensamientos que nunca podría expresar dentro de los confines de la alambrada. A cambio, él me confió los suyos. Había momentos en el bosque, con Gale, en los que era realmente... feliz.

Digo que es mi amigo, aunque, en el último año, parece una palabra demasiado suave para explicar lo que Gale significa para mí. Noto una punzada en el pecho; ojalá estuviera conmigo... Aunque, claro, no me gustaría, no quiero que esté en el estadio, donde acabaría muerto en unos días. Pero..., pero lo echo de menos, y odio estar tan sola. ¿Me echará de menos? Seguro que sí.

Pienso en el once que apareció anoche debajo de mi nombre. Sé lo que me habría dicho él: «Bueno, todavía se puede mejorar». Después sonreiría y yo le devolvería la sonrisa sin dudarlo.

No puedo evitar comparar lo que tengo con Gale con lo que finjo tener con Peeta. Nunca cuestiono los motivos de Gale, mientras que con Peeta es todo lo contrario. En realidad, no es justo compararlos, porque Gale y yo nos unimos para sobrevivir, mientras que Peeta y yo sabemos que la supervivencia del otro significaría la muerte. ¿Cómo se puede pasar eso por alto?

Effie llama a la puerta para recordarme que me espera otro «¡día muy, muy, muy importante!». Mañana por la noche nos entrevistará la televisión, así que supongo que todo el equipo estará liado preparándonos para el acontecimiento.

Me levanto, me doy una ducha rápida prestando más atención a los botones que toco y bajo al comedor. Peeta, Effie y Haymitch están inclinados sobre la mesa, hablando en voz baja, lo que me parece extraño, pero el hambre vence a la curiosidad y me lleno el plato antes de unirme a ellos.

Hoy el estofado está hecho con tiernos trozos de cordero y ciruelas pasas, perfecto sobre un lecho de arroz salvaje. Llevo ya horadada media montaña de comida cuando me doy cuenta de que no habla nadie. Le doy un buen trago al zumo

de naranja y me limpio la boca.

—Bueno, ¿qué está pasando? Hoy nos prepararéis para las entrevistas, ¿no?

—Sí —respondió Haymitch.

—No tenéis que esperar a que acabe. Puedo escuchar y comer a la vez.

—Bueno, ha habido un cambio de planes con respecto al enfoque.

—¿Cuál?

No estoy segura de cuál es nuestro enfoque; la última estrategia que recuerdo es intentar parecer mediocres delante de los demás tributos.

—Peeta nos ha pedido que lo entrenemos por separado —responde Haymitch, encogiéndose de hombros.



Traición. Es lo primero que siento aunque resulte ridículo, porque, para que haya traición, debe haber primero confianza, y entre Peeta y yo la confianza nunca ha formado parte del acuerdo. Somos tributos. Sin embargo, el chico que se arriesgó a recibir una paliza por darme pan, el que me ayudó a no caerme del carro, el que me encubrió con el asunto de la chica avox, el que insistió en que Haymitch conociera mis habilidades como cazadora... ¿Acaso parte de mí no podía evitar confiar en él?

Por otro lado, me alivia dejar de fingir que somos amigos. Es obvio que se ha cortado cualquier débil vínculo que hayamos sentido tontamente, y ya era hora, porque los juegos empiezan dentro de dos días y la confianza no sería más que una debilidad. No sé qué habrá propiciado la decisión de Peeta (aunque sospecho que tiene que ver con que lo aventajase en el entrenamiento), pero me alegro. Quizá por fin haya aceptado el hecho de que, cuanto antes reconozcamos abiertamente que somos enemigos, mejor.

—Bien, ¿cuál es el horario?

—Cada uno tendrá cuatro horas con Effie para la presentación, y cuatro conmigo para el contenido —responde Haymitch—. Tú empiezas con Effie, Katniss.

Aunque al principio ni me imagino por qué necesita Effie cuatro horas para enseñarme algo, acabo aprovechando hasta el último minuto. Vamos a mi cuarto, me pone un vestido largo y tacones altos (no los que llevaré en la entrevista de verdad), y me explica cómo debo andar. Los zapatos son lo peor: nunca he llevado tacones y no me acostumbro a ir dando tumbos sobre la punta de los pies. Sin embargo, Effie corre por ahí con ellos las veinticuatro horas del día, y decido que, si ella es capaz de hacerlo, yo también. El vestido me supone otro problema; no deja de enredármelo en los zapatos, así que, por supuesto, me lo subo, momento en el cual Effie cae sobre mí como un halcón para darme en la mano y gritar:

—¡No lo subas por encima del tobillo!

Cuando por fin domino los pies, todavía me queda la forma de sentarme, la postura (al parecer, tengo tendencia a agachar la cabeza), el contacto visual, los gestos de las manos y las sonrisas. Sonreír ya no consiste en sonreír sin más. Effie me obliga a ensayar cien frases banales que empiezan con una sonrisa, se dicen sonriendo o terminan con una sonrisa. A la hora de la comida tengo un tic nervioso en los músculos de las mejillas, de tanto estirarlos.

—Bueno, he hecho lo que he podido —dice Effie, suspirando—. Recuerda una cosa, Katniss: tienes que conseguir gustarle al público.

—¿Crees que no le gustaré?

—No, si los miras con esa cara todo el tiempo. ¿Por qué no te lo reservas para el estadio? Es mejor que imagines que estás entre amigos.

—¡Están apostando cuánto tiempo duraré viva! —estallo—. ¡No son mis amigos!

—¡Pues fíngelo! —exclama Effie. Después recupera la compostura y esboza una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Ves? Así. Te sonrío aunque me estés exasperando.

—Sí, muy convincente. Voy a comer.

Me quito los tacones de un par de patadas y salgo hecha una furia hacia el comedor, subiéndome el vestido hasta los muslos.

Peeta y Haymitch parecen estar de buen humor, así que imagino que la sesión de contenido será mejor que los sufrimientos de la mañana. No podría estar más equivocada. Después de la comida, Haymitch me lleva al salón, me pide que me siente en el sofá y me mira con el ceño fruncido durante un rato.

—¿Qué? —pregunto finalmente.

—Intento averiguar qué hacer contigo, cómo te vamos a presentar. ¿Vas a ser encantadora? ¿Altiava? ¿Feroz? Por ahora brillas como una estrella: te presentaste voluntaria para salvar a tu hermana, Cinna te hizo inolvidable y obtuviste la máxima puntuación. La gente siente curiosidad, pero nadie sabe cómo eres. La impresión que causes mañana decidirá lo que puedo conseguirte con los patrocinadores.

Como llevo toda la vida viendo entrevistas con los tributos, sé que hay algo de verdad en lo que dice. Si le gustas a la audiencia, ya sea porque les resultas cómico, brutal o excéntrico, te ganas su favor.

—¿Cuál es el enfoque de Peeta? ¿O no puedo preguntarlo?

—Intentará ser simpático. Sabe cómo reírse de sí mismo, le sale de forma natural. Por otro lado, cuando abres la boca pareces malhumorada y hostil.

—¡No es verdad!

—Por favor. No sé de dónde sacaste a esa chica alegre que saludaba a la gente desde el carro de fuego, pero no la he visto desde entonces.

—Con la de razones que me has dado para estar alegre...

—No tienes que agradarme a mí, yo no te voy a patrocinar. Finge que soy tu público, encandílame.

—¡Vale! —gruño.

Haymitch adopta el papel del entrevistador y yo intento responder a sus preguntas de forma adorable, pero no puedo, estoy demasiado enfadada con él por lo que ha dicho e incluso por tener que responder a las preguntas. Sólo puedo pensar en lo injusto que es todo, en lo injustos que son los Juegos del Hambre. ¿Por qué voy dando saltitos de un lado a otro como un perro amaestrado que intenta agradar a la

gente a la que odia? Cuanto más dura la entrevista, más sale a relucir mi furia, hasta que empiezo a escupirle las respuestas, literalmente.

—Vale, ya basta —me dice—. Tenemos que encontrar otro enfoque. No sólo eres hostil, sino que tampoco sé nada sobre ti. Te he hecho cincuenta preguntas y sigo sin hacerme una idea de cómo son tu vida, tu familia y las cosas que te importan. Quieren conocerte, Katniss.

—¡Es que no quiero que me conozcan! ¡Ya me están quitando el futuro! ¡No pueden llevarse también lo que me importaba en el pasado!

—¡Pues miente! ¡Invéntate algo!

—No se me da bien mentir.

—Pues aprende deprisa. Tienes tanto encanto como una babosa muerta. —Ay, eso duele. Hasta Haymitch tiene que haberse dado cuenta de que se ha pasado, porque suaviza un poco el tono—. Tengo una idea: intenta actuar con humildad.

—Humildad.

—Que no te puedes creer que una niña del Distrito 12 haya podido hacerlo tan bien, que todo esto es más de lo que nunca te hubieras imaginado. Habla de la ropa de Cinna, de lo simpática que es la gente, de cómo te asombra esta ciudad. Si no quieres hablar de ti, al menos halágalos. Sigue diciéndolo una y otra vez, habla con entusiasmo.

Las horas siguientes son una tortura. Al instante queda claro que no puedo hablar con entusiasmo. Intentamos que me haga la chulita, pero no tengo la arrogancia necesaria. Al parecer, soy demasiado «vulnerable» para apostar por la ferocidad. No soy ingeniosa, ni divertida, ni sexy, ni misteriosa.

Cuando terminamos la sesión, no soy nadie. Haymitch ha empezado a beber más o menos por la parte ingeniosa y ahora tiene un tono desagradable.

—Me rindo, preciosa. Límitate a responder las preguntas e intenta que el público no vea lo mucho que lo desprecias.

Ceno en mi cuarto. Pido una cantidad escandalosa de manjares y como hasta ponerme mala; después desahogo mi rabia contra Haymitch, los Juegos del Hambre y todos los seres vivos del Capitolio lanzando platos contra las paredes de la habitación. Cuando entra en el cuarto la chica del pelo rojo para abrirme la cama, el estropicio hace que abra mucho los ojos.

—¡Déjalo como está! —le chillo—. ¡Déjalo como está!

A ella también la odio. Odio sus ojos rencorosos que me llaman cobarde, monstruo, marioneta del Capitolio, tanto entonces como ahora. Seguro que para ella se está haciendo justicia; al menos mi muerte ayudará a pagar por la vida del chico del bosque.

Sin embargo, en vez de salir corriendo, la chica cierra la puerta y entra en el servicio, de donde sale con un trapo húmedo; después me limpia la cara y la sangre

que me ha hecho en las manos un plato roto. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué la dejo?

—Tendría que haber intentado salvarte —susurro.

Ella sacude la cabeza. ¿Quiere decir que hicimos bien en no acercarnos? ¿Qué me ha perdonado?

—No, estuvo mal —insisto.

Ella se da un golpecito en los labios con los dedos y después me toca con ellos el pecho. Creo que significa que yo también habría acabado siendo un avox, como ella. Seguramente está en lo cierto: avox o muerta.

Me paso la hora siguiente ayudándola a limpiar el cuarto. Una vez tirada toda la basura por la tolva y limpiada la comida del suelo, me abre la cama, me meto dentro como si tuviera cinco años y dejo que me arrope. Después se va; me gustaría que se quedase hasta que me duerma, que estuviese aquí cuando me despierte. Quiero la protección de esta chica, aunque ella no tuvo la mía.

Por la mañana no aparece ella, sino el equipo de preparación. Mis clases con Effie y Haymitch han terminado, este día le pertenece a Cinna, mi última esperanza. Quizá pueda darme un aspecto tan maravilloso que nadie preste atención a lo que salga de mi boca.

El equipo trabaja conmigo hasta bien entrada la tarde, convirtiendo mi piel en satén reluciente, trazándome dibujos en los brazos, pintando llamas en mis veinte perfectas uñas. Después, Venia empieza a trabajarme el pelo; trenza varios mechones rojos en un recogido que parte de mi oreja izquierda, me rodea la cabeza y cae convertido en una sola trenza por mi hombro derecho. Me borran la cara con una capa de maquillaje pálido y vuelven a dibujarme las facciones: enormes ojos oscuros, labios rojos carnosos, pestañas que despiden rayitos de luz cuando parpadeo. Por último, me cubren todo el cuerpo de un polvo dorado que me hace relucir.

Entonces entra Cinna con lo que, supongo, será mi vestido, pero no lo veo, porque está cubierto.

—Cierra los ojos —me ordena.

Primero noto el forro sedoso y después el peso. Debe de pesar unos dieciocho kilos. Me agarro a la mano de Octavia y me pongo los zapatos a ciegas, aliviada al comprobar que son al menos cinco centímetros más bajos que los que Effie utilizó para las prácticas. Ajustan un par de cosas y toquetean el traje; todos guardan silencio.

—¿Puedo abrir los ojos? —pregunto.

—Sí —responde Cinna—, ábrelos.

La criatura que tengo frente a mí, en el espejo de cuerpo entero, ha llegado de otro mundo, un mundo en el que la piel brilla, los ojos deslumbran y, al parecer, hacen la ropa con piedras preciosas, porque mi vestido, oh, mi vestido está completamente cubierto de gemas que reflejan la luz, piedras rojas, amarillas y

blancas con trocitos azules que acentúan las puntas del dibujo de las llamas. El más leve movimiento hace que parezcan envolverme unas lenguas de fuego.

No soy guapa. No soy bella. Resplandezco como el sol.

Todos se limitan a mirarme durante un rato.

—Oh, Cinna —consigo susurrar por fin—. Gracias.

—Da una vuelta completa —me dice, y extendiendo los brazos y lo hago.

El equipo de preparación grita, entusiasmado.

Cinna le dice al equipo que se vaya y hace que me mueva por la habitación con el vestido y los zapatos, que son muchísimo más manejables que los de Effie. El vestido cae de tal forma que no tengo que levantarme la falda para caminar, lo que me quita otra preocupación de encima.

—Bueno, ¿todo listo para la entrevista? —me pregunta Cinna.

A juzgar por su expresión, sé que ha estado hablando con Haymitch, que sabe lo desastrosa que soy.

—Soy penosa. Haymitch dijo que parecía una babosa muerta. Lo intentamos todo, pero no era capaz de hacerlo, no puedo ser una de esas personas que él quiere.

—¿Y por qué no eres tú misma? —me pregunta él, después de pensárselo un momento.

—¿Yo misma? Tampoco vale. Haymitch dice que soy malhumorada y hostil.

—Bueno, eso es verdad... cuando estás con Haymitch —responde Cinna, sonriendo—. A mí no me lo pareces, y el equipo de preparación te adora; incluso te ganaste a los Vigilantes. En cuanto a los ciudadanos del Capitolio, bueno, no dejan de hablar de ti. Nadie puede evitar admirar tu espíritu.

Mi espíritu; eso es nuevo. No sé bien qué significa, aunque sugiere que soy una luchadora, que soy valiente o algo así. Tampoco es que no sepa ser agradable. Vale, quizá no vaya por ahí repartiendo amor entre la gente, quizá sea difícil hacerme sonreír, pero hay personas que me importan.

—¿Y si, cuando estés respondiendo a las preguntas, te imaginas que estás hablando con un amigo de casa? —me dice, cogiéndome las manos, que están heladas; las suyas no—. ¿Quién es tu mejor amigo?

—Gale —respondo al instante—, aunque no tiene sentido, Cinna, porque nunca le contaría esas cosas personales a Gale. Ya las sabe.

—¿Y yo? ¿Podrías considerarme un amigo?

—Creo que sí, pero...

De toda la gente que he conocido desde que me fui de casa, Cinna es, de lejos, mi favorito. Me gustó desde el principio y no me ha decepcionado todavía.

—Estaré sentado en la plataforma principal, con los demás estilistas; podrás mirarme directamente. Cuando te pregunten algo, búscame y contesta con toda la sinceridad posible.

—¿Aunque lo que piense decir sea horrible? —pregunto, porque podría ser así, de verdad.

—Sobre todo si crees que es horrible. ¿Lo intentarás?

Asiento. Tenemos un plan... o, al menos, algo a lo que aferrarme.

El momento de salir llega demasiado pronto. Las entrevistas se realizan en un escenario construido delante del Centro de Entrenamiento. A los pocos minutos de salir de mi cuarto estaré delante de la multitud, de las cámaras, de todo Panem.

Cuando Cinna va a girar el pomo de la puerta, le cojo la mano.

—Cinna... —El miedo escénico me tiene completamente petrificada.

—Recuerda, ya te quieren —me dice con amabilidad—. Límitate a ser tú misma.

Nos reunimos con el resto del equipo del Distrito 12 en el ascensor. Portia y los suyos han trabajado mucho: Peeta está impresionante con su traje negro con adornos de llamas. Aunque tenemos buen aspecto juntos, es un alivio que no vayamos vestidos exactamente igual. Haymitch y Effie también se han arreglado para la ocasión; evito a Haymitch, pero acepto los cumplidos de Effie. A pesar de que esta mujer puede ser fastidiosa y no se entera de nada, al menos no es destructiva, como Haymitch.

Se abren las puertas del ascensor y vemos que los demás tributos se ponen en fila para subir al escenario. Los veinticuatro nos sentamos formando un gran arco durante las entrevistas. Yo seré la última, o la penúltima, porque la chica siempre precede al chico de su distrito. ¡Ojalá pudiera salir la primera y quitármelo ya de encima! Ahora tendré que escuchar lo ingeniosos, divertidos, humildes, feroces o encantadores que son los demás antes de que me toque. Además, el público empezará a aburrirse, igual que los Vigilantes, y no sería buena idea dispararles una flecha para llamar su atención.

Justo antes de que salgamos a desfilas por el escenario, Haymitch se nos acerca por detrás y gruñe:

—Recordad, seguís siendo una pareja feliz, así que actuad como si lo fuerais.

¿Qué? Creía que habíamos dejado eso cuando Peeta pidió entrenamientos separados, pero supongo que se trataba de una cosa privada, no pública. En cualquier caso, no tenemos mucho espacio para interactuar, ya que caminamos de uno en uno hasta nuestros asientos y ocupamos nuestros sitios.

Con tan sólo poner el pie en el escenario, ya se me acelera la respiración. Noto los latidos de las venas en las sienes. Es un alivio llegar a la silla, porque, entre los tacones y el temblor de piernas, me da miedo tropezar. Aunque ya cae la noche, el Círculo de la Ciudad está más iluminado que un día de verano. Han construido unas gradas elevadas para los invitados prestigiosos, con los estilistas colocados en primera fila. Las cámaras se volverán hacia ellos cuando la multitud reaccione a su trabajo. También hay un gran balcón reservado para los Vigilantes, y los equipos de

televisión se han hecho con casi todos los demás balcones. Sin embargo, el Círculo de la Ciudad y las avenidas que dan a él están completamente abarrotados de gente, todos de pie. En las casas y en los auditorios municipales de todo el país, todos los televisores están encendidos, todos los ciudadanos de Panem nos ven. Esta noche no habrá apagones.

Caesar Flickerman, el hombre que se encarga de las entrevistas desde hace más de cuarenta años, entra en el escenario. Da un poco de miedo, porque su apariencia no ha cambiado nada en todo ese tiempo: la misma cara bajo una capa de maquillaje blanco puro; el mismo peinado, aunque cada año lo tiñe de un color diferente; el mismo traje de ceremonias, azul marino salpicado de miles de diminutas bombillas que centellean como estrellas. En el Capitolio tienen cirujanos que hacen a la gente más joven y delgada, mientras que, en el Distrito 12, parecer viejo es una especie de logro, ya que muchos mueren jóvenes. Si ves a un anciano te dan ganas de felicitarlo por su longevidad, de preguntarle el secreto de la supervivencia. Todos envidian a los gorditos, porque su aspecto significa que no han tenido problemas para comer, como la mayoría de nosotros. Aquí es distinto: las arrugas no son deseables, y una barriga redonda no es símbolo de éxito.

Este año, Caesar lleva el pelo de color celeste, y los párpados y labios pintados del mismo tono. Está raro, aunque no da tanto miedo como el año pasado, que iba de escarlata y daba la impresión de que estaba sangrando. El presentador cuenta algunos chistes para animar a la audiencia y después se pone manos a la obra.

La chica del Distrito 1 sube al centro del escenario con un provocador vestido transparente dorado y se une a Caesar para la entrevista. Está claro que su mentor no ha tenido ningún problema al elegir su enfoque: con ese precioso cabello rubio, los ojos verde esmeralda, un cuerpo alto y esbelto..., es sexy la mires por donde la mires.

Las entrevistas duran tres minutos, pasados los cuales suena un zumbido y sube el siguiente tributo. Hay que reconocer que Caesar hace todo lo posible por que los tributos brillen; es agradable, intenta tranquilizar a los nerviosos, se ríe con las bromas tontas y puede convertir una respuesta floja en algo memorable sólo con su reacción.

Permanezco sentada como una dama, siguiendo las instrucciones de Effie, mientras los distritos siguen pasando, 2, 3, 4. Todos tienen un enfoque: el chico monstruoso del Distrito 2 es una máquina de matar implacable; la chica con cara astuta del Distrito 5 es maliciosa y escurridiza, como una comadreja. Veo a Cinna en cuanto se sienta, pero ni siquiera su presencia me relaja. 8, 9, 10. El chico cojo del Distrito 10 es muy callado. Me sudan una barbaridad las manos y el vestido de piedras preciosas no es absorbente, así que me resbalan si intento secármelas en él. 11.

Rue, con un vestido de gasa y alas, revolotea hasta Caesar, y la multitud guarda

silencio al ver a la chica, que parece un soplo de aire mágico. El presentador la trata con dulzura y alaba el siete que sacó en los entrenamientos, una puntuación muy alta para alguien tan pequeño. Cuando le pregunta cuál será su punto fuerte en el estadio, ella no vacila:

—Cuesta atraparme —dice, con voz trémula—. Y, si no me atrapan, no podrán matarme, así que no me descarte tan deprisa.

—Ni en un millón de años —responde Caesar, animándola.

El chico del Distrito 11, Thresh, tiene la misma piel morena de Rue, pero ahí se acaba el parecido. Es uno de los gigantes, casi dos metros de altura, y tiene la constitución de un buey, aunque sé que ha rechazado las invitaciones de los tributos profesionales para unirse a ellos. Ha preferido quedarse solo, sin hablar con nadie y mostrando poco interés por el entrenamiento. Aun así, ha conseguido un diez, y no cuesta imaginar qué ha impresionado a los Vigilantes. Hace caso omiso de los intentos de Caesar por bromear con él y responde con sí o no, o, simplemente, no dice nada.

Si yo tuviera su tamaño podría causar buena impresión siendo malhumorada y hostil... ¡y no pasaría nada! Estoy segura de que la mitad de los patrocinadores está ya pensando en ayudarlo a él. Si yo tuviese dinero, también lo haría.

Y ahora llaman a Katniss Everdeen, y me siento como en un sueño, levantándome y acercándome al escenario central. Acepto el apretón de manos de Caesar y él tiene la elegancia de no limpiarse el sudor de inmediato en el traje.

—Bueno, Katniss, el Capitolio debe de ser un gran cambio, comparado con el Distrito 12. ¿Qué es lo que más te ha impresionado desde que estás aquí?

¿Qué? ¿Qué ha dicho? Es como si las palabras no tuviesen sentido.

Se me ha quedado la boca seca como una suela de zapato. Busco con desesperación a Cinna entre la multitud y lo miro a los ojos; me imagino que las palabras han salido de sus labios: «¿Qué es lo que más te ha impresionado desde que estás aquí?». Me devano los sesos intentando pensar en algo que me haya hecho feliz desde mi llegada. «Sé sincera —pienso—. Sé sincera».

—El estofado de cordero —consigo decir. Caesar se ríe y me doy cuenta, vagamente, de que parte del público hace lo mismo.

—¿El de ciruelas pasas? —pregunta Caesar, y yo asiento—. Oh, yo lo como sin parar. —Se vuelve hacia la audiencia, horrorizado, con la mano en el estómago—. No se me notará, ¿verdad? —Todos gritan para animarlo y aplauden. A esto me refería: él siempre intenta ayudarte—. Bueno, Katniss —sigue, en tono confidencial—, cuando apareciste en la ceremonia inaugural se me paró el corazón, literalmente. ¿Qué te pareció aquel traje?

Cinna arquea una ceja. Tengo que ser sincera.

—¿Quieres decir después de comprobar que no moría abrasada?

Carcajada del presentador, carcajadas auténticas del público.

—Sí, a partir de ahí.

—Pensé que Cinna era un genio —Cinna, amigo mío, tenía que decírtelo de todas formas—, que era el traje más maravilloso que había visto y que no me podía creer que lo llevase puesto. Tampoco puedo creerme que lleve éste. —Levanto la falda para extenderla—. En fin, ¡fíjate!

Mientras el público se deshace en exclamaciones de admiración, veo que Cinna mueve el dedo en círculos; sé qué quiere decirme: «Gira para mí».

Me levanto, doy un giro completo y la reacción es inmediata.

—¡Oh, hazlo otra vez! —me pide Caesar, así que levanto los brazos y doy vueltas y más vueltas, dejando que la falda flote, dejando que el vestido me envuelva en llamas. El público me vitorea. Cuando me detengo, tengo que agarrarme al brazo del presentador—. ¡No te pares! —me dice.

—Tengo que hacerlo. ¡Me he mareado!

También estoy soltando risitas tontas, que es algo que, me parece, no he hecho en la vida. Los nervios y los giros han podido conmigo.

—No te preocupes, te tengo —me dice Caesar, rodeándome con un brazo—. No podemos dejar que sigas los pasos de tu mentor. —Todos empiezan a abuchear y las cámaras enfocan a Haymitch, que ahora es famoso por su caída en la cosecha; él agita una mano para callarlos, de buen humor, y me señala—. No pasa nada —dice el presentador para tranquilizar a la multitud—, conmigo está a salvo. Bueno, hablemos de la puntuación: once. Danos una pista de lo que pasó allí dentro.

—Ummm... —digo, mirando a los Vigilantes, que están en el balcón, y me muerdo un labio—. Sólo diré una cosa: creo que nunca habían visto nada igual.

Las cámaras enfocan a los Vigilantes, que están riéndose y asintiendo.

—Nos estás matando —protesta el presentador, como si le doliese de verdad—. Detalles, detalles.

—Se supone que no puedo contar nada, ¿verdad? —pregunto, mirando al balcón.

—¡Así es! —grita el Vigilante que se cayó dentro de la ponchera.

—Gracias —respondo—. Lo siento, mis labios están sellados.

—Entonces volvamos al momento en que dijeron el nombre de tu hermana en la cosecha —sigue el presentador, con un tono más pausado—. Tú te presentaste voluntaria. ¿Nos puedes hablar de ella?

No, no, no, a vosotros no, pero quizá a Cinna sí. Creo que no me estoy imaginando la tristeza que expresa su rostro.

—Se llama Prim, sólo tiene doce años y la amo más que a nada en el mundo.

El silencio era tan absoluto que no se oía ni un suspiro.

—¿Qué te dijo después de la cosecha?

Sé sincera, sé sincera. Trago saliva.

—Me pidió que intentase ganar como pudiera.

La audiencia está paralizada, pendiente de cada palabra.

—¿Y qué respondiste? —pregunta Caesar, con amabilidad, pero, en vez de sentirme arropada, noto que un frío glacial me recorre el cuerpo y que pongo los músculos en tensión, como antes de atrapar una presa. Cuando hablo, mi tono de voz parece haber bajado una octava.

—Le juré que lo haría.

—Seguro que sí —dice él, apretándome la mano. Entonces suena el zumbido—. Lo siento, nos hemos quedado sin tiempo. Te deseo la mejor de las suertes, Katniss Everdeen, tributo del Distrito 12.

Los aplausos continúan mucho después de sentarme. Miro a Cinna para que me tranquilice, y él levanta el pulgar para indicarme que todo ha ido bien.

Me paso aturrida la primera parte de la entrevista de Peeta, aunque veo que tiene al público en sus manos desde el principio; los oigo reír y gritar. Está utilizando lo de ser el hijo del panadero para comparar a los tributos con los panes de sus distritos. Después cuenta una anécdota divertida sobre los peligros de las duchas del Capitolio.

—Dime, ¿todavía huelo a rosas? —le pregunta a Caesar, y después se pasan un rato olisqueándose por turnos, lo que hace que todos se partan de risa. Empiezo a recuperar la concentración cuando Caesar le pregunta si tiene una novia en casa.

Peeta vacila y después sacude la cabeza, aunque no muy convencido.

—¿Un chico guapo como tú? Tiene que haber una chica especial. Venga, ¿cómo se llama?

—Bueno, hay una chica —responde él, suspirando—. Llevo enamorado de ella desde que tengo uso de razón, pero estoy bastante seguro de que ella no sabía nada de mí hasta la cosecha.

La multitud expresa su simpatía: comprenden lo que es un amor no correspondido.

—¿Tiene a otro?

—No lo sé, aunque les gusta a muchos chicos.

—Entonces te diré lo que tienes que hacer: gana y vuelve a casa. Así no podrá rechazarte, ¿eh? —lo anima Caesar.

—Creo que no funcionaría. Ganar... no ayudará, en mi caso.

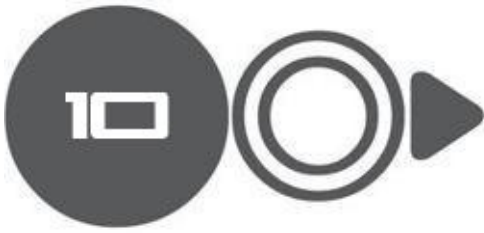
—¿Por qué no? —pregunta Caesar, perplejo.

—Porque... —empieza a balbucear Peeta, ruborizándose—. Porque... ella está aquí conmigo.



PARTE 2
"LOS JUEGOS"

**LOS JUEGOS
DEL HAMBRE**



Durante un momento, las cámaras se quedan clavadas en la mirada cabizbaja de Peeta, mientras todos asimilan lo que acaba de decir. Después veo mi cara, boquiabierta, con una mezcla de sorpresa y protesta, ampliada en todas las pantallas: ¡soy yo! ¡Dios mío, se refiere a mí! Aprieto los labios y miro al suelo, esperando esconder así las emociones que empiezan a hervirme dentro.

—Vaya, eso sí que es mala suerte —dice Caesar, y parece sentirlo de verdad.

La multitud le da la razón en sus murmullos y unos cuantos han soltado grititos de angustia.

—No es bueno, no —coincide Peeta.

—En fin, nadie puede culparte por ello, es difícil no enamorarse de esa jovencita. ¿Ella no lo sabía?

—Hasta ahora, no —responde Peeta, sacudiendo la cabeza.

Me atrevo a mirar un segundo a la pantalla, lo bastante para comprobar que mi rubor es perfectamente visible.

—¿No les gustaría sacarla de nuevo al escenario para obtener una respuesta? —pregunta Caesar a la audiencia, que responde con gritos afirmativos—. Por desgracia, las reglas son las reglas, y el tiempo de Katniss Everdeen ha terminado. Bueno, te deseo la mejor de las suertes, Peeta Mellark, y creo que hablo por todo Panem cuando digo que te llevamos en el corazón.

El rugido de la multitud es ensordecedor; Peeta nos ha borrado a todos del mapa al declarar su amor por mí. Cuando el público por fin se calla, mi compañero murmura un «gracias» y regresa a su asiento. Nos levantamos para el himno; yo tengo que alzar la cabeza, porque es una muestra de respeto obligatoria, y no puedo evitar ver que en todas las pantallas aparece una imagen de nosotros dos, separados por unos cuantos metros que, en las mentes de los espectadores, deben de parecer insalvables. Pobre pareja trágica.

Sin embargo, yo sé la verdad.

Después del himno, los tributos nos ponemos en fila para volver al vestíbulo del Centro de Entrenamiento y sus ascensores. Me aseguro de no meterme en el mismo que Peeta. La muchedumbre frena a nuestro séquito de estilistas, mentores y acompañantes, así que nos quedamos solos; no hablamos. Mi ascensor deja a cuatro tributos antes de quedarme sola y llegar a la planta doce. Peeta acaba de salir del

ascensor cuando me acerco a él y le pego un empujón en el pecho; él pierde el equilibrio y se estrella contra una fea urna llena de flores artificiales. La urna se cae y se hace añicos en el suelo, Peeta aterriza encima de los pedazos y las manos empiezan a sangrarle de inmediato.

—¿A qué viene esto? —me pregunta, horrorizado.

—¡No tenías derecho! ¡No tenías derecho a decir esas cosas sobre mí!

Los ascensores se abren y aparece todo el grupo: Effie, Haymitch, Cinna y Portia.

—¿Qué está pasando? —pregunta Effie, con un deje de histeria en la voz—. ¿Te has caído?

—Después de que ella me empujara —responde Peeta, mientras Effie y Cinna lo ayudan a levantarse.

—¿Lo has empujado? —me pregunta Haymitch.

—Ha sido idea tuya, ¿verdad? ¿Lo de convertirme en una idiota delante de todo el país?

—Fue idea mía —interviene Peeta, mientras se quita trozos de cerámica de las manos—. Haymitch sólo me ayudó a desarrollarla.

—Sí, Haymitch es una gran ayuda... ¡para ti!

—Eres una idiota, sin duda —dice Haymitch, asqueado—. ¿Crees que te ha perjudicado? Este chico acaba de darte algo que nunca podrías lograr tú sola.

—¡Me ha hecho parecer débil!

—¡Te ha hecho parecer deseable! Y, reconozcámoslo, necesitas toda la ayuda posible en ese tema. Eras tan romántica como un trozo de roca hasta que él dijo que te quería. Ahora todos te quieren y sólo hablan de ti. ¡Los trágicos amantes del Distrito 12!

—¡Pero no somos amantes! —exclamo.

—¿A quién le importa? —insiste Haymitch, cogiéndome por los hombros y aplastándome contra la pared—. No es más que un espectáculo, todo depende de cómo te perciban. Después de tu entrevista lo único que podría haber dicho de ti era que resultabas bastante agradable, aunque debo admitir que eso ya de por sí es un milagro. Ahora puedo decir que eres una rompecorazones. Ooh, los chicos de tu distrito caían abrumados a tus pies. ¿Con cuál de las dos imágenes crees que conseguirás más patrocinadores?

El olor a vino de su aliento me pone mala; lo empujo para quitármelo de encima y retrocedo, intentando aclararme las ideas.

—Tiene razón, Katniss —me dice Cinna, acercándose y rodeándome con un brazo.

—Tendría que haberlo sabido —respondo, sin saber qué pensar—. Así no habría parecido tan estúpida.

—No, tu reacción ha sido perfecta. De haberlo sabido, no habría parecido tan real

—intervino Portia.

—Lo que le preocupa es su novio —dice Peeta, malhumorado, mientras se arranca un trozo ensangrentado de urna.

—No tengo novio —afirmo, aunque se me encienden otra vez las mejillas al pensar en Gale.

—Lo que tú digas, pero seguro que es lo bastante listo para reconocer un farol. Además, tú no has dicho que me quieras, así que ¿qué más da?

Las palabras empiezan a surtir efecto. Me calmo. Ahora no sé si debo pensar que me han usado o que me han dado una ventaja. Haymitch tiene razón, he sobrevivido a la entrevista, pero ¿qué les he ofrecido? A una chica imbecil dando vueltas con un vestido brillante y soltando risitas tontas. El único momento con sustancia fue cuando hablé de Prim. Comparada con Thresh y su fuerza silenciosa y mortífera, no soy digna de recordar. Tonta, brillante y fácil de olvidar; bueno, no del todo, porque tengo mi once en entrenamiento.

Sin embargo, ahora Peeta me ha convertido en objeto de amor, y no sólo del suyo. Según él, ahora tengo muchos admiradores, y si el público cree de verdad que estamos enamorados... Recuerdo la energía con la que han respondido a su confesión; un amor trágico. Haymitch tiene razón, en el Capitolio adoran estas cosas. De repente me preocupa no haber reaccionado bien.

—Después de que dijese que me quería, ¿a vosotros os pareció que podría estar enamorada de él? —les pregunto.

—A mí sí —responde Portia—. Por la forma en que evitabas mirar a las cámaras y el rubor en las mejillas.

Los otros asienten.

—Eres una mina, preciosa, vas a tener a los patrocinadores haciendo cola —afirma Haymitch.

—Siento haberte empujado —le digo a Peeta, obligándome a mirarlo, avergonzada por mi reacción.

—Da igual —responde él, encogiéndose de hombros—. Aunque, técnicamente, es ilegal.

—¿Tienes bien las manos?

—Se pondrán bien.

En el silencio que sigue a su respuesta nos llegan los deliciosos olores de la cena, que ya está en el comedor.

—Vamos a comer —dice Haymitch, y todos lo seguimos hasta la mesa y nos colocamos en nuestros puestos.

Como Peeta está sangrando demasiado, Portia se lo lleva para que lo atiendan. Empezamos la sopa de nata y pétalos de rosa sin ellos, y, cuando terminamos, vuelven. Las manos de Peeta están envueltas en vendas y yo no puedo evitar sentirme

culpable, porque mañana estaremos en el campo de batalla, él me ha hecho un favor y yo le he respondido con una herida. ¿Es que siempre voy a estar en deuda con él?

Después de la cena vemos la repetición de las entrevistas en el salón. Yo parezco presumida y superficial, dando vueltas y soltando risitas, aunque los demás me aseguran que les parezco encantadora. El que sí está encantador es Peeta, y después resulta irresistible en su actuación de chico enamorado. Y ahí salgo yo, ruborizada y perpleja, bella gracias a las manos de Cinna, deseable gracias a la confesión de Peeta, trágica por las circunstancias y, lo mires por donde lo mires, imposible de olvidar.

Cuando termina el himno y la pantalla se oscurece, la habitación guarda silencio. Mañana al alba nos levantarán y nos prepararán para el estadio. Los juegos en sí no empiezan hasta las diez, porque muchos de los habitantes del Capitolio se levantan tarde, pero Peeta y yo tenemos que empezar temprano. No se sabe lo lejos que estará el campo de batalla elegido para este año.

Sé que Haymitch y Effie no irán con nosotros. En cuanto salgamos de aquí, ellos se desplazarán a la sede central de los juegos, donde, esperemos, reclutarán patrocinadores sin parar y trabajarán en una estrategia para decidir cómo y cuándo entregarnos los regalos. Cinna y Portia viajarán con nosotros hasta el mismísimo punto desde el que nos lanzarán a la batalla. A pesar de todo, es el momento de despedirse.

Effie nos coge a los dos de la mano, con lágrimas de verdad en los ojos, y nos desea buena suerte. Nos da las gracias por ser los mejores tributos que ha tenido el privilegio de patrocinar; después, como es Effie y parece estar obligada por ley a decir siempre algo horrible, añade:

—¡No me sorprendería nada que el año que viene me promocionasen por fin a un distrito decente!

Después nos besa en la mejilla y se aleja rápidamente, no sé si abrumada por la sentimental despedida o por la posible mejora de su fortuna.

Haymitch cruza los brazos y nos examina.

—¿Un último consejo? —pregunta Peeta.

—Cuando suene el gong, salid echando leches. Ninguno de los dos sois lo bastante buenos para meteros en el baño de sangre de la Cornucopia. Salid corriendo, poned toda la distancia posible de por medio y encontrad una fuente de agua. ¿Entendido?

—¿Y después? —pregunto.

—Seguid vivos —responde Haymitch.

Es el mismo consejo que nos dio en el tren, pero ahora no está borracho y riéndose. Asentimos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Cuando me voy hacia mi cuarto, Peeta se queda atrás para hablar con Portia, cosa que me alegra. No sé cuáles serán nuestras incómodas palabras de despedida, pero

pueden esperar a mañana. Veo que alguien ha abierto mi cama, aunque no hay ni rastro de la chica pelirroja. Ojalá supiera su nombre; debería habérselo preguntado y puede que ella me lo hubiese escrito o explicado con mímica, aunque es probable que sólo sirviera para que la castigasen.

Me doy una ducha y me quito la pintura dorada, el maquillaje y el aroma de la belleza. Todo lo que queda del trabajo del equipo de diseño son las llamas de las uñas, que decido conservar para recordarle a la audiencia quién soy: Katniss, la chica en llamas. Quizá me dé algo a lo que agarrarme en los días que me esperan.

Me pongo un camisón grueso, como de lana, y me acuesto. En unos cinco segundos me doy cuenta de que no me quedaré dormida, y lo necesito desesperadamente, porque cada momento de fatiga en el estadio es una invitación a la muerte.

No sirve de nada; pasa una hora, luego dos, luego tres, y mis párpados se niegan a cerrarse. No puedo dejar de imaginarme en qué terreno nos soltarán. ¿Desierto? ¿Pantano? ¿Un páramo helado? Sobre todo espero que haya árboles que me puedan ofrecer escondite, alimento y cobijo. Suele haber árboles, porque los paisajes pelados son aburridos y, sin vegetación, los juegos se acaban pronto. Pero ¿cómo será el clima? ¿Qué trampas habrán escondido los Vigilantes para animar los momentos aburridos? Y luego están los otros tributos.

Cuanto más ansiosa estoy por dormirme, menos lo consigo. Al final estoy tan inquieta que tengo que salir de la cama; recorro la habitación notando que el corazón me late demasiado deprisa, que tengo la respiración acelerada. Es como estar en una celda, si no consigo respirar aire fresco pronto voy a empezar a romperlo todo otra vez. Corro por el vestíbulo hacia la puerta que da al tejado, que no sólo no está cerrada, sino que la han dejado entreabierta. Quizás alguien se olvidó de cerrarla, aunque da lo mismo, porque el campo de energía que rodea el tejado impide cualquier intento desesperado de fuga, y yo no quiero escapar, sólo llenarme los pulmones de aire; quiero ver el cielo y la luna antes de que intenten darme caza.

El tejado no está iluminado por la noche, pero en cuanto piso descalza el suelo de baldosas, veo su silueta recortada contra las luces que no dejan de brillar en el Capitolio. En las calles hay bastante barullo, música, gente cantando y cláxones, cosas que no oía a través de los gruesos paneles de cristal de mi cuarto. Podría largarme ahora mismo sin que él se diese cuenta; no me oiría con tanto follón. Sin embargo, el aire nocturno es tan agradable que no soportaría regresar a mi agobiante jaula. ¿Y qué más da? ¿Qué más da si hablamos o no?

Avanzo sin hacer ruido por las baldosas; cuando estoy a un metro de él, le digo:

—Deberías estar durmiendo.

Él se sobresalta, pero no se vuelve, y veo que sacude un poco la cabeza.

—No quería perderme la fiesta. Al fin y al cabo, es por nosotros.

Me acerco a él y me asomo al borde: las amplias calles están llenas de gente bailando. Me esfuerzo por distinguir los detalles de sus figuras diminutas.

—¿Están disfrazados?

—¿Quién sabe? Teniendo en cuenta la locura de ropa que llevan aquí... ¿Tú tampoco podías dormir?

—No podía dejar de pensar —respondo.

—¿Piensas en tu familia?

—No —reconozco, sintiéndome un poco culpable—. No dejo de preguntarme qué pasará mañana, aunque no sirve de nada, claro. —Con la luz que llega de abajo puedo verle la cara, la extraña forma de cogerse las manos vendadas—. Siento mucho lo de las manos, de verdad.

—No importa, Katniss. De todos modos, no tenía ninguna oportunidad en los juegos.

—No debes pensar así.

—¿Por qué no? Es la verdad. Mi única esperanza es no avergonzar a nadie y... —vacila.

—¿Y qué?

—No sé cómo expresarlo bien. Es que... quiero morir siendo yo mismo. ¿Tiene sentido? —pregunta, y yo sacudo la cabeza. ¿Cómo va a morir siendo otra persona?—. No quiero que me cambien ahí fuera, que me conviertan en una especie de monstruo, porque yo no soy así. —Me muerdo el labio, sintiéndome inferior. Mientras yo cavilaba sobre la existencia de árboles, Peeta le daba vueltas a cómo mantener su identidad, su esencia.

—¿Quieres decir que no matarás a nadie? —le pregunto.

—No. Cuando llegue el momento estoy seguro de que mataré como todos los demás. No puedo rendirme sin luchar. Pero desearía poder encontrar una forma de... de demostrarle al Capitolio que no le pertenezco, que soy algo más que una pieza de sus juegos.

—Es que no eres más que eso, ninguno lo somos. Así funcionan los juegos.

—Vale, pero, dentro de ese esquema, tú sigues siendo tú y yo sigo siendo yo —insiste—. ¿No lo ves?

—Un poco. Aunque..., sin ánimo de ofender, ¿a quién le importa, Peeta?

—A mí. Quiero decir, ¿qué otra cosa me podría preocupar en estos momentos? —me pregunta, enfadado. Me mira a los ojos con sus penetrantes ojos azules, exigiendo una respuesta.

—Preocúpate por lo que dijo Haymitch —respondo, dando un paso atrás—. Por seguir vivo.

—Vale —responde él, esbozando una sonrisa triste y burlona—. Gracias por el consejo, preciosa. —Usa el tono condescendiente de Haymitch, es como si me

hubiese dado un bofetón.

—Mira, si quieres pasarte las últimas horas de tu vida planeando una muerte noble en el estadio, es cosa tuya. Yo prefiero pasar las mías en el Distrito 12.

—No me sorprendería que lo hicieras. Dale recuerdos a mi madre cuando vuelvas, ¿vale?

—Puedes contar con ello. —Me vuelvo y bajo del tejado.

Me paso el resto de la noche dando cabezadas, imaginándome los comentarios cortantes que le haré a Peeta Mellark por la mañana. Peeta Mellark. Ya veremos lo noble y elevado que se vuelve cuando tenga que decidir entre la vida y la muerte. Seguramente se convertirá en uno de esos tributos bestiales, de los que intentan comerse el corazón de alguien después de matarlo. Hubo un tipo así hace unos cuantos años, Titus, del Distrito 6. Se volvió completamente salvaje y los Vigilantes tuvieron que derribarlo con pistolas eléctricas para recoger los cadáveres de los jugadores que había matado y evitar que se los comiera. En el estadio no hay reglas, pero el canibalismo no es del gusto del público del Capitolio, así que intentaron eliminarlo. Se especuló que la avalancha que acabó finalmente con Titus fue preparada para asegurarse de que el ganador no fuese un lunático.

No veo a Peeta por la mañana. Cinna viene a por mí antes del alba, me da una túnica sencilla y me acompaña al tejado. Los últimos preparativos se harán en las catacumbas, debajo del estadio en sí. Un aerodeslizador surge de la nada, igual que el del bosque el día que vi cómo capturaban a la chica pelirroja, y deja caer una escalera de mano. Pongo pies y manos en el primer escalón y, al instante, me quedo paralizada. Una especie de corriente me pega a la escalera hasta que me suben al interior.

Aunque me imaginaba que la escalera me soltaría al llegar, sigo pegada a ella y una mujer vestida con una bata blanca se me acerca con una jeringuilla.

—Es tu dispositivo de seguimiento, Katniss. Cuanto más quieta estés, mejor podré colocártelo —me explica.

¿Quieta? Soy una estatua. Sin embargo, eso no evita que note un dolor agudo cuando la aguja me introduce el dispositivo metálico debajo de la piel del antebrazo. Ahora los Vigilantes podrán localizarme en todo momento. No les gustaría perder a un tributo.

En cuanto el dispositivo está colocado, la escalera me suelta. La mujer desaparece y recogen a Cinna del tejado. Un chico avox se acerca y nos acompaña a una habitación donde han servido el desayuno. A pesar de la tensión que noto en el estómago, como todo lo que puedo, aunque los deliciosos manjares no me impresionan. Estoy tan nerviosa que podría estar comiendo polvo de carbón. Lo único que me distrae es la vista desde las ventanas: sobrevolamos la ciudad y después la zona deshabitada que hay más allá. Esto es lo que ven los pájaros, sólo que ellos

son libres y están a salvo. Justo lo contrario que yo.

El viaje dura una media hora. Después se oscurecen las ventanas, lo que nos indica que llegamos al estadio. El aerodeslizador aterriza, y Cinna y yo volvemos a la escalera, aunque esta vez para bajar hasta un tubo subterráneo que da a las catacumbas. Seguimos las instrucciones para llegar a mi destino, una cámara donde realizar los preparativos. En el Capitolio la llaman la sala de lanzamiento. En los distritos la conocemos como el corral, donde guardan a los animales antes de llevarlos al matadero.

Todo está nuevo; yo seré la primera y única ocupante de esta sala de lanzamiento. Los campos de batalla son emplazamientos históricos y los conservan después de los juegos, destinos turísticos populares para los residentes del Capitolio: puedes pasar aquí un mes, volver a ver los juegos, hacer un recorrido por las catacumbas y visitar los lugares donde tuvieron lugar las muertes. Incluso puedes participar en reconstrucciones de los hechos.

Dicen que la comida es excelente.

Lucho por no vomitar el desayuno mientras me ducho y me lavo los dientes. Cinna me peina con mi sencilla trenza de siempre; después llega la ropa, la misma para cada tributo. Cinna no tiene nada que ver con mi traje, ni siquiera sabe qué hay en el paquete, pero me ayuda a vestirme con la ropa interior, los pantalones rojizos, la blusa verde claro, el robusto cinturón marrón y la fina chaqueta negra con capucha que me llega hasta los muslos.

—El material de la chaqueta está diseñado para aprovechar el calor corporal, así que te esperan noches frescas —me dice.

Las botas, que me coloco sobre unos calcetines muy ajustados, son mejores de lo que cabría esperar: cuero suave, parecidas a las que tengo en casa. Sin embargo, éstas tienen una suela de goma flexible con dibujos, perfectas para correr.

Cuando creo que ya he terminado, Cinna se saca del bolsillo la insignia del sinsajo dorado. Se me había olvidado por completo.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto.

—Del traje verde que llevabas puesto en el tren —responde. Recuerdo que me lo quité del vestido de mi madre y me lo prendí a la camisa—. Es el símbolo de tu distrito, ¿no? —Asiento, y él me lo coloca en la camisa—. Casi no logra pasar por la junta de revisión. Algunos pensaban que podía usarse como arma y darte una ventaja injusta, pero, al final, lo aprobaron. Sí eliminaron un anillo de la chica del Distrito 1; si girabas la gema salía una punta envenenada. La chica decía que no tenía ni idea de que el anillo se transformase y no había pruebas que demostrasen lo contrario. De todos modos, ha perdido su símbolo. Bueno, ya está. Muévete, asegúrate de estar cómoda.

Camino, corro en círculo y agito los brazos.

—Sí, está bien. Me queda perfectamente.

—Entonces sólo queda esperar la llamada —me dice Cinna—. A no ser que puedas comer algo más.

Rechazo la comida, aunque acepto un vaso de agua que me bebo a traguitos mientras esperamos en el sofá. No quiero morderme las uñas ni los labios, así que acabo mordisqueándome el interior de la mejilla. Todavía noto las heridas que me hice hace unos días; no tardo en sangrar.

Los nervios se convierten en terror cuando empiezo a pensar en lo que me espera. Podría estar muerta, muerta del todo, en una hora o menos. Me toco de manera obsesiva el bultito duro del antebrazo, donde la mujer me inyectó el dispositivo de seguimiento. A pesar del dolor, lo aprieto tan fuerte que me hago un moratón.

—¿Quieres hablar, Katniss?

Sacudo la cabeza, pero, al cabo de un momento, le doy la mano y Cinna me la aprieta entre las suyas. Nos quedamos así sentados hasta que una agradable voz femenina nos anuncia que ha llegado el momento de prepararnos para el lanzamiento.

Todavía agarrada a las manos de Cinna, me acerco a la placa de metal redonda.

—Recuerda lo que dijo Haymitch: corre, busca agua. Lo demás saldrá solo —dice, y yo asiento—. Y recuerda una cosa: aunque no se me permite apostar, si pudiera, apostaría por ti.

—¿De verdad? —susurro.

—De verdad —afirma Cinna; después se inclina y me da un beso en la frente—. Buena suerte, chica en llamas.

Entonces me rodea un cilindro de cristal que nos obliga a soltarnos, que me obliga a separarme de él. Cinna se da unos golpecitos en la barbilla; quiere decir que mantenga la cabeza alta.

Levanto la barbilla y me quedo todo lo quieta que me es posible. El cilindro empieza a elevarse y, durante unos quince segundos, me encuentro a oscuras. Después noto que la placa metálica sale del cilindro y me lleva hasta la brillante luz del sol, que me deslumbra; sólo soy consciente de un viento fuerte que me trae un esperanzador aroma a pino.

En ese momento oigo la voz del legendario presentador Claudius Templesmith por todas partes:

—Damas y caballeros, ¡que empiecen los Septuagésimo Cuartos Juegos del Hambre!



Sesenta segundos. Es el tiempo que tenemos que estar de pie en nuestros círculos metálicos antes de que el sonido de un gong nos libere. Si das un paso al frente antes de que acabe el minuto, las minas te vuelan las piernas. Sesenta segundos para observar el anillo de tributos, todos a la misma distancia de la Cornucopia, que es un gigantesco cuerno dorado con forma de cono, con el pico curvo y una abertura de al menos seis metros de alto, lleno a rebosar de las cosas que nos sustentarán aquí, en el estadio: comida, contenedores con agua, armas, medicinas, ropa, material para hacer fuego. Alrededor de la Cornucopia hay otros suministros, aunque su valor decrece cuanto más lejos están del cuerno. Por ejemplo, a pocos pasos de mí hay un cuadrado de plástico de un metro de largo. Sin duda sería útil en un chaparrón. Sin embargo, cerca de la abertura veo una tienda de campaña que me protegería de cualquier condición atmosférica; si tuviera el valor suficiente para entrar y luchar por ella contra los otros veintitrés tributos, claro, cosa que me han aconsejado no hacer.

Estamos en un terreno despejado y llano, una llanura de tierra aplanada. Detrás de los tributos que tengo frente a mí no veo nada, lo que indica que hay una pendiente descendente o puede que un acantilado. A mi derecha hay un lago. A la izquierda y detrás, unos ralos bosques de pinos. Ésa es la dirección que Haymitch querría que tomase, y de inmediato.

Oigo sus instrucciones dentro de mi cabeza: «Salid corriendo, poned toda la distancia posible de por medio y encontrad una fuente de agua».

Sin embargo, es tentador, muy tentador ver el regalo delante de mí, esperándome, y saber que, si no lo cojo yo, lo hará otro; que los tributos profesionales que sobrevivan al baño de sangre se repartirán casi todo el botín, esencial para sobrevivir aquí. Algo me llama la atención: sobre un montículo de mantas enrolladas hay un carcaj de plata con flechas y un arco, ya tensado, esperando a que lo disparen.

«Eso es mío —pienso—. Lo han dejado para mí».

Soy rápida, puedo correr más deprisa que las demás chicas de nuestro colegio, aunque un par de ellas me ganan en las distancias largas. Pero son menos de cuarenta metros, perfecto para mí. Sé que puedo conseguirlo, sé que puedo llegar primero, aunque la pregunta es: ¿podré salir de ahí lo bastante deprisa? Cuando termine de abrirme paso entre las mantas y coja las armas, los demás ya habrán llegado al cuerno, y quizá pueda derribar a un par de ellos, pero supongamos que hay doce; tan

cerca, podrían matarme con las lanzas y las porras. O con sus enormes puños.

Por otro lado, no seré el único objetivo. Seguro que muchos de los tributos no prestarían atención a una chica de menor tamaño que ellos, aunque hubiese conseguido un once en el entrenamiento, y preferirían dedicarse a los adversarios más feroces.

Haymitch no me ha visto correr. De haberlo hecho, a lo mejor me habría dicho que lo intentara, que cogiera el arma, teniendo en cuenta que es precisamente el arma que podría salvarme. Además, sólo veo un arco en toda la pila. Sé que el minuto debe de estar a punto de acabar y tengo que decidir cuál será mi estrategia; al final me coloco instintivamente en posición de correr, no hacia el bosque que nos rodea, sino hacia la pila, hacia el arco. Entonces, de repente, veo a Peeta, que está cinco tributos a mi derecha; a pesar de la distancia, sé que me está mirando y creo que sacude la cabeza, pero el sol me da en los ojos y, mientras le doy vueltas al tema, suena el gong.

¡Y me lo he perdido! ¡He perdido la oportunidad! Porque esos dos segundos de más sin prepararme han bastado para hacerme cambiar de idea. Muevo los pies de un lado a otro, sin saber la dirección que me indica el cerebro, y me lanzo hacia delante, recojo el cuadrado de plástico y una hogaza de pan. He cogido tan poco y estoy tan enfadada con Peeta por distraerme que avanzo unos quince metros hacia la Cornucopia y recojo una mochila de color naranja intenso que podría contener cualquier cosa, sólo porque no puedo soportar la idea de irme prácticamente sin nada.

Un chico, creo que del Distrito 9, intenta coger la mochila a la vez que yo y, durante un breve instante, los dos tiramos de ella. Entonces él tose y me llena la cara de sangre. Doy un tambaleante paso atrás, asqueada por las cálidas gotitas pegajosas; el chico cae al suelo y veo el cuchillo que le sobresale de la espalda. Los demás tributos han llegado a la Cornucopia y están dispersándose para atacar. Sí, la chica del Distrito 2 corre hacia mí, está a unos diez metros y lleva media docena de cuchillos en la mano. La he visto lanzarlos en el entrenamiento, y nunca falla. Yo soy su siguiente objetivo.

Todo el miedo general que he sentido hasta ahora se condensa en un miedo concreto a esta chica, a esta depredadora que podría matarme dentro de pocos segundos. Con el subidón de adrenalina, me echo la mochila al hombro y corro a toda velocidad hacia el bosque. Oigo la hoja del cuchillo que se dirige a mí y, por acto reflejo, levanto la mochila para protegerme la cabeza; la hoja se clava en ella. Con la mochila colgada a la espalda, sigo corriendo hacia los árboles. De algún modo, sé que la chica no me seguirá, que volverá a la Cornucopia antes de que se lleven todo lo bueno. sonrío y pienso: «Gracias por el cuchillo».

Al borde del bosque me vuelvo un instante para examinar el campo de batalla; hay unos doce tributos luchando en el cuerno y algunos muertos tirados por el suelo.

Los que han huido desaparecen en los árboles o en el vacío que veo al otro lado. Sigo corriendo hasta que el bosque me esconde de los demás tributos y después freno un poco para mantener un ritmo que me permita seguir un rato más. Durante las horas siguientes voy alternando las carreras con los paseos para alejarme todo lo posible de mis competidores. Perdí mi pan en el forcejeo con el chico del Distrito 9, pero conseguí meterme el plástico en la manga, así que, mientras camino, lo doblo bien y me lo guardo en un bolsillo. También saco el cuchillo (es bueno, tiene una larga hoja afilada y con dientes cerca del mango, lo que me vendrá bien para serrar cosas) y lo meto en el cinturón. Sigo moviéndome, sólo me detengo para ver si me siguen.

Tengo mucha resistencia, lo sé por mis días en los bosques. Sin embargo, voy a necesitar agua. Era la segunda instrucción de Haymitch y, como fastidié la primera, procuro prestar atención a cualquier rastro de humedad, aunque sin suerte.

El bosque empieza a evolucionar y los pinos se mezclan con una variedad de árboles, algunos reconocibles y otros completamente desconocidos para mí. En cierto momento oigo un ruido y saco el cuchillo, pensando en defenderme, pero resulta ser un conejo asustado.

—Me alegro de verte —susurro. Donde hay un conejo, podría haber cientos esperando a que los cace.

El suelo baja en pendiente, cosa que no me gusta mucho, porque los valles me hacen sentir atrapada. Quiero estar en alto, como en las colinas que rodean el Distrito 12, desde donde puede verse venir a los enemigos. En cualquier caso, no tengo elección, así que sigo.

Lo curioso es que no me siento demasiado mal; me han venido bien los atracones de comida de los últimos días. Puedo mantenerme aunque esté falta de sueño, y estar en el bosque me resulta revitalizante. Agradezco la soledad, aunque no sea más que una ilusión, ya que es muy probable que ahora mismo esté en pantalla, no de continuo, pero sí de vez en cuando. Hay tantas muertes que mostrar el primer día que un tributo caminando por el bosque no resulta demasiado interesante. Sin embargo, me sacarán lo bastante para que la gente sepa que sigo viva, ilesa y en movimiento. Uno de los días más fuertes de las apuestas es el de apertura, cuando llegan las primeras bajas, aunque no puede compararse con lo que sucede conforme la batalla se reduce a un puñado de jugadores.

A última hora de la tarde empiezo a oír los cañones. Cada disparo representa a un tributo muerto. Por fin debe de haber acabado la lucha en la Cornucopia, ya que nunca recogen los cadáveres del baño de sangre hasta que se dispersan los asesinos. El día de apertura ni siquiera disparan los cañones hasta que acaba la primera batalla, porque les resulta demasiado difícil llevar la cuenta de los fallecidos. Me permito una pausa, entre jadeos, para contar los disparos. Uno..., dos..., tres..., y así hasta llegar a once. Once muertos en total; quedan trece para jugar. Me rasco la sangre seca que el

chico del Distrito 9 me tosió en la cara. Sin duda, murió. ¿Qué habrá sido de Peeta? Lo sabré en pocas horas, cuando proyecten en el cielo las imágenes de los muertos para que las veamos los demás.

De repente, me sobrecoge la idea de que Peeta haya muerto, de que hayan recogido su cadáver pálido y esté de regreso al Capitolio, donde lo limpiarán, lo vestirán y lo enviarán al Distrito 12 en una sencilla caja de madera; de que ya no esté aquí, sino camino a casa. Intento recordar si lo vi después de que comenzara la acción, pero la última imagen que recuerdo es la de Peeta sacudiendo la cabeza al sonar el gong.

Quizá sea mejor que esté muerto. Él no creía poder ganar y yo no tendré que enfrentarme a la desagradable tarea de matarlo. Quizá sea mejor que esté fuera del juego para siempre.

Me dejo caer junto a mi mochila, agotada. De todos modos, necesito revisarla antes de que caiga la noche y ver qué tengo para trabajar. Cuando desabrocho las correas, noto que es robusta, aunque tiene un color muy desafortunado. Este naranja casi brilla en la oscuridad; tomo nota de que tengo que camuflarla en cuanto se haga de día.

Abro la solapa; en este momento, lo que más deseo es agua. El consejo de Haymitch de encontrarla de inmediato no era arbitrario: no duraré mucho sin ella. Quizá pueda funcionar durante unos cuantos días con los feos síntomas de la deshidratación, pero después me deterioraré hasta quedar indefensa y moriré en una semana, como mucho. Saco con cuidado las provisiones: un fino saco de dormir negro que guarda el calor corporal; un paquete de galletas saladas; un paquete de tiras de cecina de vaca; una botella de yodo; una caja de cerillas de madera; un pequeño rollo de alambre; unas gafas de sol; y una botella de plástico de dos litros con tapón para llenarla de agua, aunque está vacía.

Nada de agua. ¿Tanto les habría costado llenar la botella? Me doy cuenta de lo secas que tengo la garganta y la boca, de las grietas de los labios. Llevo moviéndome todo el día, hacía calor y he sudado mucho. Esto lo hago en casa, pero siempre he tenido arroyos para beber o nieve que derretir, si la cosa llegaba a ese extremo.

Mientras vuelvo a meter las cosas en la mochila, se me ocurre una idea horrible: el lago, el que vi mientras esperaba a que sonase el gong, ¿será la única fuente de agua del estadio? Así garantizarían que todos tuviésemos que luchar. El lago está a un día entero de camino desde aquí, una excursión muy dura si no tengo nada para beber. En cualquier caso, aunque llegara, seguro que lo custodian algunos de los tributos profesionales. Empieza a entrarme el pánico, hasta que recuerdo el conejo que salió corriendo al principio de la jornada; él también tiene que beber, sólo hay que descubrir dónde.

Empieza a anochecer y no me encuentro cómoda. Los árboles son demasiado

ralos para esconderme, y la capa de agujas de pino que amortigua mis pisadas también hace que resulte difícil seguir el rastro de los animales para encontrar agua. Además, sigo bajando cada vez más hacia un valle que parece no acabar nunca.

También tengo hambre, pero no me atrevo a gastar mi preciado tesoro de galletas y cecina, así que saco el cuchillo y me pongo a cortar un pino, quitándole la corteza exterior y sacando un buen puñado de la interior, más blanda. Me dedico a masticarla lentamente mientras camino. Después de una semana disfrutando de la mejor comida del mundo, es algo difícil de soportar, pero he comido mucho pino en mi vida, me adaptaré rápidamente.

Al cabo de una hora está claro que tengo que encontrar un sitio para dormir. Las criaturas de la noche salen de sus guaridas; oigo algún que otro aullido y a los buhos, lo que me hace pensar que tendré competencia en la caza de los conejos. En cuanto a si me verán como fuente de alimentación, es pronto para decirlo. A saber cuántos animales me están acechando en estos momentos.

Sin embargo, ahora mismo creo que mi prioridad son los otros tributos, ya que estoy segura de que seguirán cazando de noche. Los que lucharon en la Cornucopia tendrán comida, agua abundante del lago, antorchas o linternas y armas que estarán deseando usar. Sólo espero haberme alejado lo suficiente para estar fuera de su alcance.

Antes de acampar, saco mi alambre y coloco dos trampas de lazo en los arbustos. Sé que es arriesgado, pero no tardaré en quedarme sin comida y puedo preparar trampas sobre la marcha. En cualquier caso, camino otros cinco minutos antes de detenerme.

Escojo mi árbol con cuidado, un sauce no muy alto, aunque colocado en un bosquecillo con otros sauces, de modo que pueda ocultarme entre las largas ramas colgantes. Lo trepo utilizando las ramas más fuertes, cerca del tronco, y encuentro una bifurcación que me servirá de cama. Tardo un ratito, pero consigo colocar el saco de dormir en una posición relativamente cómoda y me meto dentro. Como precaución, me quito el cinturón, lo paso por la rama y el saco, y me lo ato a la cintura. Así, si ruedo mientras duermo, no caeré al suelo. Aunque soy lo bastante pequeña para taparme la cabeza con el saco, me subo también la capucha. Conforme cae la noche, la temperatura baja en picado. A pesar del riesgo que corrí al coger la mochila, sé que hice lo correcto, porque este saco de dormir en el que se refleja el calor de mi cuerpo para devolvérmelo no tiene precio. Seguro que, en estos momentos, la principal preocupación de varios tributos es cómo entrar en calor, mientras que quizá yo pueda dormir algunas horas. Si no tuviera tanta sed...

Justo al caer la noche oigo el himno que precede al recuento de bajas. A través de las ramas veo el sello del Capitolio, que parece flotar en el cielo. En realidad estoy viendo una pantalla enorme que transportan en uno de sus silenciosos

aerodeslizadores. El himno termina y el cielo se oscurece un momento. En casa estaríamos viendo la repetición de todos y cada uno de los asesinatos, pero consideran que eso sería una ventaja injusta para los tributos supervivientes. Por ejemplo, si yo me hubiese hecho con el arco y hubiese matado a alguien, mi secreto estaría al descubierto. No, en el estadio sólo vemos las mismas fotografías que televisaron cuando salieron las puntuaciones del entrenamiento, simples fotografías de nuestras cabezas. Sin embargo, en vez de puntuaciones, lo que ponen debajo es el número del distrito. Respiro hondo conforme surgen los rostros de los once tributos muertos y voy contándolos con los dedos.

La primera es la chica del Distrito 3, lo que significa que los tributos profesionales de los distritos 1 y 2 han sobrevivido. No me sorprende. Después, el chico del 4. Eso no me lo esperaba, porque los profesionales suelen sobrevivir al primer día. El chico del Distrito 5... Supongo que la chica con cara de comadreja lo ha conseguido. Los dos tributos del 6 y el 7. El chico del 8. Los dos del 9. Sí, ahí está el chico que intentó llevarse la mochila. He llevado las cuentas con los dedos, así que sólo queda un tributo muerto. ¿Será Peeta? No, es la chica del Distrito 10. Ya está. Vuelven a poner el sello del Capitolio con una última *fioritura* musical. Después me quedo a oscuras y regresan los ruidos del bosque.

Me alivia saber que Peeta sigue vivo. Me repito que, si me matan, su victoria beneficiaría a mi madre y a Prim. Es lo que me digo para explicarme las emociones contradictorias que me despierta el hijo del panadero: la gratitud por la ventaja que me dio al declarar su amor por mí en la entrevista; la rabia ante su alarde de superioridad en el tejado; el miedo de encontrarme cara a cara con él en la batalla.

Once muertos, pero ninguno del Distrito 12. Intento repasar quién queda: cinco tributos profesionales; la comadreja, Thresh y Rue. Rue... Así que al final ha sobrevivido al primer día; no puedo evitar alegrarme. Con eso somos diez, mañana averiguaré los tres que me faltan. Ahora, a oscuras y después de haber caminado tanto y subido a lo alto de un árbol, ha llegado el momento de intentar descansar.

En realidad no he dormido mucho en los dos últimos días, a lo que hay que sumar la larga jornada de viaje por el campo de batalla. Dejo que los músculos se relajen poco a poco. Se me cierran los ojos. Lo último que pienso es que es una suerte que no ronque...

¡Crac! El ruido de una rama rota me despierta. ¿Cuánto llevo dormida? ¿Cuatro horas? ¿Cinco? Tengo fría la punta de la nariz. ¡Crac! ¡Crac! ¿Qué está pasando? No es el ruido de una rama pisada, sino de una que se ha roto en el árbol. ¡Crac! ¡Crac! Calculo que está a varios metros a mi derecha. Me vuelvo hacia allí lentamente y sin hacer ruido. Durante unos minutos no hay más que oscuridad y ruido de movimiento, pero después veo una chispa y el inicio de una pequeña fogata. Un par de manos se calientan encima, aunque no distingo nada más.

Tengo que morderme los labios para no gritar todos los tacos que me sé. ¿En qué estará pensando? Los que lucharon en la Cornucopia, con su fuerza superior y sus generosas provisiones, quizá no hubiesen visto el fuego entonces, pero ahora que ya estarán rastreando el bosque en busca de víctimas... Es como agitar una bandera y gritar: «¡Venid a por mí!».

Y aquí estoy, a tiro de piedra del tributo más idiota de los juegos, atada a un árbol y sin atreverme a huir, porque acabaría dándole mi ubicación exacta a cualquier asesino que la buscase. Es decir, sé que hace frío y que no todos tienen un saco de dormir, ¡pero hay que apretar los dientes y aguantarse hasta el alba!

Me quedo dentro del saco hecha una furia durante un par de horas, pensando en que, si pudiera salir del árbol, no me importaría cargarme a mi nuevo vecino. Mi instinto me dice que huya, no que luche, aunque, obviamente, esta persona es un riesgo. La gente estúpida resulta peligrosa, y éste seguro que no tiene armas, mientras que yo cuento con un excelente cuchillo.

El cielo sigue oscuro, pero noto que se acerca el amanecer. Empiezo a pensar que quizás hayamos (es decir, la persona cuya muerte planeo y yo misma) pasado desapercibidos. Entonces lo oigo: varios pares de pies que echan a correr. El de la hoguera debe de haberse quedado dormido. Caen sobre ella antes de que pueda escapar; ahora sé que es una chica, porque oigo sus súplicas y el grito de dolor que las acalla. Después hay risas y felicitaciones de varias voces. Alguien grita: «¡Doce menos, quedan once!». Los demás lo vitorean.

Así que luchan en manada; no me sorprende. A menudo se forman alianzas en las primeras etapas de los juegos; los fuertes se agrupan para cazar a los débiles y, cuando la tensión empieza a crecer demasiado, se vuelven unos contra otros. Está bastante claro quiénes forman la alianza: serán los tributos profesionales que quedan de los distritos 1, 2 y 4, dos chicos y tres chicas, los que comían juntos.

Durante un momento los oigo registrar a la chica en busca de provisiones. Por sus comentarios sé que no han encontrado nada bueno. Me pregunto si la víctima será Rue, aunque descarto la idea rápidamente, porque ella es demasiado lista para hacer una hoguera.

—Será mejor que nos vayamos para que puedan llevarse el cadáver antes de que empiece a apestar.

Estoy casi segura de que es el bruto del Distrito 2. Oigo murmullos de aprobación y, horrorizada, veo que se dirigen a mí. No saben dónde estoy. ¿Cómo iban a saberlo? Y estoy bien escondida entre los árboles, al menos mientras el sol siga bajo. Después, mi saco de dormir negro pasará de servirme de camuflaje a ser un problema. Si siguen avanzando pasarán por debajo de mí y desaparecerán en un minuto.

Entonces, los profesionales se detienen en el claro que se encuentra a unos diez metros de mi árbol. Tienen linternas y antorchas, veo un brazo por aquí y una bota

por allá a través de los huecos de las ramas. ¿Me habrán visto? No, todavía no. Por sus palabras sé que tienen la cabeza en otra parte.

—¿No tendríamos que haber oído ya el cañonazo?

—Diría que sí, no hay nada que les impida bajar de inmediato.

—A no ser que no esté muerta.

—Está muerta, la he atravesado yo mismo.

—Entonces, ¿qué pasa con el cañonazo?

—Alguien debería volver y asegurarse de que está hecho.

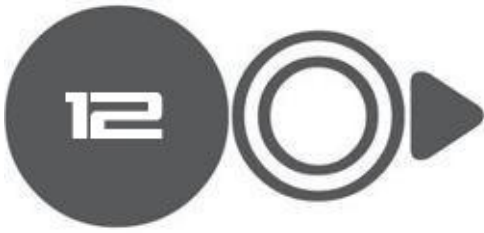
—Sí. No quiero tener que perseguirla dos veces.

—¡He dicho que está muerta!

Empieza una discusión, hasta que uno de los tributos silencia a los demás.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡Iré a rematarla y seguiremos moviéndonos!

Casi me caigo del árbol: el que hablaba era Peeta.



Menos mal que tomé la precaución de agarrarme con el cinturón, porque he rodado de lado sobre las ramas y ahora estoy mirando al suelo, sujeta por el cinturón y una mano, y con los pies a horcajadas sobre la mochila, dentro del saco de dormir, abrazada al tronco. Tengo que haber hecho algún ruido al deslizarme, pero los profesionales estaban demasiado absortos con su discusión como para oírme.

—Venga, chico amoroso —le dice el del Distrito 2—, compruébalo tú mismo.

Veo de reojo a Peeta, iluminado por una antorcha, dirigiéndose a la chica de la hoguera. Tiene la cara amoratada, una venda ensangrentada en el brazo y, por el sonido de sus pasos, cojea un poco. Recuerdo cómo sacudió la cabeza para decirme que no fuese a por las provisiones, mientras que él planeaba meterse en la refriega desde el principio. Justo lo contrario de lo que le había dicho Haymitch.

Vale, puedo soportarlo, ver tantas cosas juntas resultaba tentador. Sin embargo, esto..., esto es distinto. Haberse aliado con esta manada de lobos profesionales para cazarnos a los demás... ¡A nadie del Distrito 12 se le habría ocurrido algo semejante! Lo mires por donde lo mires, los tributos profesionales son malvados, arrogantes y están mejor alimentados, pero sólo porque son los perritos falderos del Capitolio. Todo el mundo los odia profundamente, salvo la gente de su propio distrito. Ni me imagino lo que estarán diciendo de Peeta en casa, ¿y él tiene el valor de hablarme de vergüenza?

Está claro que lo del chico noble del tejado era otro de sus juegucitos, y va a ser el último. Esta noche desearé que su muerte aparezca en el cielo, si no lo mato yo antes.

Los tributos profesionales guardan silencio hasta que sale de su alcance, para después hablar en voz baja.

—¿Por qué no lo matamos ya y acabamos con esto?

—Deja que se quede. ¿Qué más da? Sabe utilizar el cuchillo.

¿Ah, sí? Eso es nuevo; cuántas cosas interesantes estoy aprendiendo de mi amigo Peeta.

—Además, es nuestra mejor baza para encontrarla.

Tardo un momento en darme cuenta de que hablan de mí.

—¿Por qué? ¿Crees que la chica se ha tragado la cursilería romántica?

—Puede. Parecía bastante simplona. Cada vez que la recuerdo dando vueltas con

el vestido me dan ganas de potar.

—Ojalá supiéramos cómo consiguió el once.

—Seguro que el chico amoroso lo sabe.

Se callan al oír que vuelve Peeta.

—¿Estaba muerta? —le pregunta el chico del Distrito 2.

—No, pero ahora sí —responde Peeta. En ese momento suena el cañonazo—. ¿Nos vamos?

La manada profesional sale corriendo justo cuando despunta el alba y los cantos de los pájaros llenan el aire. Me quedo en mi incómoda postura, con los músculos temblando durante un rato más, y después me coloco de nuevo sobre la rama. Necesito bajar, seguir adelante, pero, por un momento, me quedo tumbada donde estoy, digiriendo lo que he oído. La chica tontorróna a la que hay que tomarse en serio porque ha conseguido un once; porque sabe usar un arco. Eso Peeta lo sabe mejor que nadie.

Sin embargo, todavía no se lo ha dicho. ¿Está guardándose la información porque sabe que es lo que lo mantiene con vida? ¿Sigue fingiendo que me ama de cara a la audiencia? ¿Qué se le estará pasando por la cabeza?

De repente, los pájaros se callan y uno lanza una aguda llamada de advertencia. Una sola nota, como la que Gale y yo oímos cuando capturaron a la chica pelirroja. Un aerodeslizador se materializa sobre la hoguera moribunda y de él bajan unos enormes dientes metálicos. Poco a poco, con cuidado, meten a la chica muerta en el aparato. Después desaparece y los pájaros reanudan su canción.

—Muévete —susurro para mis adentros.

Salgo como puedo del saco de dormir, lo enrolló y lo meto en la mochila. Respiro profundamente. Mientras me ocultaban la noche, el saco y las ramas de sauce, las cámaras no habrán podido obtener una buena imagen de mí, pero sé que deben de estar siguiéndome. En cuanto toque el suelo, tengo garantizado un primer plano.

La audiencia habrá estado como loca, sabiendo que estaba en el árbol, que he oído la conversación de los profesionales y que he descubierto que Peeta está con ellos. Hasta que averigüe cómo quiero utilizar la información, será mejor que actúe como si estuviese por encima de todo. Nada de perplejidad y, obviamente, nada de confusión o miedo.

No, tiene que parecer que voy un paso por delante de ellos.

Así que salgo del follaje y llego a la zona iluminada por el alba, me detengo un segundo para que las cámaras puedan captarme, inclino la cabeza ligeramente a un lado y sonrío con suficiencia. ¡Ya está! ¡A ver si descubren lo que significa!

Estoy a punto de marcharme cuando pienso en las trampas. Quizá sea imprudente comprobarlas estando los otros tan cerca, pero tengo que hacerlo. Supongo que llevo demasiados años cazando, aparte de la atracción de la comida. La recompensa es un

buen conejo. En un segundo limpio y destripo el animal, dejando la cabeza, las patas, el rabo, el pellejo y las entrañas debajo de una pila de hojas. Me encantaría encender un fuego (comer conejo crudo puede darte tularemia, una lección que aprendí de la peor manera); entonces me acuerdo de la chica muerta. Corro de vuelta a su campamento y, efectivamente, las brasas de su hoguera todavía están calientes. Corto el conejo, fabrico un espetón con ramas y lo pongo sobre las brasas.

Ahora me alegro de tener cámaras a mi alrededor, porque quiero que los patrocinadores vean que puedo cazar, que soy una buena apuesta porque no caeré en las trampas del hambre con tanta facilidad como los demás. Mientras se asa el conejo, machaco parte de una rama quemada y me pongo a camuflar la mochila naranja. El negro la disimula un poco, aunque me parece que una capa de lodo ayudaría bastante. Por supuesto, para conseguir lodo necesito agua...

Me pongo mis cosas, cojo el espetón, echo tierra encima de las brasas y salgo en dirección opuesta a los tributos profesionales. Me como la mitad del conejo por el camino y envuelvo el resto en mi plástico para después. El estómago deja de hacerme ruido, pero la carne no ha servido para quitarme la sed. El agua es mi principal prioridad.

Mientras sigo adelante, estoy segura de que todavía salgo en las pantallas del Capitolio, así que sigo ocultando con cuidado mis emociones; sin embargo, Claudius Templesmith debe de estar pasándose en grande con sus comentaristas invitados, diseccionando el comportamiento de Peeta y mi reacción. ¿Qué querrá decir todo esto? ¿Ha revelado Peeta sus verdaderas intenciones? ¿Cómo afecta eso a las apuestas? ¿Perderemos patrocinadores? ¿Acaso tenemos alguno? Sí, yo creo que sí los tenemos o, al menos, los teníamos.

Está claro que Peeta ha lanzado una llave inglesa al engranaje de nuestra dinámica de amantes trágicos. ¿O no? Quizá, como no ha dicho mucho sobre mí, todavía podamos sacarle partido; quizá la gente piense que lo hemos planeado juntos, si da la impresión de que el asunto me divierte.

El sol sube en el cielo e, incluso a través de los árboles, parece demasiado brillante. Me unto los labios con la grasa del conejo e intento no jadear, aunque no sirve de nada, porque ya ha pasado un día y me deshidrato rápidamente. Intento pensar en todo lo que sé sobre la búsqueda de agua: fluye colina abajo, así que, de hecho, seguir por el valle no es mala idea. Si pudiera localizar el rastro de algún animal o alguna zona de vegetación especialmente verde, eso podría ayudarme, pero todo parece igual. Sólo están la pendiente, los pájaros y los mismos árboles.

Conforme avanza el día, sé que voy a tener problemas. La poca orina que expulso es marrón oscuro, me duele la cabeza y noto una sequedad en la lengua que se niega a humedecerse. El sol me hace daño en los ojos, así que me pongo las gafas de sol, aunque, al hacerlo, las noto raras y las vuelvo a guardar en la mochila.

De repente, avanzada la tarde, creo que he encontrado ayuda: veo un arbusto con bayas y corro a coger los frutos para chuparles el jugo. Sin embargo, justo cuando me los estoy llevando a la boca, les echo un buen vistazo: creía que eran arándanos negros, pero tienen una forma distinta y, por dentro, son rojos. No reconozco las bayas; aunque quizá sean comestibles, me parece que es un malvado truco de los Vigilantes. Incluso el instructor de plantas del Centro de Entrenamiento nos dijo que evitásemos las bayas a no ser que estuviésemos seguros al cien por cien de que no eran tóxicas. Era algo que yo ya sabía, pero tengo tanta sed que necesito recordármelo para reunir fuerzas y tirarlas.

La fatiga empieza a pesarme; no la fatiga normal después de una larga caminata, sino que tengo que detenerme y descansar frecuentemente. Sé que no encontraré cura para mi mal si no sigo buscando. Intento una táctica nueva, buscar rastros de agua, pero, por lo que veo en todas direcciones, sólo hay bosque y más bosque.

Decidida a seguir hasta la noche, camino hasta que me tropiezo yo sola.

Agotada, me subo a un árbol y me ato a él. Aunque no tengo hambre, me obligo a chupar un hueso de conejo para tener la boca entretenida. Cae la noche, tocan el himno y veo en el cielo la imagen de la chica, que, al parecer, venía del Distrito 8. La chica a la que Peeta remató.

El miedo que me inspira la manada de profesionales no es nada comparado con la sed. Además, se fueron en dirección opuesta y, en estos momentos, ellos también tendrán que descansar. Con la escasez de agua, puede que hayan vuelto al lago para repostar.

Quizás ésa sea también mi única alternativa.

La mañana sólo me trae preocupaciones. Me palpita la cabeza con cada latido del corazón. Los movimientos más simples hacen que me duelan las articulaciones como si me clavaran cuchillos. Más que bajar del árbol, me caigo de él. Tardo varios minutos en recoger las cosas y, muy dentro de mí, sé que está mal, que debería actuar con más precaución y moverme con más urgencia. Sin embargo, tengo la cabeza embotada y me cuesta seguir un plan. Me apoyo en el tronco del árbol y me acaricio con cuidado la superficie áspera de la lengua mientras evalúo mis opciones. ¿Cómo puedo conseguir agua?

Volver al lago: no, nunca lo conseguiría.

Esperar a que llueva: no hay ni una nube en el cielo.

Seguir buscando: sí, es mi única opción. Entonces tengo otra idea, y la rabia que siento a continuación me devuelve a la realidad.

¡Haymitch! ¡Él podría enviarme agua! Podría pulsar un botón y enviármela en un paracaídas plateado en pocos minutos. Sé que tengo patrocinadores, al menos uno o dos que podrían permitirse darme medio litro de agua. Sí, cuesta dinero, pero esta gente está forrada de billetes y, además, están apostando por mí. Quizá Haymitch no

se dé cuenta de cuánto la necesito.

—Agua —digo, todo lo alto que me atrevo a hablar, y espero, deseando que un paracaídas descienda del cielo. No aparece nada.

Algo va mal. ¿Me engaño al pensar que tengo patrocinadores? ¿O los he perdido por el comportamiento de Peeta? No, no lo creo. Ahí fuera hay alguien que quiere comprarme agua, pero Haymitch no se lo permite. Como mentor, él controla el flujo de regalos de los patrocinadores, y sé que me odia, me lo ha dejado claro. ¿Me odiará lo suficiente para dejarme morir? ¿Así? No puede hacerlo, ¿no? Si un mentor no trata bien a sus tributos, será responsable frente a los telespectadores, frente a la gente del Distrito 12. Ni siquiera Haymitch se arriesgaría a eso, ¿no? Que digan lo que quieran de mis socios comerciantes del Quemador, pero no creo que le permitiesen volver a entrar allí si me deja morir de este modo. ¿De dónde iba a sacar entonces su alcohol? Por tanto, ¿de qué va esto? ¿Intenta hacerme sufrir por haberlo desafiado? ¿Está dirigiendo los regalos a Peeta? ¿Está demasiado borracho para darse cuenta de lo que está pasando? Por algún motivo, no lo creo, y tampoco creo que esté intentando matarme. De hecho, a su manera, ha intentado de verdad prepararme para esto. Entonces, ¿qué?

Me tapo la cara con las manos. No corro el peligro de llorar, no podría producir ni una lágrima aunque me fuese la vida en ello. ¿Qué está haciendo Haymitch? A pesar de la rabia, el odio y la suspicacia, una vocecita dentro de mi cabeza me susurra una respuesta: «Quizá te esté enviando un mensaje». ¿Un mensaje para decirme qué? Entonces lo entiendo; Haymitch sólo tendría una buena razón para no darme agua: saber que estoy a punto de encontrarla.

Aprieto los dientes y me levanto. La mochila parece pesar el triple de lo normal. Cojo una rama rota que me sirva de bastón y me pongo en marcha. El sol cae a plomo, es aún más abrasador que en los dos primeros días, y me siento como un trozo de cuero secándose y agrietándose con el calor. Cada paso me supone un gran esfuerzo, pero me niego a parar, me niego a sentarme. Si me siento, es muy probable que no vuelva a levantarme, que ni siquiera recuerde cuál es mi objetivo.

¡Soy una presa muy fácil! Cualquier tributo, incluso la pequeña Rue, podría acabar conmigo ahora mismo; sólo tendría que empujarme y matarme con mi propio cuchillo, y a mí no me quedarían fuerzas para resistirme. Sin embargo, si hay alguien más en esta parte del bosque, no me hace caso. Lo cierto es que me siento a millones de kilómetros del resto de la humanidad.

En cualquier caso, no estoy sola, no, seguro que me sigue una cámara. Pienso en los años que pasé viendo cómo los tributos se morían de hambre, congelados, desangrados o deshidratados. A no ser que haya una buena pelea en alguna parte, debo de ser la protagonista.

Me acuerdo de Prim; es probable que no me esté viendo en directo, pero echarán

las últimas noticias en el colegio durante el descanso para comer, así que intento no parecer tan desesperada, por ella.

Sin embargo, cuando cae la tarde, sé que se acerca el final. Me tiemblan las piernas y el corazón me va demasiado deprisa. Se me olvida continuamente qué estoy haciendo. Me tropiezo una y otra vez, y, aunque consigo levantarme, cuando por fin se me cae el bastón, me derrumbo por última vez y no me levanto más. Dejo que se me cierren los ojos.

He juzgado mal a Haymitch: no tenía ninguna intención de ayudarme.

«No pasa nada —pienso—. Aquí no se está tan mal».

El aire es menos caluroso, lo que significa que se acerca la noche. Hay un suave aroma a dulce que me recuerda a los nenúfares. Acaricio la suave tierra y deslizo las manos fácilmente sobre ella.

«Es un buen lugar para morir».

Dibujó remolinos en la tierra fresca y resbaladiza. «Me encanta el barro», pienso. ¿Cuántas veces he podido seguirle la pista a una presa gracias a esta superficie suave y fácil de leer? También es bueno para las picaduras de abeja. Barro. Barro. ¡Barro! Abro los ojos de golpe y hundo los dedos en la tierra. ¡Es barro! Levanto la nariz y huelo: ¡son nenúfares! ¡Plantas acuáticas!

Empiezo a arrastrarme sobre el lodo, avanzando hacia el aroma. A unos cinco metros de donde había caído atraveso una maraña de plantas que dan a un estanque. En la superficie flotan unas flores amarillas, mis preciosos nenúfares.

Resisto la tentación de meter la cara en el agua y tragar toda la que pueda, porque me queda la suficiente sensatez para no hacerlo. Con manos temblorosas saco la botella, la lleno de agua y añado el número correcto de gotas de yodo para purificarla. La media hora de espera es una agonía, pero la aguanto. Al menos, creo que ha pasado media hora, aunque, sin duda, es lo máximo que puedo soportar.

«Ahora, poco a poco», me digo. Doy un trago y me obligo a esperar. Después otro. A lo largo de las dos horas siguientes me bebo los dos litros enteros. Después otra botella. Me preparo otra antes de retirarme a un árbol, donde sigo sorbiendo, comiendo conejo e incluso me permito gastar una de mis preciadas galletas saladas. Cuando suena el himno, me siento mucho mejor. Esta noche no sale ninguna cara en el cielo, hoy no han muerto tributos. Mañana me quedaré aquí, descansando, camuflaré mi mochila con lodo, pescaré algunos de los pececillos que he visto mientras bebía y desenterraré las raíces de los nenúfares para prepararme una buena comida. Me acurruco en el saco de dormir y me agarro a la botella de agua como si me fuera la vida en ello, ya que, de hecho, así es.

Unas cuantas horas después me despierta una estampida. Miro a mi alrededor, desconcertada. Todavía no ha amanecido, pero mis maltrechos ojos lo ven; sería difícil pasar por alto la pared de fuego que desciende sobre mí.



Mi primer impulso es bajar corriendo del árbol, pero estoy atada con el cinturón. Consigo soltar la hebilla de algún modo y caigo al suelo, todavía envuelta en mi saco de dormir. No hay tiempo para empaquetar nada. Por suerte, ya tengo la mochila y la botella dentro del saco, así que meto el cinturón, me cuelgo el saco al hombro y huyo.

El mundo se ha transformado en un infierno de llamas y humo. Las ramas ardiendo caen de los árboles convertidas en lluvias de chispas a mis pies. No puedo hacer más que seguir a los otros, a los conejos y ciervos, e incluso a una jauría de perros salvajes que corren por el bosque. Confío en su dirección porque sus instintos están más desarrollados que los míos. Sin embargo, ellos son mucho más rápidos, vuelan por el bosque con gran agilidad, mientras que mis botas no dejan de tropezar con raíces y ramas caídas, y no puedo seguir su ritmo de ninguna manera.

El calor es horrible, pero lo peor es el humo que amenaza con ahogarme en cualquier momento. Me subo la camisa para taparme la nariz y me alegro de que esté mojada de sudor, ya que eso me ofrece una pequeña protección. Y sigo corriendo, ahogándome, con el saco dándome botes en la espalda y la cara llena de cortes por las ramas que se materializan delante de mí sin avisar, surgidas de la niebla gris, porque se supone que tengo que correr.

Esto no ha sido una hoguera que se le haya descontrolado a un tributo, ni tampoco un suceso accidental; las llamas que me acechan tienen una altura antinatural, una uniformidad que las delata como artificiales, creadas por humanos, creadas por los Vigilantes. Hoy ha estado todo demasiado tranquilo; no ha habido muertes y quizá ni siquiera peleas, así que la audiencia del Capitolio empezaba a aletargarse y a comentar que estos juegos resultaban casi aburridos. Y los Juegos del Hambre no pueden ser aburridos.

Es fácil entender la motivación de los Vigilantes. Hay una manada de profesionales y después estamos los demás, seguramente repartidos a lo largo y ancho del estadio. Este incendio está diseñado para juntarnos, para que nos encontremos. Aunque puede que no sea el dispositivo más original que haya visto, es muy, muy eficaz.

Salto por encima de un tronco ardiendo, pero no salto lo suficiente; la parte de atrás de la chaqueta se quema, y tengo que detenerme para quitármela y apagar las llamas. Sin embargo, no me atrevo a abandonar la chaqueta, aunque esté achicharrada

y caliente; me arriesgo a meterla en el saco de dormir, esperando que la falta de aire termine de extinguir el fuego. Lo que llevo en la mochila es lo único que tengo, y ya es bastante poco para sobrevivir.

En cuestión de minutos noto la garganta y la nariz ardiendo. Las toses empiezan poco después, y me da la impresión de que se me fríen los pulmones. La incomodidad se convierte en angustia, hasta que cada vez que respiro noto una puñalada de dolor que me atraviesa el pecho. Consigo refugiarme debajo de un saliente rocoso justo cuando empiezan los vómitos, y pierdo mi escasa cena y todo lo demás que me quedase en el estómago. Me pongo a cuatro patas y sigo con las arcadas hasta que no hay nada más que echar.

Sé que tengo que seguir moviéndome, pero estoy temblando y mareada, jadeando por la falta de aire. Me permito tomar una gota de agua para enjuagarme la boca y escupir, y después le doy un par de tragos más a la botella.

«Tienes un minuto —me digo—. Un minuto para descansar».

Me tomo ese tiempo para reordenar mis provisiones, enrollar el saco y meter todo a lo bruto en la mochila. Se me acaba el minuto. Sé que ha llegado el momento de moverse, pero el humo me ha dejado atontada. Los veloces animales que me guiaban me han dejado atrás y sé que no he estado antes en esta parte del bosque, que no había visto rocas grandes como ésta en mis anteriores excursiones. ¿Adónde me llevan los Vigilantes? ¿De vuelta al lago? ¿A un nuevo terreno lleno de nuevos peligros? El ataque comenzó justo cuando por fin lograba tener unas cuantas horas de paz. ¿Habrà alguna forma de avanzar en paralelo al estanque y regresar después, al menos a por agua? La pared de fuego debe terminar en alguna parte y no puede arder para siempre. No porque los Vigilantes no puedan hacerlo, sino porque, de nuevo, la audiencia se quejaría. Si pudiera meterme detrás de la línea de fuego, evitaría encontrarme con los profesionales. Cuando por fin decido intentar dar la vuelta dando un rodeo, aunque eso conllevará varios kilómetros de viaje para alejarme de este infierno y otros cuantos para volver, la primera bola de fuego se estrella contra la roca, a medio metro de mi cabeza. Salgo corriendo del saliente. El miedo me da energía renovada.

El juego ha dado un giro inesperado: el incendio es una excusa para hacer que nos movamos, para que la audiencia vea diversión de verdad. Cuando oigo el siguiente siseo, me tiro al suelo boca abajo sin entretenerme en mirar atrás, y la bola de fuego da en un árbol a mi izquierda y lo envuelve en llamas. Quedarse quieta significa morir; apenas me he puesto en pie cuando la tercera bola golpea el lugar en el que estaba tumbada y levanta una columna de fuego a mis espaldas. El tiempo pierde significado mientras intento esquivar los ataques. No puedo ver desde dónde los lanzan, aunque no es un aerodeslizador, pues los ángulos no son lo bastante extremos. Seguramente han armado toda esta zona del bosque con lanzadores de precisión

escondidos en árboles o rocas. En algún lugar, en una habitación fresca e inmaculada, hay un Vigilante sentado delante de unos mandos, disparando los gatillos que podrían acabar con mi vida en cuestión de segundos; sólo hace falta un blanco directo.

Corro en zigzag, me agacho, me levanto de un salto y, entre unas cosas y otras, me quito de la cabeza el vago plan de regresar al estanque. Las bolas de fuego son del tamaño de manzanas, pero liberan una potencia enorme al hacer contacto. Tengo que utilizar todos mis sentidos al máximo para sobrevivir, no hay tiempo para juzgar si un movimiento es correcto o no: si oigo un siseo, o actúo o muero.

Sin embargo, algo me hace seguir adelante; después de toda una vida viendo los Juegos del Hambre en la tele, sé que hay algunas zonas del estadio que están preparadas para ciertos ataques y que, si consigo salir de esta zona, quizá pueda alejarme del alcance de los lanzacohetes. También es posible que acabe dentro de un nido de víboras, pero ahora no puedo preocuparme por eso.

Aunque no sé cuánto tiempo he pasado esquivando bolas de fuego, finalmente, los ataques empiezan a decaer, lo que me parece estupendo, porque vuelvo a sentir arcadas. Esta vez se trata de una sustancia ácida que me quema la garganta y se me mete en la nariz. Me veo obligada a parar, entre convulsiones, intentando desesperadamente librarme de los venenos que he absorbido durante el ataque. Espero al siguiente siseo, a la siguiente señal para salir corriendo, pero no llega. La violencia de las arcadas ha hecho que se me salten las lágrimas, y me pican los ojos. Tengo la ropa empapada en sudor y, de algún modo, a pesar del humo y el vómito, me llega el olor a pelo quemado. Me llevo la mano a la trenza y descubro que una bola de fuego me ha achicharrado al menos quince centímetros; los mechones de pelo ennegrecido se me deshacen entre los dedos y me quedo mirándolos, fascinada por la transformación, hasta que, de repente, vuelven los siseos.

Mis músculos reaccionan, aunque esta vez no son lo bastante rápidos y la bola de fuego cae al suelo junto a mí, no sin antes deslizarse por mi pantorrilla derecha. Ver la pernera del pantalón en llamas me hace perder los nervios: me retuerzo y retrocedo a gatas, chillando, intentando apartarme del horror. Cuando por fin recupero el sentido común, hago rodar la pierna por el suelo, lo que sirve para apagarlo casi todo. Sin embargo, en ese momento, sin pensar, me arranco la tela que queda con las manos desnudas.

Me siento en el suelo, a pocos metros del incendio que ha causado la bola. La pantorrilla me arde y tengo las manos llenas de ampollas rojas; tiemblo demasiado para moverme. Si los Vigilantes quieren acabar conmigo, éste es el momento.

Oigo la voz de Cinna, que me trae imágenes de telas lujosas y gemas resplandecientes: «Katniss, la chica en llamas». Los Vigilantes deben de estar muertos de risa con esto. Aún peor, puede que los bellos trajes de Cinna sean la razón de esta tortura concreta. Sé que él no podía preverlo y que debe de estar pasándolo

mal porque, de hecho, creo que le importo. A pesar de todo, en perspectiva, quizá me habría ido mejor si hubiese salido desnuda en el carro.

El ataque ha terminado. Está claro que los Vigilantes no me quieren muerta, al menos todavía. Todos saben que podrían destruirnos en cuanto suena el gong, pero el verdadero entretenimiento de los juegos es ver cómo los tributos se matan entre ellos. De vez en cuando matan a uno para que los demás jugadores sepan que pueden hacerlo, aunque, en general, lo que intentan es manipularnos para que tengamos que enfrentarnos cara a cara. Eso significa que, si ya no me disparan, hay al menos un tributo cerca.

Me arrastraría hasta un árbol para refugiarme si pudiera, pero el humo todavía es lo bastante espeso para matarme. Me obligo a levantarme y me alejo cojeando del muro de llamas que ilumina el cielo. Parece que ya no me persigue, salvo con sus apestosas nubes negras.

Otra luz, la luz del día, empieza a surgir poco a poco, y los rayos de sol caen sobre los remolinos de humo. Tengo mala visibilidad, puedo ver a una distancia de unos trece metros a mi alrededor; cualquier tributo podría esconderse de mí fácilmente. Debería sacar el cuchillo como protección, pero dudo de mi capacidad para sostenerlo durante mucho rato. El dolor de las manos no puede compararse con el de la pantorrilla. Odio las quemaduras, siempre las he odiado, incluso las pequeñas de sacar una sartén de pan del horno; para mí es la peor clase de dolor, aunque nunca había experimentado nada como esto.

Estoy tan cansada que ni siquiera noto que me encuentro en el estanque hasta que el agua me llega a los tobillos. El agua viene del arroyo que sale de una grieta en las rocas y está fresca, así que meto las manos dentro y siento un alivio instantáneo. ¿No es lo que siempre dice mi madre? ¿Qué el primer tratamiento para una quemadura es el agua fría? ¿Que así se absorbe el calor? Pero ella se refería a quemaduras leves, como las de mis manos. ¿Qué pasa con la pantorrilla? Aunque todavía no he reunido el valor suficiente para examinarla, creo que se trata de una herida completamente distinta.

Me tumbo boca abajo al borde del estanque durante un rato, con las manos en el agua, y examino las llamas de las uñas, que ya empiezan a descascarillarse. Bien, he tenido fuego de sobra para toda una vida.

Me limpio la sangre y la ceniza de la cara e intento recordar todo lo que sé sobre quemaduras. Son heridas comunes en la Veta, donde cocinamos y calentamos las casas con carbón; además, están los accidentes de las minas... Una vez, una familia nos trajo a un joven inconsciente y le suplicó a mi madre que lo ayudase. El médico del distrito, responsable de tratar a los mineros, lo había dado por perdido y le había dicho a la familia que se lo llevase a casa a morir, pero ellos no lo aceptaban. Estaba tumbado en la mesa de la cocina, inconsciente. Vi de reojo la herida de su muslo, la

carne abierta y achicharrada que dejaba el hueso al aire; después, salí corriendo de la casa, me metí en el bosque y cacé todo el día, perseguida por la imagen de aquella pierna espantosa y los recuerdos de la muerte de mi padre. Lo más divertido era que Prim, la que teme a su propia sombra, se quedó para ayudar. Mi madre dice que un sanador nace, no se hace. Lo ayudaron en lo que pudieron, aunque el hombre murió, tal y como había dicho el médico.

Mi pierna necesita atenciones, pero no me atrevo a mirarla. ¿Y si está tan mal como la de aquel hombre y puedo verme el hueso? Entonces recuerdo a mi madre decir que, si una herida es grave, la víctima a veces no siente el dolor, porque los nervios quedan destrozados. Animada por la idea, me siento y me pongo la pierna delante.

Casi me desmayo al ver la pantorrilla: la carne está de un rojo brillante, cubierta de ampollas. Me obligo a respirar lenta y profundamente, segura de que las cámaras están emitiendo un primer plano de mi cara; no puedo parecer débil si quiero patrocinadores. Lo que te consigue ayuda no es la lástima, sino la admiración cuando te niegas a rendirte. Corto los restos de la pernera del pantalón a la altura de la rodilla y examino la herida más de cerca. El área quemada es del tamaño aproximado de mi mano y la piel no está ennegrecida. Me da la impresión de que puedo mojarla, así que la estiro con cuidado y la meto en el estanque, apoyando el talón de la bota en una roca, de modo que el cuero no se empape demasiado; después suspiro, porque el agua me alivia un poco. Sé que existen hierbas que acelerarían la curación, si las encontrase, aunque no logro recordarlas. Es probable que el agua y el tiempo sean mis mejores alternativas.

¿Debería seguir moviéndome? El humo empieza a clarear, pero sigue siendo demasiado espeso. Si continúo alejándome del fuego, ¿no iré directa a las armas de los profesionales? Además, cada vez que levanto la pierna del agua, el dolor vuelve con energía renovada y tengo que meterla de nuevo. Las manos están un poco mejor, pueden salir del estanque de vez en cuando, así que vuelvo a ordenar mis cosas. Primero, lleno la botella de agua del estanque, la trato y, cuando pasa el tiempo necesario, empiezo a hidratarme. Al cabo de un rato, me obligo a mordisquear una galleta salada, lo que me ayuda a asentar el estómago. Desenrollo el saco de dormir y, excepto algunas marcas negras, está bastante bien. La chaqueta es otra historia: apesta y está achicharrada, y hay al menos treinta centímetros en la espalda que no tienen solución. Corto la zona dañada y me quedo con una prenda que me llega justo debajo de las costillas. Sin embargo, la capucha está intacta, y eso es mucho mejor que nada.

A pesar del dolor, empiezo a adormecerme. Si me subiera a un árbol para intentar descansar sería un objetivo demasiado fácil. Además, me resulta imposible abandonar el estanque. Ordeno mis provisiones, incluso llego a ponerme la mochila a la espalda,

pero no consigo alejarme. Veo algunas plantas acuáticas con raíces comestibles y me preparo una comida ligera con lo que me queda de conejo. Bebo un poco de agua y observo cómo el sol traza su lento arco por el cielo. ¿Acaso puedo ir a algún sitio más seguro que éste? Me dejo caer sobre la mochila, vencida por el sueño. «Si los profesionales me quieren, que me encuentren —pienso antes de quedarme dormida—. Que me encuentren».

Y vaya que si me encuentran. Por suerte, cuando oigo los pasos ya estoy lista para moverme, porque tengo menos de un minuto de ventaja. Ha empezado a caer la noche. En cuanto me despierto, me levanto y corro por el estanque, para después meterme entre los arbustos. La pierna me frena, pero me da la impresión de que mis perseguidores tampoco son tan veloces como antes del fuego. Los oigo toser y llamarse entre ellos con voces roncas.

En cualquier caso, están acercándose como una jauría de perros salvajes, así que hago lo que he hecho siempre en tales circunstancias: escojo un árbol alto y empiezo a trepar. Si correr duele, trepar es atroz, porque no sólo requiere esfuerzo, sino contacto directo de las manos en la corteza. Sin embargo, soy rápida, y cuando llegan a la base del tronco yo ya estoy a seis metros de altura. Durante un momento nos detenemos todos y nos observamos; espero que no oigan cómo me late el corazón.

«Éste podría ser el final», pienso. ¿Qué posibilidades tengo frente a ellos? Han venido los seis, es decir, los cinco tributos profesionales y Peeta, y mi único consuelo es que ellos también están bastante machacados. Sonríen y gruñen, seguros de que soy una presa fácil; aunque mi situación parece desesperada, de repente me doy cuenta de otra cosa: ellos son más fuertes y grandes que yo, sin duda, pero también pesan más. Hay una razón por la que soy yo y no Gale la que sube a coger las frutas más altas o a robar los nidos más remotos: peso unos veinte o treinta kilos menos que el tributo más pequeño.

Ahora soy yo la que sonrío.

—¿Cómo va eso? —les grito, en tono alegre.

Eso los sorprende, aunque sé que al público le habrá encantado.

—Bastante bien —responde el chico del Distrito 2—. ¿Y a ti?

—Un clima demasiado cálido para mi gusto —respondo; casi puedo oír las risas en el Capitolio—. Aquí arriba se respira mejor. ¿Por qué no subís?

—Creo que lo haré —contesta el mismo chico.

—Toma esto, Cato —le dice la chica del Distrito 1, ofreciéndole el arco plateado y el carcaj con las flechas.

¡Mi arco! ¡Mis flechas!

Verlos me pone tan furiosa que deseo gritar, gritarme a mí y al traidor de Peeta por distraerme y evitar que los cogiese. Intento mirarlo a los ojos, pero él parece evitarlo a propósito y se dedica a sacarle brillo a su cuchillo con el borde de la

camisa.

—No —dice Cato, apartando el arco—. Me irá mejor con la espada.

Veo el arma, una hoja corta y pesada que lleva colgada al cinturón.

Le doy tiempo para que se suba al tronco antes de seguir trepando. Gale siempre dice que le recuerdo a una ardilla por la forma en que corro sobre las ramas, incluso sobre las más finas. Parte de la razón es mi peso, y la otra parte se debe a la práctica; hay que saber dónde colocar manos y pies. Cuando llevo otros nueve metros oigo una rama que se rompe y veo que Cato agita los brazos al caer, con rama incluida. Se da un buen golpe en el suelo y, mientras cruzo los dedos para que se haya roto el cuello, se pone en pie soltando palabrotas como un loco.

La chica de las flechas, a la que llaman Glimmer (aj, hay que ver los nombres que les ponen a los niños en el Distrito 1; «luz trémula», nada menos), trepa por el árbol hasta que las ramas empiezan a crujirle bajo los pies y es lo bastante sensata para pararse. Ya estoy a veinticuatro metros, como mínimo. Intenta dispararme flechas, pero resulta evidente que no sabe utilizar el arco. Sin embargo, una de las flechas se clava en el árbol, a mi lado, y logro cogerla. La agito en el aire, para burlarme de ella, como si ése fuera mi único propósito al cogerla, cuando en realidad pretendo usarla si alguna vez se me presenta la oportunidad. Podría matarlos, matarlos a todos, si esas armas de plata cayesen en mis manos.

Los profesionales se reagrupan y los oigo gruñir conspiraciones entre ellos, furiosos porque los he hecho parecer idiotas, pero ya ha llegado el crepúsculo y su ventana de oportunidad para atacarme se cierra. Por fin oigo a Peeta decir, en tono duro:

—Venga, vamos a dejarla ahí arriba. Tampoco puede ir a ninguna parte; nos encargaremos de ella mañana.

Bueno, tiene razón en una cosa: no puedo ir a ninguna parte. El alivio que me proporcionó el agua del estanque ha desaparecido y siento toda la gravedad de mis quemaduras. Bajo un poco hasta una rama en horquilla y me preparo la cama como puedo. Me pongo la chaqueta, extendiendo el saco, me ato con el cinturón e intento no gemir. El calor del saco es demasiado para mi pierna, así que hago un corte en la tela y saco la pantorrilla al aire. Me echo agua en la herida y en las manos.

Se me ha acabado la bravuconería; el dolor y el hambre me han debilitado, pero no consigo comer. Aunque aguante toda la noche, ¿qué pasará por la mañana? Me quedo mirando las hojas intentando obligarme a descansar, aunque sin éxito; las quemaduras no me lo permiten. Los pájaros se acuestan y cantan nanas a sus polluelos; salen las criaturas de la noche; oigo ulular a un búho y el débil olor de una mofeta atraviesa el humo; los ojos de algún animal me observan desde el árbol vecino (quizá sea una zarigüeya), reflejando la luz de las antorchas de los profesionales. De repente, me enderezo, apoyada en un codo: no son ojos de zarigüeya, sé muy bien

cómo brillan. De hecho, no son los ojos de ningún animal. La distingo gracias a los últimos rayos de luz apagada, me observa en silencio desde un hueco entre las ramas. Es Rue.

¿Cuánto tiempo lleva ahí? Probablemente desde el principio, inmóvil e invisible mientras se desarrollaba la acción a sus pies. Quizá subiera a su árbol justo antes que yo, al oír que se acercaba la manada.

Nos miramos durante un rato y después, sin mover ni una hoja, las manitas de la chica salen al descubierto y apuntan a algo por encima de mi cabeza.



Sigo la dirección de sus dedos; al principio, no tengo ni idea de qué me señala, pero entonces veo una vaga forma unos cinco metros más arriba. ¿Qué es? ¿Alguna clase de animal? Parece del tamaño de un mapache, aunque cuelga del fondo de una rama y se balancea ligeramente. Hay algo más; entre los familiares sonidos nocturnos, noto un suave zumbido. Entonces lo entiendo: es un nido de avispas.

Estoy muerta de miedo, pero tengo el sentido común suficiente para quedarme quieta. Al fin y al cabo, no sé de qué tipo de avispas se trata; podrían ser las normales, las de «déjanos tranquilas y te dejaremos tranquila». Sin embargo, estoy en los Juegos del Hambre y lo normal no es encontrarse con algo normal. Lo más probable es que se trate de una de esas mutaciones del Capitolio, las rastrevíspulas. Como los charlajos, estas avispas asesinas se crearon en laboratorio y se colocaron estratégicamente en los distritos, como minas, durante la guerra. Son más grandes que las avispas normales, tienen un inconfundible cuerpo dorado y un aguijón que provoca un bulto del tamaño de una ciruela con solo tocarlo. Casi nadie tolera más de unas cuantas picaduras y algunos mueren al instante. Si vives, las alucinaciones producidas por el veneno han llevado a algunos a la locura; además, estas avispas persiguen a cualquiera que las haya molestado e intentan asesinarlo. De ahí viene el *rastreadoras* que forma parte de su nombre.

Después de la guerra, el Capitolio destruyó todos los nidos que rodeaban la ciudad, pero los que estaban cerca de los distritos se quedaron, supongo que como un recordatorio más de nuestra debilidad, igual que los Juegos del Hambre. Son otra razón para quedarse dentro de los límites de la alambrada del Distrito 12. Cuando Gale y yo nos topamos con un nido de rastrevíspulas, cambiamos de dirección inmediatamente.

Entonces, ¿es eso lo que tengo encima? Miro a Rue, en busca de ayuda, pero se ha fundido con el árbol.

Teniendo en cuenta mis circunstancias, supongo que da igual qué clase de avispas sean, ya que estoy herida y atrapada. La oscuridad me ha dado un ligero respiro, pero, cuando salga el sol, los profesionales ya tendrán un plan para matarme. No pueden hacer otra cosa después de que los dejara en ridículo. Puede que este nido sea mi única opción; si puedo dejarlo caer sobre ellos, quizá logre escapar, aunque me jugaría la vida en el proceso.

Por supuesto, no puedo acercarme al nido lo suficiente como para cortarlo; tendré que serrar la rama del tronco y dejar que caiga todo. La sierra de mi cuchillo debería bastarme, aunque ¿me dejarán mis manos? ¿Y despertaré al enjambre con la vibración? ¿Y si los profesionales descubren lo que estoy haciendo y trasladan su campamento? Eso lo fastidiaría todo.

Me doy cuenta de que mi mejor opción para cortar la rama sin que nadie se entere es durante el himno, que podría empezar en cualquier momento. Salgo a rastras del saco, me aseguro de tener el cuchillo en el cinturón y empiezo a subir por el árbol. Esto es ya de por sí peligroso, porque las ramas son finas hasta para mí, pero sigo adelante. Cuando llego a la rama que soporta el nido, el zumbido se hace más claro, aunque sigue siendo algo suave para tratarse de rastrevíspulas. «Es el humo —pienso—, las ha sedado.» Era la única defensa que encontraron los rebeldes para luchar contra ellas.

El sello del Capitolio brilla sobre mí y empieza a atronar el himno. «Ahora o nunca», pienso, y comienzo a serrar. Conforme arrastro el cuchillo adelante y atrás se me revientan las ampollas de la mano derecha. Una vez hecha la ranura, el trabajo es menos pesado, aunque sigue siendo casi más de lo que puedo soportar. Aprieto los dientes y sigo cortando, mirando al cielo de vez en cuando para comprobar que no ha habido muertes. No pasa nada, la audiencia estará satisfecha con mi herida, el árbol y la manada que tengo debajo. Sin embargo, el himno se acaba y todavía me queda un cuarto de rama cuando se acaba la música, se oscurece el cielo y me veo obligada a parar.

¿Y ahora qué? Podría terminar el trabajo a ciegas, pero quizá no sea lo más inteligente. Si las avispas están demasiado atontadas, si el nido se queda enganchado en la caída, si intento escapar, todo esto podría ser una mortífera pérdida de tiempo. Creo que lo mejor es volver aquí arriba al alba y lanzarles el nido a mis enemigos.

A la escasa luz de las antorchas de los profesionales, voy bajando hasta mi rama y me encuentro con la mejor sorpresa posible: sobre mi saco de dormir hay un botecito de plástico unido a un paracaídas plateado. ¡Mi primer regalo de un patrocinador! Haymitch debe de haberlo enviado durante el himno. El botecito me cabe en la palma de la mano. ¿Qué puede ser? Comida no, seguro. Abro la tapa y sé, por el olor, que es medicina. Toco con precaución la superficie del ungüento y desaparece el dolor de la punta del dedo.

—Oh, Haymitch —susurro—. Gracias.

No me ha abandonado, no me ha dejado para que me las apañe sola. La medicina debe de haberle supuesto un gasto astronómico, seguro que han hecho falta unos cuantos patrocinadores para comprar este botecito diminuto. Para mí, no tiene precio.

Meto dos dedos en el tarro y me embadurno con cuidado la pantorrilla. El efecto es casi mágico, borra el dolor con sólo tocarla y deja una agradable sensación de

frescor. No se trata de uno de los remedios de hierbas de mi madre, de esos que consigue machacando las plantas del bosque, sino una medicina de alta tecnología creada en los laboratorios del Capitolio. Cuando termino con la pantorrilla, me echo un poquito en las manos. Después envuelvo el bote en el paracaídas y me lo guardo en la mochila. Como ya no me duele tanto, consigo colocarme en posición y quedarme dormida.

Un pájaro que se ha colocado a pocos metros de mí me avisa de que está amaneciendo. Bajo la luz gris de la mañana, me examino las manos: la medicina ha transformado los parches rojo intenso en una suave piel rosa de bebé. La pierna sigue inflamada, porque esa quemadura era mucho más profunda. Le pongo otra capa de pomada y guardo mis cosas en silencio. Pase lo que pase, tengo que moverme deprisa. También me como una galleta y un trozo de cecina, y bebo unas cuantas tazas de agua. Ayer lo vomité casi todo y ya empiezo a notar los efectos del hambre.

Los profesionales y Peeta siguen dormidos en el suelo. Por su posición, apoyada en el tronco del árbol, creo que Glimmer era la encargada de montar guardia, pero el cansancio ha podido con ella.

Aunque entrecierro los ojos para intentar examinar el árbol que tengo al lado, no veo a Rue. Como fue ella la que me dio el aviso, lo justo parece avisarla; además, si muero hoy, quiero que gane ella. Por mucho que signifique algo de comida extra para mi familia, la idea de que Peeta sea declarado vencedor me resulta insoportable.

Susurro el nombre de Rue y los ojos aparecen de inmediato, abiertos y alerta. Me señala de nuevo el nido, yo levanto el cuchillo y hago el movimiento de serrar, y ella asiente y desaparece. Se oye un susurro en un árbol cercano y después en otro más allá; me doy cuenta de que está saltando de un árbol a otro. Apenas logro contener la risa. ¿Es esto lo que les enseñó a los Vigilantes? Me la imagino volando sobre el equipo de entrenamiento sin llegar a tocar el suelo; se merecía por lo menos un diez.

Por el este empiezan a llegar unos rayos de sol rosados, no puedo permitirme esperar más. Comparado con el dolor atroz de la subida al árbol de anoche, esto está chupado; cuando llego a la rama que sostiene el nido, coloco el cuchillo en la ranura. Estoy a punto de serrarla cuando veo que se mueve algo dentro del nido: es el reluciente brillo dorado de una rastrevíspula que sale con aire perezoso a la apergaminada superficie gris. No cabe duda de que está algo atontada, pero la avispa está despierta, lo que significa que las demás saldrán pronto. Me sudan las palmas de las manos a través de la pomada y hago lo que puedo por secármelas en la camisa. Si no termino de cortar la rama en cuestión de segundos, todo el enjambre podría echármese encima.

No tiene sentido retrasarlo, así que respiro hondo, cojo el cuchillo por el mango y corto con todas mis fuerzas. «¡Adelante, atrás, adelante, atrás!». Las rastrevíspulas empiezan a zumbear y las oigo salir. «¡Adelante, atrás, adelante, atrás!». Noto una

puñalada de dolor en la rodilla, y sé que una de ellas me ha encontrado y que las otras se le unirán. «Adelante, atrás, adelante, atrás». Y, justo cuando el cuchillo llega al final, empujo el extremo de la rama lo más lejos de mí que puedo. Se estrella contra las ramas inferiores, enganchándose un instante en algunas de ellas, pero cayendo después hasta dar en el suelo con un buen golpe. El nido se abre como un huevo y un furioso enjambre de rastrevíspulas alza el vuelo.

Siento una segunda picadura en la mejilla, una tercera en el cuello, y su veneno me deja mareada casi al instante. Me agarro al árbol con un brazo mientras me arranco los agujijones dentados con la otra. Por suerte, sólo esas tres avisvas me identifican antes de la caída del nido, así que el resto de los insectos se dirigen a los enemigos del suelo.

Es el caos. Los profesionales se han despertado con un ataque a gran escala de rastrevíspulas. Peeta y unos cuantos más tienen la sensatez suficiente para soltarlo todo y salir pitando. Oigo gritos de «¡Al lago, al lago!», e imagino que esperan perder a las avisvas metiéndose en el agua. Debe de estar cerca si creen que pueden llegar allí antes que los furiosos insectos. Glimmer y otra chica, la del Distrito 4, no tienen tanta suerte; reciben muchas picaduras antes de perderse de vista. Parece que Glimmer se ha vuelto completamente loca, chilla e intenta apartar las avisvas dándoles con el arco, lo que no sirve de nada. La chica del Distrito 4 se aleja tambaleándose, aunque diría que no tiene muchas posibilidades de llegar al lago. Veo caer a Glimmer, que se retuerce en el suelo como una histérica durante unos minutos y después se queda inmóvil.

El nido ya no es más que una carcasa vacía. Los insectos han salido en persecución de los otros y no creo que vuelvan, aunque no quiero arriesgarme. Bajo a toda prisa del árbol y salgo corriendo en dirección opuesta al lago. El veneno de los agujijones me marean, pero logro regresar a mi pequeño estanque y sumergirme en el agua, sólo por si las avisvas todavía me siguen la pista. Al cabo de cinco minutos me arrastro hasta las rocas. La gente no exageraba sobre el efecto de estas picaduras; de hecho, el bulto de mi rodilla tiene el tamaño de una naranja, más que de una ciruela, y los agujeros dejados por los agujijones rezuman un líquido verde apestoso.

Hinchazón, dolor, líquido verde; Glimmer retorciéndose en el suelo hasta morir; son muchas cosas por asimilar y ni siquiera ha amanecido del todo. No quiero ni pensar en el aspecto que tendrá la chica ahora: el cuerpo desfigurado, los dedos hinchados endureciéndose sobre el arco...

¡El arco! En algún lugar de mi mente embotada dos ideas logran conectarse y hacen que me ponga en pie para volver con paso tambaleante a través de los árboles. El arco, las flechas, tengo que cogerlos. Todavía no he oído los cañones, así que quizá Glimmer esté en una especie de coma, con el corazón luchando contra el veneno de las avisvas. Sin embargo, en cuanto se pare y el cañonazo certifique su muerte, un

aerodeslizador bajará para llevarse su cadáver, y con él el único arco y las únicas flechas que he visto hasta ahora en los juegos. ¡Me niego a dejarlos escapar de nuevo!

Llego hasta Glimmer justo cuando suena el cañonazo. No hay rástrevíspulas a la vista y esta chica, la que una vez estuvo tan bella con su vestido dorado en la noche de las entrevistas, ha quedado irreconocible. Han borrado sus facciones, tiene las extremidades el triple de grandes de lo normal y los bultos de los agujones han empezado a estallar, supurando líquido verde pútrido sobre ella. Tengo que romperle varios dedos (lo que antes eran sus dedos) con una piedra para soltar el arco. El carcaj de flechas está atrapado debajo de ella, así que intento darle la vuelta al cuerpo tirando de un brazo, pero la carne se desintegra al tocarla y me caigo de culo.

¿Es esto real? ¿O han empezado las alucinaciones? Aprieto los ojos con fuerza, intento respirar por la boca y me ordeno no vomitar. El desayuno debe quedarse dentro, quizá no sea capaz de cazar hasta dentro de varios días. Suena un segundo cañonazo, supongo que la chica del Distrito 4 acaba de morir. Me doy cuenta de que los pájaros se callan y después dejan escapar una sola nota, lo que significa que el aerodeslizador está a punto de aparecer. Desconcertada, creo que viene a por Glimmer, aunque no tiene sentido del todo, porque yo sigo aquí, todavía luchando por las flechas. Me pongo de rodillas y los árboles empiezan a girar sobre mí. Veo el aerodeslizador en el cielo, así que me lanzo sobre el cadáver de Glimmer como si deseara protegerlo, pero veo que se llevan por los aires a la chica del Distrito 4.

—¡Hazlo ya! —me grito.

Aprieto la mandíbula, meto las manos debajo de Glimmer, agarro lo que deberían ser sus costillas y consigo ponerla boca abajo. Estoy hiperventilando, no puedo evitarlo, es todo una pesadilla y estoy perdiendo el sentido de la realidad. Tiro del carcaj plateado, pero está enganchado en algo, enganchado en su omóplato, en algo; por fin se suelta. Justo cuando tengo el carcaj en mis manos oigo pasos, varios pies que se acercan a través de la maleza, y me doy cuenta de que han vuelto los profesionales. Vuelven para matarme, para recuperar sus armas o para ambas cosas.

Sin embargo, es demasiado tarde para correr. Cojo una de las finas flechas del carcaj e intento colocarla en la cuerda del arco, pero, en vez de una cuerda, veo tres, y el hedor de las picaduras es tan asqueroso que no consigo hacerlo. No puedo hacerlo.

Me siento impotente cuando llega el primer cazador, con la lanza en alto, listo para atacar. La sorpresa de Peeta no me dice nada; me quedo esperando el golpe, pero él baja el brazo.

—¿Por qué sigues aquí? —me sisea. Lo miro sin entender nada mientras observo la gota de agua que cae de la picadura que tiene bajo la oreja. Todo su cuerpo empieza a brillar, como si se hubiese empapado de rocío—. ¿Te has vuelto loca? —Me empuja con la empuñadura de la lanza—. ¡Levanta, levanta! —Me levanto, y él sigue empujándome. ¿Qué? ¿Qué está pasando? Me pega un buen empujón para

alejarme—. ¡Corre! —grita—. ¡Corre!

Detrás de él, Cato se abre camino a través de los arbustos. Él también está húmedo y tiene una picadura muy fea bajo un ojo. Veo un rayo de sol reflejándose en su espada y hago lo que me dice Peeta; agarro con fuerza arco y flechas, y salgo disparada entre tropezones hacia los árboles que han surgido de la nada. Dejo atrás mi estanque y me adentro en bosques desconocidos. El mundo empieza a doblarse de forma alarmante. Una mariposa se hincha hasta alcanzar el tamaño de una casa y después estalla en un millón de estrellas; los árboles se transforman en sangre y me salpican las botas; me salen hormigas de las ampollas de las manos y no puedo quitármelas de encima; me suben por los brazos y por el cuello. Alguien grita, un grito agudo que no se interrumpe para respirar; tengo la vaga sensación de que soy yo. Tropezco y me caigo en un pequeño pozo recubierto de burbujitas naranja que zumban como el nido de rastrevíspulas. Me hago un ovillo, con las rodillas bajo la barbilla, y espero la muerte.

Enferma y desorientada, sólo se me ocurre una cosa: «Peeta Mellark me acaba de salvar la vida».

Entonces las hormigas se me meten en los ojos y me desmayo.



Me meto en una pesadilla de la que despierto sólo para encontrarme con algo aún peor. Las cosas que más miedo me dan, las cosas que más temo que le sucedan a los demás, se manifiestan con unos detalles tan vívidos que me parecen reales. Cada vez que me despierto pienso que por fin se ha acabado todo, pero no, tan sólo es el comienzo de un nuevo capítulo de torturas. ¿De cuántas formas he visto morir a Prim? ¿Cuántas veces he revivido los últimos momentos de mi padre? ¿Cuántas veces he sentido que me desgarraban el cuerpo? Así funciona el veneno de las avispas, especialmente creado para atacar el punto del cerebro encargado del miedo.

Cuando por fin vuelvo en mí, me quedo tumbada, esperando a la siguiente ola de imágenes. Sin embargo, al cabo de un rato acepto que mi cuerpo ha expulsado el veneno, dejándome destrozada y débil. Sigo tumbada de lado, en posición fetal. Me llevo una mano a los ojos y compruebo que están enteros, sin rastro de las hormigas que nunca existieron. El mero hecho de estirar las extremidades me supone un esfuerzo enorme; me duelen tantas cosas que no merece la pena hacer inventario. Consigo sentarme muy, muy despacio. Estoy en un agujero poco profundo que no está lleno de las ruidosas burbujas naranja de mis alucinaciones, sino de viejas hojas muertas. Tengo la ropa húmeda, pero no sé si es de agua, rocío, lluvia o sudor. Me paso un buen rato sin poder hacer nada más que darle traguitos a la botella y observar un escarabajo que se arrastra por el lateral de un arbusto de madreselva.

¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? Era por la mañana cuando perdí la razón y ahora es por la tarde, aunque tengo las articulaciones tan rígidas que me parece que ha pasado más de un día, quizá dos. Si es así, no tengo forma de saber qué tributos han sobrevivido al ataque de las rastrevíspulas. Está claro que Glimmer y la chica del Distrito 4 no siguen vivas, pero estaban el chico del Distrito 1, los dos del Distrito 2 y Peeta. ¿Han muerto por las picaduras? Si están vivos, deben de haberlo pasado tan mal estos días como yo. ¿Y qué pasa con Rue? Es tan pequeña que no haría falta mucho veneno para acabar con ella. Sin embargo..., las avispas tendrían que cogerla primero, y la niña les llevaba cierta ventaja.

Noto un sabor asqueroso a podrido en la boca, y el agua poco puede hacer por eliminarlo. Me arrastro hasta el arbusto de madreselva y arranco una flor; le quito con cuidado el estambre y me dejo caer la gota de néctar en la lengua. El dulzor se extiende por la boca, me pasa por la garganta y me calienta las venas con recuerdos

del verano, los bosques de mi hogar y la presencia de Gale a mi lado. Por algún motivo, recuerdo la discusión que tuvimos la última mañana.

«—¿Sabes qué? Podríamos hacerlo.

»—¿El qué?

»—Dejar el distrito, huir, vivir en el bosque. Tú y yo podríamos hacerlo».

Y, de repente, dejo de pensar en Gale y me acuerdo de Peeta... ¡Peeta! ¡Me ha salvado la vida!, o eso creo. Porque, cuando nos encontramos, ya no distinguía bien qué era real y qué me había hecho imaginar el veneno de las avispas. Sin embargo, si lo hizo, y mi instinto me dice que sí, ¿por qué?, ¿se limita a explotar la idea del chico enamorado que puso en marcha en la entrevista?, ¿o de verdad intentaba protegerme?. Y, si lo hacía, ¿por qué se había unido a los profesionales?. No tenía ningún sentido.

Durante un instante me pregunto cómo verá Gale el incidente, pero después me lo quito de la cabeza, porque, por algún motivo, Gale y Peeta no coexisten bien en mis pensamientos.

Así que me centro en la única cosa buena que me ha pasado desde que llegué al estadio: ¡tengo arco y flechas! Una docena completa de flechas, si contamos la que saqué del árbol. No tienen ni rastro de la nociva baba verde que salió del cadáver de Glimmer (lo que me lleva a pensar que quizá no fuera del todo real), aunque sí bastante sangre seca. Las puedo limpiar después, pero decido entretenerme un minuto disparando a un árbol. Se parecen más a las armas del Centro de Entrenamiento que a las que tengo en casa; en cualquier caso, ¿qué más da? Puedo soportarlo.

Las armas me dan una perspectiva completamente nueva de los juegos. Aunque sé que tengo que enfrentarme a unos oponentes duros, ya no soy la presa que corre y se esconde o que adopta medidas desesperadas. Si Cato surgiera ahora de entre los árboles, no huiría, dispararía. Me doy cuenta de que espero con impaciencia ese momento.

Sin embargo, primero debo ponerme fuerte, porque vuelvo a estar muy deshidratada y mi reserva de agua está en niveles peligrosos. He perdido los kilos de más que conseguí engordar atiborrándome en el Capitolio, además de otros cuantos kilos propios. No recuerdo haber tenido tan marcados los huesos de las caderas y las costillas desde aquellos horribles meses que siguieron a la muerte de mi padre. Además, están las heridas: quemaduras, cortes y moratones por caerme entre los árboles, y tres picaduras de avispa, que están tan irritadas e hinchadas como al principio. Me echo la pomada en las quemaduras e intento hacer lo mismo en los bultos, pero no surte efecto. Mi madre conocía un tratamiento para esto, un tipo de hoja que podía extraer el veneno; como apenas solía usarlo, no recuerdo ni su nombre, ni su apariencia.

«Primero, el agua —pienso—. Ahora puedes cazar mientras avanzas».

Me resulta fácil seguir la dirección por la que vine, gracias a la senda de destrucción que abrió mi cuerpo enloquecido a través del follaje. De modo que me alejo en dirección contraria, esperando que mis enemigos sigan encerrados en el mundo surrealista del veneno de las rastrevíspulas.

No puedo andar demasiado deprisa, pues mis articulaciones se niegan a hacer movimientos abruptos, pero mantengo el paso lento del cazador, el que uso cuando rastreo animales. En pocos minutos diviso un conejo y mato mi primera presa con el arco. Aunque no es uno de mis tiros limpios de siempre, lo acepto. Al cabo de una hora encuentro un arroyo poco profundo y ancho, más que suficiente para lo que necesito. El sol cae con fuerza, así que, mientras espero a que se purifique el agua, me quedo en ropa interior y me meto en la corriente. Estoy mugrienta de pies a cabeza. Intento echarme agua encima, pero al final acabo tumbándome en el agua unos minutos, dejando que lave el hollín, la sangre y la piel que ha empezado a desprenderse de las heridas. Después de enjuagar la ropa y colgarla en unos arbustos para que se seque, me siento en la orilla durante un rato y me desenredo el pelo con los dedos. Recupero el apetito, y me como una galleta y una tira de cecina. Después le limpio la sangre a mis armas plateadas con un poco de musgo.

Más fresca, me vuelvo a tratar las quemaduras, me trenzo el pelo y me pongo la ropa mojada; sé que el sol la secará rápidamente. Seguir el curso del arroyo contracorriente parece lo más apropiado. Ahora estoy avanzando cuesta arriba, cosa que prefiero, con una fuente de agua no sólo para mí, sino también para posibles presas. Derribo fácilmente un extraño pájaro que debe de ser una especie de pavo silvestre; en cualquier caso, me parece bastante comestible. A última hora de la tarde decido encender un pequeño fuego para cocinar la carne, suponiendo que el crepúsculo ayudará a ocultar el humo y que tendré la hoguera apagada cuando caiga la noche. Limpio las piezas, prestando especial atención al pájaro, pero no veo que tenga nada alarmante. Una vez arrancadas las plumas, no es más grande que un pollo, y está gordito y firme. Cuando pongo el primer montón sobre los carbones, oigo una rama que se rompe.

Me vuelvo hacia el sonido, y saco arco y flecha con un solo movimiento. No hay nadie; al menos, que yo vea. Entonces distingo la punta de una bota de niña asomando por detrás del tronco de un árbol; me relajo y sonrío. Esta cría puede moverse por los bosques como una sombra, hay que reconocerlo. Si no, ¿cómo podría haberme seguido? Las palabras surgen antes de poder detenerlas.

—¿Sabes que ellos no son los únicos que pueden aliarse? —digo.

No obtengo respuesta durante un momento, pero entonces uno de los ojos de Rue sale del cobijo del árbol.

—¿Quieres que seamos aliadas?

—¿Por qué no? Me has salvado de esas rastrevíspulas, eres lo bastante lista para

seguir viva y, de todos modos, no me libro de ti. —Ella parpadea, intentando decidirse—. ¿Tienes hambre? —Veo que traga saliva de forma visible y observa la carne—. Pues ven, hoy he matado dos presas.

—Puedo curarte las picaduras —dice la niña, dando un paso vacilante hacia mí.

—¿De verdad? ¿Cómo? —Ella mete la mano en su mochila y saca un puñado de hojas. Estoy casi segura de que son las que usa mi madre—. ¿Dónde las has encontrado?

—Por ahí. Todos las llevamos cuando trabajamos en los huertos; allí dejaron muchos nidos. Aquí también hay muchos.

—Es verdad, eres del Distrito 11. Agricultura. Huertos, ¿eh? Por eso eres capaz de volar por los árboles como si tuvieses alas. —Rue sonrío. He dado con una de las pocas cosas que admite con orgullo—. Bueno, venga, cúrame.

Me dejo caer junto al fuego y me remango la pernera para descubrir la picadura de la rodilla. Rue me sorprende metiéndose un puñado de hojas en la boca y masticándolas. Mi madre usaría otros métodos, pero tampoco me quedan muchas opciones. Al cabo de un minuto, Rue comprime un buen montón de hojas masticadas y me lo escupe en la rodilla.

—Ohhh —digo, sin poder evitarlo. Es como si las hojas filtrasen el dolor de la picadura y lo expulsasen.

—Menos mal que tuviste la sensatez de sacarte los agujones —comenta Rue, después de soltar unas risillas—. Si no, estarías mucho peor.

—¡El cuello! ¡La mejilla! —exclamo, casi suplicante.

Rue se mete otro puñado de hojas en la boca y, al cabo de un momento, me río a carcajadas, porque el alivio es maravilloso. Veo que la niña tiene una larga quemadura en el brazo.

—Tengo algo para eso. —Dejo a un lado las armas y le extiendo la pomada en el brazo.

—Tienes buenos patrocinadores —dice ella, anhelante.

—¿Te han enviado algo? —pregunto, y ella sacude la cabeza—. Pues lo harán, ya verás. Cuanto más cerca estemos del final, más gente se dará cuenta de lo lista que eres.

Le doy la vuelta a la carne.

—No estabas bromeando, ¿verdad? Sobre lo de aliarnos.

—No, lo decía en serio.

Casi oigo los gruñidos de Haymitch al ver que me junto con esta niña menuda, pero la quiero a mi lado porque es una superviviente, porque confío en ella y, por qué no admitirlo, porque me recuerda a Prim.

—Vale —responde, y me ofrece la mano. Le doy la mía—. Trato hecho.

Por supuesto, este tipo de trato sólo puede ser temporal, pero ninguna de las dos

lo menciona.

Rue aporta a la comida un buen puñado de una especie de raíces con aspecto de tener almidón. Al asarlas al fuego saben agridulces, como la chirivía. Además, la niña reconoce el pájaro, un ave silvestre a la que llaman «granso» en su distrito. Dice que a veces una bandada llega al huerto y ese día todos comen bien. La conversación se detiene un momento mientras nos llenamos la tripa. El granso tiene una carne deliciosa, tan jugosa que te caen gotitas de grasa por la cara cuando la muerdes.

—Oh —dice Rue, suspirando—. Nunca había tenido un muslo para mí sola.

Ya me lo imagino; seguro que apenas consigue comer carne.

—Coge otro.

—¿En serio?

—Coge todo lo que quieras. Ahora que tengo arco y flechas, puedo cazar más. Además, tengo trampas y puedo enseñarte a ponerlas. —Rue sigue mirando el muslo con incertidumbre—. Venga, cógelo —insisto, poniéndole la pata en las manos—. De todos modos, se pondrá malo en unos días, y tenemos todo el pájaro y el conejo. —Una vez le pone la mano encima al muslo, su apetito gana la batalla y le pega un buen mordisco—. Creía que en el Distrito 11 tendríais un poco más para comer que nosotros. Ya sabes, como cultiváis la comida...

—Oh, no, no se nos permite alimentarnos de los cultivos —responde Rue, con los ojos muy abiertos.

—¿Te detienen o algo?

—Te azotan delante de todo el mundo. El alcalde es muy estricto con eso.

Por su expresión deduzco que no es algo poco común. En el Distrito 12 no suele haber flagelaciones públicas, aunque suceden de vez en cuando. En teoría, a Gale y a mí podrían azotarnos todos los días por ser cazadores furtivos (bueno, en teoría podrían hacernos algo mucho peor), pero todos los funcionarios compran nuestra carne. Además, al alcalde, el padre de Madge, no parecen gustarle mucho ese tipo de acontecimientos. Tal vez ser el distrito más desprestigiado, pobre y ridiculizado del país tiene sus ventajas, como, por ejemplo, que el Capitolio no nos haga apenas caso, siempre que produzcamos nuestro cupo de carbón.

—¿Vosotros tenéis todo el carbón que queréis? —me pregunta Rue.

—No, sólo lo que compramos y lo que se nos enganche en las botas.

—A nosotros nos dan un poco más de comida en tiempo de cosecha, para que aguantemos más.

—¿No tienes que ir al colegio?

—Durante la cosecha, no, todos trabajamos —me explica.

Es interesante oír cosas sobre su vida. Tenemos muy poca comunicación con los que viven fuera de nuestro distrito. De hecho, me pregunto si los Vigilantes estarán bloqueando nuestra conversación, porque, aunque la información parece inofensiva,

no quieren que la gente de un distrito sepa lo que pasa en los otros.

Siguiendo la sugerencia de Rue, sacamos toda la comida que tenemos, para organizarnos. Ella ya ha visto casi toda la mía, pero añado el último par de galletas saladas y las tiras de cecina a la pila. Ella ha recogido una buena colección de raíces, nueces, vegetales y hasta algunas bayas.

Cojo una baya que no me resulta familiar.

—¿Estás segura de que es inofensiva?

—Oh, sí, en casa tenemos. Llevo varios días comiéndolas —responde, metiéndose un puñado en la boca.

Le doy un mordisco de prueba a una y sabe tan bien como nuestras moras. Cada vez estoy más segura de que aliarme con Rue ha sido buena idea. Dividimos la comida; así, si nos separamos, estaremos abastecidas durante unos días. Aparte de la comida, ella tiene una pequeña bota con agua, una honda casera y un par de calcetines de recambio. También lleva un trozo de roca afilada que utiliza como cuchillo.

—Sé que no es gran cosa —dice, como si se avergonzara—, pero tenía que salir de la Cornucopia a toda prisa.

—Hiciste bien —respondo.

Cuando saco todo mi equipo, ella ahoga un grito al ver las gafas de sol.

—¿Cómo las has conseguido?

—Estaban en la mochila. Hasta ahora no me han servido de nada, no bloquean el sol y hacen que resulte difícil ver con ellas —respondo, encogiéndome de hombros.

—No son para el sol, son para la oscuridad —exclama Rue—. A veces, cuando cosechamos de noche, nos dan unos cuantos pares a los que estamos en la parte más alta de los árboles, donde no llega la luz de las antorchas. Una vez, un chico, Martin, intentó quedarse las suyas; se las escondió en los pantalones. Lo mataron en el acto.

—¿Mataron a un chico por llevarse una cosa de éstas?

—Sí, y todos sabían que Martin no era peligroso. No estaba bien de la cabeza, es decir, seguía comportándose como un crío de tres años. Sólo quería las gafas para jugar.

Oír esto hace que el Distrito 12 me parezca una especie de refugio. Está claro que la gente muere de hambre sin parar, pero no me imagino a los agentes de la paz asesinando a un niño simplón. Hay una niñita, una de las nietas de Sae la Grasienta, que siempre está dando vueltas por el Quemador. No está del todo bien de la cabeza, pero la tratan como una mascota; la gente le da las sobras y cosas así.

—¿Y para qué sirven? —le pregunto a Rue, cogiendo las gafas.

—Te permiten ver a oscuras. Pruébalas esta noche, cuando se vaya el sol.

Le doy a Rue algunas cerillas y ella se asegura de que tenga hojas de sobra, por si se me hinchan otra vez las picaduras. Apagamos la hoguera y nos dirigimos arroyo

arriba hasta que está a punto de anochecer.

—¿Dónde duermes? —le pregunto—. ¿En los árboles? —Ella asiente—. ¿Abrigada con la chaqueta, nada más?

—Tengo esto para las manos —responde, enseñándome los calcetines de repuesto.

—Puedes compartir el saco de dormir conmigo, si quieres —le ofrezco; me acuerdo bien de lo frías que han sido las noches—. Las dos cabemos de sobra. —Se le ilumina la cara y sé que es más de lo que se atrevía a desear.

Elegimos una rama de la parte alta de un árbol y nos acomodamos para pasar la noche justo cuando empieza a sonar el himno. Hoy no ha muerto nadie.

—Rue, acabo de despertarme hoy. ¿Cuántas noches me he perdido?

El himno debería ahogar nuestras palabras, pero, aun así, susurro. Incluso tomo la precaución de taparme los labios con la mano, porque no quiero que la audiencia sepa lo que estoy pensando contarle sobre Peeta. Ella se da cuenta y hace lo mismo.

—Dos. Las chicas de los distritos 1 y 4 están muertas. Quedamos diez.

—Pasó una cosa muy rara. Al menos, eso creo, aunque puede que el veneno de las rastrevíspulas me hiciese imaginar cosas. ¿Sabes quién es el chico de mi distrito? ¿Peeta? Creo que me ha salvado la vida, pero estaba con los profesionales.

—Ya no está con ellos. Los he espiado en su campamento, junto al lago. Regresaron antes de derrumbarse por el veneno, pero él no iba con ellos. Quizá te salvara de verdad y tuviera que huir.

No respondo. Si, de hecho, Peeta me salvó, vuelvo a estar en deuda con él, y esta deuda no puedo pagársela.

—Si lo hizo, seguramente sería parte de su actuación. Ya sabes, para que la gente se crea que me quiere.

—Oh —dice Rue, pensativa—. A mí no me pareció una actuación.

—Claro que sí, lo preparó con nuestro mentor. —El himno acaba y el cielo se oscurece—. Vamos a probar esas gafas. —Las saco y me las pongo; Rue no bromeaba, lo veo todo, desde las hojas de los árboles hasta una mofeta que se pasea entre los arbustos a unos quince metros de nosotras. Podría matarla desde aquí si me lo propusiera, podría matar a cualquiera—. Me pregunto quién más tendrá unas de éstas.

—Los profesionales tienen dos, pero lo guardan todo en el lago. Y son muy fuertes.

—Nosotras también, aunque de una forma distinta.

—Tú eres fuerte. Eres capaz de disparar. ¿Qué puedo hacer yo?

—Puedes alimentarte. ¿Y ellos?

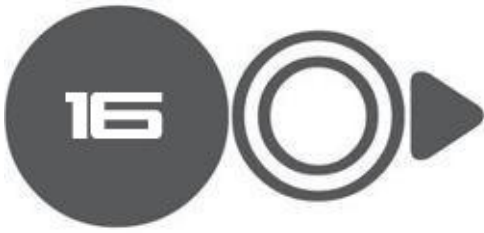
—No les hace falta, tienen un montón de suministros.

—Supón que no los tuvieran. Supón que los suministros desapareciesen. ¿Cuánto

durarían? Es decir, estamos en los Juegos del Hambre, ¿no?

—Pero, Katniss, ellos no tienen hambre.

—No, es verdad, ése es el problema —reconozco, y, por primera vez desde que llegamos, se me ocurre un plan, un plan que no está motivado por la necesidad de huir; un plan de ataque—. Creo que vamos a tener que solucionar eso, Rue.



Rue ha decidido confiar en mí sin reservas. Lo sé porque, en cuanto se termina el himno, se acurruca a mi lado y se queda dormida. Yo tampoco recelo, ya que no tomo ninguna precaución especial. Si quisiera verme muerta, le habría bastado con desaparecer de aquel árbol sin avisarme de la presencia del nido de rastrevíspulas. Sin embargo, muy en el fondo de mi conciencia, noto la presión de lo obvio: no podemos ganar estos juegos las dos. En cualquier caso, como lo más probable es que no sobrevivamos ninguna, consigo no hacer caso de ese pensamiento.

Además, me distrae mi última idea sobre los profesionales y sus provisiones. Rue y yo debemos encontrar la forma de destruir su comida. Estoy bastante segura de que a ellos les costaría una barbaridad alimentarse solos. La estrategia tradicional de los tributos profesionales consiste en reunir toda la comida posible y avanzar a partir de ahí. Cuando no la protegen bien, pierden los juegos (un año la destruyó una manada de reptiles asquerosos y otro una inundación creada por los Vigilantes). El hecho de que los profesionales hayan crecido con una alimentación mejor juega en su contra, ya que no están acostumbrados a pasar hambre; todo lo contrario que Rue y yo.

Sin embargo, estoy demasiado cansada para empezar a tramar un plan detallado esta noche. Mis heridas están sanando, sigo un poco embotada por culpa del veneno, y el calor de Rue a mi lado, su cabeza apoyada en mi hombro, hacen que me sienta segura. Por primera vez, me doy cuenta de lo sola que me he sentido desde que llegué al campo de batalla, de lo reconfortante que puede ser la presencia de otro ser humano. Me dejo vencer por el sueño y decido que mañana se volverán las tornas. Mañana serán los profesionales los que tengan que guardarse las espaldas.

Me despierta un cañonazo; unos rayos de luz atraviesan el cielo y los pájaros ya están trinando. Rue está encaramada a una rama frente a mí, con algo en la mano. Esperamos por si se producen más disparos, pero no oímos ninguno.

—¿Quién crees que ha sido?

No puedo evitar pensar en Peeta.

—No lo sé, podría haber sido cualquiera de los otros —responde Rue—. Supongo que nos enteraremos esta noche.

—¿Me puedes repetir quién queda?

—El chico del Distrito 1, los dos del Distrito 2, el chico del Distrito 3, Thresh y yo, y Peeta y tú. Eso hacen ocho. Espera, y el chico del Distrito 10, el de la pierna

mala. Él es el noveno. —Hay alguien más, pero ninguna de las dos conseguimos recordarlo—. Me pregunto cómo habrá muerto el último.

—No hay forma de saberlo, pero nos viene bien. Una muerte servirá para entretener un poco a las masas. Quizá nos dé tiempo a preparar algo antes de que los Vigilantes decidan que la cosa va demasiado lenta. ¿Qué tienes en las manos?

—El desayuno —responde Rue; las abre y me enseña dos grandes huevos.

—¿De qué son?

—No estoy segura; hay una zona pantanosa por allí, una especie de ave acuática.

Estaría bien cocinarlos, pero no queremos arriesgarnos a encender un fuego. Supongo que el tributo muerto habrá sido una víctima de los profesionales, lo que significa que se han recuperado lo bastante para volver a los juegos. Nos dedicamos a sorber el contenido de los huevos, y a comernos un muslo de conejo y algunas bayas. Es un buen desayuno se mire por donde se mire.

—¿Lista para hacerlo? —pregunto, colgándome la mochila.

—¿Hacer el qué? —pregunta Rue a su vez; por la forma en que se ha apresurado a responder, está dispuesta a hacer cualquier cosa que le proponga.

—Hoy vamos a quitarle la comida a los profesionales.

—¿Sí? ¿Cómo?

Veo que los ojos le brillan de emoción. En ese sentido, es justo lo contrario que Prim: para mi hermana, las aventuras son un calvario.

—Ni idea. Venga, se nos ocurrirá algo mientras cazamos.

No cazamos mucho porque estoy demasiado ocupada sacándole a Rue toda la información posible sobre la base de los profesionales. Sólo se ha acercado a espiar un poco, pero es muy observadora. Han montado el campamento junto al lago, y su alijo de suministros está a unos veinticinco metros. Durante el día dejan montando guardia a otro tributo, el chico del Distrito 3.

—¿El chico del Distrito 3? —pregunto—. ¿Está trabajando con ellos?

—Sí, se queda todo el tiempo en el campamento. A él también le picaron las rastrevíspulas cuando los siguieron hasta el lago —responde Rue—. Supongo que acordaron dejarlo vivir a cambio de que les hiciese de guardia, pero no es un chico muy grande.

—¿Qué armas tiene?

—No muchas, por lo que vi. Una lanza. Puede que consiga espantarnos a unos cuantos con ella, pero Thresh podría matarlo con facilidad.

—¿Y la comida está ahí, sin más? —pregunto, y ella asiente—. Hay algo que no encaja en ese esquema.

—Lo sé, pero no pude averiguar el qué. Katniss, aunque lograses llegar hasta la comida, ¿cómo te librarías de ella?

—La quemaría, la tiraría al lago, la empaparía de combustible... —Le doy con el

dedo en la tripa, como hacía con Prim—. ¡Me la comería! —Ella suelta una risita—. No te preocupes, pensaré en algo. Destruir cosas es mucho más fácil que construirlas.

Nos pasamos un rato desenterrando raíces, recogiendo bayas y vegetales, y elaborando una estrategia entre susurros. Así acabo conociendo a Rue, la mayor de seis críos, tan protectora de sus hermanos que les da sus raciones a los más pequeños, tan valiente que rebusca en las praderas de un distrito cuyos agentes de la paz son mucho menos complacientes que los nuestros. Rue, la niña que, cuando le preguntas por lo que más ama en el mundo, contesta que la música, nada más y nada menos.

—¿La música? —repito. En nuestro mundo, la música está al mismo nivel que los lazos para el pelo y los arco iris, en cuanto a utilidad se refiere. Al menos los arco iris te dan una pista sobre el clima—. ¿Tienes mucho tiempo para eso?

—Cantamos en casa y también en el trabajo. Por eso me encanta tu insignia —añade, señalando el sinsajo; yo me había vuelto a olvidar de su existencia.

—¿Tenéis sinsajos?

—Oh, sí, algunos son muy amigos míos. Nos dedicamos a cantar juntos durante horas y llevan los mensajes que les doy.

—¿Qué quieres decir?

—Suelo ser la que está más alto, así que soy la primera que ve la bandera que señala el fin de la jornada. Canto una cancioncilla especial —dice; entonces abre la boca y canta una melodía de cuatro notas con una voz clara y dulce—, y los sinsajos la repiten por todo el huerto. Así la gente sabe cuándo parar. Sin embargo, pueden ser peligrosos si te acercas demasiado a sus nidos, aunque es lógico.

—Toma, quédatelo tú —le digo, quitándome la insignia—. Significa más para ti que para mí.

—Oh, no —contesta ella, cerrándome los dedos sobre la insignia que tengo en la mano—. Me gusta vértelo puesto, por eso decidí que eras de confianza. Además, tengo esto. —Se saca de debajo de la camisa un collar tejido con una especie de hierba. De él cuelga una estrella de madera tallada toscamente; o quizá sea una flor—. Es un amuleto de la buena suerte.

—Bueno, por ahora funciona —respondo, volviendo a prenderme el sinsajo a la camisa—. Quizá te vaya mejor sólo con él.

A la hora de la comida ya tenemos un plan; lo llevaremos a cabo a media tarde. Ayudo a Rue a recoger y colocar la madera para la primera de dos fogatas, aunque la tercera tendrá que prepararla ella sola. Decidimos reunirnos después en el sitio donde hicimos nuestra primera comida juntas, ya que el arroyo debería facilitarme la tarea de encontrarlo. Antes de partir me aseguro de que la niña esté bien provista de comida y cerillas, incluso insisto en que se lleve mi saco de dormir, por si no logramos encontrarnos antes de que caiga la noche.

—¿Y tú qué? ¿No pasarás frío? —me pregunta.

—No si cojo otro saco en el lago —respondo—. Ya sabes, aquí robar no es ilegal —añado, sonriendo.

En el último minuto, Rue decide enseñarme su señal de sinsajo, la que canta para anunciar que ha terminado la jornada.

—Quizá no funcione, pero, si oyes a los sinsajos cantarla, sabrás que estoy bien, aunque no pueda regresar en ese momento.

—¿Hay muchos sinsajos por aquí?

—¿No los has visto? Tienen nidos por todas partes —responde. Reconozco que no me he dado cuenta.

—Pues vale. Si todo va según lo previsto, te veré para la cena —le digo.

De repente, Rue me rodea el cuello con los brazos; vacilo un instante, pero acabo devolviéndole el abrazo.

—Ten cuidado —me pide.

—Y tú —respondo; después me vuelvo y me dirijo al arroyo, algo preocupada. Preocupada por que Rue acabe muerta, por que Rue no acabe muerta y nos quedemos las dos hasta el final, por dejar a Rue sola, por haber dejado a Prim sola en casa. No, Prim tiene a mi madre, a Gale y a un panadero que me ha prometido que no la dejará pasar hambre. Rue sólo me tiene a mí.

Una vez en el arroyo, no hay más que seguir su curso colina abajo hasta el lugar en que empecé a recorrerlo, después del ataque de las avispas. Tengo que moverme con precaución por el agua, porque no dejo de hacerme preguntas sin respuesta, la mayoría sobre Peeta. Esta mañana ha sonado un cañonazo. ¿Era para anunciar su muerte? Si es así, ¿cómo ha muerto? ¿A manos de un profesional? ¿Y habrá sido para vengarse de que me dejase escapar? Intento recordar de nuevo aquel momento junto al cadáver de Glimmer, cuando apareció entre los árboles. Sin embargo, el hecho de que estuviese brillando me hace dudar de todo lo que sucedió.

Tardo pocas horas en llegar a la zona poco profunda donde me bañé, lo que significa que ayer tuve que moverme muy despacio. Hago un alto para llenar la botella de agua y añado otra capa de barro a la mochila, que parece decidida a seguir siendo naranja, independientemente de la cantidad de camuflaje que le ponga.

Mi proximidad al campamento de los profesionales hace que se me agucen los sentidos y, cuanto más me acerco a ellos, más alerta estoy; me detengo con frecuencia para prestar atención a ruidos extraños, con una flecha preparada en la cuerda del arco. No veo a otros tributos, pero sí que descubro algunas de las cosas que ha mencionado Rue: arbustos de bayas dulces; otro con las hojas que me curaron las picaduras; grupos de nidos de rastrevíspulas cerca del árbol en el que me quedé atrapada; y, de cuando en cuando, el parpadeo blanco y negro del ala de un sinsajo en las ramas que tengo encima.

Llego al árbol que tiene el nido abandonado en el suelo y me detengo un

momento para reunir valor. Rue me ha dado instrucciones específicas para llegar desde este punto al mejor escondite desde el que espiar el lago. «Recuerda —me digo—, tú eres la cazadora, no ellos».

Cojo el arco con decisión y sigo adelante. Llego hasta el bosquecillo del que me ha hablado Rue y, de nuevo, admiro su astucia: está justo al borde del bosque, pero el frondoso follaje es tan espeso por abajo que puedo observar fácilmente el campamento de los profesionales sin que ellos me vean. Entre nosotros está el amplio claro en el que comenzaron los juegos.

Hay cuatro tributos: el chico del Distrito 1, Cato y la chica del Distrito 2, y un chico escuálido y pálido que debe de ser del Distrito 3. No me causó ninguna impresión durante el tiempo que pasamos en el Capitolio; no recuerdo casi nada de él, ni su traje, ni su puntuación en el entrenamiento, ni su entrevista. Incluso ahora que lo tengo sentado delante, jugueteando con una especie de caja de plástico, resulta fácil no hacerle caso al lado de sus compañeros, más grandes y dominantes. Sin embargo, algún valor tendrá para ellos, porque, si no, no se habrían molestado en dejarlo vivir. En cualquier caso, verlo sólo sirve para hacerme sentir más incómoda sobre los motivos de los profesionales para ponerlo de guardia, para no matarlo.

Los cuatro tributos parecen seguir recuperándose del ataque de las avispas. Aunque estoy un poco lejos, distingo los bultos hinchados de las picaduras. Seguramente no habrán tenido la sensatez necesaria para quitarse los agujones o, si lo han hecho, no saben nada de las hojas curativas. Al parecer, las medicinas que encontraron en la Cornucopia no les han servido de nada.

La Cornucopia sigue donde estaba, aunque sin nada en el interior. La mayoría de las provisiones, metidas en cajas, sacos de arpillera y contenedores de plástico, están apiladas en una ordenada pirámide a una distancia bastante cuestionable del campamento. Otras cosas se han quedado diseminadas por el perímetro de la pirámide, como si imitaran la disposición de suministros alrededor de la Cornucopia al principio de los juegos. Una red cubre la pirámide en sí, aunque no le veo otra utilidad que alejar a los pájaros.

La configuración en su conjunto me resulta desconcertante. La distancia, la red y la presencia del chico del Distrito 3. Lo que está claro es que destruir estos suministros no va a ser tan sencillo como parece; tiene que haber otro factor en juego, y será mejor que me quede quieta hasta descubrir cuál es. Mi teoría es que la pirámide tiene algún tipo de trampa; se me ocurren pozos escondidos, redes que caen sobre los incautos o un cable que, al romperse, lanza un dardo venenoso directo al corazón. Las posibilidades son infinitas, claro.

Mientras le doy vueltas a mis opciones, oigo a Cato gritar algo. Está señalando al bosque, lejos de mí, y, sin necesidad de mirar, sé que Rue habrá encendido ya la primera hoguera. Nos aseguramos de recoger la suficiente madera verde para que el

humo se viese bien. Los profesionales empiezan a armarse de inmediato.

Se inicia una pelea; gritan tan fuerte que oigo que discuten si el chico del Distrito 3 debe quedarse o acompañarlos.

—Se viene. Lo necesitamos en el bosque y aquí ya ha terminado su trabajo. Nadie puede tocar los suministros —dice Cato.

—¿Y el chico amoroso? —pregunta el chico del Distrito 1.

—Ya te he dicho que te olvides de él. Sé dónde le di el corte. Es un milagro que todavía no se haya desangrado. De todos modos, ya no está en condiciones de robarnos.

Así que Peeta está en el bosque, malherido. Sin embargo, sigo sin saber qué lo llevó a traicionar a los profesionales.

—Venga. —Insiste Cato, y le pasa una lanza al chico del Distrito 3; después se alejan en dirección a la fogata. Lo último que oigo cuando entran en el bosque es—: Cuando la encontremos, la mato a mi manera, y que nadie se meta.

Por algún motivo, dudo que se refiera a Rue; no fue ella la que les tiró el nido encima.

Me quedo donde estoy una media hora, intentando decidir qué hacer con las provisiones. Mi ventaja con el arco y las flechas es la distancia, podría disparar sin problemas una flecha ardiendo a la pirámide (con mi puntería puedo meterla por uno de los agujeros de la red), pero eso no me garantiza que prenda. Lo más probable es que se apague sola y, entonces, ¿qué? No lograría nada y les habría dado demasiado información sobre mí; que estoy aquí, que tengo un cómplice y que sé usar el arco con precisión.

No tengo alternativa: habrá que acercarse más y ver si descubro qué está protegiendo los suministros. De hecho, estoy a punto de salir al descubierto cuando un movimiento me llama la atención. A varios metros a mi derecha, veo a alguien salir del bosque. Durante un momento creo que es Rue, hasta que reconozco a la chica con cara de comadreja (es la que no lograba recordar esta mañana), que se acerca a rastras al alijo. Cuando por fin decide que no hay peligro, corre hacia la pirámide dando pasitos rápidos. Justo antes de llegar al círculo de suministros que hay esparcidos alrededor, se detiene, mira por el suelo y coloca los pies con cuidado en un punto. Después se acerca a la pirámide dando unos extraños saltitos, a veces a la pata coja, otras balanceándose un poco y otras arriesgándose a dar unos cuantos pasos. En cierto momento se lanza por el aire por encima de un barrilito y aterriza de puntillas. Sin embargo, se ha dado demasiado impulso y cae hacia adelante, dando un chillido al tocar el suelo con las manos. Como ve que no pasa nada, se pone rápidamente de pie y sigue adelante hasta llegar a las cosas.

Por lo visto, tengo razón con respecto a las trampas, aunque parece algo más complicado de lo que me imaginaba. También tenía razón acerca de la chica: debe de

ser muy astuta para haber descubierto el camino seguro hasta la comida y ser capaz de reproducirlo con tanta precisión. Se llena la mochila sacando algunos artículos de varios contenedores: galletas saladas de una caja, un puñado de manzanas de un saco de arpillera colgado en el lateral de un cubo. Procura no coger demasiado, para que nadie note que falta comida, para que nadie sospeche. Después repite su extraño baile hasta abandonar el círculo y sale corriendo de nuevo por el bosque, sana y salva.

Me doy cuenta de que tengo los dientes apretados por la frustración; la Comadreja me ha confirmado lo que ya suponía, pero ¿qué clase de trampa requerirá tanta destreza y tendrá tantos puntos de disparo? ¿Por qué chilló la chica cuando tocó el suelo con las manos? Cualquiera habría pensado..., entonces empiezo a entenderlo..., cualquiera habría pensado que iba a estallar.

—Está minado —susurro.

Eso lo explica todo: lo poco que les importaba a los profesionales dejar los suministros sin vigilancia, la reacción de la Comadreja, la participación del chico del Distrito 3, el distrito de las fábricas, donde producían televisores, automóviles y explosivos. ¿Y de dónde los habrá sacado? ¿De las provisiones? No es el tipo de arma que suelen proporcionar los Vigilantes, ya que prefieren ver a los tributos destrozarse cara a cara. Salgo de los arbustos y me acerco a las placas metálicas redondas que suben a los tributos al estadio. Se nota que han escarbado el suelo a su alrededor para después volver a aplanarlo. Las minas se desactivan después de los sesenta segundos que tenemos que pasar encima de las plataformas, pero el chico del Distrito 3 debe de haber conseguido reactivarlas. Nunca había visto algo así en los juegos, seguro que hasta los Vigilantes están sorprendidos.

Bueno, pues un hurra por el chico del Distrito 3, que ha sido capaz de superarlos, pero ¿qué hago yo? Está claro que no puedo meterme en ese laberinto sin acabar volando por los aires. En cuanto a lanzar una flecha ardiendo, sería una tontería. Las minas se activan con la presión, y no tiene que ser una presión muy grande. Un año a una chica se le cayó su símbolo, una pelotita de madera, cuando todavía estaba en la plataforma, y tuvieron que raspar sus restos del suelo, literalmente.

Tengo los brazos fuertes, podría lanzar algunas piedras y luego... ¿qué? ¿Activar una mina, quizá? Eso iniciaría una reacción en cadena. ¿O no? ¿Habría puesto el chico del Distrito 3 las minas de forma que el estallido de una sola no afecte a las otras? Así se aseguraría de la muerte del invasor sin poner en peligro los suministros. Aunque sólo hiciese estallar una mina, seguro que los profesionales volverían corriendo a por mí. De todos modos, ¿en qué estoy pensando? Está la red, precisamente colocada para evitar un ataque por el estilo. Además, lo que de verdad necesito es lanzar unas treinta rocas a la vez, disparar una reacción en cadena y destruirlo todo.

Vuelvo la vista atrás, hacia el bosque: el humo de la segunda fogata de Rue sube por el cielo. Los profesionales deben de haber empezado a sospechar que se trata de

una trampa. Se me agota el tiempo.

Sé que todo esto tiene solución, y que sólo tengo que concentrarme a fondo. Me quedo mirando la pirámide, los cubos y las cajas, todo ello demasiado pesado como para derribarlo de un flechazo. Quizá alguno contenga aceite para cocinar; a punto de revivir la idea de la flecha ardiendo, me doy cuenta de que podría acabar perdiendo las doce flechas sin darle a un contenedor de aceite, ya que estaría tirando a ciegas. Estoy pensando en intentar recrear el camino de la Comadreja hacia la pirámide, con la esperanza de encontrar nuevas formas de destrucción, cuando me fijo en el saco de manzanas. Podría cortar la cuerda de un flechazo, como en el Centro de Entrenamiento. Es una bolsa grande, aunque puede que sólo disparase una explosión. Si pudiera soltar todas las manzanas...

Ya sé qué hacer. Me pongo a tiro y me doy un límite de tres flechas para conseguirlo. Coloco los pies con cuidado, me aislo del resto del mundo y afinó la puntería. La primera flecha rasga el lateral del saco, cerca de la parte de arriba, y deja una raja en la arpillera. La segunda la convierte en un agujero. Veo que una de las manzanas empieza a tambalearse justo cuando disparo la tercera flecha, acierto en el trozo rasgado de arpillera y lo arranco de la bolsa.

Todo parece paralizarse durante un segundo. Después, las manzanas se esparcen por el suelo y yo salgo volando por los aires.



El impacto con la dura tierra de la llanura me deja sin aliento, y la mochila no hace mucho por suavizar el golpe. Por suerte, el carcaj se me ha quedado colgado del codo, por lo que se libran tanto él como mi hombro; además, no he soltado el arco. El suelo sigue temblando por los estallidos, pero no los oigo, en estos momentos no oigo nada. Sin embargo, las manzanas deben de haber activado las minas suficientes y los escombros están disparando las demás. Consigo protegerme la cara con los brazos de una lluvia de trocitos de materia, algunos ardiendo. Un humo acre lo llena todo, lo que no resulta muy adecuado para alguien que intenta recuperar la respiración.

Al cabo de un minuto, el suelo deja de vibrar, ruedo por el suelo y me permito un momento de satisfacción ante las ruinas ardientes de lo que antes fuera la pirámide. Los profesionales no van a conseguir salvar nada.

«Será mejor que salga de aquí, seguro que vienen pitando», pienso.

Sin embargo, al ponerme de pie, me doy cuenta de que escapar no va a ser tan fácil. Estoy mareada, no sólo algo tambaleante, sino con un mareo de esos que hacen que los árboles te den vueltas alrededor y la tierra se mueva bajo los pies. Doy unos pasos y, de algún modo, acabo a cuatro patas. Espero unos minutos a que se me pase, pero no se me pasa.

Empieza a entrarme el pánico. No debo quedarme aquí, la huida resulta indispensable, pero no puedo ni andar, ni oír. Me llevo una mano a la oreja izquierda, la que estaba vuelta hacia la explosión, y veo que se mancha de sangre. ¿Me he quedado sorda? La idea me asusta porque, como cazadora, confío en mis oídos tanto como en mis ojos, quizá más algunas veces. En cualquier caso, no dejaré que se me note el miedo; estoy completa y absolutamente segura de que me están sacando en directo en todas las pantallas de televisión de Panem.

«Nada de rastros de sangre», me digo, y consigo echarme la capucha y atarme el cordón bajo la barbilla con unos dedos que no se puede decir que ayuden mucho. Eso servirá para absorber un poco de sangre. No puedo caminar, pero ¿puedo arrastrarme? Intento avanzar; sí, si voy muy despacio, puedo arrastrarme. Casi todas las zonas del bosque resultarían insuficientes para ocultarme. Mi única esperanza es llegar al bosquecillo de Rue y ocultarme entre la vegetación. Si me quedo aquí, a cuatro patas, en campo abierto, no sólo me matarán, sino que Cato se asegurará de que sea una muerte lenta y dolorosa. La mera idea de que Prim lo vea todo hace que me dirija

obstinadamente, centímetro a centímetro, a mi escondite.

Otro estallido me hace caer de morros; una mina alejada que se habrá disparado al caerle encima una caja. Pasa otras dos veces más, lo que me recuerda a los últimos granos que saltan cuando Prim y yo hacemos palomitas en la chimenea.

Decir que lo consigo en el último momento es decir poco: justo cuando llego a rastras hasta el enredo de arbustos al pie de los árboles, aparece Cato en el llano, seguido de sus compañeros. Su rabia es tan exagerada que podría resultar cómica (así que es cierto que la gente se tira de los pelos y golpea el suelo con los puños...), si no supiera que iba dirigida a mí, a lo que le he hecho. Si a ello le añadimos que estoy cerca y que no soy capaz de salir corriendo, ni de defenderme, lo cierto es que estoy aterrada. Me alegro de que mi escondite no permita a las cámaras verme de cerca, porque estoy mordiéndome las uñas como loca, arrancándome los últimos trocitos de esmalte para que no me castañeteen los dientes.

El chico del Distrito 3 ha estado tirando piedras al destrozo y debe de haber concluido que se han activado todas las minas, porque los profesionales se acercan.

Cato ha terminado con la primera fase de su rabieta y descarga su ira en los restos quemados, dándoles patadas a los contenedores. Los otros tributos examinan el desastre en busca de algo que pueda salvarse, pero no hay nada. El chico del Distrito 3 ha hecho su trabajo demasiado bien; a Cato debe de habersele ocurrido la misma idea, porque se vuelve hacia el chico y parece gritarle. El pobre sólo tiene tiempo de volverse y empezar a correr antes de que Cato lo coja por el cuello desde atrás. Veo cómo se le hinchan los músculos de los brazos mientras sacude la cabeza del chico de un lado a otro.

Así de rápida es la muerte del chico del Distrito 3.

Los otros dos profesionales parecen intentar calmar a Cato. Me doy cuenta de que él quiere volver al bosque, pero ellos no dejan de señalar al cielo, lo que me desconcierta, hasta que me doy cuenta.

«Claro, creen que el que ha provocado las explosiones está muerto».

No saben lo de las flechas y las manzanas. Han dado por supuesto que la trampa estaba mal y que el tributo que la activó ha volado en pedazos. El cañonazo podría haberse perdido fácilmente entre los estallidos. Los restos destrozados del ladrón se los habría llevado un aerodeslizador. Los tributos se retiran al otro lado del lago para dejar que los Vigilantes se lleven el cadáver del chico del Distrito 3. Y esperan.

Supongo que se oye un cañonazo, porque aparece un aerodeslizador y se lleva al chico muerto. El sol se pone en el horizonte. Cae la noche. En el cielo veo el sello y sé que debe de haber empezado el himno. Un momento de oscuridad y después ponen la imagen del chico del Distrito 3; también la del chico del Distrito 10, que debe de haber muerto esta mañana. Después reaparece el sello. Bueno, ya lo saben, el saboteador ha sobrevivido. A la luz del sello veo que Cato y la chica del Distrito 2 se

ponen las gafas de visión nocturna. El chico del Distrito 1 prende una rama de árbol a modo de antorcha, lo que ilumina sus rostros lúgubres y decididos. Los profesionales vuelven a los bosques para cazar.

El mareo ha remitido y, aunque el oído izquierdo sigue sordo, puedo oír un zumbido en el derecho; buena señal. Sin embargo, no tiene sentido salir de aquí, en la escena del crimen estoy todo lo segura que puedo estar. Seguro que piensan que el saboteador les lleva dos o tres horas de ventaja. De todos modos, pasa un buen rato hasta que me arriesgo a moverme.

Lo primero que hago es sacar mis gafas y ponérmelas, lo que me relaja un poco, porque así, al menos, cuento con uno de mis sentidos de cazadora. Bebo un poco de agua y me lavo la sangre de la oreja. Como me da miedo que el olor a carne atraiga a depredadores no deseados (ya es bastante malo que huelan la sangre fresca), me alimento con los vegetales, raíces y bayas que Rue y yo recogimos esta mañana.

¿Dónde está mi pequeña aliada? ¿Habrà conseguido llegar al punto de encuentro? ¿Estará preocupada por mí? Al menos, el cielo ha dejado claro que las dos seguimos vivas.

Cuento con los dedos los tributos que quedan: el chico del 1, los dos del 2, la Comadreja, los dos del 11 y el 12. Sólo ocho; las apuestas deben de estar poniéndose interesantes en el Capitolio, seguro que estarán emitiendo reportajes especiales sobre todos nosotros, y probablemente entrevisten a nuestros amigos y familiares. Hace ya mucho tiempo que no había un tributo del Distrito 12 entre los ocho finalistas, y ahora estamos dos, aunque, por lo que ha dicho Cato, Peeta no durará. Tampoco es que importe mucho lo que diga Cato. ¿Acaso no acaba de perder toda su reserva de provisiones?

«Que empiecen los Septuagésimo Cuartos Juegos del Hambre, Cato —pienso—. Que empiecen de verdad».

Se ha levantado una brisa fría, así que me dispongo a coger el saco de dormir..., hasta que me doy cuenta de que se lo dejé a Rue. Se suponía que yo iba a coger otro, pero, con todo el lío de las minas, se me olvidó. Empiezo a temblar; como, de todos modos, pasar la noche subida a un árbol no sería sensato, escarbo un agujero bajo los arbustos, y me cubro con hojas y agujas de pino. Sigo estando helada; me echo el trozo de plástico en la parte de arriba y coloco la mochila de forma que bloquee el viento. La cosa mejora un poco y empiezo a comprender a la chica del Distrito 8, la que encendió la fogata la primera noche. Sin embargo, ahora soy yo la que tiene que apretar los dientes y aguantar hasta que se haga de día. Más hojas, más agujas de pino. Meto los brazos dentro de la chaqueta, me hago un ovillo y, de algún modo, consigo dormirme.

Cuando abro los ojos, el mundo sigue pareciéndome algo fracturado, y tardo un minuto en darme cuenta de que el sol debe de estar muy alto y las gafas hacen eso

con mi vista. Me siento para quitármelas y, justo entonces, oigo unas risas en algún lugar cerca del lago; me quedo quieta. Las risas están distorsionadas, pero el hecho de que las oiga quiere decir que estoy recuperando la audición. Sí, mi oído derecho vuelve a funcionar, aunque sigue zumbándome. En cuanto al izquierdo, bueno, al menos ya no sangra.

Me asomo entre los arbustos, temiendo que hayan regresado los profesionales y esté atrapada durante un tiempo indefinido. No, es la Comadreja, de pie entre los escombros y muerta de risa. Es más lista que los profesionales, porque logra encontrar unos cuantos artículos útiles entre las cenizas: una olla metálica y un cuchillo. Me desconcierta su alegría hasta que caigo en que la eliminación de los profesionales le da una posibilidad de supervivencia, igual que al resto de nosotros. Se me pasa por la cabeza salir de mi escondite y reclutarla como segunda aliada, pero lo descarto. Su sonrisa maliciosa tiene algo que me deja claro que si me hiciera amiga de la Comadreja acabaría con un puñal clavado en la espalda. Si tuviera eso en cuenta, éste sería el momento perfecto para dispararle una flecha; sin embargo, la chica oye algo que no soy yo, porque vuelve la cabeza en dirección contraria, hacia el lugar donde nos soltaron, y vuelve corriendo al bosque. Espero. Nada, no aparece nadie. Sea como fuere, si a ella le ha parecido peligroso, quizás haya llegado el momento de que me marche yo también. Además, estoy deseando contarle a Rue lo de la pirámide.

Como no tengo ni idea de dónde están los profesionales, la ruta de regreso por el arroyo parece tan buena como cualquier otra. Me apresuro, con el arco preparado en una mano y un trozo de granso frío en la otra; ahora estoy muerta de hambre, y no me vale con hojas y bayas, sino que me faltan la grasa y las proteínas de la carne. La excursión hasta el arroyo transcurre sin incidentes. Una vez allí, recojo agua y me lavo, prestando especial atención a la oreja herida. Después avanzo colina arriba utilizando el arroyo como guía. En cierto momento descubro huellas de botas en el barro de la orilla; los profesionales han estado aquí, aunque no ha sido hace poco. Las huellas son profundas porque se hicieron en barro húmedo, pero ahora están casi secas por el calor del sol. Yo no he tenido mucho cuidado con mis propias huellas, creía que unas pisadas ligeras y la ayuda de las agujas de pino ayudarían a esconderlas. Ahora me quito las botas y los calcetines, y camino descalza por la orilla.

El agua fresca tiene un efecto revitalizante, tanto en mi cuerpo como en mi ánimo. Cazo dos peces fácilmente en las lentas aguas del arroyo y me como uno crudo, aunque acabo de tomarme el granso. El segundo lo guardaré para Rue.

Poco a poco, sutilmente, el zumbido del oído derecho disminuye hasta desaparecer por completo. De vez en cuando me toco la oreja izquierda intentando limpiar cualquier cosa que me esté impidiendo detectar sonidos, pero, si hay mejoría,

no la detecto. No me adapto a la sordera de un oído, hace que me sienta desequilibrada e indefensa por la izquierda, incluso ciega. No dejo de volver la cabeza hacia ese lado, mientras mi oído derecho intenta compensar el muro de vacío por el que ayer entraba un flujo constante de información. Cuanto más tiempo pasa, menos esperanzas me quedan de que la herida pueda curarse.

Cuando llego al lugar de nuestro primer encuentro, estoy segura de que no ha venido nadie. No hay ni rastro de Rue, ni en el suelo, ni en los árboles. Qué raro, ya debería haber regresado: es mediodía. Está claro que ha pasado la noche en un árbol de alguna otra parte. ¿Qué otra cosa podía hacer sin luz y con los profesionales recorriendo los bosques con sus gafas de visión nocturna? Además, la tercera fogata que tenía que encender era la que estaba más lejos de nuestro campamento, aunque se me olvidó comprobar si la encendía. Seguramente intenta hacer el camino de vuelta con sigilo; ojalá se diera prisa, porque no quiero quedarme demasiado tiempo por aquí, quiero pasar la tarde avanzando hacia un terreno más alto y cazar por el camino. En cualquier caso, no me queda más remedio que esperar.

Me lavo la sangre de la chaqueta y el pelo, y limpio mi creciente lista de heridas. Las quemaduras están mucho mejor, pero, aun así, me echo un poco de pomada. Lo prioritario ahora es evitar una infección. Me como el segundo pez, porque no va a durar mucho con este calor y no me resultará difícil cazar algunos más para Rue..., si aparece de una vez.

Como me siento muy vulnerable en el suelo, con un oído menos, me subo a un árbol a esperar. Si aparecen los profesionales, será un buen punto desde el que dispararles. El sol se mueve lentamente y hago lo que puedo por pasar el tiempo: mastico hojas y me las aplico a las picaduras, que ya se han desinflado, pero siguen doliendo un poco; me peino el pelo mojado con los dedos y lo trenzo; me ato los cordones de las botas; compruebo el arco y las flechas que me quedan; hago pruebas con el oído izquierdo, agitando una hoja al lado de la oreja para ver si da señales de vida, pero sin buenos resultados.

A pesar del granso y los peces, me empieza a rugir el estómago y sé que voy a tener lo que en el Distrito 12 llamamos un día hueco. Son esos días en los que da igual lo mucho que te llenes la tripa, porque nunca es suficiente. Como estar en el árbol sin hacer nada empeora las cosas, decido rendirme. Al fin y al cabo, he perdido mucho peso en el estadio, necesito más calorías y tener el arco me da confianza en mis posibilidades.

Abro lentamente un puñado de nueces y me las como; mi última galleta; el cuello del granso, que me viene bien, porque tardo un rato en dejarlo limpio; después me trago una ala y el pájaro es historia. Sin embargo, como es un día hueco, a pesar de todo, sueño despierta con más comida, sobre todo con las recetas decadentes que sirven en el Capitolio: el pollo en salsa de naranja, las tartas y el pudín, el pan con

mantequilla, los fideos en salsa verde, el estofado de cordero y ciruelas pasas. Chupo unas cuantas hojas de menta y me digo que tengo que superarlo; la menta es buena, porque a menudo bebemos té con menta después de la cena, así que sirve para engañar a mi estómago y hacerle pensar que ya ha terminado la hora de comer; más o menos.

Colgada del árbol, con el calor del sol, la boca llena de menta, el arco y las flechas a mano..., es el momento más relajado que he tenido desde que llegué al estadio. Si apareciese Rue y pudiéramos marcharnos... Conforme crecen las sombras, también lo hace mi inquietud. A última hora de la tarde ya he decidido salir en su busca; al menos, puedo pasarme por el lugar en que encendió el tercer fuego y ver si encuentro pistas sobre su ubicación.

Antes de irme esparzo algunas hojas de menta alrededor de nuestra antigua fogata. Como las recogimos a cierta distancia de aquí, Rue entenderá que he estado aquí, mientras que para los profesionales no significaría nada.

En menos de una hora me encuentro en el lugar donde acordamos hacer la tercera fogata y noto que algo va mal. La madera está bien colocada, mezclada de forma experta con yesca, pero no se ha encendido. Aunque Rue preparó el fuego, no volvió para prenderlo. En algún momento posterior a la segunda columna de humo que vi antes de la explosión, ella se metió en problemas.

Tengo que recordarme que sigue viva, ¿o no? A lo mejor el cañonazo que señalaba su muerte sonó de madrugada, cuando mi oído bueno estaba demasiado dolorido para captarlo. ¿Aparecerá esta noche en el cielo? No, me niego a creerlo, podría haber un centenar de explicaciones diferentes: se ha perdido, o se ha encontrado con una jauría de depredadores o con otro tributo, como Thresh, y ha tenido que esconderse. Pasara lo que pasara, estoy casi segura de que está por alguna parte, en algún lugar entre el segundo fuego y el que tengo al lado; algo la mantiene encaramada a un árbol.

Creo que iré a por ese algo.

Es un alivio estar en movimiento después de pasar toda la tarde sentada. Me arrastro en silencio por las sombras, dejando que me oculten, pero no veo nada sospechoso; no hay signos de lucha, ni agujas rotas en el suelo. Me paro un momento y lo oigo, aunque tengo que inclinar la cabeza para asegurarme: ahí está otra vez, es la melodía de cuatro notas de Rue, cantada por un sinsajo. La melodía que me dice que sigue viva.

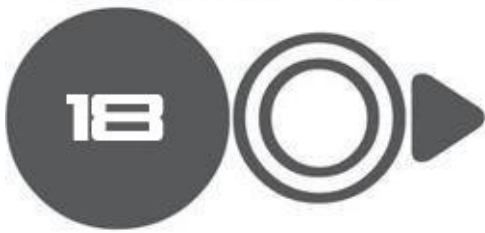
Sonrío y avanzo hacia el pájaro. Otro repite un puñado de notas un poco más allá, lo que significa que Rue ha estado cantándoles hace poco; si no, ya habrían pasado a otra canción. Levanto la mirada en busca de la niña, trago saliva y canto la melodía en voz baja, esperando que ella sepa que es seguro reunirse conmigo. Un sinsajo la repite y, entonces, oigo el grito.

Es un grito infantil, un grito de niña, y en el estadio no puede pertenecer a nadie más que a Rue. Empiezo a correr sabiendo que puede ser una trampa, sabiendo que los tres profesionales pueden estar preparados para atacarme, pero no puedo evitarlo. Oigo otro grito agudo, aunque esta vez es mi nombre:

—¡Katniss, Katniss!

—¡Rue! —respondo, para que sepa que estoy cerca, para que ellos sepan que estoy cerca y, con suerte, la idea de que está cerca la chica que los ha atacado con rastrevíspulas y que ha conseguido un once que todavía no se explican baste para que dejen en paz a la niña—. ¡Rue! ¡Ya voy!

Cuando llego al claro, ella está en el suelo, atrapada por una red. Tiene el tiempo justo de sacar la mano a través de la malla y gritar mi nombre antes de que la atraviere la lanza.



El chico del Distrito 1 muere antes de poder sacar la lanza. Mi flecha se le clava en el centro del cuello, y él cae de rodillas y reduce el poco tiempo que le queda de vida a sacarse la flecha y ahogarse en su propia sangre. Yo ya he recargado y muevo el arco de un lado a otro, mientras le grito a Rue:

—¿Hay más? ¿Hay más?

Tiene que repetirme varias veces que no antes de que la oiga.

Rue ha rodado por el suelo con el cuerpo acurrucado sobre la lanza. Aparto de un empujón el cadáver del chico y saco el cuchillo para liberarla de la red. Con sólo echarle un vistazo a la herida sé que está más allá de mis conocimientos de sanadora, y seguramente esté más allá de los conocimientos de cualquiera. La punta de la lanza se ha clavado hasta el fondo en su estómago. Me agacho a su lado y miro el arma con impotencia; no tiene sentido consolarla con palabras, decirle que se pondrá bien, porque no es idiota. Alarga una mano y me aferro a ella como si fuese un salvavidas, como si fuese yo la que se muere, y no Rue.

—¿Volaste la comida en pedazos? —susurra.

—Hasta el último trocito.

—Vas a ganar.

—Lo haré. Ahora voy a ganar por las dos —le prometo. Oigo un cañonazo y levanto la vista; debe de ser por el chico del Distrito 1.

—No te vayas —me pide, apretándome la mano.

—Claro que no, me quedo donde estoy.

Me acerco más a ella y le apoyo la cabeza en mi regazo. Después le aparto unos tupidos mechones de pelo oscuro de la cara y se los recojo tras la oreja.

—Canta —dice, aunque apenas la oigo.

«¿Cantar? —pienso—. ¿Cantar el qué?».

Me sé unas cuantas canciones porque, aunque resulte difícil de creer, en mi hogar hubo música una vez, música que yo ayudé a crear. Mi padre siempre me animaba con esa voz tan maravillosa que tenía, pero no he cantado desde su muerte, salvo cuando Prim se pone muy enferma. Entonces canto las mismas canciones que le gustaban cuando era un bebé.

Cantar. Las lágrimas me han hecho un nudo en la garganta, y estoy ronca por el humo y la fatiga, pero si es la última voluntad de Prim, digo, de Rue, tengo que

intentarlo, por lo menos. La canción que me viene a la cabeza es una nana muy sencilla, una que cantamos a los bebés nerviosos y hambrientos para que se duerman. Creo que es muy, muy antigua, alguien se la inventó hace muchos años, en nuestras colinas; es lo que mi profesor de música llama un aire de montaña. Sin embargo, las palabras son fáciles y tranquilizadoras, prometen un mañana más feliz que este horrible trozo de tiempo en el que nos encontramos.

Toso un poco, trago saliva y empiezo:

En lo más profundo del prado, allí, bajo el sauce,
hay un lecho de hierba, una almohada verde suave;
recuéstate en ella, cierra los ojos sin miedo
y, cuando los abras, el sol estará en el cielo.

Este sol te protege y te da calor,
las margaritas te cuidan y te dan amor,
tus sueños son dulces y se harán realidad
y mi amor por ti aquí perdurará.

Rue ha cerrado los ojos. Todavía se le mueve el pecho, pero cada vez con menos fuerza. Dejo que se me deshaga el nudo de la garganta y fluyan mis lágrimas, pero tengo que terminar la canción para ella.

En lo más profundo del prado, bien oculta,
hay una capa de hojas, un rayo de luna.
Olvida tus penas y calma tu alma,
pues por la mañana todo estará en calma.
Este sol te protege y te da calor,
las margaritas te cuidan y te dan amor.

Los últimos versos son apenas audibles:

Tus sueños son dulces y se harán realidad
y mi amor por ti aquí perdurará.

Todo queda en silencio; entonces, de una manera que resulta casi inquietante, los sinsajos repiten mi canción.

Me quedo sentada un momento, viendo cómo mis lágrimas caen sobre su cara. Suena el cañonazo de Rue, y yo me inclino sobre ella y le doy un beso en la sien. Despacio, como si no quisiera despertarla, dejo su cabeza en el suelo y le suelto la mano.

Seguro que quieren que me vaya para poder recoger los cadáveres, y ya no hay ninguna razón para que me quede. Pongo boca abajo el cadáver del chico del Distrito 1, le quito la mochila y le arranco la flecha que le ha quitado la vida. Después corto

las correas de la mochila de Rue, porque sé que ella habría querido que me la llevase, pero no le saco la lanza del estómago. Las armas que estén dentro de los cadáveres se transportan con ellos al aerodeslizador; no necesito una lanza, así que, cuanto antes desaparezca del estadio, mejor.

No puedo dejar de mirar a Rue. Parece más pequeña que nunca, un cachorrito acurrucado en un nido de redes. Me resulta imposible abandonarla así; aunque ya no vaya a sufrir más daño, da la impresión de estar completamente indefensa. El chico del Distrito 1 también parece vulnerable, ahora que está muerto, así que me niego a odiarlo; a quien odio es al Capitolio por hacernos todo esto.

Oigo la voz de Gale; sus desvaríos sobre el Capitolio ya no me parecen inútiles, ya no puedo hacerles caso omiso. La muerte de Rue me ha obligado a enfrentarme a mi furia contra la crueldad, contra la injusticia a la que nos someten. Sin embargo, aquí me siento todavía más impotente que en casa, pues no hay forma de vengarme del Capitolio, ¿verdad?

Entonces recuerdo las palabras de Peeta en el tejado: «Pero desearía poder encontrar una forma de... de demostrarle al Capitolio que no le pertenezco, que soy algo más que una pieza de sus juegos».

Por primera vez, entiendo lo que significa.

Quiero hacer algo ahora mismo, aquí mismo, algo que los avergüence, que los haga responsables, que les demuestre que da igual lo que hagan o lo que nos obliguen a hacer, porque siempre habrá una parte de cada uno de nosotros que no será suya. Tienen que saber que Rue era algo más que una pieza de sus juegos, igual que yo misma.

A pocos pasos de donde estamos hay un lecho de flores silvestres. En realidad, quizá sean malas hierbas, pero tienen flores con unos preciosos tonos de violeta, amarillo y blanco. Recojo un puñado y regreso con Rue; poco a poco, tallo a tallo, decoro su cuerpo con las flores: cubro la fea herida, le rodeo la cara, le trenzo el pelo de vivos colores.

Tendrán que emitirlo o, si deciden sacar otra cosa en este preciso momento, tendrán que volver aquí cuando recojan los cadáveres, y así todos la verán y sabrán que lo hice yo. Doy un paso atrás y miro a la niña por última vez; lo cierto es que podría estar dormida de verdad en ese prado.

—Adiós, Rue —susurro.

Me llevo los tres dedos centrales de la mano izquierda a los labios y después la apunto con ellos. Me alejo sin mirar atrás.

Los pájaros guardan silencio. En algún lugar, un sinsajo silba la advertencia que precede a un aerodeslizador; no sé cómo lo sabe, debe de oír cosas que los humanos no podemos. Me detengo y clavo la vista en lo que tengo delante, no en lo que sucede detrás de mí. No tardan mucho; después continúa el canto de siempre de los pájaros y

sé que ella se ha ido.

Otro sinsajo, con aspecto de ser joven, aterriza en una rama delante de mí y entona la melodía de Rue. Mi canción y el deslizador eran demasiado extraños para que este novicio los repitiese, pero ha dominado el puñado de notas de la niña, las que significan que está a salvo.

—Sana y salva —digo al pasar bajo su rama—. Ya no tenemos que preocuparnos por ella.

Sana y salva.

No tengo ni idea de qué dirección tomar. Ya se ha desvanecido aquella vaga sensación de estar en casa de la que disfruté la noche que pasé con Rue. Mis pies me llevan por donde quieren hasta que se pone el sol, y yo no tengo miedo, ni siquiera estoy alerta, lo que me convierte en una presa fácil, salvo por el detalle de que mataría a cualquiera que se me pusiera delante. Sin emoción y sin que me temblasen las manos. El odio que siento por el Capitolio no ha templado en absoluto el odio que siento por mis competidores, sobre todo por los profesionales. Al menos a ellos puedo hacérselas pagar por la muerte de mi amiga.

Sin embargo, nadie aparece. Ya no quedamos muchos en el estadio y, dentro de nada, se inventarán otro truco para juntarnos. No obstante, ya habrán tenido suficiente sangre por hoy, y quizá nos permitan dormir.

Cuando estoy a punto de subir mis mochilas a un árbol para acampar, un paracaídas plateado aterriza a mis pies. Un regalo de un patrocinador. ¿Por qué ahora? Me va bastante bien con mis suministros; quizá Haymitch haya notado mi abatimiento e intente animarme un poco. ¿O será algo para mi oído?

Abro el paracaídas y encuentro una pequeña barra de pan, no del elegante pan blanco del Capitolio, sino hecho con las raciones de cereal oscuro, con forma de media luna y cubierto de semillas. Recuerdo la lección de Peeta en el Centro de Entrenamiento sobre los distintos panes de los distritos: este pan es del Distrito 11. Lo sostengo con cuidado: todavía está caliente. ¿Cuánto debe de haberle costado a la gente del Distrito 11, que ni siquiera tiene con que alimentarse? ¿Cuántas personas tendrán que pasar hambre por haber dado una moneda para la colecta en la que se ha comprado este pan? Seguro que pensaban dárselo a Rue, pero, en vez de retirar el regalo con su muerte, le han dado autorización a Haymitch para dármelo a mí. ¿A modo de agradecimiento? ¿O porque, como a mí, no les gusta dejar deudas sin saldar? Sea por lo que sea, es la primera vez que ocurre: nunca antes un distrito le ha dado un regalo a un tributo que no le pertenece.

Alzo la cabeza y procuro colocarme en un punto iluminado por los últimos rayos de sol.

—Mi agradecimiento a la gente del Distrito 11 —digo.

Quiero que sepan que soy consciente de quién me ha hecho el regalo, que he

entendido todo lo que significa.

Me subo a un árbol y trepo a una altura peligrosa, aunque no por seguridad, sino para alejarme todo lo posible de este día. Mi saco de dormir está bien doblado dentro de la mochila de Rue. Mañana ordenaré las provisiones; mañana decidiré un nuevo plan. Sin embargo, esta noche sólo soy capaz de amarrarme con el cinturón y darle mordisquitos al pan. Está bueno. Sabe a casa.

El sello no tarda en aparecer, seguido del himno, que sólo oigo con el oído derecho. Veo al chico del Distrito 1 y a Rue; nada más por hoy.

«Quedamos seis —pienso—. Sólo seis».

Con el pan todavía entre las manos, me quedo dormida de inmediato.

A veces, cuando las cosas van especialmente mal, mi cerebro me regala un sueño feliz: una visita a mi padre en el bosque o una hora de sol y tarta con Prim. Esta noche me envía a Rue, todavía cubierta de flores, subida a un alto mar de árboles, intentando enseñarme a hablar con los sinsajos. No veo ni rastro de sus heridas, ni sangre; sólo una niña brillante y sonriente. Canta canciones que no he oído nunca con una voz clara y melódica, una y otra vez, durante toda la noche. Paso por un periodo intermedio de duermevela en el que oigo las últimas notas de su música, aunque ella ya se ha perdido entre las hojas. Cuando me despierto del todo, me siento reconfortada durante un momento; intento aferrarme a la sensación de tranquilidad del sueño, pero se va rápidamente, y me deja más triste y sola que nunca.

Me pesa todo el cuerpo, como si me corriese plomo líquido por las venas. He perdido la voluntad necesaria hasta para las tareas más sencillas. Me limito a quedarme donde estoy, contemplando sin parpadear el dosel de hojas. Me paso varias horas sin moverme y, como siempre, es la imagen de la cara de preocupación de Prim viéndome en pantalla lo que me saca de mi letargo.

Empiezo por una serie de órdenes fáciles, como: «Ahora tienes que sentarte, Katniss. Ahora tienes que beber agua, Katniss». Sigo las órdenes con lentos movimientos robóticos. «Ahora tienes que ordenar las provisiones, Katniss».

En la mochila de Rue está mi saco de dormir, su bota de agua casi vacía, un puñado de nueces y raíces, un poco de conejo, sus calcetines de recambio y su honda. El chico del Distrito 1 tiene varios cuchillos, dos cabezas de lanza de repuesto, una linterna, un saquito de cuero, un botiquín de primeros auxilios, una botella llena de agua y una bolsa de fruta desecada. ¡Una bolsa de fruta desecada! De todas las cosas que podría haber cogido, se le ocurre llevarse esto. Para mí es una señal de extrema arrogancia: ¿por qué molestarse en llevar comida cuando tienes todo un botín en el campamento, cuando matas con tanta rapidez a tus enemigos que puedes estar de vuelta antes de que te entre hambre? Sólo espero que los demás profesionales viajasen igual de ligeros en lo tocante a la comida y ahora no tengan nada.

Hablando de lo cual, mis suministros también empiezan a menguar. Me acabo el

pan del Distrito 11 y lo que queda del conejo. Hay que ver lo deprisa que desaparece la comida; sólo me quedan las raíces y nueces de Rue, la fruta desecada del chico y una tira de cecina.

«Ahora tienes que cazar, Katniss», me digo.

Obedezco y meto las provisiones que me interesan en mi mochila. Después, bajo del árbol, y escondo los cuchillos y las puntas de lanza del chico bajo una pila de rocas para que nadie más pueda usarlas. Me he desorientado con todas las vueltas que di ayer por la noche, pero intento volver en la dirección aproximada del arroyo. Sé que voy por buen camino cuando me encuentro con la tercera fogata de Rue, la que no llegó a encender. Poco después descubro una bandada de gransos en un árbol y derribo a tres antes de que puedan reaccionar. Vuelvo a la fogata de Rue y la enciendo, sin preocuparme por el exceso de humo.

«¿Dónde estás, Cato? —pienso, mientras aso los pájaros y las raíces de Rue—. Te estoy esperando».

¿Quién sabe dónde estarán los profesionales? Demasiado lejos para alcanzarme, demasiado seguros de que les he preparado una trampa o... ¿Será posible que les dé miedo? Saben que tengo el arco y las flechas, claro, porque Cato me vio quitárselas a Glimmer, pero ¿habrán sabido unir los puntos? ¿Sabrán que yo hice volar las provisiones y maté a su compañero? Seguramente creen que esto último lo hizo Thresh. ¿No sería más probable que él vengase la muerte de Rue, y no yo, ya que son del mismo distrito? Aunque tampoco parecía muy interesado en ella...

¿Y la Comadreja? ¿Se quedó para ver cómo estallaba el alijo? No, cuando la encontré riendo entre las cenizas, a la mañana siguiente, era como si alguien le hubiese dado una bonita sorpresa.

Dudo que crean que Peeta encendió las hogueras, porque para Cato es como si estuviera muerto. De repente, se me ocurre que me gustaría poder contarle a Peeta lo de las flores que coloqué sobre Rue, que ya entiendo lo que intentaba decirme en el tejado. Quizá si gana los juegos podrá verlo la noche de la victoria, cuando repongan los mejores momentos de la competición en una pantalla sobre el escenario en el que hicimos las entrevistas. El ganador se sienta en el lugar de honor de la plataforma, rodeado por su equipo de apoyo.

Pero le dije a Rue que yo ganaría por las dos y, por algún motivo, me parece más importante eso que la promesa que le hice a Prim.

Ahora creo de corazón que tengo la oportunidad de lograrlo, de ganar. No es sólo por las flechas o por haber sido más lista que los profesionales unas cuantas veces, aunque eso ayuda, sino porque pasó algo cuando sostenía la mano de Rue, cuando veía cómo se le iba la vida. Estoy decidida a vengarla, a impedir que olviden su muerte, y sólo puedo conseguirlo si gano e impido que me olviden a mí.

Aso demasiado los pájaros, con la esperanza de que aparezca alguien a quien

disparar, pero nada. Quizá los demás tributos estén demasiado ocupados matándose a palos, lo que no me iría mal. Desde el baño de sangre, he aparecido en pantalla más veces de las que me gustaría.

Al final envuelvo la comida y vuelvo al arroyo para recoger agua y algunas plantas, pero la pesadez de esta mañana me ataca de nuevo y, aunque no es más que última hora de la tarde, me subo a un árbol y me preparo para dormir. Mi cerebro empieza a revivir los acontecimientos de ayer: veo a Rue atravesada por la lanza, y mi flecha en el cuello del chico. No sé por qué debería preocuparme por lo que le hice al chico.

Entonces me doy cuenta de que es mi primer asesinato.

Junto con las otras estadísticas que se hacen públicas para ayudar a la gente con sus apuestas, cada tributo tiene una lista de asesinatos. Supongo que, técnicamente, me habrán apuntado el de Glimmer y el de la chica del Distrito 4, por haberles tirado el nido de avispas. Pero el chico del Distrito 1 ha sido la primera persona a la que he matado conscientemente. Numerosos animales han muerto a mis manos, pero sólo una persona. Oigo decir a Gale: «¿De verdad hay tanta diferencia?».

El acto en sí se parece tanto que resulta sorprendente: tensas el arco y disparas una flecha. Sin embargo, el resultado no tiene nada que ver; he matado a un chico que no sé ni cómo se llama. Sus amigos clamarán por mi sangre, quizá tuviese una novia que realmente creyera que volvería a verlo...

Pero cuando pienso en el cuerpo inmóvil de Rue, consigo apartar al chico de mi mente; al menos, por ahora.

Según el cielo, hoy no ha pasado nada importante, no ha habido muertes. Me pregunto cuánto tardarán en provocar la siguiente catástrofe para unirnos. Si va a ser esta noche, quiero dormir un poco primero, así que me tapo la oreja buena para no oír el sonido del himno, aunque después sí oigo las trompetas y me siento de golpe, a la espera.

Normalmente, la única información que reciben los tributos del exterior es el recuento diario de muertes. Sin embargo, de vez en cuando, tocan las trompetas para hacer un anuncio; lo más común es que se trata de una invitación a un banquete. Cuando la comida escasea, los Vigilantes llaman a los jugadores para que participen en una comilona celebrada en un lugar conocido por todos, como la Cornucopia, animándolos así a que se reúnan y luchen. A veces es un banquete de verdad, mientras que otras se trata de una hogaza de pan rancio por la que competir. Yo no iría a por comida, pero podría ser el momento ideal para acabar con unos cuantos rivales.

La voz de Claudius Templesmith retumba en el cielo, felicitándonos a los seis que quedamos, pero no nos invita a un banquete, sino que dice algo muy extraño: han cambiado una regla de los juegos. ¡Han cambiado una regla! Por sí solo, eso ya es

alucinante, porque no tenemos ninguna regla propiamente dicha, salvo que no podemos salir del círculo inicial hasta pasados sesenta segundos y la regla implícita de no comernos entre nosotros. Según la nueva regla, *los dos tributos del mismo distrito se declararán vencedores si son los últimos supervivientes*. Claudius hace una pausa, como si supiera que no lo estamos entendiendo, y repite la regla otra vez.

Asimilo la noticia: este año pueden ganar dos tributos, siempre que sean del mismo distrito. Los dos pueden vivir; los dos podemos vivir.

Antes de poder evitarlo, grito el nombre de Peeta.



PARTE 3
"EL VENCEDOR"

**LOS JUEGOS
DEL HAMBRE**



Me tapo la boca, pero ya se me ha escapado el grito. El cielo se oscurece y oigo un coro de ranas que empiezan a cantar.

«¡Estúpida! —me digo—. ¡Qué estupidez has hecho!».

Espero, paralizada, a que los bosques se llenen de atacantes, pero después recuerdo que no queda casi nadie.

Peeta, que está herido, es ahora mi aliado. Todas las dudas que pudiera haber tenido sobre él se desvanecen, porque, si alguno de los dos hubiese matado al otro, seríamos parias a nuestro regreso al Distrito 12. De hecho, sé que, de estar viendo los juegos por la tele, habría odiado a cualquier tributo que no intentase de inmediato aliarse con su compañero de distrito. Además, tiene sentido que nos protejamos el uno al otro y, en mi caso (al ser los amantes trágicos del Distrito 12), es un requisito imprescindible si deseo recibir más ayuda de patrocinadores comprensivos.

Los amantes trágicos... Peeta debe de haber estado jugándose a esa carta desde el principio. ¿Por qué si no habrían decidido los Vigilantes este cambio sin precedentes en las reglas? Para que dos tributos tengan la oportunidad de ganar, nuestro «romance» debe de ser tan popular entre la audiencia que condenarlo al fracaso pondría en peligro el éxito de los juegos. Y no es gracias a mí, porque lo único que he hecho ha sido conseguir no matar a Peeta. No sé qué habrá hecho él en el estadio, aunque me da la impresión de que ha convencido al público de que ha sido para mantenerme con vida. Sacudió la cabeza para evitar que yo me metiese en la Cornucopia; luchó contra Cato para permitirme escapar; incluso su unión con los profesionales tiene que haber sido una táctica para protegerme. Al final va a resultar que Peeta nunca ha sido un peligro para mí.

La idea me hace sonreír. Dejo caer las manos y levanto el rostro hacia la luna, para que las cámaras puedan verlo bien.

Entonces, ¿a quién debo temer? ¿A la Comadreja? El chico de su distrito está muerto y ella trabaja sola, por la noche, y su estrategia ha consistido en evadirse, no en atacar. En realidad, aunque haya escuchado mi voz, no creo que haga nada, salvo esperar a que otro me mate.

También está Thresh. Vale, él es una amenaza real, pero no lo he visto ni una vez desde que empezaron los juegos. Cuando la Comadreja se asustó con un ruido en el lugar de la explosión, no se volvió hacia el bosque, sino hacia lo que hay al otro lado

de él, esa zona del estadio que se pierde de vista y llega a no sé dónde. Estoy casi segura de que la persona de la que huía era Thresh y que ése es su dominio. Desde allí no puede haberme escuchado y, aunque lo hiciera, estoy a demasiada altura para alguien de su tamaño.

Eso me deja con Cato y la chica del Distrito 2, que seguramente estarán celebrando la nueva regla. Es la única pareja que queda, salvo Peeta y yo.

¿Debería huir, por si me han oído llamarlo?

«No —pienso—, que vengan». Que vengan con sus gafas de visión nocturna y sus pesados cuerpos ruidosos, que se pongan a tiro de mis flechas. Sin embargo, sé que no lo harán; si no vinieron a la luz del día guiados por mi hoguera, no se arriesgarán a caer en una trampa nocturna. Cuando vengan, será imponiendo sus condiciones, no porque sepan dónde estoy.

«Quédate aquí y duerme un poco, Katniss —me ordeno, a pesar de que desearía empezar a buscar a Peeta de inmediato—. Mañana, mañana lo encontrarás».

Consigo dormirme, pero, por la mañana, me comporto con un cuidado extremo, porque, aunque los profesionales podrían dudar en atacarme en un árbol, son muy capaces de montar una emboscada. Me aseguro de estar completamente preparada para superar el día (me tomo un buen desayuno, cierro bien la mochila, preparo las armas) antes de descender. Todo parece tranquilo y sin cambios cuando llego al suelo.

Hoy debo tomar todas las precauciones posibles. Los profesionales sabrán que estoy intentando localizar a Peeta y puede que quieran esperar a que lo haga antes de actuar. Si está tan malherido como cree Cato, me veré en la obligación de defendernos a los dos sin ayuda. Sin embargo, si está tan incapacitado, ¿cómo ha conseguido seguir con vida? ¿Y cómo demonios voy a encontrarlo?

Intento pensar en algo que haya dicho Peeta y que pueda servirme de pista para saber dónde se esconde, pero no se me ocurre nada, así que vuelvo al último momento en que lo vi brillando bajo la luz del sol, gritándome que corriera. Después apareció Cato con la espada en alto y, cuando me fui, hirió a Peeta. Pero ¿cómo escapó? Quizá aguantó mejor que Cato el veneno de las rastrevíspulas. Quizá fuera ésa la variable que le permitió huir. Sin embargo, a él también le habían picado. ¿Cuánto pudo alejarse, estando herido y lleno de veneno? ¿Y cómo ha permanecido vivo todos estos días? Si la herida y las picaduras no lo han matado, la sed tendría que haberlo hecho.

Entonces se me ocurre la primera pista sobre su ubicación: no podría haber sobrevivido sin agua, lo sé por mis primeros días en el campo de batalla. Tiene que estar escondido en un sitio cerca de una fuente de agua. Está el lago, pero es una opción poco probable, teniendo en cuenta que se encuentra demasiado cerca del campamento base de los profesionales. Hay unos cuantos estanques alimentados por el arroyo, pero ahí sería presa fácil. Y está el arroyo, el que sale del campamento

donde estuve con Rue, pasa cerca del lago y sigue adelante. Si se ha mantenido cerca del arroyo, habrá podido moverse y estar siempre cerca del agua; podría caminar por la corriente y borrar sus huellas, e incluso pescar algo.

Bueno, en cualquier caso es un buen lugar por donde empezar.

Para confundir al enemigo, enciendo una fogata con mucha leña verde. Aunque piensen que es una artimaña, espero que supongan que estoy escondida por aquí, mientras que, en realidad, estaré buscando a Peeta.

El sol quema la neblina de la mañana casi de inmediato, y me doy cuenta de que hoy va a hacer más calor de lo normal. El agua me resulta fresca y agradable cuando meto los pies descalzos dentro, arroyo abajo. Siento la tentación de llamar a Peeta conforme avanzo, pero decido que no es buena idea. Tendré que encontrarlo usando los ojos y el oído que me queda, pero él sabrá que lo busco, ¿no? Espero que su opinión sobre mí no sea tan mala como para pensar que no haré caso de la nueva regla y me quedaré sola, ¿verdad? Es una persona difícil de predecir, lo que resultaría interesante en otras circunstancias; en este momento, sólo sirve para añadir otro obstáculo.

No tardo mucho en llegar al sitio desde el que partí al campamento de los profesionales. No hay ni rastro de Peeta, aunque no me sorprende, porque he recorrido este lugar tres veces desde el incidente de las avispas. De haber estado cerca, seguro que lo habría sospechado. El arroyo empieza a doblarse hacia la izquierda para introducirse en una parte del bosque que no conozco. Una orilla embarrada y cubierta de plantas acuáticas enredadas lleva a unas grandes rocas que aumentan en tamaño hasta que empiezo a sentirme algo atrapada. Ahora no sería nada fácil escapar del arroyo, ni luchar contra Cato o Thresh mientras subo por este terreno rocoso. De hecho, justo cuando acabo de decidir que voy por el camino equivocado, que un chico herido no podría entrar y salir de esta fuente de agua, veo el reguero de sangre que rodea una roca. Hace tiempo que se ha secado, pero las manchas que van de un lado al otro sugieren que alguien (alguien que, quizá, no estuviese en plena posesión de sus facultades mentales) intentó limpiarse la sangre.

Abrazada a las rocas, me muevo lentamente hacia la sangre, buscándolo. Encuentro más manchas, una con unos trozos de tela pegados, pero ni rastro de él. Me derrumbo y digo su nombre en voz baja:

—¡Peeta, Peeta!

Entonces, un sinsajo aterriza en un árbol raquíutico y empieza a imitarme, así que lo dejo, me rindo y vuelvo al arroyo pensando: «Tiene que haberse ido más abajo».

Acabo de meter el pie en el agua cuando oigo una voz.

—¿Has venido a rematarme, preciosa?

Me vuelvo de golpe; viene de mi izquierda, así que no lo oigo muy bien, y la voz es ronca y débil, aunque tiene que ser Peeta. ¿Qué otra persona me llamaría preciosa

en este lugar? Recorro la orilla con la mirada, pero nada, sólo barro, plantas y la base de las rocas.

—¿Peeta? —susurro—. ¿Dónde estás? —No me responde. ¿Me lo he imaginado? No, estoy segura de que era real y de que estaba cerca—. ¿Peeta? —Me arrastro por la orilla.

—Bueno, no me pises.

Retrocedo de un salto, porque la voz viene del suelo, pero sigo sin verlo. Entonces abre los ojos, de un azul inconfundible entre el lodo marrón y las hojas verdes. Ahogo un grito y me recompensa con la fugaz visión de sus dientes blancos al reírse.

Es lo último en camuflaje; Peeta tendría que haberse olvidado del lanzamiento de pesos y haberse dedicado a convertirse en árbol en plena sesión privada con los Vigilantes. O en canto rodado. O en una orilla embarrada llena de malas hierbas.

—Cierra otra vez los ojos —le ordeno. Lo hace, y también la boca, y desaparece por completo. La mayor parte de lo que creo que es su cuerpo está debajo de una capa de lodo y plantas. La cara y los brazos están tan bien disfrazados que resultan invisibles. Me arrodillo a su lado—. Supongo que todas esas horas decorando pasteles han dado por fin su fruto.

—Sí, el glaseado, la última defensa de los moribundos.

—No te vas a morir.

—¿Y quién lo dice? —Tiene la voz muy ronca.

—Yo. Ahora estamos en el mismo equipo, ya sabes.

—Eso he oído —responde, abriendo los ojos—. Muy amable por tu parte venir a buscar lo que queda de mí.

—¿Te cortó Cato? —le pregunto, sacando la botella para darle un poco de agua.

—Pierna izquierda, arriba.

—Vamos a meterte en el arroyo para que pueda lavarte y ver qué tipo de heridas tienes.

—Primero, acércate un momento, que tengo que decirte una cosa. —Me inclino sobre él y acerco el oído bueno a sus labios, que me hacen cosquillas cuando me susurra:— Recuerda que estamos locamente enamorados, así que puedes besarme cuando quieras.

—Gracias —respondo, apartando la cabeza de golpe, pero sin poder evitar reírme—. Lo tendré en cuenta.

Al menos es capaz de bromear. Sin embargo, cuando empiezo a ayudarlo a llegar al arroyo, toda la ligereza desaparece. Está a poco más de medio metro. ¿Tan difícil va a ser? Pues sí, porque me doy cuenta de que no puede moverse ni un centímetro él solo; está tan débil que su única ayuda consiste en dejarse llevar. Intento arrastrarlo, pero, a pesar de que sé que hace todo lo posible por estarse quieto, se le escapan

algunos gritos de dolor. El lodo y las plantas parecen haberlo atrapado y, al final, tengo que dar un enorme tirón para arrancarlo de sus garras. Sigue a medio metro del agua, tumbado, con los dientes apretados y las lágrimas abriéndole surcos en la porquería de la cara.

—Mira, Peeta, voy a hacerte rodar hasta el arroyo. Aquí es poco profundo, ¿vale?

—Fantástico —responde.

Me agacho a su lado. Pase lo que pase, me digo, no pararé hasta que esté en el agua.

—A la de tres —le aviso—. ¡Una, dos y tres! —Sólo consigo que ruede una vuelta completa antes de pararme, por culpa de los horribles sonidos que está haciendo. Ahora está al borde del agua, quizá sea mejor así—. Vale, cambio de planes: no voy a meterte dentro del todo —le digo. Además, si lo consigo, quién sabe si después podré sacarlo.

—¿Nada de rodar?

—Nada. Vamos a limpiarte. Vigila el bosque por mí, ¿vale?

No sé por dónde empezar: está tan cubierto de lodo y hojas apelmazadas que ni siquiera le veo la ropa..., si es que la lleva puesta. La idea me hace vacilar un momento, pero después me lanzo. Los cuerpos desnudos no importan mucho en el estadio, ¿verdad?

Tengo dos botellas de agua y la bota de Rue; las apoyo en las rocas del arroyo para que, mientras dos se llenan, pueda vaciar la tercera sobre Peeta. Tardo un rato, pero al final quito el barro suficiente para encontrar su ropa. Le bajo la cremallera de la chaqueta con mucho cuidado, le desabrocho la camisa y le quito las dos cosas. La camiseta interior está tan pegada a las heridas que tengo que cortarla con mi cuchillo y volver a mojarlo para soltarla. Está muy magullado, tiene una larga quemadura en el pecho y cuatro picaduras de rastrevíspula, contando con la de la oreja. Sin embargo, me siento un poco mejor, porque esas cosas puedo arreglarlas. Decido ocuparme primero de su torso, aliviar parte del dolor antes de encargarme de lo que le haya hecho Cato a su pierna.

Como tratarle las heridas no tiene mucho sentido si está tumbado en un charco de barro, lo apoyo como puedo en un canto rodado. Se queda ahí sentado, sin quejarse, mientras le lavo la tierra del pelo y la piel. Está muy pálido a la luz del sol y ya no parece fuerte y musculoso. Le saco los agujones de las picaduras, lo que le arranca una mueca, pero, en cuanto aplico las hojas, suspira de alivio. Mientras se seca al sol, lavo la camisa y la chaqueta, que están asquerosas, y las coloco sobre las piedras. Después le pongo la crema para las quemaduras en el pecho. Entonces me doy cuenta de lo caliente que tiene la piel. La capa de lodo y las botellas de agua habían ocultado el hecho de que está ardiendo de fiebre. Rebusco en el botiquín de primeros auxilios que le quité al chico del Distrito 1 y encuentro píldoras para reducir la temperatura.

Mi madre a veces cede y las compra cuando fallan todos sus remedios caseros.

—Trágate esto —le digo, y él se toma la medicina como un chico obediente—. Debes de tener hambre.

—La verdad es que no. Qué raro, llevo días sin tener hambre —responde Peeta.

De hecho, cuando le ofrezco granso, arruga la nariz y vuelve la cara. Entonces me doy cuenta de lo enfermo que está.

—Peeta, tienes que comer algo —insisto.

—Sólo servirá para que lo devuelva. —Lo único que consigo es obligarlo a comer unos trocitos de manzana desecada—. Gracias. Estoy mucho mejor, de verdad. ¿Puedo dormir un poco, Katniss?

—Dentro de un momentito —le prometo—. Primero tengo que mirarte la pierna.

Con todo el cuidado del mundo, le quito las botas, los calcetines y después, centímetro a centímetro, los pantalones. Veo el corte que ha hecho la espada de Cato en la tela sobre el muslo, pero eso no me prepara de ninguna manera para lo que hay debajo. El profundo tajo inflamado supura sangre y pus, la pierna está hinchada y, lo peor de todo, huele a carne podrida.

Quiero huir, desaparecer en el bosque como hice el día en que trajeron al hombre quemado a nuestra casa, salir a cazar mientras mi madre y Prim se encargan de algo que yo no tengo ni el valor ni la habilidad de curar. Sin embargo, aquí no hay nadie más que yo; intento imitar el comportamiento tranquilo de mi madre cuando tiene un caso especialmente difícil.

—Bastante feo, ¿eh? —dice Peeta, que me observa con atención.

—Regular —respondo, encogiéndome de hombros como si no fuese gran cosa—. Deberías ver a algunas de las personas que le llevan a mi madre de las minas. —Me contengo para no añadir que suelo huir de la casa siempre que trata algo más grave que un resfriado. Bien pensado, ni siquiera me gusta estar cerca de la gente que tose—. Lo primero es limpiarla bien.

Le he dejado puestos los calzoncillos porque no tienen mala pinta y no quiero pasarlos por encima del muslo herido; bueno, vale, y también porque la idea de que esté desnudo me incomoda. Es otra de las habilidades de mi madre y Prim: la desnudez no tiene ningún efecto en ellas, no hace que se avergüencen. Lo más irónico es que, en este momento de los juegos, mi hermanita le sería más útil a Peeta que yo. Coloco mi trozo de plástico debajo de él para poder lavarlo del todo. Con cada botella que le echo encima, peor aspecto tiene la herida. El resto de su mitad inferior está bastante bien, sólo una picadura de rastrevíspula y unas cuantas quemaduras pequeñas que le trato rápidamente. Por otro lado, el corte de la pierna..., ¿cómo demonios voy a curarlo?

—¿Por qué no lo dejamos un momento al aire y...? —dejo la frase sin acabar.

—¿Y después lo curas? —responde Peeta. Es como si sintiese pena por mí, como

si supiese lo perdida que estoy.

—Eso. Mientras tanto, cómete esto.

Le pongo unas peras secas partidas por la mitad en la mano y vuelvo al arroyo a lavarle el resto de la ropa.

Una vez la tengo puesta a secar, examino el contenido del botiquín; son cosas bastante básicas: vendas, píldoras para la fiebre, medicinas para el dolor de estómago. Nada del calibre de lo que necesito para curarlo.

—Vamos a tener que experimentar —admito.

Sé que las hojas para las rastrevíspulas acaban con la infección, así que empiezo por ellas. A los pocos minutos de apretar la sustancia verde masticada en la herida, el pus empieza a bajarle por la pierna. Me digo que es buena señal y me muerdo con fuerza el interior de la mejilla, porque estoy a punto de echar fuera el desayuno.

—¿Katniss? —dice Peeta. Lo miro a los ojos y sé que debo de tener la cara verde—. ¿Y ese beso? —me dice moviendo los labios, pero sin emitir sonido alguno. Me echo a reír, porque todo esto es tan asqueroso que no puedo soportarlo—. ¿Va todo bien? —me pregunta, en un tono más inocente de lo normal.

—Es que..., es que no se me dan bien estas cosas. No tengo ni idea de qué estoy haciendo y odio el pus. ¡Puaj! —Me permito exclamar mientras limpio la primera ronda de hojas y aplico la segunda—. ¡Puaaaaj!

—¿Cómo puedes cazar?

—Créeme, matar animales es mucho más sencillo que esto. Aunque, por lo que sé, podría estar matándote.

—¿Puedes darte un poco más de prisa?

—No. Cierra el pico y cómete las peras.

Después de tres aplicaciones y de lo que parece un cubo entero de pus, la herida tiene mejor aspecto. Como la inflamación ha bajado un poco, veo la profundidad del corte de Cato: llega hasta el hueso.

—¿Y ahora qué, doctora Everdeen? —pregunta Peeta.

—Puedo ponerle un poco de pomada para las quemaduras. Creo que ayudaría con la infección. ¿Lo vendo? —Lo hago y todo parece mucho más manejable cuando está cubierto de algodón blanco y limpio, aunque, comparado con la venda estéril, el borde de sus calzoncillos parece sucio y lleno de bacterias. Saco la mochila de Rue—. Toma, cúbrete con esto y te lavo los calzoncillos.

—Oh, no me importa que me veas.

—Eres como el resto de mi familia. A mí sí me importa, ¿vale?

Me vuelvo y miro el arroyo hasta que los calzoncillos caen en la corriente. Debe de sentirse un poco mejor si es capaz de lanzarlos.

—¿Sabes? Para ser una cazadora letal eres un poco aprensiva —dice Peeta mientras le lavo la ropa interior entre dos piedras—. Ojalá te hubiese dejado darle la

ducha a Haymitch.

—¿Qué te ha enviado hasta ahora? —le pregunto, arrugando la nariz al recordar la escena.

—Nada de nada. —De repente, se da cuenta de algo y hace una pausa—. ¿Por qué? ¿A ti sí?

—La medicina para las quemaduras —respondo, casi con timidez—. Ah, y pan.

—Siempre supe que eras su favorita.

—Venga ya, si ni siquiera soporta estar en la misma habitación que yo.

—Porque os parecéis —murmura Peeta, aunque no le hago caso, porque no es momento para ponerme a insultar a Haymitch, que es mi primer impulso.

Dejo que Peeta se adormile mientras se le seca la ropa, pero, a última hora de la tarde, me da miedo que siga, así que le sacudo un poco el hombro.

—Peeta, tenemos que irnos ya.

—¿Irnos? —pregunta, como si estuviese aturdido—. ¿Adónde?

—Lejos de aquí. Quizás arroyo abajo, a algún lugar en el que podamos escondernos hasta que te pongas más fuerte. —Lo ayudo a vestirse y le dejo los pies descalzos para caminar por el agua; después lo levanto. Se queda pálido en cuanto apoya peso en la pierna—. Venga, puedes hacerlo.

Pero no puede; al menos, no por mucho tiempo. Recorremos cincuenta metros aguas abajo, él apoyado sobre mi hombro, y me doy cuenta de que va a desmayarse. Lo siento en la orilla, le pongo la cabeza entre las rodillas y le doy unas palmaditas torpes mientras examino la zona. Aunque está claro que me encantaría subirme a un árbol, no puede ser. Por otro lado, la cosa podría estar peor: hay algunas rocas que forman unas pequeñas estructuras similares a cuevas. Elijo una que está unos veinte metros por encima del arroyo. Cuando Peeta logra volver a levantarse, lo llevo medio a rastras hasta la cueva. La verdad es que me gustaría buscar un sitio mejor, pero habrá que conformarse con éste, porque mi aliado está rendido: cara blanca como la cal, jadeos y, aunque acaba de empezar a refrescar un poco, él tiembla.

Cubro el suelo de la caverna con una capa de agujas de pino, desenrollo el saco de dormir y lo meto dentro. Le doy un par de píldoras con agua cuando está despistado, pero se niega a comer, ni siquiera admite la fruta. Después se queda tumbado y me mira fijamente, y yo fabrico una especie de cortina con vides para ocultar la entrada. El resultado no es satisfactorio; un animal no lo miraría dos veces, pero un humano notaría en seguida que es artificial. La rompo en pedazos, frustrada.

—Katniss —me llama. Me vuelvo y le aparto el pelo de los ojos—. Gracias por encontrarme.

—Tú lo habrías hecho de ser al contrario —respondo.

Tiene la frente ardiendo, como si la medicina no tuviese efecto. De repente, sin más, me asusta que se muera.

—Sí. Mira, si no regreso... —empieza.

—No digas eso, no he sacado todo ese pus para nada.

—Lo sé, pero, por si acaso... —intenta seguir.

—No, Peeta, ni siquiera quiero hablar del tema —insisto, poniéndole los dedos en los labios para callarlo.

—Pero...

Siguiendo un impulso, me inclino y lo beso para que deje de hablar. De todos modos, es algo que seguramente tendría que haber hecho ya, puesto que, como bien dijo, se supone que estamos locamente enamorados. Es la primera vez que beso a un chico e imagino que tendría que causarme alguna impresión, pero sólo noto que sus labios tienen una temperatura poco natural por culpa de la fiebre. Me aparto y lo arropo con el borde del saco.

—No te vas a morir. Te lo prohíbo, ¿vale?

—Vale —susurra él.

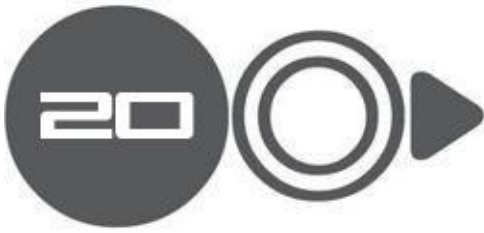
Salgo al fresco aire nocturno justo cuando el paracaídas cae del cielo. Deshago rápidamente el nudo con la esperanza de que sea una medicina de verdad para tratar la pierna de Peeta. Sin embargo, me encuentro con una olla de caldo caliente.

Haymitch no podía haberme enviado un mensaje más claro: un beso equivale a una olla de caldo. Casi lo oigo gruñir: «Se supone que estás enamorada, preciosa, y el chico se está muriendo. ¡Dame algo con lo que pueda trabajar!».

Y tiene razón: si quiero mantener vivo a Peeta debo darle a la audiencia algo más por lo que preocuparse. Los amantes trágicos desesperados por volver juntos a casa..., dos corazones latiendo al ritmo de uno..., romance.

Como nunca he estado enamorada, va a ser complicado. Pienso en mis padres, en que mi padre siempre le llevaba regalos a mi madre cuando iba al bosque; a mi madre se le iluminaba la cara al oír sus botas llegando a la puerta, y estuvo a punto de rendirse cuando él murió.

—¡Peeta! —exclamo, intentando poner aquel tono especial que usaba mi madre con mi padre. Se ha dormido otra vez, pero lo despierto con un beso, lo que parece sorprenderlo. Después sonrío, como si se alegrara de estar allí tumbado y poder mirarme por los siglos de los siglos. Se le dan bien estas cosas. Yo sostengo la olla en alto—. Peeta, mira lo que te ha enviado Haymitch.



Me paso una hora tratando de convencer a Peeta para que se trague el caldo, suplicándole, amenazándole y, sí, besándolo, hasta que al final, sorbito a sorbito, vacía la olla. Entonces dejo que se quede dormido y me ocupo de mí; me zampo una cena de granso y raíces mientras veo el informe diario en el cielo. No hay muertes. De todos modos, Peeta y yo le hemos ofrecido un día bastante interesante a la audiencia, así que, con suerte, los Vigilantes nos concederán una noche tranquila.

La costumbre hace que empiece a buscar un buen árbol para acurrucarme, antes de caer en la cuenta de que eso se acabó, al menos por un tiempo. No puedo dejar a Peeta sin protección en el suelo. No toqué nada en el lugar de su último escondite junto al arroyo (¿cómo iba a ocultar nada?), y estamos a cuarenta y cinco metros escasos de allí, aguas abajo. Me pongo las gafas, preparo las armas y me dispongo a montar guardia.

La temperatura baja rápidamente y, en pocos minutos, estoy helada como un polo. Al final me doy por vencida y me meto en el saco de dormir con Peeta. Está calentito y me acurruco con gusto hasta que me doy cuenta de que está algo más que calentito: es un horno, porque el saco está reflejando la fiebre de Peeta. Le pongo la mano en la frente y compruebo que está ardiendo y seca. No sé qué hacer. ¿Lo dejo en el saco y espero a que el exceso de calor lo haga sudar la fiebre? ¿Lo saco y espero a que el aire nocturno lo refresque? Acabo humedeciendo una venda y colocándosela en la cabeza. Parece poca cosa, pero no me atrevo a tomar ninguna decisión drástica.

Me paso la noche medio sentada, medio tumbada al lado de Peeta, refrescando la venda e intentando no pensar en que soy más vulnerable ahora que me he aliado con él que cuando estaba sola. Anclada en el suelo, en guardia, con un enfermo a mi cargo. Sin embargo, sabía que estaba herido y, a pesar de ello, vine a por él. Tengo que confiar en que el instinto que me hizo ir a buscarlo fuese acertado.

Cuando el cielo adquiere un tinte rosado, veo la capa de sudor sobre el labio de Peeta y descubro que le ha bajado la fiebre, no hasta la temperatura normal, pero sí varios grados. Como la noche anterior, cuando recogía vides, me encontré con uno de los arbustos de bayas que me había enseñado Rue, salgo a recoger la fruta y la aplasto en la olla del caldo, mezclándola con agua fría.

—Me desperté y no estabas —me dice Peeta, intentando levantarse, cuando llego a la cueva—. Estaba preocupado por ti.

—¿Que tú estabas preocupado por mí? —pregunto, sin poder evitar la risa, mientras lo tumbo otra vez—. ¿Te has echado un vistazo últimamente?

—Creía que Cato y Clove te habían encontrado. Les gusta cazar de noche —sigue diciendo él, todavía muy serio.

—¿Clove? ¿Quién es?

—La chica del Distrito 2. Sigue viva, ¿no?

—Sí. Estamos ellos, nosotros, Thresh y la Comadreja. Es el apodo de la chica del 5. ¿Cómo te sientes?

—Mejor que ayer. Esto es mucho mejor que el lodo: ropa limpia, medicinas, un saco de dormir... y tú.

Ah, vale, volvemos al tema del romance. Le toco la mejilla, y él me coge la mano y se la lleva a los labios. Recuerdo que eso mismo hacía mi padre con mi madre y me pregunto dónde lo habrá visto Peeta, porque seguro que no ha sido entre su padre y esa bruja con la que se casó.

—Se acabaron los besos hasta que comas —le digo.

Lo ayudo a apoyar la espalda en la pared y él se traga obedientemente las cucharadas de papilla de bayas que le doy, aunque otra vez se niega a probar el granso.

—No has dormido —me dice.

—Estoy bien —respondo, a pesar de que me encuentro agotada.

—Duerme un poco. Yo vigilaré. Te despierto si pasa algo. Katniss —sigue diciendo, al verme vacilar—, no puedes estar despierta para siempre.

En eso tiene razón, en algún momento tendré que dormir, y mejor hacerlo ahora que Peeta está relativamente alerta y tenemos la luz del sol a nuestro favor.

—Vale, pero sólo unas cuantas horas; después me despiertas.

Ahora hace demasiado calor para el saco de dormir, así que lo coloco sobre el suelo de la cueva y me tumbo encima, con el arco cargado en una mano, por si tengo que disparar en cuestión de segundos. Peeta se sienta a mi lado, apoyado en la pared, con la pierna mala estirada delante de él y los ojos clavados en el mundo exterior.

—Duérmete —me dice en voz baja, y me aparta los mechones de pelo que me caen sobre la frente. A diferencia de los besos y caricias de mentira que nos hemos dado hasta ahora, este gesto resulta natural y tranquilizador. No quiero que se pare, y él no lo hace; me sigue acariciando el pelo hasta que me quedo dormida.

Demasiado, he dormido demasiado. Lo sé en cuanto abro los ojos y veo que ya no es por la tarde. Peeta está a mi lado, en la misma posición. Me incorporo, sintiéndome algo a la defensiva, aunque llevo días sin encontrarme tan bien.

—Peeta, se suponía que ibas a despertarme en un par de horas.

—¿Para qué? Aquí no ha pasado nada. Además, me gusta verte dormir; no frunces el ceño, lo que mejora mucho tu aspecto.

Obviamente, eso me hace fruncir el ceño, y él sonrío. Entonces me doy cuenta de lo secos que tiene los labios. Le toco la mejilla y está tan caliente como una estufa de carbón. Me asegura que ha estado bebiendo, pero a mí me parece que los contenedores están llenos. Le doy más píldoras para la fiebre y me quedo a su lado mientras se bebe primero un litro de agua y después otro. Le curo las heridas leves, las quemaduras y las picaduras, que tienen mejor aspecto. A continuación me preparo mentalmente y le quito la venda a la pierna.

Se me cae el alma a los pies, porque está peor, mucho peor. Ya no hay pus al aire, pero se ha hinchado más, y la piel, tirante y reluciente, está inflamada. Entonces veo las líneas rojas que le empiezan a subir por la pierna: septicemia. Si no recibe atención médica, morirá; las hojas masticadas y la pomada no cambiarán nada en absoluto, necesitamos medicinas fuertes para la infección, medicinas del Capitolio. No tengo ni idea de cuánto podría costar algo tan potente; si Haymitch recoge las donaciones de todos los patrocinadores, ¿será suficiente? Lo dudo. Los regalos suben de precio cuanto más duran los juegos; lo que sirve para comprar una comida completa en el primer día, sólo da para una galleta salada en el decimosegundo. Y la clase de medicamento que necesita Peeta es cara desde el principio.

—Bueno, está más hinchado, pero no hay pus —digo, con voz temblorosa.

—Sé lo que es la septicemia, Katniss, aunque mi madre no sea sanadora.

—Simplemente significa que vas a tener que sobrevivir a los otros, Peeta. Te curarán en el Capitolio, cuando ganemos.

—Sí, buen plan —responde, pero me da la impresión de que lo hace por mí.

—Tienes que comer y mantenerte fuerte. Voy a hacerte una sopa.

—No enciendas un fuego, no merece la pena.

—Ya veremos.

Cuando meto la olla en el arroyo, me asombra el calor brutal que hace. Juraría que los Vigilantes están subiendo la temperatura poco a poco por el día y bajándola al máximo por la noche. Sin embargo, el calor de las piedras cocidas al sol junto al arroyo me da una idea; quizá no haga falta encender una hoguera.

Me coloco sobre una gran roca plana, a medio camino entre el arroyo y la cueva. Después de purificar media olla de agua, la coloco al sol y añado varias piedras calientes del tamaño de huevos. Soy la primera en reconocer que no valgo mucho como cocinera, pero, como la sopa consiste, básicamente, en echarlo todo dentro de una olla y esperar, es una de mis especialidades. Pico el granso hasta que es poco más que papilla y aplasto algunas de las raíces de Rue. Por suerte, las dos cosas se habían asado antes, así que sólo hay que calentar. Gracias al sol y las rocas, el agua está ya caliente. Echo dentro la carne y las raíces, cambio las rocas frías por otras calientes y voy en busca de alguna verdura que le dé un poco de sabor. No tardo en descubrir unos cebollinos que crecen en la base de unas rocas. Perfecto. Los pico y los meto en

la olla, vuelvo a cambiar las rocas, le pongo la tapa y dejo que todo se cueza.

No he visto muchas presas por aquí, pero no me siento cómoda dejando a Peeta solo mientras cazo, así que coloco una docena de trampas de lazo y espero tener suerte. Me pregunto cómo les irá a los demás tributos sin su principal fuente de alimentación. Al menos tres de ellos, Cato, Clove y la Comadreja, dependían de ella, aunque seguramente Thresh no. Tengo la sensación de que comparte algunos de los conocimientos de Rue sobre cómo alimentarse de la tierra. ¿Estarán luchando entre ellos? ¿Buscándonos? Quizá uno nos haya localizado y esté esperando el momento oportuno para atacar. La idea hace que vuelva a la cueva.

Peeta está tumbado sobre el saco de dormir, a la sombra de las rocas. Aunque se anima un poco cuando entro, está claro que se siente fatal. Le pongo una tela fresca en la cabeza, pero se calienta en cuanto le toca la piel.

—¿Quieres algo? —le pregunto.

—No, gracias. Espera, sí: cuéntame un cuento.

—¿Un cuento? ¿Sobre qué?

No soy una gran cuentacuentos, se parece mucho a cantar. Sin embargo, de vez en cuando, Prim me saca alguno.

—Uno que sea alegre. Cuéntame el día más feliz que puedas recordar.

Dejo escapar un sonido, mezcla de suspiro y exasperación. ¿Que le cuente algo alegre? Me va a costar más trabajo que hacer la sopa. Me devano los sesos en busca de buenos recuerdos, pero la mayoría son sobre Gale y yo cazando en el bosque, y, por algún motivo, me parece que no les gustarían ni a Peeta ni a la audiencia. Eso me deja a Prim.

—¿Te he contado alguna vez cómo conseguí la cabra de Prim? —pregunto, y él sacude la cabeza y espera, ilusionado, así que empiezo, aunque con precaución, porque mis palabras se van a oír por todo Panem.

Está claro que la gente ha sumado dos más dos y sabe de mi caza furtiva, pero no quiero buscarles problemas a Gale, Sae la Grasieta, la carnicera y los agentes de la paz de casa que me compren la carne, y eso es justo lo que haría si anunciase públicamente que ellos también infringen la ley.

Ésta es la verdadera historia de cómo conseguí el dinero para la cabra de Prim, *Lady*. Un viernes de mayo por la noche, el día antes del décimo cumpleaños de Prim, Gale y yo nos fuimos al bosque en cuanto acabó el colegio, porque yo quería recoger lo suficiente para comprarle un regalo a mi hermana. Pensaba en una tela nueva para un vestido o en un cepillo para el pelo. Nuestras trampas habían funcionado bien y el bosque estaba repleto de verduras, pero no más que cualquier otra noche de viernes. Decepcionada, regresamos a casa, aunque Gale decía que nos iría mejor al día siguiente. Estábamos descansando un momento junto a un arroyo cuando lo vimos: un joven ciervo, probablemente de un año, por su aspecto; empezaban a salirle los

cuernos, pequeños y cubiertos de terciopelo. Estaba preparado para huir, pero dudaba de nosotros, porque no estaba acostumbrado a los humanos. Era precioso.

Quizá dejó de ser tan precioso cuando recibió los dos flechazos, uno en el cuello y el otro en el pecho: Gale y yo habíamos disparado a la vez. El ciervo intentó correr, pero tropezó y el cuchillo de Gale le cortó el cuello antes de que el animal supiese lo que pasaba. Por un momento sentí una punzada de dolor ante la muerte de algo tan joven y tierno, aunque después me gruñó el estómago al pensar en toda aquella carne joven y tierna.

¡Un ciervo! Gale y yo sólo habíamos cazado tres en total. El primero era una hembra que tenía una pata herida, así que casi no contaba. Sin embargo, de aquella experiencia habíamos aprendido a no llevar la presa a rastras hasta el Quemador, porque había sido el caos: compradores pujando por las piezas e intentando arrancarlas ellos mismos. Sae la Grasieta había intervenido y nos había enviado con la cierva a la carnicera, pero el animal estaba destrozado, le habían quitado trozos de carne y tenía la piel llena de agujeros. Aunque todos pagaron lo justo, la presa perdió valor.

Por eso, cuando cazamos el ciervo, esperamos a que oscureciese para meternos por el agujero de la alambrada que estaba más cerca de la carnicera. A pesar de que todos supieran que cazábamos, no era buena cosa que nos vieran arrastrar un ciervo de sesenta y ocho kilos por las calles del Distrito 12 a plena luz del día, como si se lo restregásemos en las narices a los funcionarios.

La carnicera, una mujer bajita y regordeta llamada Rooba, abrió la puerta trasera cuando llamamos. Con Rooba no se regatea: ella te da un precio y tú lo tomas o lo dejas; pero es un precio justo. Aceptamos su oferta por el ciervo y ella añadió un par de filetes de venado que podríamos recoger después de que lo despiezase. Incluso dividiendo el dinero entre los dos, ni Gale ni yo habíamos tenido tanto junto en nuestra vida. Decidimos guardarlo en secreto y sorprender a nuestras familias con la carne y el dinero a la noche siguiente.

En realidad, así es como conseguí el dinero para la cabra, pero a Peeta le dije que vendí un antiguo medallón de plata de mi madre. Eso no le hace mal a nadie. Después sigo con la historia a partir de la tarde del cumpleaños de Prim.

Gale y yo fuimos al mercado de la plaza a comprar telas para el vestido de Prim. Mientras acariciaba un trozo de grueso algodón azul, algo me llamó la atención. Al otro lado de la Veta vivía un anciano con un pequeño rebaño de cabras; no sé su verdadero nombre, pero todos lo llaman el hombre de las cabras. Tiene las articulaciones hinchadas y retorcidas en extraños ángulos, además de una tos seca que demuestra que trabajó muchos años en las minas. Pero es un tipo con suerte: en algún momento consiguió ahorrar lo suficiente para comprar las cabras, y ahora tiene algo que hacer en su vejez, en vez de morir de hambre poco a poco. Aunque es sucio e

impaciente, sus cabras están limpias y su leche es buena, si tienes dinero para pagarla.

Una de las cabras, una blanca con manchas negras, estaba tumbada en un carro y no resultaba difícil averiguar por qué: algo, probablemente un perro, le había mordido la paletilla, y se le había infectado. Estaba mal, el hombre de las cabras tenía que levantarla para ordeñar, pero se me ocurrió que conocía a la persona perfecta para curarla.

—Gale —susurré—, quiero esa cabra para Prim.

Tener una cabra podía cambiarte la vida en el Distrito 12; esos animales se alimentan de casi cualquier cosa, la Pradera es un lugar perfecto para darles de comer, y pueden proporcionar casi cuatro litros de leche al día: para beber, para hacer queso y para vender. Ni siquiera va contra la ley.

—Está malherida —dijo Gale—. Será mejor que le echemos un vistazo más de cerca.

Nos acercamos y compré una taza de leche para compartir; después nos pusimos delante de la cabra, como si sintiésemos curiosidad y no tuviésemos nada mejor que hacer.

—Dejadla en paz —dijo el hombre.

—Sólo estamos mirando —respondió Gale.

—Bueno, pues mirad de prisa. Va directa a la carnicería. Casi nadie compra su leche y, si la compran, pagan la mitad.

—¿Qué te da la carnicera por ella? —le pregunté.

—Espera a ver —contestó el hombre, encogiéndose de hombros. Me volví y vi que Rooba se acercaba a nosotros—. Qué bien que aparezcas —le dijo el hombre de las cabras cuando llegó—. Esta chica de aquí le ha echado el ojo a tu cabra.

—No, si ya está apalabrada —repuse, intentando sonar despreocupada.

—No lo está —dijo Rooba, mirándome de arriba abajo; después miró hacia la cabra con el ceño fruncido—. Mira esa paletilla, seguro que la mitad del bicho estará tan podrido que no me valdrá ni para salchichas.

—¿Qué? Teníamos un trato.

—Teníamos un trato por un animal con unas cuantas marcas de dientes, no por esto. Véndesela a la chica, si es lo bastante tonta para comprarla.

Antes de alejarse, vi que Rooba me guiñaba un ojo.

El hombre de las cabras estaba enfadado, pero seguía queriendo quitarse la cabra de encima. Tardamos media hora en acordar un precio, y ya teníamos a nuestro alrededor a una multitud de espectadores deseosos de dar su opinión. Era un trato excelente si la cabra vivía, pero un robo si se moría. Todos querían llevar razón, mientras yo me limitaba a llevarme la cabra.

Gale se ofreció a cargar con ella; creo que quería ver la cara de Prim tanto como yo. En un momento de absoluta felicidad, compré un lazo rosa y se lo até al cuello, y

después corrimos a mi casa.

La reacción de Prim cuando entramos con la cabra fue para verla; hay que recordar que es la misma chica que lloró hasta que logró salvar a aquel horroroso gato viejo, *Buttercup*. Estaba tan emocionada que empezó a llorar y a reír a la vez; mi madre no estaba tan segura, al ver la herida, pero las dos se pusieron a trabajar con ella, aplicándole hierbas y engatusando al animal para que se tragase sus brebajes.

—Suenan como tú —dice Peeta. Casi se me había olvidado que estaba conmigo.

—Oh, no, Peeta, ellas saben hacer magia. Esa cosa no podría haberse muerto ni queriendo —respondo, aunque me muerdo la lengua, porque me doy cuenta de lo que le parecerá mi afirmación a él, que se muere en mis incompetentes manos.

—No te preocupes, que no quiero —bromea—. Termina la historia.

—Bueno, eso es todo. Sólo que recuerdo que aquella noche Prim insistió en dormir con *Lady* en una manta junto al fuego y que, justo antes de dormirse las dos, la cabra le lamió la mejilla, como si le diese un beso de buenas noches o algo así. Ya estaba loca por ella.

—¿Todavía llevaba puesto el lazo rosa?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Intento imaginármelo —responde, pensativo—. Ahora entiendo por qué fue un día feliz.

—Bueno, sabía que esa cabra era una mina de oro.

—Sí, claro que me refería a eso, no a la inmensa alegría que le diste a tu hermana, a la que quieres tanto que ocupaste su lugar en la cosecha —dice Peeta, en tono irónico.

—La cabra se ha amortizado con creces —insisto, con aire de superioridad.

—Bueno, no se atrevería a lo contrario, teniendo en cuenta que le salvaste la vida. Pretendo hacer lo mismo.

—¿De verdad? ¿Y cuánto decías que me has costado?

—Muchos problemas. No te preocupes, te lo pagaré con intereses.

—No dices más que tonterías —respondo, y le toco la frente. La fiebre no hace más que subir—. Aunque estás un poco más fresco.

El sonido de las trompetas me sorprende; me pongo en pie de un salto y me asomo corriendo a la entrada de la cueva; no quiero perderme ni una sílaba. Es mi nuevo mejor amigo, Claudius Templesmith, y, como esperaba, nos invita a un banquete. Bueno, no tenemos tanta hambre y, literalmente, descarto su propuesta moviendo la mano con indiferencia, hasta que dice:

—Una cosa más: puede que algunos estéis ya rechazando mi invitación, pero no se trata de un banquete normal. Cada uno de vosotros necesita una cosa desesperadamente. —Sí que necesito algo desesperadamente, algo para curar la pierna de Peeta—. En la Cornucopia, al alba, encontraréis lo que necesitáis en una

mochila marcada con el número de vuestro distrito. Pensadlo bien antes de descartarlo. Para algunos, será vuestra última oportunidad.

Se acabó, sólo quedan sus palabras, flotando en el aire. Peeta me coge de los hombros por detrás y me asusta.

—No —me dice—. No vas a arriesgar la vida por mí.

—¿Y quién ha dicho que piense hacerlo?

—Entonces, ¿no vas?

—Claro que no voy, ¿por quién me tomas? ¿Crees que voy a meterme en una barra libre con Cato, Clove y Thresh? No seas estúpido —respondo, ayudándolo a volver a la cama—. Dejaré que luchen entre ellos y veremos quién sale en el cielo mañana por la noche; después pensaremos en un plan.

—Qué mal mientes, Katniss, no sé cómo has sobrevivido tanto tiempo. —Empieza a imitarme—. «Sabía que esa cabra era una mina de oro. Estás un poco más fresco. Claro que no voy». —Sacude la cabeza—. Será mejor que no te dediques a las cartas, porque perderías hasta la camisa.

—Vale, sí que voy, ¡y no puedes detenerme! —exclamo, con la cara roja de rabia.

—Puedo seguirte, al menos un trecho. Quizá no llegue a la Cornucopia, pero, si voy detrás de ti gritando tu nombre, seguro que alguien me encuentra. Así moriré, y punto.

—No podrías recorrer ni cien metros con esa pierna.

—Entonces, me arrastraré. Si tú vas, yo voy.

Es lo bastante cabezón y, quizá, lo bastante fuerte para hacerlo, para salir aullando por el bosque detrás de mí. Aunque no lo encuentre un tributo, podría hacerlo otra cosa, y él no puede defenderse. Si quiero ir sola, voy a tener que emparedarlo aquí dentro. Además, ¿quién sabe el daño que podría hacerle el esfuerzo?

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme a verte morir? —digo, porque tiene que saber que no es una opción, que la audiencia me odiaría y, sinceramente, yo también me odiaría si ni siquiera lo intentara.

—No me moriré, te lo prometo, si tú me prometes que no irás.

Estamos en tablas. Sé que no puedo convencerlo de esto, así que no lo intento y finjo aceptarlo a regañadientes.

—Entonces tendrás que hacer lo que te diga, beberte el agua, despertarme cuando te lo pida y comerte toda la sopa, ¡aunque esté asquerosa!

—De acuerdo. ¿Está ya?

—Espera aquí.

El aire se ha vuelto frío, aunque el sol no se ha puesto. Yo tenía razón, los Vigilantes están jugando con la temperatura. Me pregunto si uno de los tributos necesitará desesperadamente una buena manta. La sopa sigue calentita en su olla de hierro y, de hecho, tampoco está tan asquerosa.

Peeta se la come sin quejarse, e incluso rebaña la olla para demostrar su entusiasmo. Divaga sobre lo deliciosa que está, lo que debería animarme, de no ser porque sé lo que le hace la fiebre a la gente. Es como escuchar a Haymitch antes de que el alcohol lo deje del todo incoherente. Le doy otra dosis de la medicina para la fiebre antes de que se le vaya por completo la cabeza.

Cuando me acerco al arroyo para lavarme, sólo puedo pensar en que morirá si no acudo al banquete. Lo mantendré con vida un par de días y después la infección le llegará al corazón, al cerebro o a los pulmones y acabará con él. Y yo me quedaré aquí sola, otra vez, esperando a los demás.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que casi me pierdo el paracaídas, aunque flota delante de mis narices. Salto a cogerlo, lo saco del agua y arranco la tela plateada para conseguir el frasco. ¡Haymitch lo ha conseguido! Ha conseguido la medicina, no sé cómo, habrá convencido a un grupo de románticos idiotas para que vendieran sus joyas. ¡Puedo salvar a Peeta! Sin embargo, es un frasco muy pequeño, debe de ser muy fuerte para curar a alguien tan enfermo. Empieza a corroerme la duda, así que destapo el frasco y lo huelo; se me cae el corazón a los pies cuando me llega el aroma dulzón. Para asegurarme, me echo una gota en la punta de la lengua: no cabe duda, es jarabe somnífero. Es una medicina común en el Distrito 12, barata para ser medicina, aunque muy adictiva. Casi todos han tomado una dosis en algún momento. Nosotras tenemos un poco en casa, y mi madre se la da a los pacientes histéricos, de modo que se duerman y ella pueda coser una herida fea, tranquilizarlos o sólo mitigar su dolor durante la noche. Sólo hace falta un poquito, un frasco de este tamaño podría tumbar a Peeta durante un día entero, pero ¿de qué me sirve eso? Me pongo tan furiosa que estoy a punto de tirar al arroyo el último regalo de Haymitch, hasta que caigo en la cuenta: ¿un día entero? Es más de lo que necesito.

Aplasto un puñado de bayas para que no se note tanto el sabor y añado algunas hojas de menta, por si acaso. Después, regreso a la cueva.

—Te he traído un regalo. He encontrado otro arbusto de bayas un poco más abajo.

Peeta abre la boca sin vacilar para tragarse el primer bocado, pero, acto seguido, frunce un poco el ceño.

—Están muy dulces.

—Sí, son almezas; mi madre las utiliza para hacer mermelada. ¿Es que no las habías probado antes? —pregunto, metiéndole la siguiente cucharada en la boca.

—No —responde él, casi perplejo—, pero me suena el sabor. ¿Almezas?

—Bueno, no es fácil encontrarlas en el mercado, son silvestres —respondo; otra cucharada dentro, sólo me queda una.

—Son tan dulces como el jarabe —dice él, tomándose la última—. Jarabe.

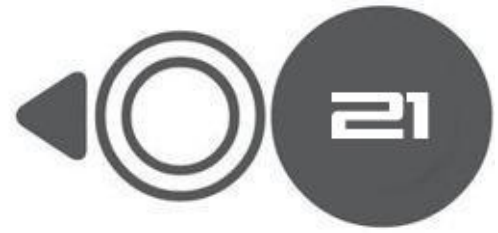
Peeta abre mucho los ojos al darse cuenta de la verdad, pero yo le tapo con fuerza la boca y la nariz, obligándolo a tragar en vez de a escupir. Él intenta vomitar la

papilla, pero es demasiado tarde: ya empieza a perder la conciencia. Mientras se va, leo en sus ojos que no me lo perdonará nunca.

Me echo atrás, en cuclillas, y lo miro con una mezcla de tristeza y satisfacción. Se ha manchado la barbilla con una de las bayas, así que se la limpio.

—¿Quién era la que no podía mentir, Peeta? —digo, aunque sé que no puede oírme.

Da igual: el resto de Panem sí puede.



En las horas que quedan para que anochezca me dedico a recoger rocas y hacer todo lo posible por camuflar la abertura de la cueva. Es un proceso lento y arduo, pero, después de mucho sudar y mover cosas de sitio, me siento satisfecha: ahora la cueva parece formar parte de una pila de rocas de mayor tamaño, como muchas de las que tenemos cerca. Todavía puedo llegar hasta Peeta a través de un pequeño agujero, pero no se ve desde el exterior. Eso es bueno, porque esta noche tendremos que compartir saco de nuevo. Además, si no regreso del banquete, Peeta estará escondido, aunque no del todo atrapado. En cualquier caso, dudo que pueda aguantar mucho más sin medicinas. Si muero en el banquete, es muy probable que el Distrito 12 no tenga vencedor este año.

Me como unos cuantos pececillos de esta parte del arroyo, que tienen un montón de espinas, lleno todos los contenedores de agua y la purifico, y limpio mis armas. Me quedan nueve flechas en total. Medito si debo dejarle a Peeta el cuchillo para que tenga alguna protección mientras no esté con él, pero no tiene sentido. El chico estaba en lo cierto: su última defensa es el camuflaje. Sin embargo, a mí sí podría servirme el cuchillo. ¿Quién sabe con qué me encontraré?

Estoy bastante segura de algunas cosas; por ejemplo, de que Cato, Clove y Thresh, como mínimo, estarán cerca cuando empiece el banquete. No estoy segura de qué hará la Comadreja, ya que la confrontación directa no es ni su estilo, ni su punto fuerte. Es más pequeña que yo y va desarmada, a no ser que haya conseguido algún arma después. Probablemente se quedará en algún lugar cercano y esperará a ver qué puede rapiñar. Sin embargo, los otros tres... Voy a tener las manos llenas. La habilidad para matar desde lejos es mi mayor ventaja, pero sé que tendré que entrar en el meollo para conseguir esa mochila, la que tiene el número 12, según dijo Claudius Templesmith.

Observo el cielo con la esperanza de contar con un adversario menos al alba, pero no aparece nadie. Mañana habrá rostros ahí arriba, porque los banquetes siempre tienen víctimas.

Me arrastro hasta el interior de la cueva, me coloco las gafas y me acurruco al lado de Peeta. Por suerte, esta noche he podido dormir bien; tengo que quedarme despierta. Aunque en realidad no creo que nos ataquen esta noche, tengo que estar despierta al alba.

Esta noche hace frío, muchísimo frío, como si los Vigilantes hubiesen introducido una corriente de aire helado en el estadio, suposición que puede ser correcta. Me tumbo junto a Peeta dentro del saco e intento absorber todo el calor que le provoca la fiebre. Resulta extraño estar tan cerca de forma física de alguien que está mentalmente tan lejos. El chico ahora mismo podría estar en el Capitolio o en el Distrito 12, incluso en la luna, por lo que a mí respecta. No me había sentido tan sola desde que entré en los juegos.

«Tienes que aceptar que será una mala noche, ya está», me digo.

Aunque intento no hacerlo, no puedo evitar pensar en mi madre y Prim, preguntarme si lograrán dormir un poco esta noche. A estas alturas de los juegos, con un acontecimiento tan importante como el banquete, seguramente habrán cancelado las clases. Mi familia puede verlo en ese cacharro lleno de estática que tenemos en casa o unirse a la multitud en la plaza, para verlo en las nítidas pantallas gigantescas. En casa tendrá intimidad, pero en la plaza recibirán apoyo, los vecinos les dedicarán palabras amables y les darán algo de comida, si pueden. Me pregunto si el panadero las habrá buscado, sobre todo ahora que Peeta y yo formamos equipo, y habrá cumplido su promesa de procurar que mi hermana tenga el estómago lleno.

En el Distrito 12 deben de estar bastante contentos, porque casi nunca nos quedan participantes cuando el juego está tan avanzado. Seguro que todos están emocionados con Peeta y conmigo, sobre todo desde nuestro reencuentro. Si cierro los ojos, me imagino cómo le gritan a las pantallas, animándonos; veo sus caras vitoreándonos, la de Sae la Grasieta, la de Madge e incluso las de los agentes de la paz que me compran la carne.

Y Gale. Lo conozco, él no estará gritando y lanzando vítores, sino que observará cada momento y cada detalle, e intentará hacerme volver a casa a fuerza de voluntad. ¿Estará deseando que Peeta también lo consiga? Gale no es mi novio, pero ¿lo sería si le abriese esa puerta? Habló de huir juntos. ¿Era una idea práctica para aumentar nuestras probabilidades de supervivencia fuera del distrito? ¿O era algo más?

Me pregunto qué pensará de tanto besuqueo.

A través de una grieta en las rocas veo la luna avanzar por el cielo. Cuando calculo que faltan unas tres horas para el alba, empiezo a prepararme. Procuero dejarle a Peeta cerca el agua y el botiquín de primeros auxilios; lo demás no le servirá de nada si no regreso, y ni siquiera estas cosas podrán mantenerlo vivo mucho tiempo. Después de pensarlo un poco, le quito la chaqueta y me la pongo encima de la mía. Él no la necesita, ya que está dentro del saco y con la fiebre muy alta; además, durante el día, si no estoy con él para quitársela, se asará vivo con ella. Ya tengo las manos entumecidas por el frío, así que cojo el par de calcetines de reserva de Rue, les hago agujeros para los dedos y me los pongo. Ayuda un poco. Lleno su mochilita de comida, una botella de agua y vendas, me meto el cuchillo en el cinturón, y cojo el

arco y las flechas. Cuando estoy a punto de irme, recuerdo la importancia de mantener la rutina de amantes trágicos y me inclino sobre Peeta para darle un largo beso. Me imagino los suspiros llorosos del Capitolio y finjo que me enjugo las lágrimas. Después me meto por la abertura de las rocas y salgo a la noche.

Mi aliento forma nubecillas blancas al entrar en contacto con el aire; hace tanto frío como en una noche de noviembre en casa, una noche en los bosques, linterna en mano, en la que corro a reunirme con Gale en un lugar previamente acordado para acurrucarnos juntos bebiendo una infusión, envueltos en mantas, con la esperanza de que pase por allí alguna presa conforme se acerque la mañana.

«Oh, Gale —pienso—, si estuvieras aquí para guardarme las espaldas...».

Me muevo todo lo deprisa que me atrevo. Las gafas son extraordinarias, aunque sigo echando mucho de menos el uso de mi oído izquierdo. No sé qué hizo la explosión, pero creo que ha estropeado algo de forma irreparable. Da igual, si vuelvo a casa seré tan asquerosamente rica que podré pagar a alguien para que oiga por mí.

El bosque siempre parece distinto por la noche; incluso con las gafas, todo tiene un ángulo desconocido, como si los árboles, flores y piedras del día se hubiesen ido a dormir y hubiesen enviado como sustitutos a unas versiones más siniestras. No intento nada peligroso, como escoger una nueva ruta, sino que vuelvo al arroyo y sigo el mismo recorrido de vuelta al escondite de Rue, cerca del lago. Por el camino no veo ni rastro de los demás tributos, ni una nube de vaho, ni una rama moviéndose. O soy la primera o los otros se buscaron un sitio ayer por la noche. Cuando me meto en la maleza para esperar a que empiece a correr la sangre, todavía queda más de una hora, quizá dos, para que amanezca.

Mastico un par de hojas de menta: mi estómago no da para más. Por suerte, tengo la chaqueta de Peeta además de la mía; si no, habría tenido que moverme para entrar en calor. El cielo adquiere un tono de mañana gris brumosa y sigue sin haber ni rastro de los demás. La verdad es que no me sorprende, ya que todos han destacado por su fuerza, capacidad asesina o astucia. ¿Supondrán que llevo a Peeta conmigo? Dudo que la Comadreja y Thresh sepan que está herido, lo que me viene bien, porque quizá así crean que él me cubre cuando vaya a por la mochila.

Pero ¿dónde la han puesto? El estadio ya está lo bastante iluminado para quitarme las gafas. Oigo los cantos de los pájaros diurnos, ¿no es ya la hora? Durante un segundo me entra el pánico de estar en el sitio equivocado. Sin embargo, no, recuerdo bien que Claudius Templesmith habló de la Cornucopia, y aquí está. Y aquí estoy. Entonces, ¿dónde está mi banquete?

Justo cuando el primer rayo de sol se refleja en la Cornucopia de oro, noto movimiento en el llano. El suelo delante de la boca del cuerno se divide en dos y surge una mesa redonda con un mantel blanco como la nieve. En la mesa hay cuatro mochilas, dos negras grandes con los números 2 y 11, una mediana verde con el

número 5, y una diminuta naranja (lo cierto es que podría llevarla colgada de la muñeca) que debe de tener un 12.

A los pocos segundos de oír el clic de la mesa al encajar en el suelo, una figura sale corriendo de la Cornucopia, agarra la mochila verde y se aleja a toda prisa. ¡Es la Comadreja! ¡Ella era la única capaz de salir con una idea tan genial y arriesgada! Los demás seguimos colocados alrededor del llano, analizando la situación, y ella ya tiene su mochila. Además, nos ha atrapado, porque nadie quiere perseguirla, no con las otras mochilas sobre la mesa, vulnerables. La Comadreja debe de haber dejado allí las otras a propósito, porque sabía que robar una con otro número haría que alguien la persiguiese. ¡Ésa tendría que haber sido mi estrategia! Mientras yo experimento sorpresa, admiración, rabia, celos y, por último, frustración, su mata de pelo rojizo ya ha desaparecido entre los árboles, fuera del alcance de mi arco. Ummm. Siempre temo a los otros, pero quizá sea la Comadreja la verdadera contrincante.

Encima, me ha costado tiempo, porque ahora queda claro que tengo que ser la siguiente. Si alguien llega a la mesa antes que yo, no le costará llevarse mi paquete y largarse. Sin vacilar, salgo corriendo hacia la mesa y noto el peligro antes de verlo. Por suerte, el primer cuchillo se dirige a mi lado derecho, así que lo oigo y soy capaz de desviarlo con el arco. Me vuelvo, tenso la cuerda y lanzo una flecha directa al corazón de Clove. Ella se vuelve lo justo para evitar un blanco mortal, pero la punta le agujerea el antebrazo izquierdo. Aunque es una pena que no sea zurda, me basta para frenarla durante unos segundos, ya que tiene que sacarse la flecha del brazo y examinar la gravedad de la herida. Yo me sigo moviendo y coloco otra flecha de forma automática, como sólo sabe hacer alguien que lleva muchos años cazando.

Ya he llegado a la mesa, cojo la mochilita naranja, meto la mano entre las correas y me la pongo en el brazo, porque es demasiado pequeña para encajar en cualquier otra parte de mi anatomía. Me vuelvo para disparar de nuevo cuando el segundo cuchillo me da en la frente. Me hace un corte encima de la ceja derecha, me ciega un ojo y me llena la boca de sangre. Me tambaleo y retrocedo, pero consigo lanzar la flecha que tengo preparada hacia mi atacante, más o menos. En cuanto sale, sé que no acertaré; entonces Clove se me echa encima, me derriba boca arriba y me sujeta los hombros contra el suelo con las rodillas.

«Se acabó», pienso, y, por el bien de Prim, espero que sea rápido.

Sin embargo, ella quiere saborear el momento, incluso cree tener tiempo. Sin duda, Cato está cerca, protegiéndola, esperando a Thresh y, posiblemente, a Peeta.

—¿Dónde está tu novio, Distrito 12? ¿Sigue vivo? —me pregunta.

—Está aquí al lado, cazando a Cato —respondo; bueno, mientras hablemos, seguiré viva. Grito a todo pulmón—: ¡Peeta!

Clove me da un puñetazo a la altura de la tráquea, lo que sirve a la perfección para callarme. Sin embargo, mueve la cabeza de uno a otro lado, por lo que entiendo

que, durante un instante, ha pensado que le estaba diciendo la verdad. Como no aparece ningún Peeta para salvarme, se vuelve de nuevo hacia mí.

—Mentirosa —dice, sonriendo—. Está casi muerto, Cato sabe bien dónde cortó. Seguramente lo tienes atado a la rama de un árbol mientras intentas que no se le pare el corazón. ¿Qué hay en esa mochilita tan mona? ¿La medicina para tu chico amoroso? Qué pena que no la vaya a ver. —Clove se abre la chaqueta y veo que está forrada con una impresionante colección de cuchillos. Selecciona con parsimonia uno de aspecto casi delicado, con una cruel hoja curva—. Le prometí a Cato que, si me dejaba acabar contigo, le daría a la audiencia un buen espectáculo. —Me retuerzo para intentar desequilibrarla, pero no lo consigo. Pesa demasiado y me tiene bien cogida—. Olvídalo, Distrito 12, vamos a matarte, igual que a tu lamentable aliada..., ¿cómo se llamaba? ¿La que iba saltando por los árboles? ¿Rue? Bueno, primero Rue, después tú y después creo que dejaremos que la naturaleza se encargue del chico amoroso. ¿Qué te parece? Bien, ¿por dónde empiezo?

Me limpia con la manga de la chaqueta la sangre de la herida, sin mucha delicadeza. Me observa la cara durante un momento, volviéndola a un lado y otro, como si fuese un bloque de madera y estuviese decidiendo qué diseño tallar. Intento morderle la mano, pero ella me coge el pelo de la parte de arriba de la cabeza y me obliga a apoyarla en el suelo.

—Creo... —Parece tan contenta que sólo le falta ronronear—. Creo que empezaré con tu boca.

Aprieto los dientes mientras ella traza, burlona, el perfil de mis labios con la punta del cuchillo.

No voy a cerrar los ojos. El comentario sobre Rue me ha puesto furiosa, lo bastante furiosa como para morir con alguna dignidad, creo. Mi último acto de desafío será mirarla a los ojos hasta que no pueda seguir viendo, lo cual no será mucho, pero lo haré. No gritaré, moriré invicta, a mi discreta manera.

—Sí, creo que ya no te hacen mucha falta los labios. ¿Quieres enviarle un último beso al chico amoroso? —me pregunta. Reúno sangre y saliva en la boca, y se lo escupo todo a la cara. Ella se pone roja de rabia—. De acuerdo, vamos a empezar.

Me preparo para el atroz dolor que se avecina, pero, cuando siento que la punta del cuchillo me hace el primer corte en el labio, una fuerza terrible arranca a Clove de mi cuerpo; la oigo gritar. Al principio estoy demasiado aturdida para entender qué ha pasado. ¿Ha venido Peeta a salvarme, de algún modo? ¿Acaso los Vigilantes han enviado un animal salvaje para aumentar la diversión? ¿Es que un aerodeslizador se la ha llevado por los aires?

Entonces me apoyo en los brazos dormidos para levantarme y veo que no es nada de eso: Clove cuelga de los brazos de Thresh, a treinta centímetros del suelo. Dejo escapar un grito ahogado al verlo así, erguido sobre mí, sosteniendo a Clove como si

fuese una muñeca de trapo. Recordaba que era grande, pero es enorme, mucho más poderoso de lo que creía. Incluso parece haber ganado peso en el estadio. Le da la vuelta a Clove y la tira al suelo.

Cuando grita, doy un salto, porque nunca lo había oído levantar la voz, siempre hablaba en susurros.

—¿Qué le has hecho a la niña? ¿La has matado?

Clove está retrocediendo a cuatro patas, como un insecto desesperado, demasiado atónita para acordarse de llamar a Cato.

—¡No! ¡No, no fui yo!

—Has dicho su nombre, te he oído. ¿La has matado? —Otra idea hace que se le retuerza la cara de rabia—. ¿La cortaste en trocitos como ibas a cortar a esta chica?

—¡No! No, yo no... —Clove ve la piedra que tiene Thresh en la mano, del tamaño de una pequeña barra de pan, y pierde el control—. ¡Cato! —chilla—. ¡Cato!

—¡Clove! —oigo gritar a Cato, pero calculo que está demasiado lejos para ayudarla.

¿Qué estaba haciendo? ¿Intentaba atrapar a la Comadreja o a Peeta? ¿O esperaba a que apareciese Thresh y se ha equivocado por completo con su ubicación?

Thresh estrella con fuerza la roca en la sien de Clove. No sangra, pero veo la marca en el cráneo y sé que está perdida; sin embargo, le queda algo de vida, porque veo que se le mueve rápidamente el pecho y deja escapar un gemido.

Cuando Thresh se vuelve hacia mí con la piedra levantada, sé que no me serviría de nada correr; además, no tengo ninguna flecha preparada en el arco, puesto que la última salió volando en dirección a Clove. Estoy atrapada en la ira de sus extraños ojos castaño dorado.

—¿Qué quería decir? ¿Qué era eso de que Rue era tu aliada?

—Yo..., yo..., nosotras formamos un equipo. Volamos en pedazos las provisiones. Intenté salvarla, de verdad, pero él llegó primero. Distrito 1 —respondí.

Quizá si sabe que ayudé a Rue decida utilizar un método menos lento y sádico para acabar conmigo.

—¿Y lo mataste?

—Sí, lo maté, y a ella la cubrí de flores. Y canté hasta que se durmió.

Se me llenan los ojos de lágrimas; me abruman Rue, el dolor de cabeza, el miedo a Thresh y los gemidos de la chica moribunda, que está a unos metros.

—¿Hasta que se durmió? —pregunta Thresh, con voz áspera.

—Hasta que se murió, canté hasta que se murió. Vuestro distrito... me envió pan. —Levanto la mano, pero no para coger la flecha que nunca alcanzaría, sino para limpiarme la nariz—. Hazlo de prisa, ¿vale, Thresh?

Veo emociones contradictorias en el rostro de Thresh, que baja la roca y me apunta con el dedo, casi como si me acusara.

—Te dejo ir sólo esta vez, por la niña. Tú y yo estamos en paz. No nos debemos nada, ¿entiendes?

Asiento, porque entiendo lo de las deudas, lo de odiar. Entiendo que, si Thresh gana, tendrá que volver a casa y enfrentarse a un distrito que ya ha roto todas las reglas para darme las gracias, y él ahora rompe las reglas para dármelas también. Y entiendo que, por ahora, Thresh no me va a aplastar el cráneo.

—¡Clove!

La voz de Cato está mucho más cerca; sé, por el dolor que refleja, que ya ha visto a la chica en el suelo.

—Será mejor que corras, chica de fuego —dice Thresh.

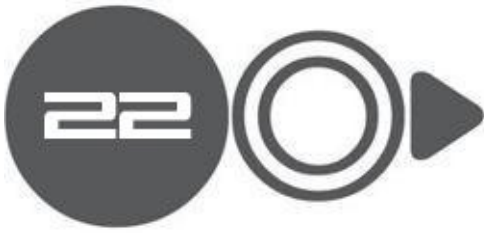
No hace falta que me lo diga dos veces: me vuelvo y huyo de Thresh, Clove y el sonido de la voz de Cato. Cuando llego al bosque, miro atrás durante un segundo; Thresh y las dos mochilas grandes desaparecen por el llano hacia la zona que todavía no he visto. Cato se arrodilla al lado de Clove, lanza en mano, suplicándole que se quede con él. Dentro de nada se dará cuenta de que es inútil, de que no puede salvarla. Me meto entre los árboles, limpiándome sin parar la sangre que me tapa el ojo, huyendo como la criatura salvaje y herida que soy. Al cabo de unos minutos, oigo el cañonazo y sé que Clove ha muerto y que Cato estará siguiéndonos la pista a Thresh o a mí. Estoy aterrada, débil por la herida en la cabeza y trémula. Cargo una flecha en el arco, pero Cato puede alcanzar la misma distancia con la lanza que yo con la flecha.

Lo único que me calma es que Thresh tiene la mochila de Cato con la cosa que necesita desesperadamente. Si tuviese que apostar por alguien, diría que Cato va a por Thresh, no a por mí. De todos modos, no freno cuando llego al agua, me meto dentro con las botas puestas y avanzo arroyo abajo. Me quito los calcetines de Rue que estaba usando como guantes y me los pongo en la frente para intentar cortar el flujo de sangre; sin embargo, se empapan en pocos minutos.

No sé cómo, pero consigo llegar a la cueva; me meto entre las rocas y, a la escasa luz, me quito la mochilita naranja del brazo, corto el cierre y tiro el contenido al suelo: una caja delgada con una aguja hipodérmica. Sin vacilar, le meto la aguja a Peeta en el brazo y presiono el émbolo poco a poco.

Me llevo las manos a la cabeza y las dejo caer sobre el regazo, resbaladizas por la sangre.

Lo último que recuerdo es una polilla verde y plateada, de belleza exquisita, que aterriza en la curva de la muñeca.



El sonido de la lluvia sobre el tejado de nuestra casa me devuelve el conocimiento. No obstante, lucho por volver a dormirme, envuelta en un cálido capullo de mantas, a salvo en mi hogar. Soy vagamente consciente de que me duele la cabeza, quizá tenga la gripe y por eso me dejan quedarme en la cama, aunque me da la impresión de que llevo mucho tiempo dormida. La mano de mi madre me acaricia la mejilla y yo no la aparto, como hubiese hecho de estar despierta, porque no quiero que sepa lo mucho que necesito ese contacto suyo, lo mucho que la echo de menos, aunque siga sin confiar en ella. Entonces me llega una voz, la voz equivocada, no la de mi madre, y me asusto.

—Katniss —dice—. Katniss, ¿me oyes?

Abro los ojos y se desvanece la sensación de seguridad. No estoy en casa, no estoy con mi madre; estoy en una cueva oscura y fría, con los pies descalzos helados a pesar del saco, y en el aire noto un inconfundible olor a sangre. La cara demacrada y pálida de un chico entra en mi campo de visión y, después de un sobresalto inicial, me siento mejor.

—Peeta.

—Hola. Me alegro de volver a verte los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—No estoy seguro. Me desperté anoche y estabas tumbada a mi lado, en medio de un charco de sangre aterrador. Creo que por fin has dejado de sangrar, aunque será mejor que no te sientes ni nada.

Me llevo la mano a la cabeza con precaución: me la ha vendado. Ese gesto tan simple me hace sentir débil y mareada. Peeta me acerca una botella a los labios y bebo con ganas.

—¿Estás mejor? —le pregunto.

—Mucho mejor. Lo que me inyectaste en el brazo hizo efecto. Esta mañana ya no tenía la pierna hinchada.

No parece enfadado conmigo por haberlo engañado, drogado e ido al banquete. Quizá ahora esté demasiado destrozada y espere a después para decírmelo, cuando esté más fuerte. Sin embargo, por el momento es todo amabilidad.

—¿Has comido? —le pregunto.

—Siento decir que me tragué los tres trozos de granso antes de darme cuenta de

que podríamos necesitarlo para después. No te preocupes, vuelvo a seguir una dieta estricta.

—No, no pasa nada. Tienes que comer. Iré a cazar pronto.

—No demasiado pronto, ¿vale? Deja que te cuide un poco.

La verdad es que no me queda otra opción. Peeta me da para comer trocitos de granso y pasas, y me hace beber mucha agua. Me restriega los pies para calentarlos y los envuelve en su chaqueta antes de subirme el saco de dormir hasta la barbilla.

—Todavía tienes las botas y los calcetines mojados, y el tiempo no ayuda —dice.

Oigo un trueno y veo los relámpagos iluminar el cielo a través de una abertura en las rocas. La lluvia entra en la cueva por varios agujeros en el techo, aunque Peeta ha construido una especie de toldo sobre mi cabeza y la parte superior de mi cuerpo metiendo el cuadrado de plástico entre las rocas que tengo encima.

—¿Qué habrá provocado la tormenta? Es decir, ¿quién es el objetivo? —pregunta Peeta.

—Cato y Thresh —digo, sin pensar—. La Comadreja estará en su guarida, donde sea, y Clove..., ella me cortó y después... —No puedo terminar la frase.

—Sé que Clove está muerta, la vi en el cielo por la noche. ¿La mataste tú?

—No, Thresh le aplastó el cráneo con una roca.

—Qué suerte que no te cogiese a ti también.

—Lo hizo, pero me dejó marchar —respondo.

Al recordar lo sucedido durante el banquete se me revuelven las tripas. Por supuesto, no me queda más remedio que contárselo todo, las cosas que me callé porque él estaba demasiado enfermo para preguntarlas y las que no estaba lista para revivir, como la explosión, mi oído, la muerte de Rue, el chico del Distrito 1 y el pan. Todo eso me lleva a lo que pasó con Thresh y en cómo había pagado su deuda, por así llamarla.

—¿Te dejó ir porque no quería deberte nada? —pregunta Peeta, sin poder creérselo.

—Sí. No espero que lo entiendas. Tú siempre has tenido lo necesario, pero, si vivieras en la Veta, no tendría que explicártelo.

—Y no lo intentes. Está claro que soy demasiado tonto para pillarlo.

—Es como lo del pan. Parece que nunca consigo pagarte lo que te debo.

—¿El pan? ¿Qué? ¿De cuando éramos niños? —pregunta—. Creo que podemos olvidarlo. Es decir, acabas de revivirme.

—Pero no me conocías. No habíamos hablado nunca. Además, el primer regalo siempre es el más difícil de pagar. Ni siquiera estaría aquí para salvarte si tú no me hubieses ayudado entonces. De todos modos, ¿por qué lo hiciste?

—¿Por qué? Ya lo sabes —responde Peeta, y yo sacudo un poco la cabeza, aunque me duele—. Haymitch decía que costaría mucho convencerte.

—¿Haymitch? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Nada. Entonces, Cato y Thresh, ¿eh? Supongo que sería mucho pedir que se matasen entre ellos.

Sin embargo, esa idea sólo sirve para entristecerme.

—Creo que Thresh nos hubiese caído bien, y que en el Distrito 12 podríamos haber sido amigos.

—Entonces, esperemos que Cato lo mate, para no tener que hacerlo nosotros — responde Peeta, en tono lúgubre.

No me gustaría nada que Cato matase a Thresh; de hecho, no quiero que muera nadie más, pero no es el tipo de cosa que los vencedores van diciendo por el estadio. A pesar de que hago todo lo posible por evitarlo, noto que se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Peeta, mirándome con cara de preocupación—. ¿Te duele mucho?

Le doy otra respuesta que, aun siendo cierta, puede interpretarse como un breve momento de debilidad, en vez de algo más radical.

—Quiero irme a casa, Peeta —le digo en tono lastimero, como una niña pequeña.

—Te irás, te lo prometo —responde él, y se inclina para darme un beso.

—Quiero irme ahora.

—Vamos a hacer una cosa: duérmete y sueña tu con casa; antes de que te des cuenta, estarás allí de verdad, ¿vale?

—Vale —susurro—. Despiértame si necesitas que monte guardia.

—Yo estoy bien y descansado, gracias a Haymitch y a ti. Además, ¿quién sabe cuánto durará esto?

¿A qué se refiere? ¿A la tormenta? ¿Al breve respiro que nos da? ¿A los juegos en sí? No lo sé, pero estoy demasiado cansada y triste para preguntar.

Cuando Peeta me despierta, ya es de noche. La lluvia se ha convertido en un aguacero que convierte las goteras de antes en auténticos ríos. Peeta ha colocado la olla del caldo para recoger lo peor y ha cambiado de posición el plástico para evitar que me caiga demasiada agua. Me siento un poco mejor, puedo sentarme sin marearme mucho y estoy muerta de hambre, igual que Peeta. Está claro que esperaba a que me despertase para comer, por lo que está deseando ponerse a ello.

No queda mucho: dos trozos de granso, un pequeño revoltijo de raíces y un puñado de fruta seca.

—¿Deberíamos racionarlo? —me pregunta.

—No, mejor nos lo terminamos. De todos modos, el granso se está poniendo malo, y sólo nos faltaría acabar enfermos por comer carne en mal estado.

Divido la comida en dos pilas iguales e intentamos comérnosla despacio, pero tenemos tanta hambre que acabamos en un par de minutos y mi estómago no se siente

muy satisfecho.

—Mañana será día de caza —digo.

—No podré servirte de mucha ayuda. No he cazado nunca.

—Yo cazaré y tú cocinarás. También puedes recolectar verduras.

—Ojalá hubiese una especie de arbusto del pan por aquí —comenta Peeta.

—El pan que me enviaron del Distrito 11 todavía estaba caliente —respondo, suspirando—. Toma, mastica esto —añado, pasándole un par de hojas de menta y metiéndome unas cuantas en la boca.

Resulta difícil ver la proyección en el cielo con la tormenta, pero es lo bastante clara para saber que hoy no ha muerto nadie, así que Cato y Thresh todavía no se han encontrado.

—¿Adónde fue Thresh? Es decir, ¿qué hay al otro lado del círculo? —le pregunto a Peeta.

—Un campo; hasta donde alcanza la vista no hay más que hierbas que llegan a la altura de los hombros. No lo sé, quizás algunas tengan grano. Hay zonas de distintos colores, pero no se ven caminos.

—Seguro que algunas tienen grano y seguro que Thresh sabe cuáles. ¿Entraste?

—No, nadie tenía muchas ganas de perseguir a Thresh por la hierba. Ese sitio tenía un aire siniestro. Cada vez que miraba al campo no hacía más que pensar en cosas escondidas: serpientes, animales rabiosos y arenas movedizas. Ahí podría haber cualquier cosa.

No se lo digo, pero las palabras de Peeta me recuerdan a cuando nos advertían que no fuésemos más allá de las alambradas del Distrito 12. Durante un instante no puedo evitar la comparación con Gale, que veía el campo como una posible fuente de comida, además de como una amenaza. Thresh también lo veía así, no cabía duda. No es que Peeta sea lo que se dice blando, y ha demostrado que no es un cobarde; sin embargo, supongo que hay cosas que no se ponen en duda cuando tu casa siempre huele a pan recién hecho, mientras que Gale se lo cuestiona todo. ¿Qué pensaría Peeta de las irreverentes bromas que nos gastamos todos los días mientras incumplimos la ley? ¿Se asombraría de las cosas que decimos sobre Panem? ¿De las diatribas de Gale contra el Capitolio?

—Quizás haya un arbusto del pan en ese campo —digo—. Quizá por eso Thresh parece mejor alimentado ahora que cuando empezaron los juegos.

—O eso, o tiene unos patrocinadores muy generosos —responde Peeta—. Me pregunto qué tendríamos que hacer para que Haymitch nos enviase un poco de pan.

Arqueó las cejas antes de recordar que él no sabe nada del mensaje que nos envió Haymitch hace un par de noches: un beso equivale a una olla de caldo. Tampoco es algo que pueda soltar sin más, porque decirlo en voz alta haría al público sospechar que nos inventamos nuestro romance para granjearnos sus simpatías, y eso no nos

daría nada de comer. Tengo que volver a poner las cosas en su sitio de un modo que resulte creíble. Algo sencillo, para empezar. Le estrecho una mano.

—Bueno, probablemente gastó muchos recursos para ayudarme a dejarte fuera de combate —comento, en tono travieso.

—Sí, en cuanto a eso —responde él, entrelazando sus dedos con los míos—, no se te ocurra volver a hacerlo.

—¿O qué?

—O..., o... —No se le ocurre nada bueno—. Espera, dame un minuto.

—¿Hay algún problema? —pregunto, sonriendo.

—El problema es que los dos seguimos vivos, lo que, en tu cabeza, refuerza la idea de que hiciste lo correcto.

—Sí que hice lo correcto.

—¡No! ¡No lo hagas, Katniss! —Me aprieta la mano con fuerza, haciéndome daño, y noto por su voz que está enfadado de verdad—. No mueras por mí. No me harías ningún favor, ¿de acuerdo?

—Quizá también lo hice por mí, Peeta —respondo; aunque me sorprende su intensidad, entiendo que es una oportunidad excelente para conseguir comida, así que intento seguirle el rollo—. Quizá lo hice por mí, Peeta, ¿se te había ocurrido pensarlo? Quizá no eres el único que..., que se preocupa por... qué pasaría si...

Estoy mascullando, las palabras no se me dan tan bien como a Peeta, y, mientras hablo, la idea de perderlo de verdad vuelve a golpearme y me doy cuenta de lo mucho que me dolería su muerte. No es sólo por los patrocinadores, no es por lo que pasaría al volver a casa y no es que no quiera estar sola; es él, no quiero perder al chico del pan.

—¿Qué pasaría si qué, Katniss? —me pregunta, en voz baja.

Ojalá pudiera cerrar las compuertas, bloquear este momento y ponerlo fuera del alcance de los entrometidos ojos de Panem, aunque significara perder comida. Lo que yo sienta es asunto mío.

—Ésa es la clase de tema que Haymitch me dijo que evitara —respondo, a la evasiva, aunque Haymitch nunca me haya dicho nada parecido. De hecho, seguramente me está maldiciendo a voces por soltar la pelota en un momento con tanta carga emotiva. Pero, de algún modo, Peeta recoge la pelota.

—Entonces tendré que rellenar los huecos yo solo —dice, acercándose.

Es el primer beso del que ambos somos plenamente conscientes. Ninguno está debilitado por la enfermedad o el dolor, ni tampoco desmayado; no nos arden los labios de fiebre ni de frío. Es el primer beso que de verdad hace que se me agite algo en el pecho, algo cálido y curioso. Es el primer beso que me hace desear un segundo.

Sin embargo, el segundo beso no llega. Bueno, sí, pero no es más que un besito en la punta de la nariz, porque Peeta se ha distraído con algo.

—Creo que tu herida vuelve a sangrar. Venga, tumbate. De todos modos, es hora de dormir.

Ya tengo los calcetines bastante secos, así que me los pongo y obligo a Peeta a ponerse de nuevo su chaqueta, porque es como si el frío húmedo se me metiese en los huesos y él debe de estar helado. Además, insisto en hacer el primer turno de guardia, aunque ninguno de los dos creemos que alguien aparezca con este tiempo. No obstante, él sólo acepta a condición de que yo también me meta en el saco, y tiemblo tanto que no tendría sentido negarme. A diferencia de hace dos noches, cuando notaba que Peeta estaba a varios kilómetros de mí, ahora mismo me abrumba su proximidad. Cuando nos tumbamos, él me baja la cabeza para que use su brazo de almohada, mientras me pone encima el otro brazo, como si deseara protegerme, incluso dormido. Hace mucho tiempo que nadie me abraza así; desde que mi padre murió y dejé de confiar en mi madre, ningún brazo me ha hecho sentir tan a salvo.

Con la ayuda de las gafas, me quedo mirando las gotas de agua caer en el suelo de la caverna. Son rítmicas y tranquilizadoras, y doy unas cuantas cabezadas que me hacen despertar de golpe, con sentimiento de culpa y enfadada por mi debilidad. Después de tres o cuatro horas no puedo aguantarlo más y despierto a Peeta, porque se me cierran los ojos. A él no parece importarle.

—Mañana, cuando todo esté más seco, buscaré un lugar muy alto en los árboles para que los dos podamos dormir en paz —le prometo justo antes de dormirme.

Sin embargo, el tiempo no mejora. El diluvio continúa, como si los Vigilantes intentaran ahogarnos a todos. Los truenos son tan fuertes que parecen sacudir el suelo, y Peeta sopesa la idea de salir a buscar comida, de todos modos, pero le digo que, con esta tormenta, no tiene sentido. No podría ver lo que tiene delante de sus narices y acabará chorreando como recompensa. Sabe que tengo razón, aunque empieza a dolernos el estómago.

El día se arrastra hasta convertirse en noche y el tiempo sigue igual. Haymitch es nuestra única esperanza, pero no nos llega nada, ya sea por falta de dinero (todo costará ya una suma exorbitante) o porque no esté satisfecho con nuestra actuación. Probablemente lo segundo. Soy la primera que reconoce que hoy no hemos estado lo que se dice fascinantes: muertos de hambre, débiles por las heridas, intentando no reabrir las. Estamos acurrucados juntos, envueltos en el saco, sí, pero sobre todo para calentarnos. Lo más emocionante que hemos hecho es dormir.

No sé bien cómo darle un empujoncito al romance. Aunque el beso de anoche estuvo bien, tengo que pensarme con detenimiento qué hacer para conseguir el siguiente. En la Veta, y también entre los comerciantes, hay chicas que saben cómo manejarse en estos temas, pero nunca he tenido mucho tiempo para esto, ni tampoco ganas. En cualquier caso, un solo beso ya no basta; de ser así, anoche habríamos conseguido comida. Mi instinto me dice que Haymitch no busca sólo afecto físico,

que quiere algo más personal, el tipo de cosas que intentaba que contase sobre mí en las prácticas para la entrevista. Se me da fatal, pero a Peeta no. Quizás el mejor enfoque sea hacer que hable él.

—Peeta —digo, como si nada—, en la entrevista dijiste que estás enamorado de mí desde que tienes uso de razón. ¿Cuándo empezó esa razón?

—Bueno, a ver... Supongo que el primer día de clase. Teníamos cinco años y tú llevabas un vestido de cuadros rojos y el pelo..., el pelo recogido en dos trenzas, en vez de una. Mi padre te señaló cuando esperábamos para ponernos en fila.

—¿Tu padre? ¿Por qué?

—Me dijo: «¿Ves esa niña? Quería casarme con su madre, pero ella huyó con un minero».

—¿Qué? ¡Te lo estás inventando!

—No, es completamente cierto. Y yo respondí: «¿Un minero? ¿Por qué quería un minero si te tenía a ti?». Y él respondió: «Porque cuando él canta... hasta los pájaros se detienen a escuchar».

—Eso es verdad, lo hacen. Es decir, lo hacían —digo.

Pensar en el panadero diciéndole eso a Peeta me desconcierta y, ante mi sorpresa, me emociona. Me parece que mi renuencia a cantar, la forma en que rechazo la música no se debe en realidad a que lo considere una pérdida de tiempo. Podría ser porque me recuerda demasiado a mi padre.

—Así que, ese día, en la clase de música, la maestra preguntó quién se sabía la canción del valle. Tú levantaste la mano como una bala. Ella te puso de pie sobre un taburete y te hizo cantarla para nosotros. Te juro que todos los pájaros de fuera se callaron.

—Venga ya —repuse, riéndome.

—No, de verdad. Y, justo cuando terminó la canción, lo supe: estaba perdido, igual que tu madre. Después, durante los once años siguientes, intenté reunir el valor suficiente para hablar contigo.

—Sin mucho éxito.

—Sin mucho éxito. Así que, en cierto modo, el que saliese mi nombre en la cosecha fue un golpe de buena suerte.

Durante un instante siento una alegría casi absurda y después no entiendo nada, porque se supone que estamos inventándonos estas cosas, fingiendo estar enamorados, no estándolo de verdad. Pero lo que cuenta Peeta suena a verdad: la parte sobre mi padre y los pájaros, y es cierto que canté el primer día del colegio, aunque no recuerdo la canción. Y ese vestido de cuadros rojos... existía, lo heredó Prim y acabó tan desgastado que quedó hecho trizas después de la muerte de mi padre.

Eso también explicaría otra cosa: por qué Peeta se arriesgó a una paliza por darme

el pan aquel horrible día. Entonces, si todos los detalles son ciertos..., ¿podría serlo lo demás?

—Tienes una... memoria asombrosa —comento, vacilante.

—Lo recuerdo todo sobre ti —responde él, poniéndome un mechón suelto detrás de la oreja—. Eras la única que no se daba cuenta.

—Ahora sí.

—Bueno, aquí no tengo mucha competencia.

Quiero retirarme, cerrar de nuevo las compuertas, pero sé que no puedo, es como si oyese a Haymitch susurrándome al oído: «¡Dilo, dilo!». Así que trago saliva y me arranco las palabras.

—No tienes mucha competencia en ninguna parte.

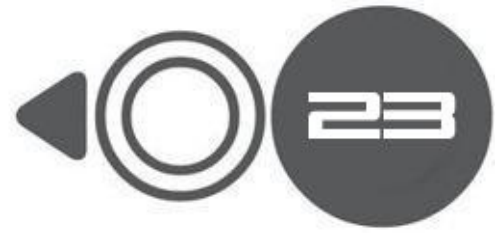
Esta vez, soy yo la que se inclina para besarlo.

Apenas se han tocado nuestros labios cuando el estruendo del exterior nos sobresalta. Saco el arco, con la flecha lista para disparar, pero no se oye nada más. Peeta se asoma entre las rocas y da un salto; antes de que pueda detenerlo, sale a la lluvia y me pasa algo, un paracaídas plateado atado a una cesta. La abro de inmediato y dentro hay un banquete: panecillos recién hechos, queso de cabra, manzanas y, lo mejor, una sopera llena de aquel increíble estofado de cordero con arroz salvaje, el mismo plato del que le hablé a Caesar Flickerman cuando me preguntó por lo que más me había impresionado del Capitolio.

—Supongo que Haymitch por fin se ha hartado de vernos morir de hambre —comenta Peeta al meterse en la cueva, con el rostro iluminado como el sol.

—Supongo.

Sin embargo, en mi cabeza oigo las palabras engreídas, aunque ligeramente exasperadas, de Haymitch: «Sí, eso es lo que busco, preciosa».



—Será mejor que nos tomemos el estofado con calma, ¿recuerdas la primera noche en el tren? La comida pesada me hizo vomitar, y ni siquiera estaba muriéndome de hambre por aquel entonces.

—Tienes razón. ¡Podría tragármelo entero de un bocado! —comento, pesarosa, aunque no lo hago. Nos comportamos con bastante sensatez; cogemos un panecillo cada uno, media manzana, y una ración de estofado y arroz del tamaño de un huevo. Me obligo a comer el estofado en cucharaditas diminutas (nos han enviado hasta cubiertos y platos), saboreando cada bocado. Cuando terminamos, me quedo mirando el plato con anhelo—. Quiero más.

—Yo también. Vamos a hacer una cosa: esperamos una hora y, si no lo echamos, nos servimos más.

—De acuerdo. Va a ser una hora muy larga.

—Quizá no tanto —responde él—. ¿Qué estabas diciendo justo antes de que llegase la comida? Algo sobre no tener... competencia..., que soy lo mejor que te ha pasado...

—No recuerdo haber dicho eso último —digo, esperando que aquí esté demasiado oscuro para que las cámaras recojan mi rubor.

—Ah, es verdad, eso era lo que estaba pensando yo. Ven aquí, me estoy helando.

Le hago sitio dentro del saco y nos sentamos con la espalda apoyada en la pared de la cueva, yo con la cabeza sobre su hombro, él rodeándome con los brazos. Noto cómo si Haymitch me diese un codazo para que siga con la actuación.

—Entonces, ¿ni siquiera te has fijado en las otras chicas desde que teníamos cinco años?

—Me fijaba en casi todas, pero tú eras la única que me dejaba huella.

—Seguro que a tus padres les encantaba que te gustase una chica de la Veta.

—No mucho, pero no me importaba nada. De todos modos, si volvemos, ya no serás una chica de la Veta, serás una chica de la Aldea de los Vencedores.

Es cierto, si ganamos nos darán una casa a cada uno en la parte de la ciudad reservada para los vencedores de los Juegos del Hambre. Hace tiempo, cuando empezaron los juegos, el Capitolio construyó una docena de casas elegantes en cada distrito. En el nuestro, obviamente, sólo una estaba ocupada; en la mayoría no había vivido nadie. En ese momento, se me ocurre una idea inquietante.

—Entonces... ¡nuestro único vecino será Haymitch!

—Ah, será maravilloso —responde Peeta, abrazándome con fuerza—: Haymitch, tú y yo. Y muy acogedor: *picnics*, cumpleaños, largas noches de invierno junto al fuego recordando viejas historias de los Juegos del Hambre...

—¡Te lo dije, me odia! —exclamo, pero no puedo evitar reírme de ver a Haymitch convertido en mi nuevo amigo.

—Sólo a veces. Cuando está sobrio, no lo he oído decir ni una cosa negativa sobre ti.

—¡Si nunca está sobrio!

—Claro, ¿en qué estaría pensando? Ah, sí, es Cinna el que te quiere, más que nada porque no intentaste huir cuando te prendió fuego. Por otro lado, Haymitch... Bueno, si fuera tú, lo evitaría en todo momento. Te odia.

—Creía que habías dicho que yo era su favorita.

—A mí me odia todavía más. No creo que la gente, en general, sea lo suyo.

Sé que al público le gustará que nos divirtamos a costa de Haymitch. Lleva tanto tiempo en los juegos que es casi como un viejo amigo para algunos espectadores y, después de su caída del escenario en la cosecha, todos lo conocen. Seguro que ya lo han sacado de la sala de control para entrevistarlo sobre nosotros. No tengo ni idea de qué mentiras se habrá inventado, aunque está en desventaja, porque casi todos los mentores tienen un compañero, otro vencedor para ayudarlos, mientras que él tiene que estar listo para entrar en acción en cualquier momento. Más o menos como yo cuando estaba sola en el estadio. Me pregunto cómo lo llevará con la bebida, la atención y la tensión de intentar mantenernos con vida.

Es curioso: Haymitch y yo no nos llevamos bien en persona, pero quizá Peeta tenga razón en que somos parecidos, porque parece capaz de comunicarse conmigo mediante los regalos. Como cuando supe que estaba cerca del agua porque él no me la enviaba, que el somnífero no era sólo para aliviar el dolor de Peeta, y ahora, que tenemos que vivir el romance. En realidad, no se ha esforzado mucho por conectar con Peeta. Quizá crea que un cuenco de caldo no es más que un cuenco de caldo para Peeta, mientras que yo veré lo que conlleva.

Se me ocurre algo, y me asombra que haya tardado tanto en surgir, quizá sea porque hasta ahora Haymitch no me había provocado ninguna curiosidad.

—¿Cómo crees que lo hizo? —pregunto.

—¿Quién? ¿El qué?

—Haymitch. ¿Cómo crees que ganó los juegos?

Peeta se lo piensa un rato antes de responder. Haymitch es fuerte, pero no una maravilla física como Cato o Thresh. Tampoco es especialmente guapo, no tanto como para que le lloviesen los regalos; y es tan hosco que resulta difícil imaginar que alguien formase equipo con él. Sólo pudo ganar de una forma, y Peeta lo dice justo

cuando yo misma llego a la conclusión.

—Fue más listo que los demás.

Asiento y dejo el tema, pero, en secreto, me pregunto si Haymitch permaneció sobrio lo bastante para ayudarnos a Peeta y a mí porque pensaba que quizá tuviéramos el ingenio suficiente para sobrevivir. Quizá no siempre fuera un borracho; quizá, al principio, intentara ayudar a los tributos, pero al final le resultó insoportable. Debe de ser horrible guiar a dos niños y verlos morir, año tras año. Entonces me doy cuenta de que, si salgo de aquí, ése será mi trabajo, convertirme en mentora de la tributo del Distrito 12. La idea es tan repulsiva que me la quito de la cabeza.

Pasa media hora y decido que tengo que comer otra vez. Peeta tiene tanta hambre que no se resiste. Mientras me sirvo dos racioncitas más de estofado de cordero y arroz, oímos el himno. Peeta se asoma a la grieta de las rocas para mirar el cielo.

—Esta noche no habrá nada —le digo, más interesada en el estofado que en el cielo—. Si hubiera pasado algo, habría sonado un cañonazo.

—Katniss —dice Peeta en voz baja.

—¿Qué? ¿Quieres que compartamos también un panecillo?

—Katniss —repite, pero no quiero hacerle caso.

—Voy a partir uno, y guardaré el queso para mañana —insisto; veo que Peeta me mira—. ¿Qué?

—Thresh ha muerto.

—No puede ser.

—Habrán disparado el cañón durante los truenos y no lo oímos.

—¿Estás seguro? Es decir, está lloviendo a cántaros, no sé cómo ves algo.

Lo aparto de las rocas y me asomo al cielo oscuro y lluvioso. Durante diez segundos veo de refilón una foto de Thresh y después nada. Así de simple.

Me dejo caer hasta quedar sentada junto a las rocas, olvidando por un momento nuestro objetivo. Thresh está muerto. Debería alegrarme, ¿no? Un tributo menos al que enfrentarse, y uno poderoso. Sin embargo, no lo estoy, sólo puedo pensar en que Thresh me dejó ir, me dejó huir por Rue, que murió con una lanza clavada en el estómago...

—¿Estás bien? —me pregunta Peeta.

Me encojo de hombros, evasiva, y me sujeto los codos con las manos para pegármelos más al cuerpo. Tengo que enterrar el verdadero dolor, porque ¿quién va a apostar por un tributo que no deja de lloriquear cuando muere uno de sus contrincantes? Lo de Rue fue distinto: éramos aliadas y ella era tan joven..., pero nadie entendería mi pena por el asesinato de Thresh. La palabra me hace parar en seco: ¡asesinato! Por suerte, no lo he dicho en voz alta, eso no me ganaría ningún punto en el estadio. En vez de eso, digo:

—Es que..., si no hubiésemos ganado nosotros..., quería que lo hiciese Thresh,

porque me dejó ir y por Rue.

—Sí, ya lo sé, pero esto significa que estamos un paso más cerca del Distrito 12.

—Me pone un plato de comida en las manos—. Come, todavía está caliente.

Le doy un mordisco al estofado para que todos vean que de verdad no me importa, pero es como comer pegamento y me cuesta mucho tragar.

—También significa que Cato estará buscándonos.

—Y que vuelve a tener provisiones —añade Peeta.

—Seguro que está herido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Thresh no se habría rendido sin luchar. Es muy fuerte...; es decir, era muy fuerte. Y estaban en su territorio.

—Bien. Cuanto más herido esté Cato, mejor. Me pregunto cómo le iré a la Comadreja.

—Bah, seguro que le va bien —digo, malhumorada. Sigo enfadada porque ella pensó en esconderse en la Cornucopia y yo no—. Es probable que nos cueste menos coger a Cato que a ella.

—Quizá se cacen entre ellos y nosotros podamos irnos a casa —dice Peeta—, aunque será mejor que pongamos especial cuidado en las guardias. Me he quedado dormido unas cuantas veces.

—Yo también, pero esta noche no.

Terminamos de comer en silencio y Peeta se ofrece para la primera guardia. Yo me escondo en el saco de dormir a su lado y me cubro la cara con la capucha para que las cámaras no la vean. Sólo necesito unos momentos de intimidad para poder sentir lo que quiera sin que nadie lo sepa. Bajo la capucha le digo adiós en silencio a Thresh y le agradezco que me dejara seguir viva; le prometo recordarlo y, si puedo, hacer algo por ayudar a su familia y a la de Rue, en caso de que gane. Después me escapo al mundo de los sueños con la tranquilidad que me dan el estómago lleno y la cálida presencia de Peeta a mi lado.

Cuando me despierta más tarde, lo primero que noto es el olor a queso de cabra. Tiene en la mano medio panecillo untado con el queso cremoso y cubierto de rodajas de manzana.

—No te enfades —me dice—. Es que tenía que comer otra vez. Toma tu mitad.

—Oh, bien —respondo de inmediato, dándole un gran bocado. El fuerte queso grasiento sabe igual que el que hace Prim, y las manzanas están dulces y crujientes—. Ummm.

—En la panadería hacemos tarta de queso de cabra y manzana.

—Seguro que es cara.

—Demasiado para que se la coma mi familia, a no ser que se haya puesto muy rancia. Casi todo lo que comemos está rancio, claro —añade Peeta, arropándose con

el saco de dormir. En menos de un minuto está roncando.

Vaya, siempre supuse que los tenderos vivían la buena vida, y es cierto que Peeta nunca ha tenido problemas para comer, pero resulta deprimente vivir de pan rancio, de las barras duras y secas que nadie quiere. Como yo llevo la comida a casa todos los días, nosotras casi siempre comemos cosas frescas, tanto que hay que asegurarse de que no salgan corriendo.

En algún momento de mi turno deja de llover, pero no poco a poco, sino de golpe. El aguacero termina y sólo quedan las gotas residuales del agua de las ramas y el torrente del arroyo que tenemos debajo, que estará a rebosar. Sale una luna llena preciosa y veo el exterior sin necesidad de ponerme las gafas. No sé si la luna es real o una proyección de los Vigilantes; recuerdo que hubo luna llena justo antes de irme de casa, porque Gale y yo la vimos salir mientras cazábamos hasta entrada la noche.

¿Cuánto tiempo llevo fuera? Supongo que hemos estado unas dos semanas en el estadio, además de la semana de preparación en el Capitolio. Quizá la luna haya completado su ciclo. Por alguna razón, deseo desesperadamente que sea mi luna, la misma que veo desde el bosque del Distrito 12; eso me daría algo a lo que aferrarme en el surrealista mundo del campo de batalla, donde hay que dudar de la autenticidad de todo.

Quedamos cuatro.

Por primera vez me permito pensar en serio en la posibilidad de volver a casa, de volver famosa y rica a mi propia casa de la Aldea de los Vencedores. Mi madre y Prim se irían a vivir conmigo, y ya no habría que temer al hambre. Un nuevo tipo de libertad, pero, después... ¿qué? ¿Cómo será mi vida cotidiana? Antes dedicaba casi todo mi tiempo a conseguir comida; si me quitan eso, no estoy muy segura de quién soy, ni de cuál es mi identidad. La idea me asusta un poco. Pienso en Haymitch y en todo su dinero. ¿En qué se convirtió su vida? Vive solo, sin esposa ni hijos, se pasa la mayor parte del día borracho. No quiero acabar así.

—Pero no estarás sola —susurro para mis adentros.

Tengo a mi madre y a Prim. Bueno, por ahora. Y después... No quiero pensar en después, cuando Prim crezca y mi madre muera. Sé que nunca me casaré, no pienso arriesgarme a traer un hijo al mundo, porque si hay algo que no te garantizan como vencedor es la seguridad de tus hijos. Los nombres de mis niños entrarían en las urnas de la cosecha con los de todo el mundo, y juro que no dejaré que eso suceda.

El sol sale al fin, y su luz entra por las grietas e ilumina la cara de Peeta. ¿En quién se transformará si volvemos a casa? ¿Quién será este asombroso buenazo que miente tan bien que todo Panem cree que está loco de amor por mí? Reconozco que hay momentos en que yo también me lo creo. «Al menos, seremos amigos», pienso. Nada cambiará el hecho de que aquí nos hemos salvado la vida el uno al otro y, además, siempre será el chico del pan. Buenos amigos. Sin embargo, cualquier cosa

que vaya más allá de eso... Siento cómo los grises ojos de Gale me observan desde el Distrito 12 mientras observo a Peeta.

Como me siento incómoda, tengo que moverme; me acerco a Peeta y le sacudo el hombro. Él abre los ojos con aire soñoliento y, cuando se fijan en mí, me acerca para darme un largo beso.

—Estamos perdiendo tiempo de caza —digo cuando por fin me suelto.

—Yo no diría que esto sea perder el tiempo —asegura; se levanta y se estira con ganas—. Entonces, ¿cazamos con el estómago vacío para estar más alerta?

—Nosotros no. Nosotros nos atiborramos para tener más energía.

—Cuenta conmigo —responde él, aunque veo que le sorprende que divida el resto del estofado con arroz y le pase un plato lleno—. ¿Todo esto?

—Lo repondremos hoy —le aseguro, y los dos nos lanzamos sobre la comida. Aunque esté fría, sigue siendo una de las mejores recetas que he probado. Dejo el tenedor y apuro las últimas gotas de salsa con el dedo—. Es como si viese a Effie Trinket escandalizándose por mis modales.

—¡Eh, Effie, mira esto! —exclama Peeta. Tira el tenedor por encima del hombro y, literalmente, limpia el plato a lametones dejando escapar ruiditos de satisfacción. Después le sopla un beso y grita:— ¡Te echamos de menos, Effie!

—¡Para! —digo, tapándole la boca, aunque riéndome—. Cato podría estar ahí fuera.

—¿Qué más me da? —asegura, cogiéndome la mano y acercándose a él—. Te tengo a ti para protegerme.

—Venga —insisto, impaciente, librándome de su abrazo, pero no sin antes ganarme otro beso.

Después de guardarlo todo y salir de la cueva, nos ponemos serios. Es como si los últimos días, bajo el cobijo de las rocas, la lluvia y la obsesión de Cato con Thresh, hubiesen sido un respiro, una especie de vacaciones. Ahora, aunque el día está soleado y hace calor, los dos sentimos que hemos vuelto a los juegos. Le paso a Peeta mi cuchillo, ya que perdió las armas que tuviera, y él se lo mete en el cinturón. Mis últimas siete flechas (de las doce que tenía sacrificué tres en la explosión y dos en el banquete) están demasiado solas en el carcaj. No puedo permitirme perder más.

—Ya nos estará buscando —dice Peeta—. Cato no es de los que se sientan a esperar a que aparezca la presa.

—Si está herido...

—Da igual. Si puede moverse, estará de camino.

Con la lluvia, el arroyo se ha desbordado varios metros por ambas orillas. Nos detenemos a reponer agua y compruebo las trampas que dejé hace algunos días: vacías. No es de extrañar, teniendo en cuenta el tiempo que ha hecho. Además, no he visto muchos animales ni huellas de ellos por aquí.

—Si queremos comida, será mejor que regresemos a mi anterior territorio de caza.

—Tú decides, sólo tienes que decirme qué debo hacer.

—Mantente alerta —le digo—. Quédate en las rocas todo lo posible, no tiene sentido dejar un rastro. Y escucha por los dos.

Llegados a este punto, está claro que la explosión me dejó sorda del oído izquierdo.

Caminaría por el agua para borrar del todo nuestras huellas, pero no sé bien si la pierna de Peeta podría soportar la corriente. Aunque las medicinas han curado la infección, sigue estando bastante débil. A pesar del dolor en la frente por culpa del corte del cuchillo, he dejado de sangrar después de tres días. Llevo una venda en la cabeza, por si acaso el ejercicio físico abre la herida de nuevo.

Al avanzar arroyo arriba, pasamos por el lugar en que Peeta se camufló entre las hierbas y el lodo. Lo bueno es que, entre el aguacero y las orillas inundadas, no queda nada de su escondite. Eso significa que, en caso de necesidad, podemos volver a la cueva; de lo contrario, no me arriesgaría, con Cato buscándonos.

Los cantos rodados se convierten en rocas que, poco a poco, pasan a ser guijarros y después, para mi alivio, volvemos a las agujas de pino y la suave inclinación de la tierra del bosque. Por primera vez me doy cuenta de que tenemos un problema: caminar por terrenos rocosos con una pierna mala... Bueno, tienes que hacer ruido; pero Peeta hace ruido incluso en el blando lecho de agujas de pino. Y cuando digo ruido, quiero decir ruido de verdad, como si fuese dando pisotones o algo así. Me vuelvo para mirarlo.

—¿Qué? —me pregunta.

—Tienes que hacer menos ruido. Olvídate de Cato; estás espantando a todos los conejos en quince kilómetros a la redonda.

—¿De verdad? Lo siento, no lo sabía.

Así que empezamos otra vez y lo hace un poquito mejor, pero, incluso con una sola oreja funcionando, me sobresalta.

—¿Puedes quitarte las botas? —le sugiero.

—¿Aquí? —pregunta, sin poder creérselo, como si le hubiese pedido que caminase descalzo sobre brasas o algo parecido.

Tengo que recordarme que no está acostumbrado al bosque, que es un lugar aterrador y prohibido al otro lado de las alambradas del Distrito 12. Pienso en Gale y sus pies de terciopelo. Es espeluznante lo silencioso que llega a ser, incluso cuando está todo lleno de hojas caídas y resulta complicado moverse sin espantar a los animales. Seguro que se está partiendo de risa en casa.

—Sí —le explico con paciencia—. Yo también me las voy a quitar, así iremos los dos en silencio —aseguro, como si yo también estuviese haciendo ruido.

Así que los dos nos quitamos las botas y los calcetines y, aunque la cosa mejora un poco, juraría que se esfuerza por partir todas las ramas con las que nos encontramos.

Huelga decir que, a pesar de que tardamos varias horas en llegar al viejo campamento de Rue, no he disparado ni una flecha. Si el arroyo se calmara podría pescar, pero la corriente sigue siendo demasiado fuerte. Cuando nos detenemos a descansar y beber agua, intento pensar en una solución. Lo ideal sería dejar a Peeta con una tarea sencilla de recogida de raíces y largarme a cazar, aunque así se quedaría solo y con un cuchillo para defenderse, contra la superioridad física y las lanzas de Cato. Lo que en realidad me gustaría es intentar esconderlo en algún lugar seguro, irme de caza y volver para recogerlo; me da la sensación de que su ego no va a aceptar la sugerencia.

—Katniss, tenemos que separarnos. Sé que estoy espantando a los animales.

—Sólo porque tienes la pierna mal —respondo con generosidad, porque, la verdad, eso no es más que parte del problema.

—Lo sé, pero ¿por qué no sigues tú? Enséñame qué plantas tengo que recoger y así los dos resultaremos útiles.

—No, si Cato viene y te mata.

Intenté decirlo en tono amable, pero ha sonado como si pensara que es un debilucho.

—Puedo manejar a Cato —responde, sorprendiéndome con su risa—. Ya he luchado antes contra él, ¿no?

«Sí, y salió estupendamente, acabaste medio muerto en el barro de la orilla».

Es lo que quiero decirle, pero no puedo, porque, al fin y al cabo, él arriesgó la vida por salvarme de Cato. Pruebo otra táctica.

—¿Y si trepas a un árbol y haces de vigía mientras cazo? —pregunto, intentando que parezca un trabajo muy importante.

—¿Y si me enseñas qué puede comerse por aquí y tú te vas a conseguir un poco de carne? —responde, imitándome—. Pero no te alejes mucho, por si necesitas ayuda.

Suspiro y le enseño qué raíces puede desenterrar. Está claro que necesitamos comida, porque una manzana, dos panecillos y un trozo de queso del tamaño de una ciruela no nos van a durar mucho. Me quedaré cerca y rezaré por que Cato esté muy lejos.

Lo enseño a silbar (no una melodía, como la de Rue, sino un silbido sencillo de dos notas) para que podamos decirnos que seguimos vivos. Por suerte, se le da bien, así que lo dejo con la mochila y me voy.

Me siento como si volviera a tener diez años y estuviese atada no sólo a la seguridad de la alambrada, sino también a Peeta; me permito delimitar entre seis y

diez metros de zona de caza. Sin embargo, al alejarme de él los bosques se llenan de sonidos de animales. Con la tranquilidad de oírlo silbar de vez en cuando, me alejo un poco más y pronto tengo dos conejos y una ardilla gorda. Decido que con eso basta; puedo poner algunas trampas y quizá pescar algo, lo que, sumado a las raíces de Peeta, nos valdrá por ahora.

Al volver sobre mis pasos me doy cuenta de que llevamos un rato sin intercambiar señales. Cuando silbo y veo que no recibo respuesta, echo a correr y llego a la mochila y el montón de raíces en un segundo. Ha puesto el cuadrado de plástico en el suelo y, encima, bajo el sol, una capa de bayas. Pero ¿dónde está?

—¡Peeta! —grito, presa del pánico—. ¡Peeta!

Me vuelvo al oír un movimiento de arbustos y estoy a punto de ensartarlo con una flecha. Por suerte, aparto el arco en el último segundo y la flecha se clava en el tronco de un roble, a su izquierda. Él retrocede de un salto y lanza por los aires un puñado de bayas.

—¿Qué estás haciendo? —exclamo, porque mi miedo sale convertido en rabia—. ¡Se supone que tienes que estar aquí, no corriendo por el bosque!

—Encontré unas bayas arroyo abajo —responde; está claro que no entiende mi enfado.

—Silbé. ¿Por qué no respondiste?

—No lo oí, supongo que el agua hace demasiado ruido.

Se acerca y me pone las manos en los hombros. Entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

—¡Creía que Cato te había matado! —le digo, casi a gritos.

—No, estoy bien. —Me rodea con sus brazos, pero no respondo—. ¿Katniss?

—Si dos personas acuerdan una señal, tienen que quedarse dentro de su alcance —insisto, apartándolo, intentando ordenar mis sentimientos—. Porque si uno de los dos no responde, es que tiene problemas, ¿vale?

—¡Vale!

—Vale, porque eso es lo que le pasó a Rue... ¡y la vi morir! —Le doy la espalda, me acerco a la mochila y abro una botella de agua nueva, aunque todavía me queda en la mía. Sin embargo, no estoy preparada para perdonarlo. Veo la comida: no han tocado los panecillos y las manzanas, pero alguien ha estado picoteando el queso—. ¡Y has comido sin mí!

La verdad es que no me importa, sólo quiero tener otra cosa por la que enfadarme.

—¿Qué? No, yo no he sido.

—Oh, entonces supongo que las manzanas se han comido el queso.

—No sé qué se ha comido el queso —responde Peeta, pronunciando las palabras despacio y con cuidado, como si intentase no perder los nervios—, pero no fui yo. He estado en el arroyo, recogiendo bayas. ¿Quieres unas pocas?

No me importaría, aunque no quiero rendirme tan pronto. En todo caso, me acerco a mirarlas; no las había visto nunca... Sí, sí las he visto antes, pero no en el estadio. No son las bayas de Rue, por mucho que lo parezcan; tampoco coinciden con las que nos enseñaron en el entrenamiento. Me inclino, cojo unas pocas y las muevo entre los dedos.

Recuerdo la voz de mi padre: «Éstas no, Katniss, nunca. Son jaulas de noche, estarías muerta antes de que te llegaran al estómago».

Justo en ese instante, suena el cañonazo. Me vuelvo rápidamente, temiendo ver a Peeta en el suelo, pero él se limita a arquear las cejas. El aerodeslizador aparece a unos noventa metros: está llevándose lo que queda del demacrado cuerpo de la Comadreja. Veo un destello de pelo rojo a la luz del sol.

Tendría que haberlo supuesto en cuanto vi que faltaba queso...

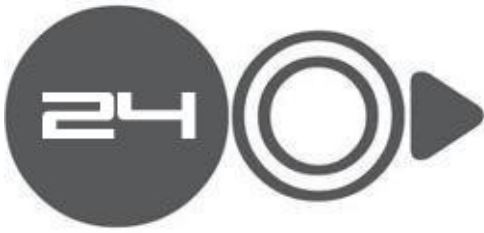
Peeta me coge del brazo y me empuja hacia un árbol.

—Trepa, llegará en un segundo. Tendremos más posibilidades luchando desde arriba.

—No, Peeta. La has matado tú, no Cato —lo detengo, sintiéndome muy tranquila de repente.

—¿Qué? Ni siquiera la había vuelto a ver desde el primer día. ¿Cómo iba a matarla?

Le enseño las bayas a modo de respuesta.



Tardo un rato en explicarle la situación a Peeta, que la Comadreja estaba robando de la pila de suministros antes de que yo la hiciese estallar, que había intentado llevarse lo suficiente para sobrevivir sin llamar la atención, que no se habría planteado la seguridad de comerse unas bayas que estábamos preparando para nosotros.

—Me pregunto cómo nos encontró —comenta Peeta—. Es culpa mía, supongo, si soy tan ruidoso como dices.

Éramos tan difíciles de seguir como una manada de reses, pero procuro ser amable.

—Y es muy lista, Peeta. Bueno, lo era, hasta que tú la superaste.

—No fue a propósito. No me parece justo. Es decir, si ella no se hubiese comido primero las bayas, nosotros dos estaríamos muertos. —Entonces, se corrige—. No, claro; tú las reconociste, ¿verdad?

—Las llamamos jaulas de noche —respondo, asintiendo.

—Hasta el nombre suena peligroso. Lo siento, Katniss, creía que eran las mismas que recogiste tú.

—No te disculpes. Esto significa que estamos un paso más cerca de casa, ¿no?

—Me desharé del resto —responde Peeta.

Recoge el plástico azul procurando que queden todas dentro y las tira en el bosque.

—¡Espera! —exclamo. Busco el saquito de cuero del chico del Distrito 1 y lo lleno de bayas—. Si engañaron a la Comadreja, quizá engañen a Cato. Si nos está persiguiendo o algo, podemos hacer como si se nos cayera la bolsa y, si se las come...

—Estaríamos en el Distrito 12.

—Eso es —respondo, colgándome el saquito del cinturón.

—Ahora sabrá dónde estamos. Si estaba cerca y vio el aerodeslizador, sabrá que la hemos matado y vendrá a por nosotros.

Peeta tiene razón: podría ser la oportunidad que esperaba Cato. Sin embargo, aunque huyamos ahora, tenemos que cocinar la carne y nuestra hoguera será otro indicio de nuestro paradero.

—Vamos a hacer un fuego ahora mismo —digo, empezando a recoger ramas y arbustos.

—¿Estás lista para enfrentarte a él?

—Estoy lista para comer. Será mejor que cocinemos mientras podamos. Sí, sabe que estamos aquí, pues lo sabe, pero también sabe que somos dos y seguramente supone que hemos cazado a la Comadreja. Eso significa que estás recuperado, y el fuego le dice que no nos escondemos, que lo invitamos a venir. ¿Tú vendrías?

—Quizá no.

Peeta es un mago de las hogueras y consigue hacer prender la madera húmeda. En un momento tenemos los conejos y la ardilla asándose, y las raíces envueltas en hojas cociéndose en las ascuas. Nos turnamos para recoger vegetales y estar pendientes de la aparición de Cato, aunque, como yo suponía, no aparece. Cuando se termina de hacer la comida, la empaqueto casi toda y nos quedamos con una pata de conejo cada uno, para ir comiéndonosla por el camino.

Quiero meterme más en el bosque, trepar a un buen árbol y acampar, pero Peeta se resiste.

—No soy capaz de trepar como tú, Katniss, sobre todo con mi pierna, y no creo que pudiera quedarme dormido a quince metros del suelo.

—No es seguro quedarse en campo abierto, Peeta.

—¿No podemos volver a la cueva? Está cerca del agua y es fácil defenderla.

Suspiro. Una caminata (o, mejor dicho, un estruendo) de varias horas por el bosque para llegar a una zona que tuvimos que abandonar por la mañana para cazar. Por otro lado, Peeta no pide mucho; ha obedecido mis instrucciones durante todo el día y estoy segura de que, si la situación fuese la inversa, no me haría pasar la noche en un árbol. Caigo en la cuenta de que hoy no he sido muy amable con él: me he quejado porque hace mucho ruido y le he gritado por desaparecer. El romance pícaro de la cueva ha desaparecido al salir al exterior, bajo el sol caliente, con la amenaza de Cato acechándonos. Seguro que Haymitch está harto de mí y, en cuanto a la audiencia...

Me acerco y le doy un beso.

—Claro, vamos a la cueva.

—Bueno, no ha sido tan difícil —responde él, contento y aliviado.

Saco mi flecha del roble procurando no estropearla. Estas flechas significan comida, seguridad y la vida misma.

Echamos un puñado de leña al fuego, de modo que siga echando humo unas cuantas horas, aunque dudo que Cato suponga nada a estas alturas. Cuando llegamos al arroyo, veo que el agua ha bajado mucho y se mueve a su pausado ritmo de siempre, así que sugiero caminar por ella. Peeta accede encantado y, como hace mucho menos ruido dentro del agua que en tierra, acaba siendo una buena idea por partida doble. No obstante, el camino de vuelta a la cueva es largo, a pesar de ir cuesta abajo, a pesar de habernos comido el conejo. Los dos estamos agotados

después de la excursión de hoy y todavía nos falta alimento. Mantengo el arco cargado, tanto por Cato como por los peces que pueda ver, aunque, curiosamente, el arroyo parece vacío.

Cuando llegamos a nuestro destino, estamos arrastrando los pies y el sol ha bajado mucho en el horizonte. Llenamos las botellas de agua y subimos la pequeña cuesta a nuestra guarida. No es gran cosa, pero aquí, en la naturaleza, es lo más parecido que tenemos a un hogar. Además, hará más calor que subidos en un árbol, porque nos protege del viento que ha empezado a soplar con fuerza desde el oeste. Preparo una buena cena, pero, a la mitad, Peeta empieza a cabecear. Después de varios días de inactividad, la caza se ha cobrado su precio, así que le ordeno que se meta en el saco de dormir y aparto el resto de su comida para cuando se despierte. Él se duerme en un segundo, y yo lo tapo hasta la barbilla y le doy un beso en la frente, no para el público, sino para mí, porque me siento muy agradecida de que siga aquí y no muerto junto al arroyo, como creía. Me siento muy agradecida por no tener que enfrentarme a Cato yo sola.

El brutal y sanguinario Cato, que puede partir cuellos con un movimiento de su brazo, que cuenta con la fuerza necesaria para acabar con Thresh, que la tiene tomada conmigo desde el principio. Probablemente me odia desde que lo superé en la puntuación del entrenamiento. Un chico como Peeta puede asimilarlo sin problemas, pero me da la impresión de que a Cato lo obsesiona, lo que no es tan difícil. Pienso en su ridícula reacción al descubrir que las provisiones habían volado por los aires. Los demás estaban enfadados, claro, pero él estaba completamente desquiciado. Me pregunto si Cato no estará un poco loco.

El cielo se ilumina con el sello, y veo a la Comadreja brillar y desaparecer del mundo para siempre. Aunque no lo ha dicho, creo que Peeta no se siente bien por haberla matado, por muy esencial que fuese. No puedo fingir que la echaré de menos, pero sí la admiro. Creo que si nos hubiesen puesto algún tipo de examen, ella habría demostrado ser la más lista de todos los tributos. De hecho, si le hubiésemos puesto una trampa, seguro que la habría intuido y no se habría comido las bayas. Ha sido la ignorancia de Peeta lo que ha acabado con ella. Me he pasado tanto tiempo asegurándome de no subestimar a mis contrincantes que se me había olvidado que sobrestimarlos es igual de peligroso.

Eso me recuerda de nuevo a Cato, pero, aunque creo que comprendía a la Comadreja, quién era y cómo funcionaba, ese chico me resulta más escurridizo. Es fuerte y está bien entrenado, pero ¿es listo? No lo sé. No es tan listo como ella y le falta el autocontrol que demostró la Comadreja. Creo que Cato podría perder el juicio en un arranque de ira. En ese punto no me siento superior, porque recuerdo el momento en que atravesé la manzana del cerdo con una flecha por culpa de la rabia que sentía. Quizá entienda a Cato mejor de lo que creo.

A pesar del cansancio, tengo la mente despierta, así que dejo que Peeta duerma un poco más de lo que le corresponde. De hecho, el cielo ha empezado a teñirse de un gris suave cuando le sacudo el hombro. Él se despierta, casi sobresaltado.

—He dormido toda la noche. No es justo, Katniss, deberías haberme despertado.

—Dormiré ahora. Despiértame si pasa algo interesante —respondo, estirándome y metiéndome en el saco.

Al parecer no sucede nada interesante, porque, cuando abro los ojos, la ardiente luz de la tarde entra a través de las rocas.

—¿Alguna señal de nuestro amigo? —pregunto.

—No, no se está dejando ver, y eso resulta inquietante.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda hasta que los Vigilantes nos obliguen a juntarnos?

—Bueno, la Comadreja murió hace casi un día, así que la audiencia ha tenido tiempo de sobra para hacer apuestas y aburrirse. Supongo que podría suceder en cualquier momento.

—Sí, tengo la sensación de que será hoy —respondo; después me siento y contemplo el pacífico paisaje—. Me pregunto cómo lo harán. —Peeta guarda silencio. La verdad es que no hay respuesta posible—. Bueno, hasta que lo hagan, no tiene sentido desperdiciar un día de caza, aunque deberíamos comer todo lo posible, por si nos metemos en problemas.

Peeta empaqueta nuestro equipo mientras yo preparo una gran comida: el resto de los conejos, raíces, verduras, los panecillos con el último trocito de queso. Lo único que dejo en reserva es la ardilla y la manzana.

Cuando terminamos, sólo queda una pila de huesos de conejo. Tengo las manos grasientas, lo que no hace más que añadirse a mi sensación general de suciedad. Puede que en la Veta no nos bañemos todos los días, pero solemos estar más limpios de lo que yo lo he estado últimamente. Una capa de mugre me cubre todo el cuerpo, salvo los pies, que han caminado por el arroyo.

Dejar la cueva es como cerrar un capítulo; no sé por qué, pero creo que no pasaremos otra noche en el estadio. De una forma u otra, vivos o muertos, me da la impresión de que saldré de aquí hoy mismo. Me despido de las rocas con una palmadita y nos dirigimos al arroyo para lavarnos. La piel me pica, deseando meterse en el agua fresca; puede que me peine el pelo y me lo trence mojado. Me pregunto si podremos darle un fregado rápido a nuestra ropa cuando lleguemos al arroyo... o a lo que antes era el arroyo. Ahora es un lecho completamente seco. Lo toco.

—Ni siquiera un poco húmedo, tienen que haberlo drenado mientras dormíamos —digo.

Empiezo a asustarme al pensar en la lengua agrietada, el cuerpo dolorido y la mente embotada de mi anterior deshidratación. Tenemos bastante llenas las botellas y

la bota, aunque, al ser dos personas y hacer tanto calor, no tardaremos en vaciarlas.

—El lago —dice Peeta—. Ahí quieren que vayamos.

—Quizá en los estanques tengan algo de agua.

—Podemos mirar —responde él, pero sé que lo hace para darme esperanzas. Yo también lo hago por eso, porque sé lo que encontraré cuando regresemos al lago en el que me empapé la pierna: un agujero polvoriento y vacío. Sin embargo, vamos hasta allí de todos modos, sólo para confirmar lo que ya sabíamos.

—Tienes razón, nos llevan al lago —reconozco. Un sitio donde no te puedes esconder, donde tendrán garantizada una lucha sangrienta a muerte sin nada que les tape la vista—. ¿Quieres ir directamente o esperar a que nos quedemos sin agua?

—Vámonos ahora que estamos descansados y hemos comido. Acabemos con esto de una vez.

Asiento. Tiene gracia, es como si volviese a ser el primer día de los juegos, como si estuviese en la misma posición. A pesar de que ya han muerto veintiún tributos, sigo teniendo que matar a Cato y, a decir verdad, ¿no ha sido él siempre el objetivo? Ahora los otros tributos me parecen sólo obstáculos menores, distracciones que nos apartaban de la verdadera batalla de los juegos: Cato y yo.

Sin embargo, también está el chico que espera a mi lado, el que me rodea con sus brazos.

—Dos contra uno. Debería estar chupado —me dice.

—La próxima vez que comamos, será en el Capitolio.

—Seguro que sí.

Nos quedamos quietos un momento, abrazados, sintiendo nuestros cuerpos, el sol y el murmullo de las hojas a nuestros pies. Después, sin decir palabra, nos separamos y nos dirigimos al lago.

Ya no me importa que las pisadas de Peeta hagan correr a los roedores y volar a los pájaros, porque tenemos que luchar contra Cato y me da igual hacerlo aquí o en la llanura. Por otro lado, dudo que tengamos alternativa: si los Vigilantes nos quieren en campo abierto, allí nos tendrán.

Nos detenemos unos momentos bajo el árbol en el que me atrapó Cato. El cascarón vacío del nido de rastrevíspulas, hecho trizas por las lluvias y secado después al ardiente sol, confirma nuestra situación. Lo toco con la punta de la bota y se disuelve en un polvo que la brisa se lleva rápidamente. No puedo evitar levantar la mirada hacia el árbol en el que se ocultaba Rue, esperando para salvarme la vida. Rastrevíspulas; el cuerpo hinchado de Glimmer, las terroríficas alucinaciones...

—Sigamos —digo, deseando huir de la oscuridad que rodea este lugar.

Peeta no pone objeciones.

Como nos ponemos en marcha tarde, llegamos a la llanura a primera hora de la noche. No hay ni rastro de Cato, ni de nada que no sea la Cornucopia dorada

brillando bajo los últimos rayos de sol. Por si Cato decide hacernos un truco a lo Comadreja, rodeamos la Cornucopia para asegurarnos de que está vacía. Después, obedientes, como si siguiésemos instrucciones, nos acercamos al lago y llenamos los contenedores de agua.

—No nos viene bien luchar contra él a oscuras —comento, frunciendo el ceño—. Sólo tenemos unas gafas.

—Quizá esté esperando por eso —responde Peeta, echando con cuidado las gotas de yodo en el agua—. ¿Qué quieres hacer? ¿Volver a la cueva?

—O eso o subirnos a un árbol, pero vamos a darle otra media hora o así. Después, nos escondemos.

Nos sentamos junto al lago, a plena vista; no tiene sentido ocultarse ahora. En los árboles a la orilla de la llanura veo revolotear a los sinsajos; se lanzan melodías los unos a los otros como si fueran pelotas de colores. Abro la boca y canto la canción de cuatro notas de Rue. Noto que se callan, curiosos al oír mi voz, y esperan a que cante algo más. Repito las notas. Un primer sinsajo imita la melodía, después otro y, finalmente, todo el bosque se llena del mismo sonido.

—Igual que tu padre —dice Peeta.

—Es la canción de Rue —respondo, tocándome la insignia que llevo prendida a la camisa—. Creo que la recuerdan.

La música sube de volumen y reconozco su genialidad; al solaparse las notas, se complementan entre sí formando una armonía celestial y encantadora. Gracias a Rue, aquél era el sonido que enviaba a casa a los trabajadores de los huertos del Distrito 11 cada noche. ¿Repetirá alguien este sonido después de su muerte?

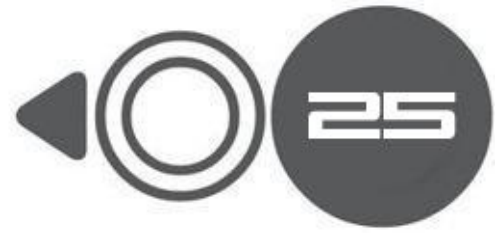
Durante un momento me limito a cerrar los ojos y escuchar, hipnotizada por la belleza de la canción. Entonces, algo interrumpe la música, la melodía se rompe en líneas irregulares e imperfectas, y unas notas discordantes se entremezclan con ella. Las voces de los sinsajos se convierten en un chillido de advertencia.

Nos ponemos en pie de un salto, Peeta con el cuchillo en la mano y yo preparada para disparar, y Cato sale de los árboles y corre hacia donde estamos. No tiene lanza; de hecho, lleva las manos vacías, pero va directo a por nosotros. Mi primera flecha le da en el pecho e, inexplicablemente, rebota en él.

—¡Tiene alguna clase de armadura! —le grito a Peeta.

Y se lo grito justo a tiempo, porque tenemos a Cato encima. Me preparo, pero él se estrella contra nosotros sin intentar frenar antes. Por los jadeos y el sudor que le cae de la cara amoratada, sé que lleva mucho tiempo corriendo, pero no hacia nosotros, sino huyendo de algo. ¿De qué?

Examino el bosque justo a tiempo de ver cómo la primera criatura entra en la llanura de un salto. Mientras me vuelvo, veo que se le unen otras seis. Después salgo corriendo a ciegas detrás de Cato sin pensar en nada que no sea salvar el pellejo.



Mutaciones, no cabe duda. Nunca había visto a estos mutos, pero no son animales de la naturaleza. Aunque parecen lobos enormes, ¿qué lobo aterriza de un salto sobre las patas traseras y se queda sobre ellas? ¿Qué lobo llama al resto de la manada agitando la pata delantera, como si tuviese muñeca? Veo todo eso de lejos; estoy segura de que encontraré otras características más amenazadoras cuando estén cerca.

Cato ha salido pitando hacia la Cornucopia, así que lo sigo sin planteármelo. Si él cree que es el lugar más seguro, ¿quién soy yo para decir lo contrario? Además, aunque pudiera llegar a los árboles, Peeta no podría correr más que ellos con la pierna mala... ¡Peeta! Acabo de tocar el metal del extremo puntiagudo de la Cornucopia cuando recuerdo que formo parte de un equipo. Peeta está unos catorce metros por detrás de mí, cojeando lo más deprisa que puede; los mutos lo están alcanzando. Lanzo una flecha hacia la manada y uno cae, pero hay muchos para ocupar su lugar.

—¡Vete, Katniss, vete! —me grita, señalando el cuerno.

Tiene razón, no puedo protegernos desde el suelo. Empiezo a trepar, a escalar la Cornucopia con pies y manos. La superficie de oro puro ha sido diseñada para parecer el cuerno tejido que llenamos durante la cosecha, así que hay pequeñas crestas y costuras a las que agarrarse, pero, después de un día bajo el sol del campo de batalla, el metal está tan caliente que me salen ampollas en las manos.

Cato está tumbado de lado en lo alto del cuerno, unos seis metros por encima del suelo, jadeando para recuperar el aliento mientras se asoma al borde, sintiendo arcadas. Es mi oportunidad para acabar con él; si me detengo a media subida y cargo otra flecha... Sin embargo, justo cuando estoy a punto de disparar, Peeta grita. Me vuelvo y veo que acaba de llegar a la punta del cuerno, aunque los mutos le pisan los talones.

—¡Tropa! —chillo.

Peeta empieza a subir con dificultad, no sólo por culpa de la pierna, sino del cuchillo que lleva en la mano. Disparo una flecha que le da en el cuello al primer mutito que pone las patas sobre el metal. Al morir, la criatura se estremece y, sin querer, hiere a varios de sus compañeros. Entonces le puedo echar un buen vistazo a las uñas: diez centímetros y afiladas como cuchillas.

Peeta llega a mis pies, así que lo cojo del brazo y lo subo. Entonces recuerdo que Cato está esperando arriba y me vuelvo rápidamente, pero sigue tirado en el suelo,

con retortijones y, al parecer, más preocupado por los mutos que por nosotros. Tose algo ininteligible; los ruidos de bufidos y gruñidos de las mutaciones no me ayudan.

—¿Qué? —le grito.

—Ha preguntado si pueden trepar —responde Peeta, haciendo que le preste atención de nuevo a la base del cuerno.

Los mutos empiezan a reagruparse. Al unirse, se levantan y se yerguen fácilmente sobre las patas traseras, lo que les da un aspecto humano. Todos tienen un grueso pelaje, algunos de pelo liso y suave, y otros rizado; los colores varían del negro azabache a algo que sólo podría describirse como rubio. Hay algo más en ellos, algo que hace que se me erice el vello de la nuca, aunque no logro identificarlo.

Meten el hocico en el cuerno, olisqueando y lamiendo el metal, arañando la superficie con las patas y lanzándose gañidos agudos. Debe de ser su medio de comunicación, porque la manada retrocede, como si quisiera dejar espacio; entonces, uno de ellos, un muto de buen tamaño con sedosos rizos de vello rubio, toma carrerilla y salta sobre el cuerno. Sus patas traseras tienen una fuerza increíble, porque aterriza a tres metros escasos de nosotros y estira los rosados labios para enseñarnos los dientes. Se queda ahí un momento y, en ese preciso instante, me doy cuenta de qué es lo que me inquieta de los mutos: los ojos verdes que me observan con rabia no son como los de los lobos o los perros, no se parecen a los de ningún canino que conozca; son humanos, sin lugar a dudas. Justo cuando empiezo a asimilarlo, veo el collar con el número 1 grabado con joyas y entiendo toda esta horrible situación: el pelo rubio, los ojos verdes, el número... Es Glimmer.

Dejo escapar un chillido y me cuesta sostener la flecha en su sitio. Estaba esperando para disparar, muy consciente de mi menguante reserva de flechas; esperaba a ver si las criaturas podían trepar. Sin embargo, ahora, aunque el perro ha empezado a resbalarse hacia atrás, incapaz de agarrarse al metal, aunque oigo el lento chirrido de las garras como si fuesen uñas en una pizarra, disparo al cuello. El animal se retuerce y cae al suelo con un golpe sordo.

—¿Katniss? —noto que Peeta me coge del brazo.

—¡Es ella!

—¿Quién?

Muevo la cabeza de un lado a otro para examinar la manada, tomando nota de tamaños y colores. La pequeña del pelo rojo y los ojos color ámbar..., ¡la Comadreja! ¡Y allí está el pelo ceniza y los ojos color avellana del chico del Distrito 9 que murió luchando por la mochila! Y, lo peor de todo, veo al muto más pequeño, el de reluciente pelaje oscuro, enormes ojos castaños y un collar de paja trenzada que dice 11; enseña los dientes, rabioso. Rue...

—¿Qué pasa, Katniss? —insiste Peeta, sacudiéndome por los hombros.

—Son ellos, todos ellos. Los otros. Rue, la Comadreja y... todos los demás

tributos —respondo, con voz ahogada.

—¿Qué les han hecho? —pregunta Peeta al reconocerlos, horrorizado—. ¿Crees..., crees que son sus ojos de verdad?

Sus ojos son la menor de mis preocupaciones. ¿Y sus cerebros? ¿Tienen algún recuerdo de los tributos originales? ¿Los han programado para odiar especialmente nuestras caras porque nosotros hemos sobrevivido y ellos han muerto asesinados sin piedad? Y los que matamos de verdad..., ¿creen que están vengando sus propias muertes?

Antes de poder decir nada, los mutos inician un nuevo asalto al cuerno. Se han dividido en dos grupos en los laterales y están usando sus fuertes patas traseras para lanzarse sobre nosotros. Un par de dientes se cierran a pocos centímetros de mi mano y oigo gritar a Peeta; siento el tirón de su cuerpo, el peso de chico y muto arrastrándome hacia el borde. De no ser por mi brazo, él habría acabado en el suelo, pero, tal como está la cosa, necesito toda mi fuerza para mantenernos a los dos en el extremo curvo del cuerno; y vienen más tributos.

—¡Mátalo, Peeta, mátalo! —le grito y, aunque no veo qué pasa exactamente, sé que tiene que haber atravesado a la criatura, porque no tiran tanto de mí.

Logro subirlo de nuevo al cuerno y nos arrastramos a la parte alta, donde nos espera el menos malo de nuestros problemas.

Cato todavía no se ha puesto en pie, aunque respira con más calma y pronto estará lo bastante recuperado para atacarnos y lanzarnos al suelo para que nos maten. Cargo una flecha en el arco, pero acaba derribando a un animal que sólo puede ser Thresh. ¿Quién si no iba a saltar tan alto? Siento alivio por un instante, porque parece que por fin estamos fuera del alcance de los mutos. Voy a volverme para enfrentarme a Cato cuando alguien aparta a Peeta de mi lado; estoy convencida de que la manada lo ha cogido, hasta que su sangre me salpica la cara.

Cato está delante de mí, casi al borde del cuerno, y tiene a Peeta agarrado con una llave por el cuello, ahogándolo. Peeta araña el brazo de Cato, pero sin fuerzas, porque no sabe si es más importante respirar o intentar cortar la sangre que le sale del agujero que una de las criaturas le ha abierto en la pantorrilla.

Apunto con una de mis últimas dos flechas a la cabeza de Cato, sabiendo que no tendría ningún efecto ni en el tronco ni en las extremidades; ahora veo que lleva encima una malla ajustada de color carne, algún tipo de armadura de gran calidad del Capitolio. ¿Era eso lo que contenía su mochila en el banquete? ¿Una armadura para defenderse de mis flechas? Bueno, pues se les olvidó incluir una máscara blindada.

—Dispárame y él se cae conmigo —dice Cato, riéndose.

Tiene razón, si lo derribo y cae sobre los mutos, Peeta morirá con él. Estamos en tablas: no puedo disparar a Cato sin matar también a Peeta; él no puede matar a Peeta sin ganarse una flecha en el cerebro. Nos quedamos quietos como estatuas, buscando

una salida.

Tengo los músculos tan tensos que podrían saltar en cualquier momento y los dientes tan apretados que podrían romperse. Las criaturas guardan silencio y lo único que oigo es la sangre que me late en la oreja buena.

A Peeta se le ponen los labios azules; si no hago algo pronto, morirá ahogado y lo perderé, y entonces Cato usará su cadáver como arma contra mí. De hecho, estoy segura de que ése es el plan de Cato, porque, aunque ha dejado de reírse, esboza una sonrisa triunfal.

Como si se tratase de un último esfuerzo, Peeta levanta los dedos, que chorrean sangre, hacia el brazo de Cato. En vez de intentar liberarse, desvía el índice y dibuja una equis en el dorso de la mano de Cato. El otro se da cuenta de lo que significa un segundo después que yo, lo sé por la forma en que pierde la sonrisa. Sin embargo, llega tarde por un segundo, porque, para entonces, ya le he atravesado la mano con la flecha. Grita y suelta a Peeta, que se lanza sobre él. Durante un horrible instante me da la impresión de que ambos caerán al suelo; salto y cojo a Peeta justo antes de que Cato se resbale sobre el cuerno lleno de sangre y acabe en el llano.

Oímos el golpe, el aire al salirle del cuerpo con el impacto y el ruido del ataque de las criaturas. Peeta y yo nos abrazamos, esperando a que suene el cañonazo, esperando a que acabe la competición, esperando a que nos liberen, pero no pasa nada, todavía no. Porque éste es el punto culminante de los Juegos del Hambre y la audiencia quiere espectáculo.

Aunque no miro, sí oigo los gruñidos, los ladridos, y los aullidos de humanos y animales mientras Cato se enfrenta a la manada. No entiendo cómo puede seguir vivo hasta que recuerdo la armadura que lo protege de los tobillos al cuello y me doy cuenta de que esta noche podría ser muy larga. Cato debe de tener también un cuchillo, una espada o lo que sea, algo más escondido en la ropa, porque, de vez en cuando, se oye el último lamento de un muto o el sonido de metal contra metal que produce la hoja al dar en el cuerno dorado. El combate se mueve alrededor de la Cornucopia y sé que Cato está intentando la única maniobra que podría salvarle la vida: volver al extremo puntiagudo del cuerno y unirse a nosotros de nuevo. Sin embargo, al final, a pesar de lo notables que resultan su fuerza y sus habilidades, son demasiados para él.

No sé cuánto tiempo ha pasado, puede que una hora, cuando Cato cae al suelo y oímos cómo lo arrastran los mutos al interior de la Cornucopia. «Ahora lo rematarán», pienso, pero no se oye ningún cañonazo.

Cae la noche y suena el himno, y la imagen de Cato no sale en el cielo; nos llegan los débiles gemidos a través del metal que tenemos debajo. El aire helado que sopla por la llanura me recuerda que los juegos no han terminado y que puede que tarden mucho tiempo en acabar; seguimos sin tener garantizada la victoria.

Me vuelvo hacia Peeta y veo que la pierna le sangra más que nunca. Todos nuestros suministros y mochilas siguen junto al lago, donde las dejamos cuando huimos de la manada. No tengo vendas, ni nada con lo que taponar el flujo de sangre de su pantorrilla. Aunque estoy temblando de frío, me arranco la chaqueta, me quito la camisa y me vuelvo a colocar la chaqueta lo antes posible. Han sido unos segundos, pero el frío hace que me castañeteen los dientes sin que pueda controlarlos.

Peeta tiene la cara gris a la pálida luz de la luna. Lo obligo a tumbarse antes de tocarle la herida; no bastará con una venda. He visto a mi madre poner torniquetes unas cuantas veces, así que intento imitarla. Corto una manga de la camisa, se la enrolla dos veces justo por debajo de la rodilla y ato un medio nudo. Como no tengo ningún palo, cojo mi última flecha y la introduzco en el nudo, apretándolo todo lo que me atrevo. Es arriesgado, porque Peeta podría perder la pierna, pero comparado con el peligro de perder la vida, ¿qué otra opción me queda? Vendo la herida con el resto de mi camisa y me tumbo a su lado.

—No te duermas —le digo.

Aunque no sé bien si es el protocolo médico correcto, me aterroriza que se duerma y no vuelva a despertarse.

—¿Tienes frío? —me pregunta.

Se baja la cremallera de la chaqueta y me meto dentro con él. Así se está un poco mejor, compartimos el calor de nuestros cuerpos dentro de mi doble capa de chaquetas, pero la noche es joven y la temperatura seguirá descendiendo. Todavía puedo sentir cómo la Cornucopia se congela, a pesar de que ardía cuando subimos.

—Puede que Cato acabe ganando —le susurro a Peeta.

—No digas eso —responde, subiéndome la capucha, aunque él tiembla aún más que yo.

Las horas siguientes son las peores de mi vida, lo que, si una se para a pensarlo, ya es decir. El frío de por sí ya es bastante tortura, pero la verdadera tortura es oír a Cato gemir, suplicar y, por último, gimotear mientras los mutos se divierten con él. Al cabo de un rato ya no me importa quién es o qué haya hecho, sólo quiero que deje de sufrir.

—¿Por qué no lo matan y ya está? —le pregunto a Peeta.

—Ya sabes por qué —responde, acercándose más a él.

Y es cierto: ahora ningún telespectador podrá despegarse de la pantalla. Desde el punto de vista de los Vigilantes, esto es lo último en espectáculos.

La cosa sigue y sigue, y, al final, me llena la cabeza borrando recuerdos y esperanzas de sobrevivir, borrándolo todo salvo el presente, que empieza a parecerme eterno. Nunca existirá otra cosa que no sea este frío, este miedo y los atroces sonidos del chico que se muere dentro del cuerno.

Peeta empieza a adormecerse y, cuando cabecea, me pongo a chillar su nombre

cada vez más alto, porque, si se muere y me deja sola, sé que me volveré completamente loca. Está esforzándose, seguramente más por mí que por él, y le resulta difícil, porque desmayarse sería su forma de huir. Sin embargo, el subidón de adrenalina que me corre por el cuerpo me impediría dormirme, así que no puedo dejar que lo haga él. No puedo.

La única señal del paso del tiempo está en el cielo, en el sutil movimiento de la luna. Peeta me la señala e insiste en que observe su avance y, a veces, por un momento, siento una chispa de esperanza antes de que la desesperación de la noche me envuelva de nuevo.

Al final lo oigo susurrar que el sol está saliendo. Abro los ojos y veo que las estrellas se difuminan a la pálida luz del alba. Además, veo lo pálida que está la cara de Peeta, el poco tiempo que le queda, y sé que tengo que llevarlo de vuelta al Capitolio.

En cualquier caso, no se ha oído el cañonazo. Pego la oreja al cuerno y distingo la débil voz de Cato.

—Creo que está más cerca. Katniss, ¿puedes dispararle?

Si está cerca de la entrada, quizá lo consiga; llegados a este punto, sería un acto de piedad.

—Mi última flecha está en tu torniquete.

—Pues aprovéchala bien —responde él, bajándose la cremallera de la chaqueta para que salga.

Así que suelto la flecha, vuelvo a atar el torniquete lo más fuerte que mis helados dedos me permiten y me froto las manos para intentar recuperar la circulación. Cuando me arrastro hasta el borde del cuerno y me asomo, noto que Peeta me sujeta para que no me caiga.

Tardo unos segundos en encontrar a Cato en la penumbra, en la sangre. Después, el desollado pedazo de carne que antes era mi enemigo emite un sonido y veo dónde tiene la boca. Creo que las palabras que intenta decir son *por favor*.

La compasión y no la venganza es lo que guía mi flecha a su cabeza. Peeta me sube de nuevo y allí me quedo, arco en mano, con el carcaj vacío.

—¿Le has dado? —me susurra. El cañonazo le responde—. Entonces, hemos ganado, Katniss —añade, sin emoción.

—Bien por nosotros —consigo decir, aunque en mi voz no se nota la alegría por la victoria.

En ese momento se abre un agujero en la llanura y, como si siguieran órdenes, los mutos que quedan vivos saltan en él, desaparecen en el interior y la tierra vuelve a cerrarse.

Esperamos a que llegue el aerodeslizador para llevarse los restos de Cato, a que suenen las trompetas de la victoria, pero nada.

—¡Eh! —grita Peeta al aire—. ¿Qué está pasando? —La única respuesta es el parloteo de los pájaros al despertarse—. Quizá sea por el cadáver, quizá tengamos que apartarnos.

Intento recordar si hay que apartarse del último tributo muerto. Tengo el cerebro demasiado embrollado para estar segura, pero ¿qué otra cosa podría ser?

—Vale, ¿crees que puedes llegar hasta el lago? —le pregunto.

—Creo que será mejor que lo intente.

Bajamos poco a poco por el extremo del cuerno y caemos al suelo. Si yo tengo las extremidades tan rígidas, ¿cómo puede moverse Peeta? Me levanto la primera, y doblo y agito brazos y piernas hasta encontrarme en condiciones de ayudarlo a levantarse. Conseguimos llegar al lago, aunque no sé cómo, y recojo un poco de agua fría para Peeta; yo también bebo.

Un sinsajo emite un largo silbido bajo y se me llenan los ojos de lágrimas cuando aparece el aerodeslizador y se lleva a Cato. Ahora vendrán a por nosotros, y podremos irnos a casa.

Sin embargo, sigue sin haber respuesta.

—¿A qué están esperando? —pregunta Peeta débilmente.

Entre la pérdida del torniquete y el esfuerzo que nos había supuesto llegar al lago, se le había abierto la herida.

—No lo sé.

No sé a qué se deberá el retraso, pero no soporto seguir viéndolo perder sangre. Me levanto para buscar un palo, pero encuentro rápidamente la flecha que rebotó en la armadura de Cato; servirá tan bien como la otra flecha. Cuando voy a cogerla, la voz de Claudius Templesmith retumba en el estadio.

—Saludos, finalistas de los Septuagésimo Cuartos Juegos del Hambre. La última modificación de las normas se ha revocado. Después de examinar con más detenimiento el reglamento, se ha llegado a la conclusión de que sólo puede permitirse un ganador. Buena suerte y que la suerte esté siempre de vuestra parte.

Un pequeño estallido de estática y se acabó. Me quedo mirando a Peeta con cara de incredulidad hasta que asimilo la verdad: nunca han tenido intención de dejarnos vivir a los dos. Los Vigilantes lo han planeado todo para garantizar el final más dramático de la historia, y nosotros, como idiotas, nos lo hemos tragado.

—Si te paras a pensarlo, no es tan sorprendente —dice Peeta en voz baja.

Lo observo ponerse en pie a duras penas. Se mueve hacia mí, como a cámara lenta, sacándose el cuchillo del cinturón...

Antes de ser consciente de lo que hago, tengo el arco cargado y apuntándole al corazón. Arquea las cejas y veo que su mano ya estaba camino de tirar el cuchillo al lago. Suelto las armas y doy un paso atrás, con la cara ardiendo de vergüenza.

—No —me detiene—, hazlo.

Peeta se acerca cojeando y me pone las armas de nuevo en las manos.

—No puedo. No lo voy a hacer.

—Hazlo, antes de que envíen otra vez a esos animales o a otra cosa. No quiero morir como Cato.

—Pues dispárame —respondo, furiosa, devolviéndole las armas con un empujón—. ¡Dispárame, vete a casa y vive con ello!

Mientras lo digo, sé que la muerte aquí, ahora mismo, sería más fácil que seguir viviendo.

—Sabes que no puedo —dice él, tirando las armas—. Vale, de todos modos yo seré el primero en morir.

Se inclina y se arranca la venda de la pierna, eliminando la última barrera entre su sangre y la tierra.

—¡No, no puedes suicidarte!

Me pongo de rodillas e intento pegarle la venda en la herida, desesperada.

—Katniss, es lo que quiero.

—No vas a dejarme sola —insisto, porque, si muere, en realidad nunca volveré a casa, me pasaré el resto de mi vida en este campo de batalla, intentando encontrar la salida.

—Escucha —me dice, poniéndome en pie—. Los dos sabemos que necesitan a su vencedor. Sólo puede ser uno de nosotros. Por favor, acéptalo, hazlo por mí.

Y sigue hablando sobre lo mucho que me quiere, sobre cómo sería su vida sin mí, pero yo ya no lo escucho, porque sus anteriores palabras han quedado atrapadas dentro de mi cabeza y están ahí, dando vueltas.

«Los dos sabemos que necesitan a su vencedor».

Sí, lo necesitan. Sin vencedor, a los Vigilantes les estallarían todo en la cara: fallarían al Capitolio, puede que incluso los ejecutasen de alguna forma lenta y dolorosa, en directo para todas las pantallas del país.

Si morimos Peeta y yo, o si pensarán que vamos a...

Me llevo las manos al saquito del cinturón y lo desengancho. Peeta lo ve y me coge la muñeca.

—No, no te dejaré.

—Confía en mí —susurro. Él me mira a los ojos durante un buen rato, pero me suelta. Abro el saquito y le echo un puñado de bayas en la mano; después cojo unas cuantas para mí—. ¿A la de tres?

—A la de tres —responde Peeta, inclinándose para darme un beso muy dulce. Nos ponemos de pie, espalda contra espalda, cogidos con fuerza de la otra mano—. Enséñalas, quiero que todos lo vean.

Abro los dedos y las oscuras bayas relucen al sol. Le doy un último apretón de manos a Peeta para indicarle que ha llegado el momento, para despedirme, y

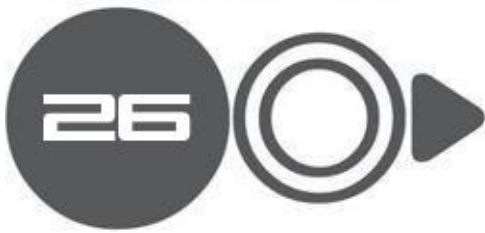
empezamos a contar.

—Uno. —Quizá me equivoque—. Dos. —Quizá no les importe que muramos los dos—. ¡Tres!

Es demasiado tarde para cambiar de idea. Me llevo la mano a los labios y le echo un último vistazo al mundo. Justo cuando las bayas entran en la boca, las trompetas empiezan a sonar.

La voz frenética de Claudius Templesmith grita sobre nosotros:

—¡Parad! ¡Parad! Damas y caballeros, me llena de orgullo presentarles a los vencedores de los Septuagésimo Cuartos Juegos del Hambre: ¡Katniss Everdeen y Peeta Mellark! ¡Les presento a... los tributos del Distrito 12!



Escupo las bayas y me limpio la lengua con el borde de la camisa para asegurarme de que no quede nada. Peeta tira de mí hacia el lago, donde los dos nos enjuagamos la boca y nos abrazamos, sin fuerzas.

—¿No te has tragado ninguna? —le pregunto.

—¿Y tú? —responde él, sacudiendo la cabeza.

—Supongo que no, porque sigo viva.

Veo que mueve los labios para contestar, pero no lo oigo con el rugido de la multitud del Capitolio, que sale en directo por los altavoces.

El aerodeslizador aparece sobre nosotros y de él caen dos escaleras, sólo que no pienso soltar a Peeta, de ninguna manera. Lo rodeo con un brazo para ayudarlo a subir, y los dos ponemos un pie en el primer travesaño. La corriente eléctrica nos paraliza, de lo cual me alegro, porque no estoy segura de que Peeta pudiese quedarse colgado todo el viaje. Al subir estaba mirando hacia abajo, así que veo que, aunque nuestros músculos están inmóviles, nada corta el flujo de sangre de su pierna. Como cabía esperar, se desmaya en cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros y la corriente eléctrica se detiene.

Todavía tengo agarrada la parte de atrás de su chaqueta con tanta fuerza que, cuando se lo llevan, se rompe, y me deja con un puñado de tela negra. Unos médicos vestidos con batas, máscaras y guantes blancos esterilizados ya están preparados para trabajar, para entrar en acción. Peeta está tan pálido y quieto sobre la mesa plateada, lleno de tubos y cables por todas partes, que, por un momento, olvido que hemos salido de los juegos y veo a los médicos como una amenaza más, otra manada de mutos diseñados para matarlo. Petrificada, me lanzo a salvarlo, pero me retienen y me empujan al interior de otro cuarto, con una puerta de cristal entre los dos. Nadie me hace caso, salvo un ayudante del Capitolio que aparece detrás de mí y me ofrece una bebida.

Me dejo caer en el suelo, con la cara contra la puerta, mirando el vaso de cristal que tengo en la mano sin entender nada. Está helado, lleno de zumo de naranja, con una pajita de borde decorado. Parece completamente fuera de lugar en mi mano sucia y ensangrentada, al lado de las cicatrices y las uñas llenas de tierra. Se me hace la boca agua con el olor, pero lo dejo con cuidado en el suelo, sin confiar en nada tan limpio y bonito.

A través del cristal veo cómo los médicos trabajan sin parar en Peeta; fruncen el ceño, concentrados. Veo el flujo de líquidos que bombean por los tubos, y una pared llena de cuadrantes y luces que no significan nada para mí. No estoy segura, pero creo que se le para el corazón dos veces.

Es como estar en casa cuando traen a una persona destrozada sin remedio en el estallido de una mina, a una mujer en su tercer día de parto o a un niño malnutrido que lucha contra la neumonía; en esas ocasiones, mi madre y Prim suelen tener la misma expresión que los médicos. Ha llegado el momento de huir al bosque y esconderme entre los árboles hasta que el paciente haya desaparecido y, en otra parte de la Veta, los martillos se encarguen del ataúd. Sin embargo, estoy aquí, atrapada no sólo por las paredes del aerodeslizador, sino también por la misma fuerza que ata a los seres queridos de los moribundos. A menudo los he visto reunidos en torno a la mesa de nuestra cocina y he pensado: «¿Por qué no se van? ¿Por qué se quedan a mirar?».

Y ahora lo sé: porque no les queda otra alternativa.

Doy un salto cuando noto que alguien me mira a pocos centímetros, y me doy cuenta de que es mi reflejo en el cristal: ojos enloquecidos, mejillas huecas, pelo enredado; rabiosa, salvaje, loca. No es de extrañar que todos se mantengan a una distancia prudencial de mí.

Lo siguiente que sé es que hemos aterrizado en el tejado del Centro de Entrenamiento y que se llevan a Peeta, aunque a mí me dejan donde estoy. Me lanzo contra el cristal, chillando, y creo distinguir un atisbo de pelo rosa (tiene que ser Effie, Effie viene al rescate), cuando alguien me pincha por detrás con una aguja.

Cuando despierto me da miedo moverme. Todo el techo brilla con una suave luz amarilla, lo que me permite ver que estoy en una habitación en la que sólo está mi cama; ni puertas, ni ventanas a la vista. El aire huele a algo fuerte y antiséptico. Del brazo derecho me salen varios tubos que se meten en la pared que tengo detrás. Estoy desnuda, pero la ropa de cama me reconforta. Saco con precaución la mano derecha de la colcha: no sólo está limpia, sino que han arreglado las uñas en óvalos perfectos y las cicatrices de las quemaduras se notan menos. Me toco la mejilla, los labios, la cicatriz arrugada sobre la ceja y, cuando empiezo a pasarme los dedos por mi pelo de seda, me quedo helada. Me muevo el pelo con aprensión por encima de la oreja izquierda; no, no me lo he imaginado: puedo oír de nuevo.

Intento sentarme, pero algún tipo de correa de sujeción me rodea la cintura y sólo me deja levantarme unos centímetros. La restricción física hace que me entre el pánico, y me pongo a tirar y a retorcer las caderas para librarme de la correa; entonces se desliza una parte de la pared, como si fuese una puerta, y por ella entra la chica avox pelirroja con una bandeja. Al verla me calmo y dejo de forcejear. Quiero hacerle un millón de preguntas, aunque me da miedo que un exceso de confianza le

cause problemas, porque está claro que me vigilan de cerca. Deja la bandeja sobre mis muslos y aprieta algo que me coloca en posición sentada. Mientras me arregla las almohadas, me atrevo a preguntarle algo; lo digo en voz alta, tan claro como me lo permite mi voz oxidada, para que no parezca que le cuento secretitos.

—¿Ha sobrevivido Peeta?

Ella asiente y, cuando me pone una cuchara en la mano, noto que me la aprieta como una amiga.

Supongo que, al fin y al cabo, no quería verme muerta. Y Peeta lo ha logrado; claro que lo ha logrado, con todo el equipo caro que tienen aquí. Sin embargo, no estaba segura hasta ahora.

Cuando se va la chica, la puerta se cierra sin hacer ruido detrás de ella y yo me vuelvo, hambrienta, hacia la bandeja: un cuenco de caldo claro, una pequeña ración de compota de manzana y un vaso de agua. «¿Ya está?», pienso, enfurruñada. ¿No debería ser mi comida de bienvenida un poco más espectacular? Al final descubro que apenas soy capaz de terminar lo poco que me han puesto. Es como si el estómago se me hubiese reducido al tamaño de una castaña, y me pregunto cuánto tiempo llevo inconsciente, porque la última mañana que pasé en el estadio no me costó nada comerme un desayuno considerable. Normalmente pasan unos días entre el final de la competición y la presentación del vencedor, de modo que puedan volver a convertir a un tributo muerto de hambre, herido y destrozado en una persona. Cinna y Portia andarán por aquí, creando nuestro vestuario para las apariciones públicas. Haymitch y Effie estarán disponiendo el banquete para los patrocinadores y revisando las preguntas de las últimas entrevistas. En casa, en el Distrito 12, estarán inmersos en el caos de organizar las celebraciones de bienvenida para Peeta y para mí, sobre todo porque las últimas fueron hace casi treinta años.

¡En casa! ¡Prim y mi madre! ¡Gale! Incluso la imagen del viejo gato zarrapastroso de Prim me hace sonreír. ¡Pronto estaré en casa!

Quiero salir de esta cama, ver a Peeta y Cinna, descubrir qué ha estado pasando. ¿Y por qué no? Me siento bien. Sin embargo, cuando empiezo a salir de la correa, noto que un líquido frío sale de uno de los tubos y se introduce por una de mis venas; pierdo la conciencia de forma casi inmediata.

Lo mismo sucede una y otra vez durante un periodo indefinido: me despierto, me alimentan y, aunque resisto el impulso de intentar escapar de la cama, me vuelven a dejar sin sentido. Es como estar en un extraño crepúsculo continuo. Sólo tomo nota de unas cuantas cosas: la chica avox no ha vuelto desde que me dio de comer la primera vez, mis cicatrices desaparecen y... ¿me lo he imaginado o he oído de verdad los gritos de un hombre? No con el acento del Capitolio, sino con la tosca cadencia de mi distrito. No puedo evitar tener la vaga sensación de que alguien cuida de mí, y eso me reconforta.

Entonces, por fin, llega un momento en que me despierto y no tengo nada clavado en el brazo derecho. También me han quitado la correa de la cintura y soy libre para moverme a mi gusto. Empiezo a levantarme, pero me detiene la visión de mis manos: la piel está perfecta, suave y reluciente. No sólo han desaparecido sin dejar rastro las cicatrices del campo de batalla, sino también las que había acumulado con los años de cazadora. Me toco la frente y parece de satén; cuando intento buscar la quemadura de la pantorrilla, no encuentro nada.

Saco las piernas de la cama, con los nervios de no saber si soportarán bien mi peso, y compruebo que están fuertes y preparadas. Al pie de la cama encuentro un traje que me hace estremecer, el mismo que llevábamos todos los tributos en el estadio. Me quedo mirándolo hasta que recuerdo que, obviamente, es lo que tengo que ponerme para saludar a mi equipo.

Me visto en menos de un minuto y toqueteo la pared, donde sé que está la puerta aunque no la vea, hasta que, de repente, se abre. Salgo a un pasillo amplio y vacío que no parece tener más puertas. No obstante, debe de haberlas, y detrás de una de ellas tiene que estar Peeta. Ahora que estoy consciente y en movimiento, mi preocupación por él aumenta por segundos. Si no estuviera bien, la avox me lo habría dicho, pero necesito verlo por mí misma.

—¡Peeta! —lo llamo, ya que no hay nadie a quien preguntar.

Oigo que alguien responde gritando mi nombre, aunque no es su voz, sino una que me provoca primero irritación y después impaciencia: Effie.

Me vuelvo y los veo a todos esperando en una gran sala al final del pasillo: Effie, Haymitch y Cinna. Salgo corriendo hacia ellos sin vacilar. Es posible que los vencedores deban ser más comedidos, más arrogantes, sobre todo cuando sabes que te están mirando, pero me da igual. Corro hacia ellos y me sorprende a mí misma abrazando primero a Haymitch. Cuando me susurra al oído «buen trabajo, preciosa», no suena sarcástico. Effie está algo llorosa y no deja de darme palmaditas en el pelo y de hablar sobre cómo le decía a todo el mundo que éramos perlas. Cinna se limita a abrazarme con fuerza y no dice nada. Entonces veo que Portia no está y tengo un mal presentimiento.

—¿Dónde está Portia? ¿Con Peeta? Peeta está bien, ¿no? Quiero decir, que está vivo, ¿verdad?

—Está bien, pero quieren que os encontréis en directo durante la ceremonia — responde Haymitch.

—Ah, vale —respondo, y el horrible momento de temer que Peeta estuviese muerto se pasa de nuevo—. Supongo que es lo que yo querría ver.

—Ve con Cinna. Tiene que ponerte a punto —dice Haymitch.

Es un alivio estar a solas con Cinna, sentir su brazo protector sobre los hombros y alejarnos de las cámaras, recorrer algunos pasillos y llegar a un ascensor que nos

conduce al vestíbulo del Centro de Entrenamiento. Eso quiere decir que el hospital está en el sótano, incluso debajo del gimnasio en el que los tributos practicábamos haciendo nudos y tirando lanzas. Las ventanas del vestíbulo están oscurecidas y un puñado de guardias lo vigilan todo. Nadie más nos ve llegar al ascensor de los tributos. Se oye el eco de nuestras pisadas en el vacío. Cuando subimos a la duodécima planta, me pasan por la cabeza las caras de todos los tributos que nunca regresarán y noto un nudo en la garganta.

Entonces se abren las puertas, y Venia, Flavius y Octavia me asaltan hablando tan deprisa y con tanta alegría que no consigo entender lo que dicen, aunque el sentido está claro: están realmente encantados de verme, y lo mismo me pasa a mí con ellos, aunque me emocionó mucho más ver a Cinna. Esto es más como alegrarse de ver a un trío de mascotas cariñosas al final de un día muy difícil.

Me llevan al comedor y me dan una comida de verdad (rosbif con guisantes y panecillos), aunque las raciones siguen estando controladas, porque, cuando pido repetir, me dicen que no.

—No, no y no. No quieren que lo echés todo en el escenario —responde Octavia, pero me da un panecillo más sin que nadie lo vea, por debajo de la mesa, para hacerme saber que está de mi parte.

Volvemos a mi habitación y Cinna desaparece durante un rato mientras el equipo de preparación me arregla.

—Oh, te han hecho un buen trabajo de pulido —dice Flavius con envidia—. No tienes ni un defecto en la piel.

Sin embargo, cuando me miro desnuda en el espejo sólo veo lo delgaducha que estoy. Bueno, seguro que estaba peor cuando salí del campo de batalla, pero puedo contarme las costillas sin ningún problema.

Seleccionan los ajustes de la ducha por mí y empiezan a arreglarme el pelo, las uñas y el maquillaje cuando termino. Charlan sin parar, así que apenas tengo que decir nada; eso está bien, porque no me siento muy habladora. Tiene gracia porque, aunque parloteen sobre los juegos, sus comentarios versan acerca de dónde estaban, qué hacían o cómo se sentían cuando sucedió algo en concreto: «¡Todavía estaba en la cama!», «¡Acababa de teñirme las cejas!», «¡Os juro que estuve a punto de desmayarme!». Todo gira en torno a ellos, no tiene nada que ver con los chicos que morían en el estadio.

En el Distrito 12 no nos regodeamos así en los juegos, sino que apretamos los dientes, miramos por obligación e intentamos volver a nuestras cosas lo antes posible en cuanto acaban. Para no odiar al equipo de preparación, consigo bloquear la mayor parte de su charla.

Cinna entra con lo que parece ser un vestido amarillo muy simple.

—¿Ya te has aburrido del tema de la «chica en llamas»?

—Dímelo tú —responde, y me lo mete por la cabeza. Al instante noto que ha rellenado la parte del pecho para añadir las curvas que el hambre me ha robado del cuerpo. Me llevo las manos a los senos y frunzo el ceño—. Ya lo sé —dice Cinna antes de que pueda protestar—, pero los Vigilantes querían modificarte quirúrgicamente. Haymitch tuvo una gran pelea con ellos y ésta fue la solución de compromiso. —Me detiene antes de que pueda mirarme en el espejo—. Espera, no te olvides de los zapatos.

Venia me ayuda a ponerme un par de sandalias de cuero planas y me vuelvo hacia el espejo.

Sigo siendo la «chica en llamas»: la fina tela del vestido despide un ligero brillo; el más leve movimiento del aire crea ondas. En comparación con éste, el traje del carro parece estridente, y el de la entrevista, demasiado artificial; ahora doy la impresión de haberme vestido con la luz de una vela.

—¿Qué te parece?

—Creo que es el mejor que has hecho hasta ahora.

Cuando consigo apartar la mirada de los destellos de la tela, me encuentro con una sorpresa: llevo el cabello suelto y echado atrás con una sencilla cinta; el maquillaje redondea y rellena mis ahora angulosas facciones; me han puesto esmalte transparente en las uñas; el vestido sin mangas está recogido a la altura de las costillas, no de la cintura, de modo que el relleno no afecta demasiado a mi figura; el borde me llega justo a las rodillas; al no llevar tacones, tengo mi estatura real. En resumidas cuentas, parezco una chica, una chica joven, de catorce años como mucho, inocente e inofensiva. Sí, me sorprende que Cinna haya decidido sacar esto, teniendo en cuenta que acabo de ganar los juegos.

Se trata de una imagen muy estudiada, porque Cinna nunca deja nada al azar. Me muerdo el labio, intentando averiguar sus motivos.

—Creía que sería algo más... sofisticado —le digo.

—Supuse que a Peeta le gustaría más esto —responde él, con precaución.

¿Peeta? No, no es por Peeta. Es por el Capitolio, los Vigilantes y la audiencia. Aunque no entiendo todavía el diseño de Cinna, me recuerda que los juegos todavía no han terminado por completo. Además, noto una advertencia debajo de su benévola respuesta. Me advierte sobre algo que no puede mencionar ni siquiera delante de su propio equipo.

Bajamos en el ascensor hasta la planta donde nos entrenamos. La costumbre es que el vencedor y su equipo de preparación salgan al escenario en una plataforma elevada. Primero el equipo de preparación, seguido por el acompañante, el estilista, el mentor y, finalmente, el vencedor. Como este año somos dos vencedores que comparten acompañante y mentor, han tenido que reorganizarlo todo. Me encuentro en una parte mal iluminada bajo el escenario. Han instalado una nueva plataforma de

metal para elevarme; todavía se ven pequeños montoncitos de serrín y huele a pintura fresca. Cinna y el equipo de preparación se van para ponerse sus trajes y colocarse en su sitio, así que me quedo sola. En la penumbra veo una pared improvisada a unos nueve metros de mí; supongo que Peeta estará detrás.

El rugido de la multitud es tan ensordecedor que no me doy cuenta de la llegada de Haymitch hasta que me toca el hombro y doy un bote, sobresaltada; supongo que parte de mí sigue en el estadio.

—Tranquila, soy yo. Deja que te eche un vistazo —dice. Levanto los brazos y doy una vuelta—. No está mal.

—¿Pero? —pregunto, porque no ha sido un gran cumplido.

—Pero nada. ¿Qué tal un abrazo de buena suerte? —responde él, después de examinar mi mohoso lugar de espera y tomar una decisión.

Vale, es una petición extraña viniendo de él, pero, al fin y al cabo, hemos ganado; quizás un abrazo sea lo más apropiado. Sin embargo, cuando le rodeo el cuello con los brazos, me encuentro atrapada por los suyos y me empieza a hablar muy deprisa y muy bajito al oído, con los labios ocultos por mi pelo.

—Escucha, tienes problemas. Se dice que el Capitolio está furioso por la manera en que los habéis dejado en ridículo en el estadio. Si hay algo que no soportan es que se rían de ellos, y ahora son el hazmerreír de Panem —me dice Haymitch.

Siento que el miedo me corre por las venas, pero me río como si me dijese algo encantador, porque no tengo nada que me oculte la boca.

—¿Y qué?

—Tu única defensa sería que estuvieses tan loca de amor que no fueses responsable de tus acciones. —Haymitch se aparta y me arregla la cinta del pelo—. ¿De acuerdo, preciosa?

Podría estar hablando de cualquier cosa.

—De acuerdo. ¿Se lo has dicho a Peeta?

—No hace falta. Él lo tiene claro.

—Pero ¿crees que yo no? —pregunto, aprovechando la oportunidad para enderezar la pajarita de color rojo intenso que Cinna debe de haberle obligado a llevar.

—¿Y desde cuándo importa lo que yo crea? Será mejor que ocupemos nuestros puestos. —Me conduce al círculo de metal—. Es tu noche, preciosa, disfrútala.

Me da un beso en la frente y desaparece en la penumbra.

Me tiro de la falda deseando que fuese más larga para tapar lo mucho que me chocan las rodillas. Entonces me doy cuenta de que no tendría sentido, porque todo el cuerpo me tiembla como una hoja. Con suerte, lo atribuirán a la emoción. Al fin y al cabo, es mi noche.

El olor a humedad y moho que hay debajo del escenario amenaza con ahogarme.

Noto un sudor frío y pegajoso en la piel y no puedo evitar la sensación de que las tablas que tengo encima están a punto de derrumbarse, de enterrarme viva debajo de los escombros. Después de salir del campo de batalla, después de las trompetas, se suponía que estaría a salvo para siempre, para el resto de mi vida. Sin embargo, si lo que dice Haymitch es cierto (y no tiene razones para mentir), nunca he corrido tanto peligro como ahora.

Es mucho peor que la caza del estadio, porque allí podía morir y ya está, fin de la historia. Aquí podrían castigar a Prim, a mi madre, a Gale, a la gente del Distrito 12, a todas las personas que me importan, si no consigo hacer creíble el escenario de chica-loca-de-amor que Haymitch ha sugerido.

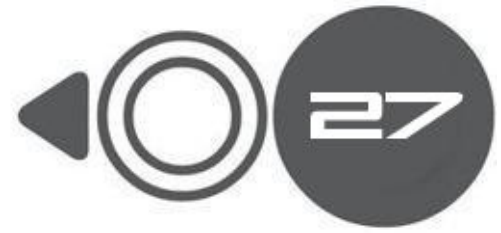
Bueno, aún tengo una oportunidad. Qué curioso, cuando saqué las bayas en el estadio sólo pensaba en ser más lista que los Vigilantes, no en lo mal que haría quedar al Capitolio con mis acciones. Pero los Juegos del Hambre son su arma y se supone que no puedes vencerlos, así que ahora el Capitolio actuará como si hubiese controlado la situación desde el principio, como si lo dirigiese todo, suicidio doble incluido. Claro que, para que eso funcione, tengo que seguirles el juego.

Y Peeta... Peeta también sufrirá si la actuación no sale bien. Pero ¿qué ha respondido Haymitch cuando le he preguntado si se lo había explicado a Peeta, que tenía que fingir estar loco de amor por mí?

«No hace falta, él lo tiene claro».

¿Tiene claro lo que está pasando, como siempre, y es muy consciente del peligro que corremos? ¿O... tiene claro que está loco de amor por mí? No lo sé, ni siquiera he empezado a ordenar lo que siento por Peeta, es demasiado complicado. No sé qué hice como parte de los juegos, qué hice por odio al Capitolio, qué hice para que lo vieran en el Distrito 12, qué hice porque era lo correcto y qué hice porque este chico me importa.

Son preguntas que debo resolver en casa, en la tranquilidad y el sosiego del bosque, cuando no me vea nadie, pero no aquí, con todos los ojos del país clavados en mí. Sin embargo, no disfrutaré de ese lujo durante vete a saber cuánto tiempo y, ahora mismo, la parte más peligrosa de los Juegos del Hambre está a punto de empezar.



El himno me retumba en los oídos y después oigo a Caesar Flickerman saludar a la audiencia. ¿Sabe lo crucial que es decir la palabra correcta a partir de ahora? Seguro, querrá ayudarnos. La multitud rompe en aplausos cuando presenta al equipo de preparación. Me imagino a Flavius, Venia y Octavia dando saltitos y haciendo reverencias ridículas; creo que puedo decir sin temor a equivocarme que no tienen ni idea de lo que está pasando. Después presenta a Effie. Cuánto tiempo lleva esperando este momento; espero que lo disfrute, porque, por muy despistada que sea, tiene un buen instinto para algunas cosas y, por lo menos, debe de intuir que algo va mal. Portia y Cinna reciben grandes vítores, por supuesto, ya que han estado geniales, después de un debut tan deslumbrante. Ahora entiendo por qué Cinna me eligió este vestido: tengo que parecer todo lo inocente e infantil que pueda. La aparición de Haymitch se saluda con grandes pisotones en el suelo durante cinco minutos, como mínimo. Bueno, ha conseguido lo nunca visto al mantener vivos no sólo a un tributo, sino a dos. ¿Y si no me hubiese advertido a tiempo? ¿Habría actuado de otra forma? ¿Le habría restregado al Capitolio por la cara el momento de las bayas? No, no creo, pero sí que podría haber resultado mucho menos convincente de lo necesario en estos momentos..., en estos precisos momentos, porque noto que la plataforma se eleva hacia el escenario.

Luces cegadoras. Un rugido ensordecedor que hace vibrar el metal que tengo bajo los pies. Entonces veo a Peeta a pocos metros de mí. Parece tan limpio, sano y guapo que apenas lo reconozco. Sin embargo, su sonrisa es la misma, ya esté cubierto de barro o en el Capitolio, y, al verla, doy unos tres pasos y me lanzo en sus brazos. Él se tambalea hacia atrás, a punto de perder el equilibrio, y entonces me doy cuenta de que el artilugio metálico y delgado que lleva en la mano es una especie de bastón. Se endereza y nos abrazamos mientras la audiencia se vuelve loca. Él me besa y yo no puedo dejar de pensar: «¿Lo sabes? ¿Sabes el peligro que corremos?».

Después de diez minutos así, Caesar Flickerman le da un golpecito en el hombro para poder seguir con el espectáculo, pero Peeta lo aparta sin mirarlo siquiera. El público pierde la cabeza. Lo sepa o no, Peeta, como siempre, sabe cómo manejar a la audiencia.

Al final, Haymitch nos interrumpe y nos da un empujón cariñoso hacia el sillón de los vencedores. Lo normal es que sea un solo sillón muy recargado desde el que el

tributo ganador observa la película de los mejores momentos de los juegos, pero, como somos dos, los Vigilantes nos han puesto un lujoso sofá de terciopelo rojo. Es pequeño; creo que mi madre lo llamaría confidente. Me siento tan cerca de Peeta que estoy prácticamente sobre su regazo, aunque basta echarle un vistazo a Haymitch para saber que no es suficiente, así que me quito las sandalias, subo los pies al sofá y apoyo la cabeza en el hombro de Peeta. Él me rodea con un brazo automáticamente, y yo me siento como si estuviera de nuevo en la cueva, acurrucada a su lado, intentando entrar en calor. Su camisa está hecha con la misma tela amarilla que mi vestido, pero Portia le ha puesto unos pantalones largos negros. Tampoco lleva sandalias, sino un par de robustas botas negras que no levanta del suelo. Ojalá Cinna me hubiese puesto algo parecido, porque me siento muy vulnerable con este vestido tan ligero. Supongo que ésa era la idea.

Caesar Flickerman hace algunos chistes y pasa al espectáculo. Durará exactamente tres horas y es de visión obligatoria para todo Panem. Cuando reducen la intensidad de las luces y aparece el sello en la pantalla, me doy cuenta de que no estoy preparada para esto, de que no quiero ver morir a mis veintidós compañeros. Ya vi bastante la primera vez. Empieza a latirme el corazón con fuerza y siento el impulso de huir. ¿Cómo se han podido enfrentar a esto solos los otros vencedores? Durante los mejores momentos suelen mostrar la reacción del ganador en un cuadrado de una esquina de la pantalla. Pienso en los años anteriores... Algunos parecían encantados, alzaban los puños y se golpeaban el pecho. Casi todos parecían aturridos. Sólo sé que lo único que me mantiene en este confidente es Peeta: su brazo sobre mi hombro, su otra mano entre las mías. Por supuesto, los anteriores ganadores no tenían al Capitolio planeando cómo destruirlos.

Resumir varias semanas en tres horas es toda una hazaña, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de cámaras que funcionaban a la vez. El que monta esto debe tener claro qué historia desea contar. Este año, por primera vez, cuenta una historia de amor. Sé que Peeta y yo hemos ganado, pero nos dedican una cantidad de tiempo desproporcionada desde el principio. De todos modos, eso me alegra, porque apoya la excusa de la locura de amor como defensa por el desafío al Capitolio, además de evitarme el regodeo en las muertes.

La primera hora o así se centra en los sucesos anteriores al estadio: la cosecha, el paseo en carro por el Capitolio, las clasificaciones del entrenamiento y las entrevistas. Una banda sonora animada hace que parezca el doble de horrible porque, claro, casi todos los que aparecen en pantalla están muertos.

Una vez en el campo de batalla se ofrece una detallada cobertura del baño de sangre y después, básicamente, los realizadores alternan imágenes de los tributos muriendo e imágenes nuestras. Sobre todo, imágenes de Peeta, en realidad, porque está claro que él lleva el peso del romance sobre los hombros. Ahora veo lo que vio la

audiencia, cómo engañó a los tributos profesionales sobre mí, cómo se quedó despierto toda la noche bajo el árbol de las rastrevíspulas, cómo luchó contra Cato para dejarme escapar e, incluso tumbado en la orilla embarrada, cómo susurraba mi nombre en sueños. En comparación, yo parezco un témpano de hielo (esquivo bolas de fuego, dejo caer nidos y hago estallar las provisiones) hasta que voy a por Rue. Enseñan su muerte al completo, la lanza, mi intento de rescate fallido, mi flecha en el cuello del chico del Distrito 1, el último aliento de Rue en mis brazos y la canción. Canto todas y cada una de las notas de la canción. Algo dentro de mí se cierra y me quedo demasiado entumecida para sentir nada. Es como ver a unos completos desconocidos en otros Juegos del Hambre, aunque noto que omiten la parte en la que la cubrí de flores.

Claro, porque hasta eso apesta a rebelión.

Las cosas mejoran para mí cuando anuncian que los dos tributos del mismo distrito pueden sobrevivir, y grito el nombre de Peeta y me tapo la boca. Si hasta el momento me había mostrado indiferente con él, a partir de ahí lo compenso al buscarlo, devolverle la salud con mis atenciones, ir al banquete a por la medicina y dispensar mis besos con mucha generosidad. Veo los mutos y la muerte de Cato desde un punto de vista objetivo; sé que son tan horribles como siempre, pero, de nuevo, es como si le pasase a gente que no conozco.

Entonces llega el momento de las bayas. Oigo que el público pide silencio: no quieren perderse nada. Me siento llena de gratitud hacia los realizadores cuando veo que no acaban con el anuncio de nuestra victoria, sino conmigo aporreando la puerta de cristal del aerodeslizador, gritando el nombre de Peeta mientras intentan reanimarlo.

En términos de supervivencia, es mi mejor momento de toda la noche.

Vuelve a sonar el himno y nos levantamos cuando el presidente Snow en persona sale a escena, seguido de una niña con el cojín que sostiene la corona. Sin embargo, sólo hay una corona, y se nota la perplejidad de la multitud (¿para quién será?), hasta que el presidente Snow la gira y la divide en dos. La primera mitad la coloca sobre la frente de Peeta con una sonrisa. Sigue sonriendo cuando me coloca la segunda, pero en sus ojos, que están a pocos centímetros de los míos, veo que será implacable como una serpiente.

Entonces sé que, aunque los dos nos hubiésemos comido las bayas, soy yo la culpable, porque yo tuve la idea. Soy la instigadora, la que debe recibir el castigo.

Después hay muchas reverencias y vítores. Tengo el brazo a punto de caérseme de tanto saludar cuando Caesar Flickerman por fin se despide de los espectadores y les recuerda que vuelvan mañana para las últimas entrevistas. Como si les quedase alternativa.

A Peeta y a mí nos llevan a la mansión del presidente para el banquete de la

victoria, donde tenemos muy poco tiempo para comer mientras los funcionarios del Capitolio y los patrocinadores más generosos se pelean por hacerse una foto con nosotros. Por nuestro lado pasa una cara sonriente tras otra, cada vez más borrachas conforme avanza la noche. De vez en cuando le echo un vistazo a Haymitch, que resulta reconfortante, o al presidente Snow, que resulta aterrador, pero sigo riendo, dando las gracias a todos y sonriendo para que me hagan fotos. Lo único que no hago ni un momento es soltar la mano de Peeta.

El sol empieza a asomar por el horizonte cuando volvemos muy despacio a la duodécima planta del Centro de Entrenamiento. Creía que por fin podría hablar a solas con Peeta, pero Haymitch le dice que vaya a ver a Portia para escoger algo apropiado para la entrevista y me acompaña en persona hasta mi puerta.

—¿Por qué no puedo hablar con él? —le pregunto.

—Tendrás mucho tiempo para hablar cuando volvamos a casa. Vete a la cama. Saldrás en la tele a las dos.

A pesar de las continuas interferencias de Haymitch, estoy decidida a ver a Peeta en privado. Después de dar vueltas en la cama durante unas cuantas horas, salgo al pasillo. Lo primero que pienso es mirar en el tejado, pero está vacío. Incluso las calles de la ciudad están desiertas después de la celebración de anoche. Regreso a la cama un rato y después decido ir directamente a su dormitorio. Sin embargo, cuando intento girar el pomo, descubro que ha cerrado la puerta con pestillo desde dentro. Al principio sospecho de Haymitch, aunque después tengo el insidioso temor de que el Capitolio pueda estar vigilándome y encerrándome. No he podido escapar desde el inicio de los Juegos del Hambre, pero esto parece distinto, mucho más personal, como si me hubiesen encarcelado por un delito y estuviese esperando mi sentencia. Vuelvo corriendo a mi cama y finjo dormir hasta que Effie Trinket viene a avisarme de que ya empieza otro día «¡muy, muy, muy importante!».

Me dan unos cinco minutos para comerme un cuenco de cereales calientes y estofado antes de que baje el equipo de preparación. Lo único que necesito decir para no tener que volver a hablar durante las siguientes dos horas es: «¡El público os adora!». Cuando entra Cinna, los echa y me pone un vestido de gasa blanca y zapatos rosa. Después me maquilla personalmente hasta que parezco irradiar un brillo suave y sonrosado. Charlamos de todo un poco, pero temo preguntarle cosas importantes después del incidente de la puerta, porque no puedo quitarme de encima la sensación de que me vigilan constantemente.

La entrevista se realiza bajando un poco por el pasillo, en el salón. Han vaciado un espacio y han colocado el confidente, rodeado de jarrones de rosas rojas y rosas. Sólo hay un puñado de cámaras para grabar el acontecimiento; al menos, no tendré público delante.

Caesar Flickerman me da un cálido abrazo cuando entro.

—Enhorabuena, Katniss, ¿cómo te encuentras?

—Bien. Nerviosa por la entrevista.

—No lo estés, vamos a pasarlo maravillosamente —responde, dándome una palmadita tranquilizadora en la mejilla.

—No se me da bien hablar sobre mí.

—Nada de lo que digas puede estar mal.

Y yo pienso: «Ay, Caesar, ojalá fuese cierto. Sin embargo, el presidente Snow puede estar planeando algún tipo de “accidente” para mí mientras hablamos».

Entonces entra Peeta, muy guapo vestido de rojo y blanco, y me aparta a un lado.

—Apenas he podido verte. Haymitch parece decidido a mantenernos separados.

De hecho, Haymitch está decidido a mantenernos con vida, pero hay demasiadas personas escuchándonos, así que me limito a decir:

—Sí, últimamente está muy responsable.

—Bueno, sólo queda esto antes de irnos a casa. Después no podrá vigilarnos todo el rato.

Noto un escalofrío por el cuerpo y no tengo tiempo para analizarlo, porque ya están preparados para atendernos. Nos sentamos de manera algo formal en el confidente, pero Caesar dice:

—Oh, adelante, acurrúcate a su lado si quieres. Queda muy dulce.

Así que pongo los pies en el asiento, a un lado, y Peeta me acerca a él.

Alguien inicia la cuenta atrás y, sin más, salimos en directo para todo el país. Caesar Flickerman está estupendo; hace bromas, lanza pullas y se ahoga de risa cuando se presenta la ocasión. Peeta y él ya tenían su dinámica desde la noche de la primera entrevista, aquellas bromas fáciles, así que yo sólo sonrío e intento hablar lo menos posible. Es decir, tengo que hablar un poco, pero, en cuanto puedo, dirijo la conversación a Peeta.

Sin embargo, al final Caesar empieza a plantear preguntas que exigen respuestas más completas.

—Bueno, Peeta, por vuestros días en la cueva ya sabemos que para ti fue amor a primera vista desde los... ¿cinco años? —pregunta.

—Desde el momento en que la vi.

—Pero, Katniss, menuda experiencia para ti. Creo que la verdadera emoción para el público era ver cómo te enamorabas de él. ¿Cuándo te diste cuenta de que lo amabas?

—Oh, es una pregunta difícil...

Dejo escapar una risita débil y entrecortada, y me miro las manos. Ayuda.

—Bueno, yo sé cuándo me di cuenta: la noche que gritaste su nombre desde aquel árbol —dice él.

«¡Gracias, Caesar!», pienso, y sigo con su idea.

—Sí, supongo que sí. Es decir, hasta ese momento intentaba no pensar en mis emociones, la verdad, porque era muy confuso, y sentir algo por él sólo servía para empeorar las cosas. Pero, entonces, en el árbol, todo cambió.

—¿Por qué crees que fue?

—Quizá... porque, por primera vez... tenía la oportunidad de conservarlo.

Veo que Haymitch resopla con alivio detrás de una cámara y sé que he dicho lo correcto. Caesar saca un pañuelo y se toma un momento, porque está conmovido. Noto que Peeta apoya la frente en mi sien y me pregunta:

—Entonces, ahora que me tienes, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Ponerte en algún sitio en el que no puedan hacerte daño —respondo, volviéndome hacia él. Cuando me besa, la gente del cuarto deja escapar un suspiro, de verdad.

Caesar aprovecha el momento para pasar al daño sufrido en el estadio, desde quemaduras hasta picaduras, pasando por heridas. Sin embargo, hasta que no llegamos a los mutos no me olvido de que estamos delante de las cámaras. Es cuando Caesar le pregunta a Peeta cómo le va con su pierna nueva.

—¿Pierna nueva? —pregunto, y no puedo evitar subirle la pernera del pantalón—. Oh, no —susurro al ver el dispositivo de metal y plástico que ha reemplazado a su carne.

—¿No te lo había dicho nadie? —pregunta Caesar con amabilidad, y yo sacudo la cabeza.

—No he tenido ocasión de hacerlo —dice Peeta, encogiéndose de hombros.

—La culpa es mía, por usar aquel torniquete.

—Sí, por tu culpa sigo vivo —responde Peeta.

—Tiene razón —asegura Caesar—. Seguro que se habría desangrado sin el torniquete.

Supongo que es cierto, pero no puedo evitar entristecerme por ello hasta el punto de tener ganas de llorar; entonces recuerdo que todo el país me mira, así que oculto el rostro en la camisa de Peeta, que tarda un par de minutos en convencerme de que salga, porque se está mejor en su camisa, donde nadie me ve. Cuando levanto la cabeza al fin, Caesar deja de preguntarme hasta que me recupero. De hecho, me deja bastante en paz hasta que surge el tema de las bayas.

—Katniss, sé que has sufrido una conmoción, pero tengo que preguntártelo. Cuando sacaste aquellas bayas, ¿qué pasaba por tu cabeza?

Hago una larga pausa antes de responder, intentando organizar mis pensamientos. Es el momento crucial en el que se decide si reté al Capitolio o me volví tan loca de amor ante la idea de perder a Peeta que no se me puede culpar por mis acciones. Debería dar un discurso largo y dramático, pero sólo consigo articular una frase casi inaudible:

—No lo sé, es que... no podía soportar la idea de... vivir sin él.

—Peeta, ¿algo que añadir?

—No, creo que eso vale para los dos.

Caesar se despide y todo se termina. La gente se ríe, llora y se abraza, aunque sigo sin estar segura hasta que llego a Haymitch.

—¿Vale? —pregunto, susurrando.

—Perfecto.

Vuelvo a mi cuarto para recoger algunas cosas y descubro que lo único que quiero llevarme es la insignia de sinsajo que me dio Madge. Alguien lo volvió a poner en mi dormitorio después de los juegos. Nos llevan por las calles en un coche con ventanillas tintadas y el tren nos espera. Apenas podemos despedirnos de Cinna y Portia, aunque los veremos dentro de unos meses, cuando hagamos la gira por los distritos para una ronda de ceremonias triunfales. Así el Capitolio recuerda al pueblo que los Juegos del Hambre nunca desaparecen del todo. Nos darán un montón de placas inútiles y el pueblo tendrá que fingir que nos adora.

El tren empieza a moverse y nos introducimos en la noche hasta salir del túnel, momento en que respiro libre por primera vez desde la cosecha. Effie nos acompaña, al igual que Haymitch, por supuesto. Nos comemos una enorme cena y guardamos silencio delante del televisor para ver la entrevista en diferido. Conforme nos alejamos del Capitolio empiezo a pensar en casa, en Prim y en mi madre, y en Gale. Me disculpo para ir a quitarme el vestido, y ponerme una camisa y unos pantalones más sencillos. Mientras me limpio con esmero el maquillaje de la cara y me trenzo el pelo, empiezo a transformarme de nuevo en mí, en Katniss Everdeen, una chica que vive en la Veta, que caza en los bosques, que comercia en el Quemador. Me miro en el espejo intentando recordar quién soy y quién no. Cuando me uno a los demás, la presión del brazo de Peeta sobre los hombros me resulta extraña.

El tren hace una breve pausa para repostar, y nos dejan salir a respirar aire fresco. Peeta y yo caminamos por el andén de la mano, y yo no sé qué decir ahora que estamos solos. Se detiene a recoger un ramo de flores silvestres para mí; me lo da y hago todo lo posible por parecer contenta, porque él no sabe que estas flores rosas y blancas son la parte superior de las cebollas silvestres, y que me recuerdan las horas que he pasado recogéndolas con Gale.

Gale. La idea de que veré a Gale apenas dentro de unas horas hace que note mariposas en el estómago. ¿Por qué? No puedo explicármelo del todo; sólo sé que me siento como si hubiese estado engañando a una persona que confiaba en mí. O, para ser más exacta, a dos personas. Me he librado hasta el momento por los juegos, pero no habrá juegos en los que esconderse cuando lleguemos a casa.

—¿Qué pasa? —me pregunta Peeta.

—Nada.

Seguimos caminando hasta dejar atrás la cola del tren, en un punto en el que hasta yo creo que no hay cámaras escondidas detrás de los arbustos del andén. Sin embargo, sigo sin encontrar las palabras.

Haymitch me sorprende poniéndome una mano en la espalda. Incluso ahora, en medio de ninguna parte, baja la voz.

—Gran trabajo, chicos. Seguid así en el distrito hasta que se vayan las cámaras. Todo debería ir bien.

Lo veo volver al tren, evitando mirar a Peeta a los ojos.

—¿De qué habla? —me pregunta Peeta.

—Del Capitolio. No les gustó nuestro truco de las bayas —le suelto.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Parecía demasiado rebelde, así que Haymitch ha estado ayudándome estos días para que no lo empeorase.

—¿Ayudándote? Pero a mí no.

—Él sabía que eras lo bastante listo para hacerlo bien.

—No sabía que hubiese que hacer bien algo. Entonces, ¿me estás diciendo que lo de estos últimos días y, supongo..., lo del estadio..., no era más que una estrategia que habíais diseñado?

—No. Es decir, ni siquiera podía hablar con él en el estadio, ¿no? —balbuceo.

—Pero sabías lo que quería que hicieras, ¿verdad? —me pregunta, y me muerdo el labio—. ¿Katniss? —Me suelta la mano y doy un paso, como para recuperar el equilibrio—. Fue todo por los juegos. Una actuación.

—No todo —respondo, agarrando las flores con fuerza.

—Entonces, ¿cuánto? No, olvídalo, supongo que la verdadera pregunta es qué quedará cuando llegemos a casa.

—No lo sé. Cuanto más nos acercamos al Distrito 12, más desconcertada me siento —respondo.

Él espera a que se lo explique, pero no lo hago.

—Bueno, pues házmelo saber cuando lo sepas.

El dolor que desprende su voz es palpable.

Sé que se me han curado los oídos porque, incluso con el rumor del motor, oigo todos y cada uno de los pasos que da hacia el tren. Cuando subo a bordo, él ya se ha acostado, y tampoco lo veo a la mañana siguiente. De hecho, no aparece hasta que estamos entrando en el Distrito 12. Me saluda con un gesto de cabeza, inexpresivo.

Quiero decirle que no está siendo justo; que éramos desconocidos; que hice lo necesario para seguir viva, para que los dos siguiésemos vivos en el estadio; que no puedo explicarle cómo son las cosas con Gale porque no lo sé ni yo misma; que no es bueno amarme porque, de todos modos, no pienso casarme y él acabaría odiándome tarde o temprano; que, aunque sienta algo por él, da igual, porque nunca podré

permitirme la clase de amor que da lugar a una familia, a hijos. ¿Y cómo puede permitírselo él? ¿Cómo puede después de lo que acabamos de pasar?

También quiero decirle lo mucho que ya lo echo de menos, pero no sería justo por mi parte.

Así que nos quedamos de pie, en silencio, observando cómo entramos en nuestra mugrienta estacioncita. A través de la ventanilla veo que el andén está hasta arriba de cámaras. Todos están deseando presenciar nuestra vuelta a casa.

Por el rabillo del ojo veo que Peeta me ofrece la mano y lo miro, vacilante.

—¿Una última vez? ¿Para la audiencia? —me dice, no en tono enfadado, sino hueco, lo que es mucho peor.

El chico del pan empieza a alejarse de mí.

Lo cojo de la mano con fuerza, preparándome para las cámaras y temiendo el momento en que no me quede más remedio que dejarlo marchar.

SUZANNE COLLINS



LOS JUEGOS DEL HAMBRE
EN LLAMAS



EN LLAMAS

Contra todo pronóstico, Katniss ha ganado Los Juegos del Hambre. Es un milagro que ella y su compañero del Distrito 12, Peeta Mellark, sigan vivos. Katniss debería sentirse aliviada, incluso contenta, ya que, al fin y al cabo, ha regresado con su familia y su amigo de toda la vida, Gale. Sin embargo, nada es como a ella le gustaría. Gale guarda las distancias y Peeta le ha dado la espalda por completo. Además se rumorea que existe una rebelión contra el Capitolio...

Para mis padres, James y Michael Collins,
y para mis suegros, Dixie y Charles Pryor,



PARTE I
"LA CHISPA"

EN LLAMAS



Sujeto el termo con ambas manos, aunque el calor del té se perdió hace un rato en el aire helado. Tengo los músculos tensos de frío. Si apareciese una jauría de perros salvajes ahora mismo, no tendría muchas posibilidades de trepar a un árbol antes de que me atacasen. Tendría que levantarme, moverme y dejar que la sangre volviese a circularme por las extremidades, pero, en vez de hacerlo, me quedo sentada, tan inmóvil como la roca que tengo debajo, mientras el alba empieza a iluminar el bosque. No puedo luchar contra el sol, solo puedo observar con impotencia cómo me arrastra a un día que llevo meses temiendo.

A mediodía estarán todos en mi nueva casa de la Aldea de los Vencedores: los periodistas, los equipos de televisión, incluso Effie Trinket, mi antigua acompañante, recién llegados al Distrito 12 desde el Capitolio. Me pregunto si Effie seguirá llevando aquella ridícula peluca rosa o si habrá elegido otro color antinatural que lucir en la Gira de la Victoria. Habrá más gente esperando, varias personas listas para atender todas mis necesidades en el largo viaje en tren. Un equipo de preparación que me pondrá guapa para mis apariciones públicas. Mi estilista y amigo, Cinna, que diseñó los maravillosos trajes que hicieron que la audiencia se fijase en mí por primera vez en los Juegos del Hambre.

Si estuviese en mis manos, intentaría olvidar los Juegos del Hambre por completo, no hablaría nunca de ellos, fingiría que no han sido más que un mal sueño. Sin embargo, la Gira de la Victoria hace que mi deseo resulte imposible. La organizan en un momento estratégico, entre unos juegos y los siguientes, como si el Capitolio pretendiese mantener el horror vivo y cercano. En los distritos no solo nos vemos obligados a recordar la mano de acero del poder del Capitolio una vez al año, sino que, además, nos obligan a celebrarlo. Este año yo soy una de las estrellas del espectáculo. Tendré que viajar de distrito en distrito, ponerme delante de la multitud para que me vitoree, aunque, en realidad, me odie; mirar a la cara a los familiares de los chicos a los que he matado...

El sol sigue empeñándose en salir, así que hago un esfuerzo por levantarme. Me duelen todas las articulaciones, y la pierna izquierda lleva tanto tiempo dormida que necesito pasarme unos minutos caminando para devolverla a la vida. He estado tres horas en el bosque, pero, como no he intentado cazar, no llevaré nada de vuelta. A mi madre y a mi hermana pequeña, Prim, ya no les importa. Pueden permitirse comprar

carne en la carnicería del pueblo, aunque a ninguna nos gusta más que la carne de caza. Por otro lado, mi mejor amigo, Gale Hawthorne, y su familia dependen de lo que saque hoy, y no puedo dejarlos tirados. Empiezo la hora y media de paseo que necesitaré para comprobar todas nuestras trampas. Cuando estábamos en el colegio teníamos tiempo por la tarde para mirar las trampas, cazar, recolectar vegetales y llegar a tiempo para comerciar con todo ello en el pueblo. Sin embargo, desde que Gale empezó a trabajar en las minas de carbón, como yo no tengo nada que hacer en todo el día, me encargo del trabajo.

Gale ya habrá llegado a la mina y terminado el vertiginoso paseo en ascensor que lleva a las profundidades de la tierra, por lo que estará dándole golpes a una veta de carbón. Sé cómo es estar allí abajo. Todos los años, como parte de nuestra formación, mi clase de la escuela tenía que hacer una visita a las minas. Cuando era pequeña me resultaba desagradable: los túneles claustrofóbicos, el aire apestoso, la agobiante oscuridad que lo dominaba todo. Pero después de que mi padre y otros mineros muriesen en una explosión, apenas podía obligarme a subir al ascensor. Aquella excursión anual me producía una gran ansiedad, y en dos ocasiones me puse tan mala antes de ir que mi madre me dejó quedarme en casa, creyendo que tenía la gripe.

Pienso en Gale, que en realidad solo se siente vivo en el bosque, con el aire fresco, la luz del sol y el agua limpia de los arroyos. No sé cómo lo soporta. Bueno..., sí lo sé: lo soporta porque es la única forma de alimentar a su madre y a sus hermanos pequeños. Y aquí estoy yo, con montones de dinero, más que suficiente para alimentar a mi familia y a la suya, y él no quiere aceptar ni una moneda. Ya me ha costado convencerlo para que me dejara llevarles carne, a pesar de que él habría mantenido a mi madre y a Prim si yo hubiese muerto en los juegos. Le digo que me hace un favor, que me volvería loca si me pasara todo el día de brazos cruzados. Aun así, nunca me paso a dejarles las presas cuando él está en casa, cosa que no resulta difícil, ya que trabaja doce horas al día.

En realidad, ahora solo lo veo los domingos, cuando nos reunimos en el bosque para cazar juntos. Sigue siendo el mejor día de la semana, aunque ya no es como antes, cuando nos lo contábamos todo. Los juegos han acabado con eso. Sigo teniendo la esperanza de que, con el tiempo, volvamos a sentirnos cómodos, pero parte de mí sabe que no servirá de nada. No hay vuelta atrás.

Saco un buen botín de las trampas: ocho conejos, dos ardillas y un castor que se metió en un artilugio de alambre diseñado por Gale. Es un mago de las trampas, es capaz de doblar los árboles jóvenes para que suban alto la presa, lejos del alcance de los depredadores; también sabe colocar troncos en equilibrio sobre disparadores de palitos y trenzar cestas de las que ningún pez puede escapar. Conforme avanzo y vuelvo a colocar cada trampa, sé que nunca podré imitar su ojo para el equilibrio, su instinto para saber por dónde cruzará la presa el sendero. Es más que experiencia, es

un don natural, como mi habilidad para disparar el arco en la penumbra y derribar a mi objetivo de una sola flecha.

Cuando llego a la alambrada que rodea el Distrito 12, el sol está bien arriba. Como siempre, presto atención durante un momento, pero no me llega el zumbido delator de la corriente eléctrica por el metal. Casi nunca lo electrifican, a pesar de que, en teoría, debería estarlo siempre. Me arrastro por el hueco de la parte de abajo de la alambrada y salgo a la Pradera, a un tiro de piedra de mi casa. De mi antigua casa. Todavía es nuestra oficialmente, ya que es la vivienda asignada a mi madre y mi hermana. Si me muriese ahora mismo, ellas tendrían que regresar. Por ahora, eso sí, están felizmente instaladas en la casa nueva de la Aldea de los Vencedores, y yo soy la única que utiliza el diminuto lugar en el que me crié. Para mí es mi verdadero hogar.

Voy allí y me cambio de ropa. Me quito la vieja chaqueta de cuero de mi padre y me pongo un abrigo de lana buena que siempre parece apretarme demasiado en los hombros. Dejo la comodidad de mis desgastadas botas de caza y me calzo unos caros zapatos hechos a máquina que mi madre considera más apropiados para alguien de mi posición. Ya he guardado el arco y las flechas en el tronco hueco de un árbol, en el bosque. Aunque el tiempo vuela, me permito pasar unos cuantos minutos sentada en la cocina, que tiene aire de abandono con la hornilla apagada y la mesa sin mantel. Echo mucho de menos mi antigua vida. Apenas lográbamos sobrevivir, pero sabía dónde encajaba, sabía cuál era mi lugar en los prietos hilos que formaban la tela de nuestra vida. Ojalá pudiera volver a ella, porque, en retrospectiva, me parece segura comparándola con la de ahora: tan rica y famosa, y, a la vez, tan odiada por las autoridades del Capitolio.

Oigo un gemido que reclama mi atención en la puerta trasera. La abro y descubro a *Buttercup*, el zarrapastroso gato de Prim. Le gusta la nueva casa tan poco como a mí y siempre se va cuando mi hermana está en clase. Nunca nos hemos llevado especialmente bien, pero ahora compartimos este nuevo vínculo. Lo dejo entrar, le doy un trozo de grasa de castor e incluso le rasco entre las orejas un ratito.

—Eres horroroso, lo sabes, ¿verdad?

Buttercup me da con el hocico en la mano para que siga acariciándolo, pero tenemos que irnos.

—Vamos, gato.

Lo sujeto con una mano, agarro mi bolsa de caza con la otra y salgo a la calle. El gato salta al suelo y desaparece debajo de un arbusto.

Los zapatos me aprietan los dedos en mi camino sobre las cenizas de la calle. Como me meto por callejones y patios traseros, llego a la casa de Gale en pocos minutos, y su madre, Hazelle, me ve por la ventana, ya que está inclinada sobre el fregadero de la cocina. Se seca las manos en el delantal y se dirige a abrirme la

puerta.

Me gusta Hazelle. La respeto. Su marido murió en la misma explosión que mató a mi padre, y la dejó con tres hijos varones y un bebé a punto de nacer. Menos de una semana después de dar a luz, salió a la calle en busca de trabajo. Las minas no eran una opción viable, ya que tenía que cuidar del bebé, pero consiguió que los comerciantes del pueblo le diesen su ropa para lavar. Gale, el mayor de los hijos, se convirtió a sus catorce años en el principal apoyo económico de la familia. Ya había firmado para pedir teselas, que le suponían una escasa cantidad de cereales y aceite a cambio de dejar que su nombre entrase más veces en el sorteo de los tributos. Además, ya por aquel entonces era un trampero experto. Sin embargo, eso no bastaba para mantener a una familia de cinco, así que Hazelle tenía que pelarse los dedos hasta los huesos en aquella tabla de lavar. En invierno las manos se le ponían tan rojas y agrietadas que sangraban a la menor provocación. Seguirían haciéndolo de no ser por el unguento que le preparaba mi madre. Con todo y con eso, Hazelle y Gale están decididos a que los otros chicos (Rory, de doce años, Vick, de diez, y el bebé Posy, de cuatro) nunca tengan que pedir teselas.

Hazelle sonrío al ver mi botín y agarra el castor por la cola, sopesándolo:

—Esto servirá para un buen estofado.

A diferencia de Gale, a ella no le parece mal nuestro acuerdo de caza.

—Y tiene buena piel —respondo. Me reconforta estar aquí con Hazelle, hablando de las cualidades de las presas, como siempre hemos hecho. Me sirve una taza de infusión, y yo la sujeto con ambas manos para calentármelas—. ¿Sabes? Cuando vuelva de la gira estaba pensando en llevarme a Rory conmigo de vez en cuando, después de la escuela, para enseñarle a disparar.

—Eso estaría bien. A Gale le gustaría hacerlo, pero solo tiene libres los domingos, y creo que le gusta guardarlos para ti.

No puedo evitar que el color me suba a las mejillas. Es una estupidez, claro, porque nadie me conoce mejor que Hazelle y sabe el vínculo que comparto con Gale. Estoy segura de que mucha gente supuso que nos acabaríamos casando, aunque yo nunca pensé en ello. Sin embargo, eso fue antes de los juegos, antes de que mi compañero tributo, Peeta Mellark, anunciase que estaba loco por mí. El romance se convirtió en una estrategia clave para nuestra supervivencia en la arena. El problema es que para Peeta no era tan solo una estrategia. No estoy segura de lo que fue para mí, pero sé el dolor que le supuso a Gale. Cuando pienso en que Peeta y yo tendremos que presentarnos de nuevo como enamorados en la Gira de la Victoria, noto un nudo en el pecho.

Me trago la infusión de golpe, aunque está demasiado caliente, y me aparto de la mesa.

—Será mejor que me vaya y me ponga presentable para las cámaras.

—Disfruta de la comida —responde Hazelle, dándome un abrazo.

—Por supuesto.

Mi siguiente parada es en el Quemador, donde solía hacer casi todos mis trueques. Hace años era un almacén de carbón, hasta que dejó de usarse y se convirtió primero en un lugar de encuentro para el comercio ilegal y después en un mercado negro en toda regla. Supongo que al ser un sitio que atrae a los delincuentes, debe de ser mi sitio. Cazar en el bosque que rodea el Distrito 12 viola al menos una docena de leyes y se castiga con la muerte.

Las personas que frecuentan el Quemador nunca mencionan lo mucho que les debo. Gale me dijo que Sae la Grasieta, la anciana que vende sopa, inició una colecta para patrocinarnos a Peeta y a mí durante los juegos. En teoría era una cosa del Quemador, pero mucha gente más se enteró y quiso participar. Aunque no sé exactamente cuánto dinero fue y soy consciente de que el precio de cualquier cosa en la arena era exorbitante, lo cierto es que su contribución bien pudo salvarme la vida.

Todavía me resulta extraño abrir la puerta principal con el saco vacío, sin nada que intercambiar, y con el bolsillo lleno de monedas pegado a la cadera. Intento cubrir el mayor número de puestos posible y repartir mis compras de café, bollos, huevos, hilo y aceite por todos ellos. En el último momento decido comprar tres botellas de licor blanco de una mujer manca llamada Ripper, una víctima de accidente minero que había tenido la astucia suficiente para encontrar la forma de ganarse la vida.

El licor no es para mi familia, sino para Haymitch, que hizo de mentor de Peeta y mío en los juegos. Es hosco, violento y está borracho casi todo el tiempo, pero hizo bien su trabajo. Bueno, lo hizo más que bien: por primera vez en la historia, dos tributos consiguieron ganar. Así que, sea Haymitch como sea, se lo debo, y es una deuda que he contraído para siempre. Le compro el licor blanco porque hace unas semanas se quedó sin botellas y no había ninguna a la venta, así que tuvo el síndrome de abstinencia, y se pasaba todo el tiempo temblando y gritándoles improperios a seres que solo él veía. Asustó mucho a Prim y, la verdad, para mí tampoco fue muy divertido verlo de aquella manera. Desde entonces me he dedicado a reunir mi propia reserva de alcohol, por si vuelve a haber escasez.

Cray, el jefe de nuestros agentes de la paz, frunce el ceño al verme con las botellas. Es un hombre mayor con unos cuantos mechones de pelo plateado peinados de un lado sobre su cara rojo chillón.

—Eso es demasiado fuerte para ti, chica. —Él lo sabe bien porque, después de Haymitch, Cray bebe más que ninguna otra persona que conozco.

—Es que mi madre lo usa para sus medicinas —respondo, como sin darle importancia.

—Bueno, la verdad es que eso lo mata todo —responde, dejando una moneda en

el mostrador para pagar una botella.

Cuando llego al puesto de Sae la Grasienta me siento al mostrador y pido sopa, una especie de mezcla de calabaza y alubias. Un agente de la paz llamado Darius se acerca y compra un cuenco mientras estoy comiendo. Para ser un representante de la ley, está entre mis favoritos, porque nunca abusa de su poder y tiene sentido del humor. Aunque tendrá unos veinte años, no parece mucho mayor que yo; hay algo en su sonrisa, en el pelo rojo que le sale disparado en todas direcciones, que le da aspecto de crío.

—¿No tendrías que estar en un tren? —me pregunta.

—Vienen a por mí a mediodía.

—¿Y no deberías tener mejor pinta? —pregunta, en un susurro bien alto. No puedo evitar sonreír ante sus pullas, a pesar de mi humor—. Quizá un lazo en el pelo o algo. —Me agita la trenza y yo le aparto la mano.

—No te preocupes, cuando terminen conmigo estaré irreconocible.

—Bien. A ver si demostramos un poco de orgullo de distrito para variar, señorita Everdeen, ¿eh? —Mira a Sae la Grasienta y sacude la cabeza con aire burlón, como si me regañase; después se aleja para reunirse con sus amigos.

—¡Eh, devuélveme ese cuenco! —le grita Sae, pero, como lo hace entre risas, no parece demasiado preocupada—. ¿Va Gale a despedirte? —me pregunta.

—No, no estaba en la lista, pero lo vi el domingo.

—Creía que lo habrían puesto en la lista. Como es tu primo y tal... —añade, irónica.

No es más que parte de la mentira que ha fabricado el Capitolio. Cuando Peeta y yo nos quedamos entre los ocho finalistas de los juegos, enviaron periodistas para preparar historias personales sobre nosotros. Preguntaron por mis amigos y todos los dirigieron a Gale. Sin embargo, no les convenía que Gale fuese mi mejor amigo, porque yo estaba en pleno romance en la arena. Era demasiado guapo, demasiado masculino, y no parecía nada dispuesto a sonreír y poner buena cara ante las cámaras. No obstante, los dos tenemos ese aire de la Veta: cabello liso oscuro, piel aceitunada, ojos grises. Así que a algún genio se le ocurrió convertirlo en mi primo. Yo no me enteré hasta que ya estábamos en casa, en el andén de la estación del tren, cuando mi madre dijo: «¡Tus primos están deseando verte!». Entonces me volví, y allí estaban Gale, Hazelle y todos los críos, esperándome, así que no me quedó más remedio que seguirles la corriente.

A pesar de que Sae la Grasienta sabe que no somos parientes, algunas de las personas que nos conocen desde hace años parecen haberlo olvidado.

—Estoy deseando terminar con todo esto de una vez —susurro.

—Lo sé, aunque tienes que empezarlo para poder terminarlo. Será mejor que no llegues tarde.

Mientras camino hacia la Aldea de los Vencedores empieza a nevar un poco. Desde la plaza del centro del pueblo hasta la Aldea hay apenas un kilómetro de distancia, pero es como entrar en otro mundo completamente distinto. Se trata de una comunidad independiente construida alrededor de un precioso parque salpicado de arbustos en flor. Hay doce casas, y cada una de ellas es diez veces más grande que el hogar en que me crié. Nueve siguen vacías, como siempre han estado. Las tres en uso pertenecen a Haymitch, a Peeta y a mí.

Las casas habitadas por mi familia y Peeta desprenden un cálido hálito de vida: ventanas iluminadas, humo en las chimeneas, ramilletes de maíz de colores pegados a las puertas de entrada como decoración para celebrar el próximo Festival de la Recolección. Sin embargo, la casa de Haymitch, a pesar de los cuidados del encargado de la Aldea, rebosa abandono y dejadez. Me detengo un instante en su puerta para prepararme, porque sé que dentro estará todo asqueroso; después, entro.

Arrugo la nariz de inmediato ante el olor. Haymitch se niega a dejar que alguien vaya a limpiarle, y él no lo hace nada bien. Con el paso de los años, la peste a licor, vómito, col hervida y carne quemada, ropa sin lavar y excrementos de ratón se ha mezclado hasta formar un hedor que hace que me lagrimeen los ojos. Me abro paso a través de un montón de envoltorios vacíos, vasos rotos y huesos, y me dirijo al lugar en que sé que encontraré a Haymitch. Está sentado a la mesa de la cocina, con los brazos extendidos sobre la madera y la cara en un charco de licor, roncando como un poseso.

Le doy un codazo en el hombro.

—¡Levanta! —grito, porque he aprendido que no existe ninguna forma sutil de despertarlo. Sus ronquidos cesan durante un momento, como si estuviese desconcertado, pero después siguen. Lo empujo con más fuerza—. ¡Levanta, Haymitch, es el día de la gira!

Abro la ventana y tomo grandes bocanadas de aire limpio del exterior. Después rebusco con los pies entre la basura del suelo, desentierro una cafetera de hojalata y la lleno en el fregadero. La hornilla no está del todo apagada y consigo devolverle la vida a unos cuantos carbones encendidos. Echo café molido en la cafetera, lo suficiente para asegurarme de que el brebaje resultante sea bueno y fuerte, y la pongo a hervir en la hornilla.

Haymitch sigue en otro mundo. Como lo demás no ha funcionado, lleno un barreño de agua helada, se lo vacío en la cabeza y me aparto de un salto. Un sonido animal gutural le sale de la garganta, y se levanta de un salto dándole una patada a la silla (que acaba tirada a tres metros de él) y blandiendo un cuchillo. Se me había olvidado que siempre duerme con uno en la mano. Tendría que habérselo quitado antes, pero tenía muchas cosas en la cabeza. Sin dejar de soltar blasfemias, acuchilla el aire unos segundos antes de darse cuenta de lo que está haciendo. Entonces se seca

la cara con la manga de la camisa y se vuelve hacia el alféizar de la ventana, donde me había encaramado por si tenía que huir a toda prisa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, rabioso.

—Me dijiste que te despertara una hora antes de que llegasen las cámaras.

—¿Qué?

—Fue idea tuya —insisto.

—¿Por qué estoy mojado? —pregunta, después de acordarse de lo que le digo.

—No podía despertarte. Mira, si querías una niñera, habérselo pedido a Peeta.

—¿Pedirme el qué? —Sólo con oír su voz se me forma un nudo de emociones desagradables en el estómago, como culpa, tristeza y miedo. Y nostalgia; debo admitir que también hay algo de eso, pero tiene demasiada competencia como para vencer.

Peeta se acerca a la mesa; la luz del sol que entra por la ventana arranca destellos de la nieve caída sobre su pelo rubio. Parece fuerte y sano, muy distinto al chico enfermo y muerto de hambre que conocí en la arena, y ya casi no se le nota el cojeo. Deja una barra de pan recién hecho en la mesa y alarga una mano en dirección a Haymitch.

—Te pedí que me despertaras sin provocarme una neumonía —dijo Haymitch, dándole el cuchillo a Peeta. Se quita la sucia camisa dejando al aire una camiseta interior igual de manchada y se frota el cuerpo con la parte seca.

Peeta sonrío y moja el cuchillo de Haymitch en el licor blanco derramado de una botella del suelo. Después limpia la hoja en el borde de su camiseta y corta el pan. Él nos mantiene a todos bien suplidos de bollería. Yo cazo, él hornea, Haymitch bebe. Cada uno tenemos nuestra forma de mantenernos ocupados, de quitarnos de la cabeza el tiempo que pasamos en los Juegos del Hambre. No me mira hasta que le da la tapa del pan a Haymitch.

—¿Quieres un trozo?

—No, he comido en el Quemador —respondo—, pero gracias. —No parece mi voz, es demasiado formal, igual que todas las otras veces que he hablado con Peeta desde que las cámaras terminaron de filmar nuestra feliz vuelta a casa y regresamos a nuestras vidas reales.

—De nada —responde, igual de serio.

Haymitch tira la camisa al suelo, entre la porquería.

—Brrr. Vosotros dos tenéis que darle un poco de calor al asunto antes de que empiece el espectáculo.

Tiene razón, por supuesto. La audiencia estará esperando al par de enamorados que ganaron los Juegos del Hambre, no a dos personas que apenas pueden mirarse a los ojos. Sin embargo, me limito a decir:

—Date un baño, Haymitch.

Salgo por la ventana, caigo en el suelo y atravieso el jardín en dirección a mi casa.

La nieve ha empezado a cuajar, así que dejo un rastro de huellas detrás de mí. En la puerta principal me detengo para sacudirme los zapatos antes de entrar. Mi madre lleva trabajando día y noche para que todo quede perfecto ante las cámaras; no es buen momento para manchar sus relucientes suelos. Nada más pisar la entrada, mi madre aparece y me toma del brazo, como si deseara detenerme.

—No te preocupes, me los quito aquí —le digo, dejando los zapatos en el felpudo.

Mi madre deja escapar una risa extraña y entrecortada, y me quita el saco lleno de suministros que llevo al hombro.

—No es más que nieve. ¿Cómo ha ido tu paseo?

—¿Paseo? —pregunto. Sabe que he estado media noche en el bosque. Entonces veo al hombre que está detrás de ella, en la puerta de la cocina. Con solo echarle un vistazo a su traje a medida y los rasgos alterados quirúrgicamente sé que es del Capitolio. Algo va mal—. Más que pasear, he patinado. El suelo se está poniendo muy resbaladizo ahí fuera.

—Ha venido alguien a verte —dice mi madre. Está demasiado pálida y noto la ansiedad que intenta ocultar.

—Creía que no venían hasta las doce —respondo, fingiendo no darme cuenta de su estado—. ¿Ha llegado antes Cinna para ayudar a prepararme?

—No, Katniss, es...

—Por aquí, señorita Everdeen, por favor —dice el hombre, señalando al otro lado del vestíbulo. Es extraño que alguien te dirija en tu propia casa, pero sé que es mejor no comentar nada.

Mientras avanzo, sonrío a mi madre por encima del hombro para tranquilizarla.

—Seguro que son más instrucciones para la gira.

Me han estado enviando todo tipo de cosas sobre mi itinerario y el protocolo que debo seguir en cada distrito. Sin embargo, conforme me acerco a la puerta del estudio, una puerta que nunca he visto cerrada hasta ahora, noto que el cerebro se me pone en marcha. «¿Quién está aquí? ¿Qué quiere? ¿Por qué está mi madre tan pálida?»

—Entre —me ordena el hombre del Capitolio, que me ha seguido por el vestíbulo.

Giro el pomo de latón pulido y hago lo que me dice. A mi nariz llegan dos olores contradictorios: rosas y sangre. Un hombre bajito de pelo blanco que me resulta vagamente familiar está leyendo un libro. Entonces levanta un dedo, como diciendo: «Dame un momento». Cuando se vuelve para mirarme, me da un vuelco el corazón.

Estoy mirando a los ojos de serpiente del presidente Snow.



En mi cabeza, el presidente Snow tiene que aparecer delante de unas columnas de mármol cargadas de banderas de tamaño excesivo. Resulta chocante verlo rodeado de los objetos normales de una habitación. Es como levantar la tapa de una olla y encontrar dentro una víbora en vez de un estofado.

¿Qué estará haciendo aquí? Vuelvo a los primeros días de las demás Giras de la Victoria y recuerdo ver a los tributos con sus mentores y estilistas, incluso a veces con algunos altos cargos del Gobierno, pero nunca con el presidente Snow. Él asiste a las celebraciones en el Capitolio y punto.

Si ha hecho un viaje tan largo solo puede significar una cosa: tengo graves problemas y, si los tengo, también los tiene mi familia. Noto un escalofrío al pensar en lo cerca que están mi madre y mi hermana de este hombre que tanto me odia. Siempre me odiará, porque fui más lista que sus sádicos Juegos del Hambre, dejé al Capitolio por idiota y, por tanto, socavé su control.

Lo único que yo pretendía era mantenernos vivos a Peeta y a mí. Cualquier acto de rebelión fue pura coincidencia, pero, cuando el Capitolio decreta que solo puede vivir un tributo y tú tienes la audacia de desafiar esa norma, supongo que eso en sí mismo se considera una rebelión. Mi única defensa fue fingir que mi apasionado amor por Peeta me había vuelto loca, así que nos permitieron seguir vivos a los dos. Nos coronaron vencedores, nos llevaron a casa y saludamos a las cámaras hasta que nos dejaron en paz. Hasta ahora.

Ya sea por la novedad de la casa, por la conmoción de verlo o porque ambos comprendemos que podría ordenar mi muerte en un segundo, el caso es que me siento como una intrusa, como si éste fuera su hogar y yo la que se ha presentado sin invitación. No le doy la bienvenida, ni le ofrezco una silla, no digo nada. De hecho, lo trato como si fuese una serpiente de verdad, de las venenosas. Me quedo muy quieta, mirándolo a los ojos y pensando en planes de huida.

—Creo que esta situación será mucho más sencilla si acordamos no mentirnos —dice—. ¿Te parece bien?

Creo que mi lengua se ha quedado helada y no podré hablar, así que me sorprende contestar en un tono firme:

—Sí, creo que eso nos ahorrará tiempo.

El presidente Snow sonrío y me fijo en sus labios por primera vez. Aunque habría

esperado unos labios de serpiente (es decir, inexistentes), lo cierto es que los suyos son muy carnosos, con la piel demasiado estirada. Me pregunto si han alterado su boca para hacerlo más atractivo. De ser así, es una pérdida de tiempo y dinero, porque no resulta atractivo en absoluto.

—A mis asesores les preocupaba que dices problemas, pero no piensas hacerlo, ¿verdad? —me pregunta.

—No.

—Eso es lo que yo les dije. Les dije que una chica que se toma tantas molestias por conservar la vida no estaría interesada en perderla de la manera más tonta. Además, les recordé que tenías que pensar en tu familia: tu madre, tu hermana y todos esos... primos. —Por la forma en que se detiene en la palabra «primos», está claro que sabe que Gale y yo no compartimos árbol genealógico.

Bueno, ya están las cartas sobre la mesa. Quizá sea mejor así, no me gustan las amenazas ambiguas, prefiero saber qué está en juego.

—Sentémonos. —El presidente Snow se sienta detrás del enorme escritorio de madera pulida en el que Prim hace los deberes y mi madre sus cuentas. Como es nuestra casa, tiene a la vez todo el derecho del mundo y ninguno a ocuparla. Me siento frente al escritorio, en una de las sillas de respaldo recto de madera tallada. Está hecha para alguien más alto que yo, de modo que los pies no me llegan al suelo.

—Tengo un problema, señorita Everdeen —me dice el presidente Snow—. Un problema que empezó en el instante en que sacaste esas bayas venenosas en la arena.

Estaba hablando del momento en el que supuse que los Vigilantes de los Juegos, obligados a decidir entre observar cómo Peeta y yo nos suicidábamos (quedándose ellos sin vencedor) o dejarnos vivir, elegirían la última opción.

—Si el Vigilante Jefe, Seneca Crane, hubiese tenido algo de cerebro, os habría reducido a polvo al instante. Sin embargo, tenía una desafortunada vena sentimental, y aquí estáis. ¿Sabes dónde está él?

Asiento porque, por la forma en que lo dice, no cabe duda de que lo han ejecutado. El olor a rosas y sangre se ha hecho más fuerte ahora que solo hay un escritorio entre nosotros. El presidente lleva una rosa en la solapa, lo que al menos sugiere una explicación para el perfume a flores, pero debe de estar modificada genéticamente, porque ninguna rosa de verdad apesta de semejante manera. En cuanto a la sangre..., ni idea.

—Después de aquello no quedó más remedio que dejaros representar vuestra pequeña comedia. Y la verdad es que lo hiciste bien con la historia de la escolar loca de amor. La gente del Capitolio se quedó bastante convencida. Por desgracia, en los distritos no todo el mundo se tragó tu actuación.

Debo de haber puesto cara de asombro, porque él se da cuenta y sigue hablando.

—Eso tú no lo sabes, claro. No tienes acceso a la información sobre la situación

en los demás distritos. Sin embargo, en algunos la gente interpretó tu truquito de las bayas como un acto de desafío, no como un acto de amor. Y si una chica del Distrito 12, nada menos, puede desafiar al Capitolio y salir indemne, ¿qué va a evitar que ellos hagan lo mismo? ¿Qué puede evitar que se produzca, digamos, un levantamiento?

Tardo un momento en asimilar su última frase, hasta que me golpea todo el peso de la pregunta.

—¿Se han producido levantamientos? —indago; la posibilidad me aterra, aunque también me llena de alegría.

—Todavía no, pero se producirán si no cambia el curso de los acontecimientos, y se sabe que los levantamientos a veces conducen a la revolución. —El presidente Snow se frota un punto sobre la ceja izquierda, el mismo punto en el que suelo sufrir yo mis dolores de cabeza—. ¿Tienes la más remota idea de lo que eso significaría? ¿De cuánta gente moriría? ¿De a qué condiciones tendrían que enfrentarse los supervivientes? Sean cuales sean los problemas que los ciudadanos tienen con el Capitolio, créeme cuando te digo que, si aflojamos nuestro control sobre los distritos, aunque sea por poco tiempo, todo el sistema se derrumbará.

Me sorprende lo directo e incluso franco que es conmigo, como si su principal preocupación fuesen los ciudadanos de Panem, cuando no hay nada más lejos de la realidad. No sé cómo me atrevo a pronunciar mis siguientes palabras, pero lo hago.

—Debe de ser un sistema muy frágil, si un puñado de bayas puede hacer que se derrumbe.

El presidente me observa durante unos instantes.

—Es frágil, aunque no de la manera que tú supones.

Alguien llama a la puerta, y el hombre del Capitolio se asoma.

—Su madre pregunta si desea tomar un té.

—Sí, me encantaría —responde el presidente. La puerta se abre más y ahí está mi madre, llevando una bandeja con un juego de porcelana que se llevó con ella a la Veta cuando se casó con mi padre—. Déjelo aquí, por favor —le dice él, colocando su libro en la esquina del escritorio y dándole una palmadita en el centro.

Mi madre pone la bandeja en el escritorio. Encima hay una tetera y tazas de porcelana, leche y azúcar, y un plato de galletas con una preciosa cobertura de flores en tonos claros. Un glaseado así solo puede haberlo hecho Peeta.

—Cuánto se lo agradezco. ¿Sabe? Tiene gracia lo mucho que la gente tiende a olvidar que los presidentes también necesitamos comer —comenta el presidente Snow, adulator. Bueno, al menos parece haber servido para relajar un poco a mi madre.

—¿Le traigo algo más? Puedo prepararle algo más sustancioso, si tiene hambre —se ofrece ella.

—No, esto es simplemente perfecto, gracias —responde él. Mi madre sabe que ya ha terminado con ella, así que asiente, me lanza una mirada y desaparece. El presidente Snow sirve dos tazas de té y llena la suya de leche y azúcar, para después pasarse un buen rato removiéndolo. Noto que ya ha dicho lo que tenía que decir y espera mi respuesta.

—No quería iniciar ningún levantamiento.

—Te creo. Da igual, tu estilista resultó ser profético en su elección de vestuario. Katniss Everdeen, la chica en llamas, ha encendido una chispa que, si no se apaga, podría crecer hasta convertirse en el incendio que destruya Panem.

—¿Por qué no me mata y ya está? —le suelto.

—¿En público? Eso no haría más que añadir combustible a las llamas.

—Pues prepare un accidente.

—¿Y quién se lo tragaría? Tú no lo harías, si lo estuvieses observando desde fuera.

—Entonces dígame qué quiere que haga y lo haré.

—Ojalá fuera así de simple —responde. Levanta una de las galletas con flores y la examina—. Encantadoras. ¿Las ha hecho tu madre?

—Peeta —respondo, y, por primera vez, soy incapaz de mirarlo a los ojos. Voy a por la taza de té, pero la dejo en la mesa cuando oigo que tintinea sobre el plato. Para disimular, elijo una galleta.

—Peeta. ¿Cómo está el amor de tu vida?

—Bien.

—¿En qué momento se dio cuenta de hasta qué punto te era indiferente? —pregunta, mojando la galleta en el té.

—No me es indiferente.

—Sin embargo, quizá no estés tan prendada del joven como intentas hacerle creer al resto del país.

—¿Y quién dice que no lo esté?

—Yo —responde el presidente—. Y no estaría aquí si fuese la única persona con dudas. ¿Cómo le va a tu guapo primo?

—No lo sé... No... —Me ahoga el asco que me produce esta conversación, tener que hablar con el presidente Snow de lo que siento por dos de las personas que más me importan en este mundo.

—Habla, señorita Everdeen. A él puedo matarlo fácilmente si no llegamos a un acuerdo satisfactorio. No le haces ningún favor desapareciendo con él en el bosque todos los domingos.

Si sabe eso, ¿qué más puede saber? ¿Y cómo lo sabe? Mucha gente podría decirle que Gale y yo pasamos los domingos cazando. ¿Acaso no volvemos al final de cada excursión cargados de presas? ¿Acaso no lo hemos hecho desde hace años? La

verdadera pregunta es qué cree él que pasa en el bosque que rodea el Distrito 12. Seguro que no nos han seguido hasta allí, ¿no? ¿Podrían habernos seguido? Me parece imposible, al menos si se trata de una persona, pero ¿y cámaras? Nunca se me había pasado por la cabeza hasta ahora. El bosque siempre ha sido nuestro lugar seguro, nuestro lugar fuera del alcance del Capitolio, donde teníamos libertad para decir lo que quisiéramos, para ser quienes éramos en realidad. Al menos antes de los juegos. Si nos llevaban vigilando desde entonces, ¿qué habrían visto? A dos personas cazando; haciendo comentarios poco legales sobre el Capitolio, sí, aunque no a dos personas enamoradas, que es lo que parece insinuar el presidente. Somos inocentes de esa acusación. A no ser..., a no ser...

Sólo pasó una vez. Fue rápido e inesperado, pero pasó.

Después de que Peeta y yo volviésemos de los juegos pasaron varias semanas antes de ver a Gale a solas. Primero estaban las celebraciones obligatorias: un banquete para los vencedores al que solo estaban invitadas las personas de puestos más importantes; unas vacaciones para todo el distrito, con comida gratis y entretenimiento traído desde el Capitolio; el Día de los Paquetes, el primero de doce, en el que se entregaban paquetes de comida a todas las personas del distrito. Aquella fue mi celebración favorita, ver a todos esos niños hambrientos de la Veta corriendo de un lado a otro agitando latas de compota de manzana, carne e incluso caramelos. En casa estarían los alimentos más pesados, como los sacos de cereales y las latas de aceite. Saber que una vez al mes durante todo un año recibirían otro paquete... Fue una de las pocas veces que me sentí realmente bien por haber ganado los juegos.

Así que entre las ceremonias, los acontecimientos y los periodistas que informaban sobre todos y cada uno de mis movimientos, de cómo presidía, agradecía y besaba a Peeta para el público, no tenía nada de intimidad. Al cabo de unas semanas las cosas se calmaron. Los equipos de televisión y los periodistas hicieron las maletas y volvieron a casa. Peeta y yo iniciamos la fría relación que hemos mantenido desde entonces. Mi familia se mudó a nuestra casa de la Aldea de los Vencedores. La vida diaria del Distrito 12 (trabajadores a las minas, niños al colegio) reanudó su ritmo habitual. Esperé hasta asegurarme todo lo posible de que no había espías a la vista y, un domingo, sin decírselo a nadie, me levanté varias horas antes del alba y me fui al bosque.

El tiempo era todavía lo bastante cálido para no necesitar chaqueta. Me llevé una bolsa llena de comida especial: pollo frío, queso, pan de panadería y naranjas. En mi antigua casa me puse las botas de cazar. Como siempre, la alambrada no estaba electrificada y me resultó fácil meterme en el bosque y recuperar el arco y las flechas. Fui a nuestro lugar de reunión, donde Gale y yo habíamos compartido desayuno la mañana de la cosecha que me envió a los juegos.

Esperé al menos dos horas y empecé a pensar que se habría cansado de esperarme

en aquellas semanas, o que ya no le importaba, incluso que había llegado a odiarme. Y la idea de perderlo para siempre, de perder a mi mejor amigo, a la única persona a la que le había confiado mis secretos, me resultó tan dolorosa que no pude soportarlo, sobre todo si lo sumábamos a todo lo demás que me había sucedido. Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas y que se me formaba un nudo en la garganta, como me pasa siempre que estoy disgustada.

Entonces levanté la vista y allí estaba él, a unos tres metros, observándome. Sin pensar siquiera, me levanté de un salto y lo abracé, haciendo un sonido extraño, mezcla de risa, ahogo y llanto. Él me sujetaba con tanta fuerza que apenas le veía la cara, pero pasó un buen rato hasta que me soltó, y fue porque me había dado un hipo muy sonoro y no le quedaba más remedio que dejar que bebiera algo.

Aquel día hicimos lo que hacíamos siempre: desayunamos, cazamos, pescamos y recolectamos. Hablamos sobre la gente del pueblo, no sobre nosotros, ni sobre su nueva vida en las minas, ni sobre mi tiempo en la arena. Sólo sobre otras cosas. Cuando llegamos al agujero de la alambrada que más cerca está del Quemador, creo que ya empezaba a creer que las cosas volverían a ser como eran, que seguiríamos como siempre. Le había dado todas las presas a Gale para que las cambiara, porque en casa teníamos mucha comida. Le dije que no iría con él al Quemador, aunque estaba deseándolo, porque mi madre y mi hermana ni siquiera sabían que me había ido a cazar y estarían preguntándose dónde estaba. Entonces, de repente, mientras le sugería encargarme de repasar las trampas todos los días, él me sostuvo la cara entre las manos y me besó.

Me pilló completamente por sorpresa. Después de todo el tiempo que había pasado con Gale, de observar cómo hablaba, se reía y fruncía el ceño, cabría esperar que supiese todo lo que había que saber de sus labios. Sin embargo, no me había imaginado el calor que desprendían al unirse a los míos. Ni que aquellas manos, las manos que podían montar la más intrincada de las trampas, también pudieran atraparme a mí con la misma facilidad. Creo que hice un ruido con la garganta y recuerdo vagamente tener los dedos cerrados sobre su pecho. Entonces él me soltó y dijo:

—Tenía que hacerlo, al menos una vez. —Y se fue.

A pesar de que el sol se estaba poniendo y de que mi familia estaría preocupada, me senté junto a un árbol al lado de la alambrada. Intenté averiguar lo que sentía con respecto al beso, aunque solo recordaba la presión de sus labios y el aroma a naranjas que se le había quedado pegado a la piel. No tenía sentido compararlo con los muchos besos que había intercambiado con Peeta, porque todavía no sabía si esos contaban. Al final, me fui a casa.

Aquella semana me encargué de las trampas y dejé la carne en casa de Hazelle, pero no vi a Gale hasta el domingo. No llegué a usar el discurso que tenía preparado

para contarle que no quería un novio, que no pensaba casarme nunca. Gale actuó como si el beso no hubiese pasado. Quizá estaba esperando a que le dijese algo o a que lo volviera a besar. En vez de eso, yo también me limité a fingir que no había pasado nada. Pero sí que había pasado algo: Gale había derribado una barrera invisible entre nosotros y, al hacerlo, había destruido cualquier esperanza de volver a nuestra antigua amistad sin complicaciones. Daba igual que fingiese, nunca podría mirar de nuevo sus labios de la misma manera.

Todo esto me pasa por la cabeza en un instante, mientras los ojos del presidente Snow se clavan en los míos, después de amenazar con matar a Gale. ¡Qué estúpida he sido pensando que el Capitolio se olvidaría de mí cuando llegase a casa! Puede que no supiera lo de los potenciales levantamientos, pero sí sabía que estaban enfadados conmigo. En vez de actuar con la precaución extrema que exigía la situación, ¿qué he hecho? Desde el punto de vista del presidente, he pasado de Peeta, he dejado clara mi preferencia por la compañía de Gale delante de todo el distrito y, al hacerlo, he demostrado que, de hecho, estaba burlándome del Capitolio. Ahora he puesto en peligro a Gale y su familia, y también a Peeta y mi familia, todo por mi descuido.

—Por favor, no le haga daño a Gale —susurro—. Sólo es un amigo. Es mi amigo desde hace años. Es lo único que hay entre nosotros. Además, ahora todos creen que somos primos.

—Sólo me interesa cómo afecta eso a tu dinámica con Peeta, que, a su vez, afecta al estado de los distritos.

—Será lo mismo durante la gira: estaré tan enamorada de él como antes.

—Como siempre —me corrige el presidente Snow.

—Como siempre —confirmo.

—El problema es que tendrás que hacerlo aún mejor si queremos evitar los levantamientos. Esta gira será tu única oportunidad para darle la vuelta a la situación.

—Lo sé. Lo haré. Convenceré a todo el mundo de que no estaba desafiando al Capitolio, de que estaba loca de amor.

El presidente Snow se levanta y se limpia los hinchados labios con una servilleta.

—Apunta más alto, por si te quedas corta.

—¿A qué se refiere? ¿Cómo voy a apuntar más alto?

—Convénceme a mí —responde. Suelta la servilleta y recupera su libro. No me vuelvo para verlo acercarse a la puerta, así que doy un respingo cuando noto que me susurra al oído—. Por cierto, sé lo del beso. —Después oigo cómo se cierra la puerta.



El olor a sangre... era su aliento.

«¿Qué hace? —me pregunto—. ¿Se la bebe?»

Me lo imagino bebiendo traguitos de sangre de una taza de té, mojando una galleta en el líquido y sacándola manchada de rojo.

Al otro lado de la ventana, un coche cobra vida haciendo un ruido suave y tranquilo, como el ronroneo de un gato, hasta perderse en la distancia. Se va como ha llegado, sin que nadie lo vea.

La habitación me da vueltas lentas y torcidas, y me pregunto si me desmayaré. Me inclino hacia delante y agarro el escritorio con una mano, mientras sostengo la preciosa galleta de Peeta con la otra. Creo que tiene dibujado un lirio naranja, pero la he dejado hecha migas dentro del puño. Ni siquiera me había dado cuenta de que la aplastaba, aunque supongo que tenía que sujetarme a algo mientras mi mundo giraba fuera de control.

Una visita del presidente Snow, distritos a punto de levantarse, una amenaza directa a Gale y las que vengan detrás, todos mis seres queridos condenados y ¿quién más pagará por mis acciones? A no ser que lo cambie todo en esta gira. Tengo que calmar el descontento y tranquilizar al presidente. Y ¿cómo? Pues demostrándole a todo el país sin dejar lugar a dudas que amo a Peeta Mellark.

«No puedo hacerlo —pienso—. No soy tan buena.»

Peeta es el bueno, el que gusta a todo el mundo. Puede hacer que la gente se crea cualquier cosa. Yo soy la que se cierra, se sienta y deja que él se encargue de hablar. Sin embargo, no es Peeta el que tiene que probar su devoción, sino yo.

Oigo los pasos ligeros y rápidos de mi madre en el vestíbulo. «No puede enterarse —pienso—. No debe saber nada de esto.»

Pongo las manos sobre la bandeja y me sacudo los trocitos de galleta de la palma y los dedos. Después le doy un tembloroso trago a mi té.

—¿Va todo bien, Katniss?

—Sí, en la televisión no se ve, pero el presidente siempre visita a los vencedores antes de la gira, para desearles suerte —respondo, muy animada.

—Ah —dice mi madre, aliviada—. Creía que había algún problema.

—No, qué va. El problema empezará cuando llegue mi equipo de preparación y vea que he dejado que me crezcan las cejas. —Mi madre se ríe, y yo pienso que no

hay marcha atrás, que ya decidí cuidar de mi familia cuando tenía once años. Que siempre tendré que protegerla.

—¿Por qué no empiezo a prepararte el baño? —me pregunta.

—Estupendo —le digo, y veo que le encanta mi respuesta.

Desde que volví a casa he intentado con todas mis fuerzas arreglar la relación con mi madre. Le pido que haga cosas por mí, en vez de apartarla cada vez que se ofrece a ayudar, como hice durante muchos años por culpa de mi rabia. La dejo manejar el dinero que he ganado. Respondo a sus abrazos con abrazos, en vez de limitarme a tolerarlos. Mi tiempo en la arena me ha servido para darme cuenta de que necesito dejar de castigarla por algo que ella no podía evitar, es decir, por la profunda depresión en la que se sumió después de la muerte de mi padre. Porque, a veces, a las personas les ocurren cosas que no están preparadas para afrontar.

Como yo, por ejemplo, ahora mismo.

Además, hizo algo maravilloso cuando llegué al distrito. Después de que nuestras familias y amigos nos saludaran a Peeta y a mí en la estación de tren, permitieron que los periodistas nos hiciesen algunas preguntas. Alguien le preguntó a mi madre qué le parecía mi nuevo novio, y ella contestó que, aunque Peeta era todo lo que un joven debería ser, yo no era lo bastante mayor para tener novio. Después de decirlo le lanzó una mirada severa a Peeta. Se oyeron muchas risas y comentarios de los periodistas al estilo de: «Alguien se ha metido en un lío». Peeta me soltó la mano de inmediato y se apartó un paso de mí, aunque no duró mucho (había demasiada presión para actuar de otro modo), pero nos dio una excusa para ser un poquito más reservados de lo que habíamos sido en el Capitolio, y quizá ayude a explicar lo poco que se me ha visto en compañía de Peeta desde que se fueron las cámaras.

Subo al piso de arriba, al cuarto de baño, donde me espera una bañera humeante. Mi madre ha añadido una bolsita de flores secas que perfuman el aire. Ninguno de nosotros está acostumbrado al lujo de abrir un grifo y tener un suministro ilimitado de agua caliente a nuestra disposición. En nuestra casa de la Veta solo teníamos agua fría, y un baño suponía tener que hervir el resto del agua en el fuego. Me desvisto, me meto en el agua sedosa (mi madre ha echado también algún tipo de aceite) e intento organizarme.

La primera pregunta es a quién debo contárselo, si es que debo contárselo a alguien. Ni a mi madre, ni a Prim, eso está claro; se morirían de preocupación. Ni a Gale, aunque pudiera encontrar la forma de hacérselo saber. De todos modos, ¿de qué le serviría la información? Si estuviese solo, quizá pudiera convencerlo para que huyera, ya que no le resultaría difícil sobrevivir en el bosque. Sin embargo, no está solo y nunca abandonaría a su familia, ni a mí. Cuando vuelva a casa tendré que decirle algo para explicarle por qué nuestros domingos son ya cosa del pasado, pero ahora mismo no puedo pensar en eso, sino en mi siguiente movimiento. Además,

Gale ya está tan furioso y frustrado con el Capitolio que a veces creo que organizará su propio levantamiento. Lo que menos necesita es un incentivo. No, no puedo contárselo a nadie que deje atrás, en el Distrito 12.

Todavía me quedan tres personas en las que podría confiar, empezando por Cinna, mi estilista. No obstante, creo que Cinna ya podría estar en peligro y no quiero aumentar sus problemas haciendo que se acerque más a mí. Después tengo a Peeta, que será mi compañero de engaños, aunque ¿cómo comienzo la conversación?: «Oye, Peeta, ¿recuerdas que te dije que fingía un poco estar enamorada de ti? Bueno, necesito que lo olvides ahora mismo y hagas como que estás todavía más enamorado de mí, porque, si no, el presidente matará a Gale». No puedo hacerlo. En cualquier caso, Peeta lo hará bien, sepa lo que se juega o no. Eso me deja con Haymitch. El borracho, malhumorado y peleón de Haymitch, al que acabo de echarle un cubo de agua helada en la cabeza. Como mentor en los juegos, su deber consistía en mantenerme viva, así que espero que siga dispuesto a hacer el trabajo.

Me sumerjo en el agua y dejo que bloquee todo lo que me rodea. Ojalá la bañera pudiera expandirse y permitirme nadar, como solía hacer en los calurosos domingos de verano, cuando estaba en el bosque con mi padre. Aquellos días eran especiales. Salíamos a primera hora de la mañana y nos adentrábamos en el bosque más de lo normal, hasta un laguito que él había encontrado mientras cazaba. Ni siquiera recuerdo haber aprendido a nadar, era demasiado pequeña cuando me enseñó. Sólo recuerdo tirarme al agua, hacer volteretas y chapotear por allí. El fondo embarrado del lago debajo de los pies. El olor a flores y vegetación. Flotar boca arriba, como estoy ahora, mirando el cielo azul mientras la cháchara del bosque queda ahogada por el agua. Él metía en la bolsa las aves acuáticas que construían sus nidos en la orilla, yo buscaba huevos entre la hierba, y los dos excavábamos en la parte poco profunda en busca de *Katniss*, la planta acuática a la que llaman saeta y por la cual eligió mi nombre. Por la noche, cuando llegábamos a casa, mi madre fingía no reconocermelo al verme tan limpiita. Después preparaba una cena asombrosa de pavo asado y raíces de saeta al horno con salsa.

Nunca he llevado a Gale al lago, aunque podría haberlo hecho, ya que las aves acuáticas son presas fáciles que pueden compensar por el tiempo de caza perdido en el largo camino de ida. Sin embargo, es un lugar que nunca he querido compartir con nadie, un lugar que nos pertenecía a mi padre y a mí. Después de los juegos, cuando no tenía mucho con lo que entretenerme, he ido un par de veces. Todavía me gusta nadar, pero, en realidad, ir allí me deprime. A lo largo de los últimos cinco años, el lago ha permanecido básicamente igual, mientras que yo estoy irreconocible.

Incluso bajo el agua puedo oír el alboroto: bocinas de coches, saludos a gritos, puertas que se cierran de golpe. Sólo puede significar que mi séquito ha llegado. Tengo el tiempo justo de secarme con una toalla y ponerme una bata antes de que mi

equipo de preparación entre en tromba en el cuarto de baño. Aquí no existe la privacidad; cuando se trata de mi cuerpo, estas tres personas y yo no tenemos secretos.

—¡Katniss, tus cejas! —exclama Venia al instante, y, a pesar de la nube negra que se cierne sobre mí, tengo que reprimir la risa. Se ha peinado el cabello, color turquesa, de modo que sale disparado en afiladas puntas por toda su cabeza, y los tatuajes dorados que solían limitarse a las cejas ahora le rodean también los ojos, lo que contribuye a darle una expresión de verdadero horror ante mi vello facial.

Octavia se acerca y le da unas palmaditas en la espalda; su figura curvilínea parece más rellena de lo normal al lado del cuerpo delgado y anguloso de Venia.

—Vamos, vamos. Se las puedes arreglar en un segundo, pero ¿qué voy a hacer yo con estas uñas? —Me toma la mano y la coloca entre sus dos palmas color verde guisante. No, su piel ya no tiene ese tono, es más como el de una hoja verde clarito. Seguro que el cambio de color responde a un intento de mantenerse al día de las caprichosas tendencias de la moda del Capitolio—. De verdad, Katniss, podrías haberme dejado algo con lo que trabajar.

Es cierto, me he mordido las uñas hasta la raíz en los últimos dos meses. Pensé en intentar dejar el hábito, pero no se me ocurrió ninguna buena razón.

—Lo siento —mascullo. No me había parado mucho a considerar cómo afectaría eso a mi equipo de preparación.

Flavius levanta unos cuantos mechones de mi pelo húmedo y enredado. Sacude la cabeza con desaprobación, lo que hace que sus tirabuzones naranja reboten sobre ella.

—¿Te ha tocado alguien esto desde la última vez que nos vimos? —me pregunta, muy serio—. Recuerda que te pedí específicamente que no te hicieras nada en el pelo.

—¡Sí! —exclamo, agradecida por poder demostrarles que no me había olvidado de ellos por completo—. Quiero decir, no, nadie me lo ha cortado. Lo recordé. —En realidad no lo había recordado, sino que el tema nunca había surgido. Desde mi llegada a casa lo he llevado en mi trenza de siempre.

Eso parece ablandarlos, y todos me besan, me sientan en una silla de mi dormitorio y, como siempre, empiezan a hablar como cotorras sin detenerse a comprobar que los estoy escuchando. Mientras Venia reinventa mis cejas, Octavia me pone uñas postizas y Flavius me masajea el pelo con una porquería, yo me entero de todo lo que pasa en el Capitolio. Qué éxito tuvieron los juegos, qué aburrido ha sido todo desde entonces, todos están deseando que Peeta y yo los visitemos de nuevo al final de la Gira de la Victoria. Poco después, el Capitolio empezará a prepararse para el Vasallaje de los Veinticinco.

—¿A que es emocionante?

—Qué suerte has tenido, ¿verdad?

—Tu primer año de vencedora ¡y vas a ser mentora en un Vasallaje de los

Veinticinco!

Se atropellan al hablar, llenos de emoción.

—Oh, sí —respondo, neutral. No puedo hacer más. En un año normal, ser mentor de los tributos supone una pesadilla. No puedo pasear cerca del colegio sin preguntarme a qué chico tendré que entrenar. Encima, para empeorarlo todo, éste es el año de los Septuagésimo Quintos Juegos del Hambre, y eso significa que también toca el Vasallaje de los Veinticinco. El vasallaje tiene lugar cada veinticinco años, para festejar el aniversario de la derrota de los distritos con celebraciones fastuosas y, mejor que mejor, con alguna sorpresa desagradable para los tributos. Nunca he vivido ninguno, pero recuerdo haber oído en el colegio que, para el segundo Vasallaje de los Veinticinco, el Capitolio exigió que enviáramos a la arena al doble de tributos de lo normal. Los profesores no entraron en más detalles, lo que resulta sorprendente, porque precisamente ése fue el año en que nuestro Haymitch Abernathy, del Distrito 12, ganó los juegos.

—¡Será mejor que Haymitch se esté preparando para recibir toda la atención! —chilla Octavia.

Haymitch nunca me ha mencionado su experiencia personal en la arena, y yo nunca se lo preguntaría. Si alguna vez han repetido sus juegos en la televisión, debía de ser demasiado joven para recordarlos. Sin embargo, el Capitolio no le permitirá olvidarlo este año. En cierto modo, es bueno que Peeta y yo estemos disponibles como mentores durante el vasallaje, ya que seguro que Haymitch estará como una cuba.

Después de agotar el tema del Vasallaje de los Veinticinco, mi equipo de preparación se lanza de lleno a parlotear sobre sus vidas, que son tan tontas que me resultan incomprensibles: lo que había dicho alguien acerca de otra persona de la que nunca he oído hablar y qué clase de zapatos acababan de comprar, además de una larga historia de Octavia sobre lo mala que fue su idea de que todos vistieran con plumas para su fiesta de cumpleaños.

Al cabo de un rato me pican las cejas, tengo el pelo suave y sedoso, y las uñas listas para pintar. Por lo visto han recibido instrucciones de preparar solo las manos y la cara, seguramente porque llevaré cubierto todo lo demás, con el frío que hace. Flavius se muere por ponerme su pintalabios morado, de creación propia, pero se resigna a un color rosa cuando empiezan a maquillarme la cara y las uñas. Veo, por la paleta que Cinna me ha asignado, que vamos a por el enfoque infantil, no sexy. Bien, nunca convenceré a nadie de nada si intento ser provocativa. Haymitch me lo dejó muy claro cuando me preparaba para mi entrevista en los juegos.

En ese momento entra mi madre, en actitud algo tímida, y dice que Cinna le ha pedido que le enseñe al equipo de preparación cómo me peinó el día de la cosecha. Todos responden con entusiasmo y la observan, completamente absortos, mientras

ella explica paso a paso el elaborado proceso de las trenzas. En el espejo veo sus caras concentradas cuando les toca intentar uno de los pasos. De hecho, los tres son tan respetuosos y agradables con mi madre que me siento mal por estar siempre considerándome superior a ellos. ¿Quién sabe cómo sería yo o de qué hablaría de haberme criado en el Capitolio? Quizá mi mayor preocupación también sería lo mal que había salido la idea de las plumas en mi fiesta de cumpleaños.

Una vez listo el pelo, me encuentro con Cinna abajo, en el salón, y solo con verlo me siento mucho más esperanzada. Parece el mismo de siempre, con su ropa sencilla, el pelo corto moreno y una ligera sombra de lápiz de ojos dorado. Nos abrazamos y apenas puedo evitar contarle todo el episodio con el presidente Snow. Pero no, he decidido hablar primero con Haymitch. Él sabrá mejor que yo a quién cargar con la información. Sin embargo, es muy fácil charlar con Cinna. Últimamente hemos hablado mucho por el teléfono que venía con la casa. Es como un chiste, porque casi nadie tiene uno: está Peeta, al que obviamente no llamo; Haymitch arrancó el suyo de la pared hace años; mi amiga Madge, la hija del alcalde, tiene un teléfono en su casa, pero, si queremos hablar, lo hacemos en persona. Al principio el cacharro apenas se usaba, hasta que Cinna empezó a llamar para trabajar en mi talento.

Se supone que todos los vencedores deben tener uno. Tu talento es la actividad a la que te dedicas, puesto que ya no hace falta que trabajemos ni en el colegio, ni en la industria de nuestro distrito. En realidad puede ser cualquier cosa, cualquier cosa que sirva para que te pregunten por ella en una entrevista. Resulta que Peeta sí que tiene un talento: la pintura. Lleva años glaseando pasteles y galletas en la panadería de su familia, pero, ahora que es rico, puede permitirse manchar lienzos con pintura de verdad. Yo no tengo ningún talento, a no ser que cuente la caza ilegal, que creo que no. O quizá cantar, aunque eso no lo haría para el Capitolio ni en un millón de años. Mi madre intentó que mostrará interés por varias alternativas viables de una lista que le envió Effie: cocina, arreglos florales, flauta. Finalmente intervino Cinna y se ofreció a ayudarme a desarrollar mi pasión por el diseño de ropa, lo que costó lo suyo, ya que dicha pasión no existe. Sin embargo, dije que sí, porque así podía hablar con Cinna; él prometió encargarse de todo el trabajo.

Ahora mismo está colocando varias cosas por el salón: ropa, telas y cuadernos con diseños que ha dibujado él. Levanto uno de los cuadernos de bocetos y examino un vestido que, supuestamente, he creado yo.

—¿Sabes qué? Me parece que soy una artista prometedor —digo.

—Vístete, so inútil —me responde, tirándome un montón de ropa.

Puede que no me interese el diseño, pero sí que me gusta la ropa que Cinna me hace. Como la que tengo ahora: unos pantalones negros anchos hechos de una tela gruesa y cálida; una cómoda camisa blanca; un jersey tejido con hilos de lana verde, azul y gris, suave como la piel de un gatito; botas de cuero con cordones que no me

aprietan los dedos.

—¿Lo he diseñado yo? —pregunto.

—No, tú aspiras a diseñar tu propia ropa y ser como yo, tu héroe de la moda — responde Cinna. Me pasa un montoncito de tarjetas—. Las leerás fuera de cámara mientras ellos filman la ropa. Intenta hacer como si te importase.

Justo entonces aparece Effie Trinket, ataviada con una peluca de color naranja calabaza, para recordarle a todo el mundo:

—¡Vamos según lo previsto!

Me da un beso en cada mejilla mientras hace gestos al equipo de televisión para que entre, y después me ordena ponerme en posición. Effie es la única razón por la que llegábamos a tiempo a todas partes en el Capitolio, así que intento seguirle la corriente. Empiezo a moverme como una marioneta, sosteniendo trajes y diciendo cosas sin sentido, como: «¿A que es encantador?». El equipo de sonido me graba leyendo las tarjetas con voz alegre, de modo que puedan insertar los comentarios, y me echan de la habitación para poder filmar mis diseños (los diseños de Cinna) sin que los moleste.

Prim salió pronto del colegio para estar presente en el acontecimiento. Ahora está en la cocina, donde otro equipo de televisión la entrevista. Está preciosa con un vestido celeste que resalta sus ojos y el cabello rubio sujeto con un lazo a juego. Se apoya ligeramente en la punta de sus relucientes botas blancas, como si estuviera a punto de echar a volar, como...

¡Pam! Es como si alguien me golpease en el pecho. No lo ha hecho nadie, claro, pero el dolor es tan real que tengo que dar un paso atrás. Cierro los ojos con fuerza y no veo a Prim, sino a Rue, la chica de doce años del Distrito 11 con la que me alié en la arena. Podía volar como un pájaro de árbol en árbol y agarrarse a las ramas más delgadas. Rue, la chica a la que no pude salvar, a la que dejé morir. La veo en el suelo, con la lanza todavía sobresaliéndole del estómago...

¿A quién más no podré salvar de la venganza del Capitolio? ¿Quién más morirá si no complazco al presidente Snow?

Me doy cuenta de que Cinna está intentando ponerme un abrigo, así que levanto los brazos. Noto una piel que me rodea, por dentro y por fuera, aunque no reconozco de qué animal.

—Armiño —me dice, mientras yo acaricio la manga blanca. Guantes de cuero. Una bufanda rojo vivo. Algo peludo me cubre las orejas—. Vas a poner de nuevo de moda las orejeras.

«Odio las orejeras», pienso. Te dificultan la audición y, desde que me quedé sorda de un oído en la arena, las odio todavía más. Cuando gané, el Capitolio me curó el oído, pero sigo sin confiar del todo en él.

Mi madre llega corriendo con algo en la mano.

—Para que te dé buena suerte —dice.

Es el broche que Madge me dio antes de irme a los juegos: un sinsajo volando en un círculo de oro. Rue no lo aceptó cuando intenté regalárselo, decía que había decidido confiar en mí por ese broche. Cinna me lo pone en el nudo de la bufanda.

Effie Trinket está cerca, dando palmadas.

—¡Atención todo el mundo! Estamos a punto de hacer la primera toma de exteriores, en la que los vencedores se saludan al principio de su maravilloso viaje. Bien, Katniss, gran sonrisa, estás muy emocionada, ¿verdad? —Me da un empujón para que salga por la puerta, literalmente.

Al principio no veo bien por culpa de la nieve, que está cayendo con fuerza. Después distingo a Peeta saliendo por su puerta principal. Oigo en la cabeza la orden del presidente: «Convénceme a mí». Y sé que debo hacerlo.

Esbozo una enorme sonrisa y empiezo a andar hacia Peeta. Después, como si no pudiera aguantar un segundo más, comienzo a correr; él me agarra al vuelo y me empieza a dar vueltas, hasta que resbala (todavía no controla del todo su pierna artificial), y los dos caemos en la nieve, conmigo encima, y nos damos nuestro primer beso desde hace meses. A pesar de estar lleno de pieles, nieve y pintalabios, bajo todo eso noto la fortaleza de Peeta y sé que no estoy sola. Por mucho daño que le haya hecho, no me dejará en evidencia delante de las cámaras, no me condenará con un beso a medias. No sé por qué, pero esa idea me da ganas de llorar, aunque me contengo y lo ayudo a levantarse, metiendo mi guante por debajo de su brazo y tirando de él.

El resto del día es una imagen borrosa del camino a la estación, las despedidas, el tren que sale y el viejo equipo (Peeta y yo, Effie y Haymitch, Cinna y Portia, la estilista de Peeta) tomando una cena tan deliciosa que resulta indescriptible, y de la que yo después no me acuerdo. Más tarde me pongo el pijama y una voluminosa bata, me siento en mi lujoso compartimento y espero a que los demás se duerman. Sé que Haymitch estará levantado durante varias horas, porque no le gusta dormir de noche.

Cuando el tren se queda en silencio, me pongo las zapatillas y voy hasta su puerta. Llamo varias veces hasta que me abre, con el ceño fruncido, como si estuviera seguro de que se trata de malas noticias.

—¿Qué quieres? —me pregunta; los efluvios del vino están a punto de tirarme al suelo.

—Tengo que hablar contigo —susurro.

—¿Ahora? —pregunta, y yo asiento—. Más te vale que sea importante. —Se queda esperando, pero yo estoy segura de que todo lo que decimos en el tren del Capitolio está siendo grabado—. ¿Y? —me ladra.

El tren empieza a frenar y, durante un instante, pienso que el presidente Snow me observa y no aprueba que confíe mi secreto a Haymitch, por lo que ha decidido

matarme de una vez por todas. En realidad, solo paramos para repostar.

—Hace mucho calor en el tren —digo.

Aunque es una frase inocente, veo que comprende y entrecierra los ojos.

—Sé lo que necesitas.

Me empuja a un lado y recorre el vestíbulo hacia una puerta. Cuando consigue abrirla, una ráfaga de nieve nos golpea; Haymitch tropieza y cae al suelo.

Un ayudante del Capitolio corre a ayudarlo, pero él lo aparta con un gesto amable y se aleja tambaleándose.

—Sólo quiero un poco de aire fresco, será un minuto.

—Lo siento, está borracho —digo, para disculparlo—. Yo iré a por él.

Bajo de un salto y avanzo como puedo detrás de él, por el andén, empapándome de nieve las zapatillas; me dirige a la parte de atrás del tren para que no nos oiga nadie y después se vuelve hacia mí.

—Dime.

Se lo cuento todo: la visita del presidente, Gale, que todos moriremos si fallo.

Una nube cae sobre su cara, que envejece a la luz roja de los faros traseros.

—Entonces no puedes fallar.

—Si pudieras ayudarme en este viaje... —empiezo.

—No, Katniss, no es solo el viaje.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque lo logres, volverán dentro de unos cuantos meses para llevarnos a todos a los juegos. Ahora Peeta y tú sois mentores, lo seréis todos los años a partir de este momento. Y todos los años volverán a revivir el romance y a televisar todos los detalles de vuestra vida privada, así que nunca jamás podrás hacer otra cosa que no sea vivir feliz para siempre con ese chico.

Por fin noto el impacto real de lo que me dice: nunca viviré con Gale, aunque quiera. Nunca podré vivir sola. Tendré que estar enamorada para siempre de Peeta. El Capitolio insistirá en ello. Quizá me queden unos cuantos años de libertad para estar con mi madre y Prim, porque solo tengo dieciséis, pero después... después...

—¿Entiendes lo que te digo? —insiste Haymitch.

Asiento. Lo que me dice es que solo hay un futuro para mí si deseo mantener con vida a mis seres queridos y seguir viva yo misma: tendré que casarme con Peeta.



Caminamos trabajosamente de vuelta al tren, en silencio. Cuando llegamos a mi puerta, Haymitch me da una palmadita en el hombro y dice:

—Podría ser mucho peor, ya lo sabes.

Después se va a su compartimento, llevándose consigo el olor a vino.

En mi cuarto me quito las zapatillas, la bata y el pijama, porque todo está mojado. Hay más en los cajones, pero me meto debajo de las mantas de la cama en ropa interior y me quedo mirando la oscuridad, pensando en mi conversación con Haymitch. Todo lo que ha dicho es cierto: las expectativas del Capitolio, mi futuro con Peeta e incluso su último comentario. Por supuesto que acabar con Peeta no es lo peor que podría pasarme, ni mucho menos, aunque ésa no es la cuestión, ¿no? Una de las pocas libertades que tenemos en el Distrito 12 es el derecho a casarnos con quien queramos o a no casarnos, y hasta eso me lo han quitado. Me pregunto si el presidente Snow insistirá en que tengamos hijos. Si los tenemos, tendrán que enfrentarse a la cosecha todos los años, y ¿no sería emocionante ver cómo seleccionan al hijo no de un vencedor, sino de dos? Los hijos de los vencedores han salido elegidos varias veces. Atrae mucho a la gente, que comenta que la suerte no está de parte de la familia. Sin embargo, sucede con demasiada frecuencia para que se trate de mala suerte. Gale está convencido de que el Capitolio lo hace a propósito, que amaña el sorteo para que sea todo más dramático. Teniendo en cuenta todos los problemas que he causado, seguro que cualquier hijo mío tendrá garantizado un sitio en los juegos.

Pienso en Haymitch, soltero, sin familia, escondiéndose del mundo en la bebida. Podría haber tenido a cualquier mujer del distrito y, sin embargo, eligió la soledad. No, la soledad no, eso suena demasiado idílico. Más bien eligió la reclusión solitaria. ¿Era porque, después de pasar por la arena, sabía que la alternativa sería peor? Yo disfruté de un anticipo de esa alternativa cuando dijeron el nombre de Prim el día de la cosecha y la observé acercarse al escenario, camino de su muerte. Pero, al ser mi hermana, podía ocupar su lugar, una opción que no le estaba permitida a mi madre.

Le doy vueltas como loca a la cabeza en busca de una solución. No puedo dejar que el presidente Snow me condene a esto, aunque signifique quitarme la vida. En cualquier caso, antes de llegar a eso, intentaría huir. ¿Qué harían si desapareciese sin más? ¿Si desapareciese en el bosque y no volviera? ¿Podría llevarme a todos mis

seres queridos y empezar una nueva vida en la naturaleza? Bastante improbable, aunque no imposible.

Sacudo la cabeza para despejarme. No es el mejor momento para idear huidas demenciales, tengo que concentrarme en la Gira de la Victoria. El destino de muchas personas depende de que ofrezca un buen espectáculo.

El alba llega antes que el sueño, y Effie empieza a llamar a la puerta. Me pongo la primera ropa que veo en el cajón y me arrastro hasta el vagón comedor. No entiendo qué más da a qué hora me levante, ya que viajaremos todo el día, pero resulta que los arreglos de ayer solo eran para llevarme hasta la estación. Hoy me toca la sesión completa.

—¿Por qué? Hace demasiado frío para lucirme —gruño.

—En el Distrito 11 no —responde Effie.

El Distrito 11, nuestra primera parada. Preferiría empezar por otro, ya que éste era el hogar de Rue. Sin embargo, así es como funciona la Gira de la Victoria. Normalmente comienza en el 12 y avanza en orden descendente hasta el 1, seguido del Capitolio. El distrito vencedor se salta y se deja para el final. Como el 12 suele tener la celebración menos fastuosa (normalmente se trata de una cena para los tributos y una concentración en la plaza, donde nadie parece pasárselo bien), supongo que prefieren quitarnos de en medio lo antes posible. Este año, por primera vez desde que ganara Haymitch, la última parada de la gira será el 12, y el Capitolio se volcará en las festividades.

Intento disfrutar de la comida, como me dijo Hazelle. Está claro que el personal de cocina quiere agradarme, porque me han preparado mi estofado favorito de cordero con ciruelas, entre otros manjares. Zumo de naranja y una cafetera llena de chocolate caliente me esperan en la mesa. Así que como mucho y la comida es perfecta, pero no la disfruto. También me molesta que nadie, salvo Effie, haya llegado todavía.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto.

—Bueno, vete a saber dónde está Haymitch —responde Effie. La verdad es que a él no lo esperaba, porque seguramente estará acostándose en estos momentos—. Cinna trabajó hasta tarde para organizar tu vagón de ropa. Debe de tener más de cien trajes para ti. Tu ropa de noche es exquisita. Y es probable que el equipo de Peeta siga dormido.

—¿Él no necesita prepararse?

—No como tú.

¿Qué quiere decir? Pues que al final me paso la mañana dejando que me arranquen el pelo del cuerpo, mientras Peeta duerme como un tronco. No había pensado mucho sobre el tema, pero en la arena al menos algunos de los chicos se quedaron con su vello corporal; las chicas no. Ahora recuerdo el momento en que

bañé a Peeta junto al arroyo. Estaba muy rubio bajo la luz del sol, una vez eliminados la sangre y el barro; solo la cara permanecía completamente suave. A ninguno de los chicos le creció la barba, y muchos tenían la edad suficiente. Me pregunto qué les hicieron.

Estoy destrozada, y mi equipo de preparación se encuentra en peores condiciones, bebiendo café tras café y compartiendo pildoritas de colorines. Por lo que veo, nunca se levantan antes de mediodía, a no ser que se trate de una emergencia nacional, como el vello de mis piernas. Lo cierto es que me alegré mucho cuando volvió a crecerme, como si fuese una señal de que las cosas regresaban a la normalidad. Me acaricio la suave pelusilla rizada por última vez y me entrego al equipo. No empiezan con su charla habitual, así que oigo cómo arrancan cada uno de los pelos de sus folículos. Tengo que meterme en una bañera llena de una solución espesa y apestosa, mientras me cubren la cara de cremas. Después me meten en otros dos baños, con mejunjes menos desagradables. Me depilan, restriegan, masajean y untan hasta dejarme en carne viva.

Flavius me levanta la barbilla y suspira.

—Es una lástima que Cinna no permita ninguna alteración.

—Sí, podríamos hacerte algo muy especial —añade Octavia.

—Cuando sea mayor —dice Venia, casi en tono lúgubre—. Entonces tendrá que dejarnos.

¿Dejarlos hacer qué? ¿Hincharme los labios para que sean como los del presidente Snow? ¿Tatuarme los pechos? ¿Teñirme la piel de magenta e implantarme gemas en ella? ¿Grabarme diseños decorativos en la cara? ¿Ponerme garras arqueadas? ¿O bigotes de gato? Vi todas esas cosas y más entre los ciudadanos del Capitolio. ¿De verdad no se dan cuenta de lo monstruosos que nos parecen a los demás?

La idea de quedar a merced de los caprichos estéticos de mi equipo de preparación no es más que otra desgracia que se suma a las que ya luchan por mi atención: mi cuerpo maltratado, la falta de sueño, mi inevitable matrimonio y el terror de no ser capaz de satisfacer las exigencias del presidente. Cuando llego al comedor, donde Effie, Cinna, Portia, Haymitch y Peeta han empezado sin mí, estoy demasiado agobiada para hablar. Están poniendo la comida por las nubes y no dejan de hablar de lo bien que se duerme en los trenes. Todos parecen entusiasmados con la gira; bueno, todos menos Haymitch, que soporta la resaca mientras le da pellizquitos a una magdalena. Yo tampoco tengo mucha hambre, ya sea porque esta mañana me he atiborrado de platos pesados o porque estoy muy triste. Le doy vueltas a un cuenco de caldo, aunque solo me tomo un par de cucharadas. Ni siquiera puedo mirar a Peeta, mi futuro marido, a pesar de que sé que no es culpa suya.

La gente se da cuenta e intenta meterme en la conversación, pero me los quito de

encima. En cierto momento el tren se detiene y nuestro ayudante nos informa de que no es una parada para repostar: se ha estropeado una pieza del tren y deben reemplazarla. Necesitarán al menos una hora. Eso hace que a Effie le dé un ataque; saca su horario y empieza a calcular cómo afectará el retraso a todos y cada uno de los acontecimientos del resto de nuestras vidas. Al final no puedo soportar seguir escuchándola.

—¡A nadie le importa, Effie! —le suelto. Todos me miran, incluso Haymitch, con el que yo creía poder contar, ya que sé que Effie le destroza los nervios. Me pongo de inmediato a la defensiva—. ¡Es verdad, no le importa a nadie! —exclamo; después me levanto y salgo del vagón.

De repente, el tren me parece sofocante y, sin duda, me noto mareada. Busco la puerta de salida, la abro a la fuerza (disparando alguna alarma, a la que no hago caso) y salto al andén, esperando caer sobre nieve. Sin embargo me encuentro con un aire cálido y suave. Los árboles todavía tienen hojas verdes. ¿Tan al sur hemos llegado en un solo día? Camino junto a las vías, entrecerrando los ojos para protegerme de la brillante luz del sol y arrepintiéndome de haberle hablado así a Effie. La verdad es que ella no tiene la culpa de mis problemas. Debería regresar para disculparme, porque mi exabrupto ha sido el colmo de los malos modales, y los modales son algo que a ella le importa muchísimo. Sin embargo, mis pies siguen caminando hasta llegar al final del tren y dejarlo atrás. Un retraso de una hora. Puedo andar al menos veinte minutos en una dirección y volver con tiempo de sobra. En vez de hacerlo, al cabo de unos doscientos metros me dejo caer al suelo y me siento, con la mirada perdida en el horizonte. De haber tenido arco y flechas, ¿habría seguido avanzando?

Al cabo de un rato oigo pasos detrás de mí. Será Haymitch que viene a regañarme. Aunque me lo merezco, no quiero oírlo.

—No estoy de humor para un sermón —le digo, con la vista fija en las malas hierbas que tengo junto a los zapatos.

—Intentaré ser breve —responde Peeta, antes de sentarse a mi lado.

—Creía que eras Haymitch.

—No, sigue trabajando en esa magdalena —contesta, y observo cómo coloca su pierna artificial—. Mal día, ¿eh?

—No es nada.

—Mira, Katniss —dice, suspirando—, quería hablar contigo sobre mi comportamiento en el tren. Es decir, en el tren anterior, el que nos llevó a casa. Sabía que tenías algo con Gale, ya estaba celoso de él antes de conocerte oficialmente, así que no fue justo pedirte cuentas por algo que pasó en los juegos. Lo siento.

Su disculpa me pilla por sorpresa. Es cierto que Peeta me dio de lado después de que le confesara que mi amor por él en los juegos había sido fingido, pero no se lo tomé a mal. En la arena interpreté el romance todo lo que pude, y hubo veces en las

que realmente no sabía qué sentía por él. La verdad es que sigo sin saberlo.

—Yo también lo siento —le digo, aunque no sé por qué exactamente. Quizá porque existe una posibilidad muy real de que acabe destruyéndolo.

—No tienes nada que sentir. No hacías más que intentar mantenernos a los dos con vida. Pero no quiero que sigamos así, sin hacernos caso en la vida real y cayéndonos en la nieve cada vez que aparece una cámara. Así que he pensado que si dejaba de comportarme tan..., ya sabes, tan dolido, podríamos intentar ser solo amigos.

Es muy probable que todos mis amigos acaben muertos, y negarme al ofrecimiento de Peeta no lo mantendrá a salvo.

—Vale —contesto. Su propuesta me hace sentir mejor, menos falsa, de algún modo. Habría estado bien que me lo hubiese dicho antes, antes de saber que el presidente Snow tenía otros planes y que ser simplemente amigos ya no bastaría. Sin embargo, me alegro de que volvamos a hablarnos.

—Bueno, ¿qué te pasa? —me pregunta. No se lo puedo decir, así que tiro de la mata de malas hierbas—. Vale, empecemos con algo más básico. ¿No te parece raro que sepa que eres capaz de arriesgar la vida por salvarme..., pero no tenga ni idea de cuál es tu color favorito?

—Verde —respondo, esbozando poco a poco una sonrisa—. ¿Y el tuyo?

—Naranja.

—¿Naranja? ¿Como el pelo de Effie?

—Un poco más apagado. Más como... una puesta de sol.

La puesta de sol. Lo veo de inmediato, el borde del sol que desciende, el cielo surcado de rayos en suaves tonos naranja. Precioso. Recuerdo la galleta con el lirio y, ahora que Peeta me habla de nuevo, estoy deseando contarle toda la historia sobre el presidente Snow. Sin embargo, como sé que Haymitch no querría que lo hiciera, me limito a charlar sin más.

—¿Sabes qué? Todos hablan maravillas sobre tus cuadros. Me da pena no haberlos visto —le digo.

—Bueno, tengo un vagón lleno —me explica, ofreciéndome una mano—. Vamos.

Sienta bien notar de nuevo sus dedos entre los míos, no para fingir, sino con una amistad verdadera. Volvemos de la mano al tren y, en la puerta, lo recuerdo:

—Primero tengo que pedirle disculpas a Effie.

—No te cortes, exagera todo lo que puedas —sugiere Peeta.

Cuando volvemos al vagón comedor, donde los otros siguen comiendo, le ofrezco a Effie una disculpa que a mí me parece excesiva, pero que en su cabeza apenas compensará mi fallo de protocolo. Debo reconocer que la acepta con elegancia. Me dice que está claro que sufro mucha presión, y sus comentarios sobre la necesidad de que alguien esté pendiente del horario solo duran unos cinco minutos. La verdad es

que he salido bien parada.

Cuando termina, Peeta me conduce unos cuantos vagones más allá para enseñarme sus cuadros. No sé qué me esperaba, quizá versiones más grandes de las galletas de flores, pero lo que me encuentro es algo completamente distinto: Peeta ha pintado los juegos.

Algunos no se ven a la primera si no has estado en la arena: agua cayendo a través de las grietas de nuestra cueva; el lecho seco del estanque; un par de manos, las suyas, excavando en busca de raíces. También hay otras imágenes que cualquiera reconocería: el cuerno dorado al que llaman la Cornucopia; Clove ordenando los cuchillos dentro de su chaqueta; uno de los mutos, sin duda el rubio de ojos verdes que tendría que ser Glimmer, rugiendo mientras se acerca a nosotros. Y yo. Estoy por todas partes: en lo alto de un árbol; golpeando una camiseta contra las piedras del arroyo; tumbada inconsciente en un charco de sangre; y una que no logro ubicar (quizá me veía así cuando tuvo la fiebre muy alta), surgiendo de una niebla gris plateada del mismo color de mis ojos.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—Los odio —confieso. Casi puedo oler la sangre, la suciedad, el aliento antinatural del muto—. No hago más que intentar olvidar la arena, y tú la has devuelto a la vida. ¿Cómo recuerdas tan bien los detalles?

—Los veo todas las noches.

Sé a qué se refiere: las pesadillas, que ya me perseguían antes de los juegos, ahora me acosan cada vez que cierro los ojos. Sin embargo, la más antigua, la de mi padre volando en pedazos en las minas, es menos frecuente. La han sustituido las distintas versiones de lo que pasó en la arena: mi intento fallido de salvar a Rue, Peeta muriendo desangrado, el cuerpo hinchado de Glimmer desintegrándose entre mis manos, el horrible final de Cato con las mutaciones. Ésas son las visitas más frecuentes.

—Yo también. ¿Te ayuda pintarlo?

—No lo sé, creo que me quita un poco el miedo de dormir por la noche, o eso me digo, aunque no se van.

—Quizá no lo hagan. Las de Haymitch no se han ido. —A pesar de que Haymitch no lo diga, estoy segura de que por eso no le gusta dormir a oscuras.

—No, aunque yo prefiero despertarme con un pincel en la mano en vez de con un cuchillo —dice Peeta—. ¿Así que los odias?

—Sí, pero son extraordinarios, de verdad —respondo, y lo son, solo que prefiero no seguir mirándolos—. ¿Quieres ver mi talento? Cinna ha hecho un gran trabajo con él.

—Después —contesta Peeta, entre risas. El tren da una sacudida y veo que los campos avanzan por la ventanilla—. Venga, ya casi estamos en el Distrito 11. Vamos

a echar un vistazo.

Nos metemos en el último vagón del tren, donde hay sillas y sofás, y las ventanas traseras se introducen en el techo para dejarte viajar al aire libre y observar mejor el paisaje. Enormes campos abiertos con rebaños pastando. No tiene nada que ver con nuestro hogar, lleno de árboles. Frenamos un poco; cuando creo que se trata de otra parada, veo una valla que se eleva delante de nosotros. Tiene al menos diez metros de altura y está rematada con crueles bucles de alambre de espino, lo que hace que nuestra alambrada del Distrito 12 parezca infantil. Examino rápidamente la base, que está cubierta de enormes placas metálicas. De allí no se podría salir a hurtadillas para cazar. Entonces veo las torres de vigilancia colocadas a intervalos regulares y custodiadas por guardias armados, completamente fuera de lugar entre los campos de flores silvestres que las rodean.

—Esto sí que es nuevo —comenta Peeta.

Por lo que me había contado Rue, ya me imaginaba que las reglas del Distrito 11 se aplicaban con más severidad, pero no estaba preparada para aquello.

Empezamos a ver los cultivos, que se extienden hasta el horizonte. Hombres, mujeres y niños con sombreros de paja para protegerse del sol se levantan, miran hacia nosotros y se toman un momento para estirar la espalda mientras el tren pasa junto a ellos. Veo huertos a lo lejos y me pregunto si allí será donde trabajaba Rue recolectando fruta de las ramas más frágiles y altas de los árboles. Pequeñas comunidades de chozas (comparadas con ellas, las casas de la Veta son un lujo) salpican el paisaje, aunque están todas vacías; deben de necesitar todas las manos disponibles para la recolección.

No se acaba nunca, el tamaño del Distrito 11 me parece increíble.

—¿Cuánta gente crees que vive aquí? —me pregunta Peeta. Sacudo la cabeza. En el colegio dicen que es un distrito grande, nada más; no dan cifras exactas sobre la población. Sin embargo, los chicos que vemos en la tele cada año, esperando al sorteo, tienen que ser una representación de los que de verdad viven aquí. ¿Qué hacen? ¿Tienen sorteos preliminares? ¿Seleccionan antes a los ganadores y se aseguran de que estén entre la multitud? ¿Cómo acabó Rue en aquel escenario, sin nadie más que el viento para presentarse por ella?

Empiezo a cansarme de lo vasto e interminable que es este lugar. Cuando Effie viene para decirnos que nos vistamos, no pongo objeciones. Me voy a mi compartimento y dejo que el equipo de preparación me peine y maquille. Cinna llega con un bonito vestido naranja con hojas de otoño pintadas. Pienso en lo mucho que le gustará el color a Peeta.

Effie nos reúne a los dos y repasa con nosotros el programa del día una última vez. En algunos distritos, los vencedores recorren la ciudad en desfile y los residentes los vitorean, pero en el 11 (quizá porque tampoco hay una ciudad propiamente dicha

y las cosas parecen bastante desperdigadas, o quizá porque necesitan a todo el mundo para la recolección) las apariciones públicas se limitan a la plaza. Se celebra delante de su Edificio de Justicia, una enorme estructura de mármol. Aunque en el pasado debió de ser una belleza, el tiempo le ha pasado factura e, incluso en la televisión, se ven las enredaderas que se adueñan de la fachada rota y el hundimiento del tejado. La plaza en sí está rodeada de tiendas cochambrosas, la mayoría abandonadas. Vivan donde vivan en este distrito, no es aquí.

Toda nuestra aparición pública se representará en el exterior, en lo que Effie llama la veranda, es decir, el espacio embaldosado que hay entre las puertas principales y las escaleras, que está cubierto por un techo sujeto con columnas. Nos presentarán a Peeta y a mí, el alcalde del distrito leerá un discurso en nuestro honor y nosotros responderemos con un agradecimiento escrito por el Capitolio. Si un vencedor ha tenido aliados especiales entre los tributos muertos, se considera de buena educación añadir también algunos comentarios personales. Debería decir algo sobre Rue y Thresh, pero cada vez que intentaba escribirlo en casa acababa con una hoja en blanco mirándome a la cara. Me resulta difícil hablar sobre ellos sin emocionarme. Por suerte, Peeta ha preparado algo y, con unas ligeras modificaciones, podría servir para los dos. Al final de la ceremonia nos entregarán algún tipo de placa y podremos retirarnos al interior del edificio, donde nos servirán una cena especial.

Cuando el tren está metiéndose en la estación del Distrito 11, Cinna le da los últimos toques a mi traje, cambiando mi diadema naranja por una dorada y prendiéndole al vestido el broche de sinsajo que llevé en la arena. En el andén no hay comité de bienvenida, sino una patrulla de ocho agentes de la paz que nos dirigen a la parte de atrás de un camión armado. Effie bufa un poco al cerrarse las puertas.

—Ni que fuésemos todos delincuentes —dice.

«Todos no, Effie, solo yo», pienso.

El camión nos deja en la parte de atrás del Edificio de Justicia y nos meten dentro a toda prisa. Huelo que están preparando una comida excelente, pero eso no tapa la peste a moho y podredumbre. No nos dan tiempo para echar un vistazo; mientras nos ponemos en fila para ir a la entrada principal, oigo que empieza a sonar el himno en la plaza. Peeta me da la mano derecha. El alcalde nos presenta y las enormes puertas se abren con un gruñido.

—¡Sonreíd! —ordena Effie, dándonos un codazo. Nuestros pies empiezan a llevarnos hacia delante.

«Ya está, aquí es donde tengo que convencer a todo el mundo de lo mucho que amo a Peeta», pienso. La solemne ceremonia está bastante organizada, así que no sé bien cómo hacerlo. No es momento para besos, aunque quizá pueda meter alguno.

Se oyen grandes aplausos, pero no las respuestas que obteníamos en el Capitolio, nada de vítores, aullidos y silbidos. Cruzamos la veranda hasta que se acaba el techo

y nos quedamos en lo alto de unos grandes escalones de mármol, bajo el sol ardiente. Cuando se adaptan mis ojos, veo que los edificios de la plaza están cubiertos de banderas que ayudan a cubrir su mal estado. Está lleno de gente, aunque, de nuevo, solo es una pequeña parte de los que viven aquí.

Como siempre, han construido una plataforma especial en el fondo del escenario para las familias de los tributos muertos. Del lado de Thresh solo hay una anciana encorvada y una chica alta y musculosa, supongo que su hermana. Del de Rue..., no estoy preparada para la familia de Rue: sus padres, con el dolor todavía vivo en la cara; sus cinco hermanos pequeños, que se parecen tanto a ella, con sus figuras ligeras y luminosos ojos castaños. Son como una bandada de pajaritos oscuros.

Por fin acaban los aplausos y el alcalde da el discurso en nuestro honor. Dos niñas nos ofrecen grandes ramos de flores. Peeta cumple con su parte de la respuesta acordada y yo consigo mover los labios para concluirla. Por suerte, mi madre y Prim me han ayudado a ensayarla tantas veces que lo podría hacer dormida.

Peeta tenía sus comentarios personales escritos en una tarjeta, pero no la saca, sino que habla con su estilo sencillo y adorable sobre cómo Thresh y Rue quedaron entre los ocho finalistas, sobre cómo los dos ayudaron a mantenerme con vida (manteniéndolo así con vida a él) y sobre cómo se trata de una deuda que nunca podremos pagarles. Entonces vacila y añade algo que no estaba en la tarjeta, quizá porque pensaba que Effie lo obligaría a quitarlo.

—Aunque no servirá para compensar vuestras pérdidas, como muestra de agradecimiento, me gustaría darle a cada una de las familias de los tributos del Distrito 11 un mes de nuestras ganancias cada año durante el resto de nuestras vidas.

La multitud no puede evitar responder con gritos ahogados y murmullos. Lo que ha hecho Peeta no tiene precedentes, ni siquiera sé si es legal. Seguramente él tampoco lo sabe y por eso no ha preguntado, por si acaso. En cuanto a las familias, nos miran boquiabiertas. Sus vidas cambiaron para siempre cuando perdieron a Thresh y Rue, pero aquel regalo las volvería a cambiar. Un mes de ganancias de tributos serviría para alimentar a una familia entera durante un año. Mientras nosotros vivamos, ellos no pasarán hambre.

Miro a Peeta y él esboza una triste sonrisa. Oigo la voz de Haymitch: «Podría ser mucho peor». En este momento me resulta imposible imaginar algo mejor. El regalo... es perfecto. Así que cuando me pongo de puntillas para besarlo, no me siento obligada en absoluto.

El alcalde da un paso adelante y nos da a cada uno una placa tan enorme que tengo que dejar el ramo para sostenerla. La ceremonia está a punto de acabar cuando me doy cuenta de que una de las hermanas de Rue me mira. Debe de tener unos nueve años y es una réplica casi exacta de Rue, hasta en la postura, con los brazos ligeramente extendidos. A pesar de las buenas noticias sobre el regalo, no está

contenta. De hecho, parece reprocharme algo. ¿Es porque no salvé a su hermana?

«No, es porque no le he dado las gracias.»

Me muero de vergüenza. La niña tiene razón: ¿cómo voy a quedarme aquí, pasiva y muda, y dejarle todas las palabras a Peeta? Si Rue hubiese ganado, no habría dejado mi muerte sin cantar. Recuerdo cómo me preocupé en la arena de cubrirla de flores para asegurarme de que su pérdida no pasara desapercibida. Sin embargo, aquel gesto no significa nada si no hago algo más ahora.

—¡Esperen! —exclamo, dando un paso inseguro adelante, con la placa apretada contra el pecho. Da igual que el tiempo que me han asignado para hablar ya se haya acabado, debo decir algo. Les debo eso, por lo menos. Ni siquiera habiéndoles prometido hoy todas mis ganancias a estas familias tendría una excusa para callarme—. Esperen, por favor. —No sé cómo empezar, pero, una vez que lo hago, las palabras brotan de mis labios como si llevasen mucho tiempo formándose dentro de mi cabeza—. Quiero dar las gracias a los tributos del Distrito 11 —digo. Primero miro a las mujeres del lado de Thresh—. Sólo hablé con Thresh una vez, lo suficiente para que me perdonara la vida. Aunque no lo conocía, siempre lo respeté. Por su fuerza, por negarse a jugar en unos términos que no fuesen los suyos. Los profesionales querían que se uniese a ellos desde el principio, pero él no quiso. Lo respetaba por eso.

Por primera vez, la anciana encorvada (¿será la abuela de Thresh?) levanta la cabeza y esboza la sombra de una sonrisa.

La multitud guarda silencio, tanto que me pregunto cómo lo consiguen. Deben de estar todos conteniendo el aliento.

Me vuelvo hacia la familia de Rue.

—Sin embargo, me parece que sí conocía a Rue, y ella siempre estará conmigo. Todas las cosas bellas me la recuerdan. La veo en las flores amarillas que crecen en la Pradera, junto a mi casa. La veo en los sinsajos que cantan en los árboles. Y, sobretodo, la veo en mi hermana, Prim. —No me fío mucho de mi voz, pero casi he terminado—. Gracias por vuestros hijos —digo, y levanto la barbilla para dirigirme a la multitud—. Y gracias a todos por el pan.

Me quedo donde estoy, sintiéndome rota y pequeña, con miles de ojos clavados en mí. Después de una larga pausa, alguien entre la multitud silba la melodía de cuatro notas de Rue, la que repitieron los sinsajos, la que marcaba el final del día de trabajo en los huertos, la que en la arena significaba que estábamos a salvo. Al final de la melodía ya sé quién la canta, un anciano marchito con una camiseta roja descolorida y un mono. Me mira a los ojos.

Lo que pasa después no es un accidente, está demasiado bien coordinado para que resulte espontáneo, porque todos lo hacen a la vez. Todas las personas de la plaza se llevan los tres dedos centrales de la mano izquierda a los labios y después los

extienden hacia mí. Es la seña del Distrito 12, el último adiós que le di a Rue en la arena.

Si no hubiese hablado con el presidente, aquel gesto me habría hecho llorar. Sin embargo, con su orden de calmar a los distritos todavía fresca, la escena me aterra. ¿Qué pensará de este saludo tan público a la chica que desafió al Capitolio?

Me doy cuenta de la importancia de lo que acabo de hacer. No ha sido a posta, solo quería darles las gracias, pero acabo de despertar algo peligroso, un acto de rebeldía de la gente del Distrito 11. ¡Es justo lo que se suponía que debía evitar!

Mientras intento pensar en algo que reste importancia a lo sucedido, que lo niegue, oigo un chispazo de estática en mi micrófono, lo que significa que lo han apagado y que el alcalde ha tomado la palabra. Peeta y yo aceptamos unos últimos aplausos, y él me conduce hacia las puertas, sin darse cuenta de que algo va mal.

Me siento rara y tengo que detenerme un segundo, mientras unos puntitos de brillante luz de sol me bailan en los ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta Peeta.

—Mareada, el sol brillaba mucho —respondo, y veo su ramo—. Se me han olvidado mis flores —mascullo.

—Voy a por ellas.

—Puedo hacerlo yo.

Ya estaríamos a salvo dentro del Edificio de Justicia de no haberme detenido, de no haberme dejado las flores fuera. Sin embargo, lo vemos todo desde las profundas sombras de la veranda.

Un par de agentes de la paz arrastran al anciano que silbó hasta la parte superior de los escalones, lo obligan a ponerse de rodillas delante de la multitud y le meten un balazo en la cabeza.



Justo cuando el hombre cae al suelo, una pared de uniformes blancos nos tapa la vista. Algunos de los soldados llevan las armas automáticas levantadas cuando nos empujan hacia la puerta.

—¡Ya nos vamos! —exclama Peeta, dándole un empujón al agente de la paz que me obliga a avanzar—. Lo pillamos, ¿vale? Venga, Katniss.

Me rodea con sus brazos y me guía de vuelta al Edificio de Justicia, con los agentes a unos cuantos pasos de nosotros. En cuanto entramos, las puertas se cierran de golpe y oímos las botas volverse hacia la multitud.

Haymitch, Effie, Portia y Cinna esperan debajo de una pantalla montada en la pared, en la que solo se ve estática, todos muy tensos, por lo que veo en sus caras.

—¿Qué ha pasado? —se apresura a preguntar Effie—. Hemos perdido la imagen justo después del precioso discurso de Katniss, y entonces Haymitch ha dicho que creía haber escuchado un disparo; yo he contestado que era ridículo, pero ¿quién sabe? ¡Hay lunáticos en todas partes!

—No ha pasado nada, Effie. El tubo de escape de un viejo camión —responde Peeta, sin que le tiemble la voz.

Dos disparos más. La puerta no nos aísla mucho del sonido. ¿A quién habrían disparado? ¿A la abuela de Thresh? ¿A una de las hermanitas de Rue?

—Vosotros dos, conmigo —ordena Haymitch. Peeta y yo lo seguimos, y dejamos a los otros atrás. Los agentes de la paz que están colocados por el Edificio de Justicia no están muy interesados en nuestros movimientos, siempre que permanezcamos dentro. Subimos por una magnífica escalera curva de mármol. En la parte de arriba hay un largo pasillo con una alfombra desgastada y unas puertas dobles abiertas que dan paso a la primera sala que nos encontramos. El techo debe de tener unos seis metros de altura, con molduras de frutas y flores, además de gorditos niños con alas que nos miran desde cada esquina. Nuestra ropa de noche está colgada en unos percheros de pared. Nos han preparado la habitación, aunque apenas nos paramos para soltar los regalos. Después, Haymitch nos arranca los micrófonos del pecho, los mete debajo de uno de los cojines del sofá y nos hace un gesto para que lo sigamos.

Por lo que sé, solo ha estado aquí una vez, en su Gira de la Victoria de hace décadas, pero debe de tener una memoria extraordinaria o unos instintos muy fiables, porque nos conduce por un laberinto de escaleras de caracol y pasillos cada vez más

estrechos. A veces se detiene para forzar una puerta. Por el chirrido de protesta de las bisagras, está claro que no las abren desde hace tiempo. Al final subimos por una escalera a una trampilla y, cuando Haymitch la abre, nos encontramos en la bóveda del edificio. Es un lugar enorme lleno de muebles rotos, pilas de libros y cuadernos, y armas oxidadas. La capa de polvo que lo cubre todo es tan gruesa que no cabe duda de que nadie la molesta desde hace años. La luz lucha por filtrarse a través de cuatro ventanas cuadradas asquerosas abiertas en los laterales de la cúpula. Haymitch cierra la trampilla de una patada y se vuelve hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado?

Peeta le cuenta lo ocurrido en la plaza: el silbido, el saludo, nuestra vacilación en la veranda y el asesinato del anciano.

—¿Qué está pasando, Haymitch? —le pregunta después.

—Será mejor si se lo cuentas tú —me dice el interpelado.

No estoy de acuerdo, creo que será cien veces peor si se lo cuento yo. No obstante, se lo explico todo a Peeta lo más tranquilamente que puedo: lo del presidente Snow y el malestar en los distritos. Ni siquiera me callo el beso con Gale. Le cuento que estamos en peligro, que todo el país está en peligro por culpa de mi truco con las bayas.

—Se suponía que tenía que arreglar las cosas en esta gira y conseguir que todos los que dudaban creyeran que había actuado así por amor. Calmar las cosas. Pero está claro que hoy solo he conseguido que maten a tres personas, y ahora castigarán al resto de los asistentes. —Me siento tan mal que tengo que sentarme en un sofá, a pesar de que está reventado y se le ven los muelles y el relleno.

—Entonces yo también lo he empeorado todo con la idea de darles el dinero —dice Peeta. De repente le da un golpe a una lámpara que está en precario equilibrio sobre una caja y la tira al suelo, donde se hace añicos—. Se acabó, ahora mismo. No podéis seguir con este... este juego que os traéis los dos, contándoos secretos y manteniéndome a mí al margen, como si fuese demasiado insignificante, estúpido o débil para soportarlos.

—No es eso, Peeta... —empiezo.

—¡Es justamente eso! —me chilla—. ¡Yo también tengo seres queridos, Katniss! Familia y amigos en el Distrito 12 que acabarán igual de muertos que los tuyos si no salimos de ésta. Así que, después de lo que pasamos juntos en la arena, ¿ni siquiera merezco que me cuentes la verdad?

—Siempre te comportas tan bien, Peeta, sabes tan bien cómo presentarte ante las cámaras que no quise entorpecerte —explica Haymitch.

—Pues me sobrestimaste, porque hoy la he cagado. ¿Qué crees que les va a pasar a las familias de Rue y Thresh? ¿Crees que les darán su parte de nuestras ganancias? ¿Crees que les acabo de asegurar un futuro brillante? ¡Porque me parece que tendrán

suerte si llegan vivos al final del día! —Peeta lanza algo más por los aires, una figura. Nunca lo había visto así.

—Tiene razón, Haymitch —intervengo—. Nos equivocamos al no contárselo, incluso en el Capitolio.

—En la arena ya teníais algún tipo de sistema montado, ¿no? —pregunta Peeta, con la voz más tranquila—. Algo que no me contasteis.

—No, oficialmente no. Es que yo me imaginaba lo que Haymitch quería de mí según lo que me enviaba o no.

—Bueno, pues yo no tuve esa oportunidad, porque él no me envió nada hasta que apareciste.

No había pensado en eso, en cómo vería Peeta que yo apareciese en la arena con medicina para las quemaduras y pan, mientras que él, a las puertas de la muerte, no había recibido nada. Como si Haymitch me mantuviese con vida a su costa.

—Mira, chico... —empieza a decir Haymitch.

—No te molestes, sé que tenías que elegir a uno de los dos y me parece bien que fuese ella. Pero esto es distinto, ahí fuera hay gente muerta y habrá más si no lo hacemos muy bien. Todos sabemos que se me dan mejor las cámaras que a Katniss, nadie tiene que ayudarme para saber qué decir, siempre que sepa dónde me estoy metiendo.

—A partir de ahora estarás informado de todo —le promete Haymitch.

—Mejor será —responde Peeta, sin dignarse a mirarme antes de salir.

El polvo que ha agitado forma nubes y busca otro sitio donde posarse: mi pelo, mis ojos, mi reluciente broche dorado.

—¿Me elegiste a mí, Haymitch?

—Sí.

—¿Por qué? Él te cae mejor.

—Es cierto, pero recuerda que, hasta que cambiaron las reglas, mi única esperanza era sacar con vida a uno de los dos. Como él estaba decidido a protegerte, bueno, pensé que entre los tres podríamos devolvarte a casa.

—Oh —es lo único que puedo contestar.

—Ya verás las decisiones que te verás obligada a tomar si sobrevivimos a esto —dice Haymitch—. Aprenderás.

Bueno, hoy he aprendido algo: este lugar no es una versión más grande del Distrito 12. Nuestra alambrada no tiene vigilancia y casi nunca la electrifican; nuestros agentes de la paz no son bien recibidos, pero tampoco resultan brutales; nuestras penurias provocan más fatiga que furia. Aquí, en el 11, sufren más y están más desesperados. El presidente Snow tiene razón: una chispa podría bastar para que todo ardiera.

Las cosas pasan demasiado deprisa para poder procesarlas: la advertencia, los

disparos y darme cuenta de que quizá haya iniciado algo de gigantescas dimensiones. Es tan increíble... Habría sido diferente si mi intención fuera agitar el país, pero, dadas las circunstancias, ¿cómo narices me las he arreglado para causar tantos problemas?

—Venga, tenemos que asistir a una cena —dice Haymitch.

Me quedo en la ducha todo el tiempo que me dejan antes de ir a arreglarme. El equipo de preparación no parece saber nada de los sucesos del día, están emocionados con la cena; en los distritos son lo suficientemente importantes para asistir a ella, mientras que en el Capitolio apenas reciben invitaciones a fiestas prestigiosas. Se dedican a intentar predecir qué platos servirán, aunque yo solo veo al anciano recibir un tiro en la cabeza. No presto atención a nada de lo que me dicen hasta que estoy a punto de irme y me veo en un espejo: un vestido palabra de honor de color rosa pálido que me llega hasta los zapatos; el pelo apartado de la cara y suelto en una lluvia de tirabuzones sobre la espalda.

En ese momento llega Cinna por detrás y me coloca un reluciente chal plateado encima de los hombros.

—¿Te gusta? —me pregunta, al darse cuenta de que mi reflejo lo mira a los ojos.

—Es precioso, como siempre.

—Veamos qué aspecto tiene con una sonrisa —me dice amablemente. Es su forma de recordarme que dentro de un minuto volverán las cámaras. Consigo levantar un poco las comisuras de los labios—. Eso es.

Cuando nos reunimos para bajar a la cena, veo que Effie está indispuesta. Seguro que Haymitch no le ha contado lo de la plaza. Aunque no me sorprendería que Cinna y Portia lo supieran, parecemos tener un acuerdo tácito para mantener a Effie al margen de las malas noticias. Sin embargo, no tardamos mucho en darnos cuenta de cuál es su problema.

Effie repasa el programa de la noche antes de tirarlo a un lado.

—Y después, gracias al cielo, todos podremos subirnos a ese tren y salir de aquí —dice.

—¿Te pasa algo, Effie? —le pregunta Cinna.

—No me gusta la forma en que nos han tratado, metiéndonos en camiones y sacándonos del andén. Y después, hace una hora, decidí dar una vuelta por el Edificio de Justicia. Soy una especie de experta en diseño arquitectónico, ya lo sabéis.

—Oh, sí, lo había oído —responde Portia antes de que la pausa se alargue demasiado.

—Bueno, pues estaba echándole un vistazo, porque las ruinas de los distritos se van a poner de moda este año, cuando dos agentes de la paz se me colocaron delante y me ordenaron regresar a nuestras habitaciones. ¡Uno de ellos llegó a empujarme con la pistola! —exclama Effie.

No puedo evitar pensar que es culpa de Haymitch, Peeta y mía, por haber desaparecido antes. En realidad, resulta reconfortante pensar que Haymitch tenía razón, que nadie estaba vigilando la cúpula polvorienta en la que hemos hablado. Aunque seguro que ahora sí.

Effie parece tan alterada que le doy un abrazo espontáneo.

—Eso es terrible, Effie. Quizá fuese mejor no ir a la cena, al menos hasta que se disculpen. —Sé que no estará de acuerdo, pero la sugerencia la anima bastante, porque valida su queja.

—No, estaré bien. Es parte de mi trabajo soportar estas vicisitudes, y no podemos dejar que vosotros dos os perdáis la cena. De todos modos, gracias por la oferta, Katniss.

Effie nos coloca en formación para nuestra entrada. Primero los equipos de preparación, después ella, los estilistas y Haymitch. Peeta y yo salimos los últimos, por supuesto.

En algún lugar más abajo, los músicos empiezan a tocar. Cuando la primera parte de nuestra procesión comienza a bajar los escalones, Peeta y yo vamos de la mano.

—Haymitch dice que estuvo mal gritarte, que solo seguías sus instrucciones —me dice—. Además, yo también te oculté cosas en algunos momentos.

Recuerdo la conmoción que sentí al oírlo confesar su amor delante de toda Panem. Haymitch estaba en el ajo y no me lo había dicho.

—Me parece que yo también rompí unas cuantas cosas después de aquella entrevista.

—Sólo una urna.

—Y tus manos. Ya no tiene sentido, ¿no? Lo de no ser sinceros entre nosotros, me refiero.

—Ninguno —responde Peeta. Estamos en lo alto de la escalera, dejándole una ventaja de quince escalones a Haymitch, como nos indicó Effie—. ¿De verdad fue ésa la única vez que besaste a Gale?

—Sí —respondo, tan sorprendida que no se me ocurre otra cosa. Con todo lo que ha pasado hoy, ¿ésa es la pregunta que le ha estado rondando la cabeza?

—Ya son quince, vamos.

Nos enfocan con una luz y yo esbozo mi sonrisa más deslumbrante.

Bajamos los escalones y nos engulle lo que se convierte en una marea indistinguible de cenas, ceremonias y viajes en tren. Todos los días son iguales: despertarnos, vestirnos, pasear entre los vítores de la multitud, escuchar un discurso en nuestro honor y dar un discurso de agradecimiento, aunque solo el que nos pasa el Capitolio, sin añadidos personales. A veces hay una breve excursión: en un distrito vemos de lejos el mar, en otro unos altos bosques; fábricas feas, campos de trigo y refinerías apestosas. Después nos vestimos de gala, asistimos a la cena y volvemos al

tren.

Durante las ceremonias somos solemnes y respetuosos, pero siempre estamos unidos, ya sea de la mano o por el brazo. En las cenas rozamos el delirio amoroso; nos besamos, bailamos, nos pillan intentando escabullirnos para estar a solas. En el tren paseamos nuestra miseria en silencio, mientras intentamos evaluar el efecto que tenemos en los distritos.

Incluso sin los discursos personales para despertar el descontento (huelga decir que los que dimos en el Distrito 11 fueron editados antes de televisar el acontecimiento), algo se nota en el aire, el hervor de una olla a punto de rebosar. No en todas partes, porque algunas multitudes tienen el mismo aspecto de rebaño cansado que el Distrito 12 suele proyectar en las ceremonias de los vencedores. Sin embargo, en otros distritos (especialmente el 8, el 4 y el 3), los rostros de la gente expresan verdadera euforia al vernos y, debajo de la euforia, rabia. Cuando corean mi nombre lo hacen más como grito de venganza que para vitorearme. Cuando los agentes de la paz se introducen en una multitud inquieta, la multitud devuelve los empujones, en vez de retroceder, y sé que no puedo hacer nada para evitarlo, que ninguna demostración de amor, por creíble que sea, detendrá esta tormenta. Si sacar aquellas bayas fue un acto de locura temporal, esta gente también está dispuesta a abrazar la locura.

Cinna empieza a estrecharme la cintura de la ropa; el equipo de preparación se preocupa por mis ojeras; Effie me da pastillas para dormir que no funcionan, al menos no lo bastante bien. Cada vez que me duermo me despiertan unas pesadillas que han aumentado en número e intensidad. En una ocasión, Peeta, que se pasa gran parte de la noche dando vueltas por el tren, me oye gritar mientras intento salir de la bruma de los somníferos, que no hacen más que prolongar mis horribles sueños. Consigue despertarme y calmarme, para después tumbarse conmigo en la cama y abrazarme hasta que me quedo dormida de nuevo. A partir de entonces me niego a tomar más pastillas, aunque le dejo meterse en la cama conmigo todas las noches. Nos enfrentamos a la oscuridad como lo hacíamos en la arena, abrazados, protegiéndonos de los peligros que pueden caer sobre nosotros en cualquier momento. No pasa nada más, pero nuestro acuerdo se convierte rápidamente en tema de cotilleo en el tren.

Cuando Effie me lo menciona, pienso: «Bien, quizá llegue a oídos del presidente Snow». Le digo que nos esforzaremos por ser más discretos, cosa que no hacemos.

Las apariciones consecutivas en los distritos 1 y 2 son horribles por méritos propios. Cato y Clove, los tributos del Distrito 2, podrían haber vuelto a casa si Peeta y yo no lo hubiésemos hecho. Yo maté en persona a la chica, Glimmer, y al chico del Distrito 1. Mientras intento evitar a la familia de este último, descubro que su nombre era Marvel. ¿Cómo es posible que no lo supiese? Supongo que antes de los juegos no

presté atención y que después no quise saberlo.

Al llegar al Capitolio estamos ya desesperados. Hacemos interminables apariciones delante de multitudes que nos adoran. Aquí, entre los privilegiados, no hay peligro de levantamiento; es gente que nunca ha visto su nombre en las urnas de la cosecha, cuyos hijos nunca mueren por los supuestos crímenes cometidos hace generaciones. No necesitamos convencer a los ciudadanos del Capitolio de nuestro amor, pero todavía nos queda la débil esperanza de poder llegar a los que no logramos convencer en los distritos. Todo lo que hacemos parece poco y tarde.

De vuelta en nuestros alojamientos del Centro de Entrenamiento, soy yo la que sugiere la proposición de matrimonio pública. Peeta acepta hacerlo, aunque después se encierra en su cuarto un buen rato. Haymitch me pide que lo deje en paz.

—Creía que era lo que él quería —dije.

—Pero así no. Él quería que fuese de verdad.

Me voy a mi habitación y me meto debajo de las sábanas intentando no pensar en Gale y consiguiendo no pensar en nada más que en él.

Por la noche, en el escenario colocado delante del Centro de Entrenamiento, respondemos con entusiasmo a una lista de preguntas. Caesar Flickerman, con su chispeante traje azul marino, y el pelo, las pestañas y los labios todavía teñidos de celeste, nos guía magistralmente durante toda la entrevista. Cuando nos pregunta por el futuro, Peeta hinca una rodilla en el suelo y pone todo su corazón en pedirme que me case con él. Yo, por supuesto, acepto. Caesar está como loco, la audiencia del Capitolio es presa de la histeria, las imágenes retransmitidas desde todo Panem muestran multitudes henchidas de felicidad.

El presidente Snow en persona nos hace una visita sorpresa para felicitarnos. A Peeta le da la mano y una palmadita de aprobación en el hombro. Después me abraza, envolviéndome en su aroma a sangre y rosas, y me planta un beso hinchado en la mejilla. Cuando se retira, clavándome los dedos en los brazos con una sonrisa, me atrevo a arquear las cejas, que preguntan lo que mis labios no pueden: «¿Lo hemos conseguido? ¿Ha sido suficiente? ¿Ha sido suficiente entregártelo todo, seguir con el juego, prometer casarme con Peeta?».

A modo de respuesta, sacude la cabeza de manera casi imperceptible.



Con ese único movimiento veo el final de la esperanza, el inicio de la destrucción de todo lo que me importa en este mundo. No sé qué forma adoptará el castigo, ni lo mucho que abarcará, pero, cuando acabe, seguramente no quedará nada. Lo lógico sería que sintiese una desesperación profunda en estos momentos. Sin embargo, por extraño que parezca, lo que más siento es alivio, alivio por poder acabar con el juego, porque la respuesta de si puedo tener éxito en esta empresa ya haya sido respondida, aunque sea con un no rotundo. Porque si a tiempos desesperados, medidas desesperadas, ya soy libre para actuar con toda la desesperación que desee.

Pero aquí no, todavía no. Es esencial volver al Distrito 12, ya que cualquier plan incluirá a mi madre, mi hermana, Gale y su familia. Y a Peeta, si consigo que venga con nosotros. Añado a Haymitch a la lista. Son las personas que tendré que llevarme cuando escape al bosque, aunque todavía no sé cómo convencerlos, a dónde iremos en pleno invierno, ni qué hará falta para evitar que nos capturen. Sin embargo, al menos sé lo que debo hacer.

Así que, en vez de derrumbarme y llorar, levanto la barbilla y me siento más segura de mí misma que nunca. Mi sonrisa, a pesar de que a veces parezca demencial, no es forzada, y cuando el presidente silencia al público y dice: «¿Qué os parece si les organizamos una boda aquí mismo, en el Capitolio?», yo entro en modo chica-casitatónica-de-alegría sin pestañear.

Caesar Flickerman le pregunta al presidente si tiene una fecha en mente.

—Bueno, antes de fijar la fecha habría que aclarar un poco las cosas con la madre de Katniss —responde Snow. El público rompe a reír y el presidente me rodea con un brazo—. Quizá si todo el país se empeña logremos casarte antes de los treinta.

—Seguramente tendrá que aprobar una nueva ley —respondo con una risita.

—Si no hay más remedio —repite él, de buen humor, como si conspirásemos juntos.

Ay, sí, qué bien nos lo pasamos.

La fiesta que se celebra en la sala de banquetes del presidente Snow no tiene parangón. El techo, de doce metros de altura, se ha transformado en un cielo nocturno, y las estrellas tienen el mismísimo aspecto que en casa. Supongo que también se ven así desde el Capitolio, pero ¿cómo saberlo? Siempre hay demasiada luz en la ciudad como para ver las estrellas. Más o menos a medio camino entre el

suelo y el techo, los músicos flotan en lo que parecen ser esponjosas nubes blancas, aunque no veo qué es lo que los mantiene en el aire. Las tradicionales mesas de comedor han sido sustituidas por innumerables sofás y sillones, algunos alrededor de chimeneas, otros junto a olorosos jardines de flores o estanques llenos de peces exóticos, de modo que la gente pueda comer, beber y hacer lo que le plazca con el máximo confort.

En el centro de la sala hay una amplia zona embaldosada que sirve para todo, desde pista de baile a escenario para los intérpretes que vienen y van, pasando por espacio para mezclarse con los invitados, que van vestidos con total extravagancia.

Sin embargo, la verdadera estrella de la noche es la comida, mesas cubiertas de manjares alineadas junto a las paredes. Todo lo que pueda imaginarse y cosas con las que nadie habría soñado esperan a que las consuman: vacas, cerdos y cabras enteros asándose en espetones; enormes bandejas de aves rellenas de sabrosas frutas y frutos secos; criaturas del océano salpicadas de salsa o suplicando bañarse en mejunjes especiados; incontables quesos, panes, verduras, dulces, cascadas de vino y arroyos de licores en llamas.

Mi apetito había regresado con mi deseo de luchar y, después de semanas demasiado preocupada para comer, ahora estoy hambrienta.

—Quiero probar todo lo que haya en la sala —le digo a Peeta.

Veo que intenta leer mi expresión, averiguar por qué me he transformado. Como no sabe que el presidente Snow considera que he fallado, su única suposición es que yo creo que hemos ganado. Quizá incluso que siento genuina felicidad ante nuestro enlace. Sus ojos reflejan lo desconcertado que está, aunque solo brevemente, porque estamos delante de las cámaras.

—Pues vas a tener que ir con calma —me dice.

—Vale, solo un bocado de cada plato.

Sin embargo, incumplo mi promesa al instante, en la primera mesa, que tiene veinte sopas o más, al encontrarme con un cremoso estofado de calabaza con láminas de frutos secos y diminutas semillas negras.

—¡Podría estar comiéndolo toda la noche! —exclamo, pero no lo hago. Vuelvo a flaquear ante un caldo color verde claro del que solo puedo decir que sabe a primavera, y de nuevo cuando pruebo una sopa espumosa rosa salpicada de frambuesas.

Llegan caras nuevas, intercambiamos nombres, me hacen fotos, beso mejillas. Al parecer, mi broche de sinsajo se ha convertido en lo más de la moda, porque varias personas se acercan a enseñarme sus accesorios. Mi pájaro se ha copiado en hebillas de cinturón, se ha bordado en solapas de seda e incluso se ha tatuado en lugares íntimos. Todos quieren llevar la insignia de la ganadora. Me imagino lo mal que le sienta al presidente Snow, pero ¿qué puede hacer al respecto? Aquí los juegos fueron

todo un éxito y las bayas nada más que el símbolo de una chica desesperada intentando salvar a su amado.

Peeta y yo no nos esforzamos en buscar compañía, aunque a nosotros nos buscan sin parar. Somos la atracción de la fiesta que nadie quiere perderse. Actúo como si estuviese encantada, a pesar de que esta gente del Capitolio no me interesa en absoluto, no son más que distracciones que me apartan de la comida.

En cada mesa encuentro nuevas tentaciones e, incluso con mi restringido régimen de un bocado por plato, empiezo a llenarme rápidamente. Elijo un pajarito asado, le doy un mordisco y se me llena la boca de salsa de naranja. Delicioso. No obstante, le doy el resto a Peeta, porque quiero seguir probando cosas y la idea de tirar comida, como veo hacer sin reparos a muchas de las personas de la fiesta, me resulta repugnante. Después de unas diez mesas estoy hinchada, y eso que solo hemos probado unos cuantos platos de los muchos que hay disponibles.

En ese preciso momento, mi equipo de preparación cae sobre nosotros. Entre el alcohol que han consumido y su éxtasis por encontrarse en un acontecimiento tan majestuoso, no hay quien les entienda.

—¿Por qué no estás comiendo? —me pregunta Octavia.

—He comido, pero ya no me cabe ni un bocado más —respondo, y todos se ríen como si hubiese dicho la cosa más estúpida que hayan oído jamás.

—¡Nadie deja que eso lo detenga! —exclama Flavius. Nos conducen a una mesa en la que hay diminutas copas de vino llenas de un líquido transparente—. ¡Bébetelo!

Peeta levanta una para darle un traguito, y todos vuelven a partirse de risa.

—¡Aquí no! —chilla Octavia.

—Tienes que hacerlo ahí —explica Venia, señalando las puertas que dan a los servicios.

Peeta mira de nuevo la copa y lo entiende todo.

—¿Queréis decir que esto me hará vomitar?

—Claro —responde Octavia, entre las carcajadas generales—, así puedes seguir comiendo. Yo ya he ido dos veces. Todos lo hacen, si no, ¿cómo íbamos a divertirnos en un banquete?

No tengo palabras, me quedo mirando las bonitas copas y todo lo que implican. Peeta deja la suya en la mesa con tal delicadeza que da la impresión de que teme que le estalle en la mano.

—Venga, Katniss, vamos a bailar.

La música baja a través de las nubes mientras él me aleja del equipo y la mesa, y me lleva a la pista de baile. En casa solo aprendemos unos cuantos bailes, de esos con violines y flautas, para los que se necesita mucho espacio, pero Effie nos ha enseñado los que son más populares en el Capitolio. La música es lenta y mágica, así que Peeta

me rodea con sus brazos y nos movemos en círculo sin apenas dar un paso. Este baile podría hacerse sobre una bandeja. Guardamos silencio durante un rato, hasta que Peeta habla, con voz tensa.

—Crees que puedes aguantarlo todo, que quizá no sean tan malos, y entonces...

—Deja la frase sin terminar.

Sólo puedo pensar en los cuerpos escuálidos de los niños que tumban sobre la mesa de nuestra cocina, cuando mi madre les receta lo que sus padres no pueden darles: más comida. Ahora que somos ricos los envía a casa con algo, pero antes, en los viejos tiempos, no había nada que dar y, en cualquier caso, el niño ya no tenía salvación. Mientras tanto, aquí, en el Capitolio, vomitan por el placer de llenarse de nuevo la barriga, una y otra vez. Y no vomitan porque estén enfermos de cuerpo o mente, ni porque la comida esté estropeada, sino porque es lo que se hace en las fiestas. Se espera que lo hagan, es parte de la diversión.

Un día, cuando me pasé por casa de Hazelle para darle el fruto de las trampas, Vick estaba en casa enfermo, con tos. Como era parte de la familia de Gale, el chico tenía más para comer que el noventa por ciento de los ciudadanos del Distrito 11, pero, aun así, se pasó quince minutos hablando de que había abierto una lata de jarabe de maíz el Día de los Paquetes, que cada uno de ellos se había untado una cucharada en un trozo de pan y que quizá se tomarían más esa semana. Y que Hazelle le había dicho que podía echarse un poquito en una taza de té para aliviar la tos, aunque a él no le parecía bien, a no ser que los otros también se la tomaran. Si las cosas están así en casa de Gale, ¿cómo será en las demás?

—Peeta, nos traen aquí para divertirse viendo cómo nos matamos entre nosotros —le digo—. Te aseguro que esto no es nada, en comparación.

—Sí, ya lo sé. Es que a veces no puedo seguir soportándolo. Llega un momento en que... no estoy seguro de lo que podría ser capaz de hacer. —Hace una pausa y susurra—: Quizá estábamos equivocados, Katniss.

—¿Sobre qué?

—Sobre intentar calmar las cosas en los distritos.

Muevo la cabeza rápidamente de un lado a otro, pero nadie parece haberlo escuchado. El equipo de televisión está distraído en una mesa de marisco, y las parejas que bailan a nuestro alrededor están demasiado borrachas o demasiado absortas para darse cuenta.

—Lo siento —me dice, y hace bien. No es el mejor lugar para pensar en voz alta.

—Guárdatelo para casa.

En ese momento aparece Portia con un hombre grandote que me resulta vagamente familiar. Nos lo presenta como Plutarch Heavensbee, el nuevo Vigilante Jefe. Plutarch le pregunta a Peeta si no le importa que le robe un baile conmigo. Peeta ha recuperado su cara televisiva y me entrega de buena gana, advirtiéndole al hombre

que no se entusiasme demasiado.

No quiero bailar con Plutarch Heavensbee, no quiero notar sus manos, una de ellas en la mía y otra en la cadera. No estoy acostumbrada a que me toquen, salvo que se trate de Peeta o mi familia, y en mi escala de criaturas con las que no deseo entrar en contacto los Vigilantes están en algún nivel inferior al de los gusanos. Sin embargo, él parece darse cuenta y me mantiene a distancia en nuestras vueltas por la pista.

Charlamos sobre la fiesta, sobre la música, sobre la comida y después bromea diciendo que, desde el entrenamiento, intenta alejarse del ponche. No lo entiendo hasta que me doy cuenta de que es el hombre que se cayó en la ponchera cuando disparé la flecha a los Vigilantes durante la sesión de entrenamiento. Bueno, en realidad no se la disparé a ellos, sino a una manzana que estaba en la boca de un cerdo asado, pero se sobresaltaron igualmente.

—Oh, es usted el que... —me río al recordar su aterrizaje en el ponche.

—Sí, y te agradecerá saber que no he logrado recuperarme —responde Plutarch.

A pesar de que me gustaría indicarle que los veintidós tributos muertos tampoco se recuperarán de los juegos que él ayudó a crear, me limito a decir:

—Bien. Entonces, ¿este año es usted el Vigilante Jefe? Debe de ser un gran honor.

—Entre tú y yo, no había muchos voluntarios para el trabajo. La responsabilidad del resultado de los juegos es una carga muy pesada.

«Sí, el último tipo está muerto», pienso. Tiene que saber lo de Seneca Crane, pero no parece muy preocupado.

—¿Están preparando ya los juegos del Vasallaje de los Veinticinco? —le pregunto.

—Oh, sí. Bueno, llevan años planificándose, claro. Las arenas no se construyen en un día. No obstante, el, digamos, tono de los juegos se está decidiendo ahora. Aunque no te lo creas, tengo una reunión de estrategia esta noche.

Plutarch da un paso atrás y saca un reloj de oro que cuelga de una cadena enganchada a su chaleco. Abre la tapa, mira la hora y frunce el ceño.

—Tendré que irme pronto —añade, volviendo el reloj para que vea la hora—. Empieza a medianoche.

—Parece un poco tarde para... —empiezo a decir, hasta que veo algo que me distrae: Plutarch ha pasado el pulgar por la superficie de cristal del reloj y, por un momento, aparece una imagen brillante, como si la iluminase la luz de las velas. Se trata de otro sinsajo, igual que el broche que llevo en el vestido, solo que éste desaparece. El Vigilante cierra el reloj.

—Es muy bonito —le digo.

—Bueno, es más que bonito. Es único —me asegura—. Si alguien pregunta por mí, dile que me he ido a la cama. Se supone que las reuniones son secretas, aunque

me ha parecido seguro contártelo.

—Sí, su secreto está a salvo conmigo.

Cuando nos damos la mano, él hace una pequeña reverencia, un gesto habitual en el Capitolio.

—Bueno, nos veremos el verano que viene en los juegos, Katniss. Mis mejores deseos por tu compromiso y buena suerte con tu madre.

—La necesitaré.

Plutarch desaparece y yo empiezo a vagar entre la multitud buscando a Peeta, mientras personas desconocidas me felicitan. Por mi compromiso, por mi victoria en los juegos, por mi pintalabios. Respondo a todo, aunque en realidad estoy pensando en por qué Plutarch me ha enseñado su bonito reloj exclusivo. La situación ha sido un poco extraña, casi clandestina; ¿por qué? Quizá temiese que alguien le robase la idea de poner un sinsajo secreto en la esfera de un reloj. Sí, seguro que ha pagado una fortuna por él y ahora no puede enseñárselo a nadie porque no quiere que hagan una versión falsa y barata. Cosas que solo pasan en el Capitolio.

Encuentro a Peeta admirando una mesa llena de tartas con elaboradas decoraciones. Los panaderos han salido de la cocina para hablar de glaseados con él y lo hacen atropelladamente, deseando responder a sus preguntas. Cuando se lo pide, le preparan un surtido de tartitas para que pueda llevárselas al Distrito 12, donde podrá examinar su trabajo con tranquilidad.

—Effie dijo que teníamos que estar en el tren a la una. ¿Qué hora será? —pregunta Peeta, mirando a su alrededor.

—Casi medianoche —contesto. Arranco con los dedos una flor de chocolate de una tarta y empiezo a mordisquearla; los buenos modales ya no me importan en absoluto.

—¡Es la hora de dar las gracias y despedirse! —trina Effie junto a mi codo. Es uno de esos momentos en los que adoro su puntualidad compulsiva. Nos reunimos con Cinna y Portia, y ella nos acompaña para despedirnos de la gente importante y después conducirnos a la puerta.

—¿No deberíamos darle las gracias al presidente Snow? —pregunta Peeta—. Es su casa.

—Oh, a él no le gustan mucho las fiestas, está demasiado ocupado —responde Effie—. Ya he dispuesto que le envíen las notas y regalos de agradecimiento correspondientes mañana. ¡Ahí estás! —exclama, haciendo un gesto con la mano a dos de los ayudantes del Capitolio, que cargan con un Haymitch muy ebrio.

Recorremos las calles en un coche de cristales oscuros. Detrás de nosotros, otro coche lleva a los equipos de preparación. La muchedumbre en plena celebración es tan numerosa que avanzamos poco a poco. Sin embargo, Effie ha convertido todo esto en una ciencia, así que llegamos al tren exactamente a la una en punto y salimos

de la estación.

Depositamos a Haymitch en su cuarto, Cinna pide té y todos nos sentamos a la mesa mientras Effie agita los papeles de su programa y nos recuerda que todavía estamos de gira.

—Queda el Festival de la Recolección en el Distrito 12, así que sugiero que nos bebamos el té y nos vayamos derechitos a la cama.

Nadie se opone.

Cuando abro los ojos ya es primera hora de la tarde. Mi cabeza descansa sobre el brazo de Peeta, aunque no recuerdo haberlo oído llegar anoche. Me vuelvo con cuidado de no molestarlo, pero él ya está despierto.

—No has tenido pesadillas —dice.

—¿Qué?

—Que esta noche no has tenido pesadillas.

Tiene razón. Por primera vez en siglos he dormido de un tirón.

—Pero he tenido un sueño —comento—. Estaba persiguiendo a un sinsajo a través del bosque. Llevaba mucho tiempo detrás de él. En realidad, era Rue. Quiero decir que, cuando cantaba, tenía su voz.

—¿Adónde te llevó? —me pregunta, apartándome el pelo de la frente.

—No lo sé, no llegamos, aunque me sentía contenta.

—Bueno, has dormido como si estuvieses contenta.

—Peeta, ¿por qué nunca sé cuándo tienes una pesadilla?

—Ni idea. Creo que yo no grito, ni me muevo, ni nada. Simplemente me despierto paralizado de terror.

—Deberías despertarme —le digo, porque yo interrumpo su sueño dos o tres veces cuando tengo una noche mala hasta que logra calmarme de nuevo.

—No hace falta, mis pesadillas suelen ser sobre perderte, así que se me pasa cuando me doy cuenta de que estás a mi lado.

Ay. Peeta hace comentarios como éste sin darles importancia, y es como si me diera un puñetazo en el estómago. No ha hecho más que responder con sinceridad a mi pregunta, no me presiona para que responda de la misma forma, ni para que le declare mi amor, pero me hace sentir fatal, como si lo hubiese estado usando de una forma terrible. ¿Lo he estado usando? No lo sé. Sólo sé que, por primera vez, me siento inmoral por tenerlo en mi cama..., lo que resulta irónico ahora que estamos oficialmente prometidos.

—Será peor cuando estemos en casa y vuelva a dormir solo —me dice.

Es verdad, casi estamos en casa.

La agenda para el Distrito 12 incluye una cena en la casa del alcalde Undersee esta noche y una concentración en la plaza para celebrar la victoria durante el Festival de la Recolección de mañana. Siempre celebramos el Festival de la Recolección el

último día de la Gira de la Victoria, aunque normalmente se trata de una comida en casa o con algunos amigos, si nos lo podemos permitir. Este año será un acontecimiento público y, como lo organiza el Capitolio, todo el distrito se llenará la tripa.

La mayor parte de nuestra preparación tiene lugar en la casa del alcalde, ya que volvemos a estar cubiertos de pieles para las apariciones en el exterior. El paso por la estación es breve, lo justo para sonreír y saludar al meternos en el coche. Ni siquiera veremos a nuestras familias hasta la cena de esta noche.

Me alegra estar en casa del alcalde en vez de en el Edificio de Justicia, donde se celebró el homenaje por la muerte de mi padre y donde me llevaron después de la cosecha para la dolorosa despedida de mi familia. Ese edificio contiene demasiada tristeza.

En cualquier caso, me gusta la casa del alcalde Undersee, sobre todo ahora que su hija, Madge, y yo somos amigas. Siempre lo hemos sido a nuestra manera, pero se hizo oficial cuando vino a despedirme antes de marcharme a los juegos, cuando me dio el broche del sinsajo para que me trajese suerte. Al volver empezamos a pasar más tiempo juntas. Resulta que Madge también tiene un montón de horas vacías que llenar. Al principio resultaba un poco incómodo, porque no sabíamos qué hacer. Otras chicas de nuestra edad hablan sobre chicos o sobre ropa, mientras que Madge y yo no somos cotillas, y la ropa me aburre hasta decir basta. Después de algunos errores, me di cuenta de que se moría por ir al bosque, así que la he llevado un par de veces y le he enseñado a disparar. Ella intenta enseñarme a tocar el piano, aunque lo que de verdad me gusta es escucharla tocar. A veces comemos en su casa o en la mía. Madge prefiere la mía; sus padres son agradables, pero me da la impresión de que no los ve mucho. Su padre tiene que dirigir el Distrito 12 y su madre sufre unas feroces jaquecas que la obligan a pasarse días enteros en la cama.

—A lo mejor tendríais que llevarla al Capitolio —le dije durante una de aquellas jaquecas. No estábamos tocando el piano porque, a pesar de encontrarnos dos plantas por debajo de ella, el sonido molestaba a su madre—. Seguro que allí pueden curarla.

—Sí, pero no puedes ir al Capitolio a no ser que te inviten —respondió Madge, triste. Incluso los privilegios del alcalde tienen sus limitaciones.

Cuando llegamos a casa del alcalde, solo tengo tiempo de darle un rápido abrazo a Madge antes de que Effie me lleve corriendo a la tercera planta para cambiarme. Después de prepararme y vestirme con un vestido largo plateado, me sobra una hora antes de la cena, así que voy a buscar a mi amiga.

El dormitorio de Madge está en la segunda planta, al lado de varias habitaciones de invitados y el estudio de su padre. Asomo la cabeza por la puerta del estudio para saludarlo, pero no hay nadie. El televisor está encendido y me detengo para ver algunas imágenes de Peeta conmigo, en la fiesta del Capitolio de anoche: bailamos,

comemos y nos besamos. Es lo que están viendo en las casas de todo Panem en estos momentos. La gente debe de estar hasta las narices de los trágicos amantes del Distrito 12. Yo lo estoy.

Justo cuando voy a salir de la habitación, un pitido me detiene. Me vuelvo y veo que la pantalla del televisor se ha fundido en negro y que aparecen las palabras: «últimas noticias sobre el distrito 8». Mi instinto me dice que es algo que no debería ver, sino que está dirigido al alcalde, que debería irme y deprisa. En vez de hacerlo, me acerco más a la tele.

Una locutora a la que no había visto antes aparece en pantalla; es una mujer de pelo encanecido, con voz ronca y autoritaria. Anuncia que la situación empeora y que se ha establecido un nivel de alerta 3. Se han enviado fuerzas adicionales al Distrito 8 y se ha detenido la producción textil.

La imagen cambia para mostrar la plaza mayor del Distrito 8, que reconozco porque estuve allí la semana pasada. Siguen viéndose las banderolas con mi cara colgando de los tejados. Debajo de ellas hay una turba, la plaza está llena de gente gritando, con el rostro tapado con trapos y máscaras caseras, tirando ladrillos. Los edificios arden, los agentes de la paz disparan a la multitud y matan de forma indiscriminada.

No había visto nunca nada parecido, pero sé que no puede ser otra cosa: soy testigo de lo que el presidente Snow llama un levantamiento.



Una bolsa de cuero llena de comida y un termo de té caliente. Un par de guantes forrados de piel que Cinna se dejó olvidados. Tres ramas partidas de los árboles desnudos y colocadas en la nieve, señalando la dirección en la que viajaré. Es lo que le dejo a Gale en nuestro punto de reunión de siempre el primer domingo después del Festival de la Recolección.

He seguido caminando por el bosque frío y brumoso, abriendo un sendero que a Gale no le resultará familiar, aunque mis pies lo encuentran rápidamente. Conduce al lago. Ya no confío en la intimidad de nuestro lugar de encuentro habitual, y necesito eso y más para contárselo todo a Gale. ¿Vendrá? Si no lo hace, tendré que arriesgarme a ir a su casa en plena noche. Hay cosas que debe saber..., cosas que debe ayudarme a aclarar...

Una vez entendidas las implicaciones de lo que estaba viendo en el televisor del alcalde Undersee salí del cuarto y empecé a recorrer el pasillo. Justo a tiempo, además, porque el alcalde subió las escaleras un instante después. Lo saludé con la mano.

—¿Buscas a Madge? —me preguntó, en tono amable.

—Sí, quiero enseñarle mi vestido.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarla. —En ese momento, otra serie de pitidos salieron de su estudio y él se puso serio—. Perdona —me dijo; entró en la habitación y cerró la puerta.

Esperé en el pasillo hasta lograr tranquilizarme y me recordé que tenía que actuar con naturalidad. Después encontré a Madge en su dormitorio, sentada frente a su tocador cepillándose el pelo, rubio rizado, delante del espejo. Llevaba el mismo bonito vestido blanco que se había puesto para el día de la cosecha. Vio mi reflejo detrás de ella y sonrió.

—Mírate, parece recién salida de las calles del Capitolio.

Di un paso adelante y toqué el sinsajo.

—Incluso el broche. Gracias a ti, los sinsajos son la última moda en el Capitolio. ¿Seguro que no quieres que te lo devuelva?

—No seas tonta, era un regalo —respondió ella mientras se sujetaba el pelo con un alegre lazo dorado.

—¿Y de dónde lo sacaste?

—Era de mi tía, aunque creo que lleva en la familia mucho tiempo.

—Es raro que sea un sinsajo —comenté—. Es decir, por lo que pasó en la rebelión. Después del fracaso del Capitolio con los charlajos y todo eso.

Los charlajos eran mutaciones, pájaros macho modificados genéticamente por el Capitolio para usarlos como armas con las que espiar a los rebeldes de los distritos. Podían recordar y repetir largos fragmentos de conversaciones humanas, así que los enviaban a las zonas rebeldes para captar nuestras palabras y llevarlas al Capitolio. Los rebeldes se enteraron y usaron a los pájaros contra el Capitolio, enviándolos de vuelta a sus amos cargados de mentiras. Cuando se descubrió la estratagema, los creadores de los charlajos los abandonaron para dejarlos morir. Sin embargo, aunque se extinguieron en pocos años, antes se aparearon con los sinsontes hembra y crearon una especie completamente nueva.

—Pero los sinsajos no eran un arma —repuso Madge—. No son más que pájaros cantores, ¿no?

—Sí, supongo —le dije, aunque no es cierto. Un sinsonte no es más que un pájaro cantor. Unsinsajo es una criatura que el Capitolio no pretendía crear. No habían contado con que los muy controlados charlajos fuesen lo bastante listos para adaptarse a la libertad, pasar su código genético y prosperar de una nueva forma. No habían previsto su voluntad de vivir.

Ahora, mientras arrastro los pies por la nieve, veo los sinsajos que saltan entre las ramas repitiendo las melodías de otros pájaros, copiándolas y transformándolas en algo nuevo. Como siempre, me recuerdan a Rue. Pienso en el sueño que tuve la última noche en el tren, en el que ella era un sinsajo y yo la seguía. Ojalá me hubiese quedado dormida un poco más para ver a dónde intentaba llevarme.

Hay un trecho hasta el lago, sin duda. Si decide seguirme, Gale se molestará por este uso excesivo de energía que podría emplear en la caza. Su ausencia en la cena del alcalde fue notable, aunque el resto de su familia sí acudió. Hazelle dijo que estaba enfermo, aunque era una mentira evidente. Tampoco lo encontré en el Festival de la Recolección, y Vick me dijo que estaba cazando. Eso sí que podía ser cierto.

Al cabo de un par de horas llego a una vieja casa cerca de la orilla del lago. Quizá «casa» sea una palabra demasiado grande para describirla. No es más que una habitación de unos cuatro metros cuadrados. Mi padre creía que hace mucho tiempo aquí había muchos edificios (todavía se ve parte de los cimientos) y que la gente venía para jugar y pescar en el lago. Esta casa ha durado más que las otras porque está hecha de hormigón, tanto el suelo, como el techo y el tejado. Sólo una de las cuatro ventanas de cristal permanece intacta, aunque ondulada y amarillenta por el paso del tiempo. No hay ni cañerías, ni electricidad, pero la chimenea sigue funcionando y hay una pila de leña en la esquina; la reunimos mi padre y yo hace años. Enciendo una hoguerita y espero que la niebla tape el humo delator. Mientras el

fuego prende, barro la nieve que se ha acumulado debajo de las ventanas vacías utilizando una escoba de ramas que me hizo mi padre cuando tenía ocho años y jugaba aquí a las casitas. Después me siento en la diminuta chimenea de hormigón a descongelarme junto al fuego y espero a Gale.

Es sorprendente lo poco que tarda en llegar; aparece con un arco al hombro y un pavo silvestre muerto con el que debe de haberse encontrado por el camino, colgado del cinturón. Se queda en el umbral, como si no supiese si entrar o no. En las manos lleva la bolsa de cuero sin abrir con la comida, el termo y los guantes de Cinna, regalos que no aceptará por lo enfadado que está conmigo. Sé bien cómo se siente porque ¿acaso no le hice lo mismo a mi madre?

Lo miro a los ojos. Su genio no puede ocultar el dolor, la traición que siente ante mi compromiso con Peeta. La reunión de hoy es mi última oportunidad de no perder a Gale para siempre. Podría pasarme horas intentando explicárselo y aun así me rechazaría. Así que voy directa al grano de mi defensa.

—El presidente Snow en persona amenazó con matarte —le digo.

Gale arquea las cejas un poco, aunque no parece estar realmente asustado, ni asombrado.

—¿A alguien más?

—Bueno, no llegó a darme una copia de la lista, pero diría que incluye a nuestras familias.

Eso basta para atraerlo al fuego; se agacha delante de la chimenea para calentarse.

—¿A no ser que hicieras qué?

—Ya no importa —respondo. Sé que esto requiere una explicación más larga, pero no tengo ni idea de por dónde empezar, por lo que me quedo mirando las llamas con expresión lúgubre.

Al cabo de un minuto, Gale rompe el silencio.

—Bueno, gracias por el aviso.

Me vuelvo hacia él, lista para saltar; entonces capto un brillo travieso en su mirada y sonrío, aunque me odio por hacerlo. No es un momento divertido, aunque supongo que soltarle algo así a alguien es muy fuerte. Nos van a aplastar a todos, hagamos lo que hagamos.

—Pues tengo un plan, ¿sabes?

—Sí, seguro que es espectacular —responde, lanzándome los guantes—. Toma. No quiero los guantes viejos de tu prometido.

—No es mi prometido, solo es teatro. Y estos guantes no son suyos, son de Cinna.

—Pues devuélveselos —dice. Se los pone, dobla los dedos y asiente—. Al menos moriré cómodo.

—Qué optimista. Entonces no quieres saber lo que ha pasado, ¿no?

—Adelante.

Decido empezar por la noche en que a Peeta y a mí nos proclamaron vencedores de los Juegos del Hambre, y Haymitch me advirtió de la furia del Capitolio. Le cuento la inquietud que seguía sintiendo en casa, lo de la visita del presidente Snow, los asesinatos del Distrito 11, la tensión de las multitudes, el último intento desesperado del compromiso, la señal del presidente indicándome que no había bastado, mi certeza de que tendría que pagar por ello.

Gale no me interrumpe. Mientras hablo, él se mete los guantes en el bolsillo y se entretiene sacando la comida de la bolsa para que nos la comamos. Tuesta el pan y el queso, le quita el corazón a las manzanas y pone las castañas en el fuego para que se asen. Observo sus manos, sus bellos y hábiles dedos, tan ásperos como los míos antes de que el Capitolio me borrara todas las marcas de la piel, aunque también fuertes y rápidos. Manos que tienen el poder necesario para extraer carbón de las minas y la precisión suficiente para montar una delicada trampa. Manos en las que confío.

Hago una pausa para beber un poco de té del termo antes de contarle lo de la vuelta a casa.

—Bueno, has montado una buena —me dice.

—Y todavía no he terminado.

—Ya he oído bastante por ahora. Vamos a pasar directamente a ese plan tuyo.

—Huiremos —le respondo, después de respirar profundamente.

—¿Qué? —Acabo de pillarlo por sorpresa.

—Nos meteremos en el bosque y correremos —insisto. No consigo leer su expresión. ¿Se reirá de mí, pensará que mi idea es estúpida? Me levanto, nerviosa, preparada para una discusión—. ¡Tú mismo dijiste que podríamos hacerlo! La mañana de la cosecha. Dijiste...

Gale se acerca y me levanta del suelo. La habitación da vueltas y tengo que agarrarme a su cuello para no caer, mientras él se ríe, feliz.

—¡Oye! —protesto, aunque también me río.

Me deja en el suelo, pero no me suelta del todo.

—Vale, huyamos —dice.

—¿De verdad? ¿No crees que esté loca? ¿Vendrás conmigo? —Parte del enorme peso que siento sobre los hombros se evapora al compartirlo con Gale.

—Sí que creo que estás loca y, a pesar de ello, me voy contigo —responde, y lo dice de verdad. No solo lo dice, sino que está encantado—. Podemos hacerlo, sé que podemos. ¡Salgamos de aquí y no volvamos nunca!

—¿Estás seguro? Porque va a ser duro, con los niños y demás. No quiero adentrarme ocho kilómetros en el bosque y tener que...

—Estoy seguro, completa y absolutamente seguro, seguro al cien por cien. —Inclina la cabeza para apoyar su frente en la mía y me acerca a él. Su piel y todo su ser irradian calor por culpa del fuego, y cierro los ojos para empaparme de él. Huelo

el cuero mojado, el humo y las manzanas, el aroma de todos esos días invernales que compartimos antes de los juegos. No intento apartarme, ¿por qué iba a hacerlo? Su voz se convierte en un susurro y dice:

—Te quiero.

Por eso.

Nunca veo venir las cosas, suceden demasiado deprisa. Estás proponiendo un plan de huida y, de repente..., se supone que debes enfrentarte a algo como esto. Le doy la que seguramente sea la peor respuesta posible:

—Lo sé.

Suena fatal, como si estuviese concienciada de que él no puede evitar amarme, pero yo no sintiera nada semejante. Veo que Gale empieza a apartarse y lo sujeto.

—¡Lo sé! Y... y ya sabes lo que significas para mí —añado. No basta. Se suelta—. Gale, ahora mismo no puedo pensar en nadie de esa forma. Lo único que tengo en la cabeza todos los días, cada minuto que paso despierta desde que salió el nombre de Prim en la cosecha, es lo asustada que estoy. No parece haber sitio para nada más. Si pudiéramos llegar a un sitio en el que estar a salvo quizá fuera diferente. No lo sé.

—Entonces, nos vamos. Lo descubriremos —declara él, después de tragarse su decepción. Se vuelve hacia el fuego, donde las castañas empiezan a quemarse, y las echa en la chimenea—. Va a costar convencer a mi madre.

Parece que, de todos modos, piensa venir, aunque la alegría ha desaparecido, dejando en su lugar un dolor que conozco demasiado bien.

—A la mía también. Tendré que hacerla entrar en razón, llevármela a dar un largo paseo. Asegurarme de que entiende que no hay alternativa si queremos sobrevivir.

—Lo entenderá. Vi gran parte de los juegos con Prim y ella. No te dirá que no.

—Eso espero. —La temperatura en la casa parece haber bajado diez grados en cuestión de segundos—. Haymitch es el verdadero reto.

—¿Haymitch? —Gale deja las castañas—. ¿No le pedirás que venga con nosotros?

—Tengo que hacerlo, Gale, no puedo dejarlos a Peeta y a él, porque... —Su ceño fruncido me detiene—. ¿Qué?

—Lo siento, no me había dado cuenta de lo grande que iba a ser nuestro grupo —me suelta.

—Los torturarían hasta la muerte para intentar averiguar dónde estoy.

—¿Y qué pasa con la familia de Peeta? No vendrán. De hecho, seguramente se chivarían a la primera, y estoy seguro de que él es lo bastante listo para saberlo. ¿Y si decide quedarse?

—Pues se queda. —Intento sonar indiferente, pero se me quiebra la voz.

—¿Lo dejarías atrás?

—¿Para salvar a Prim y a mi madre? Sí —respondo—. Es decir, ¡no! Conseguiré

que venga.

—¿Y a mí? ¿Me dejarías a mí? —La expresión de Gale se ha vuelto dura como la roca—. Si, por ejemplo, no pudiera convencer a mi madre para que arrastrase a tres niños pequeños por el bosque en invierno.

—Hazelle no se negará, lo entenderá.

—Supón que no lo entiende, Katniss. ¿Entonces qué?

—Entonces tendrías que obligarla, Gale. ¿Crees que me estoy inventando todo esto? —Yo también empiezo a subir la voz, enfadada.

—No. No lo sé. Quizá el presidente te esté manipulando. En fin, te está preparando una boda. Ya viste cómo reaccionó la multitud del Capitolio. No creo que pueda permitirse matarte, ni matar a Peeta. ¿Cómo va a salir de ésta? —pregunta Gale.

—¡Bueno, con un levantamiento en el Distrito 8 dudo que esté invirtiendo mucho tiempo en elegir mi tarta de boda! —le grito.

En cuanto lo digo, me arrepiento. Su efecto en Gale es inmediato: el rubor en las mejillas, el brillo en sus ojos grises...

—¿Hay un levantamiento en el 8? —me pregunta, con voz queda.

Intento retroceder, calmarlo igual que intenté calmar a los distritos.

—No sé si hay un levantamiento de verdad, solo malestar. La gente en la calle...

—¿Qué has visto? —pregunta Gale, agarrándome por los hombros.

—¡Nada! Al menos en persona. He escuchado algo. —Como siempre, mis esfuerzos son escasos y tardíos. Me rindo y se lo cuento—. Vi algo en el televisor del alcalde que no debía haber visto. Había una turba, incendios, y los agentes de la paz disparaban a los ciudadanos, pero el pueblo se defendía... —Me muerdo el labio e intento seguir describiendo la escena. Al final acabo diciendo en voz alta las palabras que llevan tanto tiempo comiéndome por dentro—. Y es todo por mi culpa, Gale, por lo que hice en la arena. Si me hubiese suicidado con esas bayas, esto no habría pasado. Peeta habría vuelto a casa, habría vivido, y todos los demás seguirían estando a salvo.

—¿A salvo para hacer qué? —me pregunta, en un tono más suave—. ¿Para morir de hambre? ¿Para trabajar como esclavos? ¿Para enviar a sus hijos a la cosecha? No has hecho daño a nadie..., les has dado una oportunidad. Sólo tienen que ser lo suficientemente valientes para aprovecharla. Ya se estaba hablando en las minas. La gente quiere luchar. ¿No lo ves? ¡Está pasando! ¡Por fin está pasando! Si hay un levantamiento en el Distrito 8, ¿por qué no aquí? ¿Por qué no en todas partes? Podría ser el momento, lo que estábamos...

—¡Para! No sabes lo que dices. Los agentes de la paz de los demás distritos no son como Darius, ¡ni siquiera como Cray! Las vidas de las personas de los distritos... ¡no significan nada para ellos! —exclamo.

—¡Por eso tenemos que unirnos a la lucha! —responde con dureza.

—¡No! ¡Tenemos que irnos de aquí antes de que nos maten a nosotros y a mucha gente más! —Vuelvo a gritar, pero es que no entiendo por qué hace esto. ¿Por qué no ve algo tan obvio?

Gale me da un brusco empujón para apartarme de él.

—Pues vete tú. Yo no me iría ni en un millón de años.

—Hace un momento te parecía estupendo. No veo por qué un levantamiento en el Distrito 8 podría hacerte cambiar de opinión. Si acaso, significa que es más importante que nunca que nos vayamos. Lo que pasa es que estás enfadado por... —No, no puedo atacarlo con Peeta—. ¿Y tu familia?

—¿Y las otras familias, Katniss? ¿Las que no pueden huir? ¿Es que no te das cuenta? Si la rebelión ha empezado, no se trata solo de nuestra salvación. —Gale sacude la cabeza, sin ocultar lo disgustado que está conmigo—. Podrías hacer tantas cosas... —Me tira los guantes de Cinna a los pies—. He cambiado de idea, no quiero nada que esté hecho en el Capitolio.

Y se va.

Miro los guantes en el suelo. ¿Cualquier cosa hecha en el Capitolio? ¿Se refería a mí? ¿Cree que no soy más que otro producto del Capitolio y, por tanto, intocable? Es tan injusto que reviento de rabia, aunque también siento miedo por lo que Gale pueda hacer.

Buscando consuelo desesperadamente, me dejo caer al lado del fuego para planear mi siguiente movimiento. Me calmo al pensar que las rebeliones no suceden en un día y que Gale no podrá hablar con los mineros hasta mañana. Si consigo llegar a Hazelle antes de entonces, ella podría resolverlo. Pero ahora no puedo ir; si él está allí, no me dejará entrar. Quizá esta noche, cuando todos estén dormidos... Como Hazelle suele trabajar hasta tarde para terminar la colada, quizá sea un buen momento para ir, llamar a su ventana y contarle la situación, de modo que ella evite que su hijo cometa alguna locura.

De repente recuerdo mi conversación con el presidente Snow en el estudio:

«—A mis asesores les preocupaba que dieras problemas, pero no piensas hacerlo, ¿verdad?

»—No.

»—Eso es lo que yo les dije. Les dije que una chica que se toma tantas molestias por conservar la vida no estaría interesada en perderla de la manera más tonta.»

Pienso en lo mucho que ha trabajado Hazelle por mantener con vida a su familia. Seguro que estará de mi lado en este asunto, ¿o no?

Ya debe de acercarse el mediodía, y los días son muy cortos, así que no tiene sentido quedarse en el bosque después de oscurecer si no es necesario. Pisoteo los restos de mi hoguerita, guardo la comida y me meto los guantes de Cinna en el cinturón. Supongo que tendré que quedarme con ellos un tiempo, por si Gale cambia

de idea. Al pensar en su expresión cuando los tiró al suelo, en el asco que sentía por ellos, por mí...

Avanzo por el bosque arrastrando los pies y llego a mi antigua casa cuando todavía es de día. Mi conversación con Gale ha sido un revés obvio, pero estoy decidida a seguir con mi plan de escapar del Distrito 12. Voy a buscar a Peeta, ya que, como ha visto parte de lo que he visto yo en la gira, curiosamente quizá sea más fácil convencerlo a él que a Gale. Me encuentro con él a la salida de la Aldea de los Vencedores.

—¿Has estado de caza? —me pregunta. Por su expresión queda claro que no le parece buena idea.

—La verdad es que no. ¿Vas al pueblo?

—Sí, se supone que tengo que cenar con mi familia.

—Bueno, puedo acompañarte.

El camino desde la aldea a la plaza se usa poco, es un sitio seguro para hablar, aunque me cuesta pronunciar las palabras. Proponerle escapar a Gale ha sido un desastre. Me muerdo los labios agrietados y la plaza se acerca con cada paso que damos. Quizá sea mi última oportunidad en mucho tiempo, así que respiro hondo y lo dejo salir:

—Peeta, si te pidiera que huyeses del distrito conmigo, ¿lo harías?

Peeta me sujeta del brazo y me detiene; no necesita verme la cara para saber que hablo en serio.

—Depende de por qué me lo pidas.

—No convencí al presidente Snow. Hay un levantamiento en el Distrito 8. Tenemos que salir de aquí.

—¿Por «tenemos» te refieres solo a nosotros dos? No. ¿Quién más vendría?

—Mi familia; la tuya, si quiere venir; Haymitch, quizá.

—¿Y Gale?

—No lo sé. Puede que tenga otros planes —respondo.

Peeta sacude la cabeza y esboza una sonrisa triste.

—Ya me imagino. Claro, Katniss, iré.

—¿Sí? —pregunto, con una chispa de esperanza.

—Sí, pero estoy convencido de que tú no.

—Entonces es que no me conoces —protesto, apartando el brazo—. Prepárate, podría ser en cualquier momento. —Sigo caminando y él me sigue dos pasos por detrás.

—Katniss —me llama, pero no me paro. Si cree que es una mala idea no quiero saberlo, porque es la única que tengo—. Katniss, espera. —Le doy una patada a un trozo de nieve helada y sucia del sendero, y dejo que me alcance. El polvo de carbón hace que todo parezca especialmente feo—. Iré, de verdad, si tú quieres. Sólo digo

que sería mejor hablarlo primero con Haymitch, asegurarnos de que no empeoraríamos las cosas para todos. —Levanta la cabeza—. ¿Qué es eso?

Levanto la barbilla. Estaba tan absorta en mis preocupaciones que no me había dado cuenta del extraño ruido que salía de la plaza. Era un silbido, el sonido de un impacto, una multitud ahogando un grito.

—Vamos —dice Peeta, muy serio. No sé por qué, no consigo ubicar el ruido, ni siquiera imaginarme la situación. Sin embargo, es algo muy malo para él.

Cuando llegamos a la plaza, está claro que pasa algo, aunque hay demasiada gente para verlo. Peeta se sube a una caja que está apoyada en la pared de la tienda de golosinas y me da la mano mientras examina la plaza. Cuando estoy medio subida, de repente me impide seguir.

—Baja, ¡sal de aquí! —me susurra, aunque con mucha energía.

—¿Qué? —pregunto, intentando subir como sea.

—¡Vete a casa, Katniss! ¡Te juro que estaré allí en un minuto!

Sea lo que sea, debe de ser terrible. Me libero de su mano y empiezo a abrirme paso entre la multitud. La gente me ve, me reconoce y se asusta mucho; todos me empujan para que retroceda, susurran.

—Sal de aquí, chica.

—Lo vas a empeorar.

—¿Qué quieres? ¿Que lo maten?

Sin embargo, en estos momentos me late el corazón tan deprisa y con tanta fuerza que apenas los oigo. Sólo sé que, sea lo que sea lo que me espera en el centro de la plaza, tiene que ver conmigo. Cuando por fin consigo llegar al centro me doy cuenta de que estaba en lo cierto, de que Peeta estaba en lo cierto y de que aquellas voces también estaban en lo cierto.

Las muñecas de Gale están atadas a un poste de madera y el pavo silvestre que cazó antes está encima, clavado por el cuello al mismo poste. Han tirado al suelo su chaqueta y tiene la camisa hecha jirones. Él está de rodillas, inconsciente, sujeto tan solo por las cuerdas de las muñecas. Lo que antes era su espalda, ahora es un trozo de carne despellejada y ensangrentada.

De pie a su lado hay un hombre al que no había visto nunca, aunque reconozco su uniforme: es el jefe de nuestros agentes de la paz. Sin embargo, no se trata del viejo Cray, sino de un hombre alto y musculoso con la raya del pantalón muy bien marcada.

No encajo todas las piezas del rompecabezas hasta ver que alza el látigo que tiene en la mano.



—¡No! —exclamo, dando un salto adelante. Es demasiado tarde para impedir que el brazo baje, y mi instinto me dice que no podré bloquearlo, así que me lanzo para ponerme directamente entre el látigo y Gale. He alzado los brazos para proteger todo lo posible su cuerpo roto, así que no tengo nada que amortigüe el impacto. Recibo toda la fuerza del latigazo en el lado izquierdo del rostro.

El dolor es cegador e instantáneo. Unos relámpagos irregulares de luz me cruzan los ojos y caigo de rodillas. Me llevo una mano a la mejilla mientras utilizo la otra para evitar caerme de lado. Ya noto cómo se forma el verdugón, cómo se me hincha y cierra el ojo. Las piedras que tengo debajo están húmedas con la sangre de Gale; el aire huele a él.

—¡Para! ¡Lo vas a matar! —chillo.

Atisbo brevemente la cara de mi atacante: dura, con profundas arrugas y una boca cruel; pelo rapado hasta ser casi inexistente, ojos tan negros que parecen tener solo pupilas, una nariz larga y recta enrojecida por el aire helado. El fuerte brazo sube de nuevo, directo hacia mí, y yo me llevo la mano al hombro, esperando encontrar un arco..., pero, claro, mis armas están escondidas en el bosque. Aprieto los dientes esperando el siguiente latigazo.

—¡Pare! —grita una voz. Aparece Haymitch y tropieza con un agente de la paz que está tirado en el suelo. Es Darius, con un enorme chichón morado sobresaliéndole del pelo rojo de la frente. Está inconsciente, aunque respira. ¿Qué ha pasado? ¿Intentó ayudar a Gale antes de que yo llegase?

Haymitch no le hace caso y me pone en pie con torpeza.

—Ah, excelente —dice, levantándose la barbilla—. Tiene una sesión de fotos la semana que viene para probarse vestidos de novia. ¿Qué voy a decirle ahora a su estilista?

Veo que los ojos del hombre del látigo por fin me reconocen. Abrigada contra el frío, sin maquillaje y con la trenza metida descuidadamente debajo del abrigo no resulta fácil identificarme como la ganadora de los últimos Juegos del Hambre, sobre todo si tengo media cara hinchada. No obstante, Haymitch lleva años saliendo en televisión, así que es difícil de olvidar.

El hombre baja el látigo.

—Ha interrumpido el castigo de un delincuente confeso.

En este hombre todo apunta a una amenaza desconocida y peligrosa: su voz autoritaria, su extraño acento... ¿De dónde ha venido? ¿Del Distrito 11? ¿Del 3? ¿Del Capitolio?

—¡Me da igual que haya hecho estallar el maldito Edificio de Justicia! ¡Mírele la mejilla! ¿Cree que estará lista para las cámaras en una semana? —ladra Haymitch.

La voz del hombre sigue fría, pero detecto una ligera vacilación.

—No es mi problema.

—¿No? Bueno, pues lo va a ser, amigo. ¡Lo primero que haré cuando llegue a casa será llamar al Capitolio y averiguar quién le ha dado permiso para destrozarle la cara a mi preciosa vencedora!

—Es un cazador furtivo. Además, no es asunto de la chica.

—Es su primo —interviene Peeta, sujetándome por el otro brazo, aunque ahora con amabilidad—. Y ella es mi prometida. Así que, si quiere llegar hasta él, será mejor que esté dispuesto a pasar por encima de nosotros dos.

Quizá seamos los únicos, las únicas tres personas del distrito que podamos enfrentarnos así a los agentes, aunque seguro que es temporal, que habrá repercusiones. En cualquier caso, en este momento solo me importa mantener a Gale con vida. El nuevo jefe de los agentes de la paz mira a su patrulla de refuerzo, y yo compruebo con alivio que hay caras familiares, viejos amigos del Quemador. Sus expresiones me dicen que no están disfrutando del espectáculo.

Uno de ellos, una mujer llamada Purnia que suele comer en el puesto de Sae la Grasieta, da un tenso paso adelante.

—Creo que ya se ha dispensado el número de latigazos establecido para un primer delito, señor —afirma—. A no ser que se trate de una condena a muerte, en cuyo caso lo haríamos mediante pelotón de fusilamiento.

—¿Es el protocolo estándar por aquí? —pregunta el jefe.

—Sí, señor —responde Purnia, y otros asienten para apoyarla. Estoy segura de que, en realidad, nadie lo sabe, porque en el Quemador el protocolo estándar para alguien que aparece con un pavo silvestre es que los muslos se subasten entre todos.

—Muy bien, llévate de aquí a tu primo, chica. Y si vuelve en sí, recuérdale que la próxima vez que cace fuera de las tierras del Capitolio reuniré personalmente al pelotón de fusilamiento.

El jefe de los agentes limpia el látigo con la mano, salpicando de sangre a los presentes. Después lo enrolla a toda prisa y se aleja.

Casi todos los demás agentes de la paz lo siguen en desigual formación, aunque un grupito se queda atrás para llevarse el cuerpo de Darius por brazos y piernas. Miro a Purnia y muevo la boca para formar en silencio la palabra «gracias» antes de que se vaya. Ella no responde, pero seguro que lo ha entendido.

—Gale —digo mientras forcejeo con los nudos que le atan las muñecas. Alguien

nos pasa un cuchillo y Peeta corta las cuerdas. Gale se derrumba en el suelo.

—Será mejor que se lo lleves a tu madre —sugiere Haymitch.

No hay camilla, así que la anciana del puesto de ropa nos vende la tabla que le sirve de mostrador.

—No le digáis a nadie de dónde la habéis sacado —dice antes de guardar rápidamente el resto de sus artículos. La plaza se ha vaciado casi del todo, porque el miedo ha podido más que la compasión. Sin embargo, después de lo sucedido, no culpo a nadie.

Cuando por fin colocamos a Gale boca abajo en la tabla solo quedan unas cuantas personas para llevarlo: Haymitch, Peeta y un par de mineros que trabajan en la misma cuadrilla que Gale.

Leevy, una chica que vive unas cuantas casas más abajo de la mía en la Veta, me tira del brazo. Mi madre mantuvo vivo a su hermano pequeño el año pasado, cuando enfermó de sarampión.

—¿Necesitáis ayuda para llevarlo? —me pregunta; en la cara se le ve que está asustada, aunque decidida.

—No, pero ¿puedes ir a ver a Hazelle y decirle que venga? —le pido.

—Sí —responde ella, y sale corriendo.

—¡Leevy! Que no traiga a los niños.

—No, yo me quedaré con ellos.

—Gracias —le digo. Después recupero la chaqueta de Gale y me apresuro a seguir a los demás.

—Ponte nieve en la herida —me ordena Haymitch, volviéndose hacia mí. Me lleno la mano de nieve y me la aprieto contra la mejilla, lo que alivia un poco el dolor. No veo con el ojo izquierdo y, además, hay poca luz, así que hago lo que puedo por seguir las botas que tengo delante.

Mientras caminamos oigo a Bristel y Thom, los compañeros de Gale, recomponer la historia de lo sucedido. Gale debe de haber ido a casa de Cray, como ha hecho cien veces, porque sabe que él siempre paga bien por un pavo silvestre. Sin embargo, allí estaba el nuevo jefe de los agentes de la paz, un hombre que al parecer se llama Romulus Thread. Nadie sabe qué le ha pasado a Cray; esta misma mañana estaba comprando licor blanco en el Quemador, todavía al mando del distrito, pero ahora no lo encuentran por ninguna parte. Thread detuvo a Gale de inmediato, y Gale no tenía mucho que decir en su defensa. La noticia se difundió rápidamente. Lo llevaron a la plaza, lo obligaron a declararse culpable del delito y lo condenaron a unos latigazos. Cuando yo llegué, ya lo habían azotado al menos cuarenta veces. Se había desmayado a los treinta.

—Por suerte solo llevaba el pavo —comenta Bristel—. Si se hubiese tratado de su caza habitual habría sido mucho peor.

—Le dijo a Thread que lo había encontrado vagando por la Veta, que el animal cruzó la alambrada y él lo atravesó con un palo. Sigue siendo un delito, pero, de haber sabido que venía del bosque y que usaba armas, lo habrían matado sin más —añade Thom.

—¿Y Darius? —pregunta Peeta.

—Después de unos veinte latigazos, él lo interrumpió diciendo que ya era suficiente. El problema es que no lo hizo en plan listo y oficial, como Purnia, sino que tiró del brazo de Thread, de manera que el jefe lo golpeó en la cabeza con la empuñadura del látigo. No le espera nada bueno —explica Bristel.

—Me parece que a ninguno de nosotros nos espera nada bueno —comenta Haymitch.

La nieve empieza a caer con fuerza entorpeciendo aún más la visibilidad. Avanzo a trompicones por el sendero que lleva a mi casa detrás de los otros, utilizando más los oídos que los ojos para guiarme. Cuando la puerta se abre, una luz dorada colorea la nieve. Mi madre, que debe de llevar todo el día esperándome sin saber qué pasaba, asimila rápidamente la escena.

—Nuevo jefe —dice Haymitch, y ella asiente y ya está, como si no necesitase más explicación.

Me asombra, como siempre pasa, su transformación de una mujer que me llama para matar a una araña a una mujer inmune al miedo. Cuando le llevan a una persona enferma o moribunda... es la única vez en que mi madre parece saber exactamente quién es. En pocos segundos limpia la larga mesa de la cocina, coloca un trapo blanco esterilizado encima y ponen a Gale sobre él. Mi madre echa agua hirviendo en un barreño y le ordena a Prim que saque algunos remedios de su armario de las medicinas: hierbas secas, tinturas y botellas compradas en tienda. Le miro las manos, los largos dedos que desmenuzan esto, añaden gotas de aquello y lo echan todo en el barreño. Empapa un trapo en el líquido caliente y le da instrucciones a Prim para que prepare una segunda tanda.

—¿Te ha cortado el ojo? —me pregunta a mí.

—No, está cerrado por la hinchazón.

—Ponte más nieve —me ordena, pero está claro que yo no soy la prioridad.

—¿Puedes salvarlo? —le pregunto. Ella no responde, se limita a escurrir el trapo y sostenerlo en el aire para enfriarlo un poco.

—No te preocupes —dice Haymitch—. Antes de Cray había muchos latigazos. Siempre le llevábamos los heridos a ella.

No recuerdo un tiempo antes de Cray, en el que hubiese un jefe al que le gustase azotar a su antojo. Sin embargo, mi madre debía de tener mi edad por aquel entonces y trabajaría en la botica con sus padres. Ya en aquella época era una sanadora.

Con mucho cuidado, empieza a limpiar la carne mutilada de la espalda de Gale.

Me dan arcadas, me siento impotente; la nieve derretida gotea por el guante y forma un charco en el suelo. Peeta me sienta en una silla y me pone un trapo lleno de nieve fresca en la mejilla.

Haymitch les dice a Bristel y Thom que se vayan a casa, y veo que les da unas monedas.

—No sé qué pasará con vuestra cuadrilla —explica. Ellos asienten y aceptan el dinero.

Después llega Hazelle, sin aliento y enrojecida, con nieve en el pelo. Se sienta sin decir nada en un taburete junto a la mesa, sostiene la mano de Gale y se la lleva a los labios. Mi madre no le presta atención ni a ella, ya que ha desaparecido en esa zona especial en la que solo están el paciente, ella y, a veces, Prim; el resto puede esperar.

A pesar de su habilidad, tarda un buen rato en limpiarle las heridas, recolocar la piel hecha jirones que puede salvarse, y aplicar un ungüento y una fina venda. Cuando empieza a quitar la sangre, veo dónde ha acertado cada uno de los latigazos y los siento palpar en el único corte de mi cara. Multiplico mi dolor por dos, tres, cuarenta, y espero que Gale permanezca inconsciente. Por supuesto, es demasiado pedir porque, al colocarle las últimas vendas, se le escapa un gemido. Hazelle le acaricia el pelo y le susurra algo, mientras Prim y mi madre repasan su escaso suministro de analgésicos, los que normalmente solo tienen los médicos. Son difíciles de encontrar, caros y siempre hacen falta. Mi madre guarda los más fuertes para los peores dolores, pero ¿cuál es el peor dolor? Para mí es el que siento en ese momento; si yo fuese la encargada, los analgésicos desaparecerían en un día, porque me cuesta soportar el sufrimiento de los demás. Ella intenta reservarlos para las personas que están de verdad moribundas, para que les resulte más sencillo partir de este mundo.

Como Gale está recuperando la conciencia, deciden suministrarle un brebaje de hierbas que puede beberse.

—Eso no bastará —les digo, y ellas me miran—. No bastará, sé lo que se siente. Eso casi no sirve ni para un dolor de cabeza.

—Lo combinaremos con jarabe para dormir, Katniss, y él lo soportará. En realidad, las hierbas son para la inflamación... —empieza a explicarme mi madre, con mucha calma.

—¡Que le des la medicina! —le grito—. ¡Dásela! ¡Quién eres tú para decidir cuánto dolor puede soportar!

Gale se agita al oírme, intentando tocarme, y el movimiento hace que vuelva a manchar de sangre las vendas; un sonido angustioso le sale de la boca.

—Sacadla —dice mi madre. Haymitch y Peeta me tienen que sacar del cuarto literalmente en volandas, mientras yo le grito obscenidades. Me sujetan a la cama de uno de los dormitorios de invitados hasta que dejo de forcejear.

Allí tumbada, sollozando, con las lágrimas tratando de salirse por las rendijas de

los ojos cerrados, oigo a Peeta susurrarle a Haymitch lo del presidente Snow y el levantamiento en el Distrito 8.

—Quiere que huyamos todos —dice, pero si Haymitch tiene una opinión al respecto, no se la da.

Al cabo de un rato entra mi madre y me cura la cara. Después me sostiene la mano, acariciándome el brazo, y Haymitch le cuenta lo sucedido con Gale.

—Entonces, ¿está empezando de nuevo? —pregunta ella—. ¿Como antes?

—Eso parece. ¿Quién habría pensado que echaríamos de menos al viejo Cray?

Aunque el uniforme de Cray ya bastaba para que no le gustase a nadie, era su hábito de convencer a chicas hambrientas para que se acostasen con él por dinero lo que hacía que todo el distrito lo odiase. En las épocas malas de verdad, las más hambrientas se reunían cada noche ante su puerta, compitiendo por la oportunidad de vender su cuerpo por unas cuantas monedas con las que alimentar a sus familias. De haber sido yo un poco mayor cuando murió mi padre, quizá me habría encontrado entre ellas; sin embargo, tuve que aprender a cazar.

No sé bien qué quiere decir mi madre con eso de «está empezando de nuevo», aunque estoy demasiado enfadada y dolorida para preguntar. Sin embargo, me he quedado con la idea de que vuelven tiempos peores, porque, cuando suena el timbre, salgo disparada de la cama. ¿Quién puede ser a estas horas de la noche? Sólo hay una respuesta posible: agentes de la paz.

—No pueden llevárselo —digo.

—Quizá vengan a por ti —me recuerda Haymitch.

—O a por ti.

—No es mi casa —comenta él—, pero iré a abrir la puerta.

—No, yo abro —dijo mi madre, muy tranquila.

Al final bajamos todos detrás de ella hasta el vestíbulo, donde el timbre sigue insistiendo. Cuando mi madre abre no vemos a una patrulla de agentes de la paz, sino a una sola figura cubierta de nieve: Madge. Me da una cajita de cartón mojada.

—Es para tu amigo —me dice. Le quito la tapa y descubro media docena de frasquitos con un líquido transparente—. Son de mi madre, me ha dejado que los traiga. Dáselos, por favor —insiste una vez más antes de volver a la tormenta, sin darnos tiempo a detenerla.

—Ésa chica está loca —masculla Haymitch mientras acompañamos a mi madre a la cocina.

No sé lo que mi madre le había dado a Gale, pero yo tenía razón, no era suficiente. Tiene los dientes apretados y el cuerpo le brilla de sudor. Mi madre llena una jeringuilla con el líquido transparente de uno de los frascos y se lo inyecta en el brazo; la cara se le relaja de inmediato.

—¿Qué es eso? —pregunta Peeta.

—Es del Capitolio. Lo llaman *morflina* —responde mi madre.

—Ni siquiera sabía que Madge conociese a Gale —dice Peeta.

—Le vendíamos fresas —expliqué, casi enfadada. ¿Por qué estoy enfadada? No porque ella haya traído la medicina, eso está claro.

—Pues deben de gustarle mucho las fresas —comenta Haymitch.

Eso es lo que me fastidia, la insinuación de que hay algo entre Gale y Madge; y no me gusta.

—Es mi amiga —me limito a decir.

Como Gale se ha quedado dormido con el analgésico, todos parecemos desinflarnos. Prim nos obliga a comer un poco de estofado con pan; le ofrecemos una habitación a Hazelle, pero tiene que volver a casa con sus otros hijos. Aunque Haymitch y Peeta están dispuestos a quedarse, mi madre también los envía a su casa a dormir. Ella sabe que no tiene sentido intentar lo mismo conmigo, así que me deja en paz para que cuide de Gale mientras Prim y ella descansan.

Sola en la cocina, con Gale, me siento en el taburete de Hazelle y le sostengo la mano. Al cabo de un rato le toco la cara, toco partes de él que nunca había tenido motivos para tocar: sus oscuras y espesas cejas, la curva de su mejilla, el perfil de su nariz, el hueco en la base de su cuello. Recorro la sombra de barba de varios días de su mandíbula y, finalmente, llego a sus labios, que son suaves y carnosos, aunque están algo resquebrajados. A pesar del frío, su aliento me calienta la piel.

¿Todo el mundo parece más joven cuando duerme? Porque ahora mismo podría ser el chico con el que me encontré en el bosque hace años, el que me acusó de robar de sus trampas. Vaya pareja que éramos: sin padre, asustados, pero también decididos a luchar con uñas y dientes por la supervivencia de nuestras familias. Desesperados, aunque ya no volvimos a estar solos después de aquel día, porque nos teníamos el uno al otro. Pienso en cien momentos pasados en el bosque, las perezosas tardes de pesca, el día que le enseñé a nadar, la vez en que me torcí la rodilla y él me llevó a casa a cuestas. Contábamos con el otro, nos protegíamos, nos obligábamos a ser valientes.

Por primera vez intento ponerme en su lugar. Me imagino viéndolo presentarse voluntario para salvar a Rory en la cosecha, ver cómo lo apartan de mi vida, cómo se convierte en el amado de una chica desconocida para seguir vivo, para después volver a casa con ella, vivir a su lado, prometerse en matrimonio.

El odio que siento por él, por la chica fantasma, por todo, es tan real e inmediato que me deja sin aliento. Gale es mío. Yo soy suya. Cualquier otra cosa resulta impensable. ¿Por qué ha hecho falta que lo azoten hasta casi matarlo para que me dé cuenta?

Porque soy egoísta, soy cobarde, soy el tipo de chica que, cuando de verdad podría hacer algo útil, prefiere huir para salvar la vida y permitir que los que no

puedan seguirla sufran y mueran. Ésa es hoy la chica que Gale conoció en el bosque.

Con razón gané los juegos; ninguna persona decente lo consigue.

«Salvaste a Peeta», pienso, aunque sin mucha convicción.

Sin embargo, hasta eso me lo cuestiono. Sabía perfectamente que mi vida en el Distrito 12 sería insoportable si dejaba morir a aquel chico.

Apoyo la cabeza en el borde de la mesa, odiándome con todas mis fuerzas. Desearía haber muerto en la arena; desearía que Seneca Crane me hubiese hecho volar en pedazos, como el presidente Snow dijo que debería haber hecho cuando saqué las bayas.

Las bayas. Me doy cuenta de que en aquel puñado de fruta venenosa se esconde la respuesta a quién soy. Si las saqué para salvar a Peeta porque sabía que me darían la espalda si volvía a casa sin él, la respuesta es que soy despreciable. Si las saqué porque lo amaba, sigo siendo egocéntrica, aunque tiene disculpa. Sin embargo, si las saqué para desafiar al Capitolio, significa que soy una persona que merece la pena. El problema es que no sé qué pensaba exactamente en aquellos momentos.

¿Es posible que la gente de los distritos esté en lo cierto? ¿Que fuera un acto de rebelión, aunque inconsciente? Porque, en el fondo, debo de saber que no basta con huir para mantener con vida a mi familia o mis amigos. Aunque pudiera, no arreglaría nada, no evitaría que las demás personas sufrieran tanto como ha sufrido Gale hoy.

En realidad, la vida en el Distrito 12 no es tan diferente a la vida en la arena. En algún momento hay que dejar de correr y hacerles frente a tus enemigos, lo difícil es reunir el valor suficiente para hacerlo. Bueno, a Gale no le ha resultado difícil, él nació rebelde. Yo soy la que está preparando un plan de huida.

—Lo siento mucho —susurro; me acerco y le doy un beso.

Le tiemblan las pestañas y me mira a través de una bruma de opiáceos.

—Eh, Catnip.

—Eh, Gale.

—Creía que ya te habrías marchado.

Mis opciones son sencillas: puedo morir como una presa en el bosque o puedo morir aquí, al lado de Gale.

—No me voy a ninguna parte. Me quedo aquí y pienso causar todo tipo de problemas.

—Yo también —responde Gale, y consigue esbozar una sonrisa antes de que las drogas se lo lleven de nuevo.



Alguien me sacude el hombro, así que me enderezo. Me he quedado dormida con la cara sobre la mesa, de modo que la tela blanca me ha dejado arrugas en la mejilla buena, mientras que la mala, la que recibió el latigazo de Thread, me late de dolor. Gale está en otro mundo, aunque tenemos los dedos entrelazados. Huelo a pan recién hecho, y al volverme, con el cuello rígido, veo a Peeta mirándome con mucha tristeza. Me da la impresión de que lleva un rato observándonos.

—Vete a la cama, Katniss, yo cuidaré de él —me dice.

—Peeta, sobre lo que te dije ayer de huir...

—Lo sé, no tienes que explicarme nada.

Veo las barras de pan sobre la encimera a la pálida luz de una mañana de nieve, así como las sombras azules bajo sus ojos. ¿Habrá dormido algo? Seguro que no mucho. Pienso en cómo había aceptado huir conmigo ayer, en cómo dio un paso adelante para proteger a Gale, en lo dispuesto que estaba a darlo todo por mí, con lo poco que yo le daba a cambio. Haga lo que haga, siempre sale alguien herido.

—Peeta...

—No te preocupes, vete a la cama, ¿vale?

Subo la escalera a tientas, me arrastro bajo las sábanas y me quedo dormida en un segundo. En cierto momento, Clove, la chica del Distrito 2, entra en mis sueños. Me persigue, me sujeta en el suelo y saca un cuchillo para cortarme la cara. La hoja se me hunde en la mejilla y me abre una raja profunda. Entonces Clove empieza a transformarse, se le alarga la cara hasta convertirse en hocico, le sale pelo por todas partes y las manos se convierten en garras, aunque los ojos permanecen iguales. Se convierte en una mutación de sí misma, en la creación del Capitolio con aspecto de lobo que nos aterrizó la última noche en la arena. Echa la cabeza atrás y deja escapar un largo y espeluznante aullido, que otros mutos repiten cerca de nosotras. Clove empieza a lamer la sangre que sale de mi herida, y cada lametón hace que me duela más la cara. Dejo escapar un grito ahogado y me despierto sobresaltada, sudorosa y estremecida. Me llevo la mano a la mejilla herida y me recuerdo que no fue Clove, sino Thread, el que lo hizo. Ojalá estuviera aquí Peeta para abrazarme; entonces recuerdo que no debería desear eso nunca más, que he elegido a Gale y la rebelión, y que la idea de vivir con Peeta era del Capitolio, no mía.

Me ha bajado la inflamación del ojo y ya puedo abrirlo un poco. Corro las

cortinas y compruebo que la tormenta de nieve se ha convertido en una ventisca en toda regla. Sólo se ve una capa blanca y los aullidos del viento, que tienen un parecido asombroso con los de las mutaciones.

Doy la bienvenida a la ventisca, con sus vientos feroces y su nieve en el aire. Puede que baste para mantener lejos de mi puerta a los verdaderos lobos, es decir, a los agentes de la paz. Unos cuantos días para pensar, para preparar un plan, con Gale, Peeta y Haymitch a mano. Esta ventisca es un regalo.

De todos modos, antes de bajar para enfrentarme a mi nueva vida, me tomo unos instantes para obligarme a ser consciente de lo que significará. Hace menos de un día estaba lista para perderme en la naturaleza con mis seres queridos en pleno invierno y para la posibilidad, muy real, de que el Capitolio nos persiguiese. Una empresa poco segura, como mínimo. Sin embargo, me estoy metiendo en algo aún más arriesgado: luchar contra el Capitolio supondrá una represalia inmediata. Tengo que aceptar que pueden detenerme en cualquier momento, que alguien llamará a la puerta, como anoche, y un grupo de agentes entrará a por mí. Que quizá me torturen, me mutilen o me metan una bala en la cabeza en plena plaza del pueblo, si soy lo bastante afortunada para morir tan deprisa. El Capitolio cuenta con un repertorio infinito de asesinatos creativos. Me imagino todo eso y estoy aterrada, pero, afrontémoslo, es algo que siempre he tenido en la cabeza, aunque en segundo plano. He sido tributo en los juegos; el presidente me ha amenazado; me han dado un latigazo en la cara; ya soy un objetivo.

Ahora viene la parte más difícil, aceptar el hecho de que mi familia y mis amigos podrían compartir el mismo destino. Prim. Sólo necesito pensar en Prim para que mi resolución se desintegre. Protegerla es cosa mía. Me tapo la cabeza con la manta y empiezo a respirar tan deprisa que me quedo sin oxígeno y empiezo a ahogarme. No puedo dejar que el Capitolio le haga daño.

Entonces, de repente, me doy cuenta: ya lo han hecho. Mataron a su padre en esas espantosas minas; no hicieron nada para evitar que se muriera de hambre; la eligieron como tributo y después la obligaron a ver cómo su hermana luchaba a muerte en los juegos. Ha sufrido mucho más que yo a su edad, e incluso eso palidece en comparación con la vida de Rue.

Aparto la manta de un empujón y respiro profundamente el aire frío que se filtra a través de la ventana.

Prim... Rue... ¿No son ellas la principal razón para intentar luchar? Porque lo que les han hecho está tan mal, tiene tan poca justificación, es tan malvado que no existe alternativa. Porque nadie tiene derecho a tratarlas como las han tratado.

Sí, eso es lo que tengo que recordar cuando el miedo amenace con paralizarme. Lo que estoy a punto de hacer, lo que todos nosotros nos veamos obligados a soportar, es por ellas. Ya es demasiado tarde para ayudar a Rue, pero quizá no lo sea

para esas cinco caritas que me miraban desde la plaza del Distrito 11; no es demasiado tarde para Rory, Vick y Posy. No es demasiado tarde para Prim.

Gale tiene razón: si la gente consigue reunir el valor suficiente, podría ser nuestra oportunidad. También tiene razón cuando dice que, dado que yo lo he iniciado todo, podría hacer muchas cosas, aunque ni idea de cuál es exactamente. Sin embargo, decidir no huir es un primer paso crucial.

Me doy una ducha; esta mañana mi cerebro no está calculando listas de provisiones para vivir en el bosque, sino intentando imaginar cómo organizaron el levantamiento en el Distrito 8. Había muchas personas en claro desafío al Capitolio. ¿Lo planearon o fue algo que surgió sin más después de años de odio y resentimiento? ¿Cómo podríamos hacerlo aquí? ¿Estaría la gente del Distrito 12 dispuesta a unirse o atrancarían sus puertas? Ayer la plaza se llenó muy deprisa después de los latigazos de Gale, pero ¿no es porque nos sentimos impotentes y no tenemos ni idea de qué hacer? Necesitamos a alguien que nos dirija y nos dé confianza en que es posible, y no creo ser la persona adecuada. Quizá haya sido el catalizador de la rebelión, pero un líder es alguien con convicción, y yo apenas acabo de unirme a la causa; alguien con un valor inquebrantable, y yo sigo esforzándome por encontrar el mío; alguien que sepa hablar con claridad y persuasión, y yo siempre me quedo en blanco.

Palabras. Pienso en palabras y, de inmediato, veo la imagen de Peeta. La gente acepta todo lo que dice, seguro que podría hacer que una multitud entrase en acción, sabría cómo encontrar las palabras adecuadas. Sin embargo, estoy segura de que nunca se le ha pasado por la cabeza.

Abajo encuentro a Prim y a mi madre atendiendo a Gale, que parece algo apagado. La medicina debe de estar perdiendo efecto, a juzgar por su expresión. Me preparo para otra pelea, aunque intento hablar con tranquilidad.

—¿No puedes darle otra dosis?

—Lo haré si es necesario. Hemos pensando en probar primero con la capa de nieve —responde mi madre. Le ha quitado las vendas y casi se puede ver el calor que irradia la espalda de Gale. Le pone un paño en la carne maltratada y le hace un gesto con la cabeza a Prim, que se acerca removiendo un enorme cuenco lleno de nieve, aunque con un tinte verde claro y un olor dulce y limpio. Una capa de nieve. Empieza a colocar la sustancia con cuidado en el paño y me parece oír el chisporroteo de la atormentada piel de mi amigo al entrar en contacto con la mezcla de nieve. Abre los ojos de golpe, perplejo, y deja escapar un suspiro de alivio.

—Es una suerte que haya nevado —dice mi madre.

Pienso en cómo será recuperarse de unos latigazos en pleno verano, con el calor abrasador y el agua tibia del grifo.

—¿Qué hacíais en los meses de calor? —pregunto.

Mi madre frunce el ceño y una arruga le surca la frente.

—Intentábamos espantar las moscas.

Se me revuelve el estómago; ella llena un pañuelo con la mezcla de nieve y lo aprieta contra el verdugón de mi mejilla. El dolor desaparece al instante. Es el frío de la nieve, sí, pero la mezcla de jugos de hierbas que añade mi madre también entumece.

—Es estupendo, ¿por qué no se lo pusiste anoche?

—Primero tenía que dejar que se asentase la herida.

No sé bien a qué se refiere, aunque, mientras funcione, ¿quién soy yo para cuestionarlo? Mi madre sabe lo que se hace. Me entran remordimientos por las cosas horribles que le grité ayer mientras Peeta y Haymitch me sacaban a rastras de la cocina.

—Siento mucho haberte gritado.

—He oído cosas peores —responde—. Ya has visto cómo se ponen todos cuando ven sufrir a la gente que aman.

A la gente que aman. Las palabras me dejan la lengua tan adormecida como si la tuviese cubierta de la capa de nieve. Claro, quiero a Gale, pero ¿a qué tipo de amor se refiere ella? ¿A qué me refiero yo cuando digo que quiero a Gale? No lo sé. Le di un beso anoche, en un momento muy emotivo, aunque estoy segura de que no se acuerda. ¿Verdad? Espero que no. Si lo hace, todo se complicará aún más, y la verdad es que no puedo pensar en besos cuando tengo que instigar una rebelión. Sacudo la cabeza para aclarármela.

—¿Dónde está Peeta? —pregunto.

—Se fue cuando oyó que te levantabas. No quería dejar su casa desprotegida durante la tormenta —responde mi madre.

—¿Llegó bien? —pregunto, porque en una ventisca te puedes perder en cuestión de metros y acabar vagando por ahí.

—¿Por qué no lo llamas para comprobarlo?

Entro en el estudio, un cuarto que procuro evitar desde la reunión con el presidente Snow, y marco el número de Peeta, que responde después de unos cuantos timbrazos.

—Hola, solo quería asegurarme de que habías llegado bien —le digo.

—Katniss, vivo a tres casas de ti.

—Lo sé, pero con el tiempo y eso...

—Pues estoy bien, gracias por llamar. —Después de una larga pausa, añade—: ¿Cómo está Gale?

—Está bien, Prim y mi madre le están poniendo una capa de nieve.

—¿Y tu cara?

—Yo también tengo una capa. ¿Has visto a Haymitch hoy?

—Me he pasado por allí. Borracho como una cuba. Le he encendido la chimenea y le he dejado un poco de pan.

—Quería hablar con... con los dos. —No me atrevo a contar nada más por teléfono, porque seguro que está pinchado.

—Probablemente tendrás que esperar hasta que se calme el tiempo. De todos modos, no habrá mucho movimiento hasta entonces.

—No, no mucho.

La tormenta tarda dos días en amainar y nos deja con unos montículos de nieve más altos que yo. Después necesitamos otro día para limpiar el camino que lleva de la Aldea de los Vencedores a la plaza. Durante ese tiempo ayudo a cuidar de Gale, me aplico capas de nieve en la mejilla e intento recordar todo lo que puedo del levantamiento del Distrito 8, por si nos sirve de ayuda. La hinchazón de la cara se reduce y acabo con una herida que me pica y un ojo muy negro. Sin embargo, en cuanto puedo, llamo a Peeta para ver si quiere ir al pueblo conmigo.

Levantamos a Haymitch y lo arrastramos con nosotros. Él se queja, pero no tanto como siempre. Todos sabemos que hay que discutir lo sucedido y que no podemos hacerlo en un sitio tan peligroso como nuestras casas en la Aldea. De hecho, esperamos a dejarla bien atrás antes de hablar. Mientras, me entretengo examinando las paredes de nieve de tres metros de altura que están apiladas a ambos lados del estrecho sendero que han limpiado, preguntándome si se nos caerán encima.

Al final, Haymitch rompe el silencio.

—Entonces nos vamos todos a tierras desconocidas, ¿no? —me pregunta.

—No, ya no.

—Ya has visto los fallitos de tu plan, ¿no, preciosa? —me pregunta—. ¿Alguna idea nueva?

—Quiero iniciar un levantamiento.

Haymitch se ríe. Ni siquiera es una risa cruel, lo que me resulta más inquietante, ya que me demuestra que ni siquiera me toma en serio.

—Bueno, necesito un trago. Ya me dirás cómo te va, ¿eh?

—¿Y cuál es tu plan? —le pregunto, furiosa.

—Mi plan es asegurarme de que todo esté perfecto para el día de tu boda —responde—. Llamé para cambiar la fecha de la sesión de fotos sin dar demasiados detalles.

—Ni siquiera tienes teléfono.

—Effie lo arregló. ¿Sabes que me preguntó si querría ser el padrino y entregarte en matrimonio? Le respondí que, cuanto antes te entregara, mejor.

—Haymitch —le digo, y noto que mi tono tiene algo de súplica.

—Katniss —responde, imitándome—. No funcionará.

Nos callamos cuando un grupo de hombres con palas pasa a nuestro lado en

dirección a la Aldea de los Vencedores. Quizá ellos puedan hacer algo sobre esas paredes de tres metros. Cuando están lo bastante lejos para no oírnos, ya nos encontramos demasiado cerca de la plaza. Entramos en ella y nos detenemos de repente.

«No habrá mucho movimiento durante la ventisca», eso era lo que Peeta y yo pensamos. Sin embargo, estábamos muy equivocados. La plaza se había transformado: una enorme pancarta con el sello de Panem cuelga del tejado del Edificio de Justicia; unos agentes de la paz con impecables uniformes marchan sobre los adoquines recién barridos; en los tejados vemos más agentes en puestos de vigilancia con metralletas; y lo más perturbador es la fila de nuevas construcciones (un poste oficial para latigazos, varias cárceles y una horca) que han aparecido en el centro de la plaza.

—Thread trabaja deprisa —comenta Haymitch.

A pocas calles de la plaza veo un incendio. No hace falta decirlo en voz alta, todos sabemos que el Quemador está ardiendo. Pienso en Sae la Grasieta, en Ripper y en el resto de amigos que se ganan la vida en aquel lugar.

—Haymitch, ¿crees que quedaría alguien...? —Me veo incapaz de terminar la frase.

—No, los del Quemador son listos. Y tú también lo serías si llevaras más tiempo por aquí. Bueno, será mejor que vaya a comprobar si al boticario le sobra algo de alcohol.

Se aleja arrastrando los pies y yo miro a Peeta.

—¿Para qué lo quiere? —pregunto, hasta que me doy cuenta—. No podemos dejar que se beba eso. Se matará o, como mínimo, se quedará ciego. Tengo licor blanco guardado en casa.

—Yo también. Quizá logremos mantenerlo con eso hasta que Ripper consiga volver al negocio —dice Peeta—. Necesito ver a mi familia.

—Yo tengo que ver a Hazelle. —Estoy preocupada, creía que aparecería en nuestra puerta en cuanto limpiasen la nieve, pero no hemos sabido nada de ella.

—Iré contigo. Me pasaré por la panadería de vuelta a casa.

—Gracias —respondo; de repente me asusta mucho lo que pueda descubrir.

Las calles están casi vacías, lo que no resultaría extraño a estas horas del día si la gente estuviese en las minas y los niños en el colegio. Pero no lo están, porque veo caras asomadas a las puertas, a las rendijas de las contraventanas.

«Un levantamiento —pienso—. Qué idiota soy.»

Hay un defecto de base en nuestro plan que ni Gale ni yo habíamos visto: un levantamiento requiere romper la ley, enfrentarse a la autoridad. Nosotros llevamos haciéndolo toda la vida, al igual que nuestras familias: caza furtiva, comercio en el mercado negro, burlas al Capitolio en el bosque... Sin embargo, para la mayoría de la

gente del Distrito 12 un paseo a comprar algo en el Quemador es ya demasiado riesgo. ¿Y yo espero que se reúnan en la plaza con ladrillos y antorchas? Si solo con vernos a Peeta y a mí basta para que todos aparten a los críos de las ventanas y cierren las cortinas...

Encontramos a Hazelle en su casa, cuidando de Posy, que está muy enferma. Reconozco los granos del sarampión.

—No podía dejarla —me explica—. Sabía que Gale estaba en las mejores manos.

—Por supuesto —le digo—. Está mucho mejor. Mi madre dice que volverá a las minas en un par de semanas.

—De todos modos puede que no las abran antes. Se dice que las han cerrado hasta nuevo aviso —nos cuenta, lanzando una mirada nerviosa a su fregadero vacío.

—¿Has cerrado?

—Oficialmente no, pero todos temen darme trabajo.

—Quizá sea por la nieve —interviene Peeta.

—No, Rory se ha dado una vuelta esta mañana y, al parecer, no hay nada que lavar —responde ella.

Rory abraza a Hazelle.

—No pasa nada.

Me saco algo de dinero del bolsillo y lo pongo en la mesa.

—Mi madre te enviará algo para Posy —añado.

Cuando salimos, me vuelvo hacia Peeta.

—Vuelve tú, yo quiero pasarme por el Quemador.

—Iré contigo.

—No, ya te he metido en suficientes problemas.

—Y evitar un paseo por el Quemador va a arreglarlo todo, ¿no? —Sonríe y me da la mano. Juntos recorremos las calles de la Veta hasta llegar al edificio en llamas. Ni siquiera se han molestado en dejar por allí a los agentes de la paz. Saben que nadie intentaría salvarlo.

El calor de las llamas hace que se funda la nieve a nuestro alrededor, y unas gotas oscuras me manchan los zapatos.

—Es todo ese polvo de carbón de los viejos tiempos —digo. Estaba en todas las grietas, incrustado en los tablones del suelo. Es asombroso que este lugar no se haya incendiado antes—. Quiero ver si Sae la Grasieta está bien.

—Hoy no, Katniss, no creo que los ayudes con una visita.

Volvemos a la plaza y le compro unos pasteles al padre de Peeta, mientras hablamos sobre el tiempo. Nadie menciona los feos instrumentos de tortura que están a pocos metros de la puerta. Lo último que compruebo al abandonar la plaza es que no reconozco a ninguno de los agentes.

Conforme pasan los días, las cosas van de mal en peor. Las minas permanecen

cerradas dos semanas y, para entonces, la mitad del Distrito 12 se está muriendo de hambre. El número de críos que piden teselas se dispara, pero muchas veces ni siquiera reciben la correspondiente ración de cereales. Empieza la escasez de comida e incluso los que tienen dinero vuelven de las tiendas con las manos vacías. Cuando se abren de nuevo las minas, se reducen los salarios, se amplían los horarios y envían a los mineros a lugares descaradamente peligrosos. La comida prometida para el Día de los Paquetes, que todos esperaban con ansiedad, llega podrida e infestada de roedores. Las instalaciones de la plaza se usan de manera asidua; castigan a los ciudadanos por delitos que llevan tanto tiempo sin penarse que nadie recuerda que son ilegales.

Gale se va a casa sin que hablemos más de la rebelión. Sin embargo, no puedo evitar pensar que todo lo que vea servirá para que esté más decidido que nunca a luchar. Las dificultades que pasan en las minas, los cuerpos torturados en la plaza, el hambre en los rostros de su familia... Rory ha pedido teselas, algo de lo que Gale ni siquiera es capaz de hablar. Sin embargo, con la poca comida disponible y el aumento de los precios, ni siquiera eso basta.

Lo único bueno es que consigo que Haymitch contrate a Hazelle como ama de llaves, lo que le proporciona más dinero a ella y mejora considerablemente la calidad de vida de él. Me resulta extraño entrar en su casa y encontrarla tan fresca y limpia, con comida calentándose en la hornilla. Él apenas se da cuenta, porque está luchando su propia batalla. Peeta y yo intentamos racionarle el licor blanco que teníamos, pero ya casi no queda, y la última vez que vi a Ripper estaba en la cárcel.

Me siento como una paria cuando camino por las calles. Todos me evitan en público, aunque en casa tenemos compañía de sobra. Un flujo continuo de enfermos y heridos pasa por la mesa de nuestra cocina para que los cure mi madre, que hace tiempo que no cobra por sus servicios. No obstante, su suministro de medicamentos también se agota y pronto tendrá que tratar a sus pacientes con nieve.

El bosque, por supuesto, está completamente prohibido, sin excepciones. Ni siquiera Gale se atreve a ir. Pero una mañana lo hago yo, y no es por tener la casa llena de enfermos y moribundos, ni por las espaldas ensangrentadas, ni por los niños demacrados, ni por las botas militares, ni por la omnipresente miseria. Lo que me hace cruzar al otro lado de la alambrada es la llegada de una caja llena de vestidos de novia con una nota de Effie diciendo que el presidente Snow los ha aprobado en persona.

La boda. ¿De verdad piensa seguir adelante con ella? ¿Qué cree su cerebro retorcido que conseguirá con eso? ¿Es para contentar a los ciudadanos del Capitolio? Se les prometió una boda y tendrán una boda. ¿Y después nos matará? ¿Como lección para los distritos? No lo sé, no le encuentro sentido. Doy vueltas en la cama hasta que ya no lo aguanto más. Tengo que salir de aquí, al menos durante unas horas.

Metó las manos en el armario y rebusco hasta dar con la ropa de invierno aislada que Cinna me hizo para que me divirtiese durante la Gira de la Victoria: botas impermeables, un mono que me cubre de pies a cabeza y guantes térmicos. Por mucho que me guste mi vieja ropa de caza, el paseo que hoy tengo en mente necesita de toda esta alta tecnología. Bajo las escaleras de puntillas, lleno de comida mi bolsa de caza y salgo a hurtadillas de la casa. Recorro con precaución los callejones y las calles laterales, y llego al punto débil de la alambrada que está más cerca de la carnicería de Rooba. Como muchos trabajadores van por aquí a las minas, la nieve está cubierta de huellas y las mías no destacarán. A pesar de todas sus actualizaciones de seguridad, Thread no le ha prestado mucha atención a la alambrada, quizá porque cree que el mal tiempo y los animales salvajes bastan para mantener a todo el mundo dentro. Aun así, una vez bajo la malla metálica, cubro mi rastro hasta que los árboles lo ocultan.

Ya amanece cuando saco el arco y las flechas, y empiezo a abrir un sendero entre la nieve caída. Por algún motivo, estoy decidida a llegar al lago. Quizá para despedirme del lugar, de mi padre y de los momentos felices que pasamos allí, porque sé que seguramente no vuelva nunca. Quizá solo para poder respirar tranquila un momento. A una parte de mí le da igual si me pillan, siempre que pueda verlo una vez más.

El recorrido me lleva el doble de lo normal. La ropa de Cinna mantiene bien el calor y llego empapada de sudor bajo el traje, aunque tengo la cara entumecida por el frío. El reflejo del sol de invierno en la nieve me entorpece la vista, y estoy tan cansada y absorta en mis desesperados pensamientos que no me doy cuenta de las señales: el fino hilo de humo que sale de la chimenea, las huellas recientes y el olor a agujas de pino cociéndose. Estoy literalmente a un par de metros de la puerta de la casa de cemento cuando me detengo de golpe, y no es por el humo o las pisadas, sino por el inconfundible chasquido de un arma detrás de mí.

Hábito, instinto; me vuelvo mientras coloco la flecha, aunque sé que las probabilidades no juegan a mi favor. Veo el uniforme de agente de la paz, la barbilla puntiaguda, el iris castaño en el que clavaré la flecha, pero el arma cae al suelo y la mujer desarmada me ofrece algo con su mano enguantada.

—¡Detente! —grita.

Vacilo, incapaz de procesar este giro de los acontecimientos. Quizá tengan órdenes de capturarme con vida para torturarme y hacer que incrimine a todas las personas que conozco. «Sí, pues buena suerte», pienso. Mis dedos ya han decidido soltar la flecha cuando veo el objeto del guante: es un circulito blanco de pan aplastado, una galleta, más bien, gris y empapada por los bordes. Sin embargo, tiene una imagen muy clara estampada en el centro.

Es mi sinsajo.



PARTE 2
"EL VASALLAJE"

EN LLAMAS



No tiene sentido. Mi pájaro en un trozo de pan. No es como las elegantes representaciones que vi en el Capitolio, así que está claro que no se trata de una cuestión de moda.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir? —pregunto con rudeza, preparada para matar.

—Quiere decir que estamos de tu parte —responde una voz trémula detrás de mí.

No la vi cuando llegué, aunque debía de estar ya en la casa. Mantengo la vista fija en mi blanco; es probable que la recién llegada esté armada, pero apostarí a lo que sea a que no se arriesgará a dejarme oír el clic que anunciaría mi muerte inminente, porque sabe que mataría a su compañera al instante.

—Sal a donde pueda verte —le ordeno.

—No puede, está... —empieza a decir la mujer de la galleta.

—¡Que salgas! —grito. Oigo un paso y el ruido de algo arrastrándose, al igual que el esfuerzo que le exige el movimiento. Otra mujer se acerca cojeando, aunque quizá sería mejor decir que es una chica, ya que debe de tener mi edad. Lleva puesto un uniforme de agente de la paz completo, con su capa de pelaje blanco, pero le queda varias tallas grande. No veo ningún arma.

Tiene las manos ocupadas intentando mantener derecho un tosco bastón fabricado con una rama rota. La punta de su bota derecha no puede levantarse de la nieve, de ahí que se arrastre.

Estudio la cara de la chica, que está roja de frío. Tiene los dientes torcidos y una mancha de nacimiento encima de uno de los ojos, que son castaño oscuro. No es una agente de la paz, ni tampoco una habitante del Capitolio.

—¿Quiénes sois? —pregunto con cautela, aunque con menos agresividad.

—Me llamo Twill —responde la mujer. Es mayor que la otra, quizá unos treinta y cinco—. Y ésta es Bonnie. Hemos huido del Distrito 8.

¡El Distrito 8! ¡Entonces deben de saber lo del levantamiento!

—¿De dónde habéis sacado los uniformes?

—Los robé de la fábrica —responde Bonnie—. Los fabricamos allí, aunque éste iba a ser para... para otra persona. Por eso me queda tan mal.

—La pistola es de un agente muerto —añade Twill al ver mi mirada.

—Esa galleta que lleváis, la del pájaro, ¿de qué va? —pregunto.

—¿No lo sabes, Katniss? —pregunta Bonnie, que parece muy sorprendida.

Me reconocen, claro; voy a cara descubierta y estoy al lado del Distrito 12 apuntándolas con una flecha. ¿Qué otra persona podía ser?

—Sé que es igual que la insignia que llevaba en la arena.

—No lo sabe —comenta Bonnie en voz baja—. Quizá no sepa nada de nada.

De repente siento la necesidad de recuperar el control y digo:

—Sé que habéis tenido un levantamiento en el 8.

—Sí, por eso tuvimos que salir —dice Twill.

—Bueno, ahora estáis bien lejos, ¿qué vais a hacer? —pregunto.

—Vamos al Distrito 13 —responde Twill.

—¿El 13? No hay ningún 13, lo borraron del mapa.

—Hace setenta y cinco años.

Bonnie se mueve sobre su muleta y hace una mueca.

—¿Qué le pasa a tu pierna? —le pregunto.

—Me torcí el tobillo. Las botas me están demasiado grandes.

Me muerdo el labio. El instinto me dice que me cuentan la verdad, y detrás de esa verdad hay un montón de información que desearía obtener. De todos modos, me acerco y le quito la pistola a Twill antes de bajar el arco. Después vacilo un momento pensando en otro día en el bosque, cuando Gale y yo vimos cómo salía un aerodeslizador de la nada y capturaba a dos fugados del Capitolio. Al chico lo mataron con una lanza. Cuando llegué al Capitolio descubrí que a la chica pelirroja la habían mutilado y convertido en uno de esos criados mudos a los que llaman avox.

—¿Os sigue alguien?

—Me parece que no. Creemos que nos dan por muertas en la explosión de la fábrica —explica Twill—. Seguimos vivas por casualidad.

—Vale, vamos dentro —les digo, señalando la casa de cemento con la cabeza. Entro detrás de ellas con la pistola.

Bonnie va derecha a la chimenea y se sienta en una capa de agente que han extendido en el suelo. Pone las manos sobre la débil llama que arde en el extremo de un tronco achicharrado. Tiene la piel tan pálida que es casi translúcida y me permite ver el brillo del fuego a través de su carne. Twill intenta poner la capa (probablemente suya) alrededor de la chica, que está tiritando.

Han puesto sobre las cenizas una lata cortada por la mitad, con un borde irregular y peligroso, llena de agujas de pino hirviéndose en agua.

—¿Estáis haciendo té?

—La verdad es que no estamos seguras. Recuerdo haber visto a alguien hacer esto con las agujas de pino en los Juegos del Hambre de hace unos años. Al menos creo que eran agujas de pino —responde Twill con el ceño fruncido.

Recuerdo el Distrito 8, un feo sitio con aspecto urbano que apestaba a polución industrial y en el que la gente vivía en casas de vecinos cochambrosas. Apenas una

brizna de hierba a la vista. Ninguna oportunidad de aprender nada sobre la naturaleza. Es un milagro que estas dos mujeres hayan llegado tan lejos.

—¿Se os ha acabado la comida?

—Nos llevamos lo que pudimos —responde Bonnie, asintiendo con la cabeza—, pero había escasez. No nos queda nada. —El temblor de su voz hace que se derrumben las defensas que me quedaban; no es más que una chica herida y desnutrida que huye del Capitolio.

—Bueno, pues es vuestro día de suerte —afirmo, soltando la bolsa de caza en el suelo. La gente se muere de hambre en todo el distrito, mientras que en la Aldea de los Vencedores seguimos teniendo más que suficiente, así que he estado repartiéndolo por ahí. He establecido prioridades: la familia de Gale, Sae la Grasieta, algunos de los otros comerciantes del Quemador que se han quedado sin trabajo. Mi madre tiene a otra gente, sobre todo pacientes, a los que desea ayudar. Esta mañana llené mi bolsa de comida a propósito, sabiendo que mi madre vería la despensa vacía y supondría que iba a hacer mi ronda por las casas de los hambrientos. En realidad, pensaba ganar tiempo para ir al lago sin que ella se preocupase; pretendía repartir la comida esta noche, a la vuelta, pero ahora me doy cuenta de que no será posible.

De la bolsa saco dos panecillos recién hechos con una capa de queso horneado encima. Siempre tenemos muchos desde que Peeta descubrió que eran mis favoritos. Le tiro uno a Twill y me levanto para colocar el otro en el regazo de Bonnie, ya que su coordinación parece no funcionar muy bien en estos momentos y no quiero que el pan acabe en el fuego.

—Oh, ¿me lo puedo comer entero? —pregunta Bonnie.

Noto que algo se retuerce dentro de mí y recuerdo otra voz, la de Rue, en la arena, cuando le di el muslo de granso: «Oh, nunca había tenido un muslo para mí sola». La incredulidad de los que sufren hambre crónica.

—Sí, acaba con él —le digo. Bonnie sostiene el panecillo como si no pudiera creerse que es real, y después le hinca los dientes una y otra vez, incapaz de detenerse—. Es mejor si lo masticas —le aconsejo.

Ella asiente, intentando frenar un poco, pero sé lo difícil que es hacerlo cuando estás tan vacía.

—Creo que vuestro té está listo —anuncio. Saco la lata de las ascuas, Twill pesca dos tazas de hojalata de su mochila, y yo sirvo el té y lo dejo en el suelo para que se enfríe. Se ponen muy juntas y comen, mientras soplan el té y le dan diminutos traguitos para no achicharrarse. Yo alimento el fuego y espero a que se chupen la grasa de los dedos antes de preguntar:

—Bueno, ¿cuál es vuestra historia? —Y me la cuentan.

Desde los Juegos del Hambre, el descontento en el Distrito 8 no hacía más que crecer. Siempre había estado ahí, por supuesto, hasta cierto punto, pero lo que cambió

era que ya no les bastaba con hablar, que la idea de entrar en acción pasó de deseo a realidad. La maquinaria de las fábricas textiles que suministran a todo Panem hace mucho ruido, y ese estrépito ayudó a que se corriera la voz susurrándose las palabras al oído; palabras que se transmitieron sin que nadie se diese cuenta. Twill enseñaba en el colegio; Bonnie era una de sus alumnas y, cuando tocaba el timbre que daba fin a las clases, las dos pasaban un turno de cuatro horas en la fábrica especializada en uniformes de agentes de la paz. Bonnie, que trabajaba en el frío muelle de inspección, tardó meses en robar los dos uniformes, una bota por aquí, un par de pantalones por allí. En principio eran para Twill y su marido, porque se decía que una vez empezara el levantamiento era crucial que se supiera más allá del Distrito 8 si querían tener éxito.

El día que Peeta y yo hicimos nuestra aparición allí en la Gira de la Victoria fue una especie de ensayo. La multitud se colocó en equipos, al lado de los edificios que atacarían cuando empezase la rebelión. Ese era el plan: hacerse con los centros de poder de la ciudad, como el Edificio de Justicia, el cuartel general de los agentes de la paz y el centro de comunicaciones de la plaza. También otros lugares del distrito, como la vía férrea, el granero, la central eléctrica y la armería.

La noche del anuncio de mi compromiso, la noche que Peeta se puso de rodillas y proclamó su eterno amor por mí delante de las cámaras en el Capitolio, fue la noche en la que se inició el levantamiento. Era una tapadera ideal. Nuestra entrevista en la Gira de la Victoria con Caesar Flickerman era de visión obligatoria, lo que le daba a la gente una excusa para estar en la calle después de anochecer, reuniéndose en la plaza o en alguno de los centros comunitarios de la ciudad para ver la tele. En cualquier otra ocasión, tanta actividad habría resultado sospechosa. Por tanto, todos estaban en su puesto a la hora señalada, las ocho en punto, cuando se pusieron las máscaras y se desató la tormenta.

Sorprendidos y abrumados por el número de rebeldes, los agentes de la paz se vieron, en principio, superados por la multitud, que se hizo con el centro de comunicaciones, el granero y la central eléctrica. Conforme caían los agentes, los rebeldes se adueñaban de sus armas. Nació la esperanza de que aquello no fuese una locura, de que, de algún modo, logran avisar a los otros distritos y derribaran el gobierno del Capitolio.

Entonces cayó el hacha. Los agentes de la paz empezaron a llegar por miles. Los aerodeslizadores bombardearon los baluartes de la resistencia y los redujeron a cenizas. En el caos absoluto que siguió, la gente apenas logró llegar a sus casas con vida. Tardaron menos de cuarenta y ocho horas en someter la ciudad. Después estuvieron aislados durante una semana, sin comida, ni carbón, sin poder salir de casa. Lo único que se veía en los televisores era estática, salvo cuando colgaban a los supuestos instigadores en la plaza. Entonces, una noche, cuando todo el distrito

estaba a punto de morir de hambre, llegó la orden de volver al trabajo.

Para Twill y Bonnie eso significaba volver a clase. Como tenían que pasar una calle destrozada por las bombas llegaron tarde al turno de la fábrica, así que seguían a unos cien metros de ella cuando estalló; todos los que estaban dentro murieron, incluidos el marido de Twill y la familia de Bonnie al completo.

—Alguien tuvo que decirle al Capitolio que la idea del levantamiento partió de allí —me cuenta Twill en voz baja.

Las dos corrieron de vuelta a casa de Twill, donde las esperaban los trajes de los agentes de la paz. Reunieron las provisiones que pudieron, robando a los vecinos que sabían muertos, y llegaron hasta la estación de tren. En un almacén cerca de las vías se pusieron los trajes y, disfrazadas, lograron meterse en un vagón lleno de tela en dirección al Distrito 6. Huyeron del tren en una parada para repostar y viajaron a pie. Escondidas en el bosque, aunque utilizando las vías para orientarse, llegaron a las afueras del Distrito 12 hace dos días, donde se vieron obligadas a detenerse cuando Bonnie se torció el tobillo.

—Entiendo por qué huís, pero ¿qué esperáis encontrar en el Distrito 13?
Bonnie y Twill se miran, nerviosas.

—No estamos muy seguras —responde Twill.

—Sólo quedan escombros —digo—. Todos hemos visto las secuencias.

—Ésa es la cuestión: llevan usando las mismas secuencias desde que se recuerda en el Distrito 8 —afirma Twill.

—¿De verdad? —intento recordar las imágenes del 13 que he visto en televisión.

—Siempre muestran el Edificio de Justicia, ¿verdad? —sigue Twill. Yo asiento, lo he visto mil veces—. Si observas con atención lo verás, arriba, en la esquina superior de la derecha.

—¿El qué?

Twill me enseña de nuevo su galleta con el pájaro.

—Un sinsajo. Se ve un instante, antes de que se aleje. Es siempre el mismo.

—En casa creíamos que usan el mismo metraje una y otra vez porque el Capitolio no quiere que veamos lo que hay ahora realmente —añade Bonnie.

—¿Y en eso os basáis para ir al Distrito 13? —pregunto, gruñendo—. ¿En la imagen de un pájaro? ¿Creéis que vais a encontrar una especie de ciudad nueva con personas paseando por las calles? ¿Y al Capitolio le parecería bien?

—No —afirma Twill con fervor—. Creemos que la gente se escondió bajo tierra cuando destruyeron la superficie. Creemos que han conseguido sobrevivir y que el Capitolio los deja en paz porque, antes de los Días Oscuros, la principal industria del Distrito 13 era el desarrollo nuclear.

—Tenían minas de grafito —protesto, aunque después dudo, porque es una información que he obtenido del Capitolio.

—Tenían unas cuantas minas pequeñas, sí, pero no las suficientes para justificar una población de ese tamaño. Supongo que ésa es la única cosa que sabemos con certeza —dice Twill.

Me late el corazón muy deprisa. ¿Y si tienen razón? ¿Podría ser cierto? ¿Podría haber un lugar al que huir además del bosque?

¿Un lugar seguro? Si existe una comunidad en el Distrito 13, ¿sería mejor ir allí, donde podría hacer algo, en vez de esperar aquí a que me maten? Sin embargo..., si hay gente en el Distrito 13, gente con armas poderosas...

—¿Y por qué no nos han ayudado? —pregunto, enfadada—. Si es verdad, ¿por qué nos dejan vivir así, con el hambre, los asesinatos y los juegos? —De repente odio esa ciudad subterránea imaginaria y a los que se esconden allí, viendo cómo morimos. No son mejores que el Capitolio.

—No lo sabemos —susurra Bonnie—. Ahora mismo solo nos aferramos a la esperanza de que existan.

Eso me devuelve a la realidad. Lo que me cuentan no son más que ilusiones. El Distrito 13 no existe porque el Capitolio nunca lo permitiría. Seguro que se equivocan con lo del metraje, porque hay más sinsajos que rocas, y son más duros que ellas. Si lograron sobrevivir al bombardeo inicial del 13, seguramente les irá mejor que nunca.

Bonnie no tiene hogar, su familia está muerta y volver al Distrito 8 o introducirse en otro distrito le resultaría imposible. Obviamente, la idea de un Distrito 13 independiente y próspero la atrae. No puedo decirle que está persiguiendo un sueño tan insustancial como una espiral de humo. Quizá Twill y ella logren sobrevivir de algún modo en el bosque; lo dudo, pero me dan tanta pena que tengo que intentar ayudarlas.

Primero les doy toda la comida que llevo en la bolsa, que consiste sobre todo en cereales y alubias secas, aunque bastará para alimentarlas durante un tiempo si tienen cuidado. Después me llevo a Twill al bosque e intento explicarle los principios básicos de la caza. Tiene un arma que, en caso necesario, convierte la energía solar en mortíferos rayos de energía, así que eso le durará indefinidamente. Cuando consigue matar a su primera ardilla, la pobre criatura está achicharrada, ya que le ha dado de pleno. Sin embargo, la enseño a despellejarla y limpiarla. Con un poco de práctica lo dominará. Fabrico una muleta nueva para Bonnie. En la casa le quito a la chica una capa de calcetines y le digo que se los meta en la punta de las botas para caminar mejor y que se los vuelva a poner en los pies por la noche. Finalmente, les enseño cómo encender un fuego de verdad.

Me suplican detalles sobre la situación en el Distrito 12 y les cuento cómo vivimos con Thread. Veo que lo consideran una información importante para llevársela a los que dirijan el Distrito 13 y les sigo el juego para no destrozar sus

esperanzas. Sin embargo, cuando la luz del sol me indica que ya es media tarde no me quedan ánimos para más.

—Tengo que irme ya —les digo.

Me dan las gracias mil veces y me abrazan.

—No puedo creerme que hayamos podido conocerte —comenta Twill, con lágrimas en los ojos—. La gente no hace más que hablar de ti desde que...

—Ya, ya, desde que saqué las bayas —la interrumpo, cansada.

Apenas soy consciente del paseo de vuelta, aunque ha empezado a nevar. La cabeza me da vueltas, llena de información nueva sobre el levantamiento del Distrito 8 y la improbable, pero tentadora, posibilidad del Distrito 13.

Tras hablar con Bonnie y Twill queda confirmada una cosa: el presidente Snow me ha estado tomando por idiota. Ni todos los besos y carantoñas del mundo podrían haber suavizado la situación en el Distrito 8. Sí, puede que las bayas fuesen la chispa, pero yo no tenía forma de controlar el fuego. Él debía de saberlo. Entonces, ¿por qué visitar mi casa? ¿Por qué ordenarme que convenciese a la población de mi amor por Peeta? Obviamente era una estratagema para distraerme y evitar que hiciese algo incendiario en los distritos. Y para entretener a la gente del Capitolio, claro. Supongo que la boda no es más que una necesaria prolongación de lo mismo.

Estoy ya cerca de la alambrada cuando un sinsajo aterriza en una rama y me trina. Al verlo me doy cuenta de que al final no me dieron una explicación completa sobre el significado del pájaro en la galleta.

«Quiere decir que estamos de tu parte», dijo Bonnie. ¿Hay personas de mi parte? ¿De qué parte? ¿Me he convertido sin querer en el rostro de la tan esperada rebelión? Si es eso, mi parte no va demasiado bien, no hay más que ver lo que sucedió en el Distrito 8.

Escondo las armas en el tronco hueco cerca de mi antiguo hogar de la Veta y me dirijo a la valla. Hincó una rodilla en el suelo, preparada para entrar en la Pradera, pero sigo tan ensimismada en los sucesos del día que no me espabilo hasta que oigo el chillido de un búho.

Aunque la alambrada metálica parece tan inocua como siempre bajo la escasa luz que queda en el cielo, lo que me hace retirar la mano de golpe es el sonido, como el zumbido de un árbol lleno de nidos de rastrevíspulas, que indica que la valla está electrificada.



Mis pies dan varios pasos atrás automáticamente y me camuflé entre los árboles. Me tapé la boca con el guante para dispersar el vaho blanco de mi aliento en el aire helado. Noto cómo se me dispara la adrenalina, llevándose consigo todas las preocupaciones del día, para concentrarme en la amenaza inminente que tengo delante. ¿Qué está pasando? ¿Acaso Thread ha encendido la alambrada como medida de seguridad adicional? ¿O se ha enterado de algún modo de que he escapado de su red? ¿Está decidido a dejarme fuera del Distrito 12 hasta que pueda capturarme y detenerme? ¿Arrastrarme a la plaza para que me encierren en una celda, me azoten o me cuelguen?

«Cálmate», me ordeno. No es la primera vez que me quedo fuera del distrito por culpa de la electricidad. Me ha pasado unas cuantas veces a lo largo de los años, pero Gale siempre estaba conmigo, así que los dos elegíamos un árbol cómodo en el que acomodarnos hasta que apagaban la valla, cosa que siempre acababa sucediendo. Si llegaba tarde, Prim solía ir a la Pradera para comprobar si la alambrada estaba cargada para que mi madre no se preocupase.

Sin embargo, hoy mi familia no se imaginará que estoy en el bosque. Me he molestado en darles pistas falsas para despistarlas, así que, si no aparezco, se preocuparán. Y parte de mí también está preocupada, porque me parece que no es una coincidencia que electrifiquen la valla el mismo día que decido volver al bosque. Creía que no me había visto nadie meterme bajo la alambrada, aunque ¿quién sabe? Siempre hay espías pagados. Alguien informó sobre el beso que me dio Gale en este mismo sitio, pero fue a plena luz del día y antes de empezar a tener más cuidado con mi comportamiento. ¿Habrán colocado cámaras de vigilancia? Es algo que me he preguntado antes. ¿Así averiguó el presidente lo del beso? A pesar de que todavía era de noche cuando me metí por el hueco y llevaba la cara cubierta con una bufanda, la lista de sospechosos de entrar ilegalmente en el bosque debe de ser muy corta.

Intento escudriñar a través de los árboles, más allá de la alambrada, para ver la Pradera. Sólo encuentro nieve húmeda iluminada aquí y allá por la luz de las ventanas del borde de la Veta. No hay agentes de la paz a la vista, ni indicios de persecución. Sepa Thread o no que hoy he dejado el distrito, mi estrategia no varía: entrar en el distrito sin que me vean y fingir no haber salido nunca.

Cualquier contacto con la valla o los bucles de alambre de espino que protegen la

parte superior significaría una electrocución instantánea. No creo poder meterme excavando bajo la alambrada sin arriesgarme a que me detecten y, en cualquier caso, el suelo está helado. Eso solo me deja una opción: tengo que pasar por encima de algún modo.

Empiezo a caminar siguiendo el límite de los árboles en busca de uno con una rama lo bastante alta y larga para encajar en mis planes. Al cabo de un kilómetro y medio encuentro un viejo arce que podría valerme. Sin embargo, el tronco es demasiado ancho y helado para trepar por él, y no tiene ramas bajas. Me subo a un árbol cercano y salto como puedo al arce, a punto de resbalarme con la corteza y caer. Al final consigo agarrarme bien y subo centímetro a centímetro por una rama que cuelga sobre el alambre.

Al mirar abajo, recuerdo por qué Gale y yo siempre esperábamos en el bosque en vez de intentar enfrentarnos a la valla: hay que estar al menos a seis metros de altura para no freírse. Supongo que mi rama estará a unos siete. Es una caída peligrosa, incluso para alguien con años de práctica en los árboles, pero ¿qué otra opción me queda? Podría buscar otra rama, pero ya es casi de noche y la nevada tapaná la luz de la luna. Aquí, por lo menos, veo abajo un banco de nieve para amortiguar el aterrizaje. Aunque encontrase otra rama, lo que dudo, ¿quién sabe sobre qué saltaría? Me cuelgo la bolsa vacía del cuello y bajo lentamente hasta quedar colgada de las manos. Me detengo un instante para reunir el valor suficiente y después me suelto.

Noto que caigo y me doy contra el suelo, notando una sacudida que me recorre toda la espalda. Un segundo después, el trasero da contra la nieve. Me quedo tirada, intentando evaluar los daños. Sin levantarme, noto, por el dolor en el talón izquierdo y la rabadilla, que estoy herida, aunque no sé hasta qué punto. Espero que sean solo moratones, pero, cuando me obligo a levantarme, sospecho que también me he roto algo. De todos modos puedo andar, así que me pongo en movimiento intentando ocultar el cojeo lo mejor que puedo.

Prim y mi madre no deben saber que he estado en el bosque. Necesito inventarme una coartada, aunque sea floja. Como algunas de las tiendas de la plaza siguen abiertas, entro en una y compro tela blanca para vendas; ya nos queda poca. En otra compro una bolsa de caramelos para Prim. Me meto un caramelo en la boca y noto cómo la menta se funde en la lengua; entonces me doy cuenta de que es lo primero que como en todo el día. Pretendía comer en el lago, pero cuando vi las condiciones en las que estaban Twill y Bonnie no quise quitarles ni un solo bocado.

Cuando llego a casa, el talón izquierdo ya no soporta ningún peso. Decido decirle a mi madre que estaba intentando arreglar una gotera en el tejado de nuestra antigua casa y me resbalé. En cuanto a la comida, no concretaré a quién se la he dado. Me arrastro hasta la puerta, lista para dejarme caer delante del fuego; en vez de eso, me llevo otra sorpresa.

Dos agentes de la paz, un hombre y una mujer, están de pie en la entrada de la cocina. La mujer permanece impassible, aunque veo una breve expresión de sorpresa en el hombre. No me esperaban. Saben que estaba en el bosque y que debería seguir allí, atrapada.

—Hola —digo, en voz neutral.

Mi madre aparece detrás de ellos, manteniendo las distancias.

—Aquí está, justo a tiempo para la cena —dice, demasiado alegre. Llego muy tarde para la cena.

Se me pasa por la cabeza quitarme las botas, como siempre hago, pero dudo poder hacerlo sin revelar mis heridas, así que me bajo la capucha mojada y me sacudo la nieve del pelo.

—¿En qué puedo ayudarlos? —pregunto a los agentes.

—El jefe Thread nos envió con un mensaje para usted —responde la mujer.

—Llevan horas esperándote —añade mi madre.

Esperaban que no apareciese, confirmar que me había electrocutado en la alambrada o que me había quedado atrapada en el bosque para poder llevarse a mi familia e interrogarla.

—Debe de ser un mensaje muy importante —comento.

—¿Podemos preguntarle dónde ha estado, señorita Everdeen? —pregunta la mujer.

—Sería mejor preguntar dónde no he estado —respondo, dejando escapar un bufido. Atravieso la cocina obligándome a usar los pies con normalidad, aunque cada paso que doy me mata de dolor. Camino entre los dos agentes y llego bien hasta la mesa. Dejo caer la bolsa y me vuelvo hacia Prim, que está muy tiesa junto a la chimenea. Haymitch y Peeta también están aquí, sentados en un par de mecedoras gemelas, jugando al ajedrez. ¿Están por casualidad o los han «invitado» los agentes? En cualquier caso, me alegra verlos.

—Bueno, ¿dónde has estado? —pregunta Haymitch, como aburrido.

—Pues no he estado hablando con el hombre de las cabras sobre cómo preñar a la cabra de Prim, porque alguien me dio una dirección completamente equivocada —respondo mirando a Prim, poniendo mucho énfasis en mis palabras.

—No es verdad, te di la dirección correcta —protesta ella.

—Me dijiste que vivía al lado de la entrada oeste de la mina.

—De la entrada este —me corrige Prim.

—Dijiste claramente que era la oeste, porque después yo te dije: «¿Junto a la escombrera?». Y tú respondiste que sí.

—La escombrera que está junto a la entrada este —insiste Prim con paciencia.

—No, ¿cuándo dijiste eso?

—Anoche —interviene Haymitch.

—Era la este, sin duda —añade Peeta. Mira a Haymitch y se ríen los dos. Miro con odio a Peeta y él intenta parecer arrepentido—. Lo siento, pero es lo que yo decía, no escuchas a los demás cuando te hablan.

—Seguro que todo el mundo te ha dicho que no vivía allí y tú no has hecho ni caso —dice Haymitch.

—Cierra el pico, Haymitch —le suelto, lo que indica sin lugar a dudas que él tiene razón. Haymitch y Peeta se parten de risa, y Prim esboza una sonrisa.

—Vale, pues que vaya otra persona a llevar la estúpida cabra para que la dejen preñada —digo, provocando más risas. Y pienso: «Por eso han sobrevivido hasta ahora Haymitch y Peeta: nada los pillan por sorpresa».

Miro a los agentes de la paz. El hombre sonrío, pero la mujer no está convencida.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunta en tono brusco.

Sé que espera encontrar animales o plantas silvestres, algo que me incrimine.

—Véalo usted misma —respondo, volcando la bolsa sobre la mesa.

—Oh, bien —dice mi madre al examinar la tela—. Casi no nos quedan vendas.

—Oooh, de menta —exclama Peeta después de abrir la bolsa de caramelos; se lleva uno a la boca.

—Son míos —lo regaño, intentando recuperar la bolsa. Él se la lanza a Haymitch, que se mete un puñado de caramelos en la boca antes de pasársela a Prim, que está soltando risitas—. ¡No os merecéis caramelos! —grito.

—¿Por qué? ¿Porque tenemos razón? —pregunta Peeta, dándome un abrazo. La rabadilla me duele y deajo escapar un gritito. Intento que parezca de indignación, aunque veo en sus ojos que sabe que estoy herida—. Vale, Prim dijo oeste; yo oí claramente oeste. Y somos todos idiotas. ¿Mejor?

—Mejor —respondo, y acepto su beso. Después miro a los agentes, como si de repente recordara que siguen allí—. ¿No tenían un mensaje para mí?

—Del jefe de los agentes de la paz, Thread —dice la mujer—. Quería que le dijésemos que, a partir de ahora, la alambrada que rodea el Distrito 12 estará electrificada las veinticuatro horas del día.

—¿Es que no lo estaba antes? —pregunto, quizá con demasiada inocencia.

—Creyó que le interesaría pasarle la información a su primo —añade la mujer.

—Gracias, se lo diré. Seguro que todos dormiremos un poco más tranquilos ahora que se ha solucionado ese fallo de seguridad. —Aunque sé que estoy arriesgándome mucho, el comentario me hace sentir satisfecha.

La mujer aprieta la mandíbula. La cosa no ha ido como tenían planeada, pero no tiene más órdenes, así que saluda con la cabeza y se marcha con el hombre detrás. Cuando mi madre cierra la puerta, me deajo caer en la mesa.

—¿Qué tienes? —me pregunta Peeta, sosteniéndome.

—Me he golpeado el pie izquierdo, el talón. Y mi rabadilla tampoco ha tenido un

buen día. —Me ayuda a llegar a una mecedora y me coloca sobre el cojín.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi madre mientras me quita las botas.

—Resbalé y caí —respondo, y cuatro pares de ojos me miran con incredulidad—. En hielo. —Todos saben que la casa estará pinchada y que no es seguro hablar abiertamente. Ni aquí, ni ahora.

Después de quitarme el calcetín, mi madre toca los huesos del talón izquierdo y yo hago una mueca.

—Puede que haya rotura —dice. Mira el otro pie—. Éste parece bien. —Decide que lo que tengo en la rabadilla es un buen moratón.

Mandan a Prim a por mi pijama y una bata. Una vez cambiada, mi madre me prepara un paquete de hielo para el talón y me lo coloca encima de un puf. Me como tres cuencos de estofado y una barra de pan mientras los demás cenan en la mesa. Después contemplo el fuego pensando en Bonnie y Twill, esperando que la fuerte nevada haya borrado mis huellas.

Prim viene a sentarse conmigo en el suelo y apoya la cabeza en mi rodilla. Chupamos caramelos de menta mientras le pongo uno de sus suaves mechones de pelo rubio detrás de la oreja.

—¿Cómo te ha ido en el colegio? —le pregunto.

—Bien. Nos han hablado de los derivados del carbón —dice. Miramos el fuego durante un rato—. ¿Te vas a probar tus vestidos de novia?

—Esta noche no, quizá mañana.

—Espera a que llegue a casa, ¿vale?

—Claro. —«Si no me detienen antes.»

Mi madre me da una taza de manzanilla con una dosis de jarabe para dormir y los párpados empiezan a caérseme de inmediato. Me venda el pie malo, y Peeta se ofrece voluntario para llevarme a la cama. Empiezo a apoyarme en su hombro, pero estoy tan temblorosa que acaba llevándome en brazos escalera arriba. Me arropa y me da las buenas noches, y yo le sujeto la mano y lo retengo. Un efecto secundario del jarabe es que desinhibe a la gente, como el licor blanco; sé que tengo que controlar mi lengua, pero no quiero que se vaya. De hecho, quiero que se meta en la cama conmigo, que esté aquí cuando lleguen las pesadillas. Por algún motivo que no logro discernir, sé que no puedo pedirselo.

—No te vayas, quédate hasta que me duerma.

Peeta se sienta en el borde de la cama y me calienta la mano entre las suyas.

—Cuando no llegaste a la hora de la cena creí que habías cambiado de idea.

Aunque estoy atontada, creo que sé a qué se refiere. Con la alambrada encendida, mi tardanza y los agentes esperando, pensó que había huido, quizá con Gale.

—No, te lo habría dicho —le aseguro. Me acerco su mano a la cara y me llevo el dorso a la mejilla. Huele a canela y eneldo, seguramente de los panes que habrá

horneado hoy. Quiero contarle lo de Twill, Bonnie y el levantamiento del Distrito 8, pero no es seguro y noto que me duermo, así que solo digo una frase más—: Quédate conmigo.

Mientras los tentáculos del sueño me atrapan, lo oigo susurrar una palabra que no llego a entender.

Mi madre me deja dormir hasta las doce y después me despierta para examinar el talón. Me ordena pasar una semana de reposo y no pongo objeciones, porque me siento fatal. No solo es el talón y la rabadilla, sino que me duele todo el cuerpo de cansancio. Así que dejo a mi madre cuidarme, darme el desayuno en la cama y ponerme encima otra colcha. Después me quedo tumbada mirando por la ventana el cielo invernal, pensando en cómo narices saldrá todo esto. Pienso mucho en Bonnie y Twill, en la pila de vestidos de novia de abajo, y en si Thread habrá averiguado cómo volví y si decidirá venir a detenerme. Es curioso, porque podría detenerme si quisiera por los delitos antiguos, pero quizá deba tener algo irrefutable de verdad para detener a una vencedora. Y me pregunto si el presidente Snow estará en contacto con Thread. A pesar de que seguramente desconociese la existencia del viejo Cray, ahora que soy un problema nacional, ¿estará dándole instrucciones precisas a Thread? ¿O el jefe de los agentes actúa solo? En cualquier caso, seguro que los dos están de acuerdo en mantenerme encerrada en el distrito con esa alambrada. Aunque encontrase la forma de escapar (quizá pudiera lanzar una cuerda a la rama de aquel arce y trepar), ya no hay forma de hacerlo con mi familia y mis amigos. De todos modos, le dije a Gale que me quedaría a luchar.

Me paso los días siguientes saltando cada vez que alguien llama a la puerta. Sin embargo, no aparece ningún agente de la paz, así que al final empiezo a relajarme. Me siento más segura todavía cuando Peeta me dice, como si tal cosa, que en algunas zonas de la alambrada no hay electricidad porque los equipos de trabajo están fijando la base de la valla al suelo. Thread debe de creer que me metí por debajo de algún modo, a pesar de la mortífera corriente que pasa por el metal. Es un cambio en el distrito ver a los agentes ocupados haciendo algo que no sea molestar a la gente.

Peeta viene a verme todos los días para traerme panecillos de queso y ayudarme con el trabajo en el libro de la familia, que es un objeto antiguo hecho de pergamino y cuero. Un herbolario de la familia de mi madre lo empezó hace siglos. El libro tiene páginas y más páginas llenas de dibujos a tinta de plantas, con descripciones de sus usos médicos. Mi padre añadió un capítulo sobre plantas comestibles que me sirvió de guía para mantenernos con vida después de su muerte. Durante mucho tiempo he querido plasmar en él mis conocimientos, las cosas que he aprendido por experiencia o por Gale, y después la información que obtuve cuando me entrenaba para los juegos. No lo hice porque no soy una artista y resulta imprescindible que las imágenes se dibujen con exactitud. Ahí es donde entra Peeta. Algunas de las plantas

ya las ha visto en persona, de otras tenemos muestras secas y otras tengo que describírselas. Él hace bocetos en sucio hasta que los considero correctos y puede dibujarlos en el libro. Después escribo con esmero todo lo que sé de la planta.

Es un trabajo tranquilo y absorbente que me ayuda a no pensar en mis problemas. Me gusta observar sus manos mientras hace florecer una página en blanco con sus trazos de tinta, añadiendo toques de color al libro, que antes era negro y amarillento. La expresión de Peeta cambia cuando se concentra; en vez de la placidez de siempre veo algo más intenso y distante que sugiere la existencia de todo un mundo encerrado en su interior. Ya lo había visto antes brevemente: en la arena, cuando habla delante de una multitud o aquella vez que apartó de mí las pistolas de los agentes de la paz en el Distrito 11. No sé bien cómo interpretarlo. También estoy algo obsesionada con sus pestañas; normalmente no se ven mucho porque son muy rubias, pero, de cerca, a la luz sesgada del sol que entra por la ventana, adquieren un suave tono dorado y parecen tan largas que no entiendo cómo no se le enredan cuando parpadea.

Una tarde, Peeta deja de sombrear una flor y me mira tan de repente que me sobresalto, como si me hubiese pillado espiándole, cosa que bien podría ser cierta. Sin embargo, se limita a decir:

—¿Sabes qué? Creo que es la primera vez que hacemos algo normal juntos.

—Sí —admito. Toda nuestra relación quedó marcada por los juegos. Nunca ha sido normal—. Está bien, para variar.

Todas las tardes me lleva a la planta de abajo para que cambie de paisaje, y yo me dedico a desquiciar a mi familia poniendo la televisión. Normalmente solo la vemos cuando es obligatorio, porque la mezcla de propaganda y exhibiciones de poder del Capitolio (incluidos los vídeos de setenta y cuatro años de Juegos del Hambre) es odiosa. Sin embargo, ahora busco algo especial, el sinsajo en el que Bonnie y Twill ponen sus esperanzas. Seguro que es una tontería, pero, si lo es, al menos quiero descartarla y borrar de mi cabeza para siempre la idea de que existe un próspero Distrito 13.

Lo primero que veo es una noticia sobre los Días Oscuros. Salen los restos quemados del Edificio de Justicia del Distrito 13 y vislumbro la parte de abajo, blanca y negra, del ala de un sinsajo que pasa volando por la esquina superior derecha de la pantalla. En realidad, eso no prueba nada, no es más que una filmación antigua que acompaña a una historia antigua.

No obstante, varios días después veo otra cosa que me llama la atención. La presentadora principal está leyendo una noticia sobre la escasez de grafito que afecta a la fabricación de artículos del Distrito 3. Después pasan a lo que se supone que es una retransmisión en directo de una periodista, enfundada en un traje protector, de pie delante de las ruinas del Edificio de Justicia del 13. A través de la máscara informa de que, por desgracia, un estudio acaba de determinar hoy mismo que las minas del

Distrito 13 siguen siendo demasiado tóxicas para su explotación. Fin de la historia. Pero, justo antes de que vuelvan a la presentadora, veo el inconfundible destello de la misma ala de sinsajo.

Habían incorporado a la periodista a la vieja filmación. No estaba en el Distrito 13, ni de lejos, lo que me lleva a preguntarme qué otra cosa habrá en el Distrito 13...



Después de aquello me cuesta mucho quedarme tumbada en la cama sin hacer nada. Quiero moverme, descubrir más sobre el Distrito 13 o ayudar a la causa contra el Capitolio. Sin embargo, tengo que seguir sentada atiborrándome de panecillos de queso y viendo a Peeta dibujar. Haymitch se pasa por aquí de vez en cuando para traerme noticias del pueblo, y siempre son malas: más personas castigadas o muriéndose de hambre.

El invierno ya llega a su fin cuando empiezo a usar el pie. Mi madre me da ejercicios para hacer y me deja caminar sola un poco. Una noche me voy a dormir decidida a ir al pueblo al día siguiente, pero, cuando me despierto, descubro a Venia, Octavia y Flavius sonriéndome.

—¡Sorpresa! —chillan—. ¡Hemos llegado antes!

Después del latigazo en la cara, Haymitch pospuso su visita varios meses para que me curase. Aunque no los esperaba hasta dentro de otras tres semanas, intento parecer encantada de que por fin haya llegado el momento de mi sesión de fotos nupciales. Mi madre colgó todos los vestidos para que estuviesen disponibles, pero, para ser sincera, no me he probado ni uno.

Después de los histerismos habituales sobre el deteriorado estado de mi belleza, los tres se ponen manos a la obra. Su mayor preocupación es mi cara, aunque creo que mi madre hizo un trabajo extraordinario, ya que solo queda una franja rosa pálido que me recorre el pómulos. El asunto del latigazo no es de dominio público, así que les digo que resbalé en el hielo y me corté. Entonces me doy cuenta de que fue la misma excusa que puse para la herida del pie, que me dará problemas cuando tenga que ponerme tacones. Sin embargo, Flavius, Octavia y Venia no son personas suspicaces, así que no hay problema.

Como tengo que estar sin vello unas horas, en vez de varias semanas, me afeitan en vez de hacerme la cera. A pesar de todo, tengo que meterme en una bañera llena de una sustancia desconocida, aunque no tan asquerosa como otras, y en un segundo pasan al cabello y el maquillaje. El equipo, como siempre, tiene miles de noticias que contarme, y yo hago lo que puedo por desconectar hasta que Octavia hace una observación que me interesa. En realidad no es más que un comentario de pasada sobre la imposibilidad de conseguir gambas para una fiesta, pero me llama la atención.

—¿Y por qué no conseguiste las gambas? ¿Es que no es temporada? —le pregunto.

—Ay, Katniss, ¡llevamos semanas sin tener marisco! —exclama Octavia—. Ya sabes, por los problemas con el tiempo en el Distrito 4.

Empiezo a darle vueltas a la cabeza: nada de marisco desde hace semanas; marisco del Distrito 4; la furia apenas contenida de la muchedumbre durante la Gira de la Victoria. Y, de repente, estoy convencida de que el Distrito 4 se ha rebelado.

Les pregunto como si nada sobre las demás dificultades que han tenido este invierno. No están acostumbrados a la escasez, así que cualquier pequeña interrupción del suministro tiene un gran impacto en sus vidas. Cuando terminan conmigo, lista para los vestidos, sus quejas sobre la falta de distintos productos (desde carne de cangrejo a *chips* musicales, pasando por lazos) ya me han informado sobre los distritos que quizá estén en plena rebelión. El marisco del Distrito 4; los aparatos electrónicos del Distrito 3; y, por supuesto, las telas del Distrito 8. La idea de un levantamiento tan generalizado me hace temblar de miedo y emoción.

Cuando me dispongo a hacerles más preguntas, aparece Cinna para abrazarme y comprobar el maquillaje. La cicatriz de la mejilla le llama la atención de inmediato. No sé por qué, pero estoy segura de que no se cree la historia del hielo, aunque no la cuestiona. Se limita a arreglarme los polvos de la cara y hace desaparecer lo que quedaba de la marca del latigazo.

En la planta de abajo han vaciado e iluminado el salón para la sesión de fotos. Effie se lo está pasando bomba dando órdenes a todo el mundo para cumplir los horarios. Supongo que eso es bueno, porque hay seis vestidos y cada uno de ellos requiere el tocado, los zapatos, las joyas, el peinado, el maquillaje, el escenario y la iluminación correspondientes. Encaje color crema con rosas rosa y tirabuzones. Satén color marfil con tatuajes dorados y plantas. Un vestido de diamantes con un velo enjoyado y luz de luna. Pesada seda blanca con mangas que caen de las muñecas hasta el suelo y perlas. En cuanto aprueban unas fotos, pasamos directamente a preparar las siguientes. Me siento como una masa de pan a la que amasan y dan forma una y otra vez. Mi madre consigue darme comida poco a poco y tragos de té mientras trabajan conmigo, pero, para cuando terminan, estoy muerta de hambre y cansancio. Aunque tenía la esperanza de poder pasar algún tiempo con Cinna, Effie se lleva a todo el mundo y tengo que conformarme con la promesa de una llamada telefónica.

Ya es de noche y me duelen los pies de tanto zapato demencial, así que descarto la idea de ir al pueblo. Subo las escaleras, me lavo las caras de maquillaje, acondicionadores y tintes, y bajo a secarme el pelo junto al fuego. Prim, que ha llegado a casa del colegio a tiempo para ver los dos últimos vestidos, charla sobre ellos con mi madre. Las dos parecen muy contentas con la sesión de fotos. Cuando

me voy a la cama me doy cuenta de que es porque lo ven como una señal de que estoy a salvo, de que el Capitolio ha perdonado mi intromisión con los latigazos, ya que nadie se mete en tanto lío y gastos por alguien al que planea matar. Ya, claro.

En mi pesadilla llevo puesto el traje de novia de seda, aunque está roto y lleno de barro. Las largas mangas se me enganchan sin parar en espinas y ramas mientras corro por el bosque. La manada de tributos, convertidos en mutaciones, se acerca cada vez más hasta que me alcanza y envuelve en una nube de aliento caliente y colmillos ensangrentados. Me despierto gritando.

Falta tan poco para el alba que no merece la pena intentar volver a dormirme. Además, hoy tengo que salir de verdad y hablar con alguien. A Gale no podré encontrarlo, porque estará en las minas, pero necesito a Haymitch, a Peeta o a quien sea para compartir el peso de todo lo que me ha sucedido desde que fui al lago: renegadas a la fuga, alambradas electrificadas, un Distrito 13 independiente, escasez de suministros en el Capitolio... Todo.

Desayuno con mi madre y Prim, y me voy en busca de un confidente. El aire es cálido y se notan esperanzadores indicios de primavera en él. Me parece que la primavera sería una buena estación para rebelarse. Todos se sienten menos vulnerables cuando termina el invierno. Me sorprende ver a Haymitch en su cocina tan temprano. Entro en su casa sin llamar y oigo a Hazelle arriba, barriendo los suelos de la casa, que ahora está impecable. Haymitch no está borracho como una cuba, aunque tampoco parece muy estable; supongo que los rumores sobre la vuelta al negocio de Ripper son ciertos. Justo cuando empiezo a pensar que lo mejor sería dejarlo volver a la cama, él sugiere que demos un paseo hasta el pueblo.

Como los dos nos entendemos casi sin palabras, en pocos minutos ya le he contado todo y él me ha contado también los rumores de levantamientos en los distritos 7 y 11. Si mi intuición es correcta, eso significaría que casi la mitad de los distritos han intentado rebelarse.

—¿Todavía crees que aquí no funcionará? —le pregunto.

—Sí, es pronto. Esos otros distritos son mucho más grandes. Los rebeldes tienen una oportunidad aunque la mitad de la población se quede en casa. Aquí, en el 12, tiene que ser todos o nada.

No había pensado en eso, en la desventaja de ser pocos.

—Pero quizá sí más adelante —insisto.

—Quizá, pero somos pequeños, débiles y no desarrollamos armas nucleares — responde él con algo de sarcasmo. No le emociona mucho mi historia del Distrito 13.

—¿Qué crees que harán con los distritos que se rebelan, Haymitch?

—Bueno, ya has oído lo que hicieron con el 8. Ya has visto lo que han hecho aquí, y eso sin que mediara ninguna provocación. Si las cosas se salen de quicio, creo que no les importaría destruir otro distrito, igual que hicieron con el 13. Para

convertirlos en ejemplo, ya sabes.

—Entonces, ¿crees que destruyeron de verdad el 13? Es decir, Bonnie y Twill tenían razón sobre lo del sinsajo.

—Vale, pero ¿qué prueba eso? En realidad, nada. Hay muchas razones para usar el metraje antiguo. Quizá sea más impresionante. Y es mucho más sencillo, ¿no? Mejor pulsar unos cuantos botones en la sala de edición que volar hasta allí para filmarlo. ¿Que el 13 se ha recuperado y que, además, el Capitolio los deja en paz? Suena como el típico rumor al que se aferra la gente desesperada.

—Lo sé, pero tenía esa esperanza.

—Exacto, porque estás desesperada.

No se lo discuto, porque es verdad, claro.

Prim vuelve a casa del colegio muy nerviosa. Los profesores han anunciado que esta noche hay programa televisivo obligatorio.

—¡Creo que es tu sesión de fotos! —exclama.

—No puede ser, Prim, hicieron las fotos ayer —le digo.

—Bueno, eso es lo que he oído.

Espero que se equivoque, todavía no he tenido tiempo para preparar a Gale. Desde los latigazos solo lo veo cuando viene a casa para que mi madre le examine las heridas, y a menudo tiene que ir los siete días de la semana a la mina. Por los pocos minutos que hemos podido pasar solos, cuando lo acompaño a su casa, entiendo que las medidas de Thread han aplastado los inicios de una posible rebelión en el 12. Él sabe que no voy a huir, pero también debe de saber que, si no nos rebelamos en el 12, mi destino es convertirme en la mujer de Peeta. Verme posar con preciosos vestidos de novia en la tele... ¿Cómo le va a sentar?

Cuando nos reunimos en torno al televisor a las siete y media descubro que Prim estaba en lo cierto. Efectivamente, ahí está Caesar Flickerman hablando a una multitud que lo observa de pie, enfrente del Centro de Entrenamiento, sobre mis próximas nupcias. Presenta a Cinna, que se ha convertido en una estrella de la noche a la mañana gracias a los trajes que me hizo para los juegos del año pasado. Al cabo de un minuto de charla amigable, nos piden que miremos la pantalla gigante.

Ahora veo cómo han podido fotografiarme ayer y presentar el especial esta noche. Al principio, Cinna diseñó doce vestidos de novia. Después se ha procedido a seleccionar los mejores diseños, crear los vestidos y elegir los accesorios. Al parecer, en el Capitolio han tenido la oportunidad de votar por los favoritos al final de cada etapa. Todo esto culmina con imágenes mías con los últimos seis vestidos; seguro que no han tardado nada en introducirlas en el espectáculo. La multitud reacciona ante cada imagen. La gente grita y vitorea a sus favoritos, y abuchea a los que no les gustan. Como han votado y, probablemente, apostado por el ganador, todos están muy interesados en mi vestido de novia. Es extraño verlo, teniendo en cuenta que ni

siquiera me molesté en probármelos antes de que llegaran las cámaras. Caesar anuncia que los interesados tienen hasta las doce del día siguiente para votar a su favorito.

—¡Hagamos que Katniss Everdeen se case con estilo! —aúlla a la multitud. Estoy a punto de apagar la tele, pero Caesar nos pide que sigamos pendientes del otro gran acontecimiento de la noche—. Efectivamente, este año se celebra el setenta y cinco aniversario de los Juegos del Hambre, ¡y eso significa que ha llegado el momento del Vasallaje de los Veinticinco!

—¿Qué harán? —pregunta Prim—. Todavía faltan meses.

Nos volvemos hacia nuestra madre, que parece solemne y distante, como si rememorase algo.

—Debe de ser la lectura de la tarjeta.

Suena el himno y la garganta se me contrae de asco al ver al presidente Snow subir al escenario. Lo sigue un joven con traje blanco que sostiene una sencilla caja de madera. Termina el himno y el presidente empieza a hablar para recordarnos a todos los Días Oscuros en los que nacieron los Juegos del Hambre. Cuando se elaboraron las reglas de los juegos, se determinó que cada veinticinco años el aniversario se conmemoraría con el Vasallaje de los Veinticinco. Sería una versión ampliada de los juegos en memoria de los asesinados por la rebelión de los distritos.

La alusión no podía ser más directa, ya que sospecho que ahora mismo se están rebelando varios distritos.

El presidente Snow nos cuenta lo que sucedió en los anteriores vasallajes.

—En el veinticinco aniversario, como recordatorio a los rebeldes de que sus hijos morían por culpa de su propia violencia, todos los distritos tuvieron que celebrar elecciones y votar a los tributos que los representarían.

Me pregunto qué sentirían al elegir a los niños que iban a la arena. Creo que es peor ver que te traicionan tus propios vecinos que ver cómo sacan tu nombre de la urna de la cosecha.

—En el cincuenta aniversario —sigue diciendo el presidente—, como recordatorio de que murieron dos rebeldes por cada ciudadano del Capitolio, todos los distritos enviaron el doble de tributos de lo acostumbrado.

Me imagino enfrentándome a cuarenta y siete enemigos, en vez de a veintitrés. Peores probabilidades, menos esperanza y, al final, más niños muertos. Ése fue el año de la victoria de Haymitch...

—Tenía una amiga que fue ese año —dice mi madre en voz baja—. Maysilee Donner. Sus padres eran los dueños de la tienda de golosinas. Después de aquello me dieron el pájaro cantor de su hija, un canario.

Prim y yo nos miramos. Es la primera vez que oímos hablar de Maysilee Donner, quizá porque mi madre era consciente de que no nos habría gustado saber cómo

murió.

—Y ahora llegamos a nuestro tercer Vasallaje de los Veinticinco —dice el presidente. El niño de blanco da un paso adelante y sostiene en alto la caja mientras él la abre. Vemos las ordenadas filas de sobres amarillentos en vertical. El que diseñó el sistema de vasallajes se había preparado para varios siglos de Juegos del Hambre. El presidente extrae un sobre marcado claramente con un 75, mete el dedo bajo la solapa y saca un cuadradito de papel. Sin vacilación, lee—: En el setenta y cinco aniversario, como recordatorio a los rebeldes de que ni siquiera sus miembros más fuertes son rivales para el poder del Capitolio, los tributos elegidos saldrán del grupo de los vencedores.

Mi madre deja escapar un chillido ahogado y Prim se tapa la cara con las manos, pero yo me siento como la gente que veo en el televisor, en la multitud, algo desconcertada. ¿Qué quiere decir? ¿El grupo de los vencedores?

Entonces lo entiendo, entiendo lo que quiere decir, al menos para mí: el Distrito 12 solo tiene tres vencedores entre los que elegir, dos hombres y una mujer...

Tengo que volver a la arena.



Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro; salgo corriendo por la puerta, cruzo el césped de la Aldea de los Vencedores y me interno en la oscuridad. La humedad del suelo empapado me moja los calcetines y me doy cuenta de lo frío que es el viento, pero no paro. ¿Adónde? ¿Adónde ir? Al bosque, claro. Hasta que no llego a la alambrada no oigo el zumbido que me hace recordar lo atrapada que estoy realmente. Retrocedo, jadeando, me vuelvo y salgo corriendo otra vez.

Lo siguiente que sé es que estoy a cuatro patas en el sótano de una de las casas vacías de la Aldea. Unos débiles rayos de luz de luna entran a través de los huecos de las ventanas que hay por encima de mi cabeza. Tengo frío, estoy mojada y me siento exhausta, aunque mi intento de huida no ha servido para aliviar la histeria que crece dentro de mí. Me ahogará si no la dejo salir. Hago una bola con la parte delantera de la blusa, me la meto en la boca y empiezo a gritar. No sé cuánto tiempo estoy así, pero, cuando paro, apenas me queda voz.

Me hago un ovillo, tumbada de lado, y contemplo los parches de luz de luna que se forman en el suelo de cemento. Volver a la arena, volver al origen de las pesadillas. Ahí es a donde voy. Tengo que reconocer que no lo vi venir; me imaginé un montón de cosas: humillación pública, tortura y ejecución; huir por el bosque, perseguida por agentes de la paz y aerodeslizadores; casarme con Peeta y ver cómo obligan a nuestros hijos a ir a la arena. Sin embargo, nunca me imaginé volviendo a los juegos. ¿Por qué? Porque no hay precedentes. Los vencedores quedan fuera de la cosecha de por vida, es el trato si ganas..., hasta ahora.

Veo unas sábanas, de esas que usan para cubrir los muebles cuando se pinta. Me las pongo encima, como una manta. A lo lejos, alguien me llama, pero en este momento ni siquiera deseo pensar en las personas que más quiero. Sólo pienso en mí y en lo que me espera.

La sábana me da calor, a pesar de lo tibia que está. Los músculos se me relajan, el corazón se me calma. Veo la caja de madera en las manos del niño y al presidente Snow sacando el sobre amarillento. ¿De verdad se trata del Vasallaje de los Veinticinco escrito hace setenta y cinco años? Parece poco probable, es una respuesta demasiado perfecta para los problemas a los que se enfrenta ahora mismo el Capitolio. Se libran de mí y someten a los distritos de un solo golpe.

Oigo la voz del presidente Snow: «En el setenta y cinco aniversario, como

recordatorio a los rebeldes de que ni siquiera sus miembros más fuertes son rivales para el poder del Capitolio, los tributos elegidos saldrán del grupo de los vencedores».

Sí, los vencedores son nuestros miembros más fuertes, son los que han sobrevivido a la arena y escapado del yugo de la pobreza que nos frena a los demás. Son, o mejor dicho, somos la personificación de la esperanza cuando no hay esperanza. Y ahora veintitrés de nosotros moriremos para demostrar que incluso esa esperanza era ilusoria.

Me alegra haber ganado el año pasado. De lo contrario conocería a los demás vencedores, no solo por la televisión, sino porque son invitados en todos los juegos. Aunque no tengan que ser tutores, como siempre le ha pasado a Haymitch, la mayoría regresa al Capitolio una vez al año para el acontecimiento. Creo que muchos son amigos entre ellos, mientras que yo solo tengo que preocuparme por matar a Peeta o a Haymitch. ¡A Peeta o a Haymitch!

Me levanto de golpe y aparto la sábana. ¿En qué estaba pensando? Bajo ninguna circunstancia mataría a Peeta o a Haymitch, pero uno de ellos estará en la arena conmigo, eso es un hecho. Puede que incluso hayan decidido entre ellos quién irá. Sea cual sea el elegido, el otro tendrá la opción de presentarse voluntario para ocupar su lugar, y ya sé lo que pasará: Peeta le pedirá a Haymitch que lo deje ir a la arena conmigo, pase lo que pase. Por mí, para protegerme.

Doy tumbos por el sótano buscando la salida. ¿Cómo he llegado hasta este lugar? Subo a tientas los escalones que dan a la cocina y veo que la ventana de cristal de la puerta está destrozada. Supongo que por eso me sangra la mano. Corro de vuelta a la noche y me voy directa a la casa de Haymitch. Está sentado a solas a la mesa de la cocina con una botella medio vacía de licor blanco en un puño y un cuchillo en la otra. Borracho como una cuba.

—Ah, aquí estás, hecha polvo. Por fin te salieron las cuentas, ¿no, preciosa? ¿Has caído en que no irás sola? Y ahora me vienes a pedir... ¿el qué?

No respondo. La ventana está abierta de par en par y el viento me azota como si estuviese fuera.

—Debo reconocer que al chico le resultó más fácil. Llegó incluso antes de poder abrir la botella y me suplicó que le diese otra oportunidad de participar. Pero ¿qué me vas a decir tú? —pregunta, y se pone a imitar mi voz—: ¿«Ocupa su lugar, Haymitch, porque, en igualdad de condiciones, preferiría que fuese Peeta y no tú el que tuviese la oportunidad de seguir con su vida»?

Me muerdo el labio porque, una vez que lo ha dicho, me temo que eso es justo lo que quiero, que Peeta viva, aunque signifique la muerte de Haymitch. No, no es verdad. Aunque es odioso, Haymitch ahora es mi familia. «¿Para qué he venido? —pienso—. ¿Qué quiero de él?»

—He venido a beber —digo.

Él se echa a reír y deja la botella en la mesa con un buen golpe. Limpio el borde con la manga y le doy dos tragos antes de sufrir un ataque de tos. Tardo unos minutos en recuperar la compostura, y los ojos y la nariz siguen pringados, pero noto el licor dentro de mí como si fuese fuego; me gusta.

—Quizá deberías ir tú —afirmo, en plan pragmático, mientras acerco una silla—. De todos modos, odias la vida.

—Muy cierto. Y como la última vez intenté mantenerte viva a ti..., al parecer esta vez me veo obligado a salvar al chico.

—Es otra buena razón —respondo; me sueno la nariz y vuelvo a servirme.

—Peeta dice que, como te elegí a ti, ahora le debo una, lo que él quiera. Y lo que quiere es la oportunidad de ir de nuevo a la arena para protegerte.

Lo sabía. En ese sentido, Peeta es bastante predecible. Mientras yo me tiraba en el suelo de aquel sótano para lamentarme por mi suerte, pensando solo en mis problemas, él estaba aquí, pensando solo en mí. Decir que siento vergüenza no es lo bastante fuerte para expresar cómo estoy.

—Ni viviendo cien vidas llegarías a merecerte a ese chico. Lo sabes, ¿no?

—Sí, sí —respondo, brusca—. Está claro, él es el mejor de este trío. Bueno, ¿qué piensas hacer?

—Ni idea —responde Haymitch, suspirando—. Quizá volver a la arena contigo, si puedo. Si sacan mi nombre en la cosecha, da igual, porque él se presentará voluntario para ocupar mi lugar.

—Para ti sería una pesadilla estar en la arena, ¿verdad? —le pregunto, después de guardar silencio un momento—. Conoces a todos los demás.

—Oh, creo que podemos afirmar con total seguridad que será insoportable esté donde esté —replica. Después señala la botella con la cabeza—. ¿Me la devuelves ya?

—No —respondo, abrazándola. Haymitch saca otra de debajo de la mesa y abre el tapón de rosca. En ese momento me doy cuenta de que no he venido solo para beber, que hay otra cosa que quiero de Haymitch.

—Vale, ya sé lo que quiero pedirte —le digo—. Si al final vamos Peeta y yo a los juegos, esta vez intentaremos mantenerlo a él con vida. —Algo se vislumbra brevemente en sus ojos inyectados en sangre: dolor—. Como has dicho, lo pasarás mal lo hagas como lo hagas. Da igual lo que Peeta quiera, le toca a él salvarse. Los dos se lo debemos —insisto, en tono de súplica—. Además, el Capitolio me odia tanto que puedo darme por muerta, pero quizá él tenga una oportunidad. Por favor, Haymitch, dime que me ayudarás.

El frunce el ceño mirando la botella, sopesando mis palabras.

—De acuerdo —acepta, al fin.

—Gracias —respondo. No quiero ir a ver a Peeta, aunque debería. Me da vueltas la cabeza por culpa del alcohol y estoy tan destrozada que no sé qué me podría obligar a prometer. No, ahora tengo que ir a casa para enfrentarme a Prim y mi madre.

Mientras subo como puedo los escalones de la entrada, la puerta principal se abre y Gale me abraza.

—Me equivoqué, tendríamos que habernos ido cuando lo dijiste —susurra.

—No. —Me cuesta concentrarme y el licor se sale de la botella y se derrama por la espalda de la chaqueta de Gale, aunque a él no parece importarle.

—No es demasiado tarde —insiste.

Por encima de sus hombros veo a mi madre y a Prim abrazadas en el umbral. Nosotros huimos, ellas mueren. Y, además, tengo que proteger a Peeta. Fin de la discusión.

—Sí, sí que lo es.

Me ceden las rodillas y él me sujeta. Finalmente, el alcohol me puede y oigo cómo la botella de cristal se rompe contra el suelo. Parece apropiado que se escape de mi control, como todo lo demás.

Cuando despierto, apenas consigo llegar al baño antes de que el licor blanco haga su reaparición. Quema tanto al salir como al entrar, y el sabor es el doble de malo. Después de vomitar sigo temblorosa y sudorosa, aunque, al menos, la mayor parte del alcohol está ya fuera de mi cuerpo. En cualquier caso, buena parte de él logró entrar en mi torrente sanguíneo, así que tengo un dolor de cabeza palpitante, la boca seca y el estómago ardiendo.

Abro el grifo de la ducha y me pongo debajo de la cálida lluvia un minuto antes de darme cuenta de que no me he quitado la ropa interior. Mi madre me habrá quitado la exterior, que estaba asquerosa, antes de meterme en la cama. Tiro la ropa mojada al lavabo y me enjabono la cabeza con champú. Me pican las manos, y entonces veo los puntos pequeños y ordenados que me cruzan la palma de una mano y el dorso de la otra. Recuerdo vagamente romper aquella ventana de cristal anoche. Me restriego de pies a cabeza, aunque me detengo una vez para volver a vomitar en la misma ducha. No es más que bilis y el sumidero se la traga con las perfumadas burbujas.

Por fin limpia, me pongo la bata y vuelvo a la cama sin hacer caso del pelo chorreando. Me meto debajo de las mantas, segura de que así es como se siente alguien cuando lo envenenan. Las pisadas en las escaleras hacen que note de nuevo el pánico de anoche; no estoy lista para ver a mi familia. Tengo que parecer tranquila y segura, igual que cuando nos despedimos el día de la última cosecha. Tengo que ser fuerte. Consigo sentarme en la cama, me aparto el pelo mojado de las sienes (que me siguen palpitando) y me preparo para el encuentro. Aparecen en la puerta con té, tostadas y caras de preocupación. Abro la boca para hacer algún chiste, pero, de

repente, rompo a llorar.

Buen intento.

Mi madre se sienta en la cama y Prim se tumba a mi lado, para abrazarme entre las dos e intentar tranquilizarme hasta que me agoto de tanto llorar. Después mi hermana busca una toalla, me seca el pelo y lo desenreda, mientras mi madre me convence para tomar té y una tostada. Me ponen un pijama calentito, me echan más mantas encima y yo me vuelvo a dormir.

Por la luz sé que es última hora de la tarde cuando me despierto. Hay un vaso de agua en la mesita de noche y me lo bebo a toda velocidad. A pesar de que el estómago y la cabeza todavía no se han recuperado, me siento mucho mejor que ayer, así que me levanto, me visto y me trenzo el pelo. Antes de bajar me detengo en lo alto de las escaleras, algo avergonzada por la forma en que he reaccionado ante las noticias del Vasallaje de los Veinticinco: mi errática huida, la borrachera con Haymitch y el llanto. Dadas las circunstancias, supongo que me merezco un día de indulgencia, aunque me alegro de que no estuviesen las cámaras para verlo.

Abajo, mi madre y Prim me abrazan otra vez, pero no están demasiado emotivas. Sé que se controlan para facilitarme las cosas. Miro a Prim y me resulta difícil creer que es la misma niña frágil que dejé atrás el día de la cosecha de hace nueve meses. Aquella terrible experiencia y todo lo que ha pasado después (la crueldad en el distrito, el desfile de enfermos y heridos que a menudo trata sola, porque mi madre está muy ocupada) la han envejecido varios años. Además, ha crecido bastante; ya casi somos de la misma altura, aunque no es eso lo que la hace parecer tan mayor.

Mi madre me sirve un tazón de caldo y le pido otro para llevárselo a Haymitch. Después me voy a su casa. Él acaba de levantarse y lo acepta sin hacer comentarios; nos quedamos sentados, casi plácidamente, sorbiendo el caldo y contemplando la puesta de sol por la ventana de su salón. Oigo a alguien caminar por la planta de arriba y supongo que es Hazelle, pero, pocos minutos después, aparece Peeta y tira una caja de cartón llena de botellas vacías de licor en la mesa.

—Ya está hecho —dice.

Haymitch tiene que utilizar toda su energía para concentrarse en las botellas, así que hablo yo.

—¿Qué está hecho?

—He tirado todo el licor por el desagüe.

Eso parece sacar a Haymitch de su estupor.

—¿Que has hecho qué? —exclama, tocando la caja, incrédulo.

—Lo he tirado todo.

—Comprará más —comento.

—No, no lo hará —responde Peeta—. He buscado a Ripper esta mañana y le he dicho que la delataría a los agentes si os vendía algo a cualquiera de los dos. También

le he dado dinero, por si acaso, pero no creo que tenga ganas de volver a caer en manos de los agentes de la paz.

Haymitch intenta acuchillarlo con su navaja, y Peeta lo esquivo con tal facilidad que casi resulta patético. Me enfurezco.

—Lo que él haga no es asunto tuyo —le digo a Peeta.

—Claro que es asunto mío. Pase lo que pase, dos de nosotros vamos a volver a la arena con el tercero como mentor. No podemos permitirnos borrachos en este equipo, sobre todo si se trata de ti, Katniss.

—¿Qué? —le espeto, indignada, aunque resultaría más convincente sin la resaca—. Anoche fue la primera vez que he estado borracha.

—Sí, y mira qué pinta tienes —dice Peeta.

No sé qué esperaba de mi primera reunión con él después del anuncio, quizá unos cuantos abrazos y besos, un poco de consuelo, pero no esto. Me vuelvo hacia Haymitch.

—No te preocupes, te conseguiré más licor.

—Entonces os entregaré a los dos. Así os despejaréis en la cárcel —asegura Peeta.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —pregunta Haymitch.

—Pues que dos de nosotros vamos a volver a casa del Capitolio: un mentor y un vencedor —responde Peeta—. Effie me va a enviar grabaciones de todos los vencedores que siguen con vida. Vamos a ver sus juegos y a aprender todo lo que podamos sobre su forma de luchar. Vamos a engordar y ponernos fuertes. Vamos a empezar a actuar como profesionales. Y uno de nosotros vencerá de nuevo, ¡os guste o no! —Abandona la habitación a toda prisa y sale por la entrada principal dando un portazo.

—No soporto a la gente que se cree moralmente superior —comento.

—Nadie la soporta —responde Haymitch, que ha empezado a sorber los restos de las botellas vacías.

—Tú y yo. Ésas son las dos personas que pretende devolver a casa.

—Pues se va a llevar una sorpresa —dice Haymitch.

Sin embargo, después de unos cuantos días, accedemos a comportarnos como tributos profesionales, porque también es la mejor forma de preparar a Peeta. Todas las noches vemos los resúmenes de los juegos en los que ganaron los vencedores que siguen vivos. Me doy cuenta de que no conocí a ninguno en la Gira de la Victoria, lo que, ahora que lo pienso, me parece raro. Cuando saco el tema, Haymitch responde que al presidente Snow no le convenía en absoluto mostrarnos a Peeta y a mí (sobre todo a mí) haciendo amistad con otros vencedores en los distritos que podían rebelarse. Los vencedores tienen una posición social especial y, si daba la impresión de que apoyaban mi desafío al Capitolio, se convertirían en un peligro político. Al

hacer las cuentas, calculo que algunos de nuestros oponentes serán ancianos, lo que resulta tanto triste como alentador. Peeta toma copiosas notas, Haymitch ofrece información sobre sus personalidades y, poco a poco, empezamos a conocer a la competencia.

Todas las mañanas hacemos ejercicio para fortalecernos. Corremos, levantamos cosas y estiramos los músculos. Todas las tardes trabajamos en nuestras habilidades de combate, lanzamos cuchillos, nos enfrentamos cuerpo a cuerpo; incluso les enseñó a trepar árboles. En teoría, los tributos no pueden entrenarse, pero nadie intenta detenernos. En cualquier caso, en los años normales, los tributos de los distritos 1, 2 y 4 aparecen sabiendo blandir lanzas y espadas. Esto no es nada, en comparación.

Después de tantos años de maltrato, el cuerpo de Haymitch se resiste a mejorar. Aunque sigue siendo muy fuerte, se queda sin aliento con una carrera de nada. Y cabría pensar que un tío que duerme todas las noches con un cuchillo sabría cómo acertar con uno en la pared de una casa, pero las manos le tiemblan tanto que tarda semanas en conseguirlo.

Por otro lado, a Peeta y a mí nos sienta muy bien el nuevo régimen. Además, me da algo que hacer, nos da a todos algo que hacer aparte de aceptar la derrota. Mi madre nos pone una dieta especial para ganar peso. Prim cuida de nuestros doloridos músculos. Madge nos pasa en secreto los periódicos del Capitolio que le llegan a su padre. Los pronósticos sobre quién será el vencedor de los vencedores nos sitúan entre los favoritos. Incluso Gale aparece en escena los domingos y, pese a que no aprecia ni a Peeta ni a Haymitch, nos enseña todo lo que sabe sobre trampas. A mí me resulta extraño estar en una misma conversación con Peeta y Gale a la vez, aunque ellos parecen haber dejado a un lado los problemas que puedan tener con respecto a mí.

Una noche, mientras acompaño a Gale a su casa, me llega a reconocer:

—Sería mejor si resultara más fácil odiarlo.

—Dímelo a mí —contesto—. Si hubiera podido odiarlo en la arena, ahora no estaríamos todos en este lío. Él habría muerto, y yo sería una vencedora feliz y sola.

—¿Y dónde estaríamos nosotros, Katniss? —me pregunta.

Guardo silencio, sin saber qué responder. ¿Dónde estaría yo con mi supuesto primo, que no sería mi primo de no ser por Peeta? ¿Me habría besado y yo le habría devuelto el beso de haber tenido la libertad para hacerlo? En otras circunstancias, ¿me habría abierto a él, tentada por la seguridad del dinero, la comida y la ilusión de estar a salvo por ser una vencedora? Sin embargo, siempre nos acecharía la cosecha, acecharía a nuestros hijos. Daba igual lo que yo quisiera...

—Cazando, como cada domingo —respondo. Sé que no era una pregunta literal, pero es lo más sincero que puedo decirle. Gale sabe que lo elegí a él antes que a Peeta al no huir. Para mí no tiene sentido hablar de lo que podría haber sido. Aunque

hubiese matado a Peeta en la arena, seguiría sin querer casarme con nadie. Sólo me prometí para salvar vidas, y mira cómo salió.

En cualquier caso, me temo que cualquier tipo de escena emotiva con Gale lo empujaría a hacer algo drástico, como empezar el levantamiento en las minas, y, como dice Haymitch, el Distrito 12 no está preparado para eso. Si acaso, está menos preparado que antes del anuncio del vasallaje, porque, a la mañana siguiente, otros cien agentes de la paz llegan en el tren.

Como no pretendo volver con vida por segunda vez, cuanto antes me deje marchar Gale, mejor. Pienso decirle un par de cosas después de la cosecha, cuando nos permitan despedirnos. Quiero que sepa lo esencial que ha sido para mí durante todos estos años, lo mucho que ha mejorado mi vida gracias a él, gracias a quererlo, aunque sea de la limitada forma que puedo ofrecerle.

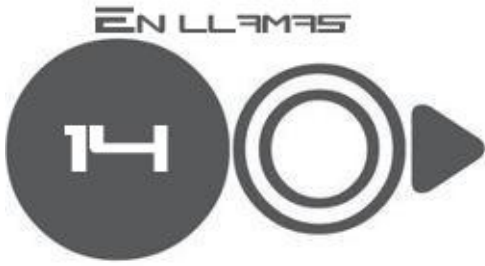
Pero no tengo esa oportunidad.

El día de la cosecha hace un calor bochornoso. La población del Distrito 12 espera en la plaza, sudando en silencio y vigilada con metralletas. Yo estoy sola en una pequeña zona delimitada con cuerdas, y Peeta y Haymitch están en un corral similar a mi derecha. La cosecha dura un minuto. Effie, reluciente con una peluca de metal dorado, no exhibe su brío de siempre. Tiene que agarrarse a la urna de las chicas durante un rato para conseguir sacar el trozo de papel en el que todos saben que está mi nombre. Después saca el nombre de Haymitch. El hombre apenas tiene tiempo de dedicarme una mirada triste antes de que Peeta se ofrezca voluntario para sustituirlo.

Nos llevan de inmediato al Edificio de Justicia, donde nos espera Thread, el jefe de los agentes de la paz.

—Nuevo procedimiento —anuncia, sonriendo, y nos empujan hacia la puerta trasera, al interior de un coche que nos lleva a la estación de tren. No hay cámaras en el andén, ni gente para despedirnos. Aparecen Haymitch y Effie, escoltados por guardias, y los agentes se apresuran a meternos en el tren y cierran la puerta. Las ruedas empiezan a girar.

Me quedo mirando la ventana, observando cómo desaparece el Distrito 12, con todas las despedidas pegadas a los labios.



Sigo en la ventana hasta mucho después de que el bosque se trague mi hogar. Esta vez ni siquiera tengo la vaga esperanza de regresar. Antes de los primeros juegos le prometí a Prim que haría todo lo posible por ganar, y ahora me he jurado a mí misma que haré todo lo posible por mantener a Peeta con vida. Nunca haré el viaje de vuelta.

Ya había pensado las últimas palabras que dedicaría a mis seres queridos, la mejor forma de cerrar las puertas y dejarlos a todos tristes, pero a salvo al otro lado. El Capitolio me ha robado hasta eso.

—Les escribiremos cartas, Katniss —dice Peeta detrás de mí—. Así será mejor, les dará algo nuestro a lo que aferrarse. Haymitch se las hará llegar si... si hace falta.

Asiento y me voy directa a mi habitación. Me siento en la cama, sabiendo que nunca escribiré esas cartas. Serán como el discurso que intenté escribir en honor a Rue y Thresh en el Distrito 11: en mi cabeza estaba todo claro y las palabras surgieron sin problemas cuando estuve delante de la multitud, pero no delante del papel. Además, se suponía que irían acompañadas de abrazos y besos, una caricia del pelo de Prim, otra de la cara de Gale, un apretón de la mano de Madge. No puedo decírselo acompañado de una caja de madera con mi frío cadáver dentro.

Demasiado desconsolada para llorar, lo único que quiero es acurrucarme en la cama y dormir hasta que lleguemos al Capitolio mañana por la mañana. Sin embargo, tengo una misión; no, es más que una misión, es mi último deseo: mantener a Peeta con vida. Aunque parezca poco probable teniendo en cuenta la rabia del Capitolio, es importante que esté en plena forma, y eso no pasará si me quedo lamentándome por todas las personas de casa a las que quiero. «Vamos allá —me digo—. Despídetes y olvídate de ellos.»

Hago lo que puedo, los libero como si fuesen pájaros en una jaula cuya puerta vuelvo a cerrar para evitar que regresen.

Cuando Effie llama a la puerta para la cena, estoy vacía, pero la ligereza no es del todo desagradable.

La comida está poco animada, tanto que, de hecho, guardamos silencio durante largos períodos, solo interrumpidos por el cambio de platos. Una sopa fría de puré de vegetales; pasteles de pescado con un cremoso paté de lima; aquellos pajaritos rellenos de salsa de naranja, con arroz salvaje y berros; natillas de chocolate salpicadas de cerezas.

Peeta y Effie intentan iniciar alguna conversación, sin éxito.

—Me encanta tu nuevo pelo, Effie —comenta Peeta.

—Gracias. Lo pedí expresamente para que fuese a juego con el broche de Katniss. Pensaba conseguirte una pulsera dorada para el tobillo y quizá un brazalete de oro para Haymitch, o algo así, para que parezcamos todos un equipo.

Está claro que Effie no sabe que mi sinsajo ahora es un símbolo de los rebeldes, al menos en el Distrito 8. En el Capitolio no es más que un recordatorio divertido de unos Juegos del Hambre especialmente emocionantes. ¿Qué otra cosa iba a ser? Los rebeldes de verdad no pondrían un símbolo secreto en algo tan duradero como una joya. Lo dibujarían en una galleta de pan que pudiera comerse en un segundo, en caso necesario.

—Creo que es una gran idea —dice Peeta—. ¿Qué te parece, Haymitch?

—Sí, lo que queráis —responde Haymitch. No está bebiendo, pero me doy cuenta de que le encantaría. Los camareros se llevaron la copa de vino de Effie cuando ella vio el esfuerzo que hacía su compañero, pero Haymitch seguía en un estado lamentable. De haber sido él el tributo, no le debería nada a Peeta y podría emborracharse todo lo que quisiera. Ahora va a tener que hacer lo que esté en su mano por mantenerlo con vida en una arena llena de viejos amigos, y seguramente fracasará.

—Quizá podríamos buscarte una peluca —comento, intentando bromear. Él me mira como diciendo que lo deje en paz, y todos volvemos a comernos las natillas en silencio.

—¿Queréis que veamos los resúmenes de las cosechas? —pregunta Effie mientras se limpia las comisuras de los labios con una servilleta de lino blanco.

Peeta va a por su cuaderno con las notas sobre los vencedores y nos reunimos en el compartimento del televisor para ver quiénes serán nuestros enemigos. Estamos todos preparados cuando empieza a sonar el himno que da comienzo a los resúmenes de las ceremonias de los doce distritos.

En toda la historia de los juegos ha habido un total de setenta y cinco vencedores. Cincuenta y nueve siguen vivos. Reconozco muchas de sus caras, ya sea por verlos de tributos o de mentores en anteriores juegos, o por haber visto hace poco sus grabaciones de vencedores. Algunos están tan mayores o destrozados por enfermedades, drogas o la bebida que no logro ubicarlos. Como cabría esperar, en los distritos 1, 2 y 4 es donde más tributos profesionales hay. No obstante, todos los distritos han logrado arañar al menos un vencedor y una vencedora.

Las cosechas avanzan deprisa. Peeta coloca con minuciosidad una estrella junto a los nombres de los tributos elegidos. Haymitch observa, vacío de emociones, mientras sus amigos suben al escenario. Effie hace comentarios ahogados y afligidos como: «Oh, no, Cecelia no». O: «Bueno, a Chaff nunca le ha gustado perderse una

buena pelea». También suspira con frecuencia.

En cuanto a mí, intento tomar notas mentales de los demás tributos pero, como el año pasado, solo me quedo con unos cuantos. Están los guapos hermanos, hombre y mujer, del Distrito 1 que ganaron en años consecutivos cuando yo era pequeña. Brutus, un voluntario del Distrito 2, que debe de tener al menos cuarenta años y, al parecer, está deseando volver a la arena. Finnick, el atractivo chico de cabello de bronce del Distrito 4 que fue coronado hace diez años, a la edad de catorce. También llaman a una joven histérica de cabello castaño al viento en el Distrito 4, aunque la reemplaza rápidamente una voluntaria, una anciana de ochenta años que necesita un bastón para llegar al escenario. Después está Johanna Mason, la única vencedora con vida del Distrito 7, que ganó hace unos cuantos años fingiendo ser una enclenque. La mujer del 8 a quien Effie ha llamado Cecelia parece tener unos treinta años y debe separarse de tres niños que la aferran con fuerza. También eligen a Chaff, un hombre del 11 muy amigo de Haymitch.

Después me llaman a mí y a Haymitch. Y Peeta se ofrece voluntario. Una de las presentadoras llega a ponerse llorosa porque, al parecer, la suerte nunca estará de parte de los trágicos amantes del Distrito 12. Después se calma y dice que seguro que son «¡los mejores Juegos del Hambre de la historia!».

Haymitch sale del compartimento sin decir palabra, y Effie, después de unos cuantos comentarios inconexos sobre los tributos, nos da las buenas noches. Me quedo sentada mirando cómo Peeta arranca las páginas de los vencedores no seleccionados.

—¿Por qué no duermes un poco? —me dice.

«Porque no puedo soportar las pesadillas, no sin ti», pienso. Estas noches serán horribles, pero no puedo pedirle que venga a dormir conmigo. Apenas nos hemos tocado desde la noche en que azotaron a Gale.

—¿Qué vas a hacer tú? —le pregunto.

—Revisar mis notas un rato. Así me haré una buena idea de a qué nos enfrentamos. Aunque tendré que repasarlo contigo por la mañana. Vete a la cama, Katniss.

Así que me voy a la cama y, efectivamente, al cabo de pocas horas me despierto de una pesadilla en la que la anciana del Distrito 4 se transforma en un roedor gigante y me mordisquea la cara. Sé que estaba gritando, pero no viene nadie, ni Peeta, ni uno de los ayudantes del Capitolio. Me pongo una bata para intentar librarme de la piel de gallina. Me resulta imposible quedarme en el compartimento, así que decido ir en busca de alguien que me prepare un té, un chocolate caliente o lo que sea. Quizá Haymitch siga levantado; seguro que no está dormido.

Le pido leche caliente a un ayudante, porque es la cosa más relajante que se me ocurre. Como oigo voces en la sala de la televisión, entro y me encuentro con Peeta,

que tiene al lado de él, en el sofá, la caja que envió Effie con las cintas de los anteriores Juegos del Hambre. Reconozco el episodio en el que Brutus se proclamó vencedor.

Peeta se levanta y para el vídeo cuando me ve.

—¿No puedes dormir?

—No mucho —respondo. Me tapo más con la bata al recordar a la anciana que se transformaba en roedor.

—¿Quieres hablar de ello?

A veces hablar ayuda, pero sacudo la cabeza; me hace sentir débil que me atormente la gente contra la que todavía no he luchado.

Cuando Peeta extiende los brazos voy directa a ellos. Es la primera vez que me ofrece un gesto de cariño desde que anunciaron el Vasallaje de los Veinticinco. Hasta ahora se ha comportado como un entrenador muy exigente, siempre presionando, siempre insistiendo en que Haymitch y yo corramos más deprisa, comamos más y conozcamos mejor al enemigo. ¿Amante? Ni de lejos. Incluso dejó de fingir ser mi amigo. Le abrazo con fuerza el cuello antes de que pueda ordenarme que haga flexiones o algo parecido. Lo que en realidad hace es apretarme más contra él y esconder su cara en mi pelo. El punto en el que sus labios rozan mi cuello irradia calor, un calor que se extiende lentamente por el resto de mi cuerpo. Es una sensación tan agradable, tan increíblemente agradable, que sé que no seré la primera en soltarme.

¿Y por qué iba a hacerlo? Le he dicho adiós a Gale. No volveré a verlo, seguro. Nada de lo que haga puede hacerle daño, no lo verá, o pensará que estoy actuando para las cámaras. Eso, al menos, es un peso que me quito de encima.

La llegada del ayudante del Capitolio con la leche caliente es lo que nos separa. Deja en la mesa una bandeja con una jarra de cerámica humeante y dos tazones.

—He traído una taza de más —dice.

—Gracias —respondo.

—Y he añadido un poquito de miel a la leche, para que esté más dulce. Y un pellizco de especias —añade. Nos mira como si deseara decir algo más; después sacude ligeramente la cabeza y sale de la habitación.

—¿Qué le pasa? —pregunto.

—Creo que se siente mal por nosotros —dice Peeta.

—Ya —respondo, mientras sirvo la leche.

—Lo digo en serio. No creo que la gente del Capitolio esté muy contenta con la idea de que volvamos. Ni con que vuelvan los demás vencedores. Se encariñan con sus campeones.

—Supongo que lo superarán en cuanto empiece a correr la sangre —respondo, rotunda. Si hay algo para lo que de verdad no tengo tiempo es para preocuparme por

cómo afectará el vasallaje al estado de ánimo de los habitantes del Capitolio—. Entonces, ¿estás viendo otra vez las cintas?

—La verdad es que no. Sólo voy pasándolas a saltos para ver las distintas técnicas de combate de cada uno.

—¿Quién toca ahora? —pregunto.

—Elige tú —responde él, acercándose a la caja.

Las cintas están marcadas con el año de los juegos y el nombre del vencedor. Meto la mano y, de repente, encuentro una que no hemos visto. El año es el cincuenta, lo que significa que se trata del segundo Vasallaje de los Veinticinco. Y el nombre del vencedor es Haymitch Abernathy.

—Esta no la hemos visto —digo.

—No, sabía que Haymitch no quería, igual que nosotros no queríamos revivir nuestros juegos. Como estamos todos en el mismo equipo, me pareció que no importaba mucho.

—¿Está aquí la persona que ganó en el veinticinco?

—Creo que no. Fuera quien fuese, debe de haber muerto, y Effie solo me envió los vencedores a los que podríamos tener que enfrentarnos. —Peeta sopesa la cinta de Haymitch en la mano—. ¿Por qué? ¿Crees que deberíamos verla?

—Es el único vasallaje que tenemos. Quizá descubramos algo importante sobre cómo funcionan —respondo, aunque me siento rara. Es como si invadiésemos la intimidad de Haymitch. No sé por qué, ya que todo es público, pero así me siento. Debo reconocer que también tengo muchísima curiosidad—. No tenemos por qué decírselo a Haymitch.

—Vale —acepta Peeta. Mete la cinta y yo me acurruco a su lado en el sofá con la leche, que está deliciosa con la miel y las especias, y me pierdo en el interior de los Quincuagésimos Juegos del Hambre. Después del himno muestran al presidente Snow sacando el sobre del segundo Vasallaje de los Veinticinco. Parece más joven, aunque igual de repulsivo. Lee el cuadrado de papel con la misma voz onerosa que utilizó con el nuestro, informando a Panem de que, en honor al Vasallaje de los Veinticinco, habrá el doble de tributos de lo normal. Los editores cortan y pasan directamente a las cosechas, donde llaman a una persona tras otra.

Cuando llegamos al Distrito 12 estoy ya completamente abrumada por el número de chicos que van a una muerte segura. Hay una mujer que no es Effie sacando los números del 12, pero ella también empieza diciendo: «¡Las damas primero!». Anuncia el nombre de una chica de la Veta, por el aspecto que tiene, y después oigo el nombre Maysilee Donner.

—¡Oh! —exclamo—. Era amiga de mi madre. —La cámara la encuentra en la multitud, aferrada a otras dos chicas, todas rubias, todas hijas de comerciantes.

—Creo que ésa que la abraza es tu madre —dice Peeta en voz baja, y tiene razón.

Mientras Maysilee Donner se suelta con valentía y se dirige al escenario, veo de refilón a mi madre a mi edad, y nadie había exagerado sobre su belleza. De su mano hay otra chica que llora y es idéntica a Maysilee. Pero también se parece mucho a otra persona que conozco.

—Madge —digo.

—Es su madre. Maysilee y ella eran gemelas o algo así. Mi padre lo comentó una vez.

Pienso en la madre de Madge, la mujer del alcalde Undersee, que se pasa la vida en cama presa de un dolor terrible, aislada del mundo. Nunca me había dado cuenta de que mi madre y ella compartían esta conexión. Pienso en cómo apareció Madge en medio de la tormenta de nieve para llevarle analgésicos a Gale; pienso en el broche del sinsajo y en lo mucho que cambia su significado ahora que sé que su anterior propietaria era la tía de Madge, Maysilee Donner, un tributo asesinado en la arena.

El nombre de Haymitch es el último. Me resulta más chocante verlo a él que a mi madre, joven y fuerte. Cuesta reconocerlo, pero era bastante atractivo, con el pelo oscuro y rizado, los relucientes ojos verdes típicos de la Veta e, incluso entonces, ese aire de peligro.

—Oh, Peeta, no creerás que fue él quien mató a Maysilee, ¿verdad? —estallo. Aunque no sé por qué, no soporto la idea.

—¿Con cuarenta y ocho jugadores? Diría que no es probable.

Vemos rápidamente el desfile de los carros, en el que los chicos del Distrito 12 van vestidos con unos horrorosos trajes de mineros, y las entrevistas. No hay mucho tiempo para fijarse en nadie, pero como Haymitch será el vencedor, sí que nos ofrecen una conversación completa de nuestro mentor con Caesar Flickerman, que está exactamente igual, con su centelleante traje azul marino, aunque con el pelo, los párpados y los labios de color verde oscuro.

—Bueno, Haymitch, ¿qué te parece que los juegos tengan un cien por cien más de competidores de lo normal? —pregunta Caesar.

—No veo la diferencia —responde Haymitch, encogiéndose de hombros—. Seguirán siendo estúpidos al cien por cien, como siempre, así que supongo que las oportunidades vienen a ser las mismas.

El público rompe a reír, y Haymitch esboza una media sonrisa. Mordaz, arrogante, indiferente.

—Seguro que no le costó mucho interpretar el papel, ¿eh? —comento.

Llegamos a la mañana de inicio de los juegos. Lo vemos desde el punto de vista de uno de los tributos, una chica que sale del tubo de la sala de lanzamiento y entra en la arena. No puedo evitar un grito ahogado. Los jugadores no se lo creen, e incluso las cejas de Haymitch se elevan un poco de placer, aunque se recupera rápidamente y vuelve a fruncir el ceño.

Es el lugar más impresionante que pueda imaginarse. La Cornucopia dorada se encuentra en medio de un prado verde con unas flores maravillosas. El cielo es azul celeste con esponjosas nubes blancas, y melodiosos pájaros de colores revolotean por él. Por la manera en que olisquean el aire algunos tributos, debe de oler estupendamente. Una toma aérea revela que el prado se extiende a lo largo de varios kilómetros. A lo lejos, en una dirección, parece haber bosque; en la otra, una montaña nevada.

La belleza desorienta a muchos jugadores, porque, cuando suena el gong, la mayoría da la impresión de estar intentando despertarse de un sueño. Aunque no Haymitch, que llega rápidamente a la Cornucopia, y se hace con armas y una mochila de suministros. Se va hacia el bosque antes de que la mayor parte de sus competidores salgan de las plataformas.

Dieciocho tributos mueren en el baño de sangre del primer día. Después empiezan a morir otros, y queda claro que casi todo lo que hay en ese bello lugar es venenoso (los exquisitos frutos que cuelgan de los arbustos, el agua de los arroyos cristalinos e incluso el aroma de las flores, si se respira de forma demasiado directa). Sólo el agua de lluvia y la comida de la Cornucopia son seguras. También hay una gran manada de profesionales bien surtidos, compuesta por diez tributos que recorren la zona de las montañas en busca de víctimas.

Haymitch tiene sus propios problemas en el bosque, donde las sedosas ardillas doradas resultan ser animales carnívoros que atacan en grupo, y las picaduras de mariposa suponen un terrible dolor, cuando no la muerte. Sin embargo, él insiste en avanzar, manteniendo siempre la lejana montaña a la espalda.

Maysilee Donner resulta ser también una chica con bastantes recursos, teniendo en cuenta que salió de la Cornucopia con tan solo una mochilita. Dentro encuentra un cuenco, un poco de ternera seca y una cerbatana con doce dardos. Utilizando los venenos disponibles por todas partes, convierte la cerbatana en un arma mortífera mojando las puntas de los dardos en las letales sustancias y disparándoselos a sus oponentes.

A los cuatro días, la pintoresca montaña se convierte en un volcán que borra del mapa a otros doce jugadores, incluidos todos los profesionales de la manada, salvo cinco. Con la montaña escupiendo fuego líquido y un prado sin lugar donde esconderse, los trece tributos restantes (incluidos Haymitch y Maysilee) no tienen más remedio que quedarse en el bosque.

Haymitch parece decidido a seguir en la misma dirección, alejándose de la montaña volcánica, aunque un laberinto de arbustos muy unidos lo obliga a volver al centro del bosque para rodearlos, donde se encuentra con tres de los profesionales y saca el cuchillo. Puede que ellos sean más grandes y fuertes, pero Haymitch tiene una velocidad envidiable y ya ha matado a dos cuando el tercero lo desarma. El

profesional está a punto de rebanarle el cuello cuando un dardo lo derriba.

Maysilee Donner sale del bosque y dice:

—Viviremos más si nos unimos.

—Supongo que ya lo has demostrado —responde Haymitch, restregándose el cuello—. ¿Aliados?

Maysilee asiente, y ahí están los dos, metidos en uno de esos pactos que no queda más remedio que cumplir si esperas volver a casa y enfrentarte a tu distrito.

Igual que Peeta y yo, les va mejor juntos. Descansan más, se inventan un sistema para reunir más agua de lluvia, luchan en equipo y comparten la comida de las mochilas de los tributos muertos. Sin embargo, Haymitch sigue decidido a avanzar.

—¿Por qué? —le pregunta Maysilee una y otra vez, y él no le hace caso hasta que ella se niega a caminar si no obtiene respuesta.

—Porque tiene que acabar en alguna parte, ¿no? —responde él—. La arena no puede durar para siempre.

—¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé, quizá algo que podamos usar.

Cuando por fin atraviesan aquel arbusto de aspecto imposible utilizando el soplete de uno de los profesionales muertos, se encuentran en una tierra llana y seca que lleva a un barranco. Abajo solo se ven picos de rocas.

—Esto es todo lo que hay, Haymitch, volvamos —dice Maysilee.

—No, me quedo aquí.

—De acuerdo, solo quedamos cinco. Será mejor que nos despedamos ahora, de todos modos. No quiero que seamos los dos últimos.

—Vale —responde él. Y eso es todo, no le ofrece la mano, ni siquiera la mira, y ella se aleja.

Haymitch recorre el borde del barranco como si intentase averiguar algo. Con el pie desprende un guijarro que cae al abismo y, en principio, desaparece para siempre. Sin embargo, un minuto después, cuando él se sienta a descansar, el guijarro vuelve y cae detrás de él. Haymitch lo mira, perplejo, y entonces su rostro adquiere una extraña intensidad. Tira una roca del tamaño de su puño por el barranco y espera. Cuando vuelve volando, directamente a su mano, empieza a reírse.

Es entonces cuando Maysilee empieza a gritar. La alianza ha terminado porque ella lo ha querido, así que nadie podría culparlo por no acudir, pero Haymitch corre a buscarla de todos modos. Llega a tiempo de ver cómo el último de una bandada de pájaros rosa chillón provistos de picos largos y finos le atraviesa el cuello. Le sostiene la mano mientras ella muere, y yo no puedo evitar pensar en Rue y en cómo yo también llegue demasiado tarde para salvarla.

Aquel mismo día, otro tributo muere en combate y un tercero acaba devorado por una manada de ardillas sedosas, dejando tan solo a Haymitch y una chica del Distrito

1 para competir por la corona. Ella es más grande e igual de rápida y, cuando se produce el inevitable enfrentamiento, todo es sangriento y horrible, y los dos reciben heridas que podrían ser mortales, hasta que Haymitch queda desarmado. Se tambalea por el bello bosque, sosteniéndose los intestinos, mientras ella lo persigue dando traspiés y blandiendo un hacha con la que pretende darle el golpe de gracia. Haymitch va derecho a su barranco y, justo cuando llega al borde, ella lanza el hacha. Él se deja caer en el suelo, y el hacha sale volando hacia el abismo. Desarmada también, la chica se queda donde está, intentando detener el flujo de sangre que le mana de la cuenca vacía de uno de los ojos. Quizá esté pensando que puede durar más tiempo viva que Haymitch, que empieza a sufrir convulsiones en el suelo. Lo que ella no sabe y él sí es que el hacha volverá. Cuando lo hace, sale volando del borde del barranco y se clava en la cabeza de la chica. Suena el cañón, se llevan su cuerpo y las trompetas anuncian la victoria de Haymitch.

Peeta apaga la cinta y guardamos silencio durante un rato.

Al final, él dice:

—Ese campo de fuerza al fondo del barranco era como el del techo del Centro de Entrenamiento. El que te devolvía arriba si intentabas saltar para suicidarte. Haymitch encontró la forma de convertirlo en un arma.

—No solo contra los demás tributos, sino también contra el Capitolio. No esperaban que eso sucediera, ya sabes. No estaba pensado para formar parte de la arena, no planearon que alguien lo usara de arma. Que él lo averiguase los hizo parecer estúpidos. Seguro que les costó explicarlo, y seguro que por eso no recuerdo haberlo visto en televisión. ¡Es casi tan malo como lo nuestro con las bayas!

No puedo evitar reírme, reírme de verdad por primera vez en meses. Peeta sacude la cabeza, como si me creyese loca... y quizá lo esté, un poco.

—Casi tan malo, pero no del todo —comenta Haymitch detrás de nosotros. Me vuelvo rápidamente, temiendo que se enfade por haber visto su cinta, pero él sonrío con ironía y le da un trago a una botella de vino. Se acabó la sobriedad. Aunque debería molestarme que vuelva a beber, me preocupa más otro sentimiento.

Me he pasado todas estas semanas conociendo a mis competidores, sin tan siquiera pensar en quiénes son mis compañeros de equipo. Ahora siento una nueva confianza porque creo que por fin sé quién es Haymitch. Y empiezo a saber quién soy yo. Y, sin duda, dos personas que han causado tantos problemas en el Capitolio son capaces de encontrar la forma de devolver a Peeta a casa con vida.



Como ya he pasado muchas veces por sesiones de preparación con Flavius, Venia y Octavia, sobrevivir a la experiencia no debería ser más que una vieja rutina. Sin embargo, no me esperaba el trauma emotivo al que me iban a someter. Todos y cada uno de ellos rompen a llorar en algún momento de la preparación al menos dos veces, y Octavia se pasa prácticamente toda la mañana gimiendo sin parar. Al parecer me han tomado cariño de verdad y la idea de que regrese a la arena los ha destrozado. Si combinamos eso con el hecho de que, al perderme, se perderán el pase a todo tipo de acontecimientos sociales, sobre todo mi boda, la situación se vuelve insostenible. La idea de intentar ser fuertes por el bien de otra persona nunca se les ha pasado por la cabeza, así que me veo obligada a consolarlos; teniendo en cuenta que la que va a morir soy yo, me resulta algo molesto.

En cualquier caso, es interesante, porque me acuerdo de lo que dijo Peeta sobre el ayudante del tren, que estaba triste porque los vencedores tuviesen que volver a luchar, que a la gente del Capitolio no le gustaba. Aunque todavía creo que se olvidarán de todo en cuanto suene el gong, es casi una revelación saber que los del Capitolio sienten algo por nosotros. Hasta ahora no les había supuesto ningún problema ver cómo asesinan a los niños año tras año, pero quizá sepan demasiado sobre los vencedores para olvidar que son seres humanos, sobre todo los que llevan siendo famosos muchos años. Demasiado parecido a ver cómo mueren tus amigos; demasiado parecido a lo que significan los juegos para la gente de los distritos.

Cuando aparece Cinna, ya estoy irritable y exhausta de tanto consolar al equipo de preparación. Encima, sus lágrimas constantes me recuerdan a las que sin duda se estarán derramando en casa. Aquí plantada, tapándome el dolor de la piel y el corazón con una fina bata, sé que no puedo soportar ni una mirada más de lástima, así que, en cuanto entra por la puerta, le suelto:

—Te juro que si lloras te mato ahora mismo.

—¿Te han mojado mucho? —me pregunta, sonriendo.

—Si me escurre, chorreo —contesto.

Cinna me echa un brazo sobre los hombros y me conduce al comedor.

—No te preocupes, siempre utilizo el trabajo para canalizar mis emociones. Así no hago daño a nadie, salvo a mí mismo.

—No podré soportar otra mañana como ésta.

—Lo sé, hablaré con ellos.

La comida me hace sentir un poquito mejor. Faisán acompañado de una selección de gelatinas con aspecto de gemas de colores y diminutas versiones de distintas verduras nadando en mantequilla, además de puré de patatas con perejil. De postre mojamos trozos de fruta en una olla de chocolate fundido, y Cinna tiene que pedir una segunda olla porque al final me como el chocolate a cucharadas.

—Bueno, ¿qué vamos a llevar puesto en la ceremonia de apertura? —pregunto mientras rebaño la segunda olla—. ¿Cascos de minero o fuego? —Sé que Peeta y yo tendremos que vestir algo relacionado con el carbón para el desfile en carro.

—Algo parecido.

Mi equipo de preparación llega para vestirme, y Cinna los echa diciendo que han hecho un trabajo tan espectacular por la mañana que ya no les queda nada que arreglar. Ellos se van a recuperarse y, por suerte, me dejan en manos de Cinna. Primero me peina con el estilo trenzado que le enseñó mi madre y después se pone con el maquillaje. El año pasado utilizó poco para que la audiencia me reconociera cuando aterrizase en la arena, pero ahora me esconde la cara con toques de luz teatrales y sombras oscuras; altas cejas enarcadas, pómulos resaltados, ojos ardientes y labios morados. El traje engaña a primera vista, porque parece sencillo, solo un mono negro ajustado que me cubre del cuello para abajo. Me coloca una media corona en la cabeza, como la que recibí al vencer, aunque está hecha de un pesado metal negro, no de oro. Después ajusta la luz de la habitación para que imite la del crepúsculo y aprieta un botón que está debajo de la tela de mi muñeca. Bajo la vista, fascinada, al ver cómo mi vestimenta cobra vida poco a poco, primero con una suave luz dorada, para transformarse gradualmente en el rojo anaranjado del carbón ardiendo. Es como si me hubiesen cubierto de brasas relucientes... No, yo misma soy una brasa reluciente sacada de una chimenea. Los colores suben y bajan, se mueven y mezclan exactamente igual que el carbón al fuego.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto, maravillada.

—Portia y yo nos pasamos muchas horas observando fuegos —responde Cinna—. Ahora, mírate.

Me vuelve hacia un espejo para que pueda contemplar el efecto al completo. No veo a una chica, ni siquiera a una mujer, sino a un ser sobrenatural que bien podría vivir en el volcán que mató a tantas personas en el vasallaje de Haymitch. La corona negra, que ahora parece al rojo vivo, proyecta extrañas sombras sobre mi teatral maquillaje. Katniss, la chica en llamas, ha dejado atrás el reflejo de la lumbre, los trajes enjoyados y los vestidos cubiertos de suave luz. Ahora es tan mortífera como el mismo fuego.

—Creo... que es justo lo que necesitaba para enfrentarme a los demás —afirmo.

—Sí, me parece que tus días de pintalabios rosa y lacitos han terminado —

responde Cinna. Toca de nuevo el botón de la muñeca y apaga mi luz—. Será mejor no gastar la batería. Esta vez, cuando estés en el carro, nada de saludos y sonrisas. Quiero que te limites a mirar al frente, como si el público no fuese digno de que le prestes atención.

—Por fin algo que se me da bien.

Cinna tiene que encargarse de unas cuantas cosas más, así que decido dirigirme a la planta baja del Centro de Renovación, en el que está el enorme lugar de reunión para los tributos y sus carros antes de la ceremonia. Espero encontrar a Peeta y Haymitch, pero todavía no han llegado. A diferencia del año pasado, en el que todos los tributos estaban prácticamente pegados a sus carros, esta escena es muy social. Los vencedores, tanto los tributos de este año como sus mentores, se mezclan en grupitos y hablan. Por supuesto, todos se conocen, mientras que yo no conozco a nadie. No soy el tipo de persona que va por ahí presentándose, así que acaricio el cuello de uno de mis caballos e intento pasar desapercibida.

No funciona.

Oigo el crujido antes de saber que está a mi lado y, cuando vuelvo la cabeza, los famosos ojos verde mar de Finnick Odair están a pocos centímetros de los míos. Se mete un azucarillo en la boca y se apoya en mi caballo.

—Hola, Katniss —dice, como si nos conociésemos desde hace años, cuando lo cierto es que no nos habíamos visto nunca.

—Hola, Finnick —respondo, igual de tranquila, aunque me siento incómoda teniéndolo tan cerca, sobre todo con la cantidad de piel que lleva al aire.

—¿Quieres un azucarillo? —pregunta, ofreciéndome la mano, que está llena de ellos—. Se supone que son para los caballos, pero ¿a quién le importa? Tienen muchos años para comer azúcar, mientras que tú y yo... Bueno, si vemos algo dulce, lo mejor es aprovecharlo.

Finnick Odair es una especie de leyenda viva en Panem. Como ganó los Sexagésimo Quintos Juegos del Hambre con catorce años, sigue siendo uno de los vencedores más jóvenes. Al ser del Distrito 4, era un profesional, así que la suerte sí estaba de su parte, aunque ningún entrenador puede alardear de haberle dado su extraordinaria belleza: alto, atlético, con piel dorada, cabello color bronce y esos ojos tan increíbles. Mientras los demás tributos de aquel año apenas conseguían que les regalasen un puñado de cereales o algunas cerillas, a Finnick nunca le faltaba nada, ni comida, ni medicinas, ni armas. Sus competidores tardaron una semana en darse cuenta de que tenían que matarlo a él, pero era demasiado tarde y Finnick ya dominaba las lanzas y cuchillos que había encontrado en la Cornucopia. Cuando recibió un paracaídas plateado con un tridente (que debe de ser el regalo más caro que he visto en la arena), todo estaba decidido. La industria del Distrito 4 es la pesca, y él llevaba toda su vida entre barcos. El tridente era como una extensión natural y

mortífera de su brazo. Tejió una red con plantas y la utilizó para atrapar a sus oponentes y atravesarlos con el tridente; en cuestión de días, la corona era suya.

Los ciudadanos del Capitolio llevan babeando por él desde entonces.

Debido a su juventud, no pudieron tocarlo hasta que pasaron un par de años. Sin embargo, desde que cumplió los dieciséis, se ha pasado los juegos perseguido por sus admiradores, locos de amor por él. Nadie conserva sus favores durante mucho tiempo, ya que Finnick pasa por cuatro o cinco durante su visita anual. Viejos o jóvenes, encantadores o insulsos, ricos o pobres, él les da compañía y acepta sus extravagantes regalos, aunque nunca se queda y, una vez que se marcha, no regresa.

No puede discutirse que Finnick es una de las personas más impresionantes y sensuales del planeta, pero, sinceramente, a mí nunca me ha resultado atractivo. Quizá sea demasiado guapo o demasiado fácil de obtener; o quizá, simplemente, sea demasiado fácil perderlo.

—No, gracias —le digo a lo del azúcar—. Aunque sí me podrías prestar tu traje alguna vez.

Está envuelto en una red dorada con un estratégico nudo en la entrepierna para que, técnicamente, no se diga que va desnudo, aunque casi, casi. Seguro que su estilista piensa que cuanto más Finnick vea la audiencia, mejor.

—Me estás matando de miedo con ese atuendo. ¿Qué ha pasado con tus preciosos vestidos de niñita? —me pregunta, humedeciéndose los labios un poco con la lengua. Es probable que eso vuelva loco a casi todo el mundo. Sin embargo, por algún extraño motivo, yo solo recuerdo al viejo Cray babeando por una pobre joven hambrienta.

—Se me han quedado pequeños.

Finnick pone la mano en el cuello de mi traje y acaricia la tela entre los dedos.

—Es una lástima lo del vasallaje. Podrías haber triunfado como nadie en el Capitolio: joyas, dinero, lo que hubieses querido.

—No me gustan las joyas y tengo más dinero del que necesito. ¿En qué gastas el tuyo, Finnick?

—Bueno, llevo muchos años sin vivir de algo tan ordinario como el dinero.

—Entonces ¿cómo pagan por el placer de tu compañía?

—Con secretos —responde en voz baja. Se acerca tanto que sus labios casi entran en contacto con los míos—. ¿Y tú, chica en llamas? ¿Tienes algún secreto que merezca mi tiempo?

Por alguna estúpida razón me sonrojo, pero me obligo a mantenerme firme.

—No, soy un libro abierto —le susurro—. Todos parecen conocer mis secretos antes que yo misma.

—Por desgracia, creo que es cierto —responde él, sonriendo. Después mira a un lado—. Ya viene Peeta. Siento que tuvierais que cancelar vuestra boda, sé lo

muchísimo que debes sentirlo. —Se mete otro azucarillo en la boca y se aleja tranquilamente.

Peeta aparece a mi lado, vestido con un traje idéntico al mío.

—¿Qué quería Finnick Odair? —me pregunta.

Me vuelvo y acerco mis labios a los de Peeta, dejando caer los párpados para imitar a Finnick.

—Me ha ofrecido azúcar y quería saber todos mis secretos —respondo, con voz seductora.

—Puaj, ¿de verdad? —pregunta Peeta, entre risas.

—De verdad. Te contaré el resto cuando deje de sentir escalofríos.

—¿Crees que habríamos acabado así si solo hubiese ganado uno de nosotros? —pregunta, mirando a los demás vencedores—. ¿Como una parte más de la feria de los monstruos?

—Seguro, sobre todo tú.

—Oh, ¿y por qué sobre todo yo? —pregunta, sonriendo.

—Porque sientes debilidad por las cosas bellas, y yo no —afirmo, con aire de superioridad—. Te atraerían al Capitolio y estarías completamente perdido.

—Saber apreciar la belleza no es lo mismo que sentir debilidad —señala Peeta—. Salvo quizá en lo que respecta a ti. —Empieza la música, veo que las grandes puertas se abren para el primer carro y que la multitud ruge—. ¿Vamos? —Me ofrece una mano para ayudarme a subir.

Subo y lo ayudo a subir después de mí.

—No te muevas —le digo, para poder enderezarle la corona—. ¿Has visto tu traje encendido? Vamos a estar magníficos otra vez.

—Del todo, aunque Portia dice que tenemos que actuar como si estuviésemos por encima de todo. Nada de saludar y demás. ¿Dónde están, por cierto?

—No lo sé. —Sigo con la mirada la procesión de carros—. Puede que sea mejor que nos encendamos solos. —Lo hacemos y, en cuanto empezamos a brillar, la gente nos señala y habla, y sé que, de nuevo, seremos la comidilla de la ceremonia de apertura. Casi estamos en la puerta. Vuelvo la cabeza a izquierda y derecha en su busca, pero ni Portia ni Cinna, que estuvieron con nosotros hasta el último segundo el año pasado, están a la vista—. ¿Se supone que tenemos que ir de la mano este año? —pregunto.

—Supongo que lo dejan a nuestra elección.

Levanto la mirada hacia esos ojos azules que no podrían parecer mortíferos ni con un kilo de maquillaje teatral y recuerdo cómo, justo hace un año, estaba preparada para matarlo, convencida de que él intentaba matarme. Ahora todo está al revés: estoy decidida a conservar su vida, sabiendo que tendré que pagarlo con la mía, aunque una parte de mí que no es tan valiente se alegra de tener al lado a Peeta, y no a Haymitch.

Nuestras manos se encuentran sin más discusión. Estaremos juntos en esto, claro.

La voz de la multitud se convierte en un grito universal cuando salimos a la escasa luz de la tarde, pero nosotros no reaccionamos. Me limito a fijar la vista en un punto lejano y fingir que no hay nadie, que no noto la histeria. No puedo evitar vernos de vez en cuando en las enormes pantallas que hay por toda la ruta, y no es solo que seamos bellos, es que somos oscuros y poderosos. No, más que eso, somos los trágicos amantes del Distrito 12, los que han sufrido tanto y han disfrutado tan poco de la recompensa de su victoria, los que no buscan el favor de los admiradores, ni los agasajan con sonrisas, ni aceptan sus besos. No perdonamos.

Y me encanta. Por fin soy yo misma.

Cuando tomamos la curva para entrar en el circuito del Círculo de la Ciudad, veo que un par de estilistas de otros distritos han intentado robar la idea de Cinna y Portia de iluminar a sus tributos. Los trajes cubiertos de lucecitas eléctricas del Distrito 3, donde hacen aparatos electrónicos, al menos tienen sentido, pero ¿qué hacen los ganaderos del Distrito 10, que van vestidos de vacas, con unos cinturones llameantes? ¿Asarse a la parrilla? Lamentable.

Peeta y yo, por otro lado, resultamos tan hipnóticos con nuestros trajes de cambiantes brasas de carbón que la mayoría de los tributos nos miran. Tenemos especialmente fascinada a la pareja del Distrito 6, que son unos conocidos adictos a la morfina. Los dos están en los huesos, con la piel amarilla colgando. No pueden despegar los ojos, excesivamente grandes, de nosotros, ni siquiera cuando el presidente Snow empieza a hablar desde su balcón para darnos la bienvenida al vasallaje. Suena el himno y, cuando hacemos nuestra última ronda por el círculo..., ¿me equivoco o el presidente también está concentrado en mí?

Peeta y yo esperamos a que las puertas del Centro de Entrenamiento se cierren antes de relajarnos. Cinna y Portia están aquí, encantados con nuestra actuación, y Haymitch también hace su aparición este año, aunque no está en nuestro carro, sino con los tributos del Distrito 11. Lo veo asentir hacia nosotros y después lo siguen para saludarnos.

Conozco a Chaff de vista, porque llevo años viéndolo pasarse la botella con Haymitch en televisión. Tiene piel oscura, mide un metro ochenta y uno de sus brazos acaba en muñón porque perdió la mano en los juegos que ganó hace treinta años. Seguro que le ofrecieron un miembro artificial, como a Peeta cuando le amputaron la parte inferior de la pierna, pero imagino que no lo quiso.

La mujer, Seeder, parece casi de la Veta, con su piel aceitunada y el cabello negro y liso surcado de mechas plateadas, salvo por los ojos, que son castaño dorado y delatan que no procede de nuestro distrito. Debe de tener unos sesenta años, aunque sigue fuerte y no hay rastro de que se haya volcado en el licor, la morfina o cualquier otra sustancia química para escapar de la realidad. Antes de que podamos decir

palabra, me abraza. Sé que debe de ser por lo de Rue y Thresh. Antes de poder controlarme, susurro:

—¿Las familias?

—Están vivas —responde ella en voz baja antes de soltarme.

Chaff me rodea con su brazo bueno y me da un gran beso en la boca. Yo me suelto, sorprendida, y Haymitch y él se ríen a carcajadas.

No nos da tiempo a más antes de que los ayudantes del Capitolio nos dirijan con insistencia a los ascensores. Me da la impresión de que no están cómodos con la camaradería entre los vencedores, a quienes no podría importarles menos. Al dirigirme a los ascensores, todavía de la mano de Peeta, alguien se acerca rápidamente a mi lado. La chica se quita un tocado de ramas con hojas de la cabeza y lo tira detrás de ella sin molestarse en ver dónde cae.

Johanna Mason, del Distrito 7. Madera y papel, de ahí el árbol. Ganó haciéndose pasar de forma muy convincente por una enclenque indefensa, de modo que nadie le hiciese caso. Después demostró tener una cruel habilidad para el asesinato. Se agita el pelo de punta y pone los ojos, separados y castaños, en blanco.

—¿No os parece un traje horrible? Mi estilista es la persona más idiota del Capitolio. Nuestros tributos llevan siendo árboles cuarenta años seguidos por su culpa. Ojalá me hubiese tocado Cinna. Estás estupenda.

Charla de chicas, lo que peor se me da en el mundo. Opinar sobre ropa, pelo, maquillaje... Así que miento.

—Sí, me ha estado ayudando a diseñar mi propia línea de ropa. Deberías ver lo que es capaz de hacer con el terciopelo. —Terciopelo, la única tela que se me ocurre.

—Lo he visto, en tu gira. ¿Sabes ese modelo sin tirantes que llevaste en el Distrito 2, el azul intenso con diamantes? Era tan fantástico que me habría gustado meter la mano en la pantalla y arrancártelo de la espalda —dice Johanna.

«Ya te digo —pienso—. Y, de paso, llevarte unos centímetros de piel.»

Mientras esperamos a que lleguen los ascensores, Johanna se baja la cremallera del resto del árbol y lo deja caer al suelo, apartándolo de una patada. Salvo por sus zapatillas verde bosque, no tiene encima nada de ropa.

—Así está mejor —comenta.

Acabamos en el mismo ascensor con ella, y se pasa toda la subida a la séptima planta charlando con Peeta sobre sus cuadros, mientras la luz del traje de él, que todavía brilla, se refleja en sus pechos desnudos. Cuando se va, no hago caso de mi compañero, pero sé que está sonriendo. Aparto su mano cuando salen Chaff y Seeder y volvemos a quedarnos solos, y él se echa a reír.

—¿Qué? —exclamo, dándole la espalda cuando salimos a nuestra planta.

—Eres tú, Katniss, ¿no te das cuenta?

—¿Soy yo el qué?

—La razón por la que actúan así. Finnick con los azucarillos, Chaff con el beso y todo el numerito de Johanna desnudándose. —Intenta ponerse un poco más serio, sin éxito—. Juegan contigo porque eres muy... ya sabes.

—No, no lo sé —respondo, y la verdad es que no tengo ni idea de qué habla.

—Es como cuando estaba desnudo en la arena y no querías mirarme, a pesar de que me moría. Eres muy... inocente —dice, al fin.

—¡No lo soy! ¡Me he pasado el último año prácticamente arrancándote la ropa cada vez que aparecía una cámara!

—Sí, pero... Es decir, para el Capitolio eres una persona inocente —insiste, intentando tranquilizarme—. Para mí eres perfecta. Lo hacen para pincharte.

—No, se ríen de mí, ¡igual que tú!

—No —afirma Peeta, sacudiendo la cabeza, pero todavía está reprimiendo una sonrisa. Empiezo a reconsiderar seriamente cuál de los dos debería salir con vida de estos juegos. Entonces se abre el otro ascensor.

Haymitch y Effie se unen a nosotros, y parecen contentos por algo. Entonces Haymitch se pone serio.

«¿Y ahora qué he hecho?», pienso, y estoy a punto de decirlo cuando veo que mira algo detrás de mí, en la entrada al comedor.

Effie parpadea en la misma dirección y dice con alegría:

—Parece que te han buscado una pareja a juego este año.

Me vuelvo y me encuentro con la chica avox pelirroja que cuidó de mí el año pasado, hasta que empezaron los juegos. Me gusta tener un amigo aquí. Después me fijo en el joven que hay a su lado, otro avox, también pelirrojo. A eso se refería Effie con la pareja a juego, supongo.

Entonces noto un escalofrío, porque a él también lo conozco, no del Capitolio, sino por años de conversaciones tontas en el Quemador, bromeando sobre la sopa de Sae la Grasienta, y por aquel último día en que lo vi inconsciente en la plaza, mientras Gale se desangraba.

Nuestro nuevo avox es Darius.



Haymitch me agarra por la muñeca como si anticipara mi siguiente movimiento, pero me he quedado tan muda como Darius, aunque él lo esté por culpa de los torturadores del Capitolio. Haymitch me dijo una vez que les hacen algo a las lenguas de los avox para que no puedan volver a hablar. En mi cabeza oigo la voz de Darius, pícara y alegre, gastándome bromas en el Quemador. No como se burlan de mí mis compañeros vencedores, sino porque nos caíamos bien de verdad. Si Gale pudiese verlo ahora...

Sé que cualquier movimiento que haga hacia Darius, cualquier señal de reconocimiento, solo serviría para que lo castigasen. Así que nos miramos a los ojos. Darius, un esclavo mudo; yo, condenada a muerte. De todos modos, ¿qué podríamos decirnos? ¿Que sentimos la suerte del otro? ¿Que nos duele el dolor del otro? ¿Que nos alegramos de haber tenido la oportunidad de conocernos?

No, Darius no debería alegrarse de haberme conocido. Si yo hubiese estado allí para detener a Thread, él no tendría que haber dado un paso adelante para salvar a Gale y ahora no sería un avox. Y, en concreto, no sería mi avox, porque está claro que el presidente Snow lo ha colocado aquí por mí.

Me suelto de la mano de Haymitch, me dirijo a mi antiguo dormitorio y cierro la puerta con pestillo. Me siento en la cama con los codos sobre las rodillas y la frente apoyada en los puños, y observo mi traje brillando en la oscuridad, imaginándome que estoy de vuelta en el Distrito 12, acurrucada al lado de la chimenea. Oscurece poco a poco, conforme se gastan las baterías.

Cuando Effie llama a la puerta para que vaya a cenar, me levanto, me quito el traje, lo doblo con cuidado y lo dejo sobre la mesa, junto con la corona. En el baño me lavo las rayas negras de maquillaje de la cara. Después me pongo una camisa y unos pantalones sencillos y recorro el pasillo camino del comedor.

Durante la cena no le presto mucha atención a nada, salvo a que Darius y la chica pelirroja son nuestros camareros. Están todos, Effie, Haymitch, Cinna, Portia y Peeta, supongo que hablando de la ceremonia de apertura, pero el único momento en el que de verdad me siento presente es cuando tiro a posta un plato de guisantes al suelo y, antes de que alguien pueda detenerme, me agacho para recuperarlo. He tirado el plato cuando Darius estaba a mi lado, y los dos nos encontramos brevemente, sin que nadie nos vea, mientras quitamos los guisantes. Nuestras manos se tocan un instante y

siento su piel, basta bajo la salsa pringosa del plato. En el desesperado apretón de dedos se encuentran todas las palabras que nunca podremos decirnos. Entonces Effie empieza a cacarear detrás de mí para recordarme: «¡Ése no es tu trabajo, Katniss!», y él me suelta la mano.

Cuando vamos a ver el resumen de la ceremonia, me coloco entre Cinna y Haymitch en el sofá, porque no quiero estar al lado de Peeta. El horror de lo ocurrido con Darius nos pertenece a Gale y a mí, y quizá incluso a Haymitch, pero no a Peeta. Aunque puede que conociese lo suficiente a Darius para haberlo saludado por la calle, no pertenecía al Quemador como el resto de nosotros. Además, sigo enfadada porque se rió de mí junto con los otros vencedores, y lo que menos necesito ahora es su comprensión y su consuelo. No he cambiado de idea sobre salvarlo en la arena, pero no le debo nada más.

Mientras observo el desfile hacia el Círculo de la Ciudad, pienso en que, en un año normal, ya es horrible de por sí que nos hagan disfrazarnos y pasearnos por todas las calles montados en carros. Por muy tontos que parezcan los niños disfrazados, los vencedores de más edad resultan lamentables. Unos cuantos que todavía son jóvenes, como Johanna o Finnick, o que siguen cuidando su cuerpo, como Seeder y Brutus, todavía conservan algo de dignidad. Sin embargo, la mayoría, los que han caído en las garras de la bebida, la morfina o la enfermedad están grotescos con sus trajes de vacas, árboles y hogazas de pan. El año pasado charlamos sin parar sobre cada concursante, pero esta noche solo se oye algún que otro comentario. No es de extrañar que el público se vuelva loco cuando aparecemos Peeta y yo, tan jóvenes, fuertes y bellos con nuestros relucientes disfraces. La viva imagen de lo que debería ser un tributo.

En cuanto termina, me levanto, les doy las gracias a Cinna y Portia por su asombroso trabajo, y me voy a la cama. Effie me recuerda que debemos desayunar temprano para trabajar en nuestra estrategia de entrenamiento, aunque incluso su voz suena hueca. Pobre Effie, después de conseguir al fin un año decente en los juegos con Peeta y conmigo, todo se ha convertido en un desastre al que ni ella logra encontrar el lado positivo. Desde la perspectiva del Capitolio, supongo que esto cuenta como una verdadera tragedia.

Poco después de acostarme, alguien llama flojito a la puerta, pero no hago caso, no quiero ver a Peeta esta noche, sobre todo con Darius cerca. Es casi tan malo como si Gale estuviese aquí. Gale. ¿Cómo voy a olvidarme de él con Darius dando vueltas por los pasillos?

En mis pesadillas aparecen muchas lenguas. Primero observo paralizada e indefensa cómo unas manos de guantes blancos llevan a cabo la sangrienta disección dentro de la boca de Darius. Después estoy en una fiesta en la que todos llevan máscaras, y alguien con una lengua larga y húmeda, imagino que Finnick, me acecha,

pero cuando me alcanza y se quita la máscara es el presidente Snow, y sus labios carnosos chorrean saliva sanguinolenta. Al final vuelvo a la arena, con la lengua tan seca como el papel de lija, e intento llegar a un estanque que se aleja cada vez que estoy a punto de tocarlo.

Cuando me despierto, voy dando traspiés hasta el baño y bebo agua del grifo hasta reventar. Me quito la ropa sudada, me dejo caer en la cama, desnuda, y, de algún modo, consigo volver a dormirme.

A la mañana siguiente retraso todo lo posible el momento del desayuno porque no quiero discutir nuestra estrategia de entrenamiento. ¿Qué hay que discutir? Todos saben lo que los demás pueden hacer o, al menos, lo que podían hacer. Así que Peeta y yo seguiremos haciendo de enamorados y se acabó. La verdad es que no tengo ganas de hablar de ello, sobre todo con Darius al lado, sin poder hablar. Me doy una larga ducha, me visto con la ropa que Cinna me ha dejado para el entrenamiento y pido comida del menú en mi cuarto a través de un micrófono. En un minuto tengo salchichas, huevos, patatas, pan, zumo y chocolate caliente. Como hasta llenarme mientras espero a las diez en punto, momento en el que debo bajar al Centro de Entrenamiento. A las nueve y media, Haymitch empieza a aporrear la puerta, obviamente harto de mí, para ordenarme que vaya al comedor ¡¡¡de inmediato!!! Aun así, me cepillo los dientes antes de recorrer lentamente el pasillo, logrando perder otros cinco minutos más.

En el comedor solo quedan Peeta y Haymitch, que está rojo de rabia y alcohol. En la muñeca lleva una pulsera de oro macizo con un dibujo de llamas (debe de ser su concesión al plan de Effie de que llevásemos símbolos a juego) que no deja de toquetearse, inquieto. En realidad es una pulsera muy bonita, aunque el movimiento de su dueño hace que parezcan unas esposas, en vez de una joya.

—Llegas tarde —me ladra.

—Lo siento, me quedé dormida después de que las pesadillas de lenguas mutiladas me mantuviesen despierta media noche. —Quería sonar hostil, pero se me rompe la voz al final de la frase.

Haymitch me mira con el ceño fruncido, aunque después cede un poco.

—Vale, no pasa nada. En el entrenamiento de hoy tenéis dos misiones: una, seguir enamorados.

—Obviamente —respondo.

—Y dos: hacer amigos.

—No, no confío en ninguno de ellos —afirmo—. A la mayoría no los soporto y preferiría que funcionásemos los dos solos.

—Es lo primero que dije yo, pero... —empieza Peeta.

—Pero no bastará —insiste Haymitch—. Esta vez vais a necesitar más aliados.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque estáis en clara desventaja. Vuestros competidores se conocen desde hace años, así que ¿a quién crees que van a atacar primero?

—A nosotros, y nada de lo que hagamos logrará superar esas viejas amistades, así que, ¿por qué molestarse?

—Porque podéis luchar. Sois populares entre el público. Eso podría conseguirnos buenos aliados, aunque solo si hacéis saber a los demás que estáis dispuestos a uniros a ellos —responde Haymitch.

—¿Quieres decir que este año nos quieres en la manada de los profesionales? —pregunto, incapaz de ocultar mi asco. Normalmente, los tributos de los distritos 1, 2 y 4 unen sus fuerzas, a veces aceptando a otros luchadores excepcionales, y acaban con los competidores más débiles.

—Ésa ha sido nuestra estrategia, ¿no? Entrenar como los profesionales —insiste Haymitch—. Los componentes de la manada de profesionales suelen acordarse antes del inicio de los juegos. Peeta apenas logró entrar el año pasado.

Pienso en lo mucho que lo odié cuando vi que estaba con los profesionales en los últimos juegos.

—Entonces tenemos que intentar llevarnos bien con Finnick y Brutus, ¿es eso lo que dices?

—No necesariamente. Todos son vencedores, podéis elegir vuestra propia manada, si queréis. Seleccionad a quien más os guste. Os sugeriría a Chaff y Seeder, y conviene tener a Finnick en cuenta —dice Haymitch—. Encontrad un aliado que os pueda resultar de utilidad. Recordad que ya no sois un grupo de chiquillos temblorosos. Estas personas son asesinos experimentados, da igual que no parezcan estar en buena forma.

Quizá tenga razón, pero ¿en quién confiar? Puede que en Seeder, aunque ¿de verdad quiero pactar con ella y después tener que matarla? No. Sin embargo, hice un trato con Rue en las mismas circunstancias. Le digo a Haymitch que lo intentaré, a pesar de que creo que se me dará bastante mal el asunto.

Effie se presenta algo temprano para bajar con nosotros, porque el último año, pese a llegar a tiempo, fuimos los últimos en aparecer. Sin embargo, Haymitch le dice que no quiere que nos lleve al gimnasio, que los demás vencedores no irán con niñera y que, al ser los más jóvenes, es importante que parezcamos independientes. Así que la mujer tiene que contentarse con llevarnos al ascensor, repeinarnos un poco y darle al botón.

Es un viaje tan corto que no tenemos tiempo para conversaciones, pero, cuando Peeta me toma de la mano, no la retiro. Puede que no le hiciera caso anoche, en privado, pero en el entrenamiento tenemos que parecer un equipo inseparable.

Effie no tendría que haberse preocupado por que fuésemos los últimos, ya que solo vemos a Brutus y a la mujer del Distrito 2, Enobarria. Enobarria aparenta unos

treinta años y lo único que recuerdo de ella es que mató a otro tributo en un combate cuerpo a cuerpo desgarrándole el cuello a mordiscos. Se hizo tan famosa por ello que, después de ser declarada vencedora, pidió que le modificaran los dientes quirúrgicamente para que acabasen en punta, como si fuesen colmillos, con incrustaciones de oro. Tiene bastantes admiradores en el Capitolio.

A las diez solo han aparecido la mitad de los tributos. Atala, la mujer que se encarga del entrenamiento, empieza su discurso a la hora en punto, sin dejar que la pobre asistencia la desaliente. Quizá ya se lo esperaba. Me siento algo aliviada, porque eso significa que hay doce personas con las que no tendré que fingir llevarme bien. Atala repasa la lista de puestos, en los que se pueden encontrar técnicas de combate y de supervivencia, y nos deja para que entrenemos.

Le digo a Peeta que nos dividamos para cubrir más terreno. Cuando se va para tirar lanzas con Brutus y Chaff, me dirijo al puesto de los nudos. Casi nadie se molesta en visitarlo, pero a mí me gusta el entrenador y él me recuerda con cariño, quizá porque pasé algún tiempo con él el año pasado. Se alegra al ver que todavía sé montar la trampa que deja al enemigo colgando de un árbol por una pierna. Está claro que tomó nota de mis trampas en la arena el año pasado y ahora me ve como una alumna avanzada, así que le pido que repase conmigo todos los nudos que pudieran resultarme útiles y unos cuantos que, probablemente, nunca usaré. No me importaría pasar la mañana a solas con él, pero, al cabo de una hora y media, alguien me rodea con sus brazos por detrás y termina con facilidad el complicado nudo con el que había estado luchando. Es Finnick, por supuesto, que parece haber pasado la infancia blandiendo tridentes y haciendo nudos en cuerdas para fabricar redes. Lo observo durante un minuto mientras él selecciona un trozo de cuerda, hace un nudo y finge colgarse para divertirme.

Pongo los ojos en blanco y me voy a otro puesto vacío en el que se puede aprender a encender fogatas. Ya sé hacer unas hogueras excelentes, pero sigo dependiendo mucho de las cerillas, así que el entrenador me hace trabajar con pedernal, acero y tela achicharrada. Es mucho más difícil de lo que parece y, aunque me esfuerzo todo lo posible, tardo una hora en encender un fuego. Levanto la mirada con una sonrisa triunfal y descubro que tengo compañía.

Los dos tributos del Distrito 3 están a mi lado, intentando encender un fuego decente con cerillas. Pienso en largarme. Sin embargo, lo que de verdad quiero es probar de nuevo el pedernal y, si tengo que decirle a Haymitch que he intentado hacer amigos, estos dos podrían ser una elección soportable. Los dos son bajos y tienen piel cenicienta y pelo negro. La mujer, Wiress, debe de ser de la edad de mi madre y habla con una voz tranquila e inteligente. Sin embargo, me doy cuenta en seguida de que tiene la costumbre de dejar las palabras sin terminar a mitad de la frase, como si se le olvidase que tiene compañía. Beetee, el hombre, es mayor y algo nervioso. Lleva

gafas, aunque se pasa mucho tiempo mirando por encima de ellas. Son los dos un poco extraños, pero estoy casi segura de que ninguno va a intentar hacerme sentir incómoda desnudándose. Además, son del Distrito 3. A lo mejor pueden confirmar mis sospechas de un levantamiento en aquella zona.

Echo un vistazo a mi alrededor. Peeta está en el centro de un círculo de desvergonzados lanzadores de cuchillos. Los adictos a la morflina del Distrito 6 están en el puesto de camuflaje, pintándose la cara el uno al otro con remolinos de rosa chillón. El hombre del Distrito 5 está vomitando vino sobre el suelo del puesto de combate con espada. Finnick y la anciana de su distrito están en el puesto de arco. Johanna Mason vuelve a estar desnuda, untándose aceite para una lección de lucha libre. Decido quedarme donde estoy.

Wiress y Beetee no son mala compañía. Parecen bastante amigables, sin llegar a ser fisgones. Hablamos sobre nuestros talentos; me cuentan que los dos inventan cosas, lo que hace que mi supuesto interés en la moda resulte muy flojo. Wiress saca una especie de dispositivo de coser en el que está trabajando.

—Detecta la densidad de la tela y selecciona la resistencia —dice, y se queda absorta en un trocito de paja seca antes de seguir.

—La resistencia del hilo —termina Beetee la explicación—. Automáticamente. Evita el error humano. —Después me habla de su éxito creando un chip musical tan pequeño que cabe en una escama de purpurina, pero con capacidad para guardar varias horas de canciones. Recuerdo que Octavia habló sobre eso durante la sesión de fotos de boda y veo la posibilidad de aludir al levantamiento.

—Oh, sí, mi equipo de preparación estaba muy molesto hace unos meses, creo que porque no pudieron conseguir uno de éstos —digo, como si nada—. Supongo que hubo una acumulación de pedidos en el Distrito 3.

Beetee me mira a través de sus gafas.

—Sí, ¿habéis tenido una acumulación similar en la producción de carbón de este año? —me pregunta.

—No. Bueno, perdimos un par de semanas cuando trajeron al nuevo jefe de los agentes de la paz y su equipo; nada importante. Para la producción, me refiero. Pasarse dos semanas en casa sin hacer nada hizo que mucha gente pasara hambre.

Creo que entienden lo que intento decir, que no hemos tenido ningún levantamiento.

—Oh, qué lástima —comenta Wiress, algo decepcionada—. Tu distrito me parece muy... —Pero deja la frase sin terminar, distraída por algo que está dentro de su cabeza.

—Interesante —concluye Beetee por ella—. A los dos nos lo parece.

Me siento mal sabiendo que su distrito habrá sufrido mucho más que el nuestro. Me veo obligada a defender a los míos, así que digo:

—Bueno, en el 12 no somos muchos, aunque cualquiera lo diría por el tamaño de nuestras fuerzas de seguridad. Pero supongo que sí que somos interesantes.

Cuando nos dirigimos a otro puesto, Wiress se detiene y levanta la vista para mirar a los Vigilantes de los Juegos, que dan vueltas por allí, comiendo y bebiendo, observándonos de vez en cuando.

—Mirad —dice, señalándolos con la cabeza. Lo hago y veo a Plutarch Heavensbee con la magnífica toga morada de cuello de piel que lo distingue como Vigilante Jefe. Está comiéndose un muslo de pavo.

No veo por qué eso merece un comentario, aunque respondo:

—Sí, lo han ascendido a Vigilante Jefe este año.

—No, no. Ahí, en la esquina de la mesa, se puede... —dice Wiress.

—Percibir —termina Beetee, entornando los ojos.

Miro hacia allí, desconcertada, hasta que lo veo: un espacio de unos quince centímetros en la esquina de la mesa parece estar vibrando. Es como si el aire se moviese en diminutas ondas visibles, distorsionando los afilados bordes de la madera y una copa de vino que alguien ha dejado allí.

—Un campo de fuerza. Lo han puesto para separarnos de los Vigilantes. Me pregunto por qué —comenta Beetee.

—Por mí, probablemente —confieso—. El año pasado les disparé una flecha durante mi sesión de entrenamiento privada. —Beetee y Wiress me miran con curiosidad—. Me provocaron. De todos modos, ¿los campos de fuerza siempre tienen un punto como ése?

—El punto —contesta Wiress, vagamente.

—El punto débil —explica Beetee—. Tendría que ser invisible, ¿verdad?

Me gustaría seguir preguntándoles, pero anuncian el almuerzo y voy a buscar a Peeta. Como está con un grupo de otros diez vencedores, decido comer con el Distrito 3. Quizá pueda decirle a Seeder que se una a nosotros.

Cuando llegamos a la zona de comedor, veo que parte del grupo de Peeta tiene otras ideas. Están arrastrando las mesas pequeñas para formar una grande en la que todos tengamos que comer juntos. Ahora no sé qué hacer. Incluso en el colegio procuraba evitar comer en una mesa tan llena. La verdad es que me habría sentado siempre sola si Madge no se hubiese acostumbrado a sentarse conmigo. Supongo que habría comido con Gale, pero, como nos separaban dos cursos, nunca bajábamos a la misma hora.

Voy a por una bandeja y empiezo a recorrer los carros cargados de comida que rodean la habitación. Peeta me alcanza junto al estofado.

—¿Cómo te va?

—Bien. No está mal. Me gustan los vencedores del Distrito 3, Wiress y Beetee —respondo.

—¿De verdad? Los otros se los toman un poco a broma.

—¿Por qué será que no me sorprende? —respondo. Me acuerdo de que Peeta siempre estaba rodeado de amigos en el colegio. La verdad es que resulta sorprendente que se fijara en mí, salvo para pensar en lo rara que era.

—Johanna los ha apodado Majara y Voltios. Creo que ella es Majara y él es Voltios.

—Así que yo soy estúpida por pensar que podrían sernos útiles. Y todo por algo que ha dicho Johanna Mason mientras se untaba de aceite los pechos.

—Lo cierto es que el apodo lleva circulando muchos años, y no lo he dicho como un insulto. Sólo comparto la información —me asegura.

—Bueno, Wiress y Beetee son listos, inventan cosas. Con solo mirar supieron que han puesto un campo de fuerza entre los Vigilantes y nosotros. Y si necesitamos aliados, los quiero a ellos. —Dejo el cucharón de vuelta en el estofado y nos salpico a los dos de salsa.

—¿Por qué estás tan enfadada? —me pregunta Peeta, limpiándose la salsa de la camisa—. ¿Porque me metí contigo en el ascensor? Lo siento, creía que te haría gracia.

—Olvídalo —respondo, sacudiendo la cabeza—. Son muchas cosas.

—Darius.

—Darius. Los juegos. Haymitch obligándonos a formar equipo con los otros.

—Podemos hacerlo los dos solos, ya lo sabes.

—Lo sé, pero quizá Haymitch tenga razón —respondo—. No se lo digas, pero suele tenerla en lo que respecta a los juegos.

—Bueno, puedes tener la última palabra sobre nuestros aliados, aunque, ahora mismo, me inclino hacia Chaff y Seeder.

—Seeder me parece bien, Chaff no —le digo—. Al menos, todavía no.

—Ven a comer con él, te prometo que no le dejaré besarte otra vez.

Chaff no parece tan malo durante la comida. Está sobrio y, aunque habla demasiado alto y hace muchas bromas tontas, la mayoría son para reírse de sí mismo. Ya veo por qué se lleva bien con Haymitch, que siempre está envuelto en oscuros pensamientos, aunque todavía no estoy segura de querer formar equipo con él.

Intento con todas mis fuerzas ser sociable, no solo con Chaff, sino con el resto del grupo. Después de comer me paso por el puesto de insectos comestibles con los tributos del Distrito 8: Cecelia, que tiene tres hijos en casa, y Woof, un hombre muy anciano que apenas oye y no parece saber lo que pasa, porque no deja de llevarse bichos venenosos a la boca. Ojalá pudiera hablarles de mi encuentro con Twill y Bonnie en el bosque, pero no sé cómo hacerlo. Cashmere y Gloss, los dos hermanos del Distrito 1, me llaman y nos dedicamos a fabricar hamacas durante un rato. Son educados, aunque fríos, y me paso todo el tiempo pensando en cómo maté a los dos

tributos de su distrito, Glimmer y Marvel, el año pasado, y en que probablemente los conocieran o incluso fueran sus mentores. Tanto mi hamaca como mi intento por conectar con ellos resultan mediocres, como mucho. Me uno a Enobaria en el entrenamiento con espada e intercambio algunos comentarios, pero está claro que ninguna de las dos desea estar en el mismo equipo. Finnick aparece de nuevo cuando estoy aprendiendo trucos de pesca, aunque lo hace básicamente para presentarme a Mags, la anciana que también viene del Distrito 4. Entre el acento de su tierra y que no habla bien (es probable que haya sufrido una apoplejía), no logro entender más que una palabra de cada cuatro. Sin embargo, juro que sabe convertir cualquier cosa en un buen anzuelo: una espina, un hueso o un pendiente. Al cabo de un rato dejo de atender al entrenador e intento copiar todo lo que hace ella. Cuando consigo fabricar un anzuelo bastante pasable con un clavo doblado y lo ato a unos mechones de mi pelo, la mujer esboza una desdentada sonrisa y me dedica un comentario ininteligible que, imagino, será un cumplido. De repente recuerdo que se presentó voluntaria para sustituir a la joven histérica de su distrito. No pudo ser porque pensara tener alguna oportunidad de ganar, así que lo hizo para salvar a la chica, igual que yo me presenté el año pasado para salvar a Prim. Decido que la quiero en mi equipo.

Genial, ahora tengo que volver y decirle a Haymitch que quiero a una mujer de ochenta años, a Majara y a Voltios de aliados. Le va a encantar.

Total, que decido dejar de intentar hacer amigos y me acerco al puesto de arco para recuperar algo de cordura. Es un sitio estupendo, me encanta probar los distintos arcos y flechas. El entrenador, Tax, al ver que los objetivos fijos no me suponen ningún reto, empieza a lanzar unos tontos pájaros de pega al aire para que les dispare. Al principio parece una estupidez, pero resulta ser divertido, como cazar a un animal en movimiento. Como le doy a todo lo que tira, empieza a aumentar el número de pájaros que lanza al aire. Me olvido del resto del gimnasio, de los vencedores y de lo triste que estoy, y me dejo llevar por los disparos. Cuando consigo derribar a cinco pájaros de una vez, me doy cuenta de que hay tanto silencio que puedo oírlos caer uno a uno en el suelo. Me vuelvo y veo que la mayoría de los vencedores se han detenido para mirarme. En sus rostros encuentro de todo, desde envidia a odio, pasando por admiración.

Después del entrenamiento me quedo con Peeta y esperamos a que Haymitch y Effie aparezcan para la cena. Cuando nos llaman para comer, Haymitch salta sobre mí de inmediato.

—Bueno, al menos la mitad de los vencedores ha pedido a sus mentores que te soliciten como aliada. Estoy seguro de que no ha sido por tu alegre personalidad.

—La han visto disparar —responde Peeta, sonriendo—. La verdad es que es la primera vez que la he visto disparar de verdad. También estoy pensando en hacer una solicitud formal.

—¿Tan buena eres? —me pregunta Haymitch—. ¿Tan buena para que te quiera Brutus?

—Pero yo no quiero a Brutus —respondo, encogiéndome de hombros—. Quiero a Mags y al Distrito 3.

—Claro que sí —responde Haymitch, suspirando, y pide una botella de vino—. Les diré a todos que todavía te lo estás pensando.

Después de mi exhibición de tiro con arco siguen metiéndose un poco conmigo, pero ya no me da la impresión de que se burlen de mí. De hecho, es como si me hubiesen dejado entrar en el círculo de los vencedores. Durante los dos días siguientes paso algún tiempo con casi todos los que van a la arena, incluso con los adictos, que, con la ayuda de Peeta, me camuflan con pintura en un campo de flores amarillas. Incluso con Finnick, que me da una hora de clase de tridente a cambio de una hora de clase de arco. Y cuanto más llego a conocerlos, peor es, porque, en general, no los odio. Algunos hasta me gustan, y muchos de ellos están tan tocados que mi instinto natural sería protegerlos. Sin embargo, todos deben morir si quiero salvar a Peeta.

El último día de entrenamiento termina con las sesiones privadas. Cada uno tenemos quince minutos delante de los Vigilantes de los Juegos para asombrarlos con nuestras habilidades, aunque no sé lo que podríamos enseñarles. Se bromea mucho sobre el tema durante la comida, sobre lo que podríamos hacer: cantar, bailar, desnudarnos, contar chistes. Mags, a la que ahora entiendo un poquito mejor, decide que se va a echar una siesta. No sé qué hacer, supongo que disparar flechas. Haymitch me pidió que los sorprendiera, si podía, pero no me quedan ideas.

Como chica del Distrito 12, soy la última. El comedor se va quedando en silencio conforme los tributos entran a actuar. Es más fácil seguir comportándonos de forma irreverente e invencible, como hasta ahora, cuando somos más; lo único que pienso mientras mis compañeros desaparecen por la puerta es que les quedan pocos días de vida.

Finalmente, Peeta y yo nos quedamos solos y él pone una mano encima de la mesa en busca de la mía.

—¿Sabes ya lo que vas a hacer para ellos?

—Este año no puedo usarlos como blancos de tiro —respondo, sacudiendo la cabeza—, por lo del campo de fuerza y tal. Quizá me ponga a fabricar anzuelos. ¿Y tú?

—Ni idea. Ojalá pudiera hacerles una tarta o algo así.

—Pues camúflate —sugiero.

—Si los adictos me han dejado material para trabajar —responde, irónico—. Llevan pegados a ese puesto desde que empezó el entrenamiento.

Guardamos silencio un rato y después le suelto lo único en lo que los dos estamos

pensando.

—¿Cómo vamos a matar a estas personas, Peeta?

—No lo sé —responde, apoyando la frente en nuestras manos entrelazadas.

—No los quiero de aliados. ¿Por qué nos ha obligado Haymitch a conocerlos mejor? Hace que todo sea mucho más difícil que la última vez, salvo quizá por Rue. Pero supongo que, de todos modos, nunca habría podido matarla. Era demasiado parecida a Prim.

—Su muerte fue la más despreciable, ¿no? —me pregunta, mirándome con el ceño fruncido, como si pensara en algo.

—Ninguna fue bonita —respondo, pensando en los finales de Glimmer y Cato.

Llaman a Peeta, así que espero sola. Pasan quince minutos, después media hora. A los cuarenta minutos, me llaman.

Cuando entro huelo a productos de limpieza y me doy cuenta de que han arrastrado una de las colchonetas al centro de la habitación. El ambiente es muy distinto al del año pasado, en el que los Vigilantes estaban medio borrachos y comían distraídos en la mesa del banquete. Susurran entre ellos, parecen algo molestos. ¿Qué ha hecho Peeta? ¿Los ha enfadado?

Me preocupo, porque eso no es bueno. No quiero que Peeta se convierta en objetivo de la rabia de los Vigilantes, eso es parte de mi trabajo, apartarlos de Peeta. Pero ¿qué ha hecho para enfadarlos? Porque me encantaría hacer eso y más, penetrar más allá de la petulante máscara de los que utilizan su cerebro para inventarse formas divertidas de matarnos. Que se den cuenta de que, aunque nosotros somos vulnerables ante las crueldades del Capitolio, ellos también.

«¿Os hacéis una idea de lo mucho que os odio? —pienso—. ¿A vosotros, que habéis entregado vuestro talento a los juegos?»

Intento captar la mirada de Plutarch Heavensbee, pero él parece estar evitándome a posta, como ha hecho durante todo el período de entrenamiento. Recuerdo cómo fue a buscarme para invitarme a bailar, lo encantado que estaba de poder enseñarme el sinsajo de su reloj. Sus modales amables no encajan aquí. ¿Cómo iban a hacerlo, si no soy más que un tributo y él es el Vigilante Jefe? Tan poderoso, tan distante, tan seguro...

De repente sé qué hacer, y será algo que borre del mapa cualquier cosa que Peeta haya hecho. Me acerco al puesto de los nudos y elijo un trozo de cuerda. Me resulta difícil manipularlo porque nunca he practicado este nudo en concreto, sino que se lo he visto hacer a los hábiles dedos de Finnick, que se movían muy deprisa. Al cabo de unos diez minutos consigo un lazo decente. Después arrastro hasta el centro de la habitación uno de los muñecos que usamos para practicar puntería y, con algunas barras para hacer flexiones, lo cuelgo del cuello. Estaría bien atarle las manos a la espalda, pero me parece que me quedo sin tiempo, así que corro al puesto de

camuflaje, donde algunos tributos, sin duda los adictos, lo han puesto todo pringado. Sin embargo, logro encontrar un contenedor de zumo de bayas rojo sangre que me vendrá bien. La tela color carne de la piel del muñeco es un lienzo bueno y absorbente. Uso los dedos para pintar con mucho cuidado las palabras en su cuerpo, aunque ocultándoselas a los Vigilantes. Entonces me aparto rápidamente para ver su reacción al leer el nombre que he escrito en el muñeco.

SENECA CRANE.



El efecto en los Vigilantes es inmediato y satisfactorio. Algunos dejan escapar grititos; a otros se les caen las copas de vino, que se rompen musicalmente en el suelo; dos parecen estar dándole vueltas a la idea de desmayarse. La conmoción es unánime.

Ahora sí he captado la atención de Plutarch Heavensbee, que me mira fijamente mientras el zumo del melocotón que aplasta en la mano le corre por los dedos. Al final se aclara la garganta y dice:

—Ya puede irse, señorita Everdeen.

Me despido con una respetuosa inclinación de cabeza, me vuelvo para marcharme y, en el último momento, no puedo resistir la tentación de tirar el contenedor de zumo de bayas por encima del hombro. Oigo cómo el líquido cae sobre el muñeco y cómo se rompen dos copas más. Cuando las puertas del ascensor se cierran para sacarme de allí, compruebo que nadie se ha movido.

«Eso los ha sorprendido», pienso. Aunque ha sido imprudente y peligroso, y sin duda pagaré por ello con creces, en estos momentos siento algo muy parecido a la euforia y procuro saborearlo.

Estoy deseando encontrar a Haymitch para contarle lo de mi sesión, pero no hay nadie. Supongo que se estarán preparando para la cena, así que decido ir a darme una ducha, ya que tengo las manos manchadas de zumo. Mientras estoy bajo el agua empiezo a preguntarme si mi último truco habrá sido buena idea. La pregunta que ahora debería guiarme es: ¿ayudará a que Peeta siga vivo? Indirectamente, mi actuación puede que no ayude. Lo que pasa en el entrenamiento es absolutamente secreto, lo que significa que no tiene sentido castigarme si nadie sabrá cuál era la infracción. De hecho, el año pasado me recompensaron por mi descarado. Sin embargo, el delito de hoy es diferente. Si los Vigilantes se enfadan conmigo y deciden castigarme en la arena, Peeta podría quedar atrapado en el ataque. Quizá haya sido demasiado impulsiva, pero... la verdad es que no me arrepiento.

Cuando nos reunimos para la cena noto que las manos de Peeta todavía están un poco teñidas de colores, aunque tiene el pelo húmedo de la ducha. Habrá fabricado algún tipo de camuflaje. Una vez servida la sopa, Haymitch va al grano y hace la pregunta que está en mente de todos:

—Bueno, ¿cómo os ha ido en las sesiones privadas?

Intercambio miradas con Peeta. Por algún motivo, no me apetece mucho contar lo que he hecho; en la calma del comedor parece un acto muy radical.

—Tú primero —le digo a Peeta—. Tiene que haber sido algo especial, porque tuve que esperar cuarenta minutos para entrar.

Peeta parece estar experimentando la misma desgana que yo.

—Bueno, hice... hice lo del camuflaje, como me sugeriste, Katniss —responde, vacilando—. Aunque no del todo camuflaje. Es decir, usé los tintes.

—¿Para hacer qué? —pregunta Portia.

Pienso en lo alterados que estaban los Vigilantes cuando entré en el gimnasio para mi sesión, en el olor a productos de limpieza, en la colchoneta tirada en el centro del gimnasio. ¿La pusieron para ocultar algo que no pudieron lavar?

—Pintaste algo, ¿verdad? Un cuadro.

—¿Lo viste?

—No, pero intentaron taparlo con todas sus fuerzas.

—Bueno, es la norma, no pueden dejar que un tributo sepa lo que ha hecho otro tributo —comenta Effie, tranquila—. ¿Qué pintaste, Peeta? —pregunta, algo llorosa—. ¿Era un retrato de Katniss?

—¿Por qué iba a pintar un retrato mío, Effie? —replico, algo molesta.

—Para demostrar que va a hacer todo lo que pueda por defenderte. Eso es lo que esperan todos en el Capitolio. ¿Acaso no se presentó voluntario para ir contigo? —insiste Effie, como si fuese lo más obvio del mundo.

—En realidad pinté a Rue —interviene Peeta—. La pinte con el aspecto que tenía cuando Katniss la cubrió de flores.

Todos guardan silencio, asimilándolo.

—¿Y qué pretendías con eso, exactamente? —pregunta Haymitch, controlando la voz.

—No estoy seguro, solo quería hacerlos responsables, aunque fuese por un momento —responde Peeta—. Responsables de la muerte de esa niña.

—Eso es terrible —dice Effie, que parece a punto de llorar—. Pensar así... está prohibido, Peeta. Del todo. Sólo te buscarás más problemas para ti y para Katniss.

—Ahí tengo que darle la razón a Effie —añade Haymitch. Portia y Cinna guardan silencio, aunque están muy serios. Claro que tienen razón, pero, aunque me preocupa, creo que Peeta ha hecho algo asombroso.

—Supongo que no es el mejor momento para mencionar que colgué un muñeco y le pinté el nombre de Seneca Crane —comento, logrando el efecto deseado. Después de un instante de incredulidad, toda la desaprobación de la sala cae sobre mí como una tonelada de ladrillos.

—¿Que... colgaste... a Seneca Crane? —repite Cinna.

—Sí, estaba demostrando mis nuevas habilidades con los nudos y, de algún modo,

él acabó colgando de la soga.

—Oh, Katniss —se lamenta Effie, en voz muy baja—. ¿Y cómo te has enterado de eso?

—¿Era un secreto? El presidente Snow no actuaba como si lo fuera. De hecho, parecía estar deseando contármelo —respondo. Effie se levanta de la mesa tapándose la cara con una servilleta—. Ahora he molestado a Effie. Tendría que haber mentido y contaros que estuve disparando flechas.

—Ni que lo hubiésemos planeado —comenta Peeta, esbozando una sonrisa velada.

—¿No lo hicisteis? —pregunta Portia, que se aprieta los párpados cerrados como si se protegiese de una luz muy brillante.

—No —respondo, y miro a Peeta con más aprecio que nunca—. Antes de entrar, ni siquiera sabíamos lo que íbamos a hacer.

—Y otra cosa, Haymitch —dice él—. Hemos decidido que no queremos otros aliados en la arena.

—De acuerdo, así no seré responsable de la muerte de mis amigos cuando empecéis a hacer estupideces.

—Eso es justo lo que estábamos pensando —le digo.

Terminamos la comida en silencio, pero, cuando nos levantamos para irnos al salón, Cinna me rodea con un brazo y me da un apretón.

—Venga, vamos a ver esas puntuaciones de entrenamiento.

Nos reunimos alrededor del televisor, y Effie, con los ojos rojos, se suma al grupo. Aparecen los rostros de los tributos, distrito a distrito, y sus puntuaciones surgen debajo de las imágenes. Del uno al doce. Cashmere, Gloss, Brutus, Enobaria y Finnick obtienen puntuaciones altas, como era de esperar. El resto, de bajas a medias.

—¿Alguna vez han dado un cero? —pregunto.

—No, pero siempre hay una primera vez para todo —responde Cinna.

Y resulta ser cierto, porque, cuando Peeta y yo conseguimos un doce cada uno, hacemos historia en los juegos, aunque nadie está de humor para celebrarlo.

—¿Por qué lo han hecho? —pregunto.

—Para que los demás no tengan más remedio que ir a por vosotros —responde Haymitch, sin más—. Iros a la cama, no puedo ni miraros a la cara.

Peeta me acompaña en silencio hasta mi cuarto, pero, antes de que pueda darme las buenas noches, lo rodeo con mis brazos y descanso la cabeza en su pecho. Sus manos bajan por mi espalda y su mejilla se apoya en mi pelo.

—Si he empeorado las cosas, lo siento mucho —digo.

—No las has empeorado más que yo. De todos modos, ¿por qué lo has hecho?

—No lo sé, para demostrarles que soy algo más que una pieza de sus juegos, ¿no? Él se ríe un poco, porque seguro que recuerda la noche antes de los juegos del año

pasado. Estábamos en el tejado, no podíamos dormir, y Peeta dijo algo por el estilo que entonces no entendí. Ahora sí.

—Yo también —responde—. Y eso no quiere decir que no vaya a intentarlo. Me refiero a intentar devolverte a casa. Pero, para ser del todo sincero...

—Para ser del todo sincero, crees que el presidente Snow ha dado órdenes directas para asegurarse de que muramos en la arena.

—Se me ha pasado por la cabeza —dice él.

También se me había ocurrido a mí, y a menudo. Sin embargo, aunque sé que nunca saldré de la arena con vida, todavía me aferro a la esperanza de que Peeta sí. Al fin y al cabo, fui yo y no él la que sacó aquellas bayas. Nadie ha dudado nunca de que Peeta desafió al Capitolio por amor, así que quizá el presidente lo prefiera vivo, aplastado y con el corazón roto, como advertencia viviente para los demás.

—De todos modos, aunque eso ocurra, todos sabrán que hemos muerto luchando, ¿verdad? —pregunta Peeta.

—Lo sabrán —contesto, y, por primera vez, me distancio de la tragedia personal que me ha consumido desde que anunciaron el vasallaje. Recuerdo al anciano al que dispararon en el Distrito 11, a Bonnie y Twill, y los rumores de los levantamientos. Sí, todos los distritos estarán observando cómo me enfrento a esta sentencia de muerte, a este acto final de dominio del presidente. Buscarán alguna señal de que sus batallas no han sido en vano. Si puedo dejar claro que sigo desafiando al Capitolio hasta el final, el Capitolio me habrá matado..., pero no habrá acabado con mi espíritu. ¿Qué mejor forma de dar esperanza a los rebeldes?

Lo mejor de la idea es que mi decisión de mantener a Peeta vivo a costa de mi propia vida es, en sí, un acto de desafío, negarme a participar en los Juegos del Hambre según las reglas del Capitolio. Mi objetivo privado encaja perfectamente con mi objetivo público y, si de verdad lograrse salvar a Peeta..., en términos de revolución, sería ideal, porque yo valgo más muerta. Pueden convertirme en una especie de mártir de la causa y pintar mi cara en las pancartas, y eso será más valioso para levantar a la gente que cualquier cosa que pueda hacer estando viva. Sin embargo, Peeta es más valioso vivo y trágico, porque podrá convertir su dolor en palabras que transformarán a los que las oigan.

Él se volvería loco si supiera lo que estoy pensando, así que solo digo:

—Entonces, ¿qué hacemos con los pocos días que nos quedan?

—Sólo quiero pasar cada minuto del resto de mis días contigo —responde Peeta.

—Pues vamos —acepto, metiéndolo en mi habitación.

Volver a dormir con Peeta es todo un lujo, no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos la proximidad humana, notarlo a mi lado en la oscuridad. Ojalá no hubiese malgastado las dos noches anteriores dejándolo fuera. Me quedo dormida, envuelta en su calor, y, cuando abro de nuevo los ojos, la luz del sol entra por las

ventanas.

—No has tenido pesadillas —me dice.

—No he tenido pesadillas —confirmo—. ¿Y tú?

—Tampoco. Se me había olvidado lo que es dormir de verdad.

Nos quedamos tumbados un rato, sin prisa por empezar el día. Mañana por la noche será la entrevista televisada, así que hoy Effie y Haymitch tendrían que prepararnos. «Más tacones altos y comentarios sarcásticos», pienso, pero entonces entra la chica avox pelirroja con una nota de Effie en la que dice que, después de nuestra reciente gira, tanto ella como Haymitch piensan que podemos manejarnos solos en público. Las sesiones de entrenamiento se han cancelado.

—¿De verdad? —pregunta Peeta, quitándome la nota de las manos para examinarla—. ¿Sabes lo que significa? Tenemos todo el día para nosotros.

—Qué pena que no podamos ir a ninguna parte —comento, melancólica.

—¿Quién dice que no?

El tejado. Pedimos un montón de comida, nos llevamos mantas y subimos al tejado a hacer un picnic. El día entero de picnic en el jardín de flores, con la música de los carillones. Comemos, nos tumbamos al sol, corto las vides que cuelgan y utilizo mis nuevos conocimientos para practicar nudos y tejer redes. Peeta me dibuja. Nos inventamos un juego con el campo de fuerza que rodea el tejado: uno tira una manzana y el otro tiene que atraparla cuando vuelve.

Nadie nos molesta. A última hora de la tarde, tumbada con la cabeza sobre el regazo de Peeta, hago una corona de flores mientras él juguetea con mi pelo; de repente, se queda quieto.

—¿Qué? —pregunto.

—Ojalá pudiera congelar este momento, ahora mismo, aquí mismo, y vivir en él para siempre.

Esta clase de comentarios, los que me dejan atisbar su amor eterno por mí, me suelen hacer sentir culpable y horrible. Pero estoy tan cómoda, relajada y más allá de toda preocupación por un futuro que nunca tendré, que dejo salir la palabra:

—Vale.

—Entonces, ¿lo permites? —pregunta él, y noto por su voz que sonrío.

—Lo permito.

Sus dedos vuelven a mi pelo y yo me quedo dormida, aunque él me despierta para ver la puesta de sol. Es como una espectacular llamarada amarilla y naranja detrás de los edificios del Capitolio.

—Me pareció que no querías perdértela —dice.

—Gracias —respondo, porque puedo contar con los dedos de la mano el número de puestas de sol que me quedan, y no quiero perderme ninguna.

No bajamos a cenar con los demás, y nadie viene a llamarnos.

—Me alegro, estoy cansado de hacer que todos se sientan tan mal. Todos llorando, o Haymitch...

No hace falta que siga hablando.

Nos quedamos en el tejado hasta la hora de dormir y después bajamos en silencio a mi cuarto sin encontrarnos con nadie.

A la mañana siguiente nos despierta mi equipo de preparación. Vernos a Peeta y a mí durmiendo juntos es demasiado para Octavia, porque rompe a llorar de inmediato.

—Recuerda lo que nos dijo Cinna —le dice Venia, en plan valiente. Octavia asiente y se va, sollozando.

Peeta tiene que volver a su cuarto para la preparación, y yo me quedo sola con Venia y Flavius. Se acabó la cháchara de siempre. De hecho, apenas hablan, salvo para levantarme la barbilla o comentar una técnica de maquillaje. Ya casi es la hora de comer cuando noto algo que me gotea en el hombro y, al volverme, veo a Flavius cortándome el pelo con lágrimas silenciosas en los ojos. Venia le lanza una mirada, y él deja con cuidado las tijeras en la mesa y se va.

Así que me quedo a solas con Venia, cuya piel está tan pálida que los tatuajes parecen saltar de ella. Se mantiene rígida y decidida para peinarme, hacerme las uñas y el maquillaje, moviendo los dedos a toda velocidad en compensación por la falta de sus compañeros. Evita mirarme a los ojos en todo momento. Sólo cuando aparece Cinna para dar su aprobación y decirle que puede irse, Venia me toma las manos, me mira a los ojos y dice:

—Todos queríamos que supieras que ha sido un... privilegio estar aquí para ponerte lo más guapa posible.

Después sale corriendo de la habitación.

Mi equipo de preparación, mis mascotas tontas, superficiales y cariñosas, con su obsesión por las plumas y las fiestas, están a punto de romperme el corazón con su despedida. Por las últimas palabras de Venia queda claro que todos saben que no regresaré.

«¿Lo sabe todo el mundo?», me pregunto. Miro a Cinna: lo sabe, sin duda. Pero, como me prometió, él no me llorará.

—Bueno, ¿qué llevaré esta noche? —pregunto, mirando la bolsa en la que guarda mi traje.

—El presidente Snow en persona lo ha decidido —dice Cinna. Baja la cremallera de la bolsa y deja al descubierto uno de los vestidos de novia que me probé para la sesión de fotos. Pesada seda blanca con mucho escote, cintura de avispa y mangas que caen desde las muñecas hasta el suelo. Y perlas, perlas por todas partes; están cosidas al vestido y en tiras que me recorren el cuello y forman la corona para el velo —. Aunque anunciaron el Vasallaje de los Veinticinco la noche de la sesión de fotos, la gente siguió votando por su vestido favorito, y ganó éste. El presidente dice que lo

tienes que llevar esta noche. No hizo caso de nuestras objeciones.

Acaricio un trozo de seda entre los dedos, intentando entender el razonamiento del presidente. Supongo que, dada la magnitud de mi delito, quiere que todos vean mi dolor, pérdida y humillación a la luz de los focos. Cree que así quedará claro. Es tan bárbaro que el presidente convierta mi vestido de novia en una mortaja que el golpe da en el blanco y me hace sentir un dolor sordo en el cuerpo.

—Bueno, sería una pena malgastar un vestido tan bonito —respondo.

Cinna me ayuda a ponérmelo. Al encajarlo en los hombros, no puedo evitar que me protesten.

—¿Siempre ha sido tan pesado? —pregunto, porque recuerdo que varios vestidos eran recios, pero éste parece pesar una tonelada.

—He tenido que hacerle algunas modificaciones por la iluminación —dice Cinna. Asiento, aunque no veo qué tiene eso que ver con nada. Me sube a los tacones, y me coloca las joyas de perlas y el velo. Retoca el maquillaje. Me hace andar.

—Estás arrebatadora —afirma—. Y ahora, Katniss, como este corpiño es muy ajustado, no quiero que levantes los brazos por encima de la cabeza. Bueno, al menos, no hasta que gires.

—¿Voy a tener que girar de nuevo? —pregunto, pensando en el vestido del año pasado.

—Seguro que Caesar te lo pide y, si no lo hace, sugiérela tú misma, pero no al principio. Resérvalo para el gran final.

—Hazme una señal para que sepa cuándo hacerlo.

—De acuerdo. ¿Algún plan para la entrevista? Sé que Haymitch lo ha dejado en vuestras manos.

—No, este año lo haré como salga. Lo gracioso es que no estoy nerviosa. —Y es verdad. Por mucho que me odie el presidente Snow, la audiencia del Capitolio es mía.

Nos reunimos con Effie, Haymitch, Portia y Peeta en el ascensor. Peeta lleva un elegante esmoquin con guantes blancos, como los que llevan los novios aquí, en el Capitolio.

En casa todo es mucho más sencillo. La mujer suele alquilar un vestido blanco que ya se ha usado cientos de veces. El hombre se pone algo limpio que no sea un mono de minero. Rellenan algunos formularios en el Edificio de Justicia y se les asigna una casa. La familia y los amigos se reúnen para comer o para tomar un trozo de tarta, si pueden permitírselo. Aunque no haya comida, siempre cantamos una canción tradicional cuando la nueva pareja atraviesa el umbral de su hogar, y tenemos una pequeña ceremonia cuando encienden por primera vez la chimenea, tuestan pan y lo comparten. Quizá sea algo anticuado, pero nadie se siente realmente casado en el Distrito 12 hasta brindarse mutuamente el pan.

Los demás tributos, que ya están reunidos detrás del escenario y hablan en voz

baja, guardan silencio cuando llegamos Peeta y yo. Me doy cuenta de que todos miran con odio mi vestido de novia. ¿Están celosos por su belleza? ¿Porque pueda manipular a la multitud?

Finalmente, Finnick dice:

—No puedo creer que Cinna te haya puesto eso.

—No tuvo elección, el presidente Snow le obligó —respondo, a la defensiva. No permitiré que nadie critique a Cinna.

Cashmere se echa sus rizos rubios atrás y suelta:

—¡Qué aspecto más ridículo! —Después agarra a su hermano y lo empuja para ocupar su lugar en nuestro desfile al escenario. Los demás se ponen también en fila. Me siento desconcertada, porque todos están enfadados, pero algunos nos dan palmaditas en el hombro, y Johanna Mason se detiene para enderezarme el collar de perlas.

—Házselo pagar, ¿vale? —me dice.

Asiento, aunque no sé a qué se refiere... hasta que estamos todos sentados en el escenario y Caesar Flickerman, con el pelo y la cara pintados de lavanda, da su discurso de apertura y los tributos empiezan con las entrevistas. Es la primera vez que soy consciente de lo traicionados que se sienten los vencedores y de la ira que acompaña a la traición. Sin embargo, son muy listos, increíblemente listos, y logran que todo se vuelva en contra del Gobierno y el presidente Snow. No todos, porque están los de siempre, Brutus y Enobaria, que solo han venido para participar en otros juegos, además de los que están demasiado perplejos, drogados o perdidos para unirse al ataque. No obstante, hay muchos vencedores que todavía tienen el ingenio y el valor suficientes para seguir luchando.

Cashmere pone la pelota en juego con un discurso en el que cuenta que no puede dejar de llorar cuando piensa en lo mucho que estará sufriendo la gente del Capitolio por tener que perdernos. Gloss recuerda la amabilidad que le han demostrado todos aquí tanto a él como a su hermana. Beetee se cuestiona la legalidad del vasallaje a su manera nerviosa, preguntándose si los expertos lo han examinado bien últimamente. Finnick recita un poema que escribió para su verdadero amor en el Capitolio, y unas cien personas se desmayan, seguras de que se refiere a ellas. Cuando sale Johanna Mason, pregunta si no se puede hacer algo para resolver la situación; seguro que los creadores del Vasallaje de los Veinticinco nunca esperaron que se crease tal vínculo de amor entre los vencedores y el Capitolio; nadie puede ser tan cruel como para romperlo. Seeder medita tranquilamente sobre cómo los habitantes del Distrito 11 suponen que el presidente Snow es todopoderoso. Así que, si es todopoderoso, ¿por qué no cambia el vasallaje? Y Chaff, que sale justo después, insiste en que el presidente podría cambiar el vasallaje si quisiera, pero que debe de pensar que a nadie le importa mucho.

Cuando me presentan, la audiencia está destrozada. La gente ha llorado, se ha desmayado e incluso ha gritado pidiendo un cambio. Verme con mi vestido blanco de novia está a punto de provocar un motín. Ya no podrán verme más, ya no verán a los trágicos amantes viviendo felices para siempre jamás, ya no habrá boda. Incluso veo que la actitud profesional de Caesar se resquebraja un poco mientras intenta calmarlos y dejarme hablar; mis tres minutos se están esfumando rápidamente.

Al final hay una pausa y él puede decir:

—Bueno, Katniss, resulta obvio que es una noche muy emotiva para todos. ¿Hay algo que quieras decir?

—Sólo que siento mucho que no podáis asistir a mi boda —respondo, con voz temblorosa—, pero que me alegro de que al menos podáis verme con el vestido. ¿No es... lo más bonito del mundo? —No tengo que mirar a Cinna para ver la señal, sé que es el momento adecuado. Empiezo a girar lentamente, levantando las mangas del pesado vestido por encima de la cabeza.

Cuando oigo los gritos de la multitud creo que es porque estoy deslumbrante, hasta que me doy cuenta de que algo sube a mi alrededor: humo, de fuego. No son las luces parpadeantes del año pasado, en el carro, sino algo mucho más real que me devora el vestido. Empiezo a asustarme cuando el humo se espesa y trocitos de seda negra vuelan por los aires, acompañados del estrépito de las perlas al caer al suelo. Por algún motivo me da miedo parar, porque mi piel no parece estar ardiendo y sé que Cinna tiene que estar detrás de lo que sucede, así que sigo girando y girando. Durante una fracción de segundo ahogo un grito, completamente envuelta en las extrañas llamas. Entonces, de repente, el fuego desaparece y me detengo lentamente, preguntándome si estaré desnuda y por qué Cinna habrá querido que ardiese mi vestido de novia.

Pero no estoy desnuda, llevo un vestido con el mismo diseño que el traje de novia, salvo que es del color del carbón y está hecho de plumas diminutas. Asombrada, levanto mis largas mangas vaporosas y me veo en la pantalla de televisión. Voy entera de negro, salvo por unos parches blancos en las mangas... o debería decir en las alas.

Porque Cinna me ha convertido en un sinsajo.



Todavía ardo un poco, así que Caesar acerca la mano con indecisión para tocarme la cabeza. La tela blanca ha desaparecido y ha dejado un suave velo negro ajustado que cae sobre el escote trasero del vestido.

—Plumas —dice—. Eres como un pájaro.

—Como un sinsajo, creo —respondo, batiendo un poco las alas—. Es como el pájaro de la insignia que llevo de símbolo.

Veo pasar una sombra de reconocimiento por la cara de Caesar y sé que es consciente de que el sinsajo es algo más que mi símbolo, que ahora simboliza mucho más; que lo que en el Capitolio se verá como un llamativo cambio de vestuario, en los distritos se entenderá de una forma completamente distinta. Sin embargo, hace lo que puede por solucionarlo.

—Bueno, hay que quitarse el sombrero ante tu estilista. No creo que nadie pueda negar que se trata de lo más espectacular que hemos visto en una entrevista. Cinna, ¡deberías saludar! —Caesar le hace un gesto para que se levante. Cinna lo hace y se inclina con elegancia. De repente, estoy muerta de miedo por él. ¿Qué ha hecho? Algo de un peligro tremendo, un acto de rebelión en sí mismo. Y lo ha hecho por mí. Recuerdo sus palabras...

«No te preocupes, siempre utilizo el trabajo para canalizar mis emociones. Así no hago daño a nadie, salvo a mí mismo.»

Me temo que se ha hecho tanto daño que no podrá recuperarse. Al presidente Snow no se le escapará la importancia de mi feroz transformación.

El público, tan pasmado que había guardado silencio hasta el momento, prorrumpe en sonoros aplausos. Apenas oigo el zumbido que indica que mis tres minutos se han agotado. Caesar me da las gracias y vuelvo a mi asiento, con un vestido que ahora parece más ligero que el aire.

Cuando paso al lado de Peeta, que se dirige a su entrevista, no me mira a los ojos. Me siento con precaución, aunque, aparte de las nubecillas de humo que suelto de vez en cuando, parezco ilesa, así que centro mi atención en él.

Caesar y Peeta forman un gran equipo desde que aparecieron juntos por primera vez hace un año. Su fácil sincronización de preguntas y respuestas cómicas, junto con la habilidad para pasar con fluidez a los momentos más emotivos, como cuando Peeta confesó su amor por mí, los han convertido en un éxito. Empiezan tranquilamente

con unas cuantas bromas sobre fuegos, plumas y pollos chamuscados. Sin embargo, todos notan que Peeta está ausente, así que Caesar dirige la conversación directamente al asunto en mente de todos.

—Bueno, Peeta, ¿qué sentiste cuando, después de todo lo que has pasado, te enteraste del vasallaje?

—Me quedé conmocionado. Es decir, estaba contemplando a Katniss, tan bella con todos esos vestidos de novia y, de repente... —Peeta deja la frase en el aire.

—¿Te diste cuenta de que nunca habría boda? —pregunta Caesar con amabilidad.

Peeta guarda silencio durante un largo instante, como si estuviese decidiendo qué hacer. Mira al público, al que tiene hechizado, después al suelo y, por último, a Caesar.

—Caesar, ¿crees que todos los amigos que nos están viendo sabrán guardar un secreto?

El público deja escapar unas carcajadas incómodas, porque ¿qué quiere decir? ¿Guardar un secreto ante quién? Todo el mundo está mirando.

—Estoy bastante seguro —responde Caesar.

—Ya estamos casados —anuncia Peeta en voz baja. La multitud reacciona demostrando su estupefacción, y yo tengo que ocultar la cara en los pliegues de la falda para que no vean lo perpleja que estoy. ¿Adónde pretende ir a parar con esto?

—Pero... ¿cómo es posible? —pregunta Caesar.

—Oh, no es un matrimonio oficial, no fuimos al Edificio de Justicia ni nada de eso. Es que en el Distrito 12 tenemos un ritual de matrimonio. No sé cómo será en los otros distritos, pero nosotros hacemos una cosa —explica, y describe brevemente la ceremonia de brindarnos el pan tostado.

—¿Estaban allí vuestras familias?

—No, no se lo dijimos a nadie, ni siquiera a Haymitch. Y la madre de Katniss nunca lo habría aprobado, pero, ¿sabes?, si nos hubiésemos casado en el Capitolio no habríamos tenido brindis. Y ninguno de los dos queríamos seguir esperando, así que decidimos hacerlo sin más. Y, para nosotros, estamos más casados de lo que pudiéramos estarlo después de firmar un trozo de papel o montar una gran fiesta.

—Entonces, ¿esto fue antes del vasallaje?

—Claro que fue antes del vasallaje. Seguro que no lo habríamos decidido de haberlo sabido antes —responde Peeta, que empieza a enfadarse—. Sin embargo, ¿quién se lo podía imaginar? Nadie. Pasamos por los juegos, vencimos, todos parecían encantados de vernos juntos, y entonces, de buenas a primeras... Es decir, ¿cómo íbamos a esperarnos algo así?

—No podíais, Peeta —lo consuela Caesar, poniéndole un brazo sobre los hombros—. Como dices, nadie podía. No obstante, debo confesar que me alegro de que al menos tuvieseis unos cuantos meses de felicidad juntos.

Un enorme aplauso. Como si eso me diese ánimos, levanto la mirada de las plumas y dejo que la audiencia vea mi triste sonrisa de agradecimiento. El humo que queda de las plumas hace que me lloren los ojos, lo que le da un toque muy realista.

—Yo no me alegro —dice Peeta—. Ojalá hubiésemos esperado hasta la celebración oficial.

—Bueno, disfrutar de un tiempo, aunque breve, es mejor que no disfrutar de ninguno, ¿no? —pregunta Caesar, sorprendido.

—Quizá hubiese pensado lo mismo, Caesar, si no fuera por el bebé —responde Peeta, desesperado.

Ya está, ha vuelto a hacerlo, ha soltado una bomba que hará que todos olviden lo que hayan dicho los tributos que han pasado delante de él. Bueno, quizá no, quizá este año no haya hecho más que encender la mecha de una bomba que los mismos vencedores han fabricado con la esperanza de que alguien lograra hacerla estallar. Puede que piensen que sería yo, con mi traje de novia. No sabían lo mucho que dependo del talento de Cinna, mientras que Peeta no necesita más que su ingenio.

Al estallar la bomba, la onda expansiva envía acusaciones de injusticia, barbarie y crueldad en todas direcciones. Ni siquiera la persona más fiel al Capitolio, la más sedienta de juegos y sangre, es capaz de pasar por alto, al menos durante un segundo, lo horrible de la situación.

Estoy embarazada.

El público no es capaz de asimilar la noticia de inmediato, tiene que golpearles, meterseles dentro y ser confirmada por otras voces antes de que empiecen a sonar como un rebaño de animales heridos, gimiendo, chillando, pidiendo ayuda. ¿Y yo? Sé que han proyectado un primer plano de mi cara en pantalla, pero no me esfuerzo en ocultarla, porque, por un momento, incluso yo estoy asimilando lo que ha dicho Peeta. ¿No era lo que yo más temía de la boda, del futuro? ¿Perder a mis hijos en los juegos? Y ahora sería posible, ¿no? Si no me hubiese pasado la vida levantando capas y más capas de defensas que me hacen huir ante la mera mención de casarme o tener una familia...

Caesar no logra refrenar de nuevo a la multitud, ni siquiera cuando suena el zumbido. Peeta asiente para despedirse y regresa a su asiento sin decir más. Veo que el presentador mueve los labios, pero el lugar es un caos y no oigo nada más que el atronador rugido del himno, tan alto que lo siento reverberar en los huesos, para hacernos saber cuál es nuestro sitio en el programa.

Me levanto automáticamente y, al hacerlo, noto que Peeta me ofrece una mano. Empieza a llorar cuando la acepto. ¿Qué hay de real en sus lágrimas? ¿Es un reconocimiento de que él siempre ha sufrido los mismos miedos que yo? ¿Que todos los vencedores los han sufrido? ¿Que todos los padres de todos los distritos de Panem los han sufrido?

Miro al público, aunque los rostros de la madre y el padre de Rue me bailan delante de los ojos. Su pena, su pérdida. Me vuelvo de forma espontánea hacia Chaff y le ofrezco la mano. Mis dedos se cierran en torno al muñón de su brazo y se aferran con fuerza.

Entonces sucede: a todo lo largo de la fila, los vencedores empiezan a tomarse de la mano. Algunos de inmediato, como los adictos, Wiress y Beetee. Otros vacilan, como Brutus y Enobaria, pero al final ceden ante la presión de los que los rodean. Cuando terminan los últimos acordes del himno, los veinticuatro formamos una fila unida en lo que debe de ser la primera muestra pública de unidad entre los distritos desde los Días Oscuros. Mientras la pantalla empieza a fundirse en negro, noto que se dan cuenta de ello. Sin embargo, es demasiado tarde; con la confusión, no nos cortaron a tiempo. Todo el mundo lo ha visto.

Ahora empieza el follón en el escenario, las luces se apagan y nos dejan que volvamos a tientas al Centro de Entrenamiento. He perdido a Chaff, pero Peeta me guía hasta un ascensor. Cuando Finnick y Johanna intentan unirse a nosotros, un agente de la paz bastante violento les impide el paso y salimos solos.

En cuanto ponemos un pie fuera del ascensor, Peeta me agarra por los hombros.

—No tenemos mucho tiempo, así que, dime: ¿tengo que disculparme por algo?

—Por nada —respondo. Se ha arriesgado mucho sin pedirme permiso, pero me alegro de no haberlo sabido, de no haber tenido tiempo para dudar sobre su decisión y dejar que la culpa por lo que pensara Gale me impidiese ver lo que realmente siento por lo que ha hecho Peeta. Y me siento poderosa.

Muy lejos de aquí existe un lugar llamado Distrito 12, en el que mi madre, mi hermana y mis amigos tendrán que cargar con las consecuencias de lo sucedido esta noche. A un breve viaje en aerodeslizador de nosotros está la arena, donde mañana Peeta, los demás tributos y yo nos enfrentaremos a nuestro propio castigo. Sin embargo, aunque todos tengamos una muerte horrible, esta noche ha pasado algo en el escenario que no puede deshacerse. Los vencedores hemos montado nuestro levantamiento y, quizá, solo quizá, el Capitolio no sea capaz de contenerlo.

Esperamos a que regresen los demás, pero, cuando se abre el ascensor, solo aparece Haymitch.

—Ahí fuera es la locura. Han enviado a todos a casa y han cancelado el resumen de las entrevistas en televisión.

Peeta y yo corremos a la ventana e intentamos entender lo que pasa más abajo, en la calle.

—¿Qué están diciendo? —pregunta Peeta—. ¿Le están pidiendo al presidente que detenga los juegos?

—Creo que ni ellos mismos saben qué pedir. La situación no tiene precedentes. La simple idea de oponerse a los planes del Capitolio es fuente de confusión para la

gente de aquí —responde Haymitch—. Pero Snow no va a cancelar los juegos de ninguna manera. Lo sabéis, ¿verdad?

Lo sé. Ya no puede echarse atrás. La única opción es devolver el golpe, y devolverlo con fuerza.

—¿Los otros se han ido a casa? —pregunto.

—Se lo han ordenado. No sé cómo les irá con toda esa muchedumbre en la calle.

—Entonces, no volveremos a ver a Effie —comenta Peeta. El año pasado tampoco la vimos la mañana de los juegos—. Dale las gracias de nuestra parte.

—Más que eso, haz que sea algo especial. Al fin y al cabo, estamos hablando de Effie —añado—. Dile lo mucho que la apreciamos, que ha sido la mejor acompañante del mundo y que... que la queremos mucho.

Guardamos silencio durante un momento, retrasando lo inevitable, hasta que Haymitch dice:

—Supongo que nosotros también tenemos que despedirnos.

—¿Un último consejo? —pregunta Peeta.

—Seguid vivos —responde Haymitch, con voz ronca. Se ha convertido en nuestra broma privada. Nos da un abrazo rápido a cada uno y me doy cuenta de que es lo máximo que puede soportar—. Iros a la cama, necesitáis descansar.

Sé que debería decirle un montón de cosas a Haymitch, pero no se me ocurre nada que él no sepa ya, la verdad, y tengo un nudo tan grande en la garganta que, de todos modos, dudo que pueda hablar. Así que, de nuevo, dejo que Peeta lo haga por los dos.

—Cuídate, Haymitch.

Cruzamos la habitación y, al llegar a la puerta, la voz de Haymitch nos detiene.

—Katniss, cuando estés en la arena —empieza, aunque se calla. Por la forma en que frunce el ceño sé que ya lo he decepcionado.

—¿Qué? —pregunto, a la defensiva.

—Recuerda quién es el verdadero —me dice—. Eso es todo, marchaos ya. Salid de aquí.

Recorremos el pasillo. Peeta quiere parar en su cuarto para quitarse el maquillaje en la ducha y reunirse después conmigo dentro de unos minutos, pero no lo dejo. Estoy segura de que, si se cierra una puerta entre nosotros, se bloqueará y tendré que pasar la noche sin él. Además, tengo ducha en mi habitación. Me niego a soltarle la mano.

¿Dormimos? No lo sé. Pasamos la noche abrazados, en una tierra intermedia entre los sueños y la vigilia. Sin hablar. Los dos tememos molestar al otro, con la esperanza de poder acumular algunos preciados minutos de descanso.

Cinna y Portia llegan al alba, y sé que Peeta tendrá que irse. Los tributos entran en la arena solos. Me da un besito.

—Te veré pronto —me dice.

—Te veré pronto —respondo.

Cinna, que me ayudará a vestirme para los juegos, me acompaña al tejado. Estoy a punto de subir a la escalera del aerodeslizador cuando lo recuerdo:

—No me he despedido de Portia.

—Yo se lo diré.

La corriente eléctrica me paraliza en la escalera mientras el médico me inyecta el dispositivo de seguimiento en el antebrazo izquierdo. Ahora podrán localizarme en la arena en todo momento. El aerodeslizador despega y miro por las ventanillas hasta que se oscurecen. Cinna intenta obligarme a comer y, cuando eso falla, a beber. Consigo beber agua a traguitos, pensando en la deshidratación que estuvo a punto de matarme el año pasado, pensando en que necesitaré fuerzas para mantener a Peeta con vida.

Cuando llegamos a la sala de lanzamiento de la arena, me ducho. Cinna me hace una trenza y me ayuda a ponerme la ropa sobre mi sencilla lencería. El traje de los tributos de este año es un mono azul ajustado, fabricado en un material muy fino y con una cremallera delante; un cinturón acolchado de unos quince centímetros de ancho cubierto de reluciente plástico morado; y un par de zapatos de nylon con suelas de goma.

—¿Qué te parece? —pregunto, acercándole la tela a Cinna para que la examine.

Frunce el ceño mientras la restriega entre los dedos.

—No lo sé, no sirve de mucho como protección ni del frío, ni del agua.

—¿Y del sol? —pregunto, imaginándome un sol ardiente sobre un desierto baldío.

—Es posible, si la han tratado adecuadamente. Oh, casi se me olvida esto. —Saca mi broche de sinsajo dorado del bolsillo y me lo pone en el mono.

—Mi vestido de anoche era fantástico —comento. Fantástico e imprudente, pero eso ya lo sabrá él.

—Me pareció que te gustaría —responde, con una sonrisa tensa.

Nos sentamos con las manos entrelazadas, como el año pasado, hasta que la voz me dice que me prepare para el lanzamiento. Me acompaña a la placa de metal circular y me sube la cremallera del mono hasta el cuello.

—Recuerda, chica en llamas, que sigo apostando por ti. —Me da un beso en la frente y retrocede, mientras el cilindro de cristal baja para rodearme.

—Gracias —respondo, aunque es probable que no me oiga. Levanto la barbilla para llevar la cabeza alta, como siempre me pide, y espero a que la plataforma se eleve. Sin embargo, no lo hace, y sigue sin hacerlo.

Miro a Cinna arqueando las cejas, en busca de una explicación. Él sacude la cabeza levemente, tan desconcertado como yo. ¿Por qué están retrasando esto?

De repente, la puerta que está detrás de él se abre de golpe y tres agentes de la paz entran en tromba en la habitación. Dos sujetan los brazos de Cinna a su espalda y lo esposan, mientras que el tercero lo golpea en la sien con tanta fuerza que cae de rodillas. Y no dejan de golpearlo con guantes tachonados de metal, abriéndole heridas en la cara y el cuerpo. Empiezo a gritar como loca, a golpear el inflexible cristal intentando llegar hasta él. Los agentes de la paz no me hacen ningún caso y se llevan a rastras el cuerpo inmóvil de Cinna. Sólo quedan las manchas de sangre en el suelo.

Mareada y aterrada, noto que la placa empieza a subir. Todavía estoy apoyada en el cristal cuando la brisa me agita el pelo y me obligo a enderezarme. Justo a tiempo, porque el cristal se retira y me quedo de pie en la arena. Algo parece estar mal, el suelo es demasiado brillante y reluciente, y no deja de moverse. Me miro los pies, entrecerrando los ojos, y veo que la placa de metal está rodeada de olas azules que me mojan las botas. Levanto la mirada poco a poco y asimilo la visión del agua que se extiende en todas direcciones.

Sólo logro formar un pensamiento coherente: «Éste no es lugar para una chica en llamas».



PARTE 3
"EL ENEMIGO"

EN LLAMAS



—Damas y caballeros, ¡que empiecen los Septuagésimo Quintos Juegos del Hambre!

La voz de Claudius Templesmith, el presentador de los Juegos del Hambre, me retumba en los oídos. Tengo menos de un minuto para recuperarme, después sonará el gong y los tributos podrán salir como quieran de sus plataformas metálicas. Pero ¿para ir adónde?

No pienso con claridad, porque la imagen de Cinna golpeado y ensangrentado me consume. ¿Dónde estará ahora? ¿Qué le estarán haciendo? ¿Lo torturarán? ¿Lo matarán? ¿Lo convertirán en un avox? Está claro que el ataque se preparó para desestabilizarme, igual que la presencia de Darius en mis alojamientos. Y lo han conseguido. Lo único que deseo es dejarme caer sobre la placa metálica, pero no puedo hacer eso después de lo que acabo de presenciar. Debo ser fuerte, se lo debo a Cinna, que lo ha arriesgado todo al desautorizar al presidente Snow y convertir mi vestido de novia en un plumaje de sinsajo. También se lo debo a los rebeldes que, envalentonados por el ejemplo de Cinna, quizá estén luchando para derribar al Capitolio en estos momentos. Mi último acto de rebelión será negarme a jugar según las reglas del Capitolio, así que aprieto los dientes y me preparo para la partida.

«¿Dónde estás?» Todavía no entiendo el paisaje que me rodea. «¿¡Dónde estás!?» me exige y, poco a poco, vuelvo a centrarme: agua azul, cielo rosa, sol ardiente calentándolo todo. Vale, ahí está la Cornucopia, el reluciente cuerno de metal dorado, a unos cuarenta metros. Al principio me parece que está sobre una isla circular, pero, al examinarlo mejor, veo las delgadas tiras de tierra firme que salen del círculo como los rayos de una rueda. Creo que son de diez a doce, y parecen equidistantes entre sí. Entre los rayos, todo es agua, agua y un par de tributos.

Eso es, entonces: hay doce rayos, cada uno con dos tributos entre ellos, sobre sus plataformas de metal. El otro tributo de mi cuña flotante es el viejo Woof, del Distrito 8. Está tan lejos de mí, hacia la derecha, como la franja de tierra de mi izquierda. Más allá del agua, dondequiera que mire, veo una playa estrecha y después densa vegetación. Examino el círculo de tributos en busca de Peeta, pero la Cornucopia debe de tapármelo.

Me llevo a la nariz un poco de agua y la huelo. Después me meto la punta del dedo mojado en la boca: como sospechaba, es agua salada, como las olas que Peeta y yo nos encontramos en nuestra breve gira por la playa del Distrito 4. Sin embargo, al

menos parece limpia.

No hay barcas, ni cuerdas, ni siquiera trozos de madera flotante a los que agarrarse. No, solo hay una forma de llegar a la Cornucopia. Cuando suena el gong, me tiro al agua de mi izquierda sin vacilar. Pese a que no estoy acostumbrada a nadar distancias tan largas y que hacerlo sobre las olas requiere más habilidad que en el tranquilo lago de casa, curiosamente, mi cuerpo me resulta muy ligero, así que recorro el agua sin esfuerzo. Quizá sea la sal. Me pongo en pie, chorreando, en la franja de tierra y corro por la arena hacia la Cornucopia. No veo que nadie más salga por mi lado, aunque el cuerpo de oro me tapa buena parte de la vista. En cualquier caso, no dejo que la posibilidad de la presencia de enemigos me frene. Ahora pienso como una profesional, y lo primero que quiero es encontrar un arma.

El año pasado, los suministros estaban esparcidos alrededor de la Cornucopia, a bastante distancia incluso, y los más valiosos eran los más cercanos al cuerno. Sin embargo, este año el botín parece acumulado en la entrada, que mide unos seis metros de alto. Localizo rápidamente un arco dorado a mi alcance y tiro de él.

Tengo a alguien detrás. No sé qué me pone en alerta, si un suave movimiento de la arena o un cambio en las corrientes de aire, pero saco una flecha del carcaj que sigue encajado en la pila y armo el arco mientras me vuelvo.

Finnick, reluciente y espléndido, está a pocos metros de mí, con un tridente dispuesto para el ataque; en la otra mano lleva una red. Sonríe un poco, aunque los músculos de su torso están rígidos, a la espera.

—Tú también sabes nadar —me dice—. ¿Cómo has aprendido en el Distrito 12?

—Tenemos una bañera muy grande.

—Ya te digo. ¿Te gusta la arena?

—No especialmente, pero supongo que a ti sí. Imagino que la habrán construido en tu honor —añado, con algo de rencor. Da toda la impresión, con tanta agua, cuando seguro que solo un puñado de los vencedores sabe nadar. Y en el Centro de Entrenamiento no había piscina, no tenían ninguna oportunidad de aprender. Quien no supiera nadar de antes tendrá que aprender deprisa. Hasta la participación en el baño de sangre inicial depende de ser capaz de cubrir unos veinte metros de agua. Eso le da al Distrito 4 una ventaja enorme.

Durante un momento nos quedamos paralizados, midiendo nuestras armas, nuestras habilidades. Entonces, Finnick sonrío de oreja a oreja.

—Qué suerte que seamos aliados, ¿no?

Percibo una trampa y estoy a punto de disparar la flecha, con la esperanza de que le dé en el corazón antes de que me atraviese con el tridente, pero él mueve la mano y una cosa que lleva en su muñeca refleja la luz del sol: una pulsera de oro macizo con un diseño de llamas, la misma que recuerdo haber visto en la muñeca de Haymitch la mañana en que empecé el entrenamiento. Medito por un momento que Finnick puede

haberla robado para engañarme, aunque, de algún modo, sé que no es así, que Haymitch se la ha dado. Es una señal para mí, bueno, una orden, en realidad: que confíe en Finnick.

Oigo otros pasos acercándose, debo decidir de inmediato.

—¡Vale! —exclamo, porque, aunque Haymitch sea mi mentor e intente mantenerme viva, esto me pone furiosa. ¿Por qué no me dijo antes que había hecho este acuerdo? Seguramente porque Peeta y yo habíamos descartado los aliados. Ahora nuestro mentor ha elegido uno por su cuenta.

—¡Agáchate! —me ordena Finnick con una voz tan potente, tan distinta de su seductor ronroneo de siempre, que lo hago. Su tridente sale disparado sobre mi cabeza y oigo un sonido asqueroso cuando da en su objetivo; el hombre del Distrito 5, el borracho que vomitó en el suelo del entrenamiento de espada, cae de rodillas mientras Finnick libera el tridente con el que le ha dado en el pecho.

—No confíes en el 1 y el 2 —me dice.

No tengo tiempo para cuestionarlo, me limito a sacar el carcaj de flechas.

—¿Un lado para cada uno? —propongo; él asiente, y yo rodeo la pila a toda velocidad. A unos cuatro rayos de distancia, Enobaria y Gloss están llegando a tierra. O son unos nadadores muy lentos o pensaban que el agua estaría repleta de otros peligros, cosa que es muy posible. A veces no es bueno tener en cuenta demasiadas opciones. Sin embargo, ahora que están en tierra, llegarán aquí en cuestión de segundos.

—¿Algo útil? —oigo gritar a Finnick.

Examino rápidamente mi lado de la pila y encuentro mazas, espadas, arcos y flechas, tridentes, cuchillos, lanzas, hachas, objetos metálicos cuyo nombre desconozco... y ya está.

—¡Armas! —respondo—. ¡Sólo armas!

—Aquí igual —me confirma—. ¡Elige lo que quieras y vámonos!

Disparo una flecha a Enobaria, que se ha acercado demasiado para mi gusto, pero la esperaba y se tira al agua antes de que acierte. Gloss no es tan rápido, así que logro acertarle en una pantorrilla cuando se está tirando a las olas. Me cuelgo al hombro un arco de repuesto y un segundo carcaj, me meto dos cuchillos largos y un punzón en el cinturón, y me reúno con Finnick en la parte delantera de la pila.

—¿Te importaría solucionar eso? —me pide. Veo que Brutus viene disparado hacia nosotros. Se ha quitado el cinturón y lo lleva extendido entre las manos, como un escudo. Le disparo y él consigue bloquear la flecha con el cinturón y evitar que le perfora el hígado. Cuando la flecha pincha el cinturón, un líquido morado sale de él y le cubre la cara. Mientras recargo, Brutus se tira al suelo, rueda los pocos metros que lo separan del agua y se sumerge. Oigo algo metálico caer detrás de mí.

—Vámonos —le digo a Finnick.

Gracias a la última pelea, Enobaria y Gloss han tenido tiempo de llegar a la Cornucopia. Brutus también está a tiro y, en alguna parte, seguro que Cashmere anda cerca. Estos cuatro profesionales clásicos tendrán alianzas previas. Si solo tuviese que pensar en mí, estaría dispuesta a atacarlos con Finnick, pero hay que pensar en Peeta. Por fin lo veo, todavía aislado en su placa metálica. Salgo corriendo y Finnick me sigue sin cuestionarlo, como si ya supiera cuál sería mi siguiente movimiento. Después de acercarme lo más posible, empiezo a sacar cuchillos de mi cinturón, preparada para ir nadando hasta él y arrastrarlo de algún modo.

Finnick me pone una mano en el hombro.

—Yo iré a por él.

Empiezo a sospechar: ¿podría ser una estratagema? ¿Quería Finnick ganarse mi confianza y después ir a ahogar a Peeta?

—Puedo hacerlo yo —insisto, pero él ya ha soltado todas sus armas.

—En tu estado, es mejor que no te canses —responde, y me da una palmadita en el abdomen.

«Ah, claro, se supone que estoy embarazada», pienso. Mientras intento averiguar qué significa y cómo actuar (quizá debería vomitar o algo), Finnick se ha colocado ya en la orilla.

—Cúbreme —me pide, y desaparece con una zambullida perfecta.

Levanto el arco para protegerlo de cualquiera que ataque la Cornucopia, aunque nadie parece interesado en perseguirnos. Efectivamente, Gloss, Cashmere, Enobaria y Brutus se han reunido en manada y están examinando las armas. Un rápido examen al resto de la arena me dice que casi todos los tributos siguen atrapados en sus placas. Espera, no, hay alguien de pie en el rayo de mi izquierda, el que está frente a Peeta. Es Mags, aunque ni se dirige a la Cornucopia ni intenta huir, sino que se mete en el agua y empieza a chapotear hacia mí, manteniendo la cabeza por encima de las olas. Bueno, es vieja, pero supongo que después de ochenta años de vida en el Distrito 4 sabe bien cómo flotar.

Finnick ha llegado hasta Peeta y está arrastrándolo de vuelta, con un brazo sobre su pecho mientras se impulsa con el otro por el agua nadando fácilmente. Peeta se deja llevar sin resistirse. No sé qué le habrá dicho o qué habrá hecho nuestro aliado para que Peeta haya decidido confiarle la vida, quizá le haya enseñado la pulsera. O quizá le haya bastado con verme esperando. Cuando llegan a la arena, ayudo a llevar a Peeta a tierra firme.

—Hola de nuevo —me dice, y me da un beso—. Tenemos aliados.

—Sí, como Haymitch quería.

—Recuérdamelo, ¿hemos hecho tratos con alguien más?

—Creo que solo con Mags —respondo, asintiendo con la cabeza hacia la anciana que nada con determinación hacia nosotros.

—Bueno, no puedo dejar a Mags —dice Finnick—. Es una de las pocas personas a las que les gusta de verdad.

—No tengo ningún problema con Mags —le aseguro—. Sobre todo después de ver la arena. Puede que sus anzuelos sean nuestra mejor oportunidad de conseguir comida.

—Katniss quiso aliarse con ella el primer día —comenta Peeta.

—Katniss tiene muy buen criterio —responde Finnick. Con una mano saca a Mags del agua como si no pesara más que un cachorro. Ella dice algo que quizá incluya la palabra «flota» y se da una palmadita en el cinturón.

—Mira, tiene razón, alguien más lo ha averiguado —añade Finnick, señalando a Beetee. Aunque va dando bandazos por el agua, consigue no hundir la cabeza.

—¿El qué? —pregunto.

—Los cinturones. Son dispositivos de flotación. Es decir, tienes que impulsarte, pero evitan que te ahogues.

Estoy a punto de pedirle a Finnick que espere a Beetee y Wiress para que se vengán con nosotros, pero Beetee está a tres rayos de distancia y ni siquiera veo a Wiress. Por lo que sé, mi aliado podría matarlos como al tributo del 5, sin pensárselo dos veces, así que sugiero que sigamos adelante. Le doy a Peeta un arco, un carcaj y un cuchillo, y me quedo el resto. Sin embargo, Mags me tira de la manga y balbucea hasta que le doy el punzón. Encantada, lo sujeta entre las encías y le ofrece los brazos a Finnick, que se echa la red al hombro, coloca a Mags encima y agarra el tridente con la mano libre; después huimos de la Cornucopia.

Cuando termina la arena, el bosque surge de repente. No, en realidad no es bosque, al menos no del tipo que yo conozco. Es jungla. Esa palabra extraña y casi obsoleta me viene a la cabeza, seguramente por algo que oí en otros Juegos del Hambre o que me enseñó mi padre. La mayor parte de los árboles no me son familiares, tienen troncos lisos y pocas ramas. La tierra es muy negra y esponjosa, a menudo oculta por enredaderas con flores vistosas. Aunque el sol caliente, el aire es cálido y está lleno de humedad, por lo que me da la impresión de que aquí nunca se está del todo seco. La fina tela azul de mi mono deja que el agua de mar se evapore fácilmente, pero ya se me empieza a pegar de sudor.

Peeta lidera la marcha, abriéndose paso entre la densa vegetación con su largo cuchillo. Obligo a Finnick a ir segundo, porque, aunque es el más fuerte, está ocupado con Mags. Además, por muy bien que se le dé el tridente, no es un arma tan apropiada para la jungla como mis flechas. Entre la cuesta empinada y el calor, no tardamos mucho en quedarnos sin aliento. Por suerte, Peeta y yo hemos estado entrenando mucho, y Finnick tiene un físico tan asombroso que, incluso con Mags al hombro, conseguimos seguir subiendo rápidamente durante kilómetro y medio antes de que pida un descanso. Y me da la impresión de que es más por Mags que por él.

El follaje nos oculta la rueda; para ver mejor, subo por un árbol con ramas como de goma... y desearía no haberlo hecho.

La tierra que rodea la Cornucopia parece estar sangrando; el agua tiene manchas moradas. Los cadáveres yacen en la arena y flotan en el mar, pero, a esta distancia, con todos vestidos igual, no sé quién vive y quién ha muerto. Sólo sé que algunas de las diminutas figuras todavía luchan. Bueno, ¿y qué esperaba? ¿Que la cadena de vencedores que anoche se dieron la mano conseguiría una especie de tregua universal en la arena? No, no lo pensé en ningún momento, aunque supongo que sí esperaba que algunas personas demostrasen... ¿El qué? ¿Moderación? Al menos algo de reticencia antes de ponerse directamente en modo masacre. «Y todos os conocíais de antes —pienso—. Actuabais como amigos.»

Aquí solo tengo un amigo de verdad, y no es del Distrito 4.

Dejo que la escasa y espesa brisa me refresque las mejillas mientras tomo una decisión. A pesar de la pulsera, debería acabar con esto y matar a Finnick. Esta alianza no tiene futuro, y es demasiado peligroso para dejarlo escapar. Puede que este momento de vacilante confianza sea mi única oportunidad para acabar con él. Podría dispararle una flecha a la espalda fácilmente mientras caminamos. Es despreciable, sin duda, pero ¿no sería más despreciable esperar? ¿Llegar a conocerlo mejor? ¿Deberle más? No, éste es el momento. Le echo un último vistazo a las figuras en combate y al suelo ensangrentado para reforzar mi decisión y después bajo al suelo.

Sin embargo, cuando aterrizo, descubro que Finnick ha seguido el hilo de mis pensamientos, como si supiera lo que iba a ver y cómo me afectaría. Tiene uno de sus tridentes levantados en posición defensiva, aunque muy tranquilo.

—¿Qué está pasando ahí abajo, Katniss? ¿Van todos de la mano? ¿Han abjurado de la violencia? ¿Han lanzado sus armas al mar para desafiar al Capitolio? —me pregunta.

—No.

—No —repite él—. Porque lo que pasara en el pasado, se queda en el pasado, y en esta arena no hay nadie que ganase por accidente. —Mira a Peeta durante un momento—. Salvo Peeta, quizá.

Entonces Finnick sabe lo que sabemos Haymitch y yo, lo de Peeta, que, en el fondo, es mucho mejor que el resto de nosotros. Finnick acabó con el tributo del 5 sin pestañear, y ¿cuánto he tardado yo en volverme mortífera? Disparé a matar cuando apunté con el arco a Enobaria, Gloss y Brutus. Peeta, al menos, habría intentado negociar primero, ver si era posible una alianza más amplia, aunque ¿para qué? Finnick está en lo cierto, yo estoy en lo cierto: los jugadores de la arena no ganaron gracias a su compasión.

Sostengo su mirada y sopeso su velocidad, comparándola con la mía; el tiempo que tardaría en atravesarle el cerebro con una flecha, frente al tiempo que su tridente

tardaría en llegar a mi cuerpo. Veo que espera a que yo haga el primer movimiento, calcula si debería bloquear primero o atacar directamente. Justo cuando creo que los dos lo hemos planeado, Peeta se pone a posta entre nosotros.

—Bueno, ¿cuántos han muerto?

«Muévete, idiota», pienso, pero él sigue plantado entre los dos.

—Es difícil decirlo —respondo—, al menos seis, creo. Y siguen luchando.

—Sigamos adelante, necesitamos agua.

Por ahora no hay ni rastro de arroyos de agua dulce ni de estanque, y el agua salada no se puede beber. Vuelvo a pensar en los últimos juegos, donde estuve a punto de morir de deshidratación.

—Será mejor que la encontremos pronto —interviene Finnick—. Necesitamos estar bajo cubierto cuando los demás intenten cazarnos esta noche.

Cazarnos. A nosotros. Vale, quizá matar a Finnick sería algo prematuro, porque hasta ahora ha sido útil. Además, tiene el sello de aprobación de Haymitch, y ¿quién sabe lo que nos aguarda esta noche? En el peor de los casos, puedo matarlo mientras duerme. Así que dejo pasar la oportunidad, y él también.

La ausencia de agua hace que tenga más sed. Lo examino todo mientras seguimos subiendo, aunque sin éxito. Después de otro kilómetro y medio veo que se acaban los árboles y supongo que estamos llegando a la cima de la colina.

—Quizá tengamos más suerte al otro lado. Puede que haya un manantial o algo.

Sin embargo, no hay otro lado. Lo sé antes que nadie, aunque soy la que está más lejos de la cumbre. Mis ojos dan con un extraño cuadrado de ondas que flota como un cristal combado en el aire. Al principio lo tomo por la luz del sol o por el calor que se refleja en el suelo, pero está fijo en el espacio, no se mueve cuando lo hago yo. Entonces hago la conexión entre el cuadrado y Wiress y Beetee, en el Centro de Entrenamiento, y me doy cuenta de lo que tenemos delante. Cuando empiezo a gritar la advertencia, el cuchillo de Peeta ya va camino de cortar unas enredaderas.

Se oye un fuerte chasquido y, durante un instante, los árboles desaparecen y veo un espacio abierto a lo largo de una pequeña franja de terreno vacío. Entonces Peeta sale volando hacia atrás, expulsado por el campo de fuerza, y derriba a Finnick y Mags.

Corro hacia él; está en el suelo y no se mueve, envuelto en una red de plantas.

—¿Peeta? —Huele un poco a pelo achicharrado. Lo llamo otra vez, sacudiéndolo un poco, pero no responde. Le paso los dedos por los labios y no noto que salga aliento, aunque hace un momento estaba jadeando. Pego la oreja a su pecho, al lugar donde siempre apoyo la cabeza, donde sé que oiré el fuerte y regular latido de su corazón.

Sin embargo, solo encuentro silencio.



—¡Peeta! —grito. Lo sacudo con más fuerza, incluso le doy una bofetada, pero no funciona. Su corazón ha fallado. Él no está ahí—. ¡Peeta!

Finnick deja a Mags apoyada en un árbol y me aparta de un empujón.

—Déjame a mí. —Sus dedos tocan unos puntos en el cuello de Peeta, le recorren los huesos de las costillas y la columna. Después le tapa la nariz.

—¡No! —chillo, y me lanzo sobre él, porque estoy segura de que pretende asegurarse de que muera, de eliminar cualquier esperanza de que vuelva a la vida. Finnick levanta la mano y me golpea tan fuerte en el pecho que salgo volando y me doy contra un árbol. Me quedo atontada un momento por el dolor, intentando recuperar la respiración, y veo que él le tapa de nuevo la nariz a Peeta. Saco una flecha, coloco la ranura en su sitio y estoy a punto de dispararla cuando Finnick se pone a besar a Peeta. Es tan extraño, incluso para él, que me detengo. No, no lo está besando. Le ha bloqueado la nariz, pero le ha abierto la boca y le está soplando aire en los pulmones. Veo, veo de verdad que el pecho de Peeta sube y baja. Entonces Finnick le abre la cremallera de la parte superior del mono y empieza a presionar su corazón con las manos. Ya recuperada de la conmoción, por fin entiendo lo que intenta hacer.

Muy de vez en cuando he visto a mi madre intentar algo similar, aunque no a menudo. Si tu corazón falla en el Distrito 12, es poco probable que tu familia logre llevarte hasta mi madre a tiempo, así que sus pacientes suelen estar quemados, heridos o enfermos. O muriéndose de hambre, claro.

Sin embargo, el mundo de Finnick es distinto. No sé exactamente qué hace, pero no es la primera vez, porque noto un ritmo y un método muy definidos. La punta de la flecha se hunde en el suelo cuando me inclino para observar, desesperada, si hay alguna señal de que funcione. Los minutos se arrastran dolorosamente y mis esperanzas disminuyen. Cuando ya creo que es demasiado tarde, que Peeta está muerto, que ha seguido su camino, que está fuera de mi alcance para siempre, tose un poco y Finnick se aparta.

Dejo el arma en la tierra y me lanzo sobre él.

—¿Peeta? —pregunto en voz baja. Le aparto los mechones de pelo rubio empapado de la frente y le noto el pulso fuerte en el cuello.

Abre los ojos con dificultad y me mira.

—Cuidado —dice, débil—. Ahí arriba hay un campo de fuerza. —Me río, aunque las lágrimas me caen por las mejillas—. Debe de ser mucho más potente que el del tejado del Centro de Entrenamiento. Pero estoy bien, solo un poco tembloroso.

—¡Estabas muerto! ¡Se te ha parado el corazón! —estallo antes de pensar si es una buena idea. Me tapo la boca con la mano, porque empiezo a hacer esos horribles sonidos ahogados que me salen cuando sollozo.

—Bueno, parece que ya funciona —responde—. No pasa nada, Katniss. —Asiento, pero los sonidos no paran—. ¿Katniss? —Ahora es Peeta el que está preocupado por mí, lo que hace que la situación sea todavía más demencial.

—No pasa nada, son sus hormonas —interviene Finnick—. Por el bebé. —Levanto la mirada y lo veo en cuclillas, aunque todavía jadeando un poco por la subida, el calor y el esfuerzo de traer a Peeta de entre los muertos.

—No, no es... —empiezo, y me interrumpe una ronda aún más histérica de sollozos que no hacen más que confirmar lo que ha dicho sobre el bebé. Me mira a los ojos y le lanzo una mirada furiosa a través de las lágrimas. Es una estupidez que sus esfuerzos me fastidien tanto, lo sé. Sólo quería mantener a Peeta con vida; él ha podido y yo no, y debería agradecerse. Y se lo agradezco, aunque también estoy furiosa, porque eso significa que nunca saldaré mi deuda con Finnick Odair. Nunca. Y así, ¿cómo voy a matarlo mientras duerme?

Esperaba verle una expresión irónica o de petulancia, pero, curiosamente, parece inquisitivo. Mira a Peeta y me mira a mí, como si intentara averiguar algo, y después sacude la cabeza, como si quisiera despejarla.

—¿Cómo estás? —le pregunta a Peeta—. ¿Crees que puedes seguir avanzando?

—No, tiene que descansar —respondo. Me moquea la nariz y no tengo ni un trocito de tela para sonármela. Mags arranca un poco de musgo que cuelga de una rama y me lo da. Estoy demasiado destrozada para cuestionarlo. El musgo resulta agradable, absorbente y sorprendentemente suave.

Veo un brillo dorado en el pecho de Peeta. Se trata de un disco que le cuelga de una cadena al cuello. Lleva grabado mi sinsajo.

—¿Es tu símbolo? —le pregunto.

—Sí, ¿te importa que usara tu sinsajo? Quería que fuésemos a juego.

—No, claro que no me importa —respondo, obligándome a sonreír. Que Peeta aparezca en la arena con un sinsajo es tanto una bendición como una maldición, Por un lado, debería darles ánimos a los rebeldes de los distritos. Por otro, es poco probable que el presidente Snow lo pase por alto, y eso hace que mantener a Peeta con vida sea más difícil.

—Entonces, ¿queréis que acampemos aquí? —pregunta Finnick.

—No creo que sea posible —responde Peeta—. Quedarnos aquí, sin agua, sin protección... Ya me siento mejor, de verdad, siempre que podamos ir despacio.

—Despacio es mejor que nada —repite Finnick, y ayuda a Peeta a levantarse mientras yo me recupero. Desde que me levanté esta mañana he visto cómo machacan a Cinna, he aterrizado en otra arena y he visto morir a mi compañero. En cualquier caso, me alegro de que Finnick haya sacado el tema del embarazo, porque, desde el punto de vista de un patrocinador, no estoy llevando las cosas demasiado bien.

Examino las armas, a pesar de que sé que están en perfectas condiciones, porque eso hace que parezca que controlo la situación.

—Yo iré delante —anuncio.

Peeta empieza a protestar, pero Finnick lo corta.

—No, deja que lo haga —dice, y me mira con el ceño fruncido—. Sabías que ese campo de fuerza estaba ahí, ¿verdad? ¿En el último segundo? Empezaste a gritar una advertencia. —Asiento—. ¿Cómo lo sabías?

Vacilo. Revelar que conozco el truco de Beetee y Wiress para reconocer un campo de fuerza podría resultar peligroso. No sé si los Vigilantes tomaron nota de aquel momento durante el entrenamiento, cuando los dos me lo señalaron. Sea como fuere, tengo una información muy valiosa y, si ellos lo descubren, quizá hagan algo para modificar los campos de fuerza y evitar que vea la aberración. Así que miento.

—No lo sé. Es como si los oyera. Escuchad.

Todos nos quedamos quietos: se oyen los insectos, los pájaros y la brisa entre las hojas.

—Yo no oigo nada —dice Peeta.

—Sí —insisto—, es como cuando electrifican la alambrada del Distrito 12, solo que mucho más bajito. —Todos vuelven a prestar atención. Yo también lo hago, aunque no haya nada que escuchar—. ¡Ahí! —exclamo—. ¿No lo oís? Sale justo de donde Peeta recibió la descarga.

—Yo tampoco lo oigo —responde Finnick—, pero, si tú sí, ponte la primera, sin duda.

Decido seguir el teatro hasta el final.

—Qué raro —digo. Vuelvo la cabeza de un lado a otro, como si estuviese perpleja—. Sólo lo oigo con el oído izquierdo.

—¿El que te reconstruyeron los médicos? —pregunta Peeta.

—Sí —respondo, encogiéndome de hombros—. Quizá hicieron su trabajo mejor de lo que creían. ¿Sabes? A veces escucho cosas raras por ese lado, cosas que no deberían tener sonido, como las alas de los insectos. O como la nieve al caer al suelo. —Perfecto, ahora toda la atención se volverá hacia los cirujanos que me curaron la sordera después de los juegos del año pasado, y ellos tendrán que explicar por qué oigo como si fuera un murciélago.

—Tú —dice Mags, dándome un empujón para que avance, así que me pongo la

primera. Como nos movemos muy despacio, Mags prefiere caminar con ayuda de una rama que Finnick convierte rápidamente en bastón. También fabrica uno para Peeta, lo que le viene bien, porque, a pesar de sus protestas, creo que lo único que le apetecería de verdad es tumbarse. Nuestro aliado se queda en la retaguardia, así que, al menos, tenemos a alguien en forma guardándonos las espaldas.

Camino con el campo de fuerza a mi izquierda, porque se supone que ése es el oído con poderes sobrehumanos. Sin embargo, como me lo he inventado todo, corto un puñado de frutos secos duros que cuelgan como uvas de un árbol cercano y los voy lanzando delante de mí. Es una buena idea, ya que tengo la sensación de que se me escapan más puntos débiles del campo de fuerza de los que encuentro. Cada vez que un fruto seco da con un campo de fuerza se ve una nubecilla de humo antes de que aterrice a mis pies, ennegrecido y con la cascara rota.

Al cabo de unos minutos noto un ruido sonoro detrás de mí y me vuelvo: Mags le quita la cascara a uno de los frutos y se lo mete en la boca, que ya está llena de ellos.

—¡Mags! —grito—. ¡Escúpelo! Podría ser venenoso.

Ella masculla algo sin hacerme caso y se relame los labios de gusto, al parecer. Miro a Finnick en busca de ayuda, y él se ríe.

—Supongo que pronto lo averiguaremos —responde.

Sigo adelante pensando en Finnick, que ha salvado a la vieja Mags, pero que ahora deja que coma frutos extraños; que cuenta con el sello de aprobación de Haymitch; que le ha devuelto la vida a Peeta. ¿Por qué no lo ha dejado morir? No tendría culpa de nada, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que supiera cómo revivirlo. ¿Por qué narices querría salvar a Peeta? ¿Y por qué estaba tan deseoso de formar equipo conmigo? Está dispuesto a matarme si no le queda más remedio, aunque me deja a mí la elección de pelear o no.

Sigo caminando, lanzando nueces, distinguiendo de vez en cuando el campo de fuerza, intentando ir hacia la izquierda en busca de un punto en el que poder penetrarlo, alejarnos de la Cornucopia y, con suerte, encontrar agua. No obstante, al cabo de una hora me doy cuenta de que es inútil. No estamos yendo hacia la izquierda. De hecho, el campo de fuerza parece conducirnos en círculo. Me detengo para mirar a Mags, que cojea, y la capa de sudor en la cara de Peeta.

—Vamos a descansar —digo—. Necesito echar otro vistazo desde arriba.

El árbol que elijo parece un poco más alto que los otros. Me abro camino entre las retorcidas ramas, permaneciendo lo más cerca posible del tronco. Es difícil saber si estas ramas con aspecto de goma se partirán, pero sigo subiendo más allá de lo que parece razonable por si hay algo que ver. Agarrada a un trozo de tronco no más ancho que el de un arbolito recién nacido, mecida por la húmeda brisa, mis sospechas se confirman. Ya sé la razón por la que no podemos torcer a la izquierda, la razón por la que nunca podremos hacerlo. Desde mi precario punto de observación veo la forma

de toda la arena por primera vez: un círculo perfecto, con una rueda perfecta en el centro. El cielo que cubre la circunferencia de la jungla está completamente teñido de rosa. Creo distinguir un par de esos cuadrados ondulados, los puntos débiles de los que hablaban Wiress y Beetee; son débiles porque revelan algo que debería quedar oculto y, por tanto, suponen un punto flaco. Para asegurarme del todo, disparo una flecha al espacio vacío sobre la línea de los árboles. Se produce una chispa de luz, se vislumbra un relámpago de cielo azul real, y la flecha vuelve a caer en la jungla. Bajo para darles las malas noticias a los demás.

—El campo de fuerza nos ha atrapado en un círculo. En una bóveda, en realidad. No sé qué altura alcanza. Están la Cornucopia, el mar y la jungla alrededor. Es muy exacto, muy simétrico y no muy grande.

—¿Has visto agua? —pregunta Finnick.

—Sólo el agua salada en la que empezamos los juegos.

—Tiene que haber otra fuente —dice Peeta, frunciendo el ceño—. Si no, estaremos muertos en cuestión de días.

—Bueno, hay una vegetación muy densa. Quizá encontremos estanques o manantiales en alguna parte —respondo, vacilante. El instinto me dice que quizá el Capitolio desee acabar cuanto antes con estos juegos tan poco populares. Puede que Plutarch Heavensbee ya haya recibido órdenes de liquidarnos—. En cualquier caso, no tiene sentido intentar descubrir qué hay al otro lado de la colina, porque la respuesta es nada.

—Tiene que haber agua potable entre el campo de fuerza y la rueda —insiste Peeta. Todos sabemos a lo que se refiere: volver, volver a los profesionales y al baño de sangre. Con Mags apenas capaz de caminar y Peeta demasiado débil para luchar.

Decidimos seguir bajando la colina durante unos metros y continuar dando la vuelta para ver si hay agua a ese nivel. Me quedo la primera y lanzo frutos secos de vez en cuando hacia mi izquierda, aunque ya estamos fuera del alcance del campo de fuerza. El sol cae a plomo, convierte el aire en vapor, hace que los ojos nos engañen. A media tarde queda claro que Peeta y Mags no pueden seguir.

Finnick decide acampar unos diez metros por debajo del campo de fuerza porque dice que podemos usarlo como arma desviando a nuestros enemigos hacia él si nos atacan. Después, Mags y él arrancan las fuertes briznas de hierba que crecen en matas de metro y medio de alto, y empiezan a tejerlas para fabricar esteras. Como Mags no parece sufrir efectos secundarios después de haberse comido los frutos secos, Peeta recolecta unos cuantos puñados y los fríe haciéndolos rebotar en el campo de fuerza. Les quita las cascarras metódicamente y apila lo comestible en una hoja. Yo monto guardia, aunque estoy nerviosa, acalorada y dolorida por culpa de las emociones del día.

Sedienta. También estoy sedienta. Al final no puedo seguir soportándolo.

—Finnick, ¿por qué no montas guardia y yo sigo buscando agua? —pregunto. A nadie le gusta demasiado la idea de que vaya sola, pero la amenaza de la deshidratación nos acecha.

—No te preocupes, no iré lejos —le prometo a Peeta.

—Voy contigo.

—No, también intentaré cazar, si puedo —le digo, sin añadir: «Y no puedes venir porque haces demasiado ruido». Pero está implícito. Asustaría a las presas y me pondría en peligro con sus ruidosas zancadas—. No tardaré.

Me muevo con sigilo entre los árboles y descubro encantada que el suelo ayuda a amortiguar el ruido de las pisadas. Bajo en diagonal, sin ver nada más que exuberante vegetación.

El sonido del cañón me detiene de golpe. El baño de sangre inicial en la Cornucopia debe de haber terminado, ahora sabré cuántos tributos han caído. Cuento los disparos, porque cada uno representa un vencedor muerto. Ocho. No tantos como el año pasado, aunque parecen más, porque esta vez conozco casi todos sus nombres.

Me siento débil de repente, así que me apoyo en un árbol a descansar, notando que el calor me chupa la humedad del cuerpo como si fuese una esponja. Ya me cuesta tragar y noto que la fatiga se apodera de mí. Intento restregarme las manos por la barriga, con la esperanza de que alguna embarazada compasiva me patrocine y Haymitch pueda enviarme agua. No hay suerte. Me dejo caer al suelo.

Al quedarme quieta empiezo a percibir a los animales: extraños pájaros con brillante plumaje, lagartos de los árboles con largas lenguas azules y, de vez en cuando, una cosa que parece una mezcla de rata y zarigüeya que se cuelga de las ramas más cercanas al tronco. Disparo a una de estas últimas para derribarla y echarle un vistazo más de cerca.

Es fea, sin duda, un roedor grande con una pelusa gris moteada y dos dientes de aspecto peligroso sobresaliéndole por encima del labio inferior. Mientras la destripo y despellejo, me doy cuenta de otra cosa: tiene el hocico mojado, como un animal que ha estado bebiendo de un arroyo. Emocionada, me dirijo a su árbol y me muevo lentamente en espiral. La fuente de agua de la criatura no puede estar lejos.

Nada, no encuentro nada, ni siquiera una gota de rocío. Al final, como sé que Peeta estará preocupado por mí, vuelvo al campamento, más acalorada y frustrada que nunca.

Cuando llego, veo que los demás han transformado el lugar. Mags y Finnick han creado una especie de cabaña con las esteras de hierba, abierta por un lado, aunque con tres paredes, un suelo y un tejado. Mags también ha trenzado varios cuencos que Peeta ha llenado de frutos secos pelados. Se vuelven hacia mí, esperanzados, pero sacudo la cabeza.

—No, nada de agua, aunque está en alguna parte. Él lo sabía —añado, levantando

el roedor despellejado para que lo vean—. Había bebido hacía poco cuando lo derribé del árbol, pero no conseguí encontrar la fuente. Os juro que he recorrido cada centímetro de terreno en un radio de unos treinta metros.

—¿Nos lo podemos comer? —pregunta Peeta.

—No estoy segura, la carne no parece muy distinta a la de las ardillas. Tendríamos que cocinarlo...

Vacilo al pensar en encender un fuego aquí, desde cero. Aunque lo consiguiera, produciríamos humo. Estamos todos tan cerca en esta arena que no podríamos ocultarlo.

Peeta tiene otra idea. Pincha un trozo de carne de roedor con un palo afilado y lo mete en el campo de fuerza. Se oye un siseo y el palo rebota. El trozo de carne está achicharrado por fuera, pero bien hecho por dentro. Le dedicamos unos aplausos, aunque nos detenemos en seco, recordando dónde estamos.

El sol blanco desaparece del cielo rosa cuando nos reunimos en la cabaña. Sigo recelando de los frutos, pero Finnick dice que Mags los reconoció de unos juegos anteriores. No me molesté en pasar mucho tiempo en el puesto de plantas comestibles durante el entrenamiento porque la última vez no me sirvió de nada. Ahora desearía haberlo hecho; seguro que tendrían algunas de las plantas desconocidas que me rodean y podría haber averiguado algo más sobre el lugar al que me llevaban. Mags parece seguir bien y lleva horas comiendo los frutos secos, así que agarro uno y le doy un mordisquito. Tiene un sabor suave y algo dulce que me recuerda a las castañas. Determino que no son peligrosos. El roedor sabe fuerte, a carne de caza, pero me sorprende lo jugoso que está. La verdad es que no es una mala comida para ser nuestra primera noche en la arena. Si además tuviésemos algo de líquido...

Finnick pregunta muchas cosas sobre el roedor, al que decidimos llamar rata de árbol. ¿A qué altura estaba? ¿Cuánto tiempo estuve observándolo antes de disparar? ¿Qué estaba haciendo el animal? No recuerdo que estuviese haciendo gran cosa, salvo olisquear en busca de insectos o algo.

Temo a la noche. Al menos, la hierba bien tejida ofrece alguna protección contra lo que aceche en la jungla a estas horas. Sin embargo, poco después de que se ponga el sol sale una luna blanca y pálida que hace las cosas un poco visibles. Nuestra conversación se agota porque sabemos lo que se avecina. Nos colocamos en una línea a la entrada de la cabaña y Peeta me da la mano.

El cielo se ilumina con el sello del Capitolio, que aparece flotando en el espacio. Mientras escucho el himno, pienso: «Será más duro para Finnick y Mags». Pero resulta que también es duro de sobra para mí ver las caras de los ocho vencedores muertos proyectadas en el cielo.

El hombre del Distrito 5, el que Finnick derribó con su tridente, es el primero que aparece, lo que significa que todos los tributos del 1 al 4 están vivos: los cuatro

profesionales, Beetee y Wiress, y, por supuesto, Mags y Finnick. Al hombre del Distrito 5 le siguen el adicto a la morflina del 6, Cecelia y Woof del 8, los dos del 9, la mujer del 10, y Seeder, del 11. El sello del Capitolio vuelve con un poco más de música y el cielo se oscurece de nuevo, salvo por la luna.

Nadie habla. No puedo fingir conocer bien a ninguno, pero estoy pensando en esos tres niños colgados de Cecelia cuando se la llevaron; en la amabilidad de Seeder cuando nos encontramos; incluso pensar en el adicto de ojos vidriosos pintándome flores amarillas en la cara me produce una punzada de dolor. Todos están muertos, para siempre.

No sé cuánto tiempo podríamos habernos quedado aquí sentados de no ser por el paracaídas plateado, que atraviesa el follaje y aterriza delante de nosotros. Nadie se levanta a verlo.

—¿Para quién creéis que es? —pregunto al fin.

—Cualquiera sabe —dice Finnick—. ¿Por qué no dejamos que se lo quede Peeta, por haber muerto hoy?

Peeta desata el cordón y abre el círculo de seda. En el paracaídas hay un pequeño objeto metálico que no logro entender.

—¿Qué es? —pregunto, pero nadie lo sabe. Nos lo pasamos de uno a otro y nos turnamos para examinarlo. Es un tubo de metal hueco, acabado en una ligera punta. En el otro extremo tiene un pequeño labio que se curva hacia abajo. Me resulta vagamente familiar. Una pieza que podría habersele caído a una bicicleta, una barra de cortina..., cualquier cosa, en realidad.

Peeta sopla por un extremo para ver si hace ruido, pero no. Finnick le mete el dedo meñique para ver si sirve de arma; nada.

—¿Puedes pescar con él, Mags? —le pregunto. Mags, que puede pescar con lo que sea, sacude la cabeza y gruñe.

Me lo pongo en la mano y le doy vueltas. Como somos aliados, Haymitch estará trabajando con los mentores del Distrito 4. Él ha tenido que ver en la elección del regalo, lo que quiere decir que es valioso, quizá incluso imprescindible para nuestra supervivencia. Pienso en el año pasado, en cuando deseaba agua desesperadamente y él no la envió, porque sabía que podía encontrarla si lo intentaba. Los regalos de Haymitch, o la falta de ellos, envían mensajes importantes. Es como si lo oyese gruñir: «Utiliza el cerebro, si es que lo tienes. ¿Qué es?».

Me seco el sudor de los ojos y levanto el regalo a la luz de la luna. Lo muevo para verlo desde distintos ángulos, tapando algunas partes y destapando otras, intentando obligarlo a confesarme su utilidad. Al final, frustrada, clavo un extremo en la tierra.

—Me rindo. Quizá Beetee o Wiress puedan averiguarlo, si nos unimos a ellos.

Me estiro, apoyo la ardiente mejilla en la estera de hierba y lanzo una mirada herida al artilugio. Peeta me masajea un punto de tensión entre los hombros y yo me

relajo un poco. Me pregunto por qué este lugar no se ha refrescado nada al desaparecer el sol. Me pregunto qué estará pasando en casa.

Prim. Mi madre. Gale. Madge. Pienso en ellos, observándome desde nuestro distrito. Al menos, espero que estén allí, que Thread no los haya encarcelado, que no los hayan castigado como a Cinna, como a Darius. Castigados por mi culpa. Todos.

Empiezo a echarlos de menos a ellos, a mi distrito, a mi bosque. Un bosque decente con robustos árboles de madera noble, comida abundante y presas sin pinta asquerosa. El rumor del agua en los arroyos. La brisa fresca. No, mejor vientos fríos que se lleven este calor sofocante. Me imagino un viento así y dejo que me refresque las mejillas, me entumezca los dedos y, de repente, la pieza metálica medio enterrada en la tierra negra por fin tiene nombre.

—¡Una espita! —exclamo, enderezándome de golpe.

—¿Qué? —pregunta Finnick.

Saco la cosa del suelo y la limpio. Después tapo el extremo en punta y miro el labio. Sí, he visto algo parecido antes, en un día ventoso y frío de hace mucho tiempo, cuando estaba en el bosque con mi padre. La metió bien ajustada en un agujero abierto en el tronco de un arce, a modo de camino para conducir la savia hasta nuestro cubo. El jarabe de arce hacía que incluso nuestro soso pan fuese delicioso. Después de la muerte de mi padre nunca supe qué pasó con el puñado de espitas que tenía. Seguramente estarían escondidas en alguna parte del bosque, perdidas para siempre.

—Es una espita, una especie de grifo. La metes en un árbol y sale la savia. — Observo los nervudos troncos verdes que tengo a mi alrededor—. Bueno, en el árbol apropiado.

—¿Savia? —pregunta Finnick. Al lado del mar tampoco tienen el tipo de árbol apropiado.

—Para hacer jarabe —explica Peeta—. Pero estos árboles deben de tener otra cosa dentro.

Nos ponemos todos de pie a la vez. La sed; la falta de arroyos; los afilados dientes delanteros de la rata de árbol y su hocico húmedo. Sólo puede haber una cosa dentro de esos árboles. Finnick se dispone a clavar la espita en la corteza verde de un árbol enorme usando una roca, pero lo detengo.

—Espera, podrías romperla. Primero hay que abrir un agujero —le digo.

No tenemos nada para taladrar, así que Mags ofrece su punzón y Peeta lo mete directamente en la corteza, introduciendo la punta unos cinco centímetros. Finnick y él se turnan para abrir el agujero con el punzón y los cuchillos hasta que cabe dentro la espita. Yo la meto con cuidado y todos nos quedamos mirando, a la espera. Al principio no ocurre nada; después una gota de agua sale rodando por el borde y aterrizando en la palma de Mags, que se la lame y vuelve a ponerla para mojársela de

nuevo.

Después de mover y ajustar la espita, conseguimos que salga un fino chorro de agua. Nos turnamos para poner la boca debajo del grifo y humedecemos las lenguas reseca. Mags acerca una cesta, y la hierba tejida está tan apretada que sirve para llenarla de agua. Lo hacemos y nos la vamos pasando para beber con ganas, y después, todo un lujo, para lavarnos la cara. Como todo lo demás en este lugar, el agua está tirando a caliente, pero no es momento para ser delicados.

Sin la distracción de la sed, somos conscientes de lo cansados que estamos, así que nos preparamos para pasar la noche. El año pasado siempre intentaba tener mis cosas listas por si tenía que huir a oscuras. Este año no hay ninguna mochila que preparar, solo mis armas, que, en cualquier caso, no pienso soltar. Entonces recuerdo la espita y la saco del tronco. Le quito las hojas a un tallo resistente, lo meto a través del hueco de la espita y me lo ato al cinturón con fuerza.

Finnick se ofrece a hacer la primera guardia, y yo se lo permito porque soy consciente de que tiene que ser uno de nosotros dos hasta que Peeta haya descansado. Me tumbo al lado de mi prometido en el suelo de la cabaña y le digo a Finnick que me despierte cuando se canse. Sin embargo, me despierto unas cuantas horas después, alertada por lo que parecen ser campanadas: ¡tan, tan! No es exactamente como las que tocan en el Edificio de Justicia en Año Nuevo, aunque se parecen lo bastante como para reconocerlas. Peeta y Mags siguen dormidos, pero Finnick tiene la misma expresión de alerta que yo. Las campanadas cesan.

—He contado doce —dice.

Asiento, doce. ¿Qué significa? ¿Una por cada distrito? Quizá, pero ¿por qué?

—¿Crees que significa algo?

—Ni idea —responde.

Esperamos más instrucciones, quizá un mensaje de Claudius Templesmith, una invitación a un banquete. Sin embargo, lo único destacable es algo que vemos a lo lejos: un deslumbrante relámpago que golpea un árbol altísimo y después se convierte en tormenta eléctrica. Supongo que indica que va a llover, una fuente de agua para los que no tengan mentores tan listos como Haymitch.

—Vete a dormir, Finnick. De todos modos, me toca a mí.

Él vacila, pero nadie puede estar despierto para siempre. Se acomoda a la entrada de la cabaña, con una mano en un tridente, y se sumerge en un sueño inquieto.

Me siento con el arco cargado y contemplo la jungla, que es verde y pálida a la luz de la luna, fantasmagórica. Al cabo de una hora aproximadamente cesan los relámpagos y oigo llegar la lluvia, que salpica las hojas a algunos cientos de metros de nosotros. Sigo esperando a que llegue hasta aquí, pero no lo hace.

El sonido de un cañón me sorprende, aunque no afecta mucho a mis compañeros dormidos. No tiene sentido despertarlos por esto, otro vencedor muerto. Ni siquiera

me permito preguntarme quién será.

La esquiva lluvia se para de repente, como la tormenta del año pasado en la arena.

Momentos después de parar, veo la niebla que se desliza por el suelo lentamente desde el lugar en el que estaba lloviendo. «Es una reacción. La lluvia fría sobre el suelo ardiendo», pienso. Sigue acercándose a un ritmo constante. Sus tentáculos se estiran y curvan como dedos, como si estuviesen tirando del resto. Mientras observo, noto que se me eriza el vello de la nuca. Esta niebla no es normal, la progresión de la parte delantera es demasiado uniforme para ser natural y, si no es natural...

Un empalagoso olor dulzón empieza a subirme por la nariz; corro a despertar a los otros, a gritarles para que se despierten.

En los pocos segundos que tardo en hacerlo, empiezan a salirme ampollas.



Puñaladas diminutas y abrasadoras cada vez que una gotita de niebla me toca la piel.

—¡Corred! —les grito a los demás—. ¡Corred!

Finnick se espabila de inmediato y se levanta para enfrentarse a un enemigo. Entonces ve el muro de niebla, se echa a Mags (que sigue dormida) a la espalda y sale corriendo. Peeta está de pie, pero no alerta. Lo agarro por el brazo y empiezo a empujarlo por la jungla, detrás de Finnick.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —pregunta, desconcertado.

—Una especie de niebla. Gas venenoso. ¡Deprisa, Peeta! —le insisto. Veo que, por mucho que lo negara durante el día, las secuelas del campo de fuerza han sido importantes. Está lento, mucho más de lo normal, y el enredo de plantas y maleza, que me desequilibra de vez en cuando, a él lo hace tropezar continuamente.

Vuelvo la mirada hacia la niebla que se extiende en línea recta hasta donde me alcanza la vista en todas direcciones. Un terrible impulso de huir, abandonar a Peeta y salvarme se adueña de mí. Sería muy sencillo correr con todas mis fuerzas, quizá incluso subirme a un árbol, por encima del alcance de la niebla, que parece llegar hasta unos doce metros de altura. Recuerdo que eso fue lo que hice cuando aparecieron las mutaciones en los juegos anteriores: huí y no pensé en Peeta hasta llegar a la Cornucopia. Sin embargo, esta vez agarro mi terror, lo empujo de vuelta a su sitio y me quedo al lado de mi compañero. Esta vez mi supervivencia no es el objetivo, sino la de Peeta. Pienso en los ojos pegados a las pantallas de televisión de los distritos, esperando a ver si escapo, como desea el Capitolio, o si me mantengo firme.

Me aferró a su mano y digo:

—Mírame los pies. Intenta pisar donde piso yo.

La idea ayuda, parece que nos movemos un poco más deprisa, aunque no lo bastante para permitirnos un descanso, y la niebla sigue pisándonos los talones. Gotitas de vapor se escapan del grueso del gas; queman, pero no como el fuego, no se nota tanto calor y sí un dolor más intenso cuando los productos químicos llegan a la carne, se pegan a ella y atraviesan las capas de piel. Nuestros monos no ayudan nada. Ofrecen tan poca protección que es como estar vestidos con papel de seda.

Finnick, que salió corriendo el primero, se detiene al darse cuenta de que tenemos problemas. No obstante, esto no es algo contra lo que se pueda luchar, tan solo se

puede huir. Nos grita para darnos ánimos e intentar empujarnos a avanzar, y el sonido de su voz nos sirve de guía, aunque poco más.

La pierna artificial de Peeta se engancha en un nudo de enredaderas, y él cae al suelo antes de que pueda sostenerlo. Cuando lo ayudo a levantarse me doy cuenta de algo que me da más miedo que las ampollas, que debilita más que las quemaduras: se le ha hundido el lado izquierdo de la cara, como si se le hubiesen muerto todos los músculos de la zona. Tiene el párpado caído, con el ojo prácticamente oculto; la boca se dobla en un extraño ángulo hacia el suelo.

—Peeta... —empiezo, y entonces los espasmos me recorren el brazo.

Los productos químicos que lleva la niebla, sean lo que sean, hacen algo más que quemar..., también atacan a los nervios. Un miedo completamente nuevo se apodera de mí y hace que tire de Peeta hacia delante, consiguiendo que vuelva a tropezar. Cuando logro ponerlo en pie, ya sufro tics incontrolables en los dos brazos. La niebla nos ha alcanzado, está a menos de un metro. Algo va mal en las piernas de Peeta; está intentando caminar, pero se mueven de forma espasmódica, como si fuese una marioneta.

Noto que sale lanzado hacia delante, y me doy cuenta de que Finnick ha vuelto a por nosotros y tira de Peeta. Yo meto el hombro, que todavía parece bajo mi control, debajo del brazo de Peeta y hago lo que puedo por seguir el rápido ritmo de nuestro aliado. Estamos a unos diez metros de la niebla cuando Finnick se detiene.

—Así no podemos, tengo que llevarlo yo. ¿Puedes quedarte con Mags?

—Sí —respondo con firmeza, aunque se me cae el alma a los pies. Es cierto que Mags no puede pesar más de treinta y dos kilos, pero yo tampoco soy muy grande. De todos modos, seguro que he llevado cargas más pesadas. Si no fuera porque mis brazos no dejan de dar saltos... Me agacho y ella se coloca sobre mi hombro, igual que hace con Finnick. Me levanto lentamente y, con las rodillas bloqueadas, logro soportarla. Finnick lleva a Peeta sobre la espalda, y seguimos adelante, con él delante y yo detrás, por el sendero que abre entre las plantas.

La niebla continúa su avance, silenciosa, firme y monótona, salvo por los tentáculos que se lanzan hacia nosotros. Aunque mi instinto me dice que huya de ella, me doy cuenta de que Finnick se mueve en diagonal colina abajo. Intenta mantenerse a distancia del gas y acercarnos al agua que rodea la Cornucopia. «Sí, agua», pienso, mientras las gotitas de ácido me agujerean. Me siento muy agradecida por no haber matado a este hombre, porque ¿cómo habría sacado a Peeta con vida de aquí yo sola? Me siento agradecida por tener a alguien más de mi lado, aunque sea de forma temporal.

No es culpa de Mags que empiece a caerme. Hace lo que puede por ser una pasajera fácil, pero el hecho es que mis fuerzas tienen un límite, sobre todo ahora que la pierna derecha se me entumece. Las dos primeras veces que me caigo al suelo

consigo ponerme de nuevo en pie, pero la tercera no logro que mi pierna coopere. Mientras lucho por levantarme, la pierna cede y Mags rueda por el suelo delante de mí. Me agito en la tierra, intentando usar enredaderas y troncos para enderezarme.

Finnick vuelve a mi lado, con Peeta encima.

—No puedo —le digo—. ¿Puedes llevártelos a los dos? Seguid, ya os alcanzaré. —Es una propuesta algo dudosa, aunque lo digo con toda la confianza que puedo.

Veo los ojos de Finnick, verdes a la luz de la luna. Los veo tan claros como el día, casi como los de, un gato, con una extraña cualidad reflectante. Quizá sea por las lágrimas.

—No, no puedo llevarlos a los dos, mis brazos no funcionan. —Y es cierto, sus brazos se agitan sin control a ambos lados de su cuerpo. Tiene las manos vacías. Sólo le queda un tridente de los tres que cargaba, y lo lleva Peeta—. Lo siento, Mags, no puedo hacerlo.

Lo que sucede a continuación pasa tan deprisa y es tan absurdo que ni siquiera puedo moverme para impedirlo. Mags se levanta, le da un beso en los labios a Finnick y se dirige cojeando a la niebla. Su cuerpo se ve sacudido de inmediato por salvajes contorsiones y cae al suelo en una horrible danza.

Quiero gritar, pero me arde la garganta. Doy un inútil paso hacia ella, hasta que oigo el cañonazo y sé que se le ha parado el corazón, que está muerta.

—¿Finnick? —lo llamo, ronca. Él ya le ha dado la espalda a la escena y sigue alejándose de la niebla. Lo sigo arrastrando como puedo la pierna inútil, sin saber qué otra cosa hacer.

El tiempo y el espacio pierden significado conforme la niebla me invade el cerebro, atontando pensamientos y haciéndolo todo irreal. Algún profundo deseo animal de seguir viva me mantiene renqueando detrás de Finnick y Peeta, moviéndome, aunque quizá esté ya muerta. Algunas partes de mí están muertas o, al menos, no cabe duda de que se están muriendo. Y Mags está muerta. Eso lo sé, o quizá crea que lo sé, porque no tiene sentido.

La luz de la luna brillando sobre el cabello de bronce de Finnick, gotas de dolor abrasador que me atraviesan, una pierna convertida en madera. Sigo a mi aliado hasta que cae al suelo, con Peeta encima. Como ya no puedo ni detener mi avance, sigo impulsándome hasta tropezar con ellos, que están boca abajo, y convertirme en parte del montón. «Así es como vamos a morir todos, aquí, en este momento», pienso, pero la idea es abstracta y mucho menos alarmante que la tortura de mi cuerpo. Oigo gruñir a Finnick y consigo quitarme de encima. Ahora veo la niebla, que ha adquirido un tono blanco perlado. Puede que mis ojos me engañen o que sea por la luz de la luna, pero parece estar transformándose. Sí, se hace más espesa, como si se aplastase contra una ventana de cristal y se viese obligada a condensarse. La escudriño con más atención y me doy cuenta de que ya no tiene dedos. De hecho, ha dejado de moverse

por completo. Como los demás horrores que he presenciado en la arena, ha llegado al final de su territorio. O eso, o los Vigilantes han decidido no matarnos todavía.

—Se ha parado —intento decir, aunque de mi boca hinchada solo sale un horroroso graznido—. Se ha parado —repito, y esta vez debo de haberlo dicho con más claridad, porque tanto Peeta como Finnick miran hacia la niebla, que empieza a elevarse, como si la aspirasen desde el cielo. La contemplamos hasta que no queda nada, ni una sola voluta.

Peeta rueda para apartarse de Finnick, que se pone boca arriba. Nos quedamos donde estamos, jadeando, retorciéndonos, con mentes y cuerpos invadidos por el veneno. Al cabo de unos minutos, Peeta hace un vago gesto hacia arriba.

—Mon-hos.

Levanto la mirada y veo a un par de lo que, supongo, serán monos. Nunca había visto un mono de verdad, aunque sí debo de haber visto alguna imagen, o alguno en los juegos, porque, cuando veo los animales, ésa es la primera palabra que me viene a la cabeza. Creo que éstos tienen pelaje naranja, aunque resulta difícil decirlo, y son la mitad de grandes que un humano adulto. Los tomo por una buena señal, no estarían por aquí si el aire fuese mortífero. Monos y humanos nos observamos en silencio durante un rato. Entonces Peeta se pone de rodillas como puede y se arrastra colina abajo. Todos lo hacemos, porque, en estos momentos, caminar supone una hazaña tan increíble como volar; nos arrastramos hasta que llegamos a una estrecha franja de playa arenosa y el agua cálida que rodea la Cornucopia nos baña la cara. Retrocedo de golpe, como si hubiese tocado una llama.

«Echar sal en la herida.» Por fin entiendo de verdad la expresión, porque la sal del agua hace que el dolor de las heridas me resulte tan cegador que estoy a punto de desmayarme. Sin embargo, noto algo más, como una succión. Experimento poniendo con cuidado una mano en el agua. Doloroso, sí, pero cada vez menos. Y, a través de la capa de agua azul, veo una sustancia lechosa que me sale de las heridas de la piel. Conforme desaparece la sustancia, también lo hace el dolor. Me desabrocho el cinturón y me quito el mono, que ya no es más que un trapo perforado, aunque, curiosamente, los zapatos y la ropa interior siguen intactos. Poco a poco, trocito a trocito, saco el veneno de mis heridas. Peeta parece estar haciendo lo mismo, mientras que Finnick ha retrocedido del agua al primer contacto y está tumbado boca abajo en la arena; o no puede o no quiere purgarse.

Finalmente, cuando ya he sobrevivido a lo peor, que es abrir los ojos bajo el agua, respirar sumergida y echarlo todo afuera, e incluso hacer gárgaras varias veces para limpiarme la garganta, me siento lo bastante recuperada para ayudar a Finnick. Empiezo a usar de nuevo la pierna, pero los brazos siguen sufriendo espasmos. No puedo arrastrar a Finnick hasta las olas y, además, es posible que el dolor lo matara, así que me lleno las temblorosas manos de agua y se la echo en los puños. Como no

está sumergido, el veneno sale de sus heridas igual que ha entrado, en volutas de niebla de las que procuro apartarme. Peeta se ha recuperado lo suficiente para colaborar. Corta el mono de Finnick. En alguna parte encuentra dos caracolas que funcionan mucho mejor que nuestras manos, y nos concentramos en empaparle primero los brazos, que son los más afectados. A pesar de que un montón de nubecillas blancas salen de ellos, él no se da cuenta. Se queda tumbado donde está, con los ojos cerrados, gimiendo de vez en cuando.

Miro a mi alrededor, cada vez más consciente de lo peligrosa que es nuestra situación. Pese a ser de noche, esta luna emite demasiada luz para ocultarse. Tenemos suerte de que nadie nos haya atacado todavía. Podríamos verlos venir desde la Cornucopia, pero, si los cuatro profesionales nos atacasen, acabarían con nosotros. Aunque no nos hayan visto a la primera, los gemidos de Finnick nos delatarán pronto.

—Tenemos que meterlo más en el agua —susurro, pero no podemos meterlo de cabeza en estas condiciones. Peeta hace un gesto hacia sus pies. Tiramos de uno cada uno y le damos la vuelta ciento ochenta grados, para después arrastrarlo hacia el agua salada. Centímetro a centímetro. Primero los tobillos. Esperamos unos minutos. Hasta la mitad de la pantorrilla. Esperamos. Las rodillas. Nubes de humo blanco le salen de la carne, y él gime. Seguimos desintoxicándolo poquito a poco. Descubro que, cuanto más tiempo paso en el agua, mejor me siento. No es sólo la piel, sino que también mejora mi control del cerebro y los músculos, y veo que la cara de Peeta empieza a recuperar la normalidad: levanta el párpado y pierde la mueca.

Finnick empieza a revivir lentamente. Abre los ojos, fija la mirada en nosotros y vemos que es consciente de que le ayudamos. Permito que descanse la cabeza en mi regazo y lo dejamos empaparse diez minutos con todo el cuerpo sumergido del cuello para abajo. Peeta y yo nos sonreímos cuando él saca los brazos del agua.

—Sólo queda la cabeza, Finnick. Es la peor parte, pero te sentirás mucho mejor después, si puedes soportarlo —dice Peeta. Lo ayudamos a sentarse y le dejamos que nos apriete la mano mientras se purga los ojos, la nariz y la boca. Todavía tiene la garganta demasiado reseca para hablar.

—Voy a intentar sacar agua de un árbol —digo, y manoseo el cinturón hasta encontrar la espita que todavía cuelga de él.

—Deja que haga el agujero primero —responde Peeta—. Quédate aquí con él. Tú eres la sanadora.

«Menuda broma», pienso, pero no lo digo en voz alta, porque Finnick ya tiene bastantes problemas. Se ha llevado la peor parte de la niebla, aunque no sé bien por qué. Quizá porque es el más grande de los tres o porque ha tenido que hacer un esfuerzo mayor. Y, además, por supuesto, está lo de Mags. Todavía no entiendo qué pasó, por qué la abandonó para llevar a Peeta; por qué ella no solo no lo cuestionó, sino que se lanzó a una muerte segura sin pensarlo dos veces. ¿Decidiría ella que, al

ser tan anciana, sus días estaban contados de todos modos? ¿Pensaron que Finnick tendría más posibilidades de ganar si nos tenía a Peeta y a mí de aliados? El rostro demacrado de Finnick me advierte de que no es el mejor momento para preguntárselo.

En vez de hacerlo, intento recomponerme. Rescato el broche de sinsajo de mi mono destrozado y me lo prendo al tirante de la camiseta interior. El cinturón de flotación debe ser resistente al ácido, porque parece como nuevo. Aunque puedo nadar, por lo que el cinturón no es realmente necesario, Brutus bloqueó mi flecha con él, así que decido volver a ponérmelo por si sirve de protección. Me suelto el pelo y lo peino con los dedos, lo que hace que se me caiga bastante, dañado por las gotitas de niebla, y después trenzo lo que queda.

Peeta ha encontrado un buen árbol a unos diez metros de la estrecha franja de playa. Apenas lo vemos, pero el sonido del cuchillo en el tronco de madera es muy claro. Me pregunto qué le habrá pasado al punzón. Mags tiene que haberlo soltado, o quizá se lo llevase a la niebla con ella. En cualquier caso, ya no lo tenemos.

Me he adentrado un poco más en el agua, flotando primero boca abajo y luego boca arriba. Si ha servido para curarnos a Peeta y a mí, a Finnick lo está transformando por completo: empieza a moverse lentamente, probando sus extremidades, y, poco a poco, se pone a nadar. Sin embargo, no es como mi forma de nadar, de brazadas rítmicas y ritmo regular, sino que me parece estar observando a un extraño animal marino que ha vuelto a la vida. Se sumerge y sube a la superficie echando agua por la boca; rueda una y otra vez en un extraño movimiento en espiral que me marea con solo mirarlo. Después, cuando lleva bajo el agua tanto tiempo que temo que se haya ahogado, saca la cabeza justo delante de mí y me pega un susto.

—No hagas eso —le pido.

—¿El qué? ¿Salir o quedarme debajo?

—Las dos cosas. Ninguna. Lo que sea. Límitate a empaparte de agua y comportarte. O, si te sientes tan bien, vamos a ayudar a Peeta.

En el poco tiempo que tardamos en llegar al borde de la jungla me doy cuenta del cambio. No sé si será por los años de cazadora o porque mi oído reconstruido realmente funciona mejor de lo esperado, pero percibo la masa de cuerpos cálidos que se encuentra por encima de nosotros. No hace falta que charlen, ni que griten; me basta con el conjunto de sus respiraciones.

Toco el brazo de Finnick y él sigue mi mirada hacia arriba. ¿Cómo habrán llegado de manera tan silenciosa? Quizá no lo hayan hecho. Estábamos tan concentrados en recuperarnos que no nos hemos dado cuenta de que se reunían. No son cinco, ni diez, sino decenas de monos subidos a las ramas de los árboles de la jungla. La pareja que vimos al escapar de la niebla parecía una especie de comité de bienvenida. Esta multitud no augura nada bueno.

Cargo el arco con dos flechas y Finnick agarra bien el tridente.

—Peeta —digo, con toda la tranquilidad del mundo—. Necesito que me ayudes con una cosa.

—Vale, un minuto, creo que ya casi lo tengo —responde, todavía ocupado con el árbol—. Sí, ya está. ¿Tienes la espita?

—Sí, pero hemos descubierto algo que será mejor que veas —continúo, en tono relajado—. Acércate a nosotros muy despacio, para que no los asustes. —Por algún motivo, no quiero que se dé cuenta de la presencia de los monos, ni siquiera que mire hacia ellos. Algunos animales interpretan el simple contacto visual como una agresión.

Peeta se vuelve hacia nosotros, jadeante por el trabajo en el árbol. El tono de mi pregunta es tan extraño que se ha dado cuenta de que pasa algo.

—Vale —responde, como si nada. Empieza a moverse por la jungla y, aunque sé que intenta con todas sus fuerzas ser silencioso, eso nunca ha sido su fuerte, ni siquiera cuando tenía dos piernas buenas. Pero no pasa nada, se está moviendo y los monos mantienen sus posiciones. Está a menos de cinco metros de la playa cuando los percibe. Aunque solo levanta la vista un segundo, es como si hubiese activado una bomba. Los monos estallan en una chillona masa de pelaje naranja y caen sobre él.

Nunca había visto a ningún animal moverse tan deprisa. Se deslizan por las ramas como si estuviesen engrasadas, saltan distancias imposibles de árbol en árbol con los colmillos fuera, las plumas del cuello levantadas y las uñas saliéndoles disparadas de los dedos como si fuesen navajas de muelle. Puede que no esté muy familiarizada con los monos, pero los animales de verdad no actúan así.

—¡Mutos! —grito, mientras Finnick y yo nos metemos corriendo en la zona de los árboles.

Sé que tengo que aprovechar todas las flechas, y lo hago. A la espeluznante luz nocturna derribo a un mono tras otro, apuntando a ojos, corazones y cuellos, de modo que cada acierto suponga una muerte. Sin embargo, no bastaría sin Finnick atravesando a las bestias como si fueran peces y lanzándolos a un lado, y Peeta cortándolos con su cuchillo. Noto uñas en la pierna y en la espalda antes de que alguien derribe al atacante. El aire se espesa con las plantas machacadas, el aroma de la sangre y el hedor a rancio de los monos. Peeta, Finnick y yo nos colocamos formando un triángulo, con unos cuantos metros de distancia entre nosotros y dándonos la espalda. Se me cae el alma a los pies cuando saco la última flecha. Entonces recuerdo que Peeta tiene otro carcaj y que no está disparando, sino cortando con el cuchillo. Yo también he sacado el mío, pero los monos son más rápidos y saltan adelante y atrás tan deprisa que no me dan tiempo a reaccionar.

—¡Peeta! —le grito—. ¡Tus flechas!

Peeta se vuelve para ver qué me pasa y empieza a descolgarse el carcaj del

hombro cuando sucede: un mono salta de un árbol y aterriza en su pecho. No tengo flechas, no puedo disparar. Oigo el golpe del tridente de Finnick al dar en otro objetivo y sé que su arma está ocupada. Peeta no puede usar el brazo del cuchillo e intenta sacar el carcaj. Lanzo mi cuchillo al muto que se acerca, pero la criatura da un salto mortal para esquivarlo y sigue su trayectoria.

Sin armas, indefensa, hago lo único que se me ocurre: correr hacia Peeta y tirarlo al suelo para protegerlo con mi cuerpo, aunque sé que no llegaré a tiempo.

Sin embargo, ella sí llega. Es como si apareciese de la nada, de repente, dando vueltas, delante de Peeta. Está ensangrentada, con la boca abierta para dejar escapar un chillido agudo y las pupilas tan grandes que sus ojos parecen agujeros negros.

La lunática adicta a la morflina del Distrito 6 se lanza sobre el mono, como si lo abrazara con sus brazos esqueléticos, y el animal le clava los colmillos en el pecho.



Peeta deja caer el carcaj y clava el cuchillo en la espalda del mono una y otra vez, hasta que el animal suelta a la mujer. Él lo aparta de una patada y se prepara para más. Yo ya tengo sus flechas, un arco cargado y Finnick a mi espalda, respirando con dificultad, pero libre.

—¡Venga, vamos! —grita Peeta, jadeando de rabia. Sin embargo, algo pasa con los monos, se retiran, suben a los árboles y se pierden en la jungla, como si alguna voz inaudible los llamara. La voz de un Vigilante que les dice que ya basta.

—Ve a por ella —le digo a Peeta—. Te cubrimos.

Peeta levanta con cuidado a la adicta y carga con ella los pocos metros que nos separan de la playa, mientras Finnick y yo los seguimos, con las armas preparadas. Sin embargo, salvo por los cadáveres naranja en el suelo, los monos han desaparecido. Peeta deja a la mujer en la arena. Corto la tela sobre su pecho y dejo al descubierto las cuatro profundas incisiones. La sangre sale lentamente por ellas haciéndolas parecer mucho menos mortíferas de lo que son. El verdadero daño está dentro. Por la posición de las heridas, estoy segura de que el animal ha roto algo vital, un pulmón o quizá incluso el corazón.

Se queda tumbada en la arena, boqueando como un pez fuera del agua. Tiene la piel hundida y de un verde enfermizo, con unas costillas tan prominentes como las de un niño muerto de hambre. Podía permitirse la comida, pero se volcó en la morflina, igual que Haymitch en la bebida, supongo. En ella todo parece perdido: su cuerpo, su vida, la mirada vacía de los ojos. Sostengo una de sus manos, que sufre espasmos, aunque no sé si por el veneno que afectó a nuestros nervios, por la conmoción del ataque o por la falta de la droga que la sustentaba. No podemos hacer nada, nada salvo quedarnos con ella mientras se muere.

—Vigilaré los árboles —dice Finnick antes de alejarse. Me gustaría alejarme también, pero ella me aprieta la mano con tanta fuerza que tendría que abrirle los dedos, y no me quedan ánimos para ser tan cruel. Pienso en Rue, en que quizá podría cantar algo, como a ella. Sin embargo, desconozco el nombre de la adicta, por no hablar de sus gustos musicales. Sólo sé que se muere.

Peeta se pone en cuclillas al otro lado y le acaricia el pelo. Cuando empieza a hablar con dulzura parece que ha perdido la cabeza, pero sus palabras no son para mí.

—Con mi caja de pinturas, en casa, puedo hacer todos los colores imaginables:

rosa tan pálido como la piel de un bebé o tan fuerte como el ruibarbo. Verde como la hierba en primavera. Un azul que reluce como el hielo en el agua.

La mujer clava la mirada en los ojos de Peeta, absorta en sus palabras.

—Una vez me pasé tres días mezclando pintura hasta encontrar el tono perfecto para la luz del sol sobre el pelaje blanco. Verás, creía que era amarillo, pero era mucho más que eso. Capas de todo tipo de colores, una a una.

La respiración de la mujer se ralentiza hasta no ser más que rápidas exhalaciones. Se moja la mano libre en la sangre del pecho y hace los pequeños movimientos giratorios con los que tanto le gustaba pintar.

—Todavía no he conseguido pintar un arco iris. Llegan tan deprisa y se van tan pronto... No he tenido el tiempo suficiente para capturarlos, solo un poquito de azul por aquí o de morado por allá y vuelven a desaparecer. Vuelven al aire.

La mujer parece hipnotizada por las palabras, en trance. Levanta una mano temblorosa y pinta lo que parece ser una flor en la mejilla de Peeta.

—Gracias —susurra él—. Es preciosa.

Durante un instante, el rostro de la adicta se ilumina con una sonrisa y deja escapar un sonido chillón. Después su mano ensangrentada vuelve al pecho, deja escapar un último aliento y suena el cañonazo. Me suelta la mano.

Peeta se la lleva al agua, regresa y se sienta a mi lado. La mujer flota hacia la Cornucopia durante un momento, hasta que aparece el aerodeslizador, suelta su pinza de cuatro dientes, la rodea y se la lleva al cielo nocturno para siempre.

Finnick vuelve con nosotros con el puño lleno de flechas todavía mojadas con la sangre de los monos. Las suelta a mi lado, en la arena.

—Pensé que las querías.

—Gracias —respondo. Me meto en el agua y lavo la porquería de las armas, de las heridas. Cuando regreso a la jungla para reunir algo de musgo con el que secarlas, todos los cuerpos de los animales han desaparecido.

—¿Adónde han ido? —pregunto.

—No lo sabemos exactamente. Las ramas se movieron y los monos desaparecieron —responde Finnick.

Nos quedamos mirando la jungla, entumecidos y agotados. Todo está en silencio, y entonces me doy cuenta de que los puntos en los que las gotitas de niebla me tocaron la piel ya han formado costra. No me duelen, aunque empiezan a picar, y mucho. Intento pensar que es buena señal, que se están curando; miro a Peeta y a Finnick, y descubro que los dos se rascan las heridas de la cara. Sí, hasta la belleza de Finnick se ha visto afectada esta noche.

—No os rasquéis —les aviso; aunque me muero por rascarme, sé que es el consejo que daría mi madre—. Se os infectará. ¿Creéis que es seguro intentar ir de nuevo a por agua?

Volvemos al árbol que Peeta estaba agujereando. Finnick y yo montamos guardia con las armas preparadas mientras él mete la espita, pero no aparece ninguna amenaza. Peeta ha encontrado una buena vena y el agua empieza a salir a borbotones, así que saciamos la sed y dejamos que el líquido tibio nos calme los picores. Después llenamos unas cuantas caracolas de agua potable y regresamos a la playa.

Todavía es de noche, aunque no puede faltar mucho para el alba, a no ser que los Vigilantes lo deseen.

—¿Por qué no descansáis los dos un poco? —digo—. Yo vigilaré un rato.

—No, Katniss, prefiero hacerlo yo —responde Finnick. Le miro a los ojos, a la cara, y me doy cuenta de que apenas es capaz de contener las lágrimas. Mags. Lo menos que puedo hacer por él es darle algo de intimidación para llorar por ella.

—Vale, Finnick, gracias.

Me tumbo en la arena al lado de Peeta, que se queda dormido de inmediato. Yo contemplo la noche y pienso en lo mucho que pueden cambiar las cosas en un día, en que ayer ese hombre estaba en mi lista de futuras víctimas y ahora estoy dispuesta a dormir mientras él monta guardia. Ha dejado morir a Mags para salvar a Peeta y no sé por qué. Lo que sí sé es que nunca saldaré la deuda, que por ahora solo puedo dormirme y dejarlo llorar en paz. Así que eso hago.

Es media mañana cuando abro de nuevo los ojos. Peeta sigue a mi lado. Sobre nosotros hay una estera de hierba apoyada en unas ramas que nos protege del sol. Me siento y veo que Finnick no ha perdido el tiempo: hay dos cuencos tejidos llenos de agua fresca, y un tercero con un montón de marisco.

Él está sentado en la arena, abriendo las criaturas con una piedra.

—Están mejor frescos —comenta, arrancando un pedazo de carne para metérselo en la boca. Todavía tiene los ojos hinchados, pero finjo no darme cuenta.

El estómago me empieza a gruñir al oler la comida, así que pruebo con uno. Verme las uñas llenas de sangre me detiene; al parecer, me he estado rascado las heridas como loca mientras dormía.

—¿Sabes? Si te rascas, se te va a infectar —me dice Finnick.

—Eso he oído —respondo. Me meto en el agua de la playa y me lavo la sangre, intentando decidir si odio más el dolor o el picor. Harta, vuelvo a la arena dando grandes zancadas, alzo la cabeza y suelto:

—¡Oye, Haymitch! Si no estás demasiado borracho, no nos vendría mal algo para la piel, ¿sabes?

Resulta casi cómico lo de prisa que aparece el paracaídas. Levanto la mano y el tubo aterriza limpiamente en la palma abierta.

—Ya era hora —digo, aunque no consigo mantener el ceño fruncido. Haymitch. Lo que daría por poder hablar cinco minutos con él.

Me dejo caer en la arena al lado de Finnick y desenrosco la tapa del tubo. Dentro

hay una pomada espesa y oscura que huele muy fuerte, a una mezcla de alquitrán y agujas de pino. Arrugo la nariz al echarme un poquito de medicamento en la mano y empezar a masajearme la pierna, pero se me escapa un suspiro de placer cuando compruebo que el potingue elimina el picor. También le da un espeluznante tono gris verdoso a las costras. Antes de empezar con la otra pierna le tiro el tubo a Finnick, que me mira vacilante.

—Es como si te estuvieses pudriendo —comenta. Sin embargo, supongo que el picor vence la batalla, porque, al cabo de un minuto, él también empieza a echárselo en la piel. La verdad es que la combinación de las costras y la pomada es horrenda. No debería, pero me hace gracia su sufrimiento.

—Pobre Finnick, ¿es la primera vez en tu vida que no estás guapo?

—Seguramente. La sensación me resulta completamente nueva. ¿Cómo has hecho tú para soportarlo tantos años?

—Sólo tienes que evitar los espejos. Al final se te olvidará.

—No si sigo mirándote —responde.

Nos embadurnamos de arriba abajo, incluso turnándonos para echarnos la pomada en la espalda, donde las camisetas interiores no nos protegen la piel.

—Voy a despertar a Peeta —digo.

—No, espera, vamos a hacerlo juntos, los dos delante de su cara.

Bueno, me quedan tan pocas oportunidades para divertirme en la vida que no tengo más remedio que aceptar. Nos colocamos a ambos lados de Peeta, acercamos la cara a pocos centímetros de su nariz y lo sacudimos un poco.

—Peeta, Peeta, despierta —le digo en voz bajita y cantarina.

Él abre los ojos lentamente y salta como si lo hubiésemos apuñalado.

—¡Aaah!

Finnick y yo caemos de espaldas sobre la arena, muertos de risa. Cada vez que empezamos a calmarnos, miramos a Peeta, que intenta mirarnos con desdén, y nos da otro ataque. Cuando conseguimos recuperar la compostura, se me ocurre que quizá Finnick Odair no esté tan mal; al menos, no es tan vanidoso ni creído como pensaba. En realidad, no está nada mal. Y, justo cuando llego a esa conclusión, un paracaídas aterriza a nuestro lado, cargado con un pan recién hecho. Recuerdo que el año pasado los regalos de Haymitch solían estar pensados para enviarme un mensaje, así que hago una nota mental: «Hazte amiga de Finnick y conseguirás comida».

Él le da vueltas al pan en la mano, examinando la corteza con un ademán un pelín posesivo. No hace falta, porque tiene ese colorcillo verde de las algas que le echan al pan del Distrito 4. Todos sabemos que es para él. Quizá solo sea que acaba de darse cuenta de lo valioso que es y de que puede que no vuelva a ver otro pan en su vida. O puede que algún recuerdo de Mags esté relacionado con la corteza. En cualquier caso, lo único que dice es:

—Irá bien con el marisco.

Mientras ayudo a Peeta a cubrirse la piel con la pomada, Finnick saca con destreza la carne del marisco. Después nos reunimos para comernos la deliciosa pulpa dulce con el pan salado del Distrito 4.

Todos parecemos monstruos (encima, la pomada hace que algunas costras se pelen), pero me alegro de tener la medicina, no solo porque me alivia el picor, sino porque también sirve para protegernos del ardiente sol blanco del cielo rosa. Por su posición, calculo que serán las diez en punto y que llevamos en la arena más o menos un día. Once de los nuestros han muerto. Trece viven. En algún lugar de la jungla, diez se esconden. Tres o cuatro son profesionales. No me apetece mucho intentar recordar quiénes son los demás.

Para mí, la jungla ha pasado rápidamente de ser un lugar seguro a una trampa siniestra. Sé que en algún momento nos veremos obligados a introducirnos de nuevo en sus profundidades, ya sea para cazar o para que nos cacen, pero, por ahora, pienso quedarme en nuestra playita, y no oigo a ninguno de mis dos amigos sugerir lo contrario. Durante un rato, la jungla parece casi estática, llena de zumbidos y reluciente, aunque sin alardear de sus peligros. Entonces oímos los gritos que vienen de lejos. Frente a nosotros, una porción de la jungla empieza a vibrar, y una enorme ola sobrepasa la cima de la colina y las copas de los árboles para bajar rugiendo por la pendiente. Golpea el agua de la playa con tanta fuerza que, aunque estamos lo más lejos de ella que hemos podido, la espuma se nos arremolina alrededor de las rodillas y lo empapa todo. Entre los tres logramos recuperar nuestras cosas antes de que el agua se lo lleve todo flotando, salvo los monos cubiertos de productos químicos, que están tan destrozados que a ninguno nos importa perderlos.

Suena un cañonazo, y vemos aparecer el aerodeslizador encima del área en la que comenzó la ola y llevarse un cadáver de los árboles. «Doce», pienso.

El círculo de agua se calma poco a poco, después de absorber la ola gigante. Volvemos a dejar nuestras cosas en la arena húmeda y estamos a punto de sentarnos cuando las vemos: tres figuras a unos dos rayos de distancia, que salen de la jungla dando tumbos.

—Ahí —digo en voz baja, señalando hacia los recién llegados. Peeta y Finnick siguen mi mirada. Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo previamente, los tres volvemos a las sombras de la jungla.

El trío está en mala forma, se nota a simple vista. A uno lo lleva a rastras un segundo, y el tercero deambula en círculos, como si estuviese loco. Están completamente teñidos de rojo ladrillo, como si los hubiesen sumergido en pintura y los hubiesen puesto a secar.

—¿Quiénes son? —pregunta Peeta—. ¿O son mutaciones?

Tiro de una flecha, preparándome para atacar, pero lo único que sucede es que la

figura que llevaban a rastras se derrumba en la playa. La que lo arrastraba pisotea el suelo, frustrada y, en un aparente ataque de mal humor, se vuelve y empuja a la figura enloquecida.

El rostro de Finnick se ilumina, y grita:

—¡Johanna!

Después sale corriendo hacia las criaturas rojas.

—¡Finnick! —oigo gritar a Johanna.

Intercambio miradas con Peeta.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—No podemos dejar a Finnick.

—Supongo que no. Pues vamos, venga —le digo a regañadientes, porque, incluso en el caso de haber preparado una lista de aliados, Johanna Mason no habría estado entre ellos, ni de lejos. Los dos nos acercamos a Finnick y Johanna, y, al hacerlo, veo a sus compañeros, lo que aumenta mi confusión: el que está de espaldas en el suelo es Beetee, y Wiress es la que acaba de ponerse en pie de nuevo para seguir caminando en círculo.

—Tiene a Wiress y Beetee.

—¿A Majara y Voltios? —pregunta Peeta, que también está desconcertado—. Tengo que enterarme de la historia.

Cuando llegamos a ellos, Johanna gesticula hacia la jungla y habla muy deprisa con Finnick.

—Creíamos que era lluvia, por los relámpagos, y teníamos mucha sed, pero, cuando empezó a caer, resultó ser sangre. Sangre caliente y espesa. No se podía ver, ni hablar sin llenarte la boca. Estuvimos dando tumbos por ahí, intentando salir. Entonces Blight se dio contra el campo de fuerza.

—Lo siento, Johanna —le dice Finnick. Tardo un momento en ubicar a Blight. Creo que era el compañero de Johanna del Distrito 7, aunque apenas recuerdo haberlo visto. Ahora que lo pienso, ni siquiera creo que apareciese por el entrenamiento.

—Sí, bueno, no era gran cosa, pero era de casa —comenta ella—. Y me dejó sola con estos dos. —Le da un golpe a Beetee, que apenas está consciente, con el pie—. Le clavaron un cuchillo en la espalda en la Cornucopia. Y ella...

Todos miramos a Wiress, que está dando vueltas en círculo, cubierta de sangre seca, murmurando:

—Tic, tac, tic, tac.

—Sí, lo sabemos, tic, tac. Majara ha sufrido una conmoción —explica Johanna. Eso parece atraer a Wiress, que se desvía hacia Johanna, pero ésta la empuja sin miramientos hacia la playa—. Quédate quieta, ¿quieres?

—Déjala en paz —le espeto.

Johanna entrecierra los ojos y me mira con odio.

—¿Que la deje en paz? —sisea, dando un paso adelante antes de que pueda reaccionar; me da una bofetada tan fuerte que veo las estrellas—. ¿Quién te crees que los sacó de esa puñetera jungla por ti? Serás... —Finnick se la echa a la espalda, aunque ella no deja de retorcerse, la lleva al agua y la sumerge repetidas veces mientras ella me grita un montón de cosas realmente insultantes. Pero no le disparo, porque está con Finnick y por lo que ha dicho de haberlos sacado de la jungla por mí.

—¿Qué ha querido decir? ¿Los ha salvado por mí? —le pregunto a Peeta.

—No lo sé. Al principio los querías —me recuerda.

—Sí, es verdad, al principio. —Eso no me aclara nada. Miro el cuerpo inmóvil de Beetee—. De todos modos, no me servirán de mucho si no hacemos algo deprisa.

Peeta alza a Beetee en brazos y yo me llevo a Wiress de la mano a nuestro pequeño campamento de la playa. Siento a Wiress en el agua, en la orilla, para que se lave un poco; ella no hace más que apretarse los puños y mascullar de vez en cuando: «Tic, tac». Le quito el cinturón a Beetee y descubro un pesado cilindro de metal atado a él con una cuerda tejida con plantas. No sé qué es, pero, si pensó que merecía la pena guardarlo, no seré yo la que lo pierda. Lo dejo en la arena. La ropa de Beetee está pegada a él por culpa de la sangre, así que Peeta lo sostiene en el agua mientras se la quito. Tardo bastante en sacarle el mono, y entonces descubrimos que también tiene la ropa interior saturada de sangre. No nos queda más remedio que desnudarlo para limpiarlo, aunque debo decir que eso ya no me impresiona como antes. La mesa de nuestra cocina ha visto ya a tantos hombres desnudos este año que al final una se acaba acostumbrando.

Bajamos la estera de Finnick y tumbamos a Beetee boca abajo para examinarle la espalda. Tiene una raja de unos quince centímetros de largo desde el omóplato hasta más allá de las costillas. Por suerte, no es muy profunda. Ha perdido mucha sangre, eso sí, se le nota en la palidez de la piel, y la herida sigue abierta.

Me pongo en cuclillas, intentando pensar. ¿Qué tengo para trabajar? ¿Agua de mar? Me siento como mi madre cuando su primera línea de defensa para tratarlo todo, era la nieve. Miro hacia la jungla, donde seguro que hay una farmacia entera, si supiera cómo usarla. Sin embargo, éstas no son mis plantas. Después pienso en el musgo que Mags me dio para sonarme la nariz.

—Ahora mismo vuelvo —le digo a Peeta. Lo bueno es que el musgo parece bastante común en la jungla, así que arranco un buen puñado de los árboles cercanos y lo llevo a la playa, preparo una buena plasta, se la pongo a Beetee en el corte y la sujeto atándole las enredaderas alrededor del cuerpo. Conseguimos que beba algo de agua y lo llevamos a la sombra, al borde de la jungla.

—Creo que no podemos hacer más —comento.

—Así está bien. No se te da mal esto de curar —me dice Peeta—. Lo llevas en la sangre.

—No —respondo, sacudiendo la cabeza—. Tengo la sangre de mi padre. —La clase de sangre que se acelera durante una caza, no en una epidemia—. Voy a ver cómo está Wiress.

Me llevo un poco de musgo para usarlo de trapo y me uno a Wiress en el agua. Ella no se resiste cuando empiezo a quitarle la ropa para limpiarle la sangre de la piel, pero tiene los ojos dilatados de miedo y, cuando le hablo, ella no responde, salvo para decir con una urgencia cada vez mayor: «Tic, tac». Es como si intentara decirme algo, aunque, sin Beetee para explicarlo, estoy perdida.

—Sí, tic, tac, tic, tac —le digo. Eso parece calmarla un poco. Le lavo el mono hasta que apenas queda rastro de sangre y la ayudo a ponérselo. No está destrozado, como los nuestros. El cinturón está bien, así que se lo pongo. Después coloco su ropa interior al lado de la de Beetee, bajo unas rocas, y dejo que se empape.

Cuando termino de enjuagar el mono de Beetee, una Johanna tan limpia que reluce y un Finnick en pleno proceso de muda de piel se unen a nosotros. Johanna se limita a beber agua y a hincharse de marisco durante un rato, mientras yo intento convencer a Wiress de que tome algo. Finnick cuenta lo de la niebla y los monos de una forma impersonal casi fría, evitando comentar el detalle más importante de la historia.

Todos se ofrecen a montar guardia mientras los demás descansan, pero, al final, somos Johanna y yo las que la hacemos. Yo porque estoy muy descansada, y ella porque se niega a tumbarse. Las dos nos sentamos en silencio en la playa hasta que los demás se duermen.

Ella mira a Finnick, para asegurarse, y se vuelve hacia mí.

—¿Cómo habéis perdido a Mags?

—En la niebla. Finnick tenía a Peeta. Yo llevé a Mags un rato. Después no pude seguir levantándola. Finnick dijo que no podía llevarlos a los dos, y ella le dio un beso y se fue directa al veneno.

—Fue la mentora de Finnick, ¿sabes? —dice Johanna, en tono de reproche.

—No, no lo sabía.

—Era la mitad de su familia —dice, unos segundos después, aunque con menos veneno.

Contemplamos el agua que baña la ropa interior.

—Bueno, ¿y qué estabas haciendo con Majara y Voltios? —le pregunto.

—Ya te lo dije, los salvé por ti. Haymitch me dijo que, si quería que fuésemos aliadas, tenía que traértelos. Es lo que le pediste, ¿no?

«No», pienso, pero asiento y digo:

—Gracias, te lo agradezco.

—Eso espero. —Me lanza una mirada llena de odio, como si me considerase la mayor carga de su vida. Me pregunto si esto es lo que se siente cuando tienes una

hermana mayor que te odia de corazón.

—Tic, tac —oigo detrás de mí. Me vuelvo y veo que Wiress se ha acercado a rastras, con los ojos fijos en la jungla.

—Oh, genial, ha vuelto. Vale, me voy a dormir. Tú y Majara podéis montar guardia juntas —dice Johanna. Acto seguido se aleja y se deja caer al lado de Finnick.

—Tic, tac —susurra Wiress. La guío hasta colocarla frente a mí y conseguir que se tumbe, acariciándole un brazo para tranquilizarla. Se queda dormida, aunque inquieta, y de vez en cuando susurra su frase: «Tic, tac».

—Tic, tac —le digo, en voz baja—. Es hora de dormir. Tic, tac. Duérmete.

El sol se alza en el cielo hasta colocarse justo encima de nosotros. «Debe de ser mediodía», pienso, vagamente. No importa mucho. Al otro lado del agua, a la derecha, veo el enorme destello del rayo que golpea el árbol, y la tormenta eléctrica vuelve a empezar. En la misma zona que anoche. Alguien debe de haber entrado en su radio de alcance y disparado el ataque. Observo los relámpagos durante un rato mientras calmo a Wiress, que ha encontrado una especie de paz junto al ruido de las olas. Pienso en anoche, en que los relámpagos empezaron justo después de que sonase la campana doce veces.

—Tic, tac —dice Wiress, que vuelve a despertar un instante antes de volver a caer.

Doce campanadas anoche. Como si fuese medianoche. Después los relámpagos. Ahora tenemos el sol encima. Como si fuese mediodía. Y relámpagos.

Me levanto lentamente y examino la zona. Los relámpagos allí. En la siguiente cuña de la tarta cayó la lluvia de sangre en la que Johanna, Wiress y Beetee quedaron atrapados. Nosotros estaríamos en la tercera sección, a la derecha de ésta, cuando apareció la niebla. Y, en cuanto desapareció, los monos empezaron a reunirse en la cuarta. Tic, tac. Vuelvo rápidamente la cabeza hacia el otro lado. Hace un par de horas, sobre las diez, la ola salió de la segunda sección a la izquierda de la de los relámpagos. A mediodía. A medianoche. A mediodía.

—Tic, tac —dice Wiress en sueños. Entonces cesan los relámpagos y empieza la lluvia de sangre, justo a su derecha, y sus palabras empiezan a tener sentido.

—Oh —susurro—. Tic, tac. —Recorro con la mirada el círculo completo de la arena y sé que está en lo cierto—. Tic, tac. Esto es un reloj.



Como un reloj. Casi puedo ver las manecillas moviéndose por las doce divisiones de la arena. Cada hora empieza un horror nuevo, una nueva arma de los Vigilantes, dando fin al anterior. Rayos, lluvia de sangre, niebla, monos... Ésas son las primeras cuatro horas del reloj, y, a las diez, la ola. No sé qué ocurre en las otras siete, pero estoy segura de que Wiress ha acertado.

Ahora mismo está lloviendo sangre y estamos en la playa por debajo del segmento de los monos, demasiado cerca de la niebla para mi gusto. ¿Permanecen los ataques dentro de los confines de la jungla? No tiene por qué. La ola no lo hizo. Si esa niebla sale de la jungla, si vuelven los monos...

—Levantaos —ordeno, sacudiendo a Peeta, Finnick y Johanna para despertarlos—. Levantaos, tenemos que largarnos. —Hay tiempo de sobra para explicarles la teoría del reloj, la explicación del tictac de Wiress y que los movimientos de las manecillas invisibles disparan una fuerza mortífera distinta en cada sección.

Creo que he convencido a todos los que están conscientes, salvo a Johanna, que se opone por naturaleza a cualquier cosa que yo sugiera. Sin embargo, incluso ella acepta que es mejor pecar de precavidos.

Mientras los demás guardan las pocas posesiones que tenemos y le ponen el mono a Beetee, yo despierto a Wiress, que se despierta aterrada gritando:

—¡Tic, tac!

—Sí, tic, tac, la arena es un reloj. Es un reloj, Wiress, tenías razón. Tenías razón.

Pone cara de sentir un inmenso alivio, supongo que porque al fin alguien ha entendido lo que ella probablemente sabía desde que sonaron las campanas por primera vez.

—Medianoche.

—Empieza a medianoche —le confirmo.

Un recuerdo intenta salir a la superficie de mi cerebro. Veo un reloj, pero no de pared, de pulsera, en la palma de la mano de Plutarch Heavensbee. «Empieza a medianoche», me dijo, y entonces mi sinsajo se iluminó brevemente y desapareció. Bien pensado, fue como si me estuviese dando una pista sobre la arena, pero ¿por qué iba a hacerlo? En aquel momento yo tenía tanto de tributo como él. Quizá pensara que me ayudaría para cuando fuese mentora, o quizá éste había sido el plan desde el principio.

Wiress señala con la cabeza la lluvia de sangre.

—Una y media —dice.

—Exacto, una y media. Y a las dos ahí empieza una terrible niebla venenosa — respondo, señalando a la jungla—. Así que tenemos que irnos a un lugar seguro. — Ella sonrío y se levanta, obediente—. ¿Tienes sed? —Le paso el cuenco tejido y ella se bebe casi un litro. Finnick le da el último trocito de pan y ella lo roe. Una vez superadas las dificultades para comunicarse, está de nuevo en funcionamiento.

Examino mis armas, meto la espita y el tubo de medicina en el paracaídas y me lo ato al cinturón.

Beetee sigue bastante ido, pero cuando Peeta intenta levantarlo, protesta.

—¿Dónde? —pregunta.

—Está ahí —contesta Peeta—. Wiress está bien, también se viene.

Beetee sigue forcejeando.

—¿Dónde? —insiste.

—Ah, ya sé lo que quiere —dice Johanna con impaciencia. Recorre la playa y recupera el cilindro que le quitamos del cinturón cuando lo bañamos. Está cubierto de una gruesa capa de sangre coagulada—. Esta cosa inútil. Es una especie de alambre o algo. Por eso lo hirieron, corría hacia la Cornucopia para hacerse con él. No sé qué clase de arma se supone que es, supongo que podríamos cortar un trozo y usarlo para estrangular a alguien, pero, en serio, ¿os imagináis a Beetee estrangulando a alguien?

—Ganó sus juegos con un trozo de alambre. Montó aquella trampa eléctrica — comenta Peeta—. Es la mejor arma que podría tener.

Es extraño que a Johanna no se le haya ocurrido algo tan obvio. No parece muy creíble, es sospechoso.

—Tendrías que habértelo imaginado —le digo—, teniendo en cuenta que el apodo de Voltios se lo pusiste tú.

—Sí, qué estúpida soy, ¿no? —responde ella, lanzándome una peligrosa mirada con los ojos entrecerrados—. Supongo que estaría distraída intentando mantener con vida a tus amiguitos, mientras tú... ¿Qué era? ¿Conseguías que mataran a Mags? — Me llevo la mano al mango del cuchillo que tengo en el cinturón—. Venga, vamos, inténtalo. Me da igual que estés preñada: te abriré la garganta.

Sé que no puedo matarla en estos momentos, pero con nosotras es cuestión de tiempo que una acabe con la otra.

—Será mejor que todos nos fijemos bien en lo que hacemos —dice Finnick, mirándome. Después deja el cable en el pecho de Beetee—. Aquí está tu cable, Voltios. Cuidado al enchufarlo.

—¿Adónde? —pregunta Peeta mientras levanta a Beetee, que ya no se resiste.

—Me gustaría ir a la Cornucopia y observar, solo para estar seguro de que tenemos razón con lo del reloj —responde Finnick. Parece tan buena idea como

cualquier otra. Además, no me importaría aprovechar la oportunidad de examinar de nuevo las armas, y ahora somos seis. Aunque no contemos con Beetee y Wiress, sumamos cuatro buenos guerreros. Estoy en una situación muy distinta a la del año pasado por estas fechas, cuando tenía que hacerlo todo sola. Sí, es genial tener aliados, siempre que puedas dejar a un lado la idea de que al final tendrás que matarlos.

Seguramente Beetee y Wiress encontrarán la forma de matarse solos. Si tenemos que huir de algo, ¿llegarán muy lejos? A Johanna, sinceramente, podría matarla sin problemas para proteger a Peeta, o simplemente para cerrarle la boca. Lo que realmente necesito es a alguien que se encargue de Finnick por mí, ya que no creo poder matarlo en persona después de lo que ha hecho por Peeta. Se me ocurre engañarlo de algún modo para que tenga un encuentro con los profesionales. Es una idea muy fría, lo sé, pero ¿qué alternativas me quedan? Ahora que sabemos lo del reloj es muy probable que no muera en la jungla, así que alguien tendrá que matarlo en el campo de batalla.

Como me resulta tan horrible pensar en ello, mi cabeza intenta cambiar de tema con todas sus fuerzas, aunque lo único que me distrae de mi situación actual es fantasear sobre asesinar al presidente Snow. No son unas fantasías demasiado bonitas para una chica de diecisiete años, supongo, pero yo las disfruto mucho.

Caminamos hasta la franja de arena más cercana y nos acercamos a la Cornucopia con cuidado, por si los profesionales se han escondido allí. Dudo que lo hayan hecho, porque llevamos horas en la playa y no hemos visto nada. La zona está abandonada, como suponía. Sólo quedan el gran cuerno dorado y la pila de armas desperdigadas.

Cuando Peeta deja a Beetee en el pedacito de sombra que proyecta la Cornucopia, él llama a Wiress, que se agacha a su lado y deja que le ponga el rollo de alambre en las manos.

—Límpialo, ¿quieres? —le pide.

Wiress asiente, corre al borde del agua y sumerge la bobina. Empieza a cantar en voz baja una extraña cancioncita sobre un ratón que corre por un reloj. Debe de ser para niños, porque parece hacerla feliz.

—Oh, no, esa canción otra vez —dice Johanna, poniendo los ojos en blanco—. Se pasó horas con eso antes de empezar con el tictac.

De repente, Wiress se levanta, muy derecha, y señala a la jungla.

—Dos —anuncia.

Sigo la dirección de su dedo hasta la pared de niebla, que acaba de llegar a la playa.

—Sí, mirad, Wiress tiene razón: son las dos y ha empezado la niebla.

—Como un reloj —comenta Peeta—. Eres muy lista, Wiress.

Ella sonrío, y vuelve a sus cantos y su limpieza.

—Oh, es más que lista —responde Beetee—, es intuitiva. —Todos nos giramos para mirarlo; parece haber vuelto a la vida—. Percibe las cosas antes que nadie, como un canario en una de vuestras minas de carbón.

—¿Qué es eso? —me pregunta Finnick.

—Es un pájaro con el que bajamos a las minas para saber si hay aire malo —respondo.

—¿Qué hace para avisar, se muere? —pregunta Johanna.

—Primero deja de cantar, y es cuando hay que salir. Pero si el aire es demasiado malo, se muere, sí, igual que tú. —No quiero hablar sobre pájaros cantores muertos, me recuerdan a la muerte de mi padre, de Rue y de Maysilee Donner, y a mi madre, que heredó su pájaro cantor. Vaya, genial, y ahora pienso en Gale, en lo más profundo de esa horrible mina, con la amenaza del presidente Snow cerniéndose sobre él. Es tan fácil hacer que parezca un accidente ahí abajo... Un canario silencioso, una chispa y nada más.

Vuelvo a imaginarme asesinando al presidente.

A pesar de lo que Wiress molesta a Johanna, nunca había visto a esta última tan feliz desde que llegamos a la arena. Mientras yo aumento mi reserva de flechas, ella rebusca por ahí hasta dar con un par de hachas de aspecto letal. Me parecen una elección extraña hasta que la veo lanzar una con tal fuerza que se queda clavada en el oro de la Cornucopia, reblandecido por el sol. Por supuesto. Johanna Mason, Distrito 7, madera. Seguro que lleva lanzando hachas desde que aprendió a gatear. Es como Finnick con su tridente. Me doy cuenta de que es otra desventaja más a la que los tributos del Distrito 12 se han tenido que enfrentar todos estos años: nosotros no bajamos a la mina hasta que cumplimos los dieciocho, mientras que da la impresión de que el resto de los tributos aprenden algo sobre la industria de su distrito desde pequeños. En las minas se hacen cosas que podrían venir bien en los juegos, como manejar un pico y volar cosas en pedazos. Eso nos daría una oportunidad, igual que me la dio a mí la caza. Sin embargo, lo aprendemos demasiado tarde.

Mientras yo me entretenía con las armas, Peeta estaba agachado en el suelo dibujando algo con la punta de su cuchillo en una hoja larga y lisa que se había traído de la jungla. Miro por encima de su hombro y veo que está creando un mapa de la arena. En el centro está la Cornucopia en su círculo de arena, con las doce franjas de tierra que salen de él. Es como un pastel dividido en doce cuñas iguales. Hay otro círculo que representa el borde del agua y uno algo mayor que indica el borde de la jungla.

—Mira la posición de la Cornucopia —me dice.

La examino y veo a lo que se refiere.

—La punta señala las doce.

—Exacto, así que es la parte superior del reloj —responde, y garabatea

rápidamente los números del uno al doce sobre la superficie del reloj—. De doce a una está la zona de los rayos. —Escribe «rayos» con letras diminutas en la cuña correspondiente, para después seguir con «sangre», «niebla» y «monos» en las secciones siguientes.

—Y de diez a once está la ola —le digo. La añade. Finnick y Johanna se unen a nosotros, armados hasta los dientes con tridentes, hachas y cuchillos.

—¿Notasteis algo raro en las demás? —les pregunto a Johanna y Beetee, ya que podrían haber visto algo más que nosotros, pero solo vieron un montón de sangre—. Supongo que podría haber cualquier cosa.

—Voy a marcar las secciones en las que sabemos que las armas de los Vigilantes nos siguen más allá de la jungla, para procurar mantenernos alejados de ellas — comenta Peeta, mientras dibuja líneas diagonales en las playas de la niebla y la ola. Después se sienta—. Bueno, al menos es mucho más de lo que sabíamos esta mañana.

Todos asentimos, y entonces nos damos cuenta: silencio. Nuestro canario ha dejado de cantar.

No lo pienso, cargo una flecha, me vuelvo y vislumbro brevemente a Gloss, empapado, dejando caer al suelo el cuerpo de Wiress, a la que le ha abierto una brillante sonrisa roja en el cuello. La punta de mi flecha desaparece dentro de su sien derecha y, en el instante que tardo en volver a cargar, Johanna ha clavado la hoja de una de las hachas en el pecho de Cashmere. Finnick desvía la lanza que Brutus le tira a Peeta y se saca el cuchillo de Enobaria del muslo. De no haber una Cornucopia tras la que esconderse, los dos tributos del Distrito 2 estarían muertos. Salto como un muelle para perseguirlos. ¡Buum, buuum, buuum! El cañón confirma que no podemos ayudar a Wiress, y que no hace falta rematar a Gloss y Cashmere. Mis aliados y yo estamos rodeando el cuerno, persiguiendo a Brutus y Enobaria, que corren por una franja de arena hacia la jungla.

De repente, el suelo tiembla bajo mis pies y caigo de lado en la arena. El círculo de tierra en el que se encuentra la Cornucopia empieza a girar deprisa, muy deprisa, y veo que la jungla pasa a nuestro alrededor convertida en una mancha. Noto la fuerza centrífuga que me empuja al agua, así que clavo manos y pies en la arena, intentando agarrarme a la inestable tierra. Entre la arena que vuela y el mareo, tengo que cerrar los ojos con fuerza. Lo único que puedo hacer, literalmente, es sujetarme hasta que, sin frenar antes, nos paramos de golpe.

Entre toses y náuseas, me siento y veo que mis compañeros están en las mismas condiciones. Finnick, Johanna y Peeta han logrado no salir volando. Los tres cadáveres han acabado en el agua.

En total, desde que nos dimos cuenta de que Wiress no cantaba hasta ahora, no pueden haber pasado más de un par de minutos. Nos sentamos en el suelo, jadeando,

y nos limpiamos la arena de la boca.

—¿Dónde está Voltios? —pregunta Johanna. Nos ponemos de pie y, después de recorrer tambaleantes el cuerno, confirmamos que no está. Finnick lo divisa a unos veinte metros de nosotros, en el agua, flotando a duras penas, así que se acerca nadando para rescatarlo.

Entonces me acuerdo del cable y de lo importante que era para él. Miro como loca a mi alrededor, ¿dónde está? ¿Dónde está? Y al final lo veo, todavía en la mano de Wiress, en el agua, bastante lejos. Se me revuelve el estómago al pensar en lo que tengo que hacer.

—Cubridme —le digo a los otros. Suelto las armas y corro por la franja de arena más cercana a su cadáver. Sin frenar, me tiro al agua y empiezo a nadar hacia ella. Por el rabillo del ojo veo el aerodeslizador aparecer sobre nosotras, la pinza que descende para llevársela; pero no paro, sigo nadando tan deprisa como puedo y acabo dándome contra ella. Saco la cabeza, jadeando, intentando evitar tragarme el agua manchada de sangre que rodea la herida abierta de su cuello. Está flotando boca arriba gracias al cinturón y la muerte, mirando el sol implacable. Tengo que arrancarle el rollo de alambre de los dedos, porque lo tenía agarrado con fuerza. Lo único que puedo hacer es cerrarle los ojos, susurrarle adiós y alejarme nadando. Cuando dejo la bobina en la arena y salgo del agua, ella ya no está, aunque sigo notando el sabor de su sangre mezclado con el agua de mar.

Vuelvo a la Cornucopia. Finnick ha traído a Beetee con vida, aunque algo ahogado, porque está sentado tosiendo agua. Tuvo el sentido común de sujetarse las gafas, así que, al menos, puede ver. Le dejo el rollo de alambre en el regazo. Está reluciente, no queda ni rastro de sangre. Él desenrolla un trozo de alambre y se lo pasa entre los dedos, de modo que lo veo por primera vez, y no se parece a ningún cable que conozca. Es dorado pálido, tan fino como un cabello. Me pregunto qué longitud tendrá, seguramente serán varios kilómetros para llenar una bobina tan grande, pero no se lo pregunto, porque sé que está pensando en Wiress.

Miro las caras serias de los demás. Finnick, Johanna y Beetee ya han perdido a sus compañeros de distrito. Me acerco a Peeta y lo abrazo; por un instante, todos guardamos silencio.

—Vámonos de esta isla apestosa —dice al fin Johanna. Ahora solo queda solucionar el asunto de las armas, aunque conservamos casi todas; por suerte, las plantas de este sitio son fuertes, y la espita y el tubo de medicina envuelto en el paracaídas siguen en mi cinturón. Finnick se quita la camiseta interior y se la ata alrededor de la herida que le ha dejado el cuchillo de Enobaria en el muslo; no es demasiado profunda. Beetee cree que ya puede caminar, siempre que vayamos despacio, así que lo ayudo a levantarse. Decidimos dirigirnos a la playa de las doce en punto, lo que debería darnos unas horas de calma y alejarnos de cualquier residuo

venenoso. Entonces, Peeta, Johanna y Finnick salen cada uno en una dirección distinta.

—Doce en punto, ¿no? —dice Peeta—. El extremo del cuerno apunta a las doce.

—Eso era antes de girar —responde Finnick—. Yo me guiaba por el sol.

—El sol solo te dice que ya casi son las cuatro —añado.

—Creo que lo que quiere decir Katniss es que saber la hora no significa necesariamente saber dónde son las cuatro de este reloj. Podemos tener una idea aproximada de la dirección... A no ser que tengamos en cuenta que el anillo exterior de la jungla también puede haberse movido —dice Beetee.

No, lo que Katniss quería decir era mucho más básico. Beetee ha articulado una teoría que va mucho más allá de mi comentario sobre el sol. De todos modos, asiento como si ésa fuera mi idea desde el principio.

—Sí, así que cualquiera de estos caminos podría llevar a las doce —afirmo.

Damos vueltas por la Cornucopia, examinando la jungla, que tiene una uniformidad desconcertante. Recuerdo el árbol alto que recibió el primer rayo a las doce en punto, pero todos los sectores tienen un árbol similar. Johanna cree que lo mejor es seguir los pasos de Enobaria y Brutus, pero los ha borrado el viento o el agua y no hay forma de saber dónde está nada.

—No tendría que haber hablado del reloj —digo, frustrada—. Ahora también nos han quitado esa ventaja.

—Sólo temporalmente —me asegura Beetee—. A las diez veremos de nuevo la ola y nos pondremos otra vez al día.

—Sí, no pueden volver a diseñar toda la arena —comenta Peeta.

—Da igual —interviene Johanna con impaciencia—. Tenías que contárnoslo, si no, nunca habríamos cambiado de sitio el campamento, descerebrada. — Irónicamente, aunque su respuesta, además de lógica, resulta humillante, es la única que me consuela. Sí, tenía que contárselo para que se movieran—. Venga, necesito agua. ¿Alguien tiene alguna corazonada?

Elegimos un camino al azar y lo seguimos, sin tener ni idea de a qué número nos dirigimos. Cuando llegamos a la jungla la escudriñamos intentando descifrar qué nos espera dentro.

—Bueno, debe de ser la hora de los monos, y aquí no veo ninguno —comenta Peeta—. Voy a intentar ponerle la espita a un árbol.

—No, me toca a mí —dice Finnick.

—Al menos te cubriré las espaldas.

—Eso puede hacerlo Katniss —interviene Johanna—. Necesitamos que dibujes otro mapa. El otro lo hemos perdido —añade, arrancando una gran hoja de un árbol para dársela.

Durante un instante sospecho que intentan dividirnos para matarnos, pero no tiene

sentido. Yo tendría ventaja sobre Finnick si él está ocupado con el árbol, y Peeta es mucho más grande que Johanna. Así que sigo a Finnick y nos adentramos unos trece metros en la jungla, hasta que encontramos un buen árbol y él empieza a hacer un agujero con su cuchillo.

Mientras estoy allí, con las armas preparadas, no logro deshacerme de la sensación de que está pasando algo que tiene que ver con Peeta. Vuelvo a repasar nuestros movimientos desde el momento en que sonó el gong en busca del origen de mi incomodidad. Finnick sacando a Peeta de su placa de metal. Finnick reviviendo a Peeta cuando el campo de fuerza le paró el corazón. Mags metiéndose en la niebla para que Finnick pudiese cargar con Peeta. La adicta lanzándose delante de él para protegerlo del ataque del mono. La lucha con los profesionales fue muy rápida, pero ¿acaso no desvió Finnick una lanza que iba hacia Peeta, aunque le supuso recibir un navajazo de Enobaria en la pierna? E, incluso ahora, Johanna lo ha puesto a dibujar un mapa en una hoja en vez de dejarlo arriesgarse en la jungla...

No cabe duda, por razones que no alcanzo a comprender, algunos de los otros vencedores intentan mantenerlo con vida, aunque signifique sacrificarse.

Estoy estupefacta. En primer lugar, porque ese trabajo era cosa mía. En segundo, porque no tiene sentido. Sólo puede salir vivo uno de nosotros, así que ¿por qué han decidido proteger a Peeta? ¿Qué les puede haber dicho Haymitch, qué les ha ofrecido para que pongan la vida de Peeta por encima de la suya?

Sé cuáles son mis razones para mantenerlo con vida; es mi amigo, y es mi forma de desafiar al Capitolio, de subvertir estos terribles juegos. Sin embargo, si no tuviese ningún vínculo con él, ¿qué haría que quisiera salvarlo, elegirlo a él antes que a mí? Está claro que es valiente, pero todos hemos sido lo bastante valientes para sobrevivir a unos juegos. Está esa naturaleza bondadosa que resulta difícil pasar por alto, aunque, aun así..., y entonces se me ocurre, pienso en lo que Peeta sabe hacer mejor que ninguno de nosotros: utilizar las palabras. Nos barrió a todos del campo de juego en las entrevistas, y quizá sea esa bondad subyacente lo que le permite poner a una multitud (no, mejor dicho, a un país) de su lado con una simple frase.

Recuerdo haber pensado que ése era el don que debería tener el líder de nuestra revolución. ¿Es que Haymitch ha convencido de eso a los demás? ¿De que la lengua de Peeta tendría mucho más poder contra el Capitolio que la fuerza física de cualquiera de nosotros? No lo sé, parece un voto de confianza demasiado grande para algunos de los tributos. Es decir, estamos hablando de Johanna Mason. Sin embargo, ¿qué otra explicación puede haber para sus decididos esfuerzos por mantenerlo vivo?

—Katniss, ¿tienes esa espita? —me pregunta Finnick, devolviéndome a la realidad. Corto la planta que sujeta la espita al cinturón y le ofrezco el tubo de metal.

Entonces oigo el grito, tan lleno de miedo y dolor que me hiela la sangre. Y tan familiar... Suelto la espita, me olvido de dónde estoy o de lo que me espera; solo sé

que tengo que llegar hasta ella y protegerla. Corro como loca hacia la voz, sin importarme el peligro, abriéndome paso entre enredaderas y ramas, a través de cualquier cosa que me impida ayudarla.

Ayudar a mi hermana pequeña.



«¿Dónde está? ¿Qué le están haciendo?»

—¡Prim! —grito, pero solo me responde otro chillido de terrible dolor.

«¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Por qué es parte de los Juegos?»

—¡Prim!

Las plantas me cortan la cara y los brazos, las enredaderas me agarran los pies, pero me estoy acercando a ella, mucho, estoy muy cerca. El sudor me baja por la cara y hace que me piquen las heridas en proceso de curación del ácido. Jadeo, intentando hacer uso del aire caliente y húmedo que parece no tener oxígeno. Prim deja escapar un sonido, un sonido tan perdido e irrecoverable, que ni siquiera logro imaginarme qué le habrán hecho para provocarlo.

—¡Prim!

Me abro paso a través de una pared de vegetación, entro en un pequeño claro y el sonido se repite justo encima de mí. ¿Encima de mí? Vuelvo la cabeza a toda prisa. ¿Es que la tienen en los árboles? Busco desesperadamente entre las ramas, sin éxito.

—¿Prim? —pregunto, en tono de súplica. La oigo, pero no la veo. Su siguiente gemido suena alto y claro como una campana, y no cabe duda de cuál es la fuente: sale de la boca de un pajarito de cresta negra colocado sobre una rama a unos tres metros de altura. Entonces lo comprendo.

Es un charlajo.

Es la primera vez que los veo, creía que ya no existían; me apoyo en el tronco del árbol, apretándome las punzadas del costado, y lo examino durante un momento. La mutación, el predecesor, el padre. Me hago una imagen mental del sinsonte, la fusión con el charlajo y sí, ya entiendo cómo se aparearon para producir a mi sinsajo. En este pájaro no hay nada que lo delate como mutación, nada salvo la horrible imitación de la voz de Prim que sale de su boca. Lo silencio con una flecha en el cuello. El pájaro cae a tierra, le saco la flecha y le retuerzo el cuello para asegurarme. Después lanzo la asquerosa criatura a la jungla. Ni con todo el hambre del mundo sentiría la tentación de comérmelo.

«No era real —me digo—. Igual que los lobos mutados del año pasado no eran en realidad los tributos muertos. No es más que un truco sádico de los Vigilantes.»

Finnick entra en el claro a toda prisa y me encuentra limpiando la flecha con musgo.

—¿Katniss?

—No pasa nada, estoy bien —respondo, aunque no me siento nada bien—. Me pareció oír a mi hermana, pero... —El penetrante chillido me corta en seco. Es otra voz, no la de Prim, quizá la de una mujer joven a la que no reconozco. Sin embargo, el efecto en Finnick es inmediato: pierde el color del rostro y veo, literalmente, cómo se le dilatan las pupilas de miedo—. ¡Finnick, espera! —exclamo, intentando llegar a él para calmarlo, pero ya ha salido disparado en persecución de la víctima, tan a ciegas como yo buscaba a Prim—. ¡Finnick! —grito, aunque sé que no se volverá para esperar una explicación racional. No puedo hacer más que seguirlo.

No me resulta difícil localizarlo, a pesar de que se mueve deprisa, porque deja un sendero claro y aplastado tras él. Sin embargo, el pájaro está al menos a medio kilómetro, casi todo cuesta arriba, y cuando llego hasta él estoy sin aliento. Él da vueltas alrededor de un árbol gigantesco, con un tronco de casi metro y medio de diámetro, y las ramas no empiezan hasta llegar a una altura de seis metros. El chillido de la mujer surge de algún punto entre el follaje, pero el charlajo está escondido. Finnick también grita una y otra vez:

—¡Annie! ¡Annie!

Está en pleno ataque de pánico y no hay forma de acercarse a él, así que hago lo que haría de todos modos: trepo por el árbol de al lado, localizo al charlajo y lo derribo con una flecha. Él lo levanta del suelo y, poco a poco, une los puntos, aunque, cuando llego abajo, me mira con más desesperación que nunca.

—No pasa nada, Finnick, no es más que un charlajo. Están jugando con nosotros —le digo—. No es real, no es tu... Annie.

—No, no es Annie, pero la voz era suya. Los charlajos imitan lo que oyen. ¿De dónde han sacado esos gritos, Katniss?

Noto que mis mejillas también palidecen al entender lo que me está diciendo.

—Oh, Finnick, ¿no creerás...?

—Sí, lo creo, eso es justo lo que creo.

Veo una imagen de Prim en una sala blanca, atada con correas a una mesa, mientras unas figuras enmascaradas con bata le sacan esos sonidos. En algún lugar la están torturando, o la han torturado, para que grite así. Se me doblan las rodillas y me dejo caer en el suelo. Finnick intenta decirme algo, pero no lo oigo, lo que sí oigo al fin es a otro pájaro que empieza a cantar a mi izquierda. Y, esta vez, la voz es de Gale.

Finnick me agarra del brazo antes de que pueda echar a correr.

—No, no es él. —Tira de mí colina abajo, hacia la playa—. ¡Vamos a salir de aquí ahora mismo! —Pero la voz de Gale destila tanto dolor que forcejeo con mi compañero para evitarlo—. ¡No es él, Katniss! ¡Es un muto! —me grita Finnick—. ¡Vamos! —Tira de mí, medio arrastrándome, medio llevándome a cuestras, hasta que

logro procesar que no puedo ayudar a Gale persiguiéndolo. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que se trata de la voz de Gale y de que, en alguna parte, en algún momento, alguien ha hecho que grite de esa manera.

En cualquier caso, dejo de luchar con Finnick y, como la noche de la niebla, huyo de lo que no es posible vencer, de lo que solo puede hacerme daño, solo que esta vez es mi corazón y no mi cuerpo lo que se desintegra. Debe de ser otra arma del reloj, supongo que las cuatro en punto. Cuando las manecillas llegan a las cuatro, los monos se van a casa y los charlajos salen a jugar. Finnick está en lo cierto: salir de aquí es lo único que podemos hacer, aunque Haymitch no podrá enviarnos ningún paracaídas que nos ayude a recuperarnos de las heridas que nos han infligido los pájaros.

Veo a Peeta y Johanna al límite de la jungla, y siento una mezcla de alivio y rabia. ¿Por qué no ha venido Peeta a ayudarme? ¿Por qué no ha ido nadie a por nosotros? Incluso ahora se queda donde está, con las manos levantadas y las palmas hacia nosotros; mueve los labios, pero no oímos nada. ¿Por qué?

La pared es tan transparente que Finnick y yo nos damos de golpe contra ella, rebotamos y caemos al suelo. Yo tengo suerte, porque el hombro se ha llevado lo peor del impacto, mientras que Finnick se ha dado de bruces y le sangra la nariz. Por eso ni Peeta, ni Johanna, ni tan siquiera Beetee (al que veo sacudir con tristeza la cabeza detrás de ellos) han intentado ir en nuestra ayuda. Una barrera invisible bloquea la zona que tenemos delante. No se trata de un campo de fuerza, porque se puede tocar la superficie dura y lisa sin problemas, pero ni el cuchillo de Peeta, ni el hacha de Johanna pueden perforarla. Con tan solo echar un ligero vistazo a un lado, sé que rodea toda la zona de las cuatro a las cinco, que estaremos atrapados como ratas hasta que pase la hora.

Peeta aprieta la mano contra la superficie y yo pongo la mía al otro lado, como si pudiera sentirlo a través de la pared. Veo que mueve los labios, aunque no lo oigo, no oigo nada que ocurra fuera de la zona. Intento averiguar lo que dice, pero no me concentro, así que me quedo mirándole la cara, haciendo todo lo posible por conservar la cordura.

Entonces empiezan a llegar los pájaros, uno a uno, y se colocan en las ramas que nos rodean. Un coro de horrores cuidadosamente orquestado sale de sus picos. Finnick se rinde en seguida, se hace un ovillo en el suelo y se aprieta las orejas con las manos, como si intentara aplastarse el cráneo. Yo intento resistir durante un rato. Vacío el carcaj de flechas disparando a los odiosos pájaros, pero, cada vez que uno cae muerto, otro ocupa rápidamente su lugar. Al final me rindo y me acurruco al lado de Finnick, intentando bloquear los atroces sonidos de Prim, Gale, mi madre, Madge, Rory, Vick, e incluso Posy, la pequeña e indefensa Posy...

Sé que ha parado cuando noto las manos de Peeta sobre mí, y creo que me

levantan del suelo y me sacan de la jungla, aunque mantengo los ojos bien cerrados, las manos en las orejas, los músculos demasiado rígidos para bajarlas. Peeta me abraza en su regazo, me tranquiliza, me mece con dulzura. Tardo bastante en empezar a relajar la tenaza de hierro que me comprime y, cuando lo hago, llegan los temblores.

—No pasa nada, Katniss —me susurra.

—Tú no los has oído.

—Oí a Prim, al principio, pero no era ella, era un charlajo.

—Era ella, en alguna parte. El charlajo lo grabó.

—No, eso es lo que quieren que pienses. Igual que yo me pregunté si los ojos de Glimmer estarían en aquel muto del año pasado. Pero no eran los ojos de Glimmer, y no era la voz de Prim. O, si lo era, la sacaron de una entrevista o algo así y distorsionaron el sonido. Hicieron que dijese lo que decía.

—No, la estaban torturando —respondo—. Seguro que está muerta.

—Katniss, Prim no está muerta, ¿cómo iban a matarla? Casi hemos llegado a los ocho finalistas y ¿qué pasa entonces?

—Mueren siete más —respondo, hundida.

—No, en casa. ¿Qué pasa cuando llegan a los últimos ocho tributos de los juegos? —Me levanta la barbilla para que lo mire, me obliga a mirarlo a los ojos—. ¿Qué pasa? ¿Cuando llegan a los ocho finalistas?

Sé que intenta ayudarme, así que me fuerzo a pensar.

—¿A los ocho finalistas? —repito—. Entrevistan a tu familia y tus amigos.

—Eso es. Entrevistan a tu familia y tus amigos. ¿Y pueden hacer eso si los han matado a todos?

—¿No? —pregunto, no muy convencida.

—No. Por eso sabemos que Prim sigue viva. Será la primera que entrevisten, ¿no?

Deseo creerlo, lo deseo de corazón, sin embargo... esas voces...

—Primero Prim, después tu madre, tu primo Gale, Madge —sigue diciendo él—. Era un truco, Katniss, un truco horrible, pero solo puede hacernos daño a nosotros. Nosotros estamos en los juegos, no ellos.

—¿Lo crees de verdad?

—De verdad —responde Peeta. Dudo, pensando en que Peeta puede hacerte creer cualquier cosa. Miro a Finnick para que me lo confirme y veo que está concentrado en Peeta, en sus palabras.

—¿Tú te lo crees, Finnick? —le pregunto.

—Podría ser, no lo sé —responde—. ¿Podrían hacer eso, Beetee? ¿Grabar la voz normal de alguien y convertirla en...?

—Oh, sí, ni siquiera es difícil, Finnick. Nuestros niños aprenden una técnica

similar en el colegio.

—Claro que Peeta tiene razón. Todo el país adora a la hermana pequeña de Katniss. Si de verdad la hubiesen matado así, probablemente se encontrarían con un levantamiento entre manos —afirma Johanna, sin más—. Y eso no les gustaría, ¿verdad? —Echa la cabeza atrás y grita—: ¡¿Que se rebele todo el país?! ¡No les gustaría nada!

Abro la boca, conmocionada. Nadie ha dicho nunca nada parecido en los juegos. Sin duda habrán cortado a Johanna, lo editarán, pero yo sí la he oído y nunca más volveré a pensar en ella de la misma forma. Aunque no ganaría ningún premio a la amabilidad, está claro que tiene agallas. O que está loca. Se dirige a la jungla llevándose algunas caracolas.

—Voy a por agua —dice.

No puedo evitar agarrarla de la mano cuando pasa a mi lado.

—No entres ahí, los pájaros... —Recuerdo que los pájaros ya se habrán ido, pero sigo sin querer que entre nadie, ni siquiera ella.

—No pueden hacerme daño, no soy como vosotros. A mí no me queda nadie —responde Johanna, y se sacude mi mano con impaciencia. Cuando me trae una caracola llena de agua, la acepto en silencio, asintiendo con la cabeza, porque sé lo mucho que odiaría percibir lástima en mi voz.

Mientras ella va a por agua y busca las flechas, Beetee juguetea con su cable y Finnick se mete en el mar. Aunque yo también necesito limpiarme, me quedo entre los brazos de Peeta, todavía demasiado alterada para moverme.

—¿A quién usaron contra Finnick? —me pregunta.

—A alguien llamada Annie.

—Debe de ser Annie Cresta.

—¿Quién?

—Annie Cresta. Mags se presentó voluntaria para evitar que viniese. Ganó hace unos cinco años.

Debió de ser el verano después de la muerte de mi padre, cuando empecé a alimentar a mi familia, cuando estaba completamente absorta en la misión de luchar contra el hambre.

—No recuerdo mucho esos juegos —comento—. ¿Fue el año del terremoto?

—Sí, Annie es la que se volvió loca cuando le cortaron la cabeza a su compañero de distrito. Huyó sola y se escondió. Sin embargo, un terremoto rompió una presa y casi toda la arena se inundó. Ganó porque era la mejor nadadora.

—¿Mejóro después? Su cabeza, me refiero.

—No lo sé. No recuerdo haberla visto de nuevo en los juegos, pero no parecía muy estable durante la cosecha de este año.

«Así que ése es el amor de Finnick —pienso—. No su larga serie de ricos

amantes del Capitolio, sino una pobre chica loca de su distrito.»

Un cañonazo nos hace reunimos a todos en la playa. Un aerodeslizador aparece en lo que calculamos será la zona de las seis a las siete, y vemos cómo baja la pinza cinco veces para llevarse los pedazos de un solo cadáver descuartizado. Es imposible saber de quién se trata. Pase lo que pase a las seis, prefiero no averiguarlo nunca.

Peeta saca un nuevo mapa en una hoja y añade «CJ» para representar a los charlajos de la sección de cuatro a cinco, y escribe simplemente «bestia» para la sección en la que hemos visto cómo se llevaban a un tributo hecho pedazos. Ahora ya sabemos qué hay en siete de las horas y, si algo bueno hemos sacado del ataque de los charlajos, es que sabemos dónde estamos en el reloj.

Finnick teje otra cesta de agua más y una red para pescar. Yo nado un poco y me echo más pomada en la piel. Después me siento en la orilla y limpio los peces que Finnick captura, mientras observo cómo el sol se esconde en el horizonte. La brillante luna empieza a salir y sume la arena en un extraño crepúsculo. Estamos a punto de prepararnos para nuestra cena de pescado crudo cuando empieza el himno y, después, las caras...

Cashmere, Gloss, Wiress, Mags. La mujer del distrito 5. La adicta que dio la vida por Peeta. Blight. El hombre del Distrito 10.

Ocho muertos, más los ocho de la primera noche. Dos tercios de nosotros muertos en un día y medio. Debe de ser un récord.

—Nos están machacando —comenta Johanna.

—¿Quién queda, además de nosotros cinco y el Distrito 2? —pregunta Finnick.

—Chaff —responde Peeta, sin pararse a pensarlo. Puede que haya estado pendiente de él por Haymitch.

En ese momento cae un paracaídas con una pila de bollitos cuadrados individuales.

—Son de tu distrito, ¿no, Beetee? —le pregunta Peeta.

—Sí, del Distrito 3. ¿Cuántos hay?

Finnick los cuenta y les da vueltas en las manos antes de colocarlos bien ordenados. No sé qué le pasa a Finnick con el pan, pero parece obsesionado con tocarlo.

—Veinticuatro —anuncia.

—Entonces, ¿dos docenas exactas? —pregunta Beetee.

—Veinticuatro justos. ¿Cómo los dividimos?

—Podemos quedarnos tres cada uno, y los que queden vivos a la hora del desayuno ya decidirán sobre el resto —responde Johanna. No sé por qué, pero el comentario me hace reír un poco, supongo que porque es cierto. Al hacerlo, ella me lanza una mirada de aprobación. No, no de aprobación, aunque sí que parece algo satisfecha.

Esperamos hasta que la ola gigante inunda la sección de las diez a las once, dejamos que el agua retroceda y nos vamos a acampar a esa playa. En teoría tenemos doce horas completas a salvo de la jungla. Se oyen unos chasquidos muy desagradables en la cuña de las once a las doce, seguramente de algún horrible tipo de insecto. Sin embargo, la criatura que produce el sonido se queda dentro de los confines de la jungla, y nosotros nos mantenemos apartados de esa zona de la playa, por si están al acecho de un pie descuidado para lanzarse sobre nosotros.

No sé cómo Johanna sigue en pie, porque solo habrá dormido como una hora desde que empezaron los juegos. Peeta y yo nos ofrecemos voluntarios para la primera guardia, ya que somos los que hemos descansado más, además de porque queremos pasar un tiempo solos. Los otros se duermen de inmediato, aunque Finnick no deja de moverse en sueños; de vez en cuando lo oigo murmurar el nombre de Annie.

Nos sentamos en la arena húmeda, de espaldas, y apoyo mi hombro y mi cadera derechos en los suyos. Vigilo el agua mientras él vigila la jungla, lo que me viene estupendamente; todavía me persiguen las voces de los charlajos y, por desgracia, los ruidos de los insectos no consiguen ahogarlas. Al cabo de un rato apoyo la cabeza en su hombro y noto que me acaricia el pelo.

—Katniss —me dice en voz baja—, no tiene sentido seguir fingiendo que no sabemos lo que pretende el otro.

No, supongo que no lo tiene, pero tampoco resulta divertido hablarlo, al menos para nosotros. Los telespectadores del Capitolio estarán pegados a sus pantallas para no perderse ni una triste palabra.

—No sé qué trato habrás hecho con Haymitch —añade—, pero deberías saber que también a mí me hizo algunas promesas.

Claro, eso también lo sabía: le dijo a Peeta que me mantendrían con vida, para que él no sospechara.

—Así que podemos afirmar que mentía a uno de los dos —concluye.

Eso logra captar mi atención: un trato doble, una promesa doble, y solo Haymitch sabe cuál es la real. Levanto la cabeza y miro a Peeta a los ojos.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque no quiero que olvides lo distintas que son nuestras circunstancias. Si mueres y yo vivo, no quedará nada para mí en el Distrito 12. Tú lo eres todo para mí —me dice—. Nunca volvería a ser feliz. —Empiezo a protestar y él me pone un dedo en los labios—. Para ti es diferente. No digo que no sea duro, pero hay otras personas que harán que tu vida merezca la pena.

Se saca la cadena con el disco dorado que lleva colgada del cuello y la sostiene bajo la luz de la luna, para que vea con claridad el sinsajo. Después pasa el pulgar por un cierre que no había notado antes y el disco se abre. No es sólido, como yo

pensaba, sino un medallón, y dentro hay fotos. A la derecha están mi madre y Prim riéndose, y, a la izquierda, Gale. Y sonrío de verdad.

No hay nada en el mundo que pueda vencerme tan deprisa en estos momentos que esas tres caras. Después de lo que he oído esta tarde... es el arma perfecta.

—Tu familia te necesita, Katniss —dice Peeta.

Mi familia. Mi madre, mi hermana y mi falso primo Gale. Sin embargo, la intención de Peeta está clara: que Gale es realmente mi familia, o que lo será algún día, si vivo; que me casaré con él. Así que Peeta me entrega su vida y a Gale a la vez, para hacerme saber que no debo dudar nunca al respecto. Todo. Eso es lo que Peeta quiere que le quite.

Espero a que mencione el bebé, a que interprete para las cámaras, pero no lo hace, y por eso sé que nada de lo que ha dicho es parte de los juegos, que me dice la verdad sobre lo que siente.

—En realidad, a mí no me necesita nadie —afirma, aunque sin compadecerse. Es cierto que su familia no lo necesita. Llorarán por él, igual que unos cuantos amigos, y después seguirán adelante. Incluso Haymitch, con la ayuda de un buen montón de licor blanco, seguirá adelante. Me doy cuenta de que solo una persona quedará herida sin remedio si Peeta muere: yo.

—Yo —respondo—, yo te necesito. —Él parece enfadado y respira hondo, como si fuese a empezar un largo discurso, y eso no está bien, no está nada bien, porque empezará a hablar sobre Prim, mi madre y todo lo demás, y me confundirá. Así que, antes de que pueda hablar, lo silencio con un beso.

Vuelvo a sentir lo mismo, lo que solo había sentido en una ocasión, en la cueva, el año pasado, cuando intentaba que Haymitch nos enviase comida. He besado a Peeta unas mil veces, tanto en los juegos como después, pero solo hubo un beso que despertase un cosquilleo en mi interior, solo un beso que me hiciera desear más. Sin embargo, la herida de la cabeza empezó a sangrar y él me obligó a tumbarme.

Esta vez no hay nada que nos interrumpa, salvo nosotros mismos. Y, después de unos cuantos intentos, Peeta se rinde y deja de hablar. La sensación de mi interior se hace más cálida, surge de mi pecho y se extiende por todo el cuerpo, por brazos y piernas hasta llegar a las puntas de los dedos. En vez de satisfacerme, los besos tienen un efecto contrario, aumentan la necesidad. Creía que era una experta en hambre, pero se trata de hambre completamente distinto.

Lo que nos devuelve a la realidad es el primer rayo de la tormenta eléctrica (el rayo que golpea el árbol a medianoche). También despierta a Finnick, que se sienta con un grito. Veo que ha metido los dedos en la arena, como si quisiera asegurarse de que la pesadilla no era real.

—No puedo seguir durmiendo —dice—. Uno de los dos debe descansar. —Entonces parece darse cuenta de nuestras expresiones, de que estamos abrazados—.

O los dos. Puedo vigilar solo.

Pero Peeta no le deja.

—Es demasiado peligroso —afirma—. No estoy cansado. Acuéstate tú, Katniss.

No pongo pegas porque necesito dormir si quiero lograr mantenerlo con vida. Dejo que me guíe hasta donde están los demás; me cuelga la cadena con el medallón y pone la mano en el punto donde debería estar nuestro bebé.

—Vas a ser una gran madre, ¿sabes? —me dice. Después me da un último beso y vuelve con Finnick.

Su referencia al bebé me indica que se ha acabado el recreo, que estamos de nuevo en los juegos. Que sabe que la audiencia se estará preguntando por qué no ha utilizado el argumento más persuasivo de su arsenal. Hay que manipular a los patrocinadores.

Aun así, mientras me estiro sobre la arena, me pregunto: ¿podría ser algo más? ¿Un recordatorio de que algún día podré tener hijos con Gale? Bueno, si es eso, ha sido un error. Primero, porque los niños nunca han formado parte de mi plan. Y segundo, porque, si solo uno de los dos puede ser padre, está muy claro que debería ser Peeta.

Empiezo a dormirme e intento imaginarme ese mundo, en algún momento del futuro, sin juegos, ni Capitolio. Un lugar como el prado de la canción que le canté a Rue mientras moría. Un lugar donde el hijo de Peeta esté a salvo.



Cuando me despierto, noto una breve y deliciosa sensación de felicidad que, por algún motivo, tiene que ver con Peeta. La felicidad, obviamente, es algo del todo absurdo en estos momentos, ya que, al ritmo que van las cosas, estaré muerta dentro de un día. Y eso sería en el mejor de los casos, si logro eliminar al resto del campo, incluida yo, y hacer que coronen a Peeta vencedor del Vasallaje de los Veinticinco. En cualquier caso, la sensación es tan inesperada y dulce que me aferró a ella, aunque sea por unos instantes. Antes de que los granos de arena, el sol caliente y los picores de la piel me exijan que vuelva a la realidad.

Todos están ya en pie, contemplando la bajada de un paracaídas. Me uno a ellos para recibir otro lote de pan. Es idéntico al que recibimos anoche, veinticuatro bollitos del Distrito 3. Eso nos deja con treinta y tres en total. Elegimos cinco cada uno y dejamos ocho en reserva. Nadie lo dice, pero ocho se dividen perfectamente si muere uno más. Por algún motivo, bromear sobre quién quedará para comerse los bollitos ha perdido su gracia a la luz del día.

¿Durante cuánto tiempo podemos mantener esta alianza? Creo que nadie esperaba que el número de tributos descendiese tan rápidamente. ¿Y si me equivoco y los demás no están protegiendo a Peeta? ¿Y si ha sido coincidencia, o una estrategia para ganarse nuestra confianza y convertimos en presa fácil? ¿Y si no entiendo lo que sucede en realidad? Espera, eso no hace falta preguntarlo: no entiendo lo que sucede en realidad. Y si no lo entiendo, ha llegado el momento de que Peeta y yo salgamos de aquí.

Me siento a su lado en la arena a comerme los bollitos. No sé por qué, pero me cuesta mirarlo. Quizá sea por todos los besos de anoche, aunque no es nada raro que nos besemos, y puede que él ni siquiera notase algo distinto. Quizá sea por saber el poco tiempo que nos queda y lo opuestos que son nuestros objetivos.

Después de comer, tiro de su mano para llevarlo al agua.

—Venga, te enseñaré a nadar. —Necesito alejarlo de los demás, ir a un sitio donde podamos hablar sobre cómo largarnos. Será difícil, porque, una vez se den cuenta de que rompemos la alianza, seremos blancos al instante.

Si de verdad pretendiese enseñarlo a nadar, haría que se quitase el cinturón que lo mantiene a flote, pero ¿qué más da? Así que le enseñé la brazada básica y lo dejé practicar de un lado a otro en la zona en la que el agua le llega a la cintura. Al

principio veo que Johanna nos vigila con atención, aunque al final pierde interés y se va a echar una siesta. Finnick está tejiendo una red nueva con las plantas y Beetee juega con su alambre. Ha llegado el momento.

Mientras Peeta estaba nadando, yo he descubierto algo; las costras que me quedan empiezan a pelarse. Limpio el resto de las escamas del brazo restregándolas suavemente con un puñado de arena, y veo que hay piel nueva debajo. Le digo a Peeta que pare con el pretexto de enseñarle a librarse de las molestas costras y, mientras nos restregamos, saco el tema de la huida.

—Mira, ya solo quedamos ocho. Creo que es el momento de irse —le digo, entre dientes, aunque dudo que los demás tributos puedan oírme.

Peeta asiente, veo que está pensando en mi propuesta, sopesando si las probabilidades están a nuestro favor.

—Haremos una cosa —responde—. Nos quedaremos hasta que Brutus y Enobaria estén muertos. Creo que Beetee intenta montar una especie de trampa para ellos. Te prometo que nos iremos después.

No estoy del todo convencida, pero, si nos vamos ahora, tendremos a dos grupos de adversarios detrás de nosotros. Quizá tres, porque ¿quién sabe lo que planea Chaff? Además del problema del reloj. Y tenemos que pensar en Beetee. Johanna solo lo trajo por mí y, si lo abandonamos, seguro que lo mata. Entonces lo recuerdo: no puedo proteger también a Beetee. Sólo puede haber un vencedor, y ese será Peeta. Tengo que aceptarlo, tengo que tomar decisiones basándome únicamente en su supervivencia.

—De acuerdo. Nos quedaremos hasta que los profesionales estén muertos, pero eso es todo. —Me vuelvo hacia Finnick—. ¡Eh, Finnick, ven aquí! ¡Ya sabemos cómo ponerte guapo otra vez!

Los tres nos restregamos las costras del cuerpo y ayudamos con la espalda de los demás, para salir, finalmente, tan sonrosados como el cielo. Nos untamos otra ración de medicina, porque la piel parece demasiado delicada para la luz del sol, y la pomada no tiene tan mal aspecto sobre la piel lisa; será un buen camuflaje para la jungla.

Beetee nos llama, y resulta que, efectivamente, durante todo el tiempo que ha pasado jugueteando con el alambre estaba ideando un plan.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que nuestra siguiente misión debe ser matar a Brutus y Enobaria —explica—. Dudo que nos ataquen de nuevo en campo abierto, ya que los superamos en número. Supongo que podríamos buscarlos, aunque sería difícil y peligroso.

—¿Crees que han averiguado lo del reloj? —le pregunto.

—Si no lo han hecho, lo harán pronto. Puede que no con la misma precisión que nosotros, pero tienen que saber que en algunas de las zonas hay trampas que activan

los ataques y que suceden en bucle. Además, el hecho de que nuestra última pelea se interrumpiese por la intervención de los Vigilantes no les habrá pasado desapercibido. Nosotros sabemos que intentaban desorientarnos, pero ellos deben de estar dándole vueltas, y quizá eso también los ayude a darse cuenta de que la arena es un reloj. Así que creo que nuestra mejor opción es montar una trampa.

—Espera, deja que vaya a por Johanna —dice Finnick—. Se pondrá furiosa si ve que se ha perdido algo tan importante.

—O no —mascullo, porque, en realidad, se pasa todo el día más o menos furiosa; de todos modos, no lo detengo, porque yo también me enfadaría si me excluyeran de un plan a estas alturas.

Cuando se une a nosotros, Beetee nos hace retroceder un poco para tener espacio donde trabajar en la arena. Dibuja rápidamente un círculo y lo divide en doce cuñas. Es la arena, con trazos no tan precisos como los de Peeta, sino con las burdas líneas de un hombre que tiene la cabeza en otros asuntos mucho más complejos.

—Si fueseis Brutus y Enobaria, y supierais lo que sabéis sobre la jungla, ¿dónde os sentiríais más seguros? —pregunta Beetee. No lo hace con aire paternalista, aunque no puedo evitar pensar en un profesor que está a punto de enseñar una lección a sus alumnos. Quizá sea por la diferencia de edad o, simplemente, porque Beetee es como un millón de veces más listo que el resto de nosotros.

—Donde estamos ahora, en la playa —responde Peeta—. Es el lugar más seguro.

—Entonces, ¿por qué no están ellos en la playa? —pregunta Beetee.

—Porque estamos nosotros —responde Johanna, impaciente.

—Exacto. Estamos aquí, reclamando la playa. Entonces, ¿adónde iríais?

Pienso en la jungla mortífera, en la playa ocupada.

—Me escondería al borde de la jungla para poder escapar si me atacasen. Y para poder espiarnos —respondo.

—Y para comer —añade Finnick—. La jungla está llena de criaturas y plantas extrañas, pero, al observarnos, sabría que los mariscos son seguros.

Beetee sonríe como si fuésemos más inteligentes de lo que creía.

—Sí, bien, veo que lo entendéis. Bueno, ésta es mi propuesta: un ataque a las doce en punto. ¿Qué pasa exactamente a mediodía y medianoche?

—El rayo golpea el árbol —respondo.

—Sí. Así que sugiero que después de que el rayo golpee a mediodía, pero antes de que golpee a medianoche, pasemos mi alambre desde ese árbol hasta el agua de la playa, que, por supuesto, tiene una alta conductividad. Cuando caiga el rayo, la electricidad viajará por el alambre y no solo se introducirá en el agua, sino también en la playa que la rodea, que seguirá húmeda después de la ola de las diez. Todas las personas que estén en contacto con dichas superficies en ese momento quedarán electrocutadas.

Guardamos silencio un rato para digerir el plan de Beetee. Me parece algo fantástico, casi imposible, pero ¿por qué? He visto miles de trampas, ¿no es una trampa más grande con un componente más científico? ¿No podría funcionar? ¿Cómo vamos a cuestionarlo, si no somos más que tributos entrenados para pescar, cortar madera y sacar carbón? ¿Qué sabemos de las utilidades del poder del cielo?

Peeta lo intenta.

—¿De verdad podrá ese alambre conducir tanta potencia, Beetee? Parece frágil, como si fuese a quemarse.

—Sí, se quemará, pero no hasta que haya pasado la corriente por él. Actuará como una especie de fusible, de hecho. Salvo que la electricidad viajará por él.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Johanna; está claro que no la ha convencido.

—Porque lo inventé yo —responde Beetee, con cara de sorpresa—. No es un alambre en sentido estricto, igual que el rayo no es un rayo natural, ni el árbol un árbol de verdad. Tú conoces los árboles mejor que nosotros, Johanna. Los rayos deberían haberlo destruido ya, ¿no?

—Sí —responde ella, desanimada.

—No os preocupéis por el alambre, hará lo que digo —nos asegura Beetee.

—¿Y dónde estaremos nosotros cuando ocurra? —pregunta Finnick.

—En el interior de la jungla, lo bastante para estar a salvo.

—Entonces, los profesionales también estarán a salvo, a no ser que se encuentren cerca del agua —señalo.

—Cierto —responde Beetee.

—Y todo el marisco acabará cocido —añade Peeta.

—Seguramente más que cocido. Es muy probable que lo perdamos como fuente de alimento para siempre. Sin embargo, encontrasteis otras cosas comestibles en la jungla, ¿no, Katniss? —me pregunta Beetee.

—Sí, frutos secos y ratas —respondo—. Y tenemos patrocinadores.

—Pues, entonces, no creo que sea un problema. Pero como somos aliados y hará falta la colaboración de todos, la decisión de intentarlo o no depende de vosotros cuatro.

Sí que somos como alumnos. Sólo se nos ocurren preocupaciones muy elementales para intentar rebatir su teoría, y la mayor parte de ellas ni siquiera tienen que ver con su plan. Miro las caras de desconcierto de los demás.

—¿Por qué no? —pregunto—. Si falla, no pasará nada. Si funciona, es posible que los matemos. Incluso si fallamos y solo matamos a los mariscos, Brutus y Enobaria también los perderán como alimento.

—Yo digo que lo intentemos —añade Peeta—. Katniss tiene razón.

Finnick mira a Johanna y arquea las cejas; no lo hará sin ella.

—De acuerdo —responde Johanna al fin—. Es mejor que perseguirlos por la

jungla, y dudo que se imaginen nuestro plan, ya que ni nosotros mismos lo entendemos bien.

Beetee quiere examinar el árbol del rayo antes de poner la trampa. A juzgar por el sol, son aproximadamente las nueve de la mañana, así que, de todos modos, tendremos que salir pronto de nuestra playa. Desmontamos el campamento, nos acercamos a la playa que rodea la sección del árbol y nos metemos en la jungla. Beetee sigue demasiado débil para subir la pendiente él solo, así que Finnick y Peeta se turnan para llevarlo. Dejo que Johanna vaya en cabeza, porque el camino es bastante directo y supongo que no puede perdernos demasiado. Además, yo soy más peligrosa con un carcaj de flechas que ella con dos hachas, por lo que soy la más indicada para cubrir la retaguardia.

Este aire denso y bochornoso es un lastre. No nos hemos librado de él ni un momento desde que empezaron los juegos. Ojalá Haymitch dejase de enviar pan del Distrito 3 y lo sustituyese por el del Distrito 4, porque he sudado litros de agua en los dos últimos días y, aunque he comido pescado, necesito sal. Un trozo de hielo tampoco sería mala idea, o un vaso de agua fría. Agradezco el fluido que sale de los árboles, pero está a la misma temperatura que el agua de mar, el aire, los demás tributos y yo. Todos juntos formamos un enorme estofado caliente.

Cuando nos acercamos al árbol, Finnick sugiere que vaya yo delante.

—Katniss puede oír el campo de fuerza —les explica a Beetee y Johanna.

—¿Oírlo? —pregunta Beetee.

—Sólo con el oído que me reconstruyó el Capitolio —respondo. ¿Adivinas a quién no voy a engañar con esa historia? A Beetee, porque seguro que él recuerda haberme enseñado como localizar un campo de fuerza, y supongo que es imposible oírlo. Sin embargo, no sé por qué, pero no cuestiona mi afirmación.

—Entonces, por supuesto, Katniss, ve primero —dice, deteniéndose un momento para limpiarse el vapor de las gafas—. Los campos de fuerza no son ninguna broma.

El árbol del rayo es inconfundible, ya que se eleva muy por encima de los demás. Encuentro un puñado de nueces y hago esperar a todos mientras recorro lentamente la pendiente y lanzo los frutos secos delante de mí. De todos modos, veo el campo de fuerza de inmediato, incluso antes de que las nueces lo golpeen, porque está a solo catorce metros. Al examinar la vegetación que tengo delante, veo el cuadrado ondulado en el aire, arriba, a mi derecha, así que tiro una nuez justo delante de mí y oigo el siseo que me lo confirma.

—Quedaos por debajo del árbol del rayo —les digo a los demás.

Dividimos las tareas: Finnick protege a Beetee mientras éste examina el árbol; Johanna va a por agua; Peeta recolecta frutos secos; y yo cazo por las inmediaciones. Como las ratas de árbol no parecen temer a los humanos, cazo tres fácilmente. El sonido de la ola de las diez me recuerda que debo volver, así que regreso con los

otros y me pongo a limpiar las presas. Después dibujo una línea en la tierra a unos cuantos metros del campo de fuerza, como recordatorio para no acercarnos, y Peeta y yo nos sentamos a asar frutos secos y chamuscar dados de rata.

Beetee sigue dándole vueltas al árbol haciendo quién sabe qué, tomando medidas y demás. En cierto momento arranca una astilla de la corteza, se une a nosotros y la tira contra el campo de fuerza; la astilla rebota y aterriza en el suelo, brillando. En pocos momentos recupera su color original.

—Bueno, eso explica muchas cosas —dice Beetee. Yo miro a Peeta y tengo que morderme el labio para no reírme, ya que a los demás no nos explica nada de nada.

Entonces oímos los chasquidos del sector contiguo al nuestro, lo que significa que son las once en punto. Suenan mucho más fuertes en la jungla que anoche, en la playa, y los escuchamos con atención.

—No es mecánico —afirma Beetee.

—Diría que son insectos —añado—, quizá escarabajos.

—Algo con pinzas —dice Finnick.

El sonido aumenta de volumen, como si supiesen por nuestros susurros que hay carne viva cerca. Aunque no sepamos qué produce los chasquidos, seguro que es algo capaz de arrancarnos la carne a tiras en cuestión de segundos.

—De todos modos, deberíamos irnos de aquí —dice Johanna—. Queda menos de una hora para que empiecen los relámpagos.

Sin embargo, no nos alejamos mucho. Montamos una especie de *picnic*, sentados en cuclillas con nuestra comida de la jungla, y esperamos a que el rayo señale el mediodía. A petición de Beetee, me subo a un árbol cuando empiezan a callarse los insectos. Cuando cae el rayo veo una luz cegadora, incluso desde donde estoy, incluso a la brillante luz del día. La luz abarca por completo el lejano árbol y lo hace relucir al rojo blanco azulado, provocando chisporroteos eléctricos en el aire que lo rodea. Bajo e informo a Beetee, que parece satisfecho, aunque no se lo cuente en términos muy científicos, que digamos.

Damos un rodeo para volver a la playa de las diez, donde la arena está húmeda y suave, barrida por la reciente ola. Beetee nos da la tarde libre, por así decirlo, mientras él trabaja con el alambre. Como es su arma y el resto de nosotros tiene que confiar en sus conocimientos por completo, es como si nos dejasen salir pronto de clase. Al principio nos turnamos para echarnos la siesta a la sombra de la jungla, pero, entrada la tarde, todos estamos despiertos e inquietos, y decidimos que, como podría ser nuestra última oportunidad de comer marisco, lo mejor es darnos un banquete. Siguiendo las instrucciones de Finnick, arponeamos peces y recolectamos marisco, incluso buceamos en busca de ostras. Esto último es lo que más disfruto, no porque me gusten demasiado las ostras (solo las he probado una vez, en el Capitolio, y no pude soportar la textura babosa), sino porque bajo el agua todo es precioso,

como otro mundo. El mar está muy claro, y hay bancos de peces de tonos vivos y extrañas flores marinas que decoran el fondo.

Johanna vigila mientras Finnick, Peeta y yo limpiamos y preparamos la comida. Peeta abre una ostra y lo oigo soltar una carcajada.

—¡Eh, mira esto! —exclama, y saca una perla perfecta y reluciente del tamaño de un guisante—. Ya sabes, si se ejerce la presión suficiente sobre el carbón, se convierte en una perla —le dice muy serio a Finnick.

—Eso no es verdad —responde él, con aire desdeñoso, pero yo me parto de risa, porque recuerdo que así nos presentó Effie Trinket, que no tenía ni idea, a la gente del Capitolio el año pasado, antes de que nos conocieran: éramos como trozos de carbón que se convertían en perlas gracias al peso de nuestra existencia; la belleza que surgía del dolor.

Peeta limpia la perla en el agua y me la da.

—Para ti.

La sostengo en la palma de la mano y examino su superficie irisada a la luz del sol. Sí, la guardaré, durante las pocas horas de vida que me queden la llevaré siempre cerca. Es el último regalo de Peeta, el único que puedo aceptar de verdad. Quizá me dé fuerzas en los últimos momentos.

—Gracias —le digo, cerrando la mano. Miro con frialdad los ojos azules del que ahora es mi peor adversario, la persona que me mantendría con vida aunque tuviera que sacrificarse para ello. Me prometo derrotarlo.

Los ojos azules dejan de brillar de alegría y empiezan a clavarse en los míos, como si me leyesen el pensamiento.

—El medallón no ha funcionado, ¿verdad? —me pregunta Peeta, aunque tenemos a Finnick delante, aunque puede oírlo todo el mundo—. ¿Katniss?

—Sí ha funcionado.

—Pero no de la manera que yo pretendía —responde él, apartando la mirada. Después de eso, se limita a mirar las ostras.

Justo cuando estamos a punto de comer, aparece un paracaídas con dos suplementos para nuestro banquete: un botecito de salsa picante de color rojo y otra ración más de bollitos del Distrito 3. Finnick se pone de inmediato a contarlos, por supuesto.

—Otra vez veinticuatro.

Entonces son treinta y dos bollitos, así que cada uno nos quedamos con cinco y dejamos siete, que es un número imposible de dividir a partes iguales. Es comida para una sola persona.

La salada carne del pescado, el succulento marisco e incluso las ostras parecen sabrosas al añadirles la salsa. Nos atiborramos hasta que nadie puede tomar ni un bocado más, pero, aun así, quedan sobras. Como se pondrán malas, lo tiramos todo al

mar, de modo que los profesionales no puedan llevárselo cuando nos vayamos. Nadie se molesta en guardar las caracolas, porque la ola las barrerá.

No queda más que esperar. Peeta y yo nos sentamos en la orilla, de la mano, en silencio. Él dio su discurso anoche, aunque no consiguiera hacerme cambiar de idea, y no hay nada que pueda decirle para convencerlo de que me haga caso. Ya pasó el momento de los regalos persuasivos.

Tengo la perla, eso sí, guardada en un paracaídas atado a la cintura, con la espita y la medicina. Espero que llegue al Distrito 12.

Seguro que Prim y mi madre sabrán que deben devolvérsela a Peeta antes de enterrarme.



Comienza el himno, aunque esta noche no aparece ninguna cara en el cielo. La audiencia estará inquieta, sedienta de sangre, pero, como la trampa de Beetee promete, los Vigilantes no nos han enviado más ataques. Quizá sientan curiosidad por ver si funciona.

Cuando Finnick y yo calculamos que son más o menos las nueve, salimos de nuestro campamento lleno de caracolas vacías, pasamos a la playa de las doce en punto y empezamos a ascender hacia el árbol del rayo a la luz de la luna. Los estómagos llenos hacen que estemos más incómodos y jadeantes que en la excursión de la mañana. Empiezo a arrepentirme de haberme comido la última docena de ostras.

Beetee le pide a Finnick que lo ayude, y el resto montamos guardia. Antes de atar el alambre al árbol, Beetee desenrolla metros y metros de cable, hace que Finnick lo ate con fuerza a una rama rota y lo deja en el suelo. Después se ponen cada uno a un lado del árbol y se van pasando la bobina para rodear el tronco de alambre una y otra vez. Al principio parece arbitrario, pero después veo un patrón, como un intrincado laberinto, que aparece bajo la luz de la luna en el lado de Beetee. Me pregunto si importará dónde esté colocado el cable, o si no es más que un truco para que el público especule. Diría que la mayoría de los espectadores sabe tanto de electricidad como yo.

El trabajo en el tronco se termina justo cuando oímos que empieza la ola. La verdad es que no se me había ocurrido calcular en qué momento justo de las diez se desencadenaba, porque debe de haber un momento de acumulación, después la ola en sí y después las secuelas de la inundación. Sin embargo, el cielo me dice que son las diez y media.

Entonces es cuando Beetee nos revela el resto del plan. Como nos hemos movido con rapidez entre los árboles, quiere que Johanna y yo nos llevemos la bobina a través de la jungla, desenrollando el alambre conforme avanzamos. Tenemos que extenderla por la playa de las doce y soltar la bobina metálica con lo que quede en la parte profunda del agua, asegurándonos de que se hunda. Después correremos hacia la jungla. Si nos vamos ahora, ahora mismo, deberíamos tener tiempo para ponernos a salvo.

—Quiero ir con ellas para protegerlas —dice Peeta de inmediato. Después del momento con la perla, sé que está menos dispuesto que nunca a perderme de vista.

—Eres demasiado lento —responde Beetee—. Además, te necesito aquí. Katniss vigilará. No queda tiempo para discutirlo, lo siento. Si las chicas quieren salir de ésta con vida, tienen que irse ya —afirma, entregándole la bobina a Johanna.

El plan me gusta tan poco como a Peeta, porque ¿cómo voy a protegerlo si estoy lejos? Pero Beetee está en lo cierto: con la pierna herida, Peeta es demasiado lento para bajar por la colina a tiempo. Johanna y yo somos las más rápidas y fiables sobre el suelo de la jungla. No se me ocurre ninguna alternativa y, si confío en alguien aquí aparte de en Peeta, ése es Beetee.

—No pasa nada —le digo a mi compañero—, soltaremos el carrete y volveremos corriendo.

—A la zona del rayo, no —me recuerda Beetee—. Id hacia el árbol del sector de la una a las dos. Si veis que os quedáis sin tiempo, avanzad un sector más. Ni se os ocurra volver a la playa hasta que pueda evaluar los daños.

Sujeto la cara de Peeta entre las manos.

—No te preocupes, te veré a medianoche. —Le doy un beso y, antes de que pueda objetar más, lo suelto y me vuelvo hacia Johanna—. ¿Lista?

—¿Por qué no? —responde ella, encogiéndose de hombros. Formar equipo conmigo le hace tanta gracia como a mí, pero todos estamos presos en la trampa de Beetee—. Tú vigilas, yo desenrollo. Después podemos cambiarnos.

Sin más charla, empezamos a bajar la pendiente. De hecho, hay poca charla entre nosotras; bajamos a un buen ritmo, una con el carrete y la otra vigilando. Cuando llevamos la mitad del camino, oímos que empiezan los chasquidos, lo que indica que ya son más de las once.

—Será mejor que nos demos prisa —comenta Johanna—. Quiero estar bien lejos del agua antes de que caiga el rayo, por si Voltios ha hecho mal algún cálculo o lo que sea.

—Llevaré la bobina un rato —le digo. Es más difícil tender el cable que vigilar, y su turno ha sido largo.

—Toma —responde, pasándome el carrete.

Tenemos las dos manos todavía en el cilindro metálico cuando notamos una ligera vibración. De repente, el fino alambre dorado que hemos dejado atrás salta hacia nosotras y se nos enrolla formando bucles y lazos en las muñecas. Después, el extremo cortado se acerca como una serpiente hasta nuestros pies.

Tardamos un segundo en comprender este rápido giro de los acontecimientos. Johanna y yo nos miramos, pero ninguna tiene que decirlo: alguien no muy lejos de nosotras ha cortado el alambre... y nos alcanzará en cualquier momento.

Suelto el cable y estoy a punto de agarrar una flecha cuando el cilindro metálico me golpea el lateral de la cabeza. En un instante me encuentro en el suelo, de espaldas sobre las enredaderas, con un terrible dolor en la sien izquierda. Me pasa

algo en los ojos, la vista se me emborrona una y otra vez cuando intento conseguir que las dos lunas que flotan en el cielo vuelvan a ser una. Me resulta difícil respirar y me doy cuenta de que tengo a Johanna encima del pecho, sujetándome los hombros con las rodillas.

Noto un pinchazo en el antebrazo izquierdo. Intento sacudírmela de encima, pero sigo demasiado incapacitada. Johanna me está metiendo algo, creo que la punta de su cuchillo, en la carne, y lo está retorciendo. Siento un desgarró atroz y algo caliente que me cae por la muñeca y me llena la palma de la mano. Ella me da un manotazo en el brazo y me cubre la mitad de la cara con mi propia sangre.

—¡Quédate quieta! —sisea. Se aparta de mí y me quedo sola.

«¿Que me quede quieta? —pienso—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?» Cierro los ojos para bloquear este mundo incoherente, mientras intento analizar mi situación.

Sólo puedo pensar en Johanna empujando a Wiress hacia la playa: «Quédate quieta, ¿quieres?». Pero no atacó a Wiress, así no. De todos modos, yo no soy Wiress, ni Majara. Oigo una y otra vez en mi cabeza: «Quédate quieta, ¿quieres?».

Pisadas que se acercan, dos pares, pesadas, no intentan ocultarse.

La voz de Brutus:

—¡Está casi muerta! ¡Venga, vamos, Enobarria!

Pies alejándose en la noche.

¿Lo estoy? Pierdo y recupero la conciencia una y otra vez, en busca de una respuesta. ¿Estoy casi muerta? No me encuentro en situación de argumentar lo contrario. De hecho, pensar de forma racional me cuesta mucho. Esto es lo que sé: Johanna me atacó, me golpeó en la cabeza con ese cilindro, me cortó el brazo y, probablemente, causó un daño irreparable en mis venas y arterias; y después aparecieron Brutus y Enobarria antes de tener tiempo para rematarme.

Se acabó la alianza. Finnick y Johanna deben de haberse puesto de acuerdo para traicionarnos esta noche. Sabía que teníamos que habernos ido. No sé de qué lado está Beetee, pero hay vía libre para darme caza; y a Peeta también.

¡Peeta! Abro los ojos, atenazada por el pánico. Peeta está esperando al lado del árbol, sin sospechar y con la guardia baja. Quizá Finnick ya lo haya matado.

—No —susurro. Los profesionales cortaron el cable a poca distancia de aquí, así que Finnick, Beetee y Peeta no saben lo que está pasando. Sólo pueden suponer lo sucedido, por qué el cable se ha quedado muerto o, incluso, por qué ha saltado como un muelle también en su extremo. Eso, en sí mismo, podría considerarse como una señal para matar, ¿no? Quizá no era más que Johanna decidiendo que había llegado la hora de romper con nosotros, de matarme, de escapar de los profesionales e intentar meter a Finnick en la pelea lo antes posible.

No lo sé, no lo sé. Sólo sé que debo volver con Peeta y mantenerlo con vida. Necesito toda mi fuerza de voluntad para sentarme y arrastrar las manos por la

corteza de un árbol hasta lograr ponerme en pie. Por suerte, tengo algo a lo que agarrarme, porque la jungla se mueve de un lado a otro. Sin previo aviso, me echo hacia delante y vomito el banquete de marisco. Las arcadas siguen hasta que ya no puede quedar ni una ostra dentro de mi cuerpo. Temblorosa y empapada en sudor, evalúo mi condición física.

Al levantar el brazo herido, la sangre me salpica la cara y el mundo da otra voltereta alarmante. Cierro los ojos con fuerza y me agarro al árbol hasta que todo se calma un poco. Después me acerco con precaución a un árbol vecino, arranco un poco de musgo y, sin examinar más la herida, me vendo con fuerza el brazo. Mejor. Es mucho mejor no verlo. Me llevo la mano a la herida de la cabeza con mucho cuidado. Tengo un chichón enorme, pero no demasiada sangre. Está claro que he sufrido daños internos, aunque no parezco correr peligro de morir desangrada. Al menos, no por la cabeza.

Me seco las manos en el musgo y agarro vacilante el arco con el brazo izquierdo, el herido. Pongo una flecha en la cuerda y obligo a mis pies a subir por la pendiente.

Peeta, mi último deseo, mi promesa: mantenerlo con vida. Me animo un poco al darme cuenta de que debe de seguir vivo, ya que no ha sonado ningún cañón. Quizá Johanna trabajase sola porque creía que Finnick se aliaría con ella una vez dejase claras sus intenciones, aunque resulta difícil saber qué pasa entre esos dos. Me acuerdo de que la miró para ver qué pensaba antes de aceptar ayudar a montar la trampa de Beetee. Entre ellos hay una alianza mucho más profunda, basada en varios años de amistad y en quién sabe qué más. Por tanto, si Johanna me ha traicionado, yo no debería seguir confiando en Finnick.

Llego a esa conclusión pocos segundos antes de oír a alguien que baja corriendo la pendiente hacia mí. Ni Peeta, ni Beetee pueden moverse tan deprisa, así que me escondo detrás de una cortina de plantas y me oculto justo a tiempo. Finnick pasa volando a mi lado, con la piel manchada por la medicina, saltando a través de la maleza como un ciervo. Llega rápidamente al lugar del ataque y ve la sangre.

—¡Johanna, Katniss! —grita. Me quedo donde estoy hasta que se marcha en la dirección que siguieron Johanna y los profesionales.

Me muevo con toda la rapidez de la que soy capaz sin hacer que el mundo se ponga a dar vueltas. Me palpita la cabeza con los veloces latidos de mi corazón. Los insectos, probablemente nerviosos con el olor a sangre, han aumentado el ritmo de los chasquidos hasta convertirlos en un rugido. No, espera, quizá el rugido que oigo en los oídos se deba al golpe. No lo sabré con certeza hasta que se callen los insectos, pero, cuando se callen, empezarán los rayos. Tengo que moverme más deprisa y llegar a Peeta.

El cañonazo me detiene en seco: alguien ha muerto. Sé que con todo el mundo corriendo por ahí armado y asustado podría ser cualquiera, pero, sea quien sea, creo

que esta muerte disparará una especie de guerra. La gente matará primero y preguntará por sus motivos después. Me obligo a correr.

Una cosa se me engancha en los pies y caigo despatarrada al suelo. Noto algo que me rodea, que me atrapa en unas fibras afiladas: ¡una red! Debe de ser una de las elaboradas redes de Finnick, colocada para cazarme, y él debe de estar cerca, tridente en mano. Me agito durante un momento, con lo que solo consigo que la red me apriete todavía más; entonces la distingo un poco mejor, gracias a un rayo de luz de luna. Desconcertada, levanto el brazo y veo que está enganchado en unos relucientes hilos dorados. No es una de las redes de Finnick, sino el alambre de Beetee. Me levanto con cuidado y veo que estoy en una zona llena de cable, que se ha quedado pillado en un tronco en su camino de vuelta al árbol del rayo. Me desenredo poco a poco, me aparto de su alcance y sigo colina arriba.

Lo bueno es que voy por el camino correcto y la herida en la cabeza no me ha desorientado. Lo malo es que el alambre me ha recordado la tormenta eléctrica que se avecina. Todavía oigo los insectos, pero ¿empiezan a callarse?

Mantengo los rollos de cable a unos cuantos metros a mí izquierda, para usarlos de guía mientras corro, aunque procurando no tocarlos. Si los insectos se van y el primer rayo está a punto de caer en el árbol, toda su potencia recorrerá ese alambre, y todo el que esté en contacto con él morirá.

El árbol aparece ante mí, con el tronco adornado de oro. Freno, intento moverme con más sigilo, pero la verdad es que debo dar gracias de seguir todavía en pie. Aunque busco a los demás, aquí no hay nadie.

—¿Peeta? —lo llamo en voz baja—. ¿Peeta?

Un débil gemido me responde, así que me doy rápidamente la vuelta y encuentro a alguien tirado en el suelo, un poco más arriba.

—¡Beetee! —exclamo, y me apresuro a arrodillarme a su lado. El gemido debe de haber sido involuntario, porque no está consciente, aunque la única herida que veo es un corte por debajo de la curva interior del codo. Agarro un poco de musgo y se lo pongo con torpeza mientras intento despertarlo.

—¡Beetee! Beetee, ¡qué está pasando! ¿Quién te ha cortado? ¡Beetee! —Lo sacudo como nunca se debe sacudir a una persona herida, pero no sé qué otra cosa hacer. Él gime otra vez y levanta brevemente una mano para apartarme.

Entonces me doy cuenta de que lleva un cuchillo envuelto en alambre, el que me parece que antes llevaba Peeta. Perpleja, me levanto, sostengo el cable y compruebo que está atado al árbol. Tardo un momento en recordar el segundo hilo, mucho más fino, que Beetee enrolló en una rama y dejó en el suelo antes de empezar con su diseño en el árbol. Creía que tenía algún significado eléctrico, que lo había apartado para usarlo después. Sin embargo, no fue así, porque habrá como unos veinte metros aquí.

Levanto la mirada para intentar ver la parte superior de la colina y me doy cuenta de que estamos a pocos pasos del campo de fuerza. Ahí está el cuadrado delator, arriba en el aire, a mi derecha, igual que esta mañana. ¿Qué ha hecho Beetee? ¿De verdad ha intentado meter el cuchillo en el campo de fuerza como Peeta hizo por accidente? ¿Y qué pasa con el cable? ¿Era su plan alternativo? Si fallaba la electrificación del agua, ¿pretendía enviar la energía del rayo al campo de fuerza? ¿Qué haría eso, en cualquier caso? ¿Nada? ¿Mucho? ¿Freímos a todos? Supongo que el campo de fuerza también debe de ser energía, en su mayor parte. El del Centro de Entrenamiento era invisible. Éste parece reflejar la jungla, pero lo vi flaquear cuando Peeta metió el cuchillo y cuando le dieron mis flechas. El mundo real está detrás.

Ya no me retumban los oídos, lo que significa que, efectivamente, eran los insectos. Lo sé porque se están callando muy deprisa y solo me llegan los sonidos de la jungla. Beetee no me sirve de nada, no puedo despertarlo, no puedo salvarlo. No sé qué intentaba hacer con el cuchillo y el alambre, y él es incapaz de explicármelo. El vendaje de musgo de su brazo está empapado, y no tiene sentido engañarme: me siento tan mareada que me desmayaré en cuestión de minutos. Tengo que alejarme de este árbol y...

—¡Katniss! —oigo su voz, pero está muy lejos. ¿Qué hace? Peeta debe de haberse imaginado ya que todos intentan cazarnos—. ¡Katniss!

No puedo protegerlo, no puedo moverme deprisa, ni alejarme demasiado, y mi destreza con el arco resulta cuestionable, como mucho. Así que hago lo único que puedo para atraer a los atacantes y apartarlos de él.

—¡Peeta! —grito—. ¡Peeta! ¡Estoy aquí! ¡Peeta! —Sí, alejaré de Peeta a todos los que estén cerca, los atraeré hasta mí y hasta el árbol que está a punto de convertirse en un arma—. ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —No llegará a tiempo, no con esa pierna y de noche. No llegará a tiempo—. ¡Peeta!

Funciona, los oigo llegar, son dos y se abren paso entre la jungla. Empiezan a doblármeme las rodillas, me dejo caer al lado de Beetee, en cuclillas. Pongo en posición el arco y la flecha. Si puedo acabar con ellos, ¿será Peeta el que sobreviva?

Enobaria y Finnick llegan al árbol del rayo. No pueden verme, ya que estoy sentada más arriba, siguiendo la pendiente, con la piel camuflada por la pomada. Apunto al cuello de Enobaria. Con suerte, cuando la mate, Finnick se esconderá detrás del árbol en busca de protección justo cuando caiga el rayo, cosa que ocurrirá en cualquier momento. Sólo se oyen algunos chasquidos sueltos. Puedo matarlos ahora, puedo matarlos a los dos.

Otro cañón.

—¡Katniss! —aúlla la voz de Peeta, aunque esta vez no contesto. Beetee todavía respira débilmente detrás de mí; los dos moriremos pronto. Finnick y Enobaria morirán. Peeta está vivo. Han sonado dos cañones. Brutus, Johanna, Chaff. Dos de

ellos están muertos, lo que le deja a Peeta un solo tributo que matar, y eso es todo lo que puedo hacer. Un enemigo.

Enemigo, enemigo, la palabra intenta hacerme recordar algo reciente. Intenta decirme algo. La expresión en el rostro de Haymitch. «Katniss, cuando estés en la arena...», me dijo con el ceño fruncido, con recelo. «¿Qué?», me oigo contestar, tensa, a la defensiva por una acusación todavía sin formular. «Recuerda quién es el verdadero enemigo —me pidió—. Eso es todo.»

El último consejo de Haymitch, ¿por qué lo he recordado? Siempre he sabido quién es el enemigo, quién es el que nos mata de hambre, nos tortura y nos asesina en la arena, quién es el que pronto matará a todas las personas a las que amo.

Suelto el arco al darme cuenta de lo que significa. Sí, sé quién es el verdadero enemigo, y no es Enobaria.

Por fin veo el cuchillo de Beetee con claridad. Le quito el alambre a la empuñadura con manos temblorosas, lo enrolló en la flecha, justo por encima de las plumas, y lo ato con un nudo que aprendí en el entrenamiento.

Me levanto y me vuelvo hacia el campo de fuerza, lo que me deja al descubierto, aunque ya no me importa, solo me preocupa el punto al que debo dirigir la flecha, el punto en el que Beetee hubiese metido el cuchillo de haber podido hacerlo. Apunto al cuadrado ondulado, al defecto, al... ¿cómo lo llamó aquel día? Al punto débil. Dejo volar la flecha, veo que da en su objetivo y se desvanece, tirando del alambre dorado que lleva enganchado detrás.

Se me pone el cabello de punta y el rayo cae sobre el árbol.

Un relámpago blanco recorre el alambre y, durante un instante, la cúpula se llena de una luz azul cegadora. Caigo de espaldas al suelo, inútil, paralizada, con los ojos muy abiertos, mientras trocitos de cosas me llueven encima. No puedo llegar hasta Peeta, ni siquiera puedo llegar hasta la perla. Intento ver una última imagen bella que llevarme conmigo.

Justo antes de que empiecen las explosiones, encuentro una estrella.



Todo parece entrar en erupción. El suelo estalla, convirtiéndose en una lluvia de tierra y plantas rotas. Los árboles arden, e incluso el cielo se llena de brillantes flores de luz. No entiendo por qué bombardean el cielo, hasta que me doy cuenta de que los Vigilantes están disparando fuegos artificiales arriba, mientras la verdadera destrucción sucede en el suelo, por si ver cómo desaparece la arena y los últimos tributos no fuese suficiente diversión. O quizá para iluminar nuestras sangrientas muertes.

¿Dejarán que sobreviva alguien? ¿Habrá un vencedor de los Septuagésimo Quintos Juegos del Hambre? Quizá no. Al fin y al cabo, ¿qué es este Vasallaje de los Veinticinco, si no...? ¿Qué leyó el presidente Snow en la tarjeta? Un recordatorio a los rebeldes de que ni siquiera sus miembros más fuertes son rivales para el poder del Capitolio...

Ni siquiera los más fuertes entre los fuertes triunfarán. Quizá no quería que estos juegos tuviesen un vencedor, o quizá mi acto final de rebelión los obligara.

«Lo siento, Peeta —pienso—. Siento no haber podido salvarte.»

¿Salvarlo? Lo más probable es que le haya robado la última oportunidad de vivir, que lo haya condenado al destrozar el campo de fuerza. Quizá, si todos hubiésemos seguido las reglas, lo habrían dejado vivir.

El aerodeslizador se materializa sobre mí sin previo aviso. Si todo estuviese en silencio y hubiera un sinsajo cerca, habría notado que se callaba la jungla y después la llamada del pájaro que precede la aparición de los aviones del Capitolio. Sin embargo, mis oídos no son capaces de distinguir algo tan delicado en medio de este bombardeo.

La pinza baja desde la parte de abajo hasta estar justo encima de mí. Las garras metálicas me levantan. Me gustaría gritar, correr, salir de aquí a puñetazos, pero estoy paralizada, indefensa, y lo único que puedo hacer es desear la muerte antes de llegar a las personas que me esperan arriba, entre las sombras. No me han perdonado la vida para coronarme vencedora, sino para hacer que mi muerte sea lo más lenta y pública posible.

Mis peores temores se confirman cuando veo que el rostro que me recibe en el interior del aerodeslizador es el de Plutarch Heavensbee, el Vigilante Jefe. Qué destrozos he hecho en sus preciosos juegos, con su inteligente reloj y el campo de

vencedores. Sufriré por su fallo, seguramente perderé la vida, aunque no antes de castigarme. Extiende el brazo y creo que pretende golpearme, pero hace algo peor: me cierra los párpados con el pulgar y el índice, sentenciándome a la vulnerabilidad de la noche. Ahora pueden hacer lo que quieran conmigo y ni siquiera lo veré venir.

Me late el corazón tan deprisa que la sangre empieza a manar por debajo de mi empapado vendaje de musgo. Se me nublan las ideas. Es posible que me desangre antes de que puedan revivirme. Susurro mentalmente las gracias a Johanna Mason por la excelente herida que me infligió justo antes de desmayarme.

Cuando empiezo a recuperar la conciencia, noto que estoy sobre una mesa acolchada y los pinchazos de unos tubos en el brazo izquierdo. Intentan mantenerme viva porque, si me muero en silencio y sola, la victoria será mía. Apenas puedo moverme todavía, abrir los ojos y levantar la cabeza, pero el brazo derecho ha recuperado parte de su movilidad, así que me lo pongo encima como si fuese una aleta, no, algo menos animado, como una porra. No tengo coordinación motriz, ni pruebas de que mis dedos sigan en su sitio. Sin embargo, consigo mover el brazo de un lado a otro hasta arrancar los tubos, cosa que produce un pitido. De todos modos, no logro permanecer despierta para ver quién viene a apagarlo.

La siguiente vez que me despierto tengo las manos atadas a la mesa y los tubos de nuevo en el brazo. Puedo abrir los ojos y levantar un poco la cabeza, eso sí. Estoy en una habitación grande con techos bajos y luz plateada. Hay dos filas de camas, unas frente a las otras, y oigo la respiración de quienes, supongo, serán mis compañeros vencedores. Justo frente a mí veo a Beetee conectado a unas diez máquinas diferentes. «¡Dejadnos morir!», grito en silencio. Dejo caer la cabeza en la mesa, golpeándomela con fuerza, y vuelvo a desmayarme.

Cuando por fin me despierto de verdad, no veo ninguna atadura. Levanto la cabeza y descubro que tengo dedos que puedo volver a mover a mi antojo. Me siento y me agarro a la mesa acolchada hasta que la habitación deja de moverse. Llevo el brazo izquierdo vendado, pero los tubos cuelgan de unos soportes junto a la cama.

En la habitación solo queda Beetee, que sigue tumbado delante de mí, sustentado por su ejército de máquinas. ¿Dónde están los demás? Peeta, Finnick, Enobaria y... y... uno más, ¿no? O Johanna, o Chaff, o Brutus seguía con vida cuando empezaron las bombas. Seguro que querrán utilizarnos a todos para dar ejemplo, pero ¿adónde se los han llevado? ¿Del hospital a la cárcel?

—Peeta... —susurro. Estaba desesperada por protegerlo, y sigo estándolo. Como fracasé en mi intento por mantenerlo a salvo en vida, debo encontrarlo y matarlo antes de que el Capitolio decida con qué horrible método asesinarlo. Bajo de la mesa y busco un arma. Hay unas cuantas jeringuillas selladas en plástico esterilizado en una mesa junto a la cama de Beetee. Perfecto, solo necesito inyectarle aire en una vena.

Me detengo un momento, dándole vueltas a si debo matar a Beetee. Si lo hago, los monitores empezarán a pitar y me atraparán antes de llegar a Peeta. Le prometo en silencio volver a rematarlo, si puedo.

Estoy desnuda, salvo por un fino camisón, así que me meto la jeringa debajo del vendaje que me cubre la herida del brazo. No hay guardias en la puerta. Seguro que estoy varios kilómetros por debajo del Centro de Entrenamiento, o en algún fortín del Capitolio, y que la posibilidad de escapar es nula. Da igual, no voy a escapar, solo quiero terminar mi trabajo.

Avanzo en silencio por un estrecho pasillo hasta una puerta metálica que está entreabierta. Hay alguien detrás; saco la jeringa y la agarro con fuerza, para después aplastarme contra la pared y prestar atención a las voces de dentro.

—Hemos perdido la comunicación con el 7, el 10 y el 12, pero el 11 tiene el transporte bajo control, así que, al menos, hay esperanzas de que logren sacar comida.

Plutarch Heavensbee, creo, aunque la verdad es que solo he hablado una vez con él. Una voz ronca le hace una pregunta.

—No, lo siento, no hay forma de llevaros al 4, pero he dado órdenes especiales para que vayan a por ella lo antes posible. No puedo hacer más, Finnick.

Finnick. Intento encontrar sentido a la conversación, al hecho de que esté teniendo lugar entre Plutarch Heavensbee y Finnick. ¿Es tan querido en el Capitolio que lo van a perdonar por sus crímenes? ¿O de verdad no tenía ni idea de lo que pretendía Beetee? Entonces grazna algo más, algo en tono desesperado.

—No seas estúpido, eso es lo peor que podrías hacer. Conseguirías que la matasen, sin duda. Mientras sigas vivo, ellos la mantendrán viva como cebo —dice Haymitch.

¡Dice Haymitch! Abro la puerta de golpe y entro dando traspies en la habitación, donde están Haymitch, Plutarch y un Finnick muy desmejorado sentados alrededor de una mesa en la que han servido una comida que nadie come. La luz del sol entra por las ventanas redondeadas, y a lo lejos veo la parte superior de un bosque. Estamos volando.

—¿Has terminado ya de desmayarte, preciosa? —me pregunta Haymitch, claramente enfadado. Sin embargo, cuando me inclino hacia adelante corre a sujetarme por las muñecas para que no me caiga y me mira la mano—. Así que estáis tú y una jeringa contra el Capitolio, ¿no? ¿Ves? Por eso nadie te deja organizar los planes. —Lo miro sin comprender nada—. Suéltala. —Noto que aumenta la presión de la muñeca derecha hasta que me veo obligada a abrirla y soltar la jeringa. Él me coloca en una silla al lado de Finnick.

Plutarch me pone delante un cuenco con caldo y un panecillo, y me pasa una cuchara.

—Come —me pide con un tono mucho más amable que Haymitch.

Mi mentor se sienta frente a mí.

—Katniss, te voy a explicar lo sucedido, y no quiero que preguntes nada hasta que acabe, ¿entendido?

Asiento, atontada. Y esto es lo que me cuenta.

Prepararon un plan para sacarnos de la arena en cuanto se anunció el vasallaje. Los tributos vencedores de los distritos 3, 4, 6, 7, 8 y 11 lo conocían, cada uno en distinta medida. Plutarch Heavensbee forma parte desde hace varios años de un grupo secreto que pretende derrocar al Capitolio. Se aseguró de que el alambre estuviese entre las armas. Beetee estaba a cargo de abrir un agujero en el campo de fuerza. El pan que recibimos en la arena era un código para el momento del rescate. El distrito del que salía el pan indicaba el día: tres. El número de panecillos indicaba la hora: veinticuatro. El aerodeslizador pertenece al Distrito 13. Bonnie y Twill, las mujeres del Distrito 8 que conocí en el bosque, tenían razón sobre su existencia y su capacidad de defensa. En estos momentos nos dirigimos dando un rodeo a ese distrito. Mientras tanto, casi todos los distritos de Panem están en plena rebelión a gran escala.

Haymitch se calla un momento para ver si lo sigo, o quizá porque ya ha terminado por ahora.

Son muchas cosas que asimilar, es un plan elaborado en el que yo no era más que una pieza del tablero, igual que era una pieza de los Juegos del Hambre. Me han usado sin mi consentimiento, sin mi conocimiento. Al menos, en los Juegos del Hambre sabía que jugaban conmigo. Mis supuestos amigos han sido mucho más reservados.

—No me lo dijiste —protesto, con la voz tan ronca como la de Finnick.

—Ni Peeta, ni tú lo sabíais. No podíamos arriesgarnos —responde Plutarch—. Hasta me preocupaba que mencionases mi indiscreción con el reloj durante los juegos. —Se saca el reloj del bolsillo y pasa el pulgar por el cristal, encendiendo el sinsajo—. Por supuesto, cuando te lo enseñé, intentaba darte una pista sobre la arena, como mentora. Creía que sería un primer paso para ganarme tu confianza. Ni se me pasó por la cabeza que pudieras volver a ser un tributo.

—Sigo sin entender por qué no nos contasteis el plan a Peeta y a mí.

—Porque, cuando el campo de fuerza estallase, vosotros seríais los primeros a los que intentarían capturar, y cuanto menos supieseis, mejor —explica Haymitch.

—¿Los primeros? ¿Por qué? —pregunto, intentando seguir el hilo.

—Por la misma razón por la que los demás aceptamos morir para manteneros vivos —responde Finnick.

—No, Johanna intentó matarme.

—Johanna te derribó para quitarte el dispositivo de seguimiento del brazo y alejar a Brutus y Enobaria de ti —dice Haymitch.

—¿Qué? —Me duele mucho la cabeza y quiero que dejen de dar rodeos—. No sé de lo que...

—Teníamos que salvarte porque tú eres el sinsajo, Katniss —me interrumpe Plutarch—. Mientras sigas viva, la revolución continuará.

El pájaro, el broche, la canción, las bayas, el reloj, la galleta, el vestido que estalló en llamas. Yo soy el sinsajo. La que sobrevivió a pesar de los planes del Capitolio, el símbolo de la rebelión.

Es lo que sospeché en el bosque, cuando descubrí a Bonnie y Twill, aunque nunca comprendí bien la magnitud. Sin embargo, la idea era precisamente que no la entendiera. Me acuerdo de cómo se mofó Haymitch de mis planes para huir del Distrito 12, de iniciar mi propio levantamiento, incluso de la mera idea de que el Distrito 13 existiera. Subterfugios y engaños. Y, si pudo hacer eso detrás de esa máscara de sarcasmo y embriaguez, de una forma tan convincente y durante tanto tiempo, ¿en qué otras cosas me ha mentido? Ya lo sé.

—Peeta —susurro, notando que se me cae el alma a los pies.

—Los demás mantuvieron a Peeta con vida porque, si moría, sabíamos que no podríamos hacer que mantuvieses la alianza —dice Haymitch—, y no podíamos arriesgarnos a dejarte sin protección. —Lo dice con toda naturalidad, sin cambiar de expresión, aunque no logra evitar un ligero tono gris en la cara.

—¿Dónde está Peeta? —siseo.

—Lo sacó el Capitolio, junto con Johanna y Enobaria —responde Haymitch y, por fin, tiene la decencia de bajar la mirada.

Técnicamente, no estoy armada, pero no se debe subestimar el potencial de unas uñas, sobre todo si el objetivo no está preparado. Me lanzo sobre la mesa y clavo las mías en el rostro de Haymitch, haciéndolo sangrar e hiriéndole un ojo. Después los dos nos gritamos cosas terribles, terribles de verdad, Finnick intenta apartarme a rastras y sé que Haymitch hace un gran esfuerzo por no arrancarme la piel a tiras, porque yo soy el sinsajo. Soy el sinsajo y ya es lo bastante difícil mantenerme con vida tal y como estoy.

Otras manos ayudan a Finnick y vuelvo a la camilla, con las muñecas atadas, así que golpeo la superficie con la cabeza, furiosa, una y otra vez. Alguien me pincha el brazo con una jeringuilla y me duele tanto la cabeza que dejo de luchar y me limito a gemir como un animal moribundo hasta quedarme sin voz.

La medicina me seda, pero no me duerme; me quedo atrapada en un sufrimiento confuso y doloroso durante un tiempo que me parece eterno. Me vuelven a introducir los tubos y me hablan con voces tranquilizadores que no llegan a mí. Sólo puedo pensar en Peeta tumbado en una mesa similar en alguna parte, torturado para sacarle una información que no tiene.

—Katniss, Katniss, lo siento —oigo decir a Finnick desde la cama de al lado,

aunque no estoy del todo consciente. Quizá sea porque sufrimos un dolor parecido—. Quería volver a por él y Johanna, pero no podía moverme.

No respondo. Las buenas intenciones de Finnick Odair no significan nada para mí.

—Será mejor para él que para Johanna, porque se darán cuenta en seguida de que no sabe nada y no lo matarán si creen que pueden usarlo contra ti.

—¿De cebo? —le pregunto al techo—. Lo usarán de cebo igual que a Annie, ¿Finnick?

Lo oigo llorar, pero no me importa. Seguramente a ella ni siquiera se molestarán en interrogarla, porque está ida del todo. Se perdió hace años, en sus juegos, y existe la posibilidad de que yo vaya en la misma dirección. Quizá esté ya volviéndome loca y nadie ha tenido el valor de decírmelo. La verdad es que me siento bastante loca.

—Ojalá estuviese muerta —dice—. Ojalá estuviesen todos muertos y nosotros también. Sería lo mejor.

Bueno, no hay una respuesta apropiada a eso. No puedo rebatírsele, ya que yo estaba por ahí andando con una jeringuilla, pensando en matar a Peeta, cuando los encontré. ¿De verdad quiero que muera? Lo que quiero... lo que quiero es que vuelva, pero eso ya no pasará. Aunque las fuerzas rebeldes logren derribar el Capitolio, seguro que el acto final del presidente Snow sería cortarle el cuello a Peeta. No, no volverá nunca, así que es mejor que muera.

Sin embargo, ¿sabrá eso Peeta o seguirá luchando? Es fuerte y sabe mentir muy bien. ¿Creerá que tiene una oportunidad de sobrevivir? ¿Le importará? De todos modos, eso no entraba en sus planes, ya había renunciado a su vida. Quizá, si sabe que me rescataron, incluso esté contento. Sentirá que ha cumplido su misión de mantenerme viva.

Creo que lo odio todavía más que a Haymitch.

Me rindo. Dejo de hablar, de responder, de comer y beber. Pueden meterme lo que quieran por el brazo, pero hace falta más que eso para mantener con vida a una persona que ha perdido las ganas de vivir. Incluso se me ocurre la extraña idea de que, si muero, quizá Peeta pueda vivir. No en libertad, sino como avox o algo, de criado de los futuros tributos del Distrito 12. Después puede que encuentre la forma de escapar. De hecho, mi muerte todavía podría salvarlo.

Si no es así, da igual, me basta con morir por despecho, por castigar a Haymitch; precisamente él entre todas las personas de este mundo podrido ha sido el que nos ha convertido a Peeta y a mí en piezas de los juegos. Confiaba en él. Puse en sus manos todo lo que me importaba, y él me ha traicionado.

«¿Ves? Por eso nadie te deja organizar los planes», me dijo.

Es cierto, nadie en su sano juicio me dejaría organizar los planes, porque está claro que no sé distinguir a los amigos de los enemigos.

Mucha gente se acerca a hablar conmigo, aunque consigo que sus palabras se conviertan en el chasquido de los insectos de la jungla, en algo sin sentido y lejano; peligroso, pero solo si te acercas. Siempre que las palabras empiezan a cobrar algo de sentido, gimo hasta que me dan más analgésicos, y eso pone las cosas de nuevo en su sitio.

Hasta que, una vez, abro los ojos y encuentro a alguien de quien no puedo huir; alguien que no suplicará, ni explicará, ni pensará que puede hacerme cambiar de idea con ruegos, porque él es el único que sabe cómo funciona.

—Gale —susurro.

—Hola, Catnip —dice, apartándome un mechón de pelo de los ojos. Se ha quemado un lado de la cara hace muy poco. Lleva el brazo en cabestrillo y veo vendas bajo la camisa de minero.

¿Qué le ha pasado? ¿Cómo ha llegado aquí? Algo terrible ha sucedido en casa.

No es tanto cuestión de olvidar a Peeta como de recordar a los otros. Sólo me hace falta mirar a Gale para que todos vuelvan a mi presente y exijan que les haga caso.

—¿Prim? —pregunto, con voz ahogada.

—Está viva, y tu madre también. Las saqué a tiempo.

—¿No están en el Distrito 12?

—Después de los juegos enviaron aviones y soltaron bombas incendiarias — responde, vacilando—. Bueno, ya sabes lo que pasó con el Quemador.

Lo sé, lo vi arder. Aquel viejo almacén lleno de polvo de carbón incrustado; todo el distrito está cubierto de polvo de carbón. Un horror diferente empieza a crecerme dentro al imaginar las bombas incendiarias sobre la Veta.

—¿No están en el Distrito 12? —repito, como si decirlo me protegiese de la verdad.

—Katniss —dice Gale, en voz baja.

Reconozco esa voz, es la misma que utiliza para acercarse a los animales heridos antes de darles el golpe de gracia. Levanto la mano instintivamente para no oír sus palabras, pero él la intercepta y la sujeta con fuerza.

—No —susurro.

Pero Gale no es de los que me ocultan las cosas.

—Katniss, el Distrito 12 ya no existe.

SUZANNE COLLINS



LOS JUEGOS DEL HAMBRE
SINFAJO



SINSAJO

Katniss Everdeen, ha sobrevivido de nuevo a LOS JUEGOS, aunque no queda nada de su hogar. Gale ha escapado. Su familia está a salvo. El Capitolio ha capturado a Peeta. El Distrito 13 existe de verdad. Hay rebeldes. Hay nuevos líderes. Están en plena revolución. El plan de rescate para sacar a Katniss de la arena del cruel e inquietante Vasallaje de los Veinticinco no fue casual, como tampoco lo fue que llevara tiempo formando parte de la revolución sin saberlo. El Distrito 13 ha surgido de entre las sombras y quiere acabar con el Capitolio. Al parecer, todos han tenido algo que ver en el meticuloso plan..., todos menos Katniss.

Para Cap, Charlie, e Isabel



PARTE I
"LAS CENIZAS"

SINSAJO



Me miro los zapatos, veo cómo una fina capa de cenizas se deposita sobre el cuero gastado. Aquí es donde estaba la cama que compartía con mi hermana Prim. Allí estaba la mesa de la cocina. Los ladrillos de la chimenea, que se derrumbaron formando una pila achicharrada, sirven de punto de referencia para moverme por la casa. ¿Cómo si no iba a orientarme en este mar de color gris?

No queda casi nada del Distrito 12. Hace un mes, las bombas del Capitolio arrasaron las casas de los humildes mineros del carbón de la Veta, las tiendas de la ciudad e incluso el Edificio de Justicia. La única zona que se libró de la incineración fue la Aldea de los Vencedores, aunque no sé bien por qué. Quizá para que los visitantes del Capitolio que tuvieran que pasar por aquí sin más remedio contaran con un sitio agradable en el que alojarse: algún que otro periodista; un comité que evaluara las condiciones de las minas; una patrulla de agentes de la paz encargada de atrapar a los refugiados que volvieran a casa...

Pero yo soy la única que ha vuelto, y sólo para una breve visita. Las autoridades del Distrito 13 estaban en contra de que lo hiciera, lo veían como una empresa costosa y sin sentido, teniendo en cuenta que en estos momentos hay unos doce aerodeslizadores sobre mí, protegiéndome, y ninguna información valiosa que obtener. Sin embargo, tenía que verlo, tanto que lo convertí en una condición indispensable para aceptar colaborar con ellos.

Finalmente, Plutarch Heavensbee, el Vigilante Jefe que había organizado a los rebeldes en el Capitolio, alzó los brazos al cielo y dijo: «Dejadla ir. Mejor perder un día que perder otro mes. Quizá un recorrido por el 12 es lo que necesita para convencerse de que estamos en el mismo bando».

El mismo bando. Noto un pinchazo en la sien izquierda y me la aprieto con la mano; es justo donde Johanna Mason me dio con el rollo de alambre. Los recuerdos giran como un torbellino mientras intento dilucidar qué es cierto y qué no. ¿Cuál ha sido la sucesión de acontecimientos que me ha llevado hasta las ruinas de mi ciudad? Es difícil porque todavía no me he recuperado de los efectos de la conmoción cerebral y mis pensamientos tienden a liarse. Además, los medicamentos que me dan para controlar el dolor y el estado de ánimo a veces me hacen ver cosas. Supongo. Aún no estoy del todo convencida de que alucinara la noche que vi el suelo de la habitación del hospital convertido en una alfombra de serpientes en movimiento.

Utilizo una técnica que me sugirió uno de los médicos: empiezo con las cosas más simples de las que estoy segura y voy avanzando hacia las más complicadas. La lista empieza a darme vueltas en la cabeza:

«Me llamo Katniss Everdeen. Tengo diecisiete años. Mi casa está en el Distrito 12. Estuve en los Juegos del Hambre. Escapé. El Capitolio me odia. A Peeta lo capturaron. Lo creen muerto. Seguramente estará muerto. Probablemente sea mejor que esté muerto...».

—Katniss. ¿Quieres que baje? —me dice mi mejor amigo, Gale, a través del intercomunicador que los rebeldes me han obligado a llevar. Está arriba, en uno de los aerodeslizadores, observándome atentamente, listo para bajar en picado si algo va mal.

Me doy cuenta de que estoy agachada con los codos sobre los muslos y la cabeza entre las manos. Debo de parecer al borde de un ataque de nervios. Eso no me vale, no cuando por fin empiezan a quitarme la medicación.

Me pongo de pie y rechazo su oferta.

—No, estoy bien.

Para dar más énfasis a la afirmación, empiezo a alejarme de mi antigua casa y me dirijo a la ciudad. Gale pidió que lo soltaran en el 12 conmigo, pero no insistió cuando me negué. Comprende que hoy no quiero a nadie a mi lado, ni siquiera a él. Algunos paseos hay que darlos solos.

El verano ha sido abrasador y más seco que la suela de un zapato. Apenas ha llovido, así que los montones de ceniza dejados por el ataque siguen prácticamente intactos. Mis pisadas los mueven de un lado a otro; no hay brisa que los desperdigue. Mantengo la mirada fija en lo que recuerdo como la carretera, ya que cuando aterricé en la Pradera no tuve cuidado y me di contra una roca. Sin embargo, no era una roca, sino una calavera. Rodó y rodó hasta quedar boca arriba, y durante un buen rato no pude evitar mirarle los dientes preguntándome de quién serían, pensando en que los míos seguramente tendrían el mismo aspecto en circunstancias similares.

Sigo la carretera por costumbre, pero resulta ser una mala elección porque está cubierta de los restos de los que intentaron huir. Algunos están incinerados por completo, aunque otros, quizá vencidos por el humo, escaparon de lo peor de las llamas y yacen en distintas fases de apésta descomposición, carroña para animales, llenos de moscas. «Yo te maté —pienso al pasar junto a una pila—. Y a ti. Y a ti».

Porque lo hice, fue mi flecha, lanzada al punto débil del campo de fuerza que rodeaba la arena, lo que provocó esta tormenta de venganza, lo que hizo estallar el caos en Panem.

Oigo en mi cabeza lo que me dijo el presidente Snow la mañana que empezábamos la Gira de la Victoria: «Katniss Everdeen, la chica en llamas, ha encendido una chispa que, si no se apaga, podría crecer hasta convertirse en el

incendio que destruya Panem». Resulta que no exageraba ni intentaba asustarme. Quizá intentara pedirme ayuda de verdad, pero yo ya había puesto en marcha algo que no podía controlar.

«Arde, sigue ardiendo», pienso, entumecida. A lo lejos, los incendios de las minas de carbón escupen humo negro, aunque no queda nadie a quien le importe. Más del noventa por ciento de la población ha muerto. Los ochocientos restantes son refugiados en el Distrito 13, lo que, por lo que a mí respecta, es como decir que hemos perdido nuestro hogar para siempre.

Sé que no debería pensarlo, sé que debería sentirme agradecida por la forma en que nos han recibido: enfermos, heridos, hambrientos y con las manos vacías. Aun así, no consigo olvidarme de que el Distrito 13 fue esencial para la destrucción del 12. Eso no me absuelve, hay culpa para dar y tomar, pero sin ellos no habría formado parte de una trama mayor para derrocar al Capitolio ni habría contado con los medios para lograrlo.

Los ciudadanos del Distrito 12 no poseían un movimiento de resistencia organizada propio, no tenían nada que ver con esto. Les tocó la mala suerte de ser mis conciudadanos. Es cierto que algunos supervivientes creen que es buena suerte librarse del Distrito 12 por fin, escapar del hambre y la opresión, de las peligrosas minas y del látigo de nuestro último jefe de los agentes de la paz, Romulus Thread. Para ellos es asombroso tener un nuevo hogar ya que, hasta hace poco, ni siquiera sabíamos que el Distrito 13 existía.

En cuanto a la huida de los supervivientes, todo el mérito es de Gale, aunque él se resista a aceptarlo. En cuanto terminó el Vasallaje de los Veinticinco (en cuanto me sacaron de la arena), cortaron la electricidad y la señal de televisión del Distrito 12, y la Veta se quedó tan silenciosa que los habitantes escuchaban los latidos del corazón del vecino. Nadie protestó ni celebró lo sucedido en el campo de batalla, pero, en cuestión de quince minutos, el cielo estaba lleno de aerodeslizadores que empezaron a soltar bombas.

Fue Gale el que pensó en la Pradera, uno de los pocos lugares sin viejas casas de madera llenas de polvo de carbón. Llevó a los que pudo hacia allí, incluidas Prim y mi madre. Formó el equipo que derribó la alambrada (que no era más que una inofensiva barrera metálica sin electricidad) y condujo a la gente al bosque. Los guió hasta el único lugar que se le ocurrió, el lago que mi padre me enseñó de pequeña, y desde allí contemplaron cómo las llamas lejanas se comían todo lo que conocían en este mundo.

Al alba, los bomberos se habían ido, los incendios morían y los últimos rezagados se agrupaban. Prim y mi madre habían montado una zona médica para los heridos e intentaban tratarlos con lo que encontraban por el bosque. Gale tenía dos juegos de arco y flechas, un cuchillo de cazar, una red de pescar y más de ochocientas personas

aterradas que alimentar. Con la ayuda de los más sanos, se apañaron durante tres días. Entonces los sorprendió la llegada del aerodeslizador que los evacuó al Distrito 13, donde había alojamientos limpios y blancos de sobra para todos, mucha ropa y tres comidas al día. Los alojamientos tenían la desventaja de estar bajo tierra, la ropa era idéntica y la comida relativamente insípida, pero para los refugiados del 12 eran detalles menores. Estaban a salvo; cuidaban de ellos; seguían vivos y los recibían con los brazos abiertos.

Aquel entusiasmo se interpretó como amabilidad, pero un hombre llamado Dalton, un refugiado del Distrito 10 que había logrado llegar al 13 a pie hacía algunos años, me contó el verdadero motivo: «Te necesitan. Me necesitan. Nos necesitan a todos. Hace un tiempo sufrieron una especie de epidemia de varicela que mató a bastantes y dejó estériles a muchos más. Ganado para cría, así es como nos ven». En el 10 trabajaba en uno de los ranchos de ganado conservando la diversidad genética de las reses con la implantación de embriones de vaca congelados. Seguramente tiene razón sobre el 13, porque no se ven muchos niños por allí, pero ¿y qué? No nos encierran en corrales, nos forman para trabajar y los niños van a la escuela. Los que tienen más de catorce años han recibido rangos militares y se dirigen a ellos respetuosamente, llamándolos «soldados». Todos los refugiados han recibido automáticamente la ciudadanía.

Sin embargo, los odio. Aunque, claro, ahora odio a casi todo el mundo. Sobre todo a mí.

La superficie que piso se vuelve más dura y, bajo la capa de cenizas, noto los adoquines de la plaza. Alrededor del perímetro hay un borde de basura donde antes estaban las tiendas. Una pila de escombros ennegrecidos ocupa el lugar del Edificio de Justicia. Me acerco al sitio donde creo que estaba la panadería de la familia de Peeta; no queda mucho, salvo el bulto fundido del horno. Los padres de Peeta, sus dos hermanos mayores..., ninguno llegó al 13. Menos de una docena de los que antes eran los más pudientes del Distrito 12 escaparon del incendio. En realidad, a Peeta no le queda nada aquí. Salvo yo...

Retrocedo para alejarme de la panadería, tropiezo con algo, pierdo el equilibrio y me encuentro sentada en un pedazo de metal calentado por el sol. Me pregunto qué sería antes, hasta que recuerdo una de las recientes renovaciones de Thread en la plaza: cepos, postes para latigazos y esto, los restos de la horca. Malo. Esto es malo. Me trae las imágenes que me atormentan, tanto despierta como dormida: Peeta torturado por el Capitolio (ahogado, quemado, lacerado, electrocutado, mutilado, golpeado) para sacarle una información sobre los rebeldes que él desconoce. Aprieto los ojos con fuerza e intento llegar a él a través de cientos de kilómetros de distancia, enviarle mis pensamientos, hacerle saber que no está solo. Pero lo está, y yo no puedo ayudarlo.

Salgo corriendo. Me alejo de la plaza y voy al único lugar que no ha destruido el fuego. Paso junto a las ruinas de la casa del alcalde, donde vivía mi amiga Madge. No sé nada de ella ni de su familia. ¿Los evacuaron al Capitolio por el cargo de su padre o los abandonaron a las llamas? Las cenizas se levantan a mi alrededor, así que me subo el borde de la camiseta para taparme la boca. No me ahoga pensar en lo que estoy respirando, sino pensar en a quien estoy respirando.

La hierba está achicharrada y la nieve gris también cayó aquí, pero las doce bellas casas de la Aldea de los Vencedores están intactas. Entro rápidamente en la casa en la que viví el año pasado, cierro la puerta de golpe y me apoyo en ella. Parece que no ha cambiado nada. Está limpia y el silencio resulta escalofriante. ¿Por qué he vuelto al 12? ¿De verdad me va a ayudar esta visita a responder a la pregunta de la que no puedo huir?

«¿Qué voy a hacer?», susurro a las paredes, porque yo no tengo ni idea.

Todos me hablan, hablan, hablan sin parar. Plutarch Heavensbee, su calculadora ayudante Fulvia Cardew, un batiburrillo de líderes de los distritos, dirigentes militares..., pero no Alma Coin, la presidenta del 13, que se limita a mirar. Tiene unos cincuenta años y un pelo gris que le cae sobre los hombros como una sábana. Su pelo me fascina por ser tan uniforme, por no tener ni un defecto, ni un mechón suelto, ni siquiera una punta rota. Tiene los ojos grises, aunque no como los de la gente de la Veta; son muy pálidos, como si les hubieran chupado casi todo el color. Son del color de la nieve sucia que estás deseando que se derrita del todo.

Lo que quieren es que asuma por completo el papel que me han diseñado: el símbolo de la revolución, el Sinsajo. No basta con todo lo que he hecho en el pasado, con desafiar al Capitolio en los Juegos y despertar a la gente. Ahora tengo que convertirme en el líder real, en la cara, en la voz, en la personificación de la revuelta. La persona con la que los distritos (la mayoría en guerra abierta contra el Capitolio) pueden contar para incendiar el camino hacia la victoria. No tendré que hacerlo sola, tienen a un equipo completo de personas para arreglarme, vestirme, escribir mis discursos y orquestar mis apariciones (como si todo eso no me sonara horriblemente familiar), y yo sólo tengo que representar mi papel. A veces los escucho y a veces me limito a contemplar la línea perfecta del pelo de Coin y a intentar averiguar si es una peluca. Al final salgo de la habitación porque la cabeza me duele, porque ha llegado la hora de comer o porque, si no salgo al exterior, podría ponerme a gritar. No me molesto en decir nada, simplemente me levanto y me voy.

Ayer por la tarde, cuando cerraba la puerta para irme, oí a Coin decir: «Os dije que tendríamos que haber rescatado primero al chico». Se refería a Peeta, y no podría estar más de acuerdo con ella. Él si que habría sido un portavoz excelente.

Y, en vez de eso, ¿a quién pescaron en la arena? A mí, que no quiero cooperar. Y a Beetee, el inventor del 3, a quien apenas veo porque lo llevaron al departamento de

desarrollo armamentístico en cuanto pudo sentarse. Literalmente, empujaron su cama con ruedas hasta una zona de alto secreto y ahora sólo sale de vez en cuando para comer. Es muy listo y está muy dispuesto a colaborar con la causa, pero no tiene mucha madera de instigador. Luego está Finnick Odair, el *sex symbol* del distrito pescador que mantuvo vivo a Peeta en la arena cuando yo no podía. A él también quieren transformarlo en un líder rebelde, aunque primero tendrán que conseguir que permanezca despierto durante más de cinco minutos. Incluso cuando está consciente, tienes que decirle las cosas tres veces para que le lleguen al cerebro. Los médicos dicen que es por la descarga eléctrica recibida en la batalla, pero yo sé que es bastante más complicado. Sé que Finnick no puede centrarse en nada de lo que sucede en el 13 porque intenta con todas sus fuerzas ver lo que sucede en el Capitolio con Annie, la chica loca de su distrito, la única persona a la que ama en este mundo.

A pesar de tener serias reservas, tuve que perdonar a Finnick por su parte en la conspiración que me trajo hasta aquí. Al menos él entiende un poco por lo que estoy pasando. Además, hace falta mucha energía para permanecer enfadada con alguien que llora tanto.

Me muevo por la planta baja con pasos de cazadora, reacia a hacer ruido. Recojo algunos recuerdos: una foto de mis padres en su boda, un lazo azul para Prim, y el libro familiar de plantas medicinales y comestibles. El libro se abre por una página con flores amarillas y lo cierro rápidamente, ya que las pintó el pincel de Peeta.

«¿Qué voy a hacer?».

¿Tiene sentido hacer algo? Mi madre, mi hermana y la familia de Gale están por fin a salvo. En cuanto al resto del 12, o están muertos, lo que es irreversible, o protegidos en el 13. Eso deja a los rebeldes de los distritos. Obviamente, odio al Capitolio, pero no creo que convertirme en el Sinsajo beneficie a los que intentan derribarlo. ¿Cómo voy a ayudar a los distritos si cada vez que me muevo consigo que alguien sufra o muera? El hombre al que dispararon en el Distrito 11 por silbar; las repercusiones en el 12 cuando intervine para que no azotaran a Gale; mi estilista, Cinna, al que sacaron a rastras, ensangrentado e inconsciente, de la sala de lanzamiento antes de los Juegos. Las fuentes de Plutarch creen que lo mataron durante el interrogatorio. El inteligente, enigmático y encantador Cinna está muerto por mi culpa. Aparto la idea porque es demasiado dolorosa para detenerse en ella sin perder mi ya de por sí frágil control de la situación.

«¿Qué voy a hacer?».

Convertirme en el Sinsajo... ¿Supondría más cosas buenas que malas? ¿En quién puedo confiar para que me ayude a responder a esa pregunta? Sin duda, no en la gente del 13. Lo juro, ahora que mi familia y la de Gale están a salvo, no me importaría huir. Sin embargo, me queda un trabajo inacabado: Peeta. Si supiera con certeza que está muerto, desaparecería en el bosque sin mirar atrás. Sin embargo,

hasta que lo haga, estoy bloqueada.

Me vuelvo al oír un bufido. En la entrada de la cocina, con el lomo arqueado y las orejas aplastadas, se encuentra el gato más feo del mundo.

—*Buttercup*.

Miles de personas muertas, pero él ha sobrevivido e incluso parece bien alimentado. ¿De qué? Puede entrar y salir de la casa por una ventana que siempre dejamos entornada en la despensa. Habrá estado comiendo ratones de campo; me niego a considerar la alternativa.

Me agacho y le ofrezco una mano.

—Ven aquí, chico.

No es probable, está furioso por su abandono. Además, no le ofrezco comida, y mi habilidad para proporcionarle sobras siempre ha sido lo único que me daba puntos ante él. Durante un tiempo, cuando los dos nos encontrábamos en la vieja casa porque a ninguno nos gustaba la nueva, creí que nos habíamos unido un poquito. Está claro que se acabó el vínculo. Se limita a parpadear, cerrando sus desagradables ojos amarillos.

—¿Quieres ver a Prim? —le pregunto.

El sonido le llama la atención, ya que es la única palabra que significa algo para él aparte de su propio nombre. Deja escapar un maullido oxidado y se acerca, así que lo recojo del suelo, lo acaricio, me acerco al armario, saco la bolsa de caza y lo meto dentro sin más ni más. No tengo otra forma de transportarlo en el aerodeslizador, y mi hermana le tiene muchísimo aprecio al bicho. Por desgracia, su cabra, *Lady*, un animal que sí que valía algo, no ha aparecido.

Oigo en el intercomunicador a Gale diciéndome que tenemos que volver, pero la bolsa de caza me ha recordado otra cosa que quería recuperar. La cuelgo en el respaldo de una silla y subo corriendo las escaleras en dirección a mi dormitorio. Dentro del armario está la chaqueta de cazador de mi padre. Antes del Vasallaje la traje aquí desde la casa vieja pensando que su presencia consolaría a mi madre y a mi hermana cuando muriese. Si no la hubiera traído, habría acabado convertida en cenizas.

El suave cuero me reconforta y, durante un instante, me calman los recuerdos de las horas pasadas bajo ella. Entonces, sin razón aparente, empiezan a sudarme las manos y una extraña sensación me sube por la nuca. Me vuelvo para observar el cuarto, pero está vacío; todo está en su sitio, no se oye nada alarmante. ¿Qué es, entonces?

Me pica la nariz. Es el olor: empalagoso y artificial. Una mancha blanca asoma del jarrón lleno de flores secas que hay sobre mi cómoda. Me acerco con precaución y allí, apenas visible entre sus protegidas primas, hay una rosa blanca recién cortada. Perfecta hasta la última espina y el último pétalo de seda.

Y sé al instante quién me la ha enviado.

El presidente Snow.

Cuando empiezo a sentir arcadas por el hedor, retrocedo y me largo. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Un día? ¿Una hora? Los rebeldes revisaron la Aldea de los Vencedores antes de que me permitieran venir; buscaban explosivos, micrófonos o cualquier cosa extraña, pero quizá la rosa no les pareció digna de mención. A mí sí.

Bajo las escaleras y cojo la bolsa de la silla dejando que rebote en el suelo, hasta que recuerdo que está ocupada. Una vez en la entrada hago señales como loca al aerodeslizador, mientras *Buttercup* se retuerce en su encierro. Le doy un codazo, cosa que no sirve más que para enfurecerlo. El vehículo se materializa sobre mí y deja caer una escalera. Me subo a ella y la corriente me paraliza hasta que llego a bordo.

Gale me ayuda a bajar de la escalera.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo, y me limpio el sudor de la cara con la manga.

Quiero gritar que Snow me ha dejado una rosa, pero no estoy segura de que sea buena idea compartir la información con alguien como Plutarch delante. En primer lugar, porque me haría sonar como una loca, como si me lo hubiera imaginado, lo cual es posible, o como si reaccionara exageradamente, lo que me supondría un billete de vuelta a la tierra farmacéutica de los sueños de la que estoy intentando salir. Nadie lo entenderá del todo, no entenderán que no es sólo una flor, ni siquiera una flor del presidente Snow, sino una promesa de venganza; no había nadie en el estudio con nosotros cuando me amenazó antes de la Gira de la Victoria.

Esa rosa blanca como la nieve colocada en mi cómoda es un mensaje personal para mí. Significa que tenemos un asunto inacabado. Susurra: «Puedo encontrarte, puedo llegar hasta ti, quizá te esté observando en estos precisos instantes».



¿Habrá alguna aeronave del Capitolio viniendo derecha hacia nosotros para borrarlos del mapa? No dejo de buscar indicios de un ataque durante el viaje sobre el Distrito 12, pero nadie nos persigue. Al cabo de varios minutos, cuando oigo un intercambio entre Plutarch y el piloto que confirma que el espacio aéreo está vacío, empiezo a relajarme un poco.

Gale señala con la cabeza la bolsa de caza, de la que salen aullidos.

—Ya sé por qué querías venir.

—Tenía que hacerlo, por poco probable que fuera recuperarlo —respondo. Suelto la bolsa en un asiento, donde la odiosa criatura empieza a emitir un gruñido ronco y amenazador—. Ay, cállate ya —le digo a la bolsa, y me dejo caer en el asiento acolchado de la ventanilla que está frente al gato.

Gale se sienta a mi lado.

—¿Ha sido muy malo?

—No podría ser mucho peor —contesto. Lo miro a los ojos y veo mi propia pena reflejada en los suyos. Nos damos la mano para agarrarnos con fuerza a una parte del 12 que Snow no ha logrado destruir. Guardamos silencio durante el resto del viaje al 13, que sólo dura unos cuarenta y cinco minutos, una simple semana a pie. Resulta que Bonnie y Twill, las refugiadas del Distrito 8 con las que me encontré en el bosque el invierno pasado, no estaban tan lejos de su destino. Sin embargo, parece que no lo consiguieron. Cuando pregunté por ellas en el 13, nadie sabía de quién hablaba. Supongo que murieron en el bosque.

Desde el aire, el 13 parece tan alegre como el 12: las ruinas no echan humo, como el Capitolio nos muestra en la televisión, pero apenas queda vida sobre la superficie. En los setenta y cinco años transcurridos desde los Días Oscuros (cuando se suponía que el 13 había quedado destruido en la guerra entre el Capitolio y los distritos), casi todas las nuevas construcciones se han hecho bajo tierra. Ya había unas instalaciones subterráneas bastante grandes allí, desarrolladas a lo largo de los siglos como refugio clandestino de líderes gubernamentales en caso de guerra o como último recurso para la humanidad si la vida se volvía imposible en la superficie. Lo más importante para la gente del 13 es que se trataba del centro del programa de desarrollo de armas nucleares del Capitolio. Durante los Días Oscuros, los rebeldes del 13 lograron hacerse con el control del lugar, apuntaron con los misiles al Capitolio e hicieron un

trato: se harían los muertos a cambio de que los dejaran en paz. El Capitolio tenía otro arsenal nuclear en el oeste, pero no podía atacar al 13 sin sufrir su venganza, así que se vio obligado a aceptar el trato. El Capitolio demolió los restos visibles del distrito y cortó todos los accesos desde el exterior. Quizá los líderes del Gobierno pensaron que, sin ayuda, el 13 moriría solo. Estuvo a punto de hacerlo unas cuantas veces, pero logró salir adelante gracias a un estricto racionamiento de recursos, una disciplina agotadora y una vigilancia continua ante posibles ataques del exterior.

Ahora los ciudadanos viven bajo tierra casi todo el tiempo. Puedes salir a hacer ejercicio y tomar el sol a unas horas muy concretas de tu horario. No puedes saltarte tu horario. Cada mañana se supone que tienes que meter el brazo derecho en un cacharro de la pared que te tatúa en la parte interior del antebrazo cuál será tu programa para el día. La tinta de color morado enfermizo dicta: «7:00 – Desayuno. 7:30 – Trabajo en la cocina. 8:30 – Centro educativo, aula 17». Etcétera, etcétera. La tinta es indeleble hasta las «22:00 – Aseo». Entonces pierde su cualidad impermeable y puedes quitártela con agua. Las luces se apagan a las 22:30, lo que indica que ha llegado la hora de dormir para todos los que no estén en el turno de noche.

Al principio, cuando estaba enferma en el hospital, podía evitar la impresión del horario. Sin embargo, en cuanto me trasladé al compartimento 307 con mi madre y mi hermana, se suponía que tenía que cumplir el programa. Salvo para ir a comer, hago caso omiso de lo que pone en mi brazo. Me limito a volver al compartimento, a vagar por el 13 o a dormirme en cualquier escondrijo: un conducto de ventilación abandonado, detrás de las tuberías del agua de la lavandería... Hay un armario en el Centro Educativo que me viene genial porque, al parecer, nunca necesitan reponer material para las clases. Aquí son tan frugales con las cosas que desperdiciar algo es casi un delito. Por suerte, los habitantes del Distrito 12 nunca hemos sido muy derrochadores, pero una vez vi a Fulvia Cardew arrugar un trozo de papel en el que sólo había escrito un par de palabras, y la miraron de tal forma que era como si hubiera asesinado a alguien. Se le puso la cara roja como un tomate, lo que hizo que las flores plateadas grabadas en sus rollizas mejillas se notaran todavía más: era la imagen misma del exceso. Uno de mis escasos placeres en el 13 es observar al grupito de mimados «rebeldes» del Capitolio que intentan adaptarse.

No sé durante cuánto tiempo podré seguir despreciando la precisión horaria exigida por mis anfitriones. En estos momentos me dejan en paz porque me han clasificado como mentalmente desorientada (lo dice en mi pulsera médica de plástico) y todos tienen que tolerar mis incoherencias. Sé que no durará para siempre, igual que tampoco puede durar su paciencia con el tema del Sinsajo.

Desde la pista de aterrizaje, Gale y yo bajamos unas escaleras que llevan al compartimento 307. Aunque podríamos usar el ascensor, me recuerda demasiado al que me llevaba a la arena. Me está costando mucho acostumbrarme a pasar tanto

tiempo bajo tierra. Sin embargo, después del surrealista encuentro con la rosa, es la primera vez que este descenso me hace sentir más segura.

Vacilo ante la puerta marcada con el número 307, temiendo las preguntas de mi familia.

—¿Qué les voy a contar sobre el Distrito 12? —le pregunto a Gale.

—Dudo que te pidan detalles. Ellas lo vieron arder, así que estarán más preocupadas por cómo lo lleves tú —me responde, tocándome la mejilla—. Igual que me pasa a mí.

Aprieto la mejilla contra su mano durante un segundo.

—Sobreviviré.

Después respiro hondo y abro la puerta. Mi madre y mi hermana están en casa para «18:00 – Reflexión», una media hora de descanso antes de la cena. Noto que están preocupadas e intentan calcular mi estado emocional. Antes de que nadie pregunte nada, vacío la bolsa de caza y la hora se convierte en «18:00 – Adoración del gato». Prim, llorando, se sienta en el suelo y mece al odioso *Buttercup*, que sólo interrumpe su ronroneo de vez en cuando para bufarme. Me lanza una mirada especialmente petulante cuando mi hermana le ata el lazo azul al cuello.

Mi madre abraza con fuerza la foto de boda y después la coloca, junto con el libro de plantas, en la cómoda proporcionada por el Gobierno. Cuelgo la chaqueta de mi padre en el respaldo de una silla y, por un momento, es como estar en casa, así que supongo que el viaje al Distrito 12 no ha sido una completa pérdida de tiempo.

Cuando salimos hacia el comedor para «18:30 – Cena», el brazaletor de Gale empieza a pitar. Tiene aspecto de reloj o brazalete grande, pero recibe mensajes escritos; tener un brazaletor es un privilegio especial que se reserva a los más importantes para la causa, un estatus que Gale logró por su rescate de los ciudadanos del 12.

—Nos necesitan a los dos en la sala de mando —dice.

Avanzo unos cuantos pasos por detrás de él e intento prepararme antes de sumergirme en lo que seguro será otra implacable sesión sinsajística. Me rezago en la puerta de la sala de mando, una habitación de alta tecnología mezcla de sala de reuniones y sala de guerra, equipada con paredes que hablan, mapas electrónicos que muestran los movimientos de la tropa en distintos distritos y una gigantesca mesa rectangular con cuadros de control que no debo tocar. Sin embargo, nadie nota mi presencia, están todos reunidos en torno a una pantalla de televisión situada en el otro extremo de la sala, en la que se ven veinticuatro horas al día las retransmisiones del Capitolio. Justo cuando estoy pensando en escabullirme, Plutarch, cuyo amplio cuerpo tapaba el televisor, me ve y me hace gestos urgentes para que me acerque. Lo hago a regañadientes, intentando imaginar por qué me iba a interesar a mí, ya que siempre es lo mismo: grabaciones de batallas, propaganda, repeticiones del

bombardeo del Distrito 12 o un siniestro mensaje del presidente Snow. Así que me resulta casi divertido ver a Caesar Flickerman, el eterno presentador de los Juegos del Hambre, con su cara pintada y su traje chispeante, preparándose para hacer una entrevista..., hasta que la cámara se retira y veo que su invitado es Peeta.

Dejo escapar un sonido, la misma combinación de grito ahogado y gruñido que se produce cuando te sumerges en el agua y te falta tanto el oxígeno que duele. Aparto a la gente a empujones y me pongo delante de él, con la mano sobre la pantalla. Busco en sus ojos algún rastro de dolor, cualquier señal de tortura, pero no hay nada. Peeta parece sano hasta el punto de resultar robusto; le brilla la piel, que no tiene defecto alguno, como cuando te arreglan de pies a cabeza. Su gesto es sereno, serio. No logro conciliar esta imagen con la del chico machacado y ensangrentado que atormenta mis sueños.

Caesar se acomoda en el sillón que hay frente a Peeta y lo mira durante un buen rato.

—Bueno..., Peeta..., bienvenido de nuevo.

—Imagino que no pensabas volver a entrevistarme, Caesar —responde Peeta, sonriendo un poco.

—Confieso que no. La noche antes del Vasallaje de los Veinticinco... Bueno, ¿quién iba a pensar que volveríamos a verte?

—No formaba parte de mi plan, eso te lo aseguro —dice Peeta, frunciendo el ceño.

—Creo que a todos nos quedó claro cuál era tu plan —afirma Caesar, acercándose un poco a él—: sacrificarte en la arena para que Katniss Everdeen y tu hijo pudieran vivir.

—Exacto, simple y llanamente. —Peeta recorre con los dedos el diseño de la tapicería del brazo del sillón—. Pero había más gente con planes.

«Sí, otra gente con planes», pienso. ¿Habría averiguado Peeta que los rebeldes nos usaron como marionetas? ¿Que mi rescate se organizó desde el principio? ¿Y, finalmente, que nuestro mentor, Haymitch Abernathy, nos traicionó a los dos en favor de una causa por la que fingía no sentir interés?

En aquel momento de silencio noto las arrugas que se han formado entre las cejas de Peeta: o lo ha averiguado o se lo han dicho. Sin embargo, el Capitolio ni lo ha asesinado ni lo ha castigado. Por el momento, eso supera mis más locas esperanzas, así que me alimento de su buen aspecto, de su salud física y mental, que me corre por las venas como la morfina que me dan en el hospital para mitigar el dolor de las últimas semanas.

—¿Por qué no nos hablas de la última noche en la arena? —sugiere Caesar—. Ayúdanos a aclarar un par de cosas.

Peeta asiente, pero se toma su tiempo para contestar.

—Aquella última noche... Hablarte sobre esa última noche..., bueno, primero tienes que imaginar cómo era estar en la arena. Era como ser un insecto atrapado bajo un cuenco lleno de aire hirviendo. Y jungla por todas partes, jungla verde, viva y en movimiento. Un reloj gigantesco va marcando lo que te queda de vida. Cada hora significa un nuevo horror. Tienes que imaginar que en los últimos dos días han muerto dieciséis personas, algunas de ellas defendiéndote. Al ritmo que van las cosas, los últimos ocho estarán muertos cuando salga el sol. Salvo uno, el vencedor. Y tu plan es procurar no ser tú.

Empiezo a sudar al recordarlo; aparto la mano de la pantalla y la dejo caer muerta junto al costado. Peeta no necesita pincel para pintar imágenes de los Juegos. Sabe trabajar igual de bien con las palabras.

—Una vez en la arena, el resto del mundo se vuelve muy lejano —sigue diciendo—. Todas las personas y cosas que amas o te importan casi dejan de existir. El cielo rosa, los monstruos de la jungla y los tributos que quieren tu sangre se convierten en tu realidad, en la única que importa. Por muy mal que eso te haga sentir, vas a matar a otros seres humanos, porque en la arena sólo se te permite un deseo, y es un deseo muy caro.

—Te cuesta la vida.

—Oh, no, te cuesta mucho más que la vida. ¿Matar a gente inocente? Te cuesta todo lo que eres.

—Todo lo que eres —repite Caesar en voz baja.

La sala guarda silencio y puedo notar que ese silencio se extiende por Panem, una nación entera inclinándose sobre sus televisores, porque nadie había hablado antes sobre cómo es realmente la arena.

—Así que te aferras a tu deseo —sigue Peeta—. Y esa última noche sí, mi deseo era salvar a Katniss, pero, aun sin saber lo de los rebeldes, había algo que fallaba. Todo era demasiado complicado. Me arrepentí de no haber huido con ella antes, aquel mismo día, como me había sugerido. Sin embargo, ya no había forma de evitarlo.

—Estabas demasiado inmerso en el plan de Beetee para electrificar el lago de sal —dice Caesar.

—Demasiado ocupado jugando a alianzas con los demás. ¡No tendría que haberles permitido separarnos! —estalla Peeta—. Ahí fue donde la perdí.

—Cuando te quedaste en el árbol del rayo, mientras Johanna Mason y ella se llevaban el rollo de alambre hasta el agua —aclara Caesar.

—¡No quería hacerlo! —exclama Peeta, sonrojándose de la emoción—. Pero no podía discutir con Beetee sin dar a entender que estábamos a punto de romper la alianza. Cuando se cortó el alambre empezó la locura. Sólo recuerdo algunas cosas: haber intentado encontrarla, ver cómo Brutus mataba a Chaff, matar a Brutus... Sé que ella me llamó. Después el rayo cayó en el árbol y el campo de fuerza que rodeaba

la arena... voló por los aires.

—Lo voló Katniss, Peeta. Ya has visto las grabaciones.

—Ella no sabía lo que estaba haciendo. Ninguno entendíamos el plan de Beetee. Se ve claramente que Katniss intentaba averiguar qué hacer con el alambre — responde Peeta.

—De acuerdo, aunque parece sospechoso, como si formara parte del plan de los rebeldes desde el principio.

Peeta se pone en pie y se inclina sobre la cara de Caesar, agarrando los brazos del sillón de su entrevistador.

—¿En serio? ¿Y formaba parte del plan que Johanna estuviera a punto de matarla? ¿Que la descarga eléctrica la paralizara? ¿Provocar el bombardeo? —añade, gritando—. ¡No lo sabía, Caesar! ¡Lo único que intentábamos los dos era protegernos el uno al otro!

Caesar le pone una mano en el pecho, en un gesto que le servía tanto de protección como de ademán conciliador.

—Vale, Peeta, te creo.

—Vale —responde él. Se aparta de Caesar, retira las manos y se las pasa por el pelo, alborotando el perfecto peinado de sus rizos rubios. Se deja caer en el sillón, angustiado.

Caesar espera un momento y lo observa.

—¿Y vuestro mentor, Haymitch Abernathy?

El gesto de Peeta se endurece.

—No sé qué sabía Haymitch.

—¿Podría haber formado parte de la conspiración?

—Nunca lo mencionó.

—¿Y qué te dice el corazón? —insiste Caesar.

—Que no tendría que haber confiado en él, eso es todo.

No he visto a Haymitch desde que lo atacé en el aerodeslizador y le dejé las largas marcas de mis uñas en la cara. Sé que lo ha pasado mal porque el Distrito 13 prohíbe terminantemente tanto la producción como el consumo de bebidas alcohólicas, hasta el punto de mantener bajo llave el alcohol del hospital. Por fin Haymitch se ve obligado a mantenerse sobrio, sin alijos secretos ni brebajes caseros que le faciliten la transición. Lo tienen recluido hasta que se le pase, y creen que no está presentable para aparecer en público. Debe de ser espantoso, pero dejé de sentir compasión por él cuando me di cuenta de que nos había engañado. Espero que esté viendo la emisión del Capitolio en estos momentos y sepa que Peeta también lo ha abandonado.

Caesar le da unas palmaditas en el hombro.

—Podemos parar, si quieres.

—¿Es que tenemos que hablar de algo más? —dice Peeta, irónico.

—Te iba a preguntar por tu opinión sobre la guerra, pero si estás demasiado afectado...

—Oh, no lo suficiente para no contestar a esa pregunta. —Peeta respira hondo y mira directamente a la cámara—. Quiero que todos me veáis, estéis en el Capitolio o en el lado rebelde, que os detengáis un segundo a pensar sobre lo que podría significar esta guerra para los seres humanos. Casi nos extinguimos luchando entre nosotros la última vez, ahora somos aún menos y estamos en condiciones más difíciles. ¿De verdad es lo que queréis hacer? ¿Que nos aniquilemos por completo? ¿Con la esperanza de... qué? ¿De que alguna especie decente herede los restos humeantes de la tierra?

—No sé... no estoy seguro de seguirte... —dice Caesar.

—No podemos luchar entre nosotros, Caesar —explica Peeta—. No quedará suficiente gente viva para seguir adelante. Si no deponemos todas las armas (y tendría que ser ahora mismo), todo acabará.

—Entonces, ¿estás pidiendo un alto el fuego? —pregunta Caesar.

—Sí, estoy pidiendo un alto el fuego —replica Peeta, cansado—. Y ahora, ¿podemos pedir ya a los guardias que me lleven a mi alojamiento para que pueda construir otros cien castillos de naipes?

Caesar se vuelve hacia la cámara.

—De acuerdo, creo que hemos acabado. Volvemos a nuestra programación habitual.

La música pone fin a la emisión y aparece una mujer leyendo una lista de los productos que escasearán en el Capitolio: fruta fresca, pilas solares, jabón... La observo con una atención desacostumbrada porque sé que todos están esperando mi reacción a la entrevista. Sin embargo, me es imposible procesarlo todo tan deprisa: la alegría de ver sano y salvo a Peeta, su defensa de mi inocencia en el plan rebelde y su innegable complicidad con el Capitolio al pedir un alto el fuego. Oh, hizo que pareciera que condenaba a ambos bandos del conflicto, pero, llegados a este punto, teniendo en cuenta que los rebeldes sólo han conseguido victorias menores, un alto el fuego supondría una vuelta al estado anterior. O algo peor.

Detrás de mí oigo que surgen las acusaciones contra Peeta. Las palabras «traidor», «mentiroso» y «enemigo» rebotan en las paredes. Como no puedo sumarme a la ira de los rebeldes ni rebatirla, decido que lo mejor es largarme. Justo cuando llego a la puerta, la voz de Coin se eleva por encima de las demás.

—No se te ha dado permiso para salir, soldado Everdeen.

Uno de los hombres de Coin me pone una mano en el brazo; aunque no es un gesto agresivo, después de la arena reacciono a la defensiva ante cualquier contacto desconocido, así que aparto el brazo de golpe y salgo corriendo por los pasillos.

Detrás de mí oigo una refriega, pero no me paro. Hago un rápido repaso mental de mis pequeños escondrijos y acabo en el armario de material escolar, hecha un ovillo contra una caja llena de tizas.

—Estás vivo —susurro, llevándome la mano a las mejillas, notando una sonrisa tan amplia que debe de parecer una mueca. Peeta está vivo. Y es un traidor. Sin embargo, ahora mismo no me importa lo que sea, ni lo que diga, ni para quién lo diga; sólo que sigue siendo capaz de hablar.

Al cabo de un rato se abre la puerta y alguien entra. Gale se sienta a mi lado; le sangra la nariz.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Me interpuse en el camino de Boggs —responde él, encogiéndose de hombros. Le limpio la nariz con la manga—. ¡Cuidado!

Intento ser más delicada, dar golpecitos en vez de restregar.

—¿Cuál de ellos es?

—Bueno, ya lo sabes, el lacayo favorito de Coin, el que intentó pararte. —Me quita la mano—. ¡Déjalo! Vas a conseguir que me desangre.

El goteo se ha convertido en todo un chorro, así que me rindo.

—¿Te has peleado con Boggs?

—No, sólo le he bloqueado la puerta cuando intentó seguirte. Su codo me acertó en la nariz —responde Gale.

—Seguramente te castigarán.

—Ya lo han hecho —responde, enseñándome la muñeca, y yo me quedo mirándola sin entenderlo—. Coin me ha quitado el brazalecador.

Me muerdo el labio para intentar mantenerme seria, pero me resulta tan ridículo...

—Lo siento, soldado Gale Hawthorne.

—No lo sientas, soldado Katniss Everdeen —responde, sonriendo—. La verdad es que me sentía muy estúpido yendo a todas partes con ese cacharro. —Los dos empezamos a reírnos—. Creo que ha sido una degradación en toda regla.

Es una de las pocas cosas buenas del 13: haber recuperado a Gale. Como ya no estamos bajo la presión del matrimonio concertado del Capitolio entre Peeta y yo, hemos vuelto a nuestra antigua amistad. Él no lo fuerza, no intenta besarme ni hablar de amor. O yo he estado demasiado enferma o él está dispuesto a darme espacio, o simplemente sabe que sería demasiado cruel, teniendo en cuenta que Peeta está en manos del Capitolio. Sea cual sea la razón, vuelvo a tener a alguien a quien contar mis secretos.

—¿Quiénes son estas personas?

—Somos nosotros si hubiéramos contado con armas nucleares en vez de con unos cuantos trozos de carbón —me responde.

—Quiero pensar que el 12 no habría abandonado al resto de los rebeldes en los Días Oscuros.

—Puede que lo hubiéramos hecho de haber sido cuestión de rendirse o iniciar una guerra nuclear. En cierto modo, es asombroso que sobrevivieran.

Quizá sea porque sigo teniendo las cenizas de mi distrito en los zapatos, pero, por primera vez, estoy dispuesta a ver en los del 13 algo que no les había visto hasta ahora: mérito. Por seguir vivos contra todo pronóstico. Sus primeros años tuvieron que ser terribles, acurrucados en las cámaras subterráneas después de que los bombardeos redujeran su ciudad a polvo. La población diezmada, sin posibilidad de pedir ayuda a algún aliado. A lo largo de los últimos setenta y cinco años han aprendido a ser autosuficientes, han convertido a sus ciudadanos en un ejército y han construido una nueva sociedad sin ayuda de nadie. Serían aún más poderosos si esa epidemia de varicela no hubiera reducido su índice de natalidad y no estuvieran tan desesperados por aumentar su reserva genética y sus criaderos. Quizá sean militaristas, demasiado organizados y algo faltos de sentido del humor, pero aquí siguen, y están dispuestos a derrocar al Capitolio.

—De todos modos, han tardado mucho en aparecer —digo.

—No fue fácil, tenían que organizar una base rebelde en el Capitolio y montar una red clandestina en los distritos. Después necesitaban a alguien que lo pusiera todo en marcha. Te necesitaban a ti.

—Necesitaban a Peeta también, aunque parece que se les ha olvidado.

—Peeta puede haber causado mucho daño hoy —responde Gale con el rostro ensombrecido—. La mayoría de los rebeldes no harán caso de lo que ha dicho, claro, pero hay distritos en los que la resistencia es más inestable. No cabe duda de que el alto el fuego ha sido idea del presidente Snow. El problema es que, en boca de Peeta, suena muy razonable.

Temo la respuesta de Gale, pero lo pregunto de todos modos:

—¿Por qué crees que lo ha dicho?

—Puede que lo hayan torturado o persuadido. Yo creo que ha hecho algún trato para protegerte. Habrá aceptado la idea del alto el fuego a cambio de que Snow lo dejara presentarte como una chica embarazada y aturdida que no tenía ni idea de lo que pasaba cuando los rebeldes la tomaron prisionera. Así, si los distritos pierden, todavía tendrías una oportunidad. Si sabes aprovecharla. —Debo de tener cara de perplejidad, porque Gale dice la siguiente frase muy despacio—: Katniss..., todavía intenta mantenerte con vida.

¿Mantenerme con vida? Entonces lo entiendo: los Juegos no han terminado. Salimos de la arena, pero como no nos mataron, su último deseo de proteger mi vida sigue en pie. Su idea es que yo no destaque, que permanezca a salvo y encerrada mientras transcurre la guerra. Así ninguno de los dos bandos tendrá motivos para

matarme. ¿Y Peeta? Si ganan los rebeldes, será desastroso para él; y si gana el Capitolio, ¿quién sabe? Quizá nos permitan vivir a los dos (si juega bien sus cartas) para que veamos cómo continúan los Juegos...

Me pasan varias imágenes por la cabeza: la lanza perforando el cuerpo de Rue en la arena, Gale colgado del poste de los latigazos, el páramo cubierto de cadáveres que antes era mi hogar. ¿Y para qué? ¿Para qué? Se me calienta la sangre y recuerdo otras cosas: la primera vez que intuyo un levantamiento, en el Distrito 8; los vencedores de la mano la noche antes del Vasallaje de los Veinticinco; y que no fue un accidente que disparara la flecha al campo de fuerza de la arena. Estaba deseando clavarla en lo más profundo del corazón de mi enemigo.

Me levanto de golpe y tiro una caja de cien lápices, que se desperdigan por el suelo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Gale.

—No puede haber un alto el fuego —respondo antes de agacharme para meter los palitos de grafito gris oscuro en su caja—. No podemos retroceder.

—Lo sé —responde Gale mientras agarra un puñado de lápices y los alinea perfectamente dándoles golpecitos en el suelo.

—Sea cual sea la razón por la que lo ha dicho, Peeta se equivoca.

Los estúpidos palitos no se meten en la caja, y mi frustración me hace romper unos cuantos.

—Lo sé. Dámelos, vas a hacerlos pedazos.

Gale me quita la caja y la vuelve a llenar con movimientos rápidos y precisos.

—No sabe lo que han hecho con el 12. Si hubiera visto lo que había en el suelo... —empiezo.

—Katniss, no te lo estoy discutiendo. Si pudiera pulsar un botón y matar a todas y cada una de las personas que trabajan para el Capitolio, lo haría sin dudar —afirma; después mete el último lápiz en la caja y la cierra—. La cuestión es: ¿qué vas a hacer tú?

Resulta que la pregunta a la que había estado dando tantas vueltas sólo tenía una respuesta posible, aunque para reconocerlo me ha hecho falta ver la estratagema que Peeta había montado por mí.

«¿Qué voy a hacer?».

Respiro hondo. Subo un poco los brazos (como si recordara las alas negras y blancas que me dio Cinna) y los dejo caer a los lados.

—Voy a ser el Sinsajo.



Los ojos de *Buttercup* reflejan la tenue luz de la bombilla de seguridad que hay sobre la puerta. Está tumbado en el hueco del brazo de Prim, de vuelta a su trabajo de protegerla de la noche. Mi hermana está acurrucada junto a mi madre; dormidas tienen el mismo aspecto que la mañana de la cosecha que me llevó a mis primeros Juegos. Yo tengo una cama para mí sola porque estoy recuperándome y porque, de todos modos, nadie puede dormir conmigo con tantas pesadillas y patadas.

Después de dar vueltas durante horas, por fin acepto que pasaré la noche en vela, así que, bajo la atenta mirada de *Buttercup*, voy de puntillas por el frío suelo de baldosas hasta la cómoda.

El cajón del centro contiene la ropa que me han dado aquí. Todos vestimos los mismos pantalones y camisas grises, con la camisa metida por dentro. Debajo de la ropa guardo las pocas cosas que llevaba cuando me sacaron de la arena: mi insignia del sinsajo; el símbolo de Peeta, el medallón de oro con fotos de Prim, Gale y mi hermana; un paracaídas plateado con la espita para sacar agua de los árboles; y la perla que Peeta me dio unas horas antes de que mi flecha hiciera volar por los aires el campo de fuerza. El Distrito 13 confiscó mi tubo de pomada dermatológica para usarla en el hospital, y mi arco y mis flechas porque sólo los guardias pueden llevar armas. Los tienen a buen recaudo en la armería.

Tanteo en busca del paracaídas y meto los dedos dentro hasta dar con la perla. Después me siento en mi cama con las piernas cruzadas y me acaricio los labios con la suave superficie irisada de la perla. No sé por qué, pero me calma; es como un frío beso de la persona que me la regaló.

—¿Katniss? —susurra Prim. Está despierta y me mira a través de la oscuridad—. ¿Qué te pasa?

—Nada, un mal sueño. Vuelve a dormir.

Es automático, siempre aparto a Prim y a mi madre para protegerlas.

Con cuidado de no despertar a nuestra madre, Prim se baja de la cama, recoge a *Buttercup* y se sienta a mi lado. Me toca la mano en la que tengo la perla.

—Estás fría —me dice; saca una manta extra de los pies de la cama, nos enrolla con ella a los tres, y me envuelve también en su calor y el calor del pellejo de *Buttercup*—. Podrías contármelo, ¿sabes? Se me da bien guardar secretos, no se lo diría a nadie. Ni siquiera a mamá.

Entonces se ha ido de verdad, se ha ido la niña pequeña a la que le colgaba la blusa como si fuera la colita de un pato, la que necesitaba ayuda para llegar a los platos, la que suplicaba ver los pasteles glaseados del escaparate de la panadería. El tiempo y la tragedia la han obligado a crecer demasiado deprisa, al menos para mi gusto, y ahora es una joven que sutura heridas sangrantes y sabe que nuestra madre no puede enterarse de todo.

—Mañana por la mañana voy a aceptar convertirme en el Sinsajo —le confieso.

—¿Porque quieres o porque te ves obligada?

—Las dos cosas, supongo —respondo, entre risas—. No, quiero hacerlo. Tengo que hacerlo si ayuda a que los rebeldes derroten a Snow. —Aprieto la perla con fuerza en el puño—. Pero es que... Peeta... Temo que los rebeldes lo ejecuten por traidor si ganamos.

Prim se lo piensa un poco.

—Katniss, no creo que entiendas lo importante que eres para la causa, y la gente importante suele conseguir lo que desea. Si quieres mantener a Peeta a salvo de los rebeldes, puedes.

Supongo que soy importante. Se tomaron muchas molestias para rescatarme y, además, me llevaron al 12.

—¿Quieres decir... que podría exigir que otorguen inmunidad a Peeta? ¿Y tendrían que aceptar?

—Creo que podrías exigir lo que quisieras y ellos tendrían que aceptarlo —afirma Prim, arrugando la frente—. Pero ¿cómo puedes asegurarte de que mantengan su palabra?

Recuerdo todas las mentiras que Haymitch nos contó a Peeta y a mí para conseguir lo que quería. ¿Cómo lograr que los rebeldes no rompan el trato? Una promesa verbal detrás de puertas cerradas o una promesa en papel podrían evaporarse después de la guerra. Podrían negar su existencia o su validez, y los testigos en la sala de mando no servirían de nada. De hecho, seguramente serían los que firmaran la sentencia de muerte de Peeta. Necesito un grupo de testigos mucho mayor. Necesito todos los que pueda.

—Será en público —digo en voz alta. *Buttercup* da un rabotazo, como si estuviera de acuerdo—. Haré que Coin lo anuncie delante de toda la población del 13.

—Eso suena bien —responde Prim, sonriendo—. No es una garantía, pero será mucho más difícil que se retracten.

Siento el alivio de haber llegado a una solución real.

—Debería despertarte más a menudo, patito.

—Ojalá lo hicieras —dice Prim, y me da un beso—. Intenta dormir, ¿vale?

Y lo hago.

Por la mañana veo que tengo «7:00 – Desayuno», seguido inmediatamente de

«7:30 – Mando», lo que me viene bien, ya que será mejor que empiece lo antes posible. En el comedor paso mi horario, que incluye algún número de identificación, por delante de un sensor. Mientras deslizo la bandeja por el estante metálico detrás del que se encuentran los contenedores de comida, veo que el desayuno es tan predecible como siempre: un cuenco de cereales calientes, una taza de leche y un puñadito de fruta o verdura. Hoy: puré de nabos. Todo ello sale de las granjas subterráneas del 13. Me siento en la mesa asignada a los Everdeen, los Hawthorne y algunos otros refugiados, y me trago la comida deseando repetir, pero aquí nunca se repite. Han convertido la nutrición en una ciencia exacta, tienes que consumir las calorías suficientes para llegar a la siguiente comida, ni más ni menos. El tamaño de las raciones se basa en tu edad, tu altura, tu constitución, tu salud y la cantidad de trabajo físico que exige tu horario. La gente del 12 recibe porciones algo más grandes que los nativos del 13 para que ganemos algo de peso. Supongo que los soldados esqueléticos se cansan demasiado deprisa. Sin embargo, funciona; en un mes empezamos a parecer más sanos, sobre todo los niños.

Gale coloca su bandeja junto a la mía, y yo intento no quedarme mirando sus nabos con cara penosa, porque estoy deseando comer más y él siempre me pasa su comida a la mínima de cambio. Aunque me concentro en doblar con mucho primor la servilleta, una cucharada de nabos aterriza en mi cuenco.

—Tienes que dejar de hacer esto —le digo, pero como ya estoy comiéndomelo, no resulta muy convincente—. De verdad. Seguro que es ilegal o algo así.

Tienen normas muy estrictas sobre la comida. Por ejemplo, si no te terminas algo y quieres guardarlo para después, no puedes sacarlo del comedor. Al parecer, en los primeros días hubo algún incidente con la gente que acaparaba comida. Para unas personas como Gale y como yo, que llevamos años suministrando comida a nuestras familias, es difícil. Sabemos pasar hambre, pero no que nos digan cómo manejar las provisiones que tenemos. En cierto modo, el Distrito 13 es más controlador que el Capitolio.

—¿Qué van a hacer? Ya me han quitado el brazalector —responde Gale.

Mientras rebaño el cuenco tengo un momento de inspiración:

—Oye, quizá debería poner eso como condición para ser el Sinsajo.

—¿Que pueda darte mi puré de nabos?

—No, que podamos cazar —digo, captando su atención—. Tendríamos que entregarlo todo en la cocina, pero podríamos... —No tengo que terminar la frase: podríamos estar al aire libre, en el bosque, volver a ser nosotros mismos.

—Hazlo. Ahora es el momento, podrías pedir la luna y tendrían que encontrar la forma de bajártela.

No sabe que ya voy a pedirles la luna cuando exija el perdón de Peeta. Antes de decidir si se lo cuento o no, un timbre marca el final del turno de comedor. La idea de

enfrentarme a Coin sola me pone nerviosa.

—¿Qué tienes en tu horario?

Gale se mira el brazo:

—Clase de historia nuclear. Donde, por cierto, se ha notado tu ausencia.

—Tengo que ir a la sala de mando, ¿vienes conmigo?

—Vale, pero quizá me echen después de lo de ayer.

Cuando vamos a soltar las bandejas, añade:

—¿Sabes? Será mejor que metas a *Buttercup* en tu lista de exigencias. No creo que aquí conozcan bien el concepto de mascotas inútiles.

—Oh, le encontrarán un trabajo. Le tatuarán la pata todas las mañanas — respondo, pero tomo nota mental de incluirlo, por Prim.

Al llegar a la sala de mando, Coin, Plutarch y los suyos ya están reunidos. La aparición de Gale hace que algunos arqueen las cejas, pero nadie lo echa. Mis notas mentales se han hecho un lío, así que pido papel y lápiz nada más llegar. Mi aparente interés en el proceso (la primera vez que lo demuestro desde que llegué aquí) los pillan por sorpresa. Se miran entre ellos. Seguramente me tenían preparado un sermón superespecial, sin embargo, Coin en persona me pasa el material, y todos guardan silencio mientras me siento y me pongo a garabatear la lista: «*Buttercup*. Cazar. Inmunidad de Peeta. Anunciado en público».

Ya está. Es probable que se trate de mi única oportunidad para negociar.

«Piensa, ¿qué más quieres?».

Lo noto a mi lado, de pie, y añado «Gale» a la lista. Creo que no podría hacer esto sin él.

Empieza a dolerme la cabeza otra vez y mis ideas se enredan. Cierro los ojos y empiezo a recitar en silencio: «Me llamo Katniss Everdeen. Tengo diecisiete años. Mi casa está en el Distrito 12. Estuve en los Juegos del Hambre. Escapé. El Capitolio me odia. A Peeta lo capturaron. Está vivo. Es un traidor, pero está vivo. Tengo que mantenerlo con vida...».

La lista. Sigue pareciendo demasiado corta, debería intentar pensar con más perspectiva, más allá de nuestra situación actual, en un futuro en el que quizá yo ya no valga nada. ¿No debería pedir más? ¿Por mi familia? ¿Por el resto de los míos? Las cenizas de los muertos hacen que me pique la piel. Recuerdo el enfermizo sonido de mi pie al dar contra la calavera; el aroma de la sangre y las rosas me agujonea la nariz.

El lápiz se mueve solo por la página. Abro los ojos y veo las letras temblorosas: «Yo mato a Snow». Si lo capturan, quiero ese privilegio.

Plutarch tose con discreción:

—¿Ya has terminado?

Levanto la mirada y miro la hora: llevo sentada aquí veinte minutos. Finnick no

es el único con problemas de concentración.

—Sí —respondo con voz ronca, así que me aclaro la garganta—. Sí, éste es el trato: seré vuestro Sinsajo.

Espero a que terminen con sus suspiros de alivio, sus palabras de felicitación y sus palmaditas en la espalda. Coin permanece tan impasible como siempre, observándome, poco impresionada.

—Pero tengo algunas condiciones —continúo, alisando la hoja—. Mi familia se queda con nuestro gato.

Esa petición, la más insignificante, da lugar a un gran debate. Los rebeldes del Capitolio no le dan importancia, claro que puedo quedarme mi mascota, mientras que los del 13 enumeran las extremas dificultades que eso presenta. Al final se decide que nos mudemos al nivel superior, que cuenta con el lujo de una ventana de veinte centímetros que da al exterior. *Buttercup* puede entrar y salir a hacer sus cosas, y se espera de él que se busque comida por su cuenta. Si se salta el toque de queda, lo dejan fuera. Si provoca problemas de seguridad, le pegarán un tiro de inmediato.

Me suena bien, no difiere mucho de su forma de vida desde que nos fuimos, salvo por lo del tiro. Si lo veo demasiado delgado, siempre puedo pasarle algunas tripas si acceden a mi siguiente petición.

—Quiero cazar. Con Gale. En el bosque —digo, y todos guardan silencio.

—No iremos lejos, usaremos nuestros propios arcos y podéis usar la carne en la cocina —añade Gale.

Me apresuro a seguir hablando antes de que digan que no.

—Es que... no puedo respirar aquí encerrada como un... Me pondría mejor más deprisa si... si pudiera cazar.

Plutarch empieza a explicar los inconvenientes (los peligros, la seguridad adicional, el riesgo de heridas), pero Coin lo corta.

—No, dejad que lo hagan. Dadles un par de horas al día, las descontaremos de su tiempo de entrenamiento. Un radio de medio kilómetro con unidades de comunicación y dispositivos de seguimiento en los tobillos. ¿Qué más?

Repaso la lista:

—Gale. Lo necesito a mi lado para hacer esto.

—¿A tu lado cómo? ¿Fuera de cámara? ¿En todo momento? ¿Quieres que lo presentemos como tu nuevo amante? —pregunta Coin.

No lo ha dicho en tono burlón, sino todo lo contrario, de manera muy práctica, pero se me abre la boca igual.

—¿Qué?

—Creo que tendríamos que seguir con el romance actual. Si abandona tan deprisa a Peeta puede que la audiencia pierda simpatía por ella —dice Plutarch—. Sobre todo porque creen que está embarazada.

—Cierto. Entonces, en pantalla Gale puede ser un compañero rebelde más. ¿Te parece bien? —dice Coin, y yo me quedo mirándola; ella lo repite, impaciente—: Para Gale, ¿es suficiente?

—Siempre podemos presentarlo como tu primo —dice Fulvia.

—No somos primos —respondemos Gale y yo a la vez.

—Ya, pero quizá deberíamos mantenerlo delante de las cámaras, por las apariencias —dice Plutarch—. Fuera de cámara, es todo tuyo. ¿Algo más?

Me ha puesto nerviosa el giro de la conversación, la insinuación de que estaría dispuesta a deshacerme de Peeta, de que estoy enamorada de Gale, de que todo ha sido puro teatro. Me empiezan a arder las mejillas. Resulta humillante que crean que dedico tiempo a pensar en quién quiero que presenten como mi amante, teniendo en cuenta las circunstancias actuales.

—Cuando acabe la guerra, si ganamos, indultaréis a Peeta.

Silencio total. Noto que Gale se tensa, supongo que debería habérselo dicho antes, pero no estaba segura de su reacción, ya que tenía que ver con Peeta.

—No se le castigará de ninguna forma —sigo diciendo, y se me ocurre añadir algo más—. Lo mismo vale para los demás tributos capturados, Johanna y Enobaria.

La verdad es que no me importa Enobaria, la cruel tributo del Distrito 2; de hecho, no la soporto, pero me parece mal dejarla fuera.

—No —responde Coin sin más.

—Sí —replico—. No es culpa suya que los abandonaseis en la arena. ¿Quién sabe lo que les estará haciendo el Capitolio?

—Se les juzgará junto con los demás criminales de guerra y se les tratará como disponga el tribunal —dice ella.

—¡Se les garantizará la inmunidad! —Me levanto de la silla con voz potente—. Tú en persona lo prometerás delante de toda la población del Distrito 13 y lo que queda del 12. Pronto. Hoy. Quedará grabado para generaciones futuras. Tanto tú como tu Gobierno os haréis responsables de su seguridad, ¡o tendréis que buscaros a otro Sinsajo!

Mis palabras quedan flotando en el aire un largo instante.

—¡Ésa es ella! —oigo que Fulvia susurra a Plutarch—. Justo ahí, con el disfraz, los disparos de fondo y un poco de humo.

—Sí, eso es lo que queremos —responde Plutarch en voz baja.

Me gustaría lanzarles una mirada asesina, pero creo que sería un error apartar la vista de Coin. Veo que calcula el coste de mi ultimátum, que sopesa si lo merezco.

—¿Qué dices, presidenta? —pregunta Plutarch—. Podrías conceder un perdón oficial, dadas las circunstancias. El chico... ni siquiera es mayor de edad.

—De acuerdo —dice al fin Coin—. Pero será mejor que cumplas.

—Cumpliré cuando hayas hecho el anuncio —respondo.

—Convocad una asamblea de seguridad nacional durante la hora de reflexión de hoy —ordena—. Haré el anuncio entonces. ¿Queda algo en tu lista, Katniss?

Tengo el papel hecho una bola en mi puño derecho, así que aliso la hoja sobre la mesa y leo las irregulares letras.

—Sólo una cosa más: yo mato a Snow.

Por primera vez veo la sombra de una sonrisa en los labios de la presidenta.

—Cuando llegue el momento, las dos lo echaremos a suertes —responde.

Quizá esté en lo cierto, la verdad es que no soy la única con derecho a reclamar la vida de Snow, y creo que ella es perfectamente capaz de hacer el trabajo.

—Me parece justo —transijo.

Coin mira brevemente su brazo y el reloj. Ella también tiene que seguir un horario.

—La dejo en tus manos, Plutarch.

Sale de la sala, seguida de su equipo, y nos quedamos Plutarch, Fulvia, Gale y yo misma.

—Excelente, excelente —dice Plutarch, dejándose caer en la silla con los codos en la mesa, restregándose los ojos—. ¿Sabes lo que echo de menos más que nada? El café. ¿Tan impensable es tener algo con lo que tragar mejor las gachas y los nabos?

—No sabíamos que aquí serían tan estrictos —nos explica Fulvia mientras masajea los hombros de Plutarch—. No en los puestos más elevados.

—O que al menos contaríamos con la opción de hacer algo al margen —añade Plutarch—. Bueno, incluso en el 12 teníais un mercado negro, ¿no?

—Sí, el Quemador —dice Gale—. Allí es donde intercambiábamos.

—¿Lo ves? ¡Y mira lo éticos que habéis salido los dos! Prácticamente incorruptibles. —Plutarch suspira—. Oh, bueno, las guerras no duran para siempre. En fin, me alegra teneros en el equipo —comenta, y se dispone a aceptar el enorme cuaderno encuadernado en cuero que Fulvia le ofrece—. Ya sabes, a grandes rasgos, lo que esperamos de ti, Katniss. Sé que no estás del todo conforme con tu participación. Espero que esto te ayude.

Plutarch me pasa el cuaderno. Durante un instante lo miro con suspicacia, pero la curiosidad me puede y lo abro. En el interior hay un retrato de mí, firme y fuerte, con un uniforme negro. Sólo existe una persona capaz de haber diseñado el traje, que a primera vista parece muy práctico, pero que resulta ser una obra de arte: la caída del casco, la curva del peto, el ligero abullonado de las mangas que deja ver los pliegues blancos bajo los brazos... En sus manos, vuelvo a ser un sinsajo.

—Cinna —susurro.

—Sí, me hizo prometer no enseñártelo hasta que decidieras por ti misma ser el Sinsajo. Créeme, ha sido una gran tentación —dice Plutarch—. Venga, echa un vistazo.

Paso las páginas despacio, examinando todos los detalles del uniforme: las minuciosas capas de blindaje, las armas ocultas en las botas y el cinturón, el refuerzo especial sobre el corazón... En la última página, bajo el boceto de mi insignia del sinsajo, Cinna ha escrito: «Todavía apuesto por ti».

—¿Cuándo...? —empiezo, pero me falla la voz.

—Veamos... Bueno, después del anuncio del Vasallaje de los Veinticinco. ¿Unas cuantas semanas antes de los Juegos, quizá? Además de los bocetos, tenemos tus uniformes. Oh, y Beetee tiene algo muy especial esperándote en la armería. No te daré pistas, no quiero arruinar la sorpresa.

—Vas a ser la rebelde mejor vestida de la historia —dice Gale, sonriendo. De repente me doy cuenta de que había estado aguantándose. Igual que Cinna, desde el principio quería que tomara esta decisión.

—Nuestro plan es lanzar un asalto a las ondas —dice Plutarch—. Hacer lo que nosotros llamamos «propos» (abreviatura de *spots* de propaganda) en los que salgas tú y emitirlos para que los vea todo Panem.

—¿Cómo? El Capitolio controla las emisiones —dice Gale.

—Pero nosotros tenemos a Beetee. Hace unos diez años básicamente rediseñó la red subterránea que transmite toda la programación. Cree que existe una posibilidad real de conseguirlo. Obviamente, necesitaremos algo que emitir, así que, Katniss, el estudio te espera cuando quieras. ¿Fulvia? —añade después, dirigiéndose a su ayudante.

—Plutarch y yo hemos estado hablando sobre cómo demonios enfocar esto. Creemos que lo mejor sería construir a nuestro líder rebelde, construirte a ti, desde fuera... hacia dentro. Es decir, vamos a buscarte el look de Sinsajo más despampanante que podamos ¡y después te fabricaremos una personalidad que esté a la altura! —exclama Fulvia alegremente.

—Ya tenéis su uniforme —comenta Gale.

—Sí, pero ¿está Katniss herida y ensangrentada? ¿Arde en ella el fuego de la rebelión? ¿Hasta qué punto podemos ensuciarla sin repugnar a los espectadores? En cualquier caso, tiene que impresionar. Es decir, está claro que esto... —dice Fulvia, atrapándose rápidamente la cara entre las manos— no nos sirve. —Aparto la cara por reflejo, pero ella ya está recogiendo sus cosas—. Por tanto, con eso en mente, tenemos otra sorpresita para ti. Venid, venid.

Fulvia nos hace un gesto, y Gale y yo la seguimos a ella y a Plutarch al pasillo.

—A veces las mejores intenciones pueden resultar muy insultantes —me susurra Gale.

—Bienvenido al Capitolio —contesto en voz baja.

Sin embargo, las palabras de Fulvia no me afectan. Abrazo con fuerza el cuaderno de bocetos y me permito tener esperanza. Si Cinna lo quería, debe de ser la decisión

acertada.

Subimos al ascensor, y Plutarch consulta sus notas.

—Veamos, es el compartimento tres, nueve, cero, ocho.

Pulsa el botón que pone «39», pero no pasa nada.

—Tendrás que meter la llave —comenta Fulvia.

Plutarch saca una llave que lleva colgada de una delgada cadena bajo la camisa y la mete en una rendija que no había visto antes. Las puertas se cierran.

—Ah, ya estamos.

El ascensor desciende diez, veinte, treinta y tantas plantas, aunque yo creía que el Distrito 13 no abarcaba tanto. Al parar, las puertas se abren a un pasillo lleno de puertas rojas que casi parecen decorativas comparadas con las grises de los pisos superiores. Cada una lleva un número: 3901, 3902, 3903...

Cuando salimos, me vuelvo y veo que unas rejas metálicas se cierran sobre las puertas normales del ascensor. Al mirar de nuevo adelante, un guardia ha salido de una de las habitaciones del otro extremo del pasillo. Una puerta se cierra en silencio detrás de él mientras se acerca a nosotros.

Plutarch se acerca a saludarlo levantando una mano, y el resto lo seguimos. Aquí hay algo que no encaja; es algo más que el ascensor blindado, la claustrofobia de estar a tantos metros bajo tierra y el olor a antiséptico. Con sólo mirar a Gale sé que él también lo nota.

—Buenos días, estábamos buscando... —empieza a decir Plutarch.

—Se han equivocado de planta —lo interrumpe el guardia.

—¿En serio? —pregunta Plutarch, consultando sus notas—. Tengo aquí apuntada la tres, nueve, cero, ocho. ¿Podría hacer una llamada a...?

—Me temo que debo pedirles que se marchen ahora mismo. Las discrepancias en las asignaciones se solucionan en las oficinas centrales —dice el guardia.

Está justo delante de nosotros, el compartimento 3908, a unos cuantos pasos. La puerta (de hecho, todas las puertas) parecen incompletas. No tienen pomos. Se abrirán al empujarlas como la que ha utilizado el guardia.

—¿Y dónde era eso, por favor? —pregunta Fulvia.

—Encontrarán las oficinas centrales en el nivel siete —responde el guardia mientras extiende los brazos para acorralarnos de vuelta al ascensor.

Del otro lado de la puerta 3908 me llega un sonido, un gemido muy débil, como un perro asustado que intenta evitar que le peguen, aunque con un tono muy humano y familiar. Miro a Gale a los ojos un segundo, pero con eso basta para dos personas que funcionan como nosotros. Dejo caer el cuaderno de Cinna a los pies del guardia haciendo mucho ruido. Un segundo después de que se agache a recuperarlo, Gale también se agacha y se choca a posta con su cabeza.

—Oh, lo siento —dice, soltando una risita y agarrándose a los brazos del guardia

como si pretendiera recuperar el equilibrio, aunque lo que en realidad hace es volverlo un poco para que no me vea.

Es mi oportunidad, paso corriendo junto al guardia distraído, abro la puerta que pone 3908 y allí me los encuentro, medio desnudos, llenos de moratones y esposados a la pared.

Mi equipo de preparación.



El hedor a cuerpos sucios, orina rancia e infección me llega a través de la nube de antiséptico. La única forma de reconocerlos son sus alteraciones más notables en pro de la moda: los tatuajes faciales dorados de Venia, los tirabuzones naranjas de Flavius y la perenne piel verde claro de Venia, que ahora cuelga un poco, como si su cuerpo fuera un globo desinflándose lentamente.

Al verme, Flavius y Octavia se aplastan contra la pared de azulejos como si esperasen un ataque, aunque yo nunca les he hecho daño. Lo peor que les he hecho es pensar maldades sobre ellos que jamás dije en voz alta, así que ¿por qué retroceden?

El guardia me ordena que salga, pero, por el movimiento posterior, sé que Gale ha logrado detenerlo. Me dirijo a Venia en busca de respuestas porque siempre ha sido la más fuerte. Me agacho y le tomo las manos heladas, que se aferran a las mías como un torno.

—¿Qué ha pasado, Venia? ¿Qué hacéis aquí?

—Nos sacaron del Capitolio —responde ella con voz ronca.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —pregunta Plutarch, entrando en la habitación.

—¿Quién os sacó? —insisto.

—Gente —responde ella sin precisar—. La noche que huiste.

—Nos pareció que quizá te reconfortaría tener a tu equipo de siempre —dice Plutarch detrás de mí—. Lo solicitó Cinna.

—¿Cinna solicitó esto? —le salto, porque si hay algo que sé es que Cinna nunca habría aprobado que abusaran así de estos tres, teniendo en cuenta la paciencia y la amabilidad con las que los trataba él—. ¿Por qué los tienen como a criminales?

—Te aseguro que no lo sé.

Algo en su voz hace que me lo crea, y la palidez de Fulvia lo confirma. Plutarch se vuelve hacia el guardia, que acaba de aparecer en la puerta con Gale detrás y le dice:

—Sólo me contaron que los habían encerrado. ¿Por qué los están castigando?

—Por robar comida —responde el guardia—. Tuvimos que retenerlos después de un altercado por un trozo de pan.

Venia junta las cejas como si intentara encontrarle el sentido.

—Nadie nos decía nada. Teníamos mucha hambre. Sólo cogió una rebanada.

Octavia, temblorosa, empieza a sollozar y ahoga el sonido en su andrajosa túnica.

Me acuerdo de que la primera vez que sobreviví a la arena Octavia me pasó un panecillo por debajo de la mesa porque no soportaba verme con hambre. Me arrastro hasta ella.

—¿Octavia? —le digo, pero, al tocarle el brazo, da un respingo—. ¿Octavia? No va a pasar nada. Te sacaré de aquí, ¿vale?

—Esto parece demasiado extremo —dice Plutarch.

—¿Es porque se llevaron una rebanada de pan? —pregunta Gale.

—Hubo repetidas infracciones anteriormente. Se les advirtió, pero robaron más pan —explica el guardia; hace una pausa, como si no entendiera nuestro enfado—. No se puede robar pan.

No logro que Octavia se descubra la cara, pero la levanta un poco. Las esposas se le resbalan un poquito por las muñecas y dejan al descubierto las rozaduras en carne viva que hay debajo.

—Os voy a llevar con mi madre —les aseguro, y me dirijo al guardia—. Desencadénelos.

—No tengo autorización —responde el guardia, sacudiendo la cabeza.

—¡Que los desencadenes! ¡Ahora!

Mi grito le hace perder la compostura; los ciudadanos medios no lo tratan así.

—No tengo órdenes de liberarlos, y tú no tienes autoridad para...

—Hazlo con la mía —interviene Plutarch—. De todos modos, veníamos a recogerlos, los necesitan en Defensa Especial. Yo asumo toda la responsabilidad.

El guardia sale para hacer una llamada y vuelve con unas llaves. Los del equipo de preparación llevan tanto tiempo apretujados que, cuando les quitan las esposas, les cuesta caminar. Gale, Plutarch y yo tenemos que ayudarlos. El pie de Flavius se engancha en una rejilla metálica sobre una abertura circular en el suelo, y se me encoge el estómago cuando caigo en por qué una habitación necesita un desagüe. Las manchas de miseria humana que deben de haberse limpiado a manguerazos de estas paredes de azulejos blancos...

En el hospital busco a mi madre, la única en la que confío para cuidar de ellos. Tarda un minuto en reconocerlos, dadas sus condiciones actuales, pero se la ve consternada, y sé que no es por lo mal que están, porque ha sido testigo de cosas peores en el Distrito 12, sino por darse cuenta de que este tipo de cosas también ocurren en el 13.

A mi madre la recibieron bien en el hospital, aunque la consideran más una enfermera que un médico, a pesar de llevar toda la vida curando gente. Sin embargo, nadie se mete cuando guía al trío a una sala de reconocimiento para evaluar sus heridas. Me coloco en un banco del pasillo a la entrada del hospital y espero el veredicto. Ella sabrá leer en sus cuerpos el dolor que les han causado.

Gale se sienta a mi lado y me pone un brazo sobre los hombros.

—Tu madre los arreglará —me dice, y yo asiento y me pregunto si estará pensando en los brutales latigazos que le dieron en el 12.

Plutarch y Fulvia se sientan en el banco que tenemos enfrente, pero no comentan nada sobre el estado de mi equipo. Si no sabían nada de esto, ¿qué pensarán de este movimiento de la presidenta Coin? Decido echarles una mano.

—Supongo que nos han dado un aviso a todos —comento.

—¿Qué? No. ¿A qué te refieres? —pregunta Fulvia.

—Castigar a mi equipo de preparación es una advertencia —respondo—, y no sólo para mí, sino también para vosotros; nos dicen quién es la que está al mando y qué pasa si no la obedecemos. Si os habíais hecho ilusiones sobre llegar al poder, yo me olvidaría. Al parecer, un linaje del Capitolio no sirve de protección por aquí, e incluso puede que sea un lastre.

—No podemos comparar a Plutarch, que fue el cerebro de la revuelta, con esos tres esteticistas —dice Fulvia en tono glacial.

—Si tú lo dices, Fulvia —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero ¿qué pasaría si le llevaras la contraria a Coin? A mi equipo lo secuestraron, así que al menos les queda la esperanza de poder volver algún día al Capitolio. Gale y yo podemos vivir en el bosque. ¿Y vosotros? ¿Adónde huiríais?

—Quizá seamos un poquito más necesarios para la guerra de lo que tú crees —dice Plutarch sin inmutarse mucho.

—Claro que sí, igual que los tributos eran necesarios para los Juegos. Hasta que dejaron de serlo, momento en el que pasamos a ser muy prescindibles..., ¿verdad, Plutarch?

Eso acaba con la conversación. Esperamos en silencio hasta que mi madre nos encuentra.

—Se pondrán bien —informa—, no han sufrido daños físicos permanentes.

—Bien, maravilloso —dice Plutarch—. ¿Cuándo pueden ponerse a trabajar?

—Seguramente mañana. Eso sí, cabe esperar cierta inestabilidad emocional después de todo lo que han pasado. No estaban preparados para ello, teniendo en cuenta la vida que llevaban en el Capitolio.

—Así estamos todos —responde Plutarch.

Plutarch me libera de mis responsabilidades como Sinsajo para el resto del día, no sé si porque el equipo de preparación está fuera de servicio o porque yo estoy demasiado nerviosa. Gale y yo vamos a comer, y nos sirven estofado de alubias con cebolla, una gruesa rebanada de pan y una taza de agua. Después de la historia de Venia, el pan se me atranca, así que le paso el resto a Gale. Ninguno de los dos habla mucho mientras comemos, pero, después de limpiar los cuencos, Gale se sube la manga y deja al descubierto su horario.

—Ahora me toca entrenamiento.

Le pego un tirón a mi manga y pongo mi brazo al lado del suyo.

—Yo también —respondo, y recuerdo que ahora el entrenamiento significa caza.

Estoy tan ansiosa por escapar al bosque, aunque sea por un par de horas, que me olvido de mis preocupaciones. Una inmersión en el follaje y la luz del sol me ayudarán a ordenar las ideas. Gale y yo salimos de los pasillos principales y corremos como críos hacia la armería. Cuando llegamos estoy sin aliento y mareada, un recordatorio de que todavía no me he recuperado del todo. Los guardias nos entregan nuestras viejas armas, además de cuchillos y un saco de arpillera para guardar las presas. Les permito ponerme el dispositivo en el tobillo e intento hacer como si escuchara cómo usar el intercomunicador portátil. Lo único que se me queda grabado es que tiene un reloj y que debemos estar dentro del 13 a la hora designada si no queremos que nos retiren nuestros privilegios de caza. Es la única regla que me esforzaré en seguir.

Salimos a la gran área de entrenamiento vallada junto al bosque. Los guardias abren las puertas sin hacer comentarios. Sería muy complicado atravesarlas solos, ya que se trata de una altura de nueve metros que siempre está electrificada y acaba en unos afiladísimos rizos de acero. Atravesamos el bosque hasta casi perder de vista la verja, nos detenemos en un pequeño claro y echamos la cabeza atrás para disfrutar de la luz del sol. Giro en círculos con los brazos extendidos a los lados, sin correr mucho para que el mundo no me dé demasiadas vueltas.

La falta de lluvia que vi en el 12 también ha afectado a estas plantas, así que hay algunas con hojas quebradizas que han formado una alfombra bajo nuestros pies. Nos quitamos los zapatos. De todos modos, los míos no me encajan bien, ya que, con su norma de que nada falta al que no malgasta, los del 13 me dieron un par que se le había quedado pequeño a alguien. Al parecer, uno de los dos anda raro, porque han cedido por donde no debían.

Cazamos como en los viejos tiempos: en silencio, sin palabras para comunicarnos; en el bosque nos movemos como dos partes de un mismo ser. Anticipamos los movimientos del otro y nos protegemos las espaldas. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que disfrutamos de esta libertad? ¿Ocho meses? ¿Nueve? No es exactamente lo mismo después de todo lo sucedido, con los dispositivos de seguimiento en los tobillos y mi necesidad de descansar a menudo, pero es lo más parecido a la felicidad que puedo sentir en estos momentos.

Aquí los animales no son lo bastante suspicaces, y el momento de más que tardan en ubicar nuestro desconocido olor significa su muerte. En hora y media tenemos una docena variada (conejos, ardillas y pavos), y decidimos dejarlo para pasar el resto del tiempo junto a un estanque que debe alimentarse de un manantial subterráneo, ya que el agua es fresca y dulce.

Cuando Gale se ofrece a limpiar las presas, no pongo objeción. Me meto unas

hojas de menta en la boca, cierro los ojos y me recuesto en una roca para empaparme de los sonidos dejando que el abrasador sol de la tarde me quemara la piel, casi en paz hasta que la voz de Gale me interrumpe.

—Katniss, ¿por qué te importa tanto tu equipo de preparación?

Abro los ojos para ver si está de broma, pero mira con el ceño fruncido el conejo que despelleja.

—¿Y por qué no?

—Hmmm, a ver... ¿Porque se han pasado un año entero poniéndote guapa para la matanza? —sugiere.

—Es más complicado, los conozco. No son ni malos ni crueles, ni siquiera son listos. Hacerles daño es como hacer daño a unos niños. No ven... Es decir, no saben... —Me enredo yo sola.

—¿No saben qué, Katniss? ¿Que los tributos (que son los verdaderos niños de esta historia, no tu trío de raros) se ven obligados a luchar hasta morir? ¿Que ibas a la arena para entretener a la gente? ¿Era eso un gran secreto en el Capitolio?

—No, pero ellos no lo ven como nosotros —respondo—. Los educan así y...

—¿De verdad los estás defendiendo? —me pregunta, arrancándole la piel al conejo de un solo movimiento.

Eso me pica porque, de hecho, es lo que estoy haciendo, y resulta ridículo. Hago lo que puedo por encontrar una postura lógica.

—Supongo que defiendes a cualquiera al que traten así por llevarse una rebanada de pan. ¡Quizá me recuerde demasiado a lo que te pasó a ti por un pavo!

Aun así, tiene razón, resulta extraño lo mucho que me preocupo por el equipo de preparación. Debería odiarlos y querer verlos colgados de un árbol. Sin embargo, están completamente perdidos y pertenecían a Cinna, y él estaba de mi lado, ¿no?

—No busco pelea —dice Gale—, pero no creo que Coin estuviera enviándote un mensaje al castigarlos por romper las reglas. Seguramente pensaba que lo verías como un favor —afirma; después mete el conejo en el saco y se levanta—. Será mejor que nos vayamos si queremos regresar a tiempo.

Paso de la mano que me ofrece para ponerme de pie y me levanto a trompicones.

—Pues vale —respondo.

Ninguno de los dos habla durante el camino de vuelta, pero, una vez dentro del recinto, me acuerdo de otra cosa.

—Durante el Vasallaje de los Veinticinco, Octavia y Flavius tuvieron que irse porque no podían parar de llorar. Y Venia apenas fue capaz de decirme adiós.

—Intentaré recordarlo mientras te... rehacen.

—Sí, hazlo.

Le entregamos la carne a Sae la Grasienta en la cocina. A ella le gusta bastante el Distrito 13, aunque cree que a los cocineros les falta algo de imaginación.

Obviamente, una mujer capaz de hacer un estofado aceptable con perro salvaje y ruibarbo debe de sentirse muy limitada en un sitio como éste.

Exhausta por la caza y la falta de sueño, vuelvo a mi compartimento y lo encuentro vacío. Entonces recuerdo que nos hemos mudado por *Buttercup* y subo a la planta de arriba en busca del compartimento E. Es idéntico al 307, salvo por la ventana (de sesenta centímetros de ancho por veinte de alto) situada en la parte central superior del muro exterior. Hay una pesada placa metálica que se cierra sobre ella, pero en estos momentos está abierta y no veo a cierto gato por ninguna parte. Me estiro en la cama y un rayo de sol de la tarde juega sobre mi rostro. Cuando mi hermana me despierta son ya las «18:00 – Reflexión».

Prim me cuenta que han estado anunciando la asamblea desde la hora de la comida. Toda la población debe asistir, salvo los que tengan trabajos esenciales. Seguimos las instrucciones que nos dan para llegar al Colectivo, una enorme sala en la que caben sin problemas los miles de personas que aparecen. Resulta evidente que la construyeron para un aforo mayor, y quizá se llenara antes de la epidemia. Prim señala discretamente los resultados del desastre: las cicatrices en los cuerpos de los habitantes y los niños con leves desfiguraciones.

—Aquí han sufrido mucho —comenta.

Después de lo de esta mañana, no estoy de humor para sentir lástima por el 13.

—No más que nosotros en el 12 —respondo.

Veo que mi madre conduce a un grupo de pacientes capaces de moverse, todavía vestidos con los camisones y las batas del hospital. Finnick está entre ellos; parece desorientado, aunque está guapísimo. Lleva un trozo de cuerda fina de menos de treinta centímetros entre las manos, demasiado corto para que haga un nudo servible. Mueve los dedos rápidamente, atando y desatando mientras mira a su alrededor. Seguramente forma parte de su terapia. Me acerco y lo saludo:

—Hola, Finnick. —No parece darse cuenta, así que le doy un codazo para llamarle la atención—. ¡Finnick! ¿Cómo estás?

—Katniss —responde, agarrándome la mano, creo que lo alivia encontrar una cara conocida—. ¿Por qué nos reunimos aquí?

—Le dije a Coin que sería su Sinsajo, pero la obligué a prometer que otorgaría inmunidad a los demás tributos si los rebeldes ganan. En público, para que haya muchos testigos.

—Ah, bien, porque me preocupa Annie, que diga algo que consideren traición sin que ella lo sepa.

Annie. Oh, oh, se me había olvidado por completo.

—No te preocupes, me encargaré de ello.

Aprieto la mano de Finnick y voy derecha al podio que hay al frente. Coin, que observa su discurso, arquea las cejas al verme.

—Necesito que añadas a Annie Cresta a la lista de indultados —le digo.

—¿Quién es? —pregunta la presidenta, frunciendo un poco el ceño.

—Es la... —¿Qué? En realidad no sé cómo llamarla—. Es la amiga de Finnick Odair, del Distrito 4. Otra vencedora. La detuvieron y se la llevaron al Capitolio cuando la arena voló en pedazos.

—Ah, la chica loca. En realidad no es necesario, no tenemos costumbre de castigar a los más frágiles.

Pienso en la escena de esta mañana, en Octavia acurrucada junto a la pared, en que Coin y yo debemos de tener una definición completamente distinta de la fragilidad. Sin embargo, me limito a responder:

—¿No? Entonces no supondrá ningún problema añadir a Annie.

—De acuerdo —dice la presidenta, escribiendo su nombre—. ¿Quieres estar aquí arriba durante el anuncio? —me pregunta, y sacudo la cabeza—. Eso me parecía. Será mejor que te pierdas entre la multitud lo antes posible, porque estoy a punto de empezar.

Vuelvo con Finnick.

En el 13 tampoco malgastan las palabras. Coin pide la atención del público y le dice que he aceptado ser el Sinsajo siempre que se indulte a los demás vencedores (Peeta, Johanna, Enobaria y Annie) por los perjuicios que pudieran causar a los rebeldes. La multitud murmura y noto que no están de acuerdo. Supongo que nadie dudaba que quisiera ser el Sinsajo, así que ponerme precio (un precio que, además, les salva la vida a posibles enemigos) los enfada. Permanezco impassible ante las miradas hostiles que me lanzan.

La presidenta permite unos momentos de tensión antes de seguir con el mismo brío de siempre, aunque las palabras que surgen de sus labios son nuevas para mí.

—Sin embargo, a cambio de esta solicitud sin precedentes, la soldado Everdeen ha prometido dedicarse en cuerpo y alma a la causa. Por tanto, si se desvía de su misión, tanto en motivos como en hechos, lo consideraremos una ruptura del acuerdo y el fin de la inmunidad, de modo que el destino de los cuatro vencedores quedaría determinado por las leyes del Distrito 13, al igual que el suyo. Gracias.

En otras palabras: si me aparto del guión acabaremos todos muertos.



Otra fuerza a la que enfrentarse, otra parte que busca el poder y ha decidido usarme como ficha de su juego, aunque las cosas nunca parecen salir según lo previsto. Primero estaban los Vigilantes de los Juegos, que me convirtieron en su estrella para después recuperarse como pudieron de aquel puñado de bayas venenosas. Después el presidente Snow, que intentó usarme para apagar las llamas de la rebelión y sólo consiguió que cada uno de mis actos resultara incendiario. A continuación, los rebeldes me atrapan en la zarpa metálica que me saca de la arena y me nombran Sinsajo, y después tienen que recuperarse de la conmoción de descubrir que quizá yo no desee las alas. Y ahora Coin, con su puñado de preciados misiles y su maquinaria bien engrasada, descubre que es mucho más difícil acicalar a un sinsajo que cazarlo. Pero ha sido la más rápida en determinar que tengo mis propios objetivos y, por tanto, no puede confiar en mí. Ha sido la primera que me ha marcado en público como una amenaza.

Acaricio la espesa capa de burbujas de mi bañera. Limpiarme es el paso preliminar para decidir mi nuevo aspecto. Con el pelo dañado por el ácido, la piel quemada por el sol y unas feas cicatrices, el equipo de preparación tiene que ponerme guapa y después herirme, quemarme y marcarme de manera más atractiva.

—Ponedla en base de belleza cero —fue lo primero que ordenó Fulvia esta mañana—. Trabajaremos a partir de ahí.

Al final resulta que la base de belleza cero es el aspecto que tendría una persona si se levantara de la cama con un aspecto perfecto, pero natural. Significa que me cortan las uñas a la perfección, aunque no las pintan; que tengo el pelo sedoso y reluciente, aunque sin peinar demasiado; que me dejan la piel suave e impoluta, aunque sin pintarla; que me hacen la cera y me borran las ojeras, aunque sin realizar mejoras visibles. Supongo que Cinna dio las mismas instrucciones el primer día que llegué como tributo al Capitolio. Aquello era distinto, ya que era una concursante y ahora soy una rebelde, así que supongo que tendré que parecerme más a mí misma. Sin embargo, resulta que los rebeldes televisados también tienen que estar a la altura.

Después de enjuagarme la espuma, me vuelvo y veo a Octavia esperando con una toalla. Sin la ropa chillona, el exceso de maquillaje, los tintes, las joyas y los adornos del pelo, no tiene nada que ver con la mujer que conocí en el Capitolio. Recuerdo que un día se presentó con una melena rosa fuerte salpicada de parpadeantes luces de

colores con forma de ratones. Me dijo que en casa tenía varios ratones como mascotas, cosa que me repugnó en su momento, ya que nosotros consideramos alimañas a los ratones, a no ser que estén cocinados. Sin embargo, a Octavia le gustaban porque eran pequeñitos, suaves y hacían ruidos chillones, como ella. Mientras me seca, intento acostumbrarme a la Octavia del Distrito 13. Su color de pelo real resulta ser un caoba muy bonito. Tiene una cara normal, aunque con una dulzura innegable. Es más joven de lo que pensaba, quizá veintipocos. Sin las uñas decorativas de ocho centímetros sus dedos son casi cortos y no dejan de temblar. Quiero decirle que no pasa nada, que me aseguraré de que Coin no vuelva a hacerle daño, pero los moratones multicolores que florecen bajo su piel verde me recuerdan mi impotencia.

Flavius también parece desvaído sin los labios morados y la ropa de colores. Eso sí, ha conseguido ordenar más o menos sus tirabuzones naranjas. Es Venia la que ha cambiado menos: su pelo turquesa cae liso en vez de estar de punta, y se le ven las raíces grises, pero los tatuajes son su rasgo más llamativo, y siguen tan dorados y sorprendentes como siempre. Se acerca y le quita la toalla a Octavia.

—Katniss no va a hacernos daño —le dice a Octavia en voz baja, aunque firme—. Ella ni siquiera sabía que estábamos allí. Todo irá mejor ahora.

Octavia asiente levemente, aunque no se atreve a mirarme a los ojos.

No es fácil dejarme en base de belleza cero, ni siquiera con el arsenal de productos, herramientas y cacharros que Plutarch tuvo la previsión de sacar del Capitolio. Mi equipo lo hace bastante bien hasta que intentan solucionar el agujero que me dejó Johanna en el brazo al sacar el dispositivo de seguimiento. El equipo médico no tuvo en cuenta la estética cuando lo remendó, así que ahora tengo una cicatriz irregular y llena de bultos que ocupa el tamaño de una manzana. Normalmente me lo tapa la manga, pero el traje de Cinna está diseñado para que las mangas lleguen hasta justo encima del codo. Es un problema tan gordo que llaman a Fulvia y Plutarch para analizarlo. Juro que la visión de la cicatriz hace que Fulvia tenga arcadas. Cuánta sensibilidad para alguien que trabaja con un Vigilante. En fin, supongo que sólo está acostumbrada a ver cosas desagradables en una pantalla.

—Todos saben que tengo la cicatriz —digo, malhumorada.

—Saberlo y verla son dos cosas muy distintas —replica Fulvia—. Es completamente repulsivo. Plutarch y yo pensaremos en algo durante la comida.

—No pasará nada —dice Plutarch, restándole importancia—, puede que con un brazalete o algo así.

Asqueada, me visto para poder ir al comedor y me encuentro con mi equipo de preparación apiñado en un grupito junto a la puerta.

—¿Es que os traen aquí la comida? —les pregunto.

—No —responde Venia—, se supone que tenemos que ir a un comedor.

Suspiro para mis adentros y me imagino entrando en el comedor con estos tres detrás, pero, de todos modos, la gente siempre me mira, así que tampoco varía mucho.

—Os enseñaré dónde es, venga.

Las miradas furtivas y los murmullos por lo bajo que suelo despertar no son nada comparados con la reacción que produce mi estrafalario equipo de preparación. Las bocas abiertas, los dedos acusadores, las exclamaciones...

—No hagáis caso —les digo a los tres, que me siguen por la fila con la mirada gacha y movimientos mecánicos para aceptar los cuencos de estofado de pescado grisáceo y quingombó, y las tazas de agua.

Nos sentamos a mi mesa junto a un grupo de la Veta que resulta ser un poco más discreto que la gente del 13, aunque quizá por vergüenza. Leevy, que era vecino mío en el 12, saluda con cautela a mi equipo, y la madre de Gale, Hazelle, que debe de saber lo de su encierro, levanta una cucharada de estofado.

—No os preocupéis —comenta—, sabe mejor de lo que parece.

Sin embargo es Posy, la hermana de cinco años de Gale, la que más ayuda. Corre por el banco hasta Octavia y le toca la piel con indecisión.

—Eres verde, ¿estás enferma?

—Es por moda, Posy, como llevar pintalabios —explico.

—Se supone que es bonito —susurra Octavia, y veo que las lágrimas están a punto de mojarle las pestañas.

Posy se lo piensa y afirma, rotunda:

—Creo que estarías bonita con cualquier color.

Los labios de Octavia esbozan una diminuta sonrisa, y responde:

—Gracias.

—Si de verdad quieres impresionar a Posy tendrás que teñirte de rosa chillón —dice Gale al dejar su bandeja junto a la mía—. Es su color favorito. —Posy suelta una risita y se desliza por el banco para volver con su madre. Gale señala con la cabeza el cuenco de Flavius—. Será mejor que no se te enfríe, no mejora la consistencia.

Todos nos ponemos a comer. El estofado no sabe mal, pero sí que tiene una viscosidad difícil de soportar, como si tuvieras que tragar tres veces cada bocado para bajarlo del todo.

Gale, que no suele hablar mucho durante las comidas, se esfuerza por mantener viva la conversación preguntando por el maquillaje. Sé que intenta suavizar las cosas porque anoche discutimos cuando sugirió que no había dejado más opción a Coin que contrarrestar mi exigencia con la suya:

«—Katniss, ella dirige este distrito. No puede hacerlo si parece que se pliega a tu voluntad.

»—Quieres decir que no soporta ninguna disensión, aunque sea justa —

contraataqué.

»—Quiero decir que la dejaste mal. Obligarla a otorgar la inmunidad a Peeta y los otros sin saber qué clase de problemas pueden causar...

»—Entonces, ¿tendría que haber seguido con el guión y dejar que los demás tributos se las apañen? Da un poco igual, ¡porque eso es lo que estamos haciendo de todas formas!».

Entonces le cerré la puerta en las narices. No me senté con él en el desayuno, y cuando Plutarch lo envió a entrenamiento esta mañana, lo dejé marchar sin decir palabra. Sé que sólo hablaba porque se preocupa por mí, pero necesito que esté de mi parte, no de la de Coin. ¿Cómo es que no lo sabe?

Después de comer, Gale y yo tenemos que ir a Defensa Especial para reunirnos con Beetee. En el ascensor, Gale dice al fin:

—Sigues enfadada.

—Y tú sigues sin sentirlo.

—Sigo manteniendo lo que dije. ¿Quieres que te mienta?

—No, quiero que te lo vuelvas a pensar y llegues a la conclusión correcta —respondo, pero se ríe.

Tengo que dejarlo pasar, no tiene sentido intentar dictar a Gale lo que debe pensar. Además, para ser sincera, ésa es una de las razones por las que confío en él.

La planta de Defensa Especial está situada casi tan abajo como las mazmorras en las que encontramos al equipo de preparación. Es una colmena de salas llenas de ordenadores, laboratorios, equipo de investigación y pistas de pruebas.

Cuando preguntamos por Beetee, nos dirigen a través del laberinto hasta que llegamos a una enorme ventana de lámina de vidrio. Dentro guardan la primera cosa bella que veo en el Distrito 13: una réplica de un prado lleno de árboles de verdad y plantas en flor, y repleto de colibríes. Beetee está sentado inmóvil en una silla de ruedas en el centro del prado observando cómo un pájaro verde flota en el aire sorbiendo el néctar de una gran flor naranja. Sus ojos siguen al pájaro que se aleja, y entonces nos ve y nos hace un gesto amistoso para que entremos con él.

El aire es fresco y respirable, no húmedo y pesado como cabría esperar. Desde todas las esquinas nos llega el zumbido de alas diminutas, que antes confundía con el de los insectos de nuestro bosque. Me pregunto cómo es posible que hayan construido algo tan bello en este lugar.

Beetee todavía tiene la palidez de un convaleciente, aunque detrás de esas gafas que tan mal le sientan se le ven los ojos brillantes de la emoción.

—¿A que son magníficos? Los del 13 llevan años estudiando aquí su aerodinámica. Vuelo hacia delante y marcha atrás, y velocidades de hasta noventa y seis kilómetros por hora. ¡Ojalá pudiera fabricarte unas alas así, Katniss!

—Dudo que supiera manejarlas —respondo entre risas.

—Un segundo aquí y otro allí. ¿Serías capaz de derribar a un colibrí con una flecha? —me pregunta.

—Nunca lo he intentado, no tienen mucha carne.

—No, y no eres de las que matan por deporte —dice él—, pero seguro que cuesta acertarles.

—Quizá podría usarse una trampa —comenta Gale; tiene esa expresión distante que pone cuando está dándole vueltas a algo—. Se usa una red con una malla muy fina, se cierra una zona y se deja una abertura de unos dos metros cuadrados. En el interior se ponen flores con néctar de cebo. Mientras se alimentan, se cierra la abertura. Huirían al oír el ruido, pero sólo llegarían al otro extremo de la red.

—¿Funcionaría eso? —pregunta Beetee.

—No lo sé, sólo es una idea —responde Gale—. Puede que sean demasiado listos.

—Puede, pero juegas con su instinto natural de huir del peligro. Pensar como tus presas..., así se descubren sus puntos débiles.

Recuerdo algo en lo que no quiero pensar: mientras nos preparábamos para el Vasallaje, vi una cinta en la que Beetee, que no era más que un crío, conectaba dos cables y electrocutaba a una manada de chicos que intentaba cazarlo. Las convulsiones de los cuerpos, las expresiones grotescas... En los momentos anteriores a su victoria en aquellos lejanos Juegos del Hambre, Beetee contempló las muertes de los demás. No era culpa suya, sólo defensa propia. Todos actuábamos en defensa propia...

De repente quiero salir de la sala de los colibríes antes de que alguien empiece a montar una trampa.

—Beetee, Plutarch nos ha dicho que tenías algo para mí.

—Cierto, así es, tu nuevo arco.

Pulsa un control manual en el brazo de la silla y sale rodando de la sala. Mientras lo seguimos por las vueltas y revueltas de Defensa Especial, nos explica lo de la silla.

—Ahora puedo caminar un poco, pero me canso muy deprisa. Me resulta más fácil manejarlo con esto. ¿Cómo le va a Finnick?

—Tiene... problemas de concentración —respondo; no quiero decir que sufre un deterioro mental completo.

—Problemas de concentración, ¿eh? —dice Beetee, esbozando una sonrisa triste—. Si supieras por lo que ha pasado Finnick en los últimos años, sabrías el mérito que tiene que siga entre nosotros. En fin, dile que he estado trabajando en un nuevo tridente para él, ¿vale? Algo para distraerlo un poco.

Diría que lo que menos necesita Finnick son distracciones, pero prometo pasar el mensaje.

Cuatro soldados protegen la entrada del pasillo que pone: «Armamento especial».

Comprobar los horarios de los antebrazos no es más que un paso preliminar. También nos hacen escáneres de huellas, retina y ADN, y tenemos que pasar a través de unos detectores de metal especiales. Beetee deja su silla de ruedas fuera, aunque le proporcionan otra cuando entramos. Todo me parece muy extraño porque no creo que nadie criado en el Distrito 13 pueda ser una amenaza para el Gobierno. ¿Han montado estas medidas de seguridad por la reciente entrada de inmigrantes?

En la puerta de la armería nos encontramos con una segunda ronda de comprobaciones de identidad (como si mi ADN hubiera cambiado en el rato que hemos tardado en recorrer los veinte metros del pasillo) y por fin nos permiten entrar en la colección de armas. Tengo que reconocer que el arsenal me quita el aliento: fila tras fila de armas de fuego, lanzadores, explosivos y vehículos armados.

—Obviamente, la División Aerotransportada se guarda por separado —nos explica Beetee.

—Obviamente —respondo, como si no cupiera duda.

No sé cómo van a encajar un arco y una flecha en un equipo de alta tecnología como éste, hasta que llego a una pared llena de arcos mortíferos. Durante el entrenamiento jugué con muchas de las armas del Capitolio, pero ninguna había sido diseñada para el combate militar. Centro mi atención en un arco de aspecto letal tan lleno de miras y dispositivos varios que seguro que ni puedo levantarlo, por no hablar ya de disparar con él.

—Gale, quizá quieras probar unos cuantos de éstos —dice Beetee.

—¿En serio? —responde Gale.

—Al final te darán un arma de fuego para la batalla, por supuesto, pero si apareces como parte del equipo de Katniss en las propos, una cosa de éstas quedará más vistosa. Se me había ocurrido que te gustaría elegir una que te vaya bien.

—Sí, claro.

Gale agarra justo el arco que me había llamado la atención hace un momento y se lo lleva al hombro. Apunta con él hacia varios lugares de la sala y observa todo a través de la mira.

—No parece muy justo para los ciervos —comento.

—Pero no lo usaría contra los ciervos, ¿no? —responde él.

—Ahora mismo vuelvo —dice Beetee antes de meter un código en un panel y abrir así una puertecita. Lo veo desaparecer y se cierra la puerta.

—Entonces, ¿te resultaría fácil usarlo contra personas? —pregunto.

—No he dicho eso —responde Gale, bajando el arco—, pero si hubiera tenido un arma con la que evitar lo que pasó en el 12..., si hubiera tenido un arma para mantenerte fuera de la arena... la habría usado.

—Yo también —reconozco, aunque no sé qué decirle sobre las consecuencias de matar a una persona, sobre cómo esa persona sigue dentro de ti para siempre.

Beetee vuelve con una caja negra, alta y rectangular mal colocada entre su reposapiés y el hombro. Se detiene y se inclina hacia mí.

—Para ti.

Dejo la caja en el suelo y abro los pestillos del lateral. La tapa se abre sin hacer ruido. Dentro, sobre un lecho de terciopelo marrón arrugado, hay un arco negro impresionante.

—Oh —susurro, admirada.

Levanto con cuidado el arco para contemplar su exquisito equilibrio, el elegante diseño y la curva de los extremos que, de algún modo, recuerdan a las alas de un pájaro en vuelo. Hay algo más: tengo que quedarme muy quieta para asegurarme de que no me lo imagino, pero no, el arco está vivo. Me lo llevo a la mejilla y noto el ligero zumbido que me llega hasta los huesos de la cara.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—Te saluda —explica Beetee, sonriendo—. Ha oído tu voz.

—¿Reconoce mi voz?

—Sólo tu voz. Verás, sólo querían que diseñara un arco bonito para tu disfraz, ¿sabes? Sin embargo, no dejaba de pensar que era una pérdida de tiempo. Es decir, ¿y si alguna vez lo necesitas de algo más que de adorno? Así que lo dejé sencillo por fuera y volqué mi imaginación en el interior. Es más fácil explicarlo con la práctica, ¿queréis probarlos?

Queremos. Ya nos han preparado un campo de tiro. Las flechas que ha diseñado Beetee son tan extraordinarias como el arco; entre las dos cosas, puedo disparar con precisión a más de noventa metros. La variedad de flechas (afiladas como cuchillas, incendiarias, explosivas) convierten el arco en un arma multidisciplinar. Cada tipo de flecha tiene el astil de un color distinto y puedo usar el arco con la voz cuando quiera, aunque no sé para qué iba a querer hacerlo. Para desactivar las propiedades especiales del arco sólo tengo que decir: «Buenas noches». Entonces se va a dormir hasta que el sonido de mi voz vuelve a despertarlo.

Cuando dejo a Beetee y a Gale para volver con mi equipo de preparación, estoy de buen humor. Aguanto pacientemente el resto del trabajo de maquillaje y me pongo mi disfraz, que ahora incluye una venda ensangrentada sobre la cicatriz del brazo, de modo que quede claro que he entrado en combate hace poco. Venia me pone la insignia del sinsajo a la altura del corazón. Recojo el arco y el carcaj de flechas normales que me hizo Beetee sabiendo que nunca me permitirían andar por aquí con las flechas cargadas. Después pasamos al estudio y me tengo que quedar de pie una eternidad mientras retocan el maquillaje, la luz y el humo. Al final empiezan a disminuir las órdenes que la gente invisible escondida en la misteriosa cabina acristalada envía por el intercomunicador. Fulvia y Plutarch ya pasan más tiempo examinando que retocando. Y por fin se hace el silencio; durante cinco minutos

enteros se limitan a observarme hasta que Plutarch dice:

—Creo que así vale.

Me piden que me acerque a un monitor. Vuelven a poner los últimos minutos de grabación y veo a la mujer en la pantalla. Su cuerpo parece más alto, más imponente que el mío; tiene la cara manchada, pero *sexy*; las cejas son de color negro y las frunce en un gesto de desafío; le salen volutas de humo de la ropa, como sugiriendo que acaba de apagarse o que está a punto de arder. No sé quién es esta persona.

Finnick, que lleva unas cuantas horas dando vueltas por el decorado, se me acerca por detrás y dice con un toque de su antiguo humor:

—Querrán matarte, besarte o ser como tú.

Todos están emocionados y muy contentos con su trabajo. Ya casi es hora de bajar a cenar, pero insisten en seguir. Mañana nos centraremos en los discursos y las entrevistas, y tendré que fingir estar en batallas de los rebeldes. Hoy sólo necesitan un lema, una única línea que puedan meter en una propo corta para Coin.

La línea es: «¡Pueblo de Panem: lucharemos, desafiaremos y acabaremos con nuestra hambre de justicia!». Por la forma en que la presentan sé que han pasado meses, puede que años, creándola y que están muy orgullosos de ella. Sin embargo, es mucho para mí, muy rígido. No me imagino diciéndolo de verdad en la vida real, salvo imitando el acento del Capitolio para reírme de ellos. Como cuando Gale y yo imitábamos el lema de Effie Trinket: «¡Que la suerte esté siempre, siempre de vuestra parte!». Pero tengo a Fulvia encima describiendo una batalla en la que acabo de estar, que mis camaradas están muertos a mi alrededor y que, para arengar a los vivos, debo volverme hacia la cámara y ¡gritar la línea!

Me devuelven corriendo a mi sitio, y la máquina de humo entra en acción. Alguien pide silencio, las cámaras empiezan a rodar y oigo: «¡Acción!». Así que levanto el arco sobre la cabeza y chillo con toda la rabia que logro reunir:

—¡Pueblo de Panem: lucharemos, desafiaremos y acabaremos con nuestra hambre de justicia!

El plató guarda silencio. Y el silencio dura y dura.

Finalmente se activa el intercomunicador y la dura risa de Haymitch resuena por el estudio. Se contiene lo justo para decir:

—Y así, amigos míos, es como muere una revolución.



La conmoción que sufrí ayer al oír la voz de Haymitch, al saber que no sólo volvía a estar en forma, sino que además volvía a ejercer algún control sobre mi vida, me puso furiosa. Dejé el estudio de inmediato y hoy me he negado a hacer caso de sus comentarios desde la cabina. Aun así, supe inmediatamente que estaba en lo cierto sobre mi actuación.

Ha tardado toda la mañana en convencer a los demás de mis limitaciones, de que no soy capaz de hacerlo, de que no puedo plantarme en un estudio de televisión con un disfraz, maquillaje y una nube de humo falso, y arengar a los distritos a la victoria. La verdad es que resulta sorprendente que haya sobrevivido tanto tiempo a las cámaras. El mérito, por supuesto, es de Peeta. Sola no puedo ser el Sinsajo.

Nos reunimos en torno a la enorme mesa de Mando: Coin y los suyos; Plutarch, Fulvia y mi equipo de preparación; un grupo del 12 en el que están Haymitch y Gale, aunque también otros tantos que me sorprenden, como Leevy y Sae la Grasienta. En el último momento aparece Finnick empujando la silla de Beetee, acompañados por Dalton, el experto en ganado del 10. Supongo que Coin ha reunido a esta extraña selección para que sea testigo de mi fracaso.

Sin embargo, es Haymitch el que da la bienvenida a todos, y por sus palabras entiendo que han venido porque él los ha invitado. Es la primera vez que estamos en una habitación juntos desde que le arañé la cara. Evito mirarlo a los ojos, aunque veo su reflejo en uno de los relucientes cuadros de control que cubren las paredes: está algo amarillo y ha perdido mucho peso, así que es como si hubiera encogido. Durante un segundo temo que se esté muriendo; tengo que recordarme que no me importa.

Lo primero que hace Haymitch es enseñar la grabación que acabamos de hacer. Creo que he alcanzado un nuevo mínimo bajo las órdenes de Plutarch y Fulvia, porque tanto mi voz como mi cuerpo están como descoyuntados, van a saltos, igual que una marioneta a la que manipulan fuerzas invisibles.

—De acuerdo —dice Haymitch cuando acaba—. ¿Alguien está dispuesto a afirmar que esto nos va a servir para ganar la guerra? —Nadie lo hace—. Eso nos ahorra tiempo. Bueno, vamos a guardar silencio un minuto. Quiero que todos penséis en un incidente en el que Katniss Everdeen os conmoviera. No cuando envidiabais su peinado, ni cuando su vestido ardió, ni cuando disparó medio bien con un arco. No cuando Peeta hacía que os gustara. Quiero oír un momento en el que ella en persona

os hiciera sentir algo real.

El silencio se alarga y empiezo a pensar que no acabaré nunca, hasta que habla Leevy:

—Cuando se ofreció voluntaria para ocupar el lugar de Prim en la cosecha. Porque estoy seguro de que pensaba que iba a morir.

—Bien, un ejemplo excelente —dice Haymitch; agarra un rotulador morado y se pone a escribir en un cuaderno—. Voluntaria en lugar de su hermana en la cosecha. —Mira a su alrededor y añade—: Otro.

Me sorprende que el siguiente sea Boggs, a quien había tomado por un robot musculoso que hacía cumplir la voluntad de Coin:

—Cuando cantó la canción. Mientras la niña moría.

En algún lugar de mi cerebro aparece la imagen de Boggs con un niño apoyado en sus caderas. Creo que en el comedor. Puede que no sea un robot, al fin y al cabo.

—A quién no se le partió el corazón con eso, ¿verdad? —comenta Haymitch mientras lo escribe.

—Yo lloré cuando drogó a Peeta para poder ir a por su medicina ¡y cuando le dio un beso de despedida! —suelta Octavia; después se tapa la boca, como si de repente se diera cuenta de que había cometido un error.

Pero Haymitch se limita a asentir y dice:

—Ah, sí: droga a Peeta para salvarle la vida. Muy bonito.

Las anécdotas empiezan a surgir rápidamente y sin orden. Cuando me alié con Rue; cuando le di la mano a Chaff en la noche de la entrevista; cuando intenté cargar con Mags... Y una y otra vez, cuando saqué esas bayas que significaron tantas cosas distintas para cada persona: amor por Peeta, negativa a rendirme en una situación imposible o desafío ante la crueldad del Capitolio.

Haymitch levanta el cuaderno y anuncia:

—Entonces, ésta es la pregunta: ¿qué tienen todos estos acontecimientos en común?

—Que eran Katniss —responde Gale en voz baja—, nadie le estaba diciendo qué hacer ni qué decir.

—¡Sin guión, sí! —exclama Beetee, dándome una palmadita en la mano—. Así que sólo tenemos que dejarte solita, ¿verdad?

La gente se ríe, incluso yo sonrío un poco.

—Bueno, todo esto está muy bien, pero no ayuda mucho —dice Fulvia, malhumorada—. Por desgracia, sus oportunidades para ser maravillosa son muy reducidas en el 13. Así que, a no ser que estés sugiriendo lanzarla al combate...

—Eso es justo lo que estoy sugiriendo —responde Haymitch—: sacarla al campo de batalla y dejar que las cámaras graben.

—Pero la gente cree que está embarazada —señala Gale.

—Haremos correr la voz de que perdió al bebé por culpa de la descarga eléctrica de la arena —contesta Plutarch—. Muy triste, una desgracia.

La idea de enviarme a combatir es controvertida, aunque Haymitch tiene un buen caso. Si sólo actuó bien en circunstancias reales, ahí es donde debería estar.

—Si la dirigimos o le damos un guión, lo mejor que podemos esperar de ella es algo aceptable. Tiene que salir de ella, a eso es a lo que responde la gente.

—Aunque tengamos cuidado, no podemos garantizar su seguridad —dice Boggs—. Será un blanco para todos...

—Quiero ir —lo interrumpo—. Aquí no sirvo de nada a los rebeldes.

—¿Y si te matan? —pregunta Coin.

—Pues aseguraos de grabarlo bien. Podréis usarlo de cualquier modo —respondo.

—Vale —dice ella—, pero vayamos paso a paso. Primero encontraremos la situación menos peligrosa que pueda arrancarte algo de espontaneidad. —Se pasea por la sala y examina los mapas iluminados de los distritos, en los que se ven las posiciones de las tropas en la guerra—. Llevadla esta tarde al 8. Por la mañana han tenido muchos bombardeos, pero parece que el ataque ha pasado. La quiero armada con un pelotón de guardaespaldas. Los cámaras en el terreno. Haymitch, tú estarás en el aire y en contacto con ella. Veamos qué pasa. ¿Algún comentario más?

—Lavadle la cara —dice Dalton, y todos se vuelven hacia él—. Todavía es una jovencita, y así parece que tiene treinta y cinco años. Está mal. Como algo que haría el Capitolio.

Coin da por finalizada la reunión y Haymitch le pregunta si puede hablar conmigo en privado. Todos se van, salvo Gale, que remolonea vacilante a mi lado.

—¿Qué te preocupa? —le pregunta Haymitch—. Yo soy el que necesita guardaespaldas.

—No pasa nada —le digo a Gale, y él se va.

Nos quedamos los dos solos, acompañados por el zumbido de los instrumentos y el ronroneo del sistema de ventilación. Haymitch se sienta frente a mí.

—Vamos a tener que trabajar juntos de nuevo, así que, adelante, dílo de una vez.

Pienso en el cruel intercambio a voces del aerodeslizador y en el rencor de después, aunque me limito a decir:

—No puedo creerme que no rescataras a Peeta.

—Lo sé.

Falta algo, y no porque él no se haya disculpado, sino porque éramos un equipo, habíamos acordado mantener a Peeta a salvo. Era un trato poco realista hecho al abrigo de la noche, pero un trato al fin y al cabo, y, en el fondo de mi corazón, yo sabía que los dos habíamos fallado.

—Ahora dílo tú —le pido.

—No puedo creerme que le quitaras la vista de encima aquella noche —responde

Haymitch.

Asiento, eso es todo.

—Lo repito una y otra vez en mi cabeza, lo que podría haber hecho para mantenerlo a mi lado sin romper la alianza, pero no se me ocurre nada.

—No tenías elección, y aunque hubiera podido hacer que Plutarch se quedara para rescatarlo aquella noche, nos habrían derribado a todos. Apenas salimos de allí contigo.

Por fin miro a Haymitch a los ojos, ojos de la Veta, grises, profundos y rodeados de los círculos oscuros de las noches sin dormir.

—Todavía no está muerto, Katniss.

—Seguimos en el juego —afirmo, intentando sonar optimista, aunque se me quiebra la voz.

—Sí, y sigo siendo tu mentor —responde, y me apunta con el rotulador—. Cuando estés en tierra, recuerda que yo estoy arriba. Tendré mejor vista que tú, así que haz lo que te diga.

—Ya veremos.

Regreso a la sala de belleza y observo cómo desaparecen los ríos de maquillaje por el desagüe conforme me restriego la cara. La persona del espejo está andrajosa, con la piel irregular y los ojos cansados, pero se me parece. Me arranco la venda y dejo al aire la fea cicatriz del dispositivo. Eso es. Eso también se me parece.

Como estaré en una zona de combate, Beetee me ayuda con la protección que diseñó Cinna. Un casco de un metal entretejido que se encaja en la cabeza. El material es flexible, como tela, y puede subirse como una capucha si no quiero tenerlo puesto todo el rato. Un chaleco para reforzar la protección de mis órganos vitales. Un pequeño auricular blanco que se une al cuello del traje por medio de un cable. Beetee me engancha una máscara en el cinturón por si hay un ataque con gases.

—Si ves que alguien cae al suelo por alguna razón desconocida, pónstela de inmediato —me dice.

Para terminar, me cuelga a la espalda un carcaj dividido en tres cilindros de flechas.

—Recuerda: a la derecha, fuego; a la izquierda, explosivo; al centro, normal. No creo que los necesites, pero más vale prevenir que curar.

Boggs aparece para acompañarme a la División Aerotransportada. Justo cuando aparece el ascensor, Finnick llega corriendo, muy nervioso.

—¡Katniss, no me dejan ir! ¡Les dije que estoy bien, pero ni siquiera me dejan quedarme en el aerodeslizador!

Observo a Finnick: las piernas desnudas asomando bajo el camisón y las zapatillas del hospital, el pelo enredado, la cuerda a medio anudar enrollada en los

dedos, la mirada de lunático. Sé que no servirá de nada pedir que lo dejen venir, ni siquiera yo creo que sea buena idea, así que me doy una palmada en la frente y digo:

—Ay, se me había olvidado, es por esta estúpida conmoción cerebral: se supone que tenía que decirte que fueras a ver a Beetee en Armamento Especial. Ha diseñado un nuevo tridente para ti.

Al oír la palabra tridente es como si surgiera el viejo Finnick.

—¿De verdad? ¿Qué hace?

—No lo sé, pero si se parece a mi arco y mis flechas, te va a encantar. Tendrás que entrenar con él, eso sí.

—Claro, por supuesto. Supongo que será mejor que baje.

—Finnick, ¿y si te pones pantalones?

Él se mira las piernas como si se diera cuenta por primera vez de lo que lleva puesto, se quita el camisón y se queda en ropa interior.

—¿Por qué? ¿Es que esto —añade, poniendo una pose provocativa muy ridícula— te distrae?

No puedo evitar reírme porque tiene gracia, y más gracia todavía por lo incómodo que parece Boggs. Además, me hace feliz ver que Finnick suena como el chico que conocí en el Vasallaje de los Veinticinco.

—Es que tengo sangre en las venas, Odair —digo, entrando en el ascensor antes de que se cierren las puertas—. Lo siento —añado, dirigiéndome a Boggs.

—No te preocupes, creo que lo has... llevado muy bien. Al menos mejor que si hubiera tenido que detenerlo.

—Sí.

Le echo un vistazo. Tendrá unos cuarenta y tantos años, lleva el pelo gris muy corto y sus ojos son azules. Una postura increíble. Hoy ha hablado dos veces y lo que ha dicho me hace pensar que preferiría ser mi amigo antes que mi enemigo. Quizá debería darle una oportunidad, pero parece tan fiel a Coin...

Oigo una serie de chasquidos fuertes y el ascensor se detiene un segundo antes de empezar a moverse hacia la izquierda.

—¿También avanza lateralmente? —pregunto.

—Sí, hay una red entera de caminos de ascensor bajo el 13 —responde—. Ésta está justo encima del radio de transporte que da a la quinta plataforma de despegue. Nos lleva al hangar.

El hangar, las mazmorras, Defensa Especial, un sitio para cultivar comida, otro donde generar aire, purificadores de aire y agua...

—El 13 es más grande de lo que creía.

—La mayoría no es mérito nuestro —dice Boggs—. Básicamente lo heredamos. Lo que hemos procurado hacer es mantenerlo en funcionamiento.

Vuelven los chasquidos, bajamos brevemente (un par de plantas) y las puertas se

abren para dejarnos entrar en el hangar.

—Oh —dejo escapar sin querer al ver la flota, hilera tras hilera de distintos tipos de naves—. ¿También heredasteis esto?

—Algunos los fabricamos nosotros, otros formaban parte de las fuerzas aéreas del Capitolio. Los hemos actualizado, claro.

Vuelvo a notar una punzada de odio contra el 13.

—Entonces, ¿teníais todo esto y dejasteis indefensos al resto de los distritos frente al Capitolio?

—No es tan sencillo —replica—. No hemos estado en posición de lanzar un contraataque hasta hace poco. Apenas nos manteníamos con vida. Después de vencer y ejecutar a la gente del Capitolio, sólo un puñado de los nuestros sabía cómo pilotar. Podríamos haberlos bombardeado con misiles nucleares, sí, pero siempre queda la pregunta más importante: si iniciamos una guerra de ese tipo contra el Capitolio, ¿quedaría algún ser humano vivo?

—Eso suena como lo que dijo Peeta, y vosotros lo llamasteis traidor.

—Porque pidió un alto el fuego —responde Boggs—. Habrás notado que ninguno de los dos bandos ha lanzado armas nucleares. Estamos funcionando a la antigua. Por aquí, soldado Everdeen —concluye, señalando uno de los aerodeslizadores pequeños.

Subo las escaleras y veo que dentro están el equipo de televisión y sus herramientas. Todos los demás llevan los monos militares gris oscuro del 13, incluso Haymitch, aunque él parece incómodo con lo ceñido que le queda el cuello.

Fulvia Cardew entra a toda prisa y deja escapar un bufido de frustración al verme la cara.

—Tanto trabajo tirado a la basura. No te culpo a ti, Katniss, es que hay muy poca gente con rostros fotogénicos. Como él —dice, agarrando a Gale, que está hablando con Plutarch, y volviéndolo hacia nosotros—. ¿A que es guapo?

Lo cierto es que Gale está impresionante con el uniforme, supongo. Sin embargo, la pregunta nos avergüenza a los dos, dada nuestra historia. Intento pensar en una réplica ingeniosa cuando Boggs dice en tono brusco:

—Bueno, es normal que no nos impresione mucho: acabamos de ver a Finnick Odair en ropa interior.

Decido que, efectivamente, Boggs me gusta mucho.

Se nos avisa del inminente despegue, así que me siento al lado de Gale, frente a Haymitch y Plutarch, y me abrocho el cinturón. Nos deslizamos a través de un laberinto de túneles que se abren a una plataforma. Una especie de elevador hace que la nave suba poco a poco de una planta a otra. De repente estamos en el exterior, en un gran campo rodeado de bosques, y después despegamos de la plataforma y las nubes nos envuelven.

Una vez libre del bullicio previo a la misión, me doy cuenta de que no tengo ni

idea de qué me espera en este viaje al Distrito 8. De hecho, sé muy poco sobre el estado real de la guerra y lo que hace falta para ganarla. Tampoco sé qué pasaría si lo hiciéramos.

Plutarch trata de explicármelo en términos simples. En primer lugar, todos los distritos luchan contra el Capitolio, salvo el 2, que siempre ha tenido una relación privilegiada con nuestros enemigos, a pesar de su participación en los Juegos del Hambre. Reciben más comida y mejores condiciones de vida. Después de los Días Oscuros y la supuesta destrucción del 13, el Distrito 2 se convirtió en el nuevo centro de defensa del Capitolio, aunque en público se presenta como el hogar de las canteras de la nación, igual que el 13 era conocido por sus minas de grafito. El Distrito 2 no sólo fabrica armas, sino que entrena e incluso suministra agentes de la paz.

—¿Quieres decir... que algunos de los agentes nacen en el 2? —pregunto—. Creía que eran del Capitolio.

—Eso se supone que debéis creer —responde Plutarch, asintiendo—. Y algunos sí que son del Capitolio, pero su población nunca podría mantener una fuerza de ese tamaño. Además, está el problema de reclutar a ciudadanos criados en el Capitolio para una aburrida vida de privaciones en los distritos. Un compromiso de veinte años en el cuerpo, sin casarse y sin hijos. Algunos se lo tragan por el honor del cargo, mientras que otros lo aceptan como alternativa al castigo. Por ejemplo, únete a los agentes de la paz y te perdonaremos las deudas. En el Capitolio hay muchas personas ahogadas por las deudas, aunque no todas ellas sirven para el servicio militar, así que el Distrito 2 es nuestra fuente de tropas adicionales. Para ellos es una forma de escapar de la pobreza y la vida en las canteras. Los educan como a guerreros, ya has visto lo dispuestos que están sus hijos a presentarse voluntarios como tributos.

Cato y Clove. Brutus y Enobaria. He visto su buena disposición y también su sed de sangre.

—Pero ¿todos los demás distritos están de nuestra parte? —pregunto.

—Sí. Nuestro objetivo es tomar los distritos uno a uno y acabar en el 2, de modo que el Capitolio se quede sin suministros. Entonces, cuando esté más débil, lo invadiremos —explica Plutarch—. Será un reto completamente distinto, pero no adelantemos acontecimientos.

—Si ganamos, ¿quién estará a cargo del Gobierno? —pregunta Gale.

—Todos —responde Plutarch—. Vamos a formar una república en la que la gente de todos los distritos y el Capitolio pueda elegir a sus propios representantes y enviarlos a un Gobierno centralizado. No pongáis esa cara, ya ha funcionado antes.

—En los libros —masculla Haymitch.

—En los libros de historia —replica Plutarch—, y si nuestros ancestros pudieron hacerlo, nosotros también.

A decir verdad, nuestros ancestros no tienen muchas razones para presumir de

nada. Es decir, no hay más que ver el estado en el que nos dejaron, con guerras y el planeta destrozado. Está claro que no les importaba lo que les pasara a los que vinieran detrás, aunque esta idea de la república suena mejor que nuestro sistema actual.

—¿Y si perdemos? —pregunto.

—¿Si perdemos? —repite Plutarch; mira a las nubes y esboza una sonrisa irónica—. Entonces seguro que el año que viene tenemos unos Juegos del Hambre memorables. Lo que me recuerda... —Saca un frasco de su chaleco, se echa unas cuantas pastillas violetas en la mano y nos las ofrece—. Las hemos llamado «jaula de noche» en tu honor, Katniss. Los rebeldes no pueden permitirse que capturen a uno de nosotros, pero os prometo que será completamente indoloro.

Acepto una cápsula, sin saber bien dónde meterla. Plutarch me da un golpecito en el hombro, en la parte delantera de mi manga izquierda. Lo examino y encuentro un bolsillo diminuto que sirve tanto para guardar como para esconder la pastilla. Aunque me ataran las manos, podría inclinar la cabeza y sacarla de un mordisco.

Al parecer, Cinna ha pensado en todo.



El aerodeslizador desciende rápidamente en espiral sobre una ancha carretera a las afueras del 8. Casi de inmediato se abren las puertas, se colocan las escaleras y nos escupen al asfalto. En cuanto desembarca la última persona, el dispositivo se pliega, y la nave asciende y desaparece. Me quedo con una guardia personal compuesta por Gale, Boggs y otros dos soldados. El equipo de televisión consiste en un par de robustos cámaras del Capitolio con pesadas máquinas móviles que rodean sus cuerpos y los hacen parecer insectos, una directora llamada Cressida que se ha afeitado la cabeza (tatuada con vides verdes) y su ayudante, Messalla, un joven delgado con varios pares de pendientes. Tras una observación más atenta descubro que también tiene un agujero en la lengua, que adorna con una bola plateada del tamaño de una canica.

Boggs nos saca de la carretera a toda prisa y nos lleva hacia una fila de almacenes, mientras un segundo aerodeslizador se acerca para aterrizar. En él hay suministros médicos y una tripulación de seis médicos, a juzgar por sus inconfundibles uniformes blancos. Todos seguimos a Boggs por un callejón que avanza entre dos sosos almacenes grises. Lo único que adorna las maltrechas paredes metálicas son las escaleras de acceso al tejado. Cuando llegamos a la calle, es como si hubiéramos entrado en otro mundo.

Están trayendo a los heridos del bombardeo de esta mañana en camillas caseras, carretillas, carros, sobre los hombros y en brazos; sangrando, mutilados e inconscientes. Los lleva una gente desesperada a un almacén en el que han pintado una torpe hache sobre la puerta. Es una escena sacada de mi antigua cocina, con mi madre tratando a los moribundos, sólo que multiplicado por diez, por cincuenta, por cien. Me esperaba edificios bombardeados, pero me veo frente a cuerpos humanos rotos.

¿Aquí es donde piensan grabarme? Me vuelvo hacia Boggs.

—Esto no va a funcionar —le digo—. Aquí no sirvo de nada.

Debe de verme el pánico en los ojos, porque se detiene un momento y me pone las manos en los hombros.

—Sí que servirás, deja que te vean. Eso les hará más bien que todos los médicos del mundo.

La mujer que dirige la entrada de los nuevos pacientes nos ve, tarda un momento

en reaccionar y se acerca. Sus ojos castaño oscuro están hinchados por la fatiga, y huele a metal y sudor. Tendría que haberse cambiado la venda del cuello hace unos tres días. La correa de la que cuelga el arma automática que lleva a la espalda se le clava en el cuello, así que la mueve para cambiarla de posición. Hace un gesto brusco con el pulgar para ordenar a los médicos que entren en el almacén. Ellos obedecen sin rechistar.

—Ésta es la comandante Paylor, del 8 —dice Boggs—. Comandante, ésta es la soldado Katniss Everdeen.

Parece joven para ser comandante, treinta y pocos, pero su voz tiene un tono autoritario que deja claro que no la nombraron por accidente. A su lado, con mi reluciente traje nuevo, cepilladita y limpia, me siento como un pollito recién salido del cascarón, sin experiencia y aprendiendo a moverme por el mundo.

—Sí, sé quién es —dice Paylor—. Entonces, estás viva. No estábamos seguros.

¿Me lo imagino o hay un deje de acusación en su voz?

—Todavía no lo tengo muy claro —respondo.

—Ha estado recuperándose —explica Boggs, dándose unos golpecitos en la cabeza—. Conmoción cerebral —añade, y baja la voz—. Aborto. Pero ha insistido en venir para ver a vuestros heridos.

—Bueno, de éstos tenemos muchos —responde Paylor.

—¿Crees que es buena idea reunirlos a todos ahí? —pregunta Gale, frunciendo el ceño.

A mí no me lo parece, cualquier enfermedad contagiosa se propagaría como el fuego por este hospital.

—Creo que es un poquito mejor que dejarlos morir —responde Paylor.

—No me refería a eso —replica Gale.

—Bueno, ahora mismo ésa es la otra alternativa, pero si se os ocurre una tercera opción y conseguís que Coin la respalde, soy toda oídos —concluye Paylor, y me hace un gesto para que entre—. Vamos, Sinsajo. Y tráete a tus amigos, por supuesto.

Miro hacia el espectáculo circense que representa mi equipo, me preparo y la sigo al interior del hospital. Una especie de gruesa cortina industrial está colgada a todo lo largo del edificio formando un pasillo de tamaño considerable. Hay cadáveres tumbados codo con codo; la cortina les roza la cabeza y unas telas blancas les tapan la cara.

—Hemos empezado a excavar una fosa común a unas cuantas manzanas al oeste de aquí, pero no puedo dedicar hombres a trasladarlos —explica Paylor.

Me agarro a la muñeca de Gale.

—No te apartes de mí —le susurro entre dientes.

—Estoy aquí —responde en voz baja.

Atravieso la cortina y es insoportable. Mi primer impulso es taparme la nariz para

evitar el hedor a lino manchado, carne putrefacta y vómito, todo empeorado por el calor del almacén. Han abierto las claraboyas que cruzan el alto techo metálico, pero el aire que consigue entrar no basta para disipar la niebla de abajo. Los finos rayos de luz solar son la única iluminación y, mientras mi vista se acostumbra, distingo filas y más filas de heridos sobre catres, palés y en el suelo, porque hay tantos que no caben de otro modo. El zumbido de las moscas, los gemidos de dolor de los heridos y los sollozos de los seres queridos que los atienden se combinan en un coro desgarrador.

En los distritos no tenemos hospitales de verdad, morimos en casa, lo que me resulta una perspectiva mucho más deseable que lo que tengo delante. Entonces recuerdo que muchas de estas personas habrán perdido sus hogares en los bombardeos.

Empiezo a notar cómo me baja el sudor por la espalda, cómo me llena las manos. Respiro por la boca para intentar mitigar el olor. Empiezo a ver unos puntitos negros y creo que me desmayaré en cualquier momento, hasta que veo a Paylor observándome con atención, esperando a ver de qué estoy hecha y si habían acertado al pensar que podían contar conmigo. Así que suelto a Gale y me obligo a avanzar por el almacén, a caminar por el estrecho pasillo entre dos filas de camas.

—¿Katniss? —dice una voz ronca a mi izquierda, entre el estrépito general—. ¿Katniss?

Una mano se extiende hacia mí a través de la bruma y me agarro a ella para apoyarme. Unida a la mano hay una joven con una herida en la pierna. La sangre ha empapado los vendajes, que están repletos de moscas. En su cara se ve el dolor, aunque también otra cosa, algo que parece completamente incongruente dada la situación.

—¿De verdad eres tú? —me pregunta.

—Sí, soy yo —consigo responder.

Alegría, ésa es la otra expresión; al oír mi voz se le ilumina el rostro, se le borra el sufrimiento durante un instante.

—¡Estás viva! No lo sabíamos. La gente decía que sí, ¡pero no lo sabíamos! —exclama, emocionada.

—Acabé un poco maltrecha, pero ya estoy mejor —respondo—. Igual que te pasará a ti.

—¡Tengo que contárselo a mi hermano! —dice la mujer, que se sienta como puede y llama a alguien que está unas camas más allá—. ¡Eddy, Eddy! ¡Está aquí! ¡Es Katniss Everdeen!

Un chico de unos doce años se vuelve hacia nosotros. Las vendas le ocultan media cara, y la mitad de su boca que queda al aire se abre como si fuera a exclamar algo. Me acerco a él, le aparto los húmedos rizos castaños de la frente y murmuro un saludo. No puede hablar, aunque su ojo bueno se clava en mí como si deseara

memorizar cada detalle de mis facciones.

Oigo que murmuran mi nombre, que corre como la pólvora por el aire caliente del hospital.

—¡Katniss! ¡Katniss Everdeen!

Los sonidos de dolor y pena se desvanecen y pasan a ser palabras ilusionadas. Me llaman desde todas las esquinas. Empiezo a moverme y a aceptar las manos que me ofrecen, a tocar las partes sanas de los que no pueden mover sus extremidades, a decir: «Hola», «¿Cómo estás?», «Me alegro de conocerte». Nada importante, ningún asombroso lema inspirador, pero da igual. Boggs tiene razón: es verme, verme viva, lo que los inspira.

Los dedos hambrientos me devoran, quieren tocar mi carne. Mientras un hombre herido me sostiene la cara entre las manos, doy gracias en silencio a Dalton por sugerir que me lavara el maquillaje. Qué ridícula y perversa me sentiría presentándome ante esta gente con aquella máscara pintada del Capitolio. Las heridas, la fatiga, las imperfecciones... Así es como me reconocen, por eso soy uno de ellos.

A pesar de la controvertida entrevista con Caesar, muchos preguntan por Peeta, me aseguran que saben que hablaba bajo coacción. Hago lo que puedo por sonar positiva sobre nuestro futuro, aunque todos se afligen muchísimo cuando descubren que he perdido el bebé. Quiero ser sincera y contar a una mujer que llora que todo fue una farsa, una táctica en el juego, pero decir ahora que Peeta es un mentiroso no ayudaría a su imagen ni a la mía, ni a la causa.

Empiezo a entender mejor por qué se han esforzado tanto en protegerme, lo que significo para los rebeldes. En mi lucha continua contra el Capitolio, que a veces me pareció tan solitaria, no he estado sola. Tengo miles y miles de personas de los distritos a mi lado. Ya era su Sinsajo mucho antes de aceptar el puesto.

Una nueva sensación empieza a germinar en mi interior, pero no logro definirla hasta estar encima de una mesa despidiéndome de la gente, que corea mi nombre con voces roncas. Poder. Tengo un poder que no conocía. Snow lo supo en cuanto enseñé las bayas. Plutarch lo sabía cuando me rescató de la arena. Y ahora Coin lo sabe, tanto que tiene que recordar en público a los suyos que no soy yo la que lo controla todo.

Una vez fuera, me apoyo en el almacén, recupero el aliento y acepto la cantimplora de agua de Boggs.

—Lo has hecho muy bien —me dice.

Bueno, no me desmayé ni vomité, ni huí gritando. Básicamente me dejé llevar por la ola de emoción que recorría el lugar.

—Tenemos buen material —dice Cressida.

Miro a los cámaras insecto que sudan bajo el peso de su equipo y a Messalla

tomando notas; se me había olvidado por completo que me filmaban.

—La verdad es que no he hecho mucho —respondo.

—Tienes que aceptar el mérito de lo que hiciste en el pasado —replica Boggs.

¿Lo que he hecho en el pasado? Pienso en la senda de destrucción que dejo a mi paso; me tiemblan las rodillas y tengo que sentarme.

—He hecho de todo.

—Bueno, no eres ni mucho menos perfecta, pero, tal como están las cosas, nos tendremos que conformar contigo —responde Boggs.

Gale se agacha a mi lado, sacudiendo la cabeza.

—No puedo creer que los dejaras a todos tocarte. Temía que salieras corriendo de un momento a otro.

—Cierra el pico —le digo, entre risas.

—Tu madre se va a sentir muy orgullosa cuando vea la grabación.

—Mi madre ni siquiera se fijará en mí, estará demasiado horrorizada por las condiciones en las que están los enfermos —respondo, y me vuelvo hacia Boggs—. ¿Es así en todos los distritos?

—En la mayoría siguen los ataques. Estamos intentando llevar ayuda a donde podemos, pero no basta.

Se calla un minuto, distraído por lo que le dicen a través del auricular. Me doy cuenta de que no he oído ni una vez a Haymitch, así que toqueteo el mío por si está roto.

—Tenemos que volver a la pista de vuelo de inmediato —dice Boggs, ayudándome a levantarme—. Hay un problema.

—¿Qué clase de problema? —pregunta Gale.

—Se acercan bombarderos —responde Boggs; me pone la mano en la nuca y me coloca el casco de Cinna en la cabeza—. ¡Moveos!

Sin saber bien lo que pasa, salgo corriendo por la parte delantera del almacén en dirección al callejón que lleva a la pista, aunque no percibo ninguna amenaza inminente. El cielo está vacío, sin una nube. En la calle sólo se ven las personas que llevan a los heridos al hospital. No hay enemigo ni alarmas. Entonces empiezan a sonar las sirenas y, en cuestión de segundos, una formación en uve de aerodeslizadores del Capitolio aparece volando bajo sobre nosotros y dejan caer sus bombas. Salgo volando por los aires y me doy contra la pared principal del almacén. Noto un dolor desgarrador justo encima de la parte de atrás de la rodilla derecha, y también me ha dado algo en la espalda, aunque creo que no ha atravesado el chaleco. Intento levantarme, pero Boggs me empuja de nuevo al suelo y me protege con su cuerpo. La tierra tiembla bajo mí mientras siguen cayendo y detonando las bombas.

Es una sensación horrible estar atrapada contra la pared oyendo la lluvia de explosiones. ¿Cuál era la expresión que empleaba mi padre para las presas fáciles?:

«Como pescar en un barril». Nosotros somos los peces y la calle es el barril.

—¡Katniss! —me grita Haymitch al oído, sobresaltándome.

—¿Qué? Sí, ¿qué? ¡Estoy aquí!

—Escúchame, no podemos aterrizar durante el bombardeo, pero es esencial que no te vean.

—Entonces, ¿no saben que estoy aquí? —pregunto, ya que había supuesto que, como siempre, era mi presencia lo que había provocado aquel castigo.

—Nuestros espías creen que no, que este ataque ya estaba programado —responde Haymitch.

Entonces interviene Plutarch, con voz tranquila aunque enérgica, la voz de un Vigilante Jefe acostumbrado a tomar decisiones bajo presión.

—Hay un almacén azul claro a tres edificios del vuestro. Tiene un búnker en la esquina norte. ¿Podéis llegar hasta él?

—Lo intentaremos —responde Boggs.

Plutarch debe de haber sonado en los auriculares de todos, porque mis guardaespaldas y equipo se están levantando. Busco a Gale con la mirada instintivamente y veo que está de pie, al parecer ileso.

—Tenéis unos cuarenta y cinco segundos hasta el siguiente bombardeo —dice Plutarch.

Dejo escapar un gruñido de dolor cuando mi pierna derecha recibe el peso del resto del cuerpo, pero me sigo moviendo, no hay tiempo para examinar la herida y, además, mejor no mirarla. Por suerte, tengo puestos los zapatos que diseñó Cinna; se agarran al asfalto al contacto y suben con impulso al soltarse. No habría podido moverme con el par que me asignaron en el 13. Boggs va en cabeza, pero no me adelanta nadie más, sino que me siguen el ritmo para protegerme los costados y la retaguardia. Me obligo a correr porque los segundos pasan. Dejamos atrás el segundo almacén gris y corremos delante de un edificio de color tierra. Más adelante veo una fachada azul desvaído, el almacén del búnker. Acabamos de llegar a otro callejón y sólo nos queda cruzarlo para llegar a la puerta, cuando llega la segunda oleada de bombas. Mi instinto hace que me lance al interior del callejón y que ruede hacia la pared azul. Ahora es Gale el que se tira sobre mí para ofrecerme otra capa de protección. Esta vez dura más, aunque estamos más lejos.

Me pongo de lado y me encuentro mirando a Gale a los ojos. Durante un instante, el mundo desaparece y sólo existe su cara enrojecida, el pulso que le late en las sienes, sus labios ligeramente abiertos intentando recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —me pregunta, y sus palabras quedan casi ahogadas por una explosión.

—Sí, creo que no me han visto. Es decir, que no nos siguen.

—No, tenían otro blanco.

—Lo sé, pero ahí sólo está...

Los dos nos damos cuenta a la vez:

—El hospital.

Gale se levanta al instante y grita a los demás:

—¡Están bombardeando el hospital!

—No es problema vuestro —dice Plutarch con firmeza—. Id al búnker.

—¡Pero sólo hay heridos! —exclamo.

—Katniss —me dice Haymitch por el auricular, y sé lo que viene después—, ¡ni se te ocurra...!

Me arranco el auricular y lo dejo colgando de su cable. Sin esa distracción oigo otro sonido: ametralladoras que disparan desde el tejado del almacén color tierra del otro lado del callejón: alguien responde al ataque. Antes de que puedan detenerme, corro hacia una escalera de acceso y empiezo a subir, a trepar, una de las cosas que mejor se me dan.

—¡No pares! —me grita Gale por detrás.

Entonces oigo que estampa su bota en la cara de alguien. Si es la de Boggs, Gale lo pagará con creces. Llego al tejado y me arrastro por el alquitrán; me detengo lo justo para ayudar a Gale a subir, y los dos nos dirigimos a la fila de nidos de ametralladoras colocados en la parte del almacén que da a la calle. Hay unos cuantos rebeldes en cada uno. Nos metemos en un nido con un par de soldados y nos agachamos detrás de la barrera.

—¿Sabe Boggs que estáis aquí?

Es Paylor, que está a mi izquierda, detrás de una de las armas, mirándome con curiosidad.

Intento ser evasiva sin mentir del todo:

—Sí que lo sabe, sin duda.

—Ya me lo imagino —responde ella, entre risas—. ¿Os han entrenado con esto? —pregunta, dándole una palmada a la culata de la metralleta.

—A mí sí, en el 13 —responde Gale—, pero preferiría usar mis propias armas.

—Sí, tenemos nuestros arcos —añado, levantando el mío, hasta que me doy cuenta de que tiene pinta de adorno—. Es más mortífero de lo que parece.

—Lo suponía —responde Paylor—. De acuerdo, esperamos al menos tres oleadas más. Tienen que bajar sus escudos de invisibilidad antes de soltar las bombas, ésa es nuestra oportunidad. ¡Quedaos agachados!

Me coloco para disparar con una rodilla en el suelo.

—Será mejor empezar con fuego —dice Gale.

Asiento y saco una flecha de mi funda derecha. Si fallamos, estas flechas aterrizarán en alguna parte, seguramente en los almacenes del otro lado de la calle. Un incendio puede apagarse, pero el daño de una explosión quizá sea irreparable.

De repente aparecen en el cielo, a dos manzanas de distancia y unos noventa metros de altura: siete pequeños bombarderos en formación en uve.

—¡Gansos! —grito a Gale.

Él entiende perfectamente lo que quiero decir. Durante la migración, cuando cazamos aves, hemos desarrollado un sistema para dividirnos los pájaros y no apuntar los dos a los mismos. Yo me quedo con el lado más alejado de la uve, Gale con el cercano y después nos turnamos para disparar al pájaro delantero. No hay tiempo para discutir más. Calculo la velocidad de los aerodeslizadores y lanzo la flecha; le doy a la parte interior del ala de uno, que estalla en llamas. Gale no acierta en el principal y vemos que se incendia el tejado de un almacén vacío frente a nosotros. Suelta una palabrota entre dientes.

El aerodeslizador al que he acertado se aparta de la formación, pero suelta sus bombas de todos modos. Sin embargo, no desaparece, ni tampoco el otro dañado por los disparos. Supongo que no les funciona el escudo.

—Buen disparo —dice Gale.

—No apuntaba a ése —mascullo, ya que intentaba dar al que tenía delante—. Son más rápidos de lo que pensábamos.

—¡Posiciones! —grita Paylor.

Ya aparece la siguiente oleada de aerodeslizadores.

—El fuego no sirve —dice Gale.

Asiento y los dos cargamos las flechas con puntas explosivas. Da igual, porque esos almacenes del otro lado de la calle parecen abandonados.

Mientras los aviones se acercan en silencio, tomo otra decisión.

—¡Me pongo de pie! —le grito a Gale, y lo hago.

Ésta es la posición con la que logro la mejor puntería. Apunto mejor y doy de pleno en el avión de cabeza, abriéndole un agujero en la parte inferior. Gale le vuela en pedazos la cola a un segundo, que da una vuelta y se estrella en la calle, haciendo estallar su cargamento.

Sin advertencia previa, aparece una tercera formación en uve. Esta vez, Gale le da sin problemas al avión principal, y yo destrozo el ala del segundo, que se estrella contra el que va detrás. Los dos caen al tejado del almacén que está frente al hospital. Un cuarto cae derribado por las ametralladoras.

—Bueno, ya está —dice Paylor.

Las llamas y el denso humo negro de los aviones nos impiden la visión.

—¿Han acertado en el hospital?

—Seguramente —responde ella con tristeza.

Corro hacia las escaleras del otro extremo del almacén, y me sorprende al ver a Messalla y a uno de los insectos salir de detrás de un conducto de ventilación. Creía que seguirían agazapados en el callejón.

—Empiezan a caerme bien —comenta Gale.

Bajo a toda prisa la escalera y, cuando llego al suelo, encuentro esperándome a un guardaespaldas, a Cressida y al otro insecto. Imaginaba que opondrían resistencia, pero Cressida me hace un gesto hacia el hospital. Está gritando:

—¡Me da igual, Plutarch! ¡Dame cinco minutos más!

Como no soy de las que rechazan las invitaciones, salgo corriendo por la calle.

—Oh, no —susurro cuando veo el hospital. Lo que solía ser el hospital.

Dejo atrás a los heridos, a los aviones que arden, con la vista fija en el desastre que tengo delante. Gente gritando, corriendo como locos, pero sin poder ayudar. Las bombas han hecho que se derrumbe el tejado del hospital y han incendiado el edificio, atrapando sin remedio a los pacientes. Un grupo de rescatadores se ha reunido para intentar abrir un paso al interior, aunque yo ya sé lo que encontrarán: si los escombros y las llamas no han acabado con ellos, lo habrá hecho el humo.

Gale aparece a mi lado, y el hecho de que no haga nada confirma mis sospechas. Los mineros no abandonan un accidente a no ser que no tenga remedio.

—Venga, Katniss, Haymitch dice que ya pueden recogerlos con un aerodeslizador —me dice, pero no consigo moverme.

—¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué matar a gente que ya se estaba muriendo? —le pregunto.

—Para asustar a los demás, para evitar que los heridos busquen ayuda. La gente a la que has conocido era prescindible, al menos para Snow. Si el Capitolio gana, ¿qué va a hacer con un puñado de esclavos deteriorados?

Recuerdo todos esos años en el bosque, escuchando a Gale despotricar sobre el Capitolio mientras yo no prestaba mucha atención. Me preguntaba por qué se molestaba en diseccionar sus motivos, por qué iba a importar aprender a pensar como el enemigo. Está claro que hoy sí podría haber importado. Cuando Gale cuestionó la existencia del hospital no estaba pensando en enfermedades, sino en esto, porque él nunca subestima la crueldad a la que nos enfrentamos.

Le doy la espalda lentamente al hospital y me encuentro con Cressida flanqueada por los insectos a un par de metros de mí. Permanece impassible, incluso fría.

—Katniss —me dice—, el presidente Snow acaba de retransmitir en directo el bombardeo. Después ha hecho una aparición para decir que es su forma de enviar un mensaje a los rebeldes. ¿Y tú? ¿Te gustaría decir algo a los rebeldes?

—Sí —susurro, y la luz roja parpadeante de una de las cámaras me llama la atención; sé que me graban—. Sí —digo con más énfasis; todos se alejan de mí (Gale, Cressida, los insectos) para cederme el escenario, pero sigo concentrada en la luz roja—. Quiero decir a los rebeldes que estoy viva, que estoy aquí, en el Distrito 8, donde el Capitolio acaba de bombardear un hospital lleno de hombres, mujeres y niños desarmados. No habrá supervivientes —aseguro, y la conmoción da paso a la

furia—. Quiero decirles que si creen por un solo segundo que el Capitolio nos tratará con justicia, están muy equivocados. Porque ya sabéis quiénes son y lo que hacen —añado, levantando las manos automáticamente, como señalando el horror que me rodea—. ¡Esto es lo que hacen! ¡Y tenemos que responder!

Me muevo hacia la cámara, llevada por la rabia.

—¿El presidente Snow dice que está enviándonos un mensaje? Bueno, pues yo tengo uno para él: puedes torturarnos, bombardearnos y quemar nuestros distritos hasta los cimientos, pero ¿ves eso?

Uno de los cámaras sigue mi dedo, que señala los aviones que arden en el tejado del almacén que tenemos delante. Se ve claramente el sello del Capitolio en un ala, a pesar del fuego.

—¡El fuego se propaga! —grito, decidida a que oiga todas y cada una de mis palabras—. ¡Y si nosotros ardemos, tú arderás con nosotros!

Mis últimas palabras quedan flotando en el aire. Es como si se hubiera parado el tiempo, como si estuviera suspendida en una nube de calor que no surge de lo que me rodea, sino de mi interior.

—¡Corten! —exclama Cressida, y su voz me devuelve a la realidad y extingue mi fuego; asiente para darme su aprobación—. Toma buena.



Boggs me coge con fuerza del brazo, pero ya no pienso escapar. Miro al hospital (justo a tiempo de ver cómo cede el resto de la estructura) y dejo de luchar. Todas esas personas, los cientos de heridos, los parientes y los médicos del 13, ya no existen. Me vuelvo hacia Boggs y veo que tiene hinchada la cara por la patada de Gale. Aunque no soy una experta, estoy bastante segura de que le ha roto la nariz. A pesar de todo, suena más resignado que enfadado:

—De vuelta a la pista.

Doy un paso adelante, obediente, y hago una mueca al notar el dolor de la rodilla derecha. El subidón de adrenalina ya ha pasado y todas las partes de mi cuerpo se unen en un coro de quejas. Estoy machacada, ensangrentada y alguien me está pegando martillazos en la sien izquierda desde dentro del cráneo. Boggs me examina rápidamente la cara, me sube en brazos y corre hacia la pista. A medio camino vomito encima de su chaleco antibalas. Creo que suspira, aunque es difícil saberlo, porque está sin aliento.

Un aerodeslizador pequeño, distinto al que nos trajo aquí, nos espera en la pista. En cuanto mi equipo sube a bordo, despegamos. Esta vez no hay ni asientos cómodos ni ventanas, sino que estamos en una especie de avión de mercancías. Boggs se encarga de los primeros auxilios de todos para que resistan hasta que lleguemos al 13. Quiero quitarme el chaleco porque también ha recibido buena parte del vómito, pero hace demasiado frío para eso. Me quedo tumbada en el suelo con la cabeza apoyada en el regazo de Gale. Lo último que recuerdo es a Boggs poniéndome encima un par de sacos de arpillera.

Cuando me despierto, estoy calentita y remendada en mi vieja habitación del hospital. Mi madre está aquí, comprobando mis constantes vitales.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco machacada, pero bien —respondo.

—Nadie nos dijo que te ibas hasta que ya no estabas aquí.

Siento una punzada de culpa. Cuando tu familia ha tenido que enviarte dos veces a los Juegos del Hambre, es un detalle de los que no deben olvidarse.

—Lo siento, no esperaban el ataque, se suponía que iba a visitar a los pacientes —le explico—. La próxima vez haré que te lo consulten.

—Katniss, a mí nadie me consulta nada.

Es cierto, ni siquiera yo desde que murió mi padre. ¿Por qué fingir?

—Bueno, pues al menos haré que te lo... notifiquen.

En la mesita de noche está el fragmento de metralla que me han sacado de la pierna. Los médicos están más preocupados con el daño cerebral a consecuencia de las explosiones ya que mi conmoción todavía no se había curado del todo, pero no veo doble ni nada, y puedo pensar con bastante claridad. He dormido toda la tarde y la noche, así que estoy muerta de hambre. El tamaño del desayuno me resulta decepcionante, sólo unos cuantos trocitos de pan mojados en leche tibia. Me han llamado para una reunión a primera hora en Mando. Cuando empiezo a levantarme me doy cuenta de que piensan llevarme en la camilla directamente. Quiero ir andando, pero eso está descartado, así que negocio para que me dejen ir en silla de ruedas. Estoy bien, en serio..., salvo por la cabeza, la pierna, los moratones y las náuseas que me entran un par de minutos después de comer. Quizá la silla sea buena idea.

Mientras me bajan, empieza a preocuparme lo que me encontraré. Gale y yo desobedecimos órdenes directas ayer, y Boggs tiene la herida que lo prueba. Sin duda habrá repercusiones, aunque ¿será capaz Coin de anular nuestro acuerdo sobre la inmunidad de los vencedores? ¿Le habré quitado a Peeta la poca protección que podía ofrecerle?

Cuando llego a Mando, los únicos que ya están presentes son Cressida, Messalla y los insectos. Messalla me mira con una amplia sonrisa y dice:

—¡Ahí está nuestra pequeña estrella!

Los demás sonrían de tan buena gana que no puedo evitar devolverles la sonrisa. En el 8 me impresionaron al seguirme por el tejado durante el bombardeo y obligar a Plutarch a retroceder para poder conseguir las imágenes que querían. Hicieron su trabajo más que de sobra, se enorgullecen de él. Como Cinna.

Se me ocurre la extraña idea de que, si estuviéramos en la arena juntos, los escogería como aliados. Cressida, Messalla y... y...

—Tengo que dejar de llamaros «los insectos» —espeto a los cámaras.

Les explico que no sabía sus nombres, pero sus trajes me recordaban a esas criaturas. La comparación no parece molestarlos. Incluso sin los trajes se parecen mucho entre sí: mismo pelo rojizo, barba roja y ojos azules. El de las uñas mordidas se presenta como Castor, y el otro, que es su hermano, se llama Pollux. Espero a que Pollux diga algo, pero se limita a asentir. Al principio creo que es tímido o un hombre de pocas palabras. Sin embargo, hay algo más, algo en la posición de los labios, en el esfuerzo adicional que le supone tragar, y lo sé antes de que me lo diga Castor: Pollux es un avox. Le cortaron la lengua y nunca volverá a hablar. Ya no tengo que preguntarme qué es lo que lo impulsa a arriesgarlo todo por ayudar a destruir el Capitolio.

Mientras se va llenando la sala me preparo para una acogida menos agradable, pero los únicos que demuestran alguna negatividad son Haymitch (que, de todos modos, siempre está de mal humor) y Fulvia Cardew, que tiene cara de avinagrada. Boggs lleva una máscara de plástico de color carne desde el labio superior a la frente (no me equivoqué con lo de la nariz rota), así que resulta difícil interpretar su expresión. Coin y Gale están absortos en una conversación que parece muy cordial.

Cuando Gale se acomoda en el asiento que hay al lado de mi silla de ruedas, le pregunto:

—¿Haciendo amigos?

Él mira brevemente a la presidenta y después a mí.

—Bueno, uno de los dos tiene que ser accesible —responde, tocándome la sien con cariño—. ¿Cómo te sientes?

Deben de haber servido estofado de calabacín con ajo en el desayuno porque, cuanta más gente se acumula, más huele. Se me revuelve el estómago y las luces, de repente, me resultan demasiado brillantes.

—Un poco tambaleante, ¿y tú?

—Estoy bien. Me sacaron un par de fragmentos de metralla, nada grave.

Coin manda guardar silencio.

—Nuestro asalto a las ondas ha comenzado oficialmente. Para los que os perdisteis la retransmisión durante veinticuatro horas ininterrumpidas de nuestra primera propo y las diecisiete repeticiones que Beetee ha conseguido poner en antena desde entonces, empezaremos viéndola.

¿Repeticiones? Así que no sólo consiguieron unas imágenes aceptables, sino que ya han montado una propo y la han emitido varias veces. Las manos me sudan al pensar en verme en el televisor. ¿Y si lo hago fatal? ¿Y si estoy tan rígida y absurda como en el estudio, y han tenido que rendirse y emitirlo de todos modos? De la mesa salen unas pantallas individuales, las luces se oscurecen y los presentes guardan silencio.

Al principio mi pantalla está en negro. Entonces aparece una llamita vacilante en el centro que florece, se propaga y se come en silencio la oscuridad hasta que todo el televisor queda cubierto por un fuego tan real e intenso que casi puedo notar el calor que emana. La imagen dorado rojizo de mi insignia del sinsajo surge del centro, reluciente. Claudius Templesmith, el presentador oficial de los Juegos del Hambre, dice:

—Katniss Everdeen, la chica en llamas, sigue ardiendo.

De repente ahí estoy, sustituyendo al sinsajo, de pie delante de las llamas y el humo reales del Distrito 8.

—Quiero decir a los rebeldes que estoy viva, que estoy aquí, en el Distrito 8, donde el Capitolio acaba de bombardear un hospital lleno de hombres, mujeres y

niños desarmados. No habrá supervivientes.

Ponen una imagen del hospital hundiéndose, de la desesperación de los testigos, mientras yo sigo hablando:

—Quiero decirles que si creen por un solo segundo que el Capitolio nos tratará con justicia, están muy equivocados. Porque ya sabéis quiénes son y lo que hacen.

Otra imagen mía levantando las manos para señalar la atrocidad que me rodea.

—¡Esto es lo que hacen! ¡Y tenemos que responder!

Y meten un montaje realmente fantástico de la batalla. Las primeras bombas cayendo, nosotros corriendo, volando por los aires (con un primer plano de mi herida, que es sangrienta y queda bien), subiendo al tejado, metiéndonos en los nidos, y algunas imágenes asombrosas de los rebeldes, de Gale y, sobre todo, de mí, de mí y de mí derribando aquellos aviones. Después vuelven a sacarme avanzando hacia la cámara.

—¿El presidente Snow dice que está enviándonos un mensaje? Bueno, pues yo tengo uno para él: puedes torturarnos, bombardearnos y quemar nuestros distritos hasta los cimientos, pero ¿ves eso?

Volvemos con la cámara que muestra los aviones que arden en el tejado del almacén y se queda fija en el ala con el sello del Capitolio, que se difumina hasta convertirse en mi cara gritando al presidente:

—¡El fuego se propaga!

Las llamas vuelven a comerse la pantalla y sobre ellas, en negro, unas letras mayúsculas con las palabras:

SI NOSOTROS ARDEMOS,
TÚ ARDERÁS CON NOSOTROS.

Las palabras arden y toda la pantalla se quema hasta fundirse en negro.

Hay un momento de disfrute silencioso seguido de un aplauso y de voces pidiendo volver a verlo. Coin, complaciente, vuelve a reproducirlo y, esta vez, como ya sé lo que va a pasar, intento fingir que lo veo en mi televisor de la Veta. Nunca antes se ha visto algo así en televisión, al menos desde que nació.

Cuando por fin se oscurece de nuevo la pantalla, necesito saber más:

—¿Se ha visto en todo Panem? ¿Lo han visto en el Capitolio?

—En el Capitolio, no —responde Plutarch—. No hemos podido entrar en su sistema, aunque Beetee trabaja en ello. Pero sí se ha visto en todos los distritos, incluso en el 2, que quizá sea más valioso que el Capitolio en estos momentos.

—¿Está con nosotros Claudius Templesmith? —pregunto.

—Sólo su voz —responde Plutarch después de recuperarse del ataque de risa—. Aunque eso podemos usarlo como queramos. Ni siquiera hemos tenido que editarla,

ya que dijo esas mismas palabras en tus primeros Juegos. —Da una palmada en la mesa—. ¿Y si le damos otro aplauso a Cressida, su asombroso equipo y, por supuesto, a nuestra estrella televisiva?

Yo también aplaudo hasta que me doy cuenta de que soy la estrella televisiva y de que quizá quede como una repelente si me aplaudo a mí misma, aunque nadie me presta atención. Me fijo en la cara de Fulvia, eso sí. Debe de ser muy duro para ella ver cómo la idea de Haymitch triunfa bajo el mando de Cressida, mientras que la de Fulvia salió tan mal.

Coin parece haber llegado al límite de su tolerancia con las felicitaciones mutuas.

—Sí, y bien merecido. El resultado es mejor de lo esperado. Sin embargo, tengo que cuestionar el excesivo margen de riesgo con el que habéis jugado. Sé que el ataque era imprevisible, pero, dadas las circunstancias, creo que deberíamos analizar la decisión de enviar a Katniss a un combate real.

¿La decisión? ¿De enviarme al combate? ¿Entonces no sabe que desobedecí órdenes de manera flagrante, que me arranqué el auricular y huí de mis guardaespaldas? ¿Qué más le han ocultado?

—Fue una decisión difícil —responde Plutarch, frunciendo el ceño—. Pero todos estuvimos de acuerdo en que no íbamos a sacar nada bueno si la encerrábamos en un búnker cada vez que sonaba un disparo.

—¿Y a ti te parece bien? —me pregunta la presidenta.

Gale tiene que darme una patada bajo la mesa para que me dé cuenta de que habla conmigo.

—¡Oh! Sí, me parece muy bien. Me sentó estupendamente hacer algo, para variar.

—Bueno, pues vamos a ser un poquito más sensatos con sus salidas. Sobre todo ahora que el Capitolio sabe lo que puede hacer —responde Coin, y todos murmuran su asentimiento.

Nadie nos ha delatado a Gale y a mí, ni Plutarch, de cuya autoridad pasamos; ni Boggs, con su nariz rota; ni los insectos a los que condujimos a los disparos; ni Haymitch..., no, espera un segundo, Haymitch me mira con una sonrisa mortífera y dice:

—Sí, no queremos perder a nuestro pequeño Sinsajo cuando por fin empieza a cantar.

Tomo nota mental de que no debo quedarme a solas con él, porque está claro que planea su venganza por culpa de ese estúpido auricular.

—Bueno, ¿qué más tenéis pensado? —pregunta la presidenta.

Plutarch hace un gesto con la cabeza a Cressida, que consulta sus notas y responde:

—Tenemos unas imágenes increíbles de Katniss en el hospital del 8. Debería haber otra propo con el tema: «Porque ya sabéis quiénes son y lo que hacen». Nos

centraremos en Katniss interactuando con los pacientes, sobre todo con los niños, después pondremos el bombardeo del hospital y las ruinas. Messalla lo está montando. También estamos pensando en algo sobre el Sinsajo, en resaltar los mejores momentos de Katniss mezclados con escenas de la revuelta rebelde y grabaciones de la guerra. Lo llamaremos: «El fuego se propaga». Y a Fulvia se le ha ocurrido una idea genial.

La expresión avinagrada de Fulvia desaparece de golpe por la sorpresa, aunque se recupera y dice:

—Bueno, no sé si es genial, pero se me ocurrió que podríamos hacer una serie de propos llamadas «Recordamos». En cada una de ellas nos centraríamos en uno de los tributos muertos: la pequeña Rue del 11 o la vieja Mags del 4. La idea es dirigirnos a cada distrito con un recuerdo muy personal.

—Un tributo a vuestros tributos, por así decirlo —añade Plutarch.

—Eso es genial, sin duda, Fulvia —digo con sinceridad—. Es la mejor forma de recordar a la gente por qué lucha.

—Creo que podría funcionar —responde ella—. Pensaba en usar a Finnick para la introducción y para narrar los anuncios. Si es que os parece interesante.

—Francamente, cuantas más propos con ese lema tengamos, mejor —asegura Coin—. ¿Puedes empezar a producirlas hoy?

—Por supuesto —responde Fulvia, claramente ablandada por la reacción ante su idea.

Cressida lo ha suavizado todo en el departamento creativo con su gesto. Ha alabado a Fulvia por lo que realmente es, de hecho, una gran idea, y ha allanado el camino para seguir con su propia representación televisiva del Sinsajo. Lo más interesante es que Plutarch no necesita llevarse parte del crédito. Lo único que quiere es que el asalto a las ondas funcione. Recuerdo que Plutarch es un Vigilante Jefe, no un miembro del equipo ni una pieza de los Juegos, por lo que su valía no queda definida por un solo elemento, sino por el éxito general de la producción. Si ganamos la guerra, él saldrá a recibir los aplausos y exigirá su recompensa.

La presidenta envía a todos a trabajar, así que Gale me devuelve al hospital. Nos reímos un poco con el encubrimiento, y Gale dice que nadie quería quedar mal admitiendo que no lograron controlarnos. Yo soy más amable y respondo que, como por fin habían sacado unas imágenes decentes, seguramente no deseaban arriesgarse a que no nos volvieran a sacar. Es probable que ambas cosas sean ciertas. Gale tiene que ir a reunirse con Beetee en Armamento Especial, así que doy una cabezada.

Es como si sólo llevara unos minutos con los ojos cerrados, pero, cuando los abro, doy un respingo al ver a Haymitch sentado a medio metro de mi cama. Esperando. Seguramente lleva ahí varias horas, si el reloj no me engaña. Aunque considero la posibilidad de gritar pidiendo ayuda, lo cierto es que tendré que

enfrentarme a él tarde o temprano.

Haymitch se inclina sobre mí y me pone delante de la nariz algo que cuelga de un fino cable blanco. Es difícil fijar la vista en él, pero estoy bastante segura de lo que se trata. Lo deja caer en las sábanas.

—Éste es tu auricular. Te daré una última oportunidad de usarlo. Si te lo vuelves a quitar, haré que te pongan esto —añade, sosteniendo en alto una especie de casco metálico al que instantáneamente bautizo como «los grilletes para cabezas»—. Es una unidad de audio alternativa que se cierra alrededor de tu cráneo y bajo la barbilla hasta que se abre con una llave. Y yo tendré la única llave. Si por algún motivo eres lo bastante lista para desactivarlo —sigue diciendo mientras tira los grilletes para cabezas en la cama y saca un diminuto *chip* plateado—, autorizaré que te implanten quirúrgicamente este transmisor en la oreja, de modo que pueda hablar contigo veinticuatro horas al día.

Haymitch en mi cabeza a tiempo completo. Aterrador.

—Me pondré el auricular —mascullo.

—¿Cómo dices?

—¡Que me pondré el auricular! —exclamo, lo bastante alto para despertar a medio hospital.

—¿Estás segura? Porque a mí me viene bien cualquiera de las tres opciones.

—Estoy segura —respondo, y aprieto el auricular en el puño con aire protector, a la vez que mi mano libre le lanza a la cara los grilletes, aunque él los intercepta sin problemas. Seguro que ya se lo esperaba—. ¿Algo más?

—Mientras esperaba... me he zampado tu comida —responde él al levantarse.

Observo el cuenco de estofado vacío y la bandeja que hay sobre la mesita.

—Voy a denunciarte —mascullo contra la almohada.

—Sí, preciosa, hazlo.

Haymitch sale del hospital sabiendo que no soy una chivata.

Quiero volver a dormirme, pero estoy inquieta. Las imágenes de ayer empiezan a inundar el presente. Los bombardeos, la violenta caída de los aviones, los rostros de los heridos que ya no existen... Imagino muerte por todas partes. El último momento antes de ver caer una bomba al suelo, la sensación de sentir cómo vuelan en pedazos el ala de mi avión y la espeluznante caída al olvido, el tejado del almacén cayendo sobre mí mientras permanezco atrapada en mi catre. Las cosas que vi, en persona o grabadas. Las cosas que provoqué con un disparo de mi arco. Las cosas que nunca podré borrar de mi memoria.

Durante la cena, Finnick se lleva su bandeja a mi cama para poder ver conmigo la nueva propo en la tele. Le han asignado un cuarto en mi antigua planta, pero tiene tantas recaídas mentales que, básicamente, vive en el hospital. Los rebeldes emiten la propo «Porque ya sabéis quiénes son y lo que hacen» que ha editado Messalla. Las

imágenes están salpicadas de cortas grabaciones de estudio en las que Gale, Boggs y Cressida describen el incidente. Resulta difícil contemplar cómo me recibieron en el hospital del 8 ahora que sé lo que viene después. Cuando las bombas caen sobre el tejado, entierro la cara en la almohada y no vuelvo a mirar hasta que aparece una breve grabación mía al final, después de la muerte de las víctimas.

Al menos, Finnick no aplaude ni se pone contento después de verla, sino que dice:

—La gente tenía que saber lo que pasó. Ahora ya lo sabe.

—Vamos a apagarlo, Finnick, antes de que vuelvan a ponerlo —le pido, pero cuando está a punto de agarrar el mando a distancia, grito—: ¡Espera!

El Capitolio presenta un bloque especial y hay algo en él que me resulta familiar. Sí, es Caesar Flickerman, y creo que sé quién será su invitado.

La transformación física de Peeta me horroriza: el chico sano y de ojos limpios que vi hace unos días ha perdido al menos siete kilos y tiene un temblor nervioso en las manos. Sigue estando bien arreglado, aunque bajo la pintura que no logra tapanle las bolsas de los ojos y la ropa elegante que no puede esconder el dolor que siente al moverse, veo una persona a la que han hecho mucho daño.

La cabeza me da vueltas intentando encontrarle sentido. ¡Si acabo de verlo hace cuatro..., no, creo que cinco días! ¿Cómo se ha deteriorado a tanta velocidad? ¿Qué le han hecho en tan poco tiempo? Entonces me doy cuenta. Vuelvo a reproducir en mi mente todo lo que recuerdo de su primera entrevista con Caesar en busca de algo que la ubique en el tiempo, y no hay nada. Podrían haberla grabado un día o dos después de que estallara la arena y después hacerle lo que han querido desde entonces.

—Oh, Peeta... —susurro.

Caesar y Peeta intercambian algunas frases tontas antes de que Caesar le pregunte por los rumores que dicen que estoy grabando propos para los distritos.

—La están usando, está claro —responde Peeta—. Para azuzar a los rebeldes. Dudo que ni siquiera sepa lo que pasa en la guerra, lo que está en juego.

—¿Te gustaría decirle algo?

—Sí —responde él, mirando directamente a la cámara, mirándome directamente a los ojos—. No seas tonta, Katniss, piensa por ti misma. Te han convertido en un arma que será esencial para la destrucción de la humanidad. Si tienes alguna influencia real, úsala para frenar esto, úsala para detener la guerra antes de que sea demasiado tarde. Pregúntate esto: ¿de verdad confías en las personas con las que trabajas? ¿De verdad sabes qué está pasando? Y si no lo sabes..., averígualo.

Fundido en negro. Sello de Panem. Se acabó el espectáculo.

Finnick pulsa el botón del mando que apaga el televisor. Dentro de un minuto vendrá alguien para ver el daño que han causado las condiciones y las palabras de Peeta. Tendré que decir que Peeta se equivoca, aunque la verdad es que no confío ni

en los rebeldes ni en Plutarch, ni en Coin. No estoy segura de que me cuenten la verdad y no sabré disimularlo. Oigo pisadas.

Finnick me agarra con fuerza por los brazos.

—No lo hemos visto.

—¿Qué? —le pregunto.

—No hemos visto a Peeta, sólo la propo del 8. Después hemos apagado el televisor porque las imágenes te alteraban. ¿Lo pillas? —pregunta, y yo asiento—. Termina la cena.

Me recompongo lo bastante como para que Plutarch y Fulvia me vean con la boca llena de pan y col al entrar. Finnick está hablando sobre lo bien que daba Gale en cámara. Los felicitamos por la propo, dejamos claro que era tan impactante que hemos tenido que apagar la tele justo después. Parecen aliviados. Nos creen.

Nadie menciona a Peeta.



Dejo de intentar dormir después de que unas pesadillas indescriptibles interrumpían mis primeros intentos. Luego me quedo quieta y finjo respirar profundamente cuando alguien viene a echarme un vistazo. Por la mañana me dejan salir del hospital y me indican que me lo tome con calma. Cressida me pide grabar unas cuantas líneas para una nueva propo del Sinsajo. En la comida sigo esperando a que alguien comente la aparición de Peeta, pero nadie lo hace. Alguien más tiene que haberlo visto, aparte de Finnick y yo misma.

Tengo entrenamiento, pero a Gale lo envían a trabajar con Beetee en armas o algo, así que obtengo un permiso para llevarme a Finnick al bosque. Damos vueltas un rato y después escondemos los intercomunicadores bajo un arbusto. Cuando estamos a una distancia segura, nos sentamos a hablar de la retransmisión de Peeta.

—No he oído ni palabra sobre el tema. ¿Nadie te ha dicho nada? —pregunta Finnick, y yo sacudo la cabeza; hace una pausa antes de preguntar—: ¿Ni siquiera Gale?

Me aferro a la tenue esperanza de que Gale de verdad no sepa nada del mensaje de Peeta, aunque tengo un mal presentimiento al respecto.

—Quizá está intentando encontrar el momento apropiado para contártelo a solas —añade Finnick.

—Quizá.

Guardamos silencio tanto rato que un ciervo se pone a tiro y lo derribo de un flechazo. Finnick lo arrastra de vuelta a la valla.

En la cena hay venado picado en el guiso. Gale me acompaña al compartimento E después de comer. Cuando le pregunto qué ha estado pasando por aquí, sigue sin decir nada de Peeta. En cuanto mi madre y mi hermana se duermen, saco la perla del cajón y me paso una segunda noche en vela aferrada a ella, repitiendo las palabras de Peeta en mi cabeza: «Pregúntate esto: ¿de verdad confías en las personas con las que trabajas? ¿De verdad sabes qué está pasando? Y si no lo sabes..., averígualo».

Averígualo. ¿El qué? ¿De quién? ¿Y cómo puede Peeta saber otra cosa que no sea lo que el Capitolio le cuente? No es más que una propo del Capitolio, más ruido. Sin embargo, si Plutarch cree que no es más que un guión del Capitolio, ¿por qué no me ha dicho nada? ¿Por qué nadie nos ha dicho nada ni a Finnick ni a mí?

Debajo de todo este debate mental se esconde la verdadera razón de mi inquietud:

Peeta. ¿Qué le han hecho? ¿Y qué le están haciendo ahora mismo? Está claro que Snow no se tragó la historia de que Peeta y yo no sabíamos nada de la rebelión. Y sus sospechas se han reforzado al verme aparecer convertida en el Sinsajo. Peeta sólo puede hacer suposiciones sobre las tácticas rebeldes o inventarse cosas para sus torturadores, mentiras que, una vez descubiertas, le acarrearían graves castigos. Debe de sentir que lo he abandonado. En su primera entrevista intentó protegerme del Capitolio y los rebeldes, y no sólo he fallado protegiéndolo, sino que lo han castigado más por mi culpa.

Por la mañana, meto el antebrazo en la pared y me quedo mirando medio dormida el horario. Justo después del desayuno tengo Producción. En el comedor, mientras me trago los cereales calientes, la leche y la pastosa remolacha, veo un brazaletor en la muñeca de Gale.

—¿Cuándo lo has recuperado, soldado Hawthorne? —le pregunto.

—Ayer. Pensaron que vendría bien como sistema de comunicación adicional cuando salga contigo al campo de batalla.

Nadie me ha ofrecido nunca un brazaletor. ¿Me lo darían si lo pidiera?

—En fin, supongo que uno de los dos debe ser accesible —respondo en tono algo molesto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, sólo repito lo que dijiste, y estoy completamente de acuerdo en que seas tú el accesible. Sólo espero que sigas siéndolo para mí también.

Nos miramos a los ojos y me doy cuenta de lo furiosa que estoy con Gale, de que no creo ni por un instante que no viera la propo de Peeta, de que me ha traicionado al no contármelo. Nos conocemos demasiado bien para que no capte mi humor y suponga qué lo ha causado.

—Katniss... —empieza; su tono de voz ya es de por sí una confesión.

Agarro mi bandeja, voy a la zona de recogida y coloco a golpes los platos en la repisa. Cuando llego al pasillo ya me ha alcanzado.

—¿Por qué no has dicho nada? —me pregunta, agarrándome del brazo.

—¿Que por qué no lo he dicho yo? —replico, apartando el brazo—. ¿Por qué no lo has dicho tú, Gale? Y, por cierto, sí que lo dije: ¡anoche te pregunté qué había pasado!

—Lo siento, ¿vale? No sabía qué hacer. Quería contártelo, pero todos temían que ver la propo de Peeta te pusiera más enferma.

—Tenían razón, me puse mala, pero no tanto como saber que me mentías por Coin. —En ese momento empieza a pitar su brazaletor—. Ahí está, será mejor que corras, tienes cosas que contarle.

Durante un instante le veo en la cara que está dolido de verdad. Después se pone furioso, se da media vuelta y se larga. Quizá yo haya sido demasiado rencorosa, quizá

no le haya dado el tiempo suficiente para explicarse. Quizá lo que todos intentan es mentirme para protegerme. Me da igual, estoy harta de que me mientan por mi propio bien, porque, en realidad, es por su propio bien. Vamos a mentir a Katniss sobre la rebelión para que no haga ninguna locura. Vamos a enviarla a la arena sin tener ni idea para que podamos sacarla. No le digáis lo de la propo de Peeta porque podría enfermar, y ya nos cuesta lo suficiente sacarle buenas tomas tal cual.

Sí que me siento enferma, tengo el corazón roto. Y estoy muy cansada para pasar un día de producción, pero ya estoy en Belleza, así que entro. Hoy descubro que vamos a volver al Distrito 12. Cressida quiere hacer entrevistas sin guión con Gale y conmigo hablando sobre nuestra ciudad destruida.

—Si estáis los dos preparados —dice Cressida, mirándome con atención.

—Cuenta conmigo —respondo.

Me quedo quieta, rígida y poco comunicativa, como un maniquí, mientras mi equipo de preparación me viste, me peina y me pone algo de maquillaje; no tanto como para que se note, sólo lo bastante para taparme un poco las ojeras del insomnio.

Boggs me acompaña al hangar, pero no hablamos más que para saludarnos. Me alegro de ahorrarme otra charla sobre mi desobediencia en el 8, sobre todo porque su máscara parece muy incómoda.

En el último momento recuerdo enviar un mensaje a mi madre para decirle que salgo del 13 y enfatizar que no será peligroso. Subimos a un aerodeslizador para el corto camino al 12 y me piden que me siente a una mesa en la que Plutarch, Gale y Cressida señalan un mapa. Plutarch está henchido de satisfacción al enseñarme los efectos del antes y el después de las dos primeras propos. Los rebeldes, que mantenían su posición a duras penas en varios distritos, han avanzado. Han tomado el 3 y el 11 (que resulta crucial porque es el principal suministrador de comida de Panem), y han hecho incursiones en otros distritos.

—Esperanzador, muy esperanzador —dice Plutarch—. Fulvia tendrá lista la primera ronda de anuncios de la serie «Recordamos» esta noche, así que podremos dirigirnos individualmente a cada distrito con sus propios muertos. Finnick está absolutamente maravilloso.

—La verdad es que verlo resulta doloroso —añade Cressida—. Conocía a muchos de ellos en persona.

—Por eso es tan eficaz —dice Plutarch—. Directo desde el corazón. Todos lo estáis haciendo muy bien. Coin no podría estar más contenta.

Así que Gale no les ha dicho nada sobre que fingí no ver a Peeta y que me fastidió su encubrimiento. Supongo que ya es un poco tarde para eso, porque sigo enfadada. Da igual, él tampoco me habla a mí.

Al llegar a la Pradera me doy cuenta de que Haymitch no viene con nosotros. Le pregunto a Plutarch, que sacude la cabeza y dice:

—No podía enfrentarse a esto.

—¿Haymitch? ¿Incapaz de enfrentarse a algo? Seguramente quería tener el día libre.

—Creo que sus palabras exactas fueron: «No podría enfrentarme a eso sin una botella» —responde Plutarch.

Pongo los ojos en blanco, no me queda paciencia con mi mentor, su debilidad por la bebida y a lo que puede o no enfrentarse. Sin embargo, a los cinco minutos de regresar al 12, yo misma estoy deseando tener una botella. Creía que había aceptado la muerte del 12: lo había oído, lo había visto desde el aire y había caminado entre sus cenizas. Entonces, ¿por qué todo hace que vuelva a sentir esta punzada de dolor? ¿Acaso estaba demasiado atontada antes para percibir del todo la pérdida de mi mundo? ¿O es que la mirada de Gale al recorrer a pie la destrucción hace que la atrocidad me parezca nueva?

Cressida pide al equipo que empiece conmigo en mi vieja casa. Le pregunto qué quiere que haga.

—Lo que te apetezca —responde.

De pie en mi cocina, no me apetece hacer nada. De hecho, me concentro en el cielo (el único techo que queda) porque me ahogan los recuerdos. Al cabo de un rato, Cressida dice:

—Con eso basta, Katniss, sigamos.

Gale no se escapa tan fácilmente en su vieja casa. Cressida lo graba en silencio durante unos minutos, pero justo cuando recoge de las cenizas el único vestigio de su antigua vida (un atizador metálico retorcido), ella empieza a preguntarle por su familia, su trabajo y la vida en la Veta. Hace que vuelva a la noche del bombardeo y lo reviva; empezamos en su casa y avanzamos por la Pradera, a través de los bosques, hasta el lago. Me quedo detrás del equipo de grabación y los guardaespaldas, y me da la impresión de que su presencia viola mi querido bosque. Es un lugar privado, un santuario ya corrompido por la maldad del Capitolio. Aunque ya hemos dejado atrás los tocones achicharrados junto a la valla, seguimos pisando cadáveres en descomposición. ¿Tenemos que grabarlo para que lo vea todo el mundo?

Cuando llegamos al lago, Gale ha perdido el habla. Todos estamos sudando (sobre todo Castor y Pollux, con sus arneses de insecto), y Cressida decide hacer un descanso. Bebo agua del lago con las manos, deseando poder zambullirme y flotar sola, desnuda, sin que nadie me observe.

Vago por el perímetro un momento. Al rodear la casita de hormigón junto al lago me detengo en la puerta y veo a Gale colocando junto a la chimenea el atizador retorcido que ha sacado de su casa. Durante un momento veo a un desconocido solitario, en algún momento del futuro, deambulando perdido por el bosque y encontrando este pequeño refugio con la pila de troncos partidos, la chimenea y el

atizador. Se preguntará qué pasó aquí. Gale se vuelve, me mira a los ojos y sé que está pensando en nuestro último encuentro en este lugar, cuando intentábamos decidir si huir o no. De haberlo hecho, ¿seguiría aquí el Distrito 12? Creo que sí, aunque el Capitolio todavía controlaría Panem.

Nos repartimos unos sándwiches de queso y los comemos a la sombra de los árboles. Me siento a posta en el otro extremo del grupo, al lado de Pollux, para no tener que hablar. Nadie habla mucho, en realidad. Gracias al relativo silencio, los pájaros recuperan su bosque. Le doy un codazo a Pollux y señalo a un pajarito negro con cresta. El pájaro salta a una nueva rama, abre un instante las alas y nos enseña sus manchas blancas. Pollux hace un gesto hacia mi insignia y arquea las cejas. Asiento para confirmar que es un sinsajo y levanto un dedo para decir: «Espera, ahora verás». Entonces silbo un gorjeo. El sinsajo ladea la cabeza y lo imita. Sorprendida, veo que Pollux silba unas notas. El pájaro responde al instante. Pollux pone cara de alegría e inicia un intercambio melódico con el pájaro. Supongo que es la primera conversación que tiene en años. La música atrae a los sinsajos como las flores a las abejas, así que en pocos minutos tiene a media docena de ellos posados en las ramas que nos cubren. Me da un golpecito en el brazo y usa una ramita para escribir una palabra en la tierra: «¿Cantas?».

En otras circunstancias me negaría, pero es imposible decir que no a Pollux. Además, las voces de cantar de los sinsajos no son iguales que sus silbidos y quiero que él las oiga. Antes de pensar mucho en lo que hago, canto las cuatro notas de Rue, las que usaba para marcar el final del día de trabajo en el 11. Las notas que acabaron siendo la banda sonora de su asesinato. Los pájaros no lo saben, recogen la sencilla frase y se la repiten entre ellos en dulce armonía; igual que hicieron en los Juegos del Hambre antes de que las mutaciones aparecieran entre los árboles, nos persiguieran hasta la Cornucopia y convirtieran poco a poco a Cato en una masa sanguinolenta...

—¿Quieres oírlos cantar una canción de verdad? —le suelto; cualquier cosa para detener los recuerdos.

Me pongo de pie, vuelvo a los árboles y apoyo la mano en el rugoso tronco del arce en el que están los pájaros. No he cantado *El árbol del ahorcado* en voz alta desde hace diez años porque está prohibido, pero recuerdo todas las palabras. Empiezo en voz baja, dulce, como hacía mi padre:

¿Vas, vas a volver
al árbol en el que colgaron
a un hombre por matar a tres?
Cosas extrañas pasaron en él,
no más extraño sería
en el árbol del ahorcado reunimos al anochecer.

Los sinsajos empiezan a cambiar sus canciones al darse cuenta de mi nuevo

ofrecimiento.

¿Vas, vas a volver
al árbol donde el hombre muerto
pidió a su amor huir con él?
Cosas extrañas pasaron en él,
no más extraño sería
en el árbol del ahorcado reunimos al anochecer.

Ya he captado la atención de los pájaros. Sólo tardarán otra estrofa en entender la melodía, ya que es sencilla y se repite cuatro veces sin mucha variación.

¿Vas, vas a volver
al árbol donde te pedí huir
y en libertad juntos correr?
Cosas extrañas pasaron en él,
no más extraño sería
en el árbol del ahorcado reunimos al anochecer.

Los árboles callan, sólo se oye el susurro de las hojas con la brisa, pero nada de pájaros, ni sinsajos ni otros. Peeta tiene razón: guardan silencio cuando canto, igual que hacían con mi padre.

¿Vas, vas a volver
al árbol con un collar de cuerda
para conmigo pender?
Cosas extrañas pasaron en él,
no más extraño sería
en el árbol del ahorcado reunimos al anochecer.

Los pájaros esperan a que siga, pero ya está, última estrofa. En el silencio que sigue recuerdo la escena. Estaba en casa después de pasar el día en el bosque con mi padre, sentada en el suelo con Prim, que era un bebé, cantando *El árbol del ahorcado*. Hacíamos collares de trapos viejos, como decía en la canción, sin conocer el verdadero significado de las palabras. La melodía era sencilla y fácil de cantar en armonía, y entonces yo era capaz de memorizar casi cualquier cosa con música con un par de veces que la cantara. De repente, mi madre nos quitó los collares de cuerda y empezó a gritar a mi padre. Me puse a llorar porque mi madre nunca chillaba, Prim se puso a berrear, y yo corrí afuera para esconderme. Como sólo tenía un escondrijo (en la Pradera, bajo un arbusto de madreselva), mi padre me encontró muy deprisa. Me calmó y me dijo que todo iba bien, pero que lo mejor era que no volviéramos a cantar aquella canción. Mi madre sólo quería que yo la olvidara, así que, por supuesto, todas y cada una de las palabras quedaron grabadas sin remedio y para

siempre en mi cerebro.

Mi padre y yo no volvimos a cantarla, ni siquiera a hablar de ella. Cuando murió, me acostumbré a venir mucho por aquí y empecé a entender la letra. Al principio es como si un hombre intentara convencer a su novia para que se reuniera con él en secreto por la noche. Sin embargo, un árbol del ahorcado, en el que han ajusticiado a un hombre por asesinato, es un lugar muy extraño para un encuentro amoroso. Puede que la amante del asesino tuviera algo que ver con el asesinato o quizá fueran a castigarla de todos modos, porque el cadáver del asesino la llama para que huya. Es raro, claro, lo del cadáver que habla, pero es en la tercera estrofa cuando *El árbol del ahorcado* empieza a ser desconcertante. Te das cuenta de que el que canta la canción es el asesino muerto, que sigue en el árbol. Y aunque le dijo a su amante que escapara, no deja de pedirle que se reúna con él. La frase «donde te pedí huir y en libertad juntos correr» es la más inquietante, porque al principio parece que está hablando de cuando él le pidió a ella que huyera, seguramente para ponerse a salvo. Pero después te preguntas si se refiere a que vaya con él, que vaya a la muerte. En la estrofa final queda claro que eso es justo lo que el hombre espera, que su amante se ponga un collar de cuerda y cuelgue muerta del árbol junto a él.

Antes pensaba que el asesino era el tío más espeluznante del mundo. Ahora, con un par de viajes a los Juegos del Hambre a mis espaldas, creo que es mejor no juzgarlo antes de conocer los detalles. Quizá ya hubieran sentenciado a muerte a su amante y él intentaba ponérselo más fácil, hacerle saber que la esperaba. O quizá pensaba que el lugar en el que la dejaba era mucho peor que la muerte. ¿Acaso no quise matar a Peeta con aquella jeringuilla para salvarlo del Capitolio? ¿De verdad era mi única opción? Seguramente no, pero en aquel momento no se me ocurría nada mejor.

Supongo que mi madre pensaba que todo aquello era demasiado retorcido para una niña de siete años, sobre todo una que se hacía sus propios collares de cuerda. Los ahorcamientos tampoco eran una cosa que sólo ocurriera en las historias, ya que ejecutaron así a muchas personas en el 12. Apuesto lo que sea a que no quería que cantara la canción delante de todos mis compañeros de la clase de música. Es probable que tampoco le haga mucha gracia saber que lo estoy haciendo aquí, delante de Pollux, pero al menos no me están... Espera, me equivoco: miro de lado y veo que Castor me ha grabado. Todos me observan atentamente y Pollux está llorando, porque seguro que mi espeluznante canción ha desenterrado algún horrible incidente de su vida. Genial. Suspiro y me apoyo en el tronco. Entonces es cuando los sinsajos empiezan su versión de *El árbol del ahorcado*. En sus picos resulta muy bella. Consciente de que me filman, me quedo quieta hasta que Cressida dice:

—¡Corten!

Plutarch se me acerca riendo.

—¿De dónde has sacado eso? ¡Parece hecho a posta! —Me rodea con un brazo y me da un beso en la frente haciendo mucho ruido—. ¡Eres una mina!

—No lo hacía para las cámaras —respondo.

—Pues hemos tenido suerte de que estuvieran encendidas. ¡Venga, todos de vuelta a la ciudad!

En nuestro camino por el bosque llegamos a un canto rodado, y Gale y yo volvemos la cabeza en la misma dirección, como un par de perros captando un rastro en el viento. Cressida lo nota y pregunta qué hay por allí. Reconocemos sin mirarnos que es nuestro antiguo punto de encuentro para cazar. Ella quiere verlo, incluso después de decirle que no tiene nada especial.

«Salvo que allí era feliz», pienso.

Nuestra repisa de roca da al valle. Quizá esté algo menos verde de lo normal, pero los arbustos de moras están cargados de frutos. Aquí dieron comienzo incontables días de caza, trampas, pesca y recolección, paseando juntos por el bosque, compartiendo nuestros pensamientos mientras llenábamos las bolsas. Era la puerta a la alimentación y la cordura. Y los dos éramos nuestras respectivas llaves.

Ahora no hay Distrito 12 del que escapar ni agentes de la paz a los que engañar, ni bocas hambrientas que alimentar. El Capitolio nos lo ha quitado todo y estoy a punto de perder también a Gale. El pegamento de la necesidad que nos unió con tanta fuerza durante todos esos años empieza a derretirse, y lo que aparece en los huecos no es luz, sino manchas oscuras. ¿Cómo es posible que hoy, enfrentados a la horrible muerte del 12, estemos demasiado enfadados para hablarnos?

Gale prácticamente me ha mentido. Eso es inaceptable, aunque estuviera preocupado por mi bienestar. Sin embargo, su disculpa parecía auténtica, y es cierto que yo se la agradecí con un insulto que sabía que le dolería. ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué ahora siempre estamos peleados? Estoy hecha un lío, pero me da la sensación de que, si vuelvo al origen de nuestros problemas, mis acciones estarán en el centro. ¿De verdad quiero apartarlo de mí?

Rodeo una mora con los dedos y la arranco de la mata. Después la hago rodar con cuidado entre el pulgar y el índice. De repente, me vuelvo hacia él y se la tiro, diciendo:

—Y que la suerte...

La lanzo lo bastante alto como para que tenga tiempo de decidir si rechazarla o aceptarla.

Gale tiene los ojos fijos en mí, no en la mora, pero, en el último momento, abre la boca y la recoge. La mastica, la traga y hace una pausa antes de decir:

—... esté siempre, siempre de vuestra parte.

Pero lo dice.

Cressida pide que nos sentemos en las rocas, donde es imposible no tocarse, y nos

hace hablar sobre la caza: lo que nos llevó al bosque, cómo nos conocimos, los momentos favoritos... Nos relajamos, empezamos a reírnos un poco mientras contamos percances con abejas, perros salvajes y mofetas. Cuando la conversación se desvía a cómo nos sentimos al usar nuestra habilidad con las armas en el bombardeo del 8, dejo de hablar. Gale sólo dice:

—Iba siendo hora.

Cuando llegamos a la plaza de la ciudad, la tarde se ha convertido en noche. Llevo a Cressida a las ruinas de la panadería y le pido que grabe una cosa. La única emoción que siento es cansancio.

—Peeta, éste es tu hogar. No sabemos nada de tu familia desde el bombardeo. El 12 ha desaparecido. ¿Y tú nos pides un alto el fuego? —Miro al vacío—. No queda nadie que pueda escucharte.

De pie delante del tocón de metal que antes era la horca, Cressida nos pregunta si alguna vez nos han torturado. A modo de respuesta, Gale se quita la camiseta y ofrece su espalda a la cámara. Me quedo mirando las marcas de latigazos y vuelvo a oír el silbido del látigo, vuelvo a ver su figura ensangrentada colgando inconsciente de las muñecas.

—He terminado —anuncio—. Me reuniré con vosotros en la Aldea de los Vencedores. Tengo que recoger una cosa para... mi madre.

Supongo que he venido caminando, aunque lo siguiente que sé es que estoy sentada en el suelo, delante de los armarios de la cocina de nuestra casa en la Aldea, colocando meticulosamente tarros de cerámica y botellas de cristal dentro de una caja, con vendas limpias de algodón entre ellos para evitar que se rompan; envolviendo montoncitos de flores secas.

De repente recuerdo la rosa de mi cómoda. ¿Era real? Si lo era, ¿seguiré allí? Tengo que resistir la tentación de comprobarlo. Si está, sólo servirá para volver a asustarme. Me doy más prisa empaquetando.

Una vez vacíos los armarios, me levanto y veo que Gale ha aparecido en la cocina. Es desconcertante lo silencioso que puede ser. Está apoyado en la mesa, con los dedos extendidos sobre las vetas de la madera. Dejo la caja entre nosotros.

—¿Lo recuerdas? —me dice—. Aquí es donde me besaste.

Así que la fuerte dosis de morfina administrada después de los latigazos no bastó para borrar eso de su conciencia.

—Creía que no lo recordarías —respondo.

—Tendría que estar muerto para no recordarlo. Y quizá ni siquiera entonces lo olvidaría. Quizá sea como ese hombre de *El árbol del ahorcado*, esperando una respuesta.

Gale, a quien nunca he visto llorar, tiene lágrimas en los ojos. Para evitar que las derrame, me acerco y lo beso en los labios. Sabemos a calor, cenizas y tristeza, un

sabor sorprendente para un beso tan suave. Él se aparta primero y esboza una sonrisa irónica.

—Estaba seguro de que me besarías.

—¿Por qué? —pregunto, porque ni yo lo sabía.

—Porque sufro. Es la única forma de llamar tu atención —añade, recogiendo la caja—. No te preocupes, Katniss, se me pasará.

Y se va antes de que pueda responder.

Estoy demasiado cansada para repasar su última acusación. Me paso el corto viaje de vuelta al 13 acurrucada en un asiento, intentando no hacer caso de Plutarch, que no deja de hablar de uno de sus temas favoritos: las armas de las que la humanidad ya no dispone: aviones para grandes altitudes, satélites militares, desintegradores de células, vehículos aéreos no tripulados y armas biológicas con fecha de caducidad. Todo desaparecido por la destrucción de la atmósfera, la falta de recursos o los escrúpulos morales. Se nota el pesar de un Vigilante Jefe que no puede más que soñar con esos juguetes, que tiene que conformarse con aerodeslizadores, misiles tierra-tierra y simples armas de fuego.

Después de quitarme el traje de Sinsajo me voy directa a la cama sin comer. Aun así, Prim tiene que sacudirme para que me levante por la mañana. Después de desayunar, hago caso omiso de mi horario y me echo una siesta en el armario de material escolar. Cuando me despierto y salgo a rastras de entre las cajas de tizas y lápices, ya es la hora de cenar. Me tomo una porción extragrande de sopa de guisantes y me dirijo de vuelta al compartimento E, pero Boggs me intercepta.

—Hay una reunión en la sala de Mando. No prestes atención a tu horario.

—Hecho —respondo.

—¿Lo has seguido en algún momento del día? —pregunta, impaciente.

—¿Quién sabe? Estoy mentalmente desorientada.

Levanto la muñeca para enseñarle la pulsera médica y me doy cuenta de que ya no está.

—¿Ves? —le digo—. Ni siquiera recuerdo que me quitaron la pulsera. ¿Por qué me quieren en Mando? ¿Me he perdido algo?

—Creo que Cressida quería enseñarte las propos del 12, aunque supongo que ya las verás cuando las emitan.

—Para eso necesito un horario, para saber cuándo emiten las propos —respondo; me lanza una miradita, pero no hace ningún comentario.

La sala de Mando está llena, aunque me han guardado un asiento al lado de Finnick y Plutarch. Las pantallas de la mesa ya están levantadas, y en ellas se ven las retransmisiones de siempre del Capitolio.

—¿Qué pasa? ¿No íbamos a ver las propos del 12? —pregunto.

—Oh, no —responde Plutarch—. Es decir, puede. No sé bien qué grabación va a

usar Beetee.

—Beetee cree que ha encontrado la forma de entrar en la emisión a nivel nacional —dice Finnick—, para que nuestras propos se vean también en el Capitolio. Ahora está abajo, trabajando en ello en Defensa Especial. Esta noche hay programación en directo. Snow va a hacer una aparición o algo. Creo que ya empieza.

Ponen el sello del Capitolio, subrayado por el himno. De repente me encuentro mirando a los ojos de serpiente del presidente Snow, que saluda a la nación. Es como si usara su podio de barricada, aunque la rosa blanca de su solapa está bien a la vista. La cámara se aleja para incluir a Peeta; lo han puesto a un lado, delante de un mapa proyectado de Panem. Está sentado en una silla elevada, con los zapatos encima de un escalón metálico. El pie de su pierna protésica da golpecitos en el suelo de manera irregular. Unas gotas de sudor han atravesado la capa de polvos del labio superior y de la frente, pero es su mirada (de enfado, pero perdida) lo que más me asusta.

—Está peor —susurro.

Finnick me agarra la mano para ofrecerme apoyo, y yo intento aferrarme a él.

Peeta empieza a hablar en tono frustrado sobre la necesidad del alto el fuego. Destaca el daño hecho a las infraestructuras de varios distritos y, mientras habla, algunas partes del mapa se iluminan para mostrar imágenes de la destrucción: una presa rota en el 7, un tren descarrilado con un charco de residuos tóxicos saliendo de los vagones cisterna y un granero derrumbándose después de un incendio. Todo lo atribuye a la acción de los rebeldes.

¡Pum! De repente, sin previo aviso, estoy en la tele, de pie entre las ruinas de la panadería.

Plutarch se levanta y exclama:

—¡Lo ha hecho! ¡Beetee ha entrado!

La sala está eufórica cuando Peeta vuelve, distraído. Me ha visto en el monitor. Intenta seguir con su discurso pasando al bombardeo de una planta depuradora de agua, cuando lo sustituye una grabación de Finnick hablando de Rue. Y entonces aquello se convierte en una batalla por las ondas: los expertos en tecnología del Capitolio intentan rechazar el ataque de Beetee, pero no están preparados; y Beetee, al parecer anticipando que no mantendría el control de manera continua, tiene preparado un arsenal de fragmentos de cinco a diez segundos con los que trabajar. Observamos cómo se deteriora la presentación oficial, salpicada de imágenes escogidas de las propos.

Plutarch sufre espasmos de placer y casi todos vitorean a Beetee, pero Finnick permanece callado e inmóvil a mi lado. Haymitch está al otro lado de la sala; lo miro a los ojos y veo reflejado en ellos mi propio miedo. Los dos sabemos que, con cada vitor, Peeta se aleja más y más de nuestro alcance.

Vuelven a poner el sello del Capitolio, acompañado de un pitido continuo. Snow

y Peeta tardan veinte segundos en volver, y vemos que el estudio es un caos. Oímos conversaciones frenéticas en su cabina. Snow se lanza hacia la pantalla diciendo que, sin duda, los rebeldes intentan evitar que todos conozcan la información que los incrimina, pero que la verdad y la justicia prevalecerán. La emisión se restablecerá cuando restauren la seguridad. Pregunta a Peeta que si, dados los hechos acaecidos esta noche, tiene algo más que decir a Katniss Everdeen.

Al oír mi nombre, el rostro de Peeta se arruga, como si le costara hablar.

—Katniss..., ¿cómo crees que acabará esto? ¿Qué quedará? Nadie está a salvo, ni en el Capitolio ni en los distritos. Y tú... en el 13... —dice, tomando aire con dificultad, como si no pudiera respirar; con ojos de loco—. ¡Mañana estarás muerta!

Fuera de cámara, Snow ordena cortar la emisión. Beetee lo termina de liar todo poniendo una imagen fija de mí de pie delante del hospital a intervalos de tres segundos. Sin embargo, entre las imágenes, somos testigos de lo que pasa en el plató, de que Peeta intenta seguir hablando, de que la cámara cae al suelo y graba las baldosas blancas, del movimiento de muchas botas, del impacto del golpe que va unido al grito de dolor de Peeta..., y de su sangre salpicando las baldosas.



PARTE 2
"EL ASALTO"

SINSAJO



El grito comienza en la parte más baja de la espalda y me sube por el cuerpo hasta quedarse atascado en la garganta. Me quedo muda como un avox, ahogada por la pena. Aunque pudiera soltar los músculos del cuello y dejar que el sonido rasgara el espacio, ¿se daría alguien cuenta? La sala está alborotada, todos preguntan y exigen, intentando descifrar el significado de las palabras de Peeta: «Y tú... en el 13... ¡Mañana estarás muerta!». Pero nadie pregunta por la sangre derramada antes de que llegara la estática.

Una voz silencia a las demás:

—¡Callaos! —dice, y todos miran a Haymitch—. ¡No es ningún misterio! El chico ha dicho que nos van a atacar. Aquí, en el 13.

—¿Cómo puede tener esa información?

—¿Por qué vamos a confiar en él?

—¿Cómo lo sabes?

Haymitch gruñe, frustrado.

—Lo están machacando mientras hablamos —replica—. ¿Qué más necesitáis? ¡Katniss, échame una mano!

Me sacudo para lograr liberar las palabras.

—Haymitch tiene razón. No sé de dónde habrá sacado Peeta los datos ni si es verdad, pero él lo cree. Y le están... —No soy capaz de decir en voz alta lo que Snow le está haciendo.

—No lo conocéis —le dice Haymitch a Coin—. Nosotros sí. Prepara a tu gente.

La presidenta no parece alarmada por el giro de los acontecimientos, sólo algo perpleja. Reflexiona sobre las palabras dando golpecitos con un dedo en el borde del cuadro de control que tiene delante. Cuando habla, se dirige a Haymitch con voz templada:

—Obviamente, estamos preparados para esa posibilidad, aunque varias décadas de experiencia apoyan la hipótesis de que sería contraproducente para el Capitolio atacar directamente al 13. Los misiles nucleares liberarían radiación a la atmósfera, y eso tendría unas consecuencias medioambientales incalculables. Incluso un bombardeo rutinario podría dañar gravemente nuestro complejo militar, y sabemos que ellos desean recuperarlo. Además, por supuesto, estarían dando lugar a un contraataque. Es posible que, dada nuestra actual alianza con los rebeldes, lo

consideren un riesgo aceptable.

—¿Tú crees? —dice Haymitch; se pasa un poco de sincero, aunque las sutilezas de la ironía no suelen captarse en el 13.

—Sí. En cualquier caso, ya nos tocaba un simulacro de emergencia de nivel cinco. Procedamos al bloqueo.

Empieza a escribir rápidamente en su teclado para autorizar la decisión. En cuanto levanta la cabeza, empieza el movimiento.

He vivido dos simulacros de nivel bajo desde que llegué al 13. No recuerdo mucho del primero porque estaba en cuidados intensivos y creo que los pacientes del hospital estaban perdonados, ya que las complicaciones que suponía sacarnos de allí para un simulacro superaban a los beneficios. Apenas fui consciente de una voz mecánica que pedía a la gente que se reuniera en las zonas amarillas. Durante el segundo, uno de nivel dos pensado para crisis menores (como cuarentenas temporales mientras comprobaban si los ciudadanos se habían contagiado durante una epidemia de gripe), teníamos que regresar a nuestros alojamientos. Me quedé detrás de una tubería de la lavandería y no hice caso de los pitidos que salían de los altavoces mientras observaba cómo una araña tejía su red. Ninguna de las dos experiencias me preparó para las escalofriantes sirenas que se apoderan del distrito y me rompen los tímpanos. No hay manera de pasar de este sonido, parece diseñado para provocar la histeria de la población. Sin embargo, estamos en el distrito 13, así que eso no pasa.

Boggs nos saca a Finnick y a mí de la sala de mando, y nos lleva por el pasillo hasta una puerta y las amplias escaleras que hay detrás. Grupos de personas convergen en un río que fluye hacia abajo. Nadie grita ni empuja para intentar adelantar. Ni siquiera los niños se resisten. Descendemos, planta tras planta, en silencio, porque no se oye nada con este sonido. Busco a mi madre y a Prim, pero es imposible ver más allá de los ciudadanos que me rodean. En cualquier caso, las dos están trabajando en el hospital esta noche, así que seguirán el protocolo.

Se me taponan los oídos y me pesan los párpados. Estamos a la profundidad de una mina. La única ventaja es que, cuanto más nos internamos en la tierra, menos agudas son las sirenas. Es como si estuvieran diseñadas para hacernos huir de la superficie; de hecho, seguramente lo están. La gente se va dividiendo por grupos para meterse por puertas con distintas marcas, pero Boggs me sigue conduciendo abajo hasta que, por fin, las escaleras terminan al borde de una enorme caverna. Empiezo a entrar, y Boggs me detiene y me indica que debo pasar mi horario por delante de un escáner para que me cuenten. Sin duda, la información irá a algún ordenador para asegurarse de que no falte nadie.

Es como si este lugar no acabara de decidir si es natural o artificial. Algunas zonas de las paredes son de piedra, mientras que otras están muy reforzadas con vigas de acero y hormigón. Han excavado las paredes de roca para hacer literas. Hay una

cocina, baños y un puesto de primeros auxilios. El refugio está diseñado para una estancia prolongada.

Hay unos carteles blancos con letras o números repartidos por toda la caverna. Boggs nos está diciendo a Finnick y a mí que vayamos al área que coincida con el nombre de nuestros alojamientos (en mi caso, la E, por el compartimento E), Plutarch se para a nuestro lado.

—Ah, aquí estáis —comenta.

Los últimos acontecimientos no han hecho mella en el humor de Plutarch, que sigue contento desde el éxito del asalto a las ondas de Beetee. Ve el bosque, no los árboles, ni tampoco el castigo de Peeta, ni el inminente bombardeo sobre el 13.

—Katniss, sé que es un mal momento para ti con lo del contratiempo de Peeta, pero debes saber que los demás te estarán observando.

—¿Qué? —contesto; no puedo creerme que reduzca las circunstancias de Peeta a un contratiempo.

—Las demás personas del búnker se fijarán en ti para saber cómo reaccionar. Si te muestras tranquila y valiente, los otros también intentarán serlo. Si te entra el pánico, podría propagarse como un incendio —me explica mientras me limito a mirarlo—. El fuego se propaga, por así decirlo —sigue, como si yo no lo pillara.

—¿Por qué no finjo que me graban y ya está, Plutarch?

—¡Sí! Perfecto. Siempre se es más valiente delante de una audiencia —responde—. ¡Mira el valor que acaba de demostrar Peeta!

Me contengo para no abofetearlo.

—Tengo que regresar con Coin antes del bloqueo. ¡Sigue trabajando así! —me dice, y se larga.

Me dirijo a la enorme letra E que han puesto en la pared. Nuestro espacio consiste en un cuadrado de cuatro por cuatro metros de suelo de piedra delineado mediante rayas pintadas. En la pared hay dos catres (una de nosotras dormirá en el suelo) y un espacio con forma de cubo a nivel del suelo para almacenamiento. Encuentro un trozo de papel blanco forrado de plástico transparente en el que dice: «Protocolo del búnker». Me quedo mirando fijamente los puntitos negros de la hoja. Durante un instante se oscurecen por culpa de las gotas de sangre residuales que no logro borrar de mi retina. Poco a poco consigo centrarme en las palabras. El primer apartado se titula: «Al llegar».

«1. Asegúrese de que todos los miembros de su compartimento estén presentes».

Mi madre y Prim todavía no han llegado, pero he sido de las primeras en llegar al búnker, así que seguramente estarán ayudando a reubicar a los pacientes del hospital.

«2. Vaya al puesto de suministros y recoja un paquete para cada miembro de su compartimento. Prepare su zona de alojamiento. Devuelva los paquetes».

Echo un vistazo a la caverna hasta que localizo el puesto de suministros, una sala profunda que se distingue por un mostrador. Hay gente esperando detrás de él, pero todavía no se ve mucha actividad. Me acerco, doy la letra de nuestro compartimento y pido tres paquetes. Un hombre comprueba una hoja, saca los paquetes de la estantería y me los pasa por encima del mostrador. Después de echarme uno a la espalda y cargar con los otros dos en las manos, me vuelvo y descubro que se está formando un grupo rápidamente detrás de mí.

—Perdón —digo mientras atravieso la cola.

¿Será coincidencia o tendrá razón Plutarch? ¿Me estará usando esta gente de modelo a seguir?

De vuelta en nuestro espacio abro uno de los paquetes y veo que hay un colchón finito, sábanas, dos conjuntos de ropa gris, un cepillo de dientes, un peine y una linterna. Al examinar el contenido de los otros paquetes descubro que la única diferencia aparente es que contienen uniformes grises y blancos. Serán para Prim y mi madre, por si tienen que realizar funciones médicas. Después de hacer las camas, guardar la ropa y devolver las mochilas, no tengo nada que hacer más que seguir la última norma:

«3. Espere instrucciones».

Me siento en el suelo con las piernas cruzadas a esperar. Un flujo continuo de personas llena la habitación, reclama sus espacios y recoge los suministros. Dentro de nada estará lleno. Me pregunto si Prim y mi madre pasarán la noche en el sitio al que hayan llevado a los pacientes, aunque no lo creo, porque estaban en la lista del compartimento. Justo cuando empiezo a ponerme nerviosa, aparece mi madre. Miro detrás de ella y sólo veo un mar de desconocidos.

—¿Dónde está Prim? —le pregunto.

—¿No está aquí? Se suponía que iba a bajar directamente desde el hospital. Se fue diez minutos antes que yo. ¿Dónde está? ¿Adónde puede haber ido?

Aprieto los ojos un momento para seguir su rastro como si fuera una presa. La veo reaccionar a las sirenas, correr a ayudar a los pacientes, asentir cuando le hacen un gesto para que baje al búnker y vacilar en las escaleras, indecisa. Pero ¿por qué?

Abro los ojos de golpe.

—¡El gato! ¡Ha vuelto a por él!

—Oh, no —dice mi madre.

Las dos sabemos que he acertado. Avanzamos contra corriente, empujando a todo el mundo para intentar salir del búnker. Más adelante, veo que se preparan para cerrar las gruesas puertas metálicas. Las ruedas de metal giran por ambos lados hacia dentro. De algún modo sé que, una vez se sellen, nada en el mundo convencerá a los soldados de que las abran. Quizá ni siquiera puedan hacerlo. Empujo a diestro y siniestro mientras les grito que esperen. El espacio entre las puertas se reduce a un metro, a medio metro; sólo quedan unos centímetros cuando meto la mano por la rendija.

—¡Abridla! ¡Dejadme salir! —grito.

Los soldados parecen consternados cuando hacen girar un poquito las ruedas en dirección contraria, no lo suficiente para permitirme pasar, pero sí para evitar aplastarme los dedos. Aprovecho la oportunidad para meter el hombro en el hueco.

—¡Prim! —aúllo.

Mi madre suplica a los guardias mientras yo intento salir.

—¡Prim!

Entonces oigo unas débiles pisadas en las escaleras.

—¡Ya llegamos! —oigo gritar a mi hermana.

—¡Sostén la puerta! —añade Gale.

—¡Ya vienen! —digo a los guardias, y ellos abren las puertas unos treinta centímetros.

Sin embargo, no me atrevo a moverme (me da miedo que nos dejen a todos fuera) hasta que aparece Prim con las mejillas enrojecidas de la carrera y *Buttercup* en los brazos. La meto dentro, y después a Gale, que apretuja un montón de equipaje para meterlo en el búnker. Las puertas se cierran con un fuerte sonido metálico.

—¿En qué estabas pensando? —espeto a Prim mientras la sacudo con rabia; después la abrazo, aplastando a *Buttercup* entre las dos.

Prim ya tiene la explicación preparada:

—No podía dejarlo atrás, Katniss, otra vez no. Deberías haberlo visto dando vueltas por el cuarto mientras aullaba. Él había vuelto para protegernos.

—Vale, vale.

Respiro hondo un par de veces para calmarme, doy un paso atrás y levanto a *Buttercup* por el pellejo del cuello.

—Tendría que haberte ahogado cuando tuve la oportunidad.

Él aplasta las orejas y levanta la pata, pero le suelto un bufido antes de que pueda hacerlo él, cosa que parece molestarle un poco, ya que considera que bufar es su expresión de desdén patentada. Para vengarse suelta un maullido de gatito desvalido que hace que mi hermana salga inmediatamente en su defensa.

—Oh, Katniss, no le chinches —dice, abrazándolo—. Ya está lo bastante asustado.

La idea de herir los sentimientos del bruto del gato sólo sirve para que tenga ganas de seguir, pero Prim está preocupada de verdad por él, así que me dedico a imaginar el pellejo de *Buttercup* como forro de un par de guantes, imagen que me ha ayudado a tratar con él durante todos estos años.

—Vale, lo siento. Estamos bajo esa gran E de la pared. Será mejor que lo instalemos antes de que se le vaya la olla.

Prim se aleja corriendo y me encuentro cara a cara con Gale, que lleva la caja de suministros médicos de nuestra cocina del 12, el lugar de nuestra última conversación, beso, discusión, lo que fuera. También se ha echado al hombro mi bolsa de caza.

—Si Peeta está en lo cierto, no habrían sobrevivido —me explica.

Peeta, sangre como gotitas de lluvia en la ventana, como lodo mojado en las botas.

—Gracias por... todo —respondo, aceptando el equipaje—. ¿Qué hacías en nuestras habitaciones?

—Echar un vistazo, por si acaso. Estamos en la cuarenta y siete, si me necesitas.

Casi todos se retiran a sus zonas cuando se cierran las puertas, así que me voy a nuestro nuevo hogar con al menos quinientas personas observándome. Intento parecer muy tranquila para compensar mi frenética carrera de obstáculos a través de la multitud, aunque no engaño a nadie; se acabó lo de sentar ejemplo. Bueno, ¿qué más da? En cualquier caso, todos piensan que estoy loca. Un hombre al que creo que tiré al suelo me mira a los ojos y se restriega el codo con cara de resentido. Estoy a punto de bufarle.

Prim ha instalado a *Buttercup* en el catre de abajo, arropado en una manta de modo que sólo le asoma la cara. Le gusta protegerse así de los truenos, la única cosa que lo asusta de verdad. Mi madre pone su caja con cuidado en el cubo. Me pongo en cuclillas y apoyo la espalda en la pared para ver qué ha logrado sacar Gale en mi bolsa de caza: el libro de las plantas, la chaqueta de caza, la foto de boda de mis padres y los contenidos personales de mi cajón. Mi insignia está en el traje de Cinna, pero aquí tengo el medallón de oro, y el paracaídas plateado con la espita y la perla de Peeta. Guardo la perla haciendo una bolsita con la esquina del paracaídas y lo meto en el fondo de la bolsa, como si fuera la vida de Peeta y nadie pudiera quitársela mientras yo la proteja.

El débil sonido de las sirenas se corta de repente. La voz de Coin sale por el sistema de altavoces del distrito y nos da las gracias por haber evacuado de manera tan ejemplar los niveles superiores. Enfatiza que no se trata de un simulacro, ya que es posible que Peeta Mellark, el vencedor del Distrito 12, haya hecho una referencia televisada a un ataque sobre el 13 esta misma noche.

Entonces cae la primera bomba. Primero notamos el impacto, seguido de una

explosión que me resuena en los órganos internos, en el revestimiento de los intestinos, en la médula de los huesos y las raíces de los dientes. «Vamos a morir todos», pienso. Levanto la mirada esperando ver cómo surgen grietas gigantescas en el techo y cómo nos llueven encima los trozos de roca, pero el búnker sólo se estremece un poco. Se apagan las luces y experimento la desorientación propia de una oscuridad completa. Sonidos humanos sin palabras (chillidos espontáneos, respiraciones alteradas, gemidos de bebé, una nota musical de risa histérica) recorren el aire cargado de tensión. Después se oye el zumbido de un generador y un tenue resplandor tembloroso sustituye a la luz brillante del 13. Es más similar a lo que teníamos en nuestros hogares del 12, donde las velas y el fuego ardían en las noches de invierno.

Localizo a Prim en la penumbra, le pongo una mano en la pierna y me acerco a ella. Su voz permanece firme mientras canturrea para *Buttercup*:

—No pasa nada, bonito, no pasa nada. Estaremos bien aquí abajo.

Mi madre nos abraza a las dos, y me permito ser joven durante un instante y descansar la cabeza en su hombro.

—No tiene nada que ver con las bombas del 8 —comento.

—Seguramente será un misil para búnker —dice Prim con voz tranquilizadora por el bien del gato—. Nos lo enseñaron en la orientación para nuevos ciudadanos. Están diseñados para penetrar en lo más profundo de la tierra antes de estallar, porque no tiene sentido bombardear el 13 en la superficie.

—¿Nucleares? —pregunto, notando un escalofrío.

—No tiene por qué. Algunos sólo llevan un montón de explosivos, aunque... podría ser, supongo.

La penumbra hace que sea difícil ver las gruesas puertas metálicas al final del búnker. ¿Nos protegerían de un ataque nuclear? Y, aunque fueran eficaces al cien por cien contra la radiación, lo que es poco probable, ¿podríamos salir de este lugar algún día? La idea de pasar lo que me queda de vida en esta cripta de piedra me horroriza. Quiero salir corriendo como una loca hacia las puertas y exigir que me dejen salir para enfrentarme a lo de fuera. No tiene remedio, no me dejarían salir y quizá dé lugar a una estampida.

—Estamos tan abajo que seguro que no nos pasa nada —dice mi madre con un hilo de voz. ¿Está pensando en que mi padre voló en pedazos dentro de la mina?—. Pero ha faltado poco, gracias al cielo que Peeta ha tenido la oportunidad de avisarnos.

La oportunidad, un término general que incluye todo lo que le ha supuesto dar la alarma: los conocimientos, el momento, el valor y algo más que no sé definir. Peeta parecía librar una especie de batalla interna en su cabeza, luchaba por sacar el mensaje. ¿Por qué? Su mayor talento es la capacidad para manipular las palabras. ¿Le han quitado eso con la tortura? ¿Es otra cosa? ¿Se ha vuelto loco?

La voz de Coin, quizá un pelín más lúgubre que antes, resuena en el búnker; el volumen hace que tiemblen las luces:

—Al parecer, la información de Peeta Mellark era buena y tenemos una gran deuda de gratitud con él. Los detectores indican que el primer misil no era nuclear, aunque sí muy potente. Esperamos que lleguen más. Durante todo el ataque, los ciudadanos permanecerán en sus zonas asignadas a no ser que se les indique lo contrario.

Un soldado le dice a mi madre que la necesitan en el puesto de primeros auxilios. Ella es reacia a dejarnos, a pesar de que no se alejará ni treinta metros.

—No nos pasará nada, de verdad —le digo—. Lo tenemos a él para protegernos —añado, señalando a *Buttercup*, que me suelta un bufido tan poco entusiasta que nos hace reír. Hasta a mí me da pena.

Después de que mi madre se vaya, le sugiero a Prim:

—¿Por qué no subes a la cama con él, Prim?

—Sé que es una tontería..., pero me da miedo que la litera se nos caiga encima durante el ataque.

Si se caen las literas es porque se ha caído el búnker y nos ha enterrado debajo. Sin embargo, decido que su lógica quizá nos ayude, así que limpio el cubo de almacenamiento y le preparo una cama dentro al gato. Después coloco uno de los colchones delante para compartirlo con mi hermana.

Nos dan permiso para ir al baño en grupos pequeños y lavarnos los dientes, aunque las duchas se cancelan hasta mañana. Me acurruco con Prim en el colchón y pongo las mantas dobles porque en la caverna hace un frío húmedo. *Buttercup*, abatido a pesar de las constantes atenciones de Prim, se acurruca en el cubo y me echa su aliento de gato en la cara.

A pesar de las desagradables condiciones, me alegra pasar un rato con mi hermana. He estado tan preocupada desde que vine aquí (no, en realidad desde mis primeros Juegos), que no le he hecho mucho caso. No la he estado cuidando como debería, como hacía antes. Al fin y al cabo, ha sido Gale el que ha revisado nuestros compartimentos, no yo. Tendré que compensárselo de alguna forma.

Me doy cuenta de que ni siquiera me he molestado en preguntarle cómo lleva el choque de venir aquí.

—Bueno, ¿te gusta el 13, Prim?

—¿Ahora mismo? —pregunta ella; después de reírnos, sigue hablando—. A veces echo muchísimo de menos nuestro hogar, pero entonces recuerdo que no queda nada que echar de menos. Aquí me siento más segura. No tenemos que preocuparnos por ti. Bueno, al menos no de la misma forma. —Hace una pausa y esboza una sonrisa tímida—. Creo que me van a formar para ser médico.

Es la primera noticia que tengo.

—Claro que sí —respondo—. Serían estúpidos si no lo hicieran.

—Me han estado observando cuando ayudo en el hospital. Ya estoy haciendo los cursos de medicina. No es más que cosas de principiantes, ya sé mucho de antes, aunque me queda un montón por aprender.

—Eso es estupendo —le digo.

Prim doctora. Ni siquiera habría podido soñar con ello en el 12. Algo pequeño y silencioso, como cuando enciendes una cerilla, se enciende en la oscuridad de mi interior: éste es el tipo de futuro que podríamos conseguir con una rebelión.

—¿Y tú, Katniss? ¿Cómo lo llevas? —pregunta, acariciando con cariño la frente de *Buttercup*—. Y no me digas que bien.

Es cierto, estoy en el extremo contrario de «bien». Así que le cuento lo de Peeta, su deterioro ante las cámaras y que creo que estarán matándolo mientras hablamos. *Buttercup* tiene que apañárselas solo durante un rato, porque Prim vuelca su atención en mí. Me abraza y me pone el pelo detrás de las orejas. He dejado de hablar porque, en realidad, no hay más que decir y noto un dolor punzante en el corazón. Quizá esté sufriendo un infarto, aunque no merece la pena mencionarlo.

—Katniss, no creo que el presidente Snow mate a Peeta —me dice.

Claro, lo dice para tranquilizarme. Pero sus siguientes palabras me sorprenden:

—Si lo hace, no tendrá en sus manos a nadie que te importe. No podría hacerte daño.

De repente me acuerdo de otra chica que ha visto toda la maldad del Capitolio: Johanna Mason, la tributo del distrito 7 en la última arena. Yo estaba intentando evitar que fuera a la jungla, donde los charlajos imitaban las voces de nuestros seres queridos sometidos a tortura, pero ella le quitó importancia diciendo: «No pueden hacerme daño, no soy como vosotros. A mí no me queda nadie».

Me doy cuenta de que Prim tiene razón, de que Snow no puede permitirse malgastar la vida de Peeta, y menos ahora que el Sinsajo le causa tantos problemas. Ya ha matado a Cinna y ha destruido mi hogar, y mi familia, Gale e incluso Haymitch están fuera de su alcance. Sólo le queda Peeta.

—Entonces, ¿qué crees que le harán? —le pregunto.

Prim parece tener mil años cuando responde:

—Lo que haga falta para hundirte.



«¿Qué me hundiría?».

La pregunta me consume durante los tres días siguientes, mientras esperamos a que nos saquen de nuestra prisión segura. ¿Qué haría que me rompiese en un millón de trocitos hasta quedar irreparable e inservible? No se lo comento a nadie, pero la pregunta me obsesiona cuando estoy despierta y se mete en mis pesadillas.

En ese periodo caen cuatro misiles más, todos muy potentes y devastadores, aunque ya sin tanta urgencia. Dejan caer las bombas a intervalos largos para que creamos que ya se ha acabado justo antes de que otro estallido nos haga temblar las tripas. Parecen pensados para mantenernos bloqueados, no para diezmannos. Destrozar el distrito, sí; dar a la gente mucho que reparar antes de ponerse en funcionamiento, también; pero ¿destruirlo? No. Coin tenía razón en eso: no se destruye algo que deseas adquirir en el futuro. Supongo que lo que en realidad quieren, a corto plazo, es detener los asaltos a las ondas y mantenerme lejos de los televisores de Panem.

No recibimos apenas información de lo que pasa. Nuestras pantallas nunca se encienden y sólo nos llegan breves anuncios de audio de Coin sobre la naturaleza de las bombas. Sin duda, la guerra continúa, pero, en cuanto a su situación, estamos a oscuras.

Dentro del búnker, la cooperación está a la orden del día. Seguimos un horario muy estricto para las comidas, el aseo, el ejercicio y el sueño. Se nos garantizan pequeños periodos de socialización para aliviar el tedio. Nuestro espacio se hace muy popular porque tanto niños como adultos sienten fascinación por *Buttercup*. Adquiere estatus de estrella con su juego nocturno de «El gato loco». Me lo inventé yo por accidente hace unos años, durante un apagón invernal. Consiste simplemente en agitar el haz de luz de una linterna por el suelo mientras *Buttercup* intenta capturarlo. Soy lo bastante mezquina como para disfrutar del juego porque me parece que lo hace parecer tonto. Sin embargo, inexplicablemente, todos los de aquí creen que el gato es listo y encantador. Incluso me conceden unas pilas adicionales (un gasto enorme) para usarlas en esto. Los ciudadanos del 13 están muy faltos de entretenimientos, sin duda.

La tercera noche, durante el juego, por fin respondo a la pregunta que me ha estado carcomiendo. «El gato loco» se convierte en una metáfora de mi situación: yo

soy *Buttercup*, y Peeta, la persona a la que tan desesperadamente quiero poner a salvo, es la luz. Mientras el gato crea que tiene una oportunidad de capturar la escurridiza luz con sus patas, estará encrespado (como yo desde que dejé la arena con Peeta vivo). Cuando la luz se apaga del todo, *Buttercup* se siente angustiado y desconcertado durante un segundo, pero se recupera y pasa a otra cosa (es lo que me pasaría a mí si Peeta muriera). Sin embargo, lo que de verdad hace que el gato se vuelva loco es dejar la luz encendida, pero en un punto fuera de su alcance, en lo alto de la pared, donde no llega saltando. Empieza a dar vueltas junto a la pared, gime, y no hay forma de consolarlo ni de distraerlo; no sirve para nada más hasta que apago la luz (y eso es lo que Snow intenta hacer conmigo ahora, sólo que no sé qué forma adoptará este juego).

Quizá lo único que Snow necesita es que sea consciente de eso. Pensar que Peeta estaba en sus manos y que lo torturaban para sacarle información sobre los rebeldes era malo, pero pensar que lo torturan específicamente para incapacitarme es insoportable. Entonces, por culpa del peso de esta revelación, empiezo a hundirme de verdad.

Después de «El gato loco» nos vamos a la cama. La luz va y viene; a veces las lámparas están a plena potencia, mientras que otras tenemos que forzar la vista para vernos. A la hora de dormir apagan las lámparas hasta dejarlo todo casi a oscuras y activan las luces de emergencia de cada espacio. Prim, que ha decidido que las paredes aguantarán, se hace un ovillo con *Buttercup* en la cama de abajo. Mi madre duerme en la de arriba. Me ofrezco a dormir en una de ellas, pero me obligan a quedarme en el colchón del suelo porque doy demasiadas vueltas en sueños.

Ahora no doy vueltas, mis músculos están rígidos por la tensión de mantenerme cuerda. Regresa el dolor de corazón, y me imagino que le aparecen unas diminutas fisuras que se extienden por mi cuerpo: avanzan por el torso, los brazos, las piernas y la cara, y me dejan llena de grietas. Con una sola sacudida de misil podría romperme en extraños fragmentos afilados como cuchillas.

Cuando la inquieta mayoría ya se ha dormido, salgo con cuidado de mi manta y atravieso de puntillas la caverna en busca de Finnick; algo me hace pensar que él lo comprenderá. Está sentado bajo la luz de emergencia de su zona haciendo nudos en una cuerda, ni siquiera finge descansar. Mientras le susurro lo que he descubierto sobre el plan de Snow para hundirme, al fin lo entiendo: esta estrategia no es nada nuevo para Finnick. Es la que lo hundió a él.

—Es lo que te están haciendo a ti con Annie, ¿no? —le pregunto.

—Bueno, no la detuvieron porque pensaran que sería un inagotable pozo de información rebelde —responde—. Saben que nunca me habría arriesgado a contarle nada al respecto, por su propio bien.

—Oh, Finnick, cuánto lo siento.

—No, yo lo siento. Siento no haberte advertido.

De repente recuerdo algo: estoy atada a la cama, loca de rabia y dolor después del rescate. Finnick intenta consolarme por Peeta: «Se darán cuenta en seguida de que no sabe nada y no lo matarán si creen que pueden usarlo contra ti».

—Pero sí que me advertiste, en el aerodeslizador. Cuando me dijiste que usarían a Peeta contra mí creía que te referías a un cebo, a una forma de atraerme al Capitolio.

—No tendría que haberte dicho ni eso. Era demasiado tarde para que te sirviera de algo. Teniendo en cuenta que no te advertí antes del Vasallaje, tendría que haber cerrado la boca, no debería haberte dicho nada sobre cómo funciona Snow —insiste; tira del extremo de su cuerda, de modo que un complicado nudo se convierte de nuevo en una línea recta—. Es que no lo entendí cuando te conocí. Después de tus primeros Juegos creí que para ti todo el romance era teatro. Esperábamos que siguieras con la estrategia, pero hasta que Peeta no se golpeó contra el campo de fuerza y estuvo a punto de morir no comprendí... —Finnick vacila.

Pienso en la arena, en cómo sollocé cuando Finnick revivió a Peeta, en la mirada inquisitiva de Finnick, en la forma en que excusó mi comportamiento culpando a mi fingido embarazo.

—¿No comprendiste qué?

—Que te había juzgado mal, que sí que lo querías. No digo que fuera de una forma o de otra, quizá ni tú lo sepas, pero cualquiera que prestara atención se habría dado cuenta de lo mucho que te importaba —me dice con cariño.

¿Cualquiera? En la visita de Snow antes de la Gira de la Victoria, el presidente me había retado a que eliminara las dudas sobre mis sentimientos hacia Peeta, quería que lo convenciera a él específicamente de que estaba enamorada de mi compañero. Al parecer, bajo ese abrasador cielo rosa, con la vida de Peeta colgando de un hilo, por fin lo logré. Y, al hacerlo, le entregué el arma que necesitaba para acabar conmigo.

Finnick y yo nos quedamos sentados en silencio un buen rato observando cómo hace y deshace los nudos.

—¿Cómo lo soportas? —le pregunto al fin.

—¡No lo soporto, Katniss! —me responde, sorprendido—. Está claro, no lo soporto. Cada mañana salgo de una pesadilla y descubro que lo de fuera no es mejor —empieza, pero algo en mi expresión lo detiene—. Es mejor no rendirte a ello. Resulta diez veces más difícil recuperarte que hundirte.

Bueno, él debe de saberlo bien. Respiro hondo y me obligo a permanecer de una pieza.

—Cuanto más te distraigas, mejor —me dice—. Lo primero que haremos mañana es buscarte una cuerda. Hasta entonces, toma la mía.

Me paso el resto de la noche en el colchón haciendo nudos de forma compulsiva y

enseñándoselos a *Buttercup* para que los examine. Si uno parece sospechoso, me lo quita de un zarpazo y lo muerde unas cuantas veces para asegurarse de que está muerto. Por la mañana tengo los dedos doloridos, pero sigo entera.

Después de veinticuatro horas de tranquilidad, Coin por fin anuncia que podemos salir del búnker. Nuestros antiguos alojamientos han quedado destrozados en los bombardeos, así que todos tenemos que seguir al pie de la letra las instrucciones para llegar a nuestros nuevos compartimentos. Limpiamos nuestras zonas, como nos piden, y nos ponemos obedientemente en fila para salir por la puerta.

A la mitad del recorrido, Boggs aparece y me saca de la fila. Les hace una señal a Gale y a Finnick para que se unan a nosotros, y la gente se mueve para dejarnos pasar. Algunos incluso me sonrían; el juego de «El gato loco» ha conseguido que me consideren más simpática, al parecer. Salimos, subimos las escaleras, recorremos el pasillo hasta uno de esos ascensores que avanzan en varias direcciones y, finalmente, llegamos a Defensa Especial. Durante nuestra ruta no he visto nada dañado, aunque todavía estamos a bastante profundidad.

Boggs nos mete prisa para entrar en una sala prácticamente idéntica a la de Mando. Coin, Plutarch, Haymitch, Cressida y todos los demás que están sentados a la mesa tienen cara de cansancio. Alguien ha sacado al fin el café (aunque estoy segura de que sólo lo ven como un estimulante de emergencia), y Plutarch tiene su taza agarrada con las dos manos, como si temiera que se la llevarsen en cualquier momento.

No hay tiempo para formalidades.

—Os necesitamos a los cuatro vestidos con los uniformes y en la superficie —dice la presidenta—. Tenéis dos horas para grabar los daños de los bombardeos, dejar claro que la unidad militar del 13 no sólo sigue operativa, sino que es superior y, lo más importante, que el Sinsajo sigue vivo. ¿Alguna pregunta?

—¿Podemos tomarnos un café? —pregunta Finnick.

Nos entregan tazas humeantes. Miro con asco el reluciente líquido negro, ya que nunca he sido una gran admiradora de esta sustancia, pero supongo que me ayudará a mantenerme en pie. Finnick me echa algo de nata en la taza y va a por el azucarero.

—¿Quieres un azucarillo? —me pregunta con su antiguo tono de seductor.

Así es como nos conocimos, cuando Finnick me ofreció azúcar. Estábamos rodeados de caballos y carros, disfrazados y pintados para las masas, antes de ser aliados. Antes de que yo supiera lo que lo impulsaba. El recuerdo logra arrancarme una sonrisa.

—Toma, mejora el sabor —añade con su voz real, y me echa tres cubitos en la taza.

De camino a vestirme de Sinsajo, veo que Gale nos observa a Finnick y a mí con preocupación. ¿Y ahora qué? ¿De verdad creerá que pasa algo entre nosotros? Quizá

me viera ir anoche a la zona de Finnick, tenía que pasar por el espacio de los Hawthorne para llegar. Supongo que le habrá sentado mal que busque la compañía de Finnick en vez de la suya. Bueno, pues nada. Tengo rozaduras de cuerda en los dedos, apenas puedo mantener los ojos abiertos y un equipo de televisión espera que haga una actuación brillante. Y Snow tiene a Peeta. Que Gale piense lo que le dé la gana.

En mi nueva sala de belleza, en Defensa Especial, mi equipo de preparación me mete en el traje de Sinsajo, me arregla el pelo y me aplica un poquito de maquillaje antes de que se me enfríe el café. En diez minutos, tanto el reparto como los cámaras de las nuevas propos estamos recorriendo el complicado camino al exterior. Me bebo el café mientras caminamos, y descubro que la nata y el azúcar mejoran muchísimo su sabor. Apuro los posos que se han quedado al fondo de la taza y noto que un leve cosquilleo empieza a circularme por las venas.

Después de subir una última escalera, Boggs tira de una palanca que abre una trampilla y notamos el aire fresco. Respiro hondo con ganas y, por primera vez, me permito reconocer lo mucho que odiaba el búnker. Salimos al bosque y paso las manos por las hojas que cuelgan encima de nosotros. Algunas empiezan a secarse.

—¿Qué día es hoy? —pregunto.

Boggs responde que septiembre empieza la semana que viene.

Septiembre. Eso significa que Snow ha tenido a Peeta en sus garras durante cinco o seis semanas. Examinó una hoja en la palma de mi mano y veo que estoy temblando. No consigo parar. Le echo la culpa al café e intento concentrarme en respirar más despacio, porque voy demasiado acelerada para el ritmo de marcha que llevamos.

Empezamos a ver escombros en la tierra y llegamos al primer cráter, que tiene casi treinta metros de ancho y vete a saber cuántos de profundidad. Muchos. Boggs dice que, de haber quedado alguien en las diez primeras plantas, seguramente habría muerto. Rodeamos el pozo y seguimos.

—¿Podéis reconstruirlo? —pregunta Gale.

—No de manera inmediata. Ese misil no acabó con mucho, sólo unos cuantos generadores y una granja avícola —responde Boggs—. Nos limitaremos a sellarlo.

Los árboles desaparecen cuando entramos en la zona del interior de la valla. Alrededor de los cráteres hay una mezcla de escombros viejos y nuevos. Antes de las bombas quedaba muy poco del 13 en la superficie: unos puestos de guardia, la zona de entrenamiento y más o menos treinta centímetros de la planta superior de nuestro edificio (donde sobresalía la ventana de *Buttercup*) con varios centímetros de acero encima. Esa zona no estaba preparada para soportar un ataque que no fuera muy superficial.

—¿Cuánta ventaja os dio la advertencia del chico? —pregunta Haymitch.

—Unos diez minutos antes de que nuestros sistemas detectaran los misiles —

responde Boggs.

—Pero ayudó, ¿verdad? —le pregunto; si dice que no, no lo resistiré.

—Por supuesto, la evacuación de los civiles fue completa. Los segundos cuentan cuando te atacan; diez minutos sirven para salvar muchas vidas.

«Prim —pienso— y Gale».

Llegaron al búnker un par de minutos antes de que cayera el primer misil. Puede que Peeta los haya salvado. Añadiremos sus nombres a la lista de cosas por las que siempre estaré en deuda con él.

A Cressida se le ocurre filmarme delante de las ruinas del antiguo Edificio de Justicia, una especie de broma, ya que el Capitolio lleva años usándolo de fondo para las falsas retransmisiones informativas en las que intentaba demostrar que el distrito no existía. Ahora, con el reciente ataque, el edificio está a unos diez metros del borde de otro cráter.

Cuando nos acercamos a lo que antes fuera la entrada principal, Gale señala algo y todos frenamos un poco. Al principio no veo el problema, pero después distingo que el suelo está cubierto de rosas rosas y rojas recién cortadas.

—¡No las toquéis! —grito—. ¡Son para mí!

El enfermizo olor dulzón me llega a las fosas nasales y el corazón empieza a pegarme martillazos en el pecho. Así que no me lo imaginé, no me imaginé la rosa de mi cómoda. Ante mí está la segunda entrega de Snow. Son unas bellezas rosas y rojas de tallos largos, las mismas flores que decoraban el escenario en el que Peeta y yo interpretamos nuestra entrevista tras la victoria. Flores no para uno, sino para dos amantes.

Se lo explico a los demás lo mejor que puedo. Las examinamos mejor y vemos que parecen inofensivas, aunque mejoradas genéticamente. Dos docenas de rosas ligeramente marchitas. Seguramente las tiraron después del último bombardeo. Un equipo con trajes especiales las recoge y se las lleva. Estoy segura de que no encontrarán en ellas nada extraordinario; Snow sabe bien lo que me está haciendo. Es igual que cuando machacó a Cinna delante de mí, mientras yo lo observaba todo desde mi tubo de tributo: su intención es desquiciarme.

Como entonces, intento recuperarme y devolver el golpe, pero, mientras Cressida pone en sus sitios a Castor y Pollux, noto que estoy cada vez más ansiosa. Estoy cansada, con los nervios de punta y, desde que he visto las rosas, soy incapaz de dejar de pensar en Peeta. El café ha sido un gran error, no necesito un estimulante, precisamente. Mi cuerpo tiembla de forma visible y no consigo recuperar el aliento. Después de varios días en el búnker, tengo que cerrar los ojos casi del todo, mire a donde mire, porque la luz me hace daño. A pesar de la fresca brisa, las gotas de sudor me caen por la cara.

—Bueno, ¿qué necesitas exactamente de mí? —pregunto.

—Sólo unas líneas rápidas para demostrar que estás viva y sigues luchando — responde Cressida.

—Vale.

Me pongo en mi sitio y miro la luz roja. Y miro y miro.

—Lo siento, no tengo nada para vosotros.

—¿Estás bien? —me pregunta Cressida, acercándose, y asiento.

Ella me seca la cara con un trozo de tela que lleva en el bolsillo.

—¿Y si probamos con la vieja táctica de las preguntas y respuestas? —me dice.

—Sí, creo que ayudaría.

Cruzo los brazos para ocultar lo mucho que tiemblan, miro a Finnick, y él levanta el pulgar, aunque también parece bastante tembloroso.

Cressida ya está en su puesto.

—Bueno, Katniss, has sobrevivido a los bombardeos del 13, ¿qué te han parecido comparados con tu experiencia en la superficie del 8?

—Esta vez estábamos a tanta profundidad que no existía peligro real. El 13 está sano y salvo, igual que... —Se me rompe la voz y la frase acaba con un graznido seco.

—Prueba otra vez —me dice Cressida—: «El 13 está sano y salvo, igual que yo».

Respiro hondo e intento obligar a mi diafragma a funcionar.

—El 13 está sano, igual...

No, me he equivocado. Juro que todavía huelo las rosas.

—Katniss, sólo esa línea y terminas por hoy, te lo prometo —me dice Cressida—: «El 13 está sano y salvo, igual que yo».

Sacudo los brazos para relajarme, coloco los puños sobre las caderas y después los dejo caer a los lados. Se me llena la boca de saliva a una velocidad absurda y noto que se me forma una bola de vómito al final de la garganta. Trago con fuerza y separo los labios para decir la estúpida línea e ir a esconderme en el bosque... Y entonces me pongo a llorar.

Es imposible ser el Sinsajo, imposible terminar esta sencilla frase, porque ahora sé que todo lo que diga repercutirá directamente en Peeta, hará que lo torturen. Sin embargo, no lo matarán, no, no serán tan piadosos. Snow se asegurará de que su vida sea mucho peor que la muerte.

—Corten —oigo decir a Cressida en voz baja.

—¿Qué le pasa? —dice Plutarch con un susurro.

—Ha averiguado cómo está usando Snow a Peeta —explica Finnick.

El semicírculo de personas que tengo delante deja escapar una especie de suspiro colectivo de pesar. Porque ahora lo sé, porque no podré dejar de saberlo, porque, aparte de la desventaja militar que supone perder a un Sinsajo, estoy hundida.

Varios pares de brazos me reconfortan, pero, al final, la única persona que de

verdad quiero que me consuele es Haymitch, el único que también quiere a Peeta. Voy hacia él, creo que digo su nombre y él se acerca, me sostiene y me da palmaditas en la espalda.

—No pasa nada, no pasará nada, preciosa.

Me sienta en un pilar de mármol roto y me rodea con un brazo mientras sollozo.

—No puedo seguir con esto —le digo.

—Lo sé.

—Pienso una y otra vez en qué le va a hacer a Peeta... ¡y todo porque yo soy el Sinsajo!

—Lo sé —repite Haymitch, abrazándome con más fuerza.

—¿Lo viste? ¿Viste lo raro que estaba? ¿Qué le están... haciendo? —Intento respirar entre los sollozos, pero apenas consigo decir una última frase—: ¡Es culpa mía!

Después cruzo la línea que me separa de la histeria, me clavan una aguja en el brazo y el mundo desaparece.

Lo que me han metido debe de ser potente, porque tardo un día en despertar, aunque no he dormido plácidamente. Es como si hubiera salido de un mundo lleno de lugares oscuros y angustiosos por los que viajaba sola. Haymitch está sentado en una silla junto a mi cama con la piel cética y los ojos inyectados en sangre. Recuerdo lo de Peeta y me pongo a temblar otra vez.

Haymitch me aprieta el hombro.

—No pasa nada, vamos a intentar sacar a Peeta.

—¿Qué? —pregunto, porque lo que me ha dicho no tiene sentido.

—Plutarch va a enviar un equipo de rescate. Tiene gente dentro y cree que podemos sacar a Peeta con vida.

—¿Por qué no lo hemos hecho antes?

—Porque nos saldrá caro. Pero todos están de acuerdo en que es lo mejor. Es la misma elección que hicimos en la arena: hacer lo que haga falta por mantenerte en buenas condiciones. No podemos perder al Sinsajo ahora, y tú no puedes seguir adelante sabiendo que Snow la tomará con Peeta —explica Haymitch, ofreciéndome una taza—. Toma, bebe algo.

Me siento lentamente y bebo un poco de agua.

—¿A qué te refieres con que nos saldrá caro? —pregunto.

—Perderemos infiltrados, puede que muera gente —responde él, encogiéndose de hombros—. Pero ten en cuenta que mueren todos los días. Y no vamos a sacar sólo a Peeta, también rescataremos a Annie por Finnick.

—¿Dónde está Finnick?

—Detrás de esa mampara, durmiendo mientras dure el sedante. Estalló justo después de dormirte a ti —responde Haymitch, y yo sonrío un poco, sintiéndome algo

menos débil—. Sí, fue una toma excelente. Con vosotros dos histéricos y Boggs planeando la misión para sacar a Peeta, hemos tenido que echar mano de las repeticiones.

—Bueno, si Boggs lo dirige, es una ventaja.

—Oh, sí, lo maneja muy bien. Se pidieron voluntarios, pero él fingió no ver mi mano agitándose en el aire —me dice Haymitch—. ¿Ves? Ya ha demostrado tener buen criterio.

Algo va mal, Haymitch se esfuerza demasiado en animarme, no es su estilo.

—Bueno, ¿y quién más se ha ofrecido voluntario?

—Creo que siete en total —responde él, evasivo.

Tengo una sensación muy desagradable en el estómago.

—¿Quién más, Haymitch? —insisto.

Haymitch por fin abandona la pose de buenazo y responde:

—Ya lo sabes, Katniss, sabes perfectamente quién se ofreció el primero.

Claro que lo sé.

Gale.



«Hoy podría perderlos a los dos».

Intento imaginarme un mundo en el que ya no existan las voces de Gale y Peeta, en el que sus manos queden quietas, en el que sus ojos no parpadeen. Estoy de pie sobre sus cadáveres viéndolos por última vez, abandonando la habitación en la que yacen. Sin embargo, cuando abro la puerta para salir al mundo, sólo hay un tremendo vacío, una pálida nada gris que es, en resumen, mi único futuro.

—¿Quieres que te seden hasta que termine todo? —me pregunta Haymitch, y no bromea.

Estamos hablando de un hombre que se ha pasado toda su vida adulta en el fondo de una botella, intentando anesthesiarse contra los crímenes del Capitolio. El chico de dieciséis años que ganó el segundo Vasallaje de los Veinticinco debió de tener gente a la que quería (familia, amigos, quizá una novia) y con la que deseaba volver. ¿Dónde están ahora? ¿Cómo es posible que, hasta que Peeta y yo le caímos encima, no hubiera nadie más en su vida? ¿Qué les haría Snow?

—No —respondo—, quiero ir al Capitolio, quiero formar parte de la misión de rescate.

—Ya se han ido —dice Haymitch.

—¿Cuánto hace? Podría alcanzarlos. Podría...

¿Qué? ¿Qué podría hacer?

Haymitch sacude la cabeza.

—No pasará, eres demasiado valiosa y demasiado vulnerable. Se habló de enviarte a otro distrito para distraer al Capitolio mientras tiene lugar el rescate, pero nadie creyó que fueras capaz de manejarlo.

—¡Por favor, Haymitch! —exclamo, suplicando—. Tengo que hacer algo, no puedo quedarme sentada a esperar si viven o mueren. ¡Tiene que haber algo!

—Vale, deja que hable con Plutarch. Tú quédate ahí.

Pero no puedo. Mientras todavía oigo el eco de las pisadas de Haymitch por el pasillo, me meto por la rendija de la cortina separadora y veo a Finnick tumbado boca abajo con las manos metidas en la funda de la almohada. Aunque es una cobardía (incluso una crueldad) despertarlo de la brumosa tierra de las drogas para traerlo a la cruda realidad, lo hago porque no soporto enfrentarme a esto sola.

Cuando le explico la situación, su agitación inicial disminuye misteriosamente.

—¿Es que no lo ves, Katniss? Esto lo decidirá todo de una u otra forma. Al final del día estarán muertos o con nosotros. Es... ¡Es más de lo que podíamos esperar!

Bueno, es una forma agradable de evaluar nuestra situación. La verdad es que la idea de que este tormento llegue a su fin resulta tranquilizadora.

Haymitch aparta la cortina de golpe. Tiene un trabajo para nosotros, si logramos recuperarnos: todavía necesitan grabar el escenario del 13 tras el bombardeo.

—Si podemos hacerlo en las próximas horas, Beetee lo retransmitirá hasta el rescate y, con suerte, mantendrá al Capitolio atento a otra cosa.

—Sí, una distracción —dice Finnick—, una especie de señuelo.

—Lo que en realidad necesitamos es algo tan absorbente que ni siquiera el presidente Snow sea capaz de apartarse del televisor. ¿Se os ocurre algo así? —pregunta Haymitch.

Tener un trabajo que pueda ayudar a la misión me vuelve a centrar. Mientras me zampo el desayuno y me preparan, intento pensar en qué decir. El presidente Snow debe de estar preguntándose cómo me han afectado el suelo salpicado de sangre y sus rosas. Si me quiere hundida, tendré que estar entera, aunque no creo que lo convenza de nada gritando un par de líneas desafiantes a la cámara. Además, eso no le dará nada de tiempo al equipo de rescate. Los estallidos son cortos; lo que requiere tiempo son las historias.

No sé si funcionará, pero, cuando el equipo de televisión se reúne en la superficie, le pregunto a Cressida si podría empezar preguntándome por Peeta. Me siento en el pilar de mármol caído en el que tuve la crisis, y espero a la luz roja y a la pregunta de Cressida.

—¿Cómo conociste a Peeta?

Y entonces hago lo que Haymitch lleva queriendo que haga desde mi primera entrevista: me abro.

—Cuando conocí a Peeta, yo tenía once años y estaba casi muerta.

Hablo sobre aquel terrible día en que intenté vender ropa de bebé bajo la lluvia, sobre cómo la madre de Peeta me echó de la puerta de la panadería y sobre cómo él se llevó una paliza por llevarme los panes que nos salvaron la vida.

—Nunca habíamos hablado. La primera vez que hablé con Peeta fue en el tren a los Juegos.

—Pero él ya estaba enamorado de ti —dice Cressida.

—Supongo —respondo, esbozando una sonrisita.

—¿Cómo llevas la separación?

—No muy bien. Sé que Snow podría matarlo en cualquier momento, sobre todo desde que advirtió al 13 del bombardeo. Es horrible vivir con algo así, pero, gracias a lo que le están haciendo pasar, ya no tengo ninguna duda: tenemos que hacer lo que haga falta para destruir el Capitolio. Por fin soy libre —añado; miro al cielo y veo a

un halcón sobrevolándonos—. El presidente Snow me reconoció una vez que el Capitolio era frágil. En aquel momento no lo entendí, me costaba ver con claridad porque estaba muy asustada. Ahora no. El Capitolio es frágil porque depende de los distritos para todo: comida, energía e incluso los agentes de la paz que nos controlan. Si declaramos nuestra libertad, el Capitolio se derrumba. Presidente Snow, gracias a ti, hoy declaro oficialmente la mía.

He estado correcta, aunque no deslumbrante. A todos les encanta la historia del pan, pero es mi mensaje al presidente lo que hace que Plutarch empiece a darle vueltas a la cabeza. Llama rápidamente a Finnick y Haymitch, y los tres tienen una breve aunque intensa conversación con la que Haymitch no parece muy contento. Plutarch gana: al final, Finnick está pálido, pero asiente.

Mientras Finnick toma asiento frente a la cámara, Haymitch le dice:

—No tienes por qué hacerlo.

—Debo hacerlo si la ayuda —responde él, haciendo una pelota en la mano con su cuerda—. Estoy listo.

No sé qué esperar, ¿una historia de amor sobre Annie? ¿Un relato de los abusos en el Distrito 4? Pero la historia de Finnick Odair toma un curso completamente distinto.

—El presidente Snow solía... venderme..., vender mi cuerpo, quiero decir —empieza con voz monótona y distante—. Y no fui el único. Si pensaban que un vencedor era deseable, el presidente lo ofrecía como recompensa o permitía que lo comprasen por una cantidad de dinero exorbitante. Si te negabas, mataba a algún ser querido. Así que lo hacías.

Entonces, eso explica el desfile de amantes de Finnick en el Capitolio. No eran amantes de verdad, sino gente como nuestro antiguo jefe de agentes de la paz, Cray, que compraba a chicas desesperadas para devorarlas y descartarlas; porque podía. Quiero interrumpir la grabación y suplicar a Finnick perdón por todas las ideas equivocadas que tenía sobre él, pero tenemos un trabajo que hacer y me parece que el papel de Finnick será mucho más eficaz que el mío.

—No fui el único, aunque sí el más popular —sigue diciendo—. Y quizá el que estaba más indefenso, ya que la gente a la que quería también lo estaba. Para sentirse mejor, mis clientes me regalaban dinero y joyas, pero yo descubrí una forma de pago mucho más valiosa.

«Secretos», pienso. Es lo que me dijo Finnick que le daban sus amantes, sólo que yo creía que lo hacía por decisión propia.

—Secretos —dice, como si me hubiera leído el pensamiento—, y por eso será mejor que permanezcas atento, presidente Snow, porque muchos de ellos son sobre ti. Sin embargo, empecemos con algunos de los demás.

Finnick teje un tapiz tan rico en detalles que no puede dudarse de su autenticidad.

Historias sobre extraños apetitos sexuales, traiciones del corazón, codicia sin límites y sangrientos juegos de poder. Secretos de borrachos susurrados sobre almohadas húmedas en mitad de la noche. A Finnick lo vendían y lo compraban, un esclavo de los distritos, y guapo, sin duda, aunque, en realidad, inofensivo. ¿A quién se lo iba a contar? ¿Quién lo creería si lo hiciera? Sin embargo, algunos secretos son demasiado deliciosos para no compartirlos. No conozco a la gente que menciona Finnick (todos parecen ser ciudadanos importantes del Capitolio), pero, de escuchar el parloteo de mi equipo de preparación, sé la atención que puede atraer el más leve desliz. Si un mal corte de pelo generaba horas de cotilleo, ¿qué harán las acusaciones de incesto, puñaladas por la espalda, chantaje e incendio provocado? Mientras las ondas expansivas de conmoción y reproches sacuden el Capitolio, todos estarán esperando, como yo, a oír lo del presidente.

—Y ahora, vamos con nuestro buen presidente Coriolanus Snow —dice Finnick—. Era un hombre muy joven cuando alcanzó el poder y fue lo bastante listo para conservarlo. Os preguntaréis cómo lo logró. Pues sólo hace falta que os diga una palabra, con eso basta: veneno.

Finnick se remonta a la ascensión política de Snow, de la que no sé nada, y avanza hasta el presente señalando caso tras caso de muerte misteriosa de sus adversarios o, aun peor, de los aliados que podían llegar a convertirse en amenazas. Gente que cae muerta en un banquete o que muere poco a poco de manera inexplicable, empeorando con el paso de los meses. Se le echa la culpa a un marisco en mal estado, un virus escurridizo o una debilidad de la aorta de la que no se tenía noticia. Snow bebe de la copa envenenada para evitar las sospechas, pero los antidotos no siempre funcionan, así que por eso dicen que lleva rosas que apestan a perfume, para tapar el hedor a sangre de las llagas de la boca, que nunca se curan. Dicen, dicen, dicen... que Snow tiene una lista y nadie sabe quién será el siguiente.

Veneno, el arma perfecta para una serpiente.

Como mi opinión del Capitolio y su noble presidente ya era bastante mala de por sí, las acusaciones de Finnick no me sorprenden. Sí que parecen tener mucho más efecto en los rebeldes del Capitolio, como mi equipo y Fulvia; incluso Plutarch se sorprende de vez en cuando, quizá porque se pregunta cómo se le habrá pasado algún cotilleo en concreto. Cuando Finnick termina, siguen grabando hasta que él mismo tiene que decir:

—Corten.

El equipo se apresura a ir a editar el material, y Plutarch se lleva a Finnick para hablar con él, seguramente por si tiene más historias. Me quedo con Haymitch entre las ruinas, preguntándome si el destino de Finnick podría haber sido el mío. ¿Por qué no? Snow habría sacado un buen precio por la chica en llamas.

—¿Es lo que te pasó a ti? —le pregunto a Haymitch.

—No. Mi madre y mi hermano pequeño. Mi chica. Todos murieron dos semanas después de que me coronaran vencedor. Para castigarme por mi truco con el campo de fuerza. Snow no tenía a nadie que usar contra mí.

—Me sorprende que no te matara y ya está.

—Oh, no, yo era el ejemplo, la persona que mostrar a los jóvenes como Finnick, Johanna y Cashmere. Así sabrían lo que le pasa a un vencedor que causa problemas —responde Haymitch—. Pero él sabía que ya no tenía nada que usar contra mí.

—Hasta que llegamos Peeta y yo —digo en voz baja; ni siquiera se encoge de hombros para responder.

Una vez hecho nuestro trabajo, no nos queda más que esperar. Intentamos ocupar los largos minutos en Defensa Especial, haciendo nudos, dándole vueltas a la comida en los cuencos y volando cosas en pedazos en el campo de tiro. Como temen que detecten las comunicaciones, no hay contacto con el equipo de rescate. A las 15:00, la hora acordada, nos quedamos tensos y en silencio en el fondo de una sala llena de pantallas y ordenadores, y vemos cómo Beete y su equipo intentan dominar las ondas. Su distracción y nerviosismo habituales pasan a convertirse en una determinación que no le había visto nunca. Poco de mi entrevista consigue emitirse, sólo lo justo para demostrar que sigo viva y desafiante. Es el relato salaz y sangriento de Finnick sobre el Capitolio lo que ocupa toda la emisión. ¿Están mejorando las habilidades de Beete? ¿O es que sus homólogos del Capitolio están demasiado fascinados como para cortar a Finnick? Durante los siguientes sesenta minutos, la emisión del Capitolio mezcla las noticias normales de la tarde con Finnick y los intentos de apagarlo todo. Sin embargo, el equipo técnico de los rebeldes consigue superar incluso los intentos de apagón y, en un verdadero golpe maestro, mantienen el control durante casi todo el ataque a Snow.

—¡Soltadlo! —exclama Beete, alzando las manos al cielo para devolver la retransmisión al Capitolio; después se seca la cara con un trapo—. Si no han salido ya, están todos muertos —anuncia, y se vuelve para ver cómo reaccionamos Finnick y yo ante sus palabras—. Pero tenían un gran plan. ¿Os lo ha explicado Plutarch?

Claro que no. Beete nos lleva a otro cuarto y nos enseña cómo el equipo, con la ayuda de los rebeldes infiltrados, intentará (ha intentado) liberar a los vencedores de una cárcel subterránea. Al parecer han metido un gas narcotizante por el sistema de ventilación, han cortado la electricidad, han hecho estallar una bomba en un edificio gubernamental a varios kilómetros de la cárcel y, además, hemos interrumpido la emisión oficial de la tele. Beete se alegra de que el plan nos resulte difícil de seguir, porque entonces también se lo resultará a nuestros enemigos.

—¿Como tu trampa eléctrica en la arena? —pregunto.

—Exacto, y mira lo bien que salió —responde él.

«Bueno..., no mucho», pienso.

Finnick y yo intentamos quedarnos en Mando, donde seguro que llegarán las primeras noticias del rescate, pero nos lo prohíben porque están tratando asuntos serios de la guerra. Nos negamos a salir de Defensa Especial y acabamos esperando noticias en la sala de los colibríes.

Haciendo nudos, haciendo nudos, sin palabras, haciendo nudos, tic, toc, esto es un reloj, sin pensar en Gale, sin pensar en Peeta, haciendo nudos. No queremos cenar, tenemos los dedos en carne viva y ensangrentados. Finnick se acaba rindiendo y adopta la misma posición encogida que en la arena, cuando atacaron los charlajos. Yo perfecciono mi lazo en miniatura y oigo las palabras de *El árbol del ahorcado* en mi mente. Gale y Peeta. Peeta y Gale.

—¿Te enamoraste de Annie desde el primer momento, Finnick? —le pregunto.

—No —responde; al cabo de un rato, añade—: Los sentimientos aparecieron casi sin darme cuenta.

Rebusco en mi corazón, pero, de momento, la única persona por la que siento algo muy claro es Snow.

Debe de ser medianoche, debe de ser mañana cuando Haymitch abre la puerta.

—Han vuelto. Nos reclaman en el hospital —dice; abro la boca para hacer un aluvión de preguntas, pero él me corta con un—: Es lo único que sé.

Aunque quiero salir corriendo, Finnick está muy raro, como si no pudiera moverse, así que le doy la mano y lo conduzco como si fuera un niño pequeño. Atravesamos Defensa Especial, subimos al ascensor que va para allá y para acá, y llegamos al ala del hospital. Es el caos, hay médicos gritando órdenes y heridos que trasladan en camilla por los pasillos.

Nos pasa de largo una camilla en la que llevan a una joven inconsciente con la cabeza afeitada; tiene moratones y costras supurantes: Johanna Mason, la que sí conocía secretos de los rebeldes, al menos el mío. Y así es como lo ha pagado.

A través de una puerta veo de reojo a Gale, desnudo hasta la cintura y sudando a chorros mientras un médico le saca algo del omóplato con unas pinzas muy largas. Herido, pero vivo. Lo llamo y empiezo a caminar hacia él hasta que una enfermera me empuja y me grita que me largue.

—¡Finnick!

Es una mezcla entre chillido y grito de alegría. Una joven encantadora, aunque algo desaliñada (cabello oscuro enredado y ojos verdes como el mar) corre hacia nosotros cubierta por una sábana.

—¡Finnick!

Y, de repente, es como si no existiera nadie más en el mundo que estas dos personas que atraviesan el espacio para encontrarse. Chocan, se abrazan, pierden el equilibrio, se dan contra una pared y allí se quedan, convertidos en un solo ser indivisible.

Noto una punzada de celos, no por Finnick ni por Annie, sino por su certeza. Viéndolos, nadie dudaría de su amor.

Boggs, que tiene peor aspecto que antes, aunque parece ileso, nos encuentra a Haymitch y a mí.

—Los sacamos a todos salvo a Enobaria. Sin embargo, como es del 2, dudo que la estuvieran reteniendo. Peeta está al final del pasillo. Los efectos del gas empiezan a desaparecer. Deberíais estar allí cuando despierte.

«Peeta».

Sano y salvo. Bueno, quizá no tan sano, pero al menos a salvo y aquí, lejos de Snow. A salvo. Aquí. Conmigo. Podré tocarlo dentro de un minuto, verlo sonreír, oír su risa.

Haymitch me sonrío.

—Venga, vamos —dice.

Casi floto de felicidad. ¿Qué le diré? Oh, ¿qué más da? Peeta estará encantado le diga lo que le diga. Seguramente me besará de todos modos. Me pregunto si será como aquellos últimos besos en la playa de la arena, los que ni siquiera me había atrevido a analizar hasta ahora.

Peeta ya está despierto, sentado en el borde de la cama; mira con desconcierto a los tres médicos que lo tranquilizan, le miran los ojos con linternas y le comprueban el pulso. Me decepciona que mi cara no sea lo primero que vea al despertarse, pero acaba de verme ahora mismo. Primero parece incrédulo y después expresa algo más intenso que no soy capaz de interpretar. ¿Deseo? ¿Desesperación? Seguramente las dos cosas, porque aparta a los médicos, salta de la cama y avanza hacia mí. Corro hacia él con los brazos extendidos y él alarga las manos, buscándome, imagino que para acariciarme la cara.

Justo cuando empiezo a decir su nombre, me agarra del cuello con ambas manos.



El frío collarín me roza el cuello y hace que los temblores sean aún más difíciles de controlar. Al menos ya no estoy en el tubo claustrofóbico, rodeada de máquinas que zumban y tintinean, escuchando a una voz sin cuerpo decirme que me quede quieta mientras intento convencerme de que todavía puedo respirar. Incluso ahora, después de que me aseguren que no sufriré daños permanentes, me falta el aire.

La principal preocupación del equipo médico (daños en la médula espinal, vías respiratorias, venas y arterias) ha quedado descartada. Moratones, ronquera, laringe irritada, esta tosecita..., nada importante. Todo irá bien. El Sinsajo no perderá la voz. Y me pregunto: ¿dónde está el médico que determina si voy a perder la cabeza? Aunque se supone que ahora mismo no debo hablar. Ni siquiera puedo dar las gracias a Boggs cuando viene a visitarme para echarme un vistazo y decirme que ha visto heridas mucho peores entre los soldados cuando les enseñan cómo inmovilizar ahogando.

Fue Boggs el que derribó a Peeta de un golpe antes de que pudiera causar daños permanentes. Sé que Haymitch habría acudido en mi defensa de no haber estado completamente desprevenido. Pillarnos a Haymitch y a mí con la guardia baja es poco habitual, pero nos había absorbido tanto la idea de salvar a Peeta, de librarlo de la tortura del Capitolio, que la alegría de tenerlo de vuelta nos había cegado. De haber mantenido una reunión en privado con él, me habría matado. Porque ahora está loco.

«No, loco no —me recuerdo—. Secuestrado».

Es la palabra que oí decir a Plutarch y Haymitch mientras pasaba por su lado en camilla por el pasillo. No sé qué es lo que significa.

Prim, que aparece momentos después del ataque y ha permanecido a mi lado todo lo posible desde entonces, me echa otra manta encima.

—Creo que te quitarán el collarín muy pronto, Katniss. Así no tendrás tanto frío.

Mi madre, que ha estado ayudando en una cirugía muy complicada, todavía no sabe lo del ataque de Peeta. Prim recoge una de mis manos, que está cerrada en un puño, y la masajea hasta que se abre y la sangre empieza a fluirme de nuevo por los dedos. Está empezando con el segundo puño cuando aparecen los médicos, me quitan el collarín y me ponen una inyección para el dolor y la inflamación. Me quedo tumbada con la cabeza quieta, como me piden, para no empeorar las heridas del cuello.

Plutarch, Haymitch y Beetee han estado esperando fuera a que los médicos les permitieran pasar. No sé si se lo han dicho a Gale, pero, como no está aquí, supongo que no. Plutarch mete prisas a los médicos para que salgan e intenta ordenar a Prim que se vaya.

—No —responde ella—. Si me obligáis a salir iré directamente a cirugía y le contaré a mi madre todo lo que ha pasado. Y os advierto que no le gustará mucho que un Vigilante decida sobre la vida de Katniss. Sobre todo teniendo en cuenta lo mal que la habéis cuidado.

Plutarch parece ofendido, pero Haymitch se ríe.

—Déjalo estar, Plutarch —le dice, y Prim se queda.

—Bueno, Katniss, el estado de Peeta nos ha sorprendido a todos —dice Plutarch—. Ya habíamos notado su deterioro durante las dos últimas entrevistas. Estaba claro que habían abusado de él, y creíamos que su estado mental se debía a eso. Ahora creemos que ha pasado algo más, que el Capitolio lo ha sometido a una técnica poco habitual conocida como secuestro. ¿Beetee?

—Lo siento —dice Beetee—, pero no puedo contarte todos los detalles, Katniss. El Capitolio mantiene muy en secreto esta clase de tortura y creo que los resultados son desiguales. Pero sí sabemos que es un tipo de condicionamiento a través del miedo. El término es una palabra arcaica que viene de *sequestrare*, que en un antiguo idioma significa «retener» o, incluso mejor, «apoderarse». La técnica consiste en usar veneno de rastrevíspula. Quizá utilizaron ese nombre porque pensaron que existía cierto parecido entre las palabras «rastros» y «secuestro», no lo sabemos. Las rastrevíspulas te picaron en tus primeros Juegos del Hambre, así que, a diferencia de nosotros, conoces de primera mano los efectos del veneno.

Terror, alucinaciones, visiones de pesadilla en las que perdía a mis seres queridos... Porque el veneno afecta a la parte del cerebro responsable del miedo.

—Seguro que recuerdas lo asustada que estabas. ¿También sufriste después confusión mental? —pregunta Beetee—. ¿La sensación de no distinguir lo real de lo falso? La mayoría de los que han sobrevivido para contarlo experimentan algo así.

Sí, aquel encuentro con Peeta. Incluso después de recuperarme, no estaba segura de si él había matado a Cato para salvarme la vida o me lo había imaginado.

—Resulta más difícil recordar porque los recuerdos pueden cambiarse —dice Beetee, dándose unos golpecitos en la frente—. Se sacan a la luz, se alteran y se vuelven a guardar modificados. Ahora imagina que te pido que recuerdes algo, ya sea con una sugerencia verbal o haciéndote ver la grabación de un suceso, y, mientras tienes fresca la experiencia, te doy una dosis de veneno de rastrevíspula. No la suficiente para inducirte un desmayo de tres días, sino lo bastante para llenar ese recuerdo de miedo y duda. Y eso es lo que tu cerebro guarda en su almacenamiento a largo plazo.

Empiezo a marearme. Prim pregunta lo que estoy pensando:

—¿Es eso lo que le han hecho a Peeta? ¿Han sacado sus recuerdos de Katniss y los han distorsionado para que sean aterradores?

—Tan aterradores que la ve como una amenaza letal —responde Beetee, asintiendo—. Tanto como para intentar matarla. Sí, es nuestra teoría en estos momentos.

Me cubro la cara con los brazos porque esto no está pasando, es imposible. Que alguien obligue a Peeta a olvidar que me quiere..., nadie podría hacer eso.

—Pero puede arreglarse, ¿verdad? —pregunta Prim.

—Bueno, tenemos pocos datos al respecto —dice Plutarch—. Ninguno, de hecho. Si la rehabilitación de un secuestrado se ha intentado antes, no tenemos acceso a esos archivos.

—Pero lo vais a intentar, ¿no? —insiste Prim—. No lo dejaréis encerrado en una habitación acolchada para que siga sufriendo, ¿verdad?

—Claro que lo intentaremos, Prim —dice Beetee—. Es que no sabemos hasta qué punto tendremos éxito, ni siquiera si lo tendremos. Creo que los sucesos aterradores son los más difíciles de erradicar. Al fin y al cabo, son los que por naturaleza recordamos mejor.

—Y, aparte de sus recuerdos de Katniss, todavía no sabemos qué más han modificado —interviene Plutarch—. Estamos reuniendo a un equipo de militares y psiquiatras profesionales para idear un contraataque. Personalmente, soy optimista, creo que se recuperará del todo.

—¿Ah, sí? —responde Prim en tono mordaz—. ¿Y qué crees tú, Haymitch?

Muevo un poco los brazos para ver su expresión a través de la rendija. Se le nota cansado y desanimado.

—Creo que Peeta podría mejorar un poco, pero... no creo que vuelva a ser el mismo —responde.

Vuelvo a cerrar la rendija y los dejo a todos fuera.

—Al menos está vivo —dice Plutarch, como si perdiera la paciencia con nosotros—. Snow ha ejecutado al estilista de Peeta y a su equipo de preparación esta noche, en directo. No tenemos ni idea de qué ha sido de Effie Trinket. Peeta tiene problemas, pero está aquí, con nosotros, y eso es una mejora evidente con respecto a su situación de hace doce horas. Tengámoslo en cuenta, ¿vale?

El intento de Plutarch de animarme (aliñado con las noticias sobre la muerte de otras cuatro, quizá cinco, personas) le sale al revés. Portia, el equipo de preparación de Peeta, Effie. El esfuerzo de reprimir las lágrimas hace que me palpите tanto la garganta que vuelvo a jadear. Al final no les queda más remedio que sedarme.

Cuando despierto me pregunto si ahora sólo podré dormir así, inyectándome medicamentos. Me alegro de que me hayan impedido hablar en los próximos días

porque no quiero decir nada. Ni hacer nada. De hecho, soy una paciente modelo, mi letargo se confunde con moderación, con obediencia a las órdenes de los médicos. Ya no quiero llorar. En realidad, sólo consigo aferrarme a una única idea, una imagen de la cara de Snow acompañada por un susurro en la cabeza: «Te mataré».

Prim y mi madre se turnan para acompañarme, me convencen para que trague bocaditos de comida blanda. La gente entra periódicamente para informarme sobre la evolución de Peeta. Los altos niveles de veneno de rastrevíspula empiezan a salir de su cuerpo. Lo tratan sólo desconocidos, nativos del 13 (nadie de casa ni del Capitolio ha podido visitarlo todavía) para evitar que se disparen los recuerdos peligrosos. Un equipo de especialistas trabaja todo el día para diseñar una estrategia con la que curarlo.

Se supone que Gale no debe visitarme, ya que está en cama con una herida en el hombro, pero, la tercera noche, después de que me seden y apaguen la luz para dormir, se mete silenciosamente en mi cuarto. No habla, sólo me acaricia los moratones del cuello con dedos ligeros como alas de polilla, me da un beso entre los ojos y desaparece.

A la mañana siguiente me dejan salir del hospital con instrucciones de moverme despacio y no hablar más de lo necesario. No me imprimen un horario, así que vago sin rumbo hasta que Prim pide permiso en el hospital para llevarme al nuevo compartimento de mi familia, el 2212. Es idéntico al anterior, aunque sin ventana.

A *Buttercup* le han asignado una ración de comida al día y una caja de arena que guardamos bajo el lavabo del baño. Cuando Prim me mete en la cama, el gato salta sobre mi almohada y le pide atención. Ella lo acuna, pero sigue pendiente de mí.

—Katniss, sé que lo que le está pasando a Peeta es terrible para ti, pero recuerda que Snow ha estado con él varias semanas y que nosotros sólo hemos tenido unos cuantos días. Existe una posibilidad de que el viejo Peeta, el que te quiere, siga ahí dentro intentando volver contigo. No te rindas.

Miro a mi hermana pequeña y veo que ha heredado las mejores cualidades de nuestra familia: las manos sanadoras de mi madre, la sensatez de mi padre y mi espíritu de lucha. También hay algo más, algo que es sólo de ella: la habilidad para contemplar el lío que es la vida y ver las cosas como son. ¿Llevará razón? ¿Podría volver Peeta conmigo?

—Tengo que irme al hospital —me dice, colocándome a *Buttercup* al lado—. Os dejo para que os hagáis compañía, ¿vale?

El gato salta de la cama, la sigue hasta la puerta y se queja amargamente al ver que lo deja atrás. Somos tan buena compañía el uno para el otro como la tierra del suelo. Al cabo de unos treinta segundos me doy cuenta de que no soporto estar encerrada en esta celda subterránea, así que abandono a *Buttercup* a su suerte. Me pierdo varias veces pero, al final, consigo llegar a Defensa Especial. Todos los que

me ven se quedan mirando los moratones, y no puedo evitar sentirme cohibida hasta el punto de subirme el cuello hasta las orejas.

Deben de haberle dado el alta a Gale esta mañana, porque me lo encuentro en una de las salas de investigación con Beetee. Están absortos, inclinados sobre un plano, tomando medidas. Varias versiones de la imagen cubren la mesa y el suelo. En las paredes de corcho y en varias pantallas de ordenador hay otros diseños de algún tipo. En las líneas bastas de uno reconozco la trampa de lazo de Gale.

—¿Qué es esto? —pregunto con voz ronca, apartando su atención de la hoja.

—Ah, Katniss, nos has encontrado —dice Beetee alegremente.

—¿Qué? ¿Es un secreto? —pregunto; sabía que Gale había pasado mucho tiempo trabajando con Beetee, pero suponía que estaban jugueteando con arcos y pistolas.

—La verdad es que no, aunque me he sentido un poco culpable por robarte tanto a Gale —reconoce Beetee.

Como he estado desorientada, preocupada, enfadada, en maquillaje u hospitalizada casi todo el tiempo que llevo en el 13, no puedo decir que las ausencias de Gale me hayan supuesto una molestia. Las cosas entre nosotros tampoco han estado demasiado bien. Sin embargo, dejo que Beetee me deba un favor.

—Espero que hayas estado aprovechando bien su tiempo —le digo.

—Ven a ver —responde, haciendo un gesto para que me acerque a una pantalla de ordenador.

Esto es lo que han estado haciendo: han usado las ideas fundamentales de las trampas de Gale para adaptarlas y convertirlas en armas contra humanos. Bombas, sobre todo. No se trata tanto de la mecánica de las bombas como de la psicología que hay tras ellas. Se colocan minas en una zona con algo esencial para la supervivencia: una fuente de agua o de comida. Se asusta a las presas para que huyan hacia la zona de la trampa. Se pone en peligro a las crías para atraer al objetivo deseado: los padres. Se atrae a la víctima a lo que parece ser un refugio seguro... en el que espera la muerte. Llegados a cierto punto, Gale y Beetee abandonaron la naturaleza y se centraron en impulsos más humanos, como la compasión. Estalla una bomba; se deja un tiempo para que la gente corra en ayuda de los heridos; entonces estalla una segunda bomba, más potente, y los mata a todos.

—Me parece que eso es cruzar una línea —digo—. Entonces, ¿todo vale? —Los dos se me quedan mirando, Beetee dudoso y Gale con expresión hostil—. Supongo que no hay ningún manual sobre lo que resulta aceptable o no hacerle a otro ser humano.

—Claro que sí: Beetee y yo hemos estado siguiendo el mismo manual que el presidente Snow cuando secuestró a Peeta —responde Gale.

Cruel, pero al grano. Me voy sin hacer más comentarios. Si no salgo de aquí de inmediato puede que me ponga a echar humo. Sin embargo, Haymitch me intercepta

antes de que salga de Defensa Especial.

—Ven —me dice—, te necesitamos en el hospital.

—¿Para qué?

—Van a intentar algo con Peeta —responde—. Quieren enviar a la persona más inocua posible del 12, encontrar a alguien a quien Peeta conozca desde niño, pero nadie demasiado cercano a ti. Están examinando a los candidatos.

Sé que será una tarea complicada, ya que todos los que compartan niñez con Peeta seguramente también serán de la ciudad, y pocos sobrevivieron a las llamas. Sin embargo, cuando llegamos a la sala del hospital que han convertido en espacio de trabajo para el equipo de recuperación de Peeta, la veo charlando con Plutarch: Delly Cartwright. Como siempre, sonrío como si fuera mi mejor amiga. Sonrío así a todo el mundo.

—¡Katniss! —exclama.

—Hola, Delly —la saludo.

Había oído que ella y su hermano menor habían sobrevivido. Sus padres, que llevaban la zapatería de la ciudad, no tuvieron tanta suerte. Parece mayor con la monótona ropa del 13 que no favorece a nadie y el cabello largo amarillo recogido en una práctica trenza, en vez de suelto en tirabuzones. Delly está un poquito más delgada de lo que recuerdo, pero era de los pocos críos del 12 a los que les sobraban un par de kilos. La dieta de este lugar, el estrés y la pena por perder a sus padres habrán contribuido.

—¿Cómo te va? —le pregunto.

—Bueno, han sido muchos cambios de golpe —responde, y se le llenan los ojos de lágrimas—. Pero todo el mundo es muy agradable en el 13, ¿verdad?

Delly lo dice en serio, le gusta la gente, toda la gente, no sólo unos cuantos a los que ha tenido tiempo de conocer durante muchos años antes de decidirse.

—Se han esforzado por hacernos sentir bien recibidos —respondo; creo que es una afirmación justa, sin pasarse—. ¿Eres la que han elegido para ver a Peeta?

—Supongo. Pobre Peeta. Y pobre de ti. Nunca entenderé al Capitolio.

—Quizá sea mejor para ti.

—Delly conoce a Peeta desde hace tiempo —dice Plutarch.

—¡Oh, sí! —exclama ella, y la cara se le ilumina—. Jugábamos juntos cuando éramos pequeños. Yo le decía a la gente que era mi hermano.

—¿Qué te parece? —pregunta Haymitch—. ¿Hay algo que pueda despertar algún recuerdo sobre ti?

—Estábamos todos en la misma clase, pero no coincidíamos mucho —respondo.

—Katniss era tan asombrosa que nunca se me pasó por la cabeza que pudiera fijarse en mí —comenta Delly—. Era capaz de cazar, de ir al Quemador y todo eso. Todos la admiraban.

Tanto Haymitch como yo tenemos que observarla atentamente para determinar si bromea. Por cómo lo dice, yo no tenía apenas amigos porque era tan excepcional que intimidaba a la gente. No es cierto: apenas tenía amigos porque no era amistosa. Hace falta alguien como Delly para convertirme en un ser maravilloso.

—Delly siempre piensa lo mejor de todos —explico—. No creo que Peeta tenga malos recuerdos relacionados con ella —añado, hasta que recuerdo una cosa—. Esperad, en el Capitolio, cuando mentí diciendo que no reconocía a la avox, Peeta me cubrió asegurando que se parecía a Delly.

—Lo recuerdo —dice Haymitch—, pero no sé. No era cierto, Delly no estaba allí de verdad. No creo que pueda competir con varios años de recuerdos infantiles.

—Sobre todo con una compañera tan encantadora como Delly —añade Plutarch—. Venga, vamos a probar.

Plutarch, Haymitch y yo nos metemos en la sala de observación que está al lado de la de Peeta. Dentro ya hay diez miembros de su equipo de recuperación armados con bolis y cuadernos. El vidrio polarizado y el sistema de audio nos permiten observar a Peeta en secreto. Está tumbado, con los brazos sujetos a la cama mediante correas. No intenta liberarse de sus ataduras, aunque sus manos no dejan de moverse. A pesar de tener una expresión más lúcida que cuando intentó estrangularme, todavía no lo reconozco.

Cuando se abre la silenciosa puerta, abre mucho los ojos, alarmado, y después se queda perplejo. Delly entra en el cuarto, vacilante, pero, al acercarse, esboza sin pensarlo una sonrisa.

—¿Peeta? Soy Delly, de casa.

—¿Delly? —pregunta él, y algunas de las nubes parecen aclararse—. Delly, eres tú.

—¡Sí! —exclama ella, obviamente aliviada—. ¿Cómo te sientes?

—Fatal. ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado?

—Allá vamos —dice Haymitch.

—Le dije que se abstuviera de mencionar a Katniss y al Capitolio —explica Plutarch—. A ver cuánto consigue recordarle de su hogar.

—Bueno..., estamos en el Distrito 13. Ahora vivimos aquí —dice Delly.

—Eso es lo que me cuentan todos, pero no tiene sentido. ¿Por qué no estamos en casa?

—Hubo un... accidente —responde Delly, mordiéndose el labio—. Yo también echo mucho de menos el 12. Estaba pensando en esos dibujos de tiza que hacíamos en los adoquines. Los tuyos eran maravillosos. ¿Recuerdas cuando convertiste cada piedra en un animal diferente?

—Sí, cerdos, gatos y cosas —responde Peeta—. ¿Has dicho... que hubo un accidente?

Veo la capa de sudor que cubre la frente de Delly mientras intenta evitar la pregunta.

—Fue malo. Nadie... pudo quedarse —responde.

—Aguanta, chica —la anima Haymitch.

—Pero sé que esto te va a gustar, Peeta. Han sido muy amables con nosotros, siempre hay comida y ropa limpia, y el colegio es mucho más interesante —asegura Delly.

—¿Por qué no ha venido mi familia a verme? —pregunta Peeta.

—No pueden —responde Delly, y los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas—. Mucha gente no logró salir del 12, así que tenemos que empezar una nueva vida aquí. Seguro que les vendrá bien un buen panadero. ¿Recuerdas cuando tu padre nos dejaba hacer muñecos de masa?

—Hubo un incendio —dice Peeta de repente.

—Sí —susurra ella.

—El 12 se ha quemado, ¿verdad? Por ella —añade Peeta, enfadado—. ¡Por Katniss! —grita, tirando de las correas.

—Oh, no, Peeta, no fue culpa suya —le asegura Delly.

—¿Te lo ha dicho ella? —le escupe Peeta.

—Sacadla de ahí —ordena Plutarch.

La puerta se abre de inmediato y Delly empieza a retroceder hacia ella muy despacio.

—No tuvo que hacerlo, yo estaba... —empieza.

—¡Porque miente! ¡Es una mentirosa! ¡No te creas nada de lo que diga! ¡Es una especie de mutuo que ha creado el Capitolio para usarlo contra nosotros! —grita Peeta.

—No, Peeta, no es un... —intenta Delly de nuevo.

—No confíes en ella, Delly —insiste Peeta, frenético—. Yo lo hice, y ella intentó matarme. Mató a mis amigos, a mi familia. ¡Ni siquiera te acerques a ella! ¡Es un mutuo!

Alguien mete la mano por la puerta, saca a Delly y la puerta se cierra, pero Peeta sigue chillando:

—¡Un mutuo! ¡Es un mutuo apestoso!

No sólo me odia y quiere matarme, sino que ya ni siquiera cree que sea humana. La estrangulación fue menos dolorosa.

A mi alrededor, el equipo de recuperación escribe como loco, tomando nota de cada palabra. Haymitch y Plutarch me agarran por los brazos y me sacan de la sala. Después me apoyan en una pared del silencioso pasillo, aunque yo sé que Peeta sigue gritando detrás de la puerta y el cristal.

Prim se equivocaba: no recuperaremos a Peeta.

—No puedo quedarme aquí —digo, entumecida—. Si queréis que sea el Sinsajo,

tendréis que enviarme a otra parte.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta Haymitch.

—Al Capitolio —respondo, porque es el único lugar en el que me queda algo por hacer.

—No es posible hasta que aseguremos los distritos —dice Plutarch—. La buena noticia es que los enfrentamientos han terminado casi por completo en todos, salvo en el 2. Está siendo un hueso duro de roer.

Es verdad, primero los distritos, después el Capitolio y, por último, acabaré con Snow.

—Bien, enviadme al 2.



El Distrito 2 es un distrito grande, como cabría esperar, compuesto por una serie de pueblos repartidos por las montañas. En un principio, cada uno estaba asociado a una mina o cantera, aunque ahora muchos se dedican a alojar y entrenar agentes de la paz. Esa zona no presentaría ningún problema, ya que los rebeldes tienen las fuerzas aéreas del 13 de su lado, pero existe otra traba: en el centro del distrito hay una montaña prácticamente impenetrable en la que se encuentra el núcleo del ejército del Capitolio.

Hemos apodado a la montaña el *Hueso*, ya que conté el comentario de Plutarch sobre «el hueso duro de roer» a los líderes rebeldes de este lugar. El *Hueso* se estableció justo después de los Días Oscuros, cuando el Capitolio perdió al 13 y necesitaba desesperadamente un nuevo fortín subterráneo. Aunque tenían algunos de sus recursos militares a las afueras del Capitolio (misiles nucleares, aviones y tropas), una parte significativa de su poder había quedado en manos del enemigo. Por supuesto, duplicar el 13 era una obra de varios siglos, pero vieron una oportunidad en las viejas minas del cercano Distrito 2. Desde el aire, el *Hueso* parecía una montaña más con unas cuantas entradas en las paredes. Sin embargo, dentro había enormes espacios cavernosos de los que se habían sacado a la superficie grandes bloques de piedra para ser transportados por carreteras estrechas y resbaladizas con destino a lejanos edificios en construcción. Incluso había un sistema de ferrocarril para facilitar el traslado de los mineros desde el *Hueso* al mismo centro de la ciudad principal del Distrito 2. Llevaba hasta la plaza que Peeta y yo visitamos durante la Gira de la Victoria; estuvimos de pie en los escalones de mármol del Edificio de Justicia intentando no mirar demasiado a las apenadas familias de Cato y Clove, que estaban reunidas a nuestros pies.

No era un terreno ideal, ya que siempre había corrimientos de tierra, inundaciones y avalanchas. Sin embargo, las ventajas superaban a los inconvenientes. Al excavar las profundidades de la montaña, los mineros habían dejado grandes pilares y paredes de piedra para sujetar la infraestructura. El Capitolio los reforzó y se puso a convertir la montaña en su nueva base militar; la llenó de ordenadores, salas de reuniones, barracones y arsenales; ensanchó las entradas para permitir que salieran los aerodeslizadores del hangar sin cambiar mucho el exterior de la montaña, que era un basto enredo rocoso de árboles y animales, una fortaleza natural para protegerse de

sus enemigos.

En comparación con otros distritos, el Capitolio mimaba a los habitantes de este lugar. No hay más que mirar a los rebeldes del Distrito 2 para saber que estaban bien alimentados y cuidados desde pequeños. Algunos acababan en las canteras y minas, mientras que otros se educaban para los trabajos del *Hueso* o entraban a formar parte de los agentes de la paz. Desde pequeños los entrenaban para el combate. Los Juegos del Hambre eran una oportunidad de lograr riqueza y una gloria que no podían encontrarse en ninguna otra parte. Obviamente, la gente del 2 se tragaba la propaganda del Capitolio con más facilidad que el resto de nosotros. Abrazaban sus costumbres. Sin embargo, a pesar de todo, al final no dejaban de ser esclavos. Y si los ciudadanos que se convertían en agentes o trabajaban en el *Hueso* no se daban cuenta, los canteros que formaban la columna vertebral de la resistencia sí que lo sabían perfectamente.

Las cosas están como cuando llegué hace dos semanas: los pueblos exteriores en manos rebeldes, la ciudad dividida y el *Hueso* tan intocable como siempre. Sus pocas entradas están bien fortificadas y su núcleo a salvo en el interior de la montaña. Aunque el resto de los distritos se ha librado del Capitolio, el 2 sigue en sus manos.

Todos los días hago lo que puedo por ayudar: visito a los heridos y grabo cortas propos con mi equipo de televisión. No me dejan luchar de verdad, pero me invitan a sus reuniones sobre el estado de la guerra, que ya es más de lo que me permitían hacer en el 13. Aquí se está mucho mejor, es más libre, no tengo un horario en el brazo y me exigen menos cosas. Vivo en la superficie, en los pueblos rebeldes o en las cuevas que los rodean. Por seguridad, me trasladan a menudo. Durante el día me dejan cazar, siempre que me lleve a un guardia y no me aleje demasiado. El fresco aire de la montaña me devuelve parte de mi fuerza física y aclara la bruma de mi cabeza. Pero con esta claridad mental soy aún más consciente de lo que le han hecho a Peeta.

Snow me lo ha robado, lo ha retorcido hasta dejarlo irreconocible y me lo ha regalado. Boggs, que vino al 2 conmigo, me dijo que incluso con lo complicado que era el plan, había sido un poco más fácil de la cuenta rescatar a Peeta. Él cree que, si el 13 no lo hubiera hecho, el Capitolio me habría entregado a Peeta de todos modos. Lo habría soltado en un distrito en guerra o quizá en el mismo 13, atado con un lazo y con una tarjeta a mi nombre. Programado para asesinarme.

Ahora que lo han corrompido por completo es cuando más aprecio al Peeta de verdad, incluso más que si hubiera muerto. La amabilidad, la firmeza, la bondad que escondía un calor inesperado detrás... Aparte de Prim, mi madre y Gale, ¿cuántas personas en el mundo me quieren de manera incondicional? Creo que, en mi caso, la respuesta sería que ninguna. A veces, cuando estoy sola, saco la perla de su hogar en mi bolsillo e intento recordar al chico del pan, los fuertes brazos que me protegieron

de las pesadillas en el tren y los besos en la arena. Intento ponerle nombre a lo que he perdido, pero ¿para qué? Se ha ido, Peeta se ha ido. Lo que existía entre nosotros se ha ido. Sólo me queda mi promesa de matar a Snow. Me lo repito diez veces al día.

En el 13 siguen con la rehabilitación de Peeta. Aunque no pregunto, Plutarch me da alegres informes por teléfono, como: «¡Buenas noticias, Katniss! ¡Creo que casi lo hemos convencido de que no eres un muto!» u «¡Hoy le hemos dejado que se comiera solo el pudín!».

Cuando Haymitch se pone después, reconoce que Peeta no ha mejorado. El único dudoso rayo de esperanza ha llegado de mi hermana.

—A Prim se le ocurrió que lo secuestráramos nosotros —me cuenta Haymitch—, que pensara en sus recuerdos distorsionados de ti y le diéramos una gran dosis de medicamento calmante, como morflina. Sólo hemos probado con un recuerdo, la grabación de vosotros dos en la cueva, cuando le contaste aquella historia sobre la cabra de Prim.

—¿Alguna mejora? —pregunto.

—Bueno, si la confusión extrema es una mejora frente al terror extremo, sí —responde él—. Pero no estoy seguro. Perdió el habla durante varias horas, se quedó como aletargado. Cuando volvió en sí, no hacía más que preguntar por la cabra.

—Ya.

—¿Cómo va por ahí?

—No hay avances —respondo.

—Vamos a enviar un equipo para ayudaros con la montaña, Beetee y algunos más. Ya sabes, los cerebros.

Cuando seleccionan a los cerebros, no me extraña ver el nombre de Gale en la lista. Suponía que Beetee lo traería, no por sus conocimientos tecnológicos, sino con la esperanza de que se le ocurriera la forma de atrapar una montaña. En principio, Gale se ofreció a venir conmigo al 2, pero me di cuenta de que lo apartaba de su trabajo con Beetee. Le dije que se quedara donde más lo necesitaban, aunque no le confesé que su presencia me pondría aún más difícil llorar a Peeta.

Gale me encuentra nada más llegar, una tarde a última hora. Estoy sentada en un tronco en las afueras de mi pueblo actual desplumando un ganso. Tengo una docena de pájaros apilados delante de mí. Por aquí han pasado grandes bandadas en migración desde que llegué, así que es fácil cazarlos. Sin decir palabra, Gale se sienta a mi lado y empieza a quitarle las plumas a otro pájaro. Cuando vamos por la mitad, me dice:

—¿Alguna oportunidad de comérmolos?

—Claro. La mayoría van a la cocina del campamento, pero me dejan dar un par a quien se quede conmigo por la noche —respondo—. Por protegerme.

—¿No basta con disfrutar de tal honor?

—Eso digo yo, pero se ha corrido la voz de que los sinsajos son peligrosos para la salud.

Seguimos desplumando en silencio un poco más, hasta que Gale dice:

—Vi a Peeta ayer. A través del cristal.

—¿Y qué piensas?

—Algo egoísta.

—¿Que ya no tendrás que sentir celos de él? —pregunto; doy un tirón fuerte, y una nube de plumas cae sobre nosotros.

—No, justo lo contrario —responde él, quitándome una pluma del pelo—. Pensé... que nunca podré competir con eso, por mucho que me veas sufrir. —Le da vueltas a la pluma entre el pulgar y el índice—. No tengo ninguna oportunidad si Peeta no mejora. Nunca podrás dejarlo ir, siempre te sentirás mal por estar conmigo.

—Igual que siempre me sentía mal por ti si lo besaba a él.

—Si pensara que eso es cierto, casi podría soportar todo lo demás —responde él, mirándome a los ojos.

—Es cierto —reconozco—, pero también es cierto lo que has dicho de Peeta.

Gale deja escapar un bufido de exasperación. No obstante, después de dejar los pájaros y presentarnos voluntarios para ir al bosque a recoger leña para la fogata de la noche, me rodea con sus brazos. Sus labios me rozan los moratones del cuello y siguen subiendo hacia mi boca. A pesar de lo que siento por Peeta, en este preciso instante acepto que nunca volverá conmigo. O que yo nunca volveré con él. Me quedaré en el 2 hasta que caiga, iré al Capitolio, mataré a Snow y moriré al hacerlo. Y Peeta morirá loco y odiándome. Así que, bajo los últimos rayos del sol, cierro los ojos, beso a Gale y lo compenso por todos los besos que no le he dado; porque ya no importa y porque me siento tan desesperadamente sola que no puedo seguir soportándolo.

El tacto, el sabor y el calor de Gale me recuerdan que, al menos, mi cuerpo sigue vivo, y, por ahora, es una sensación agradable. Vacío la mente y me dejo llevar por ella, feliz. Cuando Gale se aparta un poco, avanzo para acercarme, pero me pone la mano bajo la barbilla.

—Katniss —dice.

En cuanto abro los ojos, el mundo parece dislocado, no son nuestros bosques, ni nuestras montañas, ni nuestras costumbres. Me llevo la mano a la cicatriz de la sien izquierda, que relaciono con la confusión mental.

—Ahora, bésame —dice.

Desconcertada, sin parpadear, me quedo quieta mientras él se inclina para darme un beso rápido en los labios. Después me examina con atención.

—¿Qué está pasando dentro de tu cabeza? —me pregunta.

—No lo sé —susurro.

—Entonces es como besar a un borracho, no cuenta —responde; intenta reírse, aunque no le sale muy bien. Recoge una pila de leña y me la suelta en los brazos, devolviéndome a mi cuerpo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, sobre todo para ocultar mi vergüenza—. ¿Es que has besado a algún borracho?

Supongo que Gale puede haber besado a diestro y siniestro en el 12. Había candidatas de sobra. Nunca había pensado mucho en ello.

—No —responde él, sacudiendo la cabeza—, pero no cuesta imaginarlo.

—Entonces, ¿nunca has besado a otras chicas?

—No he dicho eso. Sólo tenías doce años cuando nos conocimos, ¿sabes? Y eras un grano en el culo. Mi vida no se limitaba a cazar contigo —añade, cargándose de leña.

De repente siento verdadera curiosidad.

—¿A quién besaste? ¿Y dónde?

—Demasiadas para recordarlo. Detrás del colegio, en la escombrera... Muchos sitios.

Pongo los ojos en blanco.

—Entonces, ¿cuándo me hice yo tan especial? ¿Cuando me llevaron al Capitolio?

—No, unos seis meses antes. Justo después de Año Nuevo. Estábamos en el Quemador, comiendo uno de los guisos de Sae la Grasienta, y Darius te tomaba el pelo diciendo que te cambiaba un conejo por un beso. Y me di cuenta de que... me importaba.

Recuerdo aquel día. Hacía un frío que pelaba y ya había oscurecido a las cuatro de la tarde. Estuvimos cazando, pero la intensidad de la nevada nos hizo volver a la ciudad. El Quemador estaba abarrotado de gente que buscaba refugio del tiempo. La sopa de Sae, hecha con caldo de los huesos de un perro salvaje al que habíamos matado una semana antes, sabía peor de lo normal. Sin embargo, estaba caliente y yo tenía mucha hambre, así que me la zampé sentada con las piernas cruzadas sobre su mostrador. Darius estaba apoyado en el poste de la caseta haciéndome cosquillas en la cara con el extremo de mi trenza, mientras yo lo apartaba a manotazos. Me estaba explicando por qué uno de sus besos se merecía un conejo, quizá dos, ya que todos sabían que los pelirrojos son los hombres más viriles. Y Sae la Grasienta y yo nos reíamos, porque estaba muy ridículo e insistente, y no dejaba de señalarnos a las mujeres del Quemador que, según decía, habían pagado más de un conejo por disfrutar de sus labios. «¿Veis ésa? ¿La de la bufanda verde? Preguntadle, venga. Si es que necesitáis referencias».

Aquello pasó a un millón de kilómetros de aquí, hace mil millones de días.

—Darius estaba de broma —digo.

—Seguramente, aunque, de haber ido en serio, habrías sido la última en enterarte

—responde Gale—. Mira a Peeta. Mírame a mí. O a Finnick. Empezaba a preocuparme que te hubiese echado el ojo encima, pero parece haber vuelto a lo suyo.

—No conoces a Finnick si crees que se enamoraría de mí.

—Sé que estaba desesperado —replica él, encogiéndose de hombros—. La gente desesperada hace todo tipo de locuras.

No puedo evitar pensar que lo dice por mí.

A primera hora de la mañana, los cerebros se reúnen para analizar el problema del *Hueso*. Me piden que acuda, aunque no tengo mucho con lo que contribuir. Evito sentarme en la mesa principal y me coloco en el amplio alféizar con vistas a la montaña en cuestión. La comandante del 2, una mujer de mediana edad llamada Lyme, nos lleva en un recorrido virtual por el *Hueso*, su interior y sus fortificaciones, y nos cuenta los intentos fallidos de controlarlo. Me he cruzado con ella brevemente un par de veces desde mi llegada y no podía librarme de la sensación de haberla visto en alguna parte. Y es como para recordarla: metro ochenta y musculosa. Sin embargo, hasta que no la veo en una grabación de campo liderando un ataque a la entrada principal del *Hueso*, no encajo las piezas y me doy cuenta de que estoy en presencia de otro vencedor: Lyme, la tributo del 2 que ganó sus Juegos del Hambre hace más de una generación. Effie nos envió su cinta, entre otras, para prepararnos para el Vasallaje de los Veinticinco. Seguramente la habré visto alguna vez durante los Juegos en estos años, pero no ha destacado mucho. Ahora que sé cómo trataron a Haymitch y Finnick, sólo puedo pensar en una cosa: ¿qué le hizo el Capitolio después de ganar?

Cuando Lyme termina la presentación, empiezan las preguntas de los cerebros. Pasan las horas, llega la comida y se va, y ellos siguen intentando dar con un plan realista para hacerse con el *Hueso*. Sin embargo, aunque Beetee cree ser capaz de entrar en ciertos sistemas informáticos y se habla de usar el puñado de espías que tienen dentro, nadie aporta ninguna idea realmente innovadora. Conforme se acaba la tarde, se vuelve de manera recurrente a una estrategia que se ha intentado varias veces: tomar por asalto las entradas. Veo que aumenta la frustración de Lyme, porque han fallado ya tantas variaciones de este plan, han muerto tantos soldados, que al final salta:

—Será mejor que el próximo que sugiera tomar las entradas tenga una forma genial de hacerlo, ¡porque él mismo liderará la misión!

Gale, que es demasiado inquieto como para sentarse a la mesa durante más de un par de horas, lleva un rato alternando los paseos por la sala con mi alféizar. Desde el principio aceptó la afirmación de Lyme de que no se podían tomar por asalto la entradas y abandonó la conversación por completo. Lleva una hora sentado en silencio, con el ceño fruncido, concentrado, mirando el *Hueso* por la ventana. Mientras todos guardan silencio en respuesta al ultimátum de Lyme, él dice:

—¿De verdad es tan necesario que tomemos el *Hueso*? ¿O nos bastaría con inutilizarlo?

—Eso sería dar un paso en la dirección correcta —responde Beetee—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Pensad en un cubil de perros salvajes —dice Gale—. No es posible entrar por la fuerza, así que tenéis dos opciones: atrapar a los perros dentro u obligarlos a salir.

—Hemos probado a bombardear las entradas —responde Lyme—. Están a demasiada profundidad para sufrir daños importantes.

—No pensaba en eso. Pensaba en usar la montaña —dice Gale; Beetee se le une en la ventana y se asoma desde el otro lado de sus gafas mal ajustadas—. ¿Lo veis? ¿A ambos lados?

—Trayectorias de avalanchas —responde Beetee en voz baja—. Sería arriesgado. Tendríamos que diseñar la secuencia de detonaciones con mucha precaución y, una vez en marcha, no podremos controlarlo.

—No tenemos por qué controlarlo si abandonamos la idea de poseer el *Hueso* —explica Gale—. Sólo hay que cerrarlo.

—¿Así que sugieres que creemos avalanchas y bloqueemos las entradas? —pregunta Lyme.

—Eso es: atrapar al enemigo dentro y cortar el acceso a los suministros. Que sus aerodeslizadores no puedan salir.

Mientras todos meditan el plan, Boggs repasa una pila de planos del *Hueso* y frunce el ceño.

—Nos arriesgaríamos a matar a todos los de dentro —comenta—. Mira el sistema de ventilación, es rudimentario, como mucho. No tiene nada que ver con el del 13. Depende por completo del bombeo de aire desde las laderas de la montaña. Si bloqueamos las rejillas de ventilación, ahogaremos a todos los que estén atrapados.

—Podrían escapar por el túnel del ferrocarril hasta la plaza —dice Beetee.

—No si lo volamos —replica Gale bruscamente.

Entonces queda clara su intención, su verdadera intención: a Gale no le interesa proteger las vidas de las personas que hay dentro del *Hueso*, no le interesa atrapar a sus presas para usarlas después.

Es una de sus trampas mortales.



Las implicaciones de lo que sugiere Gale calan en los de la habitación. En sus caras se ve cómo reacciona cada uno. Las expresiones van del placer a la angustia, de la pena a la satisfacción.

—La mayor parte de los trabajadores son ciudadanos del 2 —dice Beeteen en tono neutro.

—¿Y? —pregunta Gale—. Nunca podríamos volver a confiar en ellos.

—Al menos deberíamos darles la oportunidad de rendirse —añade Lyme.

—Bueno, es un lujo que no nos dieron cuando bombardearon el 12, pero imagino que aquí tenéis unas relaciones más amistosas con el Capitolio —replica Gale.

Por la cara de Lyme, temo que le pegue un tiro a mi amigo o, al menos, un puñetazo. Además, seguro que ella, con su entrenamiento, tiene las de ganar. Sin embargo, la rabia de la mujer no hace más que enfurecer a Gale, que grita:

—¡Vimos cómo los niños morían entre las llamas sin poder hacer nada por ellos!

Tengo que cerrar los ojos un momento porque la imagen me estremece. Y logra el efecto deseado: quiero que mueran todos los que están dentro de esa montaña. Estoy a punto de decirlo, pero... también soy una chica del Distrito 12, no el presidente Snow. No puedo evitarlo, no puedo condenar a nadie a la muerte que Gale sugiere.

—Gale —digo tomándolo del brazo e intentando sonar razonable—, el *Hueso* es una antigua mina. Sería como provocar un accidente gigantesco en una mina de carbón.

Sin duda mis palabras deberían bastar para que alguien del 12 se piense dos veces el plan.

—Pero no tan rápido como el que mató a nuestros padres —me responde él—. ¿Ése es vuestro problema? ¿Que nuestros enemigos tengan unas cuantas horas para reflexionar sobre el hecho de que van a morir, en vez de limitarse a volar en pedazos?

En los viejos tiempos, cuando no éramos más que un par de críos cazando fuera del 12, Gale decía cosas como aquélla y peores, pero no eran más que palabras. Aquí, en la práctica, se convierten en hechos sin vuelta atrás.

—No sabes cómo acabaron en el *Hueso* esas personas del Distrito 2 —le digo—. Puede que los coaccionaran. Puede que los retengan contra su voluntad. Algunos espían para nosotros. ¿También los vas a matar a ellos?

—Sí, sacrificaría a unos cuantos para acabar con los demás —contesta—. Y si yo

fuera uno de los espías de dentro diría: «¡Adelante con las avalanchas!».

Sé que dice la verdad, que Gale se sacrificaría así por la causa, nadie lo duda. Quizá todos lo haríamos de ser espías si nos dieran la opción. Supongo que yo lo haría. En todo caso, hay que tener sangre fría para decidir por otros y por las personas que los aman.

—Has dicho que teníamos dos opciones —le dice Boggs—: atraparlos u obligarlos a salir. Yo digo que intentemos provocar la avalancha, pero que dejemos el túnel intacto. La gente de dentro podría escapar a la plaza, y allí los estaríamos esperando.

—Bien armados, espero —replica Gale—. Seguro que ellos lo estarán.

—Bien armados. Los tomaremos prisioneros —asiente Boggs.

—Vamos a informar al 13 —sugiere Beetee—, que la presidenta Coin lo considere.

—Ella querrá bloquear el túnel —afirma Gale, convencido.

—Sí, seguramente, pero Peeta dijo algo importante en sus propos, ¿sabes? Habló del peligro de matarnos entre nosotros. He estado haciendo números, teniendo en cuenta las víctimas, los heridos y... creo que, por lo menos, merece la pena discutirlo —explica Beetee.

En la conversación sólo son invitados a participar unos cuantos. Gale y yo nos vamos con los demás. Lo llevo a cazar para que se desahogue un poco, aunque no quiere hablar del tema. Seguramente está demasiado enfadado conmigo por oponerme.

Hacen la llamada, toman una decisión y, por la noche, ya estoy vestida con mi traje de Sinsajo, el arco al hombro y un auricular que me conecta con Haymitch en el 13, por si surge la oportunidad de grabar una buena propo. Esperamos en el tejado del Edificio de Justicia con una vista muy clara de nuestro objetivo.

Al principio, los comandantes del *Hueso* no hacen caso de nuestros aerodeslizadores, ya que en el pasado han causado tantos problemas como unas moscas dando vueltas alrededor de un tarro de miel. Sin embargo, al cabo de dos rondas de bombardeos en la parte más alta de la montaña, los aviones captan su atención. Cuando las armas antiaéreas del Capitolio empiezan a disparar, ya es demasiado tarde.

El plan de Gale supera nuestras expectativas. Beetee tenía razón con que no seríamos capaces de controlar las avalanchas una vez iniciadas. Las laderas son inestables por naturaleza, pero, al debilitarse con las explosiones, parecen casi líquidas. Secciones enteras del *Hueso* se derrumban ante nuestros ojos eliminando cualquier rastro de que los seres humanos hayan puesto pie en ellas alguna vez. Nos quedamos sin habla, diminutos e insignificantes, mientras las olas de piedra bajan con estruendo por la montaña. Entierran las entradas bajo toneladas de roca, levantan una

nube de tierra y escombros que oscurece el cielo y convierten el *Hueso* en una tumba.

Me imagino el infierno del interior de la montaña: el aullido de las sirenas; las luces que vacilan hasta apagarse; el polvo de roca ahogando el aire; los gritos de los aterrados seres humanos que buscan con desesperación una salida y descubren que las entradas, la pista de lanzamiento y hasta los conductos de ventilación están taponados con tierra y roca que intenta meterse dentro. Los cables cargados dan latigazos en el aire, se declaran incendios y los escombros convierten un lugar familiar en un laberinto. La gente se amontona, se empuja, todos corren como hormigas mientras la colina presiona y amenaza con aplastar sus frágiles caparazones.

—¿Katniss? —oigo a Haymitch decir por mi auricular; intento responder y descubro que tengo las dos manos apretadas contra la boca—. ¡Katniss!

El día en que murió mi padre, las sirenas sonaron durante la hora de la comida en el colegio. Nadie esperó a que dieran permiso, ni tampoco hacía falta. La respuesta ante un accidente en la mina era algo que ni siquiera el Capitolio podía controlar. Corrí a la clase de Prim. Todavía la recuerdo con siete años, diminuta, muy pálida, pero sentada con la espalda recta y las manos dobladas sobre el pupitre. Esperaba a que la recogiera, tal como le había prometido si las sirenas sonaban algún día. Se levantó de un salto, se agarró a la manga de mi abrigo y las dos nos metimos entre el río de personas que salían a la calle para reunirse en la entrada principal de la mina. Encontramos a nuestra madre aferrada a la cuerda que habían colocado a toda prisa para mantener fuera a la multitud. Mirándolo ahora en retrospectiva, justo entonces debería haberme dado cuenta de que había un problema, porque éramos nosotras las que la buscábamos a ella, y no al revés, como cabría esperar.

Los ascensores rechinaban quemando los cables en las subidas y bajadas, vomitando a mineros ennegrecidos por el humo al exterior. Con cada grupo surgían los gritos de alivio y los parientes se metían por debajo de la cuerda para conducir a sus maridos, mujeres, hijos, padres y hermanos. El cielo de la tarde se nubló, hacía frío y una ligera nevada salpicaba la tierra. Me arrodillé en el suelo y metí las manos en las cenizas deseando sacar a mi padre. Si existe algún sentimiento de impotencia mayor que el intentar sacar a un ser amado atrapado bajo tierra, yo no lo conozco. Los heridos, los cadáveres, la espera durante la noche, las mantas con las que nos arropaban los desconocidos y después, finalmente, al alba, la expresión apenada del capitán de la mina que sólo podía significar una cosa.

«¿Qué acabamos de hacer?».

—¡Katniss! ¿Estás ahí? —grita Haymitch, seguramente planeando ponerme los grilletos de cabeza.

—Sí —respondo, bajando las manos.

—Métete dentro por si el Capitolio intenta vengarse con lo que le queda de la

fuerza aérea.

—Sí —repito.

Todos los del tejado, salvo los soldados que manejan las metralletas, empiezan a entrar. Mientras bajo las escaleras no puedo evitar acariciar las impolutas paredes de mármol blanco, tan frías y bellas. Ni siquiera en el Capitolio hay algo tan magnífico como este viejo edificio, pero la superficie es dura y me roba el calor, sólo mi carne cede. La piedra siempre gana.

Me siento en la base de uno de los gigantescos pilares del gran vestíbulo de la entrada. A través de las puertas veo la extensión blanca de mármol que conduce a los escalones de la plaza. Recuerdo lo mala que me puse el día que Peeta y yo aceptamos aquí las felicitaciones por ganar los Juegos. Estaba destrozada por la Gira de la Victoria, había fallado en mi intento de calmar a los distritos, y me enfrentaba a los recuerdos de Clove y Cato, sobre todo a la espantosa y lenta muerte que dieron los mutos a Cato.

Boggs se agacha a mi lado en la sombra, pálido.

—No hemos bombardeado el túnel del tren, ¿sabes? Seguramente saldrán algunos.

—¿Y les dispararemos en cuanto asomen las caras?

—Sólo si no hay más remedio.

—Podríamos enviar trenes y ayudar a evacuar a los heridos.

—No, se decidió dejar el túnel en sus manos. Así pueden usar todas las vías para sacar gente —responde Boggs—. Además, eso nos dará tiempo para traer al resto de nuestros soldados a la plaza.

Hace unas horas, la plaza era tierra de nadie, el frente de batalla entre los rebeldes y los agentes de la paz. Cuando Coin dio su aprobación al plan de Gale, los rebeldes lanzaron un apasionado ataque e hicieron retroceder a las fuerzas del Capitolio unas cuantas manzanas, de modo que nosotros pudiéramos controlar la estación de tren en caso de que cayera el *Hueso*. Bueno, pues ya ha caído. Somos conscientes de la realidad. Los supervivientes escapan hacia la plaza. Oigo que vuelven los disparos, sin duda porque los agentes intentan volver para rescatar a sus camaradas. Los mandos llaman a nuestros soldados para contraatacar.

—Tienes frío —me dice Boggs—. Iré a ver si encuentro una manta.

Se va antes de que pueda decirle que no quiero una manta, aunque el mármol sigue chupándome el calor.

—Katniss —me dice Haymitch al oído.

—Sigo aquí —respondo.

—Los acontecimientos han dado un giro interesante con Peeta esta tarde. Supuse que querrías saberlo —me cuenta; interesante no es bueno ni mejor, pero no tengo más remedio que escuchar—. Le enseñamos esa grabación tuya cantando *El árbol del*

ahorcado. No se había emitido, así que el Capitolio no pudo usarla cuando lo secuestró. Dice que reconoce la canción.

Durante un instante, se me para el corazón. Entonces me doy cuenta de que no es más que otra confusión por culpa del veneno de rastrevíspula.

—No es posible, Haymitch, nunca me oyó cantarla.

—A ti no, a tu padre. Le oyó cantarla un día que fue a hacer un intercambio a la panadería. Peeta era pequeño, tendría seis o siete años, pero lo recuerda porque estaba pendiente de si los pájaros dejaban de cantar de verdad —dice Haymitch—. Supongo que lo hicieron.

Seis o siete, eso sería antes de que mi madre prohibiera la canción. Quizá incluso cuando yo la estaba aprendiendo.

—¿Estaba yo?

—Creo que no, al menos no lo ha mencionado. Pero es la primera conexión contigo que no ha disparado ninguna crisis mental —responde Haymitch—. Algo es algo, Katniss.

Mi padre; hoy parece estar en todas partes: muriendo en la mina, cantando para entrar en la embotada conciencia de Peeta, asomando a los ojos de Boggs con aire protector para envolverme los hombros con la manta... Lo echo tanto de menos que duele.

Los disparos aumentan. Gale corre con un grupo de rebeldes, deseando entrar en batalla. No pido unirme a los soldados, aunque tampoco me dejarían. De todos modos, no tengo estómago para eso, no me queda calor en la sangre. Ojalá Peeta estuviera aquí (el viejo Peeta), porque él sabría expresar por qué está tan mal dispararnos entre nosotros cuando hay personas, las que sean, intentando arrancar la piedra con las manos para salir de la montaña. ¿Es que mi propio pasado me hace demasiado sensible? ¿Es que no estamos en guerra? ¿Acaso no se trata de otra manera más de matar a nuestros enemigos?

Se hace de noche muy deprisa. Encienden unos enormes focos brillantes para iluminar la plaza. También deben de tener a toda potencia las bombillas del interior de la estación. Incluso desde mi posición al otro lado de la plaza veo claramente a través del cristal del largo edificio estrecho. Es imposible perderse la llegada de un tren, incluso veríamos la llegada de una sola persona. Sin embargo, pasan las horas y no sale nadie. Con cada minuto que pasa se me hace más difícil imaginar que alguien haya sobrevivido al ataque.

Ya pasada la medianoche, Cressida viene para ponerme un micrófono en el traje.

—¿Para qué es esto? —le pregunto.

La voz de Haymitch me lo explica al oído:

—Sé que no te va a gustar, pero necesitamos que des un discurso.

—¿Un discurso? —pregunto, y empiezo a marearme.

—Yo te lo dictaré, línea a línea —me asegura—. Sólo tendrás que repetir lo que te diga. Mira, no hay ni rastro de vida en esa montaña. Hemos ganado, pero la batalla continúa, así que se nos ha ocurrido que salgas a los escalones del Edificio de Justicia y lo digas, que digas a todos que hemos acabado con el *Hueso* y que la presencia del Capitolio en el Distrito 2 ha finalizado; quizá consigas que el resto de sus fuerzas se rinda.

Me asomo a la oscuridad más allá de la plaza.

—Ni siquiera veo a sus fuerzas.

—Para eso es el micro —me dice—. Te retransmitiremos, tanto la voz por su sistema de altavoces como la imagen, para que la vea quien tenga acceso a una pantalla.

Sé que en la plaza hay dos enormes pantallas, las vi en la Gira de la Victoria. Puede que funcionara si estas cosas se me dieran bien, pero no se me dan. Intentaron dictarme algunas líneas en aquellos primeros experimentos con las propos y fue un desastre.

—Podrías salvar muchas vidas, Katniss —dice finalmente Haymitch.

—Vale, lo intentaré —respondo.

Es extraño estar aquí fuera, en lo alto de las escaleras, vestida de uniforme completo, bajo un potente foco de luz, pero sin público visible al que dar el discurso. Como si se lo diera a la luna.

—Lo haremos deprisa —dice Haymitch—. Estás demasiado expuesta.

Mi equipo de televisión se coloca en la plaza con cámaras especiales y me indican que están listos. Le pido a Haymitch que empiece, enciendo el micro y escucho con atención la primera línea del discurso. Una enorme imagen de mí ilumina una de las pantallas de la plaza.

—Gente del Distrito 2, os habla Katniss Everdeen desde los escalones de vuestro Edificio de Justicia, donde...

Los dos trenes entran a toda pastilla en la estación, uno al lado del otro. Al abrirse las puertas, la gente sale envuelta en una nube de humo que han traído del *Hueso*. Seguro que se imaginaban lo que encontrarían en la plaza, porque muchos intentan protegerse. La mayoría se tira al suelo, y una lluvia de balas apaga las luces del interior de la estación. Han venido armados, como decía Gale, pero también heridos. Los gemidos se oyen en la noche, por lo demás silenciosa.

Alguien apaga las luces de las escaleras y me deja bajo el amparo de las sombras. Una llama se enciende dentro de la estación (uno de los trenes debe de estar ardiendo) y un denso humo negro tapa las ventanas. Sin otra alternativa, la gente empieza a salir a la plaza, ahogada, pero agitando sus armas en actitud desafiante. Miro rápidamente a los tejados que rodean la plaza: todos están fortificados con nidos de metralletas en manos de los rebeldes. La luz de la luna se refleja en los cañones engrasados.

Un joven sale tambaleándose de la estación con una mano apretada contra el trapo ensangrentado que le tapa la mejilla; en la otra lleva una pistola. Cuando tropieza y cae de cara, veo las marcas de quemaduras por la parte de atrás de la camisa y la carne roja que hay debajo. De repente, no es más que otro quemado en un accidente minero.

Bajo corriendo los escalones y voy hacia él.

—¡Parad! —grito a los rebeldes—. ¡No disparéis! —Las palabras retumban por la plaza y más allá, ya que el micro amplifica mi voz—. ¡Parad!

Me acerco al joven y me agacho para ayudarlo, pero él se pone como puede de rodillas y me apunta a la cabeza con su arma.

Doy unos pasos atrás instintivamente y levanto el arco sobre la cabeza para indicarle que no quiero hacerle daño. Ahora que tiene ambas manos en el arma veo el irregular agujero de la mejilla; algo, seguramente una piedra, le ha perforado la carne. Huele a cosas quemadas, pelo, carne y combustible. El dolor y el miedo hacen que tenga ojos de loco.

—No te muevas —me ordena Haymitch al oído.

Sigo su orden, consciente de que todo el Distrito 2, puede que todo Panem, debe de estar viéndome. El Sinsajo a merced de un hombre sin nada que perder.

—Dame una razón para no disparar —me pide; le cuesta tanto hablar que apenas se le entiende.

El resto del mundo desaparece, sólo estoy yo mirando a los desdichados ojos de un hombre del *Hueso* que me pide una razón. Lo lógico sería que se me ocurrieran miles de ellas, pero las palabras que salen son:

—No puedo.

Como es natural, el hombre tendría que haber disparado. Sin embargo, mi respuesta lo ha dejado tan perplejo que intenta encontrarle sentido. Yo también experimento mi propia confusión al darme cuenta de que lo que he dicho es cierto; el noble impulso que me ha hecho atravesar la plaza se convierte en desesperación.

—No puedo. Ése es el problema, ¿no? —digo, bajando el arco—. Hemos volado vuestra mina en pedazos. Vosotros quemasteis mi distrito hasta los cimientos. Tenemos todas las razones del mundo para matarnos entre nosotros. Pues hacedlo. Haced felices al Capitolio. Yo estoy harta de matar a sus esclavos por ellos —concluyo; dejo caer el arco en el suelo, lo empujo con la bota y se desliza por la piedra hasta quedar al lado de sus rodillas.

—No soy su esclavo —masculla el joven.

—Yo sí, por eso maté a Cato... y él mató a Thresh... y Thresh mató a Clove... y ella intentó matarme. Se repite una y otra vez, ¿y quién gana? Nosotros no, ni los distritos. Siempre es el Capitolio. Pero estoy cansada de ser una pieza de sus Juegos.

Peeta, en el tejado, la noche antes de nuestros primeros Juegos del Hambre. Él lo

entendió todo mucho antes de que pisáramos la arena. Espero que me esté viendo, que recuerde la noche en que pasó; quizá así me perdone cuando yo muera.

—Sigue hablando, cuéntales lo que pasó cuando viste caer la montaña —insiste Haymitch.

—Esta noche, cuando vi caer la montaña, pensé... que lo habían vuelto a hacer. Habían conseguido que os matara, que matara a la gente de los distritos. Pero ¿por qué lo hice? El Distrito 12 y el Distrito 2 no tienen más razón para enfrentarse que la que nos dio el Capitolio.

El joven parpadea sin comprender. Me pongo de rodillas frente a él y bajo la voz, hablando con pasión.

—¿Y por qué estáis luchando contra los rebeldes de los tejados? ¿Con Lyme, que fue uno de vuestros vencedores? ¿Con personas que antes eran vuestros vecinos, quizá incluso vuestra familia?

—No lo sé —responde el hombre, pero sigue apuntándome.

Me levanto y doy una vuelta en círculo lentamente para dirigirme a las metralletas.

—¿Y los de ahí arriba? Vengo de una ciudad minera. ¿Desde cuando matan así los mineros a otros mineros y después se disponen a acabar con los que consigan salir de entre los escombros?

—¿Quién es el enemigo? —susurra Haymitch.

—Estas personas —sigo, señalando a los heridos de la plaza— ¡no son vuestros enemigos! —exclamo, y me vuelvo hacia la estación de tren—. ¡Los rebeldes no son vuestros enemigos! ¡Todos tenemos un enemigo en común, y es el Capitolio! Es nuestra oportunidad de acabar con su poder, ¡pero necesitamos a todas las personas de los distritos para hacerlo!

Las cámaras están pegadas a mí cuando ofrezco mis manos al hombre, a los heridos, a los rebeldes reacios de todo Panem:

—¡Por favor, uníos a nosotros!

Mis palabras flotan en el aire. Miro a la pantalla esperando ver que muestran una especie de ola de reconciliación que recorre la multitud.

En vez de eso, veo cómo me disparan en la tele.



«Siempre».

En la penumbra de la morfina, Peeta me susurra la palabra y yo voy en su busca. Es un mundo envuelto en bruma, de color violeta, sin bordes afilados y con muchos escondites. Me abro paso entre los bancos de nubes, sigo unos tenues senderos, y me llega un olor a canela y eneldo. Una vez noto su mano en la mejilla e intento atraparla, pero se disuelve como niebla entre mis dedos.

Cuando por fin empiezo a volver a la estéril habitación del hospital del 13, lo recuerdo. Estaba bajo los efectos del jarabe para dormir, me había herido la mano después de subir a una rama para pasar por encima de la valla electrificada y dejarme caer al 12. Peeta me había acostado y, mientras me dormía, le pedí que se quedara conmigo. Me susurró algo que no conseguí entender, pero parte de mi cerebro atrapó aquella única palabra de respuesta y la dejó nadar a través de mis sueños para poder burlarse de mí ahora: «Siempre».

La morfina suaviza todas las emociones extremas, así que, en vez de una punzada de tristeza, sólo siento vacío, un arbusto muerto hueco donde antes había flores. Por desgracia, no me queda suficiente droga dentro como para no hacer caso del dolor en la parte izquierda de mi cuerpo. Ahí es donde me dio la bala. Me toqueteo los gruesos vendajes que me sujetan las costillas y me pregunto por qué sigo aquí.

No fue él, el hombre arrodillado frente a mí en la plaza, el quemado del *Hueso*, él no apretó el gatillo. Fue otra persona, entre la multitud. Más que sentir cómo entraba la bala, noté como si me golpearan con un mazo. Después del momento del impacto todo fue confusión y disparos. Intento sentarme, pero lo único que consigo es gemir.

La cortina blanca que separa mi cama de la de al lado se aparta de golpe y Johanna Mason me mira. Al principio me siento amenazada porque me atacó en la arena. Tengo que recordarme que lo hizo para salvarme la vida, que formaba parte del plan de los rebeldes, pero, aun así, eso no quiere decir que no me desprecie. ¿Quizá su manera de tratarme era puro teatro para el Capitolio?

—Estoy viva —digo con voz ronca.

—No me digas, descerebrada.

Johanna se acerca y se deja caer en mi cama, lo que hace que unas puñaladas de dolor me recorran el pecho. Sonríe al verme, así que queda claro que no estamos en

una cálida escena de reencuentro.

—¿Todavía magullada? —me pregunta.

Con mano experta me saca la aguja de la morfina del brazo y se la mete en la vía que le han puesto en el suyo.

—Empezaron a cortarme el suministro hace unos días —me explica—. Temen que me convierta en uno de esos raritos del 6. Te tuve que pillar la tuya prestada en secreto. Supuse que no te importaría.

¿Importarme? ¿Cómo me iba a importar, teniendo en cuenta que Snow la torturó casi hasta matarla después del Vasallaje de los Veinticinco? No tengo derecho a que me importe, y ella lo sabe.

Johanna suspira cuando la morfina le entra en el flujo sanguíneo.

—Quizá los del 6 sabían lo que se hacían: drogarse y pintarse flores en el cuerpo no está tan mal. En cualquier caso, parecían más felices que el resto de nosotros.

Ha ganado algo de peso desde que me fui del 13 y tiene algo de pelusilla en la cabeza afeitada, lo que ayuda a ocultar parte de las cicatrices, pero, si se está metiendo mi morfina, es que sigue mal.

—Tienen un médico de la cabeza que viene todos los días. Se supone que me ayuda a recuperarme. Como si un tipo que se ha pasado la vida en esta madriguera de conejos pudiera arreglarme. Es idiota perdido. Me recuerda que estoy completamente a salvo unas veinte veces por sesión —me sigue contando, y consigo sonreír; decir eso es una estupidez, sobre todo si se lo dices a un vencedor. Como si alguien pudiera estar a salvo en alguna parte—. ¿Y tú, Sinsajo? ¿Te sientes completamente a salvo?

—Oh, sí, hasta el mismo momento en que me dispararon.

—Por favor, esa bala ni siquiera te tocó. Cinna se aseguró de eso.

Pienso en las capas de blindaje protector del traje de Sinsajo. Sin embargo, el dolor tendrá que salir de alguna parte.

—¿Costillas rotas?

—Ni siquiera eso. Estás bastante magullada. El impacto te rompió el bazo, no han podido repararlo —explica, aunque agita la mano para quitarle importancia—. No te preocupes, no lo necesitas. Y si lo necesitaras, te buscarían uno, ¿no? Su trabajo es mantenerte viva.

—¿Por eso me odias?

—En parte —reconoce ella—. Tienen que ver los celos, sin duda. También creo que eres un poco difícil de soportar con tus cursis dramas románticos y tu pose de defensora de los desamparados. Pero, claro, no es una pose, lo que te hace todavía más inaguantable. Por favor, tómatelo como algo personal.

—Tú tendrías que haber sido el Sinsajo. Nadie habría tenido que escribirte el guión.

—Cierto, pero no le gusto a nadie —contesta.

—Aunque sí confiaban en ti para sacarme —le recuerdo—. Y ahora te temen.

—Aquí, puede. En el Capitolio eres tú la que das miedo.

Gale aparece en la puerta, y Johanna se quita la aguja con mucho cuidado y me la vuelve a poner.

—Tu primo me tiene miedo —me dice, en tono confidencial.

Después salta de mi cama, se acerca a la puerta y le da a Gale en la pierna con la cadera al pasar por su lado.

—¿Verdad, guapetón? —le pregunta.

Oímos sus risas mientras se aleja por el pasillo.

Arqueo las cejas y Gale me da la mano.

—Aterrado —responde.

Me río, pero acabo poniendo una mueca de dolor.

—Tómalo con calma —me pide, acariciándome la cara mientras desaparece el dolor—. Tienes que dejar de meterte en problemas.

—Lo sé, pero alguien voló en pedazos una montaña —respondo.

En vez de retirarse, se acerca más para estudiar mi rostro.

—Crees que soy despiadado —afirma.

—Sé que no lo eres, aunque tampoco te diré que ha estado bien.

Ahora sí que se aparta, casi con impaciencia.

—Katniss, de verdad, ¿qué diferencia hay entre aplastar a tu enemigo dentro de una mina o derribar sus aviones con una de las flechas de Beetee? El resultado es el mismo.

—No lo sé. En primer lugar, en el 8 nos estaban atacando. Estaban atacando el hospital.

—Sí, y esos aerodeslizadores procedían del Distrito 2. Así que, al matarlos, evitamos más ataques.

—Pero esa forma de pensar... podría convertirse en una excusa para matar a cualquiera en cualquier momento —insisto—. Justificaría la idea de enviar niños a los Juegos del Hambre para mantener a raya los distritos.

—No me lo trago.

—Yo sí —contesto—. Será por esos viajecitos a la arena.

—Vale, sabemos cómo no estar de acuerdo. Siempre lo hemos sabido. Quizá sea bueno. Entre tú y yo, por fin nos hemos apoderado del Distrito 2.

—¿De verdad? —Noto una sensación de triunfo durante un instante; después pienso en las personas de la plaza—. ¿Siguió el enfrentamiento cuando me dispararon?

—No mucho. Los trabajadores del *Hueso* se volvieron contra los soldados del Capitolio. Los rebeldes se limitaron a mirar. En realidad, todo el país se limitó a mirar.

—Bueno, es lo que mejor se le da —respondo.

Cabría esperar que perder un órgano importante te diera derecho a quedarte unas semanas en la cama, pero, por algún motivo, mis médicos quieren que me ponga en movimiento lo antes posible. A pesar de la morfina, el dolor interno es fuerte los primeros días, aunque después se reduce considerablemente. Por otro lado, las costillas magulladas prometen fastidiarme durante bastante tiempo. Empieza a molestarme que Johanna me robe parte del suministro de morfina, pero sigo dejando que se meta lo que quiera.

Los rumores sobre mi muerte circulan por todo el país, así que envían al equipo para que me filme en la cama del hospital. Enseño los puntos y los impresionantes moratones, y felicito a los distritos por el éxito en su batalla por la unidad. Después advierto al Capitolio de que nos verá pronto.

Como parte de mi rehabilitación, doy cortos paseos por la superficie todos los días. Una tarde, Plutarch se une a mí y me informa sobre la situación actual. Ahora que el Distrito 2 se ha aliado con nosotros, los rebeldes se han tomado un respiro para reagruparse. Están reforzando las líneas de suministros, curando a los heridos y reorganizando sus tropas. El Capitolio, como el 13 durante los Días Oscuros, se ha quedado sin ayuda externa y usa la amenaza del ataque nuclear contra sus enemigos. A diferencia del 13, el Capitolio no está en posición de reinventarse y hacerse autosuficiente.

—Bueno, puede que la ciudad consiga sobrevivir un tiempo —dice Plutarch—. Seguro que hay reservas de suministros de emergencia. Pero la principal diferencia entre el 13 y el Capitolio son las expectativas de la población. El 13 estaba acostumbrado a las privaciones, mientras que en el Capitolio sólo conocen el *panem et circenses*.

—¿Qué es eso? —pregunto; obviamente reconozco el panem, pero el resto no lo entiendo.

—Es un dicho de hace miles de años, escrito en un idioma llamado latín sobre un lugar llamado Roma —me explica—. *Panem et circenses* quiere decir «pan y circo». El que lo escribió se refería a que, a cambio de tener la barriga llena y entretenimiento, su gente había renunciado a sus responsabilidades políticas y, por tanto, a su poder.

Pienso en el Capitolio, en el exceso de comida y en el entretenimiento definitivo: los Juegos del Hambre.

—Entonces, para eso sirven los distritos, para proporcionar el pan y el circo.

—Sí, y mientras así era, el Capitolio controlaba su pequeño imperio. Ahora mismo no puede ofrecer ninguna de las dos cosas, al menos en las cantidades a las que acostumbraba su gente —dice Plutarch—. Nosotros tenemos la comida y yo estoy a punto de orquestar una propo de entretenimiento que va a ser muy popular. Al

fin y al cabo, a todo el mundo le gustan las bodas.

Me quedo helada, paralizada ante la idea de lo que sugiere: organizar de algún modo una perversa boda entre Peeta y yo. No he sido capaz de enfrentarme al vidrio polarizado desde que volví y, a petición propia, sólo permito que sea Haymitch el que me informe sobre el estado de Peeta. Habla poco del tema. Están probando nuevas técnicas y, en realidad, nunca habrá una forma de curarlo. ¿Y ahora quieren que me case con él para una propo?

Plutarch se apresura a tranquilizarme.

—Oh, no, Katniss, no se trata de tu boda. Es la de Finnick y Annie. Sólo necesitas aparecer y fingir alegrarte por ellos.

—Es una de las pocas cosas que no tendré que fingir, Plutarch —le aseguro.

Los días posteriores se convierten en un frenesí de actividad para organizar el acontecimiento. Pronto quedan patentes las diferencias entre lo que el Capitolio y el 13 entienden por una boda. Cuando Coin habla de «boda», se refiere a que dos personas firman un trozo de papel y se les asigna un compartimento. Cuando lo dice Plutarch, quiere decir cientos de personas vestidas con ropa elegante durante tres días de celebración. Resulta divertido verlos regatear sobre los detalles. Plutarch tiene que luchar por cada invitado y cada nota musical. Después de que Coin vete una cena, entretenimiento y alcohol, Plutarch chilla:

—¡¿Qué sentido tiene la propo si nadie se divierte?!

Es difícil lograr que un Vigilante se ajuste a un presupuesto. Sin embargo, a pesar de tratarse de una celebración sencilla, el 13 está alborotado, ya que, al parecer, ni siquiera saben lo que son unas vacaciones. Cuando se anuncia que se necesitan niños para cantar la canción de boda del Distrito 4, se presentan casi todos. No escasean los voluntarios para ayudar a preparar la decoración. En el comedor, la gente charla animadamente sobre el acontecimiento.

Quizá sea algo más que las festividades, quizá sea que estamos todos tan necesitados de algo bueno que deseamos formar parte de ello. Eso explicaría por qué cuando Plutarch tiene un ataque de nervios por la ropa de la novia, me presento voluntaria para llevar a Annie a mi casa del 12, donde Cinna dejó varios trajes de noche en un gran armario de la planta inferior. Todos los vestidos de novia que diseñó para mí regresaron al Capitolio, pero quedan algunos vestidos que llevé en la Gira de la Victoria. No me gusta mucho estar con Annie, puesto que lo único que sé de ella es que Finnick la ama y que todos creen que está loca. En el viaje en aerodeslizador llego a la conclusión de que, más que loca, es inestable. Se ríe en momentos extraños de la conversación o la deja a medias, distraída. Esos ojos verdes suyos se fijan en un punto con tal intensidad que acabas intentando averiguar qué verá en el aire vacío. A veces, sin motivo aparente, se tapa las orejas con las manos, como si deseara bloquear un sonido doloroso. Vale, es rara, pero si Finnick la quiere, a mí me basta.

Consigo un permiso para que mi equipo de preparación nos acompañe, así que no tengo que tomar ninguna decisión de moda. Al abrir el armario, todos guardamos silencio porque la presencia de Cinna está muy viva en la caída de las telas. Entonces Octavia se deja caer de rodillas, se acaricia la mejilla con el dobladillo de una falda y rompe a llorar.

—Hace tanto tiempo que no veo nada bonito... —dice entre sollozos.

A pesar de las reservas de Coin sobre la extravagancia de la ceremonia y de las de Plutarch sobre su poco colorido, la boda es un éxito rotundo. Los trescientos afortunados invitados elegidos entre los habitantes del 13 y los muchos refugiados llevan ropas de diario, la decoración está hecha con hojas de otoño, y la música la ofrece un coro de niños acompañado por el único violinista que salió con vida del 12 con su instrumento. Así que es sencilla y austera para lo normal en el Capitolio. Da igual, porque nada puede competir con la belleza de la pareja. No es por los trajes prestados (Annie lleva un vestido de seda verde que llevé en el 5, y Finnick uno de los trajes de Peeta, que le han adaptado), aunque la ropa es impresionante. Pero ¿quién podría pasar por alto los rostros radiantes de dos personas para las que este día antes era prácticamente imposible? Dalton, el chico del ganado del 10, es quien dirige la ceremonia, ya que es similar a la que usaban en su distrito. Sin embargo, hay toques únicos del Distrito 4: una red tejida con largas hierbas que cubre a la pareja durante los votos; que ambos mojen ligeramente con agua salada los labios del otro; y la antigua canción nupcial, en la que se compara el matrimonio con un viaje por el mar.

No, no tengo que fingir que me alegro por ellos.

Después del beso que sella la unión, los vítores y un brindis con sidra de manzana, el violinista toca una melodía que hace que todos los del 12 lo miren. Puede que fuéramos el distrito más pequeño y pobre de Panem, pero sabemos bailar. No había nada preparado oficialmente para este momento, pero Plutarch, que dirige la proppa desde la sala de control, debe de tener los dedos cruzados. Efectivamente, Sae la Grasieta agarra a Gale de la mano, lo lleva al centro de la sala y se pone frente a él. La gente se les une formando dos largas filas. Y empieza el baile.

Estoy apartada, dando palmadas al ritmo, cuando una mano huesuda me da un pellizco sobre el codo. Johanna me mira con el ceño fruncido y dice:

—¿Vas a perder la oportunidad de que Snow te vea bailar?

Tiene razón, ¿qué mejor forma de dejar clara la victoria que un Sinsajo feliz dando vueltas al son de la música? Busco a Prim entre la multitud. Como las noches de invierno nos daban mucho tiempo para practicar, somos una pareja de baile bastante buena. Le digo que no se preocupe por mis costillas y nos colocamos en la fila. Duele, aunque la satisfacción de saber que Snow me verá bailar con mi hermana pequeña hace añicos cualquier otra sensación.

Bailar nos transforma. Enseñamos los pasos a los invitados del Distrito 13, nos damos la mano para formar un gigantesco círculo que da vueltas en el que todos demuestran su juego de pies. Hace mucho tiempo que no pasa nada tonto, alegre ni divertido, así que podríamos seguir toda la noche, de no ser por el último acontecimiento que Plutarch ha planeado para la propo. Uno del que no sabía nada porque era una sorpresa.

Cuatro personas empujan un carrito con una enorme tarta nupcial encima. La mayoría de los invitados retrocede para dejar pasar esta rareza, esta deslumbrante creación con olas de glaseado azul verdoso y puntas blancas, llenas de peces, barcas, focas y flores marinas. Me abro paso entre la multitud para confirmar lo que he sabido a primera vista: tan seguro como que los bordados del vestido de Annie son de Cinna, las flores glaseadas de la tarta son de Peeta.

Puede que parezca algo pequeño, pero dice mucho. Haymitch me ha estado ocultando muchas cosas. El chico que vi por última vez gritando como un loco, intentando liberarse de sus correas, no habría sido capaz de hacer esto. No habría podido concentrarse, mantener las manos quietas, diseñar algo tan perfecto para Finnick y Annie. Como si esperara mi reacción, Haymitch aparece a mi lado.

—Vamos a hablar un momento —me dice.

En el pasillo, lejos de las cámaras, le pregunto:

—¿Qué le está pasando?

—No lo sé, ninguno de nosotros lo sabe. A veces es casi racional y entonces, sin razón alguna, tiene una crisis. Hacer la tarta era una especie de terapia. Lleva varios días trabajando en ella. Mientras lo observaba... era casi como si fuera el de antes.

—Entonces, ¿ya puede salir solo? —le pregunto; la idea me pone nerviosa de cinco maneras diferentes.

—Oh, no, ha glaseado bajo estrecha vigilancia. Sigue encerrado con llave, pero he hablado con él.

—¿En persona? ¿Y no se le fue la olla?

—No, está enfadado conmigo, pero por las razones correctas: no contarle lo del plan rebelde y demás. —Hace una pausa, como si decidiera algo—. Dice que le gustaría verte.

Estoy en una barca glaseada, lanzada de un lado a otro por las olas azul verdoso mientras la cubierta se mueve bajo mis pies. Me apoyo en la pared para recuperar el equilibrio. Esto no formaba parte del plan, ya había descartado a Peeta. Después pensaba ir al Capitolio, matar a Snow y hacer que me mataran a mí. El disparo no había sido más que un contratiempo temporal, se suponía que no oiría las palabras: «Dice que le gustaría verte». Sin embargo, ahora que las he oído, no puedo negarme.

A medianoche estoy de pie frente a la puerta de su celda. Perdón, de su habitación del hospital. Hemos tenido que esperar a que Plutarch monte la grabación de la boda

que, a pesar de no ser lo que él entiende por deslumbrante, le gusta.

—Lo mejor de que el Capitolio no hiciera apenas caso del 12 durante todos estos años es que vuestra gente todavía resulta algo espontánea. Al público le encantará. Como cuando Peeta anunció que estaba enamorado de ti o cuando hiciste el truco de las bayas. Es televisión de la buena.

Ojalá pudiera reunirme con Peeta en privado, pero la audiencia de médicos se ha reunido detrás del espejo espía con los cuadernos y los bolígrafos preparados. Cuando Haymitch me dice por el auricular que entre, abro la puerta poco a poco.

Sus ojos azules se clavan en mí de inmediato. Tiene tres correas en cada brazo y un tubo que le administra una droga para dormirlo, por si acaso pierde el control. Sin embargo, no intenta liberarse, sólo me observa con la cautela de alguien que todavía no ha descartado que se encuentre delante de un muto. Me acerco hasta quedarme a un metro de la cama. No tengo nada que hacer con las manos, así que cruzo los brazos en ademán protector antes de hablar.

—Hola.

—Hola —responde; es como su voz, es casi su voz, salvo por algo nuevo, la sombra de la sospecha y el reproche.

—Haymitch me ha dicho que querías verme.

—Mirarte, para empezar.

Es como si esperase que me transformara en un lobo híbrido babeante delante de sus ojos. Me observa durante tanto tiempo que acabo lanzando miradas furtivas al espejo con la esperanza de que Haymitch me dé alguna instrucción, pero el auricular guarda silencio.

—No eres muy grande, ¿no? Ni tampoco demasiado guapa.

Sé que ha pasado por un infierno, sin embargo el comentario me sienta mal.

—Bueno, tú tampoco estás en tu mejor momento.

Haymitch me advierte que no me pase, aunque la risa de Peeta ahoga sus palabras.

—Y, encima, no eres simpática ni de lejos. Mira que decirme eso, después de todo lo que me ha pasado...

—Sí, todos hemos pasado por muchas cosas. Además, el simpático eres tú, no yo.

Lo estoy haciendo todo mal, no sé por qué estoy tan a la defensiva. ¡Lo han torturado! ¡Lo han secuestrado! ¿Qué me pasa? De repente temo ponerme a gritarle algo, ni siquiera sé bien el qué, así que decido salir de aquí.

—Mira, no me encuentro muy bien. Quizá me pase mañana.

Justo en la puerta, su voz me detiene:

—Katniss, me acuerdo del pan.

El pan, el único momento de conexión real entre nosotros antes de los Juegos del Hambre.

—Te enseñaron la cinta en la que hablaba de eso —respondo.

—No, ¿hay una cinta? ¿Por qué no la usó contra mí el Capitolio?

—La grabé el día que te rescataron —respondo, y el dolor del pecho me aprieta las costillas como si fuera un torno; está claro que bailar ha sido un error—. Entonces, ¿lo recuerdas?

—Tú, bajo la lluvia —dice en voz baja—. Hurgando en nuestros cubos de basura. Quemé el pan. Mi madre me pegó. Saqué el pan para el cerdo, pero te lo di a ti.

—Eso es, eso es lo que pasó. Al día siguiente, después de clase, quise darte las gracias, pero no sabía cómo.

—Estábamos fuera al final del día. Intenté que nuestras miradas se cruzaran. Apartaste la tuya. Y entonces, por algún motivo, creo que recogiste un diente de león. —Asiento, sí que se acuerda, nunca he hablado en voz alta sobre ese momento—. Debo de haberte querido mucho.

—Sí —respondo; se me rompe la voz y finjo toser.

—¿Y tú me querías?

—Todos dicen que sí —respondo, mirando al suelo—. Todos dicen que por eso te torturó Snow, para hundirme.

—Eso no es una respuesta. No sé qué pensar cuando me enseñan algunas cintas. En la primera arena es como si intentases matarme con aquellas rastrevíspulas.

—Estaba intentando mataros a todos —contesto—. Me teníais en el árbol.

—Después hay muchos besos que no parecían reales por tu parte. ¿Te gustó besarme?

—A veces —reconozco—. ¿Sabes que nos están observando en estos momentos?

—Lo sé. ¿Y Gale?

Noto que vuelve la rabia. Me da igual su recuperación, esto no es asunto de la gente que se oculta tras el cristal.

—Él tampoco besa mal —respondo, cortante.

—¿Y a Gale y a mí nos parecía bien que nos besaras a los dos?

—No, no os parecía bien a ninguno de los dos, pero tampoco iba a pedirlo permiso.

Peeta se vuelve a reír con frialdad, con desdén.

—Bueno, menuda pieza estás hecha, ¿eh?

Haymitch no protesta cuando salgo. Recorro el pasillo, atravieso la colmena de compartimentos y encuentro una tubería calentita donde esconderme, detrás de una zona de lavandería. Tardo bastante en descubrir por qué estoy tan molesta y, al hacerlo, es algo casi demasiado humillante para reconocerlo. Se acabaron todos esos meses en los que daba por sentado que Peeta me consideraba un ser maravilloso. Por fin me ve como soy en realidad: violenta, desconfiada, manipuladora y letal.

Y lo odio por ello.



Estupefacta. Así me quedo cuando Haymitch me lo cuenta en el hospital. Bajo a toda velocidad los escalones que llevan a Mando mientras le doy vueltas a la cabeza, y entro como un torbellino en una reunión de guerra.

—¿Qué quiere decir eso de que no voy al Capitolio? ¡Tengo que ir! ¡Soy el Sinsajo!

Coin apenas levanta la mirada de la pantalla.

—Y, como Sinsajo, has alcanzado tu objetivo de unir a los distritos contra el Capitolio. No te preocupes, si todo va bien, te llevaremos allí para la rendición.

¿La rendición?

—¡Eso sería demasiado tarde! Me perderé todo el enfrentamiento. Me necesitáis... ¡Soy vuestra mejor tiradora! —grito; normalmente no presumo de ello, pero tiene que ser casi cierto, por lo menos—. Gale sí va.

—Gale ha ido a entrenamiento todos los días a no ser que estuviera ocupado con otras tareas aprobadas. Estamos seguros de que puede manejarse en el campo de batalla —responde Coin—. ¿A cuántas sesiones de entrenamiento calculas que has asistido?

A ninguna, eso calculo.

—Bueno, a veces iba a cazar. Y... entrené con Beetee en Armamento Especial.

—No es lo mismo, Katniss —interviene Boggs—. Todos sabemos que eres lista y que tienes buena puntería, pero necesitamos soldados en el campo. No tienes ni idea de cómo seguir órdenes y no estás precisamente en tu mejor momento físico.

—Eso no os importó cuando estuve en el 8. Ni en el 2, ya puestos.

—En ninguno de los dos casos tenías autorización, en principio, para entrar en combate —responde Plutarch lanzándome una mirada que indica que no debo revelar demasiado.

No, la batalla de los bombarderos del 8 y mi intervención en el 2 fueron hechos espontáneos, precipitados y, sin duda, no autorizados.

—Y en los dos casos acabaste herida —me recuerda Boggs.

De repente me veo a través de sus ojos: una niña bajita de diecisiete años que ni siquiera puede recuperar el aliento desde que se magulló las costillas; desaliñada; indisciplinada; en recuperación; no un soldado, sino alguien de quien cuidar.

—Pero tengo que ir.

—¿Por qué? —pregunta Coin.

No puedo confesar que necesito llevar a cabo mi propia vendetta contra Snow, ni que la idea de quedarme en el 13 con la última versión de Peeta mientras Gale se va a la guerra me resulta insoportable. Sin embargo, no me faltan razones para querer luchar en el Capitolio.

—Por el 12. Porque destruyeron mi distrito.

La presidenta se lo piensa un momento; me examina.

—Bueno, tienes tres semanas. No es mucho, pero puedes empezar el entrenamiento. Si la Junta de Asignaciones te considera apta, quizá podamos revisar tu caso.

Ya está, eso es lo máximo que cabe esperar. Supongo que es culpa mía. Pasé de mi horario, a no ser que me conviniese. No parecía ser una prioridad correr por un campo con un arma mientras sucedían tantas cosas a mi alrededor, y ahora estoy pagando por mi negligencia.

De vuelta al hospital encuentro a Johanna en las mismas circunstancias y renegando como loca. Le cuento lo que me ha dicho Coin y le digo que quizá ella también pueda entrenar.

—Vale, entrenaré, pero pienso ir al podrido Capitolio aunque tenga que matar a una tripulación y pilotar el avión yo misma —responde Johanna.

—Seguramente será mejor que no lo comentes durante el entrenamiento —le digo —, aunque me alegra saber que podrías llevarme.

Johanna sonrío y noto un ligero (aunque significativo) cambio en nuestra relación. No sé si somos amigas de verdad, pero podría considerárenos aliadas. Eso es bueno. Voy a necesitar a una aliada.

A la mañana siguiente, cuando aparecemos en el entrenamiento a las 7:30, la realidad me da un bofetón en la cara: nos han metido en una clase prácticamente de principiantes, con chicos de catorce o quince años, lo que parece algo insultante hasta que resulta obvio que están en unas condiciones mucho mejores que las nuestras. Gale y los demás escogidos para ir al Capitolio están en una fase distinta y acelerada de su formación. Después de hacer estiramientos (que me duelen), pasamos un par de horas con ejercicios de fortalecimiento (que me duelen) y corremos ocho kilómetros (que me matan). A pesar de la motivación de los insultos de Johanna para seguir adelante, tengo que dejarlo al cabo de kilómetro y medio.

—Son mis costillas —le explico a la entrenadora, una sensata mujer de mediana edad a la que se supone que debemos llamar soldado York—. Siguen magulladas.

—Bueno, soldado Everdeen, le diré que van a tardar al menos otro mes en curarse solas.

—No tengo un mes —respondo, sacudiendo la cabeza.

—¿Los médicos no te han ofrecido ningún tratamiento? —me pregunta, después

de examinarme de arriba abajo.

—¿Hay un tratamiento? Me dijeron que tenían que curarse de manera natural.

—Es lo que dicen, pero podrían acelerar el proceso si yo lo recomiendo. Sin embargo, te advierto que no es divertido.

—Por favor, tengo que ir al Capitolio.

La soldado York no lo cuestiona, garabatea algo en un cuaderno y me envía directamente de vuelta al hospital. Vacilo, no quiero perderme más entrenamientos.

—Volveré para las sesiones de la tarde —prometo, aunque ella frunce los labios.

Veinticuatro pinchazos en la caja torácica después, estoy tirada en la cama del hospital apretando los dientes para no suplicarles que me enchufen de nuevo la morflina. Estaba al lado de mi cama, por si la necesitaba. Aunque no la he estado usando últimamente, la conservaba por Johanna. Hoy me han analizado la sangre para asegurarse de que no tenía ni rastro del analgésico, ya que la mezcla de las dos sustancias (la morflina y lo que está haciendo que me ardan las costillas) tiene unos peligrosos efectos secundarios. Me dejaron claro que pasaría dos días muy difíciles, pero les dije que lo hicieran.

Paso una mala noche en la habitación. No hay manera de dormir y creo que incluso huelo cómo se quema el círculo de carne que me rodea el pecho, mientras Johanna lucha contra los síntomas del mono. Antes, cuando me disculpé por quitarle el suministro de morflina, ella le quitó importancia y me dijo que tenía que suceder tarde o temprano. Sin embargo, a las tres de la mañana, soy el blanco de las blasfemias más pintorescas del Distrito 7. Al alba me saca de la cama a rastras, decidida a ir al entrenamiento.

—Creo que no puedo hacerlo —confieso.

—Sí que puedes. Las dos podemos. Somos vencedoras, ¿recuerdas? Somos capaces de sobrevivir a lo que nos echen —me ladra.

Su piel tiene un enfermizo color verdoso y tiembla como una hoja. Me visto.

Debemos ser vencedoras para sobrevivir a la mañana. Temo perder a Johanna cuando veo que está diluviando fuera; empalidece y casi parece dejar de respirar.

—No es más que agua, no nos matará —le digo.

Ella aprieta los dientes y sale al lodo pisando fuerte. La lluvia nos empapa mientras ejercitamos nuestros cuerpos y después corremos como podemos por la pista. Me rindo al cabo de un kilómetro y medio, y tengo que resistir la tentación de quitarme la camiseta para que el agua fría apague mis costillas. Me obligo a comer mi empapado cuenco de guiso de pescado y remolacha. Johanna llega a la mitad antes de vomitarlo todo. Por la tarde aprendemos a montar las armas. Yo lo consigo, pero ella tiembla demasiado para encajar las piezas. Cuando York no mira, la ayudo. Aunque sigue lloviendo, la tarde mejora porque nos metemos en la pista de tiro. Por fin algo que se me da bien. Tardo en adaptarme de un arco a una pistola, pero, al final del día,

soy la mejor tiradora de mi clase.

Nada más entrar en el hospital, Johanna declara:

—Esto no puede seguir así, no está bien que vivamos en el hospital. Todos nos ven como pacientes.

Para mí no es problema, puedo mudarme al compartimento de mi familia. Sin embargo, a Johanna nunca le han asignado uno. Al intentar que le den el alta, no acceden a dejarla vivir sola, ni siquiera yendo a charlas diarias con el médico de la cabeza. Creo que han sumado dos más dos y saben lo de la morfina, lo que sólo sirve para reforzar su punto de vista: es una mujer inestable.

—No estará sola, yo me alojaré con ella —anuncio.

Hay algunas protestas, pero Haymitch se pone de nuestro lado y, para la hora de dormir, tenemos un compartimento frente al de Prim y mi madre, que accede a echarnos un vistazo de vez en cuando.

Después de ducharme y de que Johanna se limpie más o menos con un trapo húmedo, ella realiza una inspección superficial del lugar. Abre el cajón en el que guardo mis pocas posesiones y lo cierra rápidamente, diciendo:

—Lo siento.

Pienso en que el cajón de Johanna no tiene nada dentro, salvo la ropa que le ha dado el Gobierno; en que no tiene nada en el mundo que sea sólo de ella.

—No pasa nada, puedes mirar mis cosas, si quieres.

Johanna abre mi medallón y examina las imágenes de Gale, Prim y mi madre. Abre el paracaídas dorado, saca la espita y se la encaja en el meñique.

—Me da sed con sólo mirarla.

Después encuentra la perla que Peeta me regaló.

—¿Es...?

—Sí, logré conservarla de algún modo.

No quiero hablar de Peeta. Una de las mejores cosas del entrenamiento es que evita que piense en él.

—Haymitch dice que está mejor —comenta.

—Quizá, pero ha cambiado.

—Y tú también. Y yo. Y Finnick, Haymitch y Beetee. Y no me hagas hablar de Annie Cresta. La arena nos fastidió a todos a base de bien, ¿no crees? ¿O todavía te sientes como la chica que se presentó voluntaria por su hermana?

—No.

—Creo que es lo único en lo que mi médico de la cabeza quizá tenga razón: no hay vuelta atrás, así que lo mejor es seguir adelante.

Guarda con cuidado todos mis recuerdos en el cajón y se sube a la cama frente a mí justo cuando se apagan las luces.

—¿No te da miedo que te mate mientras duermes?

—Como si no pudiera contigo —respondo.

Después nos reímos, porque estamos tan destrozadas que sería un milagro que nos levantáramos mañana. Sin embargo, lo hacemos. Lo hacemos todas las mañanas y, al final de la semana, mis costillas están casi nuevas y Johanna es capaz de montar su fusil sin ayuda.

La soldado York asiente para darnos su aprobación cuando acaba el día:

—Buen trabajo, soldados.

Una vez fuera de su alcance, Johanna masculla:

—Creo que ganar los Juegos fue más sencillo.

Sin embargo, le veo en la cara que está satisfecha.

De hecho, estamos casi de buen humor cuando llegamos al comedor, donde Gale me espera para comer. Recibir una ración gigantesca de estofado de ternera también ayuda.

—Los primeros envíos de comida llegaron esta mañana —me explica Sae la Grasieta—. Es ternera de verdad, del Distrito 10, no uno de vuestros perros salvajes.

—No recuerdo que les pusieras pegas —responde Gale.

Nos unimos a un grupo en el que están Delly, Annie y Finnick. Es increíble ver la transformación de Finnick desde su matrimonio. Sus anteriores encarnaciones (el decadente rompecorazones que conocí antes del Vasallaje, el enigmático aliado de la arena y el joven roto que me ayudó a resistir) han dado paso a alguien que irradia vida. Los verdaderos encantos de Finnick, su forma de reírse de sí mismo y su naturaleza despreocupada, aparecen por primera vez. No suelta nunca la mano de Annie, ni cuando hablan ni cuando comen. Dudo que piense hacerlo alguna vez. Ella está perdida en una especie de niebla de felicidad. Todavía hay momentos en que notas que algo se desconecta en su cerebro y otro mundo la aparta de nosotros, pero unas cuantas palabras de Finnick bastan para traerla de vuelta.

Delly, a quien conozco desde que era pequeña aunque nunca pensara mucho en ella, ha ganado muchos puntos conmigo. Le dijeron lo que Peeta me soltó después de la boda, pero no es cotilla. Haymitch dice que es la que más me defiende cuando Peeta empieza a hablar mal de mí. Siempre se pone de mi lado y culpa de las percepciones negativas de Peeta a la tortura del Capitolio. Influye más en él que cualquiera de los demás porque él la conoce bien. En cualquier caso, aunque la chica esté endulzando mis características positivas, se lo agradezco mucho. Lo cierto es que no viene mal que me endulcen.

Estoy tan hambrienta y el estofado está tan bueno (ternera, patatas, nabos y cebollas en una salsa espesa) que tengo que obligarme a frenar. En todo el comedor se nota el efecto rejuvenecedor de una buena comida. Hace que la gente sea más amable, más graciosa y más optimista, y le recuerda que no es un error seguir viviendo. Es mejor que cualquier medicina, así que intento que dure y me uno a la

conversación. Mojo el pan en la salsa y lo mordisqueo mientras escucho a Finnick contar una historia absurda sobre una tortuga marina que se aleja nadando con su sombrero. Me río antes de darme cuenta de que él está aquí, justo al otro lado de la mesa, detrás del sitio vacío que hay junto a Johanna; observándome. Estoy a punto de ahogarme con el pan.

—¡Peeta! —exclama Delly—. Qué bien verte... fuera.

Tiene dos enormes guardias detrás y lleva la bandeja con aire incómodo, haciendo equilibrio sobre las puntas de los dedos, ya que las muñecas están esposadas.

—¿Y esas pulseras tan monas? —pregunta Johanna.

—Todavía no soy del todo digno de confianza —responde Peeta—. Ni siquiera puedo sentarme aquí sin vuestro permiso —añade, señalando con la cabeza a sus vigilantes.

—Por supuesto que puedes sentarte aquí, somos viejos amigos —dice Johanna dando unas palmaditas en el asiento que tiene al lado. Los vigilantes acceden y Peeta se sienta—. Peeta y yo teníamos celdas contiguas en el Capitolio. Estamos muy familiarizados con nuestros respectivos gritos.

Annie, que está al otro lado de Johanna, hace lo de taparse las orejas y ausentarse de la realidad. Finnick lanza a Johanna una mirada asesina y rodea a Annie con un brazo.

—¿Qué? Mi médico de la cabeza dice que no debo censurar mis pensamientos, que es parte de la terapia —contesta Johanna.

Nuestro grupito pierde la alegría. Finnick murmura al oído de Annie hasta que ella aparta las manos poco a poco. Después guardamos silencio un buen rato y fingimos comer.

—Annie —dice Delly, animada—, ¿sabías que Peeta decoró tu tarta de boda? En casa su familia era dueña de la panadería y él hacía los glaseados.

Annie mira con precaución más allá de Johanna y dice:

—Gracias, Peeta, era preciosa.

—Es un placer, Annie —responde él, y oigo en su voz el rastro de una dulzura que creía ya perdida. No dirigida a mí, pero ya es algo.

—Si queremos que nos dé tiempo a dar ese paseo, será mejor que nos vayamos —le dice Finnick a Annie.

Recoge las dos bandejas con una mano mientras sostiene con fuerza en la otra la de su mujer.

—Me alegro de verte, Peeta.

—Pórtate bien con ella, Finnick, si no quieres que intente robártela.

Podría haber sido una broma si el tono no hubiera resultado tan frío. Todo lo que sugiere está mal: su abierta desconfianza hacia Finnick, la insinuación de que Peeta está interesado en Annie, que Annie pudiera abandonar a Finnick y que yo ni siquiera

existo.

—Venga, Peeta —responde Finnick, como si nada—, no hagas que me arrepienta de haberte reanimado el corazón.

Delly espera a que se vayan para decir en tono de reproche:

—Es verdad que te salvó la vida, Peeta, y más de una vez.

—Por ella —responde él, señalándome con la cabeza—, por la rebelión. No por mí. No le debo nada.

No debería morder el anzuelo, pero lo hago.

—Quizá no. Pero Mags está muerta y tú sigues aquí. Deberías tenerlo en cuenta.

—Sí, hay muchas cosas que deberían tenerse en cuenta y no se tienen, Katniss. No entiendo algunos de mis recuerdos, y no creo que el Capitolio los haya tocado. Muchas de las noches en el tren, por ejemplo —responde.

De nuevo, las insinuaciones: de que en el tren pasó más de lo que en realidad pasó; de que lo que sí pasó (esas noches en que sólo conseguí conservar la cordura porque él me abrazaba) ya no importa; de que todo es una mentira, una forma de abusar de él.

Peeta hace un gesto con la cuchara para abarcarnos a Gale y a mí.

—Entonces, ¿ahora sois pareja oficialmente o todavía colea el tema de los amantes trágicos?

—Todavía colea —responde Johanna.

Unos espasmos hacen que las manos de Peeta se cierren en puños y se abran de manera extraña. ¿Es para evitar estrangularme? Noto que a Gale se le tensan los músculos temiendo un altercado, pero se limita a comentar:

—No me lo habría creído si no lo hubiera visto en persona.

—¿El qué? —pregunta Peeta.

—Lo tuyo.

—Tendrás que ser un poquito más específico —responde Peeta—. ¿Qué mío?

—Que te han reemplazado por una versión mutante malvada de ti mismo —responde Johanna.

Gale se termina la leche y me pregunta si he terminado. Me levanto y cruzamos la sala para soltar las bandejas. Al llegar a la puerta, un anciano me detiene porque sigo apretando en la mano el resto de mi pan con salsa. Algo en mi expresión o quizá el hecho de no haber intentado esconderlo hace que no me regañe mucho. Me deja meterme el pan en la boca y seguir caminando. Gale y yo estamos casi en mi compartimento cuando vuelve a hablar:

—No me lo esperaba.

—Te dije que me odiaba.

—Es la forma en que te odia. Me resulta tan... familiar. Antes me sentía así —reconoce—, cuando te veía besarlo en la pantalla. Sólo que sabía que no estaba

siendo justo del todo. Él no se da cuenta.

Llegamos a la puerta.

—Quizá sólo es que me ve como soy realmente. Tengo que dormir un poco.

Gale me agarra del brazo antes de que pueda desaparecer.

—¿Eso es lo que estás pensando ahora? —pregunta, y me encojo de hombros—. Katniss, soy amigo tuyo desde hace más tiempo que nadie, así que créeme cuando te digo que no te ve como eres realmente.

Me da un beso en la mejilla y se va.

Me siento en la cama e intento meterme en la cabeza la información de mis libros de táctica militar mientras los recuerdos de mis noches con Peeta en el tren me distraen. Al cabo de unos veinte minutos, Johanna entra y se tira a los pies de mi cama.

—Te has perdido lo mejor. Delly perdió los nervios con Peeta por cómo te ha tratado, se le ha puesto una voz muy chillona. Era como si alguien estuviera apuñalando sin parar a un ratón con un tenedor. Los comensales no nos quitaban ojo de encima.

—¿Qué ha hecho Peeta?

—Ha empezado a discutir consigo mismo como si fuera dos personas distintas. Los guardias han tenido que llevárselo. El lado bueno es que a nadie ha parecido importarle que me terminara su estofado.

Johanna se restriega la barriga, que le sobresale un poco. Miro la capa de porquería bajo sus uñas. ¿Es que la gente del 7 no se baña nunca?

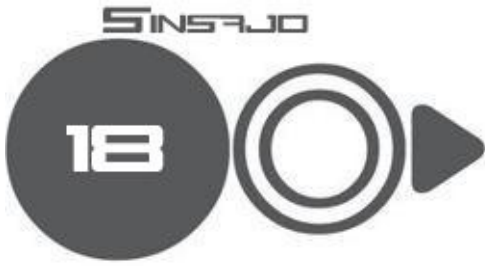
Nos pasamos un par de horas haciéndonos preguntas sobre términos militares. Visito a Prim y mi madre un rato y, al volver al compartimento, duchada, miro a la oscuridad y pregunto al fin:

—Johanna, ¿de verdad lo oías gritar?

—Era parte de la tortura. Como las rastrevíspulas de la arena, pero real. Y no duraba sólo una hora. Tic, toc.

—Tic, toc —susurro.

Rosas, lobos mutados, tributos, delfines glaseados, amigos, sinsajos, estilistas, yo. Esta noche, en mis sueños, todos gritan.



Me dedico en cuerpo y alma al entrenamiento. Como, vivo y respiro los ejercicios, simulacros, práctica de armas y clases sobre tácticas. Algunos de nosotros pasamos a una clase adicional, lo que me da esperanzas de que me elijan para la batalla real. Los soldados lo llaman la Manzana, pero el tatuaje de mi brazo se refiere a él como C. C. S., siglas de Combate Callejero Simulado. En las profundidades del 13 han construido una manzana artificial de la ciudad del Capitolio. El instructor nos divide en pelotones de ocho e intentamos llevar a cabo misiones (asegurar una posición, destruir un objetivo o registrar una casa) como si de verdad nos abriéramos paso por el Capitolio. Todo está lleno de trampas, de modo que todo lo que pueda salir mal, sale mal. Un paso en falso dispara una mina, un francotirador aparece en un tejado, se te encasquilla el arma, el llanto de un niño te conduce a una emboscada, el líder del pelotón (que no es más que una voz del programa) recibe fuego de mortero y tienes que decidir qué hacer sin órdenes... Parte de ti sabe que es falso y que no te van a matar. Si activas una mina terrestre oyes el estallido y tienes que fingir que caes muerto. Sin embargo, por otro lado, todo parece muy real: los soldados enemigos vestidos como agentes de la paz, la confusión de una bomba de humo... Incluso nos gasean. Johanna y yo somos las únicas que nos ponemos las máscaras a tiempo. El resto del pelotón pierde la conciencia durante diez minutos. Y el gas, supuestamente inofensivo, que respiré durante un segundo me provocó un dolor de cabeza criminal durante el resto del día.

Cressida y los suyos nos graban a Johanna y a mí en el campo de tiro. Sé que también filman a Gale y Finnick. Es parte de una nueva serie de videos que muestra cómo se preparan los rebeldes para la invasión del Capitolio. En general, las cosas van bastante bien.

Entonces, Peeta empieza a aparecer en los ejercicios de la mañana. No lleva esposas, aunque sigue estando siempre acompañado por un par de guardias. Después de comer lo veo al otro lado del campo, entrenando con un grupo de principiantes. No sé en qué estarán pensando. Si una pelea con Delly consigue que se ponga a hablar solo, no es buena idea enseñarle a montar un arma.

Cuando le pregunto a Plutarch, él me asegura que es para las cámaras. Tienen material de Annie casándose y de Johanna disparando, pero todo Panem se pregunta por Peeta. Necesitan saber que está luchando para los rebeldes, no para Snow, y quizá

si consiguen un par de tomas de nosotros dos juntos, aunque sólo sea con aspecto de estar felices, claro, no hace falta que nos besemos...

Me largo y lo dejo con la palabra en la boca. Eso no va a pasar.

En mis escasos minutos libres, observo con ansiedad los preparativos para la invasión. Veo cómo organizan el equipo y las provisiones, y cómo eligen a los componentes de las divisiones. Se sabe cuándo alguien ha recibido sus órdenes porque lo pelan, la marca de los que van a la batalla. Se habla mucho de la ofensiva inicial, que consistirá en asegurar los túneles del tren que llegan hasta el Capitolio.

Unos días antes de que salgan las primeras tropas, York nos dice inesperadamente a Johanna y a mí que nos ha recomendado para hacer el examen y que debemos presentarnos de inmediato. Hay cuatro partes: una pista de obstáculos que evalúa la condición física, un examen escrito de tácticas, una prueba de habilidad con las armas y una situación de combate simulado en la Manzana. Ni siquiera tengo tiempo de ponerme nerviosa para las primeras tres partes, pero en la Manzana van con retraso por algún tipo de problema técnico que están resolviendo. Nos juntamos en un grupo e intercambiamos información. Por lo que sabemos, la cosa va así: entras solo; nunca se sabe qué te vas a encontrar; un chico dice, en voz baja, que ha oído que está diseñado para atacar a los puntos débiles de cada uno.

¿Mis puntos débiles? Es una puerta que no quiero ni abrir. Pero busco un lugar tranquilo e intento evaluar cuáles serán. La lista es tan larga que me deprime: falta de fuerza bruta, escaso entrenamiento, y ser el Sinsajo tampoco parece una ventaja en una situación en la que hay que mezclarse con el grupo. Podrían atacarme por muchos frentes.

A Johanna la llaman en tercer lugar, justo antes que a mí, y asiento con la cabeza para animarla. Ojalá hubiera estado yo la primera de la lista, porque esto hace que piense demasiado en la situación. Cuando me llaman, ya no sé ni qué estrategia seguir. Por suerte, una vez en la Manzana noto que entra en acción lo que he aprendido. Es una emboscada. Los agentes de la paz aparecen casi al instante y tengo que abrirme paso hasta el punto de encuentro para reunirme con el pelotón, que se ha desperdigado. Avanzo lentamente por la calle derribando agentes: dos en el tejado a mi izquierda, otro en el portal de delante. Es difícil, pero no tanto como esperaba. Tengo la desagradable sensación de que es demasiado sencillo, de que quizá no haya entendido el propósito. Estoy a un par de edificios del objetivo cuando las cosas se ponen feas: media docena de agentes de la paz salen de detrás de una esquina. Me superarán, pero me doy cuenta de una cosa: hay un bidón de gasolina tirado en la cuneta. Eso es, es mi prueba, tengo que darme cuenta de que volar el bidón en pedazos es la única forma de lograr la misión. Justo cuando voy a hacerlo, mi jefe de pelotón, que no había dicho nada hasta el momento, me ordena en voz baja que me tire al suelo. Mi instinto me grita que no haga caso de la voz, que apriete el gatillo,

que mande a los agentes de la paz al infierno. De repente entiendo cuál creen los militares que es mi punto más débil; desde mi primer momento en los Juegos, cuando salí corriendo para coger la mochila naranja, hasta el enfrentamiento en el 8, pasando por mi impulsiva carrera por la plaza del 2: no sé aceptar órdenes.

Me tiro al suelo con tanta fuerza y velocidad que estaré una semana entera sacándome grava de la barbilla. Otra persona hace volar el depósito en pedazos. Los agentes mueren. Llego al punto de encuentro y, al salir de la Manzana por el otro lado, un soldado me felicita, me estampa en la mano el número de pelotón 451 y me pide que informe en la sala de Mando. Estoy tan satisfecha que la cabeza me da vueltas, así que corro por los pasillos, derrapo en las esquinas y bajo las escaleras a saltos porque el ascensor es demasiado lento. Me meto en la sala antes de darme cuenta de que es muy raro que me envíen a Mando; debería estar cortándome el pelo. El grupo sentado alrededor de la mesa no lo componen soldados novatos, sino los que deciden.

Boggs me sonrío y sacude la cabeza cuando me ve.

—Veamos —me dice, y yo, sin saber bien qué hacer, le enseño la mano con el sello—. Estás conmigo, es una unidad especial de tiradores. Únete a tu pelotón.

Señala con la cabeza al grupo que está de pie junto a la pared: Gale, Finnick, cinco más que no conozco. Mi pelotón. No sólo he entrado, sino que trabajaré a las órdenes de Boggs, con mis amigos. Me obligo a mantener la calma y doy unos pasos muy militares para acercarme a ellos, en vez de hacerlo dando botes de alegría.

Nosotros también debemos de ser importantes, ya que estamos en Mando y eso no tiene nada que ver con cierto Sinsajo. Plutarch se ha colocado frente a un panel ancho y plano que hay en el centro de la mesa. Está explicando algo sobre lo que nos vamos a encontrar en el Capitolio. Me parece que es una presentación horrible porque, aunque me ponga de puntillas, no veo el panel, pero entonces pulsa un botón y se proyecta en el aire una imagen holográfica de una manzana del Capitolio.

—Por ejemplo, ésta es la zona que rodea uno de los barracones de los agentes de la paz. Tiene su importancia, aunque no es el objetivo crucial. Sin embargo, mirad.

Plutarch introduce un código en un teclado y empezamos a ver luces. Es una combinación de colores que parpadean a distintas velocidades.

—Cada luz se llama vaina. Representa un obstáculo, cuya naturaleza puede ser cualquier cosa desde una bomba hasta un grupo de mutos. No os equivoquéis, sea lo que sea estará diseñado para atraparos o mataros. Algunas llevan montadas desde los Días Oscuros, mientras que otras se han desarrollado a lo largo de los años. Si os soy sincero, yo mismo creé algunas. Robé este programa cuando nos fuimos del Capitolio, así que es nuestra información más reciente y no saben que lo tenemos. Sin embargo, es probable que hayan activado más vainas en los últimos meses. Os enfrentaréis a esto.

No me doy cuenta de que estoy avanzando hacia la mesa hasta llegar a pocos centímetros del holograma. Meto la mano y rodeo con ella una luz verde que parpadea muy deprisa.

Alguien se me une. Es Finnick, claro, y está muy tenso. Sólo un vencedor vería lo que yo he visto de inmediato: la arena, llena de vainas controladas por Vigilantes de los Juegos. Los dedos de Finnick acarician un resplandor rojo fijo que ilumina una entrada.

—Damas y caballeros... —dice en voz baja, pero yo respondo a todo pulmón.

—¡Que empiecen los Septuagésimo Sextos Juegos del Hambre!

Me río rápidamente, antes de que nadie tenga tiempo de notar lo que se esconde detrás de las palabras que acabo de pronunciar; antes de que se arqueen cejas, se pongan objeciones, se sumen dos más dos y decidan mantenerme lo más lejos posible del Capitolio. Porque una vencedora enfadada, independiente y con una capa de cicatrices psicológicas tan gruesa que resulta imposible de penetrar quizá sea la persona menos indicada para este pelotón.

—Ni siquiera sé por qué te has molestado en hacernos pasar a Finnick y a mí por el entrenamiento, Plutarch —comento.

—Sí, ya somos los dos soldados mejor equipados de los que dispones —añade Finnick en tono engreído.

—No creáis que no soy consciente de ello —responde él, agitando la mano con impaciencia—. Venga, volved a la fila, soldados Odair y Everdeen. Tengo que terminar la presentación.

Retrocedemos hasta nuestros puestos sin prestar atención a las miradas de curiosidad que nos lanzan. Adopto una actitud de concentración extrema mientras Plutarch sigue hablando, y procuro asentir con la cabeza de vez en cuando y moverme para ver mejor, mientras no dejo de decirme que debo resistir aquí hasta que pueda salir al bosque y gritar. O maldecir. O llorar. O quizá las tres cosas a la vez.

Si todo esto era una prueba, tanto Finnick como yo la pasamos. Cuando Plutarch termina y se acaba la reunión, paso por un mal momento al saber que tienen una orden especial para mí, pero sólo quieren decirme que me salte el corte de pelo militar porque les gustaría que el Sinsajo se parezca lo más posible a la chica de la arena cuando llegue la rendición. Para las cámaras, ya sabes. Me encojo de hombros para indicar que la longitud de mi pelo me es completamente indiferente. Me permiten marchar sin hacer comentarios.

Finnick y yo nos buscamos en el pasillo.

—¿Qué le voy a decir a Annie? —me pregunta en voz baja.

—Nada. Eso es lo que mi madre y mi hermana oirán de mí.

Ya es bastante malo saber que vamos directos a otra arena; no tiene sentido darles la noticia a nuestros seres queridos.

—Si ve ese holograma... —empieza él.

—No lo verá, es información clasificada. Tiene que serlo. De todos modos, no serán como los Juegos de verdad. Sobrevivirá más gente. Estamos reaccionando mal porque..., bueno, ya sabes por qué. Todavía quieres ir, ¿no?

—Claro, quiero destruir a Snow tanto como tú.

—No será como las otras —afirmo con rotundidad, intentando convencerme a mí también; entonces me doy cuenta de lo mejor de la situación—. Esta vez Snow también jugará.

Antes de que podamos continuar, aparece Haymitch. No estaba en la reunión y no está pensando en arenas, precisamente.

—Johanna ha vuelto al hospital —nos dice.

Suponía que Johanna estaba bien, que había pasado el examen aunque no la hubieran asignado a la unidad de tiradores de élite. Es la mejor lanzando hachas, pero normalita con las armas de fuego.

—¿Está herida? ¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Fue en la Manzana. Intentan sacar a relucir las posibles debilidades de los soldados, así que inundaron la calle.

Eso no me ayuda. Johanna sabe nadar, o al menos creo recordar haberla visto nadar en el Vasallaje de los Veinticinco. No como Finnick, claro, pero ninguno de nosotros es como Finnick.

—¿Y?

—Así es como la torturaron en el Capitolio. La empapaban y después le daban descargas eléctricas —responde Haymitch—. En la Manzana tuvo algún tipo de flashback. Le entró el pánico y no sabía dónde estaba. Han vuelto a sedarla.

Finnick y yo nos quedamos quietos, como si hubiésemos perdido la capacidad de responder. Pienso en que Johanna nunca se ducha; en que se tuvo que obligar a ponerse bajo la lluvia, como si fuera ácido. Yo creía que se debía al mono de la morflina.

—Deberíais ir a verla, sois lo más parecido a amigos que tiene —dice Haymitch.

Eso hace que todo sea peor. No sé qué habrá entre Johanna y Finnick, pero yo apenas la conozco. No tiene familia, no tiene amigos, ni siquiera tiene un recuerdo del 7 que poder guardar junto a su ropa reglamentaria en su anónimo cajón. Nada.

—Será mejor que vaya a contárselo a Plutarch; no le va a gustar —sigue diciendo Haymitch—. Quiere que en el Capitolio estén todos los vencedores posibles para que las cámaras los sigan. Cree que quedará bien en televisión.

—¿Vais Beetee y tú? —le pregunto.

—Todos los vencedores jóvenes y atractivos posibles —se corrige Haymitch—. Así que no, no vamos. Nos quedamos aquí.

Finnick se va directamente a ver a Johanna, pero yo me espero a que salga Boggs.

Ahora es mi comandante, así que supongo que los favores especiales tendré que pedírselos a él. Cuando le digo lo que quiero hacer, me escribe un pase para que me dejen salir al bosque durante la hora de reflexión, siempre que esté a la vista de los guardias. Corro a mi compartimento pensando en usar el paracaídas, pero está tan lleno de malos recuerdos que decido cruzar el pasillo y llevarme una de las vendas de algodón blanco que me traje del 12. Cuadrada, resistente; es perfecta.

En el bosque encuentro un pino y arranco de las ramas unos cuantos puñados de aromáticas agujas. Después de hacer una ordenada pila en medio de la venda, recojo los extremos, los enrolló y los ato con fuerza con un trozo de enredadera para hacer un hatillo del tamaño de una manzana.

Observo un rato a Johanna desde la puerta de la habitación del hospital y me doy cuenta de que la mayor parte de su ferocidad se debe a su actitud mordaz. Sin ella, como ahora, no es más que una joven que lucha por mantener los ojos abiertos a pesar de las drogas porque le aterriza lo que pueda encontrar en sus sueños. Me acerco a ella y le ofrezco el hatillo.

—¿Qué es eso? —me pregunta, ronca; las puntas húmedas de su pelo le forman pequeños pinchos sobre la frente.

—Lo he hecho para ti, para que lo pongas en tu cajón —respondo, poniéndoselo en la mano—. Huélelo.

Ella se lleva el bultito a la nariz y lo olisquea con precaución.

—Huele a casa —dice, y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Eso esperaba, por eso de que eres del 7 y tal. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Eras un árbol. Bueno, lo fuiste brevemente.

De repente me agarra la muñeca con dedos de acero.

—Tienes que matarlo, Katniss.

—No te preocupes —respondo, resistiendo a la tentación de tirar del brazo para soltarlo.

—Júramelo. Por algo que te importe —me dice entre dientes.

—Lo juro por mi vida —respondo, pero no me suelta el brazo.

—Por la vida de tu familia —insiste.

—Por la vida de mi familia —repito; supongo que jurarlo por mi vida no resulta muy convincente. Me suelta y me restriego la muñeca—. ¿Y por qué si no crees que voy, descerebrada?

Eso la hace sonreír un poquito.

—Es que necesitaba oírlo —responde.

Se lleva el saquito de agujas de pino a la nariz y cierra los ojos.

Los días restantes se pasan en un suspiro. Después de un breve ejercicio por la mañana, mi pelotón se pasa el día en el campo de tiro. Sobre todo practico con un arma de fuego, pero reservan una hora al día para nuestras especialidades, así que uso

mi arco de Sinsajo y Gale su arco militar. El tridente que Beetee ha diseñado para Finnick tiene muchas características especiales, pero la más notable es que puede lanzarlo, pulsar el botón de una muñequera metálica y hacer que vuelva a su mano sin tener que ir a por él.

A veces disparamos a muñecos de agentes de la paz para familiarizarnos con sus protecciones. Con los puntos débiles de su armadura, por así decirlo. Si das en carne, la recompensa es un chorro de sangre falsa. Nuestros muñecos están bañados en rojo.

Resulta reconfortante ver el elevado grado de precisión de nuestro grupo. Aparte de Finnick y Gale, en el pelotón hay cinco soldados del 13. Está Jackson, una mujer de mediana edad y segunda al mando que, aunque algo lenta, es capaz de alcanzar objetivos que nosotros ni vemos sin una mira telescópica (ella dice que es la hipermetropía). Hay un par de hermanas de veintitantos años llamadas Leeg (las llamamos Leeg 1 y Leeg 2 para aclararnos) que se parecen tanto con el uniforme puesto que no puedo distinguirlas hasta que me doy cuenta de que Leeg 1 tiene unas extrañas manchas amarillas en los ojos. Después tenemos dos hombres más mayores, Mitchell y Homes, que no dicen mucho, pero son capaces de limpiarte el polvo de las botas a casi cincuenta metros de distancia. Veo que hay otros pelotones bastante buenos, aunque no comprendo del todo nuestra posición hasta la mañana en que Plutarch se une a nosotros.

—Pelotón cuatro, cinco, uno, se os ha seleccionado para una misión especial — empieza; me muerdo el labio por dentro con la esperanza de que sea asesinar a Snow—. Tenemos bastantes buenos tiradores, pero nos faltan equipos de televisión. Por tanto, os hemos escogido para ser lo que llamamos nuestro «pelotón estrella». Seréis los rostros televisivos de la invasión.

Se nota que el grupo pasa primero por la decepción, después por la sorpresa y, al final, llega al enfado.

—Lo que estás diciendo es que no combatiremos de verdad —dice Gale.

—Combatiréis, aunque quizá no siempre en primera línea, si es que hay una primera línea en este tipo de enfrentamientos.

—Ninguno de nosotros quiere eso —comenta Finnick, y todos murmuran para darle la razón, aunque yo guardo silencio—. Vamos a luchar.

—Vais a ser lo más útiles posible para la guerra —responde Plutarch—. Y se ha decidido que sois más valiosos en televisión. Mira el efecto que tuvo Katniss yendo por ahí con su traje de Sinsajo. Le dio la vuelta a la rebelión. ¿Os dais cuenta de que es la única que no protesta? Es porque entiende el poder de la pantalla.

En realidad, Katniss no se queja porque no tiene intención de quedarse con el «pelotón estrella», aunque reconoce la necesidad de llegar al Capitolio antes de llevar a cabo su plan. Sin embargo, puede que ser demasiado obediente levante sospechas.

—Pero no será todo de mentira, ¿no? —pregunto—. Qué desperdicio de talento.

—No te preocupes —me dice Plutarch—. Tendréis objetivos de sobra. Pero procura que no te vuelen en pedazos, ya tengo bastantes problemas como para ponerme a buscar una sustituta. Ahora id al Capitolio y montad un buen espectáculo.

La mañana que partimos me despido de mi familia. No les he dicho lo similares que son las defensas del Capitolio a las armas de la arena, pero que me vaya a la guerra ya es malo de por sí. Mi madre me abraza con fuerza durante un buen rato. Noto que tiene lágrimas en los ojos, lágrimas que consiguió no derramar cuando me eligieron para los Juegos.

—No te preocupes, estaré a salvo. Ni siquiera soy un soldado de verdad, sino una de las marionetas televisadas de Plutarch.

Prim me acompaña hasta las puertas del hospital y me pregunta:

—¿Cómo te sientes?

—Mejor sabiendo que estás donde Snow no puede alcanzarte.

—La próxima vez que nos veamos nos habremos librado de él —me dice con seguridad; después me rodea el cuello con los brazos—. Ten cuidado.

Medito la idea de despedirme de Peeta, pero decido que sería malo para los dos. Sin embargo, sí me meto la perla en el bolsillo del uniforme; es un símbolo del chico del pan.

Un aerodeslizador nos lleva, precisamente, al Distrito 12, donde han montado una zona de transporte improvisada fuera de la zona de fuego. Esta vez no hay trenes de lujo, sino un vagón de mercancías lleno a rebosar de soldados vestidos con sus uniformes gris oscuro, dormidos con la cabeza encima del petate. Al cabo de un par de días de viaje desembarcamos dentro de uno de los túneles de montaña que llevan al Capitolio y hacemos a pie las seis horas que nos quedan para llegar, procurando pisar sólo sobre la línea pintada de verde brillante que marca el camino seguro al exterior.

Salimos en el campamento rebelde, un área de diez manzanas junto a la estación de tren por la que Peeta y yo llegamos en ocasiones anteriores. Está repleto de soldados. Al pelotón 451 se le asigna un lugar en el que montar las tiendas. Esta zona se aseguró hace más de una semana; los rebeldes echaron a los agentes y perdieron cientos de vidas en el proceso. Las fuerzas del Capitolio retrocedieron y se han reagrupado en el interior de la ciudad. Entre nosotros están las calles llenas de trampas, vacías y tentadoras. Habrá que limpiar de vainas cada una de ellas antes de avanzar.

Mitchell pregunta por los bombardeos de aerodeslizadores (nos sentimos muy expuestos en campo abierto), pero Boggs responde que no es problema, que la mayor parte de la flota aérea del Capitolio se destruyó en el 2 o durante la invasión. Si les quedan aviones, los están reservando, seguramente para que Snow y su círculo interno puedan huir en el último momento a algún búnker presidencial escondido.

Nuestros aerodeslizadores se quedaron en tierra después de que los misiles antiaéreos del Capitolio diezmaran a los primeros. Esta guerra se luchará en las calles y, si hay suerte, las infraestructuras sufrirán pocos daños y perderemos pocas vidas. Los rebeldes quieren el Capitolio, igual que el Capitolio quería el 13.

Tres días más tarde, casi todo el pelotón 451 corre peligro de desertar por aburrimiento. Cressida y su equipo nos graban disparando y nos dicen que formamos parte del equipo de desinformación. Si los rebeldes sólo dispararan a las vainas de Plutarch, el Capitolio tardaría unos dos minutos en darse cuenta de que tenemos el holograma. Así que pasamos mucho tiempo destrozando cosas que no importan para despistarlos. Básicamente nos dedicamos a aumentar el tamaño de los montones de cristales de colores rotos de las fachadas de los edificios. Sospecho que intercalan nuestras imágenes con las de la destrucción de objetivos significativos del Capitolio. De vez en cuando necesitan los servicios de tiradores de verdad y los ocho levantamos la mano, pero nunca nos escogen ni a Gale, ni a Finnick, ni a mí.

—Es culpa tuya por ser tan fotogénico —le digo a Gale. Si las miradas matasen...

Creo que no saben qué hacer con nosotros tres, sobre todo conmigo. He traído mi traje de Sinsajo, aunque sólo me han grabado con el uniforme. A veces uso un arma de fuego, otras me piden que dispare con arco y flechas. Es como si no quisieran perder del todo al Sinsajo, pero desearan convertirme en un simple soldado de a pie. Como no me importa, me resulta divertido más que molesto imaginar las discusiones que tendrán en el 13.

Mientras de cara al exterior expreso mi descontento por nuestra falta de participación real, lo cierto es que estoy ocupada con mi propia misión. Cada uno de nosotros tiene un mapa del Capitolio. La ciudad forma un cuadrado casi perfecto, y unas líneas dividen el mapa en cuadrados más pequeños con letras arriba y números abajo, formando una cuadrícula. Lo absorbo todo, y tomo nota de cada cruce y callejón, aunque más bien con fines terapéuticos, porque los comandantes están trabajando con el holograma de Plutarch. Cada comandante tiene un dispositivo portátil llamado holo que produce imágenes como la que vi en Mando. Pueden aumentar el tamaño de una zona de la cuadrícula y ver las vainas que les esperan. El holo es una unidad independiente, un mapa sobrevalorado, en realidad, ya que no puede ni enviar ni recibir señales. Sin embargo, es mucho mejor que mi versión en papel.

El holo se activa con la voz del comandante cuando éste dice en voz alta su nombre. Una vez en funcionamiento, sólo respondería a las voces del resto del pelotón si, por ejemplo, Boggs muriera o resultara gravemente herido y alguien tomara el relevo. Si un miembro del pelotón repitiera la palabra jaula tres veces seguidas, el holo estallararía y volaría todo en pedazos dentro de un radio de unos cinco metros. Es por motivos de seguridad en caso de captura; se entiende que cualquiera

de nosotros lo haría sin vacilar.

Así que tengo que robar el holo activado de Boggs y largarme antes de que se dé cuenta. Creo que sería más fácil robarle los dientes.

La cuarta mañana, la soldado Leeg 2 activa una vaina mal etiquetada: en vez de soltar un enjambre de mosquitos mutantes, que es lo que esperan los rebeldes, dispara una lluvia de dardos metálicos. Uno se le clava en el cerebro; muere antes de que los médicos lleguen hasta ella. Plutarch promete enviarnos un sustituto lo antes posible.

La noche del día siguiente aparece el nuevo miembro de nuestro pelotón. Sin esposas, sin guardias, sale paseando de la estación con un arma en la pistolera del hombro. Hay sorpresa, perplejidad y resistencia, pero el dorso de la mano de Peeta lleva pintado un 451 en tinta fresca. Boggs le quita el arma y se va para hacer una llamada.

—Da igual —nos dice Peeta a los demás—, la presidenta en persona me ha asignado. Ha decidido que las propos necesitan animarse un poco.

Quizá lo hagan, pero si Coin ha enviado a Peeta es que también ha decidido otra cosa: que le soy más útil muerta que viva.



PARTE 3
"ASESINOS"

SINSAJO



Hasta ahora no había visto nunca a Boggs enfadado de verdad, ni cuando desobedecí sus órdenes, ni cuando le vomité encima, ni siquiera cuando Gale le rompió la nariz. Pero cuando vuelve de su conversación telefónica con la presidenta está enfadado. Lo primero que hace es ordenar a la soldado Jackson, su segunda al mando, que establezca una guardia de dos personas durante las veinticuatro horas del día para vigilar a Peeta. Después me lleva a pasear y nos metemos por las tiendas de campaña hasta dejar atrás al pelotón.

—Intentaré matarme de todas formas —digo—. Sobre todo aquí, donde hay tantos malos recuerdos que pueden dispararlo.

—Yo lo contendré, Katniss —me asegura Boggs.

—¿Por qué Coin quiere verme muerta ahora?

—Niega que tenga esa intención —responde.

—Pero sabemos que la tiene. Al menos tendrás una teoría.

Boggs me mira con atención un buen rato antes de responder:

—Te contaré lo que sé. A la presidenta no le gustas, nunca le has gustado. Ella quería rescatar a Peeta de la arena, pero nadie más estaba de acuerdo. La cosa se puso peor cuando la obligaste a conceder la inmunidad a los demás vencedores. Sin embargo, podría haberlo dejado pasar en vista de lo útil que has sido.

—Entonces, ¿qué es? —insisto.

—Esta guerra terminará en algún momento del futuro próximo. Necesitarán un nuevo líder —dice Boggs.

—Boggs, nadie me verá como líder —respondo, poniendo los ojos en blanco.

—No, es verdad, pero apoyarás a alguien. ¿Sería a la presidenta Coin? ¿O sería a otra persona?

—No lo sé, no he pensando en ello.

—Si tu respuesta automática no es Coin, te conviertes en una amenaza. Eres el rostro de la rebelión, quizá tengas más influencia que nadie. De cara al exterior te has limitado a tolerarla.

—Así que me matará para cerrarme la boca —respondo, y sé que es cierto en cuanto lo digo.

—Ahora no te necesita para levantar a las masas. Como dijo, ya has tenido éxito en tu objetivo, que era unir a los distritos —me recuerda Boggs—. Estas propos

podrían hacerse sin ti. Sólo queda una cosa que puedas hacer para avivar la rebelión.

—Morir —respondo en voz baja.

—Sí, darles un mártir por el que luchar. Pero eso no pasará bajo mi mando, soldado Everdeen. Me he propuesto que disfrutes de una larga vida.

—¿Por qué? —le pregunto, porque algo así sólo puede traerle problemas—. No me debes nada.

—Porque te lo has ganado —responde—. Y ahora, vuelve con tu pelotón.

Sé que debería agradecer que Boggs arriesgue el cuello por mí, pero la verdad es que estoy frustrada. Es decir, ¿ahora cómo voy a robarle el holo y desertar? Antes le debía la vida, por lo que ya me resultaba complicado traicionarlo. Ahora le debo otra cosa más.

Me pone furiosa ver al culpable de mi actual dilema montando su tienda en nuestra zona.

—¿A qué hora es mi guardia? —le pregunto a Jackson.

Ella entrecierra los ojos para mirarme con cara de duda, o quizá sea que intenta verme.

—No te he puesto en la rotación.

—¿Por qué no?

—No estoy segura de que seas capaz de disparar a Peeta si se diera el caso.

Hablo bien alto para que todo el pelotón pueda oírme con claridad:

—No voy a disparar a Peeta, Peeta se ha ido, como dijo Johanna. Sería como disparar a cualquier otro muto del Capitolio.

Me sienta bien decir algo horrible sobre él en voz alta, en público, después de todas las humillaciones por las que me ha hecho pasar desde que regresó.

—Bueno, esa clase de comentarios tampoco son una buena recomendación —responde Jackson.

—Ponla en la rotación —oigo decir a Boggs detrás de mí.

Jackson sacude la cabeza y toma nota.

—De medianoche a cuatro —me dice—. Estás conmigo.

Entonces suena el silbato de la cena, y Gale y yo nos ponemos en fila en la cantina.

—¿Quieres que lo mate? —me pregunta sin rodeos.

—Sólo serviría para que nos enviaran de vuelta —respondo; de todos modos, aunque estoy furiosa, la brutalidad de su oferta me inquieta—. Puedo manejarlo.

—¿Te refieres a que puedes manejarlo hasta que te vayas? ¿Tú, tu mapa en papel y, si consigues ponerle las manos encima, también un holo?

Así que a Gale no se le han escapado mis preparativos. Espero que no hayan resultado igual de obvios para el resto, aunque ninguno me conoce como él.

—No estarás pensando en dejarme atrás, ¿verdad? —me pregunta.

Hasta este momento sí lo pensaba, pero tener a mi compañero de caza guardándome las espaldas no suena mal.

—Como tu compañera de armas, debo recomendarte encarecidamente que te quedes con tu pelotón, aunque no puedo impedir que vengas, ¿verdad?

—No —responde él, sonriendo—. A no ser que quieras que avise al resto del ejército.

El pelotón 451 y el equipo de televisión recogemos nuestra cena de la cantina y nos reunimos en un tenso círculo para comer. Al principio me parece que Peeta es la causa del malestar, pero, al final de la cena, me doy cuenta de que más de uno me ha mirado con mala cara. Las cosas han cambiado de golpe, porque estoy bastante segura de que, cuando apareció Peeta, todos estaban preocupados por lo peligroso que pudiera ser, sobre todo para mí. Sin embargo, hasta que no recibo una llamada de teléfono de Haymitch, no acabo de entenderlo.

—¿Qué intentas hacer? ¿Provocarlo para que te ataque? —me pregunta.

—Claro que no, sólo quiero que me deje en paz.

—Bueno, pues no puede, no después de lo que el Capitolio le hizo pasar. Mira, quizá Coin lo enviara con la esperanza de que te matase, pero Peeta no lo sabe. No entiende lo que le ha pasado, así que no deberías culparlo...

—¡No lo culpo!

—¡Sí que lo haces! Lo castigas una y otra vez por cosas que no están bajo su control. Obviamente, no estoy diciendo que no tengas tu arma con el cargador lleno al lado todo el tiempo, pero creo que ha llegado el momento de que le des la vuelta a la situación en tu cabeza. Si el Capitolio te hubiera capturado y secuestrado, para después intentar asesinar a Peeta, ¿es así como te trataría él? —pregunta Haymitch.

Me callo. No lo es. Así no es como me trataría, en absoluto. Intentaría recuperarme a cualquier precio. No me haría el vacío, ni me abandonaría, ni me recibiría con hostilidad en todo momento.

—Tú y yo hicimos un trato para intentar salvarlo, ¿recuerdas? —dice Haymitch; como no respondo, desconecta después de un seco—: Intenta recordarlo.

El día de otoño pasa de fresco a frío. Casi todo el pelotón se arrebujaba en sus sacos de dormir. Algunos duermen al raso, cerca de la estufa del centro del campamento, mientras otros se retiran a sus tiendas. Leeg 1 se ha derrumbado por fin y llora la muerte de su hermana; nos llegan sus sollozos ahogados a través de la lona. Me acurruco en mi tienda y medito sobre las palabras de Haymitch. Me doy cuenta, avergonzada, de que mi fijación por asesinar a Snow me ha permitido no hacer caso de un problema mucho más difícil: intentar rescatar a Peeta del mundo de sombras en el que lo ha encerrado el secuestro. No sé cómo encontrarlo, por no hablar de cómo sacarlo. Ni siquiera soy capaz de concebir un plan. Hace que la tarea de cruzar una arena llena de trampas, localizar a Snow y meterle una bala en la cabeza parezca un

juego de niños.

A medianoche salgo a rastras de la tienda y me coloco en un taburete cerca de la estufa para hacer guardia con Jackson. Boggs le dijo a Peeta que durmiera fuera, a plena vista, donde los demás pudiéramos vigilarlo. No está dormido, sino sentado con el saco subido hasta el pecho, haciendo torpes nudos en un trocito de cuerda. Lo conozco bien, es el trozo de cuerda que Finnick me prestó aquella noche en el búnker. Verlo en sus manos es como oír a Finnick repetir lo que Haymitch me ha dicho, que he abandonado a Peeta. Éste podría ser un buen momento para empezar a remediarlo. Si pudiera pensar en algo que decir... Sin embargo, no se me ocurre nada, así que me callo. Dejo que el ruido de la respiración de los soldados llene la noche.

Al cabo de una hora, Peeta dice:

—Estos dos últimos años deben de haberte resultado agotadores, todo el rato intentando decidir si me matabas o no. Una y otra vez. Una y otra vez.

Me parece que está siendo muy injusto y mi primer impulso es decir algo cortante, pero recuerdo mi conversación con Haymitch e intento dar un primer paso de prueba hacia Peeta.

—Nunca quise matarte, salvo cuando creí que ayudabas a los profesionales a matarme. Después, siempre te consideré... un aliado.

Es una palabra segura, sin connotaciones emotivas, pero tampoco amenazadora.

—Aliada —repite Peeta lentamente, saboreando la palabra—. Amiga. Amante. Vencedora. Enemiga. Prometida. Objetivo. Muto. Vecina. Cazadora. Tributo. Aliada. La añadiré a la lista de palabras que uso para intentar entenderte —responde, enrollando y desenrollando la cuerda en sus dedos—. El problema es que ya no distingo lo que es real de lo que es inventado.

No se oye ninguna respiración profunda, lo que significa que o todos se han despertado o que, en realidad, nunca han estado dormidos. Sospecho lo segundo.

La voz de Finnick sale de un bulto entre las sombras.

—Pues pregunta, Peeta. Es lo que hace Annie.

—¿A quién? ¿En quién puedo confiar?

—Bueno, en nosotros, para empezar. Somos tu pelotón —responde Jackson.

—Sois mis guardias —puntualiza Peeta.

—Eso también, pero salvaste muchas vidas en el 13. Nunca lo olvidaremos.

En el silencio posterior, intento imaginar no ser capaz de distinguir la ilusión de la realidad, no saber si Prim o mi madre me quieren, si Snow es mi enemigo, si la persona que está al otro lado de la estufa me salvó o me sacrificó. Mi vida se convierte rápidamente en una pesadilla. De repente quiero decir a Peeta todo lo que sé sobre él, sobre mí y sobre cómo acabamos aquí, pero no sé cómo empezar. No sirvo para nada, absolutamente para nada.

Unos cuantos minutos antes de las cuatro, Peeta se vuelve otra vez hacia mí y

dice:

—Tu color favorito... ¿es el verde?

—Sí —respondo, y entonces se me ocurre algo que añadir—. Y el tuyo es el naranja.

—¿Naranja? —repite él, poco convencido.

—No el naranja chillón, sino el suave, como una puesta de sol —respondo—. Al menos, eso me dijiste una vez.

—Ah —responde él, y cierra los ojos un momento, quizá para intentar imaginar esa puesta de sol; después asiente—. Gracias.

Pero me salen más palabras.

—Eres pintor. Eres panadero. Te gusta dormir con las ventanas abiertas. Nunca le pones azúcar al té. Y siempre le haces dos nudos a los cordones de los zapatos.

Después me meto en la tienda antes de hacer alguna estupidez, como llorar, por ejemplo.

Por la mañana, Gale, Finnick y yo salimos a disparar a los cristales de algunos edificios para que lo graben los de la televisión. Cuando volvemos al campamento, Peeta está sentado en un círculo con los soldados del 13, que están armados pero hablan con él abiertamente. A Jackson se le ha ocurrido un juego llamado «real o no» para ayudar a Peeta: él menciona algo que cree que ha pasado, y ellos le dicen si es cierto o imaginario, además de añadir una breve explicación.

—Casi toda la gente del 12 murió en el incendio.

—Real. Menos de novecientos de los tuyos llegaron vivos al 13.

—El incendio fue culpa mía.

—No. El presidente Snow destruyó el 12 igual que hizo con el 13, para enviar un mensaje a los rebeldes.

Me parece una gran idea hasta que me doy cuenta de que soy la única que puede confirmar o negar la mayoría de las cosas que más le preocupan. Jackson nos divide en turnos. Organiza las parejas de modo que Gale, Finnick y yo estemos siempre con algún soldado del 13. Así, Peeta tendrá acceso a alguien que lo conozca de manera más personal. No es una conversación fluida. Peeta pasa mucho tiempo meditando cualquier información por trivial que parezca, como, por ejemplo, dónde compraba el jabón la gente del 12. Gale le cuenta muchas cosas sobre nuestro distrito; Finnick es el experto en los dos Juegos de Peeta, ya que fue mentor en el primero y tributo en el segundo. Sin embargo, como la principal confusión de Peeta gira en torno a mí (y no es fácil explicarlo todo), nuestros intercambios son dolorosos e intensos, a pesar de que sólo tocamos los detalles más superficiales: el color de mi vestido en el 7; que prefiero los panecillos de queso; el nombre de nuestro profesor de matemáticas cuando éramos pequeños... Reconstruir sus recuerdos de mí es espantoso. Quizá ni siquiera sea posible después de lo que le hizo Snow, aunque creo que intentar

ayudarlo es lo más correcto.

Al día siguiente, por la tarde, nos notifican que todo el pelotón debe representar una propo bastante complicada. Peeta tenía razón en algo: Coin y Plutarch no están contentos con la calidad de las grabaciones que obtienen del pelotón estrella. Son muy aburridas, poco inspiradoras. La respuesta obvia es que lo único que nos permiten hacer es jugar con nuestras armas. Sin embargo, no se trata de defendernos, sino de ofrecer un buen producto, así que hoy nos han dejado una manzana especial para la filmación. Incluso tiene un par de vainas activas: una dispara una lluvia de balas; la otra envuelve en una red al invasor y lo atrapa para su posterior interrogatorio o ejecución, según las preferencias del captor. En cualquier caso, se trata de una manzana residencial sin importancia y sin valor estratégico digno de mención.

El equipo de televisión debe hacer que el peligro parezca mayor, y para eso soltará bombas de humo y añadirá disparos mediante efectos de sonido. Nos vestimos con todas las protecciones posibles, incluso los del equipo de televisión, como si fuéramos al corazón de la batalla. A los que tenemos armas especiales nos permiten llevarlas junto con las de fuego. Boggs también devuelve a Peeta la pistola, aunque se asegura de decirle en voz alta que está cargada con balas de fogeo.

Peeta se encoge de hombros.

—No pasa nada, soy mal tirador.

Parece concentrado en observar a Pollux, tanto que llega a resultar preocupante, hasta que, finalmente, lo resuelve y empieza a hablar con mucho nerviosismo:

—Eres un avox, ¿verdad? Lo noto por la forma de tragar. Había dos avox conmigo en prisión, Darius y Lavinia, pero los guardias casi siempre los llamaban «los pelirrojos». Habían sido nuestros criados en el Centro de Entrenamiento, así que los detuvieron. Vi cómo los torturaban hasta matarlos. Ella tuvo suerte, usaron demasiado voltaje y su corazón se paró de golpe. Con él tardaron días. Lo golpearon y le fueron cortando partes del cuerpo. Le preguntaban una y otra vez, pero él no podía hablar, sólo hacía unos horribles sonidos animales. No querían información, ¿sabes? Sólo querían que yo lo viera.

Aturdidos, vemos que Peeta mira a su alrededor como si esperara una respuesta. Como nadie se la da, pregunta:

—¿Real o no? —La falta de respuesta lo inquieta todavía más—. ¡¿Real o no?! — exige saber.

—Real —dice Boggs—. Al menos, por lo que sé, es... real.

—Eso pensaba —responde Peeta, dejando caer los hombros—. El recuerdo no era... brillante.

Se aleja del grupo mascullando algo sobre dedos y pies.

Me acerco a Gale y apoyo la frente sobre la protección de su pecho; él me abraza

con fuerza. Por fin sabemos el nombre de la chica que el Capitolio se llevó del bosque del 12, y el destino de nuestro amigo, el agente de la paz que intentó mantener con vida a Gale. No es momento para recordar los recuerdos felices con ellos; han muerto por mi culpa. Los añado a mi lista personal de fallecimientos a causa de la arena, una lista en la que ya hay miles de personas. Cuando levanto la vista, veo que Gale se lo ha tomado de otra manera. Su expresión me dice que le van a faltar montañas que aplastar y ciudades que destruir; promete muerte.

Con el truculento relato de Peeta en mente, atravesamos las calles llenas de cristales rotos hasta llegar al objetivo, la manzana que debemos tomar. Es un objetivo real, aunque pequeño. Nos reunimos alrededor de Boggs para examinar la proyección holográfica de la calle. La vaina de los disparos está situada a un tercio del recorrido, justo encima del toldo de un edificio. La podemos activar con balas. La de la red está al final, casi en la siguiente esquina. Para ésa necesitaremos que alguien dispare el mecanismo del sensor. Todos se presentan voluntarios salvo Peeta, que no parece saber bien qué está pasando. No me escogen a mí; me envían con Messalla, que me maquilla un poco para los primeros planos.

El pelotón se coloca según las órdenes de Boggs y esperamos a que Cressida ponga también a los cámaras en sus puestos. Los dos están a nuestra izquierda, Castor grabando la parte delantera y Pollux por detrás, de modo que no se graben el uno al otro. Messalla lanza un par de bombas de humo para crear atmósfera. Como esto es tanto una misión como una grabación, estoy a punto de preguntar quién está al mando, si mi comandante o mi directora, cuando Cressida grita:

—¡Acción!

Avanzamos muy despacio por la calle envuelta en niebla, como en uno de nuestros ejercicios de la Manzana. Todos tienen al menos una sección de ventanas que volar en pedazos, pero a Gale le toca el blanco de verdad. Cuando activa la vaina, todos nos cubrimos (nos protegemos en portales o nos tiramos al suelo, sobre los bonitos adoquines naranjas y rosas), mientras una lluvia de balas pasa volando por encima de nosotros. Al cabo de un rato, Boggs nos ordena avanzar.

Cressida nos detiene antes de levantarnos porque necesita algunos primeros planos. Nos turnamos para repetir nuestras reacciones: caemos al suelo, ponemos muecas y nos lanzamos hacia algún hueco. Se supone que es un tema serio, pero todo resulta un poco ridículo, sobre todo al descubrir que no soy la peor intérprete del pelotón, ni de lejos. Nos reímos un montón cuando Mitchell intenta proyectar su idea de la desesperación, que consiste en apretar los dientes y mover las aletas de la nariz; Boggs nos regaña.

—Ya está bien, cuatro, cinco, uno —dice en tono serio, aunque veo que intenta reprimir una sonrisa mientras comprueba de nuevo la siguiente vaina.

Coloca el holo para captar mejor la luz en medio de la bruma. Todavía nos está

mirando cuando su pie izquierdo da un paso atrás, pisa el adoquín naranja y dispara la bomba que le arranca las piernas.



Es como si, en un instante, una vidriera se hiciera añicos y nos revelara el feo mundo que esconde detrás. Las risas se convierten en gritos, la sangre mancha los adoquines en tonos pastel y el humo de verdad oscurece el efecto especial creado para la televisión.

Un segundo estallido corta el aire y me deja un pitido en los oídos, pero no sé de dónde viene.

Llego a Boggs la primera e intento encontrarle sentido a la carne retorcida, a las extremidades que faltan, buscar algo con lo que detener el flujo rojo que le mana del cuerpo. Homes me aparta y abre un botiquín de primeros auxilios. Boggs me agarra la muñeca. Es como si su cara, gris de muerte y ceniza, se hundiera. Sin embargo, sus siguientes palabras son una orden:

—El holo.

El holo. Me arrastro por el suelo escarbando entre los trozos de baldosas llenos de sangre y me estremezco cuando encuentro pedacitos de carne caliente. Lo encuentro clavado en unas escaleras, junto con una de las botas de Boggs. Lo saco, lo limpio con las manos y vuelvo con mi comandante.

Homes le ha puesto una especie de venda de compresión al muñón del muslo izquierdo de Boggs, pero ya está empapada. Intenta hacer un torniquete en el otro, sobre la rodilla. El resto del pelotón se ha cerrado en formación protectora a nuestro alrededor. Finnick intenta revivir a Messalla, que se dio contra un muro en la explosión. Jackson grita a un intercomunicador de campo e intenta, sin éxito, avisar al campamento para que envíe médicos. Pero sé que es demasiado tarde. De pequeña, mientras veía a mi madre trabajar, aprendí que una vez que el charco de sangre alcanzaba cierto tamaño, no había vuelta atrás.

Me arrodillo al lado de Boggs, preparada para repetir el papel que hice con Rue y con la adicta del 6, para que tenga a alguien a quien agarrarse mientras abandona esta vida. Sin embargo, Boggs tiene las dos manos en el holo, escribe una orden, pone el pulgar en la pantalla para que reconozca su huella, y pronuncia una serie de letras y números cuando el dispositivo se los pide. Un rayo de luz verde sale del holo y le ilumina la cara.

—No apto para el mando —dice—. Transfiere autorización de seguridad principal a la soldado Katniss Everdeen, pelotón 451. —Con mucho esfuerzo,

consigue volver el holo hacia mi cara—. Di tu nombre.

—Katniss Everdeen —le digo al rayo verde.

De repente, veo que me atrapa en su luz. No puedo moverme, ni siquiera parpadear, mientras una serie de imágenes pasan rápidamente ante mí. ¿Me está escaneando? ¿Grabando? ¿Cegando? Desaparece y sacudo la cabeza para despejarla.

—¿Qué has hecho?

—¡Preparaos para la retirada! —aúlla Jackson.

Finnick está gritando algo y señala al otro extremo de la manzana, por donde hemos entrado. Una sustancia negra y aceitosa sale como un géiser de la calle, entre los edificios, y crea un impenetrable muro de oscuridad. No parece ni líquido ni gas, ni mecánico ni natural. Seguro que es mortífera. No podemos volver por donde hemos venido.

Unos disparos ensordecedores suenan cuando Gale y Leeg 1 empiezan a abrir un sendero a tiros por las piedras, hacia el otro extremo de la manzana. No entiendo qué hacen hasta que otra bomba, a unos nueve metros, estalla y abre un agujero en la calle. Entonces me doy cuenta de que es un intento rudimentario de disparar las posibles trampas. Homes y yo agarramos a Boggs y lo arrastramos detrás de Gale. El dolor le puede y empieza a gritar; yo quiero parar, encontrar otra forma de hacerlo, pero la oscuridad sube por encima de los edificios, hinchándose, deslizándose hacia nosotros como una ola.

Alguien tira de mí hacia atrás, pierdo a Boggs y me doy contra las piedras. Peeta me mira desde arriba, ido, loco, de vuelta a la tierra de los secuestrados, con el arma en alto, dispuesto a aplastarme el cráneo con ella. Ruedo, oigo cómo la culata se estrella en el suelo y, por el rabillo del ojo, veo el enredo de cuerpos: Mitchell se lanza sobre Peeta y lo sujeta sobre los adoquines. Pero Peeta, con su fuerza de siempre unida a la locura de las rastrevíspulas, golpea el vientre de Mitchell con los pies y lo lanza por los aires.

Se oye el fuerte chasquido de la trampa cuando la vaina se dispara. Cuatro cables unidos a unas guías en los edificios salen de entre las piedras y levantan la red que encierra a Mitchell. Está ensangrentado, no tiene sentido... hasta que veo las púas que recorren el alambre que lo rodea. Lo reconozco de inmediato, es el mismo alambre que decoraba la parte superior de la valla del 12. Le grito que no se mueva y me ahogo con el olor de la oscuridad, que es espeso y alquitranado. La ola ha llegado a su cresta y empieza a caer.

Gale y Leeg 1 disparan sobre el cierre de la puerta del edificio de la esquina y después a los cables que sostienen la red de Mitchell. Otros sujetan a Peeta. Me lanzo sobre Boggs, y Homes y yo lo arrastramos al interior del piso, a través de un salón rosa y blanco, por un pasillo lleno de fotos familiares, hasta el suelo de mármol de una cocina, donde nos derrumbamos. Castor y Pollux traen a Peeta, que no deja de

forcejear. De algún modo, Jackson consigue esposarlo, cosa que sólo sirve para enfurecerlo más; se ven obligados a encerrarlo en un armario.

En el salón, la puerta se cierra, la gente grita. Después se oyen pisadas por el pasillo y la ola negra pasa rugiendo junto al edificio. Desde la cocina nos llega el ruido de las ventanas, que gruñen y se hacen añicos. El nocivo olor a alquitrán impregna el aire. Finnick lleva a Messalla. Leeg 1 y Cressida entran detrás de él, dando tumbos y tosiendo.

—¡Gale! —chillo.

Entonces llega, cierra la puerta de la cocina de un portazo y, medio ahogado, grita una palabra:

—¡Gases!

Castor y Pollux recogen toallas y delantales para taponar las rendijas, mientras Gale sufre arcadas encima de un fregadero amarillo limón.

—¿Mitchell? —pregunta Homes, pero Leeg 1 sacude la cabeza.

Boggs me pone el holo en la mano. Mueve los labios, aunque no entiendo qué dice. Acercó la oreja a su boca para poder captar su ronco susurro:

—No confíes en ellos, no vuelvas. Mata a Peeta. Haz lo que has venido a hacer.

Me aparto para verle la cara.

—¿Qué? ¿Boggs? ¿Boggs?

Sus ojos siguen abiertos, pero está muerto. En la mano, pegado con sangre, tengo el holo.

Los pies de Peeta golpeando la puerta del armario es lo único que se oye por encima de la respiración agitada de los demás. Sin embargo, mientras escuchamos, su energía parece decaer. Las patadas disminuyen y se convierten en un tamborileo irregular. Después, nada. Me pregunto si él también habrá muerto.

—¿Se ha ido? —pregunta Finnick, mirando a Boggs; asiento—. Tenemos que salir de aquí. Ahora. Acabamos de activar una calle entera llena de vainas. Seguro que nos tienen en las cintas de seguridad.

—Puedes contar con ello —dice Castor—. Todas las calles están cubiertas por cámaras de seguridad. Seguro que activaron manualmente la ola negra en cuanto nos vieron grabar la propo.

—Nuestros intercomunicadores por radio se desactivaron casi de inmediato. Seguramente ha sido un pulso electromagnético. Pero os llevaré de vuelta al campamento. Dame el holo —me dice Jackson, pero yo me llevo el aparato al pecho.

—No, Boggs me lo ha dado a mí.

—No digas tonterías —me suelta; claro, ella cree que es suyo, es la segunda al mando.

—Es verdad —dice Homes—. Le transfirió la autorización de seguridad principal mientras agonizaba. Lo he visto.

—¿Por qué iba a hacer eso? —exige saber Jackson.

Eso, ¿por qué? Le doy vueltas en la cabeza a los horribles acontecimientos de los últimos cinco minutos: Boggs mutilado, muriendo, muerto; la rabia homicida de Peeta; Mitchell ensangrentado, atrapado y tragado por esa asquerosa ola negra. Me vuelvo hacia Boggs deseando con toda mi alma que siguiera vivo. De repente estoy convencida de que él está del todo de mi parte, y quizá sea el único. Pienso en sus últimas órdenes:

«No confíes en ellos, no vuelvas. Mata a Peeta. Haz lo que has venido a hacer».

¿Qué quería decir? ¿Que no confiara en quién? ¿En los rebeldes? ¿En Coin? ¿En la gente que tengo delante ahora mismo? No volveré, pero él tenía que saber que soy incapaz de meterle una bala a Peeta en la cabeza. ¿Lo soy? ¿Debería? ¿Acaso Boggs averiguó que he venido aquí para desertar y matar a Snow yo sola?

No puedo solucionarlo ahora mismo, así que decido llevar a término las dos primeras órdenes: no confiar en nadie y meterme en el Capitolio. Pero ¿cómo voy a justificarlo? ¿Cómo consigo que me dejen el holo?

—Porque estoy en una misión especial para la presidenta Coin. Creo que Boggs era el único que lo sabía.

Jackson no está convencida.

—¿Para hacer qué? —pregunta.

¿Por qué no contarles la verdad? Es tan verosímil como cualquier otra cosa que se me ocurra. Sin embargo, tiene que parecer una misión real, no una venganza.

—Para asesinar al presidente Snow antes de que las víctimas de la guerra hagan que nuestra población se reduzca hasta límites insostenibles.

—No te creo —responde Jackson—. Como tu actual comandante, te ordeno que me transfieras la autorización de seguridad principal.

—No. Sería una violación directa de las órdenes de la presidenta Coin.

Todos sacan las armas; la mitad apunta a Jackson y la otra mitad a mí. Justo cuando creo que alguien va a morir, Cressida dice:

—Es cierto, por eso estamos aquí. Plutarch quiere televisarlo, cree que si filmamos al Sinsajo asesinando a Snow, la guerra terminará.

Jackson se para a pensar y después señala el armario con la punta de la pistola.

—¿Y por qué está él aquí?

Ahí me ha pillado. No se me ocurre ninguna razón cabal por la que Coin enviaría a un chico inestable programado para matarme a una misión tan importante. Debilita mi historia. Cressida vuelve a ayudarme:

—Porque las dos entrevistas con Caesar Flickerman posteriores a los Juegos se grabaron en los alojamientos del presidente Snow. Plutarch cree que Peeta podría servirnos de guía en un lugar que conocemos muy poco.

Quiero preguntar a Cressida por qué miente por mí, por qué lucha para que yo

pueda seguir con mi propia misión. Pero no es el momento.

—¡Tenemos que irnos! —dice Gale—. Yo sigo a Katniss. Si vosotros no queréis, volved al campamento. ¡Pero hay que salir ya!

Homes abre el armario y se echa a Peeta, que está inconsciente, al hombro.

—Listo —anuncia.

—¿Boggs? —pregunta Leeg 1.

—No nos lo podemos llevar. Él lo entendería —responde Finnick; después recoge el arma de Boggs y se la echa al hombro—. Tú diriges, soldado Everdeen.

No sé cómo dirigir. Miro el holo en busca de ayuda. Sigue activado, pero por mí podría estar muerto, porque no tengo tiempo de jugar con los botones para averiguar cómo funciona.

—No sé usar esto. Boggs dijo que tú me ayudarías —le digo a Jackson—. Me dijo que podía contar contigo.

Jackson frunce el ceño, me quita el holo e introduce una orden. Aparece un cruce.

—Si salimos por la puerta de la cocina, hay un pequeño patio y después la parte de atrás de otra unidad de apartamentos. Estamos viendo una perspectiva de las cuatro calles que se encuentran en el cruce.

Intento concentrarme y observar el cruce del mapa, que está lleno de lucecitas indicando vainas por todas partes. Y son sólo las vainas que Plutarch conocía. El holo no indicaba que la manzana de la que acabamos de salir estaba minada, ni que tenía el géiser negro, ni que la red estuviera hecha de alambre de espino. Además de eso, puede que haya agentes de la paz, ya que ahora conocen nuestra posición. Me muerdo el interior del labio y noto todos los ojos clavados en mí.

—Poneos las máscaras. Vamos a salir por donde hemos entrado.

Objeciones al instante, así que levanto la voz:

—Si la ola era tan fuerte, debe de haber disparado y absorbido otras vainas que pudiera haber en nuestro camino.

Se paran a pensarlo. Pollux le hace unos cuantos signos rápidos a su hermano.

—También puede haber desactivado las cámaras —traduce Castor—. Al tapar las lentes.

Gale apoya una de las botas en la encimera y examina la salpicadura de negro en la punta. La rasca con un cuchillo de cocina.

—No es corrosivo. Creo que está diseñado para ahogar o envenenar.

—Seguramente es nuestra mejor oportunidad —dice Leeg 1.

Nos ponemos las máscaras. Finnick ajusta la de Peeta. Cressida y Leeg 1 llevan entre las dos a Messalla, que está mareado.

Espero que alguien inicie la marcha, hasta que me doy cuenta de que ahora ése es mi trabajo. Abro de un empujón la puerta de la cocina, pero no encuentro resistencia. Una capa de un centímetro de grosor de porquería negra se ha extendido por el salón

y ha cubierto tres cuartos del pasillo. Cuando le doy con precaución usando la punta de la bota, descubro que tiene la consistencia de un gel. Levanto el pie y, después de estirla un poco, vuelve a su sitio como un resorte. Doy tres pasos por el gel y miro atrás. No dejo huellas. Es la primera cosa positiva que sucede en todo el día. El gel se va haciendo más denso conforme avanzo. Abro la puerta principal temiendo que entren litros y más litros de esa cosa, pero la sustancia negra mantiene su forma.

Es como si hubieran metido en pintura negra la manzana rosa y naranja para después sacarla a secar. Los adoquines, los edificios e incluso los tejados están cubiertos de gel. Una gran lágrima cuelga sobre la calle, y de ella salen dos formas: el cañón de un arma y una mano humana. Mitchell. Me quedo en la acera, mirándolo, hasta que el resto del grupo se une a mí.

—Si alguien quiere volver, por lo que sea, ahora es el momento —digo—. Sin preguntas ni rencores.

Nadie desea retirarse, así que empiezo a avanzar hacia el Capitolio sabiendo que no tenemos mucho tiempo. Aquí el gel tiene más profundidad, de diez a quince centímetros, y hace un ruido de succión cada vez que levantas el pie, aunque sirve para ocultar nuestro rastro.

La ola debe de haber sido enorme y potente, ya que ha afectado a varias de las manzanas que tenemos delante. Y, a pesar de pisar con cuidado, creo que mi instinto estaba en lo cierto al decirme que había activado otras vainas. Una manzana está llena de cadáveres dorados de rastrevíspulas; las liberarían y sucumbirían ante los gases. Un poco más adelante se ha derrumbado un edificio entero bajo el gel. Corro por los cruces y levanto una mano para que los demás esperen hasta comprobar que no hay problemas, aunque parece que la ola ha desmantelado las vainas mejor que cualquier pelotón rebelde.

En la quinta manzana noto que hemos llegado al punto en el que comenzó la ola. El gel sólo tiene un par de centímetros de grosor y veo unos tejados celestes asomando por el siguiente cruce. La luz de la tarde se ha apagado un poco y necesitamos urgentemente ocultarnos y organizar un plan. Escojo un edificio que se encuentra a dos tercios del fin de la manzana, Homes fuerza la cerradura, y yo ordeno a los demás que entren. Me quedo en la calle un minuto y observo cómo desaparecen nuestras huellas. Después, cierro la puerta.

Las linternas integradas en los fusiles iluminan una habitación grande con paredes de espejos que nos devuelven la mirada cada vez que nos giramos. Gale comprueba las ventanas, que no presentan daños, y se quita la máscara.

—No pasa nada. Se huele un poco, pero no es muy fuerte.

El piso parece diseñado exactamente igual que el anterior. El gel bloquea la luz natural de la parte delantera, aunque un poco de luz consigue filtrarse a través de las contraventanas de la cocina. En el pasillo hay dos dormitorios con sus baños. La

escalera de caracol del salón conduce al espacio abierto de la segunda planta. Arriba no hay ventanas, pero las luces están encendidas, seguramente porque alguien evacuó el lugar a toda prisa. En una pared hay una enorme pantalla de televisión apagada que emite un suave brillo. Por todo el cuarto hay sillones y sofás lujosos. Nos reunimos aquí, nos dejamos caer en los asientos e intentamos recuperar la respiración.

Jackson apunta a Peeta, que sigue esposado e inconsciente, tirado sobre el sofá azul marino en el que lo ha depositado Homes. ¿Qué narices voy a hacer con él? ¿Y con el equipo de televisión? ¿Y con todos, en realidad, aparte de Gale y Finnick? Porque preferiría perseguir a Snow con ellos en vez de sola, pero no puedo conducir a diez personas por el Capitolio en una misión falsa, ni siquiera suponiendo que pudiera leer el holo. ¿Debería o podría haberlos enviado de vuelta cuando tuve oportunidad? ¿O era demasiado peligroso tanto para ellos como para mi misión? Quizá no debería haber escuchado a Boggs, porque puede que estuviera sufriendo alucinaciones. Quizá tendría que confesarme, pero entonces Jackson se haría con el mando y acabaríamos en el campamento, donde yo respondería ante Coin.

Justo cuando la complejidad del lío al que he arrastrado a todo el mundo empieza a sobrecargarme el cerebro, una lejana cadena de explosiones hace temblar el cuarto.

—No ha sido cerca —nos asegura Jackson—. A unas cuatro o cinco manzanas.

—Donde dejamos a Boggs —dice Leeg 1.

Aunque nadie se ha acercado a ella, la tele se enciende de repente y emite un agudo pitido que nos pone a casi todos en pie.

—¡No pasa nada! —nos tranquiliza Cressida—. Es una retransmisión de emergencia. Todos los televisores del Capitolio se activan automáticamente.

Y ahí estamos nosotros, en pantalla, justo después de la bomba que acabó con Boggs. Un narrador explica a los espectadores que están viendo cómo intentamos reagruparnos, reaccionar ante la llegada del gel negro que sale de la calle y perder el control de la situación. Vemos el caos que sigue a la ola hasta que ésta bloquea las cámaras. Lo último que sale es Gale solo en la calle intentando disparar a los cables que mantienen atrapado a Mitchell.

El periodista nos identifica a Gale, Finnick, Boggs, Peeta, Cressida y a mí por nombre.

—No hay tomas aéreas. Boggs debía de estar en lo cierto sobre sus aerodeslizadores —dice Castor.

Yo no me había dado cuenta, pero supongo que es el tipo de cosas que nota un cámara.

La cobertura continúa desde el patio trasero del piso en el que nos refugiarnos. Los agentes de la paz ocupan el tejado de nuestro anterior escondite; lanzan proyectiles contra los apartamentos y desencadenan la serie de explosiones que hemos oído; después el edificio se derrumba en una nube de polvo y escombros.

Ahora pasan a una transmisión en directo. Una periodista está de pie en el tejado con los agentes. Detrás de ella, el edificio arde. Los bomberos intentan controlar las llamas con mangueras de agua. Nos declaran muertos.

—Por fin un poco de suerte —comenta Homes.

Supongo que es verdad, sin duda es mejor que tener al Capitolio persiguiéndonos. Sin embargo, no puedo evitar imaginar cómo verán esto en el 13, donde mi madre, Prim, Hazelle, sus hijos, Annie, Haymitch y muchas otras personas creen que acaban de vernos morir.

—Mi padre. Acaba de perder a mi hermana y ahora... —dice Leeg 1.

Vemos cómo repiten la grabación una y otra vez. Se regodean en su victoria, sobre todo por mí. La interrumpen para meter un montaje sobre cómo el Sinsajo se hizo con el poder rebelde. Creo que lo tienen preparado desde hace tiempo, porque está muy pulido. Después pasan a un par de periodistas que debaten en directo sobre mi merecido final. Prometen que más tarde Snow hará un anuncio oficial. La pantalla se apaga y vuelve a su brillo de siempre.

Los rebeldes no intentan interrumpir la emisión, lo que me lleva a pensar que creen que es cierta. De ser así, ahora estamos solos de verdad.

—Bueno, ahora que estamos muertos, ¿cuál es nuestro siguiente movimiento? —pregunta Gale.

—¿No es obvio? —pregunta Peeta.

Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que había recuperado el conocimiento. No sé cuánto tiempo lleva despierto, pero, por su cara de tristeza, lo bastante para ver lo sucedido en la calle, cómo se volvió loco, intentó aplastarme la cabeza y lanzó a Mitchell hacia la vaina. Se sienta como puede y se dirige a Gale:

—Nuestro siguiente movimiento... es matarme.



Es la segunda vez que se pide la muerte de Peeta en menos de una hora.

—No digas tonterías —repite Jackson.

—¡Acabo de asesinar a un miembro del pelotón! —grita Peeta.

—Lo empujaste. No podías saber que dispararía la red justo en ese punto — responde Finnick, intentando calmarlo.

—¿A quién le importa eso? Está muerto, ¿no? —insiste él, llorando—. No lo sabía. Nunca me había visto así antes. Katniss tiene razón, yo soy el monstruo, yo soy el muto. ¡Snow me ha convertido en un arma!

—No es culpa tuya, Peeta —dice Finnick.

—No podéis llevarme con vosotros, es cuestión de tiempo que mate a otra persona —responde Peeta; mira a su alrededor y observa nuestras caras de incertidumbre—. Quizá creáis que es más humano abandonarme en alguna parte, darme esa oportunidad. Pero eso sería lo mismo que entregarme al Capitolio. ¿Creéis que me hacéis un favor enviándome de vuelta a Snow?

Peeta otra vez en manos de Snow. Torturado y atormentado hasta que no quede nada de su personalidad original.

Por algún motivo, recuerdo la última estrofa de *El árbol del ahorcado*, en la que el hombre prefiere que su amante muera antes que permitir que se enfrente al mal que la espera en su mundo.

¿Vas, vas a volver
al árbol con un collar de cuerda
para conmigo pender?
Cosas extrañas pasaron en él,
no más extraño sería
en el árbol del ahorcado reunimos al anochecer.

—Te mataré si llegamos a eso, te lo prometo —dice Gale.

Peeta vacila, como si meditara sobre la fiabilidad de la oferta, y después sacude la cabeza.

—No me sirve, ¿y si no estás ahí para hacerlo? Quiero una de esas píldoras de veneno, como las que tenéis los demás.

Jaula de noche. Tengo una en el campamento, dentro de su ranura especial en la

manga de mi traje de Sinsajo, pero también hay otra en el bolsillo del pecho de mi uniforme. Qué interesante que no le dieran una a Peeta. Quizá Coin creyera que podía usarla antes de matarme. No sé bien si Peeta pretende suicidarse ahora para evitarnos tener que matarlo o si sólo lo haría si el Capitolio se lo llevara prisionero otra vez. En el estado en que está, supongo que es más probable que lo hiciera antes. Sin duda nos lo pondría más fácil a los demás, no tendríamos que dispararle. Y sin duda simplificaría el problema de tratar con sus episodios homicidas.

No sé si son las vainas, el miedo o ver morir a Boggs, pero noto la arena a mi alrededor. En realidad, es como si nunca hubiera salido de ella. De nuevo lucho no sólo por mi supervivencia, sino también por la de Peeta. Qué satisfacción, qué divertido sería para Snow que yo lo matara, que cargara con la culpa por la muerte de Peeta durante el resto de mis días.

—No es por ti —le digo—. Tenemos una misión y te necesitamos —afirmo, y miro al resto del grupo—. ¿Creéis que podremos encontrar comida en este sitio?

Además del botiquín médico y las cámaras, no llevamos más que los uniformes y las armas.

La mitad nos quedamos para vigilar a Peeta y estar pendientes de la emisión de Snow, mientras que los demás buscan algo para comer. Messalla resulta ser el más útil porque vivió en una réplica de este piso y sabe dónde es más probable que la gente oculte la comida. Sabe que hay un espacio de almacenamiento escondido detrás de un panel de espejo en el dormitorio y que es fácil sacar la rejilla de ventilación del pasillo. Así que, aunque los armarios de la cocina están vacíos, encontramos unas treinta latas de comida y varias cajas de galletas.

El acaparamiento asquea a los soldados educados en el 13.

—¿Y esto no es ilegal? —pregunta Leeg 1.

—Todo lo contrario, en el Capitolio se te consideraría un estúpido si no lo hicieras —responde Messalla—. Incluso antes del Vasallaje de los Veinticinco, la gente empezó a guardar los suministros que más escaseaban.

—Mientras los demás se aguantaban sin ellos —comenta Leeg 1.

—Sí, así es como funciona esto —dice Messalla.

—Por suerte, o no tendríamos cena —interviene Gale—. Que todo el mundo elija una lata.

Algunos de nuestros compañeros vacilan, pero es tan buen método como cualquier otro. No estoy de humor para dividir todo en once partes equivalentes, teniendo en cuenta para ello la edad, el peso y el rendimiento físico. Rebusco en la pila y estoy a punto de escoger una sopa de bacalao cuando Peeta me ofrece una lata.

—Toma —me dice.

La acepto sin saber qué esperar. En la etiqueta pone: «Estofado de cordero».

Aprieto los labios al recordar el frío y la lluvia filtrándose entre las piedras, mis

ineptos intentos de flirteo y el aroma de mi receta favorita del Capitolio. Así que todavía debe de quedarle algún recuerdo. Lo felices, hambrientos y juntos que estábamos cuando aquella cesta de picnic llegó al exterior de nuestra cueva.

—Gracias —respondo mientras abro la tapa—. Hasta tiene ciruelas.

Doblo la tapa y la uso como cuchara improvisada para meterme un poquito en la boca. Ahora, encima, este sitio también sabe como la arena.

Nos estamos pasando una caja de extravagantes galletas rellenas de crema cuando empiezan de nuevo los pitidos. El sello de Panem ilumina la pantalla y se queda ahí mientras suena el himno. Entonces empiezan a mostrar imágenes de los muertos, igual que hacían con los tributos de la arena. Empiezan con las cuatro caras de nuestro equipo de televisión, seguidos de Boggs, Gale, Finnick, Peeta y yo. Salvo por Boggs, no se molestan con los soldados del 13, ya sea porque no tienen ni idea de quiénes son o porque saben que no significan nada para la audiencia. A continuación aparece el hombre en persona, sentado detrás de su escritorio, con una bandera detrás y una rosa blanca recién cortada en la solapa. Me da la impresión de que se ha hecho más arreglos recientemente porque le veo los labios más hinchados de lo normal. Y su equipo de preparación tendría que cortarse un poco con el colorete.

Snow felicita a los agentes de la paz por un trabajo soberbio y les rinde homenaje por haber librado al país de la amenaza conocida como el Sinsajo. Predice que mi muerte supondrá un cambio en la guerra, ya que los rebeldes desmoralizados no tendrán a nadie a quien seguir. Y, en realidad, ¿quién era yo? Una pobre chica inestable con algo de talento para los arcos y las flechas. No era una gran pensadora, ni el cerebro de la rebelión, sino simplemente una cara sacada de entre la chusma porque había llamado la atención con mis travesuras durante los Juegos. Pero resultaba muy necesaria porque los rebeldes no tienen un líder de verdad.

En algún lugar del Distrito 13, Beetee pulsa un interruptor, y ahora no es el presidente Snow, sino la presidenta Coin la que nos mira. Se presenta a Panem, se identifica como la líder de la rebelión y me ofrece un elogio fúnebre. Alaba a la chica que sobrevivió a la Veta y a los Juegos del Hambre, y que convirtió un país de esclavos en un ejército de luchadores por la libertad.

—Viva o muerta, Katniss Everdeen seguirá siendo el rostro de la rebelión. Si alguna vez vaciláis, pensad en el Sinsajo y en él encontraréis la fuerza necesaria para acabar con los opresores de Panem.

—No tenía ni idea de lo mucho que significaba para ella —digo, lo que hace reír a Gale, aunque los demás me miran con curiosidad.

Ahora ponen una foto muy retocada en la que se me ve preciosa y feroz, con un montón de llamas ardiendo a mis espaldas. Sin palabras ni eslogan, ya sólo necesitan mi cara.

Beetee le devuelve las riendas a Snow, que parece muy controlado. Me da la

impresión de que el presidente creía que el canal de emergencia era impenetrable y de que alguien acabará muerto esta noche por la intrusión.

—Mañana por la mañana, cuando saquemos el cadáver de Katniss Everdeen de entre las cenizas, veremos quién es el Sinsajo en realidad: una chica muerta que no podía salvar a nadie, ni siquiera a sí misma.

Sello, himno y fuera.

—Salvo que no la encontraréis —dice Finnick a la pantalla vacía, dando voz a lo que todos estamos pensando. El periodo de gracia será breve. En cuanto escarben entre las cenizas y vean que faltan once cadáveres, sabrán que hemos escapado.

—Al menos les llevamos ventaja —digo.

De repente me siento muy cansada y sólo quiero tumbarme en un lujoso sofá verde y dormir; acurrucarme en un edredón de piel de conejo y plumas de ganso. Sin embargo, saco el holo e insisto en que Jackson me enseñe las órdenes elementales (que, básicamente, consisten en introducir las coordenadas del cruce más cercano del mapa) para así, al menos, empezar a hacerlo funcionar sola. Mientras el holo proyecta lo que nos rodea, noto que me hundo un poco más. Debemos de estar acercándonos a objetivos cruciales, porque el número de vainas ha aumentado de manera notable. ¿Cómo vamos a avanzar por este tramo de luces parpadeantes sin que nos detecten? No podemos. Y si no podemos, estamos atrapados como pájaros en una red. Decido que lo mejor es no adoptar una actitud de superioridad cuando estoy con estas personas, sobre todo porque no dejo de mirar el sofá verde. Así que digo:

—¿Alguna idea?

—¿Por qué no empezamos descartando posibilidades? —sugiere Finnick—. La calle no es una posibilidad.

—Los tejados son tan malos como la calle —añade Leeg 1.

—Puede que exista la opción de retirarnos, de volver por donde hemos venido —dice Homes—, aunque eso significaría fallar en la misión.

Noto una punzada de culpabilidad, ya que la misión me la he inventado yo.

—La idea no era que todos avanzáramos, pero habéis tenido la mala suerte de estar conmigo.

—Bueno, eso no tiene importancia, ahora estamos contigo —dice Jackson—. Así que nos quedamos. No podemos subir, no podemos avanzar lateralmente. Creo que sólo nos queda una opción.

—Bajo tierra —dice Gale.

Bajo tierra, lo que más odio. Como las minas, los túneles y el 13. Bajo tierra, donde temo morir, aunque es una estupidez teniendo en cuenta que, de todos modos, si muero al aire libre lo siguiente que harán será enterrarme.

El holo muestra tanto las vainas de arriba como las de abajo. Veo que, al bajar, las líneas limpias y fiables del plano se mezclan con un lío revuelto de túneles. Parece

haber menos vainas, eso sí.

A dos puertas de nosotros hay un tubo vertical que conecta nuestra fila de pisos con los túneles. Para llegar al piso del tubo tendremos que apretujarnos por un conducto de mantenimiento que recorre todo el edificio. Podemos entrar en el conducto por la parte de atrás de un armario de la planta superior.

—Vale, que parezca que no hemos pasado por aquí —digo.

Borramos todo rastro de nuestra estancia: tiramos las latas vacías por la tolva de la basura, nos guardamos las llenas para después, damos la vuelta a los cojines manchados de sangre y limpiamos los restos de gel de las baldosas. No hay forma de arreglar el cerrojo de la puerta, pero echamos un segundo cerrojo para que, al menos, la puerta no se abra al tocarla.

Finalmente, sólo queda solucionar lo de Peeta. Se planta en el sofá azul y se niega a ceder:

—No voy. Seguro que os descubren por mi culpa o le hago daño a otra persona.

—La gente de Snow te encontrará —dice Finnick.

—Pues dejadme una píldora. Sólo me la tomaré si hace falta.

—Eso no es una opción. Ven con nosotros —ordena Jackson.

—¿O qué? ¿Me dispararás? —pregunta Peeta.

—Te dejaremos inconsciente y te arrastraremos con nosotros —responde Homes—. Lo que nos frenará y nos pondrá en peligro.

—¡Dejad de ser tan nobles! ¡No me importa morir! —exclama, y se vuelve hacia mí—. Katniss, por favor. ¿Es que no ves que quiero dejar esto de una vez?

El problema es que sí lo veo. ¿Por qué no puedo dejarlo marchar? ¿Darle una pastilla, apretar el gatillo? ¿Es porque Peeta me importa demasiado o porque me importa demasiado que Snow gane? ¿Lo he convertido en una pieza de mis Juegos privados? Es despreciable, pero sé que soy capaz de haberlo hecho. De ser cierto, lo más amable sería matar a Peeta aquí y ahora. Sin embargo, para bien o para mal, la amabilidad no es lo que me impulsa.

—Estamos perdiendo el tiempo. ¿Te vienes por tu propio pie o tenemos que dejarte inconsciente?

Peeta oculta el rostro entre las manos durante unos segundos y se une a nosotros.

—¿Le soltamos las manos? —pregunta Leeg 1.

—¡No! —le gruñe Peeta, acercándose las esposas al cuerpo.

—No —repito yo—, pero quiero la llave.

Jackson me la pasa sin decir nada. Me la guardo en el bolsillo de los pantalones, donde choca con la perla.

Cuando Homes abre la puertecita metálica que da al conducto de mantenimiento, descubrimos otro problema: los arneses de insecto de los cámaras no entran por la estrecha abertura. Castor y Pollux se los quitan y desenganchan los equipos de

reserva, que son del tamaño de una caja de zapatos y seguro que funcionan igual de bien. A Messalla no se le ocurre otro sitio donde esconder los voluminosos dispositivos, así que los tiramos en el interior del armario. Me frustra dejar atrás un rastro tan fácil de seguir, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

Aun en fila india, y con las mochilas y equipos a un lado, entramos a duras penas. Pasamos de largo el primer piso y entramos en el segundo. En éste, uno de los dormitorios, en vez de baño, tiene una puerta en la que pone: «Cuarto de servicio». Detrás de la puerta está la habitación con la entrada al tubo.

Messalla frunce el ceño ante la tapa circular y, durante un momento, vuelve a su caprichoso mundo de antes.

—Por eso nadie quiere vivir en la unidad central, con obreros entrando y saliendo todo el día, y un solo baño. Aunque el alquiler es bastante más barato —comenta; entonces se encuentra con la cara de guasa de Finnick y añade—: Da igual.

La tapa del tubo es fácil de abrir. Una amplia escalera con peldaños de goma permite que bajemos rápida y fácilmente a las entrañas de la ciudad. Nos reunimos al pie de la escalera y esperamos a que nuestros ojos se adapten a la tenue luz de la zona subterránea, donde se respira una mezcla de productos químicos, moho y aguas residuales.

Pollux, pálido y sudoroso, se aferra a la muñeca de Castor como si temiera caerse sin alguien que lo sostenga.

—Mi hermano trabajó aquí cuando se convirtió en avox —explica Castor.

Claro, ¿quién si no iba a mantener estos pasadizos húmedos y apestosos llenos de trampas?

—Tardamos cinco años en poder comprar su subida a la superficie. En ese tiempo no vio el sol ni una sola vez.

En mejores circunstancias, en un día con menos horrores y más descanso, alguien sabría qué decir. Sin embargo, nos pasamos un buen rato intentando responder.

Al final, Peeta se vuelve hacia Pollux y comenta:

—Bueno, entonces acabas de convertirte en nuestro bien máspreciado.

Castor se ríe y Pollux consigue sonreír.

A medio camino del primer túnel me doy cuenta de que el comentario de Peeta ha sido extraordinario: sonaba como antes, como el chico que siempre sabía qué decir cuando los demás se quedaban mudos; irónico, alentador, algo divertido, pero sin burlarse de nadie. Vuelvo la vista atrás para mirarlo arrastrar los pies detrás de sus guardias, Gale y Jackson, con los ojos fijos en el suelo y los hombros echados hacia delante. Tan abatido... Sin embargo, por un momento, ha sido el de siempre.

Peeta tenía razón, Pollux vale más que diez holos. Hay una simple red de túneles anchos que corresponde directamente con el mapa de las calles de arriba y recorre las principales avenidas y calles. Se llama el Transportador, ya que unos camioncitos lo

usan para repartir mercancía por la ciudad. Durante el día, sus vainas están desactivadas, pero por la noche es un campo de minas. No obstante, cientos de pasadizos adicionales, conductos de servicio, vías de tren y tubos de desagüe forman un laberinto de múltiples niveles. Pollux conoce detalles que conducirían al desastre a un recién llegado, como en qué desvíos hacen falta máscaras antigás, dónde hay cables electrificados o los escondites de unas ratas del tamaño de castores. Nos avisa de que el chorro de agua que recorre periódicamente las aguas residuales anticipa el cambio de turno de los avox; nos lleva por tuberías húmedas y oscuras para evitar el paso casi silencioso de los trenes de mercancías; y lo más importante: sabe dónde están las cámaras. No hay muchas en este lugar sombrío y brumoso, salvo en el Transportador, pero nos mantenemos bien alejados de ellas.

Con la ayuda de Pollux avanzamos deprisa, muy deprisa comparado con nuestra velocidad en superficie. Al cabo de seis horas, el cansancio nos puede. Son las tres de la mañana, así que supongo que quedan unas cuantas horas para que se den cuenta de que seguimos vivos, registren entre los escombros del edificio por si hemos intentado escapar por los conductos y empiece la caza.

Cuando sugiero que descansemos, nadie pone objeciones. Pollux encuentra un cuartito cálido en el que zumban varias máquinas llenas de palancas y discos. Levanta los dedos para indicar que tendremos que irnos dentro de cuatro horas. Jackson organiza los turnos de guardia y, como no estoy en el primero, me meto en el pequeño espacio que queda entre Gale y Leeg 1, y me duermo enseguida.

Aunque parece que sólo han transcurrido minutos, Jackson me despierta y me dice que estoy de guardia. Son las seis de la mañana y dentro de una hora nos pondremos en marcha. Jackson me dice que me coma una lata de comida y vigile a Pollux, que ha insistido en estar de guardia toda la noche.

—Aquí abajo no puede dormir —me explica.

Consigo ponerme medio alerta, me como una lata de estofado de patatas con alubias y me siento con la espalda apoyada en la pared, mirando la puerta. Pollux parece muy despierto. Seguramente lleva toda la noche reviviendo todos esos años de encierro. Saco el holo, y consigo meter las coordenadas de la cuadrícula y explorar los túneles. Como esperaba, cuanto más nos acercamos al centro del Capitolio, más vainas hay. Pollux y yo nos pasamos un rato recorriendo el holo para ver dónde están las trampas. Cuando empieza a darme vueltas la cabeza, se lo paso y apoyo de nuevo la espalda en la pared. Miro a los que siguen dormidos (soldados, equipo y amigos) y me pregunto cuántos volveremos a ver la luz del día.

Al mirar a Peeta, que tiene la cabeza justo a mis pies, veo que está despierto. Ojalá supiera qué pasa por su cerebro, ojalá pudiera entrar y desenredar la red de mentiras. Entonces me conformo con algo que sí puedo hacer.

—¿Has comido? —le pregunto; sacude ligeramente la cabeza, así que abro una

lata de sopa de pollo y arroz, y se la doy, aunque me quedo con la tapa por si intenta cortarse las venas o algo.

Se sienta, inclina la lata y se traga la sopa casi sin molestarse en masticar. El fondo de la lata refleja las luces de las máquinas, y recuerdo algo que tengo en la cabeza desde ayer.

—Peeta, cuando preguntaste por lo que les pasó a Darius y Lavinia, y Boggs te dijo que era real, tú respondiste que eso creías, que el recuerdo no era brillante. ¿Qué querías decir?

—Ah. No sé bien cómo explicarlo. Al principio, todo era confusión. Ahora puedo distinguir algunas cosas. Creo que hay un patrón. Los recuerdos que alteraron con el veneno de las rastrevíspulas tienen un aspecto extraño, como si fueran demasiado intensos y las imágenes poco estables. ¿Recuerdas cómo fue cuando te picaron?

—Los árboles se movían. Había gigantescas mariposas de colores. Me caí en un pozo lleno de burbujas naranjas —respondo, y lo medito un momento antes de añadir—: Relucientes burbujas naranjas.

—Eso es, pero los recuerdos sobre Darius y Lavinia no son así. Creo que todavía no me habían dado veneno.

—Bueno, eso está bien, ¿no? Si puedes separar unos de otros, también puedes saber qué es real.

—Sí, y si me salieran alas podría volar, pero a la gente no le salen alas —dice—. ¿Real o no?

—Real, pero la gente no necesita alas para sobrevivir.

—Los sinsajos sí —responde.

Después se termina la sopa y me devuelve la lata.

Bajo la luz fluorescente, sus ojeras parecen moratones.

—Todavía queda tiempo, deberías dormir —le digo.

Él se tumba sin protestar, aunque se limita a contemplar la aguja de uno de los discos, que se mueve de un lado a otro. Despacio, como haría con un animal herido, alargó el brazo y le aparto un mechón de pelo de la frente. Él se queda paralizado, aunque no se aparta, así que sigo acariciándole dulcemente el cabello. Es la primera vez que lo toco por voluntad propia desde la última arena.

—Sigues intentando protegerme. ¿Real o no? —susurra.

—Real —respondo; quizá deba explicarlo mejor—. Porque eso es lo que nosotros hacemos: nos protegemos el uno al otro.

Al cabo de un minuto, se vuelve a dormir.

Poco después de las siete, Pollux y yo despertamos a los demás. Vemos los bostezos y suspiros habituales de estos momentos, pero también oigo otra cosa, algo como un siseo. Quizá no sea más que vapor saliendo de una tubería o el susurro lejano de uno de los trenes...

Mando callar al grupo para poder prestar más atención. Hay un siseo, sí, pero no es un sonido continuo, sino como múltiples exhalaciones que forman palabras. Una sola palabra cuyo eco se repite por los túneles. Una palabra. Un nombre. Repetido una y otra vez:

—Katniss.



Ha terminado el periodo de gracia. Puede que Snow los haya tenido toda la noche cavando o, como mínimo, que los pusiera a hacerlo en cuanto sofocaron el incendio. Encontraron los restos de Boggs y se tranquilizaron, pero conforme pasaban las horas sin encontrar más trofeos, empezaron a sospechar. En algún momento se dieron cuenta de que los habíamos engañado, y el presidente Snow no tolera que nadie lo haga quedar como un tonto. Da igual si siguieron nuestro rastro hasta el segundo piso o si supusieron que bajamos directamente al subsuelo. El caso es que saben que estamos aquí abajo y han soltado algo para cazarme, seguramente una manada de mutos.

—Katniss.

Doy un salto al notar lo cerca que está el sonido y miro a mi alrededor como loca para localizar su origen; tengo el arco preparado, pero nada a qué disparar.

—Katniss.

Aunque los labios de Peeta apenas se mueven, no cabe duda, el nombre ha salido de él. Justo cuando pensaba que estaba un poquito mejor, cuando creía que podría estar volviendo a mí, obtengo la prueba del gran poder del veneno de Snow.

—Katniss.

Peeta está programado para responder ante el coro de siseos, para unirse a la caza. Está empezando a ponerse nervioso. No hay alternativa, apunto con una flecha a su cerebro. Apenas notará nada. De repente se sienta, abre mucho los ojos y exclama, casi sin aliento:

—¡Katniss! —Vuelve rápidamente la cabeza hacia mí, pero no parece ver el arco ni la flecha—. ¡Katniss! ¡Sal de aquí!

Vacilo. Suena alarmado, aunque no loco.

—¿Por qué? ¿De dónde sale ese sonido?

—No lo sé, sólo sé que tiene que matarte —dice Peeta—. ¡Corre! ¡Sal de aquí! ¡Vete!

Tras un momento de confusión, concluyo que no tengo que disparar. Relajo la cuerda del arco y observo las caras de preocupación que me rodean.

—Sea lo que sea, viene a por mí. Quizá sea buen momento para dividirnos.

—Pero somos tu protección —protesta Jackson.

—Y tu equipo —añade Cressida.

—Yo no me voy —dice Gale.

Miro al equipo, que no tiene más armas que sus cámaras y cuadernos. Y ahí está Finnick, con dos fusiles y un tridente. Sugiero que le dé una de las armas a Castor. Después saco el cargador de fogueo del arma de Peeta, meto uno real y se lo entrego a Pollux. Como Gale y yo tenemos arcos, les pasamos nuestras armas de fuego a Messalla y Cressida. No hay tiempo de enseñarles más que a apuntar y apretar el gatillo, pero a tan poca distancia puede que baste. Es mejor que estar indefenso. El único sin arma es Peeta, aunque alguien que susurra mi nombre a la vez que un puñado de mutos no la necesita.

En la habitación sólo dejamos nuestro olor, imposible de borrar en estos momentos. Supongo que así es como las cosas sibilantes nos siguen, porque no hemos dejado un rastro físico. Los mutos tendrán un olfato más fino de lo normal; esperemos que caminar por el agua de los desagües los despiste un poco.

Al salir de la habitación, el siseo se hace más claro. Sin embargo, también puedo localizar mejor de dónde sale: están detrás de nosotros, todavía a cierta distancia. Snow los soltaría bajo tierra cerca del lugar en que encontró el cuerpo de Boggs. En teoría les llevamos bastante ventaja, aunque seguro que son mucho más veloces que nosotros. Recuerdo las criaturas de aspecto lobuno de la primera arena, los monos del Vasallaje, las monstruosidades que vi en televisión a lo largo de los años, y me pregunto qué forma adoptarán estos mutos. Lo que Snow crea que me asustará más.

Pollux y yo hemos diseñado un plan para la siguiente etapa del viaje y, como la ruta se aleja del siseo, no veo motivo para alterarla. Si nos movemos deprisa, quizá lleguemos a la mansión de Snow antes de que nos alcancen los mutos. Sin embargo, la velocidad nos vuelve más torpes: el ruido de una bota mal colocada en el agua, el del golpe accidental de un arma contra una tubería, e incluso yo dando órdenes a más volumen de lo que debiera.

Llevamos recorridas tres manzanas más por una tubería de desagüe y un tramo de vía de tren abandonada cuando empiezan los gritos. Son profundos y guturales. Rebotan en las paredes del túnel.

—Avox —dice Peeta de inmediato—. Así sonaba Darius cuando lo torturaban.

—Los mutos los habrán encontrado —dice Cressida.

—Así que no sólo van a por Katniss —comenta Leeg 1.

—Seguramente matarán a cualquiera, pero no se detendrán hasta atraparla a ella —responde Gale.

Después de sus horas de estudio con Beetee, lo más probable es que esté en lo cierto.

Y aquí estoy otra vez, viendo cómo la gente muere por mi culpa; amigos, aliados y desconocidos que pierden la vida por el Sinsajo.

—Dejad que siga sola, los despistaré. Le pasaré el holo a Jackson y el resto

terminaréis la misión.

—¡Nadie va a hacer eso! —grita Jackson, exasperada.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —añade Finnick.

—Escuchad —susurra Peeta.

Los gritos han parado y, al hacerlo, mi nombre vuelve a rebotar en las paredes y nos sorprende por su proximidad. Los tenemos debajo, un poco más atrás.

—Katniss.

Le doy un codazo a Pollux en el hombro y echamos a correr. El problema es que queríamos descender un nivel, pero hay que descartarlo. Cuando llegamos a los escalones que bajan, Pollux y yo examinamos el holo en busca de una alternativa; en ese momento empiezo a sentir arcadas.

—¡Máscaras! —ordena Jackson.

Las máscaras no hacen falta, todos estamos respirando el mismo aire. Soy la única que vomita porque soy la única que reacciona ante el olor que sale de las escaleras y destaca sobre el hedor de las aguas residuales: rosas. Empiezo a temblar.

Me aparto del olor y me meto a trompicones en el Transportador. Son calles de suaves baldosas color pastel, como las de arriba, pero rodeadas de paredes de ladrillos blancos, en vez de casas. Una calzada por la que los vehículos de reparto pueden circular con facilidad, sin los atascos del Capitolio. Ahora está vacío, salvo por nosotros. Levanto el arco y vuelo en pedazos la primera vaina con una flecha explosiva que mata el nido de ratas carnívoras del interior. Después corro hasta el siguiente cruce, donde sé que un paso en falso desintegraría el suelo sobre el que estamos y nos llevaría a algo llamado «picadora de carne». Grito a los demás que permanezcan a mi lado. La idea es pasar la esquina y detonar la picadora, pero nos espera otra vaina sin marcar.

Sucede en silencio, ni me habría dado cuenta si Finnick no llega a detenerme.

—¡Katniss!

Me vuelvo rápidamente, con el arco a punto, pero ¿qué se puede hacer? Dos de las flechas de Gale ya están tiradas junto al ancho rayo de luz dorada que va del techo al suelo. En su interior está Messalla, quieto como una estatua, apoyado sobre la punta de un pie, con la cabeza echada hacia atrás, presa del rayo. No sé si grita, aunque tiene la boca muy abierta. Impotentes, vemos que la carne se le derrite como si fuera cera.

—¡No podemos ayudarlo! —grita Peeta, empujando a todos hacia delante—. ¡No podemos!

Por asombroso que parezca, es el único que sigue lo bastante entero para ponernos en movimiento. No sé cómo mantiene el control cuando debería estar dando botes y aplastándose el cráneo, aunque eso podría suceder en cualquier momento. Al notar la presión de su mano en el hombro me aparto de la horrenda visión del cadáver

de Messalla; me obligo a avanzar, deprisa, tan deprisa que apenas consigo parar antes del siguiente cruce.

Una lluvia de tiros arranca el yeso de las paredes y nos lo tira encima. Miro a un lado y a otro para intentar descubrir la vaina, hasta que me vuelvo y veo el pelotón de agentes de la paz que corre por el Transportador hacia nosotros. Como la picadora de carne nos bloquea el camino, lo único que podemos hacer es devolver los disparos. Son el doble que nosotros, pero todavía contamos con seis miembros originales del pelotón estrella que no intentan correr y disparar a la vez.

«Como pescar en un barril», pienso mientras veo cómo sus uniformes blancos se manchan de rojo. Ya hemos acabado con tres cuartas partes de la unidad cuando empiezan a llegar más por el lateral del túnel, el mismo por el que me metí para alejarme del olor, del...

«Ésos no son agentes de la paz».

Son blancos, tienen cuatro extremidades y miden más o menos como un humano adulto, pero ahí acaban las semejanzas. Van desnudos, y lucen largas colas de reptil, espaldas arqueadas y cabezas encorvadas hacia delante. Caen sobre los agentes, tanto vivos como muertos, los agarran por el cuello con la boca y les arrancan las cabezas, cascos incluidos. Al parecer, pertenecer a un linaje del Capitolio es tan poco útil aquí como en el 13. En pocos segundos, los agentes están decapitados, los mutos se ponen a cuatro patas y corren a por nosotros.

—¡Por aquí! —grito, abrazándome a la pared y girando rápidamente a la derecha para evitar la vaina. Cuando todos se han unido a mí, disparo hacia el cruce y activo la picadora de carne. Unos enormes dientes industriales atraviesan la calle y mastican las baldosas hasta convertirlas en polvo. Eso debería impedir que los mutos nos sigan, aunque no estoy segura: los mutos de lobo y mono que he conocido daban unos saltos increíbles.

Los siseos me queman los oídos y el hedor a rosas hace que las paredes me den vueltas.

—Olvida la misión —digo, agarrando a Pollux por el brazo—. ¿Cuál es la forma más rápida de salir a la superficie?

No hay tiempo para consultar el holo. Seguimos a Pollux por el Transportador unos nueve metros y atravesamos un portal. Me doy cuenta de que las baldosas pasan a ser hormigón y de que avanzamos por una tubería apestosa hasta una repisa de unos treinta centímetros de ancho. Estamos en la alcantarilla principal. Casi un metro por debajo, una sopa de excrementos humanos, basura y residuos químicos pasa burbujeando junto a nosotros. Algunas partes de su superficie arden, otras emiten unas nubes de vapor de aspecto peligroso. No hace falta más que mirarla para saber que, si caes dentro, no saldrás nunca. Nos movemos lo más deprisa que podemos por la resbaladiza repisa, llegamos a un puente estrecho y lo cruzamos. En un hueco del

otro lado, Pollux le da una palmada a una escalera y señala arriba, al conducto que sube. Ahí está, es la salida.

Tras echar un vistazo rápido a nuestro grupo noto que algo falla.

—¡Esperad! ¿Dónde están Jackson y Leeg 1?

—Se quedaron en la picadora para contener a los mutos —responde Homes.

—¿Qué? —exclamo, y me lanzo hacia el puente para volver; no dejaré a nadie con esos monstruos. Pero él me detiene.

—¡No malgastes sus vidas, Katniss! Es demasiado tarde para ellas, ¡mira! —dice, señalando a la tubería, donde los mutos se deslizan por la repisa.

—¡Atrás! —grita Gale.

Después lanza una de las flechas explosivas y consigue arrancar el puente de sus cimientos. El resto del puente cae a las burbujas justo cuando los mutos llegan a él.

Por primera vez puedo observarlos mejor. Son una mezcla de humanos y lagartos con vete a saber qué más. Tienen una piel blanca y prieta manchada de sangre, y garras en vez de manos y pies; sus rostros son un batiburrillo de rasgos incongruentes. Bufan y chillan mi nombre mientras se estremecen de rabia. Agitan rabos y garras, se arrancan a sí mismos y entre sí enormes pedazos de carne con sus bocas llenas de espuma, ya que la necesidad de destrozarme los vuelve locos. Mi olor debe de ser tan evocador para ellos como para mí el suyo. Más aún, porque, a pesar de su toxicidad, los mutos empiezan a lanzarse a las apestosas aguas negras.

Todos abrimos fuego desde nuestra orilla. Escojo mis flechas sin pensar y lanzo puntas, fuego y explosivos contra los cuerpos de los mutos. Son mortales, aunque por poco; ninguna criatura de la naturaleza sería capaz de seguir avanzando con docenas de flechas en el cuerpo. Sí, al final las mataríamos, pero hay muchísimas, un chorro interminable de mutos que sale de la tubería y ni siquiera vacila en tirarse a las aguas.

Sin embargo, no es su número lo que hace que me tiemblen tanto las manos.

No hay ningún muto bueno, todos están diseñados para hacer daño. Algunos te matan, como los monos; otros te roban la cordura, como las rastrevíspulas. Sin embargo, las verdaderas atrocidades, las que más asustan, incorporan una perversa vuelta de tuerca psicológica pensada para aterrorizar a la víctima: los mutos lobunos con los ojos de los tributos muertos; el sonido de los charlajos imitando los gritos de dolor de Prim; y, en este caso, el olor de las rosas de Snow mezclado con la sangre de las víctimas. Un olor que se extiende por las alcantarillas y puede incluso con el hedor del lugar. Hace que se me acelere el corazón, que se me hiele la piel, que no consiga respirar. Es como si Snow me echase el aliento en la cara y me dijera que ha llegado el momento de morir.

Los demás me gritan, pero no consigo responder. Unos brazos fuertes me levantan mientras vuelo en pedazos la cabeza de un muto cuyas garras acaban de

rozarme el tobillo. Me lanzan contra la escalera y me empujan para que suba los peldaños. Me ordenan que trepe. Mis extremidades de madera obedecen, y ese movimiento me devuelve poco a poco a la realidad. Detecto a otra persona sobre mí, Pollux. Peeta y Cressida están debajo. Llegamos a una plataforma y pasamos a una segunda escalera. Los peldaños resbalan por el sudor y el moho. En la siguiente plataforma me despejo lo suficiente para darme cuenta de lo que ha pasado y empiezo a ayudar a subir a todos por la escalera: Peeta, Cressida, no hay más.

¿Qué he hecho? ¿Cómo he abandonado a los demás? Me pongo a bajar las escaleras, pero le doy con la bota a alguien.

—¡Sube! —me grita Gale, así que vuelvo a subir y lo ayudo, para después escudriñar la oscuridad en busca de más gente—. No.

Gale me mueve la cara para que lo mire y sacude la cabeza. Tiene el uniforme destrozado y una herida abierta en el lateral del cuello.

Se oye un grito humano abajo.

—Alguien sigue vivo —le suplico.

—No, Katniss, ellos no volverán, sólo los mutos —responde Gale.

No soy capaz de aceptarlo, así que apunto con la luz del arma de Cressida al conducto. Muy abajo distingo a Finnick, que intenta aferrarse a las escaleras mientras tres mutos tiran de él. Cuando uno de ellos echa la cabeza atrás para dar el bocado mortal ocurre algo extraño. Es como si yo estuviera con Finnick y observara cómo mi vida pasa ante mis ojos: el mástil de un barco, un paracaídas plateado, Mags riéndose, un cielo rosa, el tridente de Beetee, Annie vestida de novia, olas rompiendo contra las rocas. Y todo acaba.

Me saco el holo del cinturón y, medio ahogada, consigo decir:

—Jaula, jaula, jaula.

Y lo suelto. Me aprieto contra la pared con los demás mientras el estallido agita la plataforma, y los trozos de mutos y carne humana salen de la tubería y nos bañan.

Pollux baja una tapa para cubrir la tubería y la bloquea. Pollux, Gale, Cressida, Peeta y yo somos los únicos que quedamos. Después llegarán los sentimientos humanos; ahora mismo sólo soy consciente de la necesidad animal de mantener vivo al resto del grupo.

—No podemos quedarnos aquí.

Alguien saca una venda y la atamos alrededor del cuello de Gale. Lo ponemos en pie. Sólo queda alguien acurrucado contra la pared.

—Peeta —le digo, pero no hay respuesta. ¿Se ha desmayado? Me agacho frente a él y le aparto las manos esposadas de la cara—. ¿Peeta?

Sus ojos son como estanques negros, tiene las pupilas tan dilatadas que los iris azules casi han desaparecido. Los músculos de sus muñecas están duros como el metal.

—Dejadme —susurra—. No puedo soportarlo más.

—Sí, ¡sí que puedes! —le aseguro.

—Pierdo el control —insiste él, sacudiendo la cabeza—. Me volveré loco, como ellos.

Como los mutos, como una bestia rabiosa decidida a arrancarme el cuello. Y por fin, aquí, en este lugar, en estas circunstancias, tendré que matarlo de verdad. Y Snow ganará. Un odio caliente y amargo me recorre las venas: Snow ya ha ganado lo suficiente por hoy.

Es una posibilidad remota, quizá un suicidio, pero hago lo único que se me ocurre: me inclino sobre Peeta y le doy un beso en la boca. Empieza a temblar de pies a cabeza, pero mantengo mis labios contra los suyos hasta que no me queda más remedio que salir a respirar. Le aprieto las manos y digo:

—No permitas que Snow te aparte de mí.

Peeta está jadeando, lucha contra las pesadillas de su cabeza.

—No, no quiero hacerlo... —responde.

—Quédate conmigo —insisto, apretándole tanto las manos que llego a hacerle daño.

Él contrae las pupilas hasta que se convierten en alfileres, después se vuelven a dilatar rápidamente y vuelven a parecer más o menos normales.

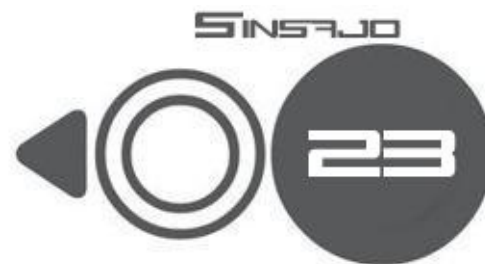
—Siempre —murmura.

Ayudo a Peeta a levantarse y me dirijo a Pollux:

—¿Cuánto queda para la calle?

Él señala que está encima de nosotros. Subo la última escalera y abro la tapa que da al cuarto de servicio del piso de alguien. Justo cuando me pongo en pie, una mujer abre la puerta de golpe. Va vestida con una bata de seda color turquesa con bordados de pájaros exóticos. Su pelo magenta está ahuecado como si fuera una nube y decorado con mariposas doradas. La grasa de la salchicha a medio comer que lleva en la mano le ha manchado el pintalabios. La expresión de su rostro deja claro que me reconoce, y abre la boca para pedir ayuda.

Sin vacilar, le disparo al corazón.



Es un misterio a quién pretendía llamar la mujer, ya que, después de registrar el piso, descubrimos que estaba sola. Quizá quisiera alertar a algún vecino o simplemente gritar de miedo. En cualquier caso, aquí no hay nadie que pueda oírla.

El piso sería un lugar elegante en el que esconderse un tiempo, pero es un lujo que no podemos permitirnos.

—¿Cuánto tiempo creéis que nos queda hasta que se den cuenta de que hemos sobrevivido algunos? —pregunto.

—Creo que podrían llegar en cualquier momento —responde Gale—. Saben que nos dirigíamos a la calle. Seguramente la explosión los despistarán unos minutos, pero después empezarán a buscarnos desde ahí.

Me acerco a una ventana que da a la calle y, al asomarme a través de las contraventanas, no me encuentro con agentes, sino con una multitud de personas viviendo su vida. Durante nuestro viaje bajo tierra hemos abandonado las zonas evacuadas y hemos llegado a una zona bastante animada del Capitolio. La multitud es nuestra única posibilidad de escapar. No tengo el holo, pero sí a Cressida, que se une a mí en la ventana, confirma que conoce nuestra ubicación y me da la buena noticia de que no estamos a muchas manzanas de la mansión presidencial.

Un simple vistazo a mis compañeros me dice que no es momento de atacar a Snow. Gale sigue perdiendo sangre por el cuello, cuya herida no hemos limpiado. Peeta está sentado en un sofá de terciopelo mordiendo una almohada, ya sea para contener la locura o para evitar un grito. Pollux llora sobre la repisa de una recargada chimenea. Cressida parece decidida, pero está tan pálida que no se le ve sangre en los labios. A mí me hace avanzar el odio. Cuando la energía del odio se agote, no serviré para nada.

—Vamos a registrar los armarios —digo.

En un dormitorio encontramos cientos de trajes, abrigos y zapatos de mujer, un arco iris de pelucas y suficiente maquillaje para pintar una casa entera. En un dormitorio del otro lado del pasillo hay una colección similar para hombre. Quizá sean de su marido o de un amante que ha tenido la buena suerte de no estar aquí esta mañana.

Llamo a los demás para que se vistan. Al ver las muñecas ensangrentadas de Peeta meto la mano en el bolsillo para sacar la llave de las esposas, pero él se aparta.

—No —me dice—, no lo hagas. Me ayudan a resistir.

—Puede que necesites las manos —comenta Gale.

—Cuando noto que me pierdo, empujo las muñecas contra ellas y el dolor me ayuda a centrarme —responde Peeta; lo dejo estar.

Por suerte, fuera hace frío, así que podemos esconder casi todo el uniforme y las armas debajo de grandes abrigos y capas. Nos colgamos las botas al cuello por los cordones y las escondemos, y nos ponemos unos zapatos muy absurdos. Obviamente, el verdadero reto es la cara. Cressida y Pollux corren el riesgo de encontrarse con alguien conocido; a Gale podrían reconocerlo por las proposiciones y las noticias; y a Peeta y a mí nos conocen todos los ciudadanos de Panem. Nos apresuramos a pintarnos la cara con gruesas capas de maquillaje, usamos las pelucas y ocultamos los ojos tras gafas de sol. Cressida nos tapa la boca y la nariz a Peeta y a mí con bufandas.

Noto que se agota el tiempo, aunque me detengo unos segundos a llenar los bolsillos de comida y material de primeros auxilios.

—Permaneced juntos —digo en la puerta.

Después salimos a la calle. Ha empezado a nevar y mucha gente nerviosa se mueve a nuestro alrededor hablando de rebeldes, de hambre y de mí con su cursi acento del Capitolio. Cruzamos la calle, pasamos junto a unos cuantos pisos y, justo al doblar la esquina, tres docenas de agentes de la paz pasan corriendo por nuestro lado. Nos apartamos de un salto, como hacen los ciudadanos de verdad, y esperamos a que la multitud siga con su flujo normal.

—Cressida —susurro—. ¿Se te ocurre algún sitio?

—Lo intento.

Recorremos otra manzana y oímos sirenas. Por la ventana de un piso veo un informe de emergencia e imágenes de nuestras caras. Todavía no han identificado a los muertos, ya que veo a Castor y Finnick entre las fotos. Dentro de nada todos los viandantes nos resultarán tan peligrosos como un agente de la paz.

—¿Cressida? —insisto.

—Hay un sitio. No es ideal, pero podemos probar —responde.

La seguimos durante unas cuantas manzanas más y pasamos por una cancela que da a lo que parece ser una residencia privada. Sin embargo, es una especie de atajo porque, después de caminar por un jardín muy arreglado, salimos por otra cancela a un pequeño callejón que conecta dos avenidas principales. Hay unas cuantas tiendas diminutas: una que compra artículos usados y otra que vende joyas falsas. Sólo se ve a un par de personas que no nos prestan atención. Cressida empieza a parlotear en tono agudo sobre la ropa interior de piel, de lo esencial que es durante los meses de frío.

—¡Ya verás qué precios! Créeme, ¡es la mitad de lo que se paga en las avenidas!

Paramos delante de un escaparate mugriento lleno de maniqués con ropa interior

peluda. La tienda ni siquiera parece abierta, pero Cressida empuja la puerta y se oye un repiqueteo irregular. Dentro de la tiendecita a oscuras, en la que hay varios estantes llenos de productos, el olor de las pieles resulta penetrante. Debe de haber poco movimiento, ya que somos los únicos clientes. Cressida va directa a la figura encorvada sentada en la parte de atrás, y yo la sigo mientras acaricio con las puntas de los dedos la suave ropa junto a la que pasamos.

Detrás de un mostrador me encuentro con la persona más extraña que he visto en mi vida. Es un ejemplo extremo de mejora quirúrgica fallida, porque seguro que ni siquiera en el Capitolio podrían encontrar atractiva esta cara. Le han estirado mucho la piel y la han tatuado con franjas negras y doradas; también le han aplastado la nariz tanto que apenas existe. He visto bigotes de gato en otras personas del Capitolio, pero nunca tan largos. El resultado es una grotesca máscara semifelina que nos observa con recelo.

Cressida se quita la peluca y deja al descubierto sus vides.

—Tigris —dice—, necesitamos ayuda.

Tigris. En lo más profundo de mi cerebro se enciende una bombilla: una versión más joven y menos inquietante de esta persona trabajó en los primeros Juegos del Hambre que recuerdo. Era estilista, creo. No recuerdo de qué distrito. No del 12. Después se habrá operado demasiado y ha llegado a resultar repulsiva.

Así que aquí es donde van los estilistas cuando ya no sirven, a tristes tiendas de ropa interior temática en las que esperan a la muerte. Para que nadie los vea.

Me quedo mirando su cara y preguntándome si sus padres de verdad le pondrían Tigris, inspirando así su mutilación, o si decidiría ella el estilo y se cambiaría el nombre para que fuese a juego con las rayas.

—Plutarch me dijo que eras de confianza —añade Cressida.

Genial, es una de las personas de Plutarch. Así que si su primer movimiento no es entregarnos al Capitolio, sí que avisará de nuestra posición a Plutarch y, por extensión, a Coin. No, la tienda de Tigris no es ideal, pero es lo que tenemos por ahora. Si es que desea ayudarnos. La mujer mira al televisor que tiene en el mostrador y después nos mira a nosotros, como si intentara ubicarnos. Para ayudarla, aparto la bufanda, me quito la peluca y me acerco para que la luz de la pantalla me ilumine la cara.

Tigris deja escapar un gruñido grave similar a los que me dedicaba *Buttercup*. Se baja de su taburete y desaparece detrás de un estante lleno de mallas de piel. Se oye algo deslizándose, y después la mujer sale y nos hace señas para que la acompañemos. Cressida me mira como si preguntara: «¿Estás segura?». Pero ¿qué opción tenemos? Regresar a la calle en estas condiciones nos garantiza la captura o la muerte. Aparto las pieles y veo que Tigris ha movido un panel en la base de la pared. Detrás parece haber una escalera de piedra descendente. Me hace un gesto para que

entre.

Todo me huele a trampa. Sufro un momento de pánico y me vuelvo hacia Tigris para mirar en sus ojos leonados. ¿Por qué hace esto? No es Cinna, alguien dispuesto a sacrificarse por los demás. Esta mujer era la viva imagen de la superficialidad del Capitolio, fue una de las estrellas de los Juegos hasta que... hasta que dejó de serlo. ¿Será por eso? ¿Por rencor? ¿Por odio? ¿Por venganza? En realidad, esa idea me reconforta. Las ansias de venganza pueden arder largo tiempo, sobre todo si las avivas cada vez que te miras al espejo.

—¿Te echó Snow de los Juegos? —le pregunto.

Ella se limita a mirarme y mover su rabo de tigre, disgustada.

—Porque voy a matarlo, ¿sabes? —añado.

Tigris alarga los labios en lo que, supongo, será una sonrisa. Más tranquila, me meto en el espacio que me indica.

A medio camino de las escaleras me doy contra una cadena y tiro de ella; el escondite se ilumina con una vacilante bombilla fluorescente. Es un pequeño sótano sin puertas ni ventanas. Poco profundo y ancho. No será más que un espacio entre dos sótanos de verdad, un lugar cuya existencia pasaría desapercibida para cualquiera sin una percepción del espacio muy fina. Es frío y húmedo, y hay montones de pieles que, supongo, no han visto la luz del día desde hace años. A no ser que Tigris nos delate, no creo que nadie nos encuentre aquí. Cuando llego al suelo de hormigón, mis compañeros empiezan a bajar los escalones. El panel vuelve a ponerse en su sitio, y oigo cómo Tigris vuelve a mover el estante sobre sus ruidosas ruedas y se sienta en su taburete de nuevo. Su tienda nos ha tragado.

Y justo a tiempo, porque Gale parece a punto de derrumbarse. Hacemos una cama con las pieles, le quitamos las armas y lo ayudamos a tumbarse. Al final del sótano hay un grifo a unos treinta centímetros del suelo con un desagüe debajo. Abro el grifo y, después de muchas salpicaduras y óxido, empieza a fluir agua limpia. Limpiamos la herida del cuello de Gale y me doy cuenta de que las vendas no bastarán, va a necesitar puntos. Tenemos una aguja e hilo esterilizado en el botiquín de primeros auxilios, aunque nos falta un médico. Se me ocurre llamar a Tigris, ya que, como estilista, sabrá usar una aguja. Sin embargo, eso dejaría desprotegida la tienda, y bastante está haciendo ella ya. Acepto que quizá yo sea la más cualificada para el trabajo. Aprieto los dientes y suturo la herida con una serie de puntadas irregulares. No queda bonito, pero servirá; después le echo un medicamento, lo vendo y le doy analgésicos.

—Descansa un poco, estamos a salvo —le digo, y él se apaga como una bombilla.

Mientras Cressida y Pollux hacen nidos de pieles para cada uno de nosotros, yo le curo a Peeta las muñecas. Le limpio con cuidado la sangre, le pongo antiséptico y se las vendo por debajo de las esposas.

—Tienes que mantenerlas limpias si no quieres que la infección se extienda y...

—Sé lo que es la septicemia, Katniss, aunque mi madre no sea sanadora — responde Peeta.

Doy un salto en el tiempo y vuelvo a otra herida, a otras vendas.

—Me dijiste lo mismo en los primeros Juegos del Hambre. ¿Real o no?

—Real —responde él—. ¿Y tu arriesgaste la vida para conseguir la medicina que me salvó?

—Real —respondo, encogiéndome de hombros—. Gracias a ti estaba viva para hacerlo.

—¿Ah, sí?

El comentario lo desconcierta y debe de haber un recuerdo brillante intentando llamarle la atención, porque su cuerpo se tensa y sus muñecas recién vendadas se aprietan contra las esposas metálicas. Entonces se queda sin energía.

—Estoy tan cansado, Katniss...

—Duerme —respondo.

No lo hace hasta que no le coloco bien las esposas y lo sujeto con ellas a uno de los soportes de las escaleras. No puede ser cómodo estar tumbado con los brazos sobre la cabeza, pero se queda dormido en cuestión de minutos.

Cressida y Pollux han preparado las camas, sacado la comida y los suministros médicos, y ahora preguntan si quiero montar una guardia. Miro la palidez de Gale y las ataduras de Peeta. Pollux lleva varios días sin dormir, y Cressida y yo sólo lo hemos hecho unas cuantas horas. Si llegara un grupo de agentes, estaríamos atrapados como ratas. Estamos a merced de una mujer tigresa decrepita que, espero, haría cualquier cosa por ver muerto a Snow.

—Creo que no tiene ningún sentido montar guardia —respondo—. Vamos a intentar dormir un poco.

Ellos asienten, aturdidos, y todos nos metemos en las pieles. El fuego de mi interior se ha apagado, y con él, mi fuerza. Me rindo a la suave piel mohosa y al olvido.

Sólo tengo un sueño que recuerde, uno largo y cansado en el que intento llegar al Distrito 12. El hogar que busco está intacto y su gente viva. Effie Trinket, que llama mucho la atención con una peluca rosa vivo y un traje a medida, viaja conmigo. No hago más que intentar perderla de vista, pero ella, inexplicablemente, siempre reaparece a mi lado e insiste en que es mi acompañante y la responsable de que cumpla mi horario. Sin embargo, el horario no deja de cambiar, y siempre nos retrasamos porque falta un sello o porque Effie se rompe uno de los tacones. Acampamos varios días en un banco de una gris estación del Distrito 7, a la espera de un tren que nunca llega. Al despertar me siento casi más cansada que cuando paso las noches envuelta en imágenes de sangre y terror.

Cressida, la única persona despierta, me dice que es última hora de la tarde. Me como una lata de estofado de ternera y la acompaño con mucha agua. Después me reclino sobre la pared del sótano y repaso los acontecimientos del último día, muerte a muerte. Las cuento con los dedos: una, dos (Mitchell y Boggs, perdidos en la primera manzana); tres (Messalla, derretido en la vaina); cuatro, cinco (Leeg 1 y Jackson, que se sacrificaron en la picadora de carne); seis, siete y ocho (Castor, Homes y Finnick, decapitados por los mutos lagartos que olían a rosas). Ocho muertos en veinticuatro horas. Sé lo que ha pasado y, aun así, no parece real. Seguro que Castor está dormido debajo de ese montón de pieles, que Finnick bajará las escaleras a saltos en cualquier momento y que Boggs me contará su plan de escape.

Creer que están muertos es aceptar que los he matado. Vale, puede que a Mitchell y a Boggs no, ya que murieron en una misión de verdad, pero los demás han perdido la vida defendiéndome en una aventura que yo me he inventado. Mi complot para asesinar a Snow ahora me parece muy estúpido, tan estúpido que estoy aquí, temblando en el suelo de este sótano, haciendo recuento de nuestras pérdidas y manoseando las borlas de las botas altas plateadas que robé de casa de la mujer. Ah, sí, se me había olvidado eso: también la he matado a ella. Ahora me dedico a asesinar ciudadanos indefensos.

Me parece que ha llegado el momento de entregarme.

Cuando los demás se despiertan, confieso: que mentí sobre la misión y que puse a todos en peligro por lograr mi venganza. Guardan silencio un buen rato. Entonces, Gale dice:

—Katniss, ya sabíamos que Coin no te había enviado a asesinar a Snow.

—Puede que tú lo supieras, pero los soldados del 13 no —contesto.

—¿De verdad crees que Jackson se tragó que seguías órdenes de Coin? —pregunta Cressida—. Claro que no, pero confiaba en Boggs, y estaba claro que él quería que siguieras.

—Nunca le dije a Boggs lo que pretendía hacer.

—¡Se lo dijiste a la sala de Mando entera! —exclama Gale—. Fue una de tus condiciones para ser el Sinsajo: «Yo mato a Snow».

Lo veo como dos cosas distintas: negociar con Coin el privilegio de ejecutar a Snow después de la guerra y esta huida sin autorización por el Capitolio.

—Pero así no —insisto—, ha sido un desastre absoluto.

—Creo que podría considerarse un éxito —responde Gale—: nos hemos infiltrado en el campo enemigo y hemos demostrado que es posible atravesar las defensas del Capitolio. También hemos logrado que nos saquen en los televisores del Capitolio. Gracias a nosotros reina el caos en la ciudad y todos nos buscan.

—Plutarch estará encantado, no lo dudes —añade Cressida.

—Eso es porque a Plutarch le da igual quién muera —le digo—, siempre que sus

Juegos sean un éxito.

Cressida y Gale tratan de convencerme una y otra vez. Pollux asiente para respaldarlos. Peeta es el único que no opina.

—¿Y tú qué piensas, Peeta? —le pregunto al fin.

—Creo... que sigues sin darte cuenta. No tienes ni idea del efecto que ejerces en los demás. —Saca las esposas de su soporte y se sienta—. Ninguna de las personas que hemos perdido eran idiotas, sabían lo que hacían. Te siguieron porque creían que de verdad podías matar a Snow.

No sé por qué su voz me llega cuando las de los demás no pueden, pero si tiene razón, y creo que sí, sólo hay una forma de pagar la deuda que he contraído con esas personas. Saco el mapa de papel que tengo en el bolsillo del uniforme y lo extiendo en el suelo con energía renovada.

—¿Dónde estamos, Cressida?

La tienda de Tigris se encuentra a unas cinco manzanas del Círculo de la Ciudad y la mansión de Snow. Estamos a poca distancia a pie por una zona en la que las vainas se han desactivado para salvaguardar la seguridad de los residentes. Tenemos disfraces que, quizá con algún añadido peludo de Tigris, nos permitirían llegar hasta allí. Pero ¿después qué? Seguro que la mansión está bien protegida y cuenta con un sistema de vigilancia por cámara las veinticuatro horas del día, además de las trampas que podrían activarse con tan sólo encender un interruptor.

—Lo que necesitamos es sacarlo a campo abierto —me dice Gale—. Así uno de nosotros podría abatirlo.

—¿Sigue apareciendo en público alguna vez? —pregunta Peeta.

—Creo que no —responde Cressida—. Todos los discursos recientes que he visto los ha dado desde su mansión, incluso antes de que llegaran aquí los rebeldes. Supongo que aumentó la vigilancia después de que Finnick airease sus delitos.

Es cierto, ahora no sólo son los Tigris del Capitolio los que odian a Snow, sino una red de personas que saben lo que hizo a sus amigos y familiares. Haría falta algo rayano en lo milagroso para sacarlo, algo como...

—Seguro que saldría por mí —afirmo—. Si me capturasen. Lo haría lo más público posible, organizaría mi ejecución en su porche. —Dejo que todos asimilen lo que acabo de decir—. Así Gale podría disparar desde la multitud.

—No —responde Peeta, sacudiendo la cabeza—. Ese plan tiene demasiados finales alternativos. Snow podría decidir retenerte y torturarte para sacarte información. O hacer que te ejecuten en público sin estar él presente. O matarte dentro de la mansión y exponer tu cadáver en la puerta.

—¿Gale? —pregunto.

—Creo que es una solución extrema. Quizá si fallara todo lo demás. Vamos a seguir pensando.

En el silencio, oímos las mullidas pisadas de Tigris sobre nosotros. Debe de ser la hora de cerrar. Está echando llave, quizá cerrando las contraventanas. Unos minutos después se abre el panel de lo alto de las escaleras.

—Subid —nos dice una voz grave—. Tengo comida para vosotros.

Es la primera vez que habla desde que llegamos. No sé si es algo natural o si le ha costado años de práctica, pero su forma de hacerlo recuerda al ronroneo de un gato.

Mientras subimos las escaleras, Cressida pregunta:

—¿Te has puesto en contacto con Plutarch, Tigris?

—No tengo medios para hacerlo —responde ella, encogiéndose de hombros—. Se imaginará que estáis en un piso franco. No te preocupes.

¿Preocuparnos? Siento un alivio tremendo al saber que no me llegarán órdenes directas (que deba evitar) del 13 y que tampoco tendré que inventarme una defensa viable para la decisiones que he tomado en los dos últimos días.

En el mostrador de la tienda hay algunos trozos de pan rancio, una cuña de queso mohoso y media botella de mostaza. Eso me recuerda que no todos los ciudadanos del Capitolio tienen la tripa llena estos días. Me veo obligada a decirle a Tigris que nos queda algo de comida, pero ella desecha mis objeciones.

—Yo apenas como nada —explica—. Y lo poco que como es carne cruda.

Me parece que se ha metido demasiado en su personaje, aunque no lo cuestiono; me limito a rascarle el moho al queso y dividir la comida entre nosotros.

Mientras comemos, vemos las últimas noticias del Capitolio. El Gobierno ha descubierto por fin que nosotros cinco somos los únicos supervivientes rebeldes. Ofrecen unas recompensas enormes por información que conduzca a nuestra captura. Enfatizan lo peligrosos que somos y nos muestran disparando a los agentes de la paz, aunque no sacan a los mutos arrancándoles las cabezas. Preparan un trágico tributo a la mujer que sigue tumbada donde la dejé, con la flecha clavada en el corazón. Alguien le ha retocado el maquillaje para las cámaras.

Los rebeldes dejan que el Capitolio emita sin problemas.

—¿Han hecho alguna declaración hoy los rebeldes? —pregunto a Tigris, y ella sacude la cabeza—. Dudo que Coin sepa qué hacer conmigo ahora que ha descubierto que sigo viva.

Tigris deja escapar una risa profunda.

—Nadie sabe qué hacer contigo, nena —comenta.

Después me obliga a llevarme un par de mallas de piel, aunque no pueda pagárselas. Es uno de esos regalos que no te queda más remedio que aceptar y, en cualquier caso, en el sótano hace frío.

Abajo, después de la cena, seguimos devanándonos los sesos para dar con un plan. No sacamos nada en claro, aunque sí acordamos que no podemos seguir juntos y que deberíamos intentar infiltrarnos en la mansión antes de probar a usarme como

cebo. Acepto este segundo punto para evitar más discusiones; si decido entregarme, no necesito ni el permiso ni la participación de nadie.

Cambiamos vendas, esposamos a Peeta a su soporte y nos ponemos a dormir. Unas horas después, me despierto y oigo una conversación en voz baja entre Peeta y Gale. Imposible no cotillear.

—Gracias por el agua —dice Peeta.

—Tranquilo —responde Gale—, me despierto unas diez veces cada noche.

—¿Para asegurarte de que Katniss sigue aquí?

—Algo así —reconoce Gale.

Guardan silencio un momento y después Peeta habla de nuevo:

—Ha tenido gracia lo que ha dicho Tigris, lo de que nadie sabe qué hacer con ella.

—Bueno, y menos nosotros —responde Gale.

Los dos se ríen. Qué raro es oírlos hablar así, casi como amigos, cosa que no son. Nunca lo han sido, aunque tampoco son exactamente enemigos.

—Te quiere, ¿sabes? —dice Peeta—. Prácticamente me lo dijo después de tus latigazos.

—No te lo creas —responde Gale—. Viendo cómo te besó en el Vasallaje... Bueno, a mí nunca me ha besado así.

—No era más que parte del teatro —le asegura Peeta, aunque noto que duda.

—No, te la ganaste. Lo diste todo por ella. Quizá sea la única forma de convencerla de que la amas. —Se calla un momento—. Tendría que haberme presentado voluntario por ti en los primeros Juegos. Para protegerla.

—No podías, nunca te lo habría perdonado. Tenías que cuidar de su familia, le importan más que la vida.

—Bueno, eso no será problema dentro de nada. Es poco probable que los tres lleguemos vivos al final de la guerra. Y si lo conseguimos, supongo que es problema de Katniss. A quién elegir, me refiero —dice Gale, y bosteza—. Deberíamos dormir un poco.

—Sí. —Oigo cómo se deslizan las esposas de Peeta por el soporte cuando se tumba—. Me pregunto cómo se decidirá.

—Bueno, yo ya lo sé —asegura Gale; apenas logro oírlo por culpa de la capa de pieles que tiene encima—: Katniss elegirá al que necesite para sobrevivir.



Noto un escalofrío, ¿de verdad soy tan calculadora? Gale no ha dicho: «Katniss elegirá al que necesite para que no se le rompa el corazón», ni siquiera «elegirá al que necesite para poder seguir viviendo». Eso habría dado a entender que me motiva la pasión. Mi mejor amigo predice que escogeré a la persona «que necesite para sobrevivir». Ahí no hay ni rastro de que me mueva el amor, el deseo o, al menos, la compatibilidad; según él, realizaré una evaluación desapasionada de qué pueden ofrecerme mis posibles parejas. Como si, al final, todo se redujera a quién me permitirá llevar una vida más larga, si un panadero o un cazador. Es horrible que Gale lo haya dicho y que Peeta no lo haya negado, y más cuando el Capitolio y los rebeldes han robado y explotado todas y cada una de mis emociones. En estos momentos, la elección sería simple: puedo sobrevivir perfectamente sin ninguno de los dos.

Por la mañana no me quedan energías ni tiempo que dedicar a mis sentimientos heridos. Nos reunimos alrededor de la televisión de Tigris antes del alba para desayunar paté de hígado y galletas de higo, y vemos una de las interrupciones de Beetee. Hay novedades en la guerra; al parecer, a un emprendedor comandante, inspirado por la ola negra, se le ha ocurrido confiscar los automóviles abandonados y enviarlos sin conductor por las calles. Los coches no disparan todas las vainas, aunque sí la mayor parte de ellas. A eso de las cuatro de la mañana, los rebeldes han empezado a entrar por tres caminos distintos (a los que se refieren simplemente como líneas A, B y C) al corazón del Capitolio. Así han logrado asegurar una manzana tras otra con pocas víctimas.

—Esto no puede durar —dice Gale—. De hecho, me sorprende que haya servido tanto tiempo. El Capitolio se adaptará desactivando algunas trampas concretas para activarlas cuando sus objetivos estén al alcance.

Pocos minutos después de esta predicción, vemos cómo pasa en pantalla: un pelotón envía un coche por la calle y dispara cuatro vainas. Todo parece ir bien. Tres soldados van a reconocer el terreno y llegan bien al final de la calle. Pero cuando un grupo de veinte soldados rebeldes los siguen, las macetas con rosales de una floristería acaban volándolos en pedazos.

—Seguro que Plutarch se está tirando de los pelos por no poder cortar la emisión —dice Peeta.

Beetee le devuelve la retransmisión al Capitolio, donde una periodista de rostro serio anuncia que los civiles deben evacuar sus casas. Entre su actualización y la historia anterior, consigo marcar en el mapa las posiciones de los dos ejércitos.

Oigo pasos en la calle, me acerco a las ventanas y me asomo por una rendija de las contraventanas. Un espectáculo extravagante está teniendo lugar bajo los primeros rayos del sol: refugiados de los edificios ocupados se dirigen al centro del Capitolio. Los más aterrados van en camisón y zapatillas, mientras que los previsores están abrigados con varias capas de ropa. Llevan de todo, desde ordenadores portátiles a joyeros, pasando por macetas. Un hombre en bata sólo lleva un plátano demasiado maduro. Los niños, desconcertados y somnolientos, tropiezan detrás de sus padres; la mayoría están demasiado perplejos o aturcidos para llorar. Veo trocitos de ellos desde mi posición: unos grandes ojos castaños; un brazo agarrado a una muñeca; un par de pies descalzos azulados que se dan contra los irregulares adoquines del callejón... Verlos me recuerda a los niños del 12 que murieron intentando huir de las bombas incendiarias. Me alejo de la ventana.

Tigris se ofrece a hacernos de espía, ya que es la única por la que no ofrecen recompensa. Después de escondernos abajo, sale al Capitolio para recabar cualquier información útil.

Mientras, doy vueltas por nuestro encierro y vuelvo locos a los demás. Algo me dice que no aprovechar la marea de refugiados es un error, ¿qué mejor disfraz podríamos tener? Por otro lado, cada persona de las que abarrotan las calles es otro par de ojos más buscando a los cinco rebeldes huidos. Pero ¿qué sacamos quedándonos aquí? Lo único que hacemos es acabar con nuestra pequeña reserva de comida y esperar... ¿a qué? ¿A que los rebeldes tomen el Capitolio? Podrían tardar semanas, y no sé bien qué haría yo si lo consiguieran. No correría a saludarlos. Coin haría que me llevaran al 13 antes de que pudiera decir: «Jaula, jaula, jaula». No he recorrido todo este camino, no he perdido a toda esta gente, para entregarme a esa mujer. Yo mato a Snow. Además, habría un montón de cosas sobre los últimos días que no sería capaz de explicar. Varias de ellas, si llegaran a saberse, supondrían tirar a la basura mi trato para lograr la inmunidad de los vencedores. Encima, dejándome a mí aparte, me da la impresión de que los demás van a necesitarla. Como Peeta, que, por muchas vueltas que se le dé, aparece en una grabación empujando a Mitchell hacia aquella red de la vaina. Me imagino lo que el consejo de guerra de Coin haría con eso.

A última hora de la tarde empezamos a inquietarnos con la prolongada ausencia de Tigris. Hablamos de la posibilidad de que la hayan detenido, de que nos haya entregado voluntariamente o de que, simplemente, haya resultado herida en la oleada de refugiados. Sin embargo, alrededor de las seis, la oímos regresar. Un maravilloso olor a carne frita lo inunda todo: Tigris nos ha preparado una sartén de jamón

troceado con patatas. Hace días que no comemos caliente y, mientras espero a que me sirva, temo ponerme a babear.

Intento prestar atención a lo que nos cuenta Tigris mientras como, pero el dato más importante que capto es que, en estos momentos, la ropa interior de piel es un bien valioso, sobre todo para las personas que han salido de sus hogares en pijama. Muchos siguen en la calle intentando encontrar cobijo para pasar la noche. Los que viven en los exclusivos pisos del centro no han abierto sus puertas a los desplazados, sino todo lo contrario: la mayoría las ha cerrado a cal y canto, ha cerrado las contraventanas y ha fingido no estar en casa. Ahora el Círculo de la Ciudad está lleno de refugiados, y los agentes van de puerta en puerta, incluso derribándolas en caso necesario, para asignar invitados.

En la televisión vemos a un lacónico jefe de los agentes de la paz estableciendo cuántas personas por metro cuadrado debe admitir cada residente. Recuerda a los ciudadanos del Capitolio que las temperaturas bajarán por debajo de los cero grados esta noche y advierte que el presidente espera que sean anfitriones no sólo bien dispuestos, sino entusiastas, en estos tiempos de crisis. Después enseñan unas grabaciones muy preparadas de ciudadanos preocupados que dan la bienvenida a unos refugiados agradecidos. El jefe de los agentes dice que el presidente en persona ha ordenado que parte de su mansión se prepare para acoger a un buen número de los ciudadanos mañana. Añade que los tenderos también deben prepararse para prestar su espacio, si así se les solicita.

—Tigris, ésa podrías ser tú —dice Peeta.

Me doy cuenta de que tiene razón, que incluso esta estrechísima tienda resultará apropiada cuando aumente el número de personas. Que acabaríamos atrapados de verdad en el sótano y podrían descubrirnos en cualquier momento. ¿Cuántos días tenemos? ¿Uno? ¿Quizá dos?

El jefe de los agentes vuelve con más instrucciones para la población. Al parecer, hubo un desgraciado incidente esta noche: una multitud mató a palos a un joven que se parecía a Peeta. Por tanto, se pide que se informe de inmediato a las autoridades de cualquier avistamiento, de modo que las autoridades se encarguen de la identificación y detención del sospechoso. Muestran una foto de la víctima. Aparte de unos rizos decolorados, se parece tanto a Peeta como yo.

—La gente se ha vuelto loca —murmura Cressida.

Vemos una breve actualización de los rebeldes y descubrimos que han tomado varias manzanas más. Apunto los cruces en el mapa y lo examino.

—La línea C está a tan sólo cuatro manzanas de aquí —anuncio.

Por algún motivo, eso me pone más nerviosa que la idea de los agentes buscando alojamiento. De repente, me vuelvo muy hacendosa.

—Deja que lave los platos.

—Te echaré una mano —dice Gale, y se pone a recogerlos.

Noto que Peeta nos sigue con la mirada cuando salimos del cuarto. En la diminuta cocina que está en la parte de atrás de la tienda de Tigris, lleno el fregadero de agua y jabón.

—¿Crees que es cierto que Snow dejará entrar a los refugiados en su mansión? —pregunto.

—Creo que tiene que hacerlo, al menos para las cámaras.

—Me iré por la mañana.

—Voy contigo —dice Gale—. ¿Qué hacemos con los demás?

—Pollux y Cressida podrían ser útiles, son buenos guías.

Claro que Pollux y Cressida no son el verdadero problema.

—Pero Peeta es demasiado... —empiezo.

—Imprevisible —me ayuda Gale—. ¿Crees que seguirá dispuesto a quedarse atrás?

—Podemos explicarle que nos pondría en peligro —respondo—. Quizá se quede aquí si lo convencemos.

Peeta se toma nuestra sugerencia de manera muy racional y acepta de inmediato que su compañía podría poner a los demás en peligro. Justo cuando creo que va a funcionar, que es capaz de quedarse escondido en el sótano de Tigris, anuncia que va a salir él solo.

—¿Para hacer qué? —pregunta Cressida.

—No estoy seguro. Quizá todavía sirva para crear una distracción. Ya visteis lo que le pasó al hombre que se me parecía.

—¿Y si... pierdes el control? —pregunto.

—¿Si me vuelvo muto, quieres decir? Bueno, si noto que empieza, intentaré volver aquí —me asegura.

—¿Y si Snow te vuelve a atrapar? —pregunta Gale—. Ni siquiera tienes un arma.

—Tendré que arriesgarme. Como vosotros.

Los dos se miran, y entonces Gale se mete la mano en el bolsillo del pecho, saca su pastilla de jaula de noche y la pone en la mano de Peeta. Peeta la deja sobre la palma abierta, sin rechazarla ni aceptarla.

—¿Y tú? —pregunta a Gale.

—No te preocupes, Beetee me enseñó a detonar las flechas explosivas a mano. Si eso falla, tengo mi cuchillo. Y tengo a Katniss —añade Gale, sonriendo—. Ella no les dará la satisfacción de atraparme con vida.

La idea de que unos agentes se lleven a Gale hace que la canción vuelva a sonarme en la cabeza:

¿Vas, vas a volver
al árbol...

—Acéptala, Peeta —digo con voz cansada, cerrando sus dedos en torno a la pastilla—. No tendrás a nadie para ayudarte.

Pasamos una mala noche, nos despiertan las pesadillas de los demás y nuestras cabezas no dejan de dar vueltas a los planes del día siguiente. Me alegro cuando llegan las cinco y podemos empezar con lo que el día nos tenga preparado. Nos comemos un revoltijo de los restos de la comida (melocotones enlatados, galletas saladas y caracoles) y dejamos una lata de salmón para Tigris como exiguo pago por todo lo que ha hecho. El gesto la conmueve; su rostro se contrae en una expresión extraña y se pone en acción como una bala: se pasa una hora remodelándonos. Nos viste de modo que la ropa normal esconda los uniformes incluso antes de ponernos las capas y los abrigos. Cubre las botas militares con una especie de zapatillas peludas. Nos sujeta las pelucas con horquillas. Limpia los estridentes restos del maquillaje que nos aplicamos a toda prisa y nos vuelve a pintar. Nos envuelve en la ropa de abrigo para ocultar las armas. Después nos da bolsos y hatillos con chismes. Al final somos como cualquier otro refugiado que huye de los rebeldes.

—Nunca subestimes el poder de una estupenda estilista —dice Peeta; cuesta saberlo con certeza, pero creo que Tigris se ha ruborizado debajo de sus franjas.

No hay noticias interesantes en la tele, aunque el callejón parece tan lleno de refugiados como la mañana anterior. Nuestro plan es meternos entre la multitud en tres grupos. Primero irán Cressida y Pollux, que harán de guías a una distancia segura de nosotros. Después Gale y yo, que pretendemos meternos entre los refugiados asignados a la mansión. Y por último, Peeta, que irá detrás de nosotros por si hace falta armar un alboroto.

Tigris observa a través de las contraventanas hasta que llega el momento apropiado, abre la puerta, y hace un gesto a Cressida y Pollux.

—Cuidaos —dice, y se van.

Nosotros lo haremos dentro de un minuto. Saco la llave, le quito las esposas a Peeta y me las meto en el bolsillo. Él se restriega las muñecas y las flexiona. Noto que la desesperación se adueña de mí, es como volver al Vasallaje de los Veinticinco, cuando Beetee nos dio el rollo de alambre a Johanna y a mí.

—Oye, no hagas ninguna tontería —le digo.

—No, sólo si no hay más remedio. De verdad.

Le rodeo el cuello con los brazos y noto que vacila antes de devolverme el gesto. No es tan firme como antes, pero sigue siendo un abrazo cálido y fuerte. Mil momentos pasan por mi cabeza, todas las veces que estos brazos fueron mi único refugio del mundo. Quizá no los apreciara como debía entonces, pero son recuerdos dulces que se irán para siempre.

—De acuerdo —digo, y lo suelto.

—Ha llegado el momento —dice Tigris.

Le doy un beso en la mejilla, me ajusto la capa roja con capucha, me acerco la bufanda a la nariz y sigo a Gale al exterior.

Unos helados copos de nieve me cortan la piel. El sol sale, intentando atravesar la penumbra sin mucho éxito. Hay luz suficiente para ver las formas abrigadas más cercanas, pero poco más. En realidad serían las condiciones perfectas si lograra localizar a Cressida y Pollux. Gale y yo bajamos la cabeza y arrastramos los pies entre los refugiados. Oigo lo que me perdí al asomarme a las contraventanas ayer: llantos, gemidos, respiraciones agitadas... y, no muy lejos, disparos.

—¿Adónde vamos, tío? —le pregunta un niño tembloroso a un hombre que carga con una pequeña caja fuerte.

—A la mansión del presidente. Nos asignarán un nuevo hogar —responde el hombre, resoplando.

Salimos del callejón y llegamos a una de las avenidas principales.

—¡Manténganse a la derecha! —ordena una voz, y veo que los agentes están mezclados entre la muchedumbre, dirigiendo el tráfico humano. En los escaparates de las tiendas, que ya están llenas de refugiados, se ven rostros temerosos. A este ritmo, Tigris tendrá invitados para la comida. Ha sido buena idea irnos ya.

Hay más luz a pesar de la nieve. Localizo a Cressida y a Pollux a unos treinta metros de nosotros, avanzando con la multitud. Me vuelvo para ver si encuentro a Peeta; no lo consigo, aunque sí me topo con la mirada de curiosidad de una niña vestida con un abrigo amarillo limón. Le doy un codazo a Gale y freno un poco para que se forme un muro de gente entre la niña y nosotros.

—Quizá tengamos que separarnos —le digo entre dientes—. Hay una niña...

Los disparos suenan entre la muchedumbre y varias personas caen al suelo cerca de mí. Oigo gritos cuando un segundo ataque derriba a otro grupo detrás de nosotros. Gale y yo nos tiramos al suelo y nos arrastramos los diez metros que nos separan de las tiendas para cubrirnos detrás de las botas de tacón que un zapatero expone delante de su tienda.

Una hilera de zapatos con plumas bloquea la vista de Gale.

—¿Quién es? —pregunta—. ¿Ves algo?

Lo que veo entre los pares de botas de cuero de color lavanda y verde menta es una calle llena de cadáveres. La niña que me miraba está arrodillada al lado de una mujer inmóvil; chilla e intenta despertarla. Otra lluvia de balas atraviesa el pecho de su abrigo amarillo, lo mancha de rojo y la hace caer de espaldas. Me quedo mirando su diminuta figura arrugada en el suelo y pierdo la capacidad de articular palabra. Gale me da un codazo.

—¿Katniss?

—Están disparando desde el tejado que tenemos encima —le digo a Gale. Veo cómo disparan unas cuantas veces más y cómo los uniformes blancos caen sobre las

calles nevadas.

—Intentan derribar a los agentes, pero no son muy buenos tiradores. Deben de ser los rebeldes.

No me alegro, aunque, en teoría, mis aliados hayan llegado hasta aquí. El abrigo amarillo limón me tiene hipnotizada.

—Si empezamos a disparar, todo se habrá acabado —dice Gale—. Todo el mundo sabrá que somos nosotros.

Es cierto, sólo nos quedan nuestros fabulosos arcos. Soltar una flecha sería como anunciar a ambos bandos que estamos aquí.

—No —respondo con contundencia—, tenemos que llegar hasta Snow.

—Pues será mejor que empecemos a movernos antes de que caiga toda la manzana.

Nos abrazamos a la pared y seguimos avanzando por la calle; el problema es que la pared está llena de escaparates. Un patrón de palmas sudorosas y rostros asustados se aplasta contra los cristales. Me levanto más la bufanda para tapar los pómulos mientras corremos entre las exposiciones exteriores. Detrás de un estante lleno de fotos de Snow enmarcadas nos encontramos con un agente de la paz herido apoyado en una pared de ladrillo. Nos pide ayuda. Gale le da una patada en la sien y le quita la pistola. En el cruce dispara a un segundo agente de la paz y los dos nos hacemos así con armas de fuego.

—Bueno, ¿quiénes se supone que somos ahora? —pregunto.

—Ciudadanos desesperados del Capitolio —responde Gale—. Los agentes de la paz creerán que estamos de su lado y, con suerte, los rebeldes tendrán objetivos más interesantes.

Estoy meditando si este nuevo papel nos conviene mientras corremos por el cruce, pero, cuando llegamos a la siguiente manzana, ya da igual quiénes seamos. Da igual quién es quién, porque nadie mira a la cara. Los rebeldes están aquí, sin duda; avanzan por la avenida, se cubren en los portales, detrás de los vehículos, disparando, gritando órdenes roncas mientras se preparan para encontrarse con el ejército de agentes de la paz que arremeten contra nosotros. Atrapados en el fuego cruzado están los refugiados desarmados, desorientados y heridos.

Una vaina se activa delante de nosotros y libera un chorro de vapor que cuece a todos los que se encuentra a su paso, dejando a las víctimas rosas como intestinos y muy muertas. Después de eso desaparece el poco orden que quedaba. Como los restos de vapor se mezclan con la nieve, la visibilidad sólo llega al final de mi arma. Agente, rebelde, ciudadano, ¿quién sabe? Todo lo que se mueve es un blanco. La gente dispara por reflejo, y yo no soy una excepción. Con el corazón a mil por hora y la adrenalina circulando por las venas, todos son enemigos salvo Gale, mi compañero de caza, la única persona que me cubre las espaldas. Sólo podemos seguir adelante

matando a cualquiera que se cruce en nuestro camino. Personas gritando, personas sangrando, personas muertas por todas partes. Al llegar a la siguiente esquina, toda la manzana que tenemos delante se ilumina con un intenso brillo morado. Retrocedemos, nos escondemos en el hueco de una escalera y miramos la luz con los ojos entrecerrados. Algo pasa con los que reciben la luz, los ataca... ¿Qué? ¿Un sonido? ¿Una onda? ¿Un láser? Se les caen las armas, se llevan los dedos a la cara y les sale sangre por todos los orificios visibles: ojos, nariz, boca y orejas. En menos de un minuto están todos muertos y desaparece la luz. Aprieto los dientes y corro; salto sobre los cadáveres y me resbalo con la sangre. El viento agita la nieve y la convierte en remolinos cegadores, aunque no apaga el sonido de otra oleada de botas que vienen hacia nosotros.

—¡Abajo! —le susurro a Gale.

Nos dejamos caer donde estamos. Mi cara aterriza en el charco caliente de la sangre de alguien, pero me hago la muerta, me quedo quieta mientras las botas marchan por encima de nosotros. Algunos evitan los cadáveres. Otros me pisan la mano, la espalda y me dan patadas en la cabeza al pasar. Cuando se alejan las botas, abro los ojos y asiento en dirección a Gale.

En la siguiente manzana nos encontramos con más refugiados aterrados, aunque pocos soldados. Justo cuando creemos haber encontrado un respiro, se oye un crujido como el de un huevo contra el borde de un cuenco, multiplicado por mil. Nos paramos y buscamos la vaina. No hay nada. Entonces noto que las puntas de las botas se inclinan ligeramente.

—¡Corre! —le grito a Gale.

No hay tiempo para explicaciones, pero en pocos segundos queda clara la naturaleza de la trampa: se ha abierto una grieta en el centro de la manzana. Los dos lados de la calle de baldosas se doblan hacia dentro como si fueran alerones y echan a la gente en el interior de lo que hay debajo.

No sé si correr hasta el siguiente cruce o intentar llegar a las puertas que recorren la calle y entrar en uno de los edificios. Como no me decido, acabo moviéndome casi en diagonal. Conforme el alerón se inclina, pierdo pie, cada vez me cuesta más agarrarme a las resbaladizas baldosas. Es como correr por la ladera de una colina helada que cada vez está más pendiente. Mis dos destinos (el cruce y los edificios) están a unos diez metros cuando noto que el alerón cede. No puedo más que usar mis últimos segundos de conexión con las baldosas para tomar impulso y saltar hacia el cruce. Cuando me agarro al borde, me doy cuenta de que los alerones están completamente verticales. Los pies me cuelgan en el aire, no tienen punto de apoyo. Del fondo, a unos cincuenta metros de mi posición, llega un hedor horrible, como a cadáveres putrefactos al calor del verano. Unas formas negras se arrastran entre las sombras y silencian a los que han sobrevivido a la caída.

Dejo escapar un grito ahogado, aunque nadie acude en mi ayuda. Los dedos se me resbalan por el borde de hielo hasta que me doy cuenta de que estoy a menos de dos metros de la esquina de la vaina. Avanzo con las manos por el borde intentando bloquear los aterradores sonidos del fondo. Cuando llego a la esquina, paso la bota derecha por encima, se agarra a algo y, con mucho esfuerzo, subo al nivel de la calle jadeando y temblando. Me levanto y me aferro a una farola para estabilizarme, aunque el suelo aquí está llano del todo.

—¿Gale? —grito al abismo, me da igual que me reconozcan—. ¿Gale?

—¡Aquí! —responde, y miro desconcertada a la izquierda.

El alerón se abrió hasta la misma base de los edificios. Una docena de personas ha conseguido llegar hasta allí y cuelga de cualquier cosa que les ofrezca un anclaje: pomos, aldabas, ranuras de buzones... A tres puertas de mí, Gale está sujeto a la rejilla de hierro decorativa que rodea la puerta de un piso. Podría entrar fácilmente si estuviera abierta, pero, a pesar de patear la puerta varias veces, nadie abre.

—¡Cúbrete! —grito, levantando el arma.

Él se vuelve y yo agujereo la puerta hasta que revienta hacia dentro. Gale se mete y aterriza hecho un ovillo en el suelo. Durante un instante experimento la alegría de su rescate... hasta que veo que unas manos con guantes blancos lo agarran.

Gale me mira a los ojos y dice algo que no puedo oír. No sé qué hacer. No puedo abandonarlo, pero tampoco acercarme. Vuelve a mover los labios y sacudo la cabeza para indicarle mi desconcierto. En cualquier momento se darán cuenta de quién es. Los agentes lo están metiendo dentro.

—¡Vete! —lo oigo chillar.

Me vuelvo y corro, sola. Gale está prisionero. Cressida y Pollux podrían haber muerto ya diez veces. ¿Y Peeta? No lo he visto desde que salimos de casa de Tigris. Me aferro a la idea de que ha vuelto, de que ha sentido que sufría una crisis y ha regresado al sótano antes de perder el control. Soy consciente de que no lo necesitábamos para distraer a nadie: el Capitolio ya ha montado distracciones de sobra para todos. No hace falta que se convierta en cebo ni que se tome la jaula de noche... ¡La jaula de noche! Gale no tiene. Y en cuanto a lo que decía de detonar a mano las flechas, no tendrá esa oportunidad. Lo primero que harán los agentes es quitarle las armas.

Caigo en un portal y los ojos se me llenan de lágrimas. «Dispárame», eso es lo que estaba diciendo. ¡Se suponía que yo iba a dispararle! Ése era mi trabajo, era nuestra promesa tácita, la que nos habíamos hecho los unos a los otros. No he cumplido, y ahora el Capitolio lo matará, lo torturará, lo secuestrará o... Empiezo a notar que me rajo por dentro, que corro el peligro de volver a hacerme pedazos. Sólo me queda una esperanza: que el Capitolio caiga, rinda las armas y entregue a los prisioneros antes de que hagan daño a Gale. Sin embargo, no creo que suceda

mientras Snow siga con vida.

Un par de agentes pasa corriendo junto a mí sin apenas mirar a la llorona chica del Capitolio acurrucada en un portal. Me trago las lágrimas, me limpio las de la cara antes de que se congelen e intento recuperarme. Vale, sigo siendo una refugiada anónima. ¿O me vieron los agentes que atraparon a Gale cuando huía? Me quito la capa, le doy la vuelta y dejo que se vea el forro negro en vez del exterior rojo. Me coloco la capucha de modo que me oculte la cara. Me pego el arma al pecho y examino la manzana. Sólo hay un puñado de rezagados con aspecto aturdido. Me pongo detrás de un par de ancianos que no me prestan atención, nadie espera que esté con ancianos. Cuando llegamos al final del siguiente cruce, se detienen y estoy a punto de chocarme con ellos. Es el Círculo de la Ciudad. Al otro lado de la gran explanada rodeada de grandiosos edificios está la mansión del presidente.

El Círculo está lleno de gente que da vueltas, gime o se sienta a dejar que la nieve se acumule a su alrededor. Encajo perfectamente. Empiezo a abrirme camino hacia la mansión, tropezando con tesoros abandonados y extremidades cubiertas de blanco. A medio camino veo la barricada de hormigón de metro y medio de altura que se extiende formando un rectángulo delante de la mansión. Debería estar vacía, pero está llena de refugiados. Quizá sea el grupo que han elegido para proteger en la mansión. Sin embargo, al acercarme veo otra cosa: todos los del interior son niños, desde bebés que dan sus primeros pasos hasta adolescentes; asustados y helados, acurrucados en grupos o meciéndose entumecidos en el suelo. No los conducen a la mansión, los han metido allí dentro y los vigilan agentes por todas partes. Entiendo de inmediato que no lo han hecho para protegerlos. Si el Capitolio quisiera garantizar su seguridad los habría escondido en un búnker en alguna parte. Los niños son el escudo humano de Snow.

Se oye un alboroto y la gente se va hacia la izquierda. Me veo atrapada entre cuerpos más grandes, llevada de lado, desviada de mi camino.

—¡Los rebeldes! ¡Los rebeldes! —gritan, y sé que deben de haber entrado.

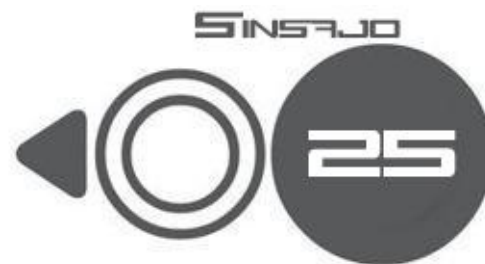
El impulso de la muchedumbre me estrella contra el asta de una bandera y me aferro a ella. Uso la cuerda que cuelga de la parte superior para subir y apartarme del empuje de los cuerpos. Sí, veo que el ejército rebelde entra en el Círculo, lo que hace que los refugiados se retiren a las avenidas. Examino la zona en busca de las vainas que tendrían que estar estallando, pero no las hay. Lo que pasa es lo siguiente:

Un aerodeslizador con el sello del Capitolio se materializa justo encima de los niños de la barricada. Decenas de paracaídas plateados llueven sobre ellos y, a pesar del caos, los niños saben lo que hay en los paracaídas: comida, medicinas y regalos. Los recogen con ansia y abren las cuerdas como pueden con sus dedos helados de frío. El aerodeslizador desaparece, pasan cinco segundos y unos veinte paracaídas estallan a la vez.

De la multitud surge un gemido colectivo. La nieve está roja y cubierta de miembros humanos diminutos. Muchos de los niños mueren al instante, mientras que otros yacen agonizando en el suelo. Algunos se tambalean, entumecidos, mirando los restos de los paracaídas plateados que tienen en las manos, como si todavía pudieran contener algo maravilloso en su interior. Por la forma en que los agentes retiran las barricadas y corren hacia los niños sé que no sabían lo que iba a pasar. Otro grupo de uniformes blancos corre hacia el lugar, pero no son agentes de la paz, sino sanitarios, sanitarios rebeldes. Reconocería los uniformes en cualquier parte. Se meten entre los niños, armados con equipos médicos.

Primero vislumbro una trenza rubia. Después, cuando se quita el abrigo para cubrir a un niño que llora, veo la colita de pato que ha formado su camisa al salirse y tengo la misma reacción que el día que Effie Trinket la llamó en la cosecha. Debo de haber perdido las fuerzas, ya que me encuentro sin darme cuenta en la base del asta y no sé qué ha pasado en los últimos segundos. Después empujo a la multitud, como hice en aquella ocasión. Intento gritar su nombre para que me oiga por encima del escándalo. Estoy casi allí, casi en la barricada, cuando me parece que me oye porque, durante un momento, me ve y sus labios forman mi nombre.

Es entonces cuando estallan los demás paracaídas.



¿Real o no? Estoy ardiendo. Las bolas de fuego que surgieron de los paracaídas salen por encima de las barricadas, atraviesan el aire cargado de nieve y aterrizan entre la muchedumbre. Estaba volviéndome cuando me acertó una, me recorrió la espalda con una lengua de fuego y me transformó en algo nuevo, en una criatura tan inextinguible como el sol.

Un muto de fuego sólo percibe una cosa: la agonía. Ni vista, ni sonido, ni otra sensación que no sea el implacable ardor de la carne. Quizá pase por momentos de inconsciencia, pero ¿qué más da si no me ofrecen consuelo? Soy el pájaro de Cinna, ardiendo, volando como loca para escapar de algo de lo que no puedo escapar: las plumas de llamas que me salen del cuerpo; si las bato no hago más que avivar el fuego. Me consumo sin fin.

Al final mis alas ceden, pierdo altura y la gravedad me tira a un mar espumoso del color de los ojos de Finnick. Floto sobre la espalda, que sigue ardiendo debajo del agua, aunque la agonía se convierte en dolor. Cuando voy a la deriva, incapaz de navegar, aparecen ellos: los muertos.

Los seres que amaba vuelan como pájaros por el cielo que me cubre. Suben, revolotean, me llaman para que me una a ellos. Estoy deseando seguirlos, pero el agua de mar me satura las alas, impide que me eleve. Los seres que odiaba están en el agua, son horribles criaturas con escamas que me arrancan la carne salada con sus dientes afilados. Me muerden una y otra vez, me arrastran bajo la superficie.

El pajarito blanco con manchas rosas se mete en el agua, me clava las garras en el pecho e intenta mantenerme a flote.

—¡No, Katniss! ¡No! ¡No puedes irte!

Pero los que odiaba están ganando, y si ella, mi pajarito, se aferra a mí, también estará perdida.

—¡Prim, suéltame!

Y, finalmente, lo hace.

Todos me abandonan en las profundidades. Sólo tengo el sonido de mi respiración, el enorme esfuerzo que supone absorber el agua y sacarla de los pulmones. Quiero parar, intento aguantar el aliento, pero el mar entra a la fuerza y contra mi voluntad.

—Dejadme morir, dejad que siga a los demás —suplico a lo que me retiene aquí.

No hay respuesta.

Llevo atrapada días, años, quizá siglos. Muerta, pero sin morir del todo. Viva, pero como si estuviera muerta. Tan sola que cualquier persona, cualquier cosa, por desagradable que sea, sería bien recibida. Sin embargo, cuando por fin me visitan, es algo dulce: morfina. Corre por mis venas, amortigua el dolor, aligera mi cuerpo tanto que vuelve a subir y descansa sobre la espuma.

Espuma. Es cierto que floto sobre espuma. La noto bajo la punta de los dedos, acunando algunas partes de mi cuerpo desnudo. Hay mucho dolor, pero también algo parecido a la realidad: la lija de mi garganta; el olor a medicina para quemaduras de la primera arena; el sonido de la voz de mi madre. Son cosas que me asustan, así que intento regresar a las profundidades para encontrarles sentido, pero no hay vuelta atrás. Poco a poco, me veo obligada a aceptar que soy una chica con graves quemaduras y sin alas, sin fuego. Sin hermana.

En el deslumbrante hospital del Capitolio, los médicos obran su magia. Tapan mi cuerpo en carne viva con nuevas capas de piel. Convencen a las células de que son mías. Manipulan unas partes y otras, doblando y estirando las extremidades para asegurarse de que encajen bien. Oigo una y otra vez que he tenido mucha suerte: mis ojos están bien, casi toda mi cara está bien, mis pulmones responden al tratamiento y quedaré como nueva.

Cuando mi delicada piel se endurece lo bastante como para soportar la presión de las sábanas, llegan más visitantes. La morfina abre la puerta tanto a vivos como a muertos. Haymitch, amarillento y serio. Cinna, que cose un nuevo vestido de boda. Delly, que no deja de parlotear sobre lo agradable que es todo el mundo. Mi padre, que canta las cuatro estrofas de *El árbol del ahorcado* y me recuerda que mi madre (que duerme en un sillón entre turnos) no debe saberlo.

Un día me despierto y me doy cuenta de que no me permitirán vivir en mi mundo de ensueño. Tengo que comer con la boca, que mover los músculos, que ir sola al baño. Una breve aparición de Coin lo soluciona todo.

—No te preocupes por él —me dice—. Te lo he guardado.

Los médicos no entienden por qué no hablo. Me hacen muchas pruebas y, aunque mis cuerdas vocales están algo dañadas, eso no lo explica. Al final, el doctor Aurelius, un médico de la cabeza, sale con la teoría de que me he convertido en una avox mental, aunque no física; que mi silencio se debe al trauma emocional. Aunque le presentan cien remedios posibles, él les dice que me dejen en paz, así que no pregunto ni por nadie ni por nada, pero la gente me ofrece un interminable suministro de información. Sobre la guerra: el Capitolio cayó el día que estallaron los paracaídas; la presidenta Coin lidera Panem y se han enviado tropas para acabar con los últimos reductos de resistencia. Sobre el presidente Snow: lo han hecho prisionero, y está a la espera de juicio y, sin duda, de su posterior ejecución. Sobre mi

equipo de asesinos: han enviado a Cressida y a Pollux a los distritos para cubrir los destrozos de la guerra; Gale, que recibió dos tiros en un intento de huida, está barriendo agentes de la paz en el 2; Peeta sigue en la unidad de quemados (al final llegó al Círculo de la Ciudad). Sobre mi familia: mi madre trabaja para olvidar su dolor.

Como yo no tengo trabajo, el dolor me aplasta. Lo único que me hace seguir adelante es la promesa de Coin, el poder matar a Snow. Cuando lo haga, no me quedará nada.

Al final me dejan salir del hospital y me dan un cuarto en la mansión, compartido con mi madre. Ella casi nunca está allí, ya que come y duerme en el trabajo. Sobre Haymitch recae la tarea de vigilarme, de asegurarse de que como y me tomo las medicinas. No soy fácil, vuelvo a mis costumbres del Distrito 13: vago sin autorización por la mansión; me meto en dormitorios y despachos, salones y baños. Busco extraños escondrijos, como un armario lleno de pieles, un mueble de la biblioteca o una bañera olvidada en una habitación llena de muebles desechados. Mis escondites son oscuros, tranquilos e imposibles de encontrar. Me acurruco, me hago cada vez más pequeña e intento desaparecer por completo. Envuelta en silencio, le doy vueltas en la muñeca a la pulsera que dice: «Mentalmente desorientada».

«Me llamo Katniss Everdeen. Tengo diecisiete años. Mi casa está en el Distrito 12. Ya no hay Distrito 12. Soy el Sinsajo. Vencí al Capitolio. El presidente Snow me odia. Él mató a mi hermana. Yo lo mataré a él. Y después los Juegos del Hambre acabarán de una vez por todas...».

Cada cierto tiempo me encuentro de vuelta en mi cuarto sin saber bien si me ha traído mi necesidad de morfina o la insistencia de Haymitch. Me tomo la comida y las medicinas, y me obligan a bañarme. No me importa el agua, sino el espejo que refleja mi cuerpo de muto de fuego desnudo. Los injertos todavía tienen ese color rosado de los recién nacidos. La piel que han considerado dañada pero recuperable está roja, caliente y derretida en algunas zonas. Trocitos de mi antiguo yo brillan en medio, blancos y pálidos. Soy como un extraño puzzle de piel. Parte del pelo se me chamuscó por completo; el resto me lo han cortado de manera irregular. Katniss Everdeen, la chica en llamas. No me importaría mucho de no ser porque ver mi cuerpo me recuerda el dolor y la razón del dolor. Y lo que pasó justo antes de que el dolor empezara. Y que vi a mi hermana pequeña convertirse en una antorcha humana.

Cerrar los ojos no ayuda, ya que el fuego arde con más fuerza en la oscuridad.

El doctor Aurelius aparece de vez en cuando. Me gusta este hombre porque no dice cosas estúpidas como que estoy completamente a salvo o que sabe que, aunque no me lo crea, volveré a ser feliz algún día, o incluso que todo irá bien en Panem a partir de ahora. Se limita a preguntarme si tengo ganas de hablar y, al ver que no respondo, se duerme en su sillón. De hecho, creo que viene a visitarme cuando

necesita una siesta. El arreglo nos viene bien a los dos.

El momento se acerca, aunque no sabría dar horas y minutos exactos. Ya han juzgado al presidente Snow, lo han declarado culpable y lo han sentenciado a morir. Haymitch me lo cuenta y oigo hablar sobre ello al pasar junto a los guardias por los pasillos. El traje de Sinsajo llega a mi cuarto, al igual que mi arco, que está como nuevo, aunque sin flechas, ya sea porque se rompieron o, lo más probable, porque creen que no debería llevar armas. Me pregunto vagamente si debería prepararme de algún modo para el acontecimiento, pero no se me ocurre nada.

Una tarde a última hora, después de un largo periodo escondida en un asiento acolchado en la ventana de detrás de una mampara pintada, salgo y giro a la izquierda en vez de a la derecha. Me encuentro en un lugar desconocido de la mansión y, de inmediato, me pierdo. A diferencia de la zona en la que me alojo, no parece haber nadie a quien preguntar. Sin embargo, me gusta, ojalá lo hubiera descubierto antes: es muy tranquilo, las gruesas alfombras y tapices absorben el sonido; la iluminación es tenue; los colores, apagados; se respira paz. Hasta que huelo las rosas. Me escondo detrás de unas cortinas, temblando demasiado para correr y espero a los mutos. Al final me doy cuenta de que no hay mutos. Entonces, ¿qué estoy oliendo? ¿Rosas de verdad? ¿Es posible que esté cerca del jardín donde crecen esas flores malvadas?

Conforme avanzo por el pasillo, el olor se hace más intenso, quizá no tanto como el de los mutos de verdad, aunque sí más puro, ya que no está mezclado con el hedor de las aguas residuales y los explosivos. A la vuelta de una esquina me encuentro delante de dos sorprendidos guardias. No son agentes, por supuesto, ya no hay agentes; pero tampoco son los atléticos soldados de uniforme gris del 13. Estas dos personas, un hombre y una mujer, llevan las ropas descuidadas y rotas de los rebeldes de verdad. Todavía están vendados y demacrados, y vigilan la puerta que da a las rosas. Cuando avanzo para entrar, forman una equis con sus armas delante de mí.

—No puede entrar, señorita —dice el hombre.

—Soldado —lo corrige la mujer—. No puede entrar, soldado Everdeen. Órdenes de la presidenta.

Me quedo esperando pacientemente que bajen las armas, que comprendan, sin decírselo, que detrás de esas puertas hay algo que necesito. Una sola rosa, una sola flor. Para ponérsela a Snow en la solapa antes de dispararle. Mi presencia preocupa a los guardias. Mientras discuten si llamar a Haymitch, una mujer dice detrás de mí:

—Dejadla entrar.

Reconozco la voz, aunque al principio no la ubico. No es de la Veta, ni del 13, y sin duda tampoco del Capitolio. Me vuelvo y veo a Paylor, la comandante del 8. Parece aún más destrozada que aquel día en el hospital, aunque ¿quién no?

—Con mi autorización —dice Paylor—. Lo que está al otro lado le pertenece por derecho.

Son sus soldados, no los de Coin, así que bajan las armas sin hacer preguntas y me dejan pasar.

Al final de un corto pasillo, abro las puertas de cristal y entro. El olor es tan fuerte que empieza a igualarse, como si mi olfato no pudiera absorber más. El aire, húmedo y cálido, le sienta bien a mi piel caliente. Y las rosas son gloriosas, fila tras fila de suntuosas flores de color rosa exuberante, naranja atardecer e incluso azul pálido. Deambulo entre los pasillos de plantas bien podadas observando, pero sin tocar, porque la experiencia me ha enseñado lo mortíferas que pueden ser estas bellezas. Sé dónde encontrarla, en lo más alto de un fino arbusto: un magnífico capullo blanco que empieza a abrirse. Me tapo la mano con la manga para que mi piel no tenga que tocarlo, recojo unas tijeras de podar y acabo de ponerlas en el tallo cuando lo oigo hablar:

—Ésa es muy bonita.

Me tiembla la mano, cierro las tijeras y corto el tallo.

—Los colores son encantadores, por supuesto, pero no hay nada más perfecto que el blanco.

Todavía no lo veo, pero su voz parece surgir de detrás de un lecho de rosas rojas contiguo. Después de agarrar con delicadeza el tallo del capullo con la tela de la manga, vuelvo la esquina y me lo encuentro sentado en un taburete, con la espalda apoyada en la pared. Está tan bien arreglado y vestido como siempre, aunque sujeto con esposas en las muñecas y en los pies, y marcado con dispositivos de seguimiento. Lleva un pañuelo blanco manchado de sangre fresca. A pesar de su deterioro, sus ojos de serpiente siguen siendo brillantes y fríos.

—Esperaba que lograras encontrar mis aposentos.

Sus aposentos, he entrado en su casa, igual que él entró en la mía el año pasado para amenazarme con su sangriento aroma a rosas. Este invernadero es una de sus habitaciones, quizá la favorita; quizá en tiempos mejores cuidaba de las plantas en persona, pero ahora forma parte de su prisión. Por eso me detuvieron los guardias y por eso me dejó entrar Paylor.

Suponía que lo tendrían encerrado en la mazmorra más profunda del Capitolio, no disfrutando de todos sus lujos. Sin embargo, Coin lo dejó aquí. Para sentar precedente, imagino, para que, si en el futuro ella caía en desgracia, comprendieran que los presidentes (incluso los más despreciables) merecían un trato especial. Al fin y al cabo, ¿quién sabe cuánto le duraría el poder?

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero me temo que tu visita será breve, así que lo primero es lo primero. —Entonces empieza a toser y, cuando aparta el pañuelo de su boca, está más rojo—. Quería decirte lo mucho que siento lo de tu hermana.

A pesar del aturdimiento y las drogas, sus palabras son como una puñalada. Me

recuerdan que su crueldad no tiene límites y que se irá a la tumba intentando destruirme.

—Qué pérdida tan innecesaria. Llegados a ese punto, ya se sabía que la partida había terminado. De hecho, estaba a punto de emitir un comunicado de rendición oficial cuando ellos soltaron los paracaídas.

Me clava la mirada, sin parpadear, como si no quisiera perderse ni un segundo de mi reacción. Pero lo que ha dicho no tiene sentido: ¿cuando ellos soltaron los paracaídas?

—Bueno, no creerías que yo di la orden, ¿no? En primer lugar está lo más obvio: de haber tenido un aerodeslizador a mi disposición, lo habría usado para escapar. Y, al margen de eso, ¿de qué me habría servido? Los dos sabemos que no me importa matar niños, pero no malgasto nada. Mato por razones muy específicas, y no había razón alguna para destruir un corral lleno de niños del Capitolio. Ninguna en absoluto.

Me pregunto si el siguiente ataque de tos es puro teatro, para que yo tenga tiempo de absorber sus palabras. Está mintiendo. Claro que está mintiendo. Aunque hay una verdad intentando salir de esa mentira.

—Sin embargo, debo admitir que la jugada de Coin fue magistral. La idea de que yo estaba bombardeando a nuestros propios niños indefensos destruyó por completo cualquier frágil lealtad que mi gente sintiera por su presidente. Después de eso se acabó la resistencia. ¿Sabías que lo emitieron en directo? Veo la mano de Plutarch detrás de eso. Y en los paracaídas. Bueno, esa clase de ideas son las que se buscan en un Vigilante Jefe, ¿no? —pregunta Snow mientras se limpia las comisuras de los labios—. Seguro que no pretendía matar a tu hermana, pero esas cosas pasan.

Ya no estoy con Snow, sino en Armamento Especial, en el 13, con Gale y Beetee, mirando los diseños basados en las trampas de Gale, las que se aprovechaban de la compasión humana. La primera bomba mataba a las víctimas; la segunda, a los rescatadores. Recuerdo las palabras de Gale:

«Beetee y yo hemos estado siguiendo el mismo manual que el presidente Snow cuando secuestró a Peeta».

—Mi fallo fue tardar tanto en comprender el plan de Coin —dice Snow—. Quería que el Capitolio y los distritos se destruyeran entre sí, para después hacerse con el poder sin que el 13 sufriera apenas daños. No te equivoques, pretendía hacerse con mi puesto desde el principio. No debería sorprenderme. Al fin y al cabo, fue el 13 el que comenzó la rebelión que dio lugar a los Días Oscuros y después abandonó al resto de los distritos cuando la suerte se volvió en su contra. Sin embargo, no estaba vigilando a Coin, sino a ti, Sinsajo. Y tú me vigilabas a mí. Me temo que nos han tomado a los dos por idiotas.

Me niego a aceptarlo. Hay cosas a las que ni siquiera yo puedo sobrevivir.

Pronuncio mis primeras palabras desde la muerte de mi hermana:

—No te creo.

Snow sacude la cabeza, fingiendo decepción.

—Ay, mi querida señorita Everdeen, creía que habíamos acordado no volver a mentirnos.



En el pasillo me encuentro a Paylor en el mismo sitio en que la dejé.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me pregunta.

Levanto el capullo blanco a modo de respuesta y me alejo tambaleándome. Debo de haber regresado a mi dormitorio, porque lo siguiente que sé es que estoy llenando un vaso con agua en el grifo del baño para meter la rosa dentro. Caigo de rodillas sobre los fríos azulejos y entrecierro los ojos para observar la flor; me cuesta centrar la vista en su color blanco bajo esta luz fluorescente tan dura. Meto un dedo dentro de la pulsera, la retuerzo como un torniquete y me hago daño en la muñeca con la esperanza de que el dolor me ayude a aferrarme a la irrealidad, igual que hacía Peeta. Tengo que aferrarme a ella. Tengo que saber la verdad sobre lo que ha pasado.

Hay dos posibilidades, aunque los detalles relacionados con ellas pueden variar. La primera es que, como yo creía, el Capitolio enviara aquel aerodeslizador, soltara los paracaídas y sacrificara las vidas de sus niños sabiendo que los recién llegados rebeldes correrían en su ayuda. Hay pruebas que respaldan esta teoría: el sello del Capitolio en el aerodeslizador, que no intentaran derribar al enemigo del cielo y su largo historial de usar a niños como marionetas en su batalla contra los distritos. Después está la versión de Snow: que un aerodeslizador del Capitolio pilotado por los rebeldes bombardeara a los niños para acabar rápidamente con la guerra. Sin embargo, de ser así, ¿por qué no disparó el Capitolio contra el enemigo? ¿Acaso el elemento sorpresa los superó? ¿No les quedaban defensas? Los niños son un bien preciado para el 13, o eso parecía. Bueno, puede que yo no; cuando dejé de resultar útil, me hice prescindible, aunque creo que hace tiempo que a mí no me consideran una niña en esta guerra. Pero ¿por qué iban a bombardearlos sabiendo que sus propios sanitarios responderían y morirían en los siguientes estallidos? No lo harían, no podían, Snow miente. Me manipula como siempre ha hecho, con la esperanza de que me vuelva contra los rebeldes y, si es posible, los destruya. Sí. Por supuesto.

Entonces, ¿por qué hay algo que no me cuadra? En primer lugar, por esas bombas que explotaron en dos tiempos. No digo que el Capitolio no tuviera la misma arma, pero sé que los rebeldes sí que la tenían: el invento de Gale y Beetee. Además, está el hecho de que Snow no intentara huir, teniendo en cuenta que se trata de un superviviente consumado. Cuesta creer que no tuviera un refugio en alguna parte, un búnker lleno de provisiones en el que pasar el resto de su asquerosa vida de serpiente.

Y, por último, está su evaluación de Coin. Lo que resulta irrefutable es que la presidenta ha hecho justo lo que Snow dice: ha dejado que el Capitolio y los distritos se destrocen mutuamente para así hacerse con el poder sin grandes esfuerzos. Sin embargo, aunque ése fuera su plan, no quiere decir que soltara los paracaídas. La victoria siempre estuvo a su alcance, la tenía en las manos.

Salvo por mí.

Recuerdo la respuesta de Boggs cuando reconocí que no había pensado mucho en el sucesor de Snow: «Si tu respuesta automática no es Coin, te conviertes en una amenaza. Eres el rostro de la rebelión, quizá tengas más influencia que nadie. De cara al exterior te has limitado a tolerarla».

De repente pienso en Prim, que ni siquiera tenía catorce años, que no era lo bastante mayor para ser nombrada soldado, pero que, de algún modo, estaba trabajando en el frente. ¿Cómo pudo pasar? No me cabe duda de que mi hermana habría querido estar allí, está clarísimo que era más capaz que muchas personas mayores que ella. Sin embargo, alguien con un puesto importante tuvo que aprobar que una chica de trece años entrara en combate. ¿Lo hizo Coin pensando que perder a Prim me volvería loca del todo? ¿O que, al menos, me pondría de su lado sin fisuras? Ni siquiera tendría que asegurarse de que lo presenciara en persona, ya que numerosas cámaras cubrían el Círculo de la Ciudad y capturaron el momento para siempre.

No, ahora sí que me estoy volviendo loca, me dejo llevar por la paranoia. Demasiada gente sabría de la misión, no podrían mantenerlo en secreto. ¿O sí? ¿Quién más tendría que saberlo, aparte de Coin, Plutarch y una tripulación pequeña, leal o prescindible?

Necesito resolver esto, pero las personas en las que confiaba están muertas: Cinna, Boggs, Finnick, Prim... Peeta sólo podría especular y quién sabe en qué estado se encontrará su mente. Eso me deja con Gale. Está lejos, pero, aunque estuviera a mi lado, ¿confiaría en él? ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo expresarlo sin dar a entender que fue su bomba la que mató a Prim? La idea es tan imposible que no me queda más remedio que pensar que Snow miente.

Al final, sólo hay una persona que quizá sepa lo que pasó y quizá esté de mi lado. Comentar el asunto es un riesgo. Sin embargo, aunque creo que Haymitch es capaz de jugarse mi vida en la arena, no creo que me delate a Coin. Sean cuales sean nuestros problemas, preferimos resolverlos cara a cara.

Me levanto como puedo y cruzo el pasillo hasta su cuarto. Llamo, no responde y empujo la puerta. Puaj, es asombroso lo deprisa que puede destrozar un lugar: por todas partes hay platos de comida a medio comer, botellas de licor hechas añicos y trozos de muebles rotos en plena borrachera. Él, descuidado y sucio, está tirado en un enredo de sábanas en la cama, inconsciente.

—Haymitch —le digo, moviéndole la pierna.

Obviamente, eso no basta. De todos modos, lo intento unas cuantas veces antes de volcarle la jarra de agua en la cara. Se despierta con un jadeo ahogado y ataca a ciegas con su cuchillo. Al parecer, el fin de Snow no ha supuesto el fin de su terror.

—Ah, tú —dice, y por su voz sé que sigue borracho.

—Haymitch —empiezo.

—Mira eso, el Sinsajo ha encontrado su voz —contesta, riendo—. Bueno, Plutarch se va a poner muy contento —dice, y le da un trago a la botella—. ¿Por qué estoy empapado?

Dejo caer la jarra a mis espaldas, y aterriza sobre una pila de ropa sucia.

—Necesito tu ayuda —le explico.

Haymitch eructa y llena el aire de vapores de licor blanco.

—¿Qué te pasa, preciosa? ¿Más problemas de chicos?

No sé por qué, pero sus palabras me hacen un daño que rara vez consiguen. Debe de notárseme en la cara, porque, a pesar de la borrachera, intenta retirarlo.

—Vale, no tiene gracia —dice, pero yo ya estoy en la puerta—. ¡No tiene gracia! ¡Vuelve!

Por el golpe de su cuerpo contra el suelo, supongo que ha intentado seguirme y no lo ha conseguido.

Deambulo por la mansión y desaparezco en un armario lleno de cosas sedosas. Las arranco de las perchas hasta reunir un montón y me entierro en él. Encuentro una pastilla de morfina perdida en el forro de mi bolsillo y me la trago en seco para parar la histeria que amenaza con apoderarse de mí. Sin embargo, no basta: oigo a Haymitch llamándome a lo lejos, pero no me encontrará en su estado, y menos en este escondite nuevo. Envuelta en seda, me siento como una oruga en su capullo esperando la metamorfosis. Siempre he creído que es un periodo de paz, y al principio lo es, pero, conforme me adentro en la noche, me siento cada vez más atrapada, ahogada por mis resbaladizas ataduras, incapaz de emerger hasta haberme transformado en una criatura bella. Me retuerzo intentando deshacerme de mi cuerpo destrozado y averiguar cómo conseguir unas alas perfectas. A pesar de todos mis esfuerzos, sigo siendo una criatura espantosa esculpida por el estallido de las bombas.

El encuentro con Snow abre la puerta a mi antiguo repertorio de pesadillas. Es como si me picaran otra vez las rastrevíspulas. Una ola de imágenes horribles con un breve respiro que confundo con el despertar..., sólo para descubrir otra ola que me derriba. Cuando por fin me encuentran los guardias, estoy sentada en el suelo del armario, enredada en seda y gritando como una posesa. Lucho contra ellos hasta que me convencen de que intentan ayudarme, me quitan la ropa que me ahoga y me acompañan a mi habitación. Por el camino pasamos junto a una ventana, y veo un alba gris y nevada sobre el Capitolio.

Haymitch, que tiene una buena resaca, me espera con un puñado de píldoras y una bandeja de comida que ninguno de los dos consigue tragar. Intenta con poco entusiasmo hacerme hablar de nuevo, pero, al ver que no tiene éxito, me envía a la bañera que alguien me ha preparado. Es profunda, con tres escalones para llegar al fondo. Me sumerjo en el agua caliente y me siento, con espuma hasta el cuello, esperando a que las medicinas hagan efecto. Me concentro en la rosa, que ha abierto sus pétalos esta noche e impregna el aire húmedo de su intenso perfume. Me levanto y voy a por una toalla para cubrirla, cuando alguien llama y la puerta del baño se abre. Tres caras familiares intentan sonreírme, aunque ni siquiera Venia logra disimular la conmoción que le supone ver mi cuerpo de muto destrozado.

—¡Sorpresa! —grazna Octavia antes de echarse a llorar.

Su aparición me desconcierta; entonces caigo en que debe de ser el día de la ejecución. Han venido a prepararme para las cámaras, a dejarme en base de belleza cero. Con razón llora Octavia: es una tarea imposible.

Apenas pueden tocar el puzle de piel por miedo a hacerme daño, así que me enjuago y seco yo sola. Les digo que apenas noto ya el dolor, pero Flavius hace una mueca cuando me pone el albornoz. En el dormitorio me encuentro con otra sorpresa. Está sentada muy recta en un sillón, impecable desde la peluca plateada a los tacones de cuero y agarrada a un cuaderno. La única diferencia es que ahora su mirada parece ausente.

—Effie —digo.

—Hola, Katniss —responde, y se levanta para besarme en la mejilla, como si nada hubiera ocurrido desde nuestro último encuentro, la noche antes del Vasallaje de los Veinticinco—. Bueno, parece que tenemos otro gran, gran, gran día por delante. ¿Por qué no empiezas a arreglarte y yo me acerco a supervisar los preparativos?

—Vale —respondo, aunque ella ya se marcha.

—Dicen que a Plutarch y a Haymitch les ha costado mantenerla con vida —comenta Venia en voz baja—. La encarcelaron después de tu fuga; eso ayudó.

Es echarle mucha imaginación: Effie Trinket, la rebelde. Sin embargo, no quiero que Coin la mate, así que tomo nota de que debo presentarla de ese modo si me preguntan.

—Supongo que al final tuvisteis suerte de que Plutarch os secuestrara.

—Somos el único equipo de preparación que sigue vivo. Y todos los estilistas del Vasallaje están muertos —responde Venia. No especifica quién los ha matado, aunque empiezo a preguntarme si eso importa. Me levanta con cuidado una de las manos quemadas y la sostiene para examinarla—. Bueno, ¿qué prefieres para las uñas? ¿Rojo o quizá negro azabache?

Flavius hace un milagro con mi pelo, consigue igualarlo por delante y tapar las calvas de atrás con algunos mechones más largos. Como las llamas me respetaron la

cara, sólo presenta los desafíos habituales. Con el traje de Sinsajo de Cinna, las únicas cicatrices visibles son las del cuello, los antebrazos y las manos. Octavia me pone la insignia a la altura del corazón y damos un paso atrás para mirarnos en el espejo. No puedo creerme lo normal que parezco por fuera, cuando por dentro soy una ruina.

Llaman a la puerta y entra Gale.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —me pregunta.

Miro a mi equipo de preparación en el espejo. Sin saber bien a dónde ir, se chocan unos con otros hasta acabar escondiéndose en el baño. Gale se me acerca por detrás y examinamos nuestros reflejos. Yo busco algo a lo que aferrarme, algún rastro de la chica y el chico que se conocieron por casualidad en el bosque hace cinco años y se hicieron inseparables. Me pregunto qué les habría pasado si los Juegos del Hambre no se hubieran llevado a la chica, si ella se hubiera enamorado del chico, e incluso casado con él. Y si, en algún momento del futuro, una vez criados los hermanos y hermanas, hubiera huido con él al bosque y dejado el 12 atrás para siempre. ¿Habrían sido felices entre los árboles? ¿O también habría surgido entre ellos esta triste oscuridad sin la ayuda del Capitolio?

—Te he traído esto —dice Gale, levantando un carcaj; cuando lo cojo, me doy cuenta de que contiene una sola flecha normal—. Se supone que es simbólico que seas tú la que dispare por última vez en esta guerra.

—¿Y si fallo? —digo—. ¿Irá Coin a por la flecha y me la traerá? ¿O le pegará un tiro a Snow en la cabeza ella misma?

—No fallarás —responde Gale mientras me ajusta el carcaj en el hombro.

Nos quedamos aquí, mirándonos a la cara, aunque no a los ojos.

—No viniste a verme al hospital —le digo; como no responde, finalmente lo suelto—: ¿Fue tu bomba?

—No lo sé, ni tampoco Beetee —contesta—. ¿Importa eso? Nunca dejarás de pensar en ello.

Espera a que lo niegue, y quiero negarlo, pero es cierto: incluso ahora estoy viendo el relámpago que la hace arder y noto el calor de las llamas. Nunca lograré separar ese momento de Gale. El silencio es mi respuesta.

—Cuidar de tu familia es lo único que tenía a mi favor —me dice—. Apunta bien, ¿vale?

Me toca la mejilla y se va. Quiero llamarlo y decirle que me equivoqué, que descubriré el modo de aceptar todo esto, de recordar las circunstancias en las que creó la bomba, que tendré en cuenta también todos mis crímenes sin excusa, que descubriré la verdad sobre quién soltó los paracaídas, que probaré que no fueron los rebeldes. Que lo perdonaré. Sin embargo, no puedo, tendré que vivir con el dolor.

Effie llega para llevarme rápidamente a no sé qué reunión. Recojo el arco y, en el

último segundo, recuerdo la reluciente rosa en su vaso de agua. Cuando abro la puerta del baño me encuentro a mi equipo sentado en fila en el borde de la bañera, hundidos y derrotados. Me sirve para recordar que no soy la única a la que se le ha caído el mundo encima.

—Venga —les digo—, el público nos espera.

Espero que se trate de una reunión de producción en la que Plutarch me explique dónde ponerme y qué decir antes de matar a Snow, pero me encuentro en una sala con otras seis personas: Peeta, Johanna, Beetee, Haymitch, Annie y Enobaria. Todos llevan los uniformes grises de los rebeldes del 13, y ninguno tiene buen aspecto.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—No estamos seguros —responde Haymitch—. Una reunión de los vencedores que quedan vivos, al parecer.

—¿Sólo quedamos nosotros? —pregunto.

—El precio de la fama —responde Beetee—: fuimos el objetivo de ambos bandos. El Capitolio mató a los vencedores sospechosos de colaborar con los rebeldes, y los rebeldes mataron a los sospechosos de aliarse con el Capitolio.

Johanna mira a Enobaria con el ceño fruncido y dice:

—Entonces, ¿qué hace ella aquí?

—Cuenta con la protección de lo que llamamos el Trato del Sinsajo —explica Coin al entrar en la sala detrás de mí—. Katniss aceptó apoyar a los rebeldes a cambio de la inmunidad de los vencedores capturados. Ella ha cumplido su parte del trato, así que nosotros también.

Enobaria sonrío a Johanna, que replica:

—No te pongas tan chula. Te vamos a matar de todos modos.

—Siéntate, Katniss, por favor —me dice Coin antes de cerrar la puerta.

Me siento entre Annie y Beetee, y dejo con cuidado la rosa de Snow en la mesa. Como siempre, Coin va directa al grano.

—Os he llamado para zanjar un debate. Hoy ejecutaremos a Snow. En las últimas semanas hemos juzgado a cientos de cómplices de la opresión de Panem que ahora esperan la muerte. No obstante, el sufrimiento de los distritos ha sido tan extremo que las víctimas consideran insuficientes estas medidas. De hecho, muchos piden la aniquilación de todos los ciudadanos del Capitolio. Sin embargo, para mantener una población sostenible, no podemos permitirlo.

A través del agua del vaso veo una imagen distorsionada de una de las manos de Peeta. Las marcas de las quemaduras. Ahora los dos somos mutos de fuego. Subo la vista hasta el punto en el que las llamas le cruzaron la frente y le chamuscaron las cejas; los ojos se libraron por muy poco. Esos mismos ojos azules que solían buscar los míos en el colegio para después apartarse rápidamente, igual que hacen ahora.

—Por tanto, se ha puesto sobre la mesa una alternativa. Como mis colegas y yo

no llegamos a un consenso, se ha acordado dejar que decidan los vencedores. Necesitamos una mayoría de cuatro votos para aprobar el plan. Nadie podrá abstenerse —sigue diciendo Coin—. Se ha propuesto que, en vez de eliminar a toda la población del Capitolio, tengamos unos últimos Juegos del Hambre simbólicos con los niños relacionados directamente con los que ostentaban el poder.

Los siete nos volvemos hacia ella.

—¿Qué? —dice Johanna.

—Que tengamos otros Juegos del Hambre usando a los niños del Capitolio —responde Coin.

—¿Estás de broma? —pregunta Peeta.

—No. También debo deciros que, si hacemos los Juegos, se sabrá que fue con vuestra autorización, aunque mantendremos en secreto los votos concretos por cuestiones de seguridad —explica Coin.

—¿Ha sido idea de Plutarch? —pregunta Haymitch.

—Ha sido mía —responde Coin—, para mantener el equilibrio entre la necesidad de venganza y la menor pérdida de vidas posible. Podéis votar.

—¡No! —grita Peeta—. ¡Voto que no, por supuesto! ¡No podemos tener otros Juegos del Hambre!

—¿Por qué no? —pregunta Johanna—. A mí me parece justo, y Snow tiene una nieta, encima. Yo voto que sí.

—Y yo —dice Enobaria, casi con indiferencia—. Que prueben su propia medicina.

—¡Por esto nos rebelamos! ¿Recordáis? —insiste Peeta, mirándonos a los demás—. ¿Annie?

—Yo voto que no, como Peeta —responde—. Y lo mismo habría votado Finnick de estar aquí.

—Pero no está porque los mutos de Snow lo mataron —le recuerda Johanna.

—No —dice Beetee—. Sentaría un precedente. Tenemos que dejar de vernos como enemigos. Llegados a este punto, la unidad es esencial para sobrevivir. No.

—Sólo quedan Katniss y Haymitch —dice Coin.

¿Así sería la primera vez, hace unos setenta y cinco años? ¿Un grupo de gente se reunió en torno a una mesa y votó para aprobar el inicio de los Juegos del Hambre? ¿Hubo alguna oposición? ¿Habló alguien de piedad y acabaron ahogándolo los gritos que pedían la muerte de los niños de los distritos? El aroma de la rosa de Snow me llega a la nariz, me baja por la garganta y se cierra en un nudo de desesperación. Después de perder a todas esas personas a las que tanto quería, ahora estamos hablando de hacer otros Juegos del Hambre para intentar perder más vidas. No ha cambiado nada. Ya no cambiará nada.

Sopeso detenidamente mis opciones y lo medito bien. Sin apartar la mirada de la

rosa, digo:

—Yo voto que sí... por Prim.

—Haymitch, depende de ti —dice Coin.

Peeta, furioso, insiste en la atrocidad de la que formaría parte Haymitch si lo acepta, pero yo noto que Haymitch me está mirando a mí. Éste es el momento, el momento en que descubrimos lo mucho que nos parecemos y lo mucho que me comprende.

—Yo estoy con el Sinsajo —responde.

—Excelente. Eso decide el voto —dice Coin—. Ahora tenemos que ocupar nuestros puestos para la ceremonia.

Cuando pasa a mi lado, levanto el vaso con la rosa.

—¿Podrías asegurarte de que Snow la lleve puesta? ¿Justo a la altura del corazón?

—Por supuesto —responde Coin, sonriendo—, y también me aseguraré de que sepa lo de los Juegos.

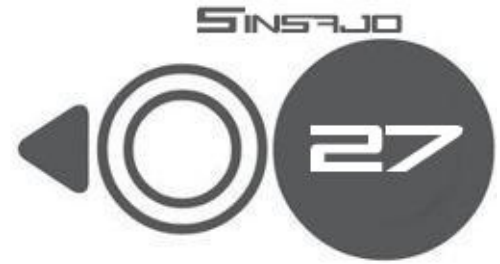
—Gracias —respondo.

Otra gente entra en la sala y me rodea. Los últimos toques de polvos y las instrucciones de Plutarch de camino a las puertas principales de la mansión. El Círculo de la Ciudad está lleno, hay gente abarrotando las calles laterales. Los otros ocupan sus lugares en el exterior: guardias, oficiales, líderes rebeldes y vencedores. Oigo los vítores que indican que Coin ha aparecido en el balcón. Entonces, Effie me da un toque en el hombro y salgo fuera, bajo la fría luz del sol invernal. Camino hasta mi posición acompañada del ensordecedor rugido de la multitud. Como me han dicho, me vuelvo para que me vean de perfil y espero. Cuando sacan a Snow por la puerta, el público enloquece. Le atan las manos a un poste, cosa que me parece innecesaria porque no va a ir a ningún sitio. No tiene a dónde ir. No estamos en el amplio escenario del Centro de Entrenamiento, sino en la estrecha terraza de la mansión presidencial. Con razón nadie se ha molestado en hacerme practicar: lo tengo a menos de diez metros.

Noto el zumbido del arco en la mano, saco la flecha del carcaj de la espalda, la coloco, apunta a la rosa y lo miro a la cara. Él tose, y una baba ensangrentada le baja por la barbilla; se pasa la lengua por los hinchados labios. Intento encontrar algún rastro de algo en sus ojos, ya sea miedo, remordimientos o rabia, pero sólo encuentro la misma expresión burlona con la que acabó nuestra última conversación. Es como si lo dijera otra vez: «Ay, mi querida señorita Everdeen, creía que habíamos acordado no volver a mentirnos».

Tiene razón, lo hicimos.

La punta de mi flecha se mueve hacia arriba, suelto la cuerda y la presidenta Coin cae por el borde del balcón y se estrella contra el suelo. Muerta.



Entre las reacciones de asombro soy consciente de un sonido: la risa de Snow. Son unas carcajadas horribles, un borboteo acompañado de una erupción de sangre espumosa cuando empiezan las toses. Lo veo inclinarse hacia delante escupiendo la vida hasta que los guardias me tapan la vista.

Cuando los uniformes grises empiezan a rodearme pienso en lo que me deparará mi breve futuro como asesina de la nueva presidenta de Panem: el interrogatorio, probablemente la tortura y, sin duda, una ejecución pública. Tendré que despedirme otra vez de las pocas personas que todavía guardo en mi corazón. La idea de enfrentarme a mi madre, que ahora estará completamente sola en el mundo, me decide.

—Buenas noches —susurro al arco que tengo en la mano, y noto que se queda quieto. Después levanto el brazo izquierdo y bajo la cabeza para arrancar la pastilla de la manga. En vez de eso, muerdo carne. Echo la cabeza atrás, perpleja, y me encuentro mirando a los ojos de Peeta, aunque ahora sí me devuelven la mirada. Le sangran las marcas de dientes en la mano que ha puesto sobre mi jaula de noche.

—¡Déjame ir! —le grito, intentando soltarme.

—No puedo —responde.

Mientras me apartan de él noto que me arranca el bolsillo de la manga y veo caer al suelo la píldora violeta, veo el último regalo de Cinna aplastado bajo la bota de un guardia. Me transformo en un animal salvaje que da patadas, araña, muerde y hace lo que sea por liberarse de esta red de manos, entre los empujones de la muchedumbre. Los guardias me levantan en el aire para apartarme, y yo sigo luchando mientras me llevan por encima de la gente. Empiezo a gritar llamando a Gale, no lo encuentro entre el gentío, pero él sabrá lo que quiero: un tiro limpio que acabe con todo. Pero no hay flecha ni bala. ¿Es que no me ve? No, sobre nosotros, en las gigantescas pantallas colocadas por todo el Círculo, todos pueden ver lo que pasa. Me ve, lo sabe, pero no lo hace, igual que yo tampoco lo hice cuando lo capturaron. Menudos cazadores y amigos que estamos hechos los dos.

Estoy sola.

En la mansión me esposan y me tapan los ojos. Me llevan, medio a rastras, medio en brazos, por largos pasillos, subiendo y bajando en ascensores, hasta dejarme sobre un suelo enmoquetado. Me quitan las esposas y cierran la puerta. Cuando me quito la

venda de los ojos, descubro que estoy en mi antiguo cuarto del Centro de Entrenamiento, donde viví durante aquellos últimos preciados días antes de mis primeros Juegos del Hambre y del Vasallaje. El colchón está desnudo, el armario abierto y vacío, pero reconocería esta habitación en cualquier parte.

Me cuesta levantarme y quitarme el traje de Sinsajo. Tengo muchas magulladuras y quizá un par de dedos rotos, pero es mi piel la que ha sufrido más los efectos de la pelea con los guardias. Los nuevos parches rosas se han cortado como papel y la sangre mana de las células creadas en el laboratorio. Sin embargo, no aparece ningún sanitario, y yo estoy demasiado ida para que me importe, así que me arrastro hasta el colchón y espero a morir desangrada.

No tengo tanta suerte. Por la noche la sangre se ha coagulado, y me ha dejado rígida, dolorida y pegajosa, aunque viva. Me meto en la ducha y programo el ciclo más suave que recuerdo, sin jabones ni productos para el pelo; después me pongo en cuclillas bajo el agua caliente con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos.

«Me llamo Katniss Everdeen. ¿Por qué no estoy muerta? Debería estar muerta. Sería mejor para todos que estuviera muerta...».

Cuando salgo y me pongo sobre la alfombrilla, el aire caliente me seca la piel dañada. No tengo nada que ponerme, ni siquiera una toalla para taparme. En el cuarto veo que el traje de Sinsajo ha desaparecido, pero que han dejado una bata de papel. También hay una comida enviada desde la misteriosa cocina, junto con una cajita con mi medicación de postre. Me como la comida, me tomo las pastillas y me aplico el ungüento en la piel. Necesito concentrarme en cómo me suicidaré.

Me hago un ovillo en el colchón manchado de sangre; no tengo frío, aunque me siento desnuda con este papel cubriéndome. Saltar no es una opción, ya que el cristal de la ventana tiene como treinta centímetros de grosor. Sé hacer unos nudos excelentes, pero no hay nada con lo que colgarme. Podría acumular las pastillas y tomarme unas dosis letal, pero estoy segura de que me vigilan las veinticuatro horas del día. Por lo que sé, quizá me estén sacando en televisión en estos mismos momentos, mientras los comentaristas intentan analizar qué me habrá impulsado a matar a Coin. La vigilancia hace que casi cualquier intento de suicidio resulte imposible. Quitarme la vida es un privilegio del Capitolio. Otra vez.

Lo que sí puedo hacer es rendirme. Decido tumbarme en la cama sin comer ni beber ni tomarme las medicinas. Y podría hacerlo, morirme y punto..., si no fuera por el mono de la morfina. No poco a poco, como en el hospital del 13, sino de golpe. Debía de estar tomándome una dosis muy alta porque, cuando llega la necesidad, lo hace acompañada de temblores, dolores punzantes y un frío insoportable; aplasta mi voluntad como si fuera una cáscara de huevo. Estoy de rodillas en el suelo, arañando la moqueta en busca de las preciadas pastillas que tiré

en un momento de fortaleza. Reviso mi plan de suicidio y decido morir poco a poco mediante la morflina. Me convertiré en una bolsa de huesos amarillenta con unos ojos enormes. Al cabo de dos días del plan, cuando ya estoy haciendo bastantes progresos, sucede algo inesperado.

Empiezo a cantar. En la ventana, en la ducha, en sueños. Hora tras hora de baladas, canciones de amor, aires de montaña... Todas las canciones que mi padre me enseñó antes de morir, porque está claro que ha habido poca música en mi vida desde entonces. Lo más sorprendente es lo bien que las recuerdo: las melodías, las letras. Mi voz, al principio ronca y con gallos en las notas altas, se temple y se convierte en algo espléndido. Una voz que haría que los sinsajos callaran y después se unieran encantados a ella. Pasan días y semanas. Veo cómo la nieve cae en el alféizar de mi ventana. Y en todo este tiempo, sólo oigo mi voz.

¿Qué estarán haciendo? ¿A qué tanto retraso? ¿Tan difícil es preparar la ejecución de una sola asesina? Sigo con mi propia aniquilación. Estoy más delgada que nunca y mi batalla contra el hambre es tan feroz que, a veces, mi parte animal cae en la tentación de un pan con mantequilla o una carne asada. Sin embargo, estoy ganando. Me siento bastante mal durante unos días y creo que por fin voy a abandonar esta vida, hasta que me doy cuenta de que están reduciendo el suministro de morflina. Intentan desengancharme poco a poco. ¿Por qué? Imagino que sería más fácil manejar a un Sinsajo drogado delante de la multitud. Entonces se me ocurre algo terrible: ¿y si no me matan? ¿Y si tienen otros planes para mí, una nueva forma de rehacerme, entrenarme y usarme?

No lo haré. Si no puedo matarme en este cuarto, aprovecharé la primera oportunidad que tenga en el exterior. Pueden engordarme, pueden arreglarme de pies a cabeza, vestirme y ponerme de nuevo guapa; pueden diseñar nuevas armas de ensueño que cobren vida en mis manos, pero nunca jamás me volverán a lavar el cerebro para que necesite usarlas. Ya no siento lealtad hacia estos monstruos llamados seres humanos, a pesar de ser uno de ellos. Creo que Peeta dio con la tecla al comentar que nos destruyéramos entre nosotros para dejar que otra especie más decente ocupara nuestro lugar. Porque algo falla estrepitosamente en unas criaturas capaces de sacrificar a sus hijos para zanjar sus diferencias. Da igual cómo se justifique. Snow creía que los Juegos del Hambre eran un método de control muy eficaz. Coin creía que los paracaídas acelerarían la guerra. Sin embargo, al final, ¿a quién beneficia? A nadie. Lo cierto es que no beneficia a nadie vivir en un mundo en el que pasan estas cosas.

Después de dos días tumbada en el colchón sin comer ni beber, y sin tan siquiera tomarme la morflina, la puerta del cuarto se abre. Alguien se acerca a la cama hasta que puedo verlo: Haymitch.

—Tu juicio ha terminado —me dice—. Venga, nos vamos a casa.

¿A casa? ¿De qué está hablando? Ya no tengo casa y, aunque fuera posible volver a ese lugar imaginario, estoy demasiado débil para moverme. Aparecen unos desconocidos que me hidratan y me alimentan, me bañan y me visten. Uno me levanta como si fuera una muñeca de trapo y me lleva a la azotea, a un aerodeslizador, y me pone el cinturón en mi asiento. Haymitch y Plutarch están sentados frente a mí. Despegamos al cabo de unos segundos.

Nunca había visto a Plutarch tan contento, está entusiasmado.

—¡Seguro que tienes un millón de preguntas! —exclama; como no reacciono, las responde de todos modos.

El caos se apoderó de la plaza después de disparar. Cuando se calmó el jaleo, descubrieron el cadáver de Snow todavía atado al poste. No se ponen de acuerdo sobre si se ahogó él solo mientras se reía o lo aplastó la multitud. A nadie le importa, en realidad. Se llevaron a cabo unas elecciones de emergencia y Paylor salió elegida presidenta. Nombraron a Plutarch secretario de comunicaciones, lo que significa que se encarga de la programación televisiva. El primer gran acontecimiento emitido fue mi juicio, en el que también se convirtió en uno de los testigos estrella. De la defensa, claro. Aunque casi todo el mérito de mi exoneración corresponde al doctor Aurelius, que, al parecer, se ganó sus siestas presentándose como una lunática sin remedio víctima del estrés postraumático. Una de las condiciones de mi liberación es que siga a su cuidado, aunque tendrá que ser por teléfono, ya que nunca viviría en un sitio tan abandonado como el 12, que es donde estaré encerrada hasta nuevo aviso. Lo cierto es que nadie sabe qué hacer conmigo ahora que no hay guerra, aunque, si surgiera otra, Plutarch está seguro de que me encontrarían un papel. Después se ríe de su propio chiste; nunca le molesta que los demás no los aprecien.

—¿Te preparas para otra guerra, Plutarch? —le pregunto.

—Oh, ahora no. Ahora estamos en ese dulce periodo en el que todos están de acuerdo en no repetir los recientes horrores. Sin embargo, esta coincidencia colectiva no suele durar. Somos seres inconstantes y estúpidos con mala memoria y un don para la autodestrucción. Pero ¿quién sabe? Quizá esta vez sea la buena, Katniss.

—¿La buena?

—La vez que acertemos. Quizá estemos siendo testigos de la evolución de la raza humana. Piénsalo.

Entonces me pregunta si me gustaría participar en un nuevo concurso de cantantes que lanzará dentro de unas semanas. Algo animado iría bien. Enviará al equipo de televisión a mi casa.

Aterrizamos brevemente en el Distrito 3 para dejar a Plutarch. Se va a reunir con Beetee para actualizar la tecnología del sistema de retransmisión. Sus últimas palabras son:

—¡No te olvides de llamar!

Cuando volvemos a las nubes, miro a Haymitch.

—¿Por qué vuelves al 12? —le pregunto.

—A mí tampoco me han encontrado un sitio en el Capitolio.

Al principio no lo cuestiono, pero después empiezo a tener mis dudas. Haymitch no ha asesinado a nadie, podría ir a cualquier parte. Si vuelve al 12 es porque se lo han ordenado.

—Tienes que cuidarme, ¿no? ¿Como mi mentor? —pregunto, y se encoge de hombros; entonces me doy cuenta de lo que eso significa—. Mi madre no va a volver.

—No —responde; saca un sobre del bolsillo de la chaqueta y me lo da. Examino las delicadas palabras perfectamente escritas—. Está ayudando a montar un hospital en el Distrito 4. Quiere que la llames en cuanto lleguemos —me explica; yo recorro con el dedo el elegante trazo de las letras—. Ya sabes por qué no puede volver.

Sí, sé por qué: porque entre mi padre, Prim y las cenizas, ese lugar es demasiado doloroso. Sin embargo, al parecer, no para mí.

—¿Quieres saber quién más no volverá? —me pregunta.

—No, mejor que sea una sorpresa.

Como un buen mentor, Haymitch me obliga a comer un sándwich y después finge que se cree que estoy dormida durante el resto del viaje. Se dedica a registrar todos los compartimentos del aerodeslizador para sacar el licor y guardárselo en la mochila. Es de noche cuando aterrizamos en el césped de la Aldea de los Vencedores. La mitad de las casas tienen luces encendidas, incluidas la de Haymitch y la mía, pero no la de Peeta. Alguien ha encendido la chimenea de mi cocina. Me siento en la mecedora frente al fuego agarrada a la carta de mi madre.

—Bueno, nos vemos mañana —se despide Haymitch.

Oigo el tintineo de las botellas de licor de su mochila al alejarse y susurro:

—Lo dudo.

No logro moverme de la silla. El resto de la casa me resulta frío, vacío y oscuro. Me echo un viejo chal sobre el cuerpo y contemplo las llamas. Supongo que me duermo porque, cuando despierto, es por la mañana y Sae la Grasieta está utilizando la hornilla. Me prepara huevos con tostadas y se sienta hasta que me lo como todo. No hablamos mucho. Su nieta pequeña, la que vive en su propio mundo, recoge una bola de lana azul vivo de la cesta de punto de mi madre. Sae le pide que la devuelva, pero yo le digo que puede quedársela; en esta casa ya no teje nadie. Después del desayuno, Sae la Grasieta lava los platos y se va, aunque vuelve a la hora de la cena para hacerme de comer. No sé si está siendo una buena vecina o si está en la nómina del Gobierno, pero aparece dos veces al día. Ella cocina y yo consumo. Intento averiguar qué hacer ahora, ya no hay ningún obstáculo que me impida quitarme la vida. Sin embargo, es como si esperara algo.

A veces suena el teléfono una y otra vez, pero no contesto. Haymitch no viene

nunca. Quizá haya cambiado de idea y se haya largado, aunque sospecho que está borracho. Las únicas que me visitan son Sae y su nieta. Al cabo de varios meses de solitaria reclusión es como estar en una multitud.

—Hoy huele a primavera, deberías salir —dice—. A cazar.

No he salido de la casa, ni siquiera he salido de la cocina salvo para ir al pequeño cuarto de baño que está a unos cuantos pasos. Llevo la misma ropa que cuando salí del Capitolio. Me limito a sentarme frente a la chimenea y mirar la pila de cartas sin abrir que se acumulan en la repisa.

—No tengo arco.

—Mira en el vestíbulo.

Cuando se va, pienso en caminar hasta la entrada, pero lo descarto. Al final, al cabo de varias horas, lo hago, me acerco sin hacer ruido, como si no deseara despertar a los fantasmas. En el estudio en el que tomé el té con el presidente Snow encuentro una caja con la chaqueta de cazador de mi padre, nuestro libro de plantas, la foto de boda de mis padres, la espita que mandó Haymitch y el medallón que Peeta me dio en la arena del reloj. Los dos arcos y el carcaj de flechas que Gale rescató la noche de las bombas de fuego contra el distrito están sobre el escritorio. Me pongo la chaqueta y no toco nada más. Me quedo dormida en el sofá del salón para las visitas, y tengo una pesadilla horrible en la que estoy tumbada en una profunda tumba abierta y todas las personas muertas que conozco por su nombre se acercan para echarme encima una palada de cenizas. Es un sueño bastante largo, teniendo en cuenta el tamaño de la lista de personas, y, cuanto más me entierran, más me cuesta respirar. Intento gritar pidiendo ayuda, suplicarles que se detengan, pero las cenizas me llenan la boca y la nariz, y no logro emitir ruido alguno. Y la pala sigue y sigue...

Me despierto sobresaltada. La pálida luz de la mañana entra por los bordes de las contraventanas, pero el ruido de la pala continúa. Sin salir del todo de la pesadilla, corro por el vestíbulo, salgo por la puerta principal y rodeo el lateral de la casa, porque ahora estoy bastante segura de que puedo gritar a los muertos. Cuando lo veo, me detengo en seco. Tiene la cara roja de cavar el suelo bajo las ventanas. En una carretilla hay cinco arbustos ralos.

—Has vuelto —le digo.

—El doctor Aurelius no me ha dejado salir del Capitolio hasta ayer mismo — responde Peeta—. Por cierto, me pidió que te dijera que no puede fingir eternamente que te está tratando. Tienes que contestar al teléfono.

Tiene buen aspecto. Delgado y lleno de cicatrices de quemaduras, como yo, pero en sus ojos ya no se ve esa mirada turbia y atormentada. Sin embargo, frunce un poco el ceño al examinarme. Me aparto el pelo de los ojos con poco entusiasmo y me doy cuenta de que está apelmazado de tanta suciedad. Me pongo a la defensiva:

—¿Qué estás haciendo?

—Fui al bosque esta mañana y desenterré estos arbustos para ella —responde—. Se me ocurrió que podríamos plantarlos en el lateral de la casa.

Miro los arbustos y los terrones de tierra que les cuelgan de las raíces, y contengo el aliento cuando la palabra rosa me viene a la cabeza. Estoy a punto de gritarle cosas horribles a Peeta cuando recuerdo el nombre real: son primroses, prímulas, la flor que dio nombre a mi hermana. Asiento, corro a la casa y cierro la puerta detrás de mí. Pero aquella cosa malvada está dentro, no fuera. Temblando de debilidad y nervios, corro escaleras arriba. Me tropiezo en el último escalón y caigo al suelo, pero me obligo a levantarme y entro en mi dormitorio. El olor es tenue, aunque todavía se nota en el aire. Está ahí, la rosa blanca entre las flores secas del jarrón; a pesar de su aspecto marchito y frágil, conserva esa perfección antinatural que se cultivaba en el invernadero de Snow. Agarro el jarrón, bajo dando tumbos a la cocina y tiro el contenido a las brasas. Mientras las flores arden, un estallido de llamas azules envuelve a la rosa y la devora. El fuego vuelve a vencer a las rosas. Estrello el jarrón contra el suelo, por si acaso.

De vuelta en la planta de arriba, abro las ventanas del dormitorio para limpiar el aire del hedor de Snow, aunque todavía lo noto en la ropa y en los poros de mi cuerpo. Me desnudo, y unas escamas de piel del tamaño de naipes se quedan pegadas a las prendas. Evito mirarme en el espejo, me meto en la ducha, y me restriego las rosas del pelo, el cuerpo y la boca. Con la piel rojiza y sensible, busco algo que ponerme. Tardo media hora en peinarme. Sae la Grasieta abre la puerta principal y, mientras prepara el desayuno, echo al fuego la ropa que me he quitado. Siguiendo su consejo, me corto las uñas con un cuchillo.

Mientras me como los huevos, le pregunto:

—¿Adónde ha ido Gale?

—Al Distrito 2. Tiene un trabajo importante, lo veo de vez en cuando en la televisión —responde.

Rebusco en mi interior intentando sentir rabia, odio o añoranza, pero sólo descubro alivio.

—Hoy me voy de caza —afirmo.

—Bien, no me vendría mal carne de caza fresca.

Me armo con un arco y las flechas, y salgo al exterior con la intención de ir al bosque por la Pradera. Cerca de la plaza hay equipos de personas con máscaras y guantes que llevan carros tirados por caballos. Están buscando bajo la nieve que cayó este invierno, recogiendo los restos. Hay un carro aparcado delante de la casa del alcalde y reconozco a Thom, el antiguo compañero de Gale, que se ha parado un momento para limpiarse el sudor de la frente con un trapo. Recuerdo haberlo visto en el 13, pero supongo que habrá vuelto. Su saludo me da el valor que necesito para preguntar:

—¿Han encontrado a alguien dentro?

—A toda la familia. Y a las dos personas que trabajaban para ellos.

Madge, la callada, amable y valiente Madge. La chica que me regaló la insignia que me dio un nombre. Trago saliva con dificultad y me pregunto si se unirá a los protagonistas de mis pesadillas esta noche para echarme más ceniza en la boca.

—Pensaba que a lo mejor, como era el alcalde...

—No creo que ser el alcalde del 12 pusiera la suerte de su parte —responde Thom.

Asiento y sigo moviéndome, procurando no mirar la parte de atrás del carro. Me encuentro con lo mismo por toda la ciudad y la Veta: la cosecha de los muertos. Conforme me acerco a las ruinas de mi antigua casa, la carretera se va llenando cada vez más de carros. Y no hay Pradera o, al menos, ha cambiado de forma drástica: han abierto un profundo hoyo y están colocando dentro los huesos, una fosa común para mi gente. Rodeo el hoyo y entro en el bosque por el mismo lugar de siempre, aunque da igual, ya que la alambrada no está electrificada y la han sujetado con largas ramas para que no entren los depredadores. Sin embargo, cuesta deshacerse de las viejas costumbres. Pienso en ir al lago, pero estoy tan débil que apenas llego a mi punto de encuentro con Gale. Me siento en la roca en la que nos grabó Cressida; es demasiado ancha sin su cuerpo al lado. Cierro los ojos varias veces y cuento hasta diez con la esperanza de que, al abrirlos, se materialice ante mí como solía, sin hacer ruido. Me recuerdo que Gale está en el 2 con un trabajo importante, seguramente besando otros labios.

Es uno de esos días que tanto gustaban a la antigua Katniss: principios de primavera, los bosques se despiertan del largo invierno. Sin embargo, la descarga de energía que empezó con las primulas se desvanece y, cuando llego a la alambrada, estoy tan mareada que Thom se ve obligado a llevarme a casa en el carro de los muertos. Me ayuda a tumbarme en el sofá del salón y desde allí observo cómo las motas de polvo giran en los débiles rayos de luz de la tarde.

Vuelvo la cabeza rápidamente al oír el bufido, aunque tardo un rato en creérmelo. ¿Cómo habrá llegado aquí? Observo las marcas de garras de algún animal salvaje, la pata trasera que lleva un poco levantada y los prominentes huesos del rostro. Debe de haber venido andando desde el 13. Quizá lo echaron o quizá no podía soportar seguir allí sin ella, así que ha venido a buscarla.

—Ha sido una pérdida de tiempo, no está aquí —le digo, y *Buttercup* vuelve a bufar—. No está aquí, bufa todo lo que quieras, no vas a encontrar a Prim. —Al oír su nombre, se anima, levanta las orejas y empieza a maullar, esperanzado—. ¡Vete! —le grito, y él esquiva el cojín que le tiro—. ¡Lárgate! ¡Aquí no hay nada para ti! —Empiezo a temblar, furiosa con el gato—. ¡No va a volver! ¡No volverá jamás! —Agarro otro cojín y me levanto para apuntar mejor; las lágrimas surgen de la nada y

me caen por las mejillas—. Está muerta. —Me agarro el vientre para mitigar el dolor, pero me derrumbo sobre los tobillos y me agarro al cojín, llorando—. Está muerta, gato estúpido. Está muerta.

Un nuevo sonido, parte llanto, parte música, sale de mi cuerpo y da voz a mi desesperación. *Buttercup* también se pone a gemir. Por mucho que intento echarlo, no se va, sino que camina en círculos a mi alrededor, justo fuera de mi alcance, mientras sufro un ataque de llanto tras otro. Al final, me desmayo. Sin embargo, él lo entiende, debe de saber que ha ocurrido lo impensable y que, por tanto, para sobrevivir tendrá que hacer cosas que antes consideraba impensables, ya que, horas después, cuando me despierto en la cama, él está conmigo, a la luz de la luna. Se ha colocado a mi lado, con sus ojos amarillos abiertos y alerta, para protegerme de la noche.

Por la mañana se sienta, estoico, mientras le limpio los cortes, aunque se pone a maullar como un gatito cuando le saco la espina de la pata. Los dos acabamos llorando otra vez, sólo que esta vez nos consolamos mutuamente. Con las fuerzas que saco de esto, abro la carta de mi madre que me dio Haymitch, marco el número de teléfono y también lloro con ella. Peeta aparece con Sae la Grasienta cargado con una barra de pan caliente. Ella nos prepara el desayuno y yo le doy mi panceta a *Buttercup*.

Poco a poco, con muchos días perdidos, vuelvo a la vida. Intento seguir los consejos del doctor Aurelius y regresar a la rutina; me asombra comprobar que, llegado cierto punto, vuelve a tener sentido. Le cuento mi idea del libro, y una gran caja de papel de pergamino llega en el siguiente tren del Capitolio.

La idea la saqué del árbol de plantas de mi familia, el sitio en el que apuntábamos las cosas que no queríamos olvidar. La página comienza con la imagen de la persona, una foto si la encontramos o, si no, un boceto o un dibujo de Peeta. Después, con la mejor caligrafía de la que soy capaz, anoto todos los detalles que sería un crimen no recordar: *Lady* lamiendo la mejilla de Prim; la risa de mi padre; el padre de Peeta con las galletas; el color de los ojos de Finnick; lo que Cinna podía hacer con un trozo de seda; Boggs reprogramando el holo; Rue de puntillas, con los brazos ligeramente extendidos, como un pájaro a punto de volar. Etcétera, etcétera. Sellamos las hojas con agua salada y prometemos vivir bien para hacer que sus muertes no hayan sido en vano. Haymitch por fin se une a nosotros y contribuye con veintitrés años de tributos a los que se vio obligado a ayudar como mentor. Cada vez añadimos menos cosas: un antiguo recuerdo que aparece de repente, una prímula conservada entre las hojas, y pequeños trocitos de felicidad, como la foto del hijo recién nacido de Finnick y Annie.

Aprendemos a mantenernos ocupados de nuevo. Peeta hornea y yo cazo. Haymitch bebe hasta que se acaba el licor y después cría gansos hasta que llega el siguiente tren. Por suerte, los gansos saben cómo cuidarse solitos. No estamos solos.

Otros cientos de personas regresan porque, al margen de lo sucedido, éste es su hogar. Con las minas cerradas, aran las cenizas y la tierra, y plantan comida. Las máquinas del Capitolio preparan el terreno para una nueva fábrica en la que se harán medicinas. Aunque nadie la planta, la Pradera vuelve a ser verde.

Peeta y yo nos volvemos a acercar poco a poco. Sigue habiendo momentos en que se agarra al respaldo de una silla y se aferra a ella hasta que acaba el *flashback*, y yo me despierto a veces gritando por culpa de las pesadillas con mutos y niños perdidos. Sin embargo, sus brazos están ahí para consolarme y, al cabo de un tiempo, también sus labios. La noche que vuelvo a sentir el hambre que se apoderó de mí en la playa sé que esto habría pasado de todos modos, que lo que necesito para sobrevivir no es el fuego de Gale, alimentado con rabia y odio. De eso tengo yo de sobra. Lo que necesito es el diente de león en primavera, el brillante color amarillo que significa renacimiento y no destrucción. La promesa de que la vida puede continuar por dolorosas que sean nuestras pérdidas, que puede volver a ser buena. Y eso sólo puede dármelo Peeta.

Así que, después, cuando me susurra:

—Me amas. ¿Real o no?

Yo respondo:

—Real.



EPÍLOGO

Juegan en la Pradera: la niña de pelo oscuro y ojos azules que baila por la hierba; el niño de rizos rubios y ojos grises que intenta seguirla con sus rechonchas piernecitas de bebé. He tardado cinco, diez, quince años en aceptar, pero Peeta estaba deseando tenerlos. Cuando la sentí moverse dentro de mí por primera vez, me ahogó un terror que me parecía tan antiguo como la misma vida. Sólo la alegría de tenerla entre mis brazos logró aplacarlo. Llevarlo dentro a él fue un poco más fácil, aunque no mucho.

Las preguntas están empezando. Las arenas se han destruido por completo, se han construido monumentos en recuerdo a las víctimas y ya no hay Juegos del Hambre. Sin embargo, lo enseñan en el colegio y la niña sabe que formamos parte de ello. El niño lo sabrá dentro de unos cuantos años. ¿Cómo les voy a hablar de aquel mundo sin matarlos de miedo? Mis hijos, que dan por sentadas las palabras de la canción:

En lo más profundo del prado, allí, bajo el sauce,
hay un lecho de hierba, una almohada verde suave;
recuéstate en ella, cierra los ojos sin miedo
y, cuando los abras, el sol estará en el cielo.

Este sol te protege y te da calor,
las margaritas te cuidan y te dan amor,
tus sueños son dulces y se harán realidad
y mi amor por ti aquí perdurará.

Mis hijos, que no saben que juegan sobre un cementerio.

Peeta dice que no pasará nada, que nos tenemos los unos a los otros y que tenemos el libro. Podemos lograr que comprendan todo de una forma que los haga más valientes. Pero un día tendré que explicarles lo de mis pesadillas, por qué empezaron y por qué, en realidad, nunca se irán del todo.

Les contaré cómo sobreviví. Les contaré que, cuando tengo una mañana mala, me resulta imposible disfrutar de nada porque temo que me lo quiten. Entonces hago una lista mental de todas las muestras de bondad de las que he sido testigo. Es como un juego, repetitivo, incluso algo tedioso después de más de veinte años.

Aun así, sé que hay juegos mucho peores.



AGRADECIMIENTOS

Me gustaría rendir homenaje a la gente que brindó su tiempo, su talento y su apoyo a *Los Juegos del Hambre*.

En primer lugar, debo dar las gracias a mi extraordinario triunvirato de editores: Kate Egan, cuyos conocimientos, humor e inteligencia me han guiado a través de ocho novelas; Jen Rees, cuya clara visión localiza las cosas que los demás no vemos; y David Levithan, que se mueve como pez en el agua por sus múltiples cometidos de dador de notas, maestro de los títulos y director editorial.

Superando primeros borradores, intoxicaciones y altibajos, vosotros estáis conmigo: Rosemary Stimola, consejera creativa de gran talento y mentora profesional, mi agente literaria y mi amiga; y Jason Davis, mi agente en la industria del espectáculo desde hace años, qué suerte tenerte a mi lado en nuestro camino hacia la pantalla.

Gracias a la diseñadora Elizabeth B. Parisi y al artista Tim O'Brien por las preciosas cubiertas que han logrado captar tanto a los sinsajos como la atención de la gente.

Un gran aplauso para el increíble equipo de Scholastic por llevar *Los Juegos del Hambre* al mundo: Sheila Marie Everett, Tracy van Straaten, Rachel Coun, Leslie Garych, Adrienne Vrettos, Nick Martin, Jacky Harper, Lizette Serrano, Kathleen Donohoe, John Mason, Stephanie Nooney, Karyn Browne, Joy Simpkins, Jess White, Dick Robinson, Ellie Berger, Suzanne Murphy, Andrea Davis Pinkney, todo el equipo de ventas de Scholastic, y todos los demás que han dedicado tanta energía, sabiduría y buen hacer a esta serie.

A los cinco amigos escritores en los que más confío, Richard Register, Mary Beth Bass, Christopher Santos, Peter Bakalian y James Proimos, muchas gracias por vuestros consejos, perspectivas y risas.

Un recuerdo especial para mi difunto padre, Michael Collins, que construyó los cimientos de esta serie educándonos sobre la guerra y la paz, y para mi madre, Jane Collins, que me presentó a los antiguos griegos, la ciencia ficción y la moda (aunque lo último no cuajó). También para mis hermanas, Kathy y Joanie; para mi hermano, Drew; para mis suegros, Dixie y Charles Pryor; y para todos los miembros de mi gran familia, cuyo entusiasmo y apoyo me han permitido seguir adelante.

Y, finalmente, me dirijo a mi marido, Cap Pryor, que leyó *Los Juegos del Hambre* en su primer borrador, insistió en que respondiera a preguntas que yo ni siquiera me había planteado y fue mi experto de referencia durante toda la serie. Gracias a él y a mis maravillosos hijos, Charlie e Isabel, por permitirme disfrutar todos los días de su amor, su paciencia y la alegría que aportan a mi vida.



SUZANNE COLLINS, nació el 10 de agosto de 1962 en Hartford, Connecticut, Estados Unidos, es escritora y guionista. Vive en Connecticut con Cap Prylor, su marido; Charlie e Isabel, hijos, y con un par de gatos que encontraron en su jardín. Es hija de Michael Collins y Jane Collins.

Desde 1991 se ha dedicado a escribir para televisión para niños y jóvenes. Mientras trabajaba en una serie de Warner Brothers llamada *Generation O!*, Suzanne conoció a James Proimos, quien la animó a intentar escribir un libro para niños. Y un día, pensando en *Alicia en el país de las maravillas*, Suzanne se dio cuenta de lo sorprendente que podía resultar el escenario campestre a los chicos que, como sus hijos, vivían en entornos urbanos, y escribió la serie de fantasía *Gregor* (*Gregor. Las Tierras Bajas*, *Gregor. La Segunda Profecía*, *Gregor. La Gran Plaga*, *Gregor. El Oscuro Secreto* y *Gregor. La Profecía Final*). Además, también es la autora de un libro infantil de rimas, ilustrado por Mike Lester, *When Charlie McButton Lost Power*.

Pero con lo que se ha desbordado el fenómeno en torno a su obra es con la trilogía *Los juegos del hambre* (*Los juegos del hambre*, *En llamas* y *Sinsajo*). Una serie llena de momentos que llevan al lector hasta el filo del abismo ambientada en Panem, un lugar que surgió de las ruinas de lo que una vez fue conocido como Norteamérica.

Collins ha sido reconocida con unas críticas unánimes por la creación de un verdadero fenómeno fan entre el público joven. Además, la trilogía está siendo adaptada al cine y cuenta con la colaboración de la propia autora en los guiones.